

Beata Laura Montoya Upegui
Autobiografía

Beata Laura Montoya Upegui
Autobiografía

O

"Historia de las misericordias
de Dios en un alma"

Fundadora Congregación de Misioneras
de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena



2008

Beata Laura Montoya Upegui
Autobiografía

Primera edición

- ☒ Congregación de Misioneras de María Inmaculada
y Santa Catalina de Sena
Editorial Bedout S.A.
Medellín, Colombia. Julio de 1971
1.000 ejemplares

Segunda edición

- ☒ Congregación de Misioneras de María Inmaculada
y Santa Catalina de Sena
Carvajal S.A.
Cali, Colombia. Marzo de 1991
5.000 ejemplares

Tercera edición

- ☒ Congregación de Misioneras de María Inmaculada
y Santa Catalina de Sena
Colección Ediciones especiales. Volumen 13
Secretaría de Educación para la Cultura
Gobernación de Antioquia
Medellín, Colombia. Julio de 2005
1.000 ejemplares

Cuarta edición

- ☒ Congregación de Misioneras de María Inmaculada
y Santa Catalina de Sena
ISBN 978-958-44-2782-3
Medellín, febrero de 2008
Cargraphics S.A.
3.000 ejemplares

CONTENIDO

CONTENIDO	5
PRESENTACIÓN	27
PRÓLOGO DE LA AUTORA	37
CAPÍTULO I	41
Lugar de nacimiento. Mis padres	41
Filiación divina	42
Mi nombre	43
Singularidades de mi infancia	44
Se transforma mi carácter	46
Comienza la obra de Dios	47
Hechos dolorosos y terrible pobreza	47
Supuesta orfandad	49
Fotografía Juan de la Cruz Montoya. Padre	50
CAPÍTULO II	51
En Amalfi	51
Hambre de cariño	53
Mi primera comunión	56
Asomos de vanidad	57
Paralelo de los dos rayones	59
Me vi grave y no me confesé	60
Primera gracia extraordinaria	60
CAPÍTULO III	63
Nueva separación de mi madre	63
Empecé a ser piadosa	64
Tentaciones contra la fe	65
Soledad y penitencia	65
Nace la caridad	67
Oscuridad del alma	67
Amor a la Eucaristía	68
Primer toque de mi vocación religiosa	69
En Donmatías	70
Dos maestras de mi vocación: la virgen contemplativa y la virgen apóstol	71

CAPÍTULO IV	75
En Medellín y Robledo	75
Estaciones de dolor luminoso	76
El mono de Candelarita	77
En el colegio del Espíritu Santo	79
Idiota o cretina	81
Defendí mi virtud	82
Amor al martirio	83
Grande santa y pronto	84
Variedad de sentimientos	85
Fotografía Dolores Upegui de Montoya. Madre	87
CAPÍTULO V	88
De nuevo en Medellín	88
Respeto humano	88
Volví a "La Víbora"	89
Jamás me turbaron los pretendientes	90
Mi madre nos instruía	91
Pasado que me punza	92
Proceder del abuelo	92
Vida interior	93
Primer arranque de celo	93
El golpe del banco	94
Estratagema para comulgar	95
Referencias de mi madre	97
CAPÍTULO VI	99
Tuve director espiritual	99
Deseos de vida oculta y humillada	100
Caridad con los pobres y enfermos	101
Lejos de mi verdadera vocación	103
Vuelve el rayón negro	103
Profundas reflexiones	104
Dios celoso de mi amor	105
CAPÍTULO VII	106
Era preciso ser maestra y pronto	106
Sin más apoyo que Dios	107
Manejé el manicomio	107

Me presenté a la normal	108
Entrevista con el secretario de instrucción pública	110
El examen	113
Triunfó mi confianza	114
Paréntesis de mi vida	115
Víctima de la envidia	123
Amor a la pobreza	125
Término de mis estudios	126
Asistí a doña Marcelina	128
CAPÍTULO VIII	129
Mi prima Leonor	129
Mi estreno en el magisterio	130
Raros contrastes	136
La Sagrada Escritura me embelesaba	138
Primeros exámenes	139
Año 1895	140
Mi vida espiritual en Amalfi	141
Viaje penoso pero providencial a Medellín	142
CAPÍTULO IX	148
Fui nombrada maestra en Fredonia	148
Me sentí reprobada	149
Recuperé la paz	150
Formación de mis discípulas	151
Me preparaba Dios una lección muy útil	152
Supremo dolor del pecado	154
Delirio de amor	155
Aquel mendigo que comía los desperdicios	157
Conocimiento de la grandeza del santo bautismo	157
CAPÍTULO X	159
Pasé a Santo Domingo	159
Cómo consideraba la injusticia	159
Apostolado en los campos	160
Punucenito	161
Mis clases de religión	163
En casa rica y lujosa	164
Estudiar a Dios es el cielo	165
Diagnóstico de un médico	169

CAPÍTULO XI	171
Me asocié con mi prima Leonor	171
Elección de los dos primeros libros	173
Se presentó el demonio que quería vengarse	174
Los exámenes no dejaron qué desear	176
Hice votos por devoción	177
Buscaba volverme buena	179
Glorificar a Dios	179
Voto de humildad	180
Arreglé un oratorio y un lecho conforme a mis aspiraciones	182
Agradecimiento por mi creación	183
CAPÍTULO XII	185
El señor Pardo Vergara y mi vocación carmelitana	185
Amor a María	188
Vocación profética	189
Muerte de Leonor	191
Amenazas del demonio	195
Mensajero providencial	201
CAPÍTULO XIII	205
Ansias y angustias del alma	205
Fui tentada de escrúpulos	206
Perplejidades de mi director espiritual	207
Me someten a riguroso examen	209
Otro arranque de mi vocación	212
Supremo deseo de Dios	213
Nueva manifestación del demonio en el colegio	214
Qué enemigo tan pequeño es el diablo	216
Conversión de un medium espiritista	217
La amistad con Dios nos da señorío sobre sus enemigos	219
CAPÍTULO XIV	220
Nubes de tempestad	220
El único lenitivo de mi vida	222
Presagios de tormenta	222
Venganza del demonio	223
Sombra de mi verdadera vocación	228
Mis vacaciones en la Ceja	229
Nube cuajada de rayos	230

Testimonio de mi amor a la cruz	231
CAPÍTULO XV	234
Me indican imitar a Santa Rosa de Lima	234
Mi regreso a Medellín	234
Luchas por conseguir el pan	236
La providencia de Dios en Gregorio, el haraposo	236
Me ordenan reivindicarme	240
CAPÍTULO XVI	242
Horizonte claro	242
Plenitud en Dios	244
Los intereses de Dios llenaban mi alma	245
Mi "Llaga"	246
Visitas de las ánimas	247
Mi amistad con el ángel de la guarda	248
Despersonalización	249
Comulgar con la gracia de cada instante	250
Se concreta mi inmensa vocación	251
CAPÍTULO XVII	253
De nuevo en Medellín	253
La aventura de Guapá	254
La respuesta de mi madre	255
Oposicion del tío	256
Providencial parentesco	257
Nuevos obstáculos en Jardín	259
Pasando el Paramillo	261
Alegría al ver los indios	263
No venimos a ver cuerpos sino a buscar almas	264
Exorcismos	265
Admirable prodigio	266
Dios mío, te dejaste coger el secreto	268
La mayor hazaña del viaje	268
Terrible tempestad	269
Dos minas halladas en el viaje	270
CAPÍTULO XVIII	272
De nuevo el colegio en Medellín	272
Actitud del señor arzobispo	273

Sólo la gloria de Dios	275
Un solo dolor y una sola aspiración	277
A los pies de la Santísima Virgen	278
Profesora de pedagogía	279
Mis comuniones en ese tiempo	280
Pasé a una escuela elemental	281
Guerra al modernismo	282
CAPÍTULO XIX	285
Necesidad de dar lo que recibía de Dios	285
Origen del fruterito	287
Purificación del cielo	287
La Santísima Virgen mi maestra	289
El infierno	289
Felicidad del ser de Dios	291
Huellas del rayón de luz	292
Mis votos	293
Mi unión con Dios	294
Moderar las miradas	295
Preparación para la comunión	299
Examen de golpe de vista	299
Un abismo de dependencia	300
La cometa	301
Temor de impedir los designios de Dios	303
Apunte sobre la humildad	304
Hacer en todo lo más perfecto	304
Deseo de buscar personalmente los indios	306
Cedí las gracias	306
CAPÍTULO XX	308
La paternidad divina	308
El pecado	310
Me perdí en mi nada	311
Cualquier pena es un pedacito de cruz	314
Quise servir hasta para rueda de carro	314
En brazos del Amor Omnipotente	316
Exámenes mensuales	316
Visitas de cumplimiento	317
Yo no soy tan buenecito como usted	318
Voto perpetuo de castidad	318

La Santísima Virgen y el ángel de la guarda	319
Amor al claustro	320
Encuentro eucarístico	320
Dos sedientos	322
Soledad interior	323
Amor al prójimo	324
Sin deseos propios	325
Sólo me hería lo sobrenatural	326
Lucha por tener director de espíritu	327
Dios vino en mi ayuda	328
Madre Laura con indios Katíos en el Cuchillón. Medellín, 1939	330
Pensamiento patrio de la señorita Laura Montoya. Concurso del 20 de julio de 1910, Centenario del Grito de Independencia de Colombia	331
CAPÍTULO XXI	332
El doctor Carlos E. Restrepo me ofrece apoyo	332
Los millones para la obra	333
Cómo ideaba la obra	334
Interés a varias comunidades	335
Telegramas dirigidos al gobierno	337
Se presentan las jóvenes que necesitaba	338
La Santísima Virgen hizo el mandado a Roma	339
Dabeiba es el camino	341
Dios dirige las cosas cuando son tuyas	343
Almas unidas como yedras a la mía	344
Entrevista que me abrió el horizonte	345
Todo es derroche de gracias	346
La nada en tus manos se vuelve todo	348
Fotografía del Excelentísimo señor Maximiliano Crespo	350
CAPÍTULO XXII	351
Invitación a Santa Teresita	351
Interés de mis discípulas	352
Entrevista con monseñor Maximiliano Crespo	353
Planes frustrados	354
Pedí a España los padres Carmelitas	355
Prometí no omitir ninguna comunión	356
Inmolarme como víctima	357
Deseo de desaparecer	358

Gran comunión del Jueves Santo	359
Que se cumpla toda justicia	359
Sentimientos de mi nada	360
Víctima de la santidad de Dios	361
CAPÍTULO XXIII	363
Viaje a occidente	363
Se presentó el padre superior de los Carmelitas	366
Vuelve la calumnia	367
Modelo de hábito	368
Misas por la obra	370
Mi vocación como la de San Benito	371
Una conversión	371
Luces de la Sagrada Escritura	373
El Espíritu Santo y la virginidad	374
Dios es más que madre	375
Reinar por amor	375
Lo que pasa que pase	376
No rehusé los dolores	376
Donación de mi libertad	378
La misericordia de Dios	379
CAPÍTULO XXIV	381
Desapego al dinero	381
Belén y la Asunción	383
Bendita humillación	383
Mi lámpara nocturna	384
Pobre en deseos	385
Abrazada a la cruz	385
El ser de María se forma en mí	386
Leyendo en el profeta Isaías	388
CAPÍTULO XXV	394
Llega el año de 1914	394
Se me abren las puertas del Carmen	394
Nueva entrevista con monseñor Crespo	396
Golpe de bendición para la empresa	399
Confiar en Dios es lo mismo que tener	401
Primera compañera de ideales	402
Dos corazones repletos	402

Fe y amor, los dos mensajeros	403
Última cuaresma en el mundo	404
CAPÍTULO XXVI	405
Absoluta confianza	405
Mi ideal de olvido, desprecio y humillación	406
Escribí el reglamento	408
Fracaso del reglamento hecho con una amiga	409
Las compañeras de la obra	410
Preparativos de viaje	412
Conseguí auxilio en la Gobernación	412
Toneladas de confianza en la Providencia	415
Se fija la fecha del viaje	416
Dios me pide lo heroico	417
CAPÍTULO XXVII	419
Viaje de mi madre	419
Curiosa despedida	419
En vísperas del gran día	420
Hermosa mañana del 5 mayo de 1914	420
Acertada opinión de los campesinos	422
Sombra que empañó aquel día	423
Primera jornada	423
Instrumentos inhábiles	424
Segunda jornada	425
En brazos de Dios	426
Atención en Cañasgordas	428
Sorpresas en Frontino	431
Sigan a su destino	433
Ocurrencia de mis discípulas	435
Al fin en Dabeiba	436
Mapa de la ruta del viaje Medellín - Dabeiba	438
CAPÍTULO XXVIII	439
Sentimientos de aquella noche	439
El más dulce despertar	440
Lo que era la iglesia de Dabeiba	441
La comunión de aquel día	442
Desayuno y empleos	443
Nos llamamos madre y hermanas	443

El primer almuerzo	445
Instalación material	446
El pan diario de las primeras misioneras	448
Necesitaba templar los instrumentos	449
Visita del primer indio	451
CAPÍTULO XXIX	452
Introducción a la vida religiosa	452
Cómo se mitigaban mis dolores	454
Diálogo con el primer indio	456
Hambre de sacrificios	457
Antes misioneras que religiosas	458
Escasez y miseria en el pueblo	459
Se manifiesta la misericordia de Dios	460
Prodigios con que Dios autorizó la misión	462
Conocía la inmensa compasión de Dios	465
Hacer quedar bien a Dios	466
CAPÍTULO XXX	468
Desconfianza de los indios	468
Escándalo de los blancos	469
El prodigio de la langosta	471
Otro prodigio	474
Mi madre enferma de gravedad	475
Continúa la formación religiosa	477
Cambiamos de nombre	479
Nombre de la Congregación	481
Nuevos miembros	482
CAPÍTULO XXXI	484
Con hábito sin ser frailes	484
Generosidad del ilustrísimo señor Crespo	485
De albéitares y arrieros	486
Primeras entrevistas con los indios	487
Perversas influencias de los blancos	492
Advirtieron que sí tenían alma	493
Engaños de los indígenas	495
Conocen a María	496
Querían matar a Dios	497
Desarrollo de los sentimientos humanos	499
Lección práctica de caridad	503

CAPÍTULO XXXII	505
Prodigio a favor de un "grande"	505
Influencia para sanificar el pueblo	508
En donde no caben los indios tampoco las misioneras	509
Lo que son los amigos	510
Perplejidad de los dabeibanos	512
Arquitectas, albañiles y peones	514
Abnegación incomprendida	516
Lo que sentí al entrar al rancho	518
Comenzaba la pesadilla de mi vida	519
La gloria de Dios está por delante	521
Escribía para "El Católico"	522
CAPÍTULO XXXIII	523
Próspero Jumí, el desveloriado	523
Encuentro con la Trinidad Beatísima	527
Gustad y ved	530
María es la sonrisa de la vida	530
Dificultades con los padres Carmelitas	533
Los indios de Chuzá	538
El paso de la garrucha	539
Primera visita a la casa de los indios	542
El martirio da alivio	544
CAPÍTULO XXXIV	546
Mi vida es una película de las misericordias de Dios	546
Exploración a Rioverde	547
Pura soberbia humana	549
El ensayo va tomando forma de vida religiosa	550
Redacción de las Constituciones	551
Cómo llegué a respetar "El Cuadernito"	553
Fundación en Rioverde	554
Se estrena la ceremonia de partida misionera	556
En las cosas de Dios todo debe ser purificado	557
Segundo nidito misionero	558
Con un pollo comimos ocho personas	560
CAPÍTULO XXXV	562
Se desata el demonio	562
Lo que es la Providencia de Dios	564

Dificultades con el capellán de Rioverde	565
Piden la disolución de la Congregación	567
Mirar los acontecimientos con los ojos de Dios	569
CAPÍTULO XXXVI	572
Visita del padre Elías del Santísimo Sacramento	572
Curaciones milagrosas	576
El aguacero cuatro	577
Se repite el prodigio	579
Quieren imitar las curaciones	579
En el Alto del Rayo. Amor de adoración	582
Se hizo la luz en mi alma	584
Dios deja huellas muy conocidas	587
Labor del padre Elías	590
Concepto que dio de las hermanas	591
Mi actitud ante las conversiones	592
El amor a la Santísima Virgen se impone	593
Cupertino y el elixir prodigioso	594
CAPÍTULO XXXVII	598
Exploración a Riosucio	598
En la posada de Choromandó	599
El móvil de nuestras acciones	602
Entrevista con los indios de Pavarandocito	603
Un percance asombrosamente misericordioso y lindo	604
Aquella noche pasada sobre un peñasco	610
Consecuencia de la exploración	613
Fin primordial de la misión	614
Enfermedad y curación del padre Elías	616
CAPÍTULO XXXVIII	618
Se erige canónicamente la Congregación	618
Perdimos la dirección del señor Crespo	622
Exploración a Chontaduro	623
En "la casita blanca"	625
Providencial hallazgo	628
Visitas a los bohíos	632
Interesante visita del jefe de la tribu	633
Ese cielo ¿qué tierra es?	635
Respeto a la cultura	636

Excelente resultado	638
CAPÍTULO XXXIX	640
Ambulancia en el Pital	640
Ambulancia en Antadó	643
Recuerdos de la ambulancia de Antadó	644
Origen de las "Voces Místicas de la Naturaleza"	646
Dejar ver a Dios lo que se siente	647
Excursión a Tuguridó	649
Reflexiones e inquietudes	650
Necesidad de las excursiones	650
Dios aprueba las excursiones	653
Exploración a Murri	654
En la cumbre del Portachuelo	655
Hacia adelante ¡Dios mío!	658
Una misericordiosa caída	658
Posada en la Blanquita	660
Enfermedad del padre Guillermo	663
El regreso	663
El rayón negro	665
CAPÍTULO XL	667
Fundación en Murri	667
El sacrificio "Bautistano"	671
Nos instalamos en nuestro rancho	673
Noches de terror	674
El pacto con las fieras	675
La confianza es mi seguridad	677
Conocimiento místico del santo abandono	679
Noticias de Uré	680
CAPÍTULO XLI	682
Se establece el noviciado	682
La vieja Romualda	684
Dos inmensidades	685
Sentimientos sobre la Eucaristía	688
Sed de Dios	689
Visita al Santísimo	690
Oraba por los sacerdotes	691
Mi conocimiento de Dios	692

CAPÍTULO XLII	695
Primer viaje a Bogotá	695
Dificultades para el alojamiento	696
Entrevista con el excelentísimo señor Nuncio	699
Ofertas engañosas	700
Encuentro con la delegación boliviana	701
Regreso a Dabeiba	702
CAPÍTULO XLIII	703
Hacia el San Jorge	703
La vida interior, alma del apostolado	706
En Ituango	707
Entrevista con el señor vicario apostólico de la Guajira	709
Viaje en barco	710
En Cartagena	712
Extraña determinación del excelentísimo señor Brioschi	712
Enojo del señor gobernador	714
Mandato categórico	715
Valerosa determinación	717
CAPÍTULO XLIV	719
Hacia Uré	719
Un propagandista espiritista	722
En Ayapel	723
Apostolado a lo largo del río	726
La Providencia sale a nuestro paso	730
Sorpresas en los caseríos	732
En las bocas de Uré	735
Llegada a Uré	737
Barreras infranqueables	738
Llegan las fundadoras	740
Sincretismo religioso	741
El viejo Hilario	741
CAPÍTULO XLV	746
Salida de Uré	746
Agotada por el hambre	746
Mi comunión en Magangué	747
Historia de "Zorrito"	748

Obediencia a un jesuita	750
Escribí al excelentísimo señor Brioschi	751
Instrumento de las misericordias de Dios	752
Noticias dolorosas antes de llegar	753
Gravedad de mi madre y conversión de Romualda	754
Últimos consejos del padre Elías	757
CAPÍTULO XLVI	760
Retiro en la ermita	760
Es duro vérselas con el bulto	761
Fruto principal del primer día	764
Luces y propósito del segundo día	765
En la oración sobre la Encarnación	766
En la meditación del nacimiento y la huida a Egipto	767
Meditación de la vida pública de Jesús	768
La flagelación	769
Exigencia del padre Elías al final del retiro	770
Me mandan que cure a una hermana	772
CAPÍTULO XLVII	774
Me presenté al señor Arteaga	774
Dificultades con el padre Alfredo	775
Se proponen acabar con la obra	777
Entrevista con el señor prefecto en Medellín	778
Simplificación del alma	780
CAPÍTULO XLVIII	783
Salida para Puerto César	783
Navegando en el Riosucio	784
Encuentro con el señor prefecto	788
Llegada a Puerto César	789
Ambiente del golfo	790
Agonías por los kunas	794
Primera visita a los kunas	796
Triste noticia del rechazo	802
Supé que Dios nos llevaría a trabajar con los kunas	804
Le confiaba mi alma al señor prefecto	805
Quise ofrecerme como víctima	807
Mi oficio en Puerto César	812
La regla carmelitana como base de las constituciones	812

CAPÍTULO XLIX	814
Regreso a Dabeiba	814
De Puerto César a Cartagena	815
Delicadeza de las Hermanas de la Presentación	817
No falta la Providencia de Dios	820
Las josefinas	822
Mi actitud con los sacerdotes	822
Nuevas dificultades con el padre Alfredo	826
Conceptos de algunos padres	830
Publicación de mis cartas	831
Sufrir es la sal de la vida	834
Curación de Margarita	835
CAPÍTULO L	838
El señor Arteaga visita a Dabeiba	838
Ejercicios en Rioverde	840
Fracaso de los aspirantes a misioneros	842
Fundación en Unguía	844
Enfermedad del padre Alfredo	847
Maestras de Unguía	849
Evangelización de los indígenas	850
El señor Arteaga pide las Constituciones desde Bogotá	853
Muerte de la Hermana María del Sagrado Corazón	855
Salí segura, confiando en Dios	858
CAPÍTULO LI	860
Segundo viaje a Uré	860
Por la trocha de Cáceres	861
Imitar mejor a Jesús	862
Entre selvas y tragadales	863
En Uré	865
Uno de los anhelos de mi alma	866
Sentimientos al salir de Uré	867
Por un mar de pantanos	869
Sufrir produce fruición	870
En Cáceres y con fiebre	871
Llegada a Dabeiba	872
CAPÍTULO LII	874
Monseñor Crespo me urge viaje a Bogotá	874

Entrevistas con el señor nuncio	874
Las anotaciones de las Constituciones	876
Suprimidos los salmos de media noche	881
Entrevista con el padre Villarroya	882
Consoladora entrevista	884
Cuánto alumbra y serena la verdad	886
Aspirante a misionera	889
Se despertó interés por la obra misionera	892
Conferencia en el Cinerama	894
Regreso a Antioquia	900
CAPÍTULO LIII	902
Dificultades en el golfo	902
Monseñor Arteaga y el decreto laudatorio	905
Mi hermano Juan de la Cruz	909
Mi actitud delante de Dios	912
Designios de Dios en la salvación de mi padre	914
Torcidas intenciones	915
Licencias para fundar en el Caraño y el Sarare	916
Dolorosa determinación del señor prefecto	918
Dios se pone de parte de las misioneras	923
Reflexiones	925
CAPÍTULO LIV	927
Fundación en el Caraño	927
Se adelanta la fundación del Sarare	929
Congreso Misional en Bogotá	930
Vencida por la misericordia de Dios	932
Llamada por monseñor Crespo	932
Otro incidente penoso	934
Salida de la prefectura de Urabá	935
El señor Builes se mostraba afecto	936
Opinión de monseñor Vicentini	937
CAPÍTULO LV	939
Hacia el Sarare	939
A orillas del Chicamocha	941
Paso por Enciso	942
El tope de Cerrito	943
Paso del páramo del Almorzadero	944

Homenajes	946
Encuentro con los padres Eudistas	947
Entrada a Pamplona	948
El padre Le Doussal, beneficio singular	949
Había olvidado hacerme santa	950
Plática del padre Uribe	952
Dirección espiritual	953
El arreglito con Dios	955
CAPÍTULO LVI	958
Perspectiva de nuevas humillaciones	958
Continúa el viaje al Sarare	959
Recepción en Labateca	959
Comisión en el pabellón de Santa Librada	962
Error y enredo del diablo	963
Crecimiento de amor	965
Recepción en Toledo	967
En Bata, tercera jornada	968
Me edificué mucho de los misioneros	969
Feliz llegada al Sarare	970
CAPÍTULO LVII	972
Pedí para un sacerdote la red del amor y del dolor	972
Obediencia heroica	973
Amargura del alma	976
Dos gracias extraordinarias	977
Votos perpetuos	979
Regreso del Sarare a Pamplona	980
Incidentes con el padre Rochereau	980
Dificultades en el viaje	983
Delicadeza de monseñor Afanador	985
Mi perplejidad	986
Desaparece mi temor de hablar con los hombres	988
Luces y sentimientos durante la navegación	989
CAPÍTULO LVIII	992
Dificultades para sacar la casa central de Dabeiba	992
Doloroso arranque de la cuna de la Congregación	993
Nuevas dificultades	994
Interés de monseñor Builes	996

Otras fundaciones	998
En el seminario de Santa Rosa	999
Monseñor Builes visita la Congregación	1000
Historia de mis relaciones con los sacerdotes	1002
El padre Tressel y el noviciado	1003
Enfermé de gravedad	1004
Seguridad de nuevas dificultades	1005
Cargos que me hace el padre Rochereau	1007
El seminario de misiones	1008
CAPÍTULO LIX	1010
Por orden de monseñor Builes me presenté ante la nunciatura	1010
Encuentro con monseñor Arteaga	1011
Visita a las misiones del San Jorge	1014
Lección que me dio monseñor Lardizábal	1017
Oración durante la navegación	1019
Se refiere algo ya dicho	1020
La niña Nieves	1021
Monseñor Muñoz se pone en contra de la obra	1026
Nuevas dificultades con los sacerdotes	1027
Animé a monseñor Builes a emprender el seminario de misiones ...	1029
Dificultades en Santa Rosa	1031
CAPÍTULO LX	1033
Interrogatorio del padre Tressel	1033
Carta del padre Rochereau	1035
Me piden la renuncia de Superiora General	1036
Dificultades con monseñor Builes	1037
Visión dolorosa	1038
Entrevista con el padre Tressel	1039
Castigo en el noviciado	1040
Ordenan quitar el Santísimo del noviciado	1046
CAPÍTULO LXI	1049
El caso de las Eudistas	1049
Medida prudente que salva la Congregación	1050
Doloroso sentimiento al salir de Medellín	1053
Agonías durante la jornada	1054
Alegría al pisar tierra de misericordia	1057
Sueño del padre Sarrazola	1057

Encuentro con el doctor José Joaquín Elorza	1059
Retiré las hermanas de Santa Rosa	1061
Continúan las dificultades con monseñor Builes	1063
En San Pedro las cosas no van bien	1065
Las postulantes salen para Antioquia	1066
CAPÍTULO LXII	1067
Exigencias ridículas	1067
Fundación de un nuevo noviciado en Antioquia	1068
Traslado de internados indígenas	1069
Dios se pone de parte de la comunidad	1071
Se levantan algunas casas de la diócesis de Santa Rosa	1072
Llega el padre Joaquín Emilio Gómez como visitador apostólico	1074
Noche profética	1075
CAPÍTULO LXIII	1078
Mi vida en Antioquia	1078
Gracias interiores	1079
Aunque dormía Dios se me comunicaba	1081
Encajar el alma en Dios	1082
Dios me participa de sus poderes	1083
Amor delicado a María	1084
Mi hermano Juan de la Cruz sale del purgatorio	1084
Dios me da oración	1084
Otras gracias durante el sueño	1086
Acto de amor al Santísimo Sacramento	1087
Me sentí separada de Dios	1089
Se resiente mi salud.....	1091
Consentí con Santa Teresita en ser curada	1093
CAPÍTULO LXIV	1095
Temporada en Medellín	1095
Novena a la Inmaculada	1096
Mejora mi salud.....	1098
Jesús maestro de las almas	1098
Visita al Santísimo Sacramento	1100
Cómo entiendo la caridad.....	1102
Antecedentes de mi viaje a Roma	1103
Dificultades con la elección de superiora general	1104

CAPÍTULO LXV	1110
Viaje a Roma	1110
Salí como una niña en brazos de su padre	1112
No debemos fiarnos de los hombres	1114
Mi amiga Ana Raquel Isaza	1115
Reflexiones en el tren	1116
En Puerto Berrío	1117
En el río Magdalena	1119
En casa de las Hermanas de la Presentación	1121
Mi camino y mi destino	1122
Por tierras del Quindío	1128
En Buga y Buenaventura	1129
Travesía por el océano	1131
La Providencia de Dios	1135
La madre Mauricio	1140
CAPÍTULO LXVI	1142
Introduce el asunto del decreto	1142
Cómo dirige Dios las cosas	1144
Visita a monseñor Pizarro	1147
Audiencia con su Santidad Pío XI	1148
Con el cardenal Lepicier	1149
La propuesta que deseaba enviar al Santo Padre	1150
Mi alma en Roma	1153
Temores en Roma	1156
CAPÍTULO LXVII	1158
Viaje a Lourdes	1158
22 de septiembre	1158
Mis impresiones en la ciudad de "La Madonna"	1159
La "ciudad de la caridad"	1161
Lo que hice en Lourdes	1162
El regreso a Roma	1164
Mi afán por concluir mi misión	1164
Una montaña de amargura en mi alma	1165
Mis últimos días en Roma	1166
CAPÍTULO LXVIII	1174

Regreso de Roma	1174
Encuentro con el señor Brioschi	1175
De Barranquilla a Berrío	1176
Destierro y sólo destierro es la tierra	1176
Pedí perdón a monseñor Builes	1179
Salí para Santa Fe de Antioquia	1181
Emprendí la impresión y arreglo de los libros de la Congregación ..	1182
La purificación de estas obras	1184
Acerca de mi sobrino Rafael	1187
Muerte de Carmelita	1188
Luces sobre la caridad	1190
Término de las memorias de la misericordia de Dios	1192
GLOSARIO	1195
ÍNDICE ANALÍTICO	1197

PRESENTACIÓN

Presento un libro que es una revelación y una novedad. Para los católicos de Colombia que, con cierta hondura y anchura, conocen nuestra reciente historia eclesiástica, la Madre Laura Montoya no es una figura inaudita o desconocida. Pero sospecha uno que semejante personalidad se les queda encasillada en el mero nicho de Fundadora de misioneras y nada más. Ése, a la verdad, es su máximo merecimiento, su título de más alta alabanza, el eje unificador de su polifacética personalidad. Pero se podría afirmar que Laura Montoya fue una suma de mujeres valiosas. Sus varias actividades y preesas, repartidas, hubieran engrandecido y afamado a otras tantas mujeres. Porque ella fue maestra, y excelente por cierto; fue escritora descollante por la copiosidad y valía de sus páginas; fue emprendedora de avasallante dinamismo, de poderosas energías; fue precursora de métodos pastorales y audaces iniciativas que, a la vuelta de los años, han prevalecido en la Iglesia bajo los impulsos del Concilio y fue alma frecuentemente favorecida por divinas visitaciones en esas noches y esas alboradas de que nos habla San Juan de la Cruz.

En ninguna de estas facetas personales fue común o vulgar la Madre Laura. Lo suyo tuvo siempre empeños de altura y totalidad. Cuanto emprendió o tocó fue planeado por lo más alto, se le engrandeció en sus manos, se le salió de la órbita humana para interesarse decididamente en la órbita de Dios.

Este libro encierra una vida. Se ha dicho que la vida más sencilla y corriente tiene su misterio y puede motivar un apasionante relato. La que aquí se nos narra en primera persona es de una variedad, de una intensidad, de un dramatismo, impresionantes. Aquí se nos refiere lo que Laura Montoya soñó, pensó, hizo, padeció, para cumplir una misión confiada por el cielo. Aquí está su vida de huérfana en montañas, haciendas y poblaciones de Antioquia; aquí su aprendizaje en circunstancias novelescas; su magisterio de improvisada y ejemplar pedagogía; su fundación de misioneras andariegas, errabundas y navegabundas, sus enfermedades y contradicciones que a otros hubieran apocado y a ella la tornaron recia y perseverante y también las dádivas misteriosas que de arriba le vinieron para el cumplimiento de su misión y de su carisma en la Iglesia. Todo se percibe en estas páginas, patente, vigorosamente cincelado.

Aun para el que tiene amplias noticias de las Madre Laura, este libro inédito, reservado, mostrado como joya preciosa, aportará noticias, historia y facetas no sólo desconocidas, pero ni siquiera sospechadas. Por eso dije, que constituye una revelación y una novedad. Lo constituye para los estudiosos de la mística y de la espiritualidad misionera y también, para las letras colombianas en cuya historia y en cuyas antologías, la Madre Laura, de hoy en adelante con más valiente razón, tiene perfecto derecho a entrar y aposentarse con holgura de méritos y con bizarro lucimiento.

Que fuera escritora y sobresaliente, nos lo atestigua esta Autobiografía. Es un aspecto no desdeñable de su personalidad. No escribió por simple amor al arte, para darse gusto de bordar arrequives literarios. Mujer práctica, unificada, apostólica, meneó la pluma como instrumento necesario a su carisma, a su personal misión. Para ella el escribir fue una tarea más al servicio de un ideal misionero.

No parece que le preocupara el problema del estilo, del arte de escribir. Por su cultura no común y por el enjambre de vivencias y experiencias que en el alma le bullían, la Madre Laura tenía que resultar escritora, y ésta, insigne. Qué decir, no le faltaba, y en cuanto a vocabulario le afluía a chorros al pico de la pluma.

Su lenguaje es de cepa; su limpio hablar le viene de casta. En sus montañas de Antioquia el castellano de los conquistadores y colonizadores se conservó incontaminado y linajudo -que lo compruebe Tomás Carrasquilla- y se enriqueció, por ley de cosa viva, con vocablos y giros regionales muy sabrosos y pintorescos. La Madre Laura fue, desde joven, mujer leída, y saboreó asiduamente en su afanoso rebusco de provisiones de espíritu, aquellos libros que, siendo tesoro de doctrina santa y celestial, son asimismos estuches de las prosas más enjoyadas y rutilantes de Castilla. Nada raro que su habla sea de alcurmia y que su frasear discurra libre y suelto, sin amaneramiento alguno, bien trabado y redondeado.

Pero éstas, diríamos, son cualidades externas del estilo. En escritores de raza, más adentro de la corteza, que puede incluso aparecer arrugada y áspera, fluye la savia, alienta la vida, habita un alma. Y tal acontece con los escritos tan numerosos de la Madre Laura Montoya.

Su dominio del léxico es vasto y abundoso; su pensamiento se reviste de perspicuidad. Es un río ancho y transparente. A pesar de ello, un purista o un estilista exigente podrían tacharle enfadosas repeticiones, algún vo-

cable intruso y aún frecuentes construcciones desaliñadas o tortuosas. ¿Pero qué significarían estos pelillos o reparillos ante las dotes intrínsecas que innegablemente enaltecen y exornan su estilo? Y es que el estilo es trasunto de la personalidad y la Madre Laura lo fue de bulto y descollante. De ahí que revisando sus escrituras sea fácil y agradable admirar, por ejemplo, la dramática sinceridad y hasta la ruda franqueza con que viste o desviste sus ideas, la encadenada trabazón de sus razonamientos, la amenidad de sus relatos, la originalidad de muchos de sus pensamientos tan guapamente expresados, los asomos de gracia y de sorna que no le faltan y la vehemencia y fuego oratorio de sus efusiones religiosas y místicas.

El estilista español Azorín ha preceptuado que la sencillez, la claridad y la vitalidad son, a su juicio, las dotes primarias de un estilo que deleite y perdure. La Madre Laura las posee, como será fácil verificar a quienes, sin retraerse por el número de páginas de este grueso volumen, se internen por los encantos de un relato más encadenador que una novela de intriga y de suspenso.

Esta autobiografía fue titulada por su autora: Historia de las misericordias de Dios en un alma. Existe el original, varias copias exactas a máquina y algunas con prudentes supresiones, para uso interno de las misioneras. El origen de este libro es el siguiente:

Por los días en que el ilustrísimo padre José J. Arteaga, carmelita, primer prefecto apostólico de Urabá, predicó una tanda de ejercicios a las nuevas misioneras, reunidas en la casita campestre de Rioverde, hubo una hermana, admiradora de su madre, que se atrevió a sugerirle:

- Ilmo. Padre, ¿Por qué no manda a nuestra madre que escriba su autobiografía? - Lo haré, contestó monseñor, cuando ella haya acabado la redacción y el retoque final de las constituciones.

No llegó el momento de que el padre Arteaga diera ese mandato a la fundadora. El prelado y la madre, ambos virtuosos e insignes, no lograron acordar y sintonizar. Y sobrevino la ruptura y el éxodo de las misioneras. Dos años más tarde, ya en el Sarare, el padre Le Doussal, egregio eudista francés, ordenó a la madre redactar la autobiografía. Y así consta en los comienzos de la misma.

Para la madre fue un sacrificio grande, pues ella sabía con la escritura sagrada, que es bueno y conveniente ocultar los secretos del Rey. Pero ella

era obediente y era también madre y fundadora. Ella se debía a sus hijas misioneras.

Gracias a esta bienhechora astucia filial, la literatura religiosa y hagiográfica se ha enriquecido con un documento de primera calidad que hoy ha prestado inapreciable servicio al primer temerario biógrafo y mañana, de ello estoy seguro, dará mucho qué estudiar e investigar a los especialistas de la hagiografía y de la mística.

El libro es fruto de la obediencia y de la voluntad de sacrificio.

"Entra en mi programa, - así comienza el prólogo - obedecer hasta morir, porque si el amor es fuerte como la muerte, su hija la obediencia lo ha de ser también. Por eso, pasando por encima de mi deseo de quedar olvidada, comienzo a escribir esto que puedo llamar Historia de las misericordias de Dios en un alma... Me olvidaré por completo del carácter humano de V. R. No atenderé sino al sacerdotal; veré algo más, si cabe: A Cristo Jesús en sus relaciones con mi alma y por eso no guardaré consideraciones de molde humano; le escribiré como si lo hiciera a Dios mismo, porque si no es a Dios mismo, no es posible mostrarle lo que Él ha guardado en el relicario más cerrado, cual es el alma humana. ¿No le parece padre mío...?"

Supongo que V.R. no estará todavía muy hecho a mi modo de entender y de expresar las cosas que, según me han dicho, es raro y un poco fuera del carril común; quizás porque casi siempre que pienso o hablo, me pongo del lado de Dios y como lo ordinario es que se piense y se hable colocándose del lado de acá abajo, no todos me entienden. Por eso padre mío, lo autorizo para que, cuando una idea no me quede comprensible, es decir, cuando no llene el objeto de nutrir las almas, para quienes Dios me la ha dado, me lo advierta con la libertad de quien es dueño de la cosa".

A continuación la madre expone de manera sublime su idea sobre el ser y el no ser de la criatura; sobre las expresiones yo y mi vida, que le parecen impropias, pues "cuando yo digo mi vida, quiero decir, esta agonía con la cual es preciso acabar para encontrarla en Ti, vida única" y finalmente su teoría espiritual y vital de los dos rayones: el negro y el de luz; el de ella y el de Dios; el negro "porque es un jirón de nada, un poquito de poquedad" y el de luz "porque es real, es amor, es vida, es un eterno presente, es lo que es..."

¿Qué decir ahora de esta Autobiografía? No creo me anuble la vista el hecho de contarme entre los muy pocos que hasta ahora han podido entrar

y pasearse libremente por este "Hortus conclusus", huerto florido y cerrado, por donde antes ha revoloteado el Espíritu de Dios.

Ni creo tampoco que me haga blandear y ladear mi condición de coteráneo y primer biógrafo de la Madre Laura. Pero, objetivamente sopesando las cualidades y establecido un cotejo razonado con otros modelos del mismo género que gozan de dilatada sonadía en la literatura eclesiástica, no creo desorbitar las cosas si afirmo que la Autobiografía de la madre Laura Montoya está a unos deditos tan sólo de esos monumentos no perecederos que son las Confesiones de San Agustín, la autobiografía de San Ignacio, la vida de Santa Teresa de Jesús, la autobiografía de San Antonio María Claret y la Historia de un alma, de santa Teresita del Niño Jesús.

¿Extraña afirmación? ¿Audaz? ¿Exagerada? No ve uno por qué. Y primero de todo, la mano del Señor no se ha abreviado y lo que antaño o casi en nuestros días le concediera al África, a España o a Francia, bien puede concederlo a las cristiandades de América.

En este libro, - y es lo primero que se siente - palpita la vida y una gran vida. Es un documento lleno de humanidad, caliente de alma. Todo en sus páginas está vivido y está dicho con emoción y con pasión hasta subyugar el ánimo y dejarlo muy cerca de Dios. La peripecia humana y la trayectoria mística de la autora discurren por todo el libro, tan trenzadas, tan unificadas, que ya se le mire como relato histórico, ya como radiografía síquica, ni tiene desperdicio, ni podrá ser olvidado en adelante por los cultivadores de la historia de la espiritualidad.

Disertando sobre autobiografías, el maestro Laín Entralgo se pregunta: "A quién cuenta el hombre su vida cuando en verdad quiere contarla? Tres respuestas son posibles: El hombre puede contar su vida a Dios, a sí mismo y a los demás hombres. Nacen así tres géneros literarios, humana y literariamente distintos: Las "confesiones", los "diarios íntimos" y las "memorias".

San Agustín confiesa su vida a Dios. Los hombres son testigos de la confesión, la cual en consecuencia, está dirigida a sus posibles lectores con un designio rigurosamente adoctrinador, edificante. Por eso, las confesiones no son nunca cínicas, aunque a veces lleguen a ser terriblemente sinceras..."

Hay autobiografías extravertidas, exteriores, de hechos superficiales o si se quiere importantes en los que se regodea la vanidad del autor y se

alimenta la curiosidad del lector. A esta manera pertenecen muchas de las memorias de personajes o actores del mundo político o literario.

Hay autobiografías de carácter intimista, en que parece que un alma se nos entrega con toda su vibración interior y su proyección hacia fuera. Prototipo de ellas es el libro de las Confesiones de San Agustín. Y en tal escuela figura y llegará a descollar la autobiografía de la Madre Laura. Con las Confesiones se asemeja en la combustión permanente de su alma y en ese dialogar frecuente con Dios que hace de ambas obras más una meditación suspirante y llameante que una narración atemperada y serena.

Del libro, además, emana el calor de la sinceridad y de la convicción. Vendrán quienes aquilaten, particularmente en lo que atañe a interpretación de actitudes adversas a la Congregación, todos y cada uno de los hechos narrados por la Madre; ella los narra como los vio y como lealmente los creyó y siempre en relación con sus miras altísimas que fueron la gloria de Dios y la salvación de las almas. En cuanto a los fenómenos místicos, tan abundantes en esta biografía, uno cree que tal como la Madre los revela, no es posible inventarlos. Y dado que una imaginación fecunda y el conocimiento de casos similares pudieran sugerir amañadas imitaciones, lo que no se puede inventar es, por decirlo así, el tono cordial de la voz y del estilo y ese calor de verdad y de sinceridad que emana de las auténticas vivencias. Por otra parte, esos fenómenos tienen como argumento de veracidad el respaldo de una vida entera gloriosamente quemada en empresas y virtudes patentes y nada sospechosas.

Por este aspecto de la contribución a los estudios místicos, la Autobiografía podrá constituir una fuente notabilísima, pues en ella se dan a menudo aquellas tres mercedes, o separadas o conjuntas, de que habla santa Teresa en su Camino de Perfección (XVII,5): "Una merced es dar el Señor la merced, y otra el entender qué merced es y qué gracia; otra cosa es saber decirlo y darla a entender como es..." Las referencias de la Autobiografía, particularmente las insertadas en la segunda parte de mi biografía inédita de la Madre Laura, probarán luminosamente que ella recibió altísimas mercedes y, a la vuelta de inevitables balbuceos ante lo inefable, que han experimentado y lamentado todos los místicos, supo darse a entender, a veces con tal viveza y grafismo de expresión que algunas de sus páginas pasarán, de seguro, a las antologías de la literatura mística.

Literariamente considerada, la Autobiografía ostenta magníficas presecas. Tiene ante todo esa vitalidad que varias veces hemos ya ponderado

como cualidad avasalladora en toda clase de escritos. Late en estas páginas de la fundadora colombiana una humanidad rebosante de vida interior y de actividad exterior. Y por eso, por humano, el libro acompasa con nuestro corazón. La escritora además, es amena, sabe condimentar con interés los variadísimos episodios, toca unas veces al corazón y otras a la fantasía del lector y todo gira en torno a una idea central: la obsesión misionera de una grande alma y la concreción paulatina de una nueva milicia al servicio de Cristo y de la Iglesia en el escenario a veces maravilloso y a veces terrorífico de la selva virgen americana. En una palabra: todo concurre a hacer de esta Autobiografía un libro clásico, delicioso por su contenido y adoctrinante por su ejemplaridad multiforme. ¿Quién podrá olvidar, para poner aquí algún ejemplo, el relato de su ingreso en la Normal, el episodio de la muerte de Leonor Echavarría o el delicioso cuadro de costumbres de Gregorio el haraposo? ¡Qué viveza y frescura de relatos!

La Madre, al escribir esta obra, pensó en sus hijas. No hay por qué escandalizarse de ello. Las Confesiones de San Agustín fueron devoradas por los contemporáneos y discípulos espirituales del gran obispo. San Antonio María Claret redactó su autobiografía por mandato del confesor para aprendizaje de sus hijos los misioneros. Santa Teresita soñaba en el bien que a tantas almas haría la historia de la suya. Y es que, como finalmente advertía *Consummata*: "Hay santos o grandes personajes que son expropiados para utilidad pública", cuánto más si han desempeñado una función de paternalidad y de magisterio espiritual. Para decir toda la verdad sobre esta Autobiografía, no callaré que tiene un defecto extrínseco notable: carece, casi por completo, de indicaciones cronológicas. Rarísima vez pone fechas la autora. Y ello hace que el lector, y más si éste quiere informarse en plan científico o histórico, camine a oscuras y no pueda con facilidad situar, relacionar y sincronizar unos hechos con otros.

Muy valiosos conceptos sobre la Autobiografía de la madre Laura nos dirá el Excmo. Padre Bernardo Arango, S.J., obispo de Barrancabermeja, a expresa petición del autor de esta presentación.

"Con mucho gusto le doy mi opinión, escrita y firmada, sobre la Autobiografía de la Madre Laura. La leí con atención y cuidado especiales, no omitiendo nada de ella. Tengo qué confesar que su lectura me hizo mucho fruto espiritual y que sentía el fervor sensible y como la presencia de Dios mientras la leía. Creo que en toda esa vida se retrata una verdadera y au-

téntica santa, guiada por Dios desde los primeros días de su infancia hasta el último de su vida, sin querer hacer sino la santísima voluntad de Dios.

Me parece que la lectura de esa vida de la Madre Laura hará sumo bien a las almas bien dispuestas, a las que no la lean con prevención y aún a éstas, quizás las convenza de la elevada santidad de esta gran fundadora de misioneras. Naturalmente que hay en la vida de la Madre Laura cosas de subido misticismo que no todos podrán comprender ni por lo tanto apreciar como se merece; pero eso no creo que sea obstáculo para que la vida se publique cuanto antes".

En el abultado acervo de libros y escrituras de la Madre Laura pienso que ésta su Autobiografía ocupa y reclama el puesto primero, por su interior valía y por su misma extensión. Su entera obra escrita, como su vida misma, fue toda ella de carácter misional. La Autobiografía, por ser traspunto o reverberación de un alma y remembranza de una dramática trayectoria vital, refunde y unifica todo ese manojito de íntimas y exteriores vivencias. Tiene del vivir para adentro y del vivir hacia fuera, de la historia y de la enseñanza, del hacer y del meditar, de lo que es contemplación y de lo que es acción. Y todo ello unificado en una sola vida y una sola alma de hazañosa grandeza y eminencia.

Puesta a su tarea de revivirse, ella dispuso de fuentes personales que, providencialmente, había preparado cuando no podía soñar en la realización de este mandato del director de su conciencia. Entre sus manuscritos hay libretas de propósitos y de apuntes espirituales que datan, por lo menos, de 1903. Es un manojito de pensamientos propios o tal vez espigados en autores de ascética, de espirituales vivencias momentáneas o duraderas, pero siempre vigorosas; recoge la captación de recibos divinos o soberanas iluminaciones; la clarísima percepción de las deficiencias propias o, de las demandas de la gracia; la formulación de propósitos y votos.

A veces sólo consta el año; a veces la fecha exacta año, mes y día. Pero hay una sucesión cronológica que desde 1903 llega, con lagunas, hasta 1945.

Para ella, tan memoriosa, tan inteligente, tan volcada en su carisma y vocación de fundadora de misioneras, esas líneas escuetas y sobrias se le trocaban, con sólo repasarlas, en un manadero de reminiscencias y de evocaciones. Y cuatro líneas de estos libretines le bastan para engrosar, ambientar y colorear un largo relato de la Autobiografía.

Añadamos que los apuntes íntimos valen, de particular manera, para lo referente a los largos preámbulos de su vocación misionera y para todo lo que en la Autobiografía, de cabo a cabo, se desvela de los secretos del Rey. Porque a través de ellos se nos descubre la mística de velos encumbrados y soberanos.

Pero la Madre Laura es personal y autobiográfica en todo lo que escribe, primero por lo recio e irradiante de su personalidad y luego por sus buscados intentos de formación y pedagogía misionera a favor de sus religiosas. Por eso ella echa y pone toda su alma lo mismo en los apuntes de carácter íntimo que en sus narraciones destinadas a los lectores no escasos que en la prensa antioqueña seguían los pasos, los lances y las peripecias de la denodada fundadora. Para prevenir posibles reproches de los historiadores futuros será oportuno advertir que la presente, primera edición sale con algunas novedades que no afectan en nada a la genuinidad y pureza de los manuscritos. La obra ha sido dividida y titulada en capítulos, a su vez, distribuidos en subtítulos para un mejor ordenamiento del contenido. También se han omitido algunas páginas con ciertos episodios que piden la discreción del silencio.

Pero conste que, fuera de estas prudentes omisiones, no importantes ni sustanciales, no se ha intentado enmendar o interpolar palabras o frases. Esta edición de la Autobiografía es siempre la Madre Laura quien lleva la palabra, su limpia, directa, sustanciosa y encendida palabra.

Al acabar su lectura se siente uno obligado a preguntar como los discípulos de Emaús: ¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?

Carlos E. Mesa. cmf
Medellín 1 de junio de 1971

PRÓLOGO DE LA AUTORA

*Con caridad perpetua te amé
y por eso te atraje a mí
(Jer. 31,3)*

Reverendo Padre:

Entra en mi programa, obedecer hasta morir, porque si el amor es fuerte como la muerte, su hija la obediencia lo ha de ser también. Por eso, pasando por encima de mi deseo de quedar olvidada, comienzo a escribir esto, que puedo llamar la historia de las misericordias de Dios en un alma.

Hágase Dios mío vuestra voluntad. Siempre he amado más esta adorable voluntad, cuando me sacrifica; mas, he de confesarlo: En el presente caso, siento toda la amargura del sacrificio y no sé por qué lo es.

¿Cómo ha de ser sacrificio para un alma el dar a las almas lo que su Dueño para ellas le entregó? ¡Mal andarían las cosas! ¿Será que, sin quererlo, me he alzado con alguna parte del depósito sagrado? Si así fuere, perdóneme Dios, ya que voy a cumplir este acto de justicia.

Me olvidaré por completo del carácter humano de vuestra reverencia. No atenderé sino al sacerdotal; veré algo más, si cabe: a Cristo Jesús en sus relaciones con mi alma y por eso no guardaré consideraciones de molde humano; le escribiré como si lo hiciera a Dios mismo, porque si no es a Dios mismo no es posible mostrarle lo que ÉL ha guardado en el relicario más cerrado, cual es el alma humana. ¿No le parece padre mío?

Para hacer estas confidencias no tengo las rejas del confesionario; pero cuento con la promesa del sigilo y sé además que por mal que exprese lo que en lengua humana no puede expresarse con fidelidad, seré comprendida porque el Espíritu Santo le acompaña. La fe vale más que los sentidos. ¿No es verdad?

Éstas son las fuentes de la libertad con que me prometo escribir esto.

Supongo que vuestra reverencia no estará todavía muy hecho a mi modo de entender y de expresar las cosas, que, según me han dicho, es raro y un poco fuera del carril común; quizás porque, casi siempre que pienso o hablo, me pongo del lado de Dios y como lo ordinario es que se piense y se

hable colocándose del lado de acá abajo, no todos me entienden. Por eso padre mío, lo autorizo para que, cuando una idea no me quede comprensible, es decir, cuando no llene el objeto de nutrir las almas, para quienes Dios me la ha dado, me lo advierta con la libertad de quien es dueño de la cosa.

Pero Dios mío, ¿cómo hablar de mi ser? ¿De cuál ser, si Tú solo eres? ¡Si mi ser no es! ¿Cómo expresar esta idea, si no tengo existencia fuera de Ti? ¿Si esto que llamo YO no es ni un punto, puesto que ese punto es un instante que se va? ¿Cómo puede decir el aire iluminado que es luz, si la que tiene está en el foco? ¿Si mi vida está en Ti, cómo puedo hablar de mi vida, si no tengo vida? ¿Si Tú solo eres Vida? ¿Si lo que tengo en mí es una muerte continuada en un medio que se va? ¿Si es un agonizar la vida humana? ¡Dios mío, vida viva, vida única! Ser único, ¿cómo puedo decir mi vida si ni es vida, ni es mía? ¿Cómo diré YO si no soy? ¡Si Tú solo eres!

¡Las palabras Yo y MI VIDA son una sombra, algo que está en Ti y que me hace temblar de respeto! Dios mío, perdóname que al escribir algo de este YO que no es y de esta vida que solo está en Ti, tome estas palabras tan impropriamente como mías y que hable de ellas como llevada de la necesidad de tomar lo que realmente no me pertenece, por falta de algo que sea propio y real. Quiero, pues, tomar estas palabras en sentido negativo. Así, cuando diga YO, quiero decir: esta que no es, y cuando diga MI VIDA., quiero decir: esta agonía con la cual es preciso acabar para encontrarla en Ti, Vida única.

Tomadas en este sentido mis palabras, comienzo a cumplir tu amorosa voluntad.

Cuando entro dentro de mí y veo esto que llamo MI SER se me ocurre ver, bien deslindados, dos rayones en un espacio de tiempo, el uno negro; de luz el otro. El primero es el que llamo YO y comenzó en el tiempo, cuando fue tu voluntad que existiera. El otro es lo que es tuyo y que jamás ha comenzado porque es eterno. Es aquello que mostraste cuando dijiste: "Con caridad perpetua te amé". Aquél es negro, porque es una negación de existencia propia, porque es un jirón de nada, un poquito de poquedad, porque es ignorancia y pecado. Éste es luz, porque es tuyo, porque es real, porque es amor, porque es vida, porque es un eterno presente, porque es lo que es.

Con mi muerte, estos dos rayones se confundirán como si fuera uno

solo y persistirá sólo la luz de tu Ser, ésta será tu gloria, ésta será mi felicidad. Los dos cabos del rayón negro estarán el uno en tu "con caridad perpetua te amé" y el otro en el término de esta frase: "por eso te atraje a mí". Sólo tiene existencia, aparentemente separada, en el tiempo. El rayón de luz es simplemente eterno. Qué dicha pensar que no puede existir mi felicidad sin tu gloria, ni ésta, sin hacerme feliz. ¡Viva tu Vida tan viva. Viva tu Ser tan existente!

En esto pues que llamo mi vida, hay dos campos: el Tuyo y el mío. De ambos debo hablar. Del último hablaré sin apartarme sino aparentemente del primero. Es mi vida natural, es mi ser humano. Por éste comenzaré, sin apartar mis miradas del tuyo, que sustenta el mío.

CAPÍTULO I

- LUGAR DE NACIMIENTO. MIS PADRES - FILIACIÓN DIVINA
- MI NOMBRE - SINGULARIDADES DE MI INFANCIA
- SE TRANSFORMA MI CARÁCTER - COMIENZA LA OBRA DE DIOS
- HECHOS DOLOROSOS Y TERRIBLE POBREZA
- SUPUESTA ORFANDAD

"Con ansia suma estuve aguardando al Señor. Y por fin inclinó a mí sus oídos, y escuchó mis súplicas. Él me sacó del lado de la miseria," (Sal. 39, 1-2)

Lugar de nacimiento - Mis padres

Comenzó lo que impropiaemente llamo mi vida natural en Jericó¹ de Antioquia, el 26 de Mayo de 1874.

Fueron mis padres Juan de la Cruz Montoya y Dolores Upegui. Ambos cristianos sinceros. No conocí a mi padre. De él solo sé que fue comerciante y médico; que sus costumbres fueron intachables y que su sangre hervía cuando se trataba de la defensa de la verdad y la justicia. Que murió sin sacramentos, en defensa de la religión, el 2 de diciembre de 1876².

Mi madre, fue piadosa, caritativa y a tal punto era notoria la seriedad de su carácter y su piedad, que sorprendió a todos, el que eligiera un esposo, después de haber desdeñado la mano de un alto magistrado y de otros connotados caballeros.

¹Jericó: población del departamento de Antioquia, Colombia, fundada en 1840 por don Santiago Santamaría. Cuna de hombres y mujeres ilustres por su santidad y sabiduría, entre ellos, la Beata Laura Montoya y Jesús Aníbal Gómez, El 29 de enero de 1915 el Papa Benedicto XV creó la Diócesis de Jericó. Dista de Medellín 149 kilómetros hacia el suroeste del departamento. Por su agradable clima y fértiles tierras, es un floreciente centro agrícola. Se cultiva especialmente, el café.

²En 1876 gobernaba el país don Aquileo Parra quien trajo a Colombia pedagogos protestantes, para que organizaran la educación del país. Los conservadores se sublevaron contra el gobierno. El Estado de Antioquia declaró turbado el orden público y se inició una guerra religiosa en la cual se atacó a la Iglesia. Obispos y sacerdotes fueron perseguidos. Muchos de ellos tuvieron que esconderse en las montañas y algunos obispos fueron al destierro. En una de estas contiendas, en Jericó, defendiendo sus valores religiosos, murió el padre de Laura, don Juan de la Cruz Montoya.

Su carácter siempre igual y gracioso, sin pretender serlo, le conquistaba la amistad y el cariño de los de su esfera y el respeto de sus inferiores. Constante y magnánima en el sufrimiento, enseñó a sus hijos -fuimos tres- a despreciar lo transitorio y a suspirar por lo eterno. Tan seria en sus afectos, que jamás recuerdo que nos hubiera besado. Lloró la muerte de mi padre ante el sagrario y en la oscuridad de la noche, durante veinte años. Jamás se le oyó una queja y soportó los rigores de una viudez pobre con fortaleza edificante. Tan generosa en el perdón de las injurias que sobre sus rodillas nos enseñó a amar, orando por el que labró su dolor haciéndola viuda.

Cuando ya grandecita, le pregunté en dónde vivía Clímaco Uribe, ese señor que amábamos y que yo creía miembro de familia, por quien rezábamos cada día, me contestó: "Ése fue el que mató a su padre; debe amarlo porque es preciso amar a los enemigos porque ellos nos acercan a Dios, haciéndonos sufrir". Con tales lecciones, era imposible que, corriendo el tiempo, no amara yo a los que me han hecho mal.

Creció siempre en virtud y fortaleza y terminó su vida a los 77 años de edad, siendo religiosa misionera, con el nombre de Hermana María del Sagrado Corazón. Coincidencia rara: Nació el 10 de febrero de 1846 y murió el 10 de febrero de 1923.

De su piedad da testimonio el hecho de que jamás quiso que un hijo pasara ni una sola noche sin bautizar y rehusaba cogerlo, ni lo estrechaba contra su seno mientras no hubiera recibido el agua santa.

Filiación divina

A esta circunstancia debo la felicidad de no haber estado privada del santo bautismo sino cuatro horas; nací a los ocho de la mañana y me bautizaron a las 12 del mismo día. Es la primera gracia con que Dios regaló mi entrada en el mundo. La noche del 26 de mayo de 1874 me encontró ya hija mimada de Dios.

¡Dios mío! Qué pronto comenzaste a mostrar predilección por esta miserable criatura que tan ingrata te ha sido. Aquí sí que mostraste la verdad de aquella palabra: "Con caridad perpetua te amé y por eso te atraje a mí." Diríase que el materno claustro te privaba de estrechar tu criatura con lazos del amor de predilección y por eso te apresuraste a hacerla tuya, metiéndola entre las redes de la gracia santificante, tan luego como estuvo libre del materno encierro.

¡Ay! ¡Cuánto dolor me causa el pensar que criatura tan amada, no hubiera esperado a darse cuenta de tus misericordias para ofenderte! Ve aquí, reverendo padre, el principio del rayón de luz en el tiempo, paralelo al rayón negro que tan pronto empecé a trazar con tinta de negación y oscuridad.

La fuente bautismal de la antigua iglesia de Jericó, fue mudo testigo de mi filiación divina a los claros resplandores del sol del mediodía. Por eso, al conocerla en 1909, es decir, treinta y cinco años después, derramé un torrente de lágrimas, dulce mezcla de amargo dolor por mi ya perdida inocencia y del más acendrado agradecimiento, ante aquel mudo testigo del primer beso de aquella caridad perpetua con que me amaste, Dios mío, desde la eternidad.

Por eso, al entrar a la ciudad que me vio nacer, antes que recorrer sus calles, antes de mirar sus edificios y aún antes de adoraros en tu sagrario, busqué con ansia loca el único objeto que allí perseguía, la sagrada pila bautismal, diciendo dentro de mí: ¡Oh mi estola bautismal tan ultrajada! ¡Oh mi inocencia perdida! ¡Oh mi inocencia que te fuiste! ¡Oh mi filiación divina ya desfigurada! Mis lágrimas alarmaron a mis compañeras de viaje, que no sentían como yo, el dolor de una joya perdida, ni el hálito de un amor perpetuo, exteriorizado treinta y cinco años antes, en aquel lugar.

Desahogado mi dolor, volvimos a tomar las cabalgaduras que habíamos dejado en el atrio de aquel templo, y nos dirigimos a la casa de un hermano de mi padre. Visité después la casa donde nació. Me refirieron las alegrías y dolores allí pasados por mis padres; pero ya nada me conmovió, todo era muerto para mí, menos la fuente en donde Dios me dio su primer ósculo.

Fueron mis padrinos de bautismo, dos hermanos de mi abuelo paterno, Domingo y Juliana Montoya. Sus virtudes perfumaron su existencia larga y fueron otro florón con que Dios adornó mi frente al venir a la vida.

Mi nombre

EL nombre que me dieron no fue elegido por los míos merced a la diversidad de deseos de mis padres. Él quería que me llamaran Dolores y mi madre quería que me pusieran Leonor. En este caso terció el sacerdote que me bautizó abriendo el martirologio, eligió el primer nombre que se le presentó. Me nombraron Laura.

Cuando conocí que tal nombre se deriva de laurel que significa inmortalidad lo he amado, porque traduce aquella palabra: "Con caridad perpetua te amé". ¡Si es perpetua, ha de ser inmortal e inmortal ha de ser mi amor y mi nombre fue el sello de esa inmortalidad de amores entre Dios y su criatura! Inmortal ha de ser la fe que con el nombre recibí.

Bien cuidaba Dios del nombre de su amada porque cuando al cambiármelo, según la costumbre en la Congregación a que tengo la dicha de pertenecer, el ilustrísimo señor don Maximiliano Crespo, nuestro fundador, se opuso a que lo cambiara, diciendo: ¡Laura ha de ser su nombre! ¡Todo es predilección de parte de Dios! Por la mía, no he hecho otra cosa que sembrar muerte en el jirón de vida eterna que Dios infundió en mi alma con el santo Bautismo. Hasta el nombre ha salido mal librado en mis manos. En inmortalidad salpicada de muerte, es en lo que ha venido a quedar.

Singularidades de mi infancia

Como me propongo, reverendo padre, referir todo aquello con que Dios especializó por decirlo así, mi existencia, preparando el destino a que me llamaba, en la obra de su Providencia, permítame que consigne aquí algo que, aunque no siempre muestra el fin para el cual lo encaminó Dios, de un modo claro, por lo menos, merece tenerse presente, por cuanto se aparta de lo ordinario, circunstancia que me mueve a creer que quizás entra en el plan de Dios al crearme.

Se me ocurre reverendo padre, que es como cuando uno regala un objeto precioso, que se complace en ponerle florecitas, cintas o un perfume raro, etc. Claro que aquello es tan accesorio que de ninguna manera forma parte del regalo; mas sí muestra el gusto, el amor, el respeto, la delicadeza del autor de la dádiva. ¿No es verdad? Pues al darme Dios la vida natural, ese gran don, quiso adornarlo, perfumarlo, atarlo o como quiera decirse, con algunas sartas raras que aunque no necesarias a mi formación especial, obligan mi agradecimiento; son las siguientes:

Primero. No lloré al nacer, ni lo hice hasta seis meses después. Habitados mis padres al casi continuo llanto de mi hermana mayor, creyeron que alguna enfermedad motivaría esta rareza. Consultaron un médico, quien después de examinarme halló que la chica tenía una salud completa. A veces pienso que como Dios no hace nada al acaso, esta circunstancia entrañaría algo de mi futuro destino. ¡Me necesitabas, Dios mío, (perdó-

name esta palabra), me necesitabas tan guapa, tan sin nervios, tan aguantadora! Además, ¡cómo había de llorar al entrar en la vida, aquella que tanto iba a agradecerte ese préstamo! ¡Aquella a quien ibas a hacer tan venturosa, a las pocas horas de nacida Oh Dios mío! ¡Quizás me excluiste de la ley general del llanto, en aquel asomar de la vida, porque más tarde tendría que llorar mis propios pecados y los ajenos! Sería para que mis lagrimales no se vaciaran sino por un motivo justo. Pienso tantas cosas que me llenan de agradecimiento. ¡Y mi amor tan poco proporcionado a tus dádivas!

Mi madre quizás inconscientemente, sorprendía el secreto de Dios, pues cuando más tarde lloraba yo las pequeñas contrariedades comunes a todos los niños, me decía: ¡No llores por esto, guarda tus lágrimas para que más tarde las derrames por algo digno de ellas! ¡Tanta intuición tenía de mi destino, que jamás mimó mis lágrimas; quería hacerme fuerte en todo! Y no que así fuese su carácter, porque a mi hermano menor le enjugaba las lágrimas y le toleraba los mimos hasta con cierta debilidad. ¡Dios mío! Hoy quisiera tener mares de lágrimas para llorar el desconocimiento que de Ti hay en el mundo. Aún no me basta la provisión que al nacer me reservaste.

Otra cosa rara como quien dice, otro indicio de la fuerza que más tarde habías de desarrollar en mí contra todas las leyes naturales, fue el que catorce días después de nacida, sin motivo ninguno, estando sola, tirada sobre una cama, volví con un solo movimiento todo el cuerpo; me puse boca abajo y levanté la cabeza, como para buscar algo. Esta operación no volví a hacerla, sino a la edad en que todos los niños la hacen. Es increíble que después me haya distinguido por la pesantez de los movimientos, por la poca agilidad física, por lo inhábil en general, para todo esfuerzo físico. Más tarde, cuando salía en compañía de niños iguales, siempre iba atrasada y si se ocurría saltar o trepar o hacer cualquier maniobra física, había de hacerme a un lado de los demás; era incapaz. Además, cuando ya haciendo estudios profesionales estudié gimnasia, el profesor se exasperaba conmigo y mi calificación era la mas baja.

¡Dios mío, mi oficio de misionera, reclamaba hoy que aquel primer acto de agilidad y de fuerza, hubiera sido el asomar de una cabra! ¡Pero tus pasos son tan diferentes de los de los hombres! ¡Hoy necesito ser cabra y soy tortuga! Y qué bien trepa, tu tortuga por las breñas santificando a otros en ejercicio de paciencia y caridad. Muchas veces, cuando al despertar te busco, recuerdo aquel levantar de la cabeza primero, aquel buscar algo y

me digo: ¡Ay! ¡Si desde entonces te hubiera buscado alrededor de mi lecho! ¡Muchos años habrían de pasar, sin embargo, sin que mi alma te conociera, ni tuviera afán de buscarte!

Otra circunstancia rara es la que refería mi madre con ternura sin igual: No hacía lo que todos los niños hacen en sus envolturas. Con un ligero gemido indicaba las necesidades físicas y no cesaba de darlo hasta que me veía libre de las ropas. Satisfecha la necesidad, quedaba tranquila, entre mis ligaduras infantiles.

¿Qué significaría esta especialidad? No lo sé. ¿Sería puro adorno colocado con gracia en la joya de mi vida natural? ¿Despuntaría entonces mi tendencia, a no mortificar a nadie? ¿Sería que desde aquella época quería vivirme sola la vida, como más tarde me la he vivido? ¡De cualquier modo, estoy muy agradecida de mi Dios, hasta por esta circunstancia!

Tenía seis meses, cuando me atacó la tos ferina, con tanta fuerza que creyeron que moriría o que mis pulmones quedarían inutilizados. En los mismos días fue atacada también por la misma enfermedad la mujer de la cocina; ambas nos vimos a la muerte; al mismo tiempo nos empezó un acceso de tos violento; pero como los designios de Dios eran distintos con las dos, en él se ahogó ella y a mí lograron volverme dándome aire artificialmente.

Esta mujer se llamaba Isabel y llamo la atención sobre ella y la circunstancia de su muerte, porque más adelante necesito hacer alusión a ella.

Aún no caminaba cuando comenzó a mostrarse mi carácter irascible y burlón. A gatas me puse una ocasión, en la puerta de la calle y comencé a hacer ademán de burla y a reírme de un campesino mal vestido que pasaba. Con señas, pues aun no hablaba, invitaba a la niñera para que observara el campesino. ¡Que pronto Dios mío, ensayé el ofenderte! No me libré de la corrección materna; pero mi enmienda tardó mucho, porque recuerdo que hasta ya levantadita tenía que luchar con esta tendencia.

Se transforma mi carácter

No conozco otros rasgos de esa primera época de mi vida, o sea de la primera infancia. Mi carácter que despuntaba alegre, se tornó muy pronto, en serio, algo triste y antipático. Sin duda el retardo del desarrollo físico, debido a la tosferina, que me duró seis meses, la amargura de la orfandad que, desde antes de cumplir tres años, comencé a sentir, las lágrimas cons-

tantes de mi madre, la atmósfera de pobreza, rayana en miseria, a que quedamos reducidas por el saqueo que siguió a la muerte de mi padre y derrota de las fuerzas conservadoras, me marchitaron, arrancando de mi alma de niña, las risas y el primer asomo de alegría que comenzaba a despuntar fértil y hasta exagerado. La niña burlona se tornó en mustia y agria.

Comienza la obra de Dios

Aquí comienza, reverendo padre, una labor de Dios, muy interesante en mi vida. Recuerdo que, hace pocos años, un sacerdote, en el momento de encargarse de la dirección de mi alma, quiso conocer cómo se las había mi corazón con los afectos humanos y después de largo examen le noté desconfianza, la cual creció cuando le dije que jamás me había hecho falta nadie, ni deseaba ver a nadie, que si por alguno me interesaba, por deber, me bastaba conocer que nada le faltaba, para ponerme en completa tranquilidad, como me sucedía con mi madre. Me sorprendí de su desconfianza pero me tranquilicé al examinarme y ver que nada le negaba y que la luz de la conciencia me mostraba la mayor sinceridad. Poco tiempo después, este sacerdote, palpó la verdad de mis respuestas y me dijo que probablemente en mi niñez había habido algunas circunstancias que hubieran hecho el trabajo de modelar mi corazón, de modo que no me presentara luchas.

Poco le entendí, pero quedé bien, pues tampoco me importa entender ciertas cosas. Pero después, repasando mi vida, excitada por las frecuentes preguntas de las hermanas a quienes mi madre ha dado la clave de algunas particularidades de mi carácter, observé que un agente misericordioso influyó en mi favor a este respecto.

La transformación de mi carácter, de que ya hablé, comenzó a enfriar, al parecer, el afecto de mi madre hacia mí. Si me mostraba amarga y recia era natural que ella se mostrara menos dulce y delicada conmigo, mas, como yo no podía explicarme el cambio de ella, el afecto demasiado tierno que le tenía, comenzó a ser reemplazado por un vacío terrible que me hacía sufrir, pero en silencio.

Hechos dolorosos y terrible pobreza

Recuerdo que cuando apenas tenía tres años, se hizo necesario que una de las niñas se separara de la madre, pues se trataba de disolver el hogar, ya atacado por el hambre. Naturalmente fue designada para este

sacrificio, Carmelita, por ser mayor. Pero ella, asiéndose fuertemente a los vestidos de mi madre, se desbordó en gritos que atronaron la casa. Yo escuchaba todos los ruegos de mi madre y sus lágrimas y veía la resistencia de Carmelita, con un sobresalto terrible porque preveía que el término de la lucha había de ser la determinación de enviarme en su lugar. El corazón se me apretaba y las lágrimas velaban mis ojos; pero sentí el primer ímpetu de sacrificarme y esperé resuelta.

Desasiéndose mi madre de Carmelita, me miró con tristeza como diciéndome: ¿Se irá, usted? Los más amargos fantasmas de orfandad se agolparon a mi mente, mi corazón se me partió pero le di un sí resuelto que mostró a mi madre el partido que había de tomar. Luego, tranquilizando a Carmelita que había de quedar con ella, se me acercó y me hizo la más amarga caricia. Me entregó a un tío, pues iba a la casa de la abuela paterna. Todavía me retrata la imaginación una cuesta larga y triste por donde me subieron. Iba bañada en lágrimas, pero sin dar una queja, ni un grito. El camino fue un manantial de reflexiones. Mi padre muerto hacía poco, mi hogar deshecho, mi madre hecha un pozo de lágrimas y ya lejos de mí, me mostraron la vida negra y me dieron la primera noticia de que inevitablemente había de sufrir...

Ésta fue la primera lección de la vida que quedó grabada en mi alma y que ha sido semilla fecunda de bienes. A ella debo el no haber estado engañada y por consiguiente, el que el desengaño me sea extraño. Veo esto hoy, reverendo padre, como un fondo oscuro, tenebroso, ¡porque aun no conocía a Dios!

Si ya Él hubiera hecho su entrada en mi entendimiento siquiera, mi dolor no hubiera sido tan hondo; hubiera sido como una noche con estrellas, pero ¡Dios mío! ¡Si tu luz estaba ausente, ¿qué había de ser el dolor en un corazón de cuatro años, sino una noche sin estrellas?

¿Cuándo tuve la primera idea de Dios? No lo recuerdo con precisión. Sólo me doy cuenta de que fue más tarde. Sí puedo asegurar que estos primeros años, es decir, cuando pude advertir que existía, fueron una serie de lecciones de excepcional dureza. Ya provenían de la pobreza, ya del desprecio que en algunos miembros de familia veía hacia mi madre, ya de la poca simpatía que a mi alrededor veía; ya del rechazo que frecuentemente sufría de corazones a los cuales reclamaba cariño; ya de la soledad íntima, profunda a que me condenaba mi carácter serio y reconcentrado. ¡Era sola, completamente sola! Mi madre no conocía mi dolor.

Pequeñeces llamo ahora estas penas; pero como no te conocía, Dios mío, me herían vivamente. Desde esta edad me di cuenta de lo poco que valen los corazones humanos y de cuán poco socorro se encuentra en aquellos que nos aman. Desde entonces me resolví a todos los sacrificios; vivía mal, porque vivía arrimada y sin madre, y frecuentemente sin el gusto de los que me recibían en su casa y bajo los rigores de un mal semblante, de una mano poco blanda; pero no anhelaba vivir de otro modo. El sacrificio absoluto me entristecía, pero me daba paz.

Cuando el dolor pasa con Dios, dulcifica; pero cuando Dios está ausente, amarga. Por eso mi carácter se hacía cada vez más apático y más repulsivo a los demás. Sabía sufrir en silencio, pero con amargura.

Supuesta orfandad

Me estremezco cuando recuerdo que no sólo dudé, desde entonces, del cariño de mi madre sino que me aseguré definitivamente de que no me quería; que mis dos hermanos se habían llevado todo su corazón. Me apartaba de ella creyéndome huérfana, sufría porque ella sufría, pero como no sabía expresarlo ni manifestarlo, ella me creía indolente.

Uno de los motivos para creerme desgraciada fue el siguiente: Mi hermana mayor era muy blanca y de excepcional belleza; su carácter amable y simpático formaba contraste con el mío y como además, yo era negra y fea, me explicaban la diferencia diciéndome que yo era hija de Isabel la cocinera que se ahogó en la casa. ¡Qué mal hacen en mentirle a los niños! Esto lo creía con la mejor fe del mundo y rebotaba mi amargura. Dejé de llorar por mi padre porque me convencí de que no lo era. Y como lo duro y apático de mi genio obligaba a mi madre a usar de algún desvío conmigo, me confirmaba más en mi orfandad y a solas lloraba a la madre que había perdido. ¡Dios mío! Sin duda me sostenías sin que yo te sintiera, pues de lo contrario mi organismo hubiera sucumbido. Si entonces el semblante de Jesús me hubiera sonreído, mi dolor me hubiera sido dulce como los que con Él he pasado después.



Juan de la Cruz Montoya
Padre

CAPÍTULO II

EN AMALFI - HAMBRE DE CARIÑO - MI PRIMERA COMUNIÓN - ASOMOS DE VANIDAD - PARALELO DE LOS DOS RAYONES - ME VI GRAVE Y NO ME CONFESÉ - PRIMERA GRACIA EXTRAORDINARIA

*"Puso en mis labios un cántico, un
cántico en loor de nuestro Dios"
(Sal. 39,4)*

*En Amalfi*³

Tenía cinco años cuando el abuelo materno nos llevó a su casa en Amalfi, en una hacienda poco distante de la población, que se llamaba "La Víbora". A pesar del cambio de vida, mi carácter fue el mismo; o mejor, crecía en reconcentramiento y amargura.

Era mi abuelo⁴ un viejo ardiente, enérgico, serio y en extremo nervioso. Desde luego se prendó de Carmelita y la hizo, por decirlo así, su ángel. Por donde quiera iba con ella, celebraba sus gracias, que no eran pocas, y la regalaba a mano abierta, sin advertir siquiera en mí. Yo me le acercaba como en reclamo de mi parte de corazón. Mas, como mi semblante nada le inspiraba y mi genio repulsivo se le presentaba odioso, me rechazaba con violencia. Jamás acerté a conocer, como hoy lo conozco, el motivo de tan crueles rechazos. Por eso me replegaba más y más en mi dolor, sin encontrar jamás una mirada cariñosa.

Era mi alma, por decirlo así, un pozo de dolor callado. Se parecía a una yedra arrancada del árbol que le dio la vida. De tiempo en tiempo sufría mi

³ AMALFI. Población antioqueña situada en el noreste de Antioquia. La historia de esta población arranca del año 1836 cuando un grupo de mineros procedentes de Rionegro y La Ceja, se asentó en el lugar. Fue la minería (oro) la base de su fundación y la palanca de desarrollo. En 1840 se erigió como parroquia y poco después como distrito civil con el nombre de Pueblo Nuevo. El obispo Gómez Plata le dio el nombre de Amalfi.

⁴ Don Lucio Upegui Arango hijo de Juan Lorenzo Upegui Melguizo y Hermenegilda Arango Vélez quienes vivían en el antiguo caserío de Aná, que estaba situado cerca de la quebrada La Iguaná, parte occidental de la ciudad de Medellín actual. Familia económicamente acomodada, en 1832 figura que tenía 13 hijos y tres esclavos. Una inundación de la quebrada destruyó completamente el pequeño pueblo.

abuelo una especie de ataques nerviosos que inquietaban a toda la familia. La primera manifestación de aquella borrasca era decir que me retiraran de su presencia porque ello lo irritaba. Esto me lo decían con la mayor llaneza: Retírese, escóndase, porque su abuelo no quiere verla. Me veía obligada a permanecer días enteros alrededor de la casa, entregada a un dolor que ya sabía ocultar, pero que parecía que me despedazaba el alma. Cuando la irritación nerviosa del abuelo había pasado, volvía a presentarme en la familia, corrida cual si hubiera cometido un crimen.

Nadie conocía mi dolor y a nadie se le ocurría que una palabra amable me hubiera bastado. Sólo se hablaba de mi mal genio y todos me condenaban sin advertir que era una niña necesitada de cariño.

¡Qué recuerdos tan dolorosos, Dios mío! Y no sabía buscarte y nadie me atendía. Un soberano desprecio de todo era mi único amparo. Con tales antecedentes, ¿qué de extraño hay en que tan pronto como te conocí Dios mío, me hubiera lanzado hacia Ti como un sediento al agua refrigerante? En esta escuela aprendí a ver que nada vale, que el corazón necesita amar, que lo pasajero no puede llenarlo y que el dolor es el único pan del alma en esta vida.

En estas reflexiones pasaba las más amargas horas. ¿Cómo pude resistir, Dios mío, sin Ti, que tan amable me haces ahora el dolor, cómo no se resintió de un modo definitivo mi naturaleza?

Ya ve, reverendo padre que el primer bocado que me dio la vida fue bastante amargo, como preludio de las muchas amarguras que después he saboreado con verdadera fruición, porque éstas no me han encontrado sola; he tenido a Dios, y con Él lo amargo se vuelve dulcísimo. El ósculo del más amargo dolor, fue pues el primer saludo que me dio la vida.

Después de que conocí a Dios, el recuerdo de estas amarguras se me ha convertido en un himno de agradecimiento. No es pequeña ventura el no haber caído jamás en lazos del engaño. Las ternuras que rodean ordinariamente a los niños, los engolosinan y los apegan a la vida, con perjuicio de sus almas muchas veces.

Refiero esto, padre mío, sin querer hacer ninguna inculpación a mis mayores; comprendo que eran de gran virtud y que sólo un designio de Dios explica conducta tan dura en personas de tanta virtud. Era que Dios necesitaba encontrar mi corazón vacío de todo lo terreno, para poder tomar a su tiempo absoluta posesión de él. Mire por qué le decía al principio que el afecto humano me es completamente extraño.

Hambre de cariño

Dije que no recuerdo el momento en que tuve la primera noción de Dios, porque aunque desde la cuna me enseñaron a rezar, yo no entendía nada. El rezo para mí era simplemente una molestia casi insoportable; pura manía de mi madre. No lo hacía jamás de buena gana, aunque desde los cuatro años, repetía todas las numerosas oraciones, que agregaban los abuelos al santo rosario y hacía coro en él como una vieja. Esa repulsión por los rezos obligaba a mi madre a reñirme frecuentemente, con lo cual me confirmaba más y más en mi desventura.

Dotada de una memoria sensible más que ordinaria, aprendía a maravilla oraciones, versos y cuanto oía, pero sin entender nada. Como si el gran desarrollo de la memoria le robara su fuerza al entendimiento, era un verdadero papagayo. Como recitaba quizás con alguna gracia, me mandaban hacerlo delante de las personas que visitaban la casa, pero ni esto me halagaba; la vanidad, común en todos estos casos en los demás niños, jamás apareció en mí. Continuaba mi vida triste y reconcentrada. Daba guerra para peinarme, lavarme y adornarme; era un verdadero hurón. Desaplicada hasta lo sumo, vine a aprender a leer tardísimo, a fuerza de constancia de parte de mi madre y de su nunca desmentida energía.

Tenía tan sólo hambre de cariño y para encontrarlo recurrí al medio más vergonzoso y extraño. Testigo de las caricias que a mi abuelo prodigaba mi abuela, único matrimonio que conocía y pensando encontrar el cariño que nadie me daba, concebí la idea de casarme. Veía tan dichosos los dos viejos. Pasaba los días enteros llorando y no daba más razón para ello que ésta: Estoy muy aburrida de hija, yo quiero casarme.

Al principio celebraron la ocurrencia, después me reñían. Pero mi angustia crecía y mi madre comenzó a afligirse. Me decían que pronto me casarían; pero me era imposible aguardar. Era aquello para todos, una diversión y para mí una necesidad, una pena; pero no me daba entonces cuenta del motivo. Hoy me es muy claro: necesitaba cariño y quería buscarlo por el único medio que me parecía eficaz. ¡Dios mío! si desde entonces te hubieras presentado a mi alma, no hubiera dado el vergonzoso espectáculo de querer lo imposible, lo extraño, lo tonto.

Después de muchos meses de oírme llorar porque estaba aburrida de hija, me dijeron que podía casarme con el hermanito, que tenía cuatro años. La novia contaba con cinco. ¡Mi alegría fue grande! Alborozada me dirigí a esa pobre criatura, como quien dice, en demanda de su mano. El

pobre muchacho me rechazó con rabia; pero yo, ya muy leguleya, le pinté la vida de los casados como la mayor dicha del mundo y al fin logré son-sacarlo. El matrimonio se arregló entre risas de todos y llanto de mi pobre madre. Las risas me eran indiferentes y el llanto de mi mamá no me lo explicaba. Todo me parecía sin motivo, pues mi arreglo era demasiado serio para inspirar risa o llanto. ¡Dios mío! Cuánta vergüenza siento ahora.

Ya todo era presentarme para el nuevo estado. Rebusé las ropas de la casa en busca de la mejor vestimenta para engalanarme en aquel ansiado día, sin olvidar tampoco los arreos del novio. Una vez arreglado todo lo de indumentaria con la ayuda de Carmelita, por supuesto, pedí con la mayor seriedad, viaje al pueblo para que el padre nos casara. Ni sé de dónde hube el conocimiento de que aquello debía hacerlo el cura. Me prometieron el viaje para el domingo siguiente, y llegado éste para el otro y así fueron envolotándome por varias semanas. Cuando me convencí de que me enga-ñaban, me consagré al llanto más insistente.

Apurados se debieron ver los de la casa, porque mi abuela que era seca y seria como ninguna, se mezcló en la cosa y me dijo: No necesitan ir al pueblo, un hombre que ha cumplido sesenta años puede casar y Lucio puede hacerlo. ¡Iluminación feliz! Toda mi tristeza se convirtió en alegría, al abrirseme tal felicidad

Mi abuelo se encargó de la ceremonia, con la mayor seriedad. Fueron nombrados padrinos Carmelita y un tío joven. La primera se prestó a ello triste y el segundo riendo. Se verificó el enlace, con la ceremonia de darnos una bendición, después de tomarnos las manos y echarnos un grano de sal en la boca, el cual había de ser tragado sin hacer ademán ni gesto de nin-guna clase, cosa no fácil porque el bocado era fuerte. Grande fue mi empeño en conseguir que el novio lo hiciera bien porque estábamos sentenciados a no quedar casados si tal acto demostraba algún gesto. Nos sermonearon mucho sobre lo de la indisolubilidad del matrimonio y agregaron que si nos descasábamos alguna vez, quedábamos excomulgados. El pobre no-vio lloraba ante aquel peligro que no entendía, sin embargo. A mí la cosa me sonaba bien, pues aseguraba de un marido que lo era tan a su pesar.

En la ceremonia nos manejamos bien y hubo música y comida de fiesta en la casa. Sólo mi madre estaba triste. Decía que esas cosas eran presa-gios tristes y que no veía lo que haría conmigo, que me casaría pronto, etc. ¡Pobrecita! ¡Y cuán alegre se mostró cuando se persuadió de que tales presagios fueron vanos!

Al día siguiente, mi papá Lucio, así llamábamos al abuelo, llamó al marido y le dijo: Amigo, yo no puedo ya mantenerle la mujer; consiga casa y póngase a trabajar para que la saque de aquí.

El pobre muchacho se fue a mí anegado en lágrimas y lleno de rabia me habló de aquella orden tan terminante. Pequeña dificultad para mí. Dile a mi papá Lucio, le dije, que te dé el rancho de los cerdos y que tú le limpias el corral de los terneros, para ganar modo de comprar el mercado. El pobre, muy conforme, aceptó mi partido y de contado se presentó al viejo con su petición. Se tropezó con el inconveniente de que los dueños del rancho no podían quedar a la intemperie; pero yo le prometí dejarles un buen alojamiento a un lado, es decir, partir el rancho, con lo cual y entregar al infeliz marido un güinche*, para su oficio, nos despidieron.

Carmelita se encargó de conseguirnos los enseres más importantes para armar la casa. Ella misma nos ayudó al trasteo y barrió el rancho. Los primeros días fuimos a comer a la casa; la dormida ni sabíamos a dónde, pues el sueño nos invadía muy temprano y nos dejábamos caer en cualquier parte para despertar al otro día en nuestras camas de siempre.

El segundo día ya había nueva orden de mi papá Lucio de no hacer más gastos en la casa y nos reclinamos al rancho. Carmelita se encargó de robar todo lo necesario para la primera comida y el marido, con unas herramientas más grandes que él, marchó a su trabajo, mientras que yo, más alegre que unas pascuas, me puse a hacer la comida. El sol era abrasador y hacía sudar al pobre jornalero, que en toda la mañana no había arrancado ni una sola maleza, porque le faltaban fuerzas para alzar el güinche.

Tan pronto como tuve hambre declaré que ya mi olla daba punto y la retiré del fogón. Llamé al marido, muy ufana con aquel primer almuerzo, que me valdría quizás la constancia del jornalero; pero al servirle recordé que no le había echado la carne y sin preámbulo, se la serví cruda. El la probó y al hallarla tan poco sazónada estalló en cólera y salió diciendo: ¡Yo me desconfieso, aunque quede desconfesado, me descaso! - ¡Pobrecito! ¡no acertaba a decir excomulgado! ¡Aquí sí no valió mi elocuencia!, la gasté toda y el muchacho inflexible se fue a poner la queja y no volvió más. ¡Quedó aquel improvisado hogar medio humano y medio cerduno desbaratado! Carmelita vino a recoger los enseres de él y yo quedé en la mayor desolación. Cualquiera creería que este chasco me desanimó, ¡pero no!. Seguí en mi empeño y para consolarme, inventaron casarme con un tío; pero éste fue menos paciente y a las pocas horas ya se había declarado en desconfesión.

Entonces me consolaron diciendo que le habían escrito a un joven muy propio para mí que había en una población vecina: Me lo nombraron Luis y esperando esta respuesta, pasé como un año, durante el cual me preparaba aprendiendo a coser, a barrer, etc. Para esto gastaba mucho empeño y no ocultaba el fin que con ello me proponía. Cualquier día vino un caballero distinguido a la casa y al verme en mi tarea de costura me acarició diciéndome: sí que cose bien la negrita. Yo le repuse: es que como me voy a casar, tengo que hacer las batas para mis muchachitas. Todos, con la visita se rieron, pero mi madre lloró. ¡Pobrecita! ¡Cuánto la hice sufrir!

En estas tareas y esperando la respuesta de Santa Rosa, es decir del prometido Luis, se me fue escapando la idea, con lo cual se tranquilizó mi madre y quedé de nuevo entregada a mis tristezas y reflexiones sobre no hallar cariño y ennegrecerme cada vez más la vida. Con razón: ¡Sin Dios, aún la niñez es triste! Por eso ahora me matan los pobres infieles. ¡Creo que aunque no se nos prometiera el cielo, el conocimiento de Dios ya nos haría felices, cuanto cabe acá en la tierra!

Mi primera comunión

Aun no sabía leer y tenía odio especial a cuanto fuera aprender; sin embargo, repetía casi toda la primera parte del catecismo, sin darme cuenta de las bellas verdades que contiene.

Tenía algo menos de seis años, cuando comenzaron a hablarme de primera comunión; pero me desagradaba cuanto a la materia se refería, además, si había visto comulgar, no lo recuerdo.

En este tiempo fue el ilustrísimo señor González⁵ a hacer su visita pastoral a Amalfi y me llevaron a recibir la confirmación⁶. Me entregaron a la señora que había de ser mi madrina y ella me presentó a recibir el sacramento sin preparación ninguna; creyeron que era suficiente el catecismo que repetía como loro. Cuánto he deplorado esto después, cuando al preparar a mis alumnas para recibir el Espíritu Santo y con Él, la fuerza de la

⁵ Monseñor Joaquín Guillermo González. Nació en Marinilla. Ordenado sacerdote en 1846. Cura de varias poblaciones antioqueñas. Elegido Obispo el 21 de septiembre de 1873 ejerció en Santa Fe de Antioquia. Le tocó huir y padecer privaciones a causa de la persecución religiosa. Dimitió y se retiró a la soledad hasta su muerte en 1888.

⁶ Confirmada el 12 de julio de 1881. Anotada en el libro II folio 78 de los registros parroquiales. Su madrina fue Chiquinquirá Velásquez D.

fe, he pensado en aquella gracia tan mal recibida. Al verme tan crecida el señor cura dijo que debía confesarme antes y sin más preparación, la madrina me acercó al confesionario.

El confesor al verme tan adelantada en catecismo, dijo que me acercara a comulgar. La madrina lo hizo y yo no llevé más preparación que una mala confesión y una rabia mal reprimida, causada por tres cosas: la primera porque me llevaron en ayunas. Cuando reclamé a este respecto, me hicieron repetir lo que dice Astete sobre las disposiciones que se requieren de parte del cuerpo; pero como eso nada quería decir para mí, ni menos que debía estar en ayunas, no me calmé. Segundo: me rezaban al oído y eso no podía soportarlo y tercero: la Sagrada Hostia me supo muy mal y me creí engañada, porque me habían dicho que comulgar era muy sabroso y yo creía que se referían, al sabor de las especies. Sólo se calmó mi rabia, cuando me dieron el desayuno, que fue mejor que el ordinario.

Eso de que Jesús estuviera en la santa Hostia sólo vine a advertirlo después de muchas comuniones. De todo esto, me estremezco hoy reverendo padre y no alcanzo a comprender, cómo después Dios me ha dejado saborear las delicias de la santa Eucaristía, habiéndolo alojado tan mal las primeras veces. Muchas lágrimas me ha costado esto y aun las creo pocas. El Señor se portó como quien es y yo como quien soy. ¡Bendito sea Él para siempre!

Respecto a la primera comunión, sólo recuerdo una cosa muy buena, bien insignificante: Dije durante el día varios alabados al Santísimo Sacramento, según la prescripción de mi madre, sin entenderlos por supuesto.

Asomos de vanidad

Pero si no tenía ningún sentimiento de Dios, el orgullo y vanidad, sí se asomaba ya, en desmedida proporción, como puede verse en lo siguiente: Me había regalado mi abuela un sombrerito que entonces llamaban pava y que decía estar muy en uso. Desde que lo recibí tuve enorme desengaño porque me pareció igual al sombrero del paje de la casa y no me lo dejé poner, sino a la fuerza. Me lo hicieron estrenar precisamente para ir a Amalfi a la confirmación.

Con el ilustrísimo señor obispo andaban dos señoritas que con su padre desempeñaban el coro en la visita pastoral. Para mí estas señoritas que merecían andar con el señor obispo, no eran ni seres humanos, se me vol-

vían algo así como seres extraordinarios y me suponía que al verlas habría de sufrir, no sé qué estremecimiento de respeto, de vergüenza, de quién sabe cuántas cosas más. Mientras estuve en el pueblo, no logré conocerlas; pero al regresar a la casa, coincidió nuestro viaje con el regreso del señor obispo, pues nuestra casa y hacienda quedaban en la vía que él había de tomar. Como un bulto sobre la bestia venía y, cuando advertí que la cabalgata que acompañaba al señor obispo llegaba o nos alcanzaba, piqué mi caballo y me adelanté para que las señoritas no vieran tan importante personilla con la fea pava, tan semejante al sombrero de Bruno.

Nada más ridículo reverendo padre que el amor propio en todas sus manifestaciones, pero tratándose de una miseria como yo, lo es más. Pues bien, no para aquí la cosa: las señoritas me alcanzaron al pasar un riachuelo. Lo primero que se me ocurrió cuando me vi acorralada, fue arrojar la pava a la quebrada; pero el enojo de mi madre y los cargos que habían de hacerme, me detuvieron. ¿Qué hice pues? lo más risible y ridículo; con aire suplicante, las miré y les dije: Señoritas, dispéñense la pavita. Quise continuar refiriendo cómo la había conseguido para que observaran que no era de mi gusto, pero ellas, ¿cómo habían de escuchar a una hormiga, y tan fea, montada en ese caballo que era el único visible en la quebrada? Pasaron como un rayo y me quedé suspensa, en la mayor confusión. ¡Qué-dó burlada mi importante figura! ¡Buena lección!

Este hecho lo guardé como secreto pecado por muchos años. Más tarde lo he referido con vergüenza, para mostrar el primer retoño de mi vanidad y el fracaso del amor propio con que Dios atajó mis extravíos de soberbia.

Lo más raro era que estas cosas me traían reflexiones de persona madura; tanto que desde entonces comencé a despreciarme como ridícula. El recuerdo del hecho me hacía sonrojar delante de mí misma aunque nadie en el mundo lo sabía, ni las mismas señoritas del señor obispo, debido al ruido de la quebrada, a lo rápido de su paso y a lo despreciable de la personita. ¿No es verdad que con lecciones de esta clase, debía ser la persona más humilde del mundo? Desde el amanecer de la vida, vertí miseria y oscuridad como las babosas o madres de caracol, he dejado las huellas de mi miseria en todos los días de esto que parece mi vida.

Tenía ya siete años, cumplidos en mayo y los acontecimientos que refiero, pasaron en julio, de modo que aunque parecía muy desarrollada y tenía gran memoria, no tenía la edad del uso de la razón; pero sí sabía ya despreciar gracias.

Paralelo de los dos rayones

Vuelvo padre mío a lo de los rayones. Mire cómo se ven en estos siete años: qué luminosa la obra de Dios: bautismo, confirmación, penitencia, comunión, penas, buenos ejemplos, etc... Qué negro el mío: Ira, desconocimiento de Dios, mala recepción de sacramentos, sufrimientos causados a mi madre, busca de afectos humanos aun sin sentirlos, ridículo amor propio, etc. Cómo se ven estos dos rayones formando contraste muy amargo por cierto, en este corto espacio de vida.

Bien sé que no habiendo uso de razón no hay pecado; pero mi corazón no ha podido conformarse con cosas tan opuestas al Ser de Dios. Siempre serán para mi alma como clavos que le punzan, como muestras del mal género que llevo en mí. ¡Dios mío, si os hubiera conocido, la fuente de tanto mal se había tornado en buena, con vuestra presencia! No temo pensarlo así porque tengo experiencia, que después que te conocí, mi natural se dulcificó y aunque con algunos lunares que deploro con toda mi alma, se hizo mejor. Por eso mi vida es tan amarga desde que sé que hay quienes no te conocen. ¡Dios mío, si conocerte es ser feliz! ¡Pobrecitos los infieles!, no saben para qué han nacido. No hay miseria como su miseria, ni dolor como mi dolor.

En todo lo anterior, ¿no ve vuestra reverencia, que desde el principio el rayón negro es notorio y el de luz ilumina esa primera época de mi vida con claridades de misericordia infinita? Cosas malas, bobas y risibles muestran el primero; puntos raros, bellos y llenos de luz, muestran el segundo. ¡Están bien deslindados el Creador y su criatura!

Entre los puntos del rayón luminoso es preciso contar la insigne gracia de haberme librado de sentir jamás envidia de Carmelita, cosa que hubiera sido muy natural si el Señor no entra en ello. Ella llevaba todas las ventajas y yo me alegraba de ello y la amaba, a pesar de la diferencia de caracteres y del alejamiento en que ellos nos ponían, pues ni para los juegos nos juntábamos. Ella prefería los bulliciosos, los alegres y hasta estrepitosos, yo sólo buscaba la soledad. Ella era expansiva y dulce, yo reconcentrada y agria; ella era hermosa, yo fea y negra; ella atraía a cuantos la miraban, yo era repulsiva a todos. Todo, pues, nos separaba y todo era triunfo para ella y con todo, Dios me libró de la envidia. ¡Bendito sea!

El peor punto de aquellos años fue causa de que Dios pusiera más de relieve su rayón de luz. Véalo Padre mío.

Me vi grave y no me confesé

Según me parece, poco después de la primera comunión, quizás un año, me dio una enfermedad que me puso a la muerte. Fiebre altísima, dolor de cabeza fuerte y convulsiones constantes eran las manifestaciones exteriores de aquella enfermedad. Los médicos la declararon con el nombre de: "Baile de San Vito" y me declararon mortal. ¿Me cree padre mío que no quise confesarme? Fue el sacerdote a proponérmelo y dije que no. Creyeron sin duda que estaba sin juicio, pues no siguieron diciéndome nada; pero recuerdo bien que entendía que me iba a morir y que me proponían confesión y que no quise... ¡Dios mío! ¿En qué pensaba? Ni te conocía, ni te temía. No quisiste que muriera entonces y con ello pusiste la nota más luminosa en el rayón de tu mano bendita. ¿Qué hubiera sido de mí? Sólo la idea de que no tenía uso de razón me tranquiliza. No creía ni en el cielo, ni en el infierno, ni en nada. ¡Dios mío qué espanto!

Primera gracia extraordinaria

Ya desde esta edad, es decir desde los siete años era observadora de la naturaleza y lo he sido tanto que, cuando más tarde, estudié historia natural, casi no tuve que aprender sino clasificaciones y nombres, lo cual hacía creer al profesor y a las condiscípulas que ya había hecho ese estudio y miraban mal que lo negara, según creían. Ahora me parece rara esa tendencia a observar en tan temprana edad, pero padre mío, menos extraño debe verse si se considera que la naturaleza fue mi única amiga; me rodeaba por donde quiera y nada contribuía a distraerme de ella, toda vez que mi carácter y mi habitual tristeza me excluían de todo lo demás: Jugaba poco, vivía en el campo y tan sola, por dentro y por fuera, ¿qué otra cosa podría hacer?

Creo reverendo padre, que esa tendencia a observar la naturaleza fue el medio de que Dios se me pegó para darme la primera noción seria de su Ser y de su amor. ¡Una fuerte conmoción de agradecimiento, me hace llorar al escribir esto! ¡Dios mío, ahora me doy cuenta de una bella delicadeza de vuestro amor! ¿Pero cómo expresarlo padre mío? ¡Para estas cosas faltan siempre las palabras!

No puedo asegurar que esto haya sido a los siete años pero tendría un poco más, si no fuera en esa edad precisa.

Me entretenía, como siempre, en seguir unas hormigas que cargaban sus provisiones de hojas. ¡Era una mañana, la que llamo la más bella de mi

vida! Estaba a una cuadra más o menos delante de la casa, en sitio perfectamente visible. Iba con las hormigas hasta el árbol que deshojaban y volvía con ellas al hormiguero. Observaba los saludos que se daban (así llamaba yo lo que hacen ellas entre sí, algunas veces, cuando se encuentran) las veía dejar su carga, darla a otra, y entrar por la boca del hormiguero. Les quitaba la carga y me complacía en ayudarlas llevándoles hojitas hasta la entrada de su mansión de tierra, en donde me las recibían las que salían de aquel misterioso hoyo. Así me entretenía engañándolas a veces y a veces acariciándolas con grande cariño, cuando... ¿Cómo le diré? ¡Ay! ¡Dios sabe padre que estas cosas son tan íntimas y que es tan duro decir las! Sólo la obediencia las saca fuera. ¡Fui como herida por un rayo, yo no se decir más! Aquel rayo fue un conocimiento de Dios y de sus grandezas, tan hondo, tan magnífico, tan amoroso, que hoy después de tanto estudiar y aprender, no sé más de Dios, que lo que supe entonces. ¿Cómo fue esto? ¡Imposible decirlo! Supe que había Dios, como lo sé ahora y mucho más intensamente; no sé decir más. Lo sentí por largo rato, sin saber cómo sentía, ni lo que sentía, ni pude hablar. Por fin terminé llorando y gritando recio, recio, como si para respirar necesitara de ello. Por fortuna estaba a distancia de ser oída de los de la casa. Lloré mucho rato de alegría, de opresión amorosa, y grité. Miraba de nuevo al hormiguero, en él sentía a Dios, con una ternura desconocida. Volvía los ojos al cielo y gritaba, llamándolo como una loca. Lloraba porque no lo veía y gritaba más. Siempre el amor se convierte en dolor. Éste casi me mata.

Desde entonces padre, me lancé a Él, era precisamente lo que buscaba, lo que mi alma echaba de menos. Mis lágrimas por no verlo eran amargas... pero lo tenía. Hoy todavía siento deseos de gritar al recuerdo de esto y me estremezco.

Entonces no sabía calcular el tiempo; pero hoy juzgo que duró dos horas: si hubiera durado más...

Pero la delicadeza que advierto ahora en esta misericordia de Dios, reverendo padre, es la siguiente: El medio ordinario para conocer a Dios es la enseñanza. Eso no me faltó; ¿cuántas veces Dios mío me habían dicho que existías? ¿Cuántas había oído hablar de tus misericordias en una familia cual era la mía que vivía toda endiosada? Sin embargo no me daba cuenta de ello. Por la enseñanza no entraste en mi corazón, ni siquiera a mi entendimiento. Quizás había rastreado tu grandeza en el medio natural en que vivía, pero con un conocimiento tan vago, algo así como remiso, como dudoso, del cual no me daba cuenta, era como una oscuridad con algún

reflejo de luz. Y porque hice infructuoso el medio ordinario, apelaste al medio extraordinario. ¿Se ha visto mayor misericordia? Como que de todos modos te habías de hacer conocer de criatura tan rebelde, de chica tan hostil. ¿Por qué Dios mío tanto afán? ¿Qué interés tenías en hacerte conocer de quien ni los mismos seres que pusiste a su cuidado podían tolerar la apatía? ¿Por qué, vuelvo a preguntar, esa misericordia tan grande conmigo, más miserable que todos, mientras que sin dejar de ser misericordioso, has negado tu conocimiento por tantos siglos a los pobres infieles?

¡Me complazco en no entender esto para poderte adorar en la dulce oscuridad de la fe, que me muestra tus designios tan arriba de mi mísera comprensión!

Benditos sean ellos; pero Señor, mira mis lágrimas y no dejes por más tiempo mis suspiros sin respuesta. No dejes por más tiempo a los infieles sin tu luz. Lleva tu fe ya a todos los confines del globo. Ya no puedo dejar de sufrir porque seas conocido. ¡Que te conozcan Señor para tu gloria! Que te coronemos con almas de infieles. Que no se pierdan éstas, que no perezcan lejos de Ti. ¡Mira que muero del deseo de verte conocido y amado! ¿Para qué les diste entendimiento, para qué tienen corazón? ¿No ves que si no te conocen, si no te han de amar son un fracaso del ser? Si estás sediento de almas Tú y estoy sedienta de calmar tu sed, ¿por qué no sacias estas ansias, Dios mío? ¿Qué te detiene, Señor? Cóbrame el precio de esas almas y corónate con ellas.

CAPÍTULO III

- NUEVA SEPARACIÓN DE MI MADRE - EMPECÉ A SER PIADOSA
- TENTACIONES CONTRA LA FE - SOLEDAD Y PENITENCIA
- NACE LA CARIDAD - OSCURIDAD DEL ALMA - AMOR A LA EUCARISTÍA - PRIMER TOQUE DE MI VOCACIÓN RELIGIOSA
- EN DONMATÍAS - DOS MAESTRAS DE MI VOCACIÓN: LA VIRGEN CONTEMPLATIVA Y LA VIRGEN APÓSTOL

"Grandes son las maravillas que has obrado, Señor Dios mío, y no hay quien pueda asemejarse a Ti en tus designios. (Sal. 39,6)

Nueva separación de mi madre

Pasada la conmoción de aquel rayo producido por ese golpe de conocimiento de Dios, volví a la casa llena de deseos de ser buena. Ojalá hubiera sido fiel a mi propósito; muchas veces mi genio se burló de él; pero de allí en adelante me gustaba estar con mi madre y oírle las historias que refería con gracia sin igual. No me convencía sin embargo de su amor; pero ya no me amargaba esto. Propiamente no lo necesitaba. Los pequeños desvíos que notaba, quería volverlos con amor y dulzura. No dejaban sin embargo de punzarme un poco. Lo advierto por el hecho que sigue:

Por circunstancias de caracteres sufría mi madre mucho con una de sus hermanas, quien no dejaba de amargarla por el mayor derecho que tenía en la casa paterna. Sus padres por permisión de Dios acataban las razones que favorecían a su hija soltera y esto apenaba a mi madre, quien comenzó a sentirse como carga pesada en la casa y halló un medio de hacer su vida independiente.

Las familias católicas de Amalfi, al ver que en las escuelas oficiales, corría peligro la fe y la virtud de sus hijas, solicitaban una señora competente para que se encargara de la formación religiosa de las niñas. Mi madre aceptó el cargo y para ello se trasladó a Amalfi con Carmelita y Juan de la Cruz, mi único hermano, dejándome a mí en el campo, en atención a mi salud que era débil. Esto me punzó el alma, en lo más vivo, porque aparte de considerarlo como desamor de parte de mi pobre madre, de cuyo afecto jamás me convencía, debía quedarme con el abuelo a quien fasti-

diaba mi presencia. Sin embargo, como ya no estaba sola, pues ya sabía buscar a Dios, mi pena fue menos dura. Fue la continuación de la obra de Dios para mantenerme sin ningún afecto humano. ¿No ve reverendo padre, que Dios mismo fue el educador de mi corazón y yo no lo entendía?

Entonces mi soledad exterior fue más completa; era como una planta exótica en la casa; mi abuelo no quería verme y mi abuela, de quien no tenía ninguna queja, era seria y callada. Mi vida se reducía a cumplir unos pocos deberes domésticos que me correspondían y todo el resto del tiempo lo pasaba en las huertas y jardines de la casa, o a la orilla de una quebrada vecina, entregada a mis ordinarias reflexiones sobre lo poco que valía lo humano, pero sin tristeza.

Al principio quise reemplazarle a mi abuelo la compañía de Carmelita, pero él me rechazó y me concreté a una soledad gustosa. Ajusté mi vida a una obediencia rigurosa y comencé a gustar de los largos rezos que se hacían en común. Como ya sabía leer, era yo quien los presidía. Parecía una muchacha juiciosa. La vigilancia de mi abuela no era muy rigurosa y gracias a esta circunstancia podía perderme de la casa las mejores horas del día, sin ser notada. Todo favorecía mi deseo de soledad.

Empecé a ser piadosa

De tiempo en tiempo me llevaban a pasar algunos días al lado de mi madre, y el trato con sus alumnas dulcificó un poco mi carácter, al menos con los extraños. Además, veía a mi madre en la iglesia y me edificaba. Una cosa curiosa me pasó en esto: Como mi madre lloraba mucho en la iglesia, sobre todo en la elevación de la santa misa, me convencí de que jamás aprendería yo a oírla bien, porque no podía llorar. Creía que aquello era requisito indispensable. Fue entonces cuando oí predicar por la primera vez y me escandalicé no poco, al ver que aquel padre hablaba en la iglesia. Manifesté mi desedificación por aquello, pero al oír la explicación me alegré al saber que era lícito y me aficioné más a la iglesia, pues antes aquello tan silencioso me fastidiaba.

Con solo oír los sermones, los aprendía de memoria literalmente, sin entender nada. Podía repetirlos en la casa y fui muy celebrada por ello. Hoy me sorprende de memoria tan fiel y la lamento porque hace mucho tiempo que me abandonó. Comulgaba con mucho gusto porque sabía que era un acto bueno; pero no me daba cuenta de la presencia de Jesús en la Hostia.

Tentaciones contra la fe

Mi fe tenía horribles intermitencias. Oía hablar muy mal de los incrédulos, conocía las luchas de mi madre por salvar la fe de sus alumnas en aquella época de impiedad; pero eso mismo me impulsaba a negar en mi interior las verdades religiosas. Tenía épocas en que mi interior era un antro tenebroso. Me decía: si nadie ha visto a Dios, ¿cómo saben qué existe?. Terminaba siempre creyendo que entre mi madre y el señor cura había un plan secreto para inventar las verdades que nos enseñaban y me parecían una solemne mentira. ¿Podrían entonces los ángeles ver en esta incrédula en miniatura, a la chica que vieron en el hormiguero? Si las almas se enloquecieran, diría ahora que la mía se había enloquecido desde entonces. No era loca sin embargo, pero sí ingrata e infiel.

Como hablaban tan mal de los incrédulos, yo me guardaba mi secreto; pero mi tristeza revivía con más fuerza y mis propósitos de ser buena desaparecían, y no temía el pecado. Como el mal carácter es inseparable de la tristeza, mis hermanos y demás seres que me rodeaban, eran las víctimas pues ya no tenía paz con nadie, ni perdonaba nada. Tanto inquietaba esto a mi madre que me hizo examinar de un médico; no podía explicarse estas alternativas sino por enfermedad. El médico dijo que todo se debía a la anemia que tenía muy adelantada y naturalmente con esta autorización, me toleraban y me hice insoportable.

Mis confesiones que no eran sino de riñas y rabias, y mis comuniones sin fe, eran como la primera; como no creía en Dios no sentía remordimientos; me confesaba sólo porque me mandaban. Bien comprendo ahora, y me lo dice la conciencia, que la anemia la llevaba en el alma. No temía a Dios; por consiguiente no amaba, y sin amor no sabía vivir. Era como un vendado que no ve luz por ninguna parte y tropieza con cuanto encuentra. ¡Mis pobres hermanos pagaban mi ceguera y recibían mis tropezones!

Soledad y penitencia

A estas épocas sucedían las de luz. No sé por qué, de pronto, volvía a sentir a Dios. La tristeza cedía su puesto a las más bellas ilusiones y la alegría me hacía ver la vida de los más bellos colores. Buscaba la soledad, no para pasar las horas negras, sino para ser feliz. Ya había oído leer la vida de San Luis Gonzaga y hacía constantemente su novena. Queriendo imitarlo, buscaba los rincones de la casa para pensar en Dios. Como la sala de la casa vivía cerrada, era mi lugar favorito. A la oración,* cuando la

familia se reunía para conversar en la mayor intimidad, yo entraba en ella y tras los muebles, en un rincón, me arrodillaba a estar con Dios, hasta que llamaban a rezar o a cenar. No puedo darme cuenta de lo que hacía, sólo que no rezaba y que Dios entraba en mi silencio. Era dichosa.

En esta época comencé a levantarme a las tres o cuatro de la mañana. ¿Por qué lo hacía? no me doy mucha cuenta. Despertaba como con un hambre de Dios y me salía a un corredor que quedaba al frente del cerro; sin alegría, sin nada, pero con una necesidad. Me estaba allí hasta que amanecía, sin parecerme largo el tiempo. Los de la casa no se daban cuenta de mis madrugones, porque lo hacía con la mayor reserva y por puertas muy silenciosas. De estas horas me quedaba cierta dulcedumbre y algunos sentimientos que me daban vida. El sentimiento de la bajeza propia, del cual nadie me había hablado, era dominante. Como señal de esto, tengo, el que tan pronto como amanecía me iba a la cocina y le quitaba a la sirvienta algún oficio como el de barrer el fogón, lavar las ollas, etc. Me complacía en esos oficios que los demás rehusaban. Parece que ya me principiaba la ardiente sed de humillaciones que más tarde Dios me ha dado y a la cual apenas he correspondido.

Tendría apenas ocho o nueve años, cuando comencé a sentir deseo ardiente de penitencias. Ya desde antes, en las épocas de luz, sentía deseo de tratarme mal y por eso había entregado la cama para tirarme en una tarima vieja; pero no conocía austeridades. En la vida de San Luis las conocí y me quise entregar a ellas. No adivinaba lo que era ásperos cilicios, como dice la vida del Santo, pero como la disciplina viene pintada en el libro, fácilmente comprendí lo que era. Por eso tenía mi sitio en el montecito vecino; con varas llenas de espinas me azotaba hasta derramar sangre. Con ello quedaba más endiosada y con necesidad de nuevas penitencias.

Me refirió mi abuela la historia de San Pablo ermitaño y desde luego, quise imitarlo. En el montecito vecino hice una cuevita formada con varias raíces de árboles; el más dulce ensayo de mi vida eremítica. Me arrodillaba en la cuevita, rezaba quizás un padre nuestro y luego, no sé lo que hacía. Lloraba mucho y estaba con Dios. No sé más. Dios mío, si siempre te hubiera sido fiel. Pero tengo infidelidades que hoy debiera escribir con lágrimas y cuyo dolor me atormentó muchos años, como verá reverendo padre, más adelante.

En un paseo con los hombres de la casa, a visitar unos aserraderos, elegí el sitio en que debía pasar mi vida de ermitaña de un modo definitivo. Me fui por fin. Estuve en la cuevita algunas horas, pero un ligero in-

conveniente me hizo salir: No podía arrodillarme porque se me hundían las piernas en el capote y caía; necesitaba una tabla que me hiciera resistente y parejo el piso de la cuevita. Al día siguiente, tan pronto como los deberes de la casa me quedaron cumplidos, me fui con la tabla. Pasé un medio día arrodillada. Resistía en esta posición tanto tiempo que hoy me asusto y hasta creo que quizás miento. En aquel sitio tan frío y duro, pero para mi alma como el cielo, estaba con Dios, no pensaba en otra cosa. Jamás había oído hablar de la presencia de Dios, pero estaba en ella y sólo el no verlo me era tormento indecible.

De repente, me vino un miedo terrible de ser sorprendida por los peones de la casa, que podían ir por allí en busca de maderas; además el sitio era muy distante de la casa y tenía, sin saber por qué, tanto miedo a los hombres que siempre que me encontraba sola con alguno, me horrorizaba y aunque estuviera acompañada, jamás siendo joven me entendí con ninguno, sin miedo y con mucho fastidio. Más tarde he bendecido a Dios que me dio ese como instintivo miedo a los hombres. Este miedo me hizo abandonar mi querida soledad del aserradero y me redujo a ir cada día algunas horas, al monte vecino, para estar con Dios, como me decía entonces. Hoy tampoco puedo decir de otro modo.

Nace la caridad

Ya desde los siete años comencé a gustar un poco de la compañía de los pobres y de darles limosna. Para ello gastaba mucho afán en conseguir licencia para visitar a los agregados más pobres de la finca; les llevaba lo que me daban y algo que podía pillarme.

Jamás nos dejaban hacer solas estas visitas, y cosa rara, dado el rigor de la vigilancia, jamás me preguntaban en dónde había estado en esas largas horas de ausencia, ni yo daba cuenta.

Oscuridad del alma

A esta época, a pesar de estar señalada, con tales gracias de Dios, sucedió otra de incredulidad, pero la más horrorosa. No comencé a dudar; de una vez negué en mi interior la existencia de Dios y cuanto con Él se relaciona.

Y volví a ponerme triste y ninguna cosa de la tierra me halagaba. Dios mío, que tinieblas. Vivía como en un calabozo. Lo único de menos malo que tuvo esta última época de incredulidad, fue que no cedí en mi empeño

de evitar el pecado, al menos del todo y continué haciendo la novena de San Luis Gonzaga.

¡No recuerdo cuanto duraban estas noches tan oscuras, ni tampoco los tiempos de fe y de amor! Sólo creo que en estas alternativas me llegaron los diez años. Una de estas negaciones u oscuridades se acabó a causa de un sueño terrible. En él, vi en cierto sitio del huerto de la casa, un negro que con muecas horribles me invitaba a seguirle, y a medida que me llamaba, se iba alejando y dejaba fuego en donde quiera que pisaba. En el sueño yo sabía que era el diablo y veía que mis confesiones mal hechas eran la causa de tal invitación. Desperté triste pero había desaparecido mi oscuridad interior. Volví a sentir a Dios pero con un poco de miedo. Con todo no arreglé lo del pecado callado, no recuerdo si por vergüenza o porque no sabía cómo hacerlo. Desde entonces, eso me punzaba sin hallar remedio y trataba de arreglármelas con Dios, sin hablar claro en el confesionario. Me engañaba a mí misma, sin duda.

Amor a la Eucaristía

En esta época de fe, recuerdo un hecho que me hace creer que ya advertía la presencia de Jesús en el Santísimo Sacramento. Fui al pueblo a estar algunos meses con mi madre y gustaba de ir a la iglesia desde muy temprano. Aunque la santa misa fuera a las ocho, yo estaba al pie del altar desde las seis. Leía las oraciones y sin entenderlas me agradaban.

No recuerdo si comulgaba todos los días, pero sin arreglar la conciencia de las cuentas viejas. Me pregunto ahora, ¿cómo podía hallar gusto en la comunión en tales condiciones? No puedo explicármelo sino por una misericordia de Dios grandísima. El rayón de luz que se marcaba, a pesar de mí.

En compañía de otra niña me dieron el encargo de recoger una cantarilla* de una señora pobre, y me impuse el trabajo de hacer una visita al Santísimo, entre casa y casa de las que tocaban para la cantarilla. Aunque éstas fueran contiguas o muy distantes de la iglesia, indispensablemente volvía y subía hasta el altar para hacer la visita. Fueron tantas las visitas, como casas tenía el pueblo. Esto me prueba que tenía fe en la Santa Eucaristía; pero no sentía esa amada presencia como la sentí más tarde en un caso que referiré y que fijó mi amor al Santísimo Sacramento.⁷

⁷ (Al margen dice: En esto tendría seis años, es anterior a lo que antecede)

Primer toque de mi vocación religiosa

Estalló la revolución de 1885, la que llamamos de la regeneración en Colombia y mi madre volvió a la Víbora. Durante esta revolución mi fe se afirmó, oyendo referir los estragos del liberalismo. Quizás también en este tiempo me aficioné a la lectura y di con el catecismo de la Perseverancia, del Abate Gaume. En él aprendí a amar a la Iglesia y lo que eran las órdenes religiosas. Además, oyendo referir la historia de una tía de mi madre, que murió carmelita en el monasterio de Medellín, hice la resolución de hacerme carmelita. Éste fue el primer toque de vocación. No fue demasiado vehemente mi deseo porque lo detenía la vergüenza de manifestarlo a los míos. Convine conmigo misma en que lo haría cuando todos hubieran dejado de existir. No pensé en que sólo tenía diez años ni en nada. Sólo la vergüenza me detenía. Con este toque de vocación se afirmó mi fe para siempre, aunque mi fervor era menos sensible de lo que había sido antes. Comencé a corregir seriamente mi carácter, y desde entonces no recuerdo que me haya dado una derrota voluntaria, ni consentía en ningún pecado.

¿No ve aquí, padre mío, cómo el rayón de luz se marca con luces más intensas, y cómo el rayón negro se pinta con tintas de un negro más oscuro? Mejor para mi alma que hasta la muerte había de humillarse por eso.

El amor a María no había aparecido aún. Tampoco la humanidad de Jesús me llamaba la atención, ni atraía mi corazón. Sólo algunas veces, al recitar una oración acostumbrada en la casa, muy devota a la Sagrada Pasión, sentía una conmoción pasajera; no sabía o no entendía nada de los atributos de Dios, así como los enseñan los libros; pero ellos y Dios se llevaban todo mi corazón. A cada paso descubría todas esas diversas manifestaciones del ser de Dios y las amaba, sin saber sus nombres. Las sentía tan mías, que ahora me sorprendo.

Tenía cierta indiferencia por la Santísima. Virgen y sus devociones. Del Niño Dios y su nacimiento no me daba cuenta. Jamás en esos primeros años supe de fiestas de Navidad. En la casa se hacía la novena del Niño pero pasaba para mí como las demás. No conocía pesebre ni nada que de ello me hablara con claridad. Sólo una vez en aquel tiempo, nos llevaron a un nacimiento que celebraba una mujercita pobre de la vecindad; pero aquello para mí fue un juego en el cual a media noche dejaron caer un niño de un zarzo. No pensé que aquello significara nada. Tal vez si las fiestas se hubieran celebrado como ahora, hubiera aprendido a amar más temprano a Jesús Niño.

Tampoco asistía a semanas santas. Por eso quizás la Pasión me era indiferente. ¡Cuán necesario es que nos hablen a los sentidos! Sin embargo, Dios y sus perfecciones se impusieron sin ceremonias exteriores. Me atraían como un imán desconocido. De nuevo puedo repetir, como dichas a mí, aquellas palabras: "Con caridad perpetua te amé y por eso te atraje a mí". Rayón de luz, padre mío, puro rayón de luz por donde quiera que se considere mi pobre vida.

*En Donmatías*⁸

Pasada la revolución, mi madre pidió al gobierno⁹, ya conservador, una pensión, a la cual se creía con derecho, por haber muerto mi padre en defensa de la causa y por toda respuesta la nombraron maestra de Donmatías. La ventaja no lo era de verdad; ella, en el afán de educarnos resolvió aceptar, porque de aquella población le sería menos difícil pasar a Medellín, centro propio para llenar sus aspiraciones y que, además, era su patria por la cual anhelaba.

Donmatías era y aún es, un pueblo moral, cristiano y pacífico; era una tacita de plata en el departamento. Sólo un año estuvo encargada de esta escuela. Allí me tenía Dios lecciones especiales que enderezaba a la formación de la futura misionera.

No conocía yo jóvenes consagradas a Dios en el mundo y que rehusaran casarse. Allí las vi por primera vez y esto me reveló un mundo de cosas. No había oído hablar a mi rededor sino de buenos o malos matrimonios. En mis abuelos notaba una especie de predisposición a casarnos pronto, aunque mi madre era de distinto parecer. Todo tendía a mostrarme que el matrimonio era el único camino y la cúspide de la felicidad aquí abajo. Casi podía ponerlo a la altura de la muerte: ¿Naciste? luego morirás, decían los libros; ¿naciste? luego te casarás, hubiera yo podido agregar, si atendía a lo que me rodeaba.

Si nos enseñaban algo, era para que fuéramos buenas esposas; si nos hablaban del futuro era siempre como a esposas y madres. ¡Qué manía tan marcada en aquel medio de mi niñez! ¡Irremediabilmente me tenía que

⁸ DONMATIAS: Población del Departamento de Antioquia fundada en 1787, está situada en una planicie a 2.210 m. sobre el nivel del mar. Su clima es seco y agradable.

⁹ El Gobernador era en ese entonces, don Marceliano Vélez.

casar, como irremediablemente me tenía que morir! Esto era quizás lo que hacía mayor mi vergüenza para manifestar mi deseo de hacerme religiosa. Erairme contra una corriente tan fuerte y tan universal; era como burlar una ley ineludible; era como atentar contra la esperanza de mis abuelos. Así lo veía; pero en mi interior, jamás me resolví al matrimonio, le tenía horror, sin entenderlo aún.

Claro que mis casamientos a los cinco años no pueden contarse, en este caso, porque bien se ve que fueron cosas muy distintas.

Podrá creerse que exagero lo que digo del medio que me rodeaba, pero se verá que no, si se atiende a que no había en todo Antioquia, más que un convento de Carmelitas y no podían entrar sino veintiuna. La que no se creía capaz del encierro y la contemplación, tampoco podía ni pensar en ello. No se conocían las congregaciones religiosas y era casi una anomalía no aspirar al matrimonio. He oído a muchas señoras de aquel tiempo decir, que se casaron porque no sabían que se podía hacer otra cosa.

Pues bien, esa tendencia me hacía sufrir y cuando conocí las primeras vírgenes en el mundo fue toda una revelación. Verdad que comprendía bien poco del matrimonio, pero sí se me alcanzaba que, para ello tenía que preferir a un hombre y eso no me cabía; sentía dentro de mí un corazón inllenable, a no ser, con lo que había sentido en el hormiguero. Y contentarme con un hombre, temiéndoles como les temía, ¡aquello era inconcebible!

Alguna vez, en conversaciones con Carmelita, le dije que sí me casaría si encontraba uno, que no hubiera nacido, ni muriera, ni comiera, ni enfermara, ni se ausentara, ni tuviera, en fin ninguna de las miserias humanas. Sin pensarlo, le describí a Dios. Pero sólo lo he pensado después de vieja.

Dos maestras de mi vocación:

La virgen contemplativa y la virgen apóstol

Desde mi llegada a Donmatías conocí este género, cuya existencia ignoraba. Sobresalían dos señoritas: Úrsula Barrera y Doloritas Restrepo. Eran mucho mayores que yo. De veinticinco años más o menos. No podían ser mis amigas, pero fueron mi embeleso.

Úrsula era físicamente bella; pero su belleza interior superaba a cuanto pueda imaginarse. Dulce como un sueño de ángeles y amaba a Dios con la

naturalidad con que se abre una azucena a los rayos del sol. A un poeta místico le hubiera inspirado los más hermosos cantos.

No sé si ella me advirtió nunca; pero yo me embelesaba mirándola, sobre todo en la iglesia. Fingía recados para entrar en su casa a verla. Me endiosaba su presencia; esto nadie lo supo nunca, pero iba haciendo una labor rara en mi interior. Mi admiración, no era amor, lo distingo muy bien: Era algo como la atracción de un perfume muy delicado, algo como si Dios estuviera en ella y me incitara a formarle en mi alma una morada como la que se había hecho en esa alma privilegiada. Dios mío, ¿qué era aquello? Eras Vos mismo palpitando en ese corazón y asomándoos por esos ojos, para llamarme. No conversé jamás con ella, porque no sabía hacerlo con nadie; pero cada vez que la veía, quedaba con tal dulzura interior que me hacía concebir la firme resolución de ser siempre de Dios y de no casarme aunque todo el mundo se me pusiera delante. Me sentía con la fortaleza de los mártires.

La revelación de esta belleza moral, me unía cada vez más a Dios. Sobre todo cuando veía a Úrsula arreglar las flores para el altar, no sé lo que sentía. Un poeta hubiera podido entonces decir muchas cosas angelicales, hubiera hablado de blancuras desconocidas; pero yo nada sabía decir; me acercaba a Dios y nada más. Hacía el estudio de lo, para mí desconocido: La virginidad inflamada en el amor de Dios. Hacía esto sin conocer los nombres; era más bien que sentía el reflejo de aquella alma virgen. Jamás he podido recordar una palabra de Úrsula, de modo que con los labios, nada me enseñó. Repito que no la quería a ella, eso lo veo claro. Era algo que no comprendía lo que amaba en ella. Puedo asegurar que ella fue mi gran lección de fortaleza para sostener mi virginidad. Pero había algo más que no intento expresar porque cualquier palabra rebaja el concepto.

Más tarde he sabido que esta rara mujer, huérfana y abandonada de los suyos, murió reducida a un cuartucho infecto, toda inflamada en el amor de Dios. Fue como la madre de sus numerosos hermanos huérfanos y cuando ellos no la necesitaron, la abandonaron cruelmente. Entonces fue sólo la enamorada esposa de Jesús, en cuyo amor se encendió y murió. Murió tísica. Era imposible que no se quemaran sus pulmones tan vecinos a un corazón inflamado. Es necesario advertir, padre mío, que de ese fuego no supe nada; lo que yo sentía al verla, es lo único que me lo revela. Era sin duda, un amor oculto bajo el manto de la más exquisita humildad.

Doloritas Restrepo era un alma distinta; era apóstol en toda la acepción de la palabra. Siendo rica, recorría a pie distancias enormes por convertir

pecadores, por evitar pecados. Invertía grandes sumas en comprar láminas obscenas, con el hermoso fin de evitar el pecado en otros. Su padre no se inquietaba por sus derroches ni por sus largas correrías que superaban en mucho las fuerzas de una mujer, porque una sola encantadora mirada que ella le diera al oír sus reclamos, era bastante para calmarlo.

Era el encanto de toda la comarca. La recorría con la presteza necesaria, sin más compañía que un niño a quien pagaba por atender las necesidades de los pobrecitos pecadores a quienes servía como humilde sierva, hasta que los convertía. Ellos mismos eran los proclamadores de la santidad de su vida; jamás he sabido de alma semejante a aquella.

Con ésta tuve menos oportunidades de encontrarme, pero me arrebató cuanto de ella oía. Le hubiera servido de compañera o de acémila, si me hubiera sido posible; mas, era una niña de diez años y ella no me advertía.

¿No ve, padre mío en estas dos criaturas, toda mi vocación? Úrsula la virgen contemplativa y Doloritas la virgen apóstol. Fueron sin saberlo mis maestras, mis espejos; Dios mío, las pedagogos de mi vocación.

No sé si Doloritas vivirá. Creo que no. Lo que se quema se esfuma. Por eso debió morir pronto. En el cielo ambas habrán visto cómo se reflejaron en mi alma y cómo el reflejo, como tal, resultó muy inferior al rayo.

Vuelvo, padre, a lo del rayón de luz. ¿No lo ve con celestiales fulgores en estas dos criaturas? Es la primera vez que refiero estas impresiones, nadie en el mundo las conoce. Todo lo que después he oído de la virginidad, lo concreto en estas dos criaturas. No sé si ellas serían almas extraordinarias, ni yo entonces alcanzaba a calificarlas. Lo que veo es la impresión que me causaron, el bien que me hicieron.

Después he tratado muchas almas buenas, pero la impresión de entonces, jamás he vuelto a sentirla. Probablemente Dios me las dio en el instante previsto por su amor y preparó mi impresión para sus designios. Aprovechó el instante preciso de mi alma, cuando todavía estaba blanda y se abría a cuanto Él quisiera enviarle.

En el término de la vida de Úrsula, veo algo que me parece natural. La muerte en la abyección debe ser el final de esas hermosas vidas. No sé por qué me las vuelve más divinas. ¿Cómo morir de otro modo? ¿Cómo quemarse en otro medio que no sea la humillación absoluta? El amor necesita de ella como el fuego de la leña o del aire. Si Úrsula y Doloritas fueron las primeras impresiones de mis dos vocaciones, el final de la vida de la pri-

mera corresponde a mi tercera vocación. ¡Ay padre! he tocado la fibra más sensible que hay en mi alma. Todavía no le he hablado de ella, porque es lo que llevo más hondo.

Pero aún no es tiempo, porque verdaderamente, si esa clase de muerte es la consecuencia natural, o mejor dicho corresponde a esa clase de vida de amor silencioso, de sacrificio oculto, de anhelos desconocidos, cual era la de Ursula, no me contagié - si cabe la palabra - porque ese final lo he sabido cuando esa mi tercera vocación estaba plenamente dueña de mi corazón. A su debido tiempo, hablaré de esto; aunque es lo que más me cuesta decir: Me saldrá como la lava del volcán, a la fuerza, pero obedeceré. Nada más que a esto me llamó Dios a Donmatías. Ni en la escuela estuve. Por mala salud me mandaron a Barbosa¹⁰. Mi madre terminó el año y seguimos para Medellín. Dicen que allí enseñé, pero no lo recuerdo.

¹⁰ BARBOSA: Municipio Antioqueño, situado junto al río Porce.

CAPÍTULO IV

EN MEDELLÍN Y ROBLEDO - ESTACIONES DE DOLOR LUMINOSO - EL MONO DE CANDELARITA - EN EL COLEGIO DEL ESPÍRITU SANTO - IDIOTA O CRETINA - DEFENDÍ MI VIRTUD - AMOR AL MARTIRIO - GRANDE SANTA Y PRONTO - VARIEDAD DE SENTIMIENTOS

*"Conforme está escrito de mí en el libro de la Ley, para
cumplir tu voluntad. Eso he deseado siempre, Dios mío y
tengo tu Ley en medio de mi corazón"
(Sal. 39, 8-9)*

En Medellín¹¹ y Robledo

Allí comenzó otra serie de lecciones valiosísimas para mi alma. Podrían llamarse estaciones del dolor luminoso, de aprendizaje práctico el más admirable. Puede observar reverendo padre, que hasta esta edad no ha habido escuela para mí. Fuera de lo que me enseñaron en la casa, nada sabía y esto se reducía a leer mal, escribir peor y el catecismo, amén de alguito de números. Era, que mi escuela era ambulante; recibía lecciones en cuanto me rodeaba. Dios era mi preceptor y el pedagogo que educaba mi alma, sin permitir que me aprisionara en los bancos de una escuela, para darme los muy pocos conocimientos humanos que había de necesitar. Bien sabía Él, que le bastaba poco tiempo.

¹¹ Llega a Medellín, en el año 1886.

¹² MEDELLÍN: El valle de Aburrá fue descubierto el 24 de agosto de 1541 por Jerónimo Luis Tejelo, pero sólo en marzo de 1616 se fundó un pequeño poblado donde hoy es El Poblado. Esta aldea fue trasladada, en 1646, cerca de la colina de El Salvador. En 1649 se inició la primera Iglesia consagrada a la Virgen de la Candelaria. A esta aldea se le dio el nombre de Villa de la Candelaria de Aná. En 1670 se le dio el título de: Villa con el nombre de Medellín. En esta Villa se establecieron emigrantes vascongados y asturianos quienes, unidos a los primitivos pobladores indígenas y a los negros traídos para las minas, dio como resultado una raza de condiciones definidas, con espíritu emprendedor, audacia en el esfuerzo, certeza en el raciocinio y aceptación de la igualdad en las relaciones sociales. Situada a 1540 m. sobre el nivel del mar, es centro industrial y comercial de importancia y capital del departamento de Antioquia.

En 1883, tenía 37.237 habitantes. En 1905 contaba con 59.815 h., en 1912 con 70.547 y hoy la población se estima en cuatro millones de habitantes. Desde 1868 fue erigida como Diócesis y en 1902 fue elevada a la categoría de Arquidiócesis.

En esta vez estuvimos en Medellín¹² repartidas en diversas casas de familia. Habíamos de estar siempre arrimadas; pues lo mejor, decía mi madre, era repartirnos para no hacer tanto peso en una sola casa. Bien sabía ella que ya llevaba años de viudez pobre, por qué lo decía. A unas familias generosas y ricas estorbaban los huérfanos y las viudas, ¿o será que éstos se vuelven insoportables? No lo sé, todo puede ser. De todos modos puedo decir que la familia era buena y que mi madre también se plegaba fácilmente y que, sin embargo, estorbábamos.

Me cupo la suerte de ir a Robledo¹³ a casa de una tía, en donde ni viví mejor hallada, ni peor tampoco. Pero en aquel pueblo había un señor Cura, santo y celosísimo por las niñas¹⁴. Ésta fue la ventaja de mi asilo; ésta la gracia de aquellos días. Hizo el señor cura unos ejercicios para la primera comunión de su parroquia. Concurría a ellos como si no fuera ya vieja en comulgar; las explicaciones eran clarísimas y el señor cura inspiraba una confianza extraordinaria. ¡Hice con aquel santo, mi primera buena confesión! Tenía once años. Ya ve, padre, ¡qué gracia tan grande me guardaba Dios allí!

A veces me da curiosidad de saber cómo pasarían delante de Dios, las cosas de mi conciencia. ¿Por qué vivía tranquila teniendo un pecado callado? ¿Por qué no lo confesaba? ¿Por qué podía entregarme al amor, teniendo al amado tan ofendido? Esta pregunta se me viene frecuentemente; pero no trato de indagarla porque prefiero abandonar a Dios, tanto el pasado como el porvenir.

Estaciones de dolor luminoso

Tenía ya bastante energía para cumplir el deber, pero de esa energía sin cierta suave flexibilidad, que la hace agradable y caritativa, afianzándola. Por eso cometí una crueldad de la que siento todavía dolor y vergüenza.

Nos acostumbraron a no gastar los pocos cuartos que nos regalaban. Teníamos precepto de llevarlos a mi madre. Ella los reunía y cuando bas-

¹³ ROBLEDO: En 1880 cuando fue arrasada la población de Aná fue trasladada al lugar que hoy ocupa, con el nombre de Robledo. De esta población es oriundo el tronco familiar de Laura.

¹⁴ En ese entonces era párroco de Robledo el presbítero Rafael Ma. González quien ejerció allí de 1871 a 1886. Fue administrador apostólico de Medellín de septiembre de 1891 a junio de 1892.

taba para el objeto, nos compraba una prenda de vestir. Un día fuimos de Medellín a Robledo Juan de la Cruz y yo. La jornada, para la edad de él y su complexión, era demasiada. Gastamos toda la mañana y tuvimos un sol muy fuerte. Llegamos a las doce y no tomábamos nada desde un mal desayuno tomado a las seis. Entramos a casa de la tía, dimos, así sudorosos y jadeantes, una vuelta por la casa, y vimos que el almuerzo sería a la una. No nos sentíamos con derecho ni siquiera a decir que teníamos hambre; había mucha gente y no se apercebían de nosotros. Nos salimos entristecidos a la calle y nos sentamos en el alar. De cuando en cuando nos mirábamos y se nos salían unas lágrimas grandes pero contenidas; no nos sentíamos con derecho a llorar. La bulla que hacen los hijos es casi música para los padres, pero la de los huérfanos hiere tanto los oídos. Por eso ahogábamos siempre los sollozos.

En aquella actitud nos encontrábamos, cuando una persona se acercó y nos regaló un cuartillo, es decir dos cuartas, la ínfima moneda de entonces, hoy la octava parte de un real. Fue grande la alegría de mi pobre hermano, pues a la vista teníamos una venta de dulces que se llevaban nuestras hambrientas miradas... Pero, creará reverendo padre, que me le puse brava, riñéndole porque quería desobedecer, porque no consideraba a mi madre, en fin, quién sabe por cuántas cosas más. El me rogó, pero fui inflexible, padre, ¡qué crueldad!

¡Lo vi caer desfallecido de hambre y no le di su cuarta! Toda vez que recuerdo esto, lloro de lástima. Entonces lloré, pero más dura que una piedra, me mantuve en lo dicho. Llorando le enjuagué el sudor producido por la fatiga, pero mi inflexibilidad era la de una fiera. ¡Ay!, qué dolor. Una inquisidora hubiera sido, si las penas no me hubieran ablandado. Sufrir sirve para todo.

El mono de Candelarita

En este tiempo también hacía de mono de Candelarita Gaviria. Era una de esas almas santas de que ya he hablado y que tanto movían mi corazón. Candelarita se iba a la iglesia los domingos y oía misa de siete; en ella comulgaba y luego permanecía tras una pilastra, arrodillada con los ojos cerrados y las manos juntas, hasta la hora de la misa mayor, es decir, hasta las nueve. Eso no me pasaba desapercibido. Iba a la casa y volvía a ver si ya se había levantado o por lo menos abierto los ojos. La encontraba siempre así. No volvía de la sorpresa. Le pregunté un día, qué hacía entonces y me respondió que oraba. Eso fue bastante para que quisiera imitarla; los

domingos me hacía junto a ella y me ponía en igual actitud; sin hacer interiormente más que pensar lo que ella pensaría y si ya abriría o no los ojos. Me cansaba y al fin, resultaba vencida. No había visto orar en esa actitud y me encantaba. Además, ella era muy amable y soportaba su mono al pié.

Esta época fue de las más duras para mi madre, ya que se veía obligada a tenernos repartidos, precisamente cuando más necesitábamos de sus cuidados. Cada ocho días íbamos a verla, nos recibía llena de lágrimas, nos aseaba, nos vestía y cuando se acercaba la hora de la comida, nos ordenaba salir, sin haber podido darnos, a veces, ni un cariño. Salíamos siempre llorando pero sometidos; ella se quedaba del mismo modo. Por eso compadezco tanto ahora a los que viven arrimados, aunque no he visto ejemplar como el que describo.

En la casa en que yo estaba había muchos niños. Invariablemente salían por la tarde a encontrar a su padre que llegaba del almacén. Llevaba siempre los bolsillos llenos de dulces. Tan luego como los niños lo veían, corrían alegres a echarse sobre sus rodillas. El les distribuía los caramelos y los acompañaba; mas, cuando principiaba la repartición, me hacía a un lado hasta que la paternal mano acababa la distribución; luego volvía a reunirmeles. Jamás participé de aquellos obsequios. Esto no me era indiferente pero me parecía natural y lo aceptaba con gusto.

Todas estas lecciones iban formado mi corazón, el cual no se envenenaba ni se amargaba como antes. Era sencillamente, el dedo de Dios que me mostraba mi porción de vida y me preparaba para mayores cosas. Para entrar en un plan de amor a las almas era necesario comenzar con mucho tiempo a confitar mi alma en el dolor. Cosa rara: el dolor es amargo y sin embargo dulcifica el alma; es duro y ablanda el corazón. Es el único que da de lo que no tiene, pero trae de lo que tiene.

No siento amargura contra los instrumentos de Dios, en estas lecciones, porque aparte de que llenaron muy bien el oficio, eran personas buenas. Pero, ¿no es verdad, mi amado Padre, que era imposible que la vida me engañara? ¡Imposible que no buscara en Dios lo que en ninguna parte encontré! ¡Imposible que no me fascinara la ternura de Jesús! ¡Imposible que no me lanzara hacia su corazón! Por eso, ¿qué mérito tengo en beber la única agua que me dejó? Lo inconcebible es que no lo ame más. Se propuso Dios taparme los caños sucios y puso en mis labios la boca del Caño Divino, por donde viene la única agua limpia. ¿No le parece? La

eternidad me dirá la misericordia que esto encierra. Y se trataba de un corazón de once años y ya ingrato. Santo Dios.

En el Colegio del Espíritu Santo

Resolvió mi madre volver a Amalfi a la casa de sus padres y dejarme a mí en el Colegio, porque Carmelita no consentía en separarse de ella.

María Jesús Upegui,¹⁵ hermana de mi madre, se había consagrado desde los quince años a las obras de beneficencia. En el tiempo a que me refiero dirigía una casa de huérfanos, fundada por el ilustrísimo señor Montoya. Aunque para mejor entregarse al servicio de los pobres se había separado completamente de la familia, era muy buena con ellos. Consintió esta buena tía en tenerme a su lado para que asistiera como externa al Colegio. Fue elegido entre varios que había en la ciudad, el colegio del Espíritu Santo, dirigido por una señora Rosa Lía Restrepo, un poco emparentada con mi familia. Era el mejor establecimiento de los de su género y por lo mismo el frecuentado por las niñas de la clase alta; por todo el refinamiento medellinense, por todo lo que yo no conocía. ¡Dios mío qué elección!

Yo que no conocía lo de posiciones sociales, iba de sopetón, como se dice, a vérmelas con lo más extravagante de ellas. Para mí todo se reducía a negros y blancos, buenos y malos. Eso de la clase alta, clase media y clase baja, no se me había mostrado y como sabía que todos somos bajos delante de Quién nos hizo, tuve la más dura sorpresa. ¡Pobre vanidad humana! hasta me habían enseñado que los negros eran iguales a nosotros pero que como no se educaban, no podían ser amigos de las niñas, porque las enseñaban a mal educadas. Esa era toda la trama social que conocía, toda preparación para entrar en un Colegio de zapatico de raso. ¿Qué sabía yo de ficciones y cumulo y mientos sociales? Era una campesina, no por lo vulgar, pues eso jamás lo vi en la casa, sino por lo sencilla.

Se me abría pues, la vida de estudio en las peores condiciones; no sólo las tenía malas en el colegio; en la casa eran pésimas; mi tía era, si se me

¹⁵ MARÍA DE JESÚS UPEGUI: Tía de la Madre Laura y fundadora de la Comunidad de Siervas del Santísimo y de la Caridad. En 1884 dirigió la casa de huérfanos fundada por Monseñor José Ignacio Montoya. En 1874 fundó el Hospital Mental que en 1888 fue declarado Departamental. En estos dos lugares se hospedó Laura en su estadía en el colegio del Espíritu Santo y algunos días antes de su ingreso a la Normal.

permite la expresión, fanática en sostener todo lo de su tiempo y condenar todo lo moderno, sin dejar de ser una heroína de la caridad. Más bien dijera yo, de la beneficencia. Era seria y hasta amarga; le tenía yo tal miedo, que a cualquier sacrificio me hubiera sometido, por no estar con ella. Y a su lado debía vivir.

Me recibió muy bien. Pero después me confió al cuidado de una de las huérfanas mayores, lo que equivalía a dejarme sola. No tenía roce sino con las huérfanas que eran de la ínfima clase. Contraste bien marcado con mi atmósfera de colegio. Un tío se encargó de atender a los gastos del colegio y del vestido; daba cumplidamente los dineros necesarios, pero mi tía, creyendo hacer muy bien, se los guardaba y me vestía con las telas que de limosna mandaban al orfelinato que, naturalmente, eran las que ya en los almacenes no podían venderse. Telas mareadas, de colores no usados y en general malas.

Entre los huérfanos tenían aprendices de zapatería y a ellos se les encargaba mi calzado, el cual resultaba de modas extravagantes, más grandes que el pie, desarmados y maltratadores. A la tía se le ocurría que el corte de los vestidos había de ser el que usó en su tiempo. De modo que resultaba mi pobre humanidad casi un payaso. Yo no sabía rechazar nada; lo uno, porque no sabía ni conocía el estilo de la época - creo que entonces no había modas indecentes - y lo otro, porque estaba acostumbrada a aceptarlo todo, amén del miedo que le tenía a mi buena tía. Además jamás me pasó por la mente el que hubiera de vestirme bien.

De aquí, el que me presentara al colegio del modo más compasivo, para quienes fueran capaces de compasión y más risible para mis condiscípulas las que no la conocían. Éstas, desde mi primera entrada, me miraron como el hazmerreír más ridículo.

A todo esto agréguese que debía ser la compañera obligada de una prima tan mimada, rica y caprichosa, que había sido colocada en el colegio bajo la condición de no contrariarla en nada. No madrugaba y de allí que, como había de esperarla, me presentaba a las clases cuando ya terminaban; jamás cuando el profesor me interrogaba, sabía ni de qué se trataba; no contestaba o decía cualquier disparate que provocaba la hilaridad en todo el colegio. Frecuentemente cuando estaba cogiendo el hilo de una enseñanza, se levantaba Doloritas la prima, y decía: yo quiero ver a Cielo; así llamaba a su madre. Mas, como no podía andar sola, yo recibía orden de salir con ella para ir nada menos que a diez cuerdas para ver a Cielo, que no lo era para mí.

Mi demasiada sencillez era otra fuente de risa. Todas ocultaban el algo* que llevaban para el mediodía, cuando no era bocado rico. A mí jamás se me ocurrió tal maniobra; con la mayor ingenuidad sacaba el vulgarísimo que me daban. Todas hacían corro para vérmelo comer. Esto era para mí tormento bien extraño pues no entendía el motivo. Me llamaban con hiriente burla, "la canaria", porque desde el principio me presenté con un vestido del color de los canarios, de un linón usado sólo para colgadas.

La directora permanecía impasible a mi pena. Jamás me amparó contra tales burlas. No estudiaba porque no tenía libros y no me daban porque con los de Doloritas había bastante y ella no estudiaba conmigo, porque sus lecciones eran otras. De modo que estaba condenada a quedar siempre mal. Le tenía fuerte antipatía a la directora por su modo de proceder conmigo y porque, invariablemente me reñía, cuando me encontraba, por mi desaplicación, decía ella. Yo no sabía excusarme. En la casa, el miedo me privaba de todo. Completamente incomprendida, en donde quiera, tropezaba con obstáculos y no tenía defensa. El profesor más connotado del colegio, era hermano de mi madre; pero tampoco en él, encontraba amparo porque lo informaban de mi desaplicación y raro modo de ser.

Idiota o cretina

Pasé el año más amargo. Adquirí fama, no de poco inteligente, sino de idiota y cretina. No tenía una sola amiga; nadie se me acercaba con cariño y cuando me hablaban era para provocar respuestas que dieran qué reír. Como me alimentaba con lo mismo de las huérfanas que era poco y malo, vivía con hambre y a causa de él, con un humor negro que no exteriorizaba, sin embargo, porque temía el pecado. Pero me hacía sufrir indeciblemente. Total que ni las noches me eran de descanso, porque tenía remordimientos. Hasta el Santísimo Sacramento colocado en la casa, me parecía extraño; no hallaba el calorcito que antes me alentaba ante Él. Tal era mi situación, que me hubiera enloquecido si ya no hubiera tenido la costumbre de sufrir en silencio. Tampoco Dios se me hacía sentir como antes. El confesor no me entendía los pecados y salía siempre del confesionario regañada.

Cobré horror a la confesión, y la comunión, nada absolutamente me decía. El corazón más sólo era el mío. Jamás me quejé con nadie, ni al escribirle a mi madre, le dije nada referente a mi situación. Con el resto de la familia que tenía en Medellín, no me permitían ninguna comunicación. Vivía con los pies llagados a causa de lo malo de los zapatos y no quería

entrar en los juegos ni del colegio, ni de las huérfanas, por la misma razón y nadie lo sabía. De modo que me hacía más y más rara ante los demás.

Conservaba mi deseo de hacerme carmelita¹⁶, pero como dormido. Sólo una vez en aquella época, fui con Doloritas al locutorio de las monjas, en donde ella tenía buenas amistades. Al verme allí, hice mi petición formal de una celda, pero al oír las religiosas que sólo tenía doce años, se rieron y por toda respuesta me echaron por el torno unos plátanos. No me creyeron y me quedé desoladísima. Todo era negación para mí. Terminó el año en el colegio. En los exámenes no contesté nada, sólo en religión dije algo porque me preguntaron el credo.

Al saber mi madre mi situación, ya en asuetos, ordenó que me sacaran del colegio convencida de que en mí no tenía esperanza, pues le dio crédito a los informes de mi maestra. Más tarde, cuando en la Normal resulté buena estudiante, decía esta señora que era milagro, porque yo era cretina.

Cuán cierto es padre mío, que para el estudio, como para todo, se necesita amor. Del amor han escrito mucho; pero si yo escribiera diría más.

Defendí mi virtud

Le cobré tal antipatía al estudio que sólo la obediencia, pues no recuerdo haber desobedecido jamás ni en lo más mínimo, voluntariamente, me hizo entrar al año siguiente en una escuela privada. En ésta, como estaba en condiciones más favorables, comenzó a desarrollarse mi entendimiento y se me calificó como la mejor estudiante del establecimiento. Mientras estudiaba en la escuela, me ocurrió un caso que muestra cómo guardaba Dios mi alma.

Vivía en casa de un tío cuya esposa rehusaba tenerme en su casa y sólo accedió a hacerlo después de precepto formal de su marido. Tenía muchos hijos. Un día me mandó a llevar una prenda de vestir, a uno de ellos que estaba en su departamento separado. El joven primo, al verme con él sola, me dijo una palabra inconveniente y trató de cogerme. Yo, como un tigre,

¹⁶ Convento de las Carmelitas. Fundado en Medellín el 26 de enero de 1791. La primera superiora fue la M. Tecla del Corazón de Jesús. El 29 de Mayo de 1863, las Religiosas Carmelitas fueron expulsadas de su convento, por orden del presidente Tomás Cipriano de Mosquera. Cuatro años duró la exclaustración, hasta el 11 de Mayo de 1867.

El Convento de las Carmelitas de El Poblado fue fundado el 19 de Marzo de 1900.

aunque comprendía poco lo que me decía, me lancé sobre él y le asenté un fuerte puñetazo, arañándolo en la cara. Él, indignado salió e hizo todo el escándalo posible, haciéndose víctima de mi rabia y fingiéndose el hombre más inofensivo del mundo.

Con menos hubiera tenido la tía para arrojarme de la casa. Me notificó que debía desocupar aquel mismo día; en buenos términos; yo no le contesté ni una palabra, pero tampoco tenía con quién irme. Tan pronto como llegó una lechera de Robledo, me despacharon con ella para la casa de otra tía. Salí llorando, mas no arrepentida. Así terminó mi estudio en aquella época.

Mire reverendo padre, cómo me formaba Dios. Yo no lo entendía; creía que mis humillaciones y sufrimientos se debían a la pobreza. Hoy veo que era puramente la pedagogía de Dios. Los demás pobres no tienen que experimentar estas durezas.

En esta época, recurría a Dios para todo; pero no tenía ese fervor sensible y ardiente de antes. Era piadosa, bastante más que cuantos me rodeaban; me gustaba orar, pero estaba habitualmente fría.

Es que Dios como sabio que es, da el mejor vino adelante. ¡Por eso reclamaron ese orden en las bodas de Caná! ¡Ya en el hormiguero y en otros casos me había dado a gustar del mejor vino y con ése debía tener para mucho tiempo! Mi última maestra, es decir la de la escuela, era otra de esas personas excepcionales, por su virtud. Después se hizo Hermana de la Presentación y aún vive. Su ejemplo encarriló mi piedad por un camino algo semejante al común. Ya lo he dicho; mi piedad era rara. Como que al fin nació sin riego ni convención ninguna, como nacen y crecen las enredaderas en la selva, que trepan por donde mejor savia encuentran, por donde los rayos del sol les dan lo que necesitan, sin tener que amoldarse a las curvas caprichosas que de antemano les pone el jardinero. Así mi alma era flexible sólo a la acción de Dios, divino sol de mi vida, sin consultar reglas, ni conocer lo que pudiéramos llamar el maniquí o formato exterior de la piedad, en la sociedad. Con esta maestra aprendí la necesidad de un confesor fijo y aún de un director, aunque esto último no lo entendía. Aprendí que había reglas para la oración, para los exámenes, etc.

Amor al martirio

Pero debo confesarlo, ya que ha de verse la obra de Dios en mi alma; si no era fervorosa entonces, el ejercicio de las virtudes ocupó el vacío que el fervor dejara. Cada virtud me parecía más hermosa y quería practicarlas

todas con la mayor perfección. Me embelesaba leyendo vidas de santos. ¡Los mártires, sobre todo, me arrebatában! ¡Qué amor tan bello el del martirio! ¡Me parecía tan poco dar una sola vida por Dios, que me encariñé especialmente con Santa Perpetua y Santa Felicitas, porque tenían la misma pena!

He leído reverendo padre, que el martirio supera a la virginidad y así lo sentía yo entonces. De la virginidad no conocía sino el perfume exterior; era como mi porción amada y no me inquietaba por entenderla. Amé y admiré el martirio, pero jamás he creído, ni deseado ser mártir de la sangre. ¡Cosa rara! Otros martirios sí siento que son porción mía. Más adelante hablaré de ellos. Pero la gloria que a Dios da el martirio de sangre me enajena. ¡Ay Dios mío! si yo pudiera coronarte con mártires en la Congregación! pero, ¡detente pluma! ¡Ése es bocado demasiado rico! Yo no lo merezco; pero Vos Dios mío, si lo merecéis. Arreglad estas incompatibilidades. ¡Dadme mártires!

Grande santa y pronto

Desde entonces me propuse ser santa, y grande santa, y pronto. Por supuesto que era una cieguita que proponía cuanto se le ponía delante, para tener frecuentes derrotas; sobre todo en lo relativo a amabilidad; ya no era brava, pero muy seria. Viví entonces algunos meses en un campo vecino a San Cristóbal. Allí tenía una tía con muchos hijos y muy mal de salud. Necesitaba mucho de la ayuda de alguna persona de la familia por causa de su salud; pero ninguna había podido vivir allí debido a una sirvienta que se había hecho dominadora en la casa y tan altiva que atormentaba a cuantos allí iban y se hacía insufrible la vida. Como se había criado en la casa y era muy útil y precisa en ella, todos cedían el puesto.

No hay para qué decir cuál fue mi vida allí. La tía estaba reducida a la cama y Juana la sirvienta era la señora y todo en ella. No hubo día en que no se me vinieran dificultades encima; pero ya nada me hacía impresión; puede decirse que al lado de Juana pasé muy buenos días. Recargada de trabajo, pues llevaba encima toda la casa y los niños estaban a mi cuidado; no me quedaba casi tiempo para orar. Ya tenía doce años y mi salud no era robusta. El trabajo me hacía impresión cuando pasaba de cierto punto. Una cosa curiosa debo referir de una vieja que frecuentaba la casa; yo era delgada, pálida y débil. Con todo ña Eleuteria mirándome atentamente dijo: ¡pobre niña, sí que va a ser gorda, la considero! ¡no va a caber por las puertas! Mucho tiempo estuve creyendo que la vieja se había equivocado,

pero de los veinticinco años en adelante, la profecía fue cumplida al pie de la letra, como lo ve padre mío.

Variedad de sentimientos

El sentimiento dominante de mi alma en la época a que me refiero era profundo dolor de los pecados, los veía tan grandes y crueles, que no sé por qué no los lloraba día y noche. Por eso Juana no me pareció pesada. Además, ese dolor, venía acompañado de gran deseo de austeridades. Los ratos que me dejaban las tareas, me salía a las arboledas de la casa y me azotaba sin piedad. Por donde quiera buscaba mortificaciones e inventaba maceraciones, para vengarme de mí misma. Sentía deseos de destruirme porque había pecado.

Otras veces llamaba a Dios a gritos en una llanura distante de la casa y le hablaba de cuanto veía. Cuando lo hacía al pie de una quebrada, le decía que sí que había hecho bien los pececitos, esas aguas tan cristalinas, esas yerbecitas, que se mecían en la orilla, etc. Con estas majaderías me ayudaba a sostener la presencia de Dios. Si entonces hubiera tenido las luces que acerca de la Santísima Trinidad tuve después, esa amada presencia no hubiera necesitado de esto. Pero Dios era mi Único Amigo, mi íntimo amigo y sabía tan poco de Él.

Otras veces me entretenía cogiendo florecitas, preguntándoles como se le pregunta a una florista en el mundo, ¿de qué la hiciste? ¿Cuánto dura? ¿Cómo hiciste sus tintes y para quién la hiciste? Para responderme a mí misma, terminando siempre en actos de amor loco y en gritos.

Había sobre todo una piedra grandísima, a cuya cúspide subía a gritarle galanterías: hermoso mío, sabio, bueno, vivo, grande, etc. le decía cosas que hoy me dan vergüenza de Él mismo. Otras veces, arrodillada sobre la yerba oraba en silencio, si es que silencio puede llamarse esa intimidad con Dios. Jamás le hablé a Dios de penas, porque ellas me parecían su mejor regalo. Pero confieso que en esa época, no me percibía de ellas.

Íbamos los domingos a misa a San Cristóbal.¹⁷ Como jamás he sido guapa para caminar, me cansaba horriblemente; pero mis comuniones a

¹⁷ SAN CRISTOBAL: población situada al oeste de Medellín donde tenía finca la familia Montoya González, abuelos de Laura.

consta de tanto cansancio, eran más celestiales, si cabe. Ordinariamente desayunaba cuando comulgaba, a las once y como era muy débil sentía desmayos terribles; pero todo era delicioso.

Conocí entonces la primera Semana Santa. No me hizo impresión nada, tanto como la conducta de Pilatos. Desde entonces lo odio; pero ¡ay dolor! muchas veces he sido muy pilatuna; lo verá muy pronto padre mío. Buscaba entonces quién me enseñara a hacer oración. Yo pensaba que no hacía; lo que he referido y que es oración verdadera, no era para mí sino cosas que sentía.

A cuantos sacerdotes me acercaba en los confesionarios, les rogaba que me enseñaran a hacer oración mental. Todos me contestaban que no tenían tiempo. Por supuesto que ninguno conocía de mí más que la lista de pecados, que llevaba siempre arreglada y que ordinariamente se me ocurría que los tenía, porque si eran tan comunes, era imposible que yo no los tuviera. Ser pecadora era cosa dura para mi corazón; pero me parecía que yo no servía sino para pecadora y me vengaba de mí misma sintiéndome tal. Este sentimiento me parece un poco raro y no sé si lo expresé de un modo inteligible. Padre mío; pero si parezco hecha de la esencia de lo raro, no es extraño; ¿no le parece? ¡Ay! y toda la vida he deseado no ser rara, seguir el carril ordinario de todos y resulta que el carril común es lo que me ha parecido raro y jamás lo he podido seguir, más que para pecar.



Dolores Upegui de Montoya

Madre

CAPÍTULO V

- DE NUEVO EN MEDELLÍN - RESPETO HUMANO - VOLVÍ A
"LA VÍBORA" - JAMÁS ME TURBARON LOS PRETENDIENTES
- MI MADRE NOS INSTRUÍA - PASADO QUE ME PUNZA
- PROCEDER DEL ABUELO - VIDA INTERIOR - PRIMER ARRANQUE
DE CELO - EL GOLPE DEL BANCO - ESTRATAGEMA PARA
COMULGAR - REFERENCIAS DE MI MADRE

*"Contigo habló mi corazón, mi rostro te ha
buscado: tu rostro he de buscar yo Señor".
(Sal. 26,8)*

De nuevo en Medellín

Volví aquel mismo año (1887) a Medellín, por orden de mi madre. En la casa de familia en que estaba había una prima un poquito mayor que yo, con quien al parecer me entendía. Digo al parecer, porque mi piedad era toda interior; no la interiorizaba en nada y parecíamos iguales. Ella era vanidosa y exigente hasta lo sumo, y hasta amiga de novios. Con ella frecuentaba las casas del vecindario y andaba un poco las calles tan contenta, que cualquiera me hubiera juzgado igual a Clara, si no fuera porque el desaliño de mi vestido, denunciaba ya lo que el mundo era para mí. Ella era refinada en la moda; pero jamás conseguí que la imitara en lo mínimo, en el asunto. Por supuesto que jamás supo el motivo del menosprecio que tenía yo del cuerpo.

Respeto humano

En esta época, fui sorprendida, con un profundo dolor de mi alma, lo confieso, por el respeto humano.

Frecuentábamos mucho la casa de unas señoras de ideas y procederes diferentísimos de los de nuestra familia; Clara lo hacía porque allí le hablaban del novio y yo, quién lo creyera, ¡porque hacían muy buenos dulces y algo me tocaba! Dios mío qué bajeza. Ni Pilatos, ni mi madre Eva obraron distinto de lo que yo obré, como se verá.

Las señoritas de esa casa eran en extremo coquetas y mundanas. Clara no lo era tanto, y yo, ocultando mi interior, aparecía por lo menos indife-

rente al mundo. Mi posición no podía ser más difícil. A Clara poco daño tenían que hacerle; pero a mí, colocada en puente tan falso... ¡Dios mío!

Aparte del ejemplo de estas señoritas, sus frecuentes sermones sobre la necesidad en que yo estaba de participar en las reuniones, bailes y jolgorios del mundo, así como la de tener ya un novio etc. eran frecuentes. Nada me entraba, pero desgraciadamente me tocaron la tecla delicada y que yo no sabía que la tenía; ni más ni menos que como a Pilatos le mencionaron al César, así a mí me dijeron, que si no correspondía a un pretendiente, sería tenida como boba. Ve a mi César, padre, qué miserable era. Eso me hizo ceder, pero también pilatunamente, es decir, me propuse delante de ellas fingir que miraba a ese joven y en ausencia de ellas, le hacía cuantos motivos pudiera para que se alejara. ¡Qué locura! Esclava del respeto humano, me faltó fuerzas para cortar esas amistades. Esto sólo lo hice cuando una vez llamaron a ese joven para que conversara conmigo en su casa. Aquí sí se me reveló mi antiguo carácter y protesté con tal fuerza que jamás las volví a ver. Jamás llegué a saber el nombre del joven, ni me importó saberlo; ellas lo llamaban el Zarco y así era.

No me valía ni aún insultarlo, para que se retirara; por fortuna vino en aquellos días mi madre y observando la cosa, sin decirme una palabra, pues no sabía mi tontería, lo notificó, que si volvía a verlo en los alrededores de la casa, lo ponía en manos de la autoridad. Le parecía yo demasiado pequeña para ser pretendida; con razón.

Esto ha sido causa de mucho dolor, aunque sé que ésa es tontería de casi todas las niñas, pero entiendo que en mí, eso reviste su gravedad, porque Dios me formó de diferente modo. Eso me quedaba a mí, como le quedaría a un caballo comer bizcochuelo. ¿No le parece, padre?

Y aquí, ¿no ve qué luminoso va el rayón de luz? Y el negro, qué grueso se va poniendo. ¡Ay, padre!, ni en la eternidad seré bastante agradecida. Mi vocación continuaba como fuego ardiente debajo de la ceniza. Pero mi secreto era para mí sola. Aún me faltaba el conocimiento de que eso pudiera confiarse a nadie.

Volví a "La Víbora"

Me llevaron enseguida para Amalfi, a "La Víbora". Por ese tiempo no le fue posible a mi madre hacer más esfuerzos para educarme. Se resignó y volví a la pacífica vida de la finca; mas, como ya comenzaba a ser seño-

rita y la estatura me ayudaba a parecer mayor de lo que era, pues tenía sólo doce años, no me era fácil pasar tan desapercibida como antes, ni siquiera vagar por la finca con toda libertad.

Casi me siento tentada a decir, que hasta esta época, el uso de mi razón había venido muy incompleto; porque tantos contrastes y tantas cosas raras no pueden explicarse sino estando medio sin razón. ¿No será posible esto?

De todos modos puedo asegurar que el corazón se anticipó muchísimo a la razón y que a esta edad estaba ya encarrilado; si se me permite la expresión, padre, como vacunado contra el afecto a las criaturas. Me sentía ya tan libre, como ahora, casi.

Como mariposa busqué a qué pegar el corazón en el mundo y no hallando sitio, me pegué a la Luz y me quemé sin dolor, como dice Santa Teresa. Quiera Dios que la quemadura me mate, ¿no sería lo mejor?

No tenía yo los trece años cumplidos cuando volvimos a instalarnos en la casa del abuelo, en "La Víbora". Me llevaron adelante. Mi madre se quedó mientras colocaba a Carmelita en la Escuela Normal. No logró su intento la pobre, porque como a esta niña jamás la habían separado del lado de su madre, su sensibilidad no resistió la prueba; se entregó al más espantoso llanto y los superiores dijeron que no podía estudiar y la entregaron de nuevo a mi madre, quien fue con ella a Amalfí, decepcionada de que llegáramos a educarnos.

Jamás me turbaron los pretendientes

Habíamos salido de aquella población niñas y volvíamos jóvenes, por decirlo así, pues ya se nos tenía por tales. Carmelita estaba en los quince, que naturalmente realzaban su belleza. Yo, sin duda, ya no era la negrita fea, pues ya la edad comenzaba, según decían, a darle a mi fisonomía un aire menos desagradable. Además, como íbamos como fruta nueva, comenzó el enredo de los pretendientes. Para mí, por fortuna, el mundo llegó tarde y ya sin conocerlo lo odiaba. Dios se había adelantado y como Él no tiene rival, se había tomado la plaza. Por eso jamás me turbaron los pretendientes. Mi abuelo se hacía la ilusión de tener muy buenos yernos y nos halagaba. Sin embargo, eran muy prudentes y cuidadosos mis abuelos y tuvieron además la precaución de no dejarnos comprender el verdadero motivo de su vigilancia, lo cual contribuyó a que conserváramos, hasta muy tarde, esa bendita ignorancia de las cosas que la vida tiene peligrosas.

No nos permitían amistades con nadie. Mas, como éramos cosa nueva y la belleza de Carmelita no era común, muy pronto comenzamos a recibir visitas, y urgentes invitaciones a paseos y reuniones. Nunca nos permitieron acceder a nada. Naturalmente la curiosidad nos incitaba y deseábamos entrar en las reuniones. Hacíamos el reclamo de por qué no nos permitían y la respuesta siempre la misma. El abuelo llevaba la palabra y nos decía: naturalmente a esas reuniones van siempre los hombres, los cuales en donde quiera son muy burlones. Ustedes como no han estudiado, se expresan muy mal; no entienden las reglas sociales indispensables para presentarse en reuniones cultas y en esas condiciones han de mirarlas como ridículas y se reírán de ustedes. Cuando sepan hablar bien el castellano y conozcan las reglas de cumplimiento, se presentarán sin ningún peligro de quedar mal.

Admirable modo de cuidarnos. Excusa ingeniosa que hoy sé estimar. Hasta que fui maestra estuve creyendo en la tal cosa y he admirado la prudencia de esos viejos, tan entusiastas por otra parte, por el matrimonio. Dada la cultura que en la casa veíamos, hubiéramos podido presentarnos con el mayor lucimiento; pero no lo conocíamos entonces. De aquí que jamás habláramos con ningún joven, sino muy de paso y en presencia de los viejos o de mi madre. Jamás nos permitieron ver bailar. Las propuestas de matrimonio no escaseaban sin embargo. Mi madre se encargaba de responderlas, del modo más conveniente.

Mi madre nos instruí

Nos rodearon de buenos libros y pasábamos entretenidas en las labores de mano y en lecturas tan serias como útiles: "El año Cristiano", "El genio del Cristianismo", las obras del padre Granada, el "Catecismo" del Abate Gaume y otras obras por el estilo de éstas, eran nuestro alimento, ilustradas por hermosas explicaciones de mi madre, que era muy dada a esta clase de lecturas, sin alardear de entendida. "El Nuevo Testamento" era de regla, pues habíamos de leerle al abuelo en él, cada día. Jamás vimos una novela, ni buena, ni mucho menos mala. Gracias a esto, hoy a los cincuenta años, puedo asegurar, no haber leído la primera. Leíamos poesías, pero religiosas.

Todos los días se rezaba en la casa el santo rosario entero y una de sus partes, a las cuatro de la mañana. Se hacían todas las novenas posibles. He de confesar sí, que yo no tenía mucho gusto en ello; siempre he tenido cierto fastidio por los rezos largos y muchos. Parece que mi alma no se hizo para ellos.

Pasado que me punza

En esta época cometí uno de los pecados que más me han punzado en la vida. Habían llevado a la casa una niña más o menos de mi edad. Yo no sabía por qué; más tarde, cuando ya no me guardaban mucho los secretos de la vida, supe que esa pobre niña tenía muchos peligros en su casa y que su padre la había llevado a la nuestra, para librarla de ellos. No tenía con ella más relaciones que las que convienen entre protectora y protegida; pero por cierto defecto que tenía en la pronunciación, sentía algún fastidio por la pobre niña. ¡Cuán poca caridad tenía!

Cualquier día, infundadamente, creyeron en la casa que la niña me perjudicaba y me preguntaron si me trataba mal. ¡Crueldad inaudita la mía! sólo por el fastidio que tan injustamente le tenía, respondí que sí. La niña fue devuelta a su padre, no supe si por mi informe o por otras razones. Pues fueron demasiado reservados en el caso. Sin embargo, el remordimiento me ha acompañado toda mi vida. Más tarde, cuando yo tenía veinte años, mi madre me dijo que no habían tenido en la cuenta mi informe. Muchos años después supe que esa pobre muchacha estaba en una casa de beneficencia y con algunos obsequios le mandé pedir perdón. Esa mentira fue dicha con mucha ligereza y quizás sin mucha advertencia; pero me ha dolido, porque herí la caridad en un punto muy delicado, cual es el amparo de los débiles. ¡Rayón negro, padre mío!

Proceder del abuelo

La malquerencia de mi abuelo ya no tenía para mí ninguna importancia. Sabía excusarlo y me complacía en favorecer su afecto y predilección por Carmelita, dándole oportunidades de mimarla. Lo contemplaba en cuanto su carácter lo permitía y así, si bien, no acababa con su repulsión, sí lograba que pasara desapercibida. Tenía él, mucho gusto por las bestias y las tenía magníficas. Su mejor gusto era darle a Carmelita la mejor y llevarla a paseo con mucha frecuencia. Yo les ayudaba a arreglar esos paseos, sin que jamás él advirtiera que a mí pudiera darme deseo de participar de estas distracciones. Ya esto no hería mi alma. Todo era interesarme porque a Carmelita no le faltara nada. Otro tanto, pasaba con lo de vestidos, alimentos, etc. Para mi vestido jamás gastó el anciano nada. Desde muy niña me ganaba lo necesario para ello. Trabajaba encajes y hacía jabones. Con esto atendía lo muy poco que necesitábamos, pues vestíamos muy modestamente.

Le decía al principio, que siempre me había vivido la vida. Tan cierto es esto, que no recuerdo que desde la edad de seis años me hubieran tenido que dar un traje. Hoy las niñas se asustan de oírme referir esto; mas es necesario advertir que mi madre era recortada al estilo de la mujer fuerte y que así nos formó. El trabajo más o menos fuerte y constante según la edad y condiciones que atravesábamos, ha sido para mí, título de felicidad. Eso lo debo a mi madre; bendita sea.

Vida interior

Mientras mi vida exterior pasaba como acabo de decirlo, mi tarea interior se encaminaba a conseguir la rectitud de intención. Para ello le daba mucha importancia al ofrecimiento de las obras del día. Hasta entonces hacía las oraciones de la mañana que mi madre me había enseñado, de memoria. Ahora, en la época a que me refiero, las abandoné y le decía a Dios lo que el corazón me inspiraba. Gozaba en ello de un modo especial y puedo asegurar que este ofrecimiento me duraba todo el día. Porque cuanto hacía lo ofrecía de nuevo. Todavía no tenía confesor fijo, pero como el señor cura frecuentaba la casa, a él le pedía libros piadosos. En uno de ellos encontré bellas lecturas sobre la presencia de Dios; enseñaba este santo ejercicio de una manera muy práctica. Yo me embelesaba en él y con el ofrecimiento constante de las obras, la presencia de Dios llegó a serme muy familiar.

Leí en el librito ése de una persona que le hablaba a Dios de las cosas que veía. Al momento vi que ése era mi método comenzado en la finca de San Cristóbal. Me apliqué más a él y me iba a los prados vecinos a la casa, con el fin de imitar a la afortunada persona de que hablaba el libro. Pasaba muchas horas en ese ejercicio, pero siempre echando de menos aquellos fervores de mi niñez. No entendía que los tenía, porque eran más reposados.

Primer arranque de celo

Creo que mi primer arranque de celo lo tuve entonces. Al sentirme tan feliz con mi ofrecimiento de obras, sufría porque los demás no lo hacían. Nos tenían muy prohibido entrar a la pieza donde dormían los pajes de la casa; y sin desobedecer me iba a la puerta y por las rendijas, los llamaba todas las mañanas; y cuando ponían la oreja en la rendija, les hablaba de sus penosos trabajos y de la lástima que con ellos nada merecieran. Enseñada les enseñaba a ofrecerlos con palabras muy sencillas propias para

ellos; cuando tenían pereza de atenderme, les ofrecía en cambio, algún bocado por ellos preferido y así conseguí tener mis discípulos cada mañana. Naturalmente en la casa no se percibieron de esta picardía; sin duda lo permitió así Dios, para bien de ellos, y ningún inconveniente tuve, pues no desobedecía y mi buena intención estaba delante de Dios para prevenir cualquier inconveniente.

El golpe del banco

En este mismo año hizo Dios con mi fe en la Eucaristía, algo así raro que la afirmé, o no sé qué. ¿Diré que me dio un gusto, un tope, un sabor, una impresión de ella? No lo sé. Sólo puedo decir que sentí algo como del cielo.

Hacía ya mucho tiempo que, cuando estaba en sitio conveniente, comulgaba todos los días, aunque en aquella época se necesitaba el permiso del confesor y la cosa no era tan común como es hoy. Ordinariamente sentía afán por comulgar; me hacía falta no hacerlo, gustaba de estar delante del sagrario, pero todo esto era como por fe seca, perdóneme esta palabra, no tengo otra; como fría, como mediana, en fin, como no experimental; otra que no sé si será atrevida. En todo caso, después de lo que voy a referir, si es que esas cosas tienen términos suficientemente expresivos en las lenguas humanas, pues todas las palabras que encuentro rebajan el concepto. Después de esto, repito, la Sagrada Eucaristía fue para mí como otra cosa muy distinta. Fue como si hubiera vivido con un velo medio transparente y de pronto me lo hubieran descorrido a plena luz.

Hacía un oficio en compañía de mi madre, en un corredor de la casa. Por cualquier circunstancia, ella se entró para volver y me quedé sola en el corredor; sin pensar, sino en ofrecer mi trabajo, como de costumbre. Sin duda, Dios en respuesta de mi ofrecimiento, me infundió un vehemente deseo de comulgar. Hice la comunión espiritual y no sé decir más. Como electrizada, como si no sintiera lo que alrededor pasaba, como si tuviera un dolor soberano, con una mezcla de amor extraordinario, como si la santa Eucaristía pasara mi alma de parte a parte, me bañé en lágrimas sin sentirlo. Me parecía, además, como que comprendía cómo Jesús está en la hostia y cómo el Verbo Divino está en Jesús. Claro que era algo como tan superior a mi ser que como que me agobiaba, como que no podía con él. En fin, no ensayo decir más, porque acabo de desfigurar la idea, que tampoco es idea.

Bañada en lágrimas me encontró mi madre y me creyó enferma. Gracias a esto, fui excusada de continuar en el oficio y pude retirarme hasta que estuve completamente serena. Aquello pasó como pasa siempre Dios, dejando las huellas de su presencia, con amor doloroso. Quedé como dueña de ese divino misterio. Ya era mío. ¡Cosa rara! Me sentía como iluminada, como en posesión de él, como encendida, como en un sentimiento muy intenso e indefinible de la santa Eucaristía. ¿Quién sabrá decir lo que esto es? ¡Dios mío! ¿Sería tu primer encuentro eucarístico con mi alma, como el del hormiguero había sido el primer golpe de tu divinidad con ella?

Como yo estaba en un banco de la carpintería, siempre he llamado a esto el golpe del banco. Un golpe de Dios; mire padre, qué nombres más raros encuentro: Dios me los entiende a la maravilla y con eso tengo; como jamás creí tener que expresarlos a nadie, no me he cuidado de buscar palabras. Dios y yo nos entendemos y nada más se necesita. Naturalmente que ahora al cumplir tan dura obediencia como ésta, que si Dios no fuera servido en ella, por nada de este mundo la cumpliría, se me ocurre que puedo decir hasta herejías y que vuestra reverencia va a tener que componer mucho.

Estratagema para comulgar

Desde aquel día tuve hambre positiva de comulgar; pero vivía en el campo, a una legua de la iglesia. ¿Qué hacer? Aunque joven, era la mujer de los recursos y de las empresas difíciles. Pensé mucho cómo podía comulgar en esos días. Hacer la propuesta en la casa era casi un atrevimiento, pues hacía poco que habían hecho la vida reglamentaria, cosa que era muy molesta por muchas causas. ¿Qué hacer pues? Aguantar aquel deseo no me era posible. Inventé una picardía terrible: Con los mayores halagos me conseguí la ayuda de los pajes de la casa. Convine con ellos, pagándoles, por supuesto, buenos bocados que oportunamente me sacaba de los estantes de la casa, que se levantaran antes de las tres de la mañana; (ya yo había de tenerles el desayuno) se fueran a un punto distante y me trajeran dos bestias, las cuales en cierto sitio, habían de ensillar con montura de hombre la una y con montura de mujer la otra. Les advertí mucho de las puertas de la salida para evitar cualquier ruido indiscreto que nos frustrara el plan. Con igual astucia conseguí que el hermanito me acompañara. Muy cumplidos los pajes, hicieron cuanto les indiqué.

Como siempre me levantaba para hacer la oración a las tres de la mañana, en la casa no tuvieron que extrañar por la madrugada. Por la noche me robé las ropas buenas de mi compañero y mías y todo quedó arreglado.

A las cuatro de la mañana montaron los dos bribones y aquellos caballos volaban. Llegamos a Amalfi, cuando daban el Ángelus en la parroquia. En una calle dejamos las bestias atadas a una ventana y corrí a la iglesia como enhambrecida de la sagrada Comuni3n. Le supliqué al señor cura que me la diera pronto y después de la más deliciosa acci3n de gracias, salimos, tomamos nuestras cabalgaduras y las pusimos a volar. Llegamos a "La Víbora" cuando apenas comenzaba el movimiento de la casa. Los viejos se levantaban tarde y mi madre que madrugaba, no salía a donde pudiera vernos, sino muy tarde, de modo que la puerta del frente estaba aún cerrada.

Entramos por la puerta interior de la casa y las bestias volvieron a su sitio, cual si en él hubieran amanecido. Mi compañero y yo, cambiamos las ropas en una de las dependencias exteriores de la casa. De tal modo hicimos las cosas que, si yo no hubiera creído faltar ocultándolo, nadie la hubiera sabido. Pero mi honradez, no me permitía dejar oculta la picardía y se la conté a mi madre. Ella no acababa de asustarse de mi malicia, pero no me riñó. Ella jamás se opuso a nada de lo que fuera bueno, ni sospechaba que pudiera haber engaño de mi parte. A pesar de su vigilancia no tuvo cuidado por esto.

Como al día siguiente era la fiesta de San Luis de quien fui muy devota, no pude resistir a la tentaci3n, hice la misma maniobra y no sólo aquel día, sino también el siguiente. Hubiera continuado en tales picardías si no le hubiera oído al abuelo el reclamo y extrañez a, de ver las bestias sudadas sin haberlas servido; mi madre fue la única depositaria del secreto; pero en ninguna de las veces lo supo sino después de consumada la obra.

Hoy me pregunto, reverendo padre, cómo pude hacer esto y se me ocurre que será mentira, o quizá sueño. Más tarde mi madre me lo recordaba y por eso puedo asegurarlo. Creo que si una de las muchas niñas que he manejado después, hubiera hecho una cosa parecida, me hubiera puesto en guardia y hasta la hubiera castigado. Así me explico las picardías que hacen las novias por verse con el novio. ¡Es que al amor nadie le pone diques!

En las tres veces que esto hicimos, mi hermanito y yo, pudimos presentarnos a la mesa al desayuno con los que salían de la cama y tan serenos

como si de ellas saliéramos también. Sólo Jesús sabía de donde veníamos y como Él es buen guardador de secretos, nadie podía saberlo. Además, Él ayuda a maravilla a hacer las picardías que su amor inspira.

Referencias de mi madre

Siempre fue mi hermano cómplice de estas picardías, que pudiéramos llamar monjiles, como se verá en el curso de esta historia. El fue buen cristiano, pero no podía clasificarse entre los muy piadosos; sin embargo tuvo condescendencias con mi misticismo, que denuncian cuánto estimaba todo esto. Además éramos muy unidos.

En aquel tiempo no tenía edad suficiente para acompañarme en tan largas correrías; sin embargo a mi madre no le fastidió ni siquiera la poca compañía. Era que, con esa hermosa intuición de las madres, adivinaba mi espíritu y no le daba mucho que temer. Nunca, sin embargo le hablé en aquella época, de mi vida interior. ¡Pobrecita! ¡A cuántas agonías la sometió más tarde, ésta mi vocación tan desconocida! Pero ella, dejaba a Dios el gobierno de mi alma, sin decir jamás una palabra contraria a lo que Él me pedía y me dejaba libertad para locuras mayores que la que acabo de referir.

Sería tan bella la recompensa que encontró en el cielo, como lo fue la sumisión de su voluntad a la muy adorable de Dios en mi alma. No conozco reverendo Padre, madre igual, en estos asuntos. Por eso la amé tanto y por eso la despedí de este mundo con tanto dolor como satisfacción. Cuando murió ya era mi hija en religión, por eso mi dolor fue doble.

Respecto a mi amor filial, debo a Dios una gracia muy grande. Como ha podido observar en lo que llevo referido, este afecto a mi madre fue purificado en mi corazón desde su primer asomo, ya con separaciones dolorosas, ya con esfuerzos más o menos conscientes de mi parte, llevada por aquellas reflexiones tan tenaces de mi niñez, acerca de lo poco que vale todo lo que pasa, en el aparente desamor que mi mismo carácter me hacía ver en ella; lo cierto es que, cuando ya estos obstáculos desaparecieron, mi afecto era intenso, pero no era sensible, a lo menos así me parece.

Por supuesto que como mi corazón jamás se ha conmovido por ningún otro afecto, puedo equivocarme al apreciar éste a mi madre. Me preocupaba de su bienestar y como éste, desde muy temprano dependía de mí, sufría cuando algo le faltaba; pero no me hacía falta verla; me separaba de ella con facilidad y desde que pensé en ser religiosa estuve dispuesta a dejarla para siempre.

Cuando en alguna ocasión Dios me cerró completamente los caminos para emprender la obra de la Misión, se me ocurrió que tal vez se me abriera el camino, ofreciéndole a Dios algo que ya no le hubiera entregado: Quise ofrecerle la vida de ella; lo hice de un modo condicional, porque no había pedido la licencia debida para tal ofrenda. Consultando al confesor, me riñó diciéndome que quién me autorizaba para dar las vidas ajenas. Verdaderamente no me doy mucha cuenta del motivo por el cual creo que este afecto haya sido purificado desde su fuente.

CAPÍTULO VI

- TUVE DIRECTOR ESPIRITUAL - DESEOS DE VIDA OCULTA Y HUMILLADA - CARIDAD CON LOS POBRES Y ENFERMOS - LEJOS DE MI VERDADERA VOCACIÓN - VUELVE EL RAYÓN NEGRO - PROFUNDAS REFLEXIONES - DIOS CELOSO DE MI AMOR

*" A Ti te alabaré porque me has oído, y fuiste salud para mí"
(Sal. 27,6)*

Tuve director espiritual

Tendría catorce años cuando, por primera vez, tuve confesor o director de espíritu. No entendía mucho la cosa de dirección espiritual, pues en aquella época no advertía lo que pasaba en mi alma, ni menos hubiera sabido expresarlo. Esto vine a poderlo hacer muy tarde y siempre mal. Además, lo poco que entendía lo guardaba como el mayor secreto y creo que primero me hubiera dejado sacar un ojo de la cara, que decir nada de esto. Es cosa rara que, en los primeros años de vida espiritual se tenga cerrada el alma.

Con sólo leer en los libros algo parecido a lo que pasaba en mi alma, enrojecía de vergüenza de mí misma. Sin duda esto entra en los misericordiosos designios de Dios con las almas. Mi dirección espiritual se reducía a confesarme, procurando que el confesor conociera muy bien mi conciencia y me diera consejos. Fue mi primer director un sacerdote, párroco de Amalfi, muy espiritual y recogido. Su primer consejo fue toda una revelación para mí. Me dijo: "Es preciso cumplir muy bien la voluntad de Dios porque ésa es la perfección del alma". Estas palabras fueron un sol que revivió mi fervor, que no había vuelto a sentir desde el dichoso golpe del banco.

Antes de esto, la voluntad de Dios era para mí, como palabra sin sentido; la oía a cada paso, pero la sentía como una necesidad. Queramos o no, me decía, tenemos que cumplir la voluntad de Dios. ¿Por qué pues la encargarán tanto? Me molestaba, por decirlo así, esto; pero esta vez vi con claridad de medio día, el espíritu que en ello se encierra. Comencé a amar esta adorable voluntad con todas mis fuerzas y siempre hacía minucioso examen sobre cómo la cumplía. Puedo asegurar que desde entonces, no

hubo sacrificio para mí en nada, porque cuando esa voluntad adorable se me presentaba como difícil, la idea de ser de Dios me volvía aquella contrariedad dulcísima y la cumplía con el gusto con que se recibe un regalo.

En la misma ocasión, el director me dio para leer un libro de San Alfonso María de Ligorio, titulado: "Práctica del amor a Jesucristo". Este libro era mi compañero inseparable y leía diariamente el capítulo titulado: "Ejemplo de verdadera perfección que nos da Jesucristo". En él alimentaba mi alma y mi gran deseo era llevarlo a la práctica. Hoy me asombro del bien que me hizo. En él hacía mis meditaciones y cada vez me parecía nuevo lo que decía. Me dio también el director "La Sagrada Comunión", por Pagani. En él descubrí una mina riquísima en el capítulo sobre la vida oculta de Jesús en la Eucaristía. El sólo título del capítulo me embelesaba. Desde entonces deseaba la vida oculta, como el sediento el agua.

Deseos de vida oculta y humillada

De tales meditaciones nació en mí el ardiente deseo de vivir desconocida y humillada. Oyendo a las pocas niñas de mi edad con quienes me permitían alguna que otra entrevista, hacerse ilusiones de vida rica y cómoda, me formaba en mi interior proyectos para mi vida enteramente contrarios a los que oía. Me forjaba llegar a ser una Carmelita desconocida y humillada. En caso de no poder llegar a ser Carmelita, yo sería una sirvienta en una casa rica, en donde el orgullo del oro me pisara. Mis adornos serían los deshechos de la casa, mi música regalada los regaños y reproches de mis amas; y mi fin un hospital en donde se me tuviera como la vieja más asquerosa y estorbosa de aquella morada, hasta morir en el rincón más oscuro, abandonada de todos. Con estos proyectos revivía el fervor en las horas más secas que tenía.

Aquel rincón, oscuro y sucio en donde había de tener una larga y dolorosa agonía, me parecía casi el cielo. Jesús en mi alma y en mi cuerpo, la figura de Jesús abandonado en la pasión, me hacían feliz. Mientras esto pasaba en mi interior, las gentes se empeñaban en vestirme bien para que correspondiera el aliño de mi cuerpo, a mi edad y condiciones, aunque con mucha decencia, según la de la familia. Como por otra parte, los pretendientes interesaban a mi abuelo, tenía él mucho más interés en la cosa.

No puedo decir que esto me hiciera sufrir, porque no me daba trabajo obedecer, ni lo que se me exigía era incorrecto. En una ocasión la señora a quien fui confiada para llevarme a un acto de exámenes, me hizo poner

unas flores en la cabeza según la moda de entonces. Me miraba yo como un altar risible y aunque muy acatada por las compañeras y los pretendientes, llegué y tiré aquellas flores que le sentaban tan mal a aquella vieja que, de la cocina había de pasar al hospital.

Estos sueños de humillación me alimentaban el alma, pero, para llegar a ponerlos en práctica, ¿Cuántas cosas tendrían qué suceder?. Más factible era lo de ser Carmelita pero lo divisaba demasiado lejano para ser un consuelo. Esto sí constituía una verdadera pena que, aunque muy dura desde entonces, apenas comenzaba. ¡Ay! ¡Cuánto había de agonizar antes de ser de Dios! Me estremezco al recordar aquella serie de años sedientos de Dios, tan duros como peñascos sobre mi alma. Preparación proporcionada a otros dolores que remplazando éste, habían de superarlo en mucho. Largas noches pasaba considerando mi soledad, pues aunque sentía a Dios muy cerca, me parecía que en la vida religiosa o en la vida soñada de humillación, lo hallaría más cerca. Aún me parecía que la posesión del cielo no había de serme tan agradable, si no había sido precedida por una vida dolorosa, dura y de mucha oración.

Caridad con los pobres y enfermos

Cualquiera hubiera creído que, además, tenía vocación para hermana de la caridad, o por mejor decir, sería la única vocación que aparecía, porque tenía una inclinación especial a los pobres y a los enfermos; esto parece que nació conmigo, porque desde que tenía unos siete u ocho años, me mandaron a cuidar a una parienta pobre, en una larga enfermedad, y no sólo la cuidaba sino que también le veía los niños y le hacía de comer. Ésta es otra de las cosas que refiero con temor de faltar a la verdad, reverendo padre, porque aunque lo recuerdo muy bien, es tan raro que una niña delicada, en esa edad haga estas cosas, que se me ocurre que pueda ser mentira. Sin embargo, para garantía de ello, tengo el haberla hablado más tarde con mi madre, admirando ella que hubiera atendido a tanto. Lo que se hace con gusto no se siente y siendo la señora tan pobre, era muy de mi agrado aquella obra.

De esta época en adelante, los enfermos de los contornos corrían de mi cuenta; esto lo hacía ordinariamente acompañada por Carmelita que tenía la misma afición. Mi gusto especial era asistir a los agonizantes en su última hora. Aprendí muy pronto las oraciones de la Iglesia propias para ello. Y les ayudaba, hasta que expiraban. Por supuesto que este contacto

con la muerte ayudaba mucho a mi alma al menosprecio de lo terreno. Tan poco faltaban tonterías en nuestras obras de misericordia: les poníamos agua* a los niños que nacían, como si aquello fuera de rigor, con un celo admirable. Cuál fue nuestro susto cuando nos dio un sacerdote que lo supo, un regaño tremendo, pues creíamos cumplir con la mayor obra de caridad, aunque el niño estuviera sano. En la limosna no faltaba algo, muy incorrecto por supuesto, porque aunque en la casa me daban qué llevarles a los pobres, a sus casitas, yo además robaba algo. Siempre quedaron ocultos mis latrocinios, porque en la casa había mucha abundancia y no se notaba.

Había habitaciones de familias pobres, muy distantes y fuera de la finca del abuelo, a las cuales no íbamos nunca solas. Por supuesto que no había para ello prohibición, ni había sido necesaria. Valida de esto, me iba a ver los enfermos de esas casitas y a acompañar a raticos a una anciana inhábil, al escondido, con la mayor malicia. Con tiempo me robaba las cositas que había de llevar, las dejaba en un sitio del tránsito, muy ocultas y, después de cumplir los deberes de mi cargo en la familia, me salía con el mayor disimulo y cargaba con las cosas; me metía por la trocha más peligrosa material y moralmente. Corría rezando y hablando a Dios de cuanto veía, con tanta rapidez que parecía que volaba. Aquel monte era muy oscuro, sólo y medroso, pero eso era precisamente lo que favorecía mi picardía; nadie llegaría a conocer mi obra y además, no llegarían a prohibírmela.

Volando, por decirlo así, llegaba, entregaba mi carga, aseaba a la anciana, enseñándole a rezar algo y volvía a emprender mi camino en la misma forma, hablándole a Dios recio, con la confianza que aquella soledad me daba. Llegaba a la casa sin que me hubieran echado de menos, pues como no faltara a ciertas horas, sobre todo a las de comida, estaban acostumbrados a que me perdía para ir por los rastrojos y praditos vecinos. No sabían a qué, pero al fin me lo veían hacer desde tan niña. De modo que aunque en estas ocasiones pasaba los límites de la finca y por camino tan peligroso, no lo sabían. Tampoco desobedecí, pues que no tenía prohibición, ni mentí porque jamás fui interrogada, ni se me ocurrió delatarme como con los viajes a Amalfi.

Cosa rara, padre mío; siempre que íbamos por aquella trocha, con licencia y bien acompañadas, encontrábamos campesinos que la transitaban, y nunca en estas fugas llegué a encontrarme con nadie; me hubiera asustado mucho y Dios sin duda me quiso evitar este susto. Todo esto es rayón de luz, padre mío. Todo compromete mi agradecimiento con Dios.

Lejos de mi verdadera vocación

Sólo una obra buena me repugnaba hacer. Nadie me la adivinaría: ¡Enseñar! Mi madre invitaba a los niños de los agregados de la finca para que, reunidos los domingos, recibieran enseñanza del catecismo. Algunas veces me tocaba este oficio; sólo por obediencia lo desempeñaba y terminaba siempre haciendo un propósito de no ser maestra jamás, y muy alegre con mis vocaciones que me apartaban de ello. Ya ve, reverendo padre, qué cosa más contraria a lo que Dios iba a hacer. Cuán lejos andaba de mi verdadera vocación. Se ve cuanto se equivocan los que creen que vocación es gusto por la cosa. Este propósito es el rayón negro, ¿no le parece? Por supuesto que jamás lo cumplí.

Como ve, reverendo padre, hasta esta edad, es decir, hasta los catorce años, no se ve nada de mi verdadera vocación. Sólo la necesidad que tuve de conocer a Dios y lo mucho que le agradecí su primera gracia a este respecto, dan una idea muy clara de ella. Sería Carmelita descalza, sería hermana de la Caridad, sería vieja del hospital; pero de la misionera o de la maestra, no había nada absolutamente. Demasiado guardado tenía Dios su secreto. Tal vez ésa mi primera necesidad de conocer a Dios, desde mis primeros años, sería el hilito que me tiró Dios para desenvolver el ovillo de mi rara vocación. Es lo único que se ve. Y ¡con qué fuerza crecía esta ansia de conocerlo más y más cada día!

Vuelve el rayón negro

Con motivo de mis obras de misericordia fue trazado un punto bastante saliente en mi rayón negro. Mi madre había cuidado a una enferma pobre, con el mayor esmero y se había prodigado con toda bondad a ella y a los suyos, hasta que estuvo completamente curada.

Fui un día a su casa a pedir unas flores y me las negaron. ¡Dios mío! sin advertir en nada y sin enojo, en completa sangre fría, le hice el reclamo, ponderándole lo ingrata que era después de los favores que había recibido. La ira de aquella pobre mujer fue espantosa y me dio fuerte y saludable lección: Me dijo que si era para enrostrar el favor, era mejor que no lo hiciera. Palabras duras para mí, pero llenas de luz. Me hubiera echado a los pies de esa pobre mujer a pedirle perdón, si hubiera estado sola. Conocí con inmensa confusión de mi alma, que en mis obras entraba el deseo de verme agradecida. Y después de confesarme de esto, redoblé el cuidado

para hacer pura mi intención! ¡Qué lección tan saludable Dios mío! ¡Cuánta confusión tuve! Sentía desprecio de mí misma.

Profundas reflexiones

Después la experiencia me ha mostrado cuán difícil es dar y hacer obras de beneficencia con perfección. Cuántas intenciones torcidas he conocido después, de las cuales yo, en aquella época no tenía ni sospecha. Siempre que pienso en la pureza de intención con que Dios debe ser servido, me viene el recuerdo del reclamo de esa pobre mujer y me avergüenzo.

Cuánto más fácil es recibir que dar. Por eso me parece muy preciso pedir por los ricos que se han de conseguir la corona, dándose y prodigándose en tan distintas maneras. Dios, por supuesto, les dará el espíritu que necesitan para obras tan difíciles, cuando son humildes y pobres de espíritu; pero esto sí que es más difícil. Cuánto más fácil es ser pobre y recibir. Y si no, observe padre mío, cuán mal le damos a Dios lo que nos pide y cuán fácilmente le recibimos sus favores. Y como además, a Dios le damos bienes espirituales, que Él mismo compra con sus dádivas, nos es más fácil darle a Él que a los hombres, de quienes sólo esperamos el desagradecimiento. ¡Dejarse querer es tan fácil! Por otra parte nuestro agradecimiento a Dios es tan ruin, que por fuerza hemos de quedar vencidos, y mucho es que nos dejemos querer, sin oponerle resistencia.

Tantos años me he pasado trabajando por ser agradecida con Dios, que al ver mi impotencia me le declaré vencida y determiné dejarme amar, con un abandono completo. Por eso viendo que la lucha era tan desigual, tuve que abandonar las armas y le digo: "Vencida por tu amor, no me queda más camino que dejarme querer". Ya no pienso en luchar por corresponderle, porque la lucha supone armas iguales, ¿Cuáles son las nuestras, para ponerlas en comparación con las suyas?

Lo único que me resuelvo a hacer es decirle que Él mismo venga al sitio de mi derrota, en donde me encontrará abandonada a su amor, en la más dulce derrota. Este sitio no es otro que mi suprema impotencia. Desde que esto hago, me siento descansada. Dejarse amar en el abandono, es la cosa más cómoda y dulce que puede hacer la suma impotencia, ¿No le parece reverendo padre?. Dios nos hiera con su amor y ¿Qué otra cosa hemos de hacer que quedarnos heridos, quietecitos y perdidos en su misericordia? Si esto no es agradecimiento, no puedo tener otro. Tengo además el convencimiento de que Él me pone el banquete y me lo como y Él mismo me lo

agradece. ¿Será esto lo que llamamos descarar? Soy pues una vencida descarada.

Confieso, sin embargo, que con esto temo escandalizar a quienes no conozcan las tramas del amor.

Dios celoso de mi amor

Volviendo al hilo de mi historia, debo referir un hecho que muestra cómo Dios ha sido celoso de mi amor, no permitiéndome afectos de ninguna clase.

Tuvo mi abuelo una larga enfermedad. Ya que Carmelita había perdido también su salud y su carácter antes tan dulce, lo fue menos, de modo que no pudo satisfacer al abuelo, sus amistades se enfriaron un poco y entré yo a ser su enfermera. Por las noches, sin que nadie me sintiera, me levantaba y le hacía alimentos que él no esperaba; lo acariciaba porque era muy amigo de esto. Al principio no me recibía bien tales atenciones; pero como la enfermedad se prolongó, poco a poco se fue dejando vencer y acabó por preferirme a Carmelita y entré en una era de preferencias muy especiales, a las cuales era mi carácter muy extraño. Los regalos y paseos eran para mí y aunque con mucho descontento de mi parte, los recibía llena de compasión por Carmelita. Propiamente me eran más bien dolorosos. Sin duda, al prolongarse estos mimos, yo me hubiera aficionado a ellos y a su autor. Por eso Dios no lo quiso y se llevó al viejecito cuando apenas comenzaba a disfrutar de sus caricias. Mire padre, si tengo razón en afirmar el celo que Dios ha tenido de mi amor. En la serie de mis años, he observado que Dios obra del mismo modo y no me deja nada que pueda engolosinarme de la vida; ¿No ve padre mío, que Él se hace amar a todo trance?

CAPÍTULO VII

ERA PRECISO SER MAESTRA Y PRONTO - SIN MÁS APOYO QUE DIOS - MANEJÉ EL MANICOMIO - ME PRESENTÉ A LA NORMAL
- ENTREVISTA CON EL SECRETARIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA
- EL EXAMEN - TRIUNFÓ MI CONFIANZA - PARÉNTESIS DE MI VIDA - VÍCTIMA DE LA ENVIDIA - AMOR A LA POBREZA
- TÉRMINO DE MIS ESTUDIOS - ASISTÍ A DOÑA MARCELINA

*" Mas he aquí que Dios me ayuda; y el Señor es el amparador de mi alma"
(Sal. 53,6)*

Era preciso ser maestra y pronto

Pasados los primeros días del duelo de mi abuelo, mi madre tuvo que pensar en arreglar la vida por sí misma, porque el abuelo poco antes de su muerte quebró y era necesario entregar sus bienes, entre ellos la finca, a los acreedores.

El camino indicado por la Providencia era ver cómo educándonos podíamos atender a la vida de la familia. Bien estudiadas las circunstancias, se vio que era imposible pensar en Carmelita por el fracaso anterior y menos en el hermanito, pues los estudios del hombre son siempre más largos. Yo fui la señalada para hacerme, en el menor tiempo posible, maestra; no sin temor me eligieron porque todavía no había dado pruebas suficientes que atestiguaran lo contrario a la opinión de mis maestros del colegio del Espíritu Santo. Por otra parte, la Escuela Normal estaba en absoluto menosprecio social y a ella sólo iban niñas de clase baja, con quienes nadie quería verme. No había otros establecimientos que estuvieran al alcance de nuestras posibilidades, ni dieran las garantías de adelanto que éste. Perpleja mi madre, se dirigió a su primo Liborio Echavarría,¹⁸ que a la sazón era Secretario de Gobierno, consultándole el asunto, quien le contestó que en el año siguiente reorganizaría la Escuela Normal y que se prepararían a entrar niñas de buena clase y que él mismo colocaría a su hija Leonor. Le ofreció además reforzar con su influencia la petición que ella debía presentar para una beca, de las muy pocas que se darían aquel año.

¹⁸ LIBORIO ECHAVARRÍA: hijo de Liborio Echavarría y Rosa Lía Vélez.

El horizonte se abría un poco, y lo de mi poco o ningún talento se lo encomendaron a Dios. Tenía ya cerca de dieciséis años.

Sin más apoyo que Dios

Me mandaron a Medellín y los demás se quedaron todavía en Amalfi. Hoy me doy cuenta de por qué mi madre no se vino a dar tantas vueltas como mi colocación requería. Sin duda Dios lo permitió así, para mostrar cómo Él sólo me bastaba. No puede decirse otra cosa, porque a Carmelita la acompañó mi madre y todo se lo puso hecho y era ella de mayores alcances para todo que yo. Para que se vea reverendo padre, esta acción de Dios y ésta como sombra amada que siempre me ha acompañado. Voy a ser un poco minuciosa al referir esto de la entrada a la Normal. Se lo agradezco tanto a Dios. Por supuesto que no tanto como debo, pues según digo atrás, me preocupó sólo por dejarme amar; por eso soy dichosa.

Manejé el manicomio

Al llegar a Medellín (1890) me encontré el grandísimo inconveniente de no tener una casa de familia en donde estar, mientras entraba a estudiar; todos habían salido al campo. Además para optar una beca se necesitaba someterse a examen en materias de las cuales apenas conocía el nombre. Sólo darían nueve becas y además, había ciento y tantas opositoras competentes, que habían presentado magníficos expedientes, casi todas muy adelantadas.

Había manifestado ya que la retirada de Carmelita les hacía sospechar que la familia era demasiado nerviosa y que no estaría bien maestras tan sensibles. En la Escuela Normal estaba aún vivo el recuerdo de su salida. En caso de poder entrar, el ajuar necesario para entrar me faltaba, y aún no sabía donde me lo tendría Dios. En fin, cada uno de los inconvenientes era bastante para desalentar a quien no hubiera llevado una vida como la mía. Tampoco el pariente que había ofrecido ayudarme se presentó, ni yo lo conocía siquiera. ¿Qué hice? ¡Ay! reverendo padre, lo que nadie imaginaba.

La tía María Jesús, la misma que tiempo atrás me había alojado en la casa de los huérfanos, mientras aprendía a sufrir en el Colegio del Espíritu Santo, dirigía el manicomio con ochenta locos. Se le había graduado una niña a quien había criado y debía acompañarla a un pueblo en donde sería maestra. Pues a ella, que era mi terror, me dirigí con la propuesta más peregrina.

Le rogué que no renunciara a la dirección del manicomio, que pidiera sólo una licencia ofreciendo dejar en su lugar, a una persona de su familia. Esa persona sería yo, la joven de 16 años. Loca debiera estar la tía - se dirá - cuando aceptó la propuesta; pero no reverendo padre, era ése el camino de Dios.

El Gobierno, sin enterarse de cuál era el reemplazo, aceptó y yo entré a manejar los 80 locos con toda la responsabilidad que tal empleo encierra. Con ésta, al parecer locura, conseguí alojamiento en Medellín; pero, ¿y el estudio?. No tenía a quién mirar. Encomendé las cosas a Dios y emprendí mi tarea de directora de locos. Me levantaba muy temprano y comenzaba a disponer; aseaba las locas, las ponía en el cepo, cuando era necesario. Arreglaba lo del aseo de los locos, a cuyo departamento no debía entrar, por medio de pajes. Repartía oficios, hacía arreglar ropa para casi 100 personas, en fin, me faltaban las horas, por más que madrugara; pero con todo cumplía. La caja y las cuentas que debía presentar a la Gobernación, me quitaban las horas de la noche. Pero no las di malas. Parecía una vieja directora de manicomios.

Me presenté a la Normal

Algunos días después pensé que yéndome a la Normal, quizás se dolieran de mí; y después de cumplir los deberes más urgentes de la mañana, me fui sin más recomendación, que mi humilde personilla, mal vestida y peor preparada para atraer las consideraciones de nadie. Salió a recibirme la misma directora del establecimiento,¹⁹ una señora en extremo seria y tan fea, que me infundió las más tétricas ideas. Esa señora, tan poco atractiva para mí, no podía ser la directora de tal Escuela, me decía yo. También a ella debí causarle mala impresión. Mi vestido tan pobre y tan campesino y mi sencilla manera de expresarme, naturalmente la impresionarían en contra. Me lo confesó ella misma después.

Me recibió con la mayor frialdad y me preguntó qué quería.

- Vengo, le dije, a entrar a la Normal para ser maestra, porque mi madre lo necesita.
- ¿Cómo así, y quién la recomienda?

¹⁹ Doña Marcelina Robledo de Restrepo. Primera directora de la Escuela Normal de Institutoras de Medellín.

- Nadie, le dije; es que necesito aprender para someterme al examen.
 - ¿Y dónde va a aprender?
 - Aquí, le dije.
 - ¿Y quién la ha autorizado?
 - Nadie. Vengo a rogarle a usted que me preste libros y me deje estudiar aquí.
 - ¿Y ya presentó el expediente necesario?
 - No señora. Ni sé que es expediente.
 - Frunciendo el ceño me dijo:
 - Pues eso es muy difícil y además, si nadie la recomienda... Necesita declaraciones, certificados, fe de bautismo, petición en papel sellado hecha por un abogado. Esto, aparte del examen que es muy riguroso... y después, ser tan afortunada que en suerte, entre ciento y tantas, le toque una de sólo nueve becas que darán. Es imposible. ¿Dónde está su mamá?
 - En Amalfi.
 - ¡Iiii! ¿Sabe Usted mucho?
 - No señora. No sé nada.
 - ¿En dónde está viviendo?
 - En el manicomio. (Risa de las dos)
 - ¿Y por qué allá?
 - Porque la directora es tía mía.
 - ¡Ah! ¿Es Usted sobrina de misía* María Jesús? Yo la estimo mucho, pero creo que usted no tiene peligro de conseguir beca; sin embargo, entre. Ahora viene para acá el señor Secretario de Instrucción Pública y le pediré licencia para dejarla entrar todos los días.
- Respiré y bendije a Dios. Me llevó a un salón de clase lleno de mapas y libros. (Estaban en asuetos). Me puso en la mano una geografía de Colombia y me dijo: La examinarán en cualquier parte de este libro; luego, tomando una gramática de Isaza, la abrió y me dijo lo mismo, abriéndome bien los ojos, como quien pregunta, ¿no le da miedo?
- Bueno señora, le dije ¿pero cómo se utiliza esto? - señalando un mapa-

- ¿Cómo, no conoce mapas?
- Sí señora, conocí en un acto de exámenes de una escuela, al cual asistí, pero no vi usarlo.
- ¿No ha estudiado geografía?
- No señora. Nunca.
- ¿Historia?
- Tampoco.
- ¿Castellano?
- En la casa me han enseñado algo; pero no conozco ningún libro, nos enseñaron oralmente.
- Pero Usted no va a poder presentarse a examen. Es mejor que vuelva a su casa y después que esté mejor preparada, se presenta.
- No puedo señora: Mi mamá necesita que yo sea maestra pronto. Dígame cómo se estudia en mapa y después yo lo haré sola.

Se acercó al mapa y me señaló los límites de Colombia. Yo sabía los puntos cardinales y quedé orientada. Me dio, por decirlo así, la clave. Ella se fue, yo abrí la geografía y me puse a estudiar límites.

Entrevista con el secretario de Instrucción Pública

En ello estaba cuando entraron tres caballeros, con la señora, en ademán de gran curiosidad. El primero se adelantó y me saludó de mano preguntándome:

- ¿Cómo se llama usted?
- Laura Montoya, señor.
- ¿De cuáles Montoyas?
- No sé, señor.
- ¿Será de los de señor obispo Montoya?²⁰
- Me han dicho que era tío de mi padre.
- ¡Ah! ¿Entonces es usted hermana de otra que no pudimos contener aquí y que lloró sin cesar...?
- Sí señor.

- Pues mal precedente tiene usted ¿Y sabe mucho?
- No señor, no sé nada.
- ¿Tiene mucho talento?
- Todos dicen que soy muy tapada*
- ¿Entonces por qué pretende estudiar?
- Porque mi mamá lo necesita.
- Buen argumento. Debiera usted ser muy inteligente, porque toda su familia lo es, y su padre fue un estudiante magnífico y un defensor intrépido de la causa conservadora.
- Sí señor, eso me han dicho; pero yo no soy inteligente, soy además campesina (risa de todos y miradas que me parecieron favorables) luego la señora Directora dijo:
- ¿Sabe quién le habla?
- No señora.
- Pues el Dr. Pedro A. Restrepo²¹ secretario de Instrucción Pública.
- Gracias señora; celebro conocerlo, señor.
- Pues fui discípulo del señor Montoya y cuando fue Obispo, fui su amigo íntimo; por eso conocí a su padre.
- Y ¿sabe qué por haber muerto en defensa de la causa conservadora, dicen que tengo algún derecho a que me tengan en la cuenta para darme la beca que necesito?
- Es verdad, pero las becas no han sido creadas para pagar servicios a la causa, sino para formar buenas maestras, y si usted no es inteligente, no le valdrá ese título, ni estar emparentada con todos los servidores de la Patria.
- Está bien señor. Si Dios quiere tendré la beca; ¿Usted me deja venir todos los días a estudiar aquí?

²⁰ Monseñor José Ignacio Montoya Palacio, Obispo de Medellín en 1876, desterrado de la Diócesis en tiempo de la persecución religiosa. Se preocupó por la preparación de los seminaristas. Sobresalió por la virtud de la caridad. Trajo a Medellín a los padres Jesuitas y a las Hermanas de la Presentación.

²¹ Pedro Antonio Restrepo: Padre del presidente de Colombia, Dr. Carlos E. Restrepo.

Volviéndose a la señora:

- Marcelina, ¿hay inconveniente para ello?
- No, respondió ella.
- Pues venga y estudie lo que quiera. ¿Ya presentó el expediente?
- No señor.
- ¿Quién se lo está haciendo?
- Nadie.
- ¿Y qué piensa pues? El tiempo se está agotando.
- No pienso sino entrar a la Normal. No tengo quién me haga el expediente.
- ¿Y piensa que así puede entrar?
- Si Dios quiere, sí señor.

Después he reflexionado, reverendo padre, que Bolívar en Pativilca no estaba más resuelto a triunfar que yo; sólo que él contaba con su valor y yo con mi incapacidad, por lo cual, esperaba la cooperación más directa de Dios.

Estos señores riéndose, no sé si por mal, o por bien, salieron y yo quedé convencida de que me habían cogido un poco de simpatía. Mas, como era la hora de almorzar, salí con la mayor rapidez, pues ya los locos estarían requetelocos de hambre.

- ¿Ya sabe mucho? - Me dijo misiá* Marcelina al salir.

- No señora, nada. Vuelvo después de almuerzo. Dios se lo pague.

El ademán con que me despidió me pareció más simpático y pensé que algo favorable había hablado con mis visitantes.

Con la mayor alegría me eché a la calle, a volar, por decirlo así, y cuando llegué, quebraban los locos las puertas, de hambre; las cocineras braveaban por mi demora; la pobre viejecita a quien había encargado de reemplazarme no alcanzaba a calmar los descontentos.

Riéndome de todo, repartí almuerzo lo más pronto posible, les hice propósito a las cocineras de no volver a faltarles a las horas de comida y establecí el orden, si es que así puede llamarse el menor desorden. Con-

tenté con regalitos a los descontentos pajes, y aprovechando el medio día, salí de nuevo para la Normal, dejando a la buena viejecita, mi compañera, que sufriera sola.

Esta vez, fui mejor recibida y estudié algunas horas. Aprendí el primer capítulo de geografía y uno de castellano; hice algunas operaciones de enteros, lo único que sabía de aritmética y me sentí ya en el camino. Volví a mi guarida, que así podía llamarse mi alojamiento en el manicomio, comencé a preparar las tareas del siguiente día. Imposible dormir en las noches; ni las tareas ni la bulla de los locos me lo permitían.

Durante largas veladas zurcía mi ropa y la de las locas, así como trabajaba en lo de cuentas.

Hacía ya unos ocho días que estudiaba en la forma indicada, muy contenta, porque el éxito de mi estudio me hacía pensar que no era de verdad tan escasa de entendimiento. Muy entretenida en mi estudio me hallaba, cuando se presentó una sirvienta a traerme de parte de la directora unos dulces y algunas pastas. ¡Dios mío qué alegría! Con mucho menos había quedado satisfecha porque aquella atención me decía, que había granjeado el cariño de misía Marcelina. Sí, ya me veía maestra, dándole el pan a mi madre. Mi confianza creció, cual si ya hubiera sido agraciada con la beca que deseaba.

Así pasaron unos días sin que faltaran los dulces del medio día. La vida en el manicomio, no era la mejor, pero no me importaba; mi alegría crecía aunque entonces era tan seria, que nadie la notaba.

Cualquier día salió misía* Marcelina y entregándome unas llaves me dijo: Laura, ahora vienen los de la Gobernación a comenzar los exámenes de admisión. Además vienen unas señoritas que han de ser examinadas hoy, pero como tengo dolor de cabeza, yo me retiro; usted me hace el favor de recibirlos y con estas llaves, saca del almacén lo que necesitan. Atiéndalos y dígales que me retiré por enferma. Suponga reverendo padre, cuál sería mi alegría, al verme dueña de la confianza de aquella señora. Me darán la beca, me decía a mí misma; no hay remedio. ¡Dios lo quiere!

El examen

No tuve pena alguna en tan honroso oficio. Para apenarse se necesita haberse civilizado un poco más de lo que yo estaba. Presenció el riguroso examen que les hicieron a las señoritas aquel día y aunque nada de lo que

les preguntaron sabía yo, no me dio miedo. Confiaba en Dios sólo y jamás la confianza fue engañada.

Al entrar al examen el doctor Restrepo, me presentó a los profesores diciéndoles: ésta es una que quiere entrar milagrosamente a la Escuela Normal. Ellos se miraron riéndose y yo me reí también de dicha, sin contestar una palabra. Era verdad. Quería entrar con un milagro de confianza. Después del acto, los profesores me hicieron un interrogatorio más o menos como los anteriores y debieron quedar muy satisfechos, porque sus miradas me lo indicaron. ¿Con qué es muy estúpida usted? me decían riéndose. Yo contestaba que sí con la misma franqueza que antes.

Me dijeron: pues nos dará que reír en su examen. ¿El expediente? - no lo sé hacer - contesté.

Los días siguientes, aunque misía Marcelina estaba buena tuve el mismo empleo. Una mañana me dijeron: Hoy le toca a Usted.

El doctor Restrepo me dijo:

- Hoy saldremos de Laura, pues como quedará mal, se tendrá que volver a su casa.

- Eso no sucederá doctor, le dije, porque ya sé mucho.

El se rió y me llamaron a examen. Lejos de tener miedo me parecía aquello un triunfo, pues al fin me llamaban sin el cantaleteado expediente.

Me presenté en el acto, sin cambiar vestido, pues no tenía otro presentable. Todo el examen se redujo a decirme que dijera lo que supiera. Me empeñé en los límites de Colombia y en lugar de decir el cabo "Gracias a Dios", dije Bendito sea Dios. Esto les hizo reír y cambiaron la materia. En la lectura y escritura me elogiaron mucho y yo les decía que sí leía y escribía bien, con lo cual se mostraban satisfechos.

Total que gastaron una hora larga en hacer patente mi sencillez y me calificaron con el número máximo. Que se lució Laura, decían, y yo les afirmaba lo mismo, convencida de que era la pura verdad.

Triunfó mi confianza

Salí del examen muy serena; pero como continué en el empleo, tuve que seguir la misma vida hasta que se abrieron las tareas. Entonces me

dijo misía Marcelina, que era mejor que no volviera al manicomio, que una señorita de las que se habían graduado el año anterior, me dejaba todo su ajuar. Salí y renuncié al manicomio, más contenta que unas pascuas. Comencé estudios, y por allí a los tres meses supe que tenía beca. Ni me hacía falta saberlo, porque mi confianza era seguridad. Bendito sea Dios, porque mostró una vez más que Él sólo me bastaba.

El tal expediente no hizo falta y es el único caso en que he visto prescindir de él. Es que Dios vale por todos los expedientes del mundo y la confianza tiene todas las puertas abiertas. Locos somos, cuando no confiamos en Dios, ¡siendo Él quien Es!

Nadie en la familia conoció mis luchas y cuando me vieron en posesión de la beca se asustaron. Cuán nada vale la carne. Y aún cuando quiere, cuán poco puede. A veces padre mío, me da deseo de volver a nacer, para volver a desdeñar lo que pasa. Esa fue mi lección de la infancia y aún creo saberla poco.

De mis relaciones con Dios en aquel tiempo de entrada a la Normal y vivienda en el manicomio, casi no tengo qué decir. No oía misa, sino los domingos y fiestas. La oración, creo que me era habitual; pero se reducía a estar contenta, muy contenta de Dios y a saber que El era mi UNICO.

Yo no sé cómo puede llamarse esto, pero lo tengo por oración. Además, padre mío, entre Dios y yo no se necesitaban nombres. Si tratara con humanos, sí que los necesitaba. En todos estos dos o tres meses no tuve un ratico para Dios solo; pero como nos entendíamos los dos, no me hacía falta.

Tampoco en aquellos meses pequé; al menos no lo recuerdo; ni tenía tiempo. No era entonces devota de la Virgen, que si hubiera tenido esa sonrisa de la vida, como la llamo ahora, mis luchas entonces habrían sido dulcísimas. Pero no me hacía falta la dulzura de la vida. La amargura me bastaba. Pero no sentía entonces reverendo padre las inconcebibles amarguras de la gloria de Dios ultrajada, que ahora me oprimen y que son como la esencia de mi vida de dolor. Las que entonces sostenía eran propiamente las amarguras de la lucha de la vida; éstas de ahora, se salen de esa esfera.

Paréntesis de mi vida

Los tres años de estudio en la Normal, los llamo, el paréntesis de mi vida. No se parecen en nada a los años anteriores ni tampoco a los siguien-

tes. Como hoy, soy religiosa sin haber sido novicia, pienso que mi noviciado fueron aquellos años; no obstante que aquel establecimiento no tenía nada de parecido a la vida religiosa. No había capilla, ni ejercicios de devoción, todo se reducía a la santa misa semanal, la confesión mensual y el rosario todas las noches. La directora no era ni siquiera una beata, ni de mala ni de buena ley, era sólo una buena señora, nada se decía de otras prácticas de piedad; pero yo lo llevaba todo conmigo. Estudio y ejercicio de virtudes cívicas era lo único que veía a mi alrededor.

En los años anteriores permitían que algunas alumnas salieran a comulgar ciertos días; pero ellas aprovechaban las salidas para entenderse con los novios. Esto llegó a causar algún escándalo y de la Gobernación prohibieron terminantemente la salida a la iglesia en tal forma. Tan notoria fue la cosa, que del mismo Ministro de Instrucción Pública, llegó orden prohibitiva de ello, que se extendía a todas las normales de la República.

Tropiezo no pequeño para mi amor y mayor para Jesús que deseaba más dárseme que yo recibirlo, como es natural, pero para ÉL, no hay tropiezos, para eso es dueño de las cosas y de los corazones para abrirse paso hasta las almas de su elección. Si no, mire, padre mío, cómo hizo un milagro sin turbar en nada las leyes de la naturaleza. Yo llamo esas cosas milagros del amor; pero no me opongo a ningún otro nombre que se le dé, llámelo como quiera.

Pocos días después de comenzadas las tareas, le dije a misía Marcelina que me permitiera permanecer en el dormitorio mientras las demás niñas iban al tocador. - ¿Para qué? Para hacer oración, le contesté. ¿Y no se lavará, ni peinará? - si señora, yo sabré arreglarme a tiempo para ello, sin faltar a nada. Ella riéndose me dijo: Bueno, pero va a estar usted muy poco decente, porque las demás gastan tres cuartos de hora acicalándose. Yo estaré bien, le dije no se inquiete.

Desde aquel día comencé a hacer mi oración con la mayor regularidad. No dejaban de inquietarse por ello, las compañeras ¿Qué hace Laura? decían. ¿Por qué se está en el dormitorio siendo prohibido? Es que reza mucho, contestaban otras y se tranquilizaban, pues ninguna era inclinada a rezar. Cosa particular padre y yo no podía convencerme de que vivieran sin oración; creía que la hacían sin que yo lo advirtiera, o a altas horas de la noche. Así debiera ser, padre, ¿no es verdad? Qué duro es persuadirse de que hay personas a quienes no les hace falta la oración. Cuando pienso en la vida de esas personas se me ocurre que han de vivir aburridas como

me aburría yo en los primeros años de mi vida, cuando no conocía a Dios. Esa vida sin oración, se me parece a chupar un ovillo de hilo. Es que la gente cree que orar es cosa dura. Si yo pudiera decir lo que con esto siento.

Un día me dijo misía Marcelina que le daba deseo de aprender a hacer oración mental. Nueva sorpresa para mí, pues la creía supremamente enterada de esas cosas, y que tenía mucha oración. Persuadida, sin embargo, de la sinceridad de sus palabras, ofrecí enseñarle lo poco que sabía. Con esto pude establecer conversación un poco espiritual con ella y hablamos de la Sagrada Comunión ¿Comulgaba usted todos los días? me preguntó sorprendida. Sí señora. Le dije; y ahora tengo pena por no poder salir a comulgar. Al decir esto, mi semblante se mudó un poco y dejé escapar una lágrima, no obstante mi propósito de mantenerme serena. Ella tenía un corazón como de oro, según expresión antioqueña y se conmovió, diciéndome: No se aflija, que apenas venga el doctor Restrepo le diré que le consiga la licencia. Naturalmente me sentí con el camino abierto, sin poner ningún medio expofeso para conseguirlo. Mire, padre, si tenía razón en confiar.

Dos o tres días después me llamaron a la sala del Consejo, en donde estaba reunida con el doctor Restrepo, quién me recibió diciéndome: ¿Con qué le gusta a usted mucho comer Cordero? Al instante le comprendí y le contesté afirmativamente. Pues mire, me dijo: Hemos convenido en que salga a comulgar, por cuenta nuestra; pero sin quitarle nada a las horas del estudio. Voy a dirigirme al Ministro de Bogotá en demanda de la licencia para que le sea definitiva. Coma pues Cordero y tenga entendido que yo también lo como cada día y por eso soy feliz.

Verdaderamente el doctor Pedro A. Restrepo era, por decirlo así, un convertido. Fue de mucho prestigio en el gobierno y, por error, tomó parte en la expulsión de los Jesuitas y en otras cosas malas del gobierno anterior y estuvo un poco separado de las buenas ideas. No tardó en retractarse de sus ideas y a la sazón vivía como un santo. En el tiempo en que lo conocí, era ya un anciano y cada vez que hablaba de sus extravíos, nos decía llorando. Yo fui joven y erré y en mis errores, a dolerme aprendí de los mortales. Esto lo decía con tal sentimiento, que era para edificarse cualquiera.

¿Creerá reverendo padre, que salí ponderándome mucho la gracia que se me hacía? Pues no. Estaba segura de que ya Jesús encontraría los medios para dárseme y veía en los demás instrumentos de su amor. No me admiré mucho de lo que hacían éstos, ni siquiera me admiraba de que

Jesús rompiera las barreras. O era boba rematada, o estaba muy segura de que ése es el modo de ser de Jesús, pues pasó esta gracia, como si fuera cosa que se me debía. Fue como el hijo que recibe de su madre un dulce, que no piensa en la gracia que le hace, sino en comérselo muy alegremente. Al contrario de cuando el regalo viene de manos extrañas, que exige el agradecimiento. Esto era precisamente lo que me hacía como indiferente al beneficio que entonces recibí y que hoy admiro. El carácter filial de mi amor ha sido siempre, no temo afirmarlo, la fuente de mi paz. He vivido tan convencida de lo que Dios es para mí como de mi verdadera posición respecto de El, que a ello debo el equilibrio de mi alma, aún en las más difíciles ocasiones que se me han presentado. Ésta era la forma de mi espiritualidad en aquella época. Este tiempo, que con razón llamo el paréntesis de mi vida, se me parece a un pradito muy limpio, coloreado por los arboles de la tarde y refrescado por una brisa suave de verano.

Comencé mis comuniones diarias como quien se come el dulce preparado por las maternales manos, muy alegre, pero sin impresiones fuertes.

Desde mi entrada a la Normal, fui encargada de llamar por la mañana y rezar con las colegialas mientras se vestían. Lo hacía faltando siete minutos para las cinco; me vestía con la velocidad mayor, me lavaba y peinaba con igual rapidez sin contar con el espejo, con el cual jamás tuve buenas amistades, no me hacía falta y además le tenía cierto miedo. Salía a las cinco y cuarto para San Francisco²². Desde la puerta de la casa comenzaba mi preparación y comulgaba a las cinco y media. Después de un cuarto de hora de acción de gracias, emprendía la vuelta repasando la primera lección del día, cuyo libro llevaba cual si fuera el devocionario, del cual jamás usé. Ordinariamente cuando pisaba el umbral de la casa, tocaban desayuno. Como era costumbre entrar al comedor, formadas en riguroso orden alfabético, no había tiempo para cambiar el vestido; la mantilla era colocada debajo del brazo y tenía que reposar toda la mañana en el pupitre de la clase.

Las clases eran de siete a diez sin interrupción. A esa hora, mientras las demás repasaban las lecciones del medio día, yo, paseándome por un corredor, hacía la oración, pues las tareas me quedaban bien preparadas des-

²² Iglesia de San Francisco. Hoy, Iglesia de San Ignacio confiada a los PP. Jesuitas. Se inició su construcción en 1803, tras haber servido como cuartel de guerra.

de la víspera. Algunas veces me sentía floja en alguna tarea y la estudiaba en la presencia de Dios, sintiéndome tan bien, como cuando oraba. Raro esto padre mío, porque era negocio que yo misma me arreglaba. Jamás se me ocurrió preguntar si aquello era oración, o antojo mío.

En las demás horas de estudio me asociaba con dos compañeras con quienes tenía sólo amistades de estudio, porque aprendíamos con igual rapidez y nos estimábamos mucho. A las once teníamos un recreo al cual asistía con mucho gusto, con los ojos puestos en mis superiores, a cuya voluntad me movía como un resorte. A las cuatro después de las clases descansaba un poco pensando en mi comunión del día siguiente. La tarde y la noche hasta las nueve las pasaba estudiando con las dos compañeras que no tenían nada de beatas y a las cuales sólo una vez las invité a hacer una visita al Santísimo y con ello quedé aleccionada, de que sólo para estudiar podían ser mis amigas. En lo de estudio sí éramos como una sola cabeza y nos entendíamos a la maravilla.

Este era mi día y mis días en la Normal. Cada vez me sentía más contenta en este género de vida, del cual se quejaban las demás. No era rara la ocasión en que tenía que ocultar mi satisfacción porque provocaba rabia a algunas que vivían descontentas. Pobrecitas. No tenían como yo, el aliciente de lo de arriba. Además, yo sabía que mi madre estaba arrimada pasando una vida dura y que mi estudio había de darle el descanso.

En el segundo año le hablé al reverendo padre Nicolás Cáceres,²³ Jesuita, para que fuera mi director de conciencia. Precisamente le hablé el día que cumplía 17 años. Me preguntó la edad y al oír la que tenía me dijo: Magnífica edad para comenzar a servir a Dios. ¡Qué palabras aquellas, padre mío! me llenaron de dulzura. ¡Yo podía servirle a Dios!. No cesaba de repetírmelas y creía haberme hecho un hallazgo. Ya ve, Padre, lo que es el momento de la gracia. Cuántas veces decimos esto y cae como sobre piedra. Por eso hay que aprovechar muy bien el momento de la gracia. Estas expresiones del reverendo padre Cáceres me alimentaron por mucho tiempo y fueron causa de grandes fervores. No pude aprovecharme de la buena dirección de este padre porque aquel mismo año, según creo, lo enviaron a Cartagena.

²³ Padre Nicolás Cáceres, S. J. Nació en Guatemala en 1843 y murió santamente en Cartagena en 1914. Ejerció en Medellín entre los años 1889 y 1894.

Estaba recién ordenado el padre Ulpiano Ramírez²⁴ y fue a ofrecerse para confesarnos y dar semanalmente una pequeña conferencia sobre vida piadosa, lo cual fue como servirme un banquete. Aunque sabía muchas cosas de las que nos enseñaba todo me parecía nuevo y veía al padre como si fuera un ángel que nos traía nuevas del cielo. En cuanto a la confesión, aunque me confesaba con el padre Arjona y me hallaba bien, el sólo hecho de decir misiá Marcelina que le gustaría que el mayor número de alumnas se confesara con él, era para mí un mandato; sin dilación me pasé a él y verdaderamente me hizo mucho bien. Creo que él fue el primero que advirtió cómo Dios dirigía mi alma. Este padre, no miraba jamás a una mujer, de modo que durante las conferencias, no le conocimos los ojos: pero una tarde me llamaron a la sala, diciéndome que el padre Ulpiano quería conocerme. Salí y me miró muy bien. No sé para qué necesitaría conocer mi porte externo; pero creo que lo de dentro sí lo conoció muy bien; pero fue profundamente discreto, pues no lo advertí sino mucho tiempo después.

Más tarde llegó a ser uno de los directores, a quienes más debo. Mi espiritualidad gracias a sus enseñanzas se encarriló en el maniquí, como he dado en llamar a este formato externo de la piedad. No sé reverendo padre, si es ésta la palabra que debe expresar mi ideal, ni si vuestra reverencia entenderá esta idea por lo muy mal expresada. No crea por lo que digo, que yo menosprecio ese orden de cosas y esas reglas; las amo con toda mi alma y las he enseñado, y he amoldado mi piedad a ellas desde que las conocí. Es sencillamente que como mi espiritualidad se formó tan libremente y sin ellas, las miro así como un aparato pero muy útil.

Voy a ver si con una comparación expreso mejor la idea. Figúrese que yo tenía muchas flores y hermosísimas, pero regadas de modo que perfumaban la casa pero no eran agradables a la vista y estaban expuestas a ser pisadas y empolvadas. Al contrario, otra persona tiene las mismas flores, pero arregladas en ramilletes muy artísticamente, respondiendo los contrastes y tamaños, a reglas fijas de estética. Claro que mi espiritualidad que responde a las flores regadas, está menos segura y es menos hermosa; mientras que la de la otra persona que la tiene según las reglas, dadas por los místicos y santos, es decir, puesta en lo que llamo maniquí, está más segura y está más hermosa. Me he detenido en esta explicación, perdóne-

²⁴ Padre Juan Bautista Ulpiano Ramírez, sacerdote e historiador, ordenado en 1887, fue Rector del Seminario de 1891 a 1906. Publicó obras sobre temas sagrados e historia. perteneció a la Academia Antioqueña de Historia.

me Padre, porque puede creerse que desprecio las reglas de las cuales me hizo muy amante el director de espíritu de quien hablo. Redujo mi vida a un reglamento muy estricto. Por supuesto que lo cumplía con sumo gusto; pero nada le dio a mi alma, ni la contuvo en ciertas vías.

Tampoco tuve mayores dificultades en los estudios. Siempre mis calificaciones fueron las más altas. Los superiores me tuvieron la mayor confianza; pero es un rayito de luz que jamás agradeceré bastante. Esto no halagaba mi vanidad, ni suponía que pudiera halagarse con ello; al contrario me sentía humillada. Qué penoso es confesar estas gracias de Dios, por temor de que pueda atribuírseme algo, padre mío. Conviene cumplir toda justicia. ¿No le parece? A sólo Dios pertenece el sostener una criatura en el estado en que me sostuvo entonces.

Como le decía, la confianza que los superiores me tenían, no sólo no halagaba mi vanidad y me humillaba, sino que aumentaba mi temor reverencial hacia ellos. Por eso jamás me les presenté sin ser llamada. Me parecía profanar el respeto. Quise a misía Marcelina como a mi madre y jamás tuve valor para regalare nada. Curioso fue lo que al respecto voy a referir: Quise regalarle una estampa ordinaria pero sumamente devota que se me ocurrió muy propia para ella. Dos meses estuve con ella a la mano, y no fui capaz de entregársela; me contenté con ponérsela entre un montón que tenía en su escarpate y no lo supo ni la vio, porque poco después murió. Dios mío, cuán lejos estaba de conocer la adulación, esa polilla del amor a los superiores, como he podido observarlo en mi larga vida de magisterio. No sabía yo, que al corazón humano le diera esa carcoma del respeto.

Nunca le presté servicios que otra pudiera prestarle, aunque lo deseaba vivamente, por no quitarles a las demás la oportunidad y verla servida de todas; recuerdo que en las tardes de paseo, íbamos a una colina cuya pendiente le costaba trabajo subir; pues en lugar de ayudarla, le indicaba a otra que lo hiciera. Así aprovechaba todas las ocasiones para negarme esta clase de gustos y me contentaba con prestarle otros servicios, como levantarme cuando todas estaban dormidas y ayudarla en sus noches de insomnio y vigilaba su sueño en sus enfermedades, pues tenía ya la enfermedad que la llevó a la tumba y que fue larga.

Esta conducta tan especial con ella, no era porque me quedara duda de que mi afecto fuera desordenado, por el contrario, era descarnadísimo y completamente sobrenatural. Me doy perfectamente cuenta que ni siquiera la gratitud me movía, porque mi convicción de que en sus favores, no

había otra cosa que el modo de ser de Jesús con mi alma, me hacía no verla como autora de favores, sino como simple instrumento amoroso.

Como instrumento voluntario la estimaba; pero adhesión tan profunda no tenía otro motivo que el llevar la autoridad de Dios respecto de mí. Entonces no me daba cuenta exacta del motivo de aquella reverencia tan dulce, de aquella obediencia tan fácil, ni de aquella uniformidad de pareceres con mis superiores; pero hoy me abismo de pensar que Dios, de este modo, hacía en mi alma la obra de un perfecto noviciado.

Parece como que su espíritu iba entrando como coladito en el aire que respiraba. Hacía Dios mi obediencia tan exacta, que hasta en lo físico obedecía con perfección. Tenía cierto defecto en el andar, del cual jamás había podido corregirme. Con la primera insinuación de misía Marcelina, se me volvió fácil. Me dijo: para que corrija eso, procure no caminar sino por una sola hilera de ladrillos. Con esto hubo para que jamás se me olvidara hacerlo y tanto me surtió aquel medio que, cuando algunos meses después, ella misma me mandó caminar por donde quisiera, mi defecto había desaparecido.

No es este el único caso que pudiera citar de lo fiel y minuciosa de mi obediencia en aquella época. Puedo decirlo reverendo padre, con toda la llaneza porque esto sólo es un punto del rayón de luz en aquel tiempo. Yo sólo prestaba mi consentimiento y esto es también gracia especial de Dios, al moldear mi alma.

La adhesión de mi juicio al de los superiores era tal, que aunque no conocía nada de política, me creía en el deber de opinar, como ellos opinaban. Así, decía que era Nacionalista, partido entonces opuesto al Velismo en Colombia, porque mis superiores lo eran. Cuando salía a una de las casas de la familia en donde trataban de hacerme opinar con los velistas, procuraba no atender a tales insinuaciones e interiormente me hacía este raciocinio: yo no sé pensar, ni conozco las cosas; debo, sin embargo, opinar, pues la voluntad de Dios, es que opine como aquellos que me dio por superiores. Por eso nadie podía hacerme cambiar de opinión. Afortunadamente cuando ya supe pensar conocí que el nacionalismo era el verdadero conservatismo.

Más notorio es esto en una diversidad de opiniones que pude tener con la subdirectora. Era ésta una señora muy buena que había sido formada en la alta sociedad de Bogotá. Profesora de música de lo más selecto de aquella época. Por consiguiente, había sido bailarina de mucho nombre y opi-

naba que el baile no era malo. Por mi parte había leído y oído cosas horribles del baile y tenía odio a tal diversión. ¿Cómo compaginar estas cosas? Imposible opinar en contra de una superiora e imposible convenir en que el baile fuera bueno. Ella decía que la música y el baile la elevaban a Dios y que jamás había pecado bailando. Por esto deduje que el baile verdaderamente era malo, pero opinaba que no lo era para misiá Luisita, que era un alma excepcional. De modo que en esta forma encontré la manera de opinar con ella y no salirme de las ideas de la familia y de las adquiridas en los libros. Por todo lo que llevo dicho, se comprende que nada se oponía a la paz más absoluta de mi alma. Por supuesto que este noviciado no estuvo exento de pruebas, como va a verlo reverendo padre.

Víctima de la envidia

La preferencia de mis superiores y la confianza que me tenían, no era bien vista por un grupo de mis discípulas que no gozaban de esa ventaja y que frecuentemente se veían reprendidas por ellos. Ésta fue, unida a otras, la causa de una persecución no pequeña que se me desencadenó casi desde los primeros días de mi entrada.

El establecimiento celebraba entonces algunas fiestas patrióticas, como sabatinas públicas, en las cuales examinaban, ante numerosa y selecta concurrencia, algunas alumnas tomadas a la suerte, según afirmaban los superiores. Ocurría que cualquiera que fuera el número que diera la suerte, resultaba invariablemente ser el mío. Los profesores no ocultaban mucho su satisfacción al verme salir, y aun el público, ya al fin mostraban sumo gusto, dejando escapar palabritas que lo revelaban, y todo esto lo recogían mis pobres compañeras y no podía perdonármelo. Yo no conocía la envidia más que por el nombre de su definición en el catecismo, por lo tanto, no podía explicarme aquella anomalía. Yo me alegraba mucho con los triunfos de las otras y no podía creer, que alguno se mortificara con los míos, tan poco valiosos por otra parte.

No podía creer tampoco que los superiores engañaran en lo de la suerte; pero era notorio que el número no correspondía en las listas al mío. Como estas cosas se repetían cada vez, estas compañeras se encendían más. Al principio su persecución era moderada y un poco solapada, pero después se desató fiera.

Era frecuente el caso, de que al faltar un profesor por enfermedad, me ordenaran a mí reemplazarlo. Lo hacía con la mayor sencillez y con el espíritu de obediencia, de que he hablado, procurando darles a ellas opor-

tunidades para salir bien con las tareas y diciéndoles alguna palabra que les indicara que estaba convencida de que ellas eran más hábiles para la clase que yo. ¿Quién detiene el torrente desbordado?, no sabía, pobre de mí, no sabía de pasiones humanas. No tengo para qué señalar las cosas en que mostraban su ira estas criaturas, porque ya la vida me ha enseñado que éste es el cuento de todos los días y puede suponerse vuestra reverencia todas las cosas. Mis calificaciones siempre eran injustas; yo era la hipocresía misma. Mis conocimientos eran adquiridos años antes y para pasar por inteligencia excepcional lo ocultaba. Yo era la autora de todos los desórdenes que ocurrían; yo en la calle era inmoderada y lo más gracioso era que aseguraban que tenía novio. Para otras era una beata embustera y muerta del deseo de novio y sin poder encontrarlo; en fin no se les quedaba nada malo que estuviera a su alcance por decir.

Una ocasión me llamó misiá Marcelina llorando y me dijo: Está su calificación ya hecha a punto de mandarla a la imprenta; pero las niñas aseguran tales cosas de usted, que estamos perplejos los superiores, porque no podemos creer tales cosas y además, no vemos nada malo en usted y sí mucho bueno; por Dios, sáquenos usted misma de esta situación que me atormenta siempre en sus calificaciones. ¿Qué puede usted confesar de estos cargos que le hacen, con pruebas que no hemos podido desmentir? Enseguida me hizo la lista de las barbaridades que aseguraban.

Me parecía malo desmentir a mis compañeras, o por mejor decir, mi deseo de alguna humillación me hacía repugnante la cosa, pues me parecía, además, muy conveniente para mi alma, tener algunas malas calificaciones por ver si lograba unirme un poco a Dios. Por eso no las desmentí.

Le dije a doña Marcelina, que como no conocía, era posible que las niñas tuvieran razón, que me parecía mejor que les diera crédito y que yo no miraría mal la rebaja de la calificación, por lo cual no debía sufrir y además, no teníamos por qué suponer a las niñas embusteras.

Entonces me concretó los cargos, interrogándome acerca de cada uno de ellos. A todo le contesté la verdad; pero sin culpar a mis acusadoras. No quedó satisfecha con esto y mandó a la señora Luisita a hacerme el mismo interrogatorio. Le contesté del mismo modo y me quedé esperando la mala calificación. Las acusadoras, creyéndose triunfantes me mofaban y me hacían preguntas como para confundirme. Les contestaba que estábamos de acuerdo en que yo no debía tener tan buenas calificaciones, pero que yo no era responsable de que los superiores me las pusieran; aunque ellos se engañaban de muy buena fe.

Llegaron las calificaciones impresas y ¿cuál no sería mi asombro al verme con las mejores? Dios mío, cómo te ponías de parte de los superiores.

Repito, padre mío, como no conocía entonces la envidia, me explicaba la inquina de mis compañeras pensando que Dios disponía así las cosas para mi bien; por eso no tenía amargura de ninguna clase con ellas.

Hoy veo claramente que esto no fue sino una pequeña y amorosa preparación que Dios me hacía para las grandes persecuciones que quería hacerme pasar después. Es Dios tan buen pedagogo que nos lleva de lo más fácil a lo más difícil con tanta suavidad; de lo más a lo menos, como las madres cuando enseñan a caminar a sus niños, que al principio no les exigen sino un paso y luego después de un beso el otro y así los van llevando. Dios me ha llevado así por el camino de su cruz; pero sobre todo, ha usado de esta delicadeza al llevarme por el camino de la persecución. Su amor también ha sido creciente, como mis persecuciones, por eso no me han sido duras.

Con estas consideraciones no es extraño, que mirara a mis enemigas como amigas y que las hiciera participar de mi cariño y hasta de mis pocos conocimientos, pues como ellas estudiaban muy poco, tenían que valerse de ellos frecuentemente para salir de esos casos apurados.

Observe, padre mío, que Dios en todo tiempo tuvo a Laura como amarrada, sin dejarla poner punto conocido en el rayón negro. Ni siquiera me dejó tener resentimiento con mis compañeras. ¿No le parece esto el colmo de las gracias? ¡"Magnificat anima mea Dominum"! ¡Tanto estaba amarrada a Él que, en todo este tiempo no me dejó echar punto en el rayón negro, con ningún pecado venial, según tengo visto y me lo decía la conciencia! Mis confesiones se reducían a acusarme de distracciones involuntarias en las clases y me acusaba de ellas no porque me parecían pecado, sino porque tenía muy presente que cada enseñanza era un regalo de Dios y que, descuidarme en atenderla era una ingratitud y quería hacerla notoria, acusándome de ella para humillarme delante de Dios y del confesor.

Amor a la pobreza

En virtud del deseo de la mayor perfección posible que Dios me dio, me creía obligada a amar y practicar la pobreza voluntaria. Por eso era muy exacta en cuidar mis cosas y en no gastar nada inútilmente. En lo que sigue puede verse esto.

El gobierno nos daba a las alumnas becadas seis reales mensualmente para atender al arreglo de ropa. Con esa cantidad sólo podía arreglarse una

docena de piezas y naturalmente el gasto de ropa era mayor. Las demás sólo tenían con esto para la primera semana del mes. Pues yo hacía casi milagros de aseo y me resultaba exactamente gastada la docena de ropa al mes; pero lo más curioso era reverendo padre, que a las demás tenían que hacerlas vestir con frecuencia las superiores y les ponían como modelo mi vestido, porque dizque lo mantenía como acabadito de poner. El secreto estaba, en que cada noche lo aplanchaba con las manos y lo prensaba debajo del baúl. Así, mientras las demás cambiaban vestidos exteriores dos veces a la semana, yo sólo cambiaba cada dos semanas. De este modo y no mandándome nada de la casa, ni pudiendo pedirlo a ningún acudiente, era natural que las frutas y dulces, que eran como indispensables para las demás, me faltaran a mí, con lo cual mi espíritu descansaba de la necesidad que sentía de mostrarle en algo a Nuestro Señor mi predilección por la pobreza.

Me ofreció una persona de la familia hacerme arreglar la ropa y me quedé con los seis reales libres. Entonces determiné recoger y cuando tuve lo suficiente, compré un trajecito para mandarle a mi madre. Para ocupar a la mandadera tuve que decírselo a misía Marcelina, quien conmovida me dijo: es el primer caso en que veo que una estudiante no sólo no le demande gastos a los suyos, sino que les ayude en sus necesidades. Eso me conmueve mucho, hija mía.

Debo confesarle reverendo padre, que me sorprendí de que esto causara admiración, pues a mi modo de ver, nadie hubiera obrado de otro modo. Propiamente me sorprendí de que se sorprendiera. Años después vine a comprender que, verdaderamente la cosa, no es común y no puedo pensar en esta delicadeza de Dios, al escogerme para dar este ejemplo, sin lágrimas.

Ya por los principios de mi vida se ve que yo no era buena hija, pues que hasta llegué a dudar del afecto de mi madre; sólo que Dios en este tiempo tuvo la delicadeza de hacer lujo de misericordia conmigo. Para muestras dicen, que basta un botón. Para ver la delicadeza de Jesús, conmigo, bastaría este hecho.

Término de mis estudios

En aquel tiempo, los cursos para optar grado de Escuela Superior, se hacían en cuatro años y para la elemental, en tres. Mi madre estaba necesitadísima de que yo saliera pronto; por eso debía salir con diploma de escuela elemental. Pero ella tan generosa, lo dejó a la resolución de los superiores. Estos se opusieron y consiguieron el permiso para que me recibieran al fin del tercer año, exámenes de las materias de cuarto, además

de las de tercero. Tuve pues, que recargarme de estudios, aquel tercer año, haciendo por mi cuenta varias asignaturas. No me explico cómo me alcanzaba el tiempo para tanto. Además, en la clase de obras de mano, pedí permiso para ayudarles a las otras en sus tareas, porque no había aprendido a hacer varias cosas útiles, debido a que los útiles eran muy caros; de modo que, sin dejar de hacer mi obra para asegurar la calificación, tenía la tarea de ayudarles a las otras. Me alcanzaba el tiempo, con asombro de mis superiores.

Como este año no me podía dar tiempo para lectura espiritual, rogué al profesor de escritura para que me permitiera no tener papel secante, con el fin de aprovechar los minutos que tardaba una plana en secarse, para leer algo espiritual. Obtenido el permiso, mantenía el libro abierto dentro del pupitre en la página que iba leyendo y así no perdía tiempo en buscarla. De este modo y sin descontentar al profesor, leí dos obras del Padre Faber, de no pequeño volumen en el año; hoy cuando recuerdo estas cosas, pienso que quizás miento; no sólo por mi aplicación, sino también por la condescendencia del profesor, pero, verdaderamente lo hacía así. De verdad que para esto no se necesita un milagro, pero sí un favor de Dios muy grande. Siempre les he referido esto a mis discípulas, para probarles que cuando las cosas se quieren, el tiempo se estira.

Al terminar el año, un nuevo ministro cambió las cosas determinando que no se diera diploma elemental sino con cuatro años de estudio y el superior con cinco. Ya, aunque presentara examen de cuarto, no podía obtener sino grado elemental. Mucho me satisfizo esta nueva determinación, porque así me salían otras cuentas que me hacía allá en mi interior. Si deseaba grados de escuela superior, era sólo por complacer a mis superiores; pero mis planes eran los de no llegar a ser una maestra saliente, sino simplemente ser maestra en una aldea, en donde ganando el pan para mi madre, pudiera pasar desapercibida. De modo que la nueva determinación me ponía en condiciones de realizar esta idea, sin que hubiera puesto nada de mi parte. Vi precisamente el camino que Dios me trazaba y la expresión de su voluntad.

Los superiores lamentaron la cosa, pero la situación de mi madre los conmovió y no se resolvieron a insinuarme que continuara hasta terminar cursos para escuela superior.²⁵

²⁵ Terminó sus estudios en 1893.

Presenté pues exámenes para grado elemental y con él salí feliz creyendo que mi escuela sería la de una aldea; pero cuando Dios no quiere las cosas, no se hacen. Me nombraron para una escuela superior en Amalfi y después jamás obtuve nombramientos de menos importancia. Los aceptaba porque como eran mejor remunerados, mi mamá los estimaba.

Asistí a doña Marcelina

Las vacaciones que siguieron a mi grado, las pasé en la misma escuela Normal, asistiendo a misiá Marcelina en sus últimos días. Se había apegado tanto a mí, que juzgaron los médicos que le sería muy nociva la separación y como se creía que en las vacaciones se moría, me quedé encargada de su asistencia, con el mayor gusto. Como estaba muy débil, su carácter se había vuelto como el de una niña. Me consagré a endiosarla para su muerte; pues aunque la visitaban muchos sacerdotes que la consolaban en su dura enfermedad, ella no sentía paz, sino con mis palabras. Cosas de la enfermedad y caprichos de los enfermos. Por supuesto que yo estimaba esto, porque me daba oportunidad de mostrarle mi gratitud y además, me ponía en contacto con la muerte de lo cual gustaba mucho. Llegó el día en que debía partir para Amalfi, en donde debía hacer mi estreno de maestra y ella no había muerto; por lo cual tuve que dejarla, con mucha pena de las dos, pero mayor era la de ella. No murió sino seis meses después. Dios la recompensaría de sus bondades con la pobre campesina a quien ella volvió una maestra capaz de darle el pan a su madre. Tenía diez y nueve años cuando comencé a ser maestra.

CAPÍTULO VIII

- MI PRIMA LEONOR - MI ESTRENO EN EL MAGISTERIO - RAROS CONTRASTES - LA SAGRADA ESCRITURA ME EMBELESABA - PRIMEROS EXÁMENES - AÑO 1895 - MI VIDA ESPIRITUAL EN AMALFI - VIAJE PENOSO PERO PROVIDENCIAL A MEDELLÍN

"Busqué al Señor y me oyó; y me sacó de todas las tribulaciones"

(Sal. 33, 5)

Mi prima Leonor

En la Normal hice unas amistades que merecen ser referidas por relacionarse con otros hechos de que hablaré después. Me refiero a la amistad con Leonor Echavarría, hija del primo que animó a mi madre a llevarme a la Normal.

Era unos tres años menor que yo, inteligente, dulce y hermosa; no tenía nada de beata, ni siquiera de piadosa; tenía el corazón más bello y me parecía un sueño verla entregada al amor de Dios.

En las vacaciones iba al campo con los suyos y yo era su compañera inseparable, de modo que llegué a ser como una hija de la casa. No era muy de mi agrado el pasar las vacaciones en su casa, porque como las pasaba en el campo, me hacía una impresión horrible carecer de la Sagrada Comunión. Pero como esto no podía decirlo por temor de desagradar a la familia, me resignaba. Sin embargo en el último año mi tristeza fue notable, porque un día mirando hacia la ciudad y fijándome en la catedral, di un suspiro y se me salieron algunas lágrimas. Al instante adivinaron mi pena y no pude negarlo. Creyeron que a eso obedecía el que no me repusiera y estuviera siempre pálida, a pesar de lo muy bueno del clima. Afortunadamente Liborio, el primo y padre de Leonor, era muy piadoso y me libró de las bromas que me daban los demás de la casa y me proporcionó viaje a Medellín. Leonor se quedó muy triste, pero sabía estimar mi pena y me dejó partir. Créame Padre que no me celebro esto, porque en alguna manera nuestro lo muy débil que era para sufrir esa privación.

Una cosa graciosa referiré, padre, en la que se ve el buen corazón de Leonor y que sólo por eso merece ser referida. En nuestras horas de conversación, se había enterado muy bien esta buena prima, de las angustias

de mi vida de orfandad y nada la conmovía tanto, como el haber sabido que nunca había tenido libertad para comer nada fuera de las horas ordinarias, por vivir siempre en casa ajena y sin confianza; no podía hablar de eso sin llorar y gozaba pensando en que ya iba a tener casa propia y disponer de todo con libertad.

Tanto era su afán que me comprometió a que le pusiera telegrama el día en que al llegar a la casa pudiera irme a la cocina y comer lo que quisiera. Así lo hice en los siguientes términos: a los diecinueve años, cocina libre. Decía después que había puesto fiesta en la casa, de alegría. Por esto se ve cuán sensible era su corazón y cómo su afecto era minucioso y delicado conmigo. Por mi parte la quería como sabía hacerlo; pero ya por gratitud, ya por interés que tenía en llevarla al amor de Dios, sostuve siempre con ella una amistad sincera. Nuestra correspondencia, mientras vivía ausente de ella, era constante y frecuente, le hablaba de Dios con la mayor delicadeza, porque si lo hubiera hecho con toda franqueza, no me hubiera entendido. Sin embargo mi mayor deseo, era el de verla amar a Dios, con frenesí; pero la desigualdad en el asunto me obligaba a ir con prudencia como se verá después.

Mi estreno en el magisterio

Mi estreno en el magisterio²⁶ fue casi un desastre porque no conocía la manera de manejar las gentes y creía que todos ardían en el deseo sincero de amar a Dios, haciendo de esto el único objeto de su vida, como lo era para mí. Me empeñé en hacer de mis discípulas unas amantes locas de Dios. ¡Pobre de mí, cuántos chascos había de pasar!

Entraron a la escuela todas las señoritas de primera sociedad, pues era la primera vez que la tenían superior. El personal, nada dejaba que desear. Mis clases, sobre todo las de religión, eran hasta elocuentes. Las discípulas no oponían resistencia y cada vez mostraban más adhesión a su maestra, con tal confianza que llegaron a tenerme más confianza que a sus mismas madres, cosa que naturalmente producía celos en ellas. Además

²⁶ Fue nombrada directora de la Sección Superior de la Escuela en Amalfi, según Decreto 234 de enero de 1894. Por el cual se nombran maestros de escuelas en varias provincias. Firmado: Gobernador: Julián Cock Bayer. Secretario de Instrucción Pública: Tomás Herrán Mosquera. (Copiador de decretos de la Secretaría de Educación Pública 1893-1894- Gobernación de Antioquia)

en Amalfi, no se conocía la piedad y cierto espíritu liberal del cual adolecía el pueblo, hacía que mi enseñanza, no produjera el efecto que yo esperaba.

Las autoridades no supieron entender mi actitud y como no eran de un espíritu cristiano muy acendrado, me abrieron una guerra cruel. Puede decirse que no contaba sino con el señor cura y las discípulas, de quienes jamás tuve queja. Quise organizar la comunión mensual en la escuela y aquello fue como estallar un cañón. La oposición más violenta por parte de las autoridades me abrió un abismo. Había un profesor que lo había sido por más de treinta años en la población y como era ateo consumado sostenía la guerra a la escuela, con el tesón propio de los ateos acostumbrados a la lucha antirreligiosa.

Puso unas clases para contrarrestar mis enseñanzas y como yo no había de ceder en tal asunto, mis clases de religión eran de pura apologética. El mundo tronaba; pero las discípulas comulgaban cada mes, valiéndose a veces de travesuras y picardías en su casa.

Como el pueblo era fanático, amante de aquel desdichado maestro, se llevaba la mejor parte de la sociedad. Gracias a mi correspondencia con Leonor, yo podía tener al secretario de Instrucción Pública, al tanto de todo. Formularon un pliego de falsas acusaciones contra mí y lo enviaron a Medellín, reforzado con firmas respetables. En la gobernación leyeron aquello y por toda contestación les dijeron: Esa señorita es demasiado conocida en esta oficina y estamos satisfechos de su modo de obrar. Con esto se enardeció más la lucha y no hubo medio que no les fuera oportuno para la pelea. Yo estaba casi sola en la lucha porque el señor cura, aunque me sostenía, lo hacía con temor y poco hacía sentir sus opiniones.

Tenía entre las alumnas dos señoritas muy interesantes por su talento y adhesión a mí; pero pertenecían a una familia educada por el maestro, que sostenía las malas ideas. Observaba que estas niñas jamás asistían a ningún acto religioso, excusándose siempre con pretextos diversos. Las llamé reservadamente y las interrogué por el motivo de su conducta, ofreciéndoles la más absoluta reserva de cuanto me dijeran. Ellas, afligidas, me hicieron la más dura confesión. Me dijeron que eran espiritistas así como todos los de su casa y que asistían a las clases de don Leonidas; así se llamaba el tal maestro. Les pregunté por qué estaban en la escuela y me contestaron porque querían aprender mucho y que aunque su familia había querido retirarlas, después que habían conocido la índole religiosa de la escuela, ellas, ya convencidas de las verdades que les enseñaban, se

habían sometido a ser maltratadas y vejadas en su casa, antes que retirarse del establecimiento.

Sólo les quedaban algunas dudas sobre el dogma del infierno, porque ése era el principal caballo de batalla del profesor, a quien oían diariamente en su casa. Me conmoví al oír las muchas privaciones a que se sometían: hasta el hambre, por estar en la escuela y me dijeron que si llegaban a convencerse de la existencia del infierno y de lo falsas de algunas doctrinas del espiritismo, estaban resueltas aún a abandonar la casa paterna.

Entonces, con licencia del señor Obispo, conseguida por el señor cura, empecé el estudio del espiritismo en autores que el mismo señor cura me proporcionaba. A medida que me iba instruyendo les iba comunicando mis conocimientos a las dos niñas, en clase reservada que les daba cada día.

Me esclavicé, por decirlo así, de estas dos muchachas. Mientras que las instruía de este modo en la escuela, don Leonidas redoblaba sus esfuerzos. Fue aquello una lucha titánica en la cual Dios estaba conmigo y sólo ÉL, pues hasta la comunicación con Leonor se me acabó porque las cartas eran sustraídas del correo.

Todo esto era un tormento inaudito para mí, pues me parecía que se me escapaban aquellas dos almas y además, estaba asustada de lo malo del mundo, a quien no conocía. ¡Ay. Y qué poco veía, comparado con lo que he visto después!

Pasados los primeros meses de mi lucha con aquellas niñas, me dijeron que estaban dispuestas a abjurar los errores del espiritismo y resueltas a dejar la casa paterna, único camino que hallaban para hacerse católicas. Consulté si debía dejarlas seguir por ese camino y recibí consejo de intentar antes otros medios. Resolví ver si podía hacer amistades con aquella familia, no obstante que, sabía lo mucho que odiaban en ella todo lo que pareciera siquiera cristiano.

Comencé por mandarles una felicitación por los adelantos de las niñas, hablándoles de las fundadas esperanzas que podían tener en ellas para el porvenir. Algunos opinaban que, dadas las condiciones de la abuela de las niñas, debía obtener por contestación por lo menos un insulto. Sin embargo, yo había puesto toda mi confianza en Dios y no esperaba ser confundida. Ni lo fui, pues tuve una respuesta atenta. De allí en adelante procuré no perder oportunidades de hacer atenciones a aquella familia, inventándolas cuando no se presentaban.

Un día resolví mandarle pedir permiso para visitarla. Me contestó la abuela que si no llevaba ningún motivo de religión, fuera. Me presenté y lo primero fue decirle que por qué juzgaba que podía llevarme motivo de religión. Me contestó con descaro: Porque los católicos no visitábamos a los de inferior calidad, sino cuando queríamos hacer conquistas. Era la vieja más avisada. Le celebré la cosa y le dije: Pues a mí no me trae otra cosa que lo mucho que la quiero a usted, aunque le parezca que no. Riéndose me dijo: A usted le creo menos que a todos los demás de su casta, porque ya tiene la conquista principiada. Riendo, le dije. ¿Y le parece muy mala ventaja para usted la conquista que estoy haciendo, formándole esas muchachas para que puedan servirle más tarde? Si no me las hiciera católicas, sí, me contestó, pero según veo, esas muchachas son ya unas desgraciadas para la familia porque tan católicas como están, pronto las tendremos pegadas de los curas, secreteándoles a través de esas tablas que ponen en las iglesias y entonces... Entonces - le interrumpí - entonces tendrán sus hijas la satisfacción de una conciencia limpia. Me abrió la pobre Facia, así la llamaban en el pueblo, unos ojazos que me hicieron estremecer. ¡Dios mío! que ni sabía lo que debía decirme según la ira que tenía. Conseguí calmarla un poco, abrazándola y diciéndole que no intentaba hacer nada contra su voluntad, que habláramos con calma y que sólo se haría lo que ella dejara hacer de sus nietas.

Una vez calmadita, le dije que en qué se fundaba para chocarle tanto el confesionario. Me contestó con un cúmulo de historias terribles que dizque ella misma había visto en su juventud, cuando fue católica. Le contesté que yo también conocía engaños y picardía en algunos espiritistas, pero que de eso no deducía ni que el espiritismo los mandara engañar, ni que todos los espiritistas fueran pícaros. Juzgue usted, le dije, a los católicos si quiera como yo juzgo a los espiritistas. ¿Cómo los juzga? me dijo. Creo que hay unos pícaros y otros, como usted, de buena fe. ¿Y cree que el espiritismo es la religión verdadera? No señora, le dije, no es la verdadera, pero como los espiritistas dicen que en todas las religiones se salva uno, si es bueno, ¿qué de particular hay, en que siendo católicos se salven? ¿No dice usted que no debe molestarse a nadie porque cada uno es libre para tener la religión que quiera? Pues déjeles esa libertad a esas muchachas. Mire que las quiero mucho y a usted también; por qué no han de darme gusto, y luego en salvándose... ¿No le parece Facia que es usted muy ingrata a mi cariño, si no me concede lo que le pido?. No me importa eso a mí - fue su respuesta -. Pero a mí sí, le dije abrazándola de nuevo. ¡A mí sí me importa porque la quiero mucho! Oye Facia de mi vida, ¡Yo la quiero

mucho! No vaya a echarme de su casa ni a quitarme las muchachas de la escuela, porque me hará sufrir. Pues no se meta usted, me contestó, con la religión de nosotras y verá que seremos amigas. Le dije: ¡convenido! pero quedaremos amigas, ¿no es verdad? Sí, me dijo secamente.

Salí no muy desconsolada, porque al menos contaba con una peligrosa amistad, para la cual, por supuesto, había obtenido el previo permiso.

Calcule reverendo padre, lo que yo le rogaría a Dios, tratándose de almas tan provocativas. ¡Dios mío, qué noches pasaba! No ayunaba porque para ello no obtuve permiso; pero fuera de esto no dejé penitencia ni maceración que no hiciera, por recabar de Dios la gracia de ver al fin a estas niñas católicas de lleno. Por desgracia esta familia vivía en la plaza y uno de los de la casa estaba casi continuamente en la puerta de modo que, aunque las niñas deseaban vivamente conocer la iglesia, no era posible entrarlas sin que el hombre se enterara. Sin embargo, llevándolas disimuladamente a una casa contigua a la iglesia, lograron el momento de una distracción del hombre, con algún transeúnte y se entraron.

¡Qué alegría la de aquellas muchachas! la una de quince y la otra de dieciocho años. Habían vivido siempre en aquella casa, pero desde niñas les habían infundido tan terribles ideas de la Iglesia, de los curas y de las funciones religiosas que de sólo pensar en ir a ella, se horrorizaban. Cuando, en esta vez, se vieron dentro, su alegría mezclada con susto, era cosa hasta graciosa. Como ya les había referido cosas tan bellas del Santísimo, se lanzaron hacia el sagrario como locas, riéndose, con una risa un poco nerviosa, y me dijo la menor: Ábralo señorita, ábralo para ver la hostia; ¡qué dicha verla! Les expliqué que en ningún caso me sería lícito hacerlo y se conformaron con hablarle, sin ver siquiera las sagradas especies.

¡Ay! y qué dolor sentí yo de no poder mostrarles la sagrada forma. ¡Ay! padre mío, estas leyes de respeto establecidas por la Iglesia las acato y las agradezco, por el honor de Dios; pero debo confesarle que muchas veces se me vuelven duras. Si Jesús es el mío, me digo, ¿por qué una misera copa de metal y un pedazo de madera interceptan mi vista? ¿Habrà cosa más dura y más propia del destierro...? Cuántas veces me he enojado con las tablas del sagrario y llorando las he apostrofado por no poderles quitar a ellas el derecho de quitarme la vista de lo que es tan mío. ¡Ay! las durezas de la vida y ésta es de las menores, padre mío, ¿no le parece?

Mucho sentimiento tuvieron mis pobres convertidas al no poder ver la sagrada forma. Las habían bautizado al nacer, porque entonces la familia

no era espiritista. Por eso pudieron saludar a Jesús con algún derecho por primera vez en su vida. Excusado es decir que las tres lloramos de dicha. Se conformaron con no ver la sagrada forma hasta el día en que tuvieran la dicha de comulgar.

Las amistades con Facia siguieron sostenidas con regalos y visitas. En éstas continué la labor empezada hasta que conseguí que la pobre vieja consintiera en que fueran sus nietas católicas, con la expresa condición de suprimir la confesión, me comprometí a ello, con la debida restricción mental. Interiormente agregaba a mi compromiso el que no se confesarían en las condiciones que la vieja creía que todos nos confesábamos, es decir, dejándose prender del confesor.

Así las cosas, llegó el día tan deseado, tanto por las niñas como por mí, en que habían de hacer su primera comunión. Ellas creyeron imprudente o inconducente solicitar la licencia y convinimos en que se habría de salir de la casa fortuitamente; pero no podía ser después de las cuatro de la mañana, de modo que debían confesarse por lo menos a esa hora. Nueva dificultad, porque el señor cura no tenía licencia para hacerlo a aquella hora. Hubo necesidad de esperar respuesta de la licencia pedida al señor Obispo, la cual no se hizo esperar mucho porque contestó telegráficamente.

Se arreglaron las cosas así: Las niñas dirían en la casa que por el mucho calor dormirían en la sala. Después de acostarse todos, ellas, con el mayor silencio, quitarían las llaves de la casa, o dejarían las puertas sin ellas. Una de las niñas se ataría una cuerda de un pie y el otro extremo de la cuerda lo sacaría a la calle por la puerta. Yo pagaría al sacristán para que abriera la Iglesia a las cuatro y fuera enseguida por el señor cura. Después yo iría a la ventana y tiraría la cuerda; ellas la halarían de dentro, para indicarme que habían despertado. Para tranquilizar a mi madre, yo iría a hacer la maniobra acompañada de mi hermano.

Ellas saldrían muy silenciosamente, iríamos a la iglesia, se confesarían y volverían a su casa a acostarse, haciéndose muy dormidas, hasta que la vieja las llamara. A las siete saldrían muy vestidas diciendo que iban a la iglesia a cantar en una fiesta de la escuela, habiendo tirado el desayuno con la mayor picardía posible. En aquella fiesta comulgarían, ¿Y después? De varias casas principales enviarían regalos y tarjetas de felicitación y las niñas al recibirlos los presentarían a la vieja diciendo que habían comulgado. Así, con la sorpresa de los regalos, muchos de los cuales eran para ella, se calmaría.

Todo se hizo según lo convenido y nos salió muy bien. Con el último regalo, llegué yo a la casa; abracé a la vieja y le dije: Facia, ahora sigue un baile porque sus hijas comulgaron. Ella riéndose me dijo: Traidora y sonsacadora. Yo le dije que verdaderamente lo era, pero, que ella tenía la culpa porque era muy brava. A poco llegaron otras visitas principales, citadas al efecto y pasamos la mañana dándole bromas a la vieja, que no se resolvía a enojarse de veras. Sólo decía: Estas muchachas me las pagarán. Los demás de la casa braveaban en una pieza vecina, pero no se resolvían a salir. Jamás supo la vieja que las niñas se confesaron, sin duda nos hubiera ido muy mal si llega a conocer las trampas con que las cogimos.

Las niñas continuaron en su vida de católicas y la vieja guardaba silencio. Las clases de don Leonidas se acabaron, porque las niñas le hablaron con claridad. Esas afortunadas criaturas llegaron a ser las matronas más piadosas del pueblo y lentamente fueron insinuándose en la casa, hasta que lograron la conversión de varios de sus miembros.

Por supuesto que este triunfo de Dios, había de arderle mucho al demonio, e hizo que la persecución a mi personilla fuera más encarnizada. Logró hacerme sufrir mucho; pero la escuela continuaba dando sus frutos, a pesar de ello y de mi inexperiencia, pues debo confesar que muchas veces fui imprudente. Sin embargo, hasta de mis imprudencias se valió Dios para hacer el bien. Aunque imprudente, reverendo padre, mi confianza en Dios fue siempre el arma que me daba el triunfo.

Raros contrastes

Estuve a punto de cometer la mayor de las tonterías, debido a mi ignorancia de las maldades del mundo. No sospechaba siquiera que hubiera mujeres malas y un día me dijo una discípula que no iría a su casa, porque su madre la entregaría aquel día al mal. Me refirió la pésima vida de su madre y quedé tan apesadumbrada que sin atreverme a decir eso a mi madre, pues creía que ella tampoco conocía esa clase de cosas, ni al señor cura, porque me daba vergüenza, me resolví después de llorar mucho con la pobre desdichada muchacha, hacer renuncia irrevocable de la escuela para irme no sé dónde a llorar toda la vida mi desgracia de haber conocido tales maldades. Escribí la renuncia y la dejé sobre la mesa de clase.

Afortunadamente aquel día fue el señor cura a dar una clase y al sentarse vio la renuncia y me dijo: ¿Para quién escribe? Le contesté: Es que ya no seré más maestra ni aquí ni en ninguna parte y ésta es la renuncia.

Asustadísimo el padre procuró que le diera el motivo, oponiéndose fuertemente a que mandara dicha renuncia. Imposible decirle aquello. No hice más que llorar. Por fin, me mandó ir al confesionario y allí le dije lo que había entendido de lo mucho que me había dicho la niña. El, muy prudente me examinó mucho y viendo que mi ignorancia me impediría hacer el bien, me mandó leer el Pentateuco de Moisés, para que me enterara de las cosas comunes de la vida. Me hizo romper la renuncia y me animó a ayudarle a la pobre niña sin asustarme. En fin, me allanó el camino. Bendito sea Dios que me puso delante este buen sacerdote. Gracias a él continué en la tarea de amparar a la muchacha y fue una buena persona, esposa y madre sin tacha, más tarde.

No sé reverendo padre, cómo pueden compaginarse en una misma persona, tantos alcances como los que yo tenía para unas cosas y tanta ignorancia para otras. En la época a que me refiero mostré esos raros contrastes, de modo que hoy me apeno.

El inspector provincial de Instrucción Pública era uno de los más empeñados en hacerme cruda guerra. Era conservador pero formado al lado de don Leonidas y algo le quedaba de prevención contra las buenas ideas, o por lo menos no le gustaban mucho las mías. Quizás tenía razón porque en aquel pueblo comenzaba cierta reacción de ideas, pues había sido ejemplar de incredulidad y yo obraba cual si se tratara de un pueblo de viejas tradiciones católicas. Esto lo entiendo ahora; en aquella época me estrellé, por decirlo así, tratando de hacerle apurar a un convaleciente un alimento demasiado sustancioso.

Con razón o sin ella, ese inspector me hacía la guerra y no había visita en que no me dejara amargura. Había sido pretendiente de mi mano en otro tiempo y me conocía desde niña. Hasta ha habido quien crea que la mayor parte de su beligerancia, era un poco de venganza por mi desdén en otro tiempo; yo no he creído esto y además, estaba ya casado. Para que se vea mi mucha ignorancia en la práctica de la vida, basta considerar lo siguiente:

Llegó a visitar la escuela este inspector cuando ya casi era hora de salir las niñas; oyó una clase y le faltaba examinar los libros. Me dio orden de que despachara las niñas, para que entrásemos los dos en la presentación de libros, pero que dejara unas dos o tres. Así lo hice, pero poco a poco comprendí muy cansadas a las niñas y le dije al señor inspector que para qué las necesitaba, que si se le ocurría algo se lo indicara porque ellas

deseaban irse. Entonces, abriéndome tamaños ojos me dijo: yo no las necesito, las necesitamos los dos, para que nos cuiden... ¿Dios mío, pensaría él que podíamos robar? Eso no, sin duda era que iba a pelear tanto conmigo que necesitaba testigos. Esto último me parecía lo único posible: pero cuántas veces me había peleado y los testigos no había servido de nada; habían sido las otras maestras. En fin, dejé a las niñas sin poderme explicar la necesidad de que nos cuidaran; no hubo en aquel día pelea. Cosa rara.

Al llegar a la casa le referí a mi madre, aquello y mayor fue mi sorpresa cuando me dijo: Es que ese hombre es muy prudente. ¿No sabe que un hombre y una mujer buenos, no deben estar solos? Más oscura me pareció la explicación que la cosa misma, pero tan respetable que no pregunté más.

Hoy me da qué pensar que en estas condiciones hubiera yo podido cuidar a mis discípulas. La lectura del Pentateuco y las cosas que allí aprendí, no me hicieron sufrir porque no las entendía completamente y porque la lectura de tan bellas historias, sobre todo ese gobierno de Dios con los primeros hombres, me arrebatava toda la atención. Me aficioné tanto a la Sagrada Escritura que pedí y obtuve el permiso para leerla toda. Avancé sin embargo poco, porque la leía en el Padre Scio y cada nota o cada pasaje me embelesaba.

La Sagrada Escritura me embelesaba

Desde entonces, reverendo padre, toda vez que leo en la Sagrada Escritura, siento dolor de ver que la vida sea tan corta para gustar tantas bellezas y pienso que en la eternidad estas bellezas y dulzuras deben continuarse contemplando en Dios, como en una especie de gozo separado si es que en aquellos goces de la bienaventuranza, cabe la división, lo que no creo; pero tampoco sé decir de otro modo. Las bellezas de la revelación no se ven ni se entienden, sino que se gustan.

Desde aquel tiempo lo comprendí claro y por eso me han parecido más de la eternidad que del tiempo. Los sabios abarcarán más estas maravillas; pero creo que no las gustarán más que yo, ignorante mujerzuela. Estas ideas jamás las he expresado reverendo padre y hasta las he guardado como un secreto entre Dios y yo. He mirado la santa Biblia como un bocado que se me tiene guardado para el país de las harturas y cuando leo aquí, me parece siempre como un derroche en tierra ajena.

¡Permítame una comparación material, padre mío; es como si yo, yendo para mi ciudad natal y llevando para disfrutarla allá, una ánfora de

miel, destinada a endulzarme para siempre, rompiera el ánfora en el camino y se me evaporara la miel, por falta de tiempo para recogerla y gustarla, dejándome sólo una dulzura medio amargosa, porque mi disposición como caminante no es muy propia para sentir la dulzura de la miel de la Patria.

¿Me hago entender así, padre, mío? ¡Ay temo que no! es una idea muy honda que no sé expresar. La Sagrada Escritura es a mi alma, esa miel exquisita para la cual mi paladar está como entorpecido y que gustaré en la eternidad, como al mismo ser de Dios. Leo siempre en ella muy corto, porque me engolosino pronto y luego no me toca como a San Jerónimo, vivir exclusivamente con ella. Eso se me guarda para el cielo. Aquí tengo el dolor, el puro dolor; porque hasta la misma Santa Biblia lo engendra en mí. ¡Ay! la Sagrada Biblia, mi bocado de la eternidad al cual doy aquí en la tierra ligerísimas lamiditas y me alimenta embriagándome en amargura dulcísima o en dulzura amarguísima. ¡No sé definir lo que siento! Cuántos disparates estaré estampando aquí, padre mío, para al fin no haber dicho nada. ¡Ay, si las almas tuvieran lenguaje aparte! Este lenguaje común no dice nada.

Las tardes que no tenía clase, pues fuera de las de la escuela tenía algunas particulares, me iba con una sirvienta a una colina de donde se dominaba el pueblo y leyendo en la santa Biblia, y mirando la cúpula de la Iglesia, pasaba sin sentir correr las horas. Hasta las luchas con aquellos liberales, me parecían dulces, arrullada como me sentía por aquel gobierno de Dios al pueblo escogido. No me era posible leer el paso de Israel por el desierto sin llorar de ternura. Veía en el gobierno que Dios le daba a mi alma un reflejo del que dirigía a Moisés. El sagrario visitado espiritualmente desde aquella colina, se me parecía al arca santa que llevaba por el desierto el pueblo de Dios. De estos paseos sacaba fuerza para mis luchas. Si yo, ignorante mujer, sentía tanto con aquel alimento, ¿cuál sería la delicia que inundaba el alma de aquel gran San Jerónimo en Belén! ¡Es que Dios se da así a los grandes como a los pequeños! ¡Bendito sea Dios para siempre!

Primeros exámenes

Llegaron al fin los exámenes y mis enemigos redoblaron sus esfuerzos por vencerme. Nombraron como calificadores a los más encarnizados enemigos, con don Leonidas por supuesto. Dispusieron que los actos fueran de noche y pactaron un alboroto del pueblo que impidiera la asistencia de personas respetables. Por fortuna lo supe con tiempo, pedí protección a Medellín. Inmediatamente prohibieron los exámenes nocturnos para

Amalfi; pero ellos reclamaron exigiendo que se les permitiera como a los demás pueblos. La gobernación hizo entonces extensiva la prohibición a todo el departamento, de modo que tuvieron que conformarse con la ley de hacerlos de día.

Todo contribuía a envenenarlos más. La lucha por hacer quedar mal a las niñas fue terrible; pero como estaban bien preparadas, no lo consiguieron. En el examen de música teórica, hicieron la cosa más risible, salió una niña a escribir en el tablero unos acordes, lo hizo muy bien y le dieron una mala calificación. Uno de ellos, el único amigo que tenía, reclamó de aquella calificación y la respuesta fue esta: ¿Qué gracia ha hecho esta niña para calificarla bien? Escribir unas bolitas en el tablero y no le quedaron bien redondas.

¡Dios mío! en música calificaron dibujo. Yo riéndome les dije: verdaderamente que no le quedaron las notas muy redondas. En cuanto a lo de música, eso pasó por alto: la calificación quedó mala y yo convencida de la pasión de los calificadores.

Todas las calificaciones fueron malas y creyeron, que acompañándolas con un pésimo informe irían a darles el triunfo en la Gobernación; mas tampoco esta tentativa les salió, porque los superiores del ramo, no abrieron siquiera el informe y tiraron las calificaciones con el mayor desprecio. Aquí vea reverendo padre, el triunfo de la confianza en Dios, porque, como ya he dicho, era mi única arma defensiva. No hubo quien informara bien y Dios me dio el triunfo.

Año 1895

Al año siguiente, es decir, en 1895, recibí una comunicación del Secretario de Instrucción Pública, en la que me decía que esa superioridad estaba plenamente satisfecha de mí, que estaban dispuestos a darme la escuela que pidiera; pero que deseaban que continuara allí, sostenida por la gobernación, hasta que obtuviera el triunfo completo. La palabra triunfo me parecía lo más vacío del mundo; pero la actitud de mis discípulas y sus adelantos, me obligaron a contestar que los complacería.

En este tiempo declararon turbado el orden público²⁷ y cerraron las escuelas del departamento. Mi hermano se había ido a trabajar a Remedios;

²⁷ La guerra que en este tiempo se inició fue la guerra civil llamada de Enciso.

Carmelita, por motivos de salud, se había ido para San Roque, de modo que mi madre y yo, estábamos solas y sin facilidades de hacer un viaje en guerra. Entonces me concreté a trabajar en la casa, con un Kinder que no alcanzaba a darme la vida; tenía, además, que hacer dulces para vender y atender con ello a una durísima enfermedad de mi madre; pero estaba en perfecta paz.

Mi vida espiritual en Amalfi

Mi vida espiritual en Amalfi, no obstante las luchas exteriores de que he hablado, fue rica en gracias de Dios. Precisamente la lucha me obligaba a intensificarla más. Mi sueño puede decirse que era una oración, porque durante él sentía, no sé cómo, la descomposición y corrupción que había de sufrir mi cuerpo después de la muerte. Esto me despertaba y entraba en una oración penosa, que me dejaba las impresiones más hondas de la eternidad, en las cuales pasaba los días.

Este fenómeno me duró mucho tiempo. Entonces no advertía que debía consultarlo; aunque me inspiraba el anhelo más grande de austeridades, me entregué a ellas en la medida de la obediencia a mi confesor y ésta no era escasa. Llevaba el cilicio, uno fuerte que yo misma inventé, cuatro días a la semana, poniéndomelo el lunes y quitándomelo el viernes, de modo que durante las noches era un tormento delicioso, porque me empujaba a la oración. Me disciplinaba todos los días, pero me parecía poco, comparado con el odio que sentía por ese cuerpo, del cual me vengaba con verdadera fruición, sintiendo su descomposición durante las noches.

Creo que en el año no me senté sino raras veces: daba ocho clases diarias en pie, comía en pie, leía en pie, oraba de rodillas y sólo me tiraba en la cama a las once de la noche para levantarme a las cuatro. Esto me parecía poco y sólo la obediencia me contenía. Mi madre que presentía mis maceraciones me rogaba que no me matara; pero yo, con la sinceridad de mi alma, le respondía: yo no me mato; pero usted mamacita comprende que debo matarme por lo mala que he sido. Ella callaba y yo me confirmaba en la idea de que debía matarme, pues hasta mi madre lo veía justo. Tomaba su silencio por aprobación. Además, ella sólo conjeturaba mis penitencias porque se las ocultaba del modo más discreto. Sólo el ayuno se me prohibía terminantemente; pero lo reemplazaba con otras cosas que dejaran mi alma en la paz que esperaba sacar del ayuno.

Esta vida no alteró en lo mínimo mi salud, por lo cual creo que andaba acertado mi confesor en permitírmela. Mi alma la necesitaba así y también

el bien de mis discípulas, por quienes ofrecía mucha parte de lo que hacía. Tengo bien probado padre mío, que la oración y la penitencia, son las armas del apostolado y que sólo con dolores se salvan las almas.

Mi vocación estaba perfectamente determinada; sería religiosa, pero pisoteada y humillada. Una celda carmelitana, en un estado de abyección completa, era el ideal que endulzaba mi esperanza.

Aún no había lucido a mi alma su estrella más luminosa. Esa gracia, es decir, la de un amor acendrado a María, la había de recibir más tarde, por medio de mi prima Leonor Echavarría.

La comunicación con ésta, interceptada por algún tiempo por mis enemigos, había continuado regularmente. En ella tratábamos ya, en lo de fundar un colegio superior en Medellín, tan luego como yo sirviera a la enseñanza oficial el tiempo de mi compromiso. Ella se graduó un año después que yo y con reputación especial. Cuando me propuso lo del colegio me halagué con la idea de vivir cerca de las carmelitas, como quien dice, para rondar a sus rejas, porque la realización de mi vocación aún estaba muy distante. La necesidad de sostener a mi madre y hermanos, no se me podía quitar de encima, sino colocándose muy bien mi hermano, pero era infortunado el pobre, para todo lo que emprendía.

Acepté la fundación del colegio en Medellín precisamente por razones de vocación y porque estando Leonor por delante, yo sería una subalterna sin resonancia ninguna y así podría mantener mi puesto inferior que deseaba. Por supuesto que en nuestras cartas anticipábamos las cosas, porque aún me faltaban dos o tres años para servir en la enseñanza oficial.²⁸

Viaje penoso pero providencial a Medellín

Pasados algunos meses del año 1895, no recuerdo si por haberse calmado la guerra, o por haber terminado, no era difícil emprender viaje. Mi vida en Amalfi era difícil. Mi madre y yo solas tampoco nos resolvíamos a emprender viaje. Sin embargo, el médico me indicó que sólo cambiando de clima, se curarían unas neuralgias de mi madre y entonces en esas necesidades vi la voluntad de Dios. Le dije a mi madre, quién juzgaba temera-

²⁸ Debía enseñar varios años en escuelas oficiales por razón de la beca que había recibido para su estudio.

rio el viaje, sin determinarse en contra de él de un modo definido, que la opinión del médico era la señal de la voluntad de Dios, puesto que ninguna medicina la curaba, y que además, tampoco estábamos esperando mejor tiempo para hacerlo. ¿A quién esperamos? le decía, no hay padres, no hay hermanos que pudieran o quisieran venir por nosotras; maridos no tenemos tampoco, por causa de Dios ambas: Usted porque Él se lo quitó y yo, porque Él me cogió antes, o lo hemos de suponer menos noble que los maridos de la tierra. ¡Eso es ofensivo! No, nos iremos con Él, y por Él.

A tales razones mi madre se plegó con esa belleza con que sabía inclinarse a cuanto Dios quería y yo procedí a arreglar el viaje. Salimos con un peón muy recomendado y en muy buenas bestias. Mi madre quiso traer consigo los restos de su padre, lo único de la familia que había en aquella población, y le di gusto. Un peón cargó con ellos.

Me sentía alegre de quedar con esto tan en manos de Dios, pues era la primera vez que viajaba sola y me parecía que Dios había colocado más sus miradas hacia mí. Yo era más suya, puesto que ya no tenía otro que me condujera por los caminos. En fin me parecía que Dios había adquirido nuevo compromiso amoroso... yo no sé, que Él me perdone estas expresiones. Mi pobre madre sí salió triste. ¡Pobrecita! Ella había sido criada en riqueza. En el tiempo de su viudez, el único pobre de su vida, no le había faltado un hombre de la casa con quién viajar y luego, iba aderezada conforme a las de su clase. Esta vez iba sin hombre y en lastimosa figura: no tanto por escasez cuanto porque a mí jamás me parecieron precisas muchas cosas y no pensé en que ella pensaba de otro modo, por lo cual no las preparé. ¡Pobrecita! A cuántas privaciones no la sometí en su vida. Dios le habrá pagado todo.

Desde la primera mitad del día, dijo el peón que estaba enfermo. Quise reemplazarlo, pero nadie se comprometió, de modo que tuvimos que seguir solas, por un camino también malo y solo, en pleno invierno.

La posada que esperábamos encontrar era magnífica, atendida por una señora muy buena y amiga, de modo que hasta pensábamos detenernos allí, hasta encontrar un buen peón y quizás que el marido de esa señora nos llevara hasta la población vecina. Pues todo había cambiado. La casa estaba ocupada por una sociedad de tahúres, que ebrios se ocupaban en el juego y demás vicios consiguientes. Llegamos allí en medio de una lluvia terrible y al comenzar la noche; con hambre y cansadísimas. Al ver el estado de aquellos hombres y saber que no había señora en la casa, no nos

quedó otro remedio que seguir hasta la posada siguiente, que distaba dos leguas, por un camino en selva y malo.

Al vernos seguir aquellos hombres nos dijeron: Cuidado con un paso que hay en ese monte, en donde se han matado dos mulas, esta semana. Calcule, reverendo padre, cómo sería la aflicción de mi madre. No digo nada de mi ánimo porque entonces me parecía que se acercaba más la hora de Dios y mi alegría crecía. Es preciso tener en cuenta, sin embargo, que yo era tan inexperta que no contaba con los peligros con que mi madre contaba.

Caminamos un poco a media luz, pero apenas habíamos penetrado en el monte, las tinieblas fueron completas y se desató una tempestad terrible, de modo que debíamos esperar un relámpago para ver por donde andábamos y sólo caminábamos entre relámpago y relámpago. Los rayos se cruzaban para ir a caer a la cuenca del Porce produciendo un estruendo horroroso y que jamás habíamos oído. Los caballos querían asustarse y no había sitio para desmontarnos, que no fuera barrizal hondo.

¿De dónde nos había de venir el socorro, padre?. Nadie nos aguardaba ni nadie nos seguía. No era posible esperar un transeúnte porque la hora no era para eso y aquel camino despoblado y malo, no era tampoco de mucho tránsito. Un salmo, el 120, me daba la respuesta: "Mi auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra". Esto es infalible como lo es siempre la promesa de Dios hecha a la fe. Lo esperaba y vino. ¿De qué modo? Lea padre y verá:

Llegadas a un sitio cerradísimo, las bestias no quisieron seguir y la lluvia era un verdadero diluvio. No teníamos parte seca ni necesidad que no nos punzara. El peón se había ido con los pocos comestibles que traíamos. No comíamos desde la mañana y el desaliento físico nos atormentaba.

Mi madre, llorando, me dijo: Mire, hija: Usted no conoce el mayor peligro que temo... Es que esos hombres tan perversos que vimos en la casa del Porce, conociendo que aquí habíamos de detenernos por lo malo del camino, pueden venirse y a mí me matarán, para robársela a usted. A mí me mata ese temor. Yo pienso que ante ese peligro Dios no verá mal que nos tiremos por este despeñadero... ¡Ay, hija de mi alma! Su suerte entonces será la más desgraciada del mundo si cae en manos de esos hombres. Lloraba casi a los gritos, rogándome que dejáramos las bestias y nos

perdiéramos por el monte, aunque nos matáramos. Dios mío ¡qué instante tan terrible!

La calmé diciéndole que no siendo yo finca muy productiva, sino más bien cosa que demandaba gasto, no veía por qué habían de robarme y no había razón tampoco para suponer que la mataran, porque tenían que suponer por el traje que nos habían visto, que éramos pobres y nada conseguirían con matarla. Y, además, le dije con energía: Dios no es un muñeco de palo que promete para no cumplir, ni es tan bajo que no guarde a los que le aman. Yo puedo jurar que le amo con todo mi corazón; usted también le ama, me consta de ello. Entonces, ¿cómo podemos temer males extremos? No quiero que tenga esos pensamientos que ofenden a Dios. Él puede sacarnos de este caso, hasta por medio de los beodos del Porce. Es que usted no entiende de peligros hija, me repetía ella, temblando y llorando. Yo no puedo considerarla a usted en manos de hombres perversos. Dios mío, más bien que un rayo de estos nos mate, para que no sea violada la virtud. ¡Dios mío! y lloraba repitiendo siempre: Es que Laura no entiende. Sí, entiendo y mucho, le dije, de lo bueno que es Dios y verá que nos va a socorrer en el momento.

Al decir esto, oímos gritos lejanos... Mi madre temblaba más, luego los gritos se distinguieron; decían: Mis señoras.. Mi madre dijo: Los hombres que vienen a robársela, Dios mío. Yo dije: El socorro de Dios que llega. Quise contestar pero mi madre no me dejó. Poco rato después los gritos se oyeron cerca. Entonces, por encima de todo, contesté: ¡señor! ¡señorcito! Mi madre temblaba y yo veía mi confianza colmada. Pocos minutos después llegó un hombre con linterna en mano y viéndonos decía: ¡Cuánto me han hecho sufrir mis señoras! Desde las cuatro vengo detrás de ustedes sin poderlas alcanzar... Mi madre casi gritaba - ¿Por qué quería alcanzarlos señor?, le dije. -Porque yo estaba en mi trabajito sembrando maíz, cuando ustedes pasaron por mi casita como a las once. Desde esa hora yo dije: hay una nube muy grande por el lado de Donmatías y en el alto, esas señoras no van a encontrar posada; en el monte, de noche y lloviendo, se van a matar en un paso muy malo que hay; ¡pobrecitas!

Seguí mi trabajo, sin pensar más; pero cuando vine a la casa, me dijo mi mujer que era una hija y una nieta de don Lucio Upegui y como él hace más de veinte años me salvó la vida con su caridad tan grande, no me pude aguantar en la casa pensando que la familia de Don Lucio estaba por aquí en trabajos. Fui a buscar quien me pajareara* la rocita y me traje lo que pude... pero casi no las alcanzo.

Calcule Padre, lo que sentiríamos: Mi madre cambió el motivo del llanto; ya era la alegría la que la embargaba; yo gritaba de dicha: No nos diga usted cómo se llama porque usted es San José, porque para ser nuestro guardián lo ha mandado Dios. Sí señor hizo muy bien en obedecerle a Dios cuando lo mandó, porque le va a pagar muy bien. El hombre se reía repitiendo: yo le debo la vida a Don Lucio. Sí, se la debo.

Jamás habíamos conocido a ese hombre; pero para nosotras, fue un ángel. ¿Qué nos importaba saber nada de él? Nos bastaba ver en él, la acción amorosa de la Providencia de Dios.

Con su linterna pudimos ver que un paso más de las bestias, habíamos dado a un abismo de donde no habríamos vuelto a salir. Nuevo agradecimiento. Llanto de dicha. Nos parecía que habíamos nacido... Tal era el peligro de que nos habíamos librado. Nuestro san José, sacó de la mochila algunas provisiones y sació nuestra hambre, que ya era mucha; nos dio agua, nos arregló las monturas que sin que le hubiéramos notado, venían en peligrosa situación y nos hizo devolver como media cuadra, para buscar un atajo que evitara el peligro. A las once de la noche llegamos a la posada y allí, después de recomendarnos mucho a una señora, a la una de la mañana, nuestro san José volvió a emprender aquel camino, para llegar a su casita a emprender trabajo. Mire Padre, como aquí luce el rayón de luz con claridades tan salientes, que oscurecen al mismo sol.

Esto no necesita comentarios, desde entonces, sé mejor que antes, que la sombra amada de Dios, me sigue y abriga más infinitamente, que la concha guarda a la pobre tortuga que se arrastra por el suelo. ¿Y qué soy yo? Una tortuga que me arrastro en miserias capaces de inspirar desprecio al mismo demonio. Pero cuento con la Concha amada y nada temo. La sombra que san José prestó a la Virgen Santísima, se extiende a todas las vírgenes que Jesús se reserva para sus amores en el mundo, con tal de que sean fieles y confíen. ¿Cuándo diré de lo que siento de la confianza amorosa? Ni prestando a los ángeles su lenguaje celestial, alcanzaría a decir lo que esa virtud es para mi alma.

Es almohada en la que descanso tranquila; es barca en la que me libro de las borrascas de la vida; es el ala que me cubre; es en fin, la atmósfera que me envuelve; es como la misma mano de Dios, que me sostiene. Por eso, en todas mis dificultades de la vida misionera, me acojo a ella y empequeñecida aguardo cuanto Dios quiera enviarme.

Desde las alturas de la confianza puedo reírme de todo lo que pasa. Dios mismo la mira con amor y jamás la desatiende. Es la que sabe arrancarle sus gracias más señaladas. Por eso es la inseparable compañera de la oración, sin la cual, esta Reina, como la llamaba la Beata Teresita del Niño Jesús, queda desarmada y nada puede. ¿Por qué no confiarán todos los hombres? ¿Por qué se apoyarán en cosas humanas? Esto sólo se explica por la fe tan lánguida que se tiene en el mundo. ¿Sin ella, qué fuera de nosotros los débiles? ¿Y sin ella qué fuera de los fuertes? Es tan débil lo humano, aunque parezca fuerte. Sobre todo las vírgenes que no confían, ¿Qué esperarán? En fin no acabaría si dijera cuanto siento, de la confianza en Dios. ¿Será irrespetuoso decir que Dios se siente débil ante ella y que por ello no la resiste? Es el lazo en que cae el mismo Dios. ¿Escandalizaré con estas palabras reverendo padre? Sí así fuere, suprímalas de esta relación y crea que lo que estampo aquí con tinta, quisiera escribirlo con rayos de luz para que las gentes sepan hallar el medio de vencerlo todo.

Nuestro viaje continuó del mismo modo: Dos tortugas muy abrigadas por la Concha amada. Al entrar a los pueblos se nos presentó siempre un buen compañero; ya era un amigo que encontrábamos al paso, ya un compadecido que expofeso quería acompañarnos. Sin duda, Dios vio la pena que mi madre sentía al entrar sola a los pueblos en donde era muy conocida y se compadecía de ella. Sobre todo, padre, las vírgenes son la niña de los ojos de Dios ¿Y cómo ha de desampararlas cuando por su amor y en cumplimiento de su deber van por el mundo sin sombra humana? Sería ofensivo para Dios hasta el suponerlo. Los esposos de la tierra hacen gala de ser guardianes de sus esposas, y nunca se creen más seguras éstas, que cuando están al lado de ellos. ¿Había el esposo adorado de las vírgenes de ser menos noble que los míseros del mundo?

Bien aleccionadas mantengo a mis hijas en esta materia y confío en que mientras ellas, sean fieles a la confianza, pasarán por entre las llamas, sin quemarse.

CAPÍTULO IX

- FUI NOMBRADA MAESTRA EN FREDONIA- ME SENTÍ REPROBADA - RECUPERÉ LA PAZ - FORMACIÓN DE MIS DISCIPULAS - ME PREPARABA DIOS UNA LECCIÓN MUY ÚTIL - SUPREMO DOLOR DEL PECADO - DELIRIO DE AMOR - AQUEL MENDIGO QUE COMÍA LOS DESPERDICIOS - CONOCIMIENTO DE LA GRANDEZA DEL SANTO BAUTISMO

"La que yo sin ficción aprendí y la comunico sin envidia y no escondo los bienes de ella". (Ab. 7, 13)

Fui nombrada maestra en Fredonia

Estuve en Medellín hasta agosto de aquel año 1895. En este mes volvieron a abrirse las escuelas y fui nombrada para la superior de Fredonia.²⁹ Me fui a una casa de familia, sin mi madre. El pueblo me recibió bien y abrí la escuela con un respetable número de alumnas. Tuve exámenes de los tres meses y el pueblo se mostró satisfecho. Volví a Medellín en las vacaciones con el objeto de llevar la familia y asistir a los santos ejercicios, que los daban en aquellos meses para las maestras.

En estos ejercicios supe lo que era sufrir. Desde los primeros días quiso Dios que me viera en toda la deformidad de mi ser interior. Los pecados todos de mi vida se me echaban encima como perros rabiosos y me pesaban como montañas. Lo raro era reverendo padre, que no lloraba por ellos, tanto como por no haberlos llorado antes; su vista me era insoportable. Una prima, cuya cama era vecina a la mía, al ver mi almohada empapada en lágrimas, me dijo una mañana ¿Qué es eso Laura, por qué llora de ese modo? Sara, le contesté, lloro por no haber llorado antes, ¿no siente usted un asco de mí?

²⁹ En 1895 fue la guerra civil llamada de Enciso. El 30 de agosto, al restablecerse algunas escuelas, hubo nombramientos: El Gobernador del Departamento de Antioquia decreta: Artículo único: Hácense los siguientes nombramientos:

..... Para la sección superior de la escuela de niñas de Fredonia, la señorita Laura Montoya Upegui. Medellín, 30 de agosto de 1895. Firmado: Gobernador Julián Cock Bayer. Secretario de Instrucción Pública: Tomás Herrán Mosquera.

Me parecía que aquella prima veía mi asqueroso interior y que había de reclamar por la sucia vecina que le había tocado. Hice confesión general tan inundada en llanto, que apenas pronunciaba las palabras entrecortadas por los sollozos El confesor trataba de tranquilizarme y con sus palabras, la ternura de Dios como que se apoderaba de mí, haciéndome más dura mi pena. ¿No queda tranquila?. Me dijo el confesor. Sí padre, le respondí, porque Dios todo lo perdona; pero eso no quita que yo sea más monstruosa cuando Él me perdona más. El calló y las lágrimas me ahogaban. Terminó diciendo: Vaya y llore cuanto quiera.

Me sentía reprobada

Después de la confesión me sentí definitivamente reprobada. El infierno era mi sitio para siempre. Parecía que los huesos se me quebraban, no oía lo que a mi alrededor se decía. Estaba como tonta. Las compañeras asustadas se me acercaban y yo huía. Estaba mi alma como metida en un hoyo negro de donde habría de salir para el infierno. Pero no era una duda, sino una seguridad. Me sentía aturdida, sonámbula y varias veces me vi en la calle, sin saber que había salido de la casa. Comulgaba y cada comunión acrecentaba mi amargura; me parecían las caricias últimas de Dios y eso despedazaba mi alma ¡Ay, ay! ¿Quién dirá lo que esto es? Si la vida me duraba, qué tormento tan insufrible. Si se acababa, qué desenlace tan irremediable. Si la tierra me hubiera tragado viva, si el aire me hubiera faltado, hubiera sentido menos opresión. Hasta el sentido me parece que lo perdía, sobre todo en las noches. Si pisaba el suelo, yo no podía darme cuenta. No advertía tampoco que podía confiar mi estado a nadie. Dios era mi cosa perdida. Pero tan amable, tan bello cuanto más perdido. ¿Cómo recordar esto? Mis coloquios con Dios eran la pura amargura. Estaba como ciega, no veía, ni lo del alma, ni lo de Dios. Era Dios tan bueno para mí como antes y su justicia era mi embeleso y precisamente, ésta era la que reclamaba mi condenación y yo como que consentía en ello, porque me importaba más el honor de ella que mi felicidad. Yo como que hacía una misma cosa con la justicia divina.

La vista de mis pecados no era muy distinta o concreta; pero la de merecer el infierno, si era intensa y distinta: era horrible. Dios mío. ¿Cómo no se consumió mi ser y se esfumó en dolor? En las confesiones que hice durante este tormento, tenía dolor intenso y no encontraba pecados nuevos, pero no manifestaba mi estado porque no advertía y me hubiera acusado de vivir si el confesor me hubiera entendido. Yo no tenía mucho derecho de vivir ni de nada. Era todo una usurpación de mi parte. Esto se

prolongó por cerca de dos meses. ¡Ay! ya no tenía fuerzas físicas. Ya no sabía llorar. Parecía como si se me hubiera acabado la facultad de sentir y me hallaba como en otra parte, como en una oscuridad insensible pero que la sentía como el principio de la ejecución de mi sentencia de reprobación.

Creo que todas las penas de la vida hubieran podido caer sobre mí en aquella época, sin que las sintiera. La enorme que me embargaba me había quitado la facultad de sentir, como el que mira de frente el sol pierde la facultad de ver la de un cocuyo. Esa espantosa pena me hacía perder la facultad de sentir otra cosa. Ni sé, padre mío, si estoy diciendo lo que sentí. El concepto no puede ser expresado. Es necesario sentirlo. Sólo me entenderán los que esto hayan experimentado.

Ya al fin, advertí que podía comunicar mi pena y con ese fin me presenté a un sacerdote primo y a quien tenía mucha confianza, aunque jamás le hablé en el confesionario. Le dije: Sabe que mi alma ya lleva el infierno dentro de sí, unido a un fuerte amor a la justicia de Dios? - ¿Cómo así? me dijo - Traté de explicarle y no supe. Entonces lloré, lo cual hacía mucho que no podía conseguir, y el padre riéndose me dijo: Estás escrupulosa y nerviosa, eso es todo. Salí convencida de que jamás me haría entender y no arrimé a ninguna otra parte.

Recuperé la paz

Un día tuve la idea de aceptarle a Dios el estado de dolor en que me encontraba, abandonándole para siempre la suerte de mi alma, aunque se prolongara mi dolor indefinidamente, como homenaje a su justicia y, aceptándole de antemano esa sentencia horrible, con tal sí, de que yo no llegara a maldecirle nunca. Y ¡cosa rara!. Con este acto que me arrancaba el alma como a pedazos, según lo duro que se me volvía y según la vista, que de la soberanía de Dios me imprimía, cesó todo. Todo aquel mar de amargura se hundió en un momento y quedé como postrada de fuerzas, cansada, lánguida físicamente, pero como nadando en un mar dulcísimo de esperanza, algo así como una aurora de la vida eterna.

¡Ay padre mío, cómo entonces me pareció lindo el Cielo. ¡Cómo sentí de refrescante la esperanza!. Gozaba y lloraba de gozo, cual antes de aflicción. Es que después de una tormenta luce más el firmamento. ¿No es así, padre mío? Todavía me conmuevo y no quisiera rebajar estos conceptos sometiéndolos al estrecho molde de la frase humana. ¿Cómo será la vida eterna en su plenitud, cuál la esperamos? ¿Cuántas muertes nos diera, si

Dios no nos transformara con la muerte? ¡Ay Dios mío! y cuán lejos y cuánto tarda el venturoso momento... Dios mío...! ¡Ay! El cielo, esperanza consumada, visión presente siempre. Mejor es no pensar en estas dichas, porque el pensamiento se pierde en su incapacidad.

Vuelto el equilibrio de mi alma quedé con un dolor calmado, pero intenso de mis propios pecados. Me parecían tan numerosos y tan grandes... pero ese dolor era tan reposado, que si bien tenía sus alternativas y recrudescimientos no me turbaba en ningún sentido. En las confesiones se renovaba y las hacía generales, casi todas. Veinte años más o menos, me acompañó este dolor hasta que se me transformó, como diré más adelante.

Formación de mis discípulas

En el año 1896 continué trabajando en la escuela de Fredonia. Tuve allí, luchas menos duras que en Amalfi, pero muy útiles por las grandes lecciones de la vida que me dieron. Era Fredonia un pueblo conservador, pero revoltoso y como acababa de pasar la revolución, los ánimos vivían excitados. Las niñas no entendían sino de política. La maestra que me precedió era liberal y sufrió la pobre la más vergonzosa humillación que puede sufrir una maestra.

Un día se opuso a que las alumnas salieran a ver pasar una de las fuerzas conservadoras. Esto no lo pudieron sufrir las alumnas y la derribaron, luego la azotaron descaradamente y la sacaron de la escuela. Esta historia se me contó al llegar, como previniéndome, para que viera cuál era la suerte que se me esperaba si las descontentaba. Decían: Fredonia, significa tierra de hombres libres y por consiguiente, a nadie nos humillamos.

Llena de confianza en Dios, emprendí la tarea de educar aquellas fieras, así podían llamarse las alumnas. Comencé por ocultarles mi opinión política y les organicé ciertas prácticas piadosas, como único elemento capaz de vencer aquellos caracteres. Como en Amalfi, le di gran preferencia a la clase de religión y en ella me extendía cuanto me era posible. Muy pronto comencé a verlas muy aficionadas a las cosas de Dios y tan adictas a mí, que pronto fui dueña absoluta de aquellas rebeldes voluntades.

Siempre he creído, reverendo padre, que el amor es el único que vence la voluntad y que no se necesita saber mucha religión cuanto amarla. Con razón los mejores pedagogos dicen que el profesor de religión debe ser elocuente. Las demás asignaturas se hacen conocer; la religión ante todo

debe hacerse amar. Por eso me empeñaba en que la política de mis alumnas fuera una pasión religiosa y no política. Que fueran mujeres de una opinión y no hombres de guerra. No fue pequeña la lucha, pero poco a poco, esas niñas amaron a Dios y amoldaron sus ideas a la caridad. Pude ya, sin infundirles sospechas, denigrarles su conducta con la anterior maestra y fui totalmente dueña del campo.

En toda la escuela que era numerosa, no había sino una niña liberal y en cada recreación querían maltratarla. Me puse a la defensa de ella y con esto creyeron que yo era liberal. Me lo manifestaron con verdadera furia y sin confesarles mi opinión, les manifesté que solamente era defensora del oprimido y que no veía en ellas color político sino almas que debía conducir al cielo. Con esto, lloraban de ira pero se contenían. Muy pronto supieron por mi madre que era conservadora y me decían: Antes la queríamos, señorita, con pena, porque la creíamos liberal; ahora la queremos sin sombra de pena. Haga de nosotras lo que quiera.

Verdaderamente hice de ellas lo que quise y pronto se hicieron amigas de la pobre condiscípula liberal y ésta se hizo conservadora.

El pueblo me quiso tanto como las discípulas, lo cual me proporcionaba una pena dura.

Me preparaba Dios una lección muy útil

Era cura un sacerdote muy bueno y de mucha ilustración, buen predicador y muy amigo del progreso, pero nervioso hasta parecer loco. Fue mi confesor y le tuve mucha confianza. En el confesionario me elogiaba a veces de un modo que hubiera sido hasta inconveniente para otra. No me satisfacían sus elogios, pero los respetaba; como hijos de quien tenía sobre mí la autoridad de Dios. Observaba frecuentemente que huía de mí. Siempre se iba de donde yo llegaba y en la escuela daba sus explicaciones magníficas de catecismo, pero no me admitía ni una palabra. El pueblo lo quería mucho y con razón, pues había sido su cura durante muchos años.

A mediados del año, anunció que abriría un colegio de señoritas y que las niñas de la escuela debían pasarse a él. Como la maestra del colegio sería una señora muy buena, yo comencé a ayudarle, indicando con la mejor intención y buena fe a mis alumnas, que harían bien en pasarse al colegio. No lo hicieron sin embargo, y el colegio se redujo a tan corto número de alumnas que era imposible que se sostuviera. Entonces el señor

cura empezó una guerra franca a mi escuela. Yo, considerando que la maestra del colegio era muy superior a mí, no miré la cosa mal, la creía justa.

El colegio, sin embargo, terminó el año malísimamente y la escuela con un crecido personal, presentó sus exámenes a satisfacción. Desde entonces el señor cura tomó una actitud francamente hostil contra mí y decía a los padres de familia cosas falsas acerca de mi conducta con las niñas. Ni los padres de familia ni yo dábamos importancia a la cosa, de modo que no llegó a perjudicarme.

Entretanto yo continuaba confesándome con este padre, con la misma confianza y así, hasta que salí del pueblo. En esto me preparaba Dios una lección muy útil y una gran lección de humildad.

Por motivos de la mala salud de Carmelita tuve que pedir cambio de la escuela para 1897. Me dieron la de Santo Domingo. El día de mi salida de Fredonia fui a comulgar y solamente yo estaba en el comulgatorio. El señor cura salió a darme la comunión, pero antes de hacerlo, se le ocurrió sonarse. Tomando entonces el purificador se acercó a mi lavándose los dedos y diciendo: Mire que me lavo bien las manos para que no vaya a decirle al obispo, que le doy la comunión con las manos sucias. Por entonces creí que era locura del padre, pues ni había yo hablado jamás con un señor obispo.

Al referirle esto a Carmelita me dijo: Todo en él es raro respecto de ti; El otro día le pregunté por que huía de ti y me contestó que porque tu presencia era un sermón que le enrostraba lo que el tenía de incorrecto. Nuevo misterio. ¡Miseria humana! Para mí era uno de los sacerdotes santos que conocía.

Después de mi salida de Fredonia, fue él a hacer los santos ejercicios en Medellín, y cuando volvió se fue de casa en casa, de las más amigas mías diciendo: Miren la miseria humana ¡yo era el confesor de Laura, testigo de su inocencia, y por envidia la calumnié y quise echarla de aquí... Tuve envidia porque me parecía que el pueblo la quería más que a mí. Lo mismo, más o menos velado, lo dijo en una plática. Cuando supe esto comprendí cómo la envidia es una cosa que cabe aún en corazones nobles, cuando yo la creía más rara que el cisne negro. Además, la humildad de este padre supone un valor no común y me edificó grandemente. Hubiera querido escribirle tranquilizándolo, pero recibí consejo de callarme.

Quizás este padre sí estaba un poco flojo del cerebro y Dios le permitió al demonio que se valiera de él, para vengarse de las pérdidas que tenía en la escuela. Me complazco en creer que este buen padre no pecó y que fue sólo instrumento de Dios. Además del bien que pudo hacer con un raro valor para vencer el respeto humano.

Supremo dolor del pecado

Mi vida interior en Fredonia, tuvo la tinta del supremo dolor del pecado, que me dejó la pena que antes referí. Pero este dolor reposado y dulcemente amargo, le daba a mi alma cierta madurez que antes no tenía. No sé como expresar esta idea, quizás no sea madurez. Algo como quien en un banquete ha entrado a tomar los bocados más sustanciosos después de los de adorno o ligeros. Todo lo anterior de mi vida interior, eran esos bocados de adorno con que se principia en los banquetes, es decir, aperitivos. Ahora, ¡estaba tomando las carnes! Me instalaba en la vida de dolor y tomaba delante de Dios mi puesto de pecadora.

Esto cambió mucho la faz íntima de mi vida. Estaba muy joven y de salud robusta. Podía gastarme un poco en mortificaciones que correspondieran a mi estado interior, sin perjuicio de mis deberes. Mi dolor no era pena acerba ni tenía intermitencias; era un estado de amor doloroso que me llevó a hallar mis delicias en la sagrada Pasión de Jesús. Ella fue la rica mina de donde mi alma tomó su sustento en aquella época.

Con este amor sereno que engendra la contrición, me hice como dueña de los ricos campos de la Pasión ¿Cómo decirle esto, Padre? ¡se me anuda la garganta, ahora, al escribirlo! Mi interior todo era clavos, sangre, cruz, pretorio, calvario, espinas... Las lágrimas eran la savia con que salpicaba mi alma; estas cosas y un amor parecido a locura, acompañaban mi oración. Amor brotado del dolor de los pecados, en unión de la sangre que los redimió, que los borró. ¡Calcule, padre lo que sería!

¡Lo que brota de fuentes tan ardientes debe ser quemante, espantoso! pues tal era mi amor en la oración: ¡Quemante! ¡Ay, pasión santísima de Jesús!... Desde entonces no sé mentarte sin que mi alma sienta algo como un aroma amargo. Hasta entre dormida repetía esto que llegó a ser mi jaculatoria de entonces: "El cruel verdugo, la punzante espina, la hiriente risa, la irónica caña, la sanguinolenta barba, los eclipsados ojos y el paciente corazón estén fijos en mi memoria y corazón para siempre". El amor doloroso, ése que yo llamaba entonces amor de mirra, me traicionó

varias veces, de lo cual hoy me siento muy corrida.

Delirio de amor

Después de la Semana Santa de 1896, pasada en el campo, en completa soledad, comencé a sentir que ése, como fuego tan amargo, turbaba un poco mi razón. Me figuro así como la de los beodos a quienes el licor pone locos sin que se den cuenta. El sábado santo, después de aquellos días de recogimiento y meditación en un campo solitario y entre selvas que se llama la Amalia, salí a Fredonia y al día siguiente mi alma se desbordaba con los gozos de la resurrección, pero me había manejado bien en la comunión, pues había podido contenerme.

Estaba en la casa, cuando oí la música que anunciaba la procesión; me asomé a la puerta y al ver de lejos el Resucitado ya no supe más de mí. ¡Ay! padre, cuánta vergüenza me da referir estas locuras, que sólo Jesús no más, debe conocer y que revelan yo no sé qué incontinencia del corazón y no sé qué más. Con el traje que tenía en la casa, sin mantilla y sin oír a los que me llamaban, salí a la carrera, me atravesé cantando recio toda la plaza en diagonal, para llegarme a la esquina por donde asomaba la procesión. Le canté esta estrofa:

¡Qué hermoso vuelves! ¿no ha sido un sueño
aquel horrible, sangriento leño,
aquellas horas de cruel dolor?
Yo era la causa de tu agonía,
y al contemplarla me consumía
remordimiento desgarrador.

Los duros hierros que te clavaron,
también el alma me atravesaban
también partían mi corazón;
también mis huesos se estremecieron
cuando los tuyos se desunieron,
con horrorosa dislocación.

Cuando llegué aquí me inundé en lágrimas y compadecida, una amiga, me tiró fuertemente de un brazo. Entonces advertí el corro que me hacían algunas señoras y mujercitas del campo y vi la manera como me había salido y supe que había cantado. ¡Dios mío! hubiera querido que la tierra me tragara, ¡que vergüenza y qué pecado me parecía esto!

La amiga que me contuvo me tranquilizaba dándome bromas con la cosa; pero yo no hubiera querido volver a recordar aquello, no por lo ridículo que aquello fue, sino por que se impusieran de mi interior. El amor, reverendo padre, tiene pudor y no le gusta que lo vean desnudo. ¿No es verdad? No fue ésta la única vez que fui vencida; pero las otras veces no tuve testigos o lo eran las discípulas de mucha confianza o una de mis compañeras de profesión que era como una hija. Sólo decían que cuando hablaba de Dios me enloquecía y respetaban la cosa. En estos casos es cuando una celda escondida hace falta.

Entonces comencé a tenerle algo parecido a miedo a mi vocación carmelitana. Si en el mundo, con tantos contrapesos, el amor me hacía loca, ¿cómo sería en una celda, sin pensar más que en Dios y recibiendo los favores consiguientes a la vocación contemplativa? Irremediablemente moriría muy pronto. Se me volvía la celda como un horno quemante. Sin embargo, la deseaba con ansias de muerte.

Tengo pena, padre mío, de referir esto, porque aún así, he creído que mi amor ha sido poco. Creo que es que la copa que lo contiene es demasiado pequeña y se llena y rebosa con muy poco. Visto ante el inmenso amor que Dios merece, el mío por más que sea ardiente y postrador, es demasiado poco. ¡Ay! y sin remedio. Tanta pequeñez amando a tanta grandeza, es cosa para hacer pensar. Si el amor no crece, ¡qué pena! y si crece, no cabe y vence. No queda otro camino que el de sufrir lo poco del amor y dejarse matar de la poquedad de él. ¡Qué situación tan triste la nuestra en este mundo! por fortuna tenemos la suprema compasión de Dios.

Los que me oían hablar de Dios me creían, sin duda, un serafín; pero yo estaba convencida de que era un pedazo de hielo ante el menor de los serafines. Vencida por el amor y convencida de que amaba muy poco. Dios mío, qué pequeños somos para todo. Pero nuestra pequeñez es más abrumadora tratándose de amar a Dios. Un átomo de amor nos mata y nuestros deseos de amar sin medida, se estrellan contra nuestra impotencia. Y este corazón tan impotente y tan miserable, es lo que Dios nos pide con suprema condescendencia. Supongo, padre mío, que en el cielo nuestra facultad de amar se ensanchará y si no ¿qué hiciéramos? Por eso he dicho siempre que en la tierra el amor se suicida y queda reducido a puro dolor. ¿Me comprende, padre mío? como el dolor es de la tierra, el amor que es del cielo, le cede el puesto acá abajo. El grito del amor en la vida terrestre es un ¡ay! y es el mismo del dolor. Los dos gritos se confunden.

La celda carmelitana vino a ser desde entonces para mí, un escondite necesario. La deseaba para ocultarme, no para gozarla.

Naturalmente mi adhesión a la Pasión de Jesús renovó en mi alma el deseo de vida humillada. La sirvienta, candidata para el hospital de que antes hablé, volvió a ser mi dicha.

Aquel mendigo que comía los desperdicios

Predicaba un día el señor cura de Fredonia sobre las humillaciones y pobreza voluntaria, y en un arranque de elocuencia, puso como ejemplo de esto a San Francisco de Asís y a San Benito José Lavre. De éste no dijo sino: "Aquel mendigo francés que comía los desperdicios de los conventos en Roma". Jamás había conocido a este santo y sin embargo, al oír esta frase me conmoví y me anegué en llanto. Repetía aquellas palabras del predicador y volvía como a endulzarme hasta las entrañas. Quise que la amiga que me acompañaba en el sermón, me repitiera lo que el padre había dicho, pero a ella se le pasaron desapercibidas las palabras que a mí me habían sonado tan deliciosamente.

Al día siguiente interrogué al padre acerca de este santo; pero como éste era un sacerdote que huía de mí, salió y sólo me dijo: Es un santo nuevo y muy admirable. Tuve que resignarme a no saber de él nada por entonces; pero mi deseo de vida humillada crecía, rezándole al santo del sermón como yo lo llamaba.

Bendito sea Dios que pone en los labios de los predicadores, las palabras que las almas necesitan. Esto, padre mío, me ha parecido raro y se lo he agradecido a Dios como una gracia especial.

Conocimiento de la grandeza del Santo Bautismo

Otra de las gracias que recibí en Fredonia fue un acrecentamiento especial, del conocimiento de la grandeza del don del bautismo. Los sábados me iba con Carolina Restrepo, la compañera que vino a ser como una hija para mí, al cementerio y sentadas sobre la bóveda del sacerdote que me bautizó y que murió después de dos días de haberlo hecho, siendo ésta la última función sacerdotal que hizo, hablábamos de Dios y especialmente de la adopción que hace de las almas en el Santo Bautismo.

Esta conversación era como un himno de acción de gracias y mi alma se bañaba en cierta como aroma del bautismo. No acierto a decir lo que

esto era. Contemplaba, cómo aquellas manos que me habían abierto el cielo, derramando sobre mi cabeza el agua santa, cuatro horas después de nacida, estaban reducidas a polvo debajo de aquella bóveda que me servía de asiento y me estremecía de ternura. ¡Yo era la hija de Dios, la heredera de su cielo y las manos que habían sido instrumento del amoroso beneficio eran polvo! Cómo hubiera querido romper aquella tumba y robar aquellas manos deshechas y besarlas. Dios mío, ¡cuán grande es el bautismo y cuán poco comprendemos esta grandeza!

Veía claramente allí, cómo la comunión es la consecuencia del bautismo. El padre que engendra o adopta hijos los alimenta. Esto es lo más natural del mundo. Después de comulgar, agradecía el santo bautismo como gracia radical de la que recibía.

CAPÍTULO X

- PASÉ A SANTO DOMINGO - CÓMO CONSIDERABA LA INJUSTICIA
- APOSTOLADO EN LOS CAMPOS - PUNUCENITO - MIS CLASES DE
RELIGIÓN - EN CASA RICA Y LUJOSA - ESTUDIAR A DIOS ES EL
CIELO - DIAGNÓSTICO DE UN MÉDICO

*"Si callo, esperarán; si hablo, prestarán atención; si me
alargo hablando, pondrán la mano en su boca" . (Sb 8,12)*

Pasé a Santo Domingo

Mi salida de Fredonia fue un verdadero tormento, por el dolor que manifestaron mis discípulas; pero salí convencida de que la semilla daría sus frutos. El último adiós de mis alumnas fue una promesa de ser de Dios siempre. Después he sabido que la mayor parte de ellas, lo han cumplido fielmente.

Llegué a Sto. Domingo³⁰ y como en Amalfi y en Fredonia, empecé trabajos con un hermoso número de alumnas inteligentes y ávidas de estudiar. Esa sociedad recibió muy bien a la nueva maestra y como era de cultura especial y en general una sociedad muy cristiana, me llenaron de atenciones. Aquellas alumnas, ya bastante adelantadas, reclamaban mayor esfuerzo de mi parte. Lo hice con mucho gusto y ellas correspondieron a él. Puede decirse que enseñaba como en una escuela Normal y mi empeño de hacerlas adelantar fue muy bien correspondido.

Cómo consideraba la injusticia

No tuve en aquella población oposición de ninguna clase. Fue como un paréntesis en la serie de oposiciones y persecuciones que he sufrido. No crea reverendo padre que, cuando hablo de guerras y persecuciones, creo que todas hayan sido por la justicia, y que me crea incluida en los venturosos

³⁰ Decreto No. 568 del 23 de febrero de 1897. El Gobernador del Departamento de Antioquia, Decreta: Artículo 1°. Hácense los siguientes nombramientos de maestras: Para la sección Superior de la Escuela de Niñas de Santo Domingo a la Srta. Laura Montoya Upegui en reemplazo de la srta. Julia Rodríguez a quien se le aceptó la renuncia. Bonifacio Vélez, Gobernador. Tomás Herrán Mosquera. Secretario de Educación. (Página 236 del copiator de Decretos de Educación de 1894 a 1897. Gobernación de Antioquia)

mortales a quienes ha caído en suerte la octava Bienaventuranza. ¿Cuántas veces, sin advertirlo, habré dado motivo para que la persecución sea justa? ¡Menos delante de Dios lo ha sido, porque he sido ingrata con Él hasta no poderlo pensar!

Ante los hombres, verdaderamente que no me he encontrado culpable de los cargos que me han hecho; pero como la Providencia gobierna siempre bien, ha dirigido la persecución con certera y justa mano.

Muchas veces pienso dentro de mí: Si yo fuera Dios, condenaba a Laura. Tanta ingratitud bien lo merece. ¡Ay Padre, pero esto no lo entiende sino quien lo siente!. Porque el rayón negro no se hace muy notable, es decir porque no me rebelo contra Dios como los demonios, con el pecado voluntario, no puedo llegar al confesor como soy delante de Dios; pero Él si sabe cuánta condescendencia tiene que usar conmigo. Tengo siempre que decirme como los hermanos de José en Egipto: de verdad no hemos cometido la falta que se nos atribuye, pero justamente estamos presos porque hemos vendido a nuestro hermano. Así a mí me han perseguido por faltas que no he tenido o por actos en sí buenos, que más bien merecían aplausos; pero justamente me viene la persecución por la ingratitud con Dios. A las gracias que él me ha concedido, se debe una correspondencia proporcionada y como no la ha habido, amorosamente Dios me cobra un poco siquiera, con la persecución.

A los mundanos se les ocurrirá que esto es falsa humildad; pero Dios mío; ¡es la pura verdad! Cuántas veces pensando en esta casi infinita ingratitud y miseria propia, que merece el desprecio de todos, si la pudieran conocer, he querido medir la misericordia de Dios y me he perdido en ella. Un día llorando esta situación de mi alma, en un arranque de agradecimiento, le dije a Dios: Si vuestra misericordia fuera un punto menos que infinita, ¿qué hiciera yo? ¡No tuviera mi alma ni un rayo de esperanza! Esta frase la he convertido en jaculatoria favorita que me sale del fondo del alma. Los hombres me persiguen, precisamente, porque no tienen misericordia infinita. Nada menos que una misericordia infinita es necesaria para mi miseria casi infinita. Si fuera capaz de algo infinito, eso sería mi miseria. No sé si llego con estas frases a dar una idea de lo que mi alma siente, a este respecto.

Apostolado en los campos

Aparte del trabajo en la escuela, me impuse en Sto. Domingo, la tarea de establecer catecismos en los campos. Cada sábado, asociada a una ami-

ga, me iba a un campo, y debajo de un árbol o en una casita, reunía a los niños que había recogido de paso y les enseñaba, no tanto el catecismo, como la devoción. Les hablaba de Dios del modo más sencillo para ser entendida; les refería, a manera de meditación, un pasaje del santo evangelio y luego les enseñaba la doctrina. Como llevaba regalitos, los niños se aficionaban pronto a aquello, de modo que a la vez siguiente, ya los encontraba reunidos. Les tocaba poco porque los campos eran muchos y no disponía sino de los sábados a medio día y a veces, de los domingos. Como entonces no había escuelas en los campos aquello se hacía muy preciso.

Algunas veces iba a varias leguas de distancia, de modo que los catecismos abarcaban un radio respetable. En esto, quizás, podrá verse el principio de mi vocación misionera; sin embargo los infieles no formaban todavía mi principal dolor. Sólo en mis oraciones entraban, como de paso.

Punucenito

Había en el pueblo un limpiador de patios a quien ocupaba frecuentemente en esto. Era muy piadoso y estimado de todos. Se llamaba Punucenito. Yo me encantaba conversando con él porque era aficionado a todo lo de Dios. Un día me dijo que era casado con Resura y que, como estaba loca, le demandaba muchos gastos. Le manifesté deseos de conocerla y me prometió llevarme a verla, un día que estuviera calmada. Así fue: Un sábado se apareció diciéndome que debía llevarme aquel día, porque le había comenzado el sueño a Resura y agregó: es que cuando a ella le viene el sueño yo quedo libre para trabajar. Duerme ocho o más días seguidos, pero cuando despierta no puedo salir, porque me tumba la casa.

Me fui con él por una manga o pradito, me hizo saltar una gran chambá*. ¿por qué me lleva por aquí? le dije. Porque si entramos por la puerta, se me cae la casa, y me señaló un rancho sostenido por un buen número de puntales, rancho que yo había creído siempre abandonado y junto del cual no me había atrevido a pasar, por miedo de que se me cayera encima. ¿Y allí vive usted? Le pregunté. Sí, me respondió, pero entrando por aquí porque si se abre la puerta que da a la calle, se me cae el rancho.

Me resolví a saltar la chambá y me llevó por detrás de la casa, no sin peligro porque había que remover muchos puntales para abrirse paso. Dentro del rancho había tantos puntales que apenas quedaba puesto para un fogón y la camita en donde estaba Resura, hecha un bulto que no se parecía a una mujer ni a nada humano.

¿No le da miedo que este rancho se le venga encima? - le dije a Punucenito. - No, me respondió. Dios me lo sostiene porque yo vivo de Dios sólo. - ¿Y cómo hace usted para trabajar cuando Resura está despierta? - Entonces no trabajo, - me dijo. - ¿Y qué come? - le repuse. - Lo que Dios me da, - me contestó. - Y, ¿cómo se lo da? - le pregunté. - De muchos modos y si no, oiga:

-Un día no tenía nada en la casa y como a la una de la mañana, empecé Resura a llorar, pidiéndome mazamorra*. Como no tenía maíz ni nada, me le hice dormido; pero sus lamentos eran tan tristes, que llorando le dije a Dios: Vos Señor, que hiciste a Resura, dame qué darle y me puse a aguardar, haciéndome el dormido, para que ella no me tumbara el rancho, porque con hambre se pone muy brava y si yo no me muevo, se está quieta.

Como a las cuatro de la mañana, comencé a oír unos golpes como si le dieran a la puerta de dentro con un palo. Temblé, porque dije: Si Resura no me tumba la casa, estos golpes, que cada vez se hacían más fuertes, sí me la tumban; y resolví levantarme. Quitó los palos que trancaban la puerta y me encontré un caballo que traía una mochila llena de maíz y que como que le apretaba la boca, como que suplicaba que se la quitara. Se la quité y quise ver por dónde había entrado el caballo a aquel corral, muy cerrado con llave por su dueño y no encontré por dónde hubiera podido entrar. Entonces lo acosé a rejo para que saliera por donde había entrado y el pobre animal, no encontró salida. Entonces dije: este maíz me lo manda Dios y le hice la mazamorra a Resura, con una parte, dejando la otra para entregar al dueño. En todo el día no apareció el dueño; vino el señor que cuida el corral a regañarme porque tenía aquí ese caballo sin permiso. Le conté la historia y me permitió tenerlo en su yerbal.

Resura se durmió ya muy llenita de mazamorra y yo me fui a buscar trabajo. En el centro del pueblo me encontré con un hombre y me preguntó, si no había visto un caballo que hacía dos días se le había venido desde Concepción, es decir de siete leguas de distancia. Le dije que yo lo tenía y le referí mi historia. Vino y realmente era su caballo el que yo tenía. Me dijo, que le había quitado la carga y que, un niño, lo había puesto a comer maíz, colgándole la mochila de la cabeza y que no había vuelto a saber del caballo.

Con esta historia reverendo padre, tuve para ponerme feliz. Felicité a Punucenito por su fe y la mía se acrecentó tanto, que me parecía que yo antes no conocía la amorosa Providencia de Dios. Después, toda mi vida

he referido esta historia, que la llamo la de Resura, para avivar la fe de los pobres.

¿Qué era, en efecto, la infeliz Resura para que Dios, por calmar su hambre, hiciera tantas maniobras? Aquel bulto que a nadie interesaba en el mundo, llevó a Dios a trastornar el viaje de un arriero, a entrar un caballo por donde no era posible humanamente y a que este animal, sin entender lo que hacía, torciera su camino del modo menos natural, pues la casa de Punucenito no quedaba en el camino por donde debió venir el animal. ¡Dios mío, cómo te mueven los gemidos del pobre, que nosotros oímos con tanta indiferencia! Si después del camino del Porce, mi ternura con Dios creció y mi fe se arraigó, haciendo mi confianza casi invencible, con el cuento de Resura llegó a su colmo.

Tan admirable lección me hizo más bien, que muchos ejercicios y sermones. Mi confianza fue entonces como torrente desbordado. Los gemidos de Resura, desprovista de razón, me mostraron que los míos, han de herir el corazón de Dios infaliblemente y por eso se los doy con dulcísima esperanza, en todos los apuros de mi vida. Sí, Resura se parece tanto a la viejecita que yo me soñaba llegar a ser en un hospital, yo me esperaba ser el personaje más importante, delante de Dios, cuando por su amor me viera reducida a un bulto, en el rincón de un hospital. Desde entonces los pobres y los enfermos me son más queridos. Los miro en el corazón de Dios, como en su centro más querido. A pesar de todo, reverendo padre, no creo haber sido muy fiel en atender a los pobres como debía. En la práctica me quedo muy atrás de la teoría. La misma suprema impotencia para todo lo bueno. No hay remedio. He de quedarme siempre vencida, dejándome amar por Quien nada espera de mí, que no sea miseria.

Cuántas veces he llorado refiriendo la historia de Resura. Quiera Dios que mis lágrimas hayan servido de agradecimiento por el beneficio que la pobre loca no pudo agradecer. Ya ve, padre mío, qué lecciones tan bellas he recibido en mi vida. Debiera haberme muerto de amor a Dios, hace ya muchos años.

Mis clases de religión

Como en Fredonia, mi vida interior continuaba en Sto. Domingo, hecha un mar de dolor. Daba las clases de religión con tal entusiasmo, que llegó a establecerse un desorden en la distribución del tiempo. A pesar de mis propósitos por no prolongarlas, era frecuente el caso, de comenzar una a

las siete de la mañana y terminarla a las diez. Terminaba, porque una de las compañeras me avisaba que era hora de que las niñas fueran a almorzar. Cuando esto sucedía, advertía que tanto las niñas como yo, estábamos bañadas en lágrimas y ellas protestaban contra la hora, porque no habían sentido correr las tres que llevaba la clase. Salía avergonzada de haber sido la causa de tantos desórdenes y hacía propósitos siempre inútiles.

En la confesión me acusaba no tanto del desorden del tiempo, cuanto del tanto hablar, pues me parecía que habían de juzgarme un serafín, o cosa parecida, siendo verdad que mi amor se quedaba muy atrás de todas las palabras. Sin que yo lo supiera las alumnas llevaban a sus casas la noticia de aquello y los caballeros más connotados del pueblo, entre ellos algunos hombres de saliente ilustración, se iban a oír por las ventanas las clases. Cuando lo supe, ya demasiado tarde, mi vergüenza fue inconcebible y reñí a las discípulas, quienes jamás me hicieron la promesa de reserva. Sólo entonces me corregí un poco, aunque no lo bastante para evitar el desorden del todo. Ya ve padre, cómo llegué, por incontinencia sin duda, hasta el ridículo.

Las señoras, concededoras de esto, consiguieron del señor cura que les estableciera unas conferencias semanales, para oírme tales cosas. ¡Dios mío! ¡cuánta vergüenza! Tuve que acceder y di varias habladas en las cuales enseñaba a aquellas humildes matronas, los principios de ejercicios de piedad y su importancia, como métodos para meditar, oraciones, exámenes, etc. Era de verme ante aquel auditorio tan recogido, diciendo cosas, que quizás ellas sabían mejor que yo. En estas habladas y en las de la escuela, tuve que suspender una serie de enseñanzas, que emprendí sobre los atributos de Dios, por no seguir dando el espectáculo de desbordarme.

Mayor fue mi vergüenza, cuando recibí un recado de varios caballeros, suplicándome que les diera a ellos también habladas, en unos ejercicios espirituales que proyectaban. A esto ya no quise acceder y como no se valieron de la autoridad del señor cura, me escapé.

En casa rica y lujosa

Naturalmente, mi estado de pena interior, me inspiraba el más grande deseo de austeridades; pero ya no me permitían aumentar las que tenía. Tuve que reducirme a ciertas privaciones, que en parte me tranquilizaban. Ocupaba entonces una casa rica y hermosa, amoblada con lujo, porque sus dueños me comprometieron a ello y como no me cobraban arrendamiento,

mi madre me ordenó recibir esta caridad. Mas la conciencia, o qué sé yo qué, me privaba de hacer uso de tales lujos, no obstante los reclamos de los dueños.

Había un oratorio lindo, contiguo a una pieza que elegí para mi dormitorio, por ser independiente. Al pie de un devotísimo crucifijo, había una sillita muy cómoda, en donde la dueña de la casa se sentaba cuando vivía en ella, a rezar. Desde que la vi me pareció encantadora para pasar leyendo al pie del crucifijo. Cuando fui a sentarme en ella por primera vez, sentí tanta vergüenza de darme aquel gusto, que propuse no probarla siquiera. Rezaba a un lado de ella, sentada en el suelo. Igual cosa me pasó con otras sillas de hierro, colocadas en medio de un parquecito de camelias; jamás pude usarlas.

Vea, reverendo padre, ¡cómo me pedía Dios la vida pobre! No disfruté de la casa más que para privarme de sus comodidades. Ni crea que en esto hacía gracia, porque con ello me quedaba muy atrás del llamamiento que Dios me hacía. Bendito sea Él para siempre. Lo único que usaba, era un subterráneo sucio y oscuro que tenía la casa. Allí, sí me sentía en mi centro, entretenida con Dios y con los instructivos libros que los dueños de la casa habían dejado a mi disposición. En la biblioteca dejaron para mi uso, papel y cubiertas finas; pero ni de esto podía usar porque mi alma reclamaba su querida pobreza y no usaba sino el ordinario papel que yo misma compraba. Mire, padre mío, cómo Dios celaba mi vida.

Con tales gracias y llamamientos debía yo ser una de las mejores servidoras de Dios. ¿No es verdad? ¿No advierte reverendo padre en lo que voy refiriendo, que, sin aparecer todavía, al menos de un modo claro, la vocación misionera, se ven cositas que son como sus complementos? Por ejemplo, de tener terror a lo cómodo y amor a lo abandonado, a lo áspero, y por decirlo así, a lo desechado. En mi interior el dolor y el amor demasiado locos, eran también entonces, menos amplios, por decirlo así, como muy concretos, a ciertas cosas y muy como míos y en mí. Me faltaba conocimiento de Dios para darle a mi espiritualidad, esa universalidad tan una, ¡ese abarcarlo todo para ser nada! Esa oscuridad tan luminosa que nos despersonaliza. Eso en fin, que no sé decir, ni cómo lo sentirán los demás.

Estudiar a Dios es el cielo

Pero ya Dios llegaba con aquel conocimiento, del cual mi alma no era capaz sino lentamente. En los ejercicios de aquel año, desde la meditación

del fin del hombre, que siempre me había sido lo más indiferente del mundo, sentí una unción especial. Si el hombre ha sido creado para alabar a Dios, me decía, mi primer deber ha de ser, abarcar muy bien lo que es alabar. Busqué diccionario, consulté libros y pregunté a sacerdotes. De todo logré sacar el verdadero espíritu de la palabra. Alabar, es conocer, el que conoce adora, puesto que reconoce la soberanía de Dios, luego en alabar, se envuelve toda la religión.

Esto, a fuerza de meditarlo, lo fui haciendo extensivo a todos los deberes para con Dios y me llené de tal modo del deseo de conocer a Dios tan profundamente cuanto cupiera en lo posible, que los demás conocimientos humanos, a los cuales era muy aficionada, me parecieron tan vanos, que le hice a Dios un propósito firme de no estudiar más que aquello que necesitara, para el inmediato cumplimiento de mi deber como maestra y que en cambio me obligaba a ser incansable en estudiarlo a Él, valiéndome de cuantos medios Él me inspirara.

Tenía emprendidos varios estudios que me hacían gozar mucho, porque tenía para ellos disposición especial; los abandoné sin pena diciéndome a mí misma: cultive la ciencia humana quien quiera, yo me contento con saber a Dios. En el cielo tendré ciencia, si ella ha de ser mi gozo, y me parecía tan despreciable lo que antes había estimado que, con gusto hubiera reducido mi vida al estudio de Dios sólo; pero no por medio de otros conocimientos como antes había pensado, sino derecho, sin perder un minuto, ni dar un rodeo.

Antes, al preparar las clases me entretenía haciendo apuntes curiosos y amontonando conocimientos en la cabeza, creyendo que cuanto más supiera, mejor cumplía la voluntad de Dios y más hábil maestra resultaba. Ahora esto se me volvía la cosa más insulsa. Pudiendo ir derecho a la fuente, ¿para qué entretenerme recogiendo gotitas del rocío del camino?. Estudiar a Dios es el cielo, me decía, ¿para qué estudiar las criaturas, que aunque son para Dios, son de la tierra? Además se me volvía tan corta la vida para perder un minuto, en otra cosa que no fuera conocer a Dios y tan estrecho mi entendimiento y en general mis facultades todas tan poquitas para conocer y amar a Dios, que me parecía casi un crimen, cargarlas con otra cosa aunque fuera buena.

Se me ocurría que si ese cargo se lo hicieran todos, se acababa la ciencia y todo se volvería un desastre, una nulidad en la vida, porque muchos debían ir a Dios por medio de los rodeos, decía yo. Me respondía siempre

lo mismo: háganlo otros, yo me voy derecho, no voy a dejarme enredar en la tierra por nada. Dios sabrá conservar su mundo como quiera, yo me iré a Él con este conocimiento de su Ser que entra en su adorable voluntad.

Con estas reflexiones me sentía como descargada y libre de algo que me parecía detenerme. Era una especie de avaricia o de ambición horribles. Avaricia porque quería conservarme entera, completamente entera, para esto de conocer y amar a Dios. Servirle de otro modo no entraba entonces en mi programa. Me parecía mucho despilfarro de mi ser, ocupar cualquier facultad o gastar cualquier esfuerzo en algo que no fuera directamente conocer y amar a Dios; no quería ni verlo; esas ansias se me reservaban para más tarde.

Era como una bala de cañón que iba derecha al Ser de Dios. Así me figuraba que debía ser por lo menos. Vivía y participaba de la vida de familia, como porque Dios lo quería; pero sin ocupar nada, absolutamente nada ni en gustar, ni en pensar nada de eso. Era descuidada de mi persona y sólo a la obediencia le prestaba atención. En fin, nadie podría darse idea de esto sin haberlo sentido. Una absoluta desocupez (perdóneme esta palabra) de mi ser, o en mi ser, para darle lugar a Dios. Esto sí me parece que era mi gran necesidad. ¿Cómo hacer el vacío absoluto en mí, para en ese vacío, echar a Dios? ¡Ay, padre mío! ¿así sentirán todos? ¿Y si no sienten así cómo vivirán?. A mí todo lo que no fuera Dios me sabía como si estuviera chupando un ovillo de hilo. No me podía gastar en nada porque me necesitaba para Dios. Más tarde desapareció hasta eso. ¡Dios mío cómo vas llevando las almas!

Pues, como iba diciendo, abandoné todos los estudios y hasta mirar un periódico me causaba remordimiento y me concreté a estudiar a Dios.

En primer lugar, me dirigí a los sacerdotes amigos, a que me indicaran obras que enseñaran cuanto de Dios sabían los hombres. Riéndose, pues bien veían que no había de entenderlo todo, me hacían listas de libros útiles para lo que me proponía. El primero que pude conseguir fue: "Hermosura de Dios y su amabilidad", por el padre Nieremberg.

Para que se vea mi ansia referiré cómo lo conseguí:

Me enrolé entre la gente que iba a un entierro, por hacer algo por el muerto. Y así entré a una casa rica. En la misma capilla fúnebre tenían sobre una mesa ese libro. Se me ocurrió que podía Dios ponerme allí el

que necesitaba y le dije a la compañera que con todo disimulo, viera si podía leer el título en el lomo del libro. Yo hice lo mismo y entre las dos logramos leer, pues quedábamos distantes. "Hermosura de Dios". ¿Qué más quería yo? Apenas salí del entierro, me fui a las librerías a buscarlo. No lo había; pero me dijeron que el último ejemplar lo había comprado el seminario. Sin ir a la casa fui al seminario y lo conseguí prestado.

Cerca de dos años me estuve leyéndolo y gozándolo, por decirlo así, porque leía despacio y a veces pocas líneas, para darle campo al afecto que despertaba en mi alma. Sobre todo, unos gozos de los atributos de Dios, me sacaban de casillas, como suele decirse y me ponían loca. Esto, revelando padre, que llamo locura ¿será lo que llaman embriaguez espiritual?. Sobre todo con la vida divina tuve un día una terrible que me hizo lanzar gritos locos. Por fortuna, estaba sola en un huerto y nadie vio ni oyó aquel escándalo.

¡Dios mío, cómo entonces me pareció muerte cuanto no eras Tú! Vi con tan clara luz cómo sólo Dios es Vida y cómo los humanos no tenemos idea de lo que es vida y damos ese nombre a lo que es verdadera muerte. Vi, cómo el tiempo es muerte y la eternidad vida; vi, cómo en Dios se contiene la vida tan plenamente, con un abarcar de muchos conceptos a la vez, que en mi asombro gritaba como ebria verdaderamente: ¡Viva mi Dios tan vivo! y lloraba con el dolor más violento; luego volvía a llamar a Dios diciéndole: ¡Señor, la muerte llama a la Vida! ¡Si no vienes en mi apoyo, mi alma abandonando este cuerpo se irá tras de tu Vida, que será la mía, si es que la muerte puede llegar a tener vida!

En fin, le decía muchos disparates que de ninguna manera expresaban el dolor de mi alma, ni los conceptos que me formé en aquel como relámpago de mi vida que el señor de mi corazón me dio.

Desde entonces, siempre que se habla de vida, tengo recelo de decir esta palabra en el sentido que le damos ordinariamente, en lo moral, o en general en todas las faces que ella tiene. Por supuesto, que jamás llegaré a decir lo que comprendí. La vida Dios mío, lo que es vivir, ¡Quién lo dirá sino el que conozca esa fuente perenne de Vida que es tu Ser infinito!

¡Dios mío! el verbo agonizar es el único verbo que se conjuga en la vida de acá abajo. Todo va muriendo y cuando muere no pierde vida, porque lo que se le va es el germen de la muerte, no es la vida.

¡La vida no está aquí! La muerte es la completa ausencia de la vida y lo que llamamos muerte no es eso, porque encierra otras agonías de las que aquí llamamos vida. La vida es la presencia de todo lo que en sí es. Yo no sé lo que entendí, ni continuaré bregando por expresarlo, porque temo decir algo que desvirtúe el concepto, más bien que expresarlo.

De todos modos, desde entonces aprendí a estimar este acabarse de lo que llamamos vida, o mejor decir, este pasar del tiempo transformando las cosas para fijar al hombre en una posición eterna, en una plenitud, según la capacidad de su ser; pero siempre lo que constituya su vida, entra en el Ser de Dios.

Desde aquel tiempo reverendo padre, tengo la costumbre de, cuando diviso cimas de cordilleras, con la imaginación me subo a ellas y saltando de unas a otras, gozo gritando desde ellas: ¡Viva mi Dios tan vivo! ¡Viva mi vida tan viva! No sé por qué le he dedicado esas cimas a la vida de Dios. No me doy cuenta; pero sí puedo asegurar que jamás las miro, sin recordar aquella impresión y sin tener esa imaginación y gozo. Estas cosas serán simples boberías, pero ya sé que yo no puedo sino con simples boberías.

La lectura de este libro del padre Nieremberg, me hizo mucho bien y me encarriló, para la lectura de otros, sobre el mismo asunto. Estas lecturas llenaban los tiempos que antes daba al estudio y me llevaban como de la mano, al mejor conocimiento de Dios. Nunca me ha pesado el cambio que hice y aunque considero, que las maestras hábiles le hacen falta al mundo, creo que la mejor habilidad no es la que se consigue en los libros y que amar a Dios vale por todas las ciencias del mundo. Dios mío, esto se dice, pero no se comprende. ¡Cuánto diera yo, porque se comprendiera!

Ahora mismo padre mío, cuando escribo esto, me asalta el temor de no ser comprendida, no por vuestra reverencia, sino por otros, que quizás, lleguen a leer esto, y me espanto de escandalizar con la misma verdad que encierran estas palabras.

Diagnóstico de un médico

Por supuesto, reverendo padre, que de este modo de sentir y obrar no daba cuenta a nadie porque no lo advertía, no la hubiera dado, porque se me hubiera ocurrido que todos sentían lo mismo, sobre todo los que trataban del amor de Dios. Imposible suponer que se pudiera hacer de otro modo.

Hoy, ya la experiencia me muestra en esto, una cosa excepcional, por supuesto. Pero es tanto lo que entienden los hombres que, veinte años después, regañándome un médico de mucha confianza en la casa, porque no podía curarme la cabeza, si no me moderaba en mis manías, decía él, me hizo la descripción más exacta de cuanto he referido, como si él hubiera estado en mi mismo interior y terminó diciéndome: Usted hubiera vivido, sin suelo para pisar, si para tener suelo, hubiera tenido que quitarle a Dios, un pensamiento. Por eso, no se ha hecho arreglar los dientes nunca, pues se los conozco siempre dañados, porque le parece que la atención que le da a los dientes, se la quita a Dios. Él me regañaba, dándome los sermones más juiciosos y cristianos; pero yo, aunque interiormente veía que era la verdad, no se la confesaba. Carmelita que esto oía, lo felicitó, porque había dicho toda la verdad.

Confieso reverendo padre, que en estas cosas pude tener exageraciones reprensibles; pero el ejercicio de las virtudes ordinarias que me proponía adquirir sin menoscabo del amor de Dios y para su gloria, impidió que estas exageraciones hicieran algún mal, como lo suponía el médico; y además, nadie sabe lo que en mi alma había. ¡Qué tirar tan espantoso del amor y de la gracia! No es extraño que, frecuentemente, los santos parezcan locos, siendo los cuerdos del mundo!. Es que hay fuerzas interiores que todo lo dominan. Y si Dios es su autor, ¿quién podrá quitarlas? ¡Dios mío, que cuando te pones por delante, enloqueces de amor, y cuando por detrás, de ansias por verte!

Más o menos hasta este tiempo, mis ideas eran comprendidas por las discípulas. De esta época en adelante, tuve que reservarme muchas y sólo cuando encontraba una que otra alma de amor especial a Dios, le lanzaba alguna de ellas y casi siempre les hacía bien. Ya para hablarles a las discípulas, procuraba medir un poco lo que decía.

CAPÍTULO XI

**- ME ASOCIÉ CON MI PRIMA LEONOR - ELECCIÓN DE LOS DOS
PRIMEROS LIBROS - SE PRESENTÓ EL DEMONIO QUE QUERÍA
VENGARSE - LOS EXÁMENES NO DEJARON QUÉ DESEAR
- HICE VOTOS POR DEVOCIÓN - BUSCABA VOLVERME BUENA
- GLORIFICAR A DIOS - VOTO DE HUMILDAD - ARREGLÉ UN
ORATORIO Y UN LECHO CONFORME A MIS ASPIRACIONES
- AGRADECIMIENTO POR MI CREACIÓN**

*"Espera en el señor y haz obras buenas y habitarás en la
tierra y te sustentarás con las riquezas de ellas". (Sal.36,6-4)*

Me asocié con mi prima Leonor

Terminado este año de 1897, ya Leonor Echavarría había principiado el Colegio que por tanto tiempo formaba nuestro proyecto predilecto, y yo ya no tenía compromiso con el Gobierno. Estaba pues libre para venirme a Medellín, a trabajar con ella. Me dolía salir de Santo Domingo porque en general, le debía mucho a aquella sociedad y porque las discípulas correspondían tan bien a mis anhelos, que las veía avanzar en las vías del amor de Dios, con velas desplegadas; pero para el asunto de mi vocación, la venida a Medellín tenía gran importancia a mi modo de ver. Me parecía que en alguna manera las monjas me tendrían más en la cuenta. Pobre de mí, no sabía que muchos años y muchas penas habían de pasar por encima de mí, para llegar a convencerme de que otra, muy recóndita, era la voluntad de Dios.

De Santo Domingo se vinieron conmigo, en calidad de internas para el Colegio, varias niñas, quienes después de estudiar han venido a quedar muy bien colocadas; una en el cielo y murió con señales de haber llegado a una perfección bastante avanzada; las otras han sido religiosas ejemplares en diversas comunidades. Era natural: El palo que trabajaba era blando y delicado. Esas niñas de Santo Domingo eran especiales. No fueron éstas las únicas escogidas por Dios. La mayor parte de ellas han dado el mismo resultado. Bendito sea mi Dios.

Vine a Medellín y como el buen nombre de Leonor como maestra, era ya bastante conocido, el Colegio se levantó muy bien, con personal de gente muy culta y de refinada virtud. El trabajo se distribuyó entre las dos

y algunos profesores. Trabajamos en una tal unión que, jamás tuvimos que determinar cuál de las dos era la Directora.

Decía, con mucha gracia Julio, un hermano de Leonor, que por fin se había visto el caso de un cuerpo con dos cabezas funcionando a maravilla. Era verdad no obstante los contrastes que formaban los dos caracteres y condiciones de vida. Enumeraré algunos para que se vea este contraste: Ella, unos tres años más joven que yo, me llevaba en todo lo demás muchos quilates; más inteligente, más ilustrada, pues había estudiado desde niña y había podido estarse en la Normal hasta terminar los cursos para escuela superior; de un carácter tan amable que parecía miel sobre hojuelas; piadosa, de corazón tierno, como ya lo he dicho; alegre, con una cultura rara; vestía con la elegancia de las de su clase, pero con suma modestia; no había sufrido nunca y se estremecía cuando pensaba que pudiera venirle algún sufrimiento; era además, bella en toda la acepción de la palabra. Yo era todo lo contrario y aunque ya no tenía ese carácter áspero de mi niñez, era seria y enérgica.

En una palabra, yo me vivía la vida y a ella había que vivírsela. Dependía de su amigo, como llamaba a su padre, como el tallo depende del tronco.

El contraste era completo. Sólo nos parecíamos en el miedo a los hombres. Cuando salíamos a la calle, naturalmente yo como mayor, llevaba la acera*. De pronto Leonor, se me iba arrimando hasta quitármela; invariablemente me indicaba esto que un hombre la miraba. De novios, bailes y demás diversiones mundanas, no gustaba. Sólo asistía al teatro cuando su amigo llevaba la familia, que era pocas veces y a piezas muy edificantes, si era que las había.

En el Colegio ella era la miel y yo el pan. Si se trataba de una reprensión, me llamaba aunque la falta se la hubieran cometido a ella. Cuando se trataba de correcciones generales, se ocultaba y me dejaba sola, aunque ya me había puesto las quejas del caso. A pesar de todo, no era débil y sabía sostener el orden y las reglas de conducta que se habían fijado.

De su terror al sufrimiento, puede colegirse por lo que sigue: En una conversación, le dije que las penas eran el patrimonio de la humanidad. Nada me dijo, pero al otro día me llamó muy triste y me dijo: Laura, dime, por Dios, que no es cierto lo que me dijiste ayer. No he podido pensar en

que eso sea cierto. ¿Cómo va a ser posible que todos tengamos que sufrir? No pude menos que echarme a reír. Ella no se tranquilizó. Había pasado mala noche con noticia tan común.

Calcule padre mío, qué contraste tan fuerte formábamos a este respecto. Respetaba mis palabras hasta creerlas como evangelio vivo. Me obedecía fielmente en cuanto le manifestaba querer; por eso iba volviéndose cada vez más piadosa. Parecía como que mi espíritu se le pasara a ella.

Elección de los dos primeros libros

El día que recibimos el dinero del colegio, lo repartimos por iguales partes; pero habíamos hecho el contrato de separar siempre una cantidad igual, para comprar libros y debían ser elegidos uno por ella y otro por mí, con la obligación de leer ella, los que yo eligiera y yo, los que ella eligiera. Un día fuimos a una librería con dinero para comprar varios libros. Nos sacaron los que habían venido últimamente, entre ellos la vida de San Benito José Lavre, el santo que medio había conocido en Fredonia con emoción tan grande y la vida de Santa Catalina de Sena. Inmediatamente ella eligió ésta y yo la del mendigo querido. Cambiamos los libros para leerlos, según nuestro contrato. Pocos días después me dijo:

- Laura, ya no puedo leer más en aquel santo tan miedoso y sucio. Yo le contesté: Ni yo en esta santa tan rara.

Ninguna nos creíamos capaces de acabarlos, por lo cual determinamos dispensarnos del contrato y cambiar los libros. Supóngase, padre, con qué ansia tomaría yo el mío. Con la primera página me embelesé. No leía dos líneas sin bañarme en lágrimas; ni volví a meditar; me bastaba un pasaje de esta vida admirable, para embobarme las horas enteras. Ya la celda carmelitana me parecía fría ante aquellas calles de Roma, atravesadas en unión con Dios, en medio de tanta humillación; varios años me sirvió el libro como único alimento. Leonor leía, muy contenta, a santa Catalina de Sena y se reía de verme tan perdidamente enamorada del santico tan feo, como ella lo llamaba. Yo no podía nombrarlo sin lágrimas. Mayor motivo de risa para mi buena amiga.

La lectura de esta vida, formó una revolución rara en mi alma, por lo cual tuve que darle cuenta de ello al que dirigía por entonces mi espíritu.

Tuve que hablarle también de mis antiguos anhelos de vida humillada. El padre no me dijo nada en contra de esto y yo seguí con aquel anhelo como si fuera una verdadera vocación. Me servía, por supuesto este anhelo, para mantenerme unida a Dios, que el Director no creyó conveniente prohibírmelo.

Se presentó el demonio que quería vengarse

Lo de preparar las niñas para los sacramentos corría de mi cuenta, y me esmeraba en hacerlo tan bien como me era posible. Había existido en Medellín un colegio de carácter un poco libre y casi todas las alumnas de él se pasaron a nuestro colegio. Eran, por supuesto, las que peor se manejaban en todo sentido y esperábamos con ansia, la época del retiro anual que se les daba a las alumnas, para ver si se componían.

En ejercicios, Leonor me las entregó porque decía no poder entenderse con ellas. Les hice una serie de explicaciones sobre la confesión y ellas manifestaron suprema repulsión por este sacramento. Mayor cuidado tuve en conmovérlas. Ya en los días de la confesión me hablaron claro: Me dijeron que no se confesaban, que más bien se saldrían del colegio.

Emprendimos una cruzada de oraciones pidiendo la conversión de estas pobres niñas. Cuando ya casi desesperaba de conseguirlo, me llamaron en secreto y me dijeron:

- Nosotras no nos confesaremos porque lo hemos hecho siempre sacrílegamente y como ahora usted nos ha hecho ver la gravedad de la comunión sacrílega, no lo haremos más; pero tampoco somos capaces de confesar las faltas que venimos callando hace mucho tiempo; en consecuencia, nos saldremos del colegio.

Qué sentencia aquella, padre mío, imposible declararme vencida. Me puse a llorar por tal desgracia y ellas como me querían mucho me acompañaron en el llanto mucho rato. Al fin, una muy resuelta, me dijo que había cometido un pecado muy grande en materia de pureza por la mala vigilancia de aquel colegio y con la mayor confianza, me dijo el pecado. Yo sólo le dije que no me dijera más, que yo pediría permiso para oírsele, si era necesario; pero que antes de tener la licencia, no me dijera nada. Hablé con el confesor y me ordenó oírle cuanto quisieran decirme y que les abriera

los caminos para salir de estado tan lamentable. Eran ocho las culpables. Al oírlas les infundí confianza en Dios de quien tenían miedo y les ofrecí decirle yo misma a un confesor desconocido, la falta, de modo que ellas, ya no tuvieran que explicarle nada. Consintieron en ello y me fui a un sacerdote amigo con quien quedó arreglado que se las llevaría del modo más prudente, para que no fueran conocidas por él. Aquellas pobres niñas se confesaron bañadas en lágrimas y fue una conversión cierta.

La noche del día en que se confesaron puse las internas a estudiar en el dormitorio, para yo acostarme un momento, pues estaba rendida de cansancio. Mi cama estaba cubierta por un toldillo que no llegaba al suelo y desde ella, podía vigilar el estudio perfectamente. Tan pronto como me recosté, oí, pero no con los oídos materiales, sino de otro modo, que oír era entender. No sé cómo puede ser esto. Pero oí que el demonio venía y que decía: Voy a vengarme de esta advenediza que me ha arrebatado lo que yo poseía con justos derechos. Como este oír era entender, yo comprendí que la advenediza era yo y que lo poseído por el demonio, eran las pobres niñas que se habían confesado. Esto pasaba sin dejar de oír el estudio de las niñas que lo hacían esa noche en historia natural.

Me senté a esperar al demonio y muy pronto vi llegar, por debajo del toldillo un animal parecido a un perro o lobo con cascos de mula y unos cuernos negros muy retorcidos. Entró y sin abrir la boca me repitió las mismas palabras, que oí del mismo modo y agregó que se vengaría de mí, metiéndole una tentación a mi hermano, con una sirvienta que se hallaba muy dentro del interior de la casa, que era muy grande. Entonces no sabía yo, que entre hombre y mujer hubiera tentaciones, ni de qué clase serían; por eso no me alarmé mucho. Pero el demonio me dijo después, que tumbaría el colegio porque no lo resistía y que lo haría levantando una calumnia contra mí.

Entonces, quise darle con el Cristo que tenía a la mano y lo alcé para ello, pero me pareció hacerle mucho honor y me levanté, lo cogí de los cuernos, que eran fríos, muy fríos y lo torcí, como haciéndole formar un remolino. Lo estregué contra el suelo y le dije que saliera que él no tenía que meterse en lo que era mío y que no haría más que lo que Dios le permitiera.

Mientras lo estregaba contra el suelo, le dije que le quedaban muy mal las zancas de mula y que no le tenía miedo, que hiciera lo que quisiera, pero que yo contaba con Dios. Aquel animal producía contra el suelo un ruido como de cuero que se arrastra y creí que las muchachas que estudiaban se habían percibido de él, pero el estudio continuaba lo mismo que antes.

El animal salió por entre las dos hileras de estudiantes y yo salí detrás, preguntándoles a las niñas si no habían visto pasar un perro; pero me contestaron que no y seguí hasta el cuarto del zaguán en donde encontré a mi hermano dormido. Regué mucha agua bendita y me fui a hacer lo mismo en el cuarto de la sirvienta. Volví a la cama y como noté que las niñas no se habían dado cuenta de nada, me callé. Comprendí sí, con mucha claridad, que el demonio me tenía miedo y que iba a molestar mucho a cuantos dependieran de mí, por causa mía; pero que a mí, no me arremetería más.

Cosa rara, Padre mío, no se me ocurrió referir aquello a nadie. Fue como si nada hubiera pasado. Sólo un año después le conté a Carmelita, como si fuera la cosa más común del mundo; sólo cuando ella se mostró asustada, vi que aquello era raro.

Las niñas siguieron una vida muy buena y cristiana y el Colegio entró en era de progreso. Nada indicaba que la venganza del diablo fuera a cumplirse. Viendo esto un día le dije al confesor, que también era director del Colegio, que yo esperaba que el colegio se caería por una calumnia a mí. Eso no lo creo, me contestó. Y como jamás le hablé de lo del diablo, la cosa no siguió. Verdaderamente nadie podía augurar el desastre de Colegio, porque el diablo no tenía por qué darse prisa y además, apenas se comenzaba y debía dejarlo crecer para que su triunfo tuviera alguna resonancia al tiempo que Dios le señale, él aparecerá.

Los exámenes no dejaron qué desear

Los primeros exámenes fueron un desbordamiento de entusiasmo en Medellín. Entonces no eran los colegios abundantes, puede decirse que no había así que diera bastantes garantías de adelanto, sino el de la Presentación. Por eso, este colegio, al tanto de los métodos más modernos y con Leonor y su nombre tan merecido, era natural que se llevara la simpatía de la ciudad y sobre todo, de la clase alta. Los exámenes no dejaron qué desear y, el año siguiente, el número de educandas nos exigía cambio de local y nuevos profesores. Lo hicimos entrando a trabajar en él lo más

escogido del profesorado de entonces. No se trataba de economizar sino de mejorar el colegio. El internado creció tanto que llegó a ser como un colegio nacional, pues de todas partes venían niñas.

Hice votos por devoción

Con estos progresos, yo no me halagaba sino por cuanto la dote o la renta para dejarle a mi madre, en caso de que me permitieran echar por el lado de San Benito José Lavre, se recogería más pronto. Por esto me dediqué con todas mis fuerzas a aquel trabajo. Pero era imposible que me dejara envolver en el oleaje de vida cómoda y de aristocracia que me rodeaba, porque mi espíritu reclamaba sin cesar y no podía por lo mismo, esperar que llegara a mi destino para darle algún descanso a mi alma.

Arreglé con el confesor para que me permitiera hacer votos por devoción, de castidad, pobreza, obediencia y humildad. Por el primero, me obligaba a guardarme cada vez más de cuanto pudiera ofender la santa virtud y a no casarme nunca. Esto no era mera fórmula porque no faltaban pretendientes y propuestas matrimoniales pues a los hombres no les bastaba conocer mi profesión de beata, que a nadie ocultaba, para no pensar en mí, porque les parecía que había de cambiar por estar tan joven. No cesaban de molestar, aunque para mí no era molestia, porque apenas los advertía y aunque jamás me cupo duda acerca del matrimonio, mi voto era como una voz constante de fidelidad a Dios que en algo me aliviaba.

Por el de pobreza, me comprometía a no disponer de nada de lo que ganaba, sino entregarlo a mi madre, a quién hacía dueña de ello. Si algún gasto se me ocurría, debía pedirlo a mi madre, sometida a su voluntad. Mi madre disponía de lo de mi vestido y en aquello que ella no dispusiera, yo debía elegir lo más pobre y malo. Por eso, no volví a vestir de lana, cosa completamente extraña a mi profesión y posición; pero como mi madre me lo permitió, estaba tranquila. Las discípulas de más confianza que deseaban verme bien vestida, clamaban a mi madre, diciéndole que apenas las cocineras vestían siempre de algodón. Ella les contestaba: Yo respeto mucho los deseos de Laura y por eso me someto a verla así. De seda, imposible pensar.

Un día le hice a Leonor un sermón tan terrible de la responsabilidad de vestir de seda (entonces era eso raro) y no dar a la vez al pobre algo que equilibrara delante de Dios la balanza de nuestros gastos con la de las necesidades de los pobres, que después, siempre que compraba un traje de

seda, venía a que arregláramos las cuentas. Se las hacía así: ¿Cuánto te costó el traje? ¿Cuánto te hubiera costado si fuera de lana o algodón? Pues esa diferencia de precios debes darla a un pobre. Era tan exacta en esto, que jamás se ponía el traje, sin poner en mis manos la suma del pobre. Después, con mucha gracia, decía: Este vestido, es más mío que los otros, porque ya se lo compré al pobre, después de haberlo pagado muy bien en el almacén. Lo mismo le hacía reconocer respecto a los trajes pasados de moda, o gastados, los cuales la gente rica tenía la costumbre de vender. ¿Para qué vas a vender, Leonor, a un pobre, lo que es de él por muchas razones?

Después de oírme esto, no volvió a vender nada. Lo ponía en mis manos y yo sabía a quién se lo daba. Esta criatura era la docilidad misma; por eso la premió Dios, como se verá más adelante.

Pero me distraje de lo de mis votos. Reanudo, reverendo padre:

Por el voto de obediencia, me comprometía a poner mi voluntad y juicio en manos del confesor en lo que se refería al espíritu y en manos de mi madre, en lo que se refería a la vida en general. Por el voto de humildad, me obligaba a trabajar incansablemente en conseguir el propio conocimiento; a ocupar el último lugar en cuantos casos fuera posible y a mantenerme delante de Dios siempre como la más miserable, con el recuerdo amargo de mis ingratitudes.

Hoy veo, reverendo padre, que estos votos hubieran sido causa de inquietud para otros. Para mí, sólo eran causa de mucha alegría, porque sabía la mucha gloria que dan a Dios. Jamás he mirado a Dios como agente de policía que atisba el momento menos pensado, para castigarme, como las gentes bajas. Estaba segura de que mis palabras me comprometían a más de lo que daba con la práctica; pero Él, más que nadie, sabe la maderita de que somos hechos; mide nuestra poquita poquedad, pues hasta lo poco en nosotros, es poco y atiende al corazón. Si éste es recto, si está encendido, si suspira por su gloria, la poquita poquedad, la imperfección misma le gusta, la saborea, como nosotros agradecemos el servicio malo o imperfecto que nos presta un inválido, cuando sus miradas nos muestran un corazón amante. Por eso, como yo buscaba con estos votos la gloria que a Dios le daban, me preocupaba muy poco, de si se enojaría, o no con mis cojeras. Ni me daban qué sufrir los tales votos. Me quedé pensando qué otra cosa podría hacer por el Dios de mi alma y eso sí era tormento insufrible, ver que no se me ocurría otra cosa en la que pudiera mostrarle mi amor.

Buscaba volverme buena

Hoy, reverendo padre, observo que con esos votos, aparte de la gloria de Dios, buscaba el volverme buena y me río. ¡Llegar a ser buena!, Dios mío, ¡qué locura tan irrealizable! Nuestro Señor mismo dijo: Sólo Dios es bueno. Además, ya David lo había dicho, o Job, no recuerdo: "Cómo podéis volver puro lo que de impura simiente ha sido concebido?" Además, si uno llega a ser bueno ¿qué se consigue? ¡Bien poca cosa es verse bueno, y que lo vean, cuán vano! Y delante de Dios, ¿cuándo seremos buenos?.

Por esto hace mucho tiempo que ese anhelo de ser buena desapareció y sólo quedó el de que Dios sea glorificado. Eso sí que me llena, sin satisfacerme por supuesto porque la medida de la gloria de Dios, aquí en este bajo suelo es tan pequeña que, cuando la llenamos, nos queda la amargura de ver que nada se hizo y que falta mucho por hacer y que la medida de nuestro poder ya se acabó. ¡Es cosa casi desesperante esta impotencia nuestra para el servicio de la gloria de Dios!

En la época de mis votos me parecía que ser buena, no sólo era fácil sino que me daría descanso. ¡Majadera! descansar en ser buena es la estupidéz del mundo. Glorificar a Dios, eso es el descanso único, necesario y hasta dulce, pero en el cielo. Aquí es descanso amargo, muy amargo, pero no se puede vivir sin Él.

No sé si me equivoco, padre mío, pero creo que el cansancio de muchas personas en el camino del bien, es porque han comenzado halagadas por la idea de ser buenas o si se quiere santas, y eso es muy poca cosa, para tantos años de trabajo. Supongamos que después de esfuerzos muy grandes se llega a ser bueno o a parecerlo. ¿Qué es eso? la cosa mas vacía. ¿No le parece? Y como la pícara naturaleza no se está mucho tiempo sin dar de sí, ¡la decepción es tan grande!. Total que se va desalentando y con mucha razón. Si el anhelo era ser santas, por serlo, se entiende, como sólo Dios hace los santos y nosotros no pasaremos de una virtud ordinaria y siempre con el auxilio de una gracia, nos quedamos esperando aquel resultado y al ver que no llega, determinamos dejarnos y aun no creer en la santidad ajena.

Glorificar a Dios

Todas estas vías me han parecido, reverendo padre, muy arriesgadas y muy insípidas, por decirlo así, y después de un tiempo de fracasos, me

resolví a perder de vista estos puntos tan poco seguros y tomar sólo uno: ¡El de glorificar a Dios! Reduje todos mis anhelos a esto, desde el tiempo que he referido, de mis lecciones o estudios acerca del Ser de Dios. Además, me encontré con una especie de asco de mi misma y me encantó Dios tanto, que fue como si hubiera botado el ovillo de hilo de la boca para echarme un confite.

Glorificar a Dios ¡sí es cosa factible, digna, justa y deliciosa! Ser santa, es precisamente la mayor gloria que puedo dar a Dios en mi ser, y por darle esta gloria quiero serlo; pero el sentirme santa, es un bagazo. Y no es que desprecie esto, es que ante la idea de la glorificación de Dios, todo es bagazo. No sé, padre mío, si me haré entender. Mire, es como una mujer que ya no anhela ser bella porque la belleza se pasó a ella. Siente tal plenitud en sus deseos que se ríe de su antiguo anhelo de ser bella. Así me pasó a mí. De pronto sentí tanto vacío de ser santa, me encontré tan indigna de serlo y tan imposibilitada para llegar a tal estado, que me hubiera afligido si la gloria de Dios no se me hubiera presentado, como la plenitud de lo que buscaba, como el objetivo de mi vida, como mi dicha, aún prescindiendo de mi felicidad, si esto fuera posible. Con este ideal, las fuerzas no se agotan, la vida es siempre corta, los sufrimientos por grandes que sean, son siempre pocos. Uno es siempre tan pequeño ante el ideal, que le es imposible o poco menos, preferirse a nada. ¡Oh! ¡la gloria de Dios! Después diré, si puedo, lo que de ella me ha dado Dios a sentir. Tiemblo de pensar que he de decirlo

Pues en el tiempo de mis votos, apenas divisaba yo, por decirlo así, lo que era la gloria de Dios. Sin embargo, ella fue el motivo principal para hacer mis votos, así como cierta necesidad de mostrarle a Dios un amor especial; pero aún me maltrataba el deseo de ser buena. Un mayor conocimiento de Dios había de hacerlo desaparecer, como se verá.

Voto de humildad

En cuanto al voto de humildad, no advertía yo que a pesar de los arranques de mi naturaleza, vencidos siempre por la gracia, había Dios echado en mi alma como la información de esta virtud, (tomo aquí la palabra información en el sentido que se le da en esta definición: "El alma es la información del cuerpo"). En aquella pena tan terrible que me produjo la vista de mis miserias, en los ejercicios de 1894. De modo que me obligué a hacer no lo que ya hacía sino lo que tenía. Sólo una cosa rara me ha

pasado en materia de humildad, reverendo padre: Que me dejo llevar de la franqueza o sinceridad con mucha frecuencia y digo cosas que las otras han convenido en que son de soberbia y cuando me llaman la atención acerca de la palabra o concepto que he emitido, me asusto y no comprendo cómo puede ser aquello hijo de soberbia. Para eso precisamente me ha servido mi voto de humildad, para poner más cuidado en evitar aquello.

Sin embargo, es bueno hacer constar que mis confesores, muy frecuentemente, me han dicho que soy muy soberbia, y les creo, pues ellos son los que mejor me conocen. Además, el hecho de no poder vivir como mi miseria merece, ya es un tormento. Gracias a la bendita persecución que jamás me ha faltado, he podido algunas veces ocupar un puesto, que si bien no es el que merezco, sí se acerca un poco a él. Más todavía que los desprecios me han humillado los elogios y preferencias. Por ejemplo, en la Normal, al recibir los mejores premios sentía tal humillación, que hubiera querido en esos momentos publicar mis pecados, más bien que recibir aquellos premios. La popularidad ha sido otra de las causas de mayor humillación que me ha llevado a ejercitar la santa virtud de mi voto. Debo confesar sin embargo, que me hacía sufrir más en los primeros tiempos, porque después, las penas de la vida me la han hecho despreciar tanto, que me da lo mismo ella que las afrentas

Para que mire las cosas desde su punto verdadero, me ha dado Dios lecciones muy fuertes. Entre otras citaré ésta: Un día por la mañana fue al colegio un padre de familia a decirme que iba a establecer un proceso jurídico contra mí por corruptora de la sociedad, agregando insultos tales, que si Dios no me sostiene, me hubiera afligido. Y ese mismo día fui a visitar al ilustrísimo señor Pardo³¹ y me hizo la propuesta de que me entrara al convento de La Enseñanza (Compañía de María) y que me dispensaba la dote y le ponía una renta a mi madre, porque me necesitaba para ponerme inmediatamente de maestra de novicias, dispensándome el noviciado y poniéndome a la vez como maestra de pedagogía de las otras monjas. Asustada le dije:

³¹ MONS. JOAQUÍN PARDO VERGARA. Nació en Bogotá en enero 23 de 1843. Se ordenó en Bogotá en 1876. Fue escritor de gran renombre. Fundó la Academia Colombiana de la Lengua. Primer arzobispo de Medellín (1902), orador sólido, piadoso, correcto; humanista distinguido, erudito historiador. Profundamente piadoso, firme, discreto, prudente. Sus preclaras dotes fueron puestas al servicio de su labor pastoral, como Obispo de Medellín desde 1892. Sostuvo con sus consejos el espíritu de la maestra Laura Montoya, en momentos de suma angustia. Murió en Medellín en noviembre 14 de 1904.

- ¿Cómo puede ser eso? Me contestó:
- Puedes muy bien serlo; me satisfaces no sólo como religiosa, sino también como maestra. Le contesté:
- Ni tan mala como un señor me decía esta mañana, ni tan buena como vuestra señoría me cree. Déjeme pasar por el medio.
- Él se rió pero yo no le acepté la propuesta. Desde entonces me suenan lo mismo los elogios que los insultos, con la diferencia de que los primeros me hacen sufrir un poco más.

Arreglé un oratorio y un lecho conforme a mis aspiraciones

Continuando lo de arreglar mi vida en el colegio, del modo más semejante a la vida religiosa, que me fascinaba, no sólo hice lo votos que dejo dicho, sino que pedí y obtuve permiso de arreglarme las cosas conforme a mis aspiraciones.

Arreglé mi oratorio en la piecita del descanso de la escalera, tan semejante a las habitaciones que se elegía san Benito José Lavre. Puse una cruz, formada por dos palos de leña, una imagen de la Virgen y llevé allí mis instrumentos de penitencia. Sobre el suelo me arrodillaba, para la oración y me sentía ya en camino de mis anhelos. Como debía dormir con las internas, no podía pasar allí la noche; pero me conseguí una tarima de dos tablas, puse una piedra para almohada, diciéndoles a las internas que era para cuñar la tarima contra una cruz, del tamaño de una persona, que había colocado en la cabecera. Conseguí, además, permiso para dormir sobre unas astillas de leña y ese complemento, aunque muy oculto, por supuesto, me daba el consuelo de poder pasar las noches en la expiación que deseaba.

Como las internas me querían y respetaban mucho, conseguí fácilmente de ellas, la promesa del secreto de mi lecho. Las externas no entraban al dormitorio y no tuve que precaverme de ellas. Sólo Leonor entraba; pero ella respetaba mucho cuanto se relacionaba con mis anhelos de perfección y se callaba. Para hacerme la cruz de la cabecera, tuve que apelar al hermano, pues no hallaba palos suficientemente toscos para ella. Este buen hermano que jamás me contrarió en nada, hizo un viaje de noche para traerme, desde el río, un palo de sauce que me dio los dos que necesitaba y él mismo me hizo escondido, la cruz. Al entregármela, me encargó, muy triste, que no me fuera a matar. Dios habrá premiado a este hermano tan complaciente.

Con estas facilidades pude hacer mi vida un poco conforme a mis deseos. Mi oración fue mejor, alimentada con el consuelo de poder asimilar más mis cosas a las de la vida pobre y humillada. Sobre todo, en las noches, después de que las internas se dormían, salía a mi cuartico de la escalera y divisando, por un agujero el cielo estrellado, tenía unas ansias de cielo que me ocupaban las horas en una como agonía hambrienta de Dios. Esto pasaba en lo íntimo. En lo exterior todo era lo contrario; tenía que vérmelas con la sociedad aristocrática y debía corresponder a muchas de sus exigencias. Leonor tenía para esto mejor tino; pero al fin, el deber era de las dos.

El Colegio cada día tomaba incremento y la realización de mis anhelos parece que se alejaba más. Mi amor a las Carmelitas aumentaba y me complacía en dar cada día una vuelta a toda la manzana del convento, como respirando el aire que allí debía respirar cuando tuviera la ventura de verme libre del mundo.

La necesidad de humillación me urgía y comprendía que en el convento no había de encontrar la suficiente. Para compaginar las dos cosas, pedí permiso al confesor para hacer un voto muy peregrino. Le supliqué me permitiera comprometerme con un voto de tan luego como profesara fingirme boba o demente, para evitar que alguna vez me dieran autoridad y para que me ocuparan en la cocina o en los oficios más desechados del convento. El confesor me negó tal permiso y dejé a Dios el cuidado de darme la querida humillación cuando fuere su santa voluntad.

Agradecimiento por mi creación

Agradecía tanto mi creación que mi oración muchas veces, se reducía a considerar el amor con que Dios había ido formando todas las partes de mi cuerpo y sentía hondo dolor por no haber podido acompañarlo en esta labor, concurriendo con él a la formación de mi cuerpo y de mi alma. Para llenar este deseo, aunque tarde, me entretenía en suponer aquellas evoluciones de mi formación, naturalmente alabando a Dios en cada una.

Llegué hasta pensar en el tiempo en que la sustancia de mi ser circulaba por las venas de mis padres y me era consuelo acompañarla, alabando a Dios y bendiciéndole por la elección de cada una de las partículas de aquella sustancia. Esto me era oración fervorosa. No sé que esto se le haya ocurrido a nadie y tuve escrúpulo de ello. El confesor, aunque no sé bien si me entendió, me dijo que si esto aumentaba mi amor podía hacerlo y que

no me forzara a hacerlo. Lo cumplí, pues pasados algunos meses no tuve espíritu para ello; pero confieso que esto me fue benéfico pues adquirí una total conformidad con Dios, acerca de lo que Él escogió para mí: Estatura, color, carácter, temperamento, familia, salud, etc. A tal punto me identifiqué con la elección de Dios, que si me hubiera llamado a que eligiera mi posición, asegurándome que Él quedaría contento con la que yo escogiera, no habría elegido otra cosa. Temo reverendo padre, asegurar esto de un modo tan terminante, puesto que no he de poder probármelo con la práctica. Pero así lo siento en mi interior y se lo digo a Dios.

CAPÍTULO XII

- EL SEÑOR PARDO VERGARA Y MI VOCACIÓN CARMELITANA
- AMOR A MARÍA -VOCACIÓN PROFÉTICA - MUERTE DE LEONOR
- AMENAZAS DEL DEMONIO - MENSAJERO PROVIDENCIAL

"Cerca está el Señor de aquellos que tienen el corazón atribulado y a los humildes de espíritu los salvará". (Sal. 33, 19)

El señor Pardo Vergara y mi vocación carmelitana

Como una de las casas que ocupó el Colegio quedaba frente al palacio Episcopal, tuve necesidad de entenderme frecuentemente con el Ilmo. Señor Pardo y establecer con él cierta comunicación que no me atrevía a llamar amistad, puesto que ésta supone alguna igualdad; pero sí era lo más semejante a ella. Él admiraba mucho que dos señoritas de nuestras condiciones, nos hiciéramos la vida sin pensar en el matrimonio y nos felicitaba frecuentemente. Quería tanto el colegio que salía siempre a horas de la pasada de las niñas y aprendió a distinguir las. Me decía que era un gran descanso para un Obispo, un colegio que le diera seguridades de buenas ideas y de vigilancia.

Ya su salud no era del todo buena, por lo cual tenía sus días de cierta tristeza. Me rogaba que lo visitara frecuentemente, diciéndome que era el mayor consuelo que tenía en sus penas, que eran muchas, como las de todos los Obispos, el tratar con una persona resuelta como yo. Imposible imaginar la extrañeza de estas palabras para mí; ¿Resuelta a qué? no me podía explicar; ni en muchos años me creí diferente de los demás sino en ser más boba. Hoy comprendo que él, sin duda, entendía la acción de Dios en mi alma y que a eso se refería.

Aunque él veía que mi entrada al Carmen estaba muy distante, comprendía yo que lo intranquilizaba. Me confesaba yo con el que era su secretario y por él sabía mi adhesión al Carmen, y yo le había dicho, que a pesar de las opiniones contrarias, él sostenía que mi vocación era para Carmelita. Por eso, al verlo intranquilo acerca de mi vocación, quise me estudiara en el confesionario, para mi mayor tranquilidad. Pero me dijo que no, porque opinando distinto del confesor, me turbaba; pero que por encima de su cadáver, entraría yo al Carmen. Esto fue para mí como una

broma, pues no podía imaginar que hubiera una persona que dudara de mi vocación carmelitana después de oírme. Ya ve reverendo padre cuánto se engaña uno acerca de sí mismo.

En cada una de mis visitas me daba alguna nota de su intención de impedir con todas sus fuerzas, mi entrada al Carmen. No me turbaba sin embargo y creía que era porque no me conocía y como además, el confesor, conociendo esta opinión del señor Obispo me sostenía, no se me daba nada. Llegué hasta creer, loca presunción, que era que el señor Pardo no conocía lo que era una Carmelita.

Una vez le hice una descripción tan elocuente de lo que era una monja Carmelitana y de su unión con Dios, que con los ojos llenos de lágrimas me dijo:

- ¡Cállate hija, que me haces llorar! Sientes del Carmen cosas que arrebatan; pero tú no serás Carmelita.

Todo esto lo referí al confesor, quien me decía que no me inquietara por ello, que yo entraría al Carmen. Sólo una cosa me hacía pensar que encontraba terrible en el Carmen: Mi corazón no resistiría la fuerza de un amor en constante actividad. Sin remedio yo moriría muy pronto y me parecía que ya sentía las agonías del amor. ¡Ay! para mí, una celda Carmelitana era un horno encendido. Me parecía que las Carmelitas con quienes hablaba eran muy guapas* o valerosas, cuando resistían el incendio tantos años y además porque podían ocultarlo. ¡Cuán de otro modo pienso ahora! Eso que suponía común, doloroso es confesarlo, es muy raro. Ojalá no lo fuera tanto.

Mucho tiempo me estuve sin mentarle al señor Pardo mis asuntos del Carmen, pero una vez que se murió una monja, sí me resolví hasta con descaro a decirle algo. Después de visitar todas las iglesias y capillas de la ciudad, pidiendo la gracia de conseguir esa celda, escribí una tarjetica dirigida a la superiora de las Carmelitas, en la que decía:

El Obispo de Medellín le agradecería a V. R si al dar una celda que ha quedado desocupada, tiene en la cuenta a Laura Montoya.

Me fui a su casa y se la mostré, pidiéndole que la mandara a la superiora. La tomó la leyó y me clavó la mirada más triste.

- ¿Crees, me dijo, que tengo valor para tanto? Mira, si por casualidad las monjas te recibieran a pesar de mi opinión contraria, yo haría un acto

heroico en callarme... ¿y te supones que pueda poner un punto a favor de tu desdicha?

Esto me lo dijo con tal unción, que no solo lloré por la negativa sino porque comprendí con cuanta sinceridad se oponía. Enseguida se puso a remedarme la manera como iba a ser yo, cuando después de su muerte fuera Carmelita. Tomó un canto de su sotana y haciendo que cosía me dijo:

- Mira, tu vida de Carmelita, haciendo escapularios, va a ser ésta: Dentro de aquellas cuatro paredes de una celda, te pones a coser los escapularios y a cada puntada te dices: Dios mío, mis hermanos allá lejos parecen de hambre de la verdad. Yo que tenía ese bocado que Dios les destinaba, lo encerré entre estas paredes tan altas. Dios mío, ¿Qué hago yo? Cuántos hay que no conocen a Dios, a quienes yo debía enseñar y van a perderse ¡porque no les di lo que de ellos era! Loca te levantas y vas a buscar a tu superiora y le dices lo que te pasa. No se inquiete, te responde ella; el oficio de una Carmelita es orar siempre y nada más. Sales convencida de la verdad de lo que te dice tu superiora y vuelves a tu celda haciendo muchos actos de unión con la voluntad de Dios y a poco te dices a ti misma: Pero, Dios mío, y yo que podía dar el pan de la verdad a tantos, cuántos de mis hermanos se pierden en regiones remotas porque no conocen a Dios... ¡Te enloqueces hija, créemelo!

Esto lo acompañaba con una mímica tan expresiva, que al principio me hizo reír; pero muy pronto me conmovió tanto, que para que él no se diera cuenta del triunfo que hacía, quise hablarle de otra cosa y lo miré, estaba tan conmovido que le caían dos lágrimas por la cara, por lo cual me callé. Después le pedí la bendición y salí. Tampoco él pudo volver a hablarme; no me sacó hasta las escalas como acostumbraba hacerlo.

Lo particular de esto es, reverendo padre, que todavía no figuraban los infieles en mi plan más que pasajera y, en mis oraciones, y al dar clase de historia patria, que conmovía un poco a las alumnas acerca de la triste situación de los indios, restos de los que habían destrozado en la conquista. Ni esto siquiera conocía el señor Pardo. A él solo le había llegado mi labor con la clase alta de Medellín, que le sobraba quién le enseñara. De modo, que aunque entonces no lo pensé, hoy creo que hablaba proféticamente este santo obispo.

Tuve que conformarme, por esta vez, con ver entrar a otra a la celda que no quiso el señor Pardo conseguirme. Parecía loca porque si él me la hu-

biera conseguido, tampoco tenía ni dote ni la renta necesaria para dejar a mi madre. Pero así era yo.

Como ve reverendo padre, hasta aquí no se alcanza a ver en mi alma ni asomo de mi llamamiento verdadero. Estaba tan segura de mi vocación carmelitana que ni las palabras tan fuertes del señor Pardo, me infundían duda, pero mi dureza iba más adelante, como lo verá.

Amor a María

Dije antes, que aun no había lucido en mi alma la estrella más luciente, refiriéndome al amor especial a la Santísima Virgen. Esa gracia la había de recibir por medio de mi prima Leonor. Yo no recuerdo haber recurrido de un modo muy fervoroso a la Santísima Virgen, antes, ni siquiera que prefiriera alguna advocación de ella. Quizás, si tendría alguna preferencia por la Inmaculada, no lo recuerdo con toda seguridad. Al contrario, Leonor la amaba con belleza, le dio su nombre al colegio, pues se llamaba de La Inmaculada, y de tal manera la hacía amar, que sus discípulas estaban, cuando vine, empapadas en su amor. Yo entré en el espíritu que encontré y que tan dulce me pareció. Me parecía tan natural que Leonor amara a la Inmaculada, como que la sangre le circulara. A tanta dulzura, pureza, delicadeza y candidez ilustrada, debía convenir este amor y esa advocación. No sé en qué me fundo para pensarlo así.

Por mi parte, no tenía estas cualidades, ni mi amor era el calmado de mi prima, ni tenía ternura, ni nada suave. Pero no quería escoger advocación especial de la Virgen para dedicarle mi amor. Yo la quería, por decirlo así, toda ella.

Al calor del amor que en el Colegio se le tenía, naturalmente me enfervorizaba y acabé por ver que las gentes me tenían por muy devota de la Inmaculada y propagadora de su culto.

Y, verdaderamente, el colegio fue el primer centro de donde salió una devoción ardiente a la Inmaculada, en Medellín; pero con toda verdad aseguro que, aunque me lo atribuyen, creo que se debe a Leonor.

Aquel colegio era un verdadero centro mariano. Se celebraban las fiestas de la Virgen con pompa especial y las alumnas deben hoy a esta devoción, ser las mujeres más piadosas y timoratas de la ciudad, muchas de ellas.

En cuanto a mí, se me ocurre que si me hubieran permitido escoger advocación de María, seguramente la que hubiera convenido a mi género

de vida y calidad de amor, era la de los Dolores; sin embargo, como no escogí, por parecerme ofensivo a la Señora de mi corazón, tan amable en todas sus advocaciones, se me pegó la del colegio y ella, la Señora Inmaculada, me atrajo de tal modo a sí, que ya me es imposible pensar siquiera, que no sea ella como el centro de mi vida. Cuando he sufrido mucho, ella se me parece a una sonrisa que me alumbra en el dolor. ¡En ella tengo puesta mi esperanza para todo!

En fin, tuve un tiempo en que sus grandezas me ofuscaban, por tener que verla finita, con cualidades tales que parece que sobrepasan la capacidad de lo finito; pero a fuerza de mirarme en ella y de mirarla en Jesús, no me ofusca y antes, es como la explicación de muchas cosas bellas. ¡Ay Padre! ¡Sus ojos deben ser el cielo del Cielo! ¿No es verdad?

Desde que sentí la herida del dolor de los pobres infieles, sobre todo, el amor de esta señora de mi corazón, se impuso de tal modo en mi alma, que no dudo que es ella la autora de ese dolor, tan fuerte que me mata, por esos pobrecitos que no conocen a Dios. Creo que ella es quien ha abierto la herida y ha encendido el fuego en mi corazón. ¡Imposible escribir lo que ella es a mi alma! ¡No! ¡no hay para qué ensayar palabras! Si Jesús es mi dolor, ella es mi alegría, pero una alegría que se convierte en algo celestial que no tiene nombre.

Yo quisiera que todos los hombres supieran lo que es ella, para el corazón que la ama. Gracias a Dios que hace mucho tiempo que no sé decir nada de ella, porque me pongo a llorar y no acierto a decir nada, porque esas cosas es mejor dejarlas calladas que desvirtuarlas con palabras. Sin embargo, agradezco mucho a los predicadores que hablen de ella y ¡ojalá todos lo hicieran sin cesar!

Me parece que en este siglo de misiones, su amor se extenderá más, porque la difusión de la fe lo necesita.

Vocación profética

Un día comulgué en la capilla del palacio, como solía hacerlo y después de la comunión sentí tan fuerte deseo de servir a Dios que me puse a pensar qué cosa podría darle en cambio de que se dejara servir de mí. Repasé muy bien y vi que cuanto tenía se lo había ofrecido ya. Sentí una angustia profunda al ver que nada me quedaba para comprarle, por decirlo así, la gracia que anhelaba con la mayor fuerza concebible. Sin duda ninguna, esta angustia me puso fuera de mí, y en ella pensé que aún me quedaba mi

parte de cielo, es decir, el que me tocaría después de la muerte y en un arranque de deseo, le dije a Dios con toda la vehemencia que mi alma pudo, que se lo daba en cambio de que pudiera servirle mucho.

Lo veía tan digno de ser servido y mi servicio tan pequeño que aún me parecía poco ofrecerle mi cielo. Hecho el ofrecimiento, vi de un modo que no acierto a decir, un gran campo, de extensión indefinida, al lado del cual me encontraba yo y sentí que ese campo se me daba y que en él le daba yo innumerables almas. Mas, cuando pareció que le daba cuanto aquello encerraba, sentí tanto dolor de no poder darle más, que creí morirme. Consulté el caso con mi confesor, porque me quedaba alguna duda sobre eso de ofrecer el cielo y me dijo:

Cuando vuelvas a sentir esas cosas no ofrezcas nada; conténtate con decirle a Dios, que sólo quieres cumplir su santa voluntad.

Como ve reverendo padre, hasta aquí no se alcanza a ver en mi alma ni asomo de mi llamamiento verdadero. Estaba tan segura de mi vocación carmelitana que ni las palabras tan fuertes del señor Pardo, me infundían duda, pero mi dureza iba más adelante, como lo verá.

Después de un rato de agonía advertí que estaba en la capilla, me vi anegada en lágrimas y ni una sola persona en la capilla. El señor obispo había terminado la misa, había dado gracias, había confesado a las señoras que tenía en el confesionario y tanto ellas como él habían salido. Me repuse un poco, pues quedé como sin fuerzas y ya muy enjugadas las lágrimas salí de la capilla; pero en la puerta me encontré con el señor obispo que ya venía de desayunarse y me dijo:

- Ya sí conozco tu vocación. Ahora mismo en la santa misa la he conocido.
- Yo también la sé, le repuse. Es de carmelita.
- No, hija, no, es la de Ana la profetisa. Tú estás llamada a dar a conocer a Dios a muchos. Ana la profetisa fue preparada con ochenta años de oración y penitencia para señalar a Jesús y tú te preparas para hacerlo conocer, no sé dónde.

Ni con esto tan serio tomé la cosa como tal, y le contesté:

- Ya lo he hecho conocer de muchas discípulas. Ahora seré carmelita.
- No hija, me contestó. Lee el Evangelio y verás.

Le prometí hacerlo, agregándole: ¿De modo que debo empezar por casarme, para enviudar y ser Ana la Profetisa?

- No, hija, no; toma las cosas como deben ser y verás

Salí tan tranquila como si nada me hubiera dicho. Es inconcebible tanta dureza. ¿No le parece padre mío?

En esto, puede verse ya algo como anuncio de mi vocación; pero yo no vi nada. Y, ¿cómo iba a ver cosa tan incógnita? En los mismos días me dio el confesor unos números de la Propagación de la fe, para que los leyera. Cumplí su deseo y nada me llamó la atención. Es necesario advertir que mi confesor no dudaba de mi vocación carmelitana y que si me ofreció esos cuadernos, él mismo no sabía por qué lo hacía.

Un día estaba delante del Santísimo expuesto en el convento y al tiempo de reservarlo tuve un arranque extraño; le dije a Dios: Señor, si no te dejas ver de los infieles en la santa custodia, no quiero yo verte tampoco.

Me inundé en llanto, sin saber por qué. Pasó esto y ya los infieles comenzaron a ser para mí, un verdadero tormento y le ofrecí a Dios el sacrificio íntimo de mi ser en el Carmen, por ellos. Continué como siempre mis visitas al Carmen, que no eran sino un tormento, pues jamás salí de ese locutorio sin lágrimas. Me sentía una Carmelita desterrada.

Muerte de Leonor

Hacía ya unos cuatro años, que Leonor y yo trabajábamos juntas en la unión más completa y con mucho fruto para las dos; sin embargo ella no acababa de convencerse, de que Dios solo formara mi dicha sin disfrutar de nada en el mundo y me decía que eso debía ser algo de ficción. Con nada podía convencerla.

Una vez, en unos asuetos estaba en su casa y me dijo:

- Yo estoy segura de que si vas a la retreta te gusta. (Estaba muy en moda ésta y las señoritas, puestas lo más majas posible, no perdían una). Prométeme que vas a una y que después me dices la verdad. Le contesté:
- Si te comprometes a creerme, sí.

No era que Leonor no me creyera; era que pensaba que no me llamaba la atención el mundo, porque jamás había asistido a sus cosas.

Hecho el compromiso, me peinaron a la moda, me pusieron muchas joyas finas y un traje magnífico que acababa de llegarle de Centro América a una hermana de Leonor. Quedé pues, muy a gusto de todas y muy risible ante el mío.

Leonor me decía:

- Verás como vas a tenerme que confesar que al no asistir a estas cosas te mortificas y no es que no te guste. ¡Es delicioso!

A poco de estar en la retreta, paseándonos por un parque, conversando con unos y con otros de lo bellas que estaban las unas, de lo feas que estaban las otras, de que unos se casaban, de que otros se iban, me dijo Leonor:

- ¿No es verdad que estás amañada?*

No me reí por no darle allí mismo la decepción; pero le dije que en la casa hablaríamos. Después de mucho oír piezas y de mucho voltear en aquel parque, salimos muy galanteadas de los jóvenes, pues todas las de la casa de Leonor, eran bonitas y admiradas. Llegamos a la casa y cuando estuvimos solas Leonor y yo, me dijo:

- ¿No es verdad que te amañaste y que volverás?
- Leonor, le dije, mira: si tú has estado mirando al sol todo el día, ¿te parecerá muy brillante una velita común?
- No, me contestó. Ni siquiera me parecerá aquello una luz.
- Pues así nos pasa a los que una vez hemos gustado de Dios.
- ¿Qué les pasa?
- Pues ya ninguna cosa de la tierra nos vuelve a gustar.

Con esto la pobre Leonor, quedó como postrada y me dijo:

- Ahora sí comprendo que dices la verdad, cuando muestras hastío por todo lo del mundo. Te prometo que voy a hacerme más devota, a ver si así pierdo la afición a estas cosas.

Verdaderamente era cosa que provocaba aquel corazón tan noble, para ponerlo al servicio del amor de Dios. Desde aquel día comencé a comprenderle a Leonor, mayor devoción y aun me dijo, que no se sentía capaz de ser religiosa, por no separarse de los suyos, pero que envidiaba a las que tenían vocación y que para casarse tenía menos inclinación todavía.

Mucho tiempo estuvo acariciando la idea de que al fin, Dios la llamaría a la vida religiosa pero la tenía para Él, de otro modo.

Comenzó muy pronto a sentirse mal de salud y como ella trabajaba por puro gusto, pues no necesitaba del producto de su trabajo, resolvieron en su casa, que se separara del colegio. Muy perpleja quedó, porque estaba en la persuasión de que sin Leonor, el Colegio se caería; pero continué hasta ver el rumbo que tomaban las cosas.

La llevaron al campo por orden del médico, a reponerse. En él, pasó más de un año y nuestra correspondencia seguía con la mayor regularidad; el Colegio más bien progresaba que retrocedía, como yo lo aguardaba.

Por fin, el médico declaró que la enfermedad de Leonor era una tisis violenta y que se acercaba su fin. La llevaron a Medellín y nada deseaba ella tanto como verme en su casa. Toda vez que recuerdo lo mal que me porté, me avergüenzo de mí misma. No fui a verla inmediatamente, porque se me olvidó. ¡Dios mío, qué lección tan a tiempo para la pobre Leonor! Cuando seis días después llegué, lo primero que me gritó desde su cama fue:

- ¿Por qué no habías venido?
- Porque se me había olvidado, le contesté cuando menos pensé.

¡Dios mío! Un rayo que la hubiera herido no le habría hecho una conmoción igual. Quise remediar la cosa explicándole mejor; pero la herida ya estaba abierta y la cicatriz, siempre es cicatriz. ¡Ay cuánto deploré entonces no haber hecho conocer a Leonor lo que era mi cariño! Yo la quería entrañablemente y todavía siento que la quiero, a través de tantos años; pero el mundo no conoce ese amor descarnado que no necesita ver al objeto amado para sostenerse y que está unido a él con un modo distinto a lo que llamamos cariño. Yo tampoco sé definirlo; sólo sé que si a Leonor le hubiera faltado algo que yo le hubiera podido proporcionar, no se me habría olvidado. Yo sentía su enfermedad como cosa propia y deseaba su alivio y estoy segura de que la quería. No me olvidé de ella, sino de visitarla. Mas, ella ¡pobrecita! recibió esta dura lección, ya para morir.

No es posible que un amor descarnado fuera a entenderlo ella, tan delicada, y no acostumbrada a manejar el corazón como yo. Sin embargo, como era la bondad personificada, después de llorar un poco, me perdonó.

Su salud, siguió siendo cada día peor. Liborio, su padre, viendo que los médicos aseguraban que la cosa ya era a lo más de quince días, me suplicó

que buscara un reemplazo para el Colegio, para que me pasara del todo a la cabecera de la querida enferma. Así lo hice y entré en la lucha de hacerle comprender su próxima muerte. Esto no era fácil, porque ella le tenía un miedo terrible a la muerte. Sin embargo, al principio no me permití hablarle de muerte, sino que empecé a decirle cosas del cielo y terminó por desear morir cuanto antes.

El día de su muerte me dijo:

- Creo que hoy es el día; no te retires y procura que mi mamá, no se acerque mucho.

Lo hice en cuanto fue posible. Llegó Liborio de la calle y ella le dijo:

- Amigo ¿Por qué se fue?

Él con la mayor calma le dijo: Hija, fui al señor cura a prevenirlo para cumplir los últimos deberes que tengo para con usted. Entré a la iglesia y le dije a su verdadero Padre que le daba las gracias por el tiempo que me la había prestado a usted y se la entregué, pidiéndole perdón por el mal manejo que he tenido con el tesoro que me dio en usted. Ya es totalmente de Dios, no vuelva a pensar en nadie de la tierra; váyase tranquila porque ha hecho su vida conforme a la voluntad de su Dueño. Dios le pague lo buena que ha sido con los suyos.

Luego le estampó un beso en la frente y se retiró: Ella le dijo:

- Amigo, Dios se lo pague por todo. Eduque a los otros hijos como a mí. Yo desde el cielo lo miraré como al mejor padre.

Liborio salió a llorar afuera. Ella me dijo:

- Llámame a mi mamá y a todos. Los llamé y les dio la mano diciéndoles a cada uno más o menos lo que le había dicho a Liborio. A la sirvienta de más confianza le dijo, después de darle los agradecimientos:
- Tan luego como yo haya expirado, saque a mi mamá y hágale tomar algo; ¡pobrecita, sufre mucho! Luego llamó a un tío incrédulo y que había sido la espina de su familia, pues no se confesaba hacía cuarenta años y le dijo:
- Mire Elías, yo me muero y he ofrecido mi vida por su conversión. Quince días después de mi muerte, se confesará usted. ¿Oyó Elías? Esto lo dijo con aire de autoridad, que no había usado jamás. El viejo sin responder palabra, salió con la sonrisa más dulce del mundo.

- A ti no tengo qué decirte, me dijo, debes saber que desde el cielo, al cual espero ir por la misericordia de Dios, seré tu amiga y ten entendido que lo poquito bueno que tengo lo debo a ti. ¡Adiós! ¡Háblame del cielo, que ya es hora!

Comenzó a ahogarse mucho y viendo a la Virgen que tenía delante, le clavó los ojos y dijo: "ya, sí..." y se fue... más dulce y bella que en vida. Parecía que hubiera visto el cielo antes de entrar en él.

Quedé embelesada de una muerte tan bella. Sin embargo, no pude derramar una lágrima. Sólo deseaba el bien de la amiga y ya estaba realizado.

Así, padre mío, han sido todos mis afectos por la misericordia de Dios. ¡No me dejó ni la tristeza natural. Parece que mi corazón no hubiera sido hecho para lo natural. El alma de Leonor era lo que me importaba y ésta ya estaba en manos de su dueño. ¿Qué más quería?

Volví al colegio, después de procurar consolar a los buenos primos, como si le hubiera hecho una visita de las acostumbradas a la querida amiga.

Amenazas del demonio

El colegio contra mis previsiones continuó progresando. No era la ausencia de Leonor lo que había de tumbarlo. Ahí estaba la amenaza del demonio y a él le tocará su turno.

Conocí entonces una casta de gentes que no sospechaba que existiera. Juzgaba a todas las devotas de buena voluntad para servirle a Dios y muchas me buscaban, entre otras, una prima que sufría como yo, por no poder hacerse Carmelita. Mutuamente nos consolábamos, pero yo tenía más fuerzas para sufrir. Ella se afligía hasta enfermar, por lo cual en su misma casa, me suplicaban que la alentara. Llegué a ser como su madre y confesor, porque él mismo, cuando no lograba consolarla, me la mandaba.

Un día salía yo de comulgar del convento, y la vi a la salida. No me detuve, porque tenía clase y era tarde. Como a las nueve, llegué a casa y me dijo:

- Laura, casi me matas con tu mirada, al salir del convento. Hasta ahora no he podido moverme del sitio en que estaba.
- Pero ¿qué te hice? le pregunté. ¿Si yo tan sólo advertí que estabas en la iglesia?

- No sé, me dijo; pero tu mirada me pareció como un rayo. Me hizo temblar y no pude moverme hasta ahora. ¿Qué querías decirme?
- Nada - le repliqué.
- Pues yo no puedo explicarme lo que me sucedió.

La cosa se quedó así, pero al referirle lo ocurrido a Carmelita, me dijo: A mí me ha pasado con frecuencia, lo mismo con tus miradas; es que tienes unos ojos terribles. Por eso te miran tanto los hombres y tú no lo adviertes.

Me propuse observarlo bien y realmente vi, que muchos me seguían en la calle y me buscaban los ojos para mirarlos. Tuve tanto miedo de esto, que le propuse al confesor me dejara usar unos anteojos oscuros con el fin de ocultarlos y evitar las miradas de los hombres. Me dijo que le consultara a un médico y que si éste me decía que no perjudicaban a la salud, los usara. El médico me dijo que no había inconveniente y que al contrario, contribuían a conservar por más tiempo la vista. Por supuesto que al médico le dije que era que me fastidiaba la luz fuerte. No mentí, porque eso es lo más natural del mundo: pero el médico me creyó.

Comencé a usar los anteojos y aquello fue una verdadera revolución. Todos me decían que era porque tenía los ojos muy bonitos y que quería ocultármelos. Cosa bien particular, padre, porque sólo el confesor y yo sabíamos el motivo de tal medida. Hubo veces que recibí recados procedentes de las bellas de la ciudad, como éste:

"Dígale a Laura que no se tape los ojos, que sí es cierto que son bonitos, pero que si está pensando que son los más bonitos, se equivoca".

No contesté sino esto: Dígale a las señoritas ésas, que eso de que sean los míos bonitos o no, está en opiniones.

Esta respuesta tan poco comedida la daba, porque me parecían muy bobas y creía que con eso terminaba la cuestión. Sin embargo, no se aquietaron hasta que me quité los tales anteojos y eso sólo fue, como a los dos años.

Mire padre, ¡cómo es el mundo! Después de los anteojos que no me surtieron más efecto, que para aumentar la novelería, determiné acabar con el brillo de los ojos con otras mortificaciones, siempre con el permiso del confesor. Inventé ponerles piedrecitas encima cuando estaba sola, creyendo que oprimiéndolos un poco, el brillo desaparecería; pero todo fue inútil. Ahora veo la mucha condescendencia de mi confesor, pues yo no

hubiera dado tal licencia, conociendo como conozco ya, la vanidad del mundo. Me atormentaba tanto el llamar las miradas de los hombres, que me los hubiera sacado si hubiera sido necesario.

Tras de mi prima, que era de verdad buena, se me acercaban otras devotas, enviadas muchas de ellas por los confesores, para recibir enseñanzas y consejos que yo les daba con la mejor buena fe del mundo. Llegaron hasta ser estorbosas en la casa, porque esa clase de personas es insaciable en sus necesidades. Mi madre me reclamaba, pero como el confesor me ordenaba atenderlas, no se atrevía a prohibírmelo ni yo a desatenderlas. Ellas fueron en parte, la causa de mis futuros dolores y el medio de que se valió el diablo para cumplir su amenaza o por lo menos, para comenzar su cerco terrible. Sin embargo, como obedecía y lo hacía con tanta rectitud de intención no he podido arrepentirme.

Según he referido, el Señor Pardo me había hecho la propuesta de La Enseñanza y yo sólo le había dicho que entraría allí, siempre que desde mi puesto en La Enseñanza me permitiera seguir aspirando al Carmen; pero ya él había conseguido convencer a mi confesor de que debía ir a la Enseñanza. ¡Este sí era el golpe de gracia!

Un día, me llamó mi confesor al locutorio de las carmelitas y me dijo: yo creo que debe aceptarle el ofrecimiento al señor Pardo, yo no la obligo; pero me parece. Piénselo unos ocho días y me avisa. ¡Esto fue para mí como la muerte! Aunque el padre me dejaba en libertad yo no lo sentía y comencé a sufrir en silencio. En la Enseñanza comenzaron a decir que en cierto día entraría Laura y preparaban la entrada como una cosa hecha sin haber hablado siquiera conmigo. Una de las beatas que me visitaba había ido a decirle al padre que yo decía que él me obligaba a entrar a la enseñanza sin mi voluntad; pero yo no podía ni sospecharlo puesto que a nadie, ni aún a mi madre le había confiado lo que me pasaba.

En esta perplejidad estaba, cuando desde el púlpito en donde predicaba un sermón de Santa Cecilia, el reverendo padre Luis Javier Muñoz³² me vio y pude notar que su mirada era diferente y muy extraña; pues el audi-

³² PADRE LUIS JAVIER MUÑOZ s.j.: nació en Guatemala (1858) vino a Colombia en 1884. Fue rector del Colegio San Ignacio en Medellín y fundador del Colegio en Barranquilla. Nombrado Arzobispo de Guatemala, se consagró a su grey con las extraordinarias dotes que Dios le había otorgado. Desterrado de su Patria volvió a Colombia con el cargo que le hizo S.S. Pío XI de visitar las misiones colombianas. Murió en Bogotá en Enero 24 de 1927.

torio era numeroso y yo estaba de los más distantes del púlpito. No hice caso de aquello, por lo pronto. Pero aquel mismo día, recibí un recado de él, mandándome llamar. No tenía yo más cuentas con él, que una que otra vez que iba a pedirle un Padre, para los ejercicios espirituales del colegio, por eso no conjeturaba a qué iba.

Me presenté y desde la entrada me dijo:

- Laura: desde el púlpito de la Catedral la vi y pude enterarme de la pena que usted pasa.
- ¿Cómo?, le dije: ¿no estaba yo muy serena?
- Sí, pero a pesar de eso le vi su pena y la he llamado, porque aun cuando no me importe, como pudiera creerlo cualquiera, está en su asunto interesada la gloria de Dios y por consiguiente entro en ello.

No quería yo decirle nada y sólo me mostraba asustada de lo que pasaba, cuando me dijo:

- Me han dicho que entra usted en La Enseñanza (Compañía de María) en estos días y óigame: Usted en la Enseñanza y perdida, es una misma cosa.
- ¿Por qué? le pregunté.
- Porque Dios no la llama ni para allá, ni para el Carmen. No conozco mucho el espíritu del Carmen; pero sé que Dios la tiene a usted, para una cosa rara; no sé cuál sea ésta; quizás para una comunidad aún no fundada. Pero de ningún modo para la Enseñanza.
- Me refirió enseguida, algunas vocaciones extraordinarias y me dijo:
- Donde usted entre, debe entrar de superiora.

Yo creí que a él le parecía que yo no podría obedecer y me puse triste. Pero él me consoló diciéndome que no, que era que Dios me tenía para eso.

Enseguida le dije que yo no estaba para entrar a La Enseñanza, que solamente el señor Pardo y mi confesor me habían preguntado si quería y me abrían muchas facilidades. Me hizo que le refiriera cómo pasaban las cosas y me dijo:

- Es que su confesor ha dicho en La Enseñanza, que usted iría y yo le he dicho a la Madre, que no puede recibirla porque su vocación es otra y

me opondré a pesar de que nadie me ha encargado para ello, porque sé que eso es contra la gloria de Dios. Aunque usted me diga que el confesor no la obliga, hay, en lo que dice cierta fuerza moral que no la deja completamente libre.

Le supliqué que le pidiera a Dios para que sólo hiciera su voluntad y me despedí. Él me prometió hasta decir una misa con esta intención y muy agradecida sí, pero convencida de que la cosa no era para tanto, salí.

La borrasca comenzaba reverendo padre: Me fui a su debido tiempo a dar cuenta al confesor del resultado del estudio que me había ordenado hacer. Pero, ¡Dios mío! un huracán no se desata con más fuerza sobre las cumbres, que lo que este padre se desató contra mí.

- ¡Retírese! me dijo, ya sé que usted ha dicho que la he obligado a entrarse a La Enseñanza, y no tendré más cuenta con usted.

Quise decirle cuál era mi estado y lo que sabía de La Enseñanza y cómo para mí, era un enigma aquello y hablarle de lo del padre Muñoz, pues aunque eso podría fastidiarle, no he sido capaz nunca de callarle al superior nada; pero todo esfuerzo para que me entendiera fue inútil.

Apelé al señor Pardo, pues como este padre era su secretario, ejercía sobre él mayor influencia que sobre los otros, para ver si a él le decía cuál era la causa de tanto enojo. El señor Pardo me dijo:

- Cuenta conmigo; pues tratándose del padre Eladio Jaramillo, todo puedo prometerlo; él jamás me dice que no a nada.

También este camino resultó inútil. El señor Pardo me dijo:

- Te considero hija, porque el padre Eladio está cerrado en que tú lo has calumniado y no habrá poder humano que le saque esta idea. Dice que te perdonará porque Dios lo manda así, pero que no quiere más cuentas contigo. Es la única vez que he visto a este padre bien enojado y que me desatiende.

Verdaderamente yo misma no sabía darme cuenta de que aquel sacerdote que descollaba por la mansedumbre más dulce y compasiva, obrara de este modo. Nadie en Medellín lo hubiera creído. Pero reverendo padre, para Dios conducirme a donde me quería, todo torcía, al parecer, su camino.

Esto hubiera podido ser para mí, tan acostumbrada a las contrariedades, una cosa pasajera; pero no reverendo padre, fue el golpe más espantoso

que he sufrido. Como el padre Eladio era capellán de las Carmelitas, a quién debían creer como a evangelio vivo y así era, las puertas del Carmen se me cerraron del todo. No hubo resorte que no moviera para conseguir su perdón. Quizás fui a él algunas veinte veces, con el fin de conseguir conmovirlo en mi favor, pero todo fue inútil. Siempre lo mismo:

- Usted me ha calumniado, no tengo que ver con usted.
- Mi vocación fracasará, le decía.
- No me importa, me contestaba.

Fui a La Enseñanza por ver si las monjas aclaraban las cosas ante el padre; pero ni al torno me dejaron arrimar, diciéndome que me retirara, que no querían cuentas conmigo. Es de advertir que siempre había tenido entrada franca a aquel convento y que en su fundación yo había tomado gran parte; de modo que me llamaban su bienhechora.

Muchas veces volví al señor Pardo. El me decía que participaba de mi pena, pero que nada podía hacer porque el padre se mostraba inquebrantable; que fuera frecuentemente a él para consolarme, porque nada más podía hacer.

El estado de mi alma era el de la más profunda oscuridad. Parecía que hasta Dios me hubiera faltado. Pasaba las noches como en una caverna oscura; temblaba de amargura como si tuviera fuertes convulsiones. Creía el cielo cerrado siempre para mí. Apelé a otros sacerdotes y tan sólo me decían que con mucho menos habían perdido otros la fe. Y yo sin embargo, no tenía el menor asomo de tal cosa y los sorprendía. Mi amargura no tenía alivio ni en el cielo, pues parecía de bronce, ni en la tierra porque nadie alcanzaba a comprender mi dolor.

Volví al reverendo padre Muñoz y lo encontré enojadísimo, porque las beatas que me habían rodeado le aseguraban cosas falsas de mí. Tal fue mi dolor que tuve uno de cabeza que me duró sin alivio, ni pasajero, diez años. Los médicos fueron inútiles y mi pena moral era tal, que no me quejaba de aquel dolor por más que tenía 300 alumnas y un trabajo abrumador.

Quizás aquí principió un cerco que creo haber tenido del demonio por más de seis años. El señor Pardo me decía:

- Verdaderamente no conozco pena como la tuya; algo se propone Dios con ella. Ten paciencia que el horizonte no estará siempre tan nublado.

Mi confianza no disminuía; pero no me era consuelo ninguno. Cosa rara pero exacta, que hasta el consuelo de la confianza puede faltar aunque ésta no disminuya. Sólo probándolo se sabe esta verdad.

Quise buscar otro director por cumplir la voluntad de Dios solamente, pues sentía que ni esto sería capaz de darme una luz. Fui a consultarlo al señor Pardo, pero él asustado me dijo :

- Dios te guarde de ello; ¡tu estado no está para eso!

Le propuse que se encargara él de mi alma y me dijo conmovido:

- Imposible hija, yo no entiendo nada de tu alma. Sólo sé que Dios te hace pasar por un caos, cual no he visto; pero eso es respetable por demás. No creo que nadie pueda encargarse de tu alma. Quédate con tu dolor y tu oscuridad y vienes frecuentemente aquí, pero no al confesionario, porque no te admitiré.

No recuerdo que la oración me hubiera dado un momento de luz en todos esos años. Tampoco se agitaba en mi alma ni la más leve pasión, ni un pecado venial creo que se me escapó. Si bien creo que desde la mentira que le dije a los de la casa de mi abuelo, respecto a la niña que allí tenían, cuando tenía doce años, no cometí ningún pecado venial deliberado. El rayón de luz había vencido a mi facultad de pintar de negro, según creo.

Mensajero providencial

Obra del rayón de luz fue un favor que me dispensó Dios, en los asuetos de aquel año, si mal no recuerdo. Favor que no abrió, a pesar de todo, una rendijita luminosa en mi alma. Pasé aquellos asuetos en Bello y para empezar año debía cambiar de casa. Conseguí un carrero* para el trasteo de Bello a la nueva casa en Medellín. Bello dista de Medellín dos leguas. El carrero me dijo:

- Deben recibirme los muebles en la puerta de la casa y si no, los dejo en la calle porque tengo otros compromisos urgentes.

Me vine de Bello acompañada de una prima a recibir los muebles. Venía a pie y con un sol abrasador. Llegué a la casa y allí vi que había dejado la llave en la casa de una tía, a unas treinta cuerdas de distancia, que no me creía capaz de hacer, ni el carrero me daría tiempo. Quise buscar un manda-

dero y salí por las calles preguntando por alguno, pero por aquel barrio nadie conocía la casa de la tía, ni quiso nadie comprometerse a ir a buscarla, por más que prometía pagar bien.

Después de esperar mucho en la puerta de la casa, me fui a San José, iglesia vecina, a descansar, no a rezar porque no era capaz de ello. Después de descansar mucho rato, salí resuelta a dejar los muebles en la calle, pues ninguno se había querido comprometer tampoco a romper la puerta que tenía cerrojos muy fuertes, cuando vi un niño que desyerbaba la calle de la misma casa que yo debía ocupar. Me dirigí a él, creyendo que quizás se comprometería a hacerme el mandado. Le hablé y muy enfadado me contestó: yo no puedo porque me vine a traer una llave, no sé para quién ni a dónde.

¿Dónde está la llave? Le dije y me señaló la calle en donde por lo muy molesto la había tirado. ¿Quién la mandó? Le pregunté y me dijo: Yo no sé. Yo estaba en una quebrada muy lejos de aquí y una hermanita mía me llamó y me dijo que fuera a una casa, que me señaló, para que trajera una llave a San José. Yo soy tan bobo, que fui y pedí la llave y no pregunté para quién era, y me vine y de aburrido la tiré ahí y me puse a desyerbar aquí.

Tomé la llave y era precisamente la de la casa. A poco llegó el carrero que había tenido una providencial demora y le recibí los muebles. Me fui a la casa de la tía en donde había dejado la llave y cuál fue mi asombro, al saber que en la casa no sabían siquiera que yo había dejado la llave. Cuando llegó el muchacho, naturalmente creyeron que yo había mandado por ella. Busqué al muchacho, que según me había dicho vivía a una cuadra de allí. Le pregunté mucho y me trajo la niña que le había dado la razón; era una niña de unos cinco años y al interrogarla, me dijo que ella no había dado razón ninguna.

En esta historia reverendo padre, todo fue providencial. Nada pude explicarme naturalmente. El hecho es que todos mis descuidos los llena la Providencia, como puede verse en otra historia que no referir a su debido tiempo, pero que no quiero dejar de referir, para que se vea cuánta razón tiene mi confianza.

Era yo sumamente descuidada en lo que atañe a la salud de mis discípulas, al principio de mi profesorado. Sin duda, como siempre había disfrutado de buena salud, no tenía muchas entrañas para mis pobres discípulas. Hubo una gripa general en todo el internado y cuando casi todas estaban levantadas un domingo por la mañana, hice que sacaran todas las camas al

sol, y dejando en la casa a una señorita que hacía varios días se quejaba de dolor en un costado sin que me inquietara, ni eso, ni la fiebre que constantemente tenía, salí con las demás para misa de ocho.

A las nueve llegamos y cuál fue mi sorpresa cuando al entrar vi un sombrero de sacerdote sobre los colchones que estaban en el patio. Entré apresuradamente a la pieza de la enferma y me salió al encuentro el reverendo padre Ruiz, un jesuita. Al instante me dijo:

- Laura, he venido a verla en sus trabajos.
- ¿Cuáles? - le pregunté
- Pues en el que tiene con esta señorita que está de muerte.

Me refirió que a la portería de los Jesuitas había llegado un niño muy de mañana diciéndole al padre superior, que le mandara un padre a la señorita Laura, para que confesara una niña que tenía de muerte. Que el padre superior le había dicho que celebrara la misa pronto y se fuera al Colegio de la Inmaculada, que Laura estaba en trabajos con una enferma.

- Como es tan lejos he tardado mucho, añadió.
- ¿Cómo? le dije; si yo no he mandado a nadie, ni la niña está mala; sólo tiene una gripa con un dolor ventoso pasajero.

Él se sorprendió y me dijo:- ¡Pues esa niña está de muerte!

Ya el padre enterado por la sirvienta había confesado a la enferma y salió. Yo me quedé riendo de la cosa, pero llamé inmediatamente al médico, que era a la vez acudiente de la niña. Llegó y me dijo:

- Está perdida esta niña; tiene una neumonía central ya pasada; quizás no la salvaremos. Me lleno de pena con su padre que es mi mejor amigo. Es necesario llamarlo para que venga con su familia, pues esta niña morirá.

Le puse un telegrama urgente al padre de la niña, que vivía en una población vecina. A pocas horas llegó en un coche toda la familia de la niña y ya el médico había llamado a otro, que con dos practicantes se pusieron a trabajar por salvarla. Con una asistencia esmerada lograron ponerla fuera de peligro en pocos días.

Mi confusión fue grande; pero mi agradecimiento a Dios que tales resortes había movido en mi favor, fue superior a todo encarecimiento. Los

jesuitas declararon que el niño del recado, les era completamente desconocido. ¿No ve, padre mío, cómo Dios tiene mandaderos especiales para llenar mis deficiencias? La más ciega de las criaturas fuera yo, si no confiara en Dios ilimitadamente. ¿No le parece? No acabaría de referir casos semejantes que hacen de mi vida una fuente de misericordia.

CAPÍTULO XIII

**- ANSIAS Y ANGUSTIAS DEL ALMA - FUI TENTADA DE
ESCRÚPULOS - PERPLEJIDADES DE MI DIRECTOR ESPIRITUAL
- ME SOMETEN A RIGUROSO EXAMEN - OTRO ARRANQUE DE MI
VOCACIÓN - SUPREMO DESEO DE DIOS - NUEVA MANIFESTACIÓN
DEL DEMONIO EN EL COLEGIO - QUÉ ENEMIGO TAN PEQUEÑO
ES EL DIABLO - CONVERSIÓN DE UN MEDIUM ESPIRITISTA
- LA AMISTAD CON DIOS NOS DA SEÑORÍO SOBRE SUS ENEMIGOS**

*"Y mi alma está perturbada en gran manera;
mas Tú, Señor, ¿ hasta cuándo?". (Sal.6,4)*

Ansias y angustias del alma

Reanudando el hilo de mi historia, repito, padre, que ni un favor como el que he referido abrió ni una rendijita de luz en mi alma.

Pasaron así como unos dos años, sin que la oración que jamás abandoné, ni las penitencias de que eché mano con la mayor violencia, me dieran un rayo de esperanza. Mi dolor era como el de un ciego sin luz ni amor. Mis noches, no puedo recordarlas sin espanto. Me creía metida en un calabozo. El cerebro se me apretaba con tal fuerza que no advertía cuándo amanecía y sólo la luz fuerte que entraba por las ventanas, me hacía advertir que debía levantarme. Por fortuna tenía una buena compañera en el colegio, que llenaba mis vacíos.

El colegio tomaba cada día mayor incremento y ni el exceso de trabajo, ni mi constante dolor de cabeza lograban distraer mi dolor. Mi reputación de buena maestra y de santa crecía también. Era como un ídolo de Medellín y el colegio llegó entonces a ser reputado como el mejor de casi toda la república, pues de varios departamentos me llevaban niñas. Todo esto me servía de pena. El buen nombre me aterraba y me veía atendida de todos, viéndome a la vez como la basura más despreciable de la sociedad. Los padres del Seminario, miraban el colegio como propio y le daban cuanta protección podían, así como el señor obispo, y la sociedad en general. Mis lágrimas no se secaban sin embargo.

Pasados cuatro años de esta vida de dolor, conseguí del señor Pardo que me permitiera ponerme bajo la dirección espiritual del padre Ulpiano

Ramírez, rector del Seminario, bajo la condición expresa de darle frecuentemente cuenta a él de todo. Por su parte el padre Ramírez se comprometió bajo la condición de no dirigirme solo. El señor Pardo aceptó ser el compañero, en la, para ellos, difícil empresa. Los esfuerzos de ellos, fueron vanos para darme no paz, porque no me faltaba, sino luz. Todo era sombra. Las Carmelitas me rechazaron como a persona de dudosa virtud y sin ese ideal de carmelitanismo yo no podía vivir. Mis ideales de san Benito José Lavre, parecían dormir en mi alma.

Tenía como regalo del señor Pardo, el día que cumplí veinticinco años, el privilegio de oratorio privado, gracia que antes no se le había concedido a ningún colegio. Se hacían las fiestas más espléndidas a la Virgen, cuyo amor prendía en aquellas niñas como fuego en buen combustible, infiltrado por un padre del Seminario, enamorado de María; pero estas fiestas, así como las de cumpleaños que me hacían, eran para mi alma como riego inútil en terreno estéril. Veía crecer el fuego del amor en mis discípulas con gusto; pero no eran para mi alma, lo que necesitaba.

Leí entonces que, doña Sancha Carrillo se vio a la muerte, porque un ángel le dijo que le faltaba un año para ver a Dios. Me parecía que era ella la única criatura que sentía como se debe. No me parecía que pudiera vivir sin la esperanza de creer cada día que el siguiente podía mostrarnos a Dios. Mi despertar por las noches, pues me mandaban dormir sin pensar en nada, era siempre llorando porque mis ojos seguían en el día nuevo viendo las mismas cosas de la tierra y me decía: Pero tantos años sin estrenar los ojos, ¿quién lo soportará?

Las músicas y cosas bellas con que tropezaba, me hacían como impacientar con el mundo, porque había dado en llamar bello, lo que no es más que negación de belleza. En fin reverendo padre, era boba perdida en mis apreciaciones de todas las cosas, porque todo producía en mi interior un vacío de Dios espantoso. Por fortuna las discípulas que me oían, todo sabían dispensármelo.

Fui tentada de escrúpulos

Hasta de escrúpulos fui tentada en aquella época; una noche al arreglar la capilla para el santo sacrificio, sin advertirlo, sacudí el altar con un amito sucio, al momento, me pareció aquello, una profanación terrible y sin resolverme a confesar tal pecado al confesor ordinario, hice mil trampas para escaparme e ir en busca de un confesor desconocido. Otra vez, al

arreglar el cáliz, sin cogerlo, por supuesto, sentí tal ternura que derramé muchas lágrimas, y una de ellas cayó dentro del cáliz. Aquí fue el sufrir, porque aunque lo limpié con un purificador muy limpio, se me ocurrió que al pobre padre le tocaba lo poco decente de la cosa y me pareció ofender gravemente la caridad. Nuevas trampas para buscar confesor desconocido. Todo era pena para mí. Me sentía sacrílega consumada.

Perplejidades de mi director espiritual

Como dije, el padre Ulpiano Ramírez me había recibido bajo su dirección, bajo la condición de no ser sólo y además, conservaba la esperanza de llegar a conseguir volverme a la amistad con el padre Eladio Jaramillo, para a la vez, conseguir la de las Carmelitas.

Al entrar un poco en mi espíritu, con mucha caridad, me dijo: No encuentro más que un camino para su paz, hacerla carmelita y yo la haré.

Esta promesa me sonó como música celestial. ¡Calcule reverendo padre, cómo sería mi entusiasmo! Hasta creí que las tinieblas iban a acabarse en mi alma.

Lo primero fue entenderse con el padre Eladio para conocer el verdadero motivo que tenían las carmelitas para rechazarme. Le contestó:

- No sé nada de las carmelitas. ¡De Laura no me hable porque ella me ha calumniado y no quiero oírla mentar!

Le refirió el padre Ulpiano Ramírez cuanto yo le había dicho acerca de mi inocencia y le habló de cómo podía probarle que yo no lo había calumniado y sólo logró hacerlo enojar más. Me mandó volver a rogarle personalmente; lo hice, pero una misma y constante respuesta:

- Usted me ha calumniado. ¡Retírese!

A la vez le comuniqué a este confesor (era el mismo que tuve en la Normal) mis deseos profundos de vida humillada y aún le pedí el permiso para comprometerme a ella de un modo especial, delante de Dios. El palpaba por decirlo así, el inmenso bien que el espíritu de San Benito José Lavre, exprimido de su vida, hacía a mi alma. Conocía mi inclinación tan profunda a lo viejo, feo y desechado. Aunque mi profesión me obligaba a una vida de toda decencia y la llevaba, a la fuerza, era notorio mi desprecio propio y el odio que tenía a lo saliente y cómodo.

Además, el ardiente deseo de oración y la que Dios me daba ya, que aunque yo no sabía exponérsela, él como que la adivinaba, y lo llevaban a pensar que tal vez Dios, que así me cerraba las puertas del convento, se proponía algo por el estilo de San Benito José. En fin, los dichos de muchos, las opiniones tan opuestas del clero de Medellín, las de el señor Pardo, las dudas terribles que muchos comenzaban a tener respeto de mi virtud como mujer honrada, mis inmensos deseos de Dios, pues había veces que se lo pedía con ansias tales, que él mismo se conmovía. ¡Ya no puedo vivir más, padre, déme a Dios que me ahogo! le decía con mucha frecuencia.

Cuando me decía: Lo tiene, usted está en gracia y él la colma de unas muy señaladas que usted no conoce y que yo palpo, sin podérselas decir, mi respuesta era un torrente de lágrimas. Me parecía Dios tan lejos y yo tan sin remedio. Sólo el cumplimiento de mis ardientes deseos de humillación, o una celda carmelitana llena también de humillación, me parecía que me pondrían en posesión de Dios. ¡Todo lo demás no era ÉL, todo me era oscuro!

Creo, reverendo padre, que si Dios no me hubiera distraído de mi inmenso deseo de ÉL, que entonces tenía, engañándome con una enfermedad, que un poco mas tarde me puso a la muerte, a consecuencia de mis ansias, según creo, me hubiera muerto en un momento de esos de inmenso anhelo.

Todas estas cosas y otras, que en sentido diferente veía mi director, como mi mucha facilidad para manejar niñas, el amor que éstas me tenían, cosa que él palpaba porque era profesor en el colegio, y como rector del seminario casi lo manejaba, al darle la protección de que he hablado. La necesidad que mi familia tenía de mi trabajo, la fidelidad con que Dios me concedía la conversión de las personas, por cuyas almas me interesaba, tales como unos presos en la cárcel de Santo Domingo y las niñas de quienes he hablado, mis disposiciones para la pedagogía, que no eran comunes según me decían. Todas estas cosas tan contradictorias y mi estado interior tan desconocido y raro, juzgo que sería lo que obligó al padre Ramírez a dudar profundamente de mi espíritu y, como yo le había dado licencia para consultar con sacerdotes que yo no conociera o que no supiera cuales eran los consultados, parece que se le hizo un como caos, mi alma.

Unas veces se mostraba conmigo deferente, interesado por cuanto me convenía. Otras bravo, recio, indiferente. Otras me mostraba hasta veneración, me hablaba de cosas extraordinarias que dizque yo tenía, otras,

despreciaba, dándome la razón de ser la beata más soberbia y peligrosa del mundo. Me sometía a exámenes en los cuales yo misma notaba lo capcioso de que usaba con mucho disimulo. Pero siempre me atendía, diciendo que era la única beata clásica que tenía. Aunque yo no le di nunca el verdadero significado a esa palabra porque la creía irónica y que con ella me quería llamar beata inaguantable o mala, hoy veo que debió sufrir el pobre confesor por mi causa y que la decía en sentido verdadero.

Acerca de la santa virtud, los exámenes de este padre eran frecuentes y notaba que jamás quedaba satisfecho, porque yo no le entendía qué eran tentaciones contra la santa virtud; me daba libros para que me impusiera de esas cosas; pero resultaba que o no los creía o no los comprendía. Esto lo ponía más perplejo.

Me someten a riguroso examen

Por fin resolvió decirme que así como crecían mis ansias de Dios, crecía en el clero la mala opinión que de mi espíritu se formaban y que muchos opinaban que era un espíritu demoníaco el que se agitaba en mí.

En consecuencia me preguntó si me sometería a un examen que me harían entre él, y el padre Gamero, entonces superior de los Jesuitas en Medellín, y el señor Pardo. Naturalmente le di contestación afirmativa. Le dije: Con tal de que me den a Dios, voltéenme al derecho o al revés.

Y era verdad, padre mío. Mi necesidad de Dios había crecido tanto en aquellos días, con ciertos conocimientos con que Dios me había favorecido acerca de la Inmutabilidad divina, que aún me habría dejado examinar en la plaza pública y despedazar también. ¡Ay! padre mío, no sabe de agonías sino el que ha pasado las que da Dios, dejándose entrever, por el alma que le busca.

Volviendo a lo del examen del espíritu reverendo padre, debo decirle que me pareció una bobería, pues, me parecía que con que me abrieran camino para una de mis dos vocaciones, quedaría en el mayor equilibrio; pero nada dije. Además, me sentía el alma más fácil del mundo y no veía en aquello nada que me turbara. Hoy considero mucho a estos padres, que debieron sufrir mucho para descubrir el camino de Dios y eso que aún no había salido al exterior nada de mi verdadera vocación. Sí había asomado ya, en aquel arranque que ya referí, ante la divina majestad expuesta en el convento; pero de eso jamás habían sabido ellos.

El examen principió por una confesión general que debía hacer antes con el padre Ulpiano, con quien ya había hecho muchas; después con el padre Gamero, dándoles a ambos permiso para hablarse de toda la confesión. Después la debía hacer con el señor Pardo. Después de las dos primeras me presenté al último, con la razón de que debía oírme confesión general; me recibió muy bien la cosa, pero me dijo:

- Diles a los padres que les ayudo pero que tu confesión general la sé yo demasiado.

Me reí porque jamás la había hecho con él y le di la autorización de hablar lo que quisiera con los dos primeros. Conferenciaron los tres y luego me hicieron presentar a una conferencia con cada uno de ellos, en confesionario, dejándoles licencia para hablarse de todo. En aquellas conferencias me preguntaron de cuanto pudiera darles alguna luz sobre mi alma. Pero entonces yo no advertía lo que por ella pasaba. Sencillamente respondí lo que me preguntaban sin creer que nada fuera raro, ni mucho menos de carácter sobrenatural.

Observé que en las preguntas me hablaban de pecados que dizque le había dicho a otro de los padres y que se lo había negado al primero o al tercero y que yo jamás había cometido. No se mostraban tampoco asustados de mi protesta, pero volvían con otra especie parecida, asegurándome de que se las había dado antes. Como no les decía sino la verdad no me inquietaba negárselos. Después tuvieron conferencia los tres con un cuarto sacerdote que jamás me dijeron quien era, pero para lo cual les di licencia.

Después de repetir las conferencias por varias veces, tanto conmigo separadamente como entre ellos reunidos, me dijo el padre Ulpiano que todos le habían dejado el cargo al padre Gamero, porque no veían claro qué espíritu se agitaba en mi alma.

Cualquiera creará padre mío, que me turbé. Pues no: estaba en la mayor paz y equilibrio que nunca tuve. Según orden recibida fui al padre Gamero y me dijo, después de un nuevo examen, que tenía que esperar unas vacaciones para darse tiempo de hacer un retiro y en él estudiar bien mi espíritu. Que él me llamaría.

Pasados como dos meses, un niño del colegio de los Jesuitas me llevó este recado:

- "Que el padre Gamero la aguarda hoy en el confesionario".

A la hora precisa me presenté y al decirle que iba a responder su llamada me dijo con enojo:

- ¡Cosas de las mujeres! tiene novelería de lo que debo decirle y se vino con esa mentira, porque yo no la he llamado.

Con esto y sin darme tiempo a responder nada, cerró la ventanilla del confesionario y yo me fui con el chasco encima, pero sin decir a nadie nada. Mientras tanto sufría en las confesiones semanales interrogaciones terribles del padre Ulpiano pero ni esto me turbaba.

Pasados seis meses volví a recibir el mismo recado del colegio y, aunque con temor de pasar nuevo chasco, me presenté. Me dijo:

- Ahora sí la llamé, porque he tenido los santos ejercicios y en ellos, después de pedirle mucha luz a Dios y de aplicar todas las reglas que para discernir los espíritus dan los santos, puedo decirle que su espíritu es de Dios y que debe seguir pidiéndole puesto a las madres Carmelitas. Otra cosa he conocido en su alma, pero eso no se lo diré a usted, hablaré con su confesor y él se la dirá. Esté muy tranquila que Dios está en su alma.

Salí consoladísima, pero segura de la inutilidad de mis peticiones a las Carmelitas. El padre Ulpiano me dijo, después que había conferenciado con el padre Gamero, que lo que me ocultaba tampoco me lo diría.

Con el examen mi confesor se alentó en mi dirección y ya me la dio franca y sin dudas. Sin embargo, ¡cuán lejos estábamos de la verdad! por lo menos la tranquilidad del confesor, me daba esa dirección segura.

Hablando con el señor Pardo de todo, me dijo:

- Mira, aunque estés tranquila, ésa no es tu vocación, ni el Padre Ulpiano tu director. El sacerdote que debe dirigirte no ha nacido todavía, ni está en mi clero, pero sigue así. Dile a Dios: "Yo necesito Señor, un San Francisco de Sales o un San Juan Crisóstomo; ¡ya que no me hiciste nacer en el tiempo de estos santos, hazme nacer uno como ellos, ahora!". No hice sino reírme; pero él muy serio me dijo: ¡Pídelo sin cesar! Se lo prometí y salí tranquila.

Más raro es padre mío, que algunos meses después, por ausencia del Padre Ulpiano Ramírez, me confesé con el padre Atehortúa y con la mayor autoridad me dijo: Le mando en nombre de Dios que le pida a Él que

le haga nacer a San Francisco de Sales o a San Juan Crisóstomo porque usted necesita un director de esa clase.

Le respondí que estaba contenta con el padre Ulpiano y me contestó:

- Se perderá si continúa con él o con otro que no sea al estilo de los santos que le indico. Usted está llamada a grandes destinos y necesita director.

Lo más raro de todo es que yo no hice otra cosa que confesarme con este padre, la sencilla confesión de la semana y que no lo dejé comprender nada de mi interior, ni le hablé del mandato del señor Pardo.

Otro arranque de mi vocación

Olvidé referir que en 1900, cuando todavía me confesaba con el Padre Eladio Jaramillo, tuve otro arranque de la vocación que tampoco lo supo mi confesor. Es el siguiente:

Fue un señor Gómez a visitar a su hija que tenía interna en mi Colegio y me dijo que tenía pena de unos indios con quienes trataba en una mina que laboraba en el río Norosí³³, un tributario del Magdalena, los cuales eran mansos pero totalmente infieles. Que unos protestantes habían procurado atraérselos y que no habían podido. Me dijo además, que si algún sacerdote quisiera ir, él lo llevaría. Me enteré de los medios que podían tenerse para fundarles una misión y me abrió muy buenos caminos. Pensé entonces en ver si algún sacerdote de Medellín quería ir y me boté a hacerles las propuestas más raras.

Me dirigí en primer término al seminario, con el cual aún no tenía cuentas. Se me presentó primero el rector, precisamente el padre Ulpiano Ramírez, a quien desde la Normal no había vuelto a ver. Sin preámbulos le dije que mientras gastaba los asuetos paseando en Marinilla, por qué no se iba al río Norosí a bautizar esos indios. Me contestó como enojado, que él necesitaba descanso y que además él tenía que estar a las órdenes del señor Obispo. Hablé enseguida con el reverendo padre Atehortúa, también profesor del seminario y le dije, que mientras estaba diciéndoles a los alumnos que Londres quedaba en Inglaterra, cosa que hasta una mujer podía hacer, por qué no se iba a bautizar esos indios. Como me miraba con

³³ RÍO NOROSÍ: Afluente del río Magdalena. Desemboca al frente de Bocas del Rosario.

alguna simpatía me resolví a hacerle un sermón loco, sobre el mérito de la obra que le proponía. Riéndose a carcajada tendida me contestó que él no se mandaba.

Viendo fracasar mi intento en el seminario, me fui al reverendo padre Muñoz, entonces rector del Colegio de los Jesuitas en la ciudad. Le referí la triste situación de esos indios y las facilidades que el señor Gómez ofrecía. Él mirándome con desdén, me dijo:

- Laura, ¿ignora que tengo superiores? Además, ésa es cosa de los Obispos y esos indios son de territorio ajeno.

Sorpresa grande para mí, eso de que para salvar almas hubiera que distinguir territorios y dueños, cuando para mí las almas eran del primero que quisiera salvarlas. Le dije:

- Si necesita permiso del Sr. Obispo yo se lo consigo y le costeo todo. Me repuso que él dependía del superior de los Jesuitas que estaba en Bogotá, y que además, el obispo de Medellín nada tenía que ver con esa región.

Tanto lo molesté que lo vi casi bravo. Salí con la idea desvanecida pero con el corazón partido de dolor. No volví a saber más de esos indios y lo más raro es que ahora me empeño en averiguar por el tal río Norosí y nadie sabe de él.

Todo pasó y sólo el dolor oculto en mi alma duró algún tiempo. Naturalmente que no en forma de vocación, pues ni suponía que las mujeres pudieran ser misioneras. Aquello fue como un relámpago del cual jamás supieron los confesores. Cuando lo del examen ni yo lo recordaba. Sólo rezaba por los infieles y los llevaba como una llaga que pensaba curar en el convento con oraciones o con las humillaciones que tendría, al comenzar mi vida de san Benito José Lavre. No era posible pues, que mis examinadores tuvieran en la cuenta aquello. Mi llaga, como llamaba mi dolor de los infieles, jamás había figurado en mis cuentas con ellos.

Supremo deseo de Dios

Continué en mi vida ordinaria y el padre Ulpiano trabajando por darme eso que sin cesar le pedía: ¡Deme a Dios o me muero! le decía en cada confesión. La Carmelitas se mostraban más duras cada día y el padre Eladio más inflexible, no obstante que el padre Ulpiano no dejaba de importunarlo.

Mi alma, aunque sin luz, al menos que yo la sintiera, era cada vez más fervorosa sin que mi pena se mitigara con nada. El fervor de que hablo se refiere a ese supremo deseo de Dios y a aquella ausencia que de El sentía, aún en medio de las manifestaciones más sensibles de su presencia. No sé, reverendo padre, cómo se explique esto, o si los demás lo sentirán así o si yo seré loca. Tanta ausencia en medio de señales certísimas de presencia, ¿quién se explica esto?

Frecuentemente me veía visitada de Dios con conocimientos intelectuales raros e intensísimos, pero envueltos en la más dolorosa ausencia de Dios. Pensaba que tenía que morir de tal pena. No era el cielo el que deseaba, sino a Dios. Si me hubieran dicho que a costa de soportar las penas del infierno había de tenerlo, yo no habría vacilado en aceptar.

¡Oh, padre de mi alma! ¡pena como ésa no puedo concebirla ahora y su sólo recuerdo me estremece! ¡Dios mío, cuan cierto es que eres certero cazador hiriendo como a la traición! Pero no estoy de acuerdo en lo de Santa Teresa de que: "Sin herir, dolor hacéis". ¡A mí sí que me heristeis! Desde el golpe de tu Ser en el hormiguero, me clavasteis el dardo y, aunque infiel, sin Ti no he podido vivir o he vivido en pena de muerte. Sólo que en la época a que me refiero, padre mío, mi dolor no me infundía fortaleza y casi moría. El que he tenido después y que tiene trazas muy distintas, me da fortaleza y por eso no hace su efecto físico, como lo hizo mi dolor entonces, según verá mas adelante.

Nueva manifestación del demonio en el colegio

Al colegio concurrían niñas de buen talento ya muy adelantadas, por lo cual la clase de religión, dictada por un padre del seminario, era un verdadero curso de teología. Con tal alimento, algunas niñas pertenecientes a familias liberales y que eran fervientes en su opinión política, se volvieron conservadoras y sostenían en la casa, violenta lucha, con su valor poco común. Éste fue el hueco por donde el demonio metió, un tiempo después, sus garras, como lo había prometido.

No dejó este enemigo de manifestarse poco antes de estallar. Recibí en el colegio una niña, hermana de un seminarista muy bueno, que por ignorancia había estado tomando clases en una casa espiritista. La niña ya estaba muy contagiada de la terrible peste y entré en la lucha. Por varios meses estuvo privada de los sacramentos esta pobre muchacha, porque su arrepentimiento dejaba mucho que temer. Al fin con lucha formidable con

el demonio logró vencer la niña y se confesó muy bien con propósitos muy sinceros.

La noche de día en que se había confesado, a altas horas de ella, llegó a mi cama demacrada, (pude verla porque se dormía con luz), con los ojos espantados y llenos de horror; me dijo, a la vez que me ponía ambas manos sobre el pecho, sin darme tiempo para incorporarme:

- Señorita, defiéndame del demonio que viene sobre mí.

Me incorporé y no vi nada; pero si le dije con toda la autoridad del caso: ¿Qué tienes que ver, enemigo infernal, con la que ya es de Dios? En nombre del mismo Dios, ¡retírate muy lejos de aquí!

Inútil es, Padre mío, decirle que si hubiera reflexionado no hubiera sido tan perentoria mi orden al demonio; pero sin pensarlo lo hice así.

Tan luego como proferí estas palabras, la niña recobró la calma, sus ojos se serenaron y los labios cogieron el color ordinario, a la vez que se formaba a lo largo del dormitorio de las internas, que era muy grande, un ruido de viento impetuoso que las levantaba y que parecía como el ruido que forma una piel muy tiesa, al sobarse contra algo muy áspero. Todas las alumnas despertaron dando gritos. Otilia, la niña de la historia había vuelto, como envuelta en el ruido a su cama, que quedaba en el extremo opuesto del dormitorio.

Yo me fui a calmar a las muchachas; todas querían contarme a la vez lo que habían oído y como les había alzado las camas y me señalaban la puerta por donde decían que se había salido ese ímpetu. La puerta estaba completamente cerrada, como la había dejado al acostarme. Por ella salí al corredor de la quinta que da a la calle, y con la luz de la luna pude ver que una ceiba vecina, de las de la avenida de la quebrada, que queda delante de la quinta que ocupaba el colegio, se retorció con mucho estruendo, terminando por desprenderse un brazo tan grueso que, con un hacha hubiera sido cosa larga echarlo al suelo. A su caída tumbó una tapia de la casa vecina.

Volví a entrar al dormitorio y encontré a Otilia sentada en la cama, con los pies colgando, como si acabara de llegar de alguna parte y que acabara de despertar. Me dijo: ¿Qué pasa? ¿yo, de dónde vengo?

Nada quise decirle; pero las demás le refirieron lo ocurrido con el viento del cual decían ellas que no era tal, sino que sería el diablo. Esto lo

aseguraban sin que yo les hubiera dicho nada de lo de Otilia ni de lo de la ceiba. Observé además, que ninguna otra rama del jardín ni de la calle se movía en el momento que se retorció la ceiba, formando como remolino con la copa.

Por la mañana, los transeúntes de la calle se detenían a contemplar lo raro de la caída de aquel brazo de la ceiba, pues se desprendió como si la hubieran torcido como una caña; se veía que lo poco natural de la ruptura lo obligó a rasgarse a lo largo, en parte. Nadie podía conjeturar qué agente había causado el destrozo. Sólo yo tenía mi secreto. Las niñas sólo supieron la cosa a medias. La misma Otilia lo supo mas tarde. Se lo dije para que supiera agradecerle a Dios este beneficio. Continuó siendo una cristiana cada vez más fervorosa y si no ha muerto, hoy es una religiosa ejemplar. Y estaba ya muy imbuida en las doctrinas espiritistas ¡Los milagros de la gracia!

Qué enemigo tan pequeño es el diablo

Ya ve Padre mío, qué enemigo tan pequeño es el diablo. ¡Se deja correr por una mujer...! ¡Y haber quienes le tengan miedo! Que un exorcismo de la iglesia lo arroje es cosa muy puesta en razón; pero que huya a la voz de una mujer... ¡qué humillación para quien tuvo un puesto en la milicia celestial!

De los tres enemigos del alma, es el menos poderoso, a mi modo de ver. Siempre les he enseñado a mis discípulas e hijas que no den a los ángeles el espectáculo de mostrar miedo por el diablo. ¡Que dirán los ángeles! ¡Que las hijas se mueran de miedo de un enemigo que su padre tiene aherrado con cadenas inquebrantables! Por lo que hace a mí, casi me siento señora de él, como mi Dios es su Señor. Es necesario gastar los nervios, temiéndole a los otros dos enemigos del alma tan traidores. Sin embargo, uso con mucha fidelidad, todas las armas que la Iglesia nos da contra el demonio, porque sé que ése es el medio de ejercer mi soberanía sobre él.

Desde que he comprendido que lo que busca ese vil enemigo en nosotros, es la imagen que de Dios llevamos, para vengarse en ella del chasco que su soberbia le metió, me parece tan cobarde que lo desprecio soberanamente. Creo que los que caen en sus garras es porque no tienen

una fe completa, del carácter paternal de Dios. No sé si se me entenderá esta idea. Sólo sé que el diablo es el hazmerreír de los siervos de Dios, porque ellos han dado con el secreto de mirarlo como un enemigo aherrojado, sin más poderes que los que nuestro Padre le deja, para hacer ostentación de su gloria.

Este reto de Dios a Job me embelesa: por eso siempre que lo leo aprendo más de Dios y del diablo. Es un muñequito risible, haciéndole males a Job para estrellarse contra el poder de la fortaleza que Dios da a los justos. Buen destino tuvo el infeliz. Tengo para mí que el tal bicho ése, no ha de ponerse en mi lecho de muerte. No sé por qué lo siento así. El momento en que Dios ha de darle su primer beso a mi alma, del lado de allá de la muerte, no debe ser presenciado por un enemigo tan feo. Dios me dará lo que espero que me dé. Además, lo que Dios ya posee con mil derechos, no tiene él que rondarlo.

Algunos designios muy respetables de Dios, autorizarán al demonio para estar en el lecho de muerte de muchos santos, no lo niego y lo respeto; pero lo que es conmigo... ¡Pobre miserable! tanto le desprecio que no quise, la vez que lo vi, darle con un santo Cristo, porque no me gusta honrarlo con nada.

Conversión de un médium espiritista

Debo, antes de continuar en esto, referir otro hecho que dará luz a los siguientes. En medio de mi tan espantosa pena, me gustaba hablar con personas que sabiendo algo, fueran muy de Dios. Recibía algo parecido a un alivio en hablar con esta clase de personas, pero ellas no me entendían y aunque no me les confiaba, veía que yo les parecía rara.

Me guardaba entonces y me replegaba como bajo la concha de que ya he hablado. Sin embargo, di con el padre Muñoz, quien frecuentemente me describía el estado de mi alma, no en el confesionario, porque jamás fui recorredora de confesionarios, sino en el salón en donde lo buscaba para asuntos del colegio o de ayudar a las almas. Pero este padre sentía como cierta impaciencia y casi siempre que hablábamos de mí me decía:

- Laura, usted tiene una vocación extraordinaria y con esa afición a las carmelitas no puede verla! Además, usted con el padre Ulpiano Ramírez, no me parece...

Esto me hacía sufrir mucho, pero me consolaba de saber que esa vocación extraordinaria, al fin llegaría y que ella me daría a Dios, mi frenesí. En estas entrevistas con el padre Muñoz, me vi cuando menos lo pensé, metida en un conversión que él hacía.

Julia Castrillón, el gran médium espiritista del departamento, ejercía su diabólico oficio de apóstol del espiritismo en cuantos pueblos le dejaban entrar. Aquel médium que se comunicaba tanto y tan fuertemente con el espíritu de Voltaire, según lo cantaleteaban los espiritistas de Medellín, porque tenía alguna semejanza con él, cayó milagrosamente bajo el celo del padre Muñoz y con señales de conversión verdadera, le quedaban ciertas influencias del demonio. Ya llevaba tiempo el padre, de lucha tenaz por apartarle aquella influencia cuando alguno me indicó, que el padre deseaba que yo la tratara y de contado se me presentó Julia muy electrizada a decirme que el padre Voltaire había dicho en el centro espiritista, que yo estaba pasando penas inauditas porque en la otra existencia, había sido un fraile muy fanático y que así expiaría bien y llegaría a ser un espíritu muy elevado.

Por toda respuesta le dije a Julia: Verdaderamente, ¡lo que más me fastidiaba cuando fui fraile era el bigote! Con esto el rostro de Julia se cambió y sólo me dijo: ¡Laura, usted si que es irónica! Con esto me venció.

Quedó completamente deselectrizada y me dijo que estaba sufriendo horriblemente desde que era católica porque el demonio la tenía tan bajo su influencia, que ni para la comunión la dejaba y tenían que dársela casi por la fuerza, porque ella no sentía al ver la santa Hostia, sino deseos de pisotearla. Me refirió mil cosas más. Y que había estado en esos días, bajo la influencia del demonio, sin interrupción, más de ocho días; pero que al oír a su padre espiritista también, referir lo que había dicho Voltaire de Laura, se le había ocurrido que llevando la razón, Laura la libraría de su estado.

Cosa rara, padre, con solo lo del bigote, quedó esta criatura libre de aquel estado. A la vez Voltaire pronosticaba que si yo no hacía bien la expiación de esta existencia, siendo médium espiritista, los espíritus se vengarían de mí. No hice caso de la cosa, pero desde entonces le ayudaba a la pobre Julia a salir de sus dificultades. Siempre mi sola presencia la

calmaba. Los padres que la manejaban hacían que yo la atendiera en cuanto pudiera.

La amistad con Dios nos da señorío sobre sus enemigos

No me era extraño esto a mí; aunque para los demás, sí lo era. Yo ya sabía el miedo que me tenía el diablo y no tenía por qué asustarme. Un médico, al conocer esto, porque le recetaba a Julia, dijo que era porque yo era muy eléctrica. ¡Majaderos! Otra es la electricidad que saca el demonio: Es la amistad con Dios que nos da señorío contra sus enemigos. ¿No es verdad, padre?

Un día, después de unos ratos espantosos de Julia, en los cuales había blasfemado a su pesar, sin interrupción, fueron a sacarme de la casa de ejercicios, en donde hacía mi retiro anual, para que, de parte del padre Gamero, fuera a amparar a Julia. Dejé el retiro y me puse a ver que, si después de dejarla en calma, me iba, los espiritistas estaban en acecho para cuando volviera a estar en un estado parecido, le caerían y volverían a cogerla en sus garras; pero los espíritus dizque les habían dicho que no lo hicieran estando yo presente, porque yo era la causa para que Julia no volviera al seno de la verdad. Y que la cosa de Laura duraría ya muy poco, porque iba a caer sobre ella, una venganza terrible.

No me preocupé, padre, por estas patrañas tan parecidas a lo que ya a mí personalmente me había pronosticado el bribón del diablo. Ni se me ocurrió decírselo al confesor, con ser que nada dejaba por decirle y a él le interesaba todo lo mío. Como quien espera un desenlace, que el estado de mi alma, sin duda, le hacía esperar.

CAPÍTULO XIV

- NUBES DE TEMPESTAD - EL ÚNICO LENITIVO DE MI VIDA
- PRESAGIOS DE TORMENTA - VENGANZA DEL DEMONIO
- SOMBRA DE MI VERDADERA VOCACIÓN
- MIS VACACIONES EN LA CEJA
- NUBE CUAJADA DE RAYOS
- TESTIMONIO DE MI AMOR A LA CRUZ

*"Se han multiplicado sobre los cabellos de mi cabeza,
los que me aborrecen sin razón.*

*Se han robustecido mis enemigos que me persiguieron
injustamente; lo que no robé, pagábalo entonces". (Sal. 68,5)*

Nubes de tempestad

El colegio iba viento en popa. Nada hasta el tiempo de mis amistades con Julia, turbaba la vida de él; pero ahora comenzaron a sonar, sin saber de dónde venían, ciertas cosas falsas acerca de mí. Referiré algunas:

Los padres Franciscanos prestaban sus servicios al colegio, predicando y confesando en él, siempre que se les llamaba, y lo protegían en cuanto estaba a su alcance. Un día los mandé a llamar para un sermoncito, en una fiesta de la Virgen. Cuál sería mi asombro, al recibir esta respuesta: "Que el padre no está buscando novia, que tiene voto de castidad" ¡Dios mío! ¡y esta razón me la mandaba con una niña! La pobre muchacha me decía: Así me dijeron y además, allá están creyendo unas cosas horribles de usted. Por Dios, vaya hable con esos padres.

No me inquieté mucho, porque, ¿qué podía inquietar a un alma que tiene el dolor que mataba la mía? Tranquilicé a la niña y le dije que eso sería alguna equivocación. Muchas veces volvió la niña a la carga diciéndome, que las cosas seguían; pero no le hacía caso. Me decía: ¡Es imposible que esa razón haya sido para una que siquiera sea señora, es equivocación!

Un día, después de varios meses de silencio de mi parte, llegó razón del Padre Visitador, que acababa de llegar, para que fuera aquel mismo día. Me fui y me preguntó:

- Usted, por qué ya no ocupa los Franciscanos?

Le referí la cosa y me dijo: Ahora mismo tiene que hablar con el Padre que le mandó tal razón. Porque eso no puede quedarse callado.

Salió el Padre, que no era otro que el mismo Guardián, y me sostuvo que era verdad lo que había mandado decir y que tenía cartas de persona que comulgaba todos los días, asegurando que, para crímenes nefandos me proponía recoger yo, a los sacerdotes en mi colegio. No pude decirle nada a este padre, que me excusara. Además, la cosa no dejaba salida. Entonces le contesté: Yo también comulgo todos los días, quién sabe cuál de las dos comulgadoras dirá la verdad o habrá dos verdades, la de ella que asegura que soy tan mala y la mía que aseguro no entender el crimen que se dice de mí. Lo que sea, me dijo y se marchó. No valió que el visitador le dijera que Laura era conocida desde niña en Medellín y que no era posible lo que se decía. Cerrado aquel padre, se entró.

Otro día avisé a un padre del seminario para que viniera a confesar las niñas, según tenía orden de él para hacerlo y me dio igual respuesta. Esto, con ligeras variantes, me pasó con cuatro o cinco sacerdotes, muy independientes los unos de los otros. Se notaba como una atmósfera pesada, respecto de mi reputación de mujer honrada. ¡Cosa más rara, Padre mío!

Circularon también entre mis condiscípulas, que habían sido en la Normal, otras especies raras, acerca de crueldad y crímenes que yo había cometido con mi padre. Sólo les contestaba: Pueden pedir a Jericó la fe de mi bautismo y la de entierro de mi padre, y verán si en dos años de diferencia, es posible suponer esos delitos. El médico de la casa no volvió a recetar y dejaba comprender que tenía una queja grande y grave. En fin, todo parecía bajo la sombra de una nube de tempestad.

El confesor me hacía dar explicaciones al principio; pero luego fueron tantas, las especies, que le rogué me dejara en paz. Le dije:

- Mire, padre: ya no me dejan trabajar, me mantengo desenvolviendo ovillos que otros envuelven y mientras tanto, no estoy pensando en Dios y perdiendo mi tiempo. Si alguno le reclama de por qué no hago explicaciones o me vindico, dígales que como voy para el cielo, y es muy alto, no puedo perder tiempo, desenvolviéndole ovillos a nadie. ¡Que el que los envolvió los desenvuelva! En cuanto a mí, tengo un largo viaje y no me demoro.

Al padre al principio le pareció esto peligroso, pero luego, fueron tantas las cosas, que me dio razón y me dijo: Esperemos a ver qué quiere Dios. Ya ni yo la defiendiendo porque me sale peor.

El único lenitivo de mi vida

Mi dolor era mi única cosa. ¡El mundo, bien podía voltearse al revés, si es que alguna vez ha estado al derecho! No me inquietaba nada. Además, el buen nombre del cual tan bonito dice el libro de la Sabiduría, no era mi porción y no estaba por cuidarlo, porque de él estaba completamente desprendida. Lo había dado a Dios en cambio de un poquitín de gloria para Él. ¡Dios mío! ¿Qué no te había dado ya? ¡Y qué no te diera ahora! Mas, la suma pobreza, ¿qué tiene para su amor? ¡Dios mío! ¡Qué pensamiento tan duro! Mis entrañas ahora mismo se parten por esto de no poderle dar nada más a mi Dios. ¡Ay, padre mío!, por eso soy la esencia misma del dolor. Y si Dios, llegare a quitarme la facultad de sufrir algo por su amor, ¿Qué haré yo? ¡Ay Jesús de mi alma, no lo quieras nunca! ¡Es el único lenitivo de la vida!

Mis discípulas me querían más cada día y naturalmente sufrían con las cosas que oían. Pero también les había hablado mucho de los caminos de Dios, para las almas, y muchas no se inquietaban.

Presagios de tormenta

Entre las alumnas de que he hablado, que se hicieron conservadoras en la clase de Religión se destacaban tres niñas Castro, de magnífico talento, exquisita sensibilidad, delicadeza de sentimientos, en fin, eran lo que podemos llamar unas almas bien dotadas. Entre las tres, sobresalía en todo la mayor, llamada Eva. Pertenecía a una familia de gentes muy salientes, en lo de buen gusto, inteligencia y de un liberalismo más saliente aún. Esta señorita me quería de un modo excepcional y se había plegado por decirlo así, a mis pareceres y gustos. A la vez era tan soberana en su casa que, no obstante mis modos y prácticas tan opuestas, esta muchacha había logrado hacerme estimar de los suyos. Sólo por obedecerme se presentaba a uno que otro baile, pues aunque había sido educada en él y le era muy aficionada, se había como identificado con mis ideas. Pero yo no creía conveniente que descontentara del todo a los suyos. A mi vez, la complacía en aderezarme algunas veces a su gusto, sin faltar en cierta manera a mi modo de ser. Por ejemplo, sufría porque yo vestía siempre de algodón y le acepté dos vestidos de lana. En fin, la mayor amistad había entre las dos. Me tenía mucha confianza y yo era la depositaria de todas sus interioridades. Se sentía como atraída por la vida religiosa; pero jamás la animé a ella, porque no le reconocía vocación.

Cualquier día me dijo que un hermano de otra de mis discípulas la pretendía y que ella se sentía inclinada a él, sin dejar de luchar con su inclinación contraria. Le dije: Hable con su papá y si Rafael, es del agrado de él, me parece magnífico el sujeto y no tema por lo demás, que usted tiene vocación para el matrimonio. Por su parte Rafael, también me confió su secreto y lo felicité por la buena elección. El matrimonio se pactó con todo el gusto de la familia.

Un día llevé a las internas de paseo a un sitio de donde se dominaba toda la ciudad. Eva, aunque no era interna, me suplicó le permitiera ir al paseo, a lo cuál accedí con el mayor gusto. Nos sentamos a la orilla a contemplar la ciudad y me dijo: Me aflige una cosa. Me siento completamente feliz con mi matrimonio. Quiero a Rafael, pero me parece que con mi matrimonio nuestras relaciones se enfriarán y yo las quiero perpetuas, ¡le debo tanto a usted!

Le contesté con la mayor seguridad:

- No será su matrimonio lo que quite nuestras amistades: un desastre causado por una gran calumnia, hará que, no sólo su afecto termine sino que usted huirá de mí, como de un ser nefando.

Estas palabras fueron como un rayo para esta pobre criatura. Sin contestarme nada se bañó en llanto. Después de repuesta un poco, me dijo: Me mató señorita con su pronóstico, dígame que me lo dice en broma, porque aunque todos lleguen a odiarla, yo seré siempre la misma con usted. Por no verla llorar más, le dije que tomara mis palabras como ociosas. Ella se tranquilizó pero siguió triste por muchos días.

Por mi parte, la casi inconsciente profecía que había hecho, quedó grabada en mi alma con la mayor certeza, pero a nadie le dije nada.

Venganza del demonio

Mi vida de dolor, continuaba la misma y, al final del año, (1903) caí enferma de peligro. Los médicos no conocieron la enfermedad y, llegué casi al extremo de la vida. Me sacaron del colegio por orden de los médicos y era de ver la consternación de Medellín, amigos y no amigos hicieron las mayores manifestaciones y se disputaban la, para ellos gracia de atender a cuantas cosas eran precisas. Hubo quienes, sin antes conocerme, enviaron médicos que permanecían los días enteros aguardando que los ocuparan en algo.

Sin duda Dios permitió este entusiasmo para hacerme ver más claro, lo nulo y falso de los sentimientos humanos. Además, la que iba a ser el escándalo de todos, debía ser antes, para que fuera más notoria la humillación, el centro de muchos corazones y como dueña de muchas voluntades.

Yo solamente sabía la causa de aquella enfermedad que los médicos no pudieron conocer. La enorme lucha moral, había debilitado mi organismo y la fiebre se había apoderado de él. Los médicos ni sospechaban tal cosa y por eso, su ciencia fue burlada. El confesor que algo entendía, redobló sus cuidados para prepararme a la muerte y decía, que si escapaba de ella, me haría carmelita por sobre todos.

Permitió Dios, que contra la opinión de los médicos la fiebre se calmara y volví a mi entero conocimiento. Entonces vi con sorpresa que Medellín entero se agrupaba alrededor de mi lecho, no obstante la prohibición de los médicos y la guardia que habían puesto a la casa. Nada valía, la gente todo lo atropellaba, ¡cosas de la vida! ¡quién creyera, que poco después querrían despedazarme! La gravedad duró cincuenta días.

Entré en franca convalecencia y los reconstituyentes circulaban por toda la casa, porque todos enviaban con ansias de ser preferidos. Esto obligó a los médicos a decir con gracia: "No sabíamos que sobre nosotros pesara la responsabilidad de una tan preciosa vida"

Cuando ya estuve de poderme levantar, vino Eva Castro a decirme que en su casa no habían querido hacer la ceremonia de cambio de argollas sin mí y que yo sería madrina en ella. Se pactó que iría en coche y con las mayores precauciones a su casa, para la ceremonia. Accedí con la debida licencia de los médicos y de mi madre. En la fiesta, no obstante haber personas de gran valía, yo era como el centro de las atenciones de todos, inclusive de las de Alfonso, un hermano de Eva, literato de mucho prestigio y que no creía ni en Dios.

Ya en asuetos y por reponerme, me hicieron ir a la Ceja³⁴, pueblo de tierra fría y de clima excelente. Allí recibí las mayores atenciones de todos y parecía como que Medellín se diera cuenta de lo que Dios tenía guarda-

³⁴ LA CEJA: Municipio del Departamento de Antioquia, fundado en 1789, a 2.180 m. de altura, rico en agricultura y ganadería. Atraídas por la fertilidad de las tierras, se establecieron allí familias sanas, distinguidas, modestas, y religiosas, aferradas a las más puras tradiciones españolas. Es semillero de hombres ilustres.

do, porque hasta la Ceja llegaban las señales de estimación y de alegría por mi reposición. ¡Pícaro mundo! ¡qué tal si te hubiera creído!

En enero, recibí carta de Eva, en la cual me decía que su matrimonio se verificaría en los primeros días de febrero, pero que nadie consentiría en que yo no estuviera en él, porque sería madrina. Recibí orden de mi mamá y del confesor de venirme a Medellín aun sin terminar las vacaciones, a complacer a los amigos Castro. ¡Aquí era donde Dios me esperaba con su cruz!

Vine a Medellín y lo primero fue comprar cuanto necesitaba para corresponder a mi puesto de madrina en boda tan aristocrática. Contra mi costumbre y gusto, sólo por complacer a Eva, compré hasta guantes que jamás había logrado hacerme poner, a pesar de que mi posición y la etiqueta de muchos actos, a los cuales concurría, lo exigían de rigor.

De pronto, cuando menos lo esperaba y cuando ya faltaban dos días para el matrimonio, se me presentó Eva, bañada en lágrimas y me dijo, que se sentía completamente arrepentida de su compromiso y que ella era para religiosa. Le contesté que aquella resolución era fruto de las fatigas que se había proporcionado en aquellos días, que estaba nerviosa y, que no fuera a dar ningún paso sin serenarse. Que yo estaba cierta de que sería feliz casándose. Ella insistió y por fin le dije:

- Váyase a su casa, que ya estarán llegando sus regalos de novia y no diga nada.

Ella me aseguró que hacía varios días se lo había dicho a Rafael y que él no creía.

Con razón, le dije: Váyase tranquila. Salió. A poco llegó Ana, su hermana y me dijo que en su casa todo era consternación con la resolución de Eva y que me culpaban sólo a mí. Esta niña, también mi discípula, estaba muy molesta con los suyos por el cargo injusto que me hacían y me rogó fuera a su casa, para que les dijera lo falso de tal especie.

Como yo era buena amiga de la casa, me fui. Salió la madre a recibirme y le dije:

- Estoy sufriendo con ustedes, pero creo que todo se calmará, si Eva se repone un poco; es que está nerviosa.
- No sé, Laura, pero Eva estaba tranquila hasta que usted vino.

- Si señora, le repuse ; pero ella ya le había dicho a Rafael. Sé, le dije, que a mí se me atribuye la cosa y no quiero convencerme de ello, porque a mí me abonan muchas cosas a favor.
- No sé, me dijo, pero Eva estaba tranquila cuando usted vino.

Pregunté entonces por don Ricardo con quien esperaba entenderme mejor y me dijeron, que estaba acostado y muy afligido.

Salí de aquella casa, convencida de que la verdad se conocería. Al salir, me encontré con Eva y llorando me dijo: Usted ¿por qué es tan bárbara? ¿Qué vino a hacer a esta casa? Le contesté: es que soy amiga de ella. Y la mandé retirarse.

Al día siguiente supe que Eva estaba encerrada por su padre, con la amenaza de no salir, sin darle de nuevo, su palabra a Rafael.

Una hora después, se apareció Eva, por detrás de la casa en donde me encontraba y echándose sobre mí, lloró un rato y luego me dijo:

- Me van a hacer casar; pero yo no puedo perdonar lo que de usted están diciendo. No, no les perdono a fulano y a perano.
- ¿Cómo? le dije, ¿que no perdona? ¿Olvida usted lo que le he enseñado?
- Perdono, porque soy su discípula, pero me muero de pena.
- No se muere, váyase que usted se ha salido escondido y después de que se case, sea más obediente con Rafael y sea muy feliz. ¿Feliz?, me dijo, ¡eso jamás! Y salió.

El matrimonio se verificó al día siguiente y mi nombre se echó a volar con las calumnias más raras. Yo le había hecho jurar con voto a Eva entristecida, que no se casara jamás, ante un Cristo. Yo, en fin, era una corruptora que quería impedir el matrimonio de mi discípula, para fines criminales. La familia Castro no obstante haberse realizado el matrimonio, aseguraba estas cosas con cara de víctimas.

Volví a la Ceja, a esperar lo que Dios quisiera. Allí mis agonías interiores crecían y ni pensaba en cómo seguiría la vida. Por supuesto, mi agonía en nada era causada por el asunto Castro.

Volví a Medellín a abrir matrícula; pero el personal del colegio, no fue ni la mitad del que esperaba. Tomé una casa de menos capacidad y empecé las tareas en pésimas condiciones. La calumnia Castro, unida a las mil que

ya habían asomado el año anterior, hizo que los padres de familia se abstuvieran de entregarme sus hijas.

Salía a la calle y me seguía la chusma de gentes, gritándome horrores. Algunas veces me veía en la calle, atacada por muchachos del pueblo que me tiraban piedra. Hubo vez que caballeros muy serios me llamaran a preguntarme, qué me sacaba con corromper las niñas, y una vez, me siguió una mujer mala, armada con un puñal, amenazándome que si me alcanzaba me mataría. Tuve que entrarme a un zaguán y encerrarme en él, porque aunque le pedí defensa a un agente de policía, no me la dio.

Aquello parecía el infierno desatado. En los carteles en que avisé al colegio, pusieron al pie de mi nombre las palabras más duras e hirientes, cual si no pudiera el demonio dormir, sin acorralarme más y más. No acabaría reverendo padre, si fuera a hacer recuento de todas las vejaciones de que fui objeto en aquellos años. Cosa particular; en todo ese tiempo, no me acordé de la amenaza del demonio, no obstante que las circunstancias bien estaban demostrando que había llegado el momento de cumplirse.

Como no todos conocían a fondo lo ocurrido en la casa de los Castro, cada uno, como movidos por resorte, suponía y daba por cierto lo que primero se les venía a la cabeza respecto de mí. La inmensa desconfianza del clero, era una de las cosas más duras. El señor Pardo había muerto en diciembre del año anterior; de modo que no conoció estas cosas, ni pude tener su consuelo.

El insulto, la piedra, el puñal y cuanto entonces vi levantarse contra mí, no alcanzaron a turbarme, ni siquiera a detener mi atención. ¡Mi dolor supremo, mi agonía interior, esa inmensa necesidad de Dios, lo ocupaba todo! ¡Lloraba y lloraba buscando a Dios como loca! Cualquiera creería que esta situación social iba a cambiar mi pena. Pues nada de eso, padre mío. Abismo de necesidad de Dios, dolor inquebrantable e invariable inundaba mi alma. El padre confesor llegó hasta impacientarse y probó usar conmigo de algún rigor. Todo fue inútil, quería obedecerlo, eso sí, y él mismo lo decía; pero mi dolor superaba todo.

Se me ocurre que fue en esta ocasión cuando pensé seriamente en que convenía intentar la realización de mi vocación de vida humillada, y aún juzgué que ésa sería la cosa tan secreta del padre Gamero, porque me ordenó pedir puesto en La Enseñanza, pero para cocinera. Agregó el padre, que si eso no salía, estaba pensando en otra cosa que sí me daría paz y

me hizo muchas preguntas acerca de mis aspiraciones al seguir la vida de San Benito.

Mandó mi confesor a su mismo hermano, que era capellán de La Enseñanza, para que hiciera la propuesta de que me dieran un puesto de oficios. El enviado volvió horrorizado de la respuesta de las monjas. No quiso decirme cuál hubiera sido ésta, pero me dijo: No pregunte, sepa que para las monjas usted es una de esas mujeres públicas, de las cuales usted nada sabe.

Con este rechazo, el padre se desconcertó tanto, que tomó el camino de separarse un poco de mi dirección. Para hacerlo me dijo: Conviene que se haga así; pero no se afane porque yo estoy convencido de su inocencia en todo sentido. Además a usted le ha dado Dios gracias de tan alto orden, que es justo que la purifique así.

Como yo no conocía esas gracias, ni nunca me las dejaron sospechar siquiera, no entendí qué me quiso decir; pero no me importaba mucho que continuara o no en mi dirección. No me había de poder dar a Dios, luego, nada esperaba de él. El simple consuelo de que sufriera conmigo era bien poca cosa.

Sombra de mi verdadera vocación

Supe que en Jardín³⁵ (Antioquia), tenía un sacerdote unos indios y que solicitaba una maestra para su catequización. Le escribí, ofreciéndome. Yo presentía que el colegio había de extinguirse al fin de aquel año, pues la actitud de Medellín no podía ser más hostil y me pareció que allí me había de tranquilizar, haciendo el bien a infieles que tanto me dolían.

Pero el padre Ulpiano Ramírez, aunque me dejaba, no me abandonaba y como, además, daba clase en el colegio, tenía oportunidad de hablarme. Vino y me dijo que si me sentía mas calmada con la retirada de él. Le dije que con eso no; pero que un poquito con la carta que había escrito, ofreciéndome para una escuela de indios. Esto lo obligó a volver a interesarse y me dijo:

³⁵ JARDÍN: En esta región existió una tribu de indios chamíes, de la etnia de los emberas, que en esas montañas dejaron vestigios de su civilización. El territorio empezó a ser habitado por colonizadores en 1860. El Jardín se ha distinguido por el espíritu cívico de sus habitantes que han realizado numerosas obras, entre las cuales se destaca el templo parroquial, uno de los más hermosos de la nación. Está situado a 1.805 m. de altura.

- ¡De ningún modo se lo permito!

Claro que no mandé la carta, pero seguí un poco impresionada por la necesidad de hacer algo para ayudarle a aquel padre del Jardín.

Le pregunté al padre Ramírez cuál era la causa para oponerse a trabajar con los indios del Jardín y me dijo que eso no era propio de la mujer, ni menos de una señorita, porque no debían manejar hombres. No me pareció esto extraño, pues con la dirección de este padre, les cogí más miedo a los hombres del que siempre les había tenido. Yo tenía ya cuando comencé a confesarme con él, como 27 años y jamás me había cuidado así de un modo especial. Pero este Padre lo hacía como si fuera una niña de diez a quince. Cosa particular: No me permitía que recibiera sola ni a un solo padre de familia, ni a un sacerdote, ni a él mismo. No quería que me detuviera hablando con ningún hombre aunque fuera de mucha confianza en la casa. En fin, para mí era un enigma el motivo de tanto cuidado; pero le obedecí siempre. Esto sí que, lo veo ahora, entraba en el plan de Dios, para prepararme a la misión. Pues decía mi madre que como no conocía la malicia, dizque tenía que usarla aunque fuera prestada.

Nunca vi este padre tan molesto conmigo, como una vez que le dije había salido a la sala, a recibir un dinero a un señor, sola. Hacía que siempre que esto hiciera me acusara como de pecado y me daba que reír porque todos los que trataba eran tan buenos y hasta santos como él. ¡Pero en esto era inflexible! Preparación para la obra de las misiones, reverendo padre, que de otro modo no hubiera podido conseguir. ¡Oh Providencia admirable de Dios! Este padre conducía a una ciega que jamás conoció peligros; pero me basta recordar las precauciones que me hacía tomar, para ser prudente ahora, en la obra de Dios. No me importa ver, me basta obrar según la experiencia de los que saben.

De modo que hablarle de los indios al padre Ulpiano, era como una herejía. Ni tampoco recordaba él la vez que fui al Seminario, a mandarlo para el Norosí. De modo que no sospechaba de mi llamamiento.

Vacaciones en La Ceja

Terminé aquel año en medio de la atmósfera social que he descrito y del interior más sin horizonte conocido. Aunque, sin asumir responsabilidad, el padre Ulpiano, quizá por lástima, siempre pensaba en darme sus buenas opiniones y consejos. Me dijo que debía irme a la Ceja en los asuetos; pero que me fuera sólo con una niña que me acompañaba y dejara a mi madre

en una casa de familia con Carmelita. Mi hermano ya estaba casado. Sin preguntarle el motivo, le atendí. Mi madre, como le era muy perjudicial el clima de la Ceja, vio en esto el motivo para separarnos, pues se le dijo además, que yo iba a ver si para el año siguiente podía colocarme en La Ceja, ya que en Medellín se había hecho imposible para mí.

En efecto, pedí una escuela oficial y me dieron la de pequeñitas. Esto era un pretexto para salir de Medellín, pues se temía alguna cosa contra mí. Así me lo dijo el padre, después.

Cerrado el colegio, nos repartimos, como queda dicho y me fui a la Ceja. Con las frecuentes veraneadas en aquella población, estaba bien relacionada allí; pero... en esta vez, las amistades no aparecieron. ¡Pícaro mundo! vuelvo a decir. Pasé los asuetos en una casita, acompañada por la niña que había llevado y que era como una hija de crianza y con una sirvienta. Olvidé decir que, al terminar el colegio, ya Eva Castro tenía su primer hijo y que jamás volví a saber de ella.

Por necesidad de mi madre tuve que mandar la niña que me acompañaba y yo me quedé sola, viviendo en una casuchita, esperando principiar mi labor en la escuela oficial, para mandar lo necesario a mi madre.

Nube cuajada de rayos

La nube se cuajaba de rayos, mientras tanto el doctor Alfonso Castro, el hermano de mi discípula, se había casado y vivía en Palmira. Desde allí, escribió una novela³⁶ en la cual su hermana no aparecía arrullando a su niño, que acababa de nacer, sino uno de leña en un manicomio, en donde la había llevado la malignidad de una maestra pernicioso, etc. etc,

Llegó aquella novela y nadie vio en ella, la ficción sino la reproducción de lo sucedido en las bodas de Eva, aliñado ya por todos los decires callejeros de que he hablado antes. Medellín se desató en verdadera furia contra mí, los periódicos bramaban contra la enseñanza de las beatas de la casta de la que había confundido el doctor Castro. Aquello parecía (como lo era) cosa del demonio. Como si yo, miserable mujer, hubiera sido la persona de más importancia que hubiera dado la tierra.

³⁶ Novela "Hija Espiritual" publicada en la revista "Amena" de Medellín, en 1905.

A la Ceja, me llegó esta noticia, cuando ya estaba sola y en el trabajo de la escuela³⁷. Tenía noventa chicuelas, todas menores de ocho años, sin una banca y sin elemento de enseñanza, que no fuera mi única voz. Para mayor dificultad, la directora de quien dependía, era una maestra de muy inferior calidad y como supo mi situación y además, halagada su vanidad con tener a la renombrada maestra de Medellín, como su súbdita, me clavó la consideración, ostentando su autoridad, como sabe hacerlo la vanidad, por lo cual, me exigía un trabajo superior a mis fuerzas, con la mayor crueldad.

Con la fatal noticia, recibí orden del padre Ulpiano de no estar sola en la casa, porque decía él, quizás con mucha razón, que, de una pobre calumniada podían abusar mucho los perversos. Para cumplir tal orden, me dirigí a una señora amiga, a quien yo había levantado antes, de la miseria, en solicitud de posada, pagándola, por supuesto. Me contestó que no tenía a dónde darme la posada. Le dije que me acomodaría en una tarimita que no usaban. Me contestó que la necesitaba para poner ropas. Después supe que un hijo que tenía en Bogotá, para cuya colocación le había ayudado no poco, le había escrito diciéndole, que si sabía que continuaba relaciones conmigo, le perdería a él, para siempre.

No tuve otro remedio que arreglar con una mujercita para que me llevara los alimentos a la escuela y permanecer en ella, hasta que la Directora cerrara y luego, irme a la Iglesia, hasta que el sacristán cerrara, para luego, en el atrio, esperar una sirvienta que se desocupara en la casa a donde servía, es decir, hasta las nueve de la noche, para irme con ella, a la casita. Como aún tenía el dolor de cabeza que me duró diez años, cuando ya me vencía en la iglesia, me iba a pasearme en una calle solitaria. Nadie me miraba sin horror. Mi soledad era completa y mi pena interior rebosaba.

Testimonio de mi amor a la cruz

Al recibir la noticia de la novela del doctor Castro, sentí tal adhesión a la cruz, que tomé un cuchillo, enrojecido al fuego, y me hice, en un transporte de amor que me enloquecía, una cruz en el pecho, quemándome fuertemente. Con esto, me sentí un poco aliviada del dolor interior. Quise buscar recurso en el señor cura y fui a buscarlo en su casa. Me contestó

³⁷ Nombrada como maestra seccional en la Ceja en 1905. El decreto de nombramiento se perdió en un incendio.

que estaba oyendo un gramófono y que ni entonces ni después, tenía tiempo para atenderme.

El ardor del deseo de austeridades que siempre me había acompañado, creció tanto que, sin pensar en que necesitaba permiso, me azotaba sin consideración, en las horas que podía tener de soledad. Ni advertía que mi salud, especialmente atacada por el hambre, pues los alimentos me faltaban por descuido de la mujer, que también fue instrumento de Dios entonces, podría quebrantarse demasiado.

¡Mi amargura necesitada amargase más! Un día llegó una señorita de Medellín que temperaba allí y, por una ventana del salón de clase me dijo: Laura, recíbame este poquito de leche, que le he atraído escondido, pero no me hable, porque me irá muy mal en la casa en donde estoy. Por esto, deduje que todos me eran adversos. Le recibí su caridad, cumpliendo la condición.

Todo lo hasta aquí dicho, es nada, comparado con la pena que sigue: Vino a la Ceja el padre Ulpiano y me mandó llamar al confesionario, para decirme que él no se volvería a meter conmigo porque sin duda ninguna, yo tendría algún crimen muy grande, oculto, cuando de esa manera me trataba Dios. Y que, además, para la buena reputación de un sacerdote, no estaba bien amistad ni de confesión, con una persona como yo.

Me hizo enseguida un examen tan fuerte acerca de pecados que no conocía yo, ni sospechaba que los hubiera, que mi pena llegó a su colmo, al conocer tales horrores. Queriendo conocer lo que tanto conocía, es decir, si yo conservaba mi virginidad, me dijo, con una claridad aterradora, la manera cómo la mujer perdía la virginidad. Esto me aterró todavía más, pues ni sospechaba cosa tan horrible. Debí quedar satisfecho del examen porque palpó mi horror y vio, con mis preguntas y respuestas que no podía menos de ser virgen. Sin embargo, repitió su propósito de no entenderse más conmigo.

Luego me dijo que mi madre estaba ya en Medellín, pero que la tenía engañada, para que no supiera mi situación. Según estaban las cosas, no podía ni esperar consuelo en una carta de ella, ni de nadie. En todo aquel tiempo, ya por una cosa o ya por otra, no recibí ni noticia de ella, ni de Carmelita.

Me fui con tales y tan hondas impresiones, a la casita y una vez, encerrada en ella, se me vino a la imaginación cuanto de inundo encierra el

mundo, en la medida de los conocimientos que el padre me había dado. Esto, acompañado de un dolor tal, que caí como sin sentido y así pasé hasta que me sucedió lo que ya sabe, vuestra reverencia, padre mío. Con esto volví en mí, un poco repuesta de mi dolor.

Todo el resto del tiempo, lo pasé como ya he dicho; pero mis conocimientos sobre las basuras de la vida, me la hacían insoportable.

Además, la cruz del pecho se me enconó mucho y el padre me dijo, que, en hacérmela había pecado. Me acusé de ello y quedé medicinándome la herida. Esta cruz me quedó, por muchos años como testimonio de mi amor a la cruz de la persecución, pero como me habían dicho que había pecado, me era un tormento especial.

Me confesaba cada ocho días con el Coadjutor, pero sólo me atendía la confesión, ni yo advertía siquiera que podía tener consuelo, en él. Así pasé algunos meses, ni recuerdo cuántos.

CAPÍTULO XV

- ME INDICAN IMITAR A SANTA ROSA DE LIMA - MI REGRESO A MEDELLÍN - LUCHAS POR CONSEGUIR EL PAN - LA PROVIDENCIA DE DIOS EN GREGORIO, EL HARAPOSO - ME ORDENAN REIVINDICARME

"Y el Señor se ha hecho refugio para el pobre; ayudador al tiempo oportuno en la tribulación". (Sal.9,10)

Me indican imitar a Santa Rosa de Lima

Volvió el padre Ulpiano Ramírez, pues parecía que la compasión lo movía a quebrantar su propósito y me dijo que Medellín continuaba prendido y que los periódicos de algunas capitales de la República se ocupaban en continuar la labor de desprestigiar, por mi ejemplo, la enseñanza católica. ¡Mayor pena! ¡Dios sabe hasta qué punto amaba yo la buena enseñanza! Todo era dolor y más dolor y la pena de siempre las ahogaba a todas. Dios mío, ¿cómo no me morí? Miraba La Ceja como un sepulcro y a Medellín como un campo de batalla horripilante. La ausencia de Dios dominaba estas penas, sin embargo.

Pero no estaba tan cerrado el cielo. Me dijo el padre, que aunque no se metería más conmigo, creía que mi vocación era la de Santa Rosa de Lima y que se proponía, con unos reales que me tenía de mis economías del colegio, comprarme una casita que tuviera un huerto en donde pudiera pasar mi vida sin el apoyo de él, por supuesto, como la de la santa. Que tan luego como estuviera todo y hubiera cesado el peligro de que me mataran en Medellín, me iría a comenzar mi nueva vida.

Mi regreso a Medellín

No recuerdo si esto tardó mucho. Debieron ser pocos meses, cuando recibí razón de salir para Medellín. Acompañada de un viejecito que llevaba víveres al mercado de Medellín, me fui, más muerta que viva, pues mi dolor de cabeza era cada vez mayor y las fuerzas casi me faltaban. No pensaba siquiera que iba a Medellín y me parecía que la misma naturaleza era de otro color.

Sin embargo, padre de mi alma, no me faltó en todo aquel tiempo, la santa y querida confianza en Dios. Él era muy mío, ¡aunque entre el dolor de la más espantosa ausencia! ¿Cómo podrá explicarse esto? Ni siquiera

en los libros he visto cosa tan rara. Mi idea principal era la de por qué no me tragaba la tierra y me sentía tan agradecida de ello, que mi pena se mitigaba, al menos, a ratos. Cada día, al levantarme (no sé si dormía) me decía: ¿No me tragó la tierra esta noche? Y me bañaba en lágrimas de la más exquisita gratitud. Que las gentes me huyeran, que las discípulas, antes tan queridas, no me saludaran y me volvieran el rostro con desdén, era, para mí la cosa más natural del mundo. Confianza sin consuelo, ¿Quién lo ha soñado? Pues aseguro que la tuve. ¡Ay! Dios mío, ¡todo lo puedes y por eso vivo aún!

Llegué a Medellín y encontré a mi madre sin qué comer. La casa³⁸ había sido comprada y el padre Ulpiano se presentó a mostrarme mi celda en el huerto, en donde debía pasar imitando a Santa Rosa de Lima. Me entregó la vida de esta santa y me dio orden de leerla cada día y de hacer mi vida, en todo semejante a la de mi modelo. Le obedecí en cuanto pude; pero la celda ésa, nada o poca cosa decía a mi alma. Un señor, antiguo padre de familia, de los que me confiaban sus hijas, consiguió del gobernador que cada noche tuviera bien guardiada la casita, para evitar un ataque. Yo no tenía miedo, sin embargo. Mi madre como no salía, estaba poco enterada de la gravedad de las cosas y muy engañada la pobre. Carmelita muy enferma, no era consuelo. Además, tenía una pena que no he referido ni quisiera referir; pero como creo que entraba en los designios amorosos de Dios conmigo, me resuelvo a referirla:

Mi madre, la persona más buena, como dejo dicho, y Carmelita buena como ninguna, no se habían entendido bien, nunca. Carmelita tenía desde mucho tiempo atrás, la idea funesta de que mi madre no la quería y, ésta la de que ella no la quería tampoco. Las preferencias que mi madre usaba conmigo justificadas por mi mayor trabajo, así como mi puesto como cabeza de familia, herían mucho a Carmelita, que a pesar de todo, me quería mucho. Mi madre no cedía un punto en lo de preferirme, aunque se lo rogaba yo con lágrimas y, Carmelita que tenía cierta clase de piedad no del agrado de mi madre, tampoco cedía. De modo que, frecuentemente, había conflictos en la casa que, aunque sin salirse de cierto punto de educación, nos hacían sufrir a todas.

La salud de las dos no era buena y esto aumentaba la causa del descontento, pues ninguna estaba satisfecha de los cuidados de la otra. Cada una

³⁸ La casa de la cual hace mención, era una casucha situada en la calle que se llamó "Del codo" - hoy Calibío- de las más despreciables en ese entonces, en la ciudad de Medellín.

recibía consejo de su confesor, pero cada una recibía apoyo de él. Veces había que lloraban las noches enteras y yo me pasaba calmando el dolor de la una y de la otra, fingiendo razones y recados como calmantes, de cama a cama. ¿Quién al leer esto, no se sorprende de cosa semejante, en personas tan buenas? Pues como Dios lo necesitaba para mí, por más que pareciera raro, cabía muy bien en la práctica. Dios mío, sólo Tú me eras amargamente dulce. ¡Ay! ¡La vida tiene lecciones tan duras!

He tenido el dolor de ver morir a mi madre convencida del desamor de Carmelita y a ésta, llorar la muerte de mi madre, convencida de que no la quiso. Yo en el medio podía ver que ambas se querían y que sólo un designio de Dios para modelarme en toda clase de dolores, pudo hacer que jamás se comprendieran las dos almas que más cerca tenía en la vida.

Creo que ninguna de las dos creyó pecar, sin embargo. Ambas buscaban a Dios con la mejor buena fe y se creían en una pena mutua muy amarga.

Luchas por conseguir el pan

Lo de tener el pan estaba de por medio. ¿Cómo hacerse a medios de ganarlo? Pensé en hacer algunas cosas para dar a la venta, pero nadie quería comprar nada de mano de tan perversa mujer. Parece, padre mío, que en todas estas cosas miento, ¿no es verdad? ¡Qué cosas más inverosímiles! Si no quiere creerlas, padre mío, no las crea, yo tampoco las creyera si no las hubiera palpado con asombro. Mas como Dios lo necesitaba para formarme Misionera, en hora feliz, no importaba, para Él que aquello se saliera del carril de lo ordinario. Tanta saña de Medellín, no se concibe de otro modo. ¿No le compraban las cosas a las mujeres más malas de la ciudad? Sólo a mi se me negaba esta favor, ¡Dios mío!

Una familia se conservó fiel a mi amistad y sufría conmigo: la de Teodosio Ramírez, hermano de mi confesor, a quien le había tenido hijas en el Colegio. Su señora, doña Ana Jaramillo, me ofreció que bajo su nombre, hiciera morcillas y las mandara para hacérmelas vender. Pero aquello, era demasiado poco, para dar la vida a una familia. Además, trabajaba todo el día, para ganar treinta centavos. Sin embargo, así estuve algunos días.

La Providencia de Dios en Gregorio, el harapos

Dios venía ya con el pan, del modo más extraño para nosotras y más ordinario para Él. Va a verlo, padre mío.

Un día se apareció a la casa un negro haraposero, con los pies tan hinchados que apenas parecía que podía andar. Creímos que pediría limosna; ¡pero era el ángel de Dios! Me dijo:

- Misiá Laura, usted ¿por qué no pone una panadería?
- ¿Cómo? - le dije, - ni tengo horno, ni modo de comprar los elementos precisos, ni se venderá el pan.
- El horno se hace fácilmente. Yo mismo se lo hago.

Abrí tamaños ojos al ver que aquel hombre se ofreciera para tal cosa y le dije: ¿Cómo va a poder usted hacer eso? Además, yo no tengo con qué pagarle.

- Eso no importa, con muy poco me paga usted.

Me callé como quien no cree y salió. Al día siguiente se apareció cargado de ladrillos, diciéndome:

- En dónde quiere el horno.?
- ¿De dónde ha traído ese material? le dije, y me contestó:
- Eso lo conseguí de cualquier modo y sin más explicaciones comenzó el horno. Riéndome le decía:
- El horno sólo no sirve, ¿qué piensa hacer?
- Eso después lo veremos, misiá Laura.

Mi madre me llamó y me dijo: Háblele claro a ese hombre, porque, después no hay con qué pagarle. Lo hice, pero Gregorio, que así me había dicho que se llamaba, seguía con el trabajo, sin oír nada. Tampoco recibía los alimentos que se le ofrecían.

Terminado el horno salió y se apareció poco después, con una carga de harina. ¡Qué susto, Dios mío! ¡Si se lo habría robado! A todas mis preguntas me decía:

- Yo sé lo que hago, no se inquiete. Al día siguiente traje, sin haberle dado dinero, todos los demás utensilios necesarios, más huevos, azúcar, mantequilla y cuanto se podía ocurrir.
- Por Dios, Gregorio, usted es un misterio, le decíamos.
- Es que todos los pobres somos misterio, me contestaba.

No pudimos saber de dónde sacaba nada ni dónde vivía, ni por qué había ido a servirnos. A todo contestaba:

- Es que uno debe servir, no donde le paguen sino donde se necesita.
- ¿Y cómo sabe usted que aquí se necesita?
- Uno lo sabe todo, contestaba.

Le dije a mi madre: no hay remedio, pongámonos a amasar y Dios sabrá todo lo demás. Así lo hicimos y Gregorio tomó para sí el trabajo del horno.

Le hace daño, para esos pies tan hinchados, le decíamos. No contestaba sino:

- A los negros no nos hace mal nada sino el pecado.

Ni siquiera pensábamos cómo se venderían las cosas. Cuando estuvieron, le dije: Gregorio, y ahora, ¿Qué hacemos?

- Yo tengo muchos tratos de pan y las vendedoras deben llegar.

Así fue, se encargó de la venta y no se perdió nada. Tomó el dinero, hizo las cuentas y me dio algo, diciéndome: Ésta es la ganancia, lo demás lo llevo para pagar los materiales y traer otros.

Cumplió todo, según había dicho y quedamos bien establecidas. Nunca supe cómo había ido a la casa. Para mí era un ser desconocido y misterioso. No recibía sino un pan, cada día. Se lo comía y decía:

- Los pobres no necesitamos más.

No aceptaba sentarse sino en el suelo y cuando le instábamos a tomar mejor puesto, decía:

- Los negros no merecemos eso.

No nos miraba jamás y un día quise visitar su casa, pues me había dicho que vivía con una hermana y me dijo: Si quiere ir, yo le doy las señas y vaya sola. No, le dije, lléveme usted.

- No, replicó, no la llevo, porque cuando yo estaba chico, me dijo mi madre que no anduviera con una mujer solo y lo he cumplido siempre; ¿cómo quiere usted que ya viejo, vaya a desobedecer?

Me fui sola y pude visitar a su hermana. Ella me dijo que Gregorio había sido cocinero de mucha fama; pero que después de viejo, no quería

servir, que sólo ahora había determinado ir a casa. Ella creía que le pagábamos; pero nunca quiso recibir sino el pan, después de terminar su labor en el horno.

Un día llegaron a llamarlo con mucha urgencia, de parte del Vicario General diciéndole que le pagaban muy bien, si iba a servirle al señor Caycedo, que acababa de tomar posesión de la Arquidiócesis. Contestó que no. Le dije:

- No desprecie esta ocasión para ganar algo y además, la necesidad del Vicario es mucha.
- No, misiá Laura, me dijo. Los ricos no tienen necesidad porque con la plata todo lo consiguen, mientras que usted no consigue nada.

Otro día vinieron de parte de los Hermanos Cristianos a hacerle otra magnífica propuesta y dijo lo mismo. Quisimos darle ropa y también la rehusó. No alcanzamos a comprender a este hombre, hasta que un día llegó y tomando en los brazos a un niño de Juancho, mi hermano, le dijo acariciándolo: Hombre, vámonos para el cielo.

El niño que sólo tenía un año, se reía y él volvía a hacerle la propuesta; hasta que le dijo:

- ¿No quieres irte? Pues yo si me voy. Y salió.

Al día siguiente no apareció Gregorio. Mandé solicitarlo a su casa y me mandaron decir que se había ido enfermo para el hospital. Dos días después, me fui a buscarlo al hospital y me dijeron las Hermanas: ¿Será quizás el hombrecito que murió anoche? Me llevaron a verlo y, efectivamente, era Gregorio. Me refirieron las Hermanas que había ido pidiendo una cama para morir y que después, lo habían recomendado muchos; pero que ellas no lo habían creído malo y que aquella mañana, los enfermos que estaban en la misma enfermería, habían dicho que en la noche, lo habían sentido rezar y que después se había callado. Las Hermanas fueron a verlo y lo encontraron muerto...

¡Lo que sentí, Dios mío! Fui al entierro y en él estaba representado el seminario, el capítulo catedral y la comunidad de los Hermanos Cristianos. Todo me pareció extraño, pero logré saber que era un santo y que, en su tiempo de salud, había servido mucho, le guardaban las mayores consideraciones; pero que jamás había querido aceptar nada.

Lo lloré como era debido y mi agradecimiento con Dios, era inmenso. ¡A este haraposos, le debíamos el pan! Quedamos perfectamente establecidas. ¡Por supuesto que mi dolor era mayor por no haber sabido lo que tenía en la casa! Así mueren los santos que han preferido la humillación, a todo. Comulgaba todos los días, pero nadie lo sabía, porque lo hacía en la misa de cuatro y cambiaba de iglesia todos los días. Mi confianza en Dios fue naturalmente mayor por esta muestra tan admirable.

Me ordenan reivindicarme

En cuanto a lo de confesor, el padre Ulpiano continuaba ayudándome, pero siempre diciéndome que era sólo mientras encontraba otro y él mismo procuraba conseguírmelo. Cuando se anunció la llegada del señor Caycedo, me dijo: Voy a encontrarlo y desde el camino voy a hablarle para que se encargue de usted. Cuando volvió me dijo:

- ¡No hay modo! ¡Viene muy prevenido contra usted! Me dijo que usted era la maestra de los liberales y no admitió explicaciones. Se le cerró al pobre, este camino, para salir de mí.

Pocos días antes de llegar él a Medellín, me dijo el padre Ulpiano que de parte del Vicario General, me mandaba hacer una defensa pública, porque ya los periódicos de algunas ciudades, invitaban a los periodistas malos para que continuaran la campaña del doctor Castro, de confundir las maestras católicas y que, como ya no se trataba, sólo de la reputación de una mujer, sino de todo el ramo de la enseñanza cristiana, era preciso que lo hiciera.

Esto sí que fue lo duro, padre mío; yo hubiera querido quedarme con mi querida ignominia, pero la obediencia me hizo salir de ella. Sabía que casi todas mis discípulas sufrían por no poderme ni saludar y que eran víctimas de la opresión más grande, de parte de sus familias, ante quienes no podían nombrarme siquiera y les parecía que el germen maléfico que yo les había infiltrado, las iría a perder. Por eso, habían recibido orden de no saludarme siquiera.

Don Teodosio Ramírez, el único padre de familia que me fue fiel, hizo una reunión de padres de familia y les refirió mi situación, asegurándoles de mi inocencia. Estos señores, conmovidos, ofrecieron costear la publicación y dar sus firmas en reparación, decían, de haber sido tan fáciles en creer.

Emprendí la tarea, exigiéndole a Eva Castro que, escondido de su marido, me diera una carta en la que hiciera constar mi inocencia. Como ella, nada había vuelto a saber de mí, porque su marido y demás, la tenían como privada de todo lo que pudiera darle indicios de mi situación, la sorprendió tanto mi petición, que sin pensar en lo que hacía, me envió la carta que necesitaba. Después le mandé pedir la misma respuesta, ya con permiso de su marido, y éste, se lo negó, encargándose él de responderme, como lo hizo en los términos que pueden verse en mi defensa. Con la ayuda de don Tomás Carrasquilla, un literato amigo del doctor Castro y mío también, escribí la defensa con el título de: "Carta abierta al doctor Alfonso Castro"³⁹. Se publicó el folleto costeadado por los padres de familia, de que hablé antes y toda la ganancia, me la dejaron estos buenos señores.

El efecto de la defensa fue magnífico. De todas las capitales de la república, me llegaron cartas de felicitación. De Cartagena me llegó, de parte del señor Brioschi una hermosa y consoladora carta, unida a una suma de dinero diciéndome que era para resarcirme en parte, de las escaseces que me habían proporcionado mis enemigos. Es de advertir que ni me conocía el señor Brioschi, ni yo le había conocido nunca. Ya ve, Padre, lo que son las cosas de Dios, cómo tiene nuestro socorro en donde no lo sospechamos siquiera.

Hasta versos me hicieron entonces. En uno, de varios que me mandaron y también en algunas cartas de personajes de Bogotá, que jamás he conocido, se me anunciaban triunfos para el futuro y decían de algo que Dios se proponía al probarme. ¡Me asusto ahora de la intuición que las gentes de talento tienen de los caminos de Dios!

De Medellín recibí pocas manifestaciones, sin duda, porque respetaban la situación en que había quedado la familia de Castro, cosa que yo también deploraba, porque hubiera querido que ellos no recibieran perjuicio. Pero no tuve remedio. Los intereses de Dios van por encima de todo.

Sin embargo, los amigos fueron apareciendo poco a poco y muy pronto me hablaron para dar unas clases a domicilio, lo cual acepté por consejo de quienes me dirigían.

³⁹ La "Carta abierta" fue publicada el 4 de julio de 1906

CAPÍTULO XVI

**- HORIZONTE CLARO - PLENITUD EN DIOS - LOS INTERESES DE DIOS LLENABAN MI ALMA - MI "LLAGA" - VISITAS DE LAS ÁNIMAS - MI AMISTAD CON EL ÁNGEL DE LA GUARDA
- DESPERSONALIZACIÓN - COMULGAR CON LA GRACIA DE CADA INSTANTE - SE CONCRETA MI INMENSA VOCACIÓN**

"Yavhé mi fuerza, escudo mío, en él confío mi corazón y he recibido ayuda; le doy gracias de todo corazón". (Sal. 27, 7)

Horizonte claro

Empecé, pues una nueva vida, con el ánimo más sereno del mundo. Trabajaba algo en la calle con las clases y algo en la casa. Con esto me hacía la vida con alguna facilidad. El doctor Castro tuvo menos suerte porque la cosa lo perjudicó por mucho tiempo, en su profesión de médico. Esto me dolía y hoy bendigo a Dios porque todo pasó y él recobró su clientela.

Desorientada por completo de mi vocación, se me ocurrió un día decirle a Carmelita que me parecía muy bueno conseguir permiso para irme con algunas compañeras a vivir entre algunos indios. Hacer ranchitos vecinos a ellos y viviendo de la agricultura, ver si podía hacerles algún bien. Ella me oyó con entusiasmo y me dijo que eso le parecía muy bueno y hasta bonito.

Como el padre Ulpiano, en su lucha para salir de mí, me reñía frecuentemente y me abandonaba, cuando pensé lo de los indios estaba en uno de esos abandonos y había recurrido al reverendo padre Gamero, s.j. quien me aconsejaba en casos difíciles. Fui a él y le hice la propuesta. Me contestó que dada la situación en que Dios me había puesto, toda vez que de mí ya nada malo podía decirse que no se hubiera dicho, no le parecía aquello malo. Mas, como la dirección de este padre no era una cosa seguida sino ocasional, no pasó de esto; sin embargo, me animé un poco a seguir pensando.

Carmelita se entusiasmó y conversó la cosa con una discípula mía, (de nombre Libia Correa), niña de una intensa vida interior y con una vocación muy indefinida y muy apostólica. La muchacha se entusiasmó tam-

bién y se me ofreció por compañera. Para lo de llevar algo aprendido a la Misión, así la llamábamos, se puso a perfeccionar el estudio del piano.

Volví a entenderme con el padre Ulpiano Ramírez pues como he dicho, aunque se retiraba de tiempo en tiempo, volvía como si una lucha muy terrible lo obligara a ampararme o a dejarme, jamás lo he podido saber. Al conocer ése que yo llamaba "Sueño de Libia y Yo" me regañó mucho y me prohibió volver a pensar en indios ni en nada contrario, decía, a su sexo. Obedecí puntualmente.

Durante la tempestad de que he hablado y que principia con el asunto del enojo del padre Eladio Jaramillo y llega hasta ahora, es decir, desde 1900 o 1901 hasta 1906 inclusive, seis años que he dado en llamar después, cerco del demonio, sin que yo sepa si puede calificarse así, mi espíritu, como he dicho, fue puro dolor y pura ausencia de Dios sin que me faltaran manifestaciones de su amor y presencia; sólo que no hacían en mí la impresión de tales.

En los días de la publicación de "Carta Abierta" todo comenzó a cambiar.

El padre me dijo que no era llamada a la vida de Santa Rosa de Lima. Yo no le había puesto inconveniente, sin embargo. Me dijo que podía abandonar la celda ésa que para imitar a la santa, me había formado. No fue que el modelo de Santa Rosa no me gustara ni me separara de mis anhelos. Era sencillamente que mi alma tenía molde ya y muy distinto; por eso sin duda el padre vio que aquella medida, ni me dio ni me quitó nada. Mi espiritualidad era muy definida, según creo; pero como no era de molde conocido, no fue entendida por nadie, hasta que Dios la hizo aparecer en la forma que ya vuestra reverencia conoce, firmada con una obra exterior que grita. ¿Será atrevida esta opinión? Si lo fuere no quiero consentirla. En aquel tiempo, yo no me daba cuenta de esto, ni de nada.

El sentimiento de que me debía tragar la tierra y el agradecimiento porque no me había tragado, unido a aquella ausencia de Dios, tan parecida al infierno, con aquellas negruras del medio exterior y aquel arremeter del demonio en tantas formas y aquellas encontradas opiniones y aquel inconcebible dolor, hondo como un abismo, y aquella presencia de mi pobre miseria, constante en mi alma y aquel conocimiento de Dios, tan amoroso pero con ansias de muerte y aquella peliadera con cuantos me trataban, pues todos resultaban resentidos sin que yo hubiera tenido ni idea de hacer nada malo. Y tanto, que ya no recuerdo sino muy confusamente, como parecido a un fracaso absoluto, fueron mi vida de seis años.

Plenitud en Dios

A fines de 1907, es decir en el tiempo de mi reacción social de "Carta Abierta", tan dura como la calumnia, o más si cabe, para mi alma, todo en mi interior cambió sin que me diera cuenta, ni se la diera nadie. Yo vine a verlo como dos años después.

Daba entonces, como he dicho, clases a domicilio y trabajaba en la casa. Me vi, de pronto, andando esas calles de Medellín en medio de la felicidad más cumplida. No me hacía falta orar como antes; qué importaba orar o no, ¡yo era feliz! la celda carmelitana perdió todos sus encantos para mí. No tenía vocación ninguna ni quería tenerla. Dios no me hacía falta. La iglesia no era como mi centro porque éste ya lo era el mundo entero. ¿Qué me importaba el trato con las gentes, que antes tanto me fastidiaba? Nada. Como si no hubiera esa multitud de gente con las que me codeaba casi constantemente. Calles, plazas, oficinas, salas, iglesias, todo me era igual. Estimación, desestima, elogio, calumnia, aprecio o menosprecio, todo me sabía igual, o por mejor decir, no me sabía, ni me entretenía. Varias veces creí que era que ya me había amañado con el mundo y me parecía pecado. Me acusaba y me decían que estuviera tranquila. Tener director de espíritu o no tener, ser buena o no ser, cansarme o descansar, tener hambre o hartura, desplómese el mundo o no se desplome, todo era lo mismo.

Pero aquello, padre mío, no era indolencia. Era un estado de plenitud que jamás había sospechado que existiera, ni aún en el cielo. ¡Cosa rara! Dios me lo remplazó todo. Me preguntaba: Si ahora me llamaran las Carmelitas, ¿qué sintiera? Y me parecía que nada. Me iría al convento a estar como en esas calles polvosas, rebosantes de gentes y de pecado. Nada me tenía ya guardado la celda, ni la iglesia, ni el confesor, ni la vida venidera. Así, enteramente así, estaba muy buena ¡Dios mío, quien lo pensara! Ni un deseo pasaba por mi alma, ni el más leve temor me venía. Si me confesaba muy bien y si no, me iba a comulgar del mismo modo. El deseo de ser santa se me acabó como se acaba un vestido. Mis pecados tan grandes y que llevaban veinte años de estar como clavos en mi alma, sin dejarle descanso, se me perdieron.

¡Era una plenitud tan oscura en medio de una claridad tan grande! Dios mismo no me hacía falta; yo misma no me encontraba y era feliz. No me parecía ya mala la gente sino muy triste, débil y miserable. Como si hubiera palpado la suprema compasión de Dios a los hombres, envuelta en su

inmenso amor, todos me inspiraban compasión y ternura; pero tan reposado aquello, que estaba muy lejos de ser una pena. No me pesaba ningún sufrimiento porque, los amaba, no como antes, sino como reposo. No tener confesor, no me inquietaba y aquello estaba muy bien, que ninguno me quisiera en su confesionario. Fue aquello como un encuentro con Dios en medio del reposo. No, no sabré decir lo que era entonces mi alma.

No tenía fervor, ni lo necesitaba. La felicidad de Dios me bastaba, pero sin entusiasmo. No sé si veía lo que había en las calles y su bullicio no me fastidiaba. Mi cuerpo no volvió a entrar en mis cuentas. Me salía a la calle con los zapatos rotos y no lo advertía. En fin, era el reposo andando. Me dejé del cuidado de honrar a Dios, porque no sentía la necesidad de hacerlo, como si mi perdimiento fuera su honra.

Hasta en lo físico, cambié, pues entonces fui curada del dolor de cabeza que me había comenzado cuando tenía veintinueve años y ya tenía treinta y uno. Al curarme de él, sentí como si el sol fuera nuevo y todo lo que me rodeaba, sin gozar mucho de nada.

Los intereses de Dios llenaban mi alma

En aquella gran desocupez - permítaseme esta expresión, la única que dice algo de mi estado, mis intereses, aun los eternos, desaparecieron como una bruma delante del sol.

Así estaba cuando me propuso el padre Ulpiano que fuera a Marinilla⁴⁰, a fundar un Colegio. Acepté y me fui sólo con mi madre. Carmelita no quiso ir. En Marinilla fui bien recibida y atendida; pero me daba lo mismo que si hubiera sido lo contrario.

Allí mi vida interior, comenzó a cambiar de faz. La inmensa desocupez, comenzó a llenarse pero no de mí. Los intereses de Dios, comenzaron a ser los únicos de mi alma. No sentía ningún desvío por mis enemigos, pero concebí gran deseo de amarlos con ardor y creo que esto fue lo único de mí misma, en que volví a pensar. En una meditación sobre los azotes de Nuestro Señor, le ofrecí hacer cinco mil actos de amor al prójimo en un mes y lo cumplí, aunque jamás había podido concretarme a diversos actos. Con

⁴⁰ MARINILLA: Municipio cercano a Medellín, fundado en 1690, a 2122 m. de altura. Cuna de hombres célebres y una de las poblaciones de más tradición en Antioquia. Laura fue nombrada allí, como maestra, por Decreto N°750 del 31 de Diciembre de 1906.

esto sin duda, me concedió Dios ese amor intenso a los enemigos, porque desde entonces lo siento, hasta arrebatado algunas veces.

El dolor de mis pecados, que se me había perdido, entró como a formar un solo bloque con los de todo el mundo. Perdieron su importancia para mí. Sólo me servían para verme despreciable hasta el punto de que me complacía en vérmelos, porque me parecía que a cosa tan fea como yo, no podía lucirle otra cosa que el pecado. Los odiaba como ofensas a Dios, pero me parecían buenos para mí. Era también un dolor reposado y general, abarcando cuantos se habían cometido y se cometían en el mundo. La gloria de Dios y la extensión de su conocimiento, eran mis grandes necesidades. Se me volvía cuesta arriba, pedirle a Dios otra cosa.

Mi "Llaga"

Tuve entonces, muchas cosas raras en mi oración. Una vez por ejemplo, como que me encontré con la paternidad de Dios y me parecía como que entendía la generación eterna del Verbo. Aquello no era simplemente una luz. Era como un tope con la Paternidad Divina, como en sustancia. Me dejó tal conocimiento del misterio, que me parecía verlo y toda otra paternidad, me parecía oscura y fantástica. Comprendí con una luz deslumbradora, la adopción de los hombres y cómo entraba en la suprema Paternidad de Dios. Pero reverendo Padre, esto se hacía como en la sustancia de mi alma, de un modo tan profundo, que ninguna palabra humana lo diría.⁴¹

Otra vez me vi en Dios y como que me arrojaba con su paternidad, haciéndome madre del modo más intenso, de los infieles. Desde aquello los tuve como si se formaran en mí, hijos que no conocía. Me daban ya algo como sublime, que, sin producirme todavía un dolor muy sensible, me dolían como verdaderos hijos. Desde entonces los llamé **mi llaga**, con mayor razón.

Mi oración como que se perdió entonces en un inmenso encuentro. ¿Sería acaso la unión de que hablaban los santos? No era la oración una cosa que buscaba, sino algo que tenía. Aunque el padre Ulpiano volvió a ser mi director, no pude jamás decirle nada de esto. Toda yo era eso y no podía advertirlo, para dar cuenta de ello.

⁴¹ Esto sucedió el 31 de agosto de 1907

Le hablé muchas veces de **mi llaga** al Padre; pero él, como si le hablara de una cosa mala, se horrorizaba y terminó por prohibirme que pensara en los infieles. Le obedecí, en cuanto a la voluntad de tenerla, es decir, **mi llaga**; pero tenerla, no estaba en mis manos.

Visitas de las ánimas

Ya desde que estaba en mis oscuridades de esos seis años anteriores, me habían pasado cosas raras con las almas del purgatorio como ésta: Tuve la idea de hacer el voto heroico, pero con miedo, aunque no se me ocultaba que era del todo punto infundado mi miedo; sin embargo, no pude hacerlo, sino por unos meses. Es decir, me dejé libertad para retirarlo al cierto tiempo. En la noche de ese día no sé si dormida o despierta, estaba yo en un corredor y vi que asomaban a la puerta de la quinta que ocupaba entonces, la misma del daño del diablo, en la ceiba, una multitud de personas que eran ánimas del purgatorio y desde allí me pedían permiso de acercarse. Se lo di, pero diciéndoles que no entraran todas juntas, para que no se impusieran los de la casa.

Entró primero un viejecito que conocí en mi niñez, se llamaba ño* José. Le dije, dándole su nombre: ¿Qué quiere? Me contestó con voz muy débil: Mi partecita. Inmediatamente comprendí que se refería al voto. Le contesté que sí y que se fuera. Entró enseguida una señora que había muerto hacía más de doce años, Laura de Sierra; me dijo lo mismo y se lo prometí. Entró entonces un hombre de pelo catire*, con porte como de inglés o francés, me dijo lo mismo. Se lo prometí y le dije: Dígales a los que están en la puerta, que a todos les doy su parte; pero que no entren, porque ya me voy. El hombre les dio la razón y desde lejos me hacían ademán de agradecimiento.

Como le digo, padre mío, no sé si estaba dormida o despierta; pero no me doy cuenta por qué me sentía en el corredor, porque yo había entrado en el dormitorio y en él estaba cuando supe que habían venido las almas ésas.

Pues, en Marinilla se repitió el hecho varias veces.

En una de ellas, me hallaba acostada, cuando oí unos lamentos muy tristes en el patio contiguo a mi cuarto. Cosa rara, la ventana que daba al patio estaba cerrada, pero yo la veía abierta y sin estar la persona al frente, la veía. Era una muchacha robusta, muy entristecida, sentada en la mitad de una piedra que había en el patio y me decía:

- Déjeme entrar y deme de lo que tiene. Le di el permiso y entró como sin tocar la ventana. Llegó hasta mi cama y me dijo:
- Veá, sufro mucho, no me abandone. Otras esperan alivio allí, y señaló hacia el patio. Entonces las vi y eran varias muy tristes. Entonces le dije a la muchacha:
- Sálgase y dígales que a todas les daré lo que desean. Ella salió. Entonces cesaron los lamentos de afuera y vi que la ventana estaba completamente cerrada y el cuarto oscuro. A eso dieron las doce de la noche. Me dormí y al día siguiente pregunté quiénes habían muerto en esa casa y me dijeron que había sido beneficencia y que habían muerto muchos; que la última, había sido una muchacha cuyas señas correspondían a las que di, de mi aparecida.⁴²

Naturalmente, ellas entraron en mi intención desde aquel día, no digo que en mi oración porque no podía hacerla concreta.

Amistades con el Ángel de la guarda

En aquel tiempo comenzaron a darme unos como vahídos en la cabeza, de modo que, si estaba acostada, no podía levantarme hasta que pasaran, sin que me faltara el conocimiento. Una noche estando sola en mi pieza, que quedaba en el extremo del corredor, muy separada de la pieza donde dormía una compañera de trabajo (nunca se podía oír de una pieza a otra, aunque se hablara muy recio) me empezó el vértigo ése a la media noche y pensé en llamar a la compañera. Quise sentarme y no pude. Me resigné a no llamarla y le dije a mi ángel de la guarda, con quien siempre he tenido muy buenas amistades, que me asistiera él; ya que no podía llamar a mi compañera, ni a nadie.

Pasaron así como unos quince minutos, cuando sentí darle empujones a mi puerta y que la compañera me llamaba. Le contesté que forzara la puerta un poco, pues estaba solo cuñada con un asiento. Ella lo hizo y al ver mi incapacidad para levantar la cabeza me dijo:

- ¿Cómo hiciste para ir a llamarme? Le dije:

⁴² Este suceso lo atestigua doña Carmelita Llano de Llano, quien era la persona que la acompañaba en ese entonces.

- No he ido, no he podido ni levantar la cabeza a la altura de la baranda. Entonces me contó que una persona con mi misma voz, había entrado a su cuarto y la había llamado. Cuando despertó bien, vio la puerta de su alcoba bien cerrada, como la había dejado al acostarse. Le había parecido muy raro y sin tardanza, se había levantado, creyendo encontrarme en el corredor. No pudimos ver en esto sino la intervención de mi Ángel.

¿No ve padre mío, en esto, una asistencia muy especial de ese querido Ángel? Hacía más de dos años que me había propuesto hablarle a cuantas personas tratara, del Ángel de la guarda, y como tenía tantas discípulas le había hecho muchas devotas. Desde este caso, mi devoción aumentó considerablemente, considerando la devoción al Ángel de la guarda, como una fuente de la gloria de Dios. Rayón de luz, pudiera decir, si ya ese rayón no fuera, como ha podido verlo padre mío, un foco que se desliza en todo esto que llamo mi vida.

El rayón negro perdió su facultad de pintar, casi por completo. Sin embargo, mi vida distaba mucho y dista todavía de ser perfecta. La luz me ofuscó y ni me empeño en perfeccionarme, porque la necesidad de la gloria de Dios, llenó mi alma. ¡Pobre rayón negro! Se le embotó la punta. ¡El amor y mi propio conocimiento le quitaron todo su poder! Las imperfecciones no me hacen sufrir, sencillamente porque son lo mío y no busco sino lo de Dios.

Despersonalización

Cuando les hablo a mis hijas de la despersonalización que la gloria de Dios pide a nuestras almas les digo:

¿No están cansadas de verse tan feas? ¡Bótense, para que no vean bulto tan horrible! ¡Y entreténganse en ver y buscar a Dios, que es muy bello! Si pudiéramos alguna vez vernos bellas, estaría muy bien que trabajáramos por serlo por medio de la perfección; ¡pero es imposible! Por consiguiente, déjenle a Dios el cuidado de hacerlas bellas, Él que tiene el poder de "hacer puro lo que en impura fuente fue concebido" (Job 25,4) y busquen a Dios, que sí es hermoso. Es la única manera de no cansarse.

Últimamente estudiando en el Evangelio, aquello que dice, que Jesús estaba en la orilla del lago y viendo que las gentes se acercaban a pedirle enseñanza, Jesús les dijo a los apóstoles: "Pasemos al otro lado del lago" (Mt.8,18) y dejó la gente esperando. Les digo a mis hijas:

Pasemos al otro lado del lago que es Dios y dejemos a nuestro bulto y a nuestros intereses esperando, pues Dios cuidará de esto. Cuidemos de los intereses de Dios. Permanezcamos al otro lado del lago.

¡Esto es dulcísimo, padre mío! el otro lado no cansa y nuestros intereses cansan mucho, precisamente porque no son nada, separados de la gloria de Dios. Además, ¡es tan maluco* trabajar en una mina que no tiene oro! Al otro lado del lago, está la mina rica, cuya explotación da rendimiento sin cansar.

Al otro lado del lago, padre mío, hagamos allí nuestra mansión; ¡dejémonos de minas sin oro! nuestros intereses ante los de la gloria de Dios, no merecen la pena de pensar en ellos. ¿No le parece?

En Marinilla tuve muchas contrariedades, pero como estaba al otro lado del lago, no pude tenerlas por tales. Estaba ocupada en los intereses de Dios y en tal ocupación, no es posible atender a pequeñeces.

No quiero siquiera ocuparme en referir las tales contrariedades, porque todo eso lo he dejado de este lado del lago. Consistieron en la guerra que un pobre sacerdote extraviado, hizo al colegio y a mi nombre que no era ya nada. Para qué referir lo que no me tocó, porque estaba ausente trabajando al otro lado del lago. ¿Será esto presunción? Creo que no cabe, porque mi pequeñez está gritando que no puedo presumir en campo tan vasto.

Comulgar con la gracia de cada instante

¡Ay padre, qué cambio el que se obró en mi alma en el término de dos años! Hasta el cielo dejó de ser objeto de mis anhelos y parece que amaba la tierra. No tuve jamás desengaño de la gente. Cuando se me ha dicho que no crea en nadie, después de que todos me abandonaron, cuando más lo necesitaba, me da risa. ¿Por qué no he de creer en alguno? Lo que jamás he creído es que nada dure; pero lo presente, lo creo porque es el momento y medio de Dios para mí. Por esto, he enseñado a mis hijas y también a las discípulas, que no pierdan la fe en el mañana, ni en la gente, porque ambas cosas son como los carros que nos traen la ración de Dios, y que aunque el carro pasa, siempre es positivo lo que nos trae. Por eso les digo que se puede, manteniendo el oído abierto y el corazón encendido, comulgar con la gracia de cada instante. Yo, en fin, le creo a la gente, aunque me engañe, porque el engaño mismo es la lección del día y como viene de buen maestro, me cae bien.

Una vez me dijo un sacerdote:

No creas en nadie. Pensé mucho la cosa y como al fin era de un sacerdote, me pareció apreciable, pero no pude entender, cómo no creyéndole a nadie era posible participar del amable gobierno de Dios, de un modo amoroso y tuve que contestarle:

Me muero de pena*, si no le creo a nadie. Por ejemplo, ahora le creo a usted, que quiere aconsejarme para mi bien. Mañana usted cambiará, eso sí; pero siempre será cierto que hoy usted se afana por mí y es el instrumento de Dios para enseñarme. Mañana cambiará y será el instrumento, para enseñarme que todo lo que no es Él, cambia y pasa, cosa que es preciso que la sepa. Es mi lección de mañana. Luego, ¿por qué no he de creerle? Creo padre, que lo que así no se vea, produce o despecho o apego.

Estos conocimientos los adquirí, con este como camino nuevo que Dios, después del cerco del demonio, me dio. No sé, por supuesto, si supe expresarlo.

Por esto, no desprecié al sacerdote que me hizo la guerra en Marinilla, ni a la guerra misma, sino que le saqué la lección de cada día y lo dejé pasar con mucho agradecimiento y compasión. Eso es todo. Las criaturas perdieron para mí, como su personalidad o individualidad; no sé cómo decir. Las vi como velos que me cubren la acción amorosa del que amo, del que parece que por fin hubiera encontrado.

¡Ay Padre mío, pero qué encontrón!* Parece muy reposado, porque así comenzó, pero verá después...

Se concreta mi inmensa vocación

Como en todo me propongo mostrar el arranque de mi vocación, advierto ahora que en este tiempo tuve muy fuerte amor al Rey Josafat, (2 Crónicas 17,7,) porque fue el primer misionero cuando hizo que recorrieran todo el reino, recordándoles a todos y leyéndoles el Libro de la Ley. Sin duda sería sólo el Pentateuco.

Se proponía este santo rey, que el conocimiento de Dios se extendiera. Desde que leí detenidamente el libro de los Reyes, fijé mi atención en esto y sentí cierta predilección por él.

Hoy advierto que eso debió ser una de las señitas con que Dios y sólo Él, pues en esto tan desusado nadie podía darme nada, comenzaba como a

concretar en mi alma, la que llamo, impropriamente por supuesto, mi inmensa vocación.

No menos contribuyó a formarla la lectura y meditación del Libro de Jonás. Este misionero de Nínive, tan remiso que obligó a Dios, a mostrar la ternura que guarda su corazón hasta justificarle de no cumplir lo dicho, me hacía bañar en lágrimas. Efectivamente, padre, aquél "si tú te dueles de una planta que no hiciste nacer, cuánto me dolerá a mí, destruir a Nínive, donde hay más de veinte mil niños, que no saben cuál es su mano derecha". (Jon. 4,11) Es la mayor manifestación de una ternura sin límites, que excusaba a Dios de un perdón tan temido por el profeta. En ello me recreaba, y veía claro que esos veinte mil niños, eran los millones de infieles y salvajes, perdidos en la Nínive del globo terrestre y veía la suprema ternura que Dios tiene, por los que no saben cuál es su mano derecha, es decir, su Dios. ¡Derecha Omnipotente que los sacó de la nada! Yo bien podía ser, pero no lo veía entonces, el cobarde Jonás, tragado vivo, por la ballena de la persecución.

El atractivo por esta historia que encierra la amorosa excusa que Dios tiene para envainar su espada ante los pobres y los ignorantes, bien muestra una luz muy clara del llamamiento que Dios me hacía. ¿Por qué me aleccionaba con aquellos seis años de cerco, bien semejantes al vientre de la terrible ballena, sino para que aprendiera a cumplir lo que poco después me iba a mandar? Después del vientre del cetáceo formidable, ¿qué estrechura podía temer Jonás? Ni qué dolor podría parecerme a mí grande, después de aquél cerco infernal de los seis años?

Una pequeña diferencia hay entre el profeta de Nínive y esta pobre Laura y es que yo siempre he tenido el valor del junco. Observo padre mío, que las rocas se oponen a la corriente y cualquier día viene una ola y las derrumba; mientras que el junco ante la borrasca, se inclina y las olas pasan por encima sin hacerle daño, puesto que, pasada la borrasca, vuelve a erigirse hermoso y dócil. Así he sido yo, por la semejanza que con el junco he querido tener; me inclino ante la borrasca, para después levantarme tranquila. Verá esto en lo que he referido y en lo que después diré. El profeta, al contrario, sintiéndose roca se quejó a Dios, en lugar de imitar el junco.

Cuando en las borrascas, muchas veces me han reclamado mis hijas, que proteste, les he dicho: Mejor es inclinarse porque no sabemos si Dios al abatirnos, quiere ensalzarnos. ¡Siempre mi debilidad ha sido mi bendito apoyo! Hasta los indios lo han comprendido y ¡ha habido quienes se convirtieran por lástima de mí!

CAPÍTULO XVII

- DE NUEVO EN MEDELLÍN - LA AVENTURA DE GUAPÁ
- LA RESPUESTA DE MI MADRE - OPOSICION DEL TÍO
- PROVIDENCIAL PARENTESCO - NUEVOS OBSTÁCULOS EN
JARDÍN - PASANDO EL PARAMILLO - ALEGRÍA AL VER LOS
INDIOS - NO VENIMOS A VER CUERPOS SINO A BUSCAR ALMAS
- EXORCISMOS - ADMIRABLE PRODIGIO - DIOS MIO, TE DEJASTE
COGER EL SECRETO - LA MAYOR HAZAÑA DEL VIAJE - TERRIBLE
TEMPESTAD - DOS MINAS HALLADAS EN EL VIAJE

*"Me hiciste conocer a mí los caminos de la vida;
me llenarás de alegría con tu rostro; a tu
derecha, delicias para siempre." (Sal. 15, 11)*

De nuevo en Medellín

Al salir de Marinilla, pues sólo estuve ahí un año, mi espíritu estaba completamente cambiado, mas no había tomado el rumbo que después ha sido definitivo. Mi vocación estaba casi definida también; pero como estaba en manos del padre Ulpiano que no quería oír de eso de los infieles, era preciso que la obediencia me hiciera más paciente en el aguardar. No desobedecía, pero mi correspondencia con Libia Correa, la señorita que sería mi compañera, continuaba, sin que yo pensara que en ello desobedecía. Esta señorita cada vez más entusiasmada, me ayudaba a hacer los planes de nuestro género de vida en las selvas.

Me vine a Medellín sin oficio y sin ver claro lo que debía hacer. Los planes con Libia no tenían trazas de poderse llevar a efecto y bien comprendía que, aunque fueran hechos con la mayor buena fe, no tenían lado.

Llegué a Medellín (1908) y le dije a Dios que me pondría a hacer lo que me mostrara, hasta cuidar bestias, si lo quería. Tropecé con una señora amiga y me preguntó en qué pensaba ocuparme.

- Hasta en cuidar bestias, si Dios lo quiere, le dije.

Me contestó:

- Pues yo tengo unos caballitos, entiéndase con ellos.

Efectivamente, tenía unos niños que no le recibían en ninguna parte por traviosos y se los recibí. Poco después se presentó un señor a hablarme

para que le recibiera unas niñas internas. Como tenía buena casa, se las recibí, con la condición de no darles clase, sino de noche, porque de día tenía esos niños, durante algunas horas, y las otras las ocupaba en unas clases a domicilio para poderme hacer la vida. El buen señor se conformó con la condición ésa y emprendí aquella tarea, tan contenta como si tuviera seguridad de mi destino.

La aventura de Guapá

En éstas estaba, cuando vino el padre Ezequiel Pérez⁴³, a suplicarme que me fuera al Jardín a fundarle un colegio. Le rechacé la propuesta, pero al entrar en conversación con él, me dijo que no distante del Jardín, había unos indios que él no había visitado por falta de compañía. Me fasciné con la idea de ser su compañera y le supliqué que aguardara a los asuetos, para que emprendiéramos el viaje. No tenía qué temer por el confesor, porque el padre Ulpiano, ya me había notificado que no seguiría dirigiéndome. Consulté con el padre Gamero, quien como ya he dicho, me resolvía las cosas ocasionalmente. Éte me dio su aprobación. Consulté con mi madre, no sólo para pedirle el permiso, sino para que me permitiera gastar unos reales que tenía de mis economías en Marinilla. Me preguntó que si el confesor me aprobaba aquello; le dije que sí. Me respondió con aquella sumisión que tan arraigada tenía a cuanto tuviera la señal de la voluntad de Dios, que si el confesor, quien hacía las veces de Dios me lo permitía, no tenía ella por qué oponerse. Me permitió además gastar el dinero.

Sólo quedaba pendiente lo de conseguir compañera, única condición que me ponían los superiores; pero para eso estaba Dios.

Pocos días después sin que me hubiera preocupado por la cosa, que sin embargo no era fácil, se me presentó una antigua discípula, diciéndome que estaba dispuesta a pasear y que sus padres la dejarían ir conmigo, hasta el cabo del mundo. Nada menos necesitaba yo. Pacté con ella el paseo a las montañas de Guapá, así se llamaba la tierra que visitaríamos.

Hablando con una señora viuda, me dijo que tenía deseo de ir a un monte, a conseguir matas para adornar su patio.

⁴³ EZEQUIEL J. PEREZ: Cura del Jardín y más tarde de la Catedral de Santa Fe de Antioquia. Ya enfermo regresó al Jardín, donde murió en Febrero de 1945.

Válgame Dios, le dije; ¡Si yo tengo viaje a unos montes en donde usted encontrará lo que busca a maravilla! Arregló el viaje, la ociosa señora; no era verdaderamente tan ociosa como parecía, porque era la enviada de Dios para mí; pero ella no lo sabía.

Llegados los asuetos, compré muchas telas, pues me había dicho el padre, que un indio vestido, era como un indio ganado para Dios. ¡Qué baratas me parecieron aquellas almas! Hicimos como trescientos vestidos, muy propios para el gusto salvaje, conseguimos un peón célebre, por lo que después referiré y nos fuimos con dos cargas de ropa. ¡Aquello era el sueño más bello! Ya me había ideado los métodos de catequización que después han dado el resultado que conoce, reverendo Padre; mi delirio era ensayarlos entre los salvajes.

Salimos en los primeros días de diciembre.⁴⁴ Eramos tres locas; ninguna había sido acostumbrada a esta clase de viajes, pasamos por consiguiente, las mayores dificultades; pero cada una con su ideal, lo soportaba todo. Rosa, la señora viuda, en cada dificultad decía:

- No importa, si he de ver mi jardín con plantas bien raras.

Claudina decía:

- No importa, en los paseos lo mejor son las dificultades.

Y yo: ¡Ay! ¡yo creía que cada dificultad me valía un alma!

Ninguna, pues veía en las dificultades nada malo. Lo raro de todo, era que ideales tan bobos, por decirlo así, les dieran a mis compañeras fuerzas para tanto. Pero eran instrumentos tomados como a la traición, para una obra grande de la gloria de Dios y eso era el motivo verdadero de tanto valor.

La respuesta de mi madre

Ya antes de salir, se presentó a mi madre su cuñado mayor⁴⁵ director de toda la familia, diciéndole que era una loca si me dejaba hacer la barbaridad de aquel viaje; que recordara que si mi papá estuviera vivo, jamás

⁴⁴ El 28 de Diciembre de 1908, según dejó escrito la M. Laura.

⁴⁵ Lorenzo Montoya casado con Rosario Mesa.

consentiría en tal cosa. Le dijo, además, que la mejor suerte que yo correría sería el despeñarme por una roca. Mi madre, siempre grande y enérgica, le contestó:

- Si se despeña, morirá buscando la voluntad de Dios y estará bien. Además, no tengo que consultar la voluntad de Juan de la Cruz, puesto que si murió, no es él quien gobierna a Laura.

¡Esta respuesta merece, padre mío, ser grabada en plancha de oro! ¿No le parece? Pues igual oposición se me presentará al entrar de paso a Jericó. Pero no anticipo las cosas.

Oposición del tío

Después de mil dificultades, porque con el invierno los caminos estaban en pésimo estado, llegamos a Jericó, mi ciudad natal. Allí hice lo que en la historia de mi bautismo referí. Visité en las disposiciones allí dichas, la pila en donde recibí esa fe que con ansia tan grande iba a darles a los pobres indios de Guapá.

Después nos dirigimos, para pasar la noche, a casa de un hermano de mi padre, a quien apenas conocía. Allí después de las atenciones del saludo, el tío me dijo que se oponía abiertamente al viaje. Me ponderó los peligros de él y me dijo que en nombre de las cenizas de mi padre, me rogaba no continuar el viaje. Que además, todos los caballeros de la ciudad, al conocer el motivo de mi viaje, lo habían mandado a oponerse de todos modos.

Díales a esos buenos caballeros, le dije, que nada me hará retroceder. Que les agradezco su empeño, pero que no puedo complacerlos; que llevo permiso de mis superiores, y díales en fin, que los quiero mucho. Y en cuanto a usted, mi buen tío y a las cenizas tan queridas que invoca, crea que Dios me lleva, y que ¡donde Él habla, los hombres deben callar! El tío se me enojó y yo echándome a su cuello, lo abracé diciéndole: No te enojes, que aunque me pegues, te quiero mucho, pero no puedo detenerme.

El pobre, con esto, depuso las armas y me dejó partir al día siguiente, sin hacer otra cosa que decirme, que en cualquier percance, me acordara de él y su familia. Se lo prometí y continuamos alabando a Dios, que nos había sacado de aquel lazo. ¿No ve aquí, mi buen padre, el junco ganándose el campo con un abrazo?

Providencial parentesco

Tan luego como salimos de Jericó, (30 de diciembre) comenzó a llover y así terminamos el día con el percance más gracioso.

Desde las seis de la tarde nos perdimos en un potrero muy cenagoso y grande. Llegó la noche negra como una boca de lobo y no habíamos encontrado el camino. Las bestias se habían metido en un barrizal del cual no pudieron salir, la lluvia arreciaba y no tuvimos más remedio que echar a andar por barrizales que se tragaron los zapatos de las viajeras. El peón echó a gritar como un loco pidiendo socorro, cuando divisamos a mucha distancia una lucecita como de un fogón y emprendimos la marcha hacia aquel sitio, esperando la luz de un relámpago para salir de los barrizales. Al fin llegó nuestro peón a un rancho y nos gritó que fuéramos.

Andando en las puras medias, llegamos al rancho y encontramos al peón en lucha abierta con el dueño de la casa que no quería darnos posada y más fiero que un tigre, le amenazaba si no salía y retiraba las bestias, porque el potrero era del padre Cadavid⁴⁶ y no consentía animales en él. Saludamos al hombre y por toda respuesta nos dijo que siguiéramos nuestro camino, porque a su rancho no nos dejaba arrimar.

¡Dios mío! me dije: ¿Este señor será loco? Pero muy calmada le dije: Le pagaremos bien la posada. No hay dónde, me respondió. Le dije que nos acomodáramos en un lugar cualquiera, que el todo era tener techo. Me dijo: No lo permito; sigan su camino. Entonces le repuse que yo se lo pedía en nombre de Dios. Me respondió que no tenía que ver con nada, que el padre Cadavid no le permitía dar posada. Entonces con energía le dije: ¿Este alar lo necesita? No, me respondió, pero no entrarán a él. Les dije a las compañeras: Acérquense a este alar, que si no quiere este señor, que nos saque. Ellas se arrimaron al alar y yo le dije al peón que descargara y echara las bestias al yerbal. Luego, volviéndome al hombre le dije: Usted señor, haga lo que quiera.

⁴⁶ PADRE RAMÓN CADAVID: Nacido en 1851. ordenado sacerdote a los 23 años. Llega a Jericó el 5 de Noviembre de 1875 y se constituye en alma y nervio de esa parroquia a la que lleva la energía eléctrica, trilladoras de café, fábrica de hilados y tejidos, los bancos, el hospital; descuaja montes y establece haciendas. Atiende a lo cívico sin descuidar lo espiritual y pas-toral; consigue de S.S. Benedicto XV que se erija en Diócesis. Murió el 19 de Marzo de 1916.

Se me olvidó que era junco, padre mío. Mi reto era muy serio. El hombre braveando por lo bajo, se entró a la cocina. Mientras tanto todos los corotos* de viaje los habíamos arrimado al alar, dispuestas a amanecer allí, aunque fuera en pie, pues de otro modo, no cabíamos.

De pronto salió de la cocina nuestro hombre, armado con una hacha y en ademán terrible. Mis compañeras temblaron; creo que yo no porque estaba segura del socorro de Dios, e interiormente acababa de pedírselo. El peón avanzó hacia el hombre y tomándolo del brazo, se lo volvió a llevar a la cocina. Nosotras nos quedamos en la expectativa más terrible.

A poco rato y cuando esperábamos que tendríamos que desocupar el alar, tomado a la fuerza, salió nuestro patrón muy cari simpático y nos dijo: Yo soy muy pobre. Van a pasar una mala noche; pero éntense a esta piececita y por aquí hay esteras y yo no sé qué abriguito les dé. ¡Dios mío! ¿Qué pasa? nos decíamos al oído. ¡Dios mío! ¿Qué se hizo el lobo? Que se volvió cordero... en fin dichasas con aquel cambio, entramos y le recibimos al hombre cuánto nos ofreció, inclusive comida que fue a traernos a la cocina, pidiéndonos muchos perdones, por lo poco y malo.

Estábamos comiendo muy a gusto en un cuartico muy abrigado y riéndonos ante aquel misterio, cuando el peón entró también ya muy alimentado con lo que le habían dado en la cocina y nos refirió, que viendo él, que ese hombre nos iba a matar, lo había llevado a un solar y le había dicho: Hombre, ¿cómo se va a tirar usted con esta señora? ¿No sabe quién es? Pues... es hija del santo Padre, hermanita nada menos que del presidente de la república... sobrina del señor Obispo y prima del padre Cadavid! Usted se mete hoy con ella hombre y mañana le llega una excomunió del santo Papa y decreto de presidio perpetuo que manda el presidente de la república.Y el padre Cadavid, ni se sabe lo que hará con usted! ¡Figúrese hombre! ¡como quiere él a su prima...!

El infeliz hombre, después de saber mis parentelas no supo lo que nos ofrecía. ¡Pobrecito! La risa nos mataba a nosotras porque no podíamos disimularla cuando entraba el hombre a ver si nos podía acomodar mejor y nos decía: Díganle al padre Cadavid que hice cuanto pude por ustedes, pero que como uno es tan pobre... En fin, le prometimos que quedaría muy bien ante el padre Cadavid y nos dormimos. Por la mañana no hubo atención que no

nos hiciera, diciéndonos siempre: Si yo no fuera tan pobre, les daba hasta bastimentico. Saludes muchas al padre Cadavid y que no pude hacer más por ustedes. Que perdone.

¡Pobrecito! El santo Papa, el presidente de la república y el señor Obispo, le sobraron; con que yo hubiera sido prima del padre Cadavid, hubiera tenido. Cosa particular, padre, sin mentir nosotras, pues nada aseguramos, nos socorrió Dios por medio de una mentira, que mayor no la hay. Sin embargo decíamos nosotras, fijándonos bien en lo de ser hijas de Adán, bien podían explicarse estos parentescos.

Nuevos obstáculos en Jardín

Aquel mismo día (31 de Diciembre) llegamos a Jardín y encontramos que los tales indios que buscábamos eran del Chocó y que quedaban del otro lado de la cordillera Occidental, por la cual había que pasar por una especie de trocha, a medio hacer, peligrosísima y resultaba además muy costoso el viaje. Por otra parte el padre Pérez no contaba con licencia del señor obispo, para emprender tal viaje y lo asustamos con nuestra llegada, por que él no había hecho cuenta de mi ofrecimiento; le pareció que había sido broma o cosa parecida.

Los caballeros principales fueron a visitarnos y a pintarnos la empresa como imposible, aun para hombres esforzados. Es preciso advertir que yo estaba aún más robusta de lo que estoy ahora y que no tenía costumbre de andar ni aún por carreteras, pues casi siempre salía rodada en algún vehículo cómodo, como es la costumbre en las ciudades. Las otras eran delgadas pero tampoco tenían costumbre de estas aventuras.

Después de oír esto los señores, de los cuales sólo uno había sido capaz de penetrar en busca de una mina por aquella región, les manifesté que si las compañeras me seguían y si algunos concedores querían conducirnos, iríamos hasta donde pudiéramos, puesto que correremos, viendo de lejos el peligro, me parecía muy cobarde y que tratándose de almas... ante el peligro insuperable, les dije, es hasta honroso correrse; pero ante él... Sobre todo, quien no espera vencer, ya está vencido. No vamos gastando dinero ajeno; ¿qué importa que lo quememos todo, yendo hasta donde se pueda y volviéndonos después de medir nuestras fuerzas, ante el peligro y las dificultades?

Este sermón conmovió mi pequeño pero entendido auditorio y nos dijeron, que unos dos de ellos nos acompañarían; pero que no concebían que pudiera ser menos que pecado echar mi enorme humanidad por aquellos peñascos. Pecado no es, les dije, porque yo no voy a tirarme de todos modos, sino a procurar pasar sin matarme.

Celebraron la respuesta y se marcharon para esperar órdenes al día siguiente. Al salir, les dije a las compañeras, a quienes nada desanimaba, no obstante lo pequeñito del motivo de su viaje: Qué tal que estos señores supieran todas las veces que me he caído en este viaje, aun en los mejores pedazos del camino departamental. Ellas se rieron y prometieron guardarse ese secreto con más cautela aun.

Quedaba pendiente lo del señor Cura. Le dije: padre, si vuestra revelación no me hubiera dicho, lo que me dijo en Medellín, poniéndome las cosas tan fáciles, yo no me hubiera metido en este viaje. Es pues necesario que ahora haga frente a la situación. Pídale telegráficamente permiso al señor obispo, porque ya sabe que estoy resuelta a no regresar a Medellín, sin haber sido vencida, pero no de lejos...

Lo hizo así y el señor obispo, el señor Toro⁴⁷, le contestó que no conocía a las expedicionarias pero que confiaba en él y que fuera. Después me ha dicho el señor Toro que sí me conocía; pero por los asuntos de "Carta Abierta" que no eran para él ni buena ni mala recomendación.

Otra señora viuda, Doña Teresa Lemus de G., quiso acompañarnos porque deseaba hacerse a una finca o una mina para su hijo. Nada mejor que esa nueva compañera. La aceptamos con mucho gusto. Los señores compañeros nos hicieron la lista de lo que habíamos de preparar para el viaje, y ... entonces sí confieso que tuve miedo, al ver que nos pedían no se cuánto amoníaco y diez barras de lacre. Pregunté para qué era aquello y me contestaron que para las mordeduras de culebra.

¡La misma eterna cantinela padre mío! Ya ve, aquí las vocaciones se detienen en las culebras. ¡Parece que en estos bichos, también hoy como

⁴⁷ MONS. FRANCISCO CRISTÓBAL TORO: Nacido en Santa Fe de Antioquia en 1869 y consagrado obispo en junio 4 de 1911. Pasó a Santa Marta en 1913 y en febrero 8 de 1917 fue trasladado a la diócesis Antioquia- Jericó, erigida en enero 29 de 1915 por Benedicto XV. Murió en noviembre 16 de 1942. La congregación lo considera como un segundo Padre; la acogió y amparó recibiendo nuevamente en su Diócesis la casa generalicia.

en los días de mi madre Eva, el demonio se oculta para impedir la salvación de las almas! Como si el dueño de las almas no lo fuera también de los animales y no tuviera más cuidado de las primeras que de esos bichos que se arrastran por el suelo. Además, con la historia de Jonás, vemos que los animales sirven también para llevar a los misioneros a las costas de Nínive. ¡Que embarcación aquella! ¡Es que en manos de Dios todo sirve! Falta ver si las culebras entrarán en los designios de Dios para ayudar a las misiones. Tengo muy hondo en mi alma que ellas forman uno de los obstáculos cuyo vencimiento constituye uno de los méritos de los misioneros, que quizás arranque a Dios la gracia de muchas conversiones. No sé; pero desde San Pablo, las culebras figuran siempre entre las misiones de infieles como ostentación del poder de Dios cuando asiste a los misioneros. ¡Benditos bichos, si entran en el plan amoroso de las misiones!

No se asuste padre de esto, si le parece disparate. Otros mayores tengo al respecto. Es que como la culebra ayudó a hundir en tal abismo a la humanidad, se me ocurre que Dios de la ponzoña ha de hacer triaca.

Pues, como iba refiriendo, me asusté con la lista del amoníaco y del lacre, pero no lo dejé comprender y salimos para el Chocó, como si fuéramos a pasear a un parque vecino, muy contentas y dispuestas a volvernos de cualquier parte.

Pasando el Paramillo

Hicimos el primer día a caballo por camino bastante bueno. La primera noche, pasada en compañía de unos cerdos muy fétidos, nos pareció incómoda pero pasajera... Al día siguiente recibimos orden de nuestros conductores de dejar los zapatos, cambiándolos por alpargatas; de aliviar el cuerpo de parte de la ropa, de modo que sin ofender la decencia, pudiéramos trepar con menos trabajo, la senda de aquel día. Las bestias volverían al Jardín.

A las cinco de la mañana (7 de enero-1909) ya nos había dicho el padre la santa Misa y mi comunión fue algo como una inauguración de amistades nuevas. ¡No sé por qué el amor tiene sus días de estreno! El Dios del monte... yo no entiendo... Laura ya tan despojada de sí misma y en busca de algo que es tan de Dios... De almas de infieles... eso sería lo que me hacía parecer aquello como hijo de un amor nuevo. No lo sé. Ojalá otros gustaran de estas novedades para que ellos pudieran decir lo que esto es.

Como a las seis de la mañana emprendimos la subida al Paramillo, sitio en donde nace el río San Juan⁴⁸. Aquel ascenso por peñascos y brincos fue horrible y duró todo el día; no nos permitían nuestros conductores ni respirar, porque decían que debíamos trasmontar la cordillera para que la noche no nos cogiera en aquella altura, porque el aire se hace irrespirable. Nos detuvimos sólo lo preciso para almorzar. A las cuatro de la tarde ya yo no podía, me ahogaba como si me oprimieran fuertemente la garganta y me puse morada, por lo cual creyeron que me asfixiaba. Me dieron aguapanela *, el remedio para esas cosas, según decían. Pedí que nos detuviéramos un momento; pero me contestaron que no era posible. Allí las compañeras creyeron llegado el momento de declararnos incapaces y volvernos, pero les dije: ¡Recuerden que detrás de esta cordillera hay tres mil almas que esperan la fe! ¡Pobrecitas! Se miraron con tristeza y se resolvieron a seguir. Lo peor de todo era que la pobre Rosa no podía, por falta de fuerzas, ni mirar las plantas que perseguía.

Llegamos a la cumbre ya anocheciendo y nuestros conductores dijeron a los peones que me cogieran arrastrada para bajar, porque no era posible pasar allí la noche; que había que bajar hasta encontrar aire respirable. Entre dos hombres me cogieron y literalmente arrastrada, pues ya mis piernas se negaban a desempeñar su oficio, me bajaron hasta un punto en donde dijeron se podía respirar. ¡Respirarán los demás, decía yo, a mí me es casi imposible!

Pronto arreglaron un rancho, tendieron palos y sobre ellos ramas y me tendieron a morir, decían ellos, porque estaba morada y casi sin vida. Los demás emprendieron la tarea de arreglar mejor la manera de pasar la noche; prendieron fuego y alzaron una gran paila de frísoles.

A poco me subió una fiebre que no me permitió saber más de mí. A eso de las dos de la mañana, viendo que me moría, me absolvió el padre y procedió a darme la extremaunción. Pero antes mandó el padre una promesa a San Antonio, ofreciéndole la misa primera que dijera entre los

⁴⁸RÍO SAN JUAN: El caudal de aguas de este río es tan grande que se considera el más caudaloso de Sur América. Tiene una gran riqueza de aluviones de oro y platino. Nace muy cerca del río Atrato y corre en dirección opuesta a éste. Entre ambos ríos se ha proyectado construir un canal interoceánico. Casi todo el recorrido lo hace en el departamento del Chocó. Desemboca en el océano pacífico.

indios, para que me salvara la vida, pues decía que si yo moría, la obra de los indios y su conversión fracasarían porque ya nadie querría emprenderla, después de tal resultado de la primera tentativa.

Al ir a descubrirme para aplicarme el sacramento, abrí los ojos y conocí dónde estaba. Aguardaron un poco y observaron que la fiebre comenzaba a ceder. La alegría de todos no conocía límites; todos se animaron y yo con ellos.

Amanecí sin fiebre y en una silleta*, a ratos y a pie en otros, hicimos un camino de ciénaga que duró todo el día, interrumpido sólo por el tiempo que gastaron los peones en cortar unos árboles para llenar una enorme chamba*. Por encima de estos árboles caídos pasamos, haciendo maromas inconcebibles. Aquel día (8 de enero) llegamos a un rancho habitado por un joven que, al vernos se alegró tanto que perdió el juicio. Allí descansamos otro día y al tercero, llegamos por mejor camino, a un sitio llamado San Antonio.

Alegría al ver los indios

Allí ocurrió un caso que nos hizo reír al principio y después llorar. Una viejecita, única que habitaba un rancho en donde estaríamos, al ver al padre Pérez se le tiró al cuello y lo abrazó con tal fuerza que parecía que quisiera arrancarlo; luego lo soltaba y volvía a abrazarlo, sin hablar palabra porque las lágrimas la ahogaban. Al ver nuestra sorpresa nos dijo: Hace treinta años que entré y eso hacía que no veía un sacerdote. Creía que ya moriría sin confesión porque mis años no me permitían salir. Ya aunque me muera, nada temo.

Verdaderamente la cosa no es para menos, nos decíamos. En lugar de la pobre viejecita, nosotras no nos hubiéramos contentado con abrazar al padre. Esa infeliz había entrado allí llena de hijos y todos menos uno habían muerto en aquel monte. A la sazón, el hijo estaba en el monte consiguiendo qué comer.

Allí cumplimos la promesa a San Antonio y nos repusimos un poco, mientras los peones iban a llamar a los indios. Esos pobres peones tuvieron que buscarlos durante la noche para poderlos encontrar en sus casitas.

Les llevaron buenos regalos y se trajeron un buen número.

Nuestra alegría al verlos fue la mayor. Ellos nos rodeaban con la mayor confianza y nos preguntaron a que íbamos. Les dijimos del modo que pudimos, que Dios nos mandaba a bautizarlos para que fueran al cielo. Por supuesto, que nada o muy poco entendieron. Pero después de recibir el obsequio que les teníamos, que consistía en un caldo de cerdo montés, se fueron comprometidos a traer al día siguiente otros muchos.

No venimos a ver cuerpos sino a buscar almas

Seguimos para el Guapá, por un camino que no presentaba más dificultades que la pasada del San Juan, que ya allí es bastante grande; pero nuestros peones se encargaron de poner maromas* por las cuales pudimos pasar sin novedad ninguna.

Ya en el camino, me había dicho uno de los caballeros que nos conducían, que el ver a los indios desnudos iba a ser un bochorno, tanto para ellos como para nosotros. Le contesté: No sufra por eso, que nadie viene a ver cuerpos sino a buscar almas. Él se rió y la cosa paró allí. Mi alegría no me dejaba pensar en nada desagradable.

En una hermosa colinita, entre los ríos Atarraya y San Juan, se plantó el rancho misionero y pasamos la noche. A la mañana siguiente los indios llegaron muy temprano, no nos habíamos levantado las mujeres, y al verlos bajar por el frente del rancho, el caballero que tenía miedo de ver a los indios desnudos, me llamó diciéndome: Doña Laura, asómese para que vea llegar las almas.

Nos reímos a más no poder, la ocurrencia no era para menos. Por mi parte, le dije, no veré sino las almas.

Así fue, porque ninguna otra cosa podía llamarme la atención, ni las miradas, al menos las del alma; y las del cuerpo, no tenían por qué mirar los cuerpos; para eso están los párpados tan fáciles de cerrar.

Llegaron más de cien indios, todos alegres y sin entendernos palabra. Los obsequiamos cuanto pudimos y procedí al ensayo de los métodos que me había ideado. Trabajamos varios días sin que los indios nos abandonaran. Mientras que unas trabajábamos en la enseñanza, otras se ocupaban

en preparar comida para toda aquella gente. A la hora de comer, el primer día, quiso el padre ser el que les entregaba las totumas con caldo para que le cogieran cariño, decía, y me suplicó que le cubriera un poco las indias para poderse arrimar a ellas. Fui y les puse a todas en el pecho un pañito, diciéndoles que era para que el padre no las viera tan desnuditas y lo aceptaron como si entendieran la razón de mi maniobra. Pero cual sería nuestra risa cuando al acercarse el padre, sintiéndose como maniaditas por aquel vestido, lo pusieron a un lado para dejar las manos libres para recibir su totuma. Era como si a nosotras nos cubrieran las narices, no encontraríamos razón para ello. Casos de esos nos pasaron muchos.

Más o menos bien entendieron nuestros indios las principales verdades y procedimos a lo del bautismo. Antes era natural que los vistiéramos y sacamos la ropa. Aquello fue lo gracioso; todos los hombres se cogieron las faldas y no quisieron calzones porque eran feos. Les reclamamos las faldas para las mujeres y contestaban: Poné calzón a mujer.

No hubo remedio. Todos los hombres quedaron vestidos de mujer y las mujeres quedaron sin nada. A duras penas, vestimos algunas mujeres con faldas que sobraron porque no todos los hombres quisieron ni aún faldas. Quedaron igualitos los hombres y las mujeres. El trabajo fue para casarlos, porque fue imposible distinguir los maridos y las mujeres. Casi todo el día se pasó en lo de los vestidos, porque los hombres no querían ponerse la falda en la cintura sino que se las amarraban al cuello y les quedaban como capa. Tuvimos que conformarnos con dejarlos así.

Exorcismos

Al día siguiente, los bautismos nos ocuparon todo el tiempo. Al otro día, (10 de enero) después de preparar los matrimonios, procedimos a arreglar el altar para celebrar la santa misa; se colocó una cruz muy alta y a un lado, debajo de una palma muy antigua, el altar. En la cumbre de la palma se puso una bandera blanca con una estampa de la Virgen, para darle posesión a la reina de nuestros amores de aquella tierra. Antes de la misa, dijo el padre que debía exorcizar a los indios que no habían sido bautizados, a los vientos, a las aguas y aquellas tierras que habían sido del demonio siempre. Se subió, revestido, a una piedra y de allí comenzó su tarea de echar al diablo. Los que no creen en las oraciones de la Iglesia, hubieran estado allí para que hubieran presenciado lo hermoso de aquello y las se-

ñales de furia que dio el demonio. Cuando el padre se dirigió a los indios, se produjo entre ellos cierto movimiento raro, que denunciaba que sentían alguna fuerza extraña que los invitaba a huir. Hubo que contenerlos. Cuando se dirigió a los vientos, se formaron en el aire unos remolinos que parecían arrancar de cuajo los árboles del rededor. Al dirigirse a las aguas, estas bramaban cual si una corriente nueva las empujara. Pasados los exorcismos todo quedó en la más completa calma. ¡Dios mío, cuánto poder tiene la Iglesia!

Admirable prodigio

A las doce del día se procedió a la Santa Misa, en la cual habíamos de comulgar dos de las mujeres. Cuando el padre alzó la santa Hostia, los indios hambreados, se habían subido a los guayabos cercanos a comer frutas, de modo que la santa Hostia quedaba debajo de ellos. ¡Con cuánto amor le entregué al señor en aquel momento esas almas que, sin conocerlo, lo miraban desde los árboles! Dios mío, aquello me parecía, si no mejor que el cielo, sí igual. Con cuanto amor le ofrecí a Dios morir por esas almas! Las emociones de aquel día se complementaron con la más exquisita, ocurrida en la Santa Misa.

Después de alzar, el padre cerró los ojos como es costumbre y mientras tanto la Hostia grande se levantó por encima de la cabeza del padre y muy serenita se vino hasta mi puesto y se posó al pie mío. Un momento después se volvió a levantar y se fue hacia la cruz y se posó sobre una flor que allí habíamos colocado. Cuando el padre abrió los ojos, al no encontrar la Hostia, miró hacia los lados y le hicimos señas de que estaba en la cruz. El fue a traerla y cuando dio la vuelta las dos hostias pequeñas emprendieron el camino de la cruz. Tuvo el padre que volverse por ellas. Las mujeres llorábamos de ternura y los señores decían que aquello era castigo para ellos, porque no habían comulgado durante la correría. Por mi parte me pareció pura cortesía de nuestro Señor que quería recorrer el campo que acababa de entregársele. Era sólo una toma de posesión.

Terminada la Santa Misa, todo fue conjeturas de lo que esto significaría. Yo todavía agradezco a Dios su cortesía; no puedo creer otra cosa. Pasada la emoción, todavía sin desayunarnos, cantamos un Tedeum recorriendo aquel sitio lleno ya de Dios. Digo que cantamos porque aunque jamás he sabido hacerlo, me fue imposible callarme entonces y mezclé mi

desacompasada voz a la de todos. No me importaba cantar mal, el todo estaba en mostrarle a Dios mi dicha. Pocas personas se habrán visto en casos como éste, padre mío. Es imposible que se den mucha cuenta de lo que debí sentir.

Los mismos que me acompañaban no debieron sentir igual, porque las circunstancias eran distintas. Al contrario, yo en cada cosa de éstas, veía la respuesta de Dios a mi alma que lo llamaba con ansia loca y le rogaba se dejara servir de mí, aún dándole por paga mi felicidad, si pudiera ser independiente de su gloria. Este sentimiento que experimenté por primera vez en la capilla del señor Pardo, hacía varios años, era el que habitualmente tenía. Por eso mi oído en el Guapá, percibió en esas maravillas lo que los demás no debieron sentir.

Me parecía que Dios, al ir en la santa Hostia a la cruz misionera que habíamos colocado con tanto amor, firmaba su compromiso de dejarse servir de mí en la conversión de los infieles, aunque para ello tuviera que pasar por encima de mi sexo. Todavía me animé más, cuando al bajar al San Juan a lavar unas cosas, tropiezan mis manos entre la arena, con una piedrecita en la cual había muy bien grabada una cruz. Realmente esto de la piedrecita no me parecía mucha rareza porque mi alma que estaba pidiéndole a Dios la expresión de su voluntad, lo echaba todo por ese lado. Aún conservo esa piedrecita y una parte de la flor que estaba al pie de la cruz.

En lo de la santa Hostia, me permito, padre, observar una cosa: ¿Por qué para ir a la cruz fue antes a mí, que no estaba en la misma dirección? Por qué fue a la cruz y no a otra parte? Como hablo con vuestra reverencia a quien no temo decirle cuanto siento, aunque sea darme muchas ínfulas, me resuelvo a contestarme las preguntas así: Fue primero a mí para decirme: Camina, vamos al pie de la cruz, que es donde yo cito a los que amo. Y allí te daré mi palabra de dejarme servir; pero en la cruz. No volverás a retirarte de ella.

¿No le parece padre, que tal vez mi interpretación no esté muy lejos de la verdad, conociendo como conocemos el modo de ser de Jesús con lo que escoge? De todos modos mi vocación quedó como firmada; pero aún distaba el tiempo de su realización como cinco años.

Dios mío, te dejaste coger el secreto

Cuando fui al Chocó, hacía más de dos años que, meditando en la corona de espinas, sentí tanto de ese tormento de Jesús y conocí la parte que en él habían tomado los hombres con sus pensamientos de soberbia y de incredulidad, que le ofrecí, si me permitía, ir a buscarle entre los infieles, almas que supieran corresponderle, que le entregaría como en corona para restañar la sangre de esas heridas tan duras, setenta y dos almas de salvajes. Después de la meditación, me parecía que esas almas debían de ser multiplicadas y me corría de no haberle ofrecido muchos setenta millones; pero apunté en mi cartera mi ofrecimiento, no sé para qué, porque tampoco tenía costumbre de apuntar esas cosas.

Pues, padre, antes de emprender el regreso del Guapá le dije al padre Pérez que viéramos el cuaderno donde había apuntado los bautismos, no porque recordara mi promesa, sino porque tenía lástima de ver lo poco que había hecho. Abrí y conté setenta y dos... ¡La corona ofrecida! Lo recordé al momento que vi el número. ¡Dios mío! Le dije, ya te dejaste coger el secreto... ¡Ya, aunque no digas más!

La mayor hazaña del viaje

Nos despedimos de los indios, como quien dice hasta luego, porque la intención era ir a Medellín a arreglar algunas cosas y volver muy pronto. Hasta de la palma, al pie de la cual se hizo el altar nos despedimos casi llorando. De esta palma decían los indios que era estéril porque jamás había dado frutos, no obstante ser muy vieja. Después me han dicho, que al año estaba llena de racimos y que los indios decían que como allí Dios había, había dado fruto.

Casi todos los indios vinieron a sacarnos hasta la falda del Paramillo y cuando se volvieron, nos daban miradas hambrientas. No fue mayor nuestro sentimiento porque creíamos que pronto volveríamos. Pero Dios tenía otra cosa dispuesta como va a verse al final de esta historia.

Camilito Yagarí, el capitán de los indios se encargó de sacarme de las ciénagas en una silleta. Encontramos un riachuelo muy crecido y habíamos de pasarlo sin remedio porque una parte de la expedición se había adelantado, logrando pasarlo antes de bajar la creciente y estábamos allí sin provisiones para pasar la noche. Camilito dijo: No hagas pensión, y punto seguido tendió unos bejucos a manera de puente sobre la corriente

del riachuelo y tomando dos palos para apoyarse a lado y lado, pasó conmigo a las espaldas por encima de las olas sin más piso que aquellos bejucos. Del otro lado el padre observaba la maniobra dispuesto a darme la absolución en el probabilísimo caso de una caída. Pero el equilibrio de aquel indio fue tal, que pasamos sin novedad. Si esto no fue un milagro, si fue la hazaña mayor de aquel viaje.

Terrible tempestad

Hicimos las mismas jornadas de antes, de modo que volvimos a dormir en el mismo rancho de mi fiebre. Tan luego como llegamos se hizo de noche y comenzó una tempestad de vientos horribles. La tempestad venía de la cumbre del Paramillo y bajaba quebrando árboles, con un ruido que infundía terror.

¡Cosa rara! el huracán llegaba tumbando árboles hasta cerca de nuestro rancho y allí se dividía en dos, como ráfagas que pasaban despedazando maderas a lado y lado de nuestro rancho, sin que se movieran ni siquiera la paja. Se veía hacia arriba y hacia abajo el destrozo del huracán y en toda aquella falda no estaba tranquilo y quieto, sino el lugar que ocupaba el rancho. El padre sacó el libro para exorcizar la tempestad pero le dije: Si es el diablo, no le demos tanta importancia; dejémoslo quebrar madera que ese es el elemento que sobra aquí. Es lo que el diablo se quiere: ¡Ver que ocupa un sacerdote! Además, si es tan visible la protección de Dios, no debemos sino echarnos a dormir bajo el ala de su protección, arrullados por esa tempestad que tan linda me parece.

Convino el padre en ello y continuó la tempestad tumbando madera como una hora. Naturalmente gozamos de aquella horrorosa tempestad, con su estruendo como si estuviéramos bajo la amorosa mano del más amoroso padre, sin susto siquiera. Dos de los compañeros que se habían quedado, llegaron por la mañana dispuestos a enterrar los cadáveres de nosotros si era que podían sacarlos de debajo de la palizada. Cuál sería su sorpresa al vernos buenos y sanos y al ver que a nuestro rancho no le faltaba ni una paja. Nos dijeron que desde el sitio donde ellos pasaron la noche, se veían caer los árboles sobre el sitio donde estábamos, de modo que hubieran podido apostar, que no encontrarían sino un tendido de muertos. Todos durmieron aquella parte de la noche después de la tempestad, pero esta servidora no pudo hacerlo porque literalmente, la amorosa presencia de Dios no me lo permitió.

Es tan dulce estar bajo una protección tan visible de Dios, que el sueño huye ante tanta dulzura. Todo me mostraba que la amorosa providencia de Dios estaba a las órdenes de la empresa de salvar a los pobres indios. Repetía, bañada en dulzura, aquellas palabras del cántico de los jóvenes de Babilonia: Vientos de tempestad, ¡alabad a Dios! (Cfr. Daniel 3,52- 90)

Dos minas halladas en el viaje

Cuando salimos al sitio donde debíamos pedir las bestias, no teníamos ni una pieza de vestido de poderse usar; todo estaba despedazado por las zarzas del camino. ¡No así el alma, que venía rebosante de esperanza! ¡Estaba inaugurada la obra de la catequización de los pobres indios! Mi alma era como un festín de dicha. ¡La celda carmelitana me parecía fría ante aquellos bosques poblados de almas que Dios en su infinita misericordia, ponía en mis manos!

En todo el camino no pudo la pobre Rosa, coger una planta. Hasta se le había olvidado el objeto de su viaje. Misiá Teresa había sido más afortunada, porque mientras nosotras trabajábamos con los indios, ella rasguñaba la tierra y había encontrado muestras de una mina. Dos minas habían sido halladas en el viaje: la de Misiá Teresa y la mía, pero, ¡cuan distintas! Ella sacó después algunos granos de oro que no la hicieron feliz y que dejó muy pronto con la muerte. Yo todavía exploto mi mina y tengo la confianza de que ya hay muchos granitos del oro más bello en el cielo: ¡Las almas de los indios bautizados por la misión, deben dorar el cielo con reflejos de eterna luz!

El oro de la otra mina se acabó pronto y no sé si alcanzó a dar un reflejo ni a la tierra ni al cielo. ¡No hay como trabajar por las almas! Del cielo podrían salir los santos si les fuera dado, por trabajar algunos años, en tan deliciosa tarea. ¡Saber que por nuestros mínimos esfuerzos será Dios alabado por toda la eternidad, por unas almas que son el suspiro de su corazón, es obra que debiera dar envidia a los mismos bienaventurados, si de ello fueran capaces!

Sin ningún otro percance llegamos a Medellín (22 de enero) riéndonos de Rosa y sus matas. Ella misma decía con gracia:

- Laura me engañó y me dejó muy contenta porque aprendí a saber que es mejor coger plantas que se siembran en el cielo, que éstas que se pudren en nuestros jardines. Fui al Chocó como una miserable jardinera

de la tierra y volví hecha una apóstol y dispuesta a sembrar de almas el cielo.

La pobre no ha podido ocuparse en tan bello oficio porque Dios no la ha llamado; pero sabe Dios que a ella se debe buena parte del fruto de aquella jornada apostólica. Humilde instrumento de Dios, que ha sabido cumplir la misión de apóstol indirecto. ¡En el cielo encontrará su premio!

Llegué a Medellín con la convicción de que era llamada al apostolado entre infieles; pero aun tuve que pensar en hacer algunos años, mi oficio de loca amarrada dulcemente al poste de una esperanza.

Desde el camino conocí que no era el padre Pérez el llamado a emprender la obra porque en su afán de empezarla cuando él quería y no cuando Dios lo señalara, me dijo que aunque no consiguiera el permiso de sus superiores, se iría a Guapá a trabajar con los indios. Le dije que así no lo acompañaría porque yo me proponía salvar a los indios rematando en el cielo con ellos y que no daría ni un paso sin su permiso y bendición.

No le agradó al padre mi respuesta y nos dividimos para siempre. Él, efectivamente volvió a Guapá y logró fundar la escuela, para lo cual le recogí algunas limosnas en Medellín; pero aquello no subsistió y se le desvanecieron los propósitos de apóstol de los indios. La señorita que nos acompañó, es hoy una religiosa ejemplar en el convento del Buen Pastor de Lima.

CAPÍTULO XVIII

- DE NUEVO EL COLEGIO EN MEDELLÍN
- ACTITUD DEL SEÑOR ARZOBISPO - SÓLO LA GLORIA DE DIOS
- UN SOLO DOLOR Y UNA SOLA ASPIRACIÓN - A LOS PIES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN - PROFESORA DE PEDAGOGÍA
- MIS COMUNIONES EN ESE TIEMPO - PASÉ A UNA ESCUELA ELEMENTAL - GUERRA AL MODERNISMO

"Más tú Señor, eres mi amparador, mi gloria y el que levanta mi cabeza". (Sal. 3,4)

De nuevo el colegio en Medellín

No viendo manera de empezar la obra, acepté la propuesta de algunos señores, de abrir de nuevo el colegio, pues decían que al fin Medellín había de hacerme justicia. No me movió esto, porque para mí la justicia estaba hecha; la reputación no me llamaba la atención. ¿Qué mayor justicia que humillar a una pecadora para levantar la gloria de Dios?

Sin embargo atendí a las insinuaciones de los señores, porque al fin tenía que ganarme la vida de alguna manera, mientras sonaba la hora de Dios. No pensé en ganármela de otro modo, porque tenía fe en la Providencia del momento actual y no de otro modo me la mostraba Dios.

Tomé una buena casa y abrí el colegio. Tuve un personal de alumnas de lo más selecto de la ciudad y, emprendí trabajos. Tenía las hijas de los conservadores más connotados de Medellín y todos ofrecían sostener el colegio, con toda clase de apoyo. Eran ricos y de prestigio. ¡Nada podía temer! Pero allí estaba Dios, mostrándome mi puesto en el amado campo de la persecución.

¡El año fue admirable! Llegaron los exámenes y aquello fue un desbordamiento de entusiasmo. El año siguiente sería el colegio más concurrido de la ciudad, se decía, y no había por qué dudar. Antes de cerrar el año se celebró una fiesta de la Virgen y en ella, las señoritas más elegantes, sirvieron una comida a un número considerable de pobres. Esto puso a los periodistas en actitud de hablar bellezas del colegio y lo hicieron con calor.

Actitud del señor arzobispo

Los padres de familia corrieron a encargar puesto para sus hijas, para el año siguiente. Los asuetos pasaron y abrí la matrícula... ¡Dios mío! Los días corrían y las alumnas no aparecían. Que unas cambiaron de domicilio, que otras no estudiarían aquel año, que otras estaban enfermas... En fin, no entraron sino unas, tan pocas, que no podía pagarse la casa, que a subido precio había tomado con documento por todo el año. ¿Qué ocurría? pues lo que no podía sospechar nadie.

El señor arzobispo había llamado a varios padres de familia y les había dicho que yo era la maestra de los liberales y que yo no pretendía con el colegio, sino propagar las malas ideas. Con esto, la mayor parte de ellos se intimidaron y, aunque estaban ciertos de mis ideas, temieron ponerse en contradicción con el señor arzobispo.

Este golpe debía yo haberlo aguardado; pero es mi carácter tan poco amigo de adelantar las cosas, que frecuentemente me pasa lo mismo. Digo que pude preverlo, por lo siguiente:

El año anterior, cuando ya el colegio parecía que estaba establecido, me dijo, el reverendo padre Dueñas, un jesuita con quien me confesaba entonces, que era muy propio pedirle al señor arzobispo la bendición para él. Con el mayor gusto me presenté, aunque de la portería le envié a decir, como era costumbre, que no iba a consulta sino a visita, desde que me vio me preguntó lo que quería. Le contesté que había fundado un colegio y que como era natural, quería que él lo bendijera y conociera, dispuesta como estaba a atender a las órdenes que quisiera darme. Me contestó con el mayor desdén:

- ¿Es usted la maestra de los liberales?
- No, ilustrísimo señor, le contesté. En el colegio tengo de todo, pero el mayor número de alumnas son de padres conservadores, a lo cual me contestó:
- ¿Y tiene usted niñas conservadoras? Es que no hay convicciones, ¡cómo es que le confían a usted niñas!
- Es que yo también soy conservadora, le dije.
- ¿Conservadora usted? me replicó, riendo con ironía.

- Sí, ilustrísimo señor, le dije.
- Pues sus métodos son tomados de la francmasonería y contra ellos hemos de estrellarnos, me dijo.

Con la mayor calma le contesté:

- Los he creído muy católicos, pero me presto a la reforma que vuestra señoría quiera. Antes que maestra, soy católica y haré cuanto me indique.
- No se prestará usted a nada, me dijo. ¿Y tiene usted niñas grandes?
- En su mayor número, le dije.
- Me asusto de que le confíen niñas a usted. Es que estos conservadores no tienen convicciones.

Acompañaba estas palabras con tal ademán de molestia, que le dije:

- Envíe vuestra señoría, si quiere, un sacerdote que las examine y haré cuanto se me indique y aún, si se necesita, dejaré de ser maestra. Ninguna cosa haré que no sea aprobada por vuestra señoría.
- No lo hará, lo sé muy bien, me contestó y añadió: ¿Quién da la clase de religión?
- En una sección la da un sacerdote y en la otra, la doy yo, le contesté.
- ¡Buena será usted para una clase de religión!
- Sin duda, señor, no serviré, pero mi mayor empeño lo pongo en la buena instrucción religiosa de las alumnas. Mi más ardiente deseo es que el catolicismo sea lo más puro y por conseguirlo daría mi vida.

Me preguntó cuáles eran los autores de religión y le dije que, en una sección era el de Pio X y en otra era Ortiz. Me contestó:

- El que enseña en Pio X no enseña nada.
- He creído que ése es el texto indicado por la Iglesia; pero si no lo es, lo dejaré.

Riéndose con el mayor desprecio me dijo:

- Esos colegios de malas ideas, hay que destruirlos. ¡No se concibe cómo padres conservadores le confían a usted sus hijas!
- Haré cuanto me indique, le repetí, yo soy maestra de muchos años y siempre he enseñado creyendo que enseñé la verdad y mis discípulas

han sido buenas; pero sin la bendición de la Iglesia, no quiero enseñar. Le ruego me haga examinar como quiera y aceptaré cualquier reforma.

- No aceptará, no, me contestó tan enfadado que creí deber retirarme. Le dije:
- ¿No me lo bendice? Se lo ruego con la mayor humildad.

Se volvió a mirar para otra parte y yo me arrodillé y le pedí la bendición. Me la dio y salí.

Fui al padre Dueñas y me dijo que eso tenía que ser prueba, que hablara la cosa con el reverendo padre Gamero. Fui a él y asustado me dijo: Ayer le tumbaron un colegio por demasiado cristiano y hoy se lo tumban por masón. Eso no lo entiendo. Sígallo y se verá.

Nada más volví a saber de la actitud del señor Arzobispo, hasta que al año siguiente sucedió lo que arriba digo.

No era posible entrar en una defensa, como me rogaron varios padres de familia, entre ellos un periodista que tenía la mayor confianza del señor arzobispo, porque era obligar a las gentes a ponerse en pugna con él. Doblé la cabeza y cerré el establecimiento, quedándome con una casa de mucho precio que me dejó una considerable pérdida. Así terminó el segundo colegio. ¡El primero tumbado porque era demasiado cristiano y el segundo por el señor arzobispo, por masón! ¡Dios mío, lo que es la vida!

Afortunadamente ya estaba yo al otro lado del lago y vi correr las cosas como quien ve una creciente desde un sitio seguro.

En el mismo año del colegio, algunas señoras concedoras del viaje al Chocó y enamoradas de la idea de salvar los indios, se reunieron para hacer algunos trabajos a favor de esa empresa. Lo supo el señor arzobispo y nos echó un artículo en un periódico, prohibiendo la reunión de las señoras y favorecer la empresa, dejando comprender que las limosnas que dieran para ella, serían mal empleadas. De modo que por el lado de los indios tampoco podía hacer nada. Dejé a Dios el cuidado de todo y pedí al gobierno un empleo.

Sólo la gloria de Dios

Todas estas contrariedades apenas tocaban la superficie de mi alma, porque ya ella estaba en su parte más íntima, inundada en la más dura

amargura de la gloria de Dios ultrajada y no era posible que nada la hiriera. Tenía la suprema herida y nada podía ya turbarla, si no era el montón de pecados del mundo. Desde entonces comencé a sentir, por las noches, como si viera caer al infierno las almas de los infieles, de tal modo que me era imposible concebir siquiera que se pudiera vivir sin hacer algo por ellos.

Hice entonces unos ejercicios sola, encerrada en la casa y en ellos mi alma definitivamente quedó consagrada a la gloria de Dios, única cosa que me quedó delante, es decir, en el corazón; pero comprendí que no se la daría sino trabajando por las almas de los infieles con todas mis fuerzas. Hice propósito, a manera de voto, de pasar por encima de todos los sacrificios imaginables por llegar a realizar la obra de los indios. Nada me detendría, dirigida por supuesto, por la obediencia.

Mis noches eran como la esencia del dolor por la gloria de Dios ultrajada en el mundo y menoscabada por la infidelidad de todos los infelices que no conocían a Dios. En los confesionarios no entendían mi pena y tenía que ser para mí sola. Siempre era para mí el confesionario como una casa de castigo porque todos los confesores, al no entenderme, me trataban duro. Yo no sentía aquello sino por no poder hacerme entender; pero la dureza de los confesores como que aliviaba un tanto mi alma.

No sabía en dónde ni cómo emprendería la obra de los indios; sin embargo guardaba cuanto conseguía para ella, como si al día siguiente fuera a realizarse. Hacía camisitas para los niños de los infieles; confeccionaba ornamentos para las capillas, sin saber en dónde habían de usarse. Lo más curioso era que las amigas y conocidas me llevaban cosas para lo mismo, sin que yo pudiera decirles cómo se haría la cosa. Aguardaba con la mayor seguridad que Dios me señalara su designio y lo veneraba ¡cual si fuera un hecho!

No se espera el día durante la noche, con la seguridad con que yo esperaba el venturoso día de la fe en las regiones de infieles.

A muchos les parecía loca. Por eso me presenté una vez al padre Muñoz y le dije:

- Padre, a los locos les siguen la idea o los llevan al manicomio. Si a mí me llevaran a aquel lugar, me harían mucha caridad porque allí al menos podré decirle a Dios: Estas murallas me impidieron y quedaré tranquila convencida de mi locura. El padre se rió y me dijo:

- Es que no está tan loca que merezca el manicomio; pero si sigue, seguramente, habrá que llevarla.

Conocí entonces que existían unas misioneras Terciarias Franciscanas y resolví escribirles proponiéndoles que vinieran a trabajar con los infieles de Colombia. Me contestaron que me agradecían y que comunicarían a Roma pidiendo la licencia. Me consolé un poco, pero no tardó la carta en venir, diciendo que las Constituciones del Instituto no permitían esa clase de trabajos. Nueva pena para mi alma.

Un sólo dolor y una sola aspiración

Un solo dolor y una sola aspiración había en mi vida: ¡Dios ultrajado y no conocido y mi ansia por darlo a conocer! Eso era cuanto se agitaba en mi alma desolada. No tenía desolación propiamente mía. ¡Era la desolación de mi Dios desconocido! Esto, padre mío, se dice fácilmente ¡pero sentirlo, eso es otra cosa!

Gastaba horas enteras forjándome tormentos que igualaran al que sentía y todos me parecían meros alivios para mi dolor. ¡Ay, padre! Yo sí podía abarcar entonces las expresiones de San Pablo y de Moisés cuando, ardiendo en celo decía el primero que quería ser anatema por sus hermanos (Rom. 9,3) y el segundo: "Bórrame a mí, del libro de la vida". (Ex. 32, 32). Muchas veces, dando clase de historia sagrada me inundaba en llanto ante el dolor de Moisés, al contemplar el desdoro que había de tener el Nombre Santísimo de Dios ante los egipcios, si estrellaba su pueblo en el desierto. ¡Ay! caridad como ésta no se hubiera podido concebir, si la Sagrada Escritura no nos la mostrara en estos dos héroes del celo apostólico.

Mi alma ardía en el deseo de hacer algo grande por que mi Dios fuera conocido y mi compasión por los infieles se hizo muy inferior a mi deseo de ver a Dios conocido y amado como se merece. Siempre el deseo se estrellaba contra mi suprema impotencia y mi dolor tomaba proporciones desconocidas. Sin embargo, no me daba por vencida y ya que nada podía hacer, reduje mi oración a estas palabras:

Yo no puedo ni merezco, pero Tú Señor puedes hacerte conocer y hacerte amar. ¡No invoco otra razón que la gloria de vuestro mismo Nombre! Esto me daba paz y la seguridad de que Dios pasaría por encima de mi impotencia y mi miseria.

A los pies de la Santísima Virgen

Ya había hecho un pacto con la Santísima Virgen, diciéndole: Tú harás la obra y yo te serviré para objeto de tropezones. Ella me entendía muy bien. Como no servía para nada y como toda obra que se hace con elementos humanos tropieza mucho, contra el mismo elemento humano, yo me le ofrecía para recibirlos. Así descansaba un poco

Una cosa rara, padre mío: No encontraba esa paz sino a los pies de una imagen de la Inmaculada de la catedral de Medellín⁴⁹, bastante menos venerada que el altar de Nuestra Señora de las Victorias, de la misma Iglesia.

Muchas veces quise corregir esta tendencia de localizar mi devoción que nunca había tenido y me resultaba inútil cuanto hacía. No sé si esto será la verdad; pero sentía como que Dios había vinculado allí la gracia que le pedía.

Nunca salía a la calle que no entrara y me postrara a los pies de aquella bendita imagen, aunque el sitio a donde fuera quedara muy distante de la catedral, de modo que le hacía tantas visitas como veces salía a la calle y eran muchas, porque todo lo que había que hacer en la casa, saliendo a la calle, corría de mi cuenta. El día que no tenía que salir, a lo menos una vez la visitaba, saliendo expreso a ello. En ese querido altar, hallé siempre luces y gracias muy especiales.

Allí me pasó una cosa que me afirmó en mi propósito, en el momento en que hubiera podido flaquear, si de ello hubiera sido capaz: Cerrados todos los horizontes para la obra, en una de las muchas ocasiones en que los obispos me cerraron las puertas, estaba al pie de ese altar, pidiendo casi con gemidos mi gracia ordinaria, cuando pasó por delante de él un sacerdote muy santo, pero tenido por loco o poco menos y poniéndome la mano en el hombro me dijo:

- Doña Maruchita, (era su modo de llamarme algunas veces), no desista de eso que está pensando, porque ese pensamiento sale.

⁴⁹ IGLESIA DE LA CANDELARIA. Edificada en 1649, demolida en 1817. Sufrió reformas hasta la terminación de las torres en 1887. En ella está la imagen de N. Sra. de la Candelaria, Patrona de Medellín que data del siglo XVII. Sirvió como Catedral de Medellín hasta 1931 en que fue inaugurada la nueva Catedral de Villanueva, en estilo románico, la estructura de barro cocido más grande del mundo con 1.120.000 adobes, posee un órgano en caoba con 3.478 flautas, en el cual se celebra el festival internacional de órgano.

Le contesté que no era dueña de desistir. Esto no pudo saberlo este santo sino de un modo sobrenatural, porque él no sabía nada y no era posible decírselo, porque no ponía cuidado a nada. Naturalmente, mi confianza ya inquebrantable, vio un sello de Dios en estas palabras de un santo, a quien yo había visto hacer milagros sorprendentes.

Profesora de pedagogía

Volviendo mi vida exterior: Obtuve, después del fracaso del último colegio, el nombramiento de directora de la escuela anexa y profesora de pedagogía superior.⁵⁰

Muchos padres de familia empeñados en que había de educarles sus hijas, no obstante las opiniones de señor arzobispo, pasaron sus hijas a la escuela anexa, a pesar de ser esta escuela frecuentada por niñas de posición muy inferior. Entre ellos estaba don Pedro Nel Ospina, el actual presidente de la república. Esto, lejos de agradarme me fastidió porque era como llevar a la mente del señor arzobispo algo como una oposición; pero no pude impedirlo.

Entré en mi nuevo oficio en malas condiciones, porque la directora de la Normal, que ya comenzaba a notar algún desagrado del público, vio en mí, una rival de su oficio. Nadie podía darse cuenta de cuán lejos estaba de ambicionar puestos altos y mucho menos ése de tanta responsabilidad, en el momento mismo, en que el modernismo comenzaba a querer plantar sus reales en la instrucción pública y cuando todo su empeño era apoderarse de aquel establecimiento.

La lucha estaba casada, como suele decirse. Era la clase de pedagogía la que más se prestaba para introducir las malas ideas y era muy ambicionada por los introductores de los métodos modernistas. Ésta era otra fuente de dificultades. Entré a sostener una lucha titánica por esta razón. Sin embargo, las luchas ya no me espantaban.

Siempre tuve, no sé si la ventaja o la desventaja de ser muy convincente en mi enseñanza, por lo cual mis discípulas se fueron convenciendo de la bondad moral de mis métodos y miraban con alguna desconfianza cuanto les decían los demás profesores. Todo le daba a la directora pie para temer

⁵⁰ Decreto No. 336 del 1º. de marzo de 1910

mi influencia en la Normal. No se detenía en nada para hacerme la guerra más cruda. Yo, como el junco, me agachaba, pero no cedía en materia de ideas. Sufrí lo indecible; pero estos sufrimientos contribuían a dar alivio a mis penas interiores o mejor dicho, a mi pena, pues sólo una me mataba, como ya lo he dicho.

Un día fue a la portería de la normal, el padre López, el mismo santo del aviso, en el altar de la Inmaculada, preguntando por doña Laura. Me llamaron y me dijo:

- Mire, hoy he ofrecido la misa por usted.
- ¿Por qué? Le pregunté
- Porque soñé que usted estaba en dificultades, y ni ceda un punto que el triunfo se le acerca.

No me dio tiempo sino de reírme un poco, porque salió como si hubiera cumplido una misión sagrada. Llegaron los exámenes y pude palpar la verdad de lo dicho por el padre. El triunfo de mis ideas pedagógicas fue completo.

Se hallaba presente el señor Caycedo y sólo guardó profundo silencio. Esto me prueba más cada día que la inquina de este santo Prelado viene sólo de Dios, que quiere que yo la sufra, porque allí quedó desmentido cuanto pensaba de mí. No ha cedido, sin embargo, y aún hoy, me hace oposición fundado en lo mismo que antes de presenciar el examen de la normal. Dios que sabe que la oposición de los buenos es la mejor para depurar las almas, la sostiene. ¡Bendito sea!

Mis comuniones en ese tiempo

Mi vida en lo material era difícil porque vivía muy lejos de la normal y aunque tenía derecho a alimentarme en ésta, no me quiso reconocer el tal derecho la Directora. No podía comulgar sino de paso para la clase y me veía en la necesidad de llevar en un frasco, cuidadosamente tapado, el desayuno. Con mucha gracia me preguntó una vez el señor cura de San José, que por qué comulgaba siempre llevando una lamparita en la mano.

- Es mi desayuno, le contesté. Admiró mi maña riéndose.

Sin embargo mis comuniones, así con tanta dificultad, me eran mejores que siempre. Las penas y las dificultades son las mejores incitadoras del apetito de comulgar.

Pasé a una escuela elemental

Terminado el año de 1910, tuve que renunciar a continuar en la escuela normal y pedí un puesto en la enseñanza primaria. Tenía seguridad ya, de que Dios arreglaría la obra de los indios y de que me llevaría a ella.

¿Qué me había dado esta seguridad? Casi no sé decirlo. Había abandonado por completo la idea de ser religiosa. Había hallado a Dios, sin necesidad de cambiar de estado. ¡No tenía grandes afanes de ser santa, ni de nada! Sólo me consumía el deseo de ver a Dios servido, conocido y amado. Tenía grandes ansias de mi aniquilamiento, pero estas ansias no formaban un deseo separado del de ver a Dios conocido y servido; eran como una forma de ese mismo ardor.

Gracias a esta disposición, no tenía mucho de qué preocuparme y todas las fuerzas de mi alma quedaron al servicio de procurar la obra de los indios, para que Dios fuese conocido siquiera por ese reducido número de almas. Reducido me parecía, aunque sabía lo alto del número de infieles en el mundo y conocía que en solo Colombia, es decir a mi alrededor, había la amargadora suma de trescientos mil. Las tareas de mi oficio no me quitaban ni fuerzas ni atención, porque todo lo hacía girar al compás de aquel anhelo.

Comencé a trabajar en aquel año, en la enseñanza primaria oficial. Me dieron una escuela en el barrio de San Benito y me hubiera sido igual en las playas del río. No buscaba otra cosa que ver de conseguir, con lo necesario para la familia, cuyo mantenimiento en general siempre corrió de mi cuenta, los medios para hacer algo por los infieles.

No eran mis anhelos ocultos; mis discípulas, a pesar de no ser ya de la clase buena o que el mundo llama alta, y que siempre tienen mejor criterio para esto de obras sociales, estaban impuestas de mis aspiraciones y todas rezaban por los infieles, cual si fueran sus hermanos según la carne; todas participaban de mis sentimientos, al menos en la parte que yo podía hacerles sentir y que ellas alcanzaban a comprender.

Las compañeras de profesión se interesaban del mismo modo y nadie ponía en duda la realización de esta obra que todos conocían como grande, desusada y hasta loca, sobre todo para mujeres; sin embargo, todos, y esta servidora con ellos, estábamos seguros de que se realizaría. Mis proyectos se oían contar como sueños o cuentos de Julio Verne o delirios aventureros; pero observaba a pesar de todo, una expectativa que denunciaba la

seguridad como instintiva de los que me oían, es decir, de casi toda la ciudad de Medellín y de muchos de fuera que por cualquier circunstancia se habían impuesto del delirio de mi cabeza, como era la creencia general, y para mi, la necesidad de mi corazón.

Además, ¡yo estaba sola, absolutamente sola! En todas las clases altas y bajas; en el gobierno; en el clero y donde quiera, se decía: la obra de la señorita Laura. Pero nadie se preguntaba: ¿quién la ayuda? ¿Con qué medios cuenta? Las señoras me llevaban juguetes y telitas, diciéndome: "tome para sus indios". ¿Y dónde estaban esos indios? No lo sabíamos ni ellas ni nadie. En esto no puedo menos de ver una cosa muy rara y cómo a veces, cuando Dios lo necesita para sus fines, obramos sin darnos cuenta de por qué.

Guerra al modernismo

Creo que por este tiempo tuve la oportunidad de luchar un poco contra el modernismo.

Era vicepresidenta del Liceo Pedagógico de Medellín, y naturalmente tenía que entenderme muy de cerca con un empleado del ramo de Instrucción Pública, muy modernista y que por su empleo alto tenía mucha influencia.

En una de las reuniones, le tocó a una de mis compañeras de magisterio dictar una clase, y accediendo a sus ruegos, le ayudé a preparar el tema. Dio la clase con la mayor perfección pedagógica posible; pero todo el cuerpo de maestros, capitaneados por el empleado ése, le criticaron que el tema elegido -"el aire"- estaba muy elevado para la capacidad y edad de las alumnas; pero confesaba sin embargo, que gracias a la destreza de la señorita, sí habían alcanzado y dominado el tema.

No estaba yo muy lejos de opinar como estos señores; pero comprendí que la crítica tendía a hacer prevalecer la opinión de un autor que sostiene que al niño no se le debe dar conocimiento de Dios, hasta que su entendimiento esté tan desarrollado que pueda contener ese conocimiento y adoptarlo como una verdad o desecharlo como un error. Es de advertir que el autor de esto, era uno de los que más propagaba en las escuelas, al empleado a que me refiero.

En vista de esto, contra la opinión de más de sesenta maestros y otras tantas maestras, lancé la opinión contraria, resuelta a probarla. Tenía en mi

favor el que todos confesaban que las pequeñitas que habían recibido la clase, habían comprendido perfectamente el tema. Apoyada en esto, lancé la opinión de que no había ideas tan elevadas que el niño, aún párvulo, no pudiera abarcar en alguna parte, sino maestros poco hábiles para transmitirlos.

Aquello levantó una polvareda horrible y todos se me vinieron encima. Confieso que yo misma había aprendido en muchos autores, eso de la graduación de los conocimientos, y sin embargo no me volvía atrás. Le pedía a Dios luces para poder sacar aquella idea, no precisamente porque me sostuvieran en la graduación de los temas, cosa convenientísima a todas luces, sino en absoluto me proponía probar que la mente humana, desde su más temprano desarrollo, era capaz de la verdad, en su expresión más sencilla.

Apelé a probarlo por la demostración de lo muy conveniente de la enseñanza cíclica y la bondad del método que la prescribe. En todo estuvieron de acuerdo con mis ideas, en cuanto a la enseñanza cíclica; pero se sostenían en que había ideas que no debían dársele al niño en su edad de párvulo. Por un momento casi me vi perdida. Pero luego hice esta pregunta:

- Si el niño no es capaz de ideas elevadas y hay que dárselas en gradación creciente, ¿a qué edad habrá de dársele la idea de Dios, siendo ésta la más elevada de todas?

Todos parecieron confundirse con la pregunta. Luego les dije:

Supongamos que el niño vaya bien dirigido, adquiriendo ideas en gradación muy ordenada, ¿le duraría la vida lo suficiente para llegar a la de Dios?

Sin embargo, recuerden todos los que me escuchan ¿cuándo les dieron la primera idea de Dios?

-Desde la cuna- respondieron algunos

-¿Y lo aprendieron a conocer?

-No podemos menos de afirmar que sí- contestaron.

-Luego, sí es capaz el entendimiento de verdades altas desde su primer desarrollo. La idea al principio, o sea en el primer ciclo, es imperfecta y sumamente vaga; pero en los ciclos posteriores la va perfeccionando.

-¿Es verdad señores?- les dije.

-¡Sí!- me contestaron.

-Luego, ¿cómo no será capaz de la idea del aire?

Todos se callaron. Entonces me resolvía a darles la teoría de Rousseau, que dice no deberse dar al niño la idea de Dios sino después de que haya tenido las demás ideas inferiores a ésta. Éste fue el golpe mortal para el empleado modernista. Se corrió, y los demás maestros de buena fe, comprendieron el motivo de mi opinión y se adhirieron a ella. El empleado buscaba en sus argumentos llevar a los maestros paulatinamente a la teoría de Rousseau, y se llevó su chasco.

Esto lo refiero R. Padre, porque creo un beneficio de Dios el que siempre me hubiera puesto en ocasión de hacerle guerra al modernismo, cuando quiso imponerse en la enseñanza oficial en Medellín.

Hoy, gracias a Dios y a la mucha vigilancia del señor arzobispo, está postrado el error ése y cedió su puesto a la más limpia pedagogía cristiana.

Ésta fue mi última campaña en la enseñanza de civilizados. Después he tenido otra con los métodos para salvajes; pero gracias a Dios, ha quedado el método de la congregación en su lugar.

CAPÍTULO XIX

- NECESIDAD DE DAR LO QUE RECIBÍA DE DIOS - ORIGEN DEL FRUTERITO - PURIFICACIÓN DEL CELO- LA SANTÍSIMA VIRGEN MI MAESTRA - EL INFIERNO- FELICIDAD DEL SER DE DIOS - HUELLAS DEL RAYÓN DE LUZ- MIS VOTOS - MI UNIÓN CON DIOS - MODERAR LAS MIRADAS - PREPARACIÓN PARA LA COMUNIÓN - EXAMEN DE GOLPE DE VISTA - UN ABISMO DE DEPENDENCIA - LA COMETA - TEMOR DE IMPEDIR LOS DESIGNIOS DE DIOS - APUNTE SOBRE LA HUMILDAD - HACER EN TODO LO MÁS PERFECTO - DESEO DE BUSCAR PERSONALMENTE LOS INDIOS - CEDÍ LAS GRACIAS

"Y será como el árbol que está plantado en las corrientes de las aguas; el cual dará su fruto a su tiempo". (Sal.1,3)

Necesidad de dar lo que recibía de Dios

En los principios del magisterio no apuntaba nada y tenía casi odio por esa costumbre, a lo cual le veía algún rastro de vanidad y aún propia satisfacción. Además, tenía como cierto asco de todo lo que era mío y me era imposible estamparlo en el papel. Mi prima y amiga Leonor Echavarría, de quien tanto he hablado, era de contraria opinión. Desde que salimos graduadas, me propuso que lleváramos diario, con el fin, decía, de adelantar.

Con mi acostumbrada llaneza, le di un no rotundo, que ella soportó, porque respetaba todo lo mío, como sagrado. Ella, por su parte, no tenía escrúpulo en ello y llevó siempre su diario.

Algunos años después, comencé a sentir que varias ideas y luces que Dios me daba, no eran sólo para mí y parecía como que me estorbaban, mientras no las comunicaba. Por supuesto que teniendo mis discípulas a quienes daba cuanto podía, no me fue difícil encontrar quién las recibiera. Las daba a ellas, pero siempre con algún remordimiento tan vago, que jamás llegó a sostenerse, hasta arrancarme propósito de la enmienda, pero sí consulté varias veces con los confesores, quienes me lo aprobaban, o cuando más me decían, que no los diera sino como cosa de tercera persona. Así lo estuve haciendo, muchos años, pero más tarde, creo que después de ese modo de perdimiento que experimenté después de los seis años que llamo de cerco del demonio, comencé a notar, que esas cosas, ideas o

luces, lejos de convenirles a las discípulas, les producían cierta extrañeza a manera de escándalo, o cuando menos, no las entendían y era como hablando al aire.

Me abstuve entonces de dejarles comprender el estado de mi alma y cuanto por ella pasaba, rebuscando en el arsenal de mi recuerdo o con mucha dificultad algo de lo que antes me servía para endiosar a mis discípulas, con el fin de levantar el espíritu de las que les tocó tan rara época y en la cual me sentía yo de maestra, como una persona en edad madura jugando a muñecas.

Las medianías de la vida espiritual y esas filigranitas de la piedad común, me eran como pajas sin sabor y además, cierta moderación que en el mundo hay que guardar, tratándose de las cosas de Dios y de su amor, me eran casi imposibles. Me consideraba ya inhábil para tratar con gentes del mundo y más, para formar niñas para Él. Esto constituía una pena que me hacía ver que Dios, o me llevaba pronto para sí, o me daba algún medio de desarrollar mi alma, en el espíritu que tan exótico se veía en el mundo.

Necesitaba, o perderme en un abismo de humillación, para no encontrarme sino en Dios, o estar en trato constante con almas de elección que me entendieran y a las cuales pudiera darles eso que yo sabía que no era mío y que no tenía sujeto hábil para recibirlo, a mi alrededor.

Creo reverendo padre, que esto no sabré explicarlo. Es cosa que jamás he leído ni sabido de nadie. Por eso, si no queda comprensible, use de la libertad que tiene para quitar y bote este pedazo.

En este estado las cosas, comencé a hacer algunos apuntes, sin saber para qué los hacía. Así estuve mucho tiempo, no sin sentir de cuando en cuando, fastidio por hacer una cosa como innecesaria y sobre todo, por tratarse de cosa mía, pues ya lo he dicho, me tenía algo parecido a asco.

Ya tenía mucho escrito, cuando, por motivo de una consulta me pidió el confesor, esos cuadernos. Se los di y al volvérmelos me dijo: Eso más tarde va a ser útil. No quise preguntarle, precisamente por cierto horror que sentía a que me mostraran un futuro que presentía y que frecuentemente, con más o menos claridad me pronosticaban y que es el estado actual, de instrumento de Dios para una creación religiosa.

Un poco más tarde, ese confesor me hizo retirar de su confesionario, por los motivos que antes expuse y que era lo ordinario, pues ninguno

quería asumir responsabilidad de mí. Entonces resolví quemar los apuntes y no volví a hacerlos.

Pasados algunos tres años, volví a sentir la misma necesidad, pero con una urgencia grandísima, sin que tampoco me faltara la repugnancia de que he hablado. Cosa particular, parecía como que dos personas hubiera en mí ser, la una para querer eso y la otra para rechazarlo. Comencé, de nuevo, a apuntar y, en la lucha, escribí lo que a continuación copio:

Si nada puedo Dios mío, en orden al bien, estas luces y pensamientos que resultan en mi alma, no pueden ser míos. Sin duda ninguna sois autor de ellos. Siento además que me nutren y sobra mucho, luego, no me los dais para mí sola. Si no hacéis nada inútil, Dios mío, ¿para qué es esto que me sobra y que no lo poseo como propiedad? ¿Cómo puedo encaminar a su fin lo que diariamente me dais? No quiero inutilizar lo que para otro es. Decidme pues, hacia quién debo enderezar estas luces que me dais.

Origen del "Fruteriro"

Se me ocurre, Dios mío, una cosa: Cuando un padre sale con su niña a la arboleda, sube a los árboles y comienza a tirarle frutas que ella, embelesada, recibe en su delantal; el padre al tirárselas va diciéndole: Ésta es para ti, ésta para que lleves a tu madre; ésta otra para tu hermanito; ésta tan hermosa, se la llevas a tu maestra; la otra a tu criada, etc... Pues bien Dios mío, yo soy esa niña. Recibo las frutas del árbol de tu Corazón, las voy a recopilar en este cuaderno, para que cuando sea tiempo, el señalado por vuestro mismo Corazón, me digas a quiénes debo darlas. No importa que ahora no sepa lo que debo hacer de mi precioso depósito. Lo sabré a tiempo, por tarde que me parezca, porque es un hecho probado que Dios no gasta afán y siempre llega a tiempo. Quedo pues, muy tranquila.

Purificación del cielo

En esto, se muestra padre mío, un espíritu que siempre descubrí en mí y creo no haber sabido nunca distinguirlo bien, o mejor, formularlo y que se ve más claro en lo que sigue:

Tenía deseo vehemente de hacerle el bien a cuantos pudiera y lo procuraba; pero siempre sentía mucha vergüenza del beneficiado. Esto, según entiendo ahora, era porque con el beneficio me parecía superarlo, sin que pudiera evitarlo. Cuando escribía cartas, así, con algún motivo de celo, me

quedaba siempre una pena honda, honda, casi incomprensible, que me quitaba el sueño y me obligaba a humillarme delante de Dios, como si hubiera cometido un crimen grandísimo. Me parecía que si la tierra me tragara, cumplía con un deber. En la noche le prometía a Dios, quemar la carta, tan luego como amaneciera.

Por la mañana, algunas veces lo hacía y me daba cuenta de que mi dolor obedecía a que la carta me había quedado buena y temía llevar a la mente del destinatario, alguna buena idea de mí; pero me acusaba enseguida de haber escrito la carta, con el mayor dolor de mi alma. No obstante tenía también remordimiento de haberla quemado, porque dejaba de hacer el bien. ¡Qué luchas, Dios mío!

Del mismo modo me sentía, cuando en los actos públicos del colegio había mucha concurrencia y veía que los padres de familia habían quedado contentos del trabajo del año, o cuando veía que admiraban alguna obra de las que se exponían, o que de alguna manera era yo objeto de admiración.

La muerte, sólo me parecía que me daría paz. Me acusaba en la próxima confesión de haber estado en acto público. Mi razón me decía, que eso no era malo; pero no podía soportar la pena de haber dado ocasión para formarse otros, buena opinión de mí. Por más que mis intenciones fueran sobrenaturales y que mi interior racionalmente no me dejara ninguna espina, aquella pena no disminuía.

Al principio consultaba y como no sabía explicarlo, nada me decían; me daban algún consejo oportuno y me advertían, que no dejara la comunión, cosa que frecuentemente hacía en esas torturas. Propuse no volver a quemar las cartas ni a retirar el bien que había hecho, sin antes consultar. Lo hacía así y conseguía la paz.

Más tarde formulé mejor la consulta acerca de aquella pena y un confesor me dijo que era una gracia muy grande de Dios y que no se la dijera a nadie. Confieso que no entendí, tampoco, por qué era gracia de Dios, pero obedecí. Ahora sí entiendo en qué consiste esa gracia y si fuera capaz de un movimiento de agradecimiento especial, se lo tributaría hoy a Dios, por ella; pero ya dejé dicho, que hace muchos años que me volví como una sola masa de amor que no puedo hacer actos distintos, fuera de que estoy echada en mi impotencia.

Quizá, padre mío, eso haya sido una purificación de celo que esta obra requiere. ¿Seré demasiado atrevida en calificar esto así? El hecho es que

sufrió mucho con el bien que hacía o quería hacer y con cuanto pudiera dar alguna buena idea de mi miserable personilla. Aún ahora me ataca la misma pena; pero en otros asuntos que después diré.

La Santísima Virgen, mi maestra

En 1903, escribí, sin duda en medio de esas oscuridades sobre la vocación, de quien vivían llenos mis confesores:

"Madre mía, sé mi maestra y enséñame el camino que debo seguir para cumplir la amada Voluntad de Dios. ¿Quiere Él, que imite a San Benito José Lavre? Manifiéstalo Señora, por el amor que tienes a mi alma, redimida con la sangre de tu mismo corazón, transmitida a las venas de tu Santísimo Hijo.

Cuantas veces coja esta cartera, es mi intención pedirte lo mismo, además de reconocerte como Corredentora."

Esto lo escribí después de haber recibido una muy clara luz acerca del misterio de nuestra Redención y de la parte que en él le corresponde a María. Sentí como confundidos al Hijo y a la Madre, en un océano de celo por la gloria de Dios, confundándose, los dos, en una misma sangre Redentora. ¡Cada día se descubren grandezas que parecen nuevas en esta Madre de Dios y nuestra! ¡Bendita sea! Con razón los santos no encuentran cómo engrandecerla. Tampoco yo encuentro cómo amarla, no teniendo más que este frío corazón.

El infierno

Más adelante encuentro esto: El infierno es un foco hecho para saciar las venganzas de Dios. ¡No ver a Dios por toda la eternidad! ¿Qué sacrificio no deberá hacerse para evitar una eternidad sin Dios? San Benito José después de una vida que fue asombro de penitencia y de inocencia, temblaba al pensar en el infierno y temía ser del número de los réprobos. ¿En qué fundo pues, yo mi seguridad?

Estas impresiones del infierno, no me han faltado nunca reverendo padre. En un tiempo pensé, como muchos, que era yo de esas almas a quien el amor basta y para quienes el infierno y sus horrores no tienen que figurar en sus meditaciones, pero me duró poco el engaño. Referiré cómo salí de este error:

Como dije al principio, el primer bocado que mi santa madre dio a nuestra alma, fue el más bello ejemplo del perdón de las injurias, cuando nos enseñó a tener al asesino de mi padre en el número de las personas por quienes debíamos diariamente pedir; por esto, el perdón me era fácil. Jamás mi corazón sintió rencor y aún el olvido de las injurias me era cosa frecuente, hasta sin esfuerzo.

Mas, una vez, al encontrarme con una persona que me hacía mucho mal, sentí deseos de no mirarla ni saludarla. Bien consultado mi corazón, vi que existía algún resentimiento muy oculto y tuve dificultad para vencerlo. Entonces me dije: ¡Al calor de las llamas del infierno debe parecerme nada la ofensa de esta persona! Y me propuse no dejar de meditar en el infierno, hasta conseguir el amor de aquel enemigo y el deseo de hacerle bien. Cumplí el propósito, conseguí lo que buscaba y me persuadí de que era del común de las gentes que necesitan del temor para vencerse.

Aún ahora creo, que el pensar que no se necesita el temor para avanzar en las vías del amor, es una ilusión. El infierno es hecho para todos los pecadores que mueren lejos de Dios. Soy pecadora y puedo morir lejos de Dios. Luego, también para mí se hizo. ¡Eso no tiene salida! Los nervios por el infierno son para mí, pura instigación del demonio. ¡Pobre el mundo que no quiere pensar en el infierno!

Siento que cuando alguno dijo que no lo movía para dejar de pecar el infierno, se refería a la parte de él, que no es la pérdida de Dios. Pero ¿quién que tiene la posibilidad de pecar, no teme perder a Dios? De todos modos, para vencerse y para lograr triunfos de sacrificio, es excelente la meditación del infierno. Mi alma ha encontrado además otras gracias y bienes en meditar en el infierno. Ese lugar tan tenebroso y horroroso, me ha enseñado mucho de los atributos de Dios y de su mismo corazón. He tenido tiempos en que lo he saboreado, poniéndome del lado de Dios y considerando en él, la mayor gloria de su Justicia adorable y de la santidad de Dios.

¡Cuántas veces he imaginado estar paseándome por encima de sus llamas, cantando en unión con los ángeles el Santo, Santo, que ellos repiten sin cesar! Si el infierno no muestra la santidad inmensa de Dios, ¡no veo yo en qué otra parte podamos leerla con caracteres más claros! En este sentido, me ha sido hasta amable el infierno. Si a mi Dios le faltara siquiera un átomo de santidad, mi dolor no conocería límites. Por eso el infierno que me prueba que su Santidad es infinita y que mantiene el pecado lejos de sí y que su sólo hálito mantiene encendidos aquellos fuegos, me es

amado. Además, cuando considero la malicia del pecado y veo que es un mal que toca a Dios, me parece el infierno, un refugio.

No me atrevo reverendo padre, a seguir diciendo lo que el infierno enseña, porque temo escandalizar a quienes no alcancen a ver el espíritu que esto dicta.

En una ocasión en que vi con una luz sobrenatural grandísima, que los tiros del pecado no podían hacer a Dios menos feliz, sentí tan grande gozo, que me hizo salir fuera de razón o de sentido. No sé como se dirá eso. Me produjo una fiebre con delirio fuerte que puso a las que me veían, en cuidado. Vuelta de esto, vi la inmensa desdicha mía, si, por imposible fuera lo contrario, es decir que los hombres con sus delitos pudieran hacer a Dios menos feliz. Me vino un dolor tan hondo, que creí morirme. Advertí entonces que el infierno en ese caso, sería para mi alma el único alivio. Cosa rara padre mío, ahora mismo, al escribir esto, siento lo mismo.

En fin padre mío, el infierno sirve a mi alma para muchas cosas. A veces me dan tales locuras porque Dios sea glorificado, que le ofrezco ir al infierno por un átomo más de gloria para Él, si eso fuera necesario y mi felicidad fuera independiente de su gloria. Esto me parece ya, una locura: pero hay ocasiones en que me arrastran esos delirios ¡Dios mío, sólo Él sabe el dolor que apura mi alma con estas cosas! ¡Caer al infierno por conseguir gloria, para Dios, siendo esto posible, ya no sería quedar condenado! Pero caer en tan espantosa desgracia, con menoscabo de la gloria misericordiosa de Dios! ¡Esto sí es ser condenado!

Cuando Dios nos lleva al cielo mediante nuestra cooperación a la gracia, ejerce justicia y además, corona la gloria de la Redención. Pero al caer al infierno el alma, aunque se glorifica la justicia de Dios, se frustra el fruto de la Redención. ¡Esto es lo espantoso! Esto es precisamente lo más duro del infierno, viéndolo del lado de Dios. ¡Ay! ¡quién pudiera salir por las calles y las plazas públicas gritándoles a todos, muy recio, de modo que se movieran a amar a Dios, lo que es perderlo! Cuántas veces me hubiera reventado de gritarles esto a los pobrecitos pecadores, si se me hubiera permitido.

Felicidad del Ser de Dios

En 1905 encuentro esto: Me siento feliz Dios mío, con vuestra vida felicísima. Esto lo escribí después de tener luces muy claras de la felicidad del Ser de Dios, como motivo de la gloria y beatitud de los bienaventurados y justos de la tierra.

Entonces me parecía que mientras la vida de Dios fuera tan feliz, no era posible que yo pudiera afligirme con todas las desdichas del mundo que me cayeran encima. No volví a encontrar motivo para entristecerme. Sin embargo, padre mío, no fue en esta época, cuando alcancé la dicha constante que el dolor me produce ahora.

Como en aquella época estaba mi alma cercada de penas interiores y exteriores, éste fue el motivo de mayor fuerza con la que pude pasar serena por aquel lago de dolores. Sin embargo, mi felicidad sólo era de un modo que no sabré decirlo, porque no me quitaba el sufrir terriblemente, ni siquiera los efectos físicos de la pena, ni disminuía ni un punto su intensidad al dolor que parecía hacerme morir.

Al escribir esto, al cabo de veinte años, padre, se me ocurre que este modo de ser feliz, sufriendo indeciblemente a la vez, es juntar dos incompatibles; pero como he de decir la verdad, así lo dejo. Jamás consulté esto, porque cuando se está tan embargada en esa clase de cosas, no es posible advertir lo que se siente. Además estaba segura de que así pasaba y no hubiera sabido decirlo, casi así, como que uno, sin la ayuda de un espejo, no pudiera dar cuenta del color de sus propios ojos. ¡Qué cosas tan íntimas, padre mío! ¿Sí habré acertado a hacerme comprender?

Me parecía entonces que los hombres que se sienten desgraciados, es porque no piensan en este motivo de dicha; ¡La felicidad de Dios! Y pensaba que si lo tuvieran presente, todo dolor y desgracia desaparecerían de la faz de la tierra. ¡Pobre de mí! ¡Cuán engañada andaba! Hoy veo que los desgraciados lo son porque no aman a Dios, en su mayor parte. Los que lo aman y sin embargo sienten que las penas los deshacen, esos sí deberían pensar en ser felices, con esa misma felicidad de Dios. ¿Qué necesidad tenemos de que los acontecimientos pasajeros de la vida nos hagan dichosos teniendo una tan grande fuente de dicha? ¡Dios es felicísimo! ¡Ah, Dios es feliz! ¿Qué más necesitamos, padre mío? ¿Qué hiciéramos si a Él le faltara siquiera un átomo de dicha? Nuestra desolación no conocería límites. ¿No es verdad?

Huellas del rayón de luz

En el mismo año de 1905 encuentro: De cualquier madera que sea la cruz que hoy vas a darme, Dios mío, la acepto gustosísima y la abrazaré alegre, para vengar en mí vuestra gloria ultrajada por mi flojedad en serviros.

No recuerdo a punto fijo, a cuál flojedad me refería, cuando escribía esto. Debió haber alguna especial, quizás, ciertos descansos que concedía a mi cuerpo, porque me dejaban algún escrúpulo de inmortificación, algunas delicadezas en el gusto que me hacían llamar la atención de las sirvientas en sus descuidos, o también el apego excesivo a la idea de ser religiosa, pues en aquel año, aún la tenía asida a mi alma, como una yedra al árbol que la sustentaba.

Estas cosas y el ser muy expansiva con las gentes, confiando en ellas con imprudencia, eran las notas o puntos que en mi vida dejaba en aquella época, el rayón negro. Todo eran ya huellas del querido rayón de luz. ¿No observa, padre, que tantas cosas he referido sin volver a nombrar el rayón negro? Pues fue que el de luz, desde los primeros años, como que le quitó el campo para explayarse él. Aunque en aquel tiempo, es decir, en 1905, no me había perdido tan completamente como después, las gracias de Dios como que iban haciendo su labor destructora del rayón negro, de modo que no me dejaban luz acerca de mi pobre no ser. Es posible que muchos defectos fueran visibles entonces en mí, para los ojos de Dios y de los ángeles, pero, ¿qué había de ver un sujeto tan ajeno de su mismo ser?

¡Me asusto, padre mío, al confesar tal cosa! ¿Serán ilusiones? No deja de serme esto, de tiempo en tiempo, una espina; pero como me he resuelto a ocupar el puesto de la nada que me corresponde, me tranquilizo porque la nada tampoco peca. ¡Puro rayón de luz!

Observe, padre, que eso ya se volvió hoguera, sin dejarle al pobre rayón negro, ni la facultad de ser. Si todas estas gracias de Dios desaparecieran, entonces el rayón negro se descubriría en toda su negrura y oscuridad.

Mis votos

A fines de 1905, encuentro formulados los votos que hacía muchos años tenía hechos, por devoción, según dije antes.

Esto lo escribí porque mi alma ya estaba un poco más simplificada, al renovarlos en aquel año, vi lo muy inútil que había sido lo largo de la fórmula con que los había hecho. Están así:

Voto de castidad. Por éste, Dios mío, me obligo amorosamente a guardar escrupulosamente los sentidos y a guardar mi corazón.

Voto de obediencia. Me obligo por este voto a obedecer fielmente a todas las inspiraciones de la gracia y a mis superiores, procurando negar mi voluntad y parecer.

Voto de pobreza. Por éste me obligo a estimar y amar más cada día lo pobre y desechado del mundo, a no usar en mi persona sino lo más pobre, dejando siempre algo de lo que mi posición exige para disimular delante de las gentes. Conservar de lo que gano, sólo para atender a las necesidades de la familia. Lo demás, gastarlo en obras buenas, consultando a los superiores.

Voto de humildad. Por él me comprometo, por amor de Dios, a trabajar incansablemente por tenerme a los ojos de Dios, a los de los demás, y ante los míos propios, como realmente soy.

Hoy no me explico, padre, por qué renové estos votos. Confieso que, sin duda me lo hizo hacer la ignorancia del estado de mi alma y la costumbre de actos diversos que tenía al principio, porque estas cosas todas, son medios para conseguir un fin, que ya tenía. Esto me denuncia, además, la mucha prudencia de los confesores en ocultarme el estado de mi alma. Notaba yo, sin saber explicarme, el motivo que éstas y otras personas se reían cuando les trataba de cosas de esta clase. Por ejemplo, en este tiempo se me ocurrió hacerme Hija de María en la asociación de los jesuitas, cosa que no se me había ocurrido nunca. Me recibieron, pero riéndose y mostrándose sumamente asustados de la cosa. Jamás logré que me dijeran por qué no me consideraban como a las demás.

Digo, padre, que era prudencia de mis confesores aunque más adelante diré, que esta prudencia estuvo para perjudicarme, por haber sido demasiado larga. Dios proveyó, sin embargo, como se verá después.

Mi unión con Dios

Tuve, en el tiempo a que me refiero y mucho antes, la idea de que debía hacer mucha oración y no sentía necesidad de ella. ¡Cosa rara! Todos los apuntes de entonces, están llenos de propósitos de aumentar el tiempo de la oración. No cumplía el tal propósito, y tampoco me quedaba remordimiento especial por lo menos. Esto no podía explicármelo.

Hoy reverendo padre, me es claro. Gozaba ya de cierta unión con Dios, constante, tan delicada, tan como en un sitio tan secreto que se me ocultaba a mí misma, que por eso no tenía ni fuerte pena de no hacer esa oración

de recogimiento externo que prometía, ni estaba del todo satisfecha con la hora de recogimiento que tenía. ¿Quedará bien dada esta idea? No lo sé, sólo veo que nada puedo decir.

De todos modos, las horas de la noche me eran como un reclamo constante de Dios, por lo cual pedí muchas veces permiso, para emplear algunas de ellas, en oración. (La única que yo llamaba tal, era esa de recogimiento exterior, como la meditación). Algunos confesores me mandaban a dormir más bien. Otros me daban el permiso, según las épocas. Debo, sin embargo, decir que aunque tratara de dormir, la hora de la una a las tres de la mañana, me ha sido casi imposible dormir, aunque quiera obedecer. Siempre, o casi siempre, parece como que Dios se me interpusiera y me pidiera que me entregue a algún sentimiento de los muchos que me suscita. Ordinariamente es la hora en que se me resuelven los asuntos dudosos que tengo entre manos, ya sea en el deber diario, ya sea en lo del espíritu; sin embargo, jamás me he fiado de esos conocimientos, sino después de consultarlos.

Este espíritu de oración, me fue desconocido por muchos años; es decir, lo tenía, pero ignoraba que lo tenía. Esto sin quitarme la sed de oración, antes, la excitaba más. Por eso, las frecuentes resoluciones de aumentar el tiempo de la oración. Tampoco era esto incompatible con tener la oración de la mañana más mala, a veces, es decir, distraída y seca.

Moderar las miradas

En los apuntes de 1909 encuentro este propósito: Moderar las miradas en la calle. Esto mismo encuentro en otros apuntes, en diferente forma.

Esto lo escribí porque me estuve mucho tiempo trabajando por tener los ojos bajos, y acostumbrarme a ello. Jamás pude conseguirlo y al fin, me resigné y no volví a proponer. Creo conocer el motivo de lo uno y de lo otro. Prometía, no porque los ojos me estorbaran sino porque conocía que así obraron siempre las almas que quisieron amar a Dios y ser de oración y, por lo que hice constar al principio, respecto a las miradas de los hombres.

El motivo para jamás haber logrado lo que intentaba, creo que fue porque mi interior era completamente independiente de mi exterior. Salía a la calle, siempre con algún pensamiento o impresión de Dios y de sus cosas, las más de las veces en la presencia de él y los ojos iban solos, hacían lo que querían sin que yo lo supiera o lo advirtiera. Frecuentemente me resultaban personas resentidas porque las había mirado sin saludarlas. Si

atendía al propósito de bajar los ojos, era como un mono fingiendo recogimiento y eso me fastidiaba, por demás. Y el recogimiento interior no me lo permitía cerrar, ¿qué había de hacer, sino, no proponer más?

En esto de los ojos me sucedió un hecho gracioso, con las Hermanas de la Caridad: Hacía ejercicios bajo la dirección de ellas. Como todas éramos jóvenes, nos vigilaban sin cesar. Siempre que me encontraba con una hermana me decía: Laura, cierre los ojos, lleve esos ojos bajos para que no provoque las miradas de las demás y estén recogidas. Bajaba los ojos con la mejor intención de no alzarlos más, pero apenas entraba en recogimiento, los ojos tomaban las de villadiego. Era pues un tormento para una pobre Hermana que me cogió profunda desconfianza. Por donde yo andaba, andaba la pobre cuidándome sin que mi buena voluntad me bastara.

Hacia también los santos ejercicios una amiga mía, muy recogida y buena. Ella me llamaba la atención diciéndome que la hermana me tenía desconfianza. Por su parte ella, les dejaba a las hermanas todas las garantías: invariablemente estaba con los ojos bajos. Yo la admiraba, pero no podía imitarla a pesar de mis propósitos.

En una plática sobre el infierno, dijo el padre que daba los santos ejercicios, cosas terribles y entre otras, dijo que él mismo revestido con ese hábito de San Ignacio, no estaba libre de ser un día tizón del infierno. Estas palabras nos aterraron mucho a la amiga y a mí. Por efecto del mismo terror, nos miramos con cierta sonrisa de pena. Inmediatamente, el padre, dijo con rostro severísimo: Bien digo... todas las que me están oyendo... no, no entrarán al cielo... las que se ríen de estas cosas... mucho temo, mucho...

Catalina (que así se llamaba la amiga a que me refiero) me miró de nuevo, llena de terror y a mí aunque tranquila interiormente, por mi intención, las palabras del padre me entraron como saetas y además, la desconfianza de las hermanas no me era indiferente.

Salimos de la plática, nos buscamos para ponernos de acuerdo en lo que debíamos hacer, nos dimos cuenta de que ninguna hermana había oído lo que dijo el padre. Las dos teníamos miedo sincero de que se cumplieran las palabras del predicador; pero pensábamos de diferente modo, en la manera de obrar.

Le dije a Catalina: yo no me dejo echar al infierno así tan fácilmente. Estoy dispuesta a ir al padre a que me perdone y a que me ponga la penitencia que quiera, aunque sea azotarme delante de todos, por las calles o

en la capilla, o aunque sea que me pisen todas y que me pongan a comer en una pesebrera, con los caballos. A todo me someto, menos a ir al infierno. Esto me salía tan del alma que me gozaba en pensar que la tal cosa sucediera, para poder mostrarle a Dios de un modo práctico que, por ninguna cosa consentía en perderlo, y me complacía en idear humillaciones peores. Le dije a mi amiga: Resuelve si me voy a las hermanas y les digo que nos hagan la oportunidad de hablar con el padre las dos, o si vas tu separadamente. La pobre, llena del mismo temor que yo, impedida por la mucha confianza que le tenían las Hermanas y sin valor para perderla, me dijo: Yo no tengo valor para desacreditarme ante las Hermanas, no les digas de mí. Habla con ellas y cuando te lleven ante el padre, le dices a él solo que yo también me reí y que me reciba en el confesionario, para que las hermanas no sepan.

Convinimos en eso y fui a verme precisamente con la Hermana que tanto me cuidaba, una santa mujer; pero sin duda de espíritu muy estrechito. Tan luego como le dije, abrió tamaños ojos y me dijo: No ve Laura... por esos ojos! ¡Por esos ojos! Verá que eso la va a perder.... No hermana... Le dije, es que yo no me dejo perder. Mis ojos es verdad que son libres como el viento, pero decirles que se bajen es como decirle al mar que se detenga en sus furias. Por más que prometo bajarlos, se me escapan. Estoy dispuesta, hermana, a todo, a todo, hasta a vivir mordiendo tierra antes que dejarme perder. Hágame la oportunidad para pedirle al padre una penitencia, y compadézcase de mí... Por Dios hermana... compadézcase. En seguida me puse a llorar, creyendo, de verdad, la hermana también estaba de acuerdo en lo del padre. Ella me cogió de la mano y me dijo: Voy a hablarle al padre, pero antes lo tiene que saber nuestra madre. Que lo sepa, quien quiera, le dije, el todo es que yo consiga el perdón.

Me llevó a buscar a la madre, a quien por fortuna, no encontramos. En seguida le habló al padre y me presenté al confesionario, en donde me dijo, me oiría. Con la mayor llaneza, le dije que yo era esa que se había reído de las cosas del infierno; pero que estaba dispuesta hasta pasar el mar muerto a nado, con tal de conseguir el perdón de Dios, que me pusiera las penitencias que creyera oportunas sin consideración de ninguna clase. Al oír esto, el padre se retiró un poco de la reja, levantó un velito que tenía y mirándome con insistencia, me dijo con un semblante muy amable: ¡No hija, usted no es la culpable! ¡Yo vi la risa tuya y la de tu amiga de la izquierda y era una risa temerosa, completamente inocente! Las que se burlaron de las penas eternas, no vendrán aquí a pedir perdón; esas desgraciadas han venido a los santos ejercicios con malos fines. Esas saldrán de

aquí peores que entraron. ¡Pida por ellas y váyase tranquila que el fruto de sus ejercicios está asegurado!

Salí contenta como unas pascuas; aunque debo confesar, que sólo por no haber ofendido a Dios; pero interiormente tenía espinita de ver que se me había escapado una tal oportunidad de mostrarle a Dios mi adhesión, con algún sacrificio.

Por su parte, Catalina se puso muy contenta y decía con gracia: Siquiera no me desacredité con las hermanas. ¡Pobrecita! ¡Como tenía ese estorbo de la estimación, podía obrar con menos libertad que yo!

No les di cuenta a las hermanas de nada. Por su parte ellas redoblaron la vigilancia, me llevaron a la presencia de la superiora, presentándome como la delincuente a quien el padre había dicho y como pronosticado su pérdida eterna, etc. etc. y agregaba que era por los ojos. Me echaban sermones terribles a los cuales, yo haciéndome muy contrita, respondía que esperaba que para salir de ese estado, me ayudarían ellas con oraciones. No me contestaban sino con nuevo regaño. Por supuesto, que como yo sí necesitaba de oraciones y por mil motivos estaba y estoy expuesta a perderme, no creí faltar a la sinceridad con las hermanas, quienes hasta la última despedida de los ejercicios me regañaron, sin resolverse a preguntarme, lo que había arreglado con el padre, por ser asunto de confesionario.

Todavía conservo la esperanza de que estas santas hermanas, hayan pedido a Dios por mí.

Después supe que el padre se refería a dos señoritas espiritistas que habían entrado a los ejercicios, para burlarse, y que furtivamente, con algún pretexto, las hizo salir el padre, después de lo que ocurrió en la plática del infierno.

Esta es reverendo padre, la peor historia de la libertad de mis ojos. Ya recordará lo que antes refiero de cómo quise contenerlos y ocultarlos, y nada conseguí. ¡Dios quiera que delante de Dios, no me tengan ellos responsabilidades! Esta confianza tengo.

Hace muchos años que no los molesto, y le he dicho a Nuestro Señor, que los maneje Él para su gloria, ya que no soy! Se los he ofrecido juntamente con los labios, para que por ellos mire a los pobrecitos pecadores, con miradas de amor y de dolor y con los labios le diga a las almas lo que para ellos tenga.

No sé en qué consisten las malas miradas de que hablan los libros, pero como tengo confianza en que Dios los dirige, como que los he puesto a su servicio, no las temo. ¿Habrá presunción? Pero como ya estoy tan vieja y no veo los inconvenientes, creo que no lo es.

Preparación para la Comunión

En el mismo año 1909, encuentro el propósito de guardar cada día un rato de silencio, para que fuera como la preparación de mi comunión del día siguiente.

Esto lo acostumbraba siempre; pero me había descuidado y después de conocer muy claro la necesidad de prepararme mejor para las comuniones, no propiamente como cosa de precepto, puesto que la Iglesia no lo exige, pero sí por mostrarle más amor a Dios y sacar mejor fruto de las comuniones.

Siempre he creído que cada uno se labra su posición delante de Dios, y que aunque no pequemos con muchas cosas, no debemos hacerlas, y aunque no estemos obligados, debemos hacer otras. El amor dicta mejor estas cosas.

En esto de las comuniones, me he propuesto no preguntarle a mi interés, sino al gusto y honor de Dios. Así, si comulgo, porque lo deseo, mi deseo es tan efímero y poco, aunque sea el mayor que puede el corazón dar, que no lo tengo en la cuenta, pero sí comulgo porque Jesús desea que comulgue; satisfacer el deseo de Jesús, sí me urge, me parece cosa digna. El mío, no merece la pena. Del mismo modo, para prepararme, no me pregunto si estoy obligada o si con poco bastará, ni por el fruto, ni por el deber, sino que teniendo en la cuenta el honor de Dios y del Santísimo Cuerpo de Jesús, me esfuerzo, porque aquello sí merece la pena e inspira deseo de sacrificio. Siempre las cosas vistas del lado de Dios, tienen un valor que nos lo infunde y, vistas de nuestro lado parecen como impregnadas de nuestra miseria, no nos infunden constancia ni fervor.

Creo, pues, que la buena preparación para la sagrada Comunión, hecha por atender al honor de Cristo Jesús, tiene más razón de ser que hecha por conseguir mucho fruto; del mismo modo me parece más ventajoso comulgar porque Jesús desea que lo recibamos, que porque nosotras deseamos recibirle. ¡Todo lo nuestro da tan pocas seguridades!

Examen de "golpe de vista"

En el mismo año, encuentro este propósito: pedirme cuenta cuatro veces al día, de los pensamientos y sentimientos que pasan por mi alma, con

el fin de sorprender los más sutiles de amor propio, de que frecuentemente tengo que arrepentirme y adelantar en el propio conocimiento. De este propósito he tomado después, el método de examen que llamamos de "golpe de vista" que más tarde he enseñado a las misioneras; aleccionada por el resultado que obtuve, lo volví habitual. Sin embargo, debo decir, para ser sincera, que en el tiempo en que lo hice, ya me era menos útil, que me hubiera sido en los principios de la vida espiritual. Por eso, creo que Dios me dio ese conocimiento, no tanto para mí como para las que más tarde habían de nutrirse con lo que Dios me daba.

Después he visto este método de examen, en una obra ascética muy recomendada, y me he alegrado de que otros también hayan sentido su necesidad.

Un abismo de dependencia

En unos ejercicios que hice, dentro de mi misma casa, dirigidos por un padre jesuita en 1909, apunté:

Siento de un modo muy vivo, la bondad de Dios al crearme. Bondad es prodigarse. Al crearme Dios prodigó su Ser con cuanto cabe a lo creado, para que resultara esto que llamo yo. ¡Soy un rasgo de la prodigalidad de Dios, la expresión más viva de su bondad! Pero no soy. Dios es en esto que llamo yo. ¡Cuánta y cuán absoluta dependencia de Dios! ¡Dios mío, me abismo! Qué hermosa es mi posición delante de Ti como creación vuestra. ¡Mi dependencia de tu Ser es un abismo de dependencia! ¡Y tu independencia, de toda criatura, es otro abismo! Cuánto deploro la grosera idea del panteísmo.

Acerca de esta dependencia de la criatura, tuve más tarde, una luz extraordinaria, que como que me colocó ya definitivamente en mi puesto delante de Dios.

¡Es tan difícil de expresar esto, que casi me rindo a la impotencia! Mas, como al recibirla, se me presentó con una comparación un poco material, de ella me valgo, para hacerme entender. Pensaba en lo nada de nuestra existencia, por lo efímera, por lo recibida, no en un punto sino constantemente, por la existencia de ella de un pasado y de un futuro, cabos de este hilo que no nos pertenecen; en la posesión tan completa de un punto que llamamos presente. En nuestra ninguna intervención en nuestra misma creación, en la independencia de Dios al escoger nuestra porción en todo sentido. Cuando en medio de esta diversidad de pensamientos, me sentí

como simplificada en la presencia de Dios, toda llena de un sentimiento de su infinitud inexplicable en lengua humana. Todos mis pensamientos se acabaron, mi ser mismo pareció desaparecer, para quedar completamente perdida en una única verdad que me pasaba y que la abarcaba con deslumbradora claridad. Creo que entonces no hubiera dado cuenta de mí, ni sentía que fuera yo. Yo era como esa misma verdad. ¿Cómo padre mío, podrá explicarse esto? ¡Identificarme con una verdad! Esto no puede decirse, no se comprende; pero muchas veces, me ha pasado aún con verdades altísimas.

Así identificada con la verdad de que nuestro ser es del mismo Ser de Dios, con una incomprensible comunicación que nada le quita y que después de comunicado conserva lo que comunicó, me quedé un rato, inundada como en un abismo de algo que era amor, pero en una manifestación de anonadamiento raro, desconocido, como si por aquel anonadamiento, volviera mi ser a Dios, de donde salió. Pasada la especie de suspensión de vida, en la imaginación, se me presentó como una imagen de la verdad que me había como bañado. Era un gran foco de luz que iluminaba un sitio. Yo era una molécula de esa luz, colocada en un rincón del sitio, de modo que yo venía del foco, pero éste nada había perdido de su ser, tenía la misma cantidad de luz, de modo que yo, molécula de luz, fija en aquel rincón, era una participación de ese foco, el foco al participarse, nada perdía y la lucecita del rincón no tenía luz ni existencia propia. Tan dependiente del foco, que si una mano cualquiera llegare a apagar el foco, esa molécula desaparecería como por encanto, restituyéndose su luz y su existencia, al foco. ¡Cómo veía yo la dependencia de esta molécula y cual ridícula si alardeara de ser! ¡Dios mío, qué océano de dependencia! ¡Qué fuente de verdadera humildad! Esta comparación es muy imperfecta; lo que sentí no tiene comparación exacta.

De esto me quedó, como dije, fija mi posición delante de Dios y además, me he considerado desde entonces, como un acto de la voluntad de Dios, que tiene algo como un eco real, en la participación de su Ser.

Cómo será esto? ¡Dios mío, En las cosas en las que me meto! ¿Cómo explicar lo inexplicable?

La cometa

En los mismos ejercicios escribí:

Tengo una luz especial sobre la bondad de Dios, al llamarme a trabajar por la salvación de las almas y al llamarme a la perfección cristiana, sin darme el claustro. ¡Dios es mi claustro, su inmenso Ser es mi habitación, es mi celda! Dios es mi Prelada, su providencia amorosa es mi Regla... Me siento fuertemente adherida a la soberana voluntad de Dios.

Una cometa sea que se eleve hasta quedar vertical, ya se incline más o menos, ya se vuelva a un viento o a otro, está siempre pendiente de la mano de su dueño. Así estoy yo. Tu diestra me maneja y el viento de tu Providencia me lleva donde le place... No permitas Señor, que sea de esas cometas que revientan la cuerda y que se alejan de su dueño.

Para mantener el equilibrio, la cometa necesita cierto peso en el rabo. Así yo, para mantener el equilibrio con los grandes beneficios y gracias de Dios, necesito ahondar mucho en el propio conocimiento y mantenerme en mí nada delante de Dios.

Estas cosas, las escribí después de que ya no me recibían ni me daban esperanza ninguna de ser religiosa, poco después de haberme sentido feliz, sin ser religiosa. Por supuesto, que esta luz me sirvió para afianzarme más en mi resolución de ser feliz, independientemente de los acontecimientos de la vida. Ya dejo dicho, que esta rara actitud, me dejó al principio la idea de que era que se había acabado la necesidad de Dios y de que me había amañado*, por decirlo así, en el mundo. Con la luz que refiero o, a que se refiere este apunte, entendí que estaba en Dios y que por eso era mi tranquilidad. Además, me sentí más favorecida de Dios así, que si hubiera llegado al estado religioso.

¿Qué claustro igualaba al que yo sabía encontrarme en las plazas y calles de Medellín? ¿Qué regla igualaba en perfección a la que yo cumplía, dejándome llevar de la amorosa Providencia de Dios? Pálidos eran todos los delirios de conventos y celdas de la tierra, ante mi estado.

Desde entonces, siento mucha lástima de algunas personas que encuentro entristecidas porque no pueden ser religiosas. Si supieran que hay algo que es mejor que entrar en un convento, me digo a mí misma. Estar en Dios es infinitamente mejor que todo, ¡por más que su amor y unión sea a veces la quinta esencia de la amargura! Con razón dice la Sagrada Escritura: "Manojito de mirra es mi amado"... Mirra es, y la más amarga; pero el alma no quiere dejarla y le es mejor esa mirra que todas las dulzuras conocidas.

Esta dependencia de la criatura, figurada por la cometa, en manos de su dueño, se la he enseñado después a las misioneras. La han hecho objeto de sus cantares montañeros. Uno de los versos de esos cantares dice:

Quiero ser Dios mío, como esa cometa,
vivir en espíritu lejos de la tierra
y estar de tu mano por siempre sujeta.

Temor de impedir los designios de Dios

En los mismos ejercicios escribí:

Temo mucho, Dios mío, impedir los designios de tu amor sobre los indios, descuidándome en mi propia perfección. Propongo con todas las veras de mi alma, dedicarme más a la perfección, ya que por la que adquiriera, vendrán las gracias de conversión sobre los indios. Para conseguir esas gracias de la fe para ellos, abrazo el tercer grado de humildad que trae San Ignacio en sus ejercicios.

No sé por qué entonces, tuve un miedo terrible de estorbar los designios misericordiosos de Dios en la conversión de los infieles, con mi flojedad de vida. Sufrí mucho con esto y, aunque veía que las misericordias de Dios son totalmente independientes de la maldad de las criaturas, temía, porque creía que esas gracias las había vinculado, parte por lo menos, a la fidelidad que yo tuviera para no hacerme del todo indigna del llamamiento a trabajar por su gloria entre los infieles, llamamiento que ya comenzaba a distinguirse en mi alma, de un modo más concreto, aunque sin tener medios todavía para la realización de él.

Este temor me duró mucho y me obligó a esmerarme en mi propia perfección, con un afán grande y siempre mayor. Era como si un millón de hijos se me estuvieran muriendo de hambre y que, sólo siendo perfecta, lograba darles el pan que necesitaban. ¡Así era mi afán! Nada que no fuera en ese sentido y con esa intensidad de fervor, me dejaba tranquila. Propiamente mi trabajo por perfeccionarme, no era para mí. ¡Lo reclamaban almas hambrientas y en necesidad extrema! ¡Qué pena aquella, Dios mío! Entonces me pareció que no debía reservarme nada, ni tener nada, ni aspirar a nada, ni el sol me parecía que debía calentarme si su acción aplicada a mí, no había de pasar a los pobres infieles.

Por eso, considerando que me quedaba el afecto a mi madre, pedí licencia para pedirle a Dios que me la quitara, en cambio de la fe para ellos o de que me permitiera ir a buscar infieles y a mostrarles el cielo.

La respuesta del padre confesor fue graciosa: Disponga de lo suyo. ¿Quién le ha dado las vidas ajenas para que disponga de ellas? ¡Como la mía ya estaba requete* ofrecida, no tuve más que callarme!

El miedo de estorbar, con la flojedad de mi vida, tan irremediable por otra parte, los designios de Dios sobre los indios, me duró hasta que, en una conversación con el padre Luis J. Muñoz, jesuita, le hablé de ese temor y me contestó que aunque fuéramos más malos de lo que somos, no impediríamos los designios de Dios, que lo más que haría era quitarnos del medio y buscarse otros instrumentos. Esta respuesta me volvió a la vida y me llenó de luz. Cesaron por completo mis temores y me pareció todavía más amable Dios, así más independiente.

Cosa rara, padre mío, tanto como sabía yo de la independenciam de Dios y tantas luces como sobre eso había recibido, no me bastaban para tranquilizarme de mi temor por estorbar los designios de Dios, y las palabras del padre, fueron como si ese conocimiento se me diera por primera vez y de un modo experimental.

Apunte sobre la humildad

Otro apunte de los mismos ejercicios de que vengo hablando dice:

Día 4.- Destinado a conseguir el aumento del deseo de humillaciones. Veo claro que las humillaciones son la margarita rica del Evangelio y que, por conseguirla se debe vender cuanto tenemos, porque ella sola vale más que todas. Rehuir las humillaciones es perder la mejor ganancia, es renunciar al último puesto, que es el que justamente me pertenece, es apartarse del espíritu de Jesús; es renunciar a ser humilde; es exponerse a la perdición, porque si Dios quiere que por las humillaciones vamos al cielo y las rehuimos, renunciamos al cielo

No tengo para qué decir más acerca de esto, pues ya dejo dicho que mi alma, desde la niñez, recibió la gracia de amarlas. Claro que siempre no fui completamente fiel a ese amor, pero siempre la conciencia me reclama al respecto.

Hacer en todo lo más perfecto

Día 5.- De los mismos ejercicios. Encuentro que fue destinado para conseguir el deseo ardiente de hacer en todo lo más perfecto. Pedir permii-

so para hacer un propósito en el sentido de hacer siempre y en los menores detalles de la vida, lo más perfecto. Que este propósito me sirva, como de preparación a un voto, que con la ayuda de Dios he de hacer, después de ensayar un poco con el propósito.

Obtuve el permiso y, al fin de los ejercicios hice el propósito con la mayor sinceridad. Hoy veo, que esto fue muy inútil, porque hacía ya muchos años que ponía todo empeño en obrar con la mayor perfección posible, al punto que, si algunas veces faltaba a la perfección, me acusaba de ello en la confesión, distinguiendo perfectamente que no era pecado y si el confesor me lo decía, le rogaba me permitiera la acusación, porque dada la gracia que recibía, me sentía obligada a obrar con la mayor perfección y que mi corazón lo deploraba como verdadero pecado, atendido mi deber de correspondencia a la gracia.

No sé, pues, reverendo padre, por qué hice este propósito; pero lo mismo que pasaba con otros propósitos acerca de cosas que hoy veo que ya cuando las proponía, las poseía. Ignoraba que las tenía y me esforzaba por conseguirlas, sin embargo, por esta razón veía reír frecuentemente a mis confesores, quienes prudentemente me ocultaban el motivo de su hilaridad, cuando les pedía licencia para tales cosas. Verdad que con frecuencia me sorprendía en muchas imperfecciones; pero jamás permitió Dios que me tranquilizara con ellas. ¡Bendito sea para siempre!

Muchas veces, en distintos tiempos, por ejemplo, hice propósito de hablar poco. Los confesores me lo aprobaban, pero riéndose. Una vez, le pregunté a uno de ellos, que me trataba muy de cerca y que, por consiguiente sabía que hablaba mucho, por el motivo de su risa y me contestó que porque yo no hablaba mucho. Yo, por el contrario, creía que hablaba demasiado. Quizás mis confesores se referían a que lo que hablaba no era malo y que de ello se aprovechaban muchos. En una ocasión, uno de los confesores me prohibió cumplir tal propósito, diciéndome que lo que faltaba en el mundo no era quienes callaran, sino que antes faltaba quienes hablaran bien y con edificación. Debo decir, sin embargo, que no siempre fueron mis palabras edificantes.

Con el propósito de hacer lo más perfecto, me proponía prepararme para hacer el voto y, efectivamente lo hice algunos años más tarde. Deploro con todas las veras de mi alma esta dilación, porque con ello, las obras perdieron el mérito que el voto pudo darles y sufrió naturalmente la gloria de Dios.

Deseo de buscar personalmente los indios

En los mismos ejercicios, encuentro este otro propósito: Pediré permiso para irme a buscar personalmente los indios, para darles la fe y si esto no se me permite, pediré hacer un voto de, tan luego como mi madre muera, seguir la vida de san Benito José Lavre. Sobre estos dos puntos, haré mi elección en estos ejercicios.

Como se ve, de esta época data mi determinación de no buscar ya otros medios para salvar los indios, como antes lo había procurado, solicitando a varias comunidades religiosas, para que se encargaran de la misión de los indios en Colombia. Además, veo aquí, cómo complementaba Dios, con el deseo de humillaciones en el género de vida que me proponía abrazar, siguiendo la vida de san Benito José Lavre, mi vocación para la evangelización de los infieles, en la cual tantas humillaciones es preciso soportar con amor. ¡Cuán cierto es que Dios no hace las cosas a medias! Si me hubiera preparado en mi apostolado entre infieles, sin amar las humillaciones, me hubiera espantado de ellas y se hubiera ido la obra a pique o yo me hubiera retirado.

Cedió las gracias

En los apuntes de 1907 encuentro este:

Dios mío, con toda mi alma te cedo todos los consuelos interiores, exteriores y sobrenaturales o extraordinarios que acaso, en tu misericordia tengas dispuesto darme, en toda mi vida, para que te dignes emplear ese como esfuerzo de misericordia en extender tu reino por todo el mundo, y que al fin abrace a todas las generaciones.

Recuerdo haber escrito esto, después de leer que nuestro Señor dulcísimo les puso un anillo a algunas santas. Con esto sentí amargo dolor, al pensar que quizás, en su amorosa misericordia, tuviera designio de hacerme alguna gracia semejante, a mí y pensé que si esto llegara a suceder, sin que él fuera conocido y amado por todo el mundo, la tal gracia ésa, me sería como una ironía. Por eso se las cedía de antemano.

No era que creyera propiamente que se disminuyera a Dios su misericordia concediéndome ésa a mí y que le quedara menos misericordia para hacerse conocer de todos, sino que quería que lo hiciera con algún sacrificio de mi parte. ¡Yo mimada por Dios con gracias tan especiales y Él

desconocido de los hombres! ¡No podía soportarlo mi corazón! Aún pienso del mismo modo, reverendo padre, y me apena hondo dolor al verme tan preferida, en medio de la desolación de verlo desconocido. Por eso creo, que para gozar en el cielo, estando el santo nombre de Dios tan desconocido y ultrajado en este mundo, es necesario que la muerte me transforme este modo de sentir.

Ahora mismo, Dios mío, renuevo mi cesión de gracias y os pido no gastéis esas margaritas preciosas en tan baja criatura y os glorifiquéis con ellas llevando vuestro conocimiento a todos los rincones de la tierra.

Todas estas cosas, amado padre, me parecen locuras; pero como tales, no está en mis manos no sentir las. Cualquiera creería que no deseo ver a Dios ni gozarlo, pero es que realmente quiero verlo más amado y servido, que gozarlo, aunque mis ansias son a veces como insoportables. ¡Cuántas contradicciones hay en mi alma! Yo misma no me entiendo.

Pero, como la locura es la característica de mi alma, estampo estas cosas aquí, con temor de escandalizar a quienes no alcancen a conocer muy bien las apreturas del amor encerrado en un miserable e impotente cuerpo de barro. ¡Por donde quiera me estrello contra mi soberana impotencia en los caminos del amor!

CAPÍTULO XX

- LA PATERNIDAD DIVINA - EL PECADO - ME PERDÍ EN MI NADA
- CUALQUIER PENA ES UN PEDACITO DE CRUZ - QUISE SERVIR
HASTA PARA RUEDA DE CARRO - EN BRAZOS DEL AMOR
OMNIPOTENTE - EXÁMENES MENSUALES - VISITAS DE
CUMPLIMIENTO - YO NO SOY TAN BUENECITO COMO USTED
- VOTO PERPETUO DE CASTIDAD - LA SANTÍSIMA VIRGEN Y EL
ÁNGEL DE LA GUARDA - AMOR AL CLAUSTRO - ENCUENTRO
EUCARÍSTICO - DOS SEDIENTOS - SOLEDAD INTERIOR - AMOR AL
PRÓJIMO - SIN DESEOS PROPIOS - SÓLO ME HERÍA LO
SOBRENATURAL - LUCHA POR TENER DIRECTOR DE ESPÍRITU
- DIOS VINO EN MI AYUDA

*"El Señor ha oído mi ruego, el Señor
ha recibido mi oración". (Sal.6,10)*

La paternidad divina

Otro apunte de 1907 (Agosto 31) es el siguiente.

Acaba Dios de mostrarme, de un modo que no podré decir, su Paternidad: Sentí en lo más íntimo de mi alma, en algo que no es ni el pensamiento ni nada que yo sepa decir, en una como parte, en donde como que se acaba lo que llamo mi ser y comienza Dios o es Dios mismo, no sé decirlo, que la Paternidad de Dios como que se asentaba con una claridad que no me hacía ver, ni sentir, sino como abarcar. Jamás sabré decir lo que esto es.

Conocí de un modo sentido, superior a cuanto puede decirse con lengua humana, la generación del Verbo Eterno y cómo Dios es Padre de todos los hombres, con una paternidad tan intensa que en vano intentaría ponderarla. Conocí del mismo modo la adopción que Dios hace de nosotros en el santo bautismo. Estas verdades me eran conocidas por el estudio que de ellas había hecho; pero este nuevo conocimiento parece que anuló el primero, que después me parecía una pura oscuridad.

Se me ocurría que entre este conocimiento y el adquirido en los libros, va lo que de una cosa, a la pintura de ella. Las cosas pintadas, por decirlo así, no son conocidas. ¿Cuánto va de un ferrocarril pintado, a uno real? Quien conoce el pintado, puede decir que no conoce ferrocarril. Pues del mismo modo me parecía a mí, que lo que acerca de la Paternidad de Dios

había aprendido en los libros, no era ningún conocimiento, ante el que había recibido.

Al conocer de esta manera, que llamo sentida, la adopción de los humanos por el bautismo, conocí también la inmensa desdicha que es, no recibirlo y naturalmente los infieles todos de la tierra se vinieron a mi alma, en forma de un tropel de dolores tan terribles, que me parecía había de morir en aquellos momentos !Ay padre de mi alma! Esto es necesario sentirlo para conocerlo. ¡Ser hijo de Dios!, ¡esto se dice fácilmente y sin emoción, pero sentirlo, eso ya es otra cosa!. ¡Carecer de esa gracia, es una desgracia que jamás puede ponderarse! Es una negación absoluta de vida y de todo. ¿Cómo diré? Mi alma ahora mismo se estremece, al pensar lo que entonces sentí de desolación y de negaciones espantosas en los pobres infieles. El infierno para que sea completo, debe borrar el bautismo, o al menos quitar esa adopción que es incompatible con estado del réprobo. No sé lo que la teología enseñará acerca de esto, pero siento así. Es imposible sentir mayor amargura que la que se apodera de mi alma, desde que esto sentí, al pensar en la desdicha de los pobrecitos infieles; ni la altura de sentimientos que me inspira el santo bautismo.

Casi nunca puedo ver dar este sacramento, sin derramar lágrimas de ternura y de felicidad. ¡Por eso me fuera hasta el cabo del mundo, por tener la dicha de derramarle el agua santa a algún infiel!

Más tarde me ha dicho un sacerdote, que estas luces o conocimientos vienen al alma como de paso, pero que siempre traen una misión, desempeñada la cual, cesan.

No hay duda que esta gracia trajo la misión de saturarme de dolor, casi inmenso, pero muy luminoso, por las desdichas de la infidelidad con el cual pudiera fortalecerme para la obra a que Dios, me destinaba y que sólo emprendí siete años después.

Cosa rara, padre mío: Me siento más capaz de dejarme despedazar y reducir a lo último, que dejar de pensar en trabajar por los pobres infieles. Hasta el cielo me parece que debe aguardarme a que bautice todos los infieles, antes que inundarme en sus delicias, con ser, que de ellas también conozco lo indecible. ¿Por qué seré tan loca, Dios mío?

Creo pues, que a esta gracia debo la fuerza de mi vocación y la que puedo infundir a las hijas de la Congregación. Pero aún me queda la idea de que no la supe expresar, mas hice lo que pude.

El pecado

En el mismo año, Dios me dio tal conocimiento de lo que es el pecado, que para mí misma, me lo definía así: El pecado es la ausencia de toda vida. Así lo encuentro definido, en los apuntes que tengo a la vista.

Esta definición nació del sobrenatural conocimiento, que entonces tuve, de la monstruosidad del pecado; fue como el reflejo de las luces que tenía acerca de la vida vivísima de Dios. Sentía como especie de relámpagos en el alma, que me dejaban como iluminada por la suprema vida de Dios, sin que yo ni lo procurara, ni pudiera quitarlo.

Ésas como oleadas de la vida vivísima de Dios, me arremetían con fuerza desconocida y a la cual no podía sustraerme. Pasada la fuerza ésa, no sabía decir nada de los conceptos que tenía formados de la vida de Dios y del pecado, como la oposición formal y como sustancial de esa misma vida divina; pero formaron como un fondo en mi alma que aún no ha pasado. De modo que muy frecuentemente sufro dolores interiores terribles, como resultantes de ese conocimiento, o como fondo, o modo nuevo y raro, que aquellas luces dejaron en el fondo de mi alma; esto, sobre todo, me pasa en aquellas épocas de permanencia entre infieles o en sitios donde se conoce a Dios muy poco, o se peca mucho, sintiendo la gente como derecho para pecar.

En esos lugares creo morirme como de pena y se me aprieta el alma, cual si me quisiera ahogar. Me doy cuenta exacta, de que tal pena brota de ésa como información nueva que mi alma adquirió con esas luces. ¡Lo que del pecado sentí, entonces, no es para decirlo, ni hay palabras en lengua humana que digan lo que de negaciones encierra, lo que en el alma hace y lo que destruye a Dios dentro del alma humana! ¡Dios mío! ¡Quién pudiera morir-se de dolor, por la existencia de desorden tan cruel, en vuestra misma creación!

Tal negación de vida tiene el pecado, que ni siquiera fue creado por Dios. Por eso es peor que las llamas del infierno, porque ellas al menos son creadas por Dios y son la expresión de uno de sus atributos. ¡Hasta en el infierno Dios mío, hay huellas de tu Ser! En el pecado, no las hay. Es la suprema negación. Es una síntesis de negaciones. El gran dolor de la tierra consiste en vivir en contacto con el pecado y la dicha del cielo es no poder encontrarlo en sus esplendores.

¡Oh pecado! ¡La palabra que espanta al cielo! Y tener seguridad y la mayor de las seguridades de que lo he cometido y de que soy capaz de

cometer cuantos la malicia humana ha inventado! ¡Ay, esto si que es lo duro y lo que pudiera y debiera tenernos con la frente en el polvo constantemente! ¡Ay padre mío, al pie de la cruz deberíamos citarnos los pecadores para ver allí lo que es el pecado y lo que tiene de antagonismo con la santidad de Dios! ¡Abismo de negaciones, destruye la vida en su raíz y apagó con infinitos dolores la de Cristo en la cruz!

Creo que pudiera escribir un libro voluminoso si dijera cuánto del pecado me ha enseñado Dios; pero todas estas lecciones del pecado, las he recibido delante de la Vida Divina. Los dos conceptos se han ido formando en mi alma paralelamente y van creciendo, aún después de que los he creído en su plenitud. Pero vana ilusión: No es capaz el alma humana de abarcar estas cosas en su plenitud. ¡Imposible!

Me perdí en mi nada

Correspondiente a este mismo tiempo debo referir, en atención al precepto que he recibido de no omitir nada de lo que pueda arrojar luz acerca del espíritu que Dios me ha dado para la Congregación, una de las mayores gracias que he recibido y que es, padre mío, como luz derramada. Ya no hay rayón de luz, como en los primeros años. Observe padre, que ni al rayón negro le ha quedado existencia, ni espacio para existir, ni el rayón de luz se reservó sitio, sino que se desparramó en todo el ser de su criatura, destruyéndolo como pajita. ¡Bendito mil y mil veces!

Esta gracia es de tal naturaleza diferente y tan alta, que muy poco podré decir de ella. Ensayaré lo que pueda:

Fue el 2 de octubre de 1907. No sé cómo. No me encontré yo misma. Me perdí por decirlo así y quedé como sin ser, en el fondo de una como inmensa nada. No sé si sentía; no pensaba, pero tampoco sentía el pensamiento; no sé, sino que estaba o era yo una nada, semejante a un no como largo, pero sin dimensiones. No podía tenerlas, porque no era materia lo que veía; pero después de pasado todo, se me ocurre así, como un no largo, una carencia, una negación y un fondo sin fondo y orilla de nada. Algo que sí me daba cuenta que era la nada de mi ser; pero que no sabré describir. Sólo el darme cuenta de que eso era, mi no ser, me revela que sí había un sujeto que recibiera ése como conocimiento; todo lo demás estaba perdido.

Tampoco me parece que la imaginación entraba en la cosa; también me parece que se perdió. En cuanto a sentimientos, me parece que habría algo

como de terror, o así de sorpresa en ese inmenso fondo de nada; pero no podría definirlo a punto fijo.

Así estaba, cuando aquella nada se fue volviendo como un todo, con la aparición de algo como (a lo menos así se me ocurre que fue) la sustancia de Dios, tan deslumbradora y tan como aniquiladora, que me pareció, que si no hubiera precedido ese primer aniquilamiento, allí mismo hubiera muerto. No parecía que mi ser resistiera, porque no había ser; era esa casi invisible e insensible nada, lo que parece que resistía esa soberana presencia; por eso, es decir, por no haber quién sintiera, no tenía pena, ni la opresión que otras veces, en casos semejantes había sentido. No había allí sino un aniquilamiento sin dolor y una presencia del Ser, sin opresión; pero, entonces sí estuve inundada de amor ¡De un amor que se me ocurre expresarlo con la palabra delgadito... amor delgadito... amor sutil... amor reposado... amor incomprensible...!

Imposible decir lo que es este amor... No es una dulzura, porque la dulzura es una cosa más sensible, como más material o como menos honda. No es una sabrosura, ni una luz, ni un reposo... Es algo tan sutil, tan suave, que más se me parece a la misma naturaleza del Espíritu Santo. Dios mío ¡qué atrevimiento pensar esto! Pero, ¿cómo decir lo que no tiene en lo humano, concepto?

Esto, que no sé decir, pero que sin advertirlo me inundaba y hacía feliz, pero no como en mí, pues yo no era, sino como que me inundaba en el mismo Ser de Dios, que creo, era el único que subsistía, era como un piélago de aniquilamiento, en un piélago del Ser muy hondo, muy como suave, como parecido al frescor de una tarde de verano...

¡No! imposible encontrarle comparación. Lo suave que aquí conocemos, se aleja mucho de eso; la tarde de verano no es nada parecido; los conceptos de dulzura y de felicidad de aquí de la tierra, tampoco se parecen. En fin, ¿para qué digo más? Es desvirtuar lo que sólo Dios sabe y los que han sido metidos en su abismo, como creo haberlo estado entonces.

Pero no para aquí la gracia, sino que todas las manifestaciones de Dios, o como todas las faces con que lo conocemos y que llamamos atributos de Dios, fueron apareciendo a mi alma, del modo más sutil y misterioso, de tal manera que, aunque eran tantas hacían resaltar la inmensa simplicidad del Ser Divino, como si cada una de esas manifestaciones o atributos, fuera una como ampliación de su Santísima Simplicidad; todos estos atributos como que rodeaban a ese piélago de mi absoluta negación del ser, o

mi nada, la cual quedó como encastillada entre aquellos atributos, que bien veía yo, eran un solo acto simplísimo.

¡No sé el tiempo que estuve en éste como cerco de la Divinidad! No sé si perdí el uso de los sentidos, porque yo no era. Sentía un amor muy hondo, muy como insensible. Ya ve padre, cómo puedo decir que sentía algo insensible, ¡si son términos que se contradicen! Quiero decir, que como que no tocaba la parte del ser que siente. Este amor me hacía feliz; pero con un reposo muy grande y más que todo me hacía fuerte. Avenidas de fortaleza como inmensa sentía, sin que se conmoviera la parte sensible de mí no ser. La misma fortaleza de Dios, parece que era la que se me transmitía. ¡Me estremezco cuando recuerdo estas cosas y mucho más, al tener que estamparlas en este papel!

Terminado esto, no quedé tan completamente en mis cabales, porque no me di cuenta de lo que me había sucedido hasta algunos días después. Pero tampoco advertí a darle cuenta al confesor, sino uno o dos años después. No me queda recuerdo del sitio en donde estaba, cuando esto pasó, no sé por qué; sin duda porque no tuvo ninguna relación con lugar ninguno, o por lo demasiado espiritual que fue aquello.

Sé sólo que cuando advertí lo que pasó por mi alma, me sentía con una fuerza como de gigante. Nada ya me parecía difícil, ni todas las penas de la vida que se me echaran encima, hubieran sido capaces de intimidarme. Bien comprendo todavía que esa fortaleza no era mía. Mi manera de entender, no era entendiendo; ni pensaba pensando, ni notaba que las cosas fueran en sucesión como las he referido, sino todo como de una vez; como sin duración tampoco, sino como una simultaneidad incomprensible y menos decible, que cuanto puede ponderarse.

Desde entonces, parece que quedé confirmada en fortaleza, no como en fortaleza mía, sino como con la de Dios. Así me figuro que será la que sienten los mártires y de la cual hablaba Santa Felicitas a su carcelero, antes de que la sacaran al circo.

No sé reverendo padre, si en estas cosas alcanzo a hacerme comprender y hasta dudo de que mis palabras sean engañosas y al ser vistas por otras personas queden engañadas. Sólo sé, que es casi imposible hablar de estas cosas y que he escrito lo que creo la verdad, o que he usado los términos que pueden acercarse a la verdad indecible.

De aquí en adelante, los intereses de Dios y sólo ellos, embargan todas las fuerzas de mi alma. Fue como una confirmación en lo que ya había

sentido en otras épocas; pero de un modo muy inferior lo de antes. En esta vez me parecía, como que, en el momento de la cosa, entendía lo que pasaba, o a lo menos no sentía necesidad de entenderlo. Después me he corrido y como avergonzado de esto.

Así he podido comprender o concebir cómo en el cielo el misterio constituirá nuestro goce, sin vacío por no abarcarlo en toda su grandeza, ni comprenderlo.

Cualquier pena es un pedacito de cruz

¿Cómo haya yo correspondido a esta tan excelente gracia? No lo sé. Sólo afirmo que mil infidelidades e imperfecciones han llenado mi vida, antes y después de ella. Por ejemplo, en el mismo año, encuentro propósitos como éstos:

Emprender un bordado para llenar los tiempos que me deje la enseñanza. No rehuir las visitas de la señora X. Trabajar por adelantar en el amor a la cruz.

Bien recuerdo lo que motivó el recuerdo de estos propósitos: que la señora hablaba muy despacio y me fatigaba su conversación, por lo cual, me excusaba de recibirla. En esto me parece que faltaba a la mortificación y a la caridad sobre todo.

Referente al último propósito, encuentro esto: Cualquier pena es un pedacito de la cruz que Dios me pone y debo amarla. Por eso repetiré cuando algo me contraríe:

- Pedacito de cruz, yo te abrazo con amor y quisiera ingerirte en mi alma. Estás impregnada de la sangre de mi Señor y eso es lo que amo en ti.

Quise servir hasta para rueda de carro

En 1908 encuentro este propósito:

Proponer al padre Henao⁵¹ el establecimiento de la adoración nocturna para las mujeres, para conseguir de Dios los medios necesarios, para ir a

⁵¹ HENAO ECHAVARRIA DOMINGO ANTONIO. Hijo de Domingo Henao y Eugenia Echavarría, hermano de Marianita Echavarría de Upegui, abuela de Laura Montoya. Nació en Ebéjico (1868) Después de desempeñar varios cargos fue párroco de la Iglesia de la Vera Cruz. Murió en Sonsón (1935)

salvar los indios. Naturalmente esta petición me fue negada. Es una de las tantas locuras que el deseo de esa gracia, que veía tan lejos, me hizo inventar.

En el mes de mayo de 1908, encuentro una cosa, que quitó la tupia* o barrera que yo le ponía al llamamiento de Dios a mi alma.

En diversas épocas de mi vida había oído de labios autorizados por ser de personas santas y sabias, la predicción de que yo sería fundadora y leyendo en el padre Faber, encontré que Dios, a los que tiene para fundadores de institutos religiosos, les da todos los espíritus. Inmediatamente hace el padre Faber una enumeración de ellos y vi que todos me los había hecho sentir Dios. Inmediatamente me vino una turbación terrible, la misma que me daba al oír las predicciones de que he hecho mención. Consultada la cosa, me dijeron que no volviera a leer eso y que no les creyera a los que me decían.

Sin embargo, me quedaba una amargura terrible y por eso le decía siempre a Dios: Señor, me ofrezco a todo lo que sea vuestra santísima Voluntad; quiero servirte hasta para rueda de carro; pero no para fundadora. Si tienes ese designio, revócalo, por amor de vuestro mismo Nombre.

¡Cuánta vergüenza siento hoy, reverendo padre, al recordar esto! Y lo más curioso, era que estaba convencida de que estaba completamente abandonada en las manos de Dios. ¡Qué ceguera tan terrible!

Esta petición la hacía diariamente y por más de 15 años. Es inconcebible que tanto me hubiera durado este error, pero ésa es la verdad.

Pues en mayo de 1908, encuentro lo que sigue:

Por primera vez siento, oh Dios mío, y comprendo que el excesivo amor que he tenido a la vida humillada, me ha hecho serte infiel y quizás he puesto obstáculos a vuestros designios amorosos. Hoy ya me pongo en vuestras manos; haced de mí lo que queráis. Haced brillar en mi pobre ser, vuestras Misericordias y si me tenéis para fundadora, depongo todo temor y emprendo cuanto me iluminéis que debo hacer, ni más, ni menos, que como un burro se deja cargar de estiércol o de piedras preciosas.

Precisamente después de esta entrega, fue cuando Dios me abrió los caminos para ir al Chocó, según dije antes.

En brazos del Amor Omnipotente

El 10 de octubre de 1908 escribí:

¡Me siento en los brazos de un amor omnipotente! Esto lo escribí como para señalar una gracia especial de cierto contacto con Dios, en una forma parecida a la que referí, de haber quedado como encastillada en los atributos divinos; pero sólo sentía como la acción del amor de Dios, en su carácter de Omnipotente. Esta gracia la necesitaba entonces mucho, porque atravesaba una de las épocas de penas exteriores más fuertes.

Cómo sentí esto me parece inútil ensayar a decirlo; pero me quedé por muchos días como escudada por la misma Omnipotencia de Dios, pero de la manera más amorosa.

¡Dios mío, de cuántas gracias he sido objeto! Con razón que no se explicaran los confesores estas cosas, sino creyendo que mentía, o guardando un silencio todavía más torturador para mí. Es que no será natural que Dios dé a una miserable criatura tanto para ella sola. Por eso más tarde, cuando me habéis dado tantos a quienes nutrir, sí se explica esta profusión.

Era que me dabais el pan de otros, para que, pasando por mi frío corazón, lo calentara y a su tiempo, pasara a los que en vuestro amor habéis hecho acreedores a estas gracias... ¿qué digo, acreedores? ¡No! agraciados con tan bellas cosas, con luces tan deslumbradoras. Por eso no negaré a nadie lo que le pertenece y tengo como en depósito. Por eso, Señor, escribo esto, no sólo por obediencia, sino también por justicia.

Exámenes mensuales

En el mismo año encuentro que escribí una lista de las cosas, de las cuales me pedía cuenta en los retiros mensuales y las dejo aquí, para si Dios quiere que alguna vez se utilicen.

En los retiros me preguntaba cómo las había utilizado para mi alma y para las almas en general, pues siempre he presentado que lo que Dios me da, no es para salvarme sola, sino para la salvación de muchos:

- La salud o la enfermedad.
- Los dones naturales.
- Las discípulas que Dios me había confiado.

- El dinero que había ganado.
- Las misas, confesiones y comuniones.
- Las limosnas u ocasiones para hacerlas.
- Los deseos de mortificarme.
- Las luces en la oración.
- Las lecturas y exámenes.
- El tiempo y su buen empleo.
- Las contrariedades y la manera de aprovecharlas como medios de destrucción propia.
- Los consejos que otros me dan.

Naturalmente que de estos exámenes sacaba numerosos motivos de humillación. Por eso creo que las personas que hacen exámenes a la ligera y como en conjunto, se deben encontrar muy buenas. Mientras que estos exámenes minuciosos muestran cuán miserables somos y cómo hasta en las acciones más triviales, dejamos muchas manchas. Haciendo bien los exámenes es como se llega a comprender nuestra deficiencia en todo y cuánto tiene Dios que disimularnos, para poder decirlo así aún a las personas de mejor voluntad.

Con razón ha dicho alguno que vivir es empolvase porque aún en los actos naturales de la vida como el comer, beber, etc., nos empolvamos con las imperfecciones y con pecados veniales, a veces no alcanzamos a hacerlo todo con perfección. Gracias a que Dios no nos lo imputa todo a pecado, que si así fuera habíamos de desesperar y vivir pendientes del confesionario. El examen así hecho es fuente del propio conocimiento.

Visitas de cumplimiento

Tenía yo entonces, y toda mi vida, odio a las visitas que todo el mundo llama de cumplimiento, precisamente porque son las que más empolvan.

Estudiando bien esa repugnancia saqué como consecuencia, que no hacerlas, era buscarme a mí misma y propuse no omitir ninguna, haciéndolas como un ejercicio de virtudes. Verdaderamente ejercitaba la mortificación por vencer la repugnancia; la caridad, quitándole al prójimo la ocasión de verse desatendido y murmurar; la sencillez, no considerándome

exceptuada de la ley social no obstante la intensidad de vida interior que deseaba llevar y por último la edificación, pues me proponía, agradando, mostrar que la piedad no es misántropa, pero sobre todas las virtudes ejercitadas descollaba la mortificación, pues jamás las hice sin suprema repugnancia. Las visitas así hechas, no impiden ni aún la contemplación. Donde hay ejercicio de virtudes, anda Dios, aunque sea en lo más refinado de los usos y costumbres del mundo, cuando el deber nos obliga a ello.

Yo no soy tan buenecito como usted

Tenía entonces un confesor que me había ayudado en las épocas más difíciles de la vida. Llena de agradecimiento le pedí a Dios que apartara de ese sacerdote, la ocasión más próxima que tuviera de perderse. Esta petición pasó sólo entre Dios y yo. Pues ese mismo día, me llamó el confesor y me dijo:

- ¿Usted desea mi salvación?
- Con toda mi alma, le respondí.
- Pues para salvarme, me dijo, necesito no confesarla más a usted. No debo decirle por qué, pero es la verdad. Por eso no cuente más conmigo ni vuelva a mi confesionario. Yo no soy tan buenecito como usted.

Esto fue para mí un enigma; pero lo respeté. Por eso no le pregunté más. Sin replicarle una palabra, le prometí no volver, aunque era el único consuelo que tenía en mis penas y en la suprema incertidumbre sobre la vocación.

Después comprendí que este sacerdote estaba muy aficionado a mí y que Dios había oído mi petición.

Voto perpetuo de castidad

Desde muy niña había deseado consagrar mi virginidad a Dios con un voto perpetuo. Pero jamás había conseguido la licencia del confesor. Sólo me permitía hacerlo de año en año. Después de lo ocurrido con el confesor, fui a otro y me concedió la licencia para hacer el voto perpetuo. Consideré esta gracia como traída por recompensarme Dios de haberme privado del confesor, para dejarle más libertad para salvarse. Tengo mucha fe en que Dios no espera a que hagamos un esfuerzo por su amor, cuando ya nos lo paga. Lo hice el 8 de diciembre de 1908. Ese día escribí lo que sigue: Venturoso y feliz día para mí. En él consagré mi virginidad a Dios,

para siempre. Ya no hay duda, ¡pertenezco a Dios perpetuamente! Ya no seré jamás de un hombre. ¡Cuán indigna me siento de semejante dignidad! ¡Ser de Dios para siempre! Hice el voto a los pies de la Inmaculada de la catedral de Medellín. Ya estaba muy vieja, tenía 34 años. Sin embargo, me consolaba con pensar que lo había deseado siempre.

Este voto como que me quitó aquella incertidumbre que mantenía de que, como otras, llegara a retirarle a Dios mi palabra de ser toda suya. Conocía ejemplos de personas que se habían consagrado a Dios por mucho tiempo y luego se habían casado y me estremecía de caer en esa desgracia. El voto perpetuo como que me dio una seguridad que me atrevo a llamar absoluta. Hoy me sorprende de esto, porque jamás me sentí, ni siquiera floja, a este respecto. ¡Cómo recuerdo ese día! Quité del altar de la Santísima Virgen una azucena que conservé hasta que hice mis votos religiosos. Cualquiera se reirá de que hubiera gozado y celebrado tanto un voto de castidad hecho a los 34 años, cuando ya casi no tenía objeto, sin embargo, todo lo que liga con Dios es delicioso, aunque sea hecho con el último suspiro.

La Santísima Virgen y el ángel de la guarda

En los apuntes de 1910 encuentro éste:

El 8 de septiembre, día de la Natividad de María, escribí carta para el presidente de la República, pidiéndole apoyo para emprender la obra de los indios y el 24, día de las Mercedes, recibí contestación favorable.

Eso de escribir un día de la Virgen y recibir contestación buena en otro día de Ella, me muestra que María será la dueña de esta obra y que se hará. La obra será de todo punto mariana. ¡Qué dicha tan grande!

En este mismo año encuentro un propósito que dice: Hablarles a todos mis relacionados de los ángeles custodios hasta lograr hacerles tantos devotos, como personas trate.

Este propósito lo cumplí y pasado algún tiempo, pude observar que no tenía ninguna amiga o discípula que no se hubiera hecho devota del ángel de la guarda. Me propuse hacerle tener mucha confianza al santo ángel y que lo ocuparan en las diversas circunstancias de la vida. Para probarle los buenos servicios que los santos ángeles hacen a sus protegidos, les refería los casos en que yo misma había sido favorecida con sus oportunos servicios y la historia del chocolate que el santo ángel le proporcionó a Santa

Rosa de Lima, trayéndoselo en suma necesidad de la santa, desde la casa del Contador de Lima a altas horas de la noche.

Conocí entonces lo mucho que glorificaban a Dios estas santas amistades con el ángel de la guarda. Verdaderamente, esta devoción es una mina rica que tenemos en la mano para glorificar a Dios. ¡No nos sirven más los ángeles porque no los ocupamos! Qué gracia tan grande menospreciamos con el olvido de nuestro fiel amigo que, sin dejar de ver a Dios, nos mira siempre. Una vida entera quisiera gastar haciendo conocer las bondades de los santos ángeles. Viviendo más unidos con ellos, podíamos comenzar a vivir la vida del cielo, desde la tierra. Los que tanto se sienten honrados con las amistades de los nobles y grandes de la tierra, debían reflexionar en el honor que pierden, despreciando estos nobles amigos.

Amor al claustro

Aunque vivía ya en 1909 tan tranquila de no ser religiosa y ya el asunto de los indios iba tomando forma, encuentro en los apuntes de aquel año, algo que me revela que de tiempo en tiempo, reaparecía mi deseo de vida contemplativa o de claustro.

El 14 de octubre escribí:

Víspera de Santa Teresa y ni he ido a pedir la celda que desocupó la Madre Ángela y ¿por qué?... Gustosa me he sometido a no ser religiosa y siento, Dios mío, que vuestra voluntad me es más querida que la celda y que todo; pero, Dios mío, qué pasa por mí cuando pienso en lo que es la vida religiosa y el unirse acá en la tierra con Vos en el claustro y el habitar siempre con los que te aman y vivir al calor de tu amor sacramentado y anegarse en Vos en las noches de la celda y el sentir el influjo de los ángeles que guardan vuestra casa, y el no tener lazos que encadenan a la tierra y el sacrificarse con la penitencia al calor del sacrificio Eucarístico, y esperar la muerte muriendo por vuestra gloria, y estarte unida por los votos religiosos, y ser tuya, y tener subyugada la carne, y haber vencido al demonio y para colmo de la dicha poder salvar las almas con la oración y el sacrificio. Todo esto, Dios mío, hace estremecer mi alma, en estos días de celda vacante... Pero en cambio tengo tu adorable voluntad que me sostiene.

Encuentro eucarístico

Otro apunte dice:

¡Las almas son de Dios! Este pensamiento me infunde sumo respeto por las que me habéis confiado en mi profesión de maestra! Salvar las almas... Dios mío, ¡qué profesión tan sublime! Cuán incapaz de ella me siento.

Las distracciones después de la santa comunión, me hacían sufrir y me humillaban. El día de Santa Teresa, del año a que vengo refiriéndome, estuve sumamente distraída y luego escribí mi pena así:

Dios mío. Estuve muy poco cortés contigo esta mañana. Dios mío, ¡Si una cosa como yo no merece la vida! ¡Sólo Tú que eres incomprendible en tu providencia puedes soportarme y soportarme amándome! Tengo pues más que agradecerte que los justos. Ellos regocijan tus miradas y yo ejercito tu paciencia!

Que los justos disfruten de una vida que emplean en tu servicio se comprende; pero que yo la tenga para pecar y menospreciarte, ¡eso sólo se explica como un prodigio de paciencia!

El hilo de mi vida, esta mañana, cuando ingrata me distraje de tu presencia sacramental, estaba en tus manos, ¿por qué no lo cortaste para escarmiento de los que no acatan tu presencia? ¡Gracias Dios mío!

En la comunión del día siguiente, me preparé más cuidadosamente y leí que no se puede vivir sin un amigo. Pensé que los amigos se conocen muy bien. Sé, escribí, que Tú Señor, me conoces y yo conozco mucho tu corazón y que en la sagrada comunión nos encontramos cada día, luego, somos amigos y ¿qué más puedo apetecer? Eres pues mi amigo, que conoce hasta la médula de mis huesos pues que los formaste. ¡Suene pronto, Señor, la hora en que nuestra amistad no tenga interrupciones que martirizan! La comunión es un encuentro demasiado rápido. ¡Yo quiero uno eterno!

Esta comunión, es decir, la de vuestra amistad, la recibí de manos del señor arzobispo y busqué exprofeso, recibirla de él, para mostrarle a Dios, cuánto amo a los príncipes de la Iglesia. ¡Ah si por cada uno de ellos diera la vida!

Verdad que se trataba de recibirla del señor arzobispo, del mismo que siempre, como he dicho, se ha mostrado mi enemigo; pero eso no importa, jamás he visto en él al enemigo, sino a Cristo Jesús en su espléndida autenticidad en la Iglesia, por eso, arrebata mi amor más acendrado.

Al recibir a Jesús como al amigo único de mi alma, tuve intención de desagraciarlo de la perfidia de Judas, que tanto ultrajó el título de amigo con que lo honra Cristo. ¡Quién pudiera, ser te amiga fiel, no sólo por mí sino también por esa amistad que Judas debió tenerte y que profanó con descaro inaudito!

De esa comunión en adelante, me propuse conseguirle amigos a Jesús, para pagarle ese infame que perdió ¡Ojalá muchas almas amantes hicieran ese mismo propósito. Así no sería tan dura a su corazón, la perfidia de Judas!

Dos sedientos

El 25 de agosto escribí:

¡Cuánta sed tengo! ¡Sed de saciar la vuestra Señor! Al comulgar nos hemos juntado dos sedientos. Vos de la gloria de vuestro Padre y yo de la de vuestro corazón Eucarístico. Vos de venir a mi y yo de ir a Vos, de sacrificarme como víctima por los pecados del mundo, reparando los ultrajes que el mundo os hace. Vos de almas y yo de dárte las. Vos de correspondencia y yo de corresponderte.

¡Aplacad, Señor, mi sed, que yo con todas las fuerzas de mi alma quiero aplacar la vuestra! Yo, para saciar vuestra sed, me sacrificaré hasta destruirme, a fin de que tal destrucción os haga crecer en los corazones. ¡Oh, si yo tuviera muchas almas a mi disposición para pegarles mi ardiente sed de vuestra gloria! ¡Cómo me parecen pequeñas todas las humillaciones del mundo, para destruir mi naturaleza como un holocausto permanente!

En aquel tiempo, una enfermedad me privaba de la sagrada comunión con mucha frecuencia. Encontré el medio de resarcirlas del modo siguiente, expresado en la siguiente oración que escribí entonces:

Dios mío, hoy sin comulgar debiera afligirme; pero tu amor me ha inspirado otra deliciosa comunión que me desquita de la pérdida de las sacramentales que me veo obligada a dejar. Ésta es la sacrosanta comunión de tu voluntad santísima. Con ella comulgo, pues a la verdad, ¿qué es la comunión sino una unión íntima y profunda de vuestro Ser con el mío? ¿Y qué es la comunión de vuestra voluntad, sino otra unión íntima y profunda de las dos voluntades en un solo acto? ¡Dos voluntades que se unen formando una sola. Suprema la una, ínfima la otra; santa la una, decaída la otra; de Creador la una, creada la otra; necesaria la una y contingente la

otra! Ambas se complementan y resulta una dulcísima y grandísima, porque se pierde la una en la otra, como gota de agua en el océano. Luego quedé tranquila con la carencia de la comunión sacramental, sin dejar de desearla para mostrarte mi amor. ¿Qué felicidad igualará a esto de fundirse en vuestra voluntad y perderse en ella?

Con razón dice la Sagrada Escritura que todo se convierte en bien para el justo ¡Hasta privarme de la comunión es mi dicha! ¡Bendito seas para siempre!

Soledad interior

Para los días de soledad interior, encontré la manera de sentirme bien, amando esa misma soledad, como un llamamiento de Dios al abandono total. Así lo escribí:

¡Qué soledad tan espantosa! Te ocultas de mí, Señor; ¡de mí que no tengo más luz que la de vuestro semblante! ¡Qué oscuridad, qué espantosa frialdad en mi corazón que tiene sed de amores infinitos! ¡Sola con mi debilidad, sola con mi triste poder de pecar! Dios mío, ¿será que esta soledad envuelve algún llamamiento de tu amor? Déjame oír tu voz divina, en esta soledad... ¿Querrás de mí un tal abandono que me sea indiferente el sentirte o no sentirte? ¿Será que a mi ser sólo le conviene esta espantosa soledad? A ella me abandono. Ocúltate cuanto quieras que a todo diré que sí. ¿Qué me importa sentirte si tu voluntad es que no te sienta? En buena hora, ocúltate. Me bañaré en mi soledad, porque Tú lo quieres. Aunque ése hubiera de ser mi estado permanente, lo acepto como muestra de tu infinito amor.

En esta actitud he pasado siempre, Padre mío, mis espantosas soledades y he podido ser feliz en ellas.

Después de la soledad que me hizo sentir toda esta dicha, me sentí en la sagrada comunión, perfectamente perdida en mi misma nada. Volví a sentirme aniquilada, hasta el punto de ya no poder tener soledad, porque no había ser que estuviera solo.

Escribí entonces esto: En la comunión de hoy, me sentí perdida en mi nada, luego ya no tengo de quién ocuparme. Ya no tengo para qué ocuparme de mi pobre corazón. Todo me será ya la gloria de Dios, su alabanza, sus intereses. La soledad del corazón ya no me ocupará porque no soy. A la

nada le conviene lo mismo la soledad que la compañía. ¡Qué abismo de nada es el hombre y qué abismo de ser es Dios! Que esté sola la nada, ¿qué importa?

Estas ideas, padre, no sé expresarlas pero me sacaban cada vez más de mí misma para dejarme en mi oficio exclusivo de trabajar por la gloria de Dios. Ya no le tuve miedo a la soledad del corazón.

Amor al prójimo

Me venían de pronto como oleadas de amor al prójimo. En una de ellas escribí esto:

Dios mío, siento un acrecentamiento de amor a mis prójimos, raro. Ellos son los compañeros de mi camino. Van ellos a mi patria como voy yo. Tienen casi las mismas condiciones de viaje que yo. Les rodea el mismo ambiente. Les punzan semejantes espinas. Les obliga un corazón sensible como el mío.

Por todos los que viajamos hacia tu casa te pido; a todos quisiera ingerir en mi mismo corazón como están en el vuestro. A todos quiero ayudar; a todos quiero vendar las heridas que se hacen en los zarzales de la vida. Quisiera ser todos los que trabajan en aliviar los males físicos y morales del prójimo. Más todavía: quiero ser todos los que sufren para llevarme todas las amarguras para que ellos no las tengan. Recibe, Señor, aunque no sea más que mi impotencia, en auxilio de los que caminan a tu Reino.

Algunas veces, en estos arranques de amor al prójimo, tenía que contenerme para no abrazar a cuantos hallaba a mi paso.

Bien sabía Dios, en esto, prevenirme para que llevara con amor los inconvenientes de tantos prójimos como habían de contribuir a mi purificación. Todo, padre amado, era rayón de luz, foco desparramado, ¿no le parece?

No por haber deseado los sufrimientos de todos, resulté muy valerosa para soportar dolores físicos, como he podido observarlo muchas veces; por fortuna, Dios recibe hasta los deseos. Bien dijo san Francisco Javier: Una cosa es ofrecerme para ir a la India en un momento de celo, delante del Sagrario y otra muy distinta, es irse para la India. Por eso escribo todas estas cosas, con temor. Tengo muy en la cuenta mis cobardías en la práctica.

Sin deseos propios

En septiembre de 1910, escribí esto:

He hecho visita en la Porciúncula por el alma que más deseo haya tenido de la gloria de Dios; otra por el alma más amante del Sagrado Corazón de Jesús; otra por el alma que más hubiera trabajado por la conversión de los infieles y otra por el alma más devota de los santos ángeles. Esto lo hice porque consideré que eran las que Dios más deseaba ver libres de los tormentos del purgatorio y tenerlas consigo en la gloria.

Fiel a mi consigna de no tener deseos propios, desde entonces he determinado conocer los de Dios y tenerlos por míos. No hay descanso mayor que el de hacerse pobre en deseos y sólo tener los de Dios, pues son los únicos justos. Ojalá muchas almas probaran este género de desnudez de espíritu, verían cómo en ella hay una fuente de felicidad completa.

En mis dificultades por encontrar un director de mi alma, pues como he dicho, ninguno quería hacerse cargo de esto, sin duda por lo oscuro de mi vocación y lo diferente de mi alma (aunque yo la creía de las más comunes), acudí a un sacerdote muy santo, a preguntarle si podía quedarme tranquila, sin otra dirección que la que Dios quisiera darme. La contestación de este santo padre, fue para mí terrible. Me dijo:

- Sin dirección se pierde.
- ¿Qué haré? Le repuse, ¿si ninguno quiere encargarse de mí?

Con la mayor energía me dijo:

- Dígale resueltamente a Dios: Ya que no me hiciste nacer en tiempo de san Francisco de Sales, hazme nacer ahora un Francisco de Sales porque lo necesito.

Me pareció muy atrevida la petición; pero como jamás dejé de obedecer me resolví a hacer la petición en la forma que escribí inmediatamente: Dios mío, oye lo que te pido desde el fondo de mi miseria: Hazme nacer ahora un San Francisco de Sales que lo necesito. Una hija que tiene bien conocida la bondad de su padre, no ve la magnitud de lo que pide, ni su propia miseria, sino el corazón de su padre. Por eso no temo pedirte esto que de ninguna manera merezco. Mi petición es grande y atrevida, pero muy propia para hacértela a Ti que eres grande, poderoso y amante.

Vi entonces, con una claridad deslumbradora que a Dios le glorifican más las peticiones grandes y que no es humildad dejar de hacerlas, puesto que no se debe tener en la cuenta sino la grandeza del ser a quien se pide.

En todo, padre mío, me parece mejor no verme sino ver a Dios. Las peticiones pequeñas prueban nuestra pequeñez y no nuestra humildad. ¡Pidámosle a Dios su mismo corazón y no nos habremos extralimitado! Más tarde he llegado hasta pedirle a Dios, su mismo poder omnipotente, para hacer prodigios o milagros, cuando lo ha necesitado la fe para los infieles y no he sido burlada. Por esto cuando tengo que pedirle algo que no tiene más objeto que mi miserable personilla, me apeno de Dios. Pedirle a Dios poco y darle poco, es cosa que no me entra bien, sin embargo, le he dado bien poco, por desgracia.

Sólo me hería lo sobrenatural

He sido siempre un lago de dolor y de felicidad.

Medité una vez, en el tiempo a que vengo refiriéndome, sobre lo que hierde el corazón de Dios, los pecadores endurecidos y en mi pena, escribí lo que sigue:

¡Dios mío! Cuánta amargura hay en mi alma. ¡Cuan miserable me siento ante la impotencia para convertir a tu amor todos los corazones! ¿Decidme, qué puedo hacer para desagraviaros? Aunque hubiera de someterme a todas las penas de la tierra, me sentiría feliz si con ellas impidiera que los pecados del mundo llegaran hasta Vos, a menoscabar tu gloria exterior. ¡Cómo quisiera ponerme entre Vos y los pecadores del mundo, para que sus dardos no os ultrajaran! Pero no, Señor, no soy víctima suficientemente pura para eso. ¡Haceos una víctima digna y si quieres que se haga con sacrificio mío, destrúyeme, pero sobre mis ruinas y con ellas forma la víctima necesaria! ¡Ay Dios mío! ¡los pecadores! ¡Vuestra gloria ultrajada y menoscabada! ¡Ay, las blasfemias! ¡Vuestra madre, blasfemada! ¡Vuestra sangre inutilizada! ¡Ay, el amor propio de los que se te consagran! Todo esto forma el manojito de mis dolores! ¡Y no poder morir de pena...!

Al escribir esto padre mío, me complacía en pensar que alguna vez, Dios me daría almas a quienes yo pondría a sufrir las mismas amarguras y que mezclaría mis lágrimas con las de ellas. ¡Hoy sea Dios bendito, no lloro la gloria de Dios ultrajada y las almas perdidas, sola! ¡En la Congregación tengo almas que me acompañan!...

Como con las notas musicales, forman los artistas, melodías que recrean y acordes que arrebatan, mezclando con sabiduría las notas altas con las bajas, así en mi vida las notas de felicidad y de dolor se han mezclado con sabiduría celestial. Confío en que el artista divino que ha formado la melodía de mi vida, viendo en ella la producción de su arte, se agrada y se glorifique, sin hacer caso de las notas discordes que he puesto en su obra. ¡Ésta es una esperanza que reposa en mi corazón! ¡No entran en la melodía, notas humanas, pues Dios ha querido que sólo me hiera lo sobrenatural.

Las cosas naturales las he dejado pasar sin que entren en la melodía de mi vida. Al fin, lo que pasa que pase, me he dicho siempre, desde aquel día que referí en las primeras páginas de esta narración, cuando por primera vez, me arrancó la mano de Dios del lado de mi madre, es decir, cuando estando sólo de cuatro años de edad, me encontré por primera vez, con el sacrificio. Desde entonces, se descorrió ante mí el velo y me dejó ver lo pasajero de todo lo de acá. Que lo pasajero pase, me digo siempre que veo venir las cosas y cambios de la vida. ¡Bendito y para siempre amado sea el ÚNICO de mi corazón, que jamás pasa! ¡Si todos los hombres lo conocieran como lo conozco, no se engañarían con lo que, como sombra pasa!

Luchas por tener un director de espíritu

En este mismo año de 1910, tuve muchas dificultades por razón de confesor, pues como ya he dicho, todos me huían o temían. En esta época, gracias a la persecución tan cruda de la directora de la Normal, fue mayor la dificultad, debido a que antes encontraba facilidad para hacer mis consultas con los Jesuitas; pero como de ellos eran todas las empleadas de la Normal, encontraba en los confesionarios una desconfianza disimulada que yo sabía entender y aún excusar, porque, ¿qué otra cosa pueden hacer los confesores sino creer lo que les llevan?

Entonces toqué a las puertas de un sacerdote muy joven, pero a quien creí en posesión de la verdad de las cosas de la Normal, para aconsejarme de él. Pero ¡qué lección, Dios mío! No me había confesado con él tres veces cuando ya huía. Supe después que una beata de mala ley, le había asegurado que yo lo buscaba con fines malos. ¡Dios mío, con ésta son dos veces que se asegura esto de mí!

Entre tanto yo no sospechaba que hubiera gente tan mala, ni siquiera cuáles fueran los fines malos que pudiera haber en buscar confesor. Años después, reverendo padre, me convencí, de que sí hay almas así tan malea-

das y excuso a los padres que creían semejantes cosas. A mí sólo me llevaba y lleva al confesionario la necesidad de Dios y la de servirle con perfección. Pero sí comprendo ahora que, aunque no me inmutaban mucho estas luchas por tener un director de espíritu, pues todo lo daba por bien empleado y aún por poco, con tal de encontrar a Dios y de servirle conforme a mi interior llamamiento; comprendo, que le daba mayor importancia a la cosa que la que tiene.

Creyendo un día que ya me era imposible encontrar ese director, por más que me sometiera, como lo había hecho hasta entonces, a cuantas humillaciones quisieran propinarme en los confesionarios, resolví tranquilizarme y vivir lo más unida a Dios que pudiera y sin buscar más eso que no hallaba. No cedí en mi deseo de perfección, pero sí creí que si Dios no me daba ese director, había de mostrarme un camino para corresponder a su llamamiento extraordinario.

Leí muchos libros y solo encontré que dos santas se habían manejado solas, por moción o determinación de Dios. Aquello me parecía muy respetable. Yo no me podía contar entre esas almas de excepción, ni privilegiadas para dirigirse solas. No me era posible tampoco conformarme con no responder a Dios, a su llamamiento. Esta lucha me producía la más espantosa perplejidad y aún desolación. Consultaba con Dios, rogaba no ya dirección sino consejo para quedar tranquila en lo de no tenerla; pero cada vez se hacía mayor la perplejidad. Dios vino en mi ayuda del modo siguiente:

Dios vino en mi ayuda

Consulté con un Padre, si estaba obligada a seguir buscando confesor. Me dio una respuesta tan ambigua que me dejó en la misma necesidad. Le consulté además, que si no pudiendo ser religiosa, estaría obligada a la misma perfección a que podía llegar en la religión. Me contestó de la misma manera que a lo primero, de modo que no gané nada.

Pero, apenas habían transcurrido unos quince días, cuando llegó "El Mensajero", de Bilbao, y en él un telefonema que decía:

- "Laura: a sus dos preguntas de si debe tranquilizarse sin hallar un director de espíritu y de si está obligada a la misma perfección a que creía estar llamada, siendo religiosa, a pesar de no poder serlo, contestamos así:

A lo primero, no hay una obligación estricta, si puede conseguir director, búsquelo y si no, no se inquiete porque Dios sabrá sacarla adelante, con tal de que confíe en Él.

En cuanto a lo segundo, no está obligada a más perfección que a la compatible con el estado en que está y si Dios la llama a una mayor, correspondiente a otro estado, El se lo dará".

Esto me calmó completamente porque me dije: Yo no he consultado a Bilbao; no es posible que el padre a quien consulté lo haya hecho porque fue bajo sigilo y, aunque lo hubiera hecho, ¿con qué tiempo había ido la consulta a Europa y venido la respuesta? Además la respuesta estaba dirigida a Laura. Vi en ello la respuesta de Dios, aunque hubiera sido pregunta hecha por otra Laura, aunque fuera del cabo del mundo. La coincidencia ya merecía ver la Providencia muy patente. Sea lo que sea, he creído padre, que a quien tiene el oído atento a lo que Dios le dice, con fe, y no con superstición; con fe humilde, se entiende, Dios le habla por todos los acontecimientos y todas las cosas concurren a su bien.

Bendije a Dios y no volví a preocuparme de esos dos asuntos por mucho tiempo. Si hubiera deseado ser perfecta por serlo, creo que me hubiera desalentado en esta lucha; pero como lo deseaba para la glorificación de Dios, me sostenía la necesidad de conocer sólo su adorable voluntad. Una vez conocida, quedé en paz.

¡Ya ve, padre mío, cómo son las cosas del alma! hoy me río de esas perplejidades y me asusto de que los padres, tantos como consulté, no me hubieran dado respuesta categórica. ¡Me parece hoy tan fácil el asunto! Dios sin duda quiso ayudar a la purificación de mi alma, permitiendo que, o yo no preguntara claro a los padres o no atinaran con la respuesta oportuna y verdadera. ¡Todo es luz desparramada! todo trae el sello de la misericordia infinita de Dios.



Madre Laura con indios Katíos en el Cuchillón
Medellín, 1939

TARJETA POSTAL
POST-CARD.— CARTE POSTALE
REPUBLICA DE COLOMBIA
20 DE JULIO 1910

1810 EXPOSICION NACIONAL 1910
DE MEDELLIN

Sr.

Presidente de la Exposición Nacional.

Medellín.



*¡ La sangre de los Próceres, de nuestra In-
dependencia nacional forma, en el horizonte de
la Patria, macabros arboles de la tarde, de
la dominación española, que anuncian, estu-
diante de paz, en la plenitud, de la vida, de Co-
lorada! Mas, ¡ ay, que esa fecundante lluvia
se, tome, en la oscura, destrucción, misteriosa Dios
no sea el principio y el fin, de la autoridad!
Laura Montoya*

Pensamiento patrio con el que la señorita Laura Montoya
concurrió el 20 de julio de 1910,
Centenario del Grito de Independencia de Colombia

CAPÍTULO XXI

- EL DOCTOR CARLOS E. RESTREPO ME OFRECE APOYO
- LOS MILLONES PARA LA OBRA - CÓMO IDEABA LA OBRA
- INTERESÉ A VARIAS COMUNIDADES - TELEGRAMAS DIRIGIDOS AL GOBIERNO - SE PRESENTAN LAS JÓVENES QUE NECESITABA
- LA SANTÍSIMA VIRGEN HIZO EL MANDADO A ROMA - DABEIBA ES EL CAMINO - DIOS DIRIGE LAS COSAS CUANDO SON SUYAS
- ALMAS UNIDAS COMO YEDRAS A LA MÍA - ENTREVISTA QUE ME ABRIÓ EL HORIZONTE- TODO ES DERROCHE DE GRACIAS
- LA NADA EN TUS MANOS SE VUELVE TODO

" Yavé, mi Roca y mi Baluarte, mi Libertador, mi Dios; la Peña en que me amparo, mi Escudo y fuerza de mi salvación" . (Sal.17,3)

El doctor Carlos E. Restrepo me ofrece apoyo

En el año de 1910, fue nombrado el doctor Carlos E. Restrepo, Presidente de la República. Vi en ello un medio para poner en práctica algo que fuera real. Me dirigí a él en demanda de su influencia, para conseguir del Congreso alguna ventaja en auxilios de dinero o de leyes protectoras o fomentadoras de obras entre salvajes.

Me recibió el doctor Restrepo con toda la caridad que esperaba de él y me prometió su influencia con el mayor gusto, pero me dijo:

- Mi padre trabajó mucho por la protección de los indios de los alrededores de Andes, los atendió como un padre, y nada pudo conseguir de ellos. Para mí, los indios de Antioquia son irreductibles.

Le contesté que así los calificaban todos y que la historia estaba demostrando, con el fracaso de los diferentes intentos de misiones en varios siglos, entre los Caribes y Catíos sobre todo, que era verdad lo de ser irreductibles; pero que la moción que yo sentía, me hacía esperar que Dios los cambiaría y que además, jamás se había intentado reducirlos por medio de la mujer. Que yo consideraba que donde el valor no puede nada, le queda la victoria a la debilidad. Por eso, un hombre que puede domar una fiera en un circo, no podría criar a un niño, ni asistir a un agonizante. Entre los débiles y pequeños, el triunfo es reservado a la mujer.

El se rió y me dijo:

- De todos modos yo la ayudo; aunque no me parece que los salvajes puedan contarse en el gremio de los débiles; pero es cuestión de apreciación.

En esto está, reverendo padre, precisamente la clave de mi resolución: Ydo no he calificado a los salvajes como fieras, sino como débiles y en esto es en lo que discrepa mi idea de la de los demás, al respecto. Muchos no encontrarán razones en las que yo pueda apoyar esta idea y no intento decirles las muchas que tengo, aquí, porque queda eso fuera del objeto que me propongo al escribir esto.

El doctor Restrepo me hizo ofrecimientos muy sinceros y salí alegre como unas pascuas, al verle ya algo de forma exterior o real.

Los millones para la obra

No tenía todavía compañeras para la empresa; pero tenía seguridad de que Dios me las estaba preparando en alguna parte. Tampoco sé de dónde me venía esa seguridad, ¡pero la tenía absoluta! Lo particular de todo era que tampoco me parecía raro tener esas seguridades, ni me preguntaba el por qué las tenía.

¿Cómo concebía la obra entonces? ¿En qué sitio? ¿Con qué rentas? ¿Con cuáles medios y con qué compañeras? De éstas estaba segura; pero no sabía cuáles, ni cuántas, ni dónde estaban.

En cuanto a los medios, sucedía lo mismo. Contaba con los que quisiera abrirme el Señor, sin elegir ninguno yo. En lo relativo a rentas, ¡Dios mío, en esto sí que no pensé jamás! Al pedirle a un sacerdote, pariente, y con quien tenía mucha confianza, su influencia y ayuda, me dijo:

- ¿Dónde tiene los millones que tamaña obra requiere? Le contesté:
- Si tuviera millones no podría irme a buscar los indios porque tenía que cuidarlos, pero precisamente, porque no los tengo, estoy libre para trabajar por la gloria de Dios. ¡Los millones encadenan mucho! ¡con ellos no es posible trabajar por Dios!

Este sacerdote aunque hombre muy ejemplar y desprendido, se rió diciéndome:

- Sí, sigue creyendo que sin dinero se hacen las cosas, y verás que sales atrás del paso. ¡Sin dinero no se hace nada!
- Verdad, le dije; pero Dios no está obligado a darlo anticipado. Yo comienzo con la fe ciega en que me lo dará a su debido tiempo y Él no me dejará esperando. De modo que no me inquietará irme aún sin el primer almuerzo del camino, porque creo que Él, en alguna parte me lo está preparando y si no me lo diere, ya sé que su voluntad es que no almuerce ese día.

Con esta respuesta quedó tranquilo; sin duda él buscaba probarme y como halló que Dios se había anticipado a darme la fe necesaria, ya no desconfió y ha sido siempre uno de los grandes bienhechores, a pesar de haber tenido que contrarrestar una corriente de opuestas opiniones a su alrededor, terrible. Casi puede decirse que ha sido una de las palancas constantes y seguras de la obra. Es el reverendo padre Domingo Antonio Henao.

Cómo ideaba la obra

En cuanto al sitio: ¿Dónde debíamos principiar los trabajos apostólicos...?

No obstante aquella expectación tan segura de la obra en todos los conocedores de ella, el sitio no se conocía. Bien podía ser el Chamí, lugar del primer ensayo; bien Dabeiba, bien Ituango o el Caquetá. Por todas partes había obstáculos casi insuperables. Sin embargo, ¡la obra se emprendería y pronto! Esa seguridad teníamos todos. ¡Parecíamos ciegos!

¿Cómo se realizaría aquello? ¿Cómo ideaba la obra mi pobre cabeza? Sólo recuerdo que me veía con la imaginación, se entiende, en un limpio rodeado de selvas muy espesas, viviendo la vida de mayor perfección posible, en compañía de otras, con unos vestidos campesinos, en unos ranchos o bajo tiendas de campaña, todas anegadas en Dios, por un recogimiento especial, Recorríamos las selvas unas, mientras las otras oraban y trabajaban en la casa. Hallábamos los indios, los curábamos, les enseñábamos, los bautizábamos, los cuidábamos en la casa o donde fuera posible, aún dentro de sus cuevas, etc.,etc.

Las de la casa trabajaban con uno que otro peoncito algo de agricultura, para atender a las primeras necesidades de la vida; lo que con esto nos faltara, nos lo suministrarían los mismos indios amigos, partiendo con nosotras sus pececillos y su caza, así como nosotras partíamos con ellos lo que con nuestro trabajo de la tierra conseguíamos. ¿Qué más?

¿Lo espiritual? Salíamos turnándonos a la población más vecina, a buscar los sacramentos como lo hacen las señoras que para mejor comodidad del marido, se ven en la necesidad de vivir en las haciendas donde él tiene el trabajo. Así nosotras mirando los intereses de Jesucristo en esas almas, nos someteríamos a carecer de algo, en beneficio de la extensión de su nombre bendito, a fuer de esposas abnegadas. Por esto, sufría a veces mucho, porque me parecía el mayor sacrificio, que íbamos a hacer, pero sentía fuerzas para ello y razones de amor y de celo para someternos a tal privación.

¡No seríamos religiosas! ¡Jamás me pasó por la mente tamaña empresa! Seríamos unas señoras o maestras como quisieran decirnos, que haríamos nuestra vida escondida en la mayor perfección y en el apostolado más desinteresado. Nada de relaciones con el mundo, nada de vueltas a él, nada de cuidados humanos. Dios y su gloria en la estrecha medida de nuestro poder, debía sólo preocuparnos. En el porvenir de la obra no se pensaba. Me parecía tan de la incumbencia de Dios, que me fastidiaba siquiera, pensar en él. Algunas veces, las personas de mucha confianza me preguntaban:

- Y cuando ustedes mueran, ¿quién sigue?
- No estoy obligada, les contestaba, sino a trabajar durante mi vida. Si otras quieren seguir después, bueno, y si no, Dios tendrá otros medios de salvación para esos pobres indios.

Creía firmemente que, al irnos, nadie, absolutamente nadie, volvería a saber de nosotras. Nos perderíamos por completo. Ésta era mi grande dicha y fue mi más positiva ilusión, como se verá después.

Interés a varias comunidades

No porque tuviera estas ideas tan fijas y ajustadas a lo factible, llegué a dejar de pensar en que otros debían emprender la obra. Yo la miraba sólo como una necesidad y no como una vocación personal. No sentía ya ninguna vocación en forma de deseo, como he dicho.

En este año, si no recuerdo mal, me dirigí a las madres del Buen Pastor y les hice la propuesta de que se fueran a trabajar con los indios, en la única forma que yo creía que se aseguraba el fruto, que es la que he expuesto, es decir, viviendo la misma vida que ellos y buscándolos por el amor y ternura maternal. En otra forma, no había para qué intentarlo, por-

que la experiencia de siglos, está gritando la ineficacia de otros métodos. Ellas, las Pastoras, me contestaron riéndose, que no podían, según las constituciones, trabajar de ese modo.

Yo, como lo he dicho, había escrito a las Misioneras de María Inmaculada, Franciscanas de Pamplona, España, y había obtenido una contestación semejante. Hablé con las Capuchinas de Riohacha, que providencialmente vinieron en aquella época a Medellín; con las Salesianas y averigüé de otras Comunidades. De todas obtuve la misma respuesta: sus Constituciones no lo permiten.

Las madres del Buen Pastor, me adelantaron la cosa un poco más. Me dijeron:

Si nos puede hacer una casa del tamaño más o menos, como ésta de Medellín; darnos sacerdote para ordinario y extraordinario y las condiciones que tenemos aquí, y no tener que salir de la casa para el trabajo, así entonces y sólo así, podríamos encargarnos. ¡Dios mío! Esto era como hablar griego. Con sólo que nos hubiera exigido que la casa fuera de tejas, ya era una imposibilidad. Eso sólo ya no es posible, porque en esos montes ni hay teja, ni siempre es posible llevarla. Además, superar mucho a los salvajes en su modo de vivir, es perderlos; no se consigue nada de ellos, sino, bajándose hasta ellos, en lo posible. Así lo veía desde entonces esta servidora y hoy me lo ha mostrado la experiencia.

Me convencí de que no debía pensar en otras religiosas y pensar en misioneros, no era posible tampoco, por el temor de los indios a los hombres y lo difícil de esa vida para ellos. Los fracasos anteriores en diversos intentos de misión, en occidente de Antioquia habían sido de misioneros. No había para qué pensar.

En mi mente no había otro medio que el que se forjaba, seguido de la obra del sacerdote, pero en esa no pensé, porque ya les había hecho la propuesta a muchos sacerdotes y todos horrorizados, me contestaban que si estaba loca, o que no se podía, sencillamente. Resolví dejar lo del porvenir a Dios. Por lo pronto irme al monte y mostrar que esa obra era compatible con el sexo femenino, era para mí, mi única idea. Después de mi muerte quizás verían que el fruto exigía otro esfuerzo y lo harían. Mientras tanto yo me habría ido al cielo, después de hacer lo que pude. Los sacerdotes entrarían después y los indios, no desconfiarían ya.

Telegramas dirigidos al gobierno

Así las cosas, es decir, todo cerrado, pero sintiéndome en vísperas de la realización de mi ideal, determiné poner telegramas a todos o casi todos los ministros de gobierno, a Bogotá. No conocía a ninguno ni ninguno me conocía; pero eso no importaba. Sólo me fastidiaba gastar en telegramas, lo que podía servir para comprar una pieza de tela para llevarles camisitas a los chicos de la selva, pero a ello proveyó una señorita rica amiga de la empresa⁵². Me dijo: Ponga cuantos telegramas necesite y serán de mi cuenta.

Tomé entonces la pluma y no fue sólo a los ministros, sino que me dirigí a la mayor parte de los miembros del congreso. Algunos de esos señores contestaban muy galantemente; otros se callaban pero para mí daba lo mismo lo uno que lo otro. Sabía que lo natural era que les pareciera loca y no contestaran. En los que contestaban, veía sólo galantería y cortesía; pero lo esperaba todo de Dios. Ponía esos medios naturales, por si Dios quería valerse de ellos; pero bien entendido lo tenía, que Dios no es escaso en medios.

No fue perdido todo este trabajo. A poco tiempo tuve noticia de que en Bogotá se preguntaban unos a otros, lo que significarían tantos telegramas y recibí aviso del doctor Carlos E. Restrepo, de que me enviaría al señor prefecto apostólico del Chocó para que arreglara con él. Aquello me pareció la puerta abierta y me apresté a recibirlo como si fuera un puro enviado de Dios para responder a mi necesidad.

El 14 de agosto (1911), llegó a Medellín el ilustrísimo señor Juan Gil y García, que acababa de posesionarse de la prefectura del Chocó. Me presenté a él, con el espíritu de sobrenatural confianza. En unas cinco conferencias quedó arreglado el asunto así:

Él aceptaba con toda su alma nuestro trabajo en el Chamí y en todo el Chocó. Conoció muy bien el primer ensayo ya hecho en aquel sitio; me pidió se lo escribiera para los Anales de la Prefectura; lo aprobó en toda la línea y con mucha risa me dijo:

Tenía razón el presidente de la República, cuando me llamó y me dijo: Váyase a Medellín y entiéndase con una señorita Laura Montoya y vea qué es lo que quiere, pues nos tumbará el palacio, a fuerza de telegramas, si no la atendemos. Y me repetía:

⁵² Se trata de su amiga Ana Raquel Isaza.

- Usted tiene confundido al cuerpo de Ministros. Todos salieron a mandarme porque ya no saben lo que deben hacer con sus ruegos y no entienden, en qué consiste su petición; pero por salir de su asunto, hasta el Palacio se lo dieran.

Calcule Padre, lo que esto me impresionaría y la pena que tendría de que se inquietaran los tales señores. ¡Válgame Dios, si yo hubiera querido inquietar a todo el género humano, con tal que se movieran a favor de los pobres indios! ¡loca o necia, era bastante poco decir para lo que yo era y soy!

En fin, quedó todo arreglado con el señor Prefecto, de modo que mientras yo conseguía compañeras, él pedía padres a Europa, a su comunidad, la del Inmaculado Corazón de María, para ponerlos en la obra, con nosotros. Respecto a recursos, me dijo, con esa fe que lo caracterizaba, que Dios en alguna parte los tendría. Sólo dudó de que consiguiera compañeras, pero cuando me preguntó cómo las hallaría, le dije:

- No se preocupe vuestra reverencia. que locas ha habido en todos los siglos y yo me las encontraré. ¡Yo sé, que para esta obra, sobre todo en los principios, no se necesita sino la condición de que sean locas!

Se rió a mandíbula tendida y me dijo:

- Busque para muy pronto, las loquitas.

Desde Medellín le escribió al doctor Restrepo, que el asunto conmigo, había quedado arreglado y se dirigió a España, en solicitud de padres.

Se presentan las jóvenes que necesitaba

Esto fue en 1911. Ya me parecía que estaba hecho todo. Comencé el arreglo definitivo del viaje y cosa providencial: ¡No tuve que invitar a nadie! Se me fueron presentando jóvenes a proponer que las llevara. Fueron tantas como las que necesitaba. Sólo a una, la que hoy es Hermana San Benito, había invitado yo hacía algún tiempo. Jamás pensó en retroceder y aunque había aspirado a ser carmelita, no volvió a pensar sino en ese sueño o delirio, como hubiera podido llamarse, como si en esa aspiración sólo hubiera encontrado su reposo.

A las que iban a ofrecerse les hacía estas o semejantes preguntas:

- ¿Se somete usted al hambre?
- ¿Se somete, en caso necesario, a comer de lo mismo que comen los indios, o raíces y hojas del monte?

- ¿Se resuelve usted a que los indios en cualquier momento nos atropellen y nos hagan huir a los montes y tengamos que amanecer entre las malezas de las selvas?
- ¿Se somete a vivir bajo una tienda de campaña, todo el tiempo necesario, para poder conquistar a los indios?
- ¿Se somete a tener que volver, huyendo de la ferocidad de los salvajes y a aguantar la rechifla de Medellín?
- ¿Se resuelve a que aquí digan que nos vamos a ocultar delitos y a vivir más libremente?
- ¿Se somete a ir a trabajar, sin ningún fruto?
- ¿A cocinar?
- ¿A qué los indios la desprecien?
- ¿A confesarse con cualquier Padre, con tal que esté unido al Obispo?
- ¿A que tengamos que salir pidiendo limosna?
- En fin. ¿Todo lo sacrifica por la salvación de esas pobres almas y así darle a Dios la mayor gloria que pide de nosotras?

Sólo una me preguntó si allí encontraríamos leche, porque ella no podía vivir sin ella. Le contesté: puede que no tengamos más que leche y puede que jamás la tengamos. Quédese en su casa, en donde no le faltará.

Todas las demás me contestaron que aceptaban las condiciones. Esto sí, que me parece hoy, reverendo padre, sorprendente e inaudito. Ésta tan heroica resolución no es común y apenas se podría creer. Ya contaba con dos compañeras que preparaban sus cosas. Dos, solamente, ¡por que aún así con esta resolución, escogía! Además, otras tenían la resolución pero se les presentaban obstáculos para irse pronto.

La Santísima Virgen hizo el mandado a Roma

Todo me parecía ya hecho, ¡porque no sabía que la hora de Dios, no había sonado!

Cuando mejor estaban las cosas, vino la noticia de que el señor Gil, había muerto⁵³ a su vuelta al Chocó. Todo se acabó, porque yo ya sabía

⁵³ Monseñor Juan Gil murió el 23 de febrero de 1912

que los padres que lo acompañaban no participaban de la idea de que se comenzaran trabajos todavía entre los indios. Querían concretar los esfuerzos a los negros y a los blancos, mientras podían ensanchar el apostolado lo suficiente, para que no tuvieran que descuidar lo ya principiado. De modo que no tuve ni el trabajo de dirigirme a los otros padres.

Poco tiempo después supe que los padres pedidos a España para la empresa, habían llegado y que el nuevo prefecto los había destinado a Isthmina. El Congreso también votó la suma de 1.000 pesos oro para nosotros, pero como no podía emplearla, tuve que renunciar a ella y ver que volvía al tesoro.

Todo se hundió, ¡menos mi confianza! Entonces parece que prendió mejor. La muerte del señor Gil y con ella todo nuestro aparato de principiar la obra, me hizo la misma impresión que me hubiera hecho la pérdida de un zapato. Ni siquiera la comuniqué a las compañeras ni a nadie. Me fui a la Virgen de la catedral que, como he dicho era mi confidente y le dije:

Madre, yo no soy huérfana porque te tengo a Ti, que eres más que Madre; ¡pero los pobres indios están huérfanos y me parten el alma! ¿No querrás ser su Madre? Yo llevaré tu nombre entre ellos y te serviré hasta para rueda del carro que te lleve a sus corazones. Ábreme los caminos y reinarás entre ellos. Con esto salí tan confiada que ni volví a pensar en el Chocó.

Viendo cerrados todos los caminos de emprender la obra, hablé con mi confesor de mi desolación y le pregunté si sería conveniente irme a Roma a exponerle al Santo Padre la necesidad de los indios de Colombia y me dijo ser aquel camino el único que faltaba por buscar. Me dio la licencia y mi madre, siempre dispuesta a dejarme hacer cuanto mi confesor permitiera, me la dio plena y además, la autorización de gastar lo que necesitara.

Puse manos a la obra, averigüé fechas oportunas para el viaje y tomé del banco el dinero necesario, mas, al salir del banco, fui como de costumbre al altar de la Virgen de la Catedral a tratar el asunto con mi Reina Inmaculada.

Al llegar al altar, sentí tal atrevimiento para hablarle que le dije, mostrándole el dinero que llevaba en la mano.

¿Ves Madre mía, esta suma que invertiré en ir a Roma? Ella podría servir para llevarles ropitas a los indios. Quizás iré a gastarla inútilmente

porque ¿con qué credenciales me presentaré en Roma? Creerá el Padre Santo que estoy loca y ni su audiencia me dará y vos Señora mía, puedes hacerme este mandado con eficacia y así este dinero nos quedaría para los pobrecitos por quienes lloro. Vete, Reina mía, y esta misma noche, cuando el Padre Santo, sólo en su cámara, ponga la cabeza en la almohada y se le vengan a ella todos los negocios de la Iglesia, éntrale también los indios y que venga la respuesta pronto.

No recuerdo lo demás que le dije, pero me sentí perfectamente oída y volé a la casa con el dinero que guardé, convencida de que era para ropas de los indios.

Averigüé el tiempo que una comunicación gastaba para venir de Roma y me contestaron que aproximadamente era mes y medio. Me puse a aguardar en esta vez, no lo que no ha de venir, sino lo que estaba segura que vendría, gracias a la convicción que al pie de María había conseguido.

Al tiempo cumplido, llegó efectivamente una Encíclica⁵⁴ del Papa en la que exhorta a todos los obispos del Orbe para que atiendan con empeño a la triste condición de los salvajes; que protejan toda obra que conduzca a favorecerlos y que la Santa Sede, por su parte concedería cuanto se le pidiera a tal fin. Era mi anhelada respuesta.

Llena de gratitud fui a la Virgen y le lloré de agradecida; le dije que me ofrecía para recibir todos los tropiezos que la obra tuviera y que además, hiciera la obra del modo más glorioso para Dios y más ignominioso para mí, pues presentía los dolores y calumnias que ella traería sobre mí.⁵⁵

Dabeiba es el camino

El viaje continuaba en sus vísperas, pero aún no se sabía a donde debíamos dirigirnos. Todo era amontonar ropitas y juguetes. Ya nadie me llamaba loca como al principio y todos esperaban aquello como lo más ordinario del mundo.

⁵⁴ Se trata de la Encíclica " *Lacrymabilis statu indorum*" de su Santidad Pío X, de junio 7 de 1912.

⁵⁵ Termina aquí lo insertado de la Historia de la Congregación anteriormente iniciada. Continúa la Autobiografía.

Alguna vez hablando con el reverendo padre Luis J. Muñoz, jesuita, me dijo: Me parece raro que usted no busque por Dabeiba ¡Ése es el camino!

Sólo le contesté que ya lo había propuesto cuando era obispo de Antioquia el señor López de Mesa y que todo se me había negado por completo. A esto, este santo padre, con ser el hombre más racional del mundo, me contestó con alguna molestia, como quien dice: es que usted no quiere.

Salí impresionada y sin poderme explicar eso en el padre. Pero tampoco podía atenderle porque me habían asegurado varias personas que el nuevo obispo de Antioquia era menos accesible que los demás y que no le gustaban empresas de mujeres. Este obispo inaccesible era nada menos que el ilustrísimo señor Crespo⁵⁶ nuestro fundador y uno de los más accesibles de los que he tratado; pero así son las cosas. Sin duda, Dios quería probarme un poco más, o castigarme algo de lo mucho que tengo que echarme en cara permitiendo que yo no me dirigiera entonces a él.

Entre tanto, en mi interior la violencia del empuje de Dios, se hacía más fuerte. Aunque estaba tranquila sin confesor fijo, lo consultaba todo con el que podía, por temor de obrar de mi cuenta, en los asuntos tan delicados de la gloria de Dios. Además, le había dicho a Dios, que tendría el oído abierto para cuando Él me dijera que siguiera en la lucha de buscar confesor y fiel a esto andaba; pero sin ansiedad ni afán, viendo por donde hablaba Dios.

Si no recuerdo mal, al fin de este año volví a acudir al padre Dueñas en busca de dirección, por creerlo voluntad de Dios. Me recibió diciéndome sólo, que le quedaba poco tiempo. Todo lo relativo al asunto de los indios lo supo y aún me indicó que fuera escribiendo un como reglamentico que debían cumplir las que fueran, para vivir en la mayor perfección posible. Aún me dejó alguna esperanza de que me ayudaría a hacerlo. ¡Vana espe-

⁵⁶ MONSEÑOR MAXIMILIANO CRESPO RIVERA: Nacido en Buga el 18 de octubre de 1861. Inició sus estudios eclesiásticos en Popayán y los terminó en Bogotá. En 1885 fue ordenado sacerdote. Por vocación fue periodista: en Popayán fundó y dirigió el Semanario Católico "La Verdad"; en Santa Rosa de Osos "El Católico" y "Semana Religiosa" en Popayán, y después en Palmira. Decía: " Sin periódico me siento incompleto" Fue consagrado Obispo de Santa Fe de Antioquia en febrero 24 de 1911. En 1917 fue trasladado a Santa Rosa de Osos, como primer obispo. En 1924, pasó como Arzobispo a Popayán. Murió en noviembre 7 de 1940 en Palmira.

ranza! Jamás le quedó tiempo para ello. Me ofreció, no sé si espontáneamente o por súplica mía, que un arquitecto de entre los Jesuitas me haría un plano para la casa misionera. Puedo casi asegurar que lo hizo espontáneamente porque era casi un imposible que a mí se me ocurriera. Sin embargo, de un modo o de otro, el plano de la casa lo hizo uno de los jesuitas; lo tomé y sin mostrarlo a nadie, se lo robaron de la sala de la casa, en un estuche. Parece que la cosa hubiera sido dirigida por quien sabía que nuestros ranchos no necesitan reglas ni planos.

Dios dirige las cosas cuando son suyas

Como digo, tenía como director al reverendo padre Dueñas, pero como no me era posible encontrarlo siempre, o no recuerdo por qué circunstancias, en el mismo tiempo consultaba también al padre Sierra⁵⁷, sacerdote joven pero de mucha ciencia y virtud. Con éste me pasó una cosa que merece referirse:

Se impuso muy bien de mis proyectos y estuvo dirigiéndolos por algún tiempo seguido. Un día, después de confesarme, me dijo:

Le prohíbo seriamente continuar en la empresa de los indios y aún pensar en ellos. Eso no es factible ni es para su sexo, ni tiene trazas sino de una gran locura. Con esta prohibición descansé por lo pronto, porque pensé que el sacrificio de la obediencia sería tan acepto a Dios que Él depararía otros medios o personas para extender la gloria de su nombre bendito entre los indios.

Comencé mi obediencia muy tranquila. A todos los que me preguntaban en qué iba la obra les decía: Pídanle a Dios que su nombre sea de todos conocido y Él a todo proveerá.

Obedeciendo, sin dejarme arrastrar de ningún pensamiento acerca de los indios, voluntario al menos, no estuve ni más ni menos tranquila, ni más ni menos segura de que la obra se haría, sin ver medio ni estarlo buscando. Hoy me asombro de estas cosas en las que se ve claro que Dios dirige las cosas cuando son suyas, embobando, por decirlo así, los instrumentos que escoge.

⁵⁷ PADRE MANUEL JOSE SIERRA: Primer Rector de la Universidad Bolivariana, en Medellín.

Pasados algunos meses, me dijo el padre que le hiciera una lista de los motivos que tenía para querer emprender la obra de los indios. Mi sorpresa fue grande, porque creí que ya él, como no le había vuelto a mencionar la cosa, la habría olvidado.

Le contesté que solo me movía un casi inmenso dolor de que Dios fuera desconocido y de que esas almas se perdieran eternamente. Además, que me sentía como una madre que tuviera tres o cuatrocientos mil hijos perdidos, que así era mi dolor. Solamente se sonrió y me dijo:

- ¡Siga trabajando en la cosa!

Tampoco salí ni más contenta ni más tranquila. Lo mismo de dolor y de seguridad.

Almas unidas como yedras a la mía

Ya desde antes de esta época, no recuerdo en cual, había comenzado a sentir por las noches, que una pena me despertaba. No sé por qué sabía yo, que era la caída de almas de infieles en el infierno lo que me causaba esa pena. Mi despertar a altas horas de la noche, era como un abismo de oscuridad y de dolor irremediable, causado por la pérdida eterna de almas que estaban unidas como yedras a mi alma. ¿Quién entiende esto? Sólo los que lo hayan sentido. Por esto me arrodillaba en el mismo lecho y comenzaba a temblar de pena.

No acertaba a pedirle nada a Dios, sino que me ponía a sufrir una pena honda, conocida y tan mía, que al sufrirla como que cumplía un deber. Esto me duraba una o dos horas; después desaparecía por completo, dejándome una seguridad grande de que se habían perdido infieles esa noche. Físicamente se me notaba lo que había sufrido, porque siempre los de la casa me preguntaban si estaba enferma al ver lo demacrado del semblante.

Tenía cosas que me impresionaban haciéndome sufrir mucho, por ejemplo no podía oír doblar las campanas porque se me venían aquellos campanazos como una montaña de dolor, diciéndome: Jamás la Iglesia llora por los pobres infieles... Y esto me pasaba cuando estaba el Santísimo Sacramento expuesto; me venía inmediatamente la idea de que los pobres infieles jamás verían la santa Hostia en una custodia y sentía tal pena que, en una de las veces, al reservar el sacerdote, le dije al Señor con espontaneidad casi inconsciente: ¡Dios mío, si no te dejas ver de ellos, no quiero tampoco volver a verte!

Por supuesto que si esto lo hubiera dicho con reflexión, con seguridad que lo habría creído pecado; pero ni después lo vi malo; solamente mucho tiempo después me pareció atrevida la cosa, tanto más cuanto que se lo dije con una especie de vehemencia parecida a impaciencia. Creo sin embargo que Dios no se ofendió con ello porque Él es así de buen entendedor. Conoce que por nada de la vida le ofendiera yo voluntariamente.

Entrevista que me abrió el horizonte

En Diciembre de este año (1911) si no recuerdo mal, hice un viaje a Puerto Berrío, viaje un poco difícil entonces porque todavía el ferrocarril no había llegado a Medellín, sin más objeto que este: Tal vez en uno de tantos barcos como pasan por el Puerto, me encuentre algún sacerdote o persona que se interese por los indios o que me diga algo de misiones, de donde pueda yo determinar alguna cosa práctica.

Éste fue mi pensamiento, e inmediatamente arreglé el segundo viaje de esa clase, es decir loco. El primero lo había hecho al mismo puerto, hacía dos años, con mayores dificultades, sin más objeto que el de ver si por el Magdalena pasaba algo que Dios me enviara. Nada vi y me conseguí un paludismo que me duró varios meses.

En esta vez, me puse de acuerdo con una amiga⁵⁸ a quien le pasaban por el Magdalena dos hermanos jesuitas y se proponía ir a verlos. Nos fuimos y coincidió nuestro viaje con el del reverendo padre Luis Javier Muñoz quien iba a fundar una casa de jesuitas en Barranquilla. Durante toda la travesía del tren, hablé con este santo padre el asunto de los indios. Ya él lo conocía desde sus principios pero como yo no tenía otro tema y él gustaba de cuanto a la gloria de Dios conduce, nos entretuvimos todo el día y aun conoció el motivo de mi viaje.

Me dio consejos muy sabios y me ilustró mucho en esos asuntos de apostolado. Al final del viaje me dijo:

- No hay remedio, usted debe tantear al señor obispo de Antioquia; le daré una recomendación para que se presente a él.

En el mismo hotel escribí la carta que me abrió el horizonte.

⁵⁸ La señora Margarita Restrepo Mejía hermana de los padres Félix y Salvador Restrepo Mejía.

Me volví llena de esperanza y en esta vez no fue ninguna ilusión. No pude sin embargo hablar con el señor Crespo hasta febrero del año siguiente, es decir, dos meses después.

Tan luego como volví a Medellín, escribí una carta al ilustrísimo señor Crespo, obispo de Antioquia⁵⁹, enviándole la de recomendación que me había dado el reverendo padre Muñoz.

No se hizo esperar la respuesta; pero sólo me decía que el once de Febrero podría hablarle en el palacio arzobispal de Medellín, a las 11 de la mañana. En estas circunstancias se hace notar el espíritu de orden y previsión de este santo Prelado, cuando pudo señalarme el día, el lugar y hasta la hora de la entrevista, con dos meses de anticipación.

Todo es derroche de gracias

Llena de confianza, me quedé aguardando el día de la dichosa resolución y naturalmente, con la confianza crecía el deseo. Con mayor empeño me presentaba cada día y hasta varias veces al día, al altar de la Inmaculada a hablarle de aquella entrevista tan llena de esperanza y preparaba mi alma para lo que ya se parecía tanto a una realidad.

Por lo mismo redoblé mi fervor, porque siempre he creído que la fidelidad a Dios, es la mejor preparación para las obras de su gracia. Por su parte, Dios me daba cada día nuevas gracias, cuyo fin no conocía entonces; pero que después he visto que eran preparatorias para la grande obra de su amor. Una de ellas fue la que escribí en septiembre de aquel año:

"Dios mío, con cuánta claridad me hiciste ver esta mañana en la oración, que sólo con un gran desprecio del cuerpo, tratándolo como fiera que

⁵⁹ La ciudad de Santa Fe de Antioquia fue fundada por el Mariscal Jorge Robledo el 4 de diciembre de 1541. Trasladaada por orden de don Gaspar de Rodas al sitio que hoy ocupa a orillas del río Tonusco, donde ya existía una población con el nombre de Santa Fe.

Antioquia fue el primer núcleo de población urbana en esta sección del país. Cede del gobierno provincial hasta el año 1830. Allí se edificó el primer templo que existió en los territorios que comprenden los departamentos de Antioquia y Caldas. Fue sede del primer obispado, separado del de Popayán en 1828. La catedral fue consagrada en 1837. A las Hermanas Misioneras de la Madre Laura les tocó organizar las festividades del centenario en 1937. Son muchos los hijos ilustres que ha dado al país. Se le llama la "Casa solariega de la raza".

quiere mordernos, sin dejarle ningún derecho, puedo llegar a la perfección. Pero sobre todo vi, con una gran claridad, que con el desprecio del cuerpo se consigue una muerte mejor y santa.

¿Cómo, en la última enfermedad, atenderá al negocio del alma el que tiene un cuerpo enseñado al regalo y a las más exigentes atenciones en salud y enfermedad? Si el amo cuerpo está acostumbrado a que se le atiende siempre, ¿cómo ha de soportar que en la última hora y enfermedad se le olvide para poner cuidado a las cosas del alma? Y ¿cómo hemos de poder atender a ambas partes cuando ni fuerzas tendremos para una de ellas?

Si durante el tiempo de salud, nuestras fuerzas son tan escasas, que tenemos frecuentemente que desatender a un asunto para atender a otro, ¿cómo podríamos tenerlas en la hora en que se nos abran, para dos negocios bien apremiantes, cuales son el alivio de un cuerpo enseñado al mimo y el alma que ya se va a presentar ante Dios? ¡Imposible!

V i con claridad de mediodía, que era mejor que el amo cuerpo se conformara durante el estado de salud y el de vida en general, con no tener la supremacía, dejándosela al alma. Por eso hice el siguiente propósito:

En vuestra presencia, Dios mío, y bajo el amparo de mi madre María Inmaculada, prometo con todas las fuerzas de mi alma, tratar mi cuerpo como a bestia y no hacer caso de indisposiciones, dolores, etc. para nada, y mucho menos para dispensarme de algo en vuestro servicio. ¡Como el cuerpo no estará así enseñado a que le den regalo, no lo pedirá en la última enfermedad y podré dedicarme entera a los asuntos de nuestra anhelada entrevista, Dios de mi alma!

De cómo haya cumplido este propósito, hecho en medio de tan clara luz, tengo mucho de qué avergonzarme. Sin embargo, reverendo padre, no me fue del todo inútil porque jamás he tomado un descanso ni un alivio a los achaques que me han aquejado, sin la intervención más o menos directa de los superiores y sin protestarle a Dios que sólo lo quiero en atención a la necesidad y que se lo ofrezco como un reconocimiento de mi miseria.

Por eso desde entonces no me he podido tomar la libertad de oler una flor, ni probar un bocado regalado, ni usar ciertas comodidades de que antes usaba, sin advertir que lo eran. Del mismo modo me duele quitarme los dolores con medicinas; siempre procuro disfrutar de ellos hasta donde me sea posible o hasta donde no me impidan para el cumplimiento del deber.

Digo disfrutar de ellos porque desde esa luz a que me refiero, conocí cuánto vale el dolor físico, tomado con alegría y gusto. Quitarse los dolores, mientras sean soportables, aunque sea con gran incomodidad, me causa mucha pena y siento que los que tal hacen son malos negociantes. ¡Es como despreciar un diamante por no tomarse el trabajo de cogerlo del suelo!

He de decir, sin embargo de lo anterior, que me reconozco cobarde para el dolor físico y que tengo la sensibilidad más traidora y completa; por eso no he alcanzado lo que deseo. Sin embargo como delante de Dios todo sirve, esa cobardía como reconocimiento de la propia miseria, me acerca a Dios. ¡Cuán bueno es servir a un Señor ante quien tiene valor hasta la cobardía! El alivio que por cobardía o por obediencia o necesidad de mis deberes, me doy o doy al cuerpo, y a veces al alma, lo utilizo en esa forma.

Si me pudiera llamar justa, me aplicaría aquello de la Sagrada Escritura: "Decid al justo que todo está bueno", porque a fuerza de gracias de Dios, he podido utilizar todo para el amor. Pero ya conoce Padre, que la justicia está bien lejos de mí. ¡Todo es derroche de gracias de Dios, sobre una pobre que vencida por el amor, se deja querer!

La nada en tus manos se vuelve todo

Con frecuencia, en estos años, los que precedieron inmediatamente al comienzo de la Obra, tenía como especie de relámpagos o como reflejos de algunas verdades que ya conocía y había meditado mucho, pero que con estos como reflejos en el alma, se iban apoderando más y más de mí. Los principales en el año de 1911, eran sobre la grandeza de Dios, mi propia pequeñez y el valor de las almas. Éstos, como relámpagos, me herían de tal suerte que el conocimiento informaba todos mis actos. Así escribí entonces, después de uno de esos reflejos:

¡Dios es todo! ¡yo soy nada! ¡Las almas son jardines de Dios en los cuales se recrea! Estas palabras eran como síntesis de todo un mundo de sentimientos. Enseguida escribí:

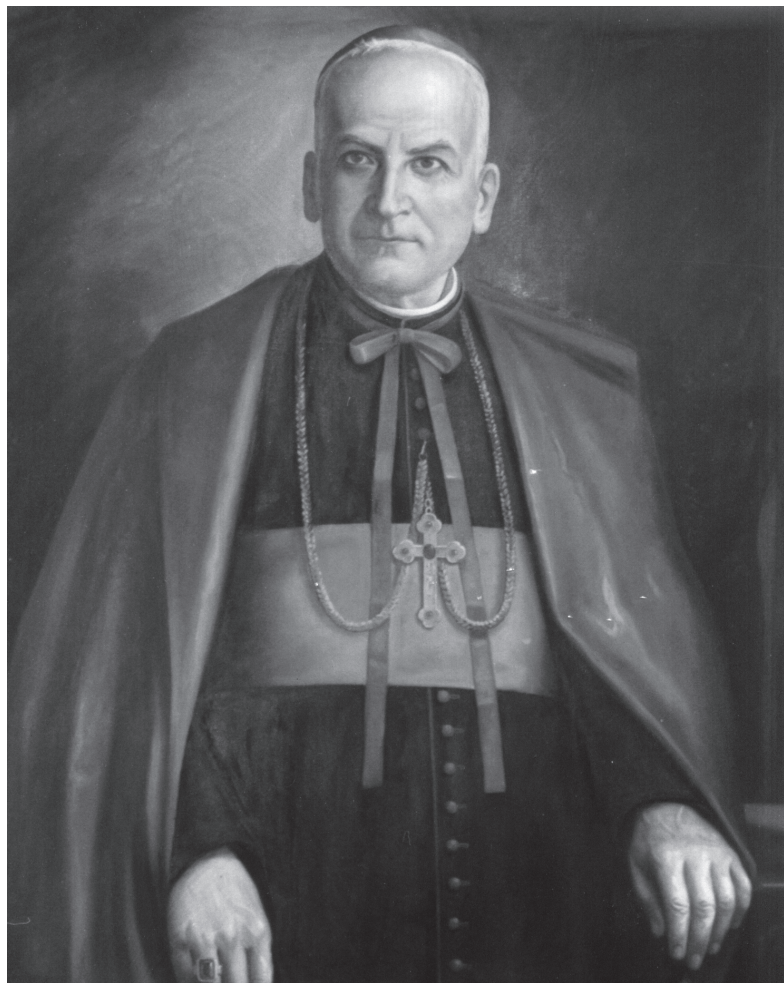
Dios mío, las almas de los indios, regadas con la sangre preciosa de Jesús, ¡sí que serán bellas! ¡Ay! Pero esa sangre no ha podido llegar hasta ellos... Dios mío, os habéis atado las manos, esperando nuestra cooperación, para salpicar esas bellas creaciones de vuestro poder amoroso con la Sangre Redentora... ¡Déjame ir! Déjame ir, Dios mío y yo te abriré los

canales por donde esa sangre debe llegar a ellos, en los santos sacramentos. ¡De mi nada salga algo para tu gloria, por amor de tu nombre!

Si yo fuera un poco de barro, Dios mío, te diría que hicieras de mí un vaso que se rompiera con un golpe de tu amor por darte gloria; si fuera un pedazo de madera, te pediría que me hicieras puertecita de un sagrario; si lo fuera de hierro te pediría pasar por el yunque y el martillo, para resultar una llave del tabernáculo; si fuera oro te pediría que me hicieras un cáliz de tu sangre preciosa; si fuera diamante, te pediría una custodia para brillar alrededor de ti; si fuera un animalito te pediría ser del pobre de la tierra que más te amara, pero como soy nada, pura nada, ¿qué he de pedir?

En el mundo no hay artífices de la nada; pero los libros santos dicen que hiciste el cielo y la tierra de la nada. Soy pues, el elemento de tu arte, eres el artífice de la nada. ¡Soy lo que buscas! ¡La nada en tus manos se vuelve todo; cógeme pues, Señor, como el elemento de tu industria y has de mí un monumento para tu gloria!

Tu Padre putativo, trabajaba la madera; tu Madre, el lino y Tú, la nada. ¡Cante mi lengua las glorias del artífice de la nada!



Excelentísimo señor Maximiliano Crespo
Cofundador
Congregación de Misioneras
de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena

CAPÍTULO XXII

- INVITACIÓN A SANTA TERESITA - INTERÉS DE MIS DISCÍPULAS
- ENTREVISTA CON MONSEÑOR MAXIMILIANO CRESPO
- PLANES FRUSTRADOS - PEDÍ A ESPAÑA LOS PADRES CARMELITAS - PROMETÍ NO OMITIR NINGUNA COMUNIÓN
- INMOLARME COMO VÍCTIMA - DESEO DE DESAPARECER
- GRAN COMUNIÓN DEL JUEVES SANTO - QUE SE CUMPLA TODA JUSTICIA - SENTIMIENTOS DE MI NADA - VÍCTIMA DE LA SANTIDAD DE DIOS

"Le cumpliste el deseo de su corazón y no le hiciste vana la demanda de sus labios" . (Sal. 20,3)

Imitación a Santa Teresita

Leí en aquellos días la vida de Santa Teresita del Niño Jesús⁶⁰ y mis fuerzas crecieron, es decir, las de mi esperanza.

La vida de esta santica tan misionera como contemplativa, verdaderamente daba la nota alta de mis deseos. Verdaderamente no reconozco nada de semejante entre el espíritu de la santa de Lisieux y el de esta pobre misionera que escribe; pero sí hay ese punto de contacto: Las misiones y la vida contemplativa, en una unión tan acorde y bella, me acercan a esta amada niña.

Sin embargo, aunque quisiera imitarla en otra cosa, no podría. Envidio su camino, como alma pequeña, su infancia espiritual, su arte de deshojarse delante de Dios, su poética costumbre de permanecer como florecita delante de Dios, pero no es ése mi camino; es diametralmente opuesto según puedo juzgar. Con todo, quiero a la santa francesita, como a una hermana de mi alma y pienso que ella ha tomado mucha parte en el desarrollo de esta obra. Por eso escribí de ella, al leer su vida:

Si quieres pasar tu cielo haciéndole el bien a la tierra, ninguna ocasión más oportuna que la presente, en que yo, pobre nada, quiero emprender las misiones indígenas sin más recurso que mi desnudez espiritual y sin más

⁶⁰ Octubre de 1911, según consta en Apuntes Espirituales.

auxilios que los que estén en el cielo. Ya que tanto cuidaste de los misioneros durante tu vida, emprende ahora desde el cielo, esta misión y una vez más diré que cumples tu palabra: "pasar tu cielo haciéndole bien a la tierra".

Dios mío, así como formaste a Sor Teresita, con la sublime misión de hacerse pequeñita, dame a mí la misión de saberme aniquilar, para que me forme como más convenga a la santa obra que en tu misericordia me destinabas. No se pierdan más almas de infieles Señor. Siento la suprema impotencia de mi nada y el supremo dolor de verte desconocido, como un peso que me agobia. Préstame Señor, tu supremo poder para emprenderla y no diré que no a ningún sacrificio.

Interés de mis discípulas

Con estos dolores y sentimientos, vi llegar el año 1912. Continuaba trabajando en la enseñanza elemental oficial, con lo cual ganaba la vida y algo más que reservaba como depósito sagrado para la empresa. Puede decirse que ni me vestía, pues mi economía llegó al colmo. Todo lo quería para realización de la empresa. Cuantos regalitos me hacían las discípulas, los dedicaba para la obra. Era propiamente avara y llegué hasta inspirar compasión a cuantos me rodeaban. Todos querían ayudarme.

Lo más extraño era que metía a las discípulas en cosas completamente fuera de su calidad y condiciones, sin que los padres de familia tildaran nada. Por ejemplo lo de llevarlas por la tarde a una trilladora a escoger café, para ganar jornal. Me iba con diez o doce señoritas y tan luego como llegábamos, nos desocupaban mesas y trabajábamos con tal brío, que sacábamos la cantidad de café que las demás empleadas habían sacado en el día; por supuesto entre todas, la de una de las obreras, pues sólo disponíamos de hora y media. Todas trabajaban sin más intención que de ser útiles a la obra de la evangelización de los indios. Hasta en esto se ve que la cosa era de Dios, porque de otro modo, los padres y madres de familia, no hubieran consentido ni por un momento, ver a sus hijas, en una trilladora trabajando como obreras. Cuando Dios quiere una cosa, enceguece la gente. ¡No hubo una queja!

A fuerza de esta clase de locuras, si se me permite llamarlas así, conseguí modo de llevar para principiar la misión, una cantidad de telas, no despreciable. ¡Bendito sea mi Dios, que a todo provee como Padre que es!

Entrevista con monseñor Maximiliano Crespo

Al fin llegó el anhelado 11 de febrero⁶¹ y con exactitud inglesa me presenté al palacio arzobispal, sin más cita que la dada desde Antioquia, dos meses antes. Esa fecha tiene para mí su valor, por ser día de Nuestra Señora de Lourdes y como en esta Congregación todo resultó mariano, veo que fue cosa providencial.

Como ya le había mandado al señor Crespo la carta comendaticia del padre Muñoz, todo fue verme para decirme con el semblante más amable:

- "¿Con que usted es la que lleva entre manos la santa empresa de salvar a los pobres indios?"
- Sí, le contesté, de trabajar, siquiera un poco por ellos, ilustrísimo señor.
- Pues yo, me dijo, recibo esa obra, con alma vida y corazón

Casi no se detuvo a oír mis planes. Sencillamente le dije que nos iríamos las compañeras que se me presentaran y yo, con lo que se pudiera, en materia de recursos, pues que nos quedaría, en último caso, el de sacarle a la tierra con nuestro esfuerzo el pan que escasamente comeríamos. Que nos propondríamos una regla de perfección muy ajustada, porque habíamos de parar en el cielo con los indios; que para no resultar casadas con ellos, haríamos un voto de castidad, de pura devoción y para no caer en la tentación de negociar con los indios, haríamos el de pobreza, de la misma manera, y que para no desbandarnos y trabajar ordenadamente, haríamos el de obediencia. Que según el consejo del reverendo padre Gamero, llevaríamos un hábito, para inspirar respeto a los mismos indios y que asimilaríamos nuestra vida, a la de los salvajes, en cuanto a la decencia lo permitiera, con el alto fin de acercarlos a Dios, pues siempre había creído que superarlos en nuestra manera de vivir, era alejarlos. El me oyó en silencio y luego me dijo:

Sea como quiera; yo la apoyaré siempre y cuando escaseen los dineros de la diócesis, me queda mi bolsillo que no es escaso y que pongo a sus órdenes. No lleve al principio, sino cuatro compañeras que sean propias para ser después superiores. Lo único que me falta es sacerdote, pero Dios no ha de faltarnos.

⁶¹ Entrevista con monseñor Crespo, el 11 de febrero de 1912.

Con esto salí bendiciendo a Dios y con el propósito de volver a él, a los dos días a ver qué había pensado respecto a sacerdote.

Cualquiera que hubiera oído este plan, habría dicho que mi intento era fundar una comunidad religiosa; pero a mí, no me pasó por la mente, ni sé si al señor Crespo se le ocurriría. Quizás, si no se me hubiera cerrado el entendimiento al respecto, pues al decirme que llevara compañeras propias para superiores, a cualquiera se le hubiera ocurrido, me hubiera amedrentado y hubiera quedado sin fuerzas para la empresa; pero Dios había de cogermelo como a la traición.

Salí convencida que jamás pasaríamos de ser unas señoras enseñando a los indios y llevando una vida de perfección. Por eso creo que a los fundadores, los ha cogido Dios así, porque no creo que nadie se sienta con fuerzas de fundador. Es que los caminos de Dios son siempre ocultos para los hombres y aunque uno los abra, lo hace como ciego.

Planes frustrados

El 13 del mismo mes volví a presentarme al palacio arzobispal y ya al saludarme el señor Crespo, me llamo madre. No me estremecí como hubiera debido, porque lo creí broma. Le contesté. Sí, ¡madre del monte! El se rió, pero no volvió a darme otro título.

En esta vez, me dijo que iba a escribirle al señor cura de Dabeiba a ver si quería recibimos y administrarnos los sacramentos. Me ordenó además, que yo le escribiera también.

Antes de hacerlo, me dirigí a una señora de Dabeiba⁶² que a la sazón se encontraba en Medellín, con el fin de informarme de Dabeiba. Esta señora me dio los informes más desconsoladores: Me dijo que los indios eran sus vecinos en una finca y que eran tan temibles, que ellas y sus hijas, no se atrevían nunca a pasar por sus tierras. Que algunos servían de peones a su marido y que ella trataba de enseñarles algo, pero que en muchos años que llevaba de querer darles idea de Dios, no había logrado que les pasara ni la más remota idea de El. Que ella creía inútil todo lo que se hiciera por ellos;

⁶² Beatriz Betancur de Arango: Esposa de don Joaquín Arango, padres de dos religiosas Misioneras. Hermanas Teresa (Ma. de las Mercedes) y Alicia Arango (Ma. de Betania) primera maestra de novicias en El Pital. Esta familia tenía una finca en ese sitio, cerca de Dabeiba.

pero que de ningún modo quería desanimarme; que intervendría con su marido, para que nos ayudara en cuanto estuviera a su alcance; que volviera cuando él estuviera en la casa, para que tratara con él.

Salí tan animada, como si me hubiera dicho que todo estaba hecho y volví siguiendo su indicación, a la hora de encontrar a don Joaquín Arango, el marido de dicha señora. El, no salió a mi llamado, pero su señora me dijo, de parte de él, que podía contar con que me regalaba, haciéndome escritura, un pedazo de tierra, colindante con las habitaciones de los indios y que él mismo se encargaba de hacernos construir el rancho. Que bien pudiera enviarle instrucciones al efecto y que contara con él.

Nada más necesitaba yo. Creía hecha la obra. ¡Majadera!. Escribí para el reverendo padre Moncada que era el cura de Dabeiba y como había recibido carta del señor Crespo, contestó aceptando la propuesta. Por su parte el señor Crespo lo nombró para que de acuerdo, con don Joaquín, hicieran un presupuesto para saber qué dinero había de mandar para el rancho. Pronto contestó diciendo que con 100 pesos oro lo haría. Feliz le escribí a don Joaquín, que procediera a hacer la escritura del terreno y que le enviaría el dinero. Imposible esperar lo que pasó. Me contestó una descomedida carta en la que me decía, que no me regalaba terreno ninguno y que él tenía mucho que hacer, para ponerse a dirigir la hechura del rancho. Por su parte el padre Moncada, respondió a la nueva carta diciendo, que de ninguna manera entraría en la obra, que Dabeiba era de un clima muy malo y que ni él mismo podía habitarlo, puesto que sólo iba de cuando en cuando, pues que por la maldad de la gente y lo insalubre del clima, había tenido que fijar su residencia en Frontino.

Con todos los planes frustrados, escribí al señor Crespo, enviándole la carta del señor Arango. Me contestó, que mejor era haber conocido al señor ése antes de empezar; que aguardáramos a ver qué camino se abría. ¡Esperar!. Esa era mi vocación por decirlo así.

Sólo me dijo el señor Crespo que iba a pensar en una comunidad religiosa extranjera, para ver si era posible traerla, para que no nos faltara el recurso espiritual. Que mientras él escribía a una que pensaría, yo averiguara a ver si sabía de alguna propia.

Pedí a España los padres Carmelitas

No recuerdo si en el mismo año, pero sí sé que muy pronto supe, por las madres Carmelitas, que los padres del Carmen se ocupaban en misiones y

ellas mismas me insinuaron que los trajéramos. Con esto, creí encontrar la solución de todo, pues amante como era del espíritu carmelitano, serían la medida de mi deseo. Después veo padre mío, que si no lo fueron, sí fueron los instrumentos de los designios de Dios, que me estaban muy ocultos.

Se los propuse al señor Crespo y como tampoco él tenía experiencia de estas cosas, convino en que los llamara, diciéndome sólo que les escribiera yo, prometiéndoles el apoyo de él. Me dirigí, pues a Barcelona sin saber que los padres que hacía poco habían llegado a Leiva, pertenecían a la provincia de Navarra.

No se hizo esperar mucho la respuesta de los padres, pero no aceptaban de un modo definitivo mi propuesta, lo cual no fue poca fortuna porque habrían venido a Colombia padres de dos provincias, lo cual presentaba inconvenientes.

Entre tanto, Dios continuaba su obra de formarme e ilustrarme, aunque yo no lo entendía. Pondré aquí algunas de las luces que entonces recibí de las cuales dejo constancia por las razones que antes dije.

Prometí no omitir ninguna comunión

En marzo de este año, después de una comunión, me hizo comprender Dios el inmenso deseo en que arde el Santísimo Corazón de Jesús, de darse a los hombres. Esto lo sentí como sintiendo el peso de un enorme deseo, muy doloroso, y veía yo que era el mismo deseo de Jesús por comunicarse a las almas que están en gracia. Deseo éste, que como que aprieta el Santísimo Corazón de Jesús y del cual le alivian las almas que le reciben bien. Me inundó un dolor terrible por las comuniones que omiten las almas por vanos temores, o por frialdad. Naturalmente que esto me comprometió a mí, que frecuentemente dejaba las comuniones por cosas de poca monta.

Desde entonces le hice a Dios el propósito de no omitir ninguna, por darle a su corazón el alivio, que comprendí tenía con las buenas comuniones. Sólo entonces comprendí, cómo era más perfecto comulgar por aliviar el peso del deseo que oprime al Sacratísimo Corazón, que por saciar el propio deseo. Ya hacía mucho tiempo que, por reflexiones había visto esto y me proponía muy ineficazmente no omitir ninguna comunión; pero el conocimiento que ahora refiero, como hijo, no ya del conocimiento reflexivo, sino de una luz muy sobrenatural, es un conocimiento que hace en

el alma un efecto tan eficaz que da tal solidez al propósito, que no puede ya uno quebrantarlo.

No sólo en esto, sino en otras muchas cosas he comprendido que los conocimientos sobrenaturales difieren de los adquiridos por la reflexión, en que dan al alma, algo que puede llamarse la realización de la cosa. Dejan en el alma el efecto, que parece ya no dependiera de uno el cumplimiento de la cosa. Desde entonces no tengo propósito de comulgar siempre, sino que he de comulgar a pesar de todo. Ahí me tiene padre mío, una cosa que no sé expresar y que creo no haber dicho; pero no sé decir más.

Inmolarme como víctima

El 19 del mismo mes me dio Dios otra luz que sólo copiando lo que entonces escribí, puedo decir de un modo muy pálido. Escribí:

¡No me pertenezco, Dios mío! Vos sólo sabéis lo que pasó entre los dos, en la comunión de esta mañana. Sólo sé decir que mi actitud delante de Vos, fue como una petición que no hice, sin embargo. No os hablé, no tuve la voluntad de pedir de un modo sensible; pero mi actitud iluminada por luz especial, fue la de una petición. Algo como una unión que pide una identificación completa; un enlace tal que nada tuve que envidiarle a las religiosas que, en aquel día, se os consagraban. Además, va más adelante mi actitud. Quiero todos los cargos y dificultades de la vida religiosa y renuncio a todos sus privilegios y dulzuras. Quiero darte toda la gloria que te resulte de ser religiosa y lo que es consuelos y privilegios los dejo todos a favor de las almas de los infieles, para que ellas consuelen vuestro corazón.

Siento que no me pertenezco. Disponed de mí. Sólo amo el que seas amado. Recíbeme como víctima de tus supremas condescendencias con el hombre. A ellas quiero inmolarme siempre. Destruyeme para que mi nada unida a Ti, glorifique tu Corazón.

Estos sentimientos no me eran claros, en su parte práctica, entonces. Después he visto muy claro que se me dieron para que aprendiera a ser lo que soy; una religiosa sin los consuelos de serlo, una religiosa sin la dicha del olvido; ¡una religiosa sin desaparecer! Esto era precisamente, amado padre, lo que amaba especialmente en el estado religioso y esto fue lo que Dios me quitó, haciendo antes en mi alma, tal sustracción por medio de estas luces.

A quien no entienda esto sería bueno decirle que ser religiosa con autoridad de fundadora, es casi no serlo, puesto que a una fundadora no le toca lo delicioso del estado, sino sólo sus cargas. Quizás sin estas luces dadas tan oportunamente, me hubiera sentido después como un hueso dislocado de su puesto; pero como de antemano había renunciado, de un modo sobrenatural, a todo esto que de dulce tiene el estado religioso, me siento feliz y más feliz, mientras más siento la carencia de las cosas que ambicionaba. Era casi un delirio de lo que antes de esta luz encontraba en el olvido y la obediencia minuciosa de una religiosa, que se pierde al mundo, para sólo encontrarse en Dios, en las soledades de una celda. De esto me privó Dios, del modo más paternal y generoso.

Deseo de desaparecer

Mi deseo de desaparecer de mí misma, aunque lo sentía desde hacía mucho tiempo, iba creciendo por grados y en cada uno de ellos, creía yo, que a más no podía llegar mi perdimiento; pero me engañaba, porque pasado un tiempo, volvía a sentir aumento de perdimiento cual si antes no lo hubiera tenido. Por eso, en esos mismos días escribí, como resultado de un nuevo grado de perdimiento, lo que sigue:

Dios mío, hace mucho tiempo que te dije que quería ser pobrecita en deseos, que no quería tener sino los de tu mismo Corazón. Sin duda, como muy propio de Él, es el que ahora siento, me inunda por decirlo así, el desaparecer de ante mí. Esto lo vi así:

No tenerme en la cuenta ni aún para pedir nada, como si mi personalidad desapareciera en el fondo de vuestra gloria. En consecuencia no me preocupo ya de mis tristezas, no de mis enfermedades, no de mi muerte, no de la familia, no de mi perfección, no de mi eternidad, no de mi vida, no de nada, porque todas estas cosas, suponen un sujeto y ese debe desaparecer. No hay mayor dicha que la del anonadamiento para que se levante grande y querida vuestra Gloria. No me preocuparé ni de si te sirvo, porque el todo no está en servirte, sino en que seas servido.

Todos estos actos, como no eran hijos de reflexión, quedaban como cumplidos con sólo sentirlos. Iban como formando una nueva persona, de modo que no suponían esfuerzo voluntario posterior. Desear es tener, en estos casos en que la luz entra por modo sobrenatural. Esto no lo he comprendido ni aprendido, sino por experiencia.

Más tarde he preguntado a un sacerdote docto, si esto sería una ilusión y me ha contestado que no, porque esta clase de gracias dejan al alma su efecto real y son hechos, los mismos deseos.

Gran comunión del Jueves Santo

El Jueves Santo de aquel año escribí:

Dadme Dios mío las almas de los indios para ofrendarlas a vuestro Corazón, en pago de vuestra Sangre derramada con tanta generosidad. Al decir esto, comprendí, de un modo que no sabré decir, las infinitas dulzuras que Jesús sintió al comulgarse en la Cena y conocí el aumento de gloria de Dios, que esta santísima comunión dio a la Gloria de Dios, en la unión hipostática. Me pareció ver la esencia Divina como envuelta en ráfagas de gloria nueva y nunca vista, por esa fusión de Jesús en su mismo Cuerpo Sacramentado.

Confieso que hasta entonces no sabía pensar nada de esta gran comunión. Más bien como que rehuía ese pensamiento. En esta vez, parece que lo abarqué con una sola mirada. Inmediatamente lo ofrecí por las almas de los indios.

Que se cumpla toda justicia

Me parecía que sólo la humillación podía comprar las almas de los pobres infieles y sentía algo parecido a remordimiento si la obra llegaba a realizarse con algún brillo y honra para mí. Luché algún tiempo por vencer esto y al fin, sintiendo una fuerza que me inquietaba en este sentimiento, consulté si debía pedir la ignominia y aunque muchas veces la había pedido en arranques de fervor, comprendí que mi petición no sería escuchada, porque, como todas, la hacía condicional, es decir, si mi superior la aprobaba.

Jamás me resolvía a pedirle a Dios nada definitivo, sino que tenía hecho como un plan con Él, de que cuanto le dijera, no tenía valor alguno, mientras no tuviera la aprobación del que en la época de mi petición manejara mi alma. Por esto me resolví a pedir la licencia de repetir la petición de un modo definitivo. No recuerdo a cuál confesor me dirigí. Cambiaba tanto, debido a lo que ya he expuesto, que puede decirse que ninguno se

creía mi director; pero yo no dejaba de preguntar aunque enseguida me fueran a rehusar o a sustraerse de dirigirme.

Recibí respuesta afirmativa y escribí lo siguiente:

Dios mío, hace tiempo que escuchas esta petición; dadme que realice la obra de los indios del modo más glorioso para Vos y más ignominioso para mí. Hoy vuelvo a hacéros-la, pero ya aprobada por la obediencia. Al hacer os esta petición, Dios mío, no quiero otra cosa, sino que se cumpla toda justicia, como lo dijiste a San Juan Bautista a orillas del Jordán. Llenándoos de gloria en la obra de los indios y cubriéndome yo de ignominia, se cumple toda justicia, pues se da a cada cual lo que le pertenece; por mil títulos la gloria es vuestra y por mil títulos la ignominia me pertenece. Tomo pues, las mismas palabras vuestras: "Que se cumpla toda justicia".

No se hizo esperar mucho la primera nota de ignominia, pues a poco echó el señor arzobispo de Medellín, un suelto en un periódico, diciendo que no se me dieran limosnas para esa obra de los indios, porque esas limosnas eran mal empleadas. Naturalmente dos personas que me las daban con mucha generosidad, me las retiraron, diciéndome que desconfiaban de la inversión de ellas. Con este motivo, escribí:

Dios mío, bien dicen los santos que tenéis el corazón inclinado a dar amarguras y humillaciones a los que te buscan y que la petición que más pronto concedes, es la de dolores y afrentas. ¡Es que tenéis afán de asemejarnos a Jesús vuestro Hijo santísimo! Lo entiendo muy bien. Por eso es tan bueno servir os y tan dulce sufrir.

Debo confesar sin embargo, que aunque esta desconfianza es afrentosa, ya para mí, no lo era, y mucho menos tratándose de una obra para la cual hubiera gastado la honra, si la hubiera tenido.

Sentimientos de mi nada

Como ya he dicho reverendo padre, Dios iba formándose por grados en cada asunto. En lo del propio conocimiento, he podido ver mejor esto. No obstante las muchas luces que ya tenía recibidas y que de tiempo en tiempo crecían, en la época a que me refiero, sentí gran deseo de penetrar más y más en el fondo de mi nada; pero con la diferencia de que antes lo deseaba, para asegurar el camino de la humildad y ahora sólo lo deseaba, porque comprendí que la verdad glorifica a Dios, más que otra cualquiera cosa, por ser él la misma Verdad. Por esto escribí después de este conocimiento:

Dios mío, disfruto de mucha paz y siento una necesidad siempre creciente de penetrar el fondo de mi miseria; pero no ya para mí, sino porque sé que la verdad os glorifica. Por lo tanto protesto con la mayor energía contra la soberbia humana, porque ella aparta al hombre de la verdad, colocándolo muy lejos de cumplir el deber de glorificaros.

Víctima de la santidad de Dios

Desde agosto de este año 1912, comenzó para mi alma una era de dolor especial: Yo era una víctima y la santidad de Dios era el verdugo. Me explicaré si puedo:

Durante las noches y frecuentemente también en el día, sentía un opresión horrible en el alma, que parecía me iba a dar la muerte. Comprendía que era el supremo amor al bien y el soberano odio que Dios tiene al mal. Yo comprendía muy bien que este amor y este odio, como que se estrella-ban contra la sustancia de mi alma, haciéndola sufrir horriblemente. Como si estas dos manifestaciones de la santidad de Dios quisieran, oprimiendo mi alma, cobrarle algo que justamente le debía. Con frecuencia esta opresión me hacía sudar abundantemente y cuando pasaba, no me era posible hacer nada. Quedaba como destrozada físicamente. Además, aunque quisiera continuar sintiéndola, no me era posible. La mente no sabía ni pensar. Volvía después, sin que yo lo procurara.

Viendo que esto duraba mucho y que iba como formando en mi alma cierto modo de ser que trascendía a todos mis sentimientos, aún los muy naturales, consulté. Creo que no supe expresar al confesor el fenómeno; pero él me dijo. Se ve clara la obra de Dios en eso; pero no veo lo que Dios quiere con ello. Déjese en sus manos aunque la acabe. Él le mostrará lo que se propone. Entonces ya con la aprobación del superior, le hice a Dios este ofrecimiento:

Santidad infinita de Dios, quiero ser vuestra víctima. Tomadme como os plazca y consumidme como holocausto vivo al contacto de vuestra santidad. Vuestro amor e inclinación soberana al bien y vuestro odio infinito al mal, sean como el fuego que consuma el holocausto.

Dos días después Dios me hizo conocer que había recibido mi pobre ofrenda pero que no la tomaría de una vez, sino lentamente, debido a mi cobardía. En esta vez, inmediatamente después de esta revelación, sentí un peso como inmenso de mis propios pecados y de los ajenos. Con luz muy clara vi entonces, cómo no hay en la tierra ni en el infierno, lugar tan

bajo que lo sea más que yo, de donde se sigue que el más vil lugar, me honraría grandemente.

Sigue pues, Señor, tomando tu víctima y no me escasees dolores si ellos han de consumir el holocausto.

Comprendo que mi camino único y seguro es el de la humillación. Dos cosas hay que hacer: La una es mía y la otra es tuya. La mía es humillarme constantemente y la tuya, es santificarme levantando sobre mis ruinas un monumento de vuestra gloria. Comprendo que mientras más me humille, más gloriosa será para Ti mi santificación. Por eso anhele lo humillación, como el sediento desea las aguas. Más todavía: Anhele la humillación con un deseo que comprendo ser emanado de vuestro mismo corazón y que tiene fuerza casi divina. ¡Deja pues que me aniquile a impulsos de vuestra santidad infinita!.

Ni con estos actos, mi opresión calmó; pero me entregué a la santidad de Dios, con toda el alma. Este fenómeno duró hasta que estuve en la misión y comprendí que las dificultades y trabajos del apostolado me aliviaban lentamente de su peso, hasta que desapareció dejando su lugar, a otro.

CAPÍTULO XXIII

- VIAJE A OCCIDENTE - SE PRESENTÓ EL PADRE SUPERIOR DE
LOS CARMELITAS - VUELVE LA CALUMNIA
- MODELO DE HÁBITO - MISAS POR LA OBRA
- MI VOCACIÓN COMO LA DE SAN BENITO - UNA CONVERSIÓN
- LUCES DE LA SAGRADA ESCRITURA - EL ESPÍRITU SANTO Y LA
VIRGINIDAD - DIOS ES MÁS QUE MADRE - REINAR POR AMOR
- LO QUE PASA QUE PASE - NO REHUSÉ LOS DOLORES
- DONACIÓN DE MI LIBERTAD - LA MISERICORDIA DE DIOS

"Mas yo en tu misericordia esperé, se regocijará mi corazón en tu salud; cantaré al Señor que me dio bienes y tañeré salmos al nombre del Señor". (Sal. 12,6)

Viaje a Occidente

A fines del año 1913, me propuse dar una vuelta por las tierras indígenas del occidente de Antioquia, para lo cual obtuve el permiso de mis superiores y lo realicé.

Cuando emprendí este viaje, ya el ilustrísimo señor Crespo se había encontrado en Bogotá con el padre provincial de los Carmelitas que estaban en Leiva y había arreglado con él para que viniera a Medellín a ponerse de acuerdo conmigo, acerca de la obra. Mientras él venía, hice el viaje de exploración por las tierras indígenas de Frontino.

Para este viaje invité a la señorita Mercedes Giraldo, una de las primeras compañeras que conseguí, que ha sido siempre fiel. Como no tenía la experiencia de estos viajes, ni de la manera de hacerlos con las menores dificultades posibles, sufrimos en aquel viaje, como si hubiéramos ido a la China.

Monté mi voluminosa humanidad en una mula de todo punto incapaz de cargarme, en una montura hecha como para una persona que fuera de la mitad de mi volumen. Naturalmente, mi pobre compañera, más ágil y menos pesada, tuvo pena de verme caer a cada paso. Gastamos seis días completos para ir de Medellín a Frontino, camino que los demás hacían en dos días. Todas las alturas las subía y bajaba a pie y aún en las travesías me caía. Aquello inspiraba lástima a cuantos me veían. Decía con mucha gracia un primo mío, muy acostumbrado al camino ése, que íbamos gateando.

Sin embargo nosotras íbamos muy contentas y no nos desanimaba nada.

Como no decíamos el motivo del viaje, oímos en el camino, las opiniones más curiosas. En una posada, nos dijo una mujer: Ustedes no van a pasear, ustedes tienen que ir a una cosa rara y esa cosa debe ser de Dios. Nos pareció iluminada la mujer; pero no le largamos el secreto. Si lo hubiéramos dicho, quizás nos habrían devuelto para el manicomio. Ir dos mujeres en aquellas condiciones, a buscar indios, ¡Dios mío! Hubiera sido para reír, en aquella época.

Llegamos a Frontino como a las cinco y media de la mañana y dimos mucho qué reír, porque nos quedamos a dormir la víspera, a la entrada del pueblo. ¿Por qué?, nos preguntaron. Pues porque llegamos a una casita a preguntar si estaba muy lejos el pueblo y el dueño de la casa que se encontraba con sólo unos niños, que no sabían hablar, era mudo y no pudo decirnos que a las cuatro o cinco cuadras estaba la población. Esto era lo que más risa causaba a las gentes, y sin duda fue providencia para ejercitarnos en paciencia.

Llevábamos una carta de señor Crespo para el párroco de Frontino. Nos recibió muy bien, pero como él no concebía cómo unas mujeres pudieran verificar una empresa superior a las más conocidas fuerzas masculinas, nos hizo poco caso. No se atrevió a llamarnos locas porque le constaba el apoyo del señor Crespo; pero se empeñó en hacernos ver lo inútil de nuestro esfuerzo.

Los caballeros y señoras de Frontino nos visitaron y todos se reían del proyecto, cual si se tratara de aventuras de Julio Verne. Como mi nombre no les era desconocido como maestra, emprendieron campaña para comprometerme a poner un colegio allí. El señor cura me decía: Esto es lo más acertado; en los indios no piense, son como unos animales. Yo en diez y seis años que hace que los veo por aquí, no les he visto hacer un acto de racionales y ni se ha intentado darles idea de Dios. Casi no nos hemos dado cuenta de que tienen alma. Arreglen lo del colegio y cuenten con toda clase de apoyo.

Sólo un señor, Félix Vélez y su señora, nos hacían caso y aun nos ofrecieron acompañarnos a las tierras indígenas. Ellos mismos se encargaron de hacer que el señor cura entrara en proporcionarnos el viaje a Rioverde, el paraje de los indios, más cercano.

Por cumplir con el señor obispo y con nuestros amigos Vélez, se resolvió el padre Uribe a proporcionarnos el viaje, convencido de que al ver a los indios, nos desalentaríamos.

En el hotel en donde estábamos, nos proporcionaron manera de vernos con algunos indios que salían al pueblo. Entre otros, vimos allí al capitán de Chontaduro, viejecito el más entendido de cuantos había en la región. En éste confiaba un poco el padre Uribe, pero él manifestó que no nos recibiría en su tribu.

Hicimos servir comida en el hotel, para cuantos indios llegaban. Esto, y que los sentáramos a la mesa con nosotras, causó suma extrañeza al pueblo entero, que no quería abandonar el hotel, para ver aquello tan raro. Todos decían: Si son animales, ¿cómo los sientan a la mesa?

Tuvimos que decirle a la señora del hotel que rehusaba que los indios comieran en sus trastos*, que se los pagábamos. Tan bondadosa fue, que al fin no quiso cobrarlos. Salimos para Rioverde con nuestros amigos, don Félix y su señora, la más respetable del pueblo; con el señor cura y un caballero llamado don Estanislao Echeverri, a quien había invitado el padre, como muy conocedor de aquella región.

El viaje fue difícil, debido a que las cabalgaduras no eran propias; pero visitamos la región con sorpresa de todos. Tratamos a varios indios y nuestros compañeros se asustaron de nuestra generosidad con los infelices salvajes. Al pasar por un sitio de tierra como removida, me dijeron que allí enterraban sus muertos los indios. Le rogué al padre que rezáramos un responso por esas almas y con indiferencia glacial me contestó: Lo rezaremos por los muertos del contorno, lo que es por los aquí enterrados no, porque deben estar en el infierno...

Esta palabra fue un rayo para mí, no pude menos, que dejar correr las lágrimas. Se rezó el responso y luego comentando el incidente, confesó ingenuamente el padre, que jamás se le había ocurrido hacer nada por los indios; que una vez había sentido pena, porque habiendo sido llamado para confesar a un campesino, se acercó a preguntar por la casa, a una habitación de indios en donde agonizaba uno y que a la vuelta había visto que lo amortajaban, porque ya había muerto y que sólo entonces pensó que tenía alma y que quizás hubiera podido hacerle un poco de bien.

Debo decir, que éste, era uno de los sacerdotes más celosos de la diócesis y muy ejemplar. En esto se ve, cuán abandonados se tenían los indios y

la causa de la sorpresa que hubo en Frontino que unas señoras salieran desde Medellín a buscar seres tan despreciables.

Esto pudimos estimarlo mejor cuando al volver a Frontino, fuimos a devolver las visitas o atenciones que nos habían hecho algunas señoras. Nos seguían algunos indios, los cuales al entrar a las casas, penetraban hasta los zaguanes; allí salían las señoras y entrándonos con suma cortesía, arrojaban a los indios, con ademán cruel, cual si fueran perros sarnosos que nos siguieran, y se manifestaban ofendidas, porque lo consideraban un irrespeto a sus casas y a nuestras personas.

Nos despedimos de Frontino, anunciando nuestra próxima vuelta. Nadie, sin embargo, nos creía. Quedaron sí, con la esperanza de que al fin podrían conquistarme para lo del colegio.

Se presentó el padre superior de los Carmelitas

Volvimos a Medellín, llenas de la mayor esperanza. Pocos días después, se presentó el reverendo padre provincial de los Carmelitas⁶³ a tratar los asuntos. Me dijo que en Bogotá había hablado con el señor Crespo, que había recibido orden de entenderse conmigo y de emprender la obra, tal como yo se la había expuesto. Le dije al padre, que la obra tenía un plan según la había concebido siempre; pero que la haríamos conforme a él le pareciera, porque yo ya descansaba en él. Que sólo recibiría sus órdenes y que estuviera seguro de que las cumpliría fielmente.

Después de oír mis planes dijo:

- Eso va a resultar una fundación religiosa y me complace mucho. La llamaremos las Teresitas o Hijas del Amor Misericordioso. Le contesté, que como él quisiera; que el todo era salvar a los indios; que no me importaba ser religiosa ni no serlo, que se haría lo que fuera necesario. En una entrevista posterior, me dijo que todo quedaba arreglado así: Mientras que él pedía más religiosos a España y redactaba las constitu-

⁶³ Padre Luis de la Virgen del Carmen: Nació en Urrestilla, España, sus padres de común acuerdo, se separaron para hacerse Carmelitas. Hizo parte como superior, de los fundadores del primer convento Carmelitano en Colombia, llegados en 1911 para Villa de Leiva. Fue el primer Provincial de los Carmelitas y propició las fundaciones de Frontino, Sonsón, Popayán, Medellín y Bogotá: en esta ciudad murió en mayo 21 de 1930

ciones, yo fuera arreglando lo de las compañeras y el hábito que debían llevar. Todo quedó convenido y yo contentísima. El padre regresó a Leiva y puse manos a lo que me tocaba.

En mi interior todo era paz y descanso, pues lo único que me inquietaba, que era la dirección de la empresa, había pasado a muy buenas manos y por mi parte la obediencia me era fácil y me daba lo que tanto había deseado. Le dije a la Virgen, al volver a sus pies, que todas las luces que me había dado para la obra se las pasara al padre Luis. Como me habló de que el hábito debía ser de color carmelita, sentí alguna pena, por dejar el que había pensado de la Inmaculada; pero le ofrecí el sacrificio de esta idea, en cambio de las almas de los pobres indios.

Vuelve la calumnia

Si mal no recuerdo, a fines de este año se preparaba el gran Congreso Eucarístico de Colombia⁶⁴. Todas las corporaciones se preparaban a él, ofreciendo cultos al Santísimo Sacramento. Para que las escuelas oficiales o no, no se quedaran atrás, propuse en el Liceo escolar que hiciéramos una velación, lo más suntuosa posible en la Catedral. La idea fue acogida con entusiasmo por los miembros del liceo y todos contribuimos con lo que pudimos, de modo que se recogió una suma suficiente para hacerla muy solemne. Aquí me tenía Dios una prueba que era imposible presentir.

Me nombraron tesorera y directora del festival y llena de confianza en Dios, empecé a trabajar con las compañeras que se me dieron. Por buena o por mala fortuna, éstas eran unas maestras a quienes yo había apoyado siempre, pues una, sobre todo, había sido infortunada en el oficio; pero como me sucede siempre, no había conocido que la envidia las torturaba y que no perdían ocasión de hacerme mal.

Con ellas me presenté a los Hermanos Cristianos, con el fin de suplicarles dieran ellos, como contribución de su comunidad, el coro de su colegio, para que con esta economía, pudiéramos hacer otros gastos de mayor lujo. Los hermanos generosos, consintieron en ello y muy contentas hicimos los planes conducentes al aumento de luces y de ornamentación, con lo que había de costarnos la música.

⁶⁴ Celebrado en 1913

Las compañeras se mostraban tan satisfechas del plan como yo; pero mientras tanto, tramaban ante la gobernación y el capítulo metropolitano, con quien había de contar, por ser en la catedral la función, la manera de hacerme quedar mal. Dijeron que yo, para quedarme con el dinero, estaba consiguiendo todo lo necesario para la velación, de limosna.

Sin enterarme de nada, fui condenada por tan respetables entidades. ¡Fue un verdadero conflicto! No conocía yo la trama; pero notaba que de parte de la gobernación, venían a hacerme preguntas que no comprendía. Por otra parte, un sacerdote del capítulo, me hacía saber las cosas y cómo todos estaban viendo cómo defendían el dinero.

Como yo no me daba por notificada de nada, la velación se hizo, como se había convenido; pero las compañeras se habían retirado. Pasada la función un alto empleado se presentó a tomarme cuentas. Por fortuna yo había tenido la precaución de pedir recibos, a cuantos se les había comprado cosas para la fiesta, así como a los sacerdotes encargados de hacer los oficios sagrados. Las cuentas dejaron satisfechos a los superiores competentes. Pero como ya la calumnia había sido echada a los cuatro vientos, no fue posible recogerla, y nadie pensó en ello. Quedé pues, ante el público, sindicada por robo de 180 pesos oro.

Por fortuna, como estaba acostumbrada a estas cosas, no sufrí gran cosa; pero Carmelita mi hermana sí sufrió, hasta casi costarle la vida. Las compañeras siguieron siéndolo en la escuela, pero sumamente corridas las pobres. Continué dándoles mi amistad, pero ellas, avergonzadas, no la aceptaron. Varios sacerdotes quedaron muy convencidos de que los 180 pesos habían sido hurtados para la obra de los indios.

Calcule reverendo padre, si a mí, después de todos los enredos de esta clase que llevo escritos, me haría impresión esto. Me daba sólo para ver, que la vida no merece la pena de vivirse, sino para servirle a Dios.

Ésta fue la última preparación, que Dios dio a mi alma antes de emprender la obra, en materia de calumnias. Gracias a Dios, no tenía nombre para cuidar; hacía muchos años, que era el nombre más sucio que tenía Medellín.

Modelo de hábito

Entre tanto, los preparativos para la obra, continuaban. Recibí orden del reverendo padre Luis de que me pusiera en comunicación con algunas

señoras directoras de la elegancia medellinense para idear un hábito muy elegante, que debía tener un manto de gasa de seda que, bajando de la cabeza, cayera al suelo, sobrando siquiera dos varas, a manera de velo de novia. Debíamos tener calzado de seda blanco, con guantes del mismo color. El vestido blanco con adornos carmelitas, de corte muy elegante. Para salir a la calle, habíamos de tener un sombrero de moda, de mucha elegancia. El peinado debía responder a los cambios de moda. No habían de entrar sino señoritas de alta sociedad, con una dote muy crecida y, según las constituciones, que ya había redactado el padre, debíamos vivir en buena sociedad, iríamos como la palomita de Noe a llevar la oliva de la paz a regiones salvajes, (son las palabras del padre) No se hablaba de los indios, sino esto. Todo lo demás resultaba que las "Hijas del Amor misericordioso" serían unas buenas señoras, cumpliendo una regla cómoda y elegante.

Recibí orden de retratar una señorita con este hábito y mandárselo al reverendo padre, para ver si le gustaba. Cada semana recibí cartas con urgencia grande sin otro tema que el vestido de las Teresitas.

Claramente veía yo que esto se apartaba mucho del espíritu del Evangelio, pero jamás me permití calificarlo de malo. Me explicaba los deseos del reverendo padre, como hijos de su caridad hacia los grandes y me decía a mí misma: Es que quiere atraer a los grandes con lazos del mundo y después atraerlos por las vías de la perfección.

Así pasé mucho tiempo, cumpliendo órdenes del reverendo padre. Le mandé el retrato que me había pedido y contestó admirado y satisfecho de tanta elegancia.

Así comenzó el año 1913⁶⁵, si no recuerdo mal. Mientras estas cosas pasaban, me apretaba Dios, en lo de preparación interior.

No obstante tener que atender a mi deber como maestra, directora de una numerosa agrupación; arreglar todas las cosas del viaje; ver en trabajitos que produjeran algo para la empresa; atender a trabajos del Liceo; arreglar los asuntos de familia, pues dirigiéndola yo, tenía que ver cómo quedaban los que no habían de irse. Mover resortes para sacarle a la Asamblea, la

⁶⁵ Posiblemente no fue el año 1913 sino 1914

ordenanza que autorizara el auxilio de la catequización de los indígenas. Esto último sobre todo, me daba mucho qué hacer, pues casi tenía que catequizar a los diputados y empleados para que les entrara la idea de emprender la obra, probándoles sus facilidades, al menos las que yo le veía al difícil asunto, y teniendo que atender además, a arreglar lo de algunas compañeras que también se les presentaban dificultades; en fin, abriendo caminos para mover el cielo en favor de la empresa.⁶⁶

A pesar de todo esto, mi espíritu no sufría la consiguiente disipación. Esto me sorprende más hoy que entonces. Lo veo como una de las mayores gracias que Dios me otorgó.

Los sentimientos antes apuntados crecían en mi alma. Al principiar el año de 1913, escribí: ¡Dios mío! me apena tener mi alma en las manos, no me la dejes por más tiempo, que mientras esté en mis manos, no haré sino empolvarla. Glorifícate tomándola en las tuyas. Haced que quien la dirija, se convenza de que no dirige un alma de mujer sino un alma de Dios; así se esmerará más y además trabajará por quitarla de mis manos.

No me doy mucha cuenta de por qué escribí esto; pero todas estas cosas, dejaban más y más paz en mi interior.

Misas por la obra

Se me ocurrió, que para alcanzar la gracia de la obra, necesitaba conseguir que cada sacerdote de la ciudad, celebrara una misa por esa intención y que había de pedirselas de limosna.

Consulté si debía hacerlo y me contestó el confesor que debía hacerlo. Empecé la tarea y como debía decirle a todos inclusive a los no pocos que eran mis enemigos, y mucho más de la empresa, pasé varios chascos.

Sin embargo, conseguí un número de misas que me llenó de confianza. Una señora me ofreció que me daba las que más me costara pedir; le acepté la oferta, pero con ello sólo aumenté el número de misas porque no me resolví a dejar de pedir a todos, este precioso contingente. Los que no me lo daban, por lo menos me obsequiaban con la humillación de la negativa.

⁶⁶ La Ordenanza No. 17 está fechada en marzo 30 de 1914.

Mi vocación como la de San Benito

Lo raro era que no me desprendía completamente de desear llevar la vida de San Benito José Lavre. No obstante mi supremo dolor de las almas y el sentir el casi destructor peso de la santidad de Dios, que me ahogaba, me parecía que con las humillaciones del querido santo, mi corazón descansaría.

Pero un día, después de la sagrada comunión, sentí de un modo particular y muy claro, que tendría el mismo valor, siguiendo mi vocación misionera. Por esto escribí lo que sigue:

Siento que ante el juicio de Dios, mi vocación es igual a la de San Benito, aunque realizada al contrario.

Él lo dejó todo para entregarse a la mendicidad; yo, sin dejar nada, tengo que arrastrarlo todo, abrazando también la humillación.

Él casi no comía; yo, deseando y amando la abstinencia, debo vivir harta.

Él no dormía; yo, para cumplir mi deber, tengo que tomar el necesario descanso.

Él pasaba casi constantemente delante del Santísimo; yo, apenas puedo permanecer en la Iglesia una hora, cuando más.

Él siguió el método de vida que amaba, yo el que rehuía.

Él, finalmente, seguía la corriente de un llamamiento que amaba; yo voy tras un llamamiento, haciendo lo que no deseo.

Ambos cumplimos la voluntad de Dios, aunque por opuestas vías, pero ambos humillados. Gracias Dios mío.

Veo padre mío, que no sé expresar la idea que entonces me sació, el deseo de llevar la vida de este santo; pero ni al escribir supe decirlo. Interiormente sin embargo, comprendí que era una gracia que Dios me daba, en este modo de satisfacer mi necesidad. Una de dos: O Dios me daba lo que a san Benito, o yo me consolaba con pensarlo. De todos modos, tengo mucha gratitud con el santo y no volvió a turbarme este deseo.

Una conversión

El 10 de abril, estuve impresionada por una mujer que providencialmente me vio por una ventana y al ver, como decía ella, la paz de mi semblante,

resolvió entrar a hablarme y sin preámbulo me dijo: Salí de la casa en dirección al río, para echarme a ahogar; pero al pasar por su ventana, sentí el más espantoso dolor, al ver la serenidad de su semblante, formando contraste con mi desesperación y ya no me echaré a ahogar, sin que usted me diga una palabra. Yo no sé quien es usted pero de sus labios quiero escuchar la última palabra que se me diga en la tierra, porque dentro de poco, me echaré al río.

La entré y le dije: Serénese señora y diga lo que le pasa. Aquella infeliz se desató en historias de pecados horrorosos en los que había vivido siempre. A poco de estar refiriendo horrores se quitó sus adornos valiosos y me dijo: Tome; esto es lo que me sirve para pecar; yo no encontraré en el mundo quién lo reciba, pero usted bótelos si quiere. Le recibí y entré en una lucha terrible, pues verdaderamente ella no parecía que tenía remedio. Se había burlado de todo y no podía desprenderse de su vida, disoluta hasta lo inconcebible.

Al fin logré que se acordara de que Dios es misericordia y que debía confiar en Él. Con estas reflexiones echó a llorar casi a gritos. Le supliqué confiara en Dios y ensayara desprender su corazón de los perversos a quienes amaba con deliro, y me contestó:

¡Si yo he de ver su semblante podré, y si no, no! Le dije: Véalo cuánto quiera y piense en que mi paz es hija de la confianza en Dios. Con esto la mujer se serenó y me dijo que si le recibía sus vestidos habidos con el pecado. Le dije que le recibía cuánto quisiera pero que se fuera al Buen Pastor, en donde hallaría a Dios.

Convino, llorando sin embargo por sus inicuos ídolos y salió. Aquella noche la pasé llorando por esa pobre mujer y oprimida más que siempre por la santidad de Dios. Tarde de la noche, después de llorar mucho, tomé la Sagrada Escritura y abrí al acaso. Di con el salmo 18,8. Leí el verso "La ley del Señor es Inmaculada"... con esto me calmé completamente, porque comprendí que aquella infeliz era una de las almas que salvaría la santa ley de Dios. Quedé completamente tranquila y llena de la mayor unción de Dios.

Por lo sucedido después, esto se cumplió, pues la mujer entró al Buen Pastor a hacer penitencia. Allá mismo mandé las cosas que me entregó.

Bajo esta impresión, como dije arriba, y la de la pasión del Señor, escribí al día siguiente:

Sangre, cruz, caña, espinas, cordeles y dolores; eso constituye la herencia de los pobres pecadores y la mía por consiguiente. ¡Soy víctima de la santidad de Dios y no lo creía! Siento profundo dolor por los pecados de estas infelices mujeres que escandalizan al mundo; cumplo mi deber de víctima. ¡Dios mío! ¡Qué duro es comprender que tantas almas se pierden! ¡Qué monstruo es el pecado! ¡Si me fuera dado morir reparando el ultraje que vuestra santidad recibe! Dispone Señor de vuestra víctima. ¡Quiero vivir y vivir mucho, sacrificada por el peso de vuestra santidad adorable!

Sentí entonces todas las vocaciones religiosas del mundo y le ofrecí a Dios presentarme ante Él, con todas ellas, como si las hubiera realizado, en homenaje a la santidad ultrajada.

Poco después escribí:

¡Dios mío, sí que me siento rica! Jesús, mi hermano, vale lo que vale Dios; luego, con Él puedo pagar todas las deudas del mundo. Ofrezco pues Dios mío, su Sacratísimo Corazón en reparación de las ofensas de vuestra divina majestad. Recibe mi adhesión a Él, para que también mi ser repare por tantos pecados. Me llevaré ese divino Corazón sacramentado a las regiones indígenas y allí le rodearé de almas que le amen con toda la sencillez del amor, formado en medio de la naturaleza salvaje. ¡Qué dicha Dios mío, poder hacer allí, lo que hace Jesús en el sagrario: Adorar, reparar, dar gracias y anonadarse más aún que el polvo!

Comprendo Dios mío, que mi amor al prójimo aumenta cada día; pero ¡cuán lejos estoy todavía del modelo! En el Sagrado Corazón, en la Eucaristía, vuestro amor al hombre es un frenesí que no hubiera ni soñado nadie, si omnipotentemente no lo hubieras inventado.

¡Dame la muerte Señor, antes que vivir más tiempo sin amarte! ¡Verse uno vencido por el amor y no poder amar, hasta aniquilarse, Dios mío! Es natural que ante vuestro amor, nuestro pequeño esfuerzo amoroso ceda su lugar ante el dolor y entonces el tormento es más cruel... ¡Qué remedio tiene pues mi agonía? ¡Sufro si no te amo y el dolor crece espantosamente si te amo! ¡Dios mío, de todas maneras el amor es dolor! ¡Si no amara más vuestra voluntad que mi descanso, te pediría morir!

Luces de la Sagrada Escritura

Algunas veces, una sola expresión de la Sagrada Escritura, me sostenía en recogimiento por varios días aún en medio del cúmulo de tareas exte-

riores. Esta expresión de Jesús al alma: ¡Sígueme! me dio cierto descanso, después de una luz grande recibida precisamente en el momento en que la meditaba... ¡Sígueme! ¿En qué Dios mío puedo seguirte si no te alcanzo en nada?

María fue concebida Inmaculada y Jesús fue divinamente concebido, mientras que yo he sido concebida en el pecado con mil miserias y estoy llena de las inclinaciones y pecados actuales, incapaz de todo lo que no sea pecar ¡Cuánta diferencia! Así dices, sígueme... ¿Qué debo hacer, pues, Señor? ¿Cómo podré seguirte si no estoy siquiera en pie? No puedo ni levantarme, ¿cómo te seguiré?

Cuando en una agonía terrible me apretaba para entender cómo podía decir Dios a las miserables criaturas, sígueme, comprendí, tranquilizándome inmediatamente, que seguirle es dejarse amar, anonadándose. Entonces le dije, como quién encuentra el secreto de algo que no pensaba encontrar:

¡Ámame, pues, Jesús mío! Yo quedaré quietecita y chiquitica, dejándome amar. ¡Qué dulce vida! Uno quietecito dejándose amar... Así puede verse pasar todo lo humano, con la seguridad de que nada nos dañará. ¡Quietecito, anonadado, dejándose amar! ¡Así será el cielo!

Amar desde el destierro es demasiado amargo: por eso los buenos amadores se encariñan tanto con el dolor y huyen del placer y aún de los consuelos... Comprendo con clarísima luz, que los dolores y las cruces, son los lenitivos del amor, tengo bien hecha la experiencia y puedo decirlo muy alto, por cuanto me pasa.

Así el fuego parece extinguirse cuando se le echa combustible para luego encenderse con más fuerza. La cruz es el combustible de amor; éste, acaba con aquella y la primera aumenta la fuerza del segundo. No hay remedio, amar y sufrir son sinónimos.

El Espíritu Santo y la virginidad

En el día del Espíritu Santo de aquel año, estuve llena de fervor y comprendí lo que es la acción del Espíritu Santo en las almas vírgenes.

En cierto modo hay dos vírgenes que conciben y ambas por obra y gracia del Espíritu Santo: María y la Iglesia: María da a luz a Jesús y la Iglesia a los santos, que son como un reflejo de Jesús, o sus imágenes vivas. El fruto de María es la unión de Dios con el hombre, es decir, la

unión hipostática y el fruto de la Iglesia, es la unión de Dios con el hombre, por la gracia, en la virtud heroica.

Cuánto agradecimiento siento por la gracia del Espíritu Santo en María y la Iglesia.

Espíritu Santo, llenad a vuestra esposa la Iglesia, de hijos que la honren y la hagan triunfar de sus enemigos. Vos que sois luz y amor, infundíos en nosotros para que conozcamos las vías que conducen a la santidad.

Dios es más que madre

En junio, llena del peso de mi miseria escribí lo que sigue, en medio del anonadamiento confiado de que ya he hablado:

¡Triste desterrada, con mi suprema impotencia, lo único que es mío!
¡Llena de gracias cuyo agradecimiento exige otro corazón, que no sea el peñasco que llevo en mi pecho! Con luces bastantes para ser una santa; con una vida medio vivida y vacía; con el dolor supremo del pasado y una impotencia absoluta para el porvenir; ¿qué he de hacer Dios mío?

Me echaré como un niño enfermo en vuestros brazos, cual un niño en los de su madre y me estaré quietecita, hasta que mi mal halle su remedio, en tu casa, ¡Dios Madre mía!

No es mucho pensar en que eres Madre, puesto que Jesucristo dijo: "Quise arrojarte como la gallina a sus polluelos" (Mt.23,37) y también dijo: "Una madre puede olvidarse de sus hijos pero yo jamás me olvidare de ti" (Is. 49, 15), Luego, si la madre puede olvidarse y Jesús no, se sigue que Dios, es más que madre.

¡En este pasaje me autoriza mirarlo como más que madre! ¿Y qué es más que madre? ¡Pues un Dios - Madre.!

Reinar por amor

El 13 de junio comprendí, con luz clara, que es posible reinar sobre el corazón de Dios. Allí se reina por el amor y como este reino tiene muchas provincias, me arrebató la de la dulzura ¡Ay! la dulzura de Jesús, ¡cuánta suavidad derrama en el alma! ¡Y sobre ella puedo reinar y sobre todo su Corazón! No amo todavía como debo y sin embargo hoy ejerzo mi primer acto regio. He pedido, o mejor dicho, he ordenado que se le conceda a mi

madre, la vida y la salud, hasta que trabaje por algún tiempo en la salvación de los pobres infieles.

Sentí que mi orden quedó cumplida. Mi madre trabajará por la salvación de las almas amadas de Dios. ¡Para hacer esta petición o dar esta orden, me sentí con perfecto derecho, como reina! Tengo vergüenza de releer esto, padre.

Lo que pasa que pase

El 14 de julio en medio de dificultades y calumnias, las que nunca me habían faltado escribí:

Dios mío, ¡cuántas vicisitudes en la vida! ¿Por qué nos detendremos los mortales en lo que pasa? ¡Lo que pasa que pase! Yo me quedaré contigo que no pasas. Así quiero decirte, siempre que mi pensamiento piense en lo transitorio. Las penas pasan; las calumnias pasan; las persecuciones también pasan; por esto las dejaré alrededor mío y no les permitiré entrar en mi corazón a turbarlo. Que entren a mi alma a purificarla. ¿Cómo no he de amarlas, si el dolor es mi cariñoso amigo? Pero no habrá en mi corazón la agitación que suelen traer.

Dejad persecuciones, afuera, el séquito de resentimientos, murmuraciones y juicios de que venís cargadas. No hay lugar en mi corazón para tales sabandijas. Entrad calumnias a mi alma que os ama; ¡pero entrad desprovistas de lo que ofende al Dios de mi corazón!

No rehusé los dolores

María Madre de mi amor. ¿Cuántos dolores deberé llevar antes de comenzar la obra de los indios? No rehusó los dolores; ellos vienen a mi alma como el agua al sediento. Lo que no debe ser, es la tardanza. ¡Ay Madre de mi alma! Las almas de los indios salen cada día de este mundo, sin haber sabido que hay Dios y que eres su Madre! No retardes por más tiempo la hora bendita de hacerlos hijos de Dios. Si es necesario acumula sobre mí todos los dolores que deban señalar esa gracia, pero apresura el momento.

Acosada por la santidad de Dios, como respuesta de María a mi petición, sentí y escribí un nuevo acto de entrega a la Santidad infinita. Después de él, sentí como si todos los dolores interiores de las almas santas

me oprimieran. Sentí de un modo raro, todo el dolor de Adán en sus 900 años de penitencia y me fueron como aplicados en la forma más dura que puede imaginarse; el dolor de David, el de la Magdalena y de un modo distinto el de otros santos penitentes, a tal punto que creí morirme. Sin embargo, Dios no me los dio para quitarme la vida, aunque tenía fuerza suficiente para ello, por eso resistí; pero quedó mi alma como pasada de tan tremendo dolor, que por muchos días se hizo sentir físicamente, en la falta completa de fuerzas.

Consulté sobre este inaudito dolor y me dijo el confesor que lo amara y que sólo le dijera a Dios que sostuviera mi fuerza para sufrir más, si era su santa voluntad. Luego que salí del confesionario le dije a Dios:

Si todos los dolores que sufro, hubieran de durar por toda la eternidad, consiento en ello, porque estos dolores son los vengadores de vuestra gloria ultrajada por el hombre. El amor es eterno; ¿por qué no podrá serlo el dolor?

Sin embargo, sé que el dolor es de la tierra y que no puede ser eterno, porque compra el cielo y en la compra se suicida. El amor también mata el dolor, porque los amantes no miran el dolor como tal; es simplemente una faz del amor. Pero de todos modos muere el dolor en la tierra, por el amor o por el suicidio.

Sólo el dolor de los réprobos no tiene muerte porque no es posible amar en el infierno. Dios mío y las almas que se pierden en los montes ¿tendrán también dolor eterno?. ¡No lo consientas por más tiempo!

Sí, los mortales conocemos mucho de muerte, Dios mío. Este amor que creo me consume, es una agonía, la más amarga, pero de la cual no quiero verme libre, aunque dure eternamente.

He oído que esencialmente no existe más verbo que el verbo ser, porque todos los conocidos no son otra cosa que el verbo ser, aplicado a diversos objetos. Yo puedo decir sin embargo, que solo existe el verbo agonizar, el mismo verbo ser, aplicado a la muerte. Ser muriente, ése es el verbo agonizar. Vivimos en constante agonía; todo agoniza: el cuerpo, el alma para purificarse, y el amor para transformarse en cielo. Ese deseo de verte, Dios mío, es otra agonía. Cese este agonizar; véate yo pronto servido y amado de todos los mortales y después ¡muéstrame pronto tu rostro soberano!

Donación de mi libertad

En Julio, considerando el don de la libertad como lo más precioso en el orden natural, sentí grande alegría al ver que podía darlo a Dios, es decir volverlo a su Dueño, y escribí la siguiente donación:

Dios mío, soy dueña de mi libertad hasta tal punto que Vos mismo os habéis impuesto el como deber de no intentar contra ella.

Pues en uso de lo que me pertenece con la mayor propiedad conocida, hago la siguiente donación, en presencia de los ángeles que me guardan: Te doy y para siempre mi libertad; disponed de ella como os plazca. En tomar lo que os doy hacéis, a la vez, un acto de misericordia, pues ¿qué sería de ese don tan precioso con que obsequiasteis a mi alma, al crearla, si quedase siempre en mis manos? Tengo el triste poder de encadenar mi libertad; por eso os la entrego. Seré vuestra esclava. Recibiendo lo que os entrego, libraréis la joya preciosa de mis manos que tan mal la manejan. Tomadla pues, no dejéis por más tiempo la margarita rica en manos tan inhábiles, que pueden en cualquier momento entregarla a vuestro enemigo.

Adiós santa libertad. Perdona el triste uso que he hecho de ti. Vuelve al seno de Dios de donde saliste tan hermosa. En ese seno bendito espérame. ¿Qué mejor dueño puedes tener?

Disponed de mí buen Señor,
Pues siendo mi Dios primero
y después mi Redentor
maniatada por tu amor,
quiero ser tu prisionera.

Ni te tardes a incautar
cuanto tengo Dios mío,
ni me la vuelvas a dar
no me dejes mi albedrío
para poderte olvidar.

Como he dicho, estas gracias traen su cumplimiento que no para otra cosa se dan. Desde este día siento como que no me pertenezco y aun he llegado a creer que aunque quisiera disponer de mí, no lo podría. ¿Será esto una ilusión? Pero en nada creo usar de la libertad porque el amor parece quitármela. Por lo mismo, sólo me creo espectadora de lo que Dios hace conmigo y de mí.

Ya muchas veces había dado a Dios mi libertad; pero no había sentido con tanta fuerza, la realidad de mi donación. Verdaderamente debo confesar que soy un instrumento voluntario en las manos de Dios; pero creo que el acto voluntario no está propiamente en lo que obro sino en haber entregado la libertad. Obro, por decirlo así, como por la gracia empujante de Dios. El haberme puesto en manos de esa gracia, es propiamente mi acto voluntario.

Esta idea, reverendo padre, es otra de las muchas que siento no poder expresar; pero es un hecho que el esclavo voluntario obra por la voluntad de su dueño sin poderse determinar a otra cosa, puesto que se ha enajenado o esclavizado.

Misericordia de Dios

El 13 de Agosto, después de una luz nueva escribí:

Imposible dejar en el papel lo que por mí pasó hoy en la Sagrada Comunión; pero si Tú lo sabes no me cuido de mi impotencia.

Si tu misericordia fuera un punto menos que infinita, no brillaría en mí ni un rayo de esperanza. ¿Qué hiciera, Dios mío?

Por eso los hombres, aún los dotados de más caridad, me huyen o rechazan o me dejan, indiferentes a mi dolor. Ya sé; el motivo me lo has mostrado hoy. Es que ellos, los hombres, no tienen misericordia infinita y nada menos que ésta necesita mi miseria. Mi puesto está en tus brazos. ¡Allí sí hay misericordia infinita! ¡Allí si hallo mi remedio, mi dicha y mi descanso. Eres mi nido!

¡Oh. quién pudiera hacerles entender esto a todos los miserables! ¡Con cuánta facilidad se desprenderían de todo lo creado y tenderían el vuelo hacia tu misericordia infinita, en donde hallarían su remedio!

¡Mi suprema miseria y tu misericordia infinita son mi descanso! Quieta, sosegada está mi miseria delante de tu misericordia. ¡Seguridad y paz siente la miseria en manos de la misericordia infinita! Seguridad, paz, descanso, perdimiento, aniquilamiento sin dolor, suavidad del cielo, siente mi alma. Qué posición más dulce... Todo a los pies de vuestra misericordia infinita.

Esta luz y suavidad la sentí, al pensar el motivo por el cual las personas más caritativas, cuales eran mis confesores, se mostraban tan indiferentes

ante mis angustias y persecuciones. Me decía a mí misma: Por qué su caridad, la de ellos, ¿no se duele de mi dolor? ¡Ah !Era que no había comprendido que mi alma no tenía otro nido que el que ofrece al miserable, la Misericordia infinita! Gracias, Dios mío. Desde entonces me parece sumamente natural la indiferencia de los hombres, ante los supremos dolores del corazón y no reclamo la compasión. Del deseo de verme compadecida, me libró esta gracia. Aunque antes la sentía bien poco, por tener mucha experiencia, adquirida desde niña, de lo poco que valen los humanos. Pero siempre he notado que estos conocimientos se van dando al alma por grados. ¡Bendita la Providencia de Dios, tan suave y oportuna!

CAPÍTULO XXIV

- DESAPEGO AL DINERO - BELÉN Y LA ASUNCIÓN - BENDITA
HUMILLACIÓN - MI LÁMPARA NOCTURNA - POBRE EN DESEOS
- ABRAZADA A LA CRUZ - EL SER DE MARÍA SE FORMA EN MÍ
- LEYENDO EN EL PROFETA ISAÍAS

"Tú que me levantas de las puertas de la muerte para que publique todas tus alabanzas en las puertas de la hija de Sión". (Sal.9, 14-15)

Desapego al dinero

En este año 1913, no recuerdo en qué fecha, me pasó algo que tiene alguna enseñanza y por eso quiero referirlo.

Después de retirada a mi pieza, e inmediatamente después de apagar la luz, vi que se iluminaba lentamente un ángulo de la pieza. Tan luego como estuvo iluminada, apareció en el aire pero contra la pared un anciano, cuyas facciones pude mirar con mucha claridad; ahora mismo pudiera describirlo: Sudaba mucho y estaba pálido; los labios lívidos y muy delgados. Arrodillado en el aire, se fue acercando hasta el borde de mi cama; no me habló, pero me indicó, no sé como; que sufría mucho, a la vez que me señalaba con la mano un sitio al lado de la cama.

Comprendí que tenía algo allí y que era el motivo de sus sufrimientos. Me levanté y coloqué un papel como señal del sitio indicado por el anciano, el cual me miraba como aprobando lo que hacía. Luego le dije:

- Mire, ya señalé y mañana buscaré lo que allí tiene; pero váyase pronto, antes que me dé miedo.

Con esto, la túnica blanca que vestía se puso más blanca y los labios tomaron el color natural, así como el grueso ordinario. Dejó de sudar y con semblante de agradecimiento, ya sin la amargura que antes mostraba se fue levantando del mismo modo que bajó y por el mismo lado de la pieza desapareció. La pieza quedó como antes, en completa oscuridad. Encendí la luz y me fijé mejor el sitio para no confundirlo, contando los ladrillos que había de parte de la cama al sitio señalado por el viejecito.

Por la mañana referí lo ocurrido a mi madre, quien al oír las señales del anciano me dijo, que eran iguales a las que ella, muy niña, había conocido

al bisabuelo de la dueña de la casa, muerto desde hacía más de cincuenta años.

Al instante, todos los de la casa dijeron que debía haber allí un tesoro. Dos razones me hacían repugnante el buscarlo: La una que en la moral conocía yo, que lo que allí hubiera le correspondía a la dueña de la casa, que era la bisnieta del aparecido; y la otra, que no tenía deseo de dinero, ni lo tuve nunca. En consecuencia, resolví referirle lo ocurrido a dicha señora. Ella después de reconocer en la pintura o descripción que le hice del anciano, a su bisabuelo, envió un pariente para que hiciera la excavación necesaria. Este joven después de trabajar mucho, halló un rollo de papeles todos escritos, pero completamente borradas las letras. Se comprende que eran documentos o escrituras importantes, porque estaban en papel sellado; pero como nada podía leerse, para nada sirvieron.

No hago comentarios de esto; sencillamente refiero lo que vi porque nada entiendo de estas cosas de los muertos. Si, como parece, el pobre viejecito descansó con esto, lo celebro y bendigo a Dios porque me eligió para esa obra de caridad. Si como no se encontró nada de valor terreno, se hubiera hallado un tesoro, me hubiera dado lo mismo. Me basta la obra de caridad.

Me ha dado Dios tal desprecio del dinero que no es ésta la única vez que pude mostrar con la práctica, este desprecio y hasta horror. No recuerdo si referí antes lo que me ocurrió, con una señora que, en su negocio de comercio, quiso hacerme rica y por no serlo, no le acepté la propuesta. Esta señora al oír la negativa, lamentó mi majadería, pues así llama el mundo el desprecio de los bienes terrenos y llamó a otra amiga la cual, aprovechando la oportunidad se ha hecho millonaria.

Hoy bendigo a Dios, como entonces, por haberme librado de los millones. Quizás con ellos no hubiera podido emprender la obra de los indios porque en cuidar los millones me hubiera sentido sin tiempo de pensar en las almas de mis hermanos.

Sé que esta conducta no me la aprobarían muchos, aún de los que más se empeñan en cumplir los consejos evangélicos; pero yo jamás me he arrepentido de ello y por el contrario, he sido más feliz que la señora que con sus millones, me ha confesado no haber tenido ni un solo día de felicidad.

Quien dijo: "Bienaventurados los pobres..." no se equivocó. Lo digo en voz alta delante de los adoradores del oro. Bendita pobreza, madre de la paz y señora de muchas virtudes.

Belén y la Asunción

El 15 de agosto me dio a conocer Dios, los grandes goces de María en su ascensión gloriosa; para recordar esta gracia, escribí lo que sigue:

Con luz muy clara comprendo hoy, cómo los goces del espíritu, muertos, reviven. Así los llenos de ternura de María, en Belén, revivieron con acrecentamiento incomprensible, en este dichoso día de la Asunción, al volver a verse con su Hijo en el cielo. Fue como si entonces hubiera vuelto a nacerle su amado Hijo. Le nació en Belén en la pobreza de un establo y hoy le nace en el cielo, entre los ardores del amor perfecto.

Los goces que da el mundo y la naturaleza, mueren y jamás reviven. Los que da Dios y la gracia, aunque pasen, volveremos a encontrarlos en el abrazo eterno, que Dios nos dará en la Patria. Nadie que sirve a Dios lamenta lo transitorio de sus goces, porque volverá a hallarlos, así como María, encontró los de Belén, el día de su entronización en el cielo.

Belén y la Asunción se encuentran y confunden en un mismo dichoso goce. Son dos encuentros soberanos. La gratitud ilumina el uno y el otro, con una misma clarísima luz. Un mismo perfume los embalsama. La mirra de Belén se convierte en delicioso perfume que acrecienta el de la Asunción.

Tus hijos Madre mía, quedamos invitados a participar de tus gozos. Es ésta la prometida herencia materna.

Bendita humillación

Casi no tenía día sin que una nueva humillación viniera a aliviarme un poco del peso de la pena interior que mantenía. Es natural en el modo de la bondad de Dios con las almas que mucho ama, darles a la vez que penas, alivios; pero a las almas que elige para las penas interiores de su gloria, como he dado en llamar éstas que me han torturado y que no se alivian con lo que llamamos descanso aquí, en el lenguaje ordinario, les da humillaciones, dificultades y dolores, como alivio; y verdaderamente, es providencial esto, porque sin estas cosas, la necesidad de sufrir que produce el ver a Dios desconocido, ultrajado y blasfemado, haría morir a cualquiera, si Dios de tiempo en tiempo, no enviara la persecución, la humillación y el dolor físico o moral, únicos lenitivos de estas amargas.

Es esta verdad, Padre mío, una de las que no llegan a conocerse, sino por la experiencia. No sé si alguna vez he tropezado en los libros con este cono-

cimiento; pero si lo he leído, no lo he comprendido hasta que la experiencia me lo ha hecho palpar. No concibo, sin un auxilio extraordinario, cómo pueda un alma con estas amargas, sin el lenitivo de otros dolores, de calidad inferior a mi modo de entender. Tampoco sé que haya habido almas a quienes el Señor haya privado de estos lenitivos, después de hacerlas pasar por las agonías de su gloria menospreciada o ultrajada. Por mí sé decir que los dolores y humillaciones me han servido para no morir de pena.

El 19 de Agosto del año que vengo refiriéndome, después de una avenida de humillaciones escribí esto:

Bendita humillación Dios mío: Ella alivia mi alma, porque si tu nombre es desconocido, el reposo, la paz y la tranquilidad me son insoportables: ¡Tu nombre blasfemado y el mío honrado! ¡Dios mío, eso no lo sufre el corazón!

En cada humillación veo, Dios mío, vuestro índice soberano, mostrándome el último lugar, como mi centro propio. Me dice en ese lenguaje que sólo entiende el que ama.:

¡Baja, colócate debajo de todos, disminuye tú para que Yo crezca y mi gloria ultrajada, recobre en tu alma su lugar!

Gozosa, pues, bajaré y me colocaré en el último lugar que me corresponde por todos los títulos de mi miseria. ¡Vuestra gloria suba sobre mis ruines despojos y álcese hermosa como soberana! No se me oculte jamás vuestro dedo mostrándome mi lugar en lo más bajo; ¡allí descansaré en el goce de vuestra grandeza!

Mi lámpara nocturna

Tenía la costumbre antes de dormirme, de entrar espiritualmente al sagrario y besar las sagradas formas; pero sentía cierta envidia por cuanto rodea el santo copón, por eso escribí una noche:

Dios mío sacramentado, cómo serán oscuras a estas horas las sombras que rodean el santo copón. Envidio esas sombras y las detesto a la vez... Son tus compañeras de la noche, y en este sentido excitan mi envidia... Son imágenes de la negra ingratitud de los hombres ¡y por eso las detesto! ¡El lugar de esas sombras es mío! Sí, mío, porque soy hija y debo acompañar a mi Padre, en su prisión. Mi espíritu en esta hora vuela a ocupar su lugar. ¡Dejadme sombras solitarias, dejadme pasar hasta acercarme al san-

to copón, de modo que mis labios puedan posarse en él y darle muchos besos de amor y de dolor!

Y, como vosotras, oh sombras, huís de la luz, yo encenderé mi corazón en vivas llamas de amor, para arrojaros a la lumbre de este corazón encendido e iluminar hasta los últimos rincones de esta prisión, y así, yo sola quedaré con el Dios de mi alma. ¡Lo que pase después, no sabré decirlo, Dios mío!

Como testimonio de mi presencia nocturna, dentro del sagrario, dejaré de hoy en adelante una lamparita, que arderá durante la noche, delante de Ti, oh mi Dios sacramentado. Ella, en su mudo lenguaje, te dirá que protesto contra la ingratitud de los hombres y del olvido en que se os deja, en las largas horas de la noche.

Desde aquel día, cumplí mi propósito; llevaba al anochecer la lámpara ofrecida al altar, sin dejar noche ninguna, hasta que salí para la misión.

Pobre en deseos

Muchos años hacía que trabajaba por simplificar mis deseos; pero una nueva luz me hizo conocer que había en el alma todavía algunos que debía dejar. Después de esta luz, escribí:

Comprendo, hoy mejor que nunca, que la nada debe ser pobrecita en deseos, así lo escuché en la sagrada comunión.

Cercenaré pues, a mi corazón, los deseos, hasta que se simplifique, de modo que llegue a ser pobrecito. Lo que tanto deseo con relación al color de la Inmaculada en el hábito que hayan de llevar las misioneras y que debe cambiarse por el color carmelita, lo abandonaré; no lo admitiré ya más, en forma de deseo: Y como la nada, nada pide, tampoco le expondré este deseo al padre Luis.

La nada es pobrecita en deseos! Cuánta dicha el día en que destruidos todos los que hasta aquí he tenido, no queden en mi corazón, sino los reposadísimos y sapientísimos del Sagrado Corazón de Jesús: El tiene derecho a desear porque es Todo. Yo no lo tengo, porque soy nada.

Abrazada a la cruz

Dificultades causadas por la persecución de algunas personas, hicieron que me pareciera casi imposible seguir trabajando en Medellín, mientras

se realizaba la obra de los indios. Por un momento me cupo la idea de irme a Frontino, aceptando la propuesta que habían hecho los padres de familia de allí, de que me fuera a establecerles un colegio y trabajar allí, hasta que sonara la hora de la obra.

Al día siguiente corrida de mi cobardía escribí:

Dios mío, rodeada de dificultades para trabajar continuando aquí, los pocos meses que me faltan para ir a mi destino, me habéis favorecido con humillaciones sin número. ¡Gracias Dios mío! Ayer quise huir de estas cruces y para ello irme a Frontino a trabajar en mejores condiciones. ¡Cuánto dolor! ¡No me sorprende sin embargo, porque eso soy yo!.¿Después de tanto anhelar la cruz, quiero huir de ella? Si la cruz es mi único anhelo, ¿qué es esto? Bien veo que no soy yo la dueña de las gracias.

Oye, pues, Señor: Si por otra cosa no comprendo que vuestra voluntad es que me retire de aquí, dejando el puesto a los que me persiguen, aquí permaneceré abrazada a la cruz y humillada cual lo merezco.

La carne que ponen en prensa y luego la dejan en salmuera, para que se suavice al gusto de su dueño, no se hace remisa. Del mismo modo, yo estaré en la salmuera de la persecución hasta que Vos, Soberano Guisador, digas que tengo el buen sabor que deseas.

El ser de María se forma en mí

El 31 de agosto recibí una gracia extraordinaria, quizás como fruto del recrudescimiento de dolores de aquellos días.

No me parece fácil, hacerme comprender, por ser de naturaleza muy diferente. Pero diré reverendo Padre, lo que pueda.

En mi oración de la noche, ya retirada, sucedió lo que quiero referir. No me doy cuenta de sobre qué pensaba u oraba. Sólo sé con absoluta certeza que de pronto no estuve en mí, como que me aniquilé sin sufrir. Mi ser como que se acabó. No sé si al exterior se notaría nada, porque estaba sola; pero me perdí por aniquilamiento del ser; no me parece que haya sido como otras veces, cuando uno se pierde como por arrebato de los sentidos; no, esto fue otro modo de perderse, que lo llamo por aniquilamiento.

Me acabé, digo; pero sentí, después de un rato de pérdida, que el ser de María se iba formando en mi lugar. (Ahora mismo me estremezco al pensarlo y hace buenos años). María se iba formando en mí. ¿De qué modo?

No sabré decirlo. Así formado el ser de María en mí y sin ser yo, vi de un modo claro que se había salvado un joven disoluto de Medellín, que de niño, fue mi discípulo y que expiró en ese momento. Vi que él se había salvado por un esfuerzo de caridad muy íntima de María y me fue dado conocer, que con ese mismo esfuerzo de misericordia me salvaría a mí, sin que el mayor número de pecados de José Restrepo (así se llamaba el joven pero le decían José Polito) impidiera que un mismo acto nos envolviera a los dos, salvándonos, de la misma manera que el manto de María puede abrigar a una persona sana y a la vez, a una enferma. Parece que en medio de todo comprendí que el contraste entre José y yo, indica uno de los caracteres de la misericordia de la Santísima Virgen, al salvarnos con un mismo acto.

Estos conocimientos quedaron tan grabados en mi alma, que no bastarán siglos para borrarlos. Poco a poco fui sintiéndome y desapareciendo el ser de María, dejándome como envuelta en una presencia de María, que jamás había sentido; pero no era ya la como ocupación del ser que había tenido, sino una presencia muy regalada y tierna, sin lágrimas y sin ninguna manifestación exterior. En esta vez creo que estuve levantada del suelo como dos varas, pero no puedo asegurarlo, porque estaba sola y puedo equivocarme. Pero me sentí o lo advertí al volver.

El sentimiento de gratitud más completo inundó mi alma toda aquella noche. Al día siguiente, al oír en la catedral el Ángelus, observé que tocaban a muerto y pensé en José Restrepo de quien sabía que estaba enfermo, pero no como para morir. Un poco más tarde, vi los carteles que anunciaban su entierro y supe que había expirado a las nueve y media de la noche, precisamente la hora de mi perdimiento.

No advertí que debía consultar eso pronto, porque es como la característica de estas cosas, el no sentir que son raras, ni dejan ansiedad, ni duda. Le pasan a uno estas cosas y se queda como si fuera lo común de todos los días y lo más natural del mundo. Por eso no lo consulté sino después de varios meses; pero sí me enteré de que José se había enfermado a fuerza de depravación de costumbres y que había muerto medio podrido; que se había confesado y recibido los otros sacramentos, estando en el estado de humillación y de dolor más espantoso. Lo supe por el mismo sacerdote que lo administró.

Fue joven, que a los quince años, era ya el escándalo de la ciudad; Dios mío, ¡Cuánta misericordia haberse salvado! ¡Y con el mismo esfuerzo de caridad que a mí me envolvía!.. ¡Delante de Dios quizás seré más culpable que José, qué sé yo!

Aquí se ve cómo no debemos despreciar a los pobres pecadores por grandes que sean sus crímenes; Dios mío, mientras estemos vivos podemos salvarnos aunque estemos en el último abismo de maldad. Pero al contrario, ¡cuántos corazones hay que odian a los pobrecitos pecadores! Con razón decía San Francisco de Sales. "Bien pronto no quedaremos sino Dios y yo, para amar a los pecadores". Cuánto interesan los pecadores a la gloria de Dios... Por eso debemos amarlos y no despreciarlos.

Esto he querido inculcar siempre a mis hijas, porque desde aquel día me siento muy compañera de los pecadores, pues me vi envuelta en un mismo acto salvador, con uno de los más aventajados, que he conocido. Para esa soberana caridad de María ¿qué diferencia hay entre el perdón que tiene que otorgarme a mí y el que debía darle al pobre José? Ninguna. Si él se arrepintió, ya está todo hecho; la cantidad de pecados no se ve. Es sólo el arrepentimiento lo que esa caridad mira.

Cuando consulté sobre esto me dijo el director que podía darle crédito a lo conocido y sentido y que fuera muy agradecida. Más tarde, otro sacerdote, estudiando el punto, me dijo que esas revelaciones debían tomarse como condicionales y que así debía ver esa de mi salvación.

Jamás he pensado en esto para alegrarme ni para detenerme en la vía empezada, porque aunque quedé muy convencida de ello, ese conocimiento vino después de que he tenido esos dolores que llamo de la gloria de Dios y ya de ese dolor nada me saca. Además, mi confianza de salvarme era, desde hacía mucho tiempo, como una consecuencia del conocimiento que Dios me había dado de mi suprema miseria y de sus grandezas; puede decirse que desde entonces me dediqué sólo a sufrir y trabajar por la gloria de Dios, dejándome ya de lo de mi salvación, porque corría de cuenta de Dios, y bien sé cuán buen encargado es Él. Por eso, lo que realza el valor de la gracia a que vengo refiriéndome, es el contraste entre José y yo, y la gran luz que esto proyecta para dar confianza y esperanza a los pobrecitos pecadores y a los que se afanan por salvarlos.

Además, esta gracia me trajo un aumento de amor a mi Madre María cual nunca lo esperaba tener. No obstante dista mucho mi amor de ser el que debe ser.

Leyendo en el profeta Isaías

Leyendo en la profecía de Isaías encontré un verso que me llenó de la más dulce esperanza; es éste:

"En aquel día el Señor de los ejércitos será coronado de gloria y guirnalda de regocijo, para las reliquias de su pueblo".

No sé bien por qué fui sobrecogida por una conmoción grande y lloré de ternura. Para mí, las reliquias de su pueblo, eran las almas sencillas de las selvas, restos apenas de los numerosos pueblos a quienes llamó a la fe, con el descubrimiento de América y que aún no la han recibido; entre los cuales hay muchos capaces de amarlo con todas sus fuerzas. Sentí que Jesucristo sería coronado de ellos, y me aseguré, no lo entiendo por qué, de que nuestros esfuerzos en las selvas no serían inútiles.

Después reverendo padre, he visto que de verdad, hay en las selvas almas sencillas, hechas de un modo especial, para el amor de Dios. Por eso, las conversiones conseguidas entre los indios no me sorprendieron. Por eso yo les aseguraba a los que me decían que los indios eran irreductibles, que en esta vez no pasaría lo mismo que en otras ocasiones o intentos de evangelización. Imposible dudar del éxito de la empresa, después de sentir, lo que sentí al leer este versículo.

Otro día, leyendo en el mismo Profeta encontré este verso:

"He aquí que yo pondré en los cimientos de la nueva Sion una piedra, piedra angular, preciosa y asentada sobre solidísimo fundamento". (Is. 28, 16).

Tan luego como leí esto me bañé en lágrimas y no pude continuar la lectura. ¿Qué sentí? No lo supe. Pero me quedó una tranquilidad grande y como seguridad de la estabilidad de la obra que se iba a emprender.

Permítame Padre que le diga, aunque me parece un poco de atrevimiento, lo que después del éxito de la obra he pensado. Creo que la nueva Sion es la Congregación y que la piedra preciosa angular, es el espíritu de celo que la anima y que parece raro a muchos.

No se me oculta que este verso lo aplican los sabios a la Iglesia; pero mi conmoción y el espíritu que me dejó, me ha movido a pensar que puede aplicarse como queda dicho, ya que la Sagrada Escritura lo contiene todo y se refiere a todas las obras de Dios. De todos modos, llena de respeto, cerré el libro para gustar de lo que sentía y que bien lo veía yo, que se refería a algo que me venía muy directamente. Si la Iglesia no permite dar estas interpretaciones, creo que por lo menos esto me sirvió para colmo de mi esperanza.

En otra lectura me hirió profundamente ese otro verso de Isaías:

"El trigo será trillado; mas, no lo estará trillando siempre el que trilla, ni siempre la rueda del carro lo estará oprimiendo y hollándolo las pezuñas de las bestias."

Conocí de un modo muy claro las persecuciones que la obra iba a tener, de parte de los buenos, de parte de los malos y del demonio, o sea de las bestias.

Desde ese día, mis noches fueron una agonía. Me despertaba el peso de una pena horrible, como si ya estuviéramos pasando todas las persecuciones y peligros, con todo el séquito de responsabilidades que lleven consigo, porque tenía que pasar la obra, en todos los tiempos.

Pasaba largas horas, como soportando los rigores de la intemperie y comprendía que eran las que las Misioneras habían de pasar. Como si la bóveda del cielo me cayera encima, sufría con la opresión de los desalientos, cansancios, peligros físicos y morales, tentaciones; calumnias y dificultades de todo género, que habían de pasar las Misioneras de todos los tiempos en la obra. De pronto sentía como el luchar con horribles borrascas de ríos y de mares que amenazaban tragarse a las Misioneras. Sentía las fugas de ellas, las defeciones dolorosas de las cuales sacaba partido el demonio y mil cosas más, que con especificación de sitios, se me presentaban, no a la imaginación, sino como presentes en lo íntimo de mi alma. La corriente de opiniones diversas, las angustias de muertes trágicas, cosas en fin, que no es posible expresar y que torturarían a las que siguieran el apostolado de las misiones. Todo se agolpaba en mi alma, con aparato desesperante.

Estas penas me bañaban en un sudor frío; me producían convulsiones horribles y acababan con mis fuerzas, sin consuelo de ninguna clase. Naturalmente, al día siguiente estaba como pasada por una rueda, sin fuerzas y tan pálida, que mi madre entraba en cuidado por mi salud.

Así pasé los últimos tiempos de preparación. Miedo, terror, pánico, tristezas, tedio, cansancio, todo me agobiaba. Pero continuaba trabajando por la obra como si nada sintiera. Las gentes me preguntaban si no me infundía miedo una empresa tan desusada y tan peligrosa. Les contestaba que no, porque lo que sentía no era el temor natural que las gentes suponían. El escándalo de muchos era lo único que me fatigaba naturalmente; todo lo demás era sobrenaturalmente.

En el mismo profeta Isaías leí esto que fue mi consuelo, sin quitarme mis penas nocturnas:

"El tabernáculo servirá de sombra contra el calor del día, y de seguridad y refugio, contra el torbellino y la lluvia" (Is. 4.,5-6).

Entonces como temerosa por mi abatimiento de las noches, le dije a Dios: Dios mío, los que están abrasados por el calor del día, es decir, por el cansancio en las luchas, buscan las sombras del tabernáculo; pero los que como yo, no salen abrasados por el calor de las luchas, porque no salen de ellas, ¿qué harán? Esperaré confiada a que el Señor del Tabernáculo me traiga las amadas sombras y me refresque con el suave aliento de su misericordia.

Comprendo que he sido cobarde en el luchar de mis noches, por lo cual he podido decir, que he quedado en el campo. Espero, así tendida en él, a que Dios traiga su refrescante lluvia de paz, para cubrirme en el mismo campo de mi derrota. Aunque esté muy culpada, esperaré en Ti, Dios mío. Este acto de abandono, me daba fuerzas para la noche siguiente y así aumentaba mi valor.

Más adelante dice Isaías:

"Y este varón será como un lugar de refugio para guardarse del viento y guarecerse de las lluvias y tempestades; como arroyo de frescas aguas en tiempo de sequía y como la sombra de una alta peña, en medio de un ardiente páramo" (Is.32,2)

Dios mío, cuando mis pobres compañeras en la misión, a que las llamáis, estén rendidas por la tribulación, despedazadas por el viento de la persecución, exhaustas por la sed, o abrasadas por los ardores del dolor, mostradles a Jesús como Soberano refugio, como baluarte y defensa, como agua refrigerante y como sombra que les devuelva la paz.

Con esta oración sentí gran confianza de que no les faltaría a las misioneras fieles el socorro necesario, para soportarlo todo por la gloria de Dios.

Años después he observado lo que en aquellos días de mis dolores y angustias nocturnas, no alcancé a columbrar. Que esas agonías eran como una paga anticipada que Dios me pedía, por la fuerza que les daría a las misioneras. Como que en esas agonías y amarguras me obligaba Dios a comprarle el valor del futuro. Y los versículos de Isaías, los medios de

darme valor para hacer la compra. ¿Será atrevimiento comparar esto Padre mío, a la agonía de Getsemaní?

No podía apartarme de Isaías. Más tarde volví a tomarlo y me alentó el verso que dice:

"Yo soy el Señor, ése es mi Nombre. La gloria mía, no la cederé a otro ni el honor mío, a los vanos simulacros de los ídolos" (Is. 42,28).

La gloria que ha de resultar de la obra de los indios, es como la que se desprende de todas vuestras obras, Dios mío; vuestra y sólo vuestra. No permitáis que yo, mísero instrumento, me arrogue ni lo más mínimo de ella.

El Señor, ése es tu nombre. El Señor, dueño de toda gloria y bendición. ¡Criatura miserable y pecadora, ese es mi nombre; la acreedora de toda ignominia!

Temía un día, que una vez en la misión me olvidara del espíritu que debe animar el apostolado y en mi temor abrí de nuevo a Isaías y leí: "No temas, pues yo te redimí y te llamé por tu nombre, tú eres toda mía".

Sentí tal seguridad que inmediatamente me calmé. ¡Te llamé por tu nombre! ¿Cuál es a tus ojos Dios mío, mi nombre? El nombre y el destino de tus hijos, suelen tener relaciones misteriosas. ¿Cuál es pues mi nombre? Destinada a esperar sin cansancio, ¿me llamaré Esperanza? Veo tanto mi miseria que pienso que me llamo nada. Ése es mi nombre: la nada que espera.

Volví a leer y encontré: "Dámelos, diré al Septentrión y al Mediodía; dámelos, no los retengas; tráeme a mis hijos de sus remotos climas y a mis hijas del cabo del mundo"

En este verso encontré mi oración favorita. Tráeme a los infieles de sus remotos climas y a mis hijas las misioneras del cabo del mundo. Me pareció esto como una revelación y todavía hago esta oración, confiada en que no han de faltarme infieles ni misioneras, aunque tenga que ir a remotos climas y vengán del cabo del mundo las operarias de la salvación de ellos.

¿No observa Padre, que todo contribuía maravillosamente a esforzarme y que el profeta Isaías escribió para mí?

Si me envías, Señor, a las misiones, cuando cansada de las luchas que ahora como proféticamente siento, me olvide del sacrificio íntimo y del espíritu que me das, me esforzaré con estas palabras de Isaías:

"Vuestras calendas y solemnidades son odiosas a mi alma; las tengo aborrecidas, cansado estoy de aguantarlas."

Nada es Dios mío, la obra que no lleva el espíritu. Si las obras solas te agradaran, ya podríamos decir que las máquinas te sirven y te servirán con mayores ventajas que nosotras. Por eso prometo trabajar por conservar el espíritu que me inspiras.

Un día que el peso de mis pecados me acosaba, volví a la mina, es decir a Isaías y encontré: "Yo soy, no obstante yo soy el que perdono tus pecados, por amor de mí mismo y no me volveré a acordar de tus iniquidades".

No alcanza la pobre mente humana a comprender el abismo de misericordia que encierran estas palabras. ¿Habrás algo más dulce? ¡Solamente la eternidad es suficiente para gustar la suavidad que destilan en el alma pecadora! ¡Después del pecado se siente tanta imposibilidad de olvidarlo! Es tanta la miseria que trae al alma, que parece imposible que Dios diga: "Yo no me acordaré más de tus iniquidades" ¡Sin embargo es una verdad! No se volverá a acordar de ellos... ¡Me lo asegura su misma palabra! Sólo El que es infinito puede perdonar tan infinitamente. ¡El recuerdo de mis caídas será ya menos amargo porque cuento con el olvido de Dios!

CAPÍTULO XXV

- LLEGA EL AÑO DE 1914 - SE ME ABREN LAS PUERTAS DEL
CARMEN - NUEVA ENTREVISTA CON MONSEÑOR CRESPO
- GOLPE DE BENDICIÓN PARA LA EMPRESA - CONFIAR EN DIOS ES
LO MISMO QUE TENER - PRIMERA COMPAÑERA DE IDEALES
- DOS CORAZONES REPLETOS - FE Y AMOR, LOS DOS
MENSAJEROS - ÚLTIMA CUARESMA EN EL MUNDO

*" Espera al Señor y guarda su camino; y te ensalzará
para que tomes en herencia la tierra". (Sal. 36,34)*

Llega el año de 1914

En medio de estas gracias y de estas pruebas del amor de Dios a mi alma, llegó el año de 1914, el que en los designios de Dios, había de ser el de gracia para los pobrecitos indios del occidente de Antioquia.

Todavía principié el año, trabajando en el puesto de maestra oficial, pero lo hacía como de paso porque un secreto testimonio de la voluntad de Dios, me decía que ya muy pronto, podría vivir de sólo su amor y de su gloria.

Verdaderamente padre mío, hay estados del alma que presagian la avenida de nuevas gracias y dan como seguridad de ellas. Son algo así como estados proféticos. Así creo que se anunciará la gracia final de una muerte santa. Cierta acrecentamiento de gracias, suele preceder al desarrollo de una de mayor cuantía. Por eso, al principiar el año de 1914, hubiera yo asegurado que la gracia de la realización de la obra de los indios estaba ya a la puerta.

Se abren las puertas del Carmen

También se proyectaba en aquel año la apertura de un convento de Carmelitas, cuyo local, ya terminado, había sido empezado por iniciativa mía y aún con algo de dinero de mi propiedad, dinero que había dado como anticipo de dote, desde antes de ser desechada por las Carmelitas como persona sospechosa, bajo condición de ser recibida en él. Pues este año de 1914 iba a inaugurarse el convento de mis sueños.

Como ya mi nombre no infundía sospechas, al menos en algunos, las Carmelitas sin duda, por cumplir esa obra de justicia, puesto que a mi

iniciativa y esfuerzos se debía ese convento, en mucha parte, me llamaron a decirme que me preparara porque la fundación se había de hacer en esos meses y que yo sería una de las siete primeras fundadoras.

Con mucho menos que esto hubiera yo tenido, unos años antes, para enloquecerme de alegría. Pero, ahora, ni mis deseos eran lo que entonces en ningún sentido, ni era ése mi único anhelo, como antes. ¡Ya la celda me parecía buena para morir pero los montes y las playas solitarias y ardientes, eran mis teatros para vivir! Además, ya para mí nada deseaba y años hacía que Dios mismo era mi celda, de modo que mis lágrimas por ser carmelita, se habían secado. Pero, debo confesarlo, me quedaba algo parecido a respeto de mis antiguas aspiraciones. Por consiguiente, respondí a la Madre, dándole las gracias y diciéndole que iba a consultar con mi confesor acerca de la resolución que había de tomar. Tampoco les había ocultado a las Carmelitas mis trabajos y operaciones para lo de los indios.

Me preguntaban, al oír mis planes, para lo uno y para lo otro:

- ¿Y qué quieres?
- Nada más que lo que Dios quiera. Por mí no deseo nada; pero como he de vivir, viviré donde Dios me señale.
- ¿Tampoco tienes deseo de irte a buscar los indios? Me preguntaron.
- No, les contesté, no lo deseo, es que creo que Dios lo quiere.
- De modo que, ¿tampoco deseas hacerte Carmelita?
- No, les respondí.
- Entonces, ¿desprecias la celda que te ofrecemos y por la cual tanto has llorado?
- No, tampoco. No sé si Dios querrá que viva en esa celda o en los montes.

Consultaré y les avisaré.

Quedaron las buenas Madres tranquilas, dejándome la celda y esperando mi resolución. Me presenté al confesor, el mismo que tenía alguna experiencia de mis anteriores anhelos de celda. Después de oírme me dijo:

- Diga a las madres Carmelitas que bueno, que acepta la celda. Y qué hago, le dije, con mis asuntos de indios, ¿los desbarato?
- No, me contestó: Haga todo lo que esté a su alcance por arreglar el viaje a occidente, como si sólo en eso tuviera que pensar; y haga cuanto le

manden las madres carmelitas, para entrarse al convento como si sólo eso tuviera entre manos.

Muy tranquila salí a decir a las Madres que aceptaba la celda. Ellas, riéndose, sólo me preguntaron:

- ¿Y qué va a hacer con sus cosas de occidente?
- A seguir las, les contesté, esa orden he recibido,

Luego me dijeron que a los 15 días debía llevarles la fe de bautismo, la de confirmación, la de matrimonio de mis padres y el certificado de buena salud, firmado por dos médicos graduados.

Empecé a dar estas vueltas con la mayor puntualidad. Cuando me presenté al médico para ser examinada a fin de obtener el certificado de buena salud, muy sorprendido me dijo:

- ¿Y que hacemos con lo del Caquetá, si se entra al Carmen?
- Lo que Dios quiera, le contesté.

Le corté pronto el hilo de curiosidad que mostraba y con el certificado, me presenté a las Carmelitas, precisamente, de paso, al venir de un almacén en donde tomé telas para hacer los vestidos de misioneras.

Nueva entrevista con monseñor Crespo

Mientras todas estas cosas ocurrían, yo un poco inquieta por los afanes que el padre Luis, porque todas las compañeras fueran de alta posición social y viendo que las que ya había llamado no tenían la dote que el reverendo padre exigía, que eran 1.000 pesos oro, cosa imposible pues no se trataba de ir a una comunidad religiosa, puesto que yo sólo las convidaba a las selvas y a los trabajos, con la muerte delante en donde quiera, sin asegurarles siquiera de que tendrían pan.

En esta perplejidad resolví presentarme al señor Crespo quien ofreció atenderme en Santa Rosa⁶⁷, en donde estaba de visita, pues todavía tenía la sede en Antioquia.

⁶⁷ Población situada en un hermoso valle a 2.640 metros sobre el nivel del mar. Posee un clima frío agradable. A mediados del siglo XIX se inició su desarrollo intelectual originado por la pujanza del progreso de la minería. Cuna de hombres ilustres, es sede Episcopal.

Con una de las señoritas que debía ser compañera en la obra, me fui a buscar al señor Crespo, naturalmente llevé, para mostrárselo el hermoso retrato, de aquella elegante monjita, tomado para el padre Luis.

Mi viaje a Santa Rosa, fue como un desenlace fatal de los negocios con los padres carmelitas. Confieso, sin embargo, que iba convencida del buen espíritu que me parecía entrañaba en las prescripciones del reverendo padre Luis, pues por más que ellas se apartaban de lo que yo conocía como evangélico, siempre creía que en el fondo, debía de haber algo que yo desconocía y que sacaría a buen término la obra. De modo que me presenté al señor Crespo, con la mejor buena fe, creyendo que él subsanaría lo de la suma que las compañeras habían de dar.

Ocultaba el famoso retrato, debajo de la mantilla, cuando me presenté con la intención de mostrarlo, después de hablar un poco del proyecto. ¡Pero Dios mío! No pude sacarlo, ni menos enseñarlo, porque desde que entré, el señor obispo me dijo enojado: No venga a hablarme de las gasas y sedas del padre Luis, porque con ellas, me tiene cansado. Luego, señalando un montón de papeles me dijo: Mire así es el montón de cartas que tengo, en las que ese padre habla de sus elegantes vanidades. No me hable de eso, porque lo que es en mi diócesis no fundará el padrecito su vanidad. Quise responderle en favor del padre pero no me dejó. Me dijo: Ayudo, protejo y bendigo esa obra, si se hace del modo humilde, pobre y modesto que usted me dijo al principio, pero así como lo sueña ese padre, esta lejos de mí la tal obra. Ese padre se quiere levantar como una palma y caerá como un coco... ¡Vi desplomarse toda mi ilusión, pero no mi esperanza! Es que no era tal. Era una convicción, una seguridad, lo que Dios me había dado. Sin embargo, con semblante entristecido le dije: ¿Y qué hacemos?

- Nada, me respondió. No tengo sacerdotes y sin auxilio espiritual no pueden irse.
- ¿De modo que todo se acabó? Le repuse.
- Sí, todo, ¡porque con soberbia no se hacen las cosas de Dios!

Ya con las lágrimas en los ojos, le dije: ¿Y los indios han de perderse?

- ¿Y que hacemos? Me contestó.

No me atreví a decirle nada más. Y ¿qué había de decirle? ¡Cada vez, ocultaba más el retrato debajo de la mantilla!

Después de conversar un poco de cosas indiferentes, salí desconcertada, no tanto por la pérdida de mi ilusión, cuanto por pensar como era que un religioso podía emprender una obra de Dios con base de vanidad. Pero ya lo entendía o por lo menos había salido de mi error. Autorizada por una opinión que tenía por qué ser para mí, respetabilísima en el asunto. Me convencí que puede uno engañarse hasta tal punto, que llame blanco lo rojo.

Como se verá, más adelante, ésta fue la semilla de una gran persecución.

No dejé de preguntarle al señor, Crespo, sobre la conducta que había de observar con los padres carmelitas. Me contestó que no volviera a contestar las cartas del reverendo padre Luis, que hiciera como él, que desde que le estaba escribiendo lo de las gasas y sedas, lo había dejado hablando solo.

La señorita que me acompañó a Santa Rosa, contaba con que nos demoraríamos allá otro día, pues así lo había prevenido yo, según creía que tendría que hablar con el señor Crespo respecto al viaje que creía por las manos. Al salir de la fatal entrevista, fatal digo, por cuanto se acababa la ilusión pero verdaderamente fue salvadora, le dije que nos vendríamos al día siguiente.

Sorprendida me preguntó por qué. Como no podía decirle la verdad ni mentirle, le dije solamente que así convenía. Con esto ella se llenó de dudas acerca de mi lealtad y de la verdad de mi empresa y se enojó mucho. Con nada pude calmarla y hube de regresar con ella, en medio de la amargura de verla enojada y riñéndome constantemente porque la estaba engañando. Por fortuna, como era una de las que había de acompañarme a la empresa, con esto la conocí y me libré de asociarla a la obra.

Volví a Medellín en la misma actitud resuelta y confiada, aunque con los caminos cerrados, pues acababa de perder la bella esperanza de los padres carmelitas.

Con la demora, las gente, al menos algunas, creyeron que yo entretenía el tiempo, mintiendo y hasta hubo quienes opinaban, que por malos fines procuraba conseguir padres para la empresa. Así es el mundo. Vez hubo que un maestro me dijo con malicia: Ustedes naturalmente, no quieren irse sino con hombres, a donde bien pueden ocultarse.

Como esta prueba estaba prevista, pues de todo me advertía la experiencia de la vida, y bien había advertido a las compañeras de ello, esto no nos hizo grande impresión, verdaderamente, padre mío, con apego a la reputación, no es posible emprender las obras de Dios. Si el buen nombre es, según dice la Sagrada Escritura, una cosa preciosa, hay ocasiones en que Dios pide de nosotras, renunciar a él por su gloria. Para mí, ya era lo mismo que mi nombre fuera blanco o negro, porque así me había formado Dios a fuerza de altos y bajos en materia de reputación, ya que fui para unos, santa y para otros, demonio. Bien sabe Dios lo que soy y he sido y eso me basta. Por eso he procurado siempre que mis hijas se formen con ese mismo desprendimiento. El buen nombre, cuando Dios no quiere que lo tengamos, es pura paja.

Comencé nuevo año de trabajos escolares, llena del brío que me daba la esperanza; pero como digo, sin nada que humanamente me hiciera prever que el plazo de espera tocara a su fin.

En los primeros meses de 1914 vino el señor Crespo a Medellín, a disponer su viaje a Roma. Me presenté a lamentarle y a decirle que ya los padres carmelitas pedidos por el padre Luis, habían salido de España. Déjelos venir, me dijo, que al llegar hagan lo que quieran. Lo que siento es que hace meses que les di el dinero para el viaje; pero eso nada importa. En Frontino les di una casa y a esa vendrán; pero no los ocuparé. Usted vea si de pronto encuentra un sacerdote que quiera acompañarlas y con él, se irán a fundar la obra como usted la ha pensado y así Dios la bendecirá.

Aquello me parecía imposible, porque ese camino ya estaba trillado y aunque había sacerdotes que, al oírme se llenaban de entusiasmo y hasta me suplicaban que los enrolara en la obra, ninguno se resolvía a parecer loco. Total que aquello me daba poca esperanza. La que tenía, toda se cifraba en Dios.

Golpe de bendición para la empresa

Comencé una serie de oraciones especiales, pidiéndole a Dios ese sacerdote. Hablé con muchos, pero la negativa era la única respuesta. Me asusto padre, al recordar cómo en estas disposiciones y dificultades, tenía ánimo para desempeñar mis oficios de maestra y vicepresidenta de un Liceo, sin dejar de disponer viaje definitivo y de atender a las exigencias de las carmelitas que disponían mi viaje al convento, para los primeros meses del año.

Dios no me faltaba con fuerzas y presencia de ánimo para todo, inclusive para arreglar mis negocios exteriores, de modo de poder dejarle a mi hermana modo de quedarse en Medellín y arreglarle renta y vida a mi madre, en caso de que resolviera quedarse. Por fortuna, como ella deseaba irse, una palabra del señor Crespo, quien calificaba el viaje de ella como convenientísimo, para mayor respetabilidad de nuestra vida en los montes, me animaba a llevarla a pesar de su avanzada edad y de su mala salud, pero faltaba la resolución definitiva de ella, pues se le oponía casi toda la familia. Sobre todo su hermano mayor, me hacía cargos tremendos, si intentaba llevarla.

En medio de estas luchas estaba, cuando acerté a oír una Misa en la Veracruz⁶⁸, de un padre desconocido. Tan luego como se acabó la Santa Misa, pregunté al sacristán quién era aquel sacerdote y me dijo que le parecía que era el cura de Dabeiba⁶⁹. Lo seguí y, aunque tenía urgencia de ir a clase a aquella hora, envié a decir a las otras maestras que me reemplazaran. Entré a la casa donde el padre había de desayunarse y allí lo aguardé con la más viva ansiedad. Le hice la propuesta de atenderme a las necesidades espirituales en Dabeiba y él como quien no pone mucho cuidado a la cosa, me contestó que, sin detrimento de sus feligreses, lo haría con mucho gusto. No sabía el padre, que daba el golpe de bendición a una empresa que no le había llamado mucho ni poco la atención. Me dijo, sin embargo, que como la parroquia no le producía la vida, tenía que hacer inmediatamente después de su regreso, una correría que le diera algunos fondos para la vida, y que duraría tres o cuatro meses en ella.

Volé a contarle al señor Crespo que aún se hallaba en Medellín, el dichoso encuentro. Lo celebró mucho y me dijo: Disponga, pues, el viaje y váyase con mi bendición y con los sentimientos de pobreza y humildad en que ha pensado siempre realizar su empresa. Tome de una vez algo para los primeros gastos; me dio 220 pesos y me dijo: No le doy más, porque al fin es un ensayo y no está bien exponer mucho dinero.

Le repliqué que en caso de que la obra no saliera, yo le reponía el dinero que se hubiera gastado. El, con la generosidad que le caracteriza, se apenó y me dijo que, eso jamás.

⁶⁸ Iglesia de la Veracruz, pequeña iglesia colonial de Medellín. Su fachada se ha conservado sin reedificar. Conserva su aire español.

⁶⁹ Era Cura de Dabeiba en ese entonces, el padre Carlos Germán Duque Velásquez.

Salí de allí, con el alma que no me cabía dentro del cuerpo, según era mi alegría. Me dirigí a mi altar favorito y le dije a la Virgen: Ya esto está, ahora lo que falta es que dejes rodar el carro y si quieres me ofrezco para rueda de él, de modo que sobre mí vengan todos los tropezones. Pero no detengas el carro, porque muy pronto he de ver indios, aquí a tus pies. ¡Me pareció aquel día, más bella, la Señora de mi vida!

Confiar en Dios es lo mismo que tener

Manos pues, a la obra. Ya la gente ni se preocupaba de saber cómo había arreglado las cosas. Hice llamar las compañeras; pero ya las demoras, me habían quitado varias, entre otras a la señorita Libia Correa, cuyo confesor, por no esperar más, la había llevado a las puertas del Buen Pastor. Era la de mejores esperanzas; pero yo sabía que Dios había hecho ya su elección, aunque no sabía a quienes se había dirigido la venturosa voz.

El 11 de febrero, meditando en la multiplicación de los panes, me encontré con mucho qué alegrarle a nuestro Señor para que me diera las compañeras. Le dije: Tus evangelistas, Señor, hablan de dos actos de compasión, en la multiplicación de los panes. San Mateo dice que dijiste: "Tengo compasión de esta gente que me sigue, porque hace tres días que no ha comido nada" y San Marcos dice: "Estremeciéronsele las entrañas porque andaban como ovejas sin Pastor." (Mc 6,34)

Ambas compasiones, Jesús mío, tenéis a los pobres indios, porque hace muchos años que, teniendo el pan a las puertas, no han comido nada, y no sólo les falta el pan del alma, sino que hasta el del cuerpo les falta con frecuencia.

También andan como ovejas sin pastor, rodando por el mundo. Multiplica pues así, como los panes, las pastoras, es decir, las misioneras, para que les den tu Pan, ése que has hecho para ellos y que no ha habido quienes les den. La fe, Dios mío, es el pan de esas almas y ni saben que lo necesitan. Dame compañeras, o mejor, dime cuáles has destinado, a cuáles has llamado. No los dejes por más tiempo como ovejas sin pastor; dales al fin, el pan de la fe, aunque tengas que multiplicar los milagros de misericordia. Deja, Jesús, que tu Corazón se compadezca de ellos, para que tu gracia los salve.

Verdaderamente vi que la compasión de Jesús reposaba sobre los pobres indios y no podía menos que ser efecto de ella, el arranque de misericordia que ya veía venir sobre ellos.

Me había dicho el señor Crespo que llevara unas cuatro o cinco compañeras y no tenía sino una segura, es decir, que supiera cuál era; pero seguras las tenía todas, porque confiar en Dios es lo mismo que tener.

Primera compañera de ideales

La primera llamada, fue la señorita Mercedes Giraldo, de Marinilla. Había conocido a dicha señorita desde 1908, cuando fui maestra en aquella población. No recuerdo, cuándo la llamé, pero es la única que llamé sin que me lo suplicara. Sé sólo que desde el primer momento me dijo sí y que jamás trepidó. No necesitó de grandes explicaciones ni usó rodeos de ninguna clase. Con la misma sencillez con que se recibe un vaso de agua cuando se tiene sed, aceptó incondicionalmente. Las diversas vicisitudes porque pasó el proyecto no lograron ni desanimarla, ni llevarle siquiera la duda a su alma. Desde la primera invitación dijo un sí redondo, sin alteración y sin miedo. Apenas se conocerá vocación más sencilla. Ella había aspirado al Carmen y para hacerse Carmelita había trabajado muchos años; me dio su palabra, o mejor se la dio a Dios. Confió y reposó en la más paciente espera, sin volver a pensar siquiera en el Carmen. La perspectiva del hambre, de la calumnia, de la rechifla, del abandono y de cuantas cosas se preveía que podían venirle, no fueron bastantes para amedrentarla.

Desde aquel día del llamamiento comenzó a economizar cuanto pudo y todo me lo entregaba con tal desprendimiento que sorprende. De modo que cuando se llegó la realización de la empresa, le tenía una buena sumita de dinero. Jamás preguntó cuánto capital darían las otras. Se contentó con dar cuanto tenía, con alegría.

Ninguna vocación he visto más desinteresada; por eso Dios la ha premiado, como se verá después. Fue la primera llamada y la primera que se presentó a disponer el viaje. Ya hacía como año y medio, que me había acompañado en la primera exploración a Frontino y Rioverde. Ella, la que me dio su cabalgadura para el viaje último a Santa Rosa. Ella, en fin, la que imitó a San Pedro en la prontitud, para atender la voz divina. Tan pronto como llegó a Medellín, me entregó cuánto tenía y puso manos al trabajo de costurero para hacer los ajuares.

Dos corazones repletos

Pero mientras ella venía y las otras compañeras se presentaban, mis deseos se aumentaban a manera de sed devoradora. Por eso, el 16 de febrero

de aquel año bendito, escribí esto: Jesús mío, veo dos corazones repletos: El vuestro y el mío. El vuestro de deseo de salvar los indios y el mío, del deseo de ver saciados vuestros deseos. ¿Qué nos detiene pues? No lo sé; pero adoro vuestro designio sin conocerlo. ¿Se salvarán acaso con la vehemencia de mis deseos? Me complazco en creerlo así. Vuestros infinitos deseos son poderosos y los caminos que siguen son seguros! ¡Cuánta paz experimento en esta confianza! Siempre mis deseos estén a las órdenes de los vuestros y mi voluntad sea la vuestra. ¡Destruyase la criatura y viva sólo el Creador! ¡Acállense mis mezquinos deseos, delante de los vuestros! ¡Vuestro poder soberano, envuelva mi impotencia y resultará la salvación de los pobres infieles!

Fe y amor, los dos mensajeros

Y el 17 del mismo mes, escribí, queriendo preparar mejor mi alma para la grande gracia que ya tocaba a mis puertas:

"Decid a tal hombre que en su casa he de celebrar esta Pascua, con vosotros".(Mt 26,18). Los otros evangelistas dicen que Jesús les dijo que debían encontrar en la calle al criado de la casa, que llevaría un cántaro con agua; que la sala señalada para la cena, sería grande y alta y que estaría bien aderezada.

¡Cuánto me iluminan estas palabras, Dios mío! Yo soy el feliz dueño de la casa. Tú envías a tus dos mensajeros, Pedro y Juan, es decir, a la fe y al amor, a que vengan a pedirme el corazón para celebrar en él tu Pascua, es decir, tu alianza con los pobres salvajes. ¡Qué Pascua más regalada! Y ella se verifica en mí, pues soy el humilde instrumento que te has elegido. ¡Sí, fe y amor, tus mensajeros para las empresas de tu misericordia, se han entrado a mi alma y te dispondrán lo necesario para ese estrecho abrazo que pretendes entre tus pobres hijos de las selvas y tu mismo Corazón! ¡Dios mío, qué grande es y qué lujosa la sala que te has escogido, puesto que para tu gloria, me has dado este corazón grande y espacioso, en los inmensos deseos que tu amor ha hecho nacer en esta alma y que son los tuyos!.

Les dices también a tus mensajeros, Pedro y Juan, fe y amor, que encontrarán fuera, el criado con un cántaro de agua. Ése no es otro que el propio conocimiento que viene cargado de abundante agua del dolor de los pecados propios y ajenos. Dice que donde ese criado entre con el agua, entren ellos, es decir, la fe y el amor.

¡Qué bien escribieron para mí los evangelistas! Hace muchos años que me empeño en conseguir el propio conocimiento y de él ha brotado esa

agua bendita del dolor de mis propios pecados y de los de los pobres salvajes. Han entrado también Pedro y Juan, la fe y el amor. ¿Qué falta, pues? ¿Que tenga la sala desocupada? Pues todos mis afectos y pasiones han salido. ¿Necesitas además que esté bien aderezada? Pues... mis inmensos deseos de tu gloria, ¿no son el aderezo que deseas? Y si más quieres, yo haré salir de mi corazón todas las ilusiones que no sean la de verte servido y amado de todos; todas mis repugnancias que no sean contra el pecado y amoblaré la sala de mi corazón con el dolor supremo de la pérdida de las almas, con el dolor infinito de verte desconocido de los pobres indios, con un ansia muy grande de la cruz y con grande dosis de amor a tu Madre bendita. Lo que de estas gracias me habéis dado y lo que me diereis, lo pondré allí para hacer mi corazón como la sala del Evangelio, grande y alta. Entrarás entonces a celebrar tu pascua con los pobres indios, y me legarás una inquebrantable unión contigo que me disponga para la pascua eterna en donde pretendo, con las almas de los indios, servirte de cordero asado, ¡pero asado al fuego de un amor ardiente y de un hambre loca de tu gloria y de grandes penas que padezca por tu amor!

Si no me propusiera, Dios mío, vaciar mi corazón hasta la desnudez absoluta de deseos, admitiría el de pedirte me dieras larga y penosa jornada de la vida, para trabajar muchos años en la salvación de las almas; pero no admitiré tal deseo, prefiero tu voluntad a todo, hasta el heroísmo del deseo. Pero, Señor, entra pronto según tu voluntad a celebrar esta pascua bendita que desde la eternidad tienes dispuesta con los pobres infieles. ¡Mi corazón ansía por el momento de la gracia salvadora de esos infelices! Mi corazón será el teatro de ella y espera con ansias de muerte...

Última cuaresma en el mundo

Mis deseos crecían, pero aún me pedía Dios nuevos esfuerzos y como que, a pesar de mis multiplicadas atenciones a escuela, viaje, consecución de compañeras, arreglo de entrada al Carmen, la disposición interior, me reclamaba sin cesar. Por eso quise pasar aquella última cuaresma del mundo, en el mayor recogimiento, pues me parecía que cualquier descuido de mi parte, iría en perjuicio de mis pobres redimidos de las selvas. Me propuse en aquella santa cuaresma, sacar tres frutos que sentía ser las cosas más precisas para mis disposiciones a la gracia de la conversión de los indios. Estas fueron: Nuevo y más intenso dolor de mis pecados; espíritu grande de penitencia y recogimiento amoroso y constante, para lo cual traté de cercenar mis amistades con las maestras mis compañeras, pues con ellas, ordinariamente me entretenía un poco.

CAPÍTULO XXVI

- ABSOLUTA CONFIANZA - MI IDEAL DE OLVIDO, DESPRECIO Y HUMILLACIÓN - ESCRIBÍ EL REGLAMENTO - FRACASO DEL REGLAMENTO HECHO CON UNA AMIGA - LAS COMPAÑERAS DE LA OBRA - PREPARATIVOS DE VIAJE - CONSEGUÍ AUXILIO EN LA GOBERNACIÓN - TONELADAS DE CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA - SE FIJA LA FECHA DEL VIAJE - DIOS ME PIDE LO HEROICO

"Inteligencia te dará y te instruiré en este camino por el que has de andar: Tendré fijos sobre ti mis ojos". (Sal. 31,8)

Absoluta confianza

Como arreciaba entre algunas personas, la tempestad de dudas acerca de mi conducta, creí ver en esto alguna preparación a la humillación que más tarde me vendría y me consolaba grandemente con las palabras de Job: "Aunque el Señor me quite la vida, en Él esperaré; en todo caso yo expondré ante su acatamiento mi conducta" (Job.13,15).

¡Estas palabras las hago mías Señor! Que bramen los hombres, que digan y revuelvan el mundo a mi rededor, no importa; no importa porque mi confianza será mi argumento delante del acatamiento de Dios; ¿quién que confió fue jamás engañado?

"Mira que el testigo de mi inocencia está en el cielo y allá arriba reside el que me conoce a fondo" (Job 16,19). Este texto de Job me sirvió mucho tiempo en las calumnias, pero muy especialmente en los últimos días de mi permanencia en Medellín. Con motivo de él, escribí entonces:

Sí, delante de Vos, Señor, no soy inocente, porque ¿quién estará limpio ante tus ojos? Conoces sin embargo en el fondo de mi alma que el cieno de que está llena es objeto de constante humillación para mí y que los delitos de que me hacen cargo los hombres no los he cometido y que vuestro mismo brazo, me ha librado de tales iniquidades. Seréis pues mi defensa y como a tu siervo Job, me libraréis de la ignominia en el último día, cuando vengáis a cumplir vuestras justicias. ¡Tengo plena confianza de que, un día, tornaréis en luz mis tinieblas!

Envuélvanme ellas, en buena hora, mientras dure esta vida que se mide por el miserable tiempo, ¡porque la luz será mía, durante la eternidad! ¡Ay, en aquel día que yo me sé, te coronaré con almas de infieles!

Mi ideal de olvido, desprecio y humillación

Todavía en los días a que me refiero, sentía algo como penumbra de las luces que en un tiempo me daba el ardiente deseo de humillaciones y cuando me veía tan calumniada, en las vísperas mismas de abandonar el mundo, cambiándolo por las selvas, me ilusionaba de que quizás esas humillaciones eran preludios de esa ignominia absoluta de que me hacía sentir el Señor tanta sed, desde mis primeros pasos en la vida cristiana o piadosa y gozaba pensando que, me iría a la selva seguida de violentas calumnias y que allí continuaría en odio profundo de todos, trabajando, sin que jamás se supiera, en favor de los amados indígenas. Pasaba horas enteras saboreando estas cosas y sintiéndome ya envuelta en el velo querido de la ignominia completa, en unión inquebrantable con Jesús en su Pasión. Esas horas me hacían feliz, padre de mi alma.

Dios permitió verdaderamente que se me ocultaran cosas que cualquiera adivinaría. Por ejemplo, me sentía convencida de que, una vez en las selvas, nadie volvería a acordarse de mí, ni yo tendría que volverme a acordar del mundo para nada. Como muestra de esa convicción, puedo referir una cosa curiosa, que después me ha hecho reír no poco:

Fui con una de las compañeras de la escuela, la señorita Mercedes Restrepo, a una librería, a comprar los útiles de escritorio que debía llevar. Tomé unas 50 hojas de papel de esquila y otros tanto sobres. Me dijo la compañera que era demasiado poco, que ella estaba convencida de que iría a llevar varias resmas de papel. Con la mayor certeza le contesté:

- No creas, yo no volveré a escribir, sino, a lo más, una carta o dos por año para mis dos hermanos y con este papel, me sobra para varios años...

Pobre de mí. Cuánto me engeguició Dios, para que no echara pie atrás. La compañera me replicó: Verá que de allá, del pleno monte, va a empezar su vida pública y que no va a ser como la de Nuestro Señor, de tres años, sino más larguita...

Me reí de ella y me pareció la mujer más boba del mundo. Por mal, casi, me hizo comprar un poco más de papel; pero sólo por complacerla lo hice, porque no se me ocurría que ella tuviera razón. ¡Dios mío, y sin embargo, hablaba como un evangelio!

Es otra de las misericordias de Dios conmigo, reverendo padre, el haberme ocultado esto y que la obra iba a resultar en una fundación religiosa, porque si lo sé, quizás no hubiera tenido fuerza para emprenderla. ¡Bendito sea Él, para siempre!

Para mí, todo se reducía a realizar en los montes, salvando almas, mi ideal de olvido, de desprecio y de humillación, sin jamás ser religiosa, es decir, sólo con el sacrificio absoluto que deseaba y en las amadas humillaciones que esperaba hacía tanto tiempo y, para colmo de dicha, salvando almas.

Ay, padre de mi alma, esperaba con ansia, sobre todo el olvido que jamás había probado y que estimo quizás más que la humillación y el desprecio, porque esto último tiene algo como de excelso, mientras que el olvido no. Por eso, escribí una vez, haciéndome la ilusión de llegar a ser olvidada, mi gran ideal en el Carmen:

¡Presiente, Dios mío, esta vuestra criatura miserable, que a esta creciente de humillaciones, desprecios y persecuciones, ha de suceder el olvido. Lo acepto y lo deseo vehementemente, Dios mío!

¡Oh! El olvido... querido olvido, vengan tus sombras y me envuelvan, sepultándome aunque sea en el centro de la tierra; síganme en mis anhelos de salvar las almas de los pobres infieles en general. Sienta, amado olvido, tus reales en mi pobre personilla... Sepan entonces los ángeles que olvidaron los hombres lo que antes pisotearon y que lo olvidaron en la misericordia infinita. ¡Salió del concepto de cosa despreciable, para no ser ni aún despreciable!

El hombre jamás me recuerde: Siempre me olvide. ¡Dios nunca me recuerda, porque jamás me olvida! Esto me basta. ¡Dichosa el alma olvidada de los hombres!

A veces, revisando estas cosas que escribí entonces, padre, se me ocurrió que son juegos de palabras bonitas, o que me parecían tales; pero recuerdo que me brotaban tan espontáneamente y que eran seguidas de tales afectos, que no puedo menos de creer que fueron dadas por Dios, para formar el espíritu que después tanto he necesitado. Además, hoy me parecen exageradas algunas, sobre todo, las que se refieren a las humillaciones, porque hace mucho tiempo que lo que entonces llamaba así, dejó de parecerme tal; ya la humillación no me humilla ni me duele. La llamo así, porque así es la costumbre. Parece que me hubiera hecho insensible

también a las pasadas, porque ahora mismo que escribo algunas, su recuerdo es como algo refrescante; no se me vuelve humillación verdadera. ¿Qué será esto? No pasa por mi alma nada desagradable al recordarlas y sí, algo como un aliento de verdad y de Dios.

Hay en mi alma tantas cosas que no entiendo... Mis sentimientos viejos en lo de humillaciones hoy me apenan, como me apena el haber llorado cuando estaba niña, por la pérdida de un juguete. Pero como he de obedecer a referir las cosas como pasaron y darles el nombre que les daba, ahí están tales como las veo en la memoria.

Escribí el reglamento

En éstos o parecidos sentimientos me ejercitaba para preparar mi interior a la gran gracia; pero creo que la mejor y casi única buena preparación, la hacía Dios, prolongando mi dolorosa espera y aumentando cada día la amargura y el sentir caer las almas de los infieles durante las noches.

No sé como pude resistir, físicamente hablando, el empuje de tales amarguras. Espiritualmente, me sostenía lo poco que podía leer en los libros de la Sagrada Escritura, aunque el tiempo era demasiado poco.

Para prueba de cómo tenía que hacerlo rendir, se me ocurre referir, cómo escribí lo que llamaba. "Reglamento que deben observar las maestras de los indios" (Lo que después vino a ser, la base de nuestras Constituciones).

No recuerdo si dije antes, que desde uno o dos años antes del viaje, un padre confesor me indicó que debíamos llevar un reglamento de vida y que debía hacerse antes. Puse manos a la obra en aquel reglamento que debía obedecer a las reglas de la mayor perfección cristiana. Pero no podía disponer para ello de más tiempo, que el que gastaban mis discípulas en resolver algún problemita en clase de aritmética; Se los escribía en el tablero, luego ellas en voz baja lo resolvía cada una, lo cual me dejaba momentos para la empresa del reglamento. De modo que mantenía a la mano el cuaderno y en cualquier momento, aunque fuera con todas las alumnas encima, hacía una reglita.

Dios permitió que sirvieran de algo; pero yo, si he de hablar con franqueza, esperaba que no servirían para nada; sin embargo, las hacía llena de fe en que Dios más tarde daría quien hiciera las que verdaderamente habrían de servir e informar el espíritu que se requería para obra tan nueva y

difícil. Siempre pensaba: Haré lo que pueda y Dios no me pide más, ni se ahogará en la necesidad de quién desempeñe o llene esta necesidad. Eso me dejaba tranquila, sin que me moviera siquiera a consultar, ni a pensar mucho las cosas, sino que las iba escribiendo a medida que me venían a la cabeza y como me venían.

Solamente cuando escribí el capítulo del celo creo que Dios me asistió en aquella labor, porque escribí sin pensarlo, lo que jamás se me había ocurrido y con una facilidad que me parecía que la mano se me iba sola. Cuando escribí el lema del monograma de María y lo del "Sitio" mismo, es decir, su elección, fue cosa que me asustó, pues jamás lo había pensado ni me había impresionado con él de un modo especial. No pude menos de escribir eso, sin pensarlo antes y cuando lo terminé, me conmovió e hizo derramar lágrimas en abundancia, sin que yo me diera cuenta del motivo de tanta conmoción. ¡Sabía sí, que Dios estaba cerca y sentía extraordinario respeto! Casi digo como Jacob: "Dios estaba aquí y yo no lo sabía".

No es que ahora crea, reverendo padre, que Dios no me asistió, sino en esa parte, porque después he tenido señales de que Él lo dirigió todo. Pero es que esas presencias extraordinarias de Dios en algunos casos, se acentúan con tal fuerza que parecen únicas. Una de ellas es a la que me refiero, al escribir nuestro amado capítulo del celo, que se conserva sin alteración ni añadidura hasta el presente, en las Constituciones.

Fracaso del reglamento hecho con una amiga

Cosa rara me ha parecido lo que a continuación va:

Tenía una amiga de mucho espíritu que me ayudaba en mis asuntos de indios: Ana Raquel Isaza. Era persona tan de la gloria de Dios y de tal confianza para mí, que cuando me vi tan llamada a la obra de los indios y tan inhábil para ella, consulté si podía entregar la idea a esa señorita, de quien yo estaba segura que la llevaría a cabo con la mayor perfección, mientras que en mis manos quedaba en las peores, por mil razones. Sin duda ninguna me contestaron que podía hacerlo porque recuerdo haberle dicho con la mayor seriedad que le dejaba la empresa, haciéndole presentes las circunstancias que a ella le favorecían para llevarla a cabo.

Ella, con la misma buena fe, consultó con su confesor y le dijo que de ningún modo debía recibirla. Esto fue tres años antes o quizá cuatro después del viaje al Chocó, que he referido.

Pues esta señorita se me ocurrió como propia para ayudarme a hacer el reglamento. Ella, como todo lo bueno que se le presentaba lo hacía, aceptó con la mayor buena voluntad. Comenzamos en los ratos en que podíamos juntarnos: Pero ambas hablábamos y ella escribía en borrador, para pasarlo a papel limpio; lo hacía con lápiz y con letra un poco confusa Ese borrador lo guardé y cuando quise, ya en la misión, pasar aquello a limpio, se había borrado por completo. Por fortuna no había sido sino una parte. Me puse a recordar lo que habíamos escrito y me fue imposible que me viniera a la memoria. Tuve que hacer de nuevo, todo el trabajo.

Digo que esto me parece raro; pero quizá es providencial, porque después he comprendido que las ideas de ella, en muchos de los asuntos de que trataban las reglas ésas, eran muy distintas a lo que debían ser y, como yo las prefería a las mías (que eran muy opuestas) asegurándome en lo mucho que le concedía en santidad y conocimientos en la materia, habrían presentado dificultades.

Las compañeras de la obra

Ahora, volviendo al arreglo del viaje y consecución de compañeras, debo confesar, que recuerdo muy poco. Si no recuerdo mal, llegaron en este orden:

Mercedes Giraldo, de quien hablé; luego llegó de Titiribí una señorita Uribe, quien fue admitida y principió a hacer su ajuar, pero pronto comprendí que su carácter no se prestaba para la peligrosa empresa y la despedí.

Después se aparecieron a pedir que las llevara, una señorita Rosalbina Cadavid, con otra llamada Carmen Rosa Jaramillo. Ambas de Girardota; pero cosa rara, Dios no las llevaba allí sino para abrirle el camino a una de las fundadoras más firmes. La señorita Cadavid, no pudo arreglarse por asuntos de familia y la Jaramillo, arregló, llevando unos \$200 que era como su cuota, pues cada una llevaría lo que pudiera, siendo el mínimo \$30.

En la segunda visita cuando vino precisamente a pedir órdenes para el viaje, llegó con una prima suya, a quien jamás había visto ni sabido que existía y me rogó que la recibiera, se llamaba Ana Saldarriaga. La misma señorita Jaramillo, partía con ella su cuota.

Olvidé hablar de una que entró en el asunto antes que estas últimas, la señorita Matilde Escobar. Fue mi discípula siempre y por apego a mí, así

lo confiesa ahora, determinó acompañarnos a la arriesgada empresa. Al principio le dije que sí, porque creí que se arrepentía y que sin duda se le oponía su padre, pues era hija única de dos viejos ya muy gastados y pobres.

Era tan mimada, como si hubiera sido millonaria y de compleción raquítica y hasta especial, pues se mueve con la misma facilidad que si tuviera los huesos libres como la comadreja.

Un tiempo atrás, le dije: no la llevo porque usted no sirve para nada. Esto era tan cierto que a mí misma me constaba que no había llegado a barrer ni a lavar una vasija, ni a nada. Ella se propuso entonces a ser útil, o mejor, a descubrir para qué podía servir y por fin advirtió y, con la mayor alegría, hizo viaje de su casa a decirme que ya sí la podía llevar porque había encontrado en qué ser muy útil. ¿En qué? le pregunté. Pues, mire, me replicó. Ustedes se van a enseñar a los indios al monte y yo me quedo con la cocinera en el ranchito, para cuando esté el almuerzo ir a llevárselo. Para eso sirvo mucho... Bueno, le dije, pero necesitamos una mochila de cabuya para llevar los trastos, le dije, recordando las costumbres campesinas para este trabajo. Con eso se fue a la casa y buscó una campesinita para que le enseñara a tejer la mochila. Aprendió la industria de las mochilas completa y ya se creyó con derecho a que la llevara.

Verdaderamente estaba muy joven y veía que era precisa para sus padres, a quienes ya comenzaba a ayudar con lo que ganaba en una enseñanza particular que tenía en su misma casa. Le dije ya seriamente no la lleve por ser hija única. Se puso a llorar y se fue. Pocos días después se apareció su padre y me dijo:

Mire señorita, vengo a decirle en mi propio nombre y en el de mi esposa, que no tenga reparo en llevarse la muchachita, porque nosotros quedemos solos, porque nosotros no nacimos con ella y siempre vivíamos y lo que queremos es la felicidad de la muchachita; aunque nos cueste la vida el dolor. La entregamos voluntaria y libremente. Dígame, ¿qué necesita para el viaje?. Tal resolución me llenó de edificación, pues bien sabía este santo hombre a cuántas fatigas, dolores y privaciones se tenía que someter su hija y cuánta era la soledad en que ellos quedaban, puesto que me dijo: Para morir, si no podemos hacernos asistir en la casa, nos queda el hospital, pero con la dicha de saber que la niña le está sirviendo a Dios. Ejemplos de esta clase se ven pocos, padre: ¿No le parece? Ésa de todos modos, fue pues de la lista.

Además, hacía muchos días, que me suplicaba que la llevara, una señora a quien conocía hacía muchos años; pero era de esas piadosas que saben de más en asuntos de piedad y de esas devotas trabajosas en el seno de la familia. Le tenía miedo y por eso la había rechazado mucho, pero ella insistía. Se confesaba con el mismo sacerdote que yo, y me resolví a consultarle mis dudas respecto a ella y me dijo, que estaba muy buena; le repuse exponiéndole lo que temía y me dijo: No, yo se la garantizo.

Por estas palabras le dije que sí y entró pues en el número, definitivamente.

Preparativos de viaje

La casa mía se veía ya en el vaivén de un viaje, desde hacía más de quince días porque como habíamos de vestir un hábito religioso, según disposiciones del primero que me permitió mover el asunto de catequización de indios, y el mismo señor Crespo lo había dispuesto, todas se reunieron a fabricar aquel ajuar. Era gracioso el movimiento y sobre todo la medida del hábito, porque la curiosidad de las niñas de la escuela, hacía de cada medida una fiesta.

El hábito consistía en una túnica blanca ceñida a la cintura con una faja azul; una esclavina azul, un gorro blanco, con botones azules. La túnica llevaba un zócalo también azul. El afán de llevar los colores de la Virgen y de poner un vestido atrayente para los indios, y no estorbo para los montes, nos hizo ponerlo así; pero ya se sabe, a cuántos cambios ha habido que recurrir.

Conseguí auxilio en la Gobernación

Para asegurar cuanto fuera posible el modo de vivir en Dabeiba, resolví presentarme en la gobernación a pedir una escuela en la población. Me dijeron que la de niñas tenía maestra, a la que no podían deponer y que la de niños hacía mucho tiempo que no la había, por falta de niños.

Con esa cara despejada que usaba para cuanto se relacionara con la obra, les dije:

- Pues ésa es la que deben darme.
- ¿Cómo, replicaron, sin haber niños?
- Sí, les dije con descaro.

- ¡Ah! ¿con que usted viene a enseñarnos a robar? Me repuso el gobernador que era el doctor Carlos Cock.

Si fuera esta la única lección de robo que ustedes reciben... les dije. Además, miren: El departamento está obligado a reducir los indios de Antioquia, no sólo por justicia, sino por Ley. Pues existe una, hecha de acuerdo con el antiguo departamento del Cauca, en virtud de la cual, el Cauca cede a Antioquia, esa faja del Golfo de Urabá, que le deja costas en el Atlántico; y Antioquia coloniza la región y catequiza los indios. Esa ley tiene años de expedida y no ha podido cumplirse por falta de quién se encargue de los indios. Ahora, yo les ofrezco cumplirles o proporcionarles los medios de cumplir ese deber legal. Es pues de justicia, que Antioquia me proteja; mas, como no pueden exponerse sumas considerables, puesto que se trata de un ensayo y ensayo de mujer, que tiene naturalmente menos probabilidades de éxito, no les exijo lo que pueden y deben gastar, pero sí un medicito* para sostenernos allá, mientras que encontramos los indios y nos pueden dar sueldos como maestras de indígenas.

Y para cumplir un deber de esa clase, o por lo menos para ensayar a ver si sale, por qué no han de poder hacer una trampita? Acaso la ley se ha hecho para perjudicar el bien sino para favorecerlo? La ley que dice que para crear una escuela se necesitan treinta muchachos asistentes no es mucho menor que la de justicia y de honor que pesa sobre Antioquia. No podría lícitamente sacrificarse lo menos, por conseguir lo más? Y eso tratándose de poco tiempo?

- ¿Y cómo legalizamos el gasto? me dijeron riéndose, (pero noté que mi argumento les había entrado).

De modo facilísimo, les dije: Ustedes saben que en Dabeiba no hay muchachos para la escuela y yo también lo sabré; pero de acuerdo con ustedes, para que no sea mentira, puesto que no los engaño, le pongo a la nómina 30 o 40 muchachos y ¡ya está! Yo por otra parte, no les pido muchachos ni los necesito, sino sueldo y ustedes necesitan ayudar a ver de qué modo pueden atender al cumplimiento de una Ley.

Sin dejar de reírse y de hacerme cargos, porque les enseñaba a robar, me hicieron el nombramiento; pero el Director General de Instrucción Pública, con mayor generosidad me dijo:

No sólo eso, sino que también le voy a dar otra escuela con el título de Maestra de indígenas y ambas las elevo de categoría, para que el sueldo

sea mejor.⁷⁰ Y esto para que el señor arzobispo vea que usted y yo, que somos los masones, somos los que fundamos misiones.⁷¹

Esto me picó un poco y le dije:

- Pero haga alguna diferencia, porque el señor arzobispo opina que usted es masón o modernista, con razón, puesto que a usted le parece lo mismo nombrar una maestra católica, que una espiritista, como acaba de afirmarlo; (acabábamos de pelear por eso). Respecto de mí, el señor arzobispo tendrá alguna mala y errónea información y nada más.

Entonces se rio y sólo me dijo:

- Aquí quedo a las órdenes para cuanto se le ocurra.

Todavía pensé que podía sacar más en la gobernación, así medio disimulado, porque legalmente no era posible hasta después de entrar en vigencia la Ordenanza que hacía poco había salido, a favor de la obra.

Entré de nuevo al gobernador y le dije:

- Mire, necesito llevar algunos utensilios de casa para servirnos en el ranchito que allá en Dabeiba consigamos o hagamos; no tengo con qué comprar ni una olla y pienso que aquí en la gobernación pueden darme algo para eso.

Riéndose mucho el señor gobernador me dijo:

- ¡Otra lección vendrá a darnos!
- Sí, le dije, ¡Es que como tengo tan buenos discípulos no quiero perder tiempo!

Llamó entonces a sus secretarios y les dijo:

⁷⁰ NOMBRAMIENTO: Escuela de Dabeiba creada y nombradas como Profesoras: Srtas. Laura Montoya, Matilde Escobar y Mercedes Giraldo, por Decreto N° 104 de abril 29 de 1914. Gobernador Carlos Cock. Secretario de instrucción pública Pedro P. Betancourt.

⁷¹ Ordenanza 17. marzo 30 de 1914. Se fomenta el adelanto de unas poblaciones y se provee la reducción de tribus salvajes. Art. 1°. El Gobernador del Departamento procederá a la mayor brevedad posible a entenderse con la autoridad eclesiástica competente a fin de atender del modo más eficaz a la reducción, evangelización y civilización a las tribus indígenas del territorio de Urabá y a la enseñanza de los niños. Carlos Cock. Secretario, Miguel Moreno. (Archivo de la Gobernación de Antioquia).

- Veán de dónde pueden darle a esta señorita algo dizque para comprar ollas para la misión.

Se rieron, protestando que en el presupuesto no había partida para eso. Entonces les dije:

- Partida para útiles de escuela, ¿no hay?
- Sí, me contestaron, aún queda una pequeñísima parte de lo indicado en el presupuesto, para esto, pero es para útiles.
- ¿Quién les ha dicho que ollas, platos, tazas, etc., no son útiles para una escuela en donde hay que hacerles de comer a los alumnos?
- Verdaderamente, dijeron, se podría justificar esa partida, diciendo: "útiles para una escuela de indios".
- Perfectamente, dije, pero quiero llevarlas ya, no sea que ustedes se arrepientan.

Efectivamente, llamaron a un empleado quien me entregó \$ 120.00 que dizque era lo único que restaba ya del presupuesto de útiles escolares. Yo sabía que era cierto esto, porque ya la vigencia anterior finalizaba. Salí contentísima y sintiéndome rica, con la intención, que he cumplido, de tener en la cuenta a estos señores delante de Dios, para pedir por ellos. Verdaderamente, sin la buena voluntad de ellos, todos mis argumentos se habrían estrellado contra un fruncir de cejas, como suele suceder en tales casos.

Toneladas de confianza en la Providencia

También algunas señoras amigas me daban limosnitas, de modo que no salimos tan desprovistas como parecía, si bien es cierto que, atendiendo a los grandes gastos de aquella empresa, era nada lo que llevábamos. Es, padre mío, que para las empresas humanas y con fines humanos, es necesario tener el dinero en la mano, para emprenderlas y ponerle manos a la ciencia del cálculo, poniendo a funcionar la contabilidad. Para las empresas de la gloria de Dios, el caudal debe ir en el corazón, en toneladas de confianza.

Por lo demás, es verdad que las obras de Dios no se hacen sin dinero; pero ese dinero está en lugares que Dios se sabe muy bien y los va sacando poco a poco según se van necesitando. ¿Y qué afán haya de verlos ni de saber en dónde están, si se sabe que se vendrán a tiempo?

Por eso, puedo hoy confesar que en los años que lleva la misión, he dejado de hacer algunas cosas convenientes, por mil motivos, pero nunca he dejado ninguna por falta de dinero. Esto lo afirman también mis hijas a una voz. Es que la asistencia de Dios a los asuntos de salvar las almas, es mayor que lo que nuestra mezquina razón nos dice. El Evangelio y su verdad se palpan, en las obras de Dios... "Ni siembran, ni siegan; no tejen ni hilan y sin embargo, comen y visten mejor que Salomón. (Mt 6,26) Dios mío, quién pudiera hacer que las gentes entendieran la verdad de esto. ¡No se lamentarían tanto ni buscarían el dinero por medios poco honestos!

Todos dicen que creen en el Evangelio; ¡pero cuán pocos creen en su verdad! Esto parece un disparate; pero no lo es en el fondo. Al sacerdote que, cuando le di la primera idea de la obra, cuando parecía una utopía solamente, me dijo: Dónde están los millones para esa obra, llamara yo ahora a que contemplara la obra hecha con millones que no tenía ni tengo, ni deseaba, ni deseo.

¡Bendita sea la fe! ¡Bendito el Evangelio que prueba esa asistencia de Dios por medio de su Providencia en el mundo! ¡Benditos quienes dan a Dios el honor de creer en su palabra escondida en los Libros Santos! Pero esta fe es como un secreto que pocos adivinan. Es algo guardado para muchos y descubierto, para pocos. Dios mío, dales a todos los que quieren servirte, ese secreto, el de creer en tu asistencia providencial en las cosas, y en las obras, y en los acontecimientos de la vida. Una cosa es decir creo y otra muy distinta es creer. ¡Cosa rara! Yo quisiera revelarles a todos ese secreto, el de creer de verdad; pero creo que sólo del cielo puede venir esa luz que lo debe revelar. Por eso se le debe pedir a Dios con insistencia.

Se fija la fecha del viaje

Volviendo a lo del viaje:

Medellín se movía a medida que se acercaba el día, de modo que, aparte de los quehaceres que he enumerado, tenía que atender a las gentes que llegaban a traer sus limosnitas, sus cacharros y a preguntar algo relativo a este viaje que se esperaban como acontecimiento raro.

Por fin pudo fijarse la fecha para él: se convino en que se saldría el 5 de mayo. Unas hacían ajuares, otras ropas para los indios; otras disponían, compraban o arreglaban las avíos para montar; otras empacaban, etc. Yo enseñaba porque aún no había hecho la renuncia de la escuela, por el de-

seo de no dejar de ganar unos cuartos más ya que con ellos podía atender el embeleso de mi vida, la salvación de esos pobres que, en las selvas de Dabeiba, estaban tan tranquilos ¡como si por ellos no se estuvieran agitando tantas personas y revolviendo tantas cosas! Todo momento que no estaba enseñando, ¡a la calle! ¡A mil cosas! Mis noches continuaban siendo las de la más espantosa agonía. Pero el sólo ver el movimiento de cosas misioneras, me daba bríos cada día. ¡Ay Padre de mi alma, lo que es ese empuje de Dios! ¡Hasta parece que uno se volviera de palo y loco, por demás! Con todo, no dejé de visitar a la Virgen de la Catedral dos o más veces al día. Allí me refrescaba del calor de la vida. Un poquito de espera, le decía y los indios te conocerán y te los traeré aquí a tus pies.

Dios me pide lo heroico

No bastaban estas cosas: Dios me tenía aún pendiente de las madres carmelitas. Ya les había presentado los certificados de médicos, la fe de bautismo, la de matrimonio de mis padres y, a estas horas me llamaron para tomarme medidas del hábito y decirme que la entrada al convento era a los quince días. Pero me dijeron que ya debía darles una resolución fija, puesto que la tela para el hábito era costosa y si lo cortaban, después no podía utilizarse porque de mi estatura no tenían otra aspirante.

Les contesté que hablaría con el confesor para que me decida. Me fui sin demora, a hablar con el padre Dueñas, le expuse la cosa tal como estaba pasando y como las carmelitas me dijeron. Calló un rato y luego me dijo:

- La llama Dios a lo perfecto en el Carmen y, a lo heroico entre los infieles. Está obligada a lo heroico: Puede decir a las madres carmelitas que dispongan de la celda.

Éstas fueron las palabras de este santo confesor. Tuve, sin embargo, valor para decirle:

- Esa celda la he rogado con lágrimas, hace veinte y más años.
- No importa, me dijo, nada tiene que ver eso. Dios le pide lo heroico.

No quise ir personalmente, a devolver la celda; les escribí a las carmelitas dándoles los agradecimientos y la definitiva de mi asunto. ¡Ay! Tiene el corazón cosas que se le pegan como yedras al árbol que las sustenta. Así fue para mí la idea de ser carmelita. Y digo, la idea, ¡pues que no fue vocación, por más que yo lo hubiera podido jurar!

Hubiera estado vivo el señor Pardo, para que hubiera visto realizado su pronóstico: "Tienes que ir a mostrar a Cristo a innumerables gentes", o hubiera podido hablar con el reverendo padre Luis J. Muñoz, quien me decía: "Usted tiene vocación para una comunidad no fundada todavía y extraordinaria". ¡Bendito sea el Señor que todo lo gobierna con tanta suavidad! Sin todas las vicisitudes que he referido, no hubiera yo podido mostrarme serena y casi indiferente, al entregar la celda, en esta solemne ocasión.

Las carmelitas me devolvieron la suma que, como anticipo de parte de la dote, les había dado y entró a los fondos del viaje a occidente.

CAPÍTULO XXVII

- VIAJE DE MI MADRE - CURIOSA DESPEDIDA - EN VÍSPERAS DEL GRAN DÍA - HERMOSA MAÑANA DEL 5 MAYO DE 1914 - ACERTADA OPINIÓN DE LOS CAMPESINOS - SOMBRA QUE EMPAÑÓ AQUEL DÍA - PRIMERA JORNADA - INSTRUMENTOS INHÁBILES - SEGUNDA JORNADA - EN BRAZOS DE DIOS - ATENCIÓN EN CAÑASGORDAS - SORPRESAS EN FRONTINO - SIGAN A SU DESTINO - OCURRENCIA DE MIS DISCÍPULAS - AL FIN EN DABEIBA

" Pues aun cuando anduviere en medio de sombras de muerte, no temeré males; porque Tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado me consolaron". (Sal.22,4)

Viaje de mi madre

El viaje de mi madre que estaba en duda por la oposición de la familia, se resolvió al fin, por la mucha resolución de ella, unida a la opinión del señor Crespo, de modo que sólo teníamos que dejarle a Carmelita manera de vivir y modo de aderezar una casita pequeña en la cual viviría con una sirvienta. Nuestra despedida de ella, sería para siempre. En todo esto me ocupaba.

Mi madre se encargó del empaque, cosa que era respetable porque llevábamos muchas ropas para los indios. La señora Teresita V. de Restrepo, ofreció enviarnos de su casa los primeros almuerzos del camino. Las bes-tias estaban preparadas con dos arrieros. ¡Nada faltaba!

Curiosa despedida

Las compañeras se reunieron la víspera, ya despedidas de su casa. La más curiosa de las despedidas fue la de la Hermana María del Santísimo, Ana Saldarriaga. No dijo en la casa sino esto: Hay en Medellín una señorita Laura Montoya, que piensa irse a los montes a buscar los indios y a bautizarlos; va con otras compañeras; tiene la protección de un obispo y se va pronto. Dejó que sus padres y sus hermanos, reunidos en la mesa, comentaran la cosa. Luego que oyó todo, les dijo a sus padres: Si ustedes tuvieran una hija que se fuera entre esas señoritas, ¿les gustaría? Nosotros no somos dignos de tanto, dijeron los dos. Ella recogió el guante, pero calló.

Al día siguiente, domingo, víspera del día señalado, debía asistir ella a una misa y su madre a otra; por la noche convino con su madre en que le tocaría ir a la primera, que era a las seis y media. Era lo hora de irse a coger tren para llegar a la misa de ocho a Medellín. Esa noche, al pedir la bendición a sus padres, hizo intención de recibir la última. A las cinco se levantó y dijo: Me voy con tiempo, para comulgar antes de la misa, y salió... En una casa de la familia, dejó una carta en la que les decía, que iban a ver ellos, si eran dignos de tener una hija en las misiones que se fundarían en el Occidente del departamento y... adiós... no se supo más.

Después de misa se presentó radiante de alegría, a disponerlo todo, para marchar al día siguiente.

A la señorita Matilde Escobar fueron sus padres a llevarla por la mañana y serenos la subieron a la bestia y la vieron partir.

En vísperas del gran día

Por la noche de la víspera del viaje, hice la renuncia de la escuela, y dejé la nómina, para que Carmelita recibiera su precio. El llanto de las niñas, el de Carmelita, la novelería de las gentes, el movimiento de los peones, avíos, amigos que querían despedirse, noveleros que querían enterarse de todo, hacían de la casa, algo como un circo alborotado; mas, no turbaban nuestra alegría ni nos impedían atender a todo.

La víspera, al medio día, llamé al reverendo padre Lubín Gómez, confesor de varias de las viajeras, para que nos hiciera una plática preparatoria. La hizo muy gustosamente y con muy escogido texto. Sobre todo, nos hizo ver de modo muy claro, lo que debe ser el corazón apóstol; lo comparó a un canal que no detiene lo que recibió, sino que lo da inmediatamente, al contrario de las almas comunes que son receptáculo, que reciben y conservan para sí, lo que se les da. Las almas apóstoles son como lámparas de refracción, que esparcen la luz, etc., etc.. En fin, muy adecuada estuvo la plática y cuál de las viajeras más dispuesta a aprovecharla.

Hermosa mañana del 5 mayo de 1914

A las tres de la mañana del día deseado, ya estábamos en pie; pero no se logró la salida de una parte del grupo sino por allí a las ocho de la mañana.

Me quedé con dos más, para ir por la mañana a posesionarme de las escuelas, pues la víspera me habían hecho saber de la Gobernación que si

nos posesionábamos en Medellín, nos concedían el salir ganando ya los sueldos.

La marcha del grupo misionero por las calles de Medellín, fue una cosa nunca vista; diez cargas y dos peones adelante; luego las misioneritas con sus pavas y sus ponchos, una a una, y después la chusma de muchachos y de gentes curiosas; las aceras, puertas y ventanas, llenas de gentes enterrecidas unas, riéndose las otras y admiradas todas. Unos preguntaban, otros respondían; unos nos gritaban, ¡adiós! Otros nos pedían oraciones, etc. Aquel desfile fue verdaderamente solemne. Dos señoritas amigas fueron a acompañarnos hasta la primera posada⁷².

Si me hubieran dirigido la pregunta de "a dónde van", no habría sabido responder, pues verdaderamente en ninguna parte nos aguardaban, ni mi mente se había fijado en ningún sitio especial. Decíamos que íbamos a Dabeiba; pero si en el camino sabíamos que allí no podríamos coger los indios y que había más facilidad en otra parte, hubiéramos alargado nuestro camino. El todo era encontrar las delicias de nuestro corazón, como los hemos llamado después.

A eso de las nueve de la mañana salimos las dos últimas de la gobernación y punto seguido tomamos nuestras cabalgaduras para ir a reunirnos con las demás, en Robledo.

Esta salida, sobre todo para mi madre, debió ser durísima y suavísima. Dejaba para siempre a sus dos hijos, sus nietos, su patria y amigos; todo cuanto tenía, hasta los muebles de la casa, le hablaban de recuerdos muy queridos; de modo que todo debió desgarrarla; hasta el último abrazo que le dio a la sirvienta que hacía muchos años era su compañera en los quehaceres de la casa, y a aquella hora, sólo salió de ella, dejándola como quien queda en la más espantosa orfandad. Todo para ella que ya tenía sesenta y ocho años, muchas penas y achaques; debió ser durísimo; pero no dijo nada... Serena salió como quien va a la iglesia.

La responsabilidad material, moral, social y espiritual recaía sobre mí, pero lo confieso, ahora lo advierto. No tenía sino dicha y me parecía que

⁷² No. 1243 del periódico EL ESPECTADOR. Mayo, Miércoles 6 de 1914. Medellín. VIDA SOCIAL. "La señorita doña Laura Montoya, en compañía de otras tres damas de esta ciudad, salió para Dabeiba con el propósito de catequizar a los indios de esa región". (Archivo de la Universidad de Antioquia)

con salir, Dios era conocido por muchos y debidamente amado por esos corazones que, sin embargo, no presentían la gracia que se les acercaba.

A nadie se le comunicó de nuestra salida, porque a nadie conocíamos en esas tierras, si no era la familia aquella, con quienes habíamos partido hacía algún tiempo por motivo de las mismas cosas misioneras, como debe recordar padre. Pero sí nos dijeron en la gobernación que habían comunicado a Dabeiba para que nos recibieran y nos tuvieran desocupado un local de la escuela. De nada me preocupaba, sino de que Dios iba pronto a ser conocido ¡Ah! es que con eso todo lo demás es pálido; ¡nada vale como hacer conocer a Dios en el mundo! Sin duda mi madre que sentía como yo, sacó su fortaleza de ese pensamiento. Las demás iban silenciosas y no podía darme cuenta de sus impresiones.

A poco de salir, les dije algunas palabritas como para recordar el compromiso de sacrificarnos hasta lo heroico, que habíamos hecho al decirle que sí a Dios, cuando nos llamó a tan santa vocación. Me pareció el momento oportuno para que rectificaran la intención.

Acertada opinión de los campesinos

Hicimos este viaje por Boquerón. Ya desde que salimos de Robledo, comenzaban los campesinos a asomarse al camino, por encima de los vallados, con mucha curiosidad y muy respetuosamente nos decían:

-¡Adiós madrecitas, adiós hermanitas! Otros pedían la bendición.

¿Qué nos veían de religiosas? nos preguntábamos. Nada llevábamos que pudiera darles tal idea. Íbamos con sombreros, ponchos y trajes enteramente de acuerdo con la moda sencilla del tiempo para las señoritas del mundo. Nada, pues, podía darles la idea de que éramos, o íbamos a ser hermanas. ¡Eso es lo más raro! Dios sin duda permitió ésta como intuición del porvenir, a gentes ignorantes y a mí tan sabia y tan entendidota me lo ocultó porque ni por asomo se me ocurrió ni siquiera entonces, que íbamos a ser religiosas.

¡Dios mío! ¡Así trabajando con tu criatura vendada, te amo más! ¿Dirán que Dios no juega a la gallina ciega? ¿Conoce, amado padre, este juego en que se entretienen los niños, haciéndole hacer disparates a otro, vendado?. Lo hacen únicamente para reírse. ¡Dios lo hace para sacar su gloria! ¡Bendito sea Él, para siempre! Verdad que él no nos hace hacer

disparates; pero nosotros nos encargamos de hacerlos y Él se complace en glorificarse enmendando nuestros yerros.

Sombra que empañó aquel día

Con oír estas expresiones de los campesinos, perdí la tranquilidad. Dios mío, ¡qué inquietud me entró! En mi cabeza se sucedían las más penosas ideas; pero sobre todo ésta: Los obispos van a saber esto y van a creer que nos hemos arrogado los títulos de religiosas y nos hemos hecho pasar por tales delante de estas gentes, ¡y justísimamente el señor Crespo, nos va a retirar el permiso de trabajar con los indios! Aquello se me volvió un delito enorme. Quería hacer correr la mula, al pasar por sitios donde hubiera campesinos para no oírles el extraño saludo, pero ni la mula me atendía, o no sabía sacarle bríos. ¡Dios mío, qué tortura aquella!

A tal punto llegó el asunto, que aquella misma noche pensé en volverme a decirle al confesor que me aconsejara qué debía hacer en caso tan apurado. Hoy me río de estas inquietudes. Todo fue como una sombra que empañó aquel día, la alegría que inundaba mi alma.

Al día siguiente la tal inquietud había dejado su sitio, en mi alma, al más delicioso agradecimiento a Dios que había puesto tanta fe a aquellos campesinos. Sólo en atención a lo anterior hice el propósito de escribir a la primera oportunidad al confesor o al señor obispo, refiriéndole la cosa, para que vieran que no teníamos en ello, ninguna responsabilidad, previniendo así cualquier inconveniente que pudiera presentársele a la obra. Hacía muchos años que tenía el propósito tácito de no explicar nada de lo malo que supieran de mí, cuando la explicación pudiera justificarme para así poder disfrutar mejor de la humillación consiguiente; pero en esta vez, vi que mi propósito debía distinguir mi reputación y la de la obra de Dios. Total que previne con una carta, al confesor que había dejado en Medellín, el padre Lubín Gómez, por lo que pudiera suceder. Ya ve padre, atajando lo que no venía; pero así se me ocurrió.

Primera jornada

Nuestra primera jornada fue cortísima, tanto que pudieron acompañarnos para volverse, las señoritas Margarita y Mercedes Restrepo, dos fidelísimas compañeras de profesión y bienhechoras desde el principio. Sólo fuimos a Boquerón, cerca de San Cristóbal. Allí después de tomar

algo, nos sentamos a conocernos, por decirlo así, pues algunas de las compañeras habían sido recibidas después de una sola entrevista y por recomendaciones, de manera que ellas entre sí, no se habían conocido ninguna.

Hablamos ya con calma de todo lo pasado; de cómo había salido cada cual de su casa, de las impresiones de la salida de Medellín, etc. Todavía veíamos la ciudad y la impresión de las compañeras debió ser muy fuerte. Mi madre llegó muy cansada y se recogió temprano. Hoy me siento muy mala hija porque no le hice ninguna atención a su impresión que debió ser terrible, pues acababa de separarse de mi hermano que había ido a sacarla y acababa de dejar a Carmelita en profunda desolación. Pasamos bien la noche. A mi madre no se le vio una lágrima y era de la única que esperábamos.

Al día siguiente, ya más conocidas y relacionadas unas con otras, hubo mayor expansión de los ánimos. Sólo Ana Saldarriaga no hablaba sino por la noche, en las posadas, sin que nos explicáramos el motivo de su silencio; vinimos a conocerlo poco antes de llegar a Dabeiba, como diré más adelante.

Quizás tres días después de ir juntas, no nos conocíamos del todo los nombres, porque sólo yo las tenía muy presentes; pero a ellas las impresiones no les habían dejado calma para fijarlos. Al salir era de ver aquella confusión; cada una preguntaba a la que se encontraba: ¿Usted es una de las que van? ¿Y usted?. Y como allí en la confusión de tanta gente, había algunas que se irían más tarde, resultaban respuestas equivocadas, de modo que todo contribuía a que no se dieran cuenta de quiénes eran y cómo se llamaban, sino ya en el camino.

Instrumentos inhábiles

Desde el segundo día les dije: Miren el esposo que hemos elegido no ensilla ni desensilla, no coge la mula, ni monta a la esposa, ni la desmonta; eso sólo lo hacen los esposos de la tierra; ¡con que a aprender a hacer esas cosas! Vamos a coger las mulas, a ensillar y a ver si nos hacemos hábiles siquiera para eso. Con la más completa decisión, todas emprendieron la tarea; pero, ¡Dios mío! Cuán atrasadas estábamos... Era aquel un arte que jamás habíamos pensado en advertir... Mercedes Giraldo era la única que lo entendía, pues era una acabada cabalgadora. Ella fue la maestra; pero hubo quién le preguntara cómo se hacía para que la bestia se comiera el freno. ¡Dios mío! Qué instrumentos tan inhábiles te escogiste para tu obra.

Cómo dejas ver tus modos tan diferentes de los nuestros. Si los Ángeles te conocieran tan mal como te conocemos los humanos, te hubieran dicho: ¿A dónde vas Señor con tus mujeres para empresa tan terrible? Búscate unos hombres esforzados que al menos manejen esas bestias al derecho... Dios mío, tu sabiduría todo lo vio y viéndonos dijo, como en la creación: "Está bueno", porque yo no estoy sometido a las convenciones de los hombres. Mi ley da sabiduría a los pequeños e irá delante de estas mujercitas, quienes por serlo, le dejarán mejor campo a mis misericordias y mi triunfo no podrá atribuirse a otro, porque mi gloria no la cedo a nadie. ¡Bendito seas mil veces, Señor de mi alma!

Además, la sabiduría de Dios al elegir instrumentos tan inadecuados, brilla admirablemente si se atiende a lo que los indígenas necesitan ser atraídos por seres débiles, que no les superen, para que no les teman... ¡Dios mío! pero ese secreto estaba entonces guardado... A nadie se le ocurría que para vencer lo que se creía tan fuerte como las fieras, se necesitaba de lo más débil que guardan las sociedades humanas. Pocos meses después de nuestra llegada a Dabeiba, comenzó la experiencia a revelarnos ese secreto.

Además, Dios había guardado en nuestro corazón un elemento desconocido para el indio, que habría de sorprenderlo: el amor y la ternura. Ya se sabe cuánta impresión hace lo desconocido en materia de sentimientos y mayor todavía es esa impresión en el salvaje que tiene tan pocas. Precisamente en el alma llevábamos el arma que había de rendir la fiereza salvaje; pero el mundo que juzgaba nuestro viaje no cabía de estupefacción, porque no lo conocía. No advertía y se asustaba de lo que veía.

Segunda jornada

Nuestra segunda jornada fue menos corta y hasta podía llamarse larga. Fuimos a San Jerónimo. Mi madre iba siempre adelante, pues era magnífica cabalgadora, no obstante, no ser delgada. Llegó pues antes, con dos o tres de las compañeras. Las demás se había atrasado conmigo, pues siempre he dado mucho que hacer con mi enorme humanidad. Poco antes de llegar, ya oscuro, caminábamos por una senda llena de pedregones que apenas dejaban a los animales manera de pasar, cuando me fui al suelo. Mucho se había hecho esperar esta caída, pues jamás había montado desde hacía mucho tiempo sin dar tal espectáculo. Afortunadamente caí como en los brazos de los ángeles, porque ni sentí que fueran duras las piedras; sin embargo las compañeras se asustaron un poco.

En San Jerónimo, encontramos que ya mi madre y María Jesús López nos habían conseguido posada en la casa más grande de la población, habitada por una señora anciana, que había sido conocida y amiga de las dos. Esta señora era único miembro viviente de una numerosa familia que había desaparecido trágicamente. Tres o cuatro de los hombres habían muerto impenitentes y quizás suicidas algunos y habían sido enterrados en la misma casa, de modo que nos tocó dormir en un salón que era como un cementerio, con los muros llenos de retratos de esos desgraciados. Se dice que la desgracia de esos pobres señores fue haber perseguido al clero en las guerras. Pues en aquella casa vivía la pobre señora, la vida más triste. Nos recibió muy bien y mostró con su generosidad que era verdaderamente cristiana. Pero nuestra impresión al saber que allí reposaban los restos de aquellos desgraciados, muertos sin Dios y teniendo a la vista sus retratos, fue un verdadero tormento.

¡Ay Dios mío! ¿cuándo se podrá pensar sin inmensa amargura en la pérdida eterna de las almas? ¡Jamás! ¡Y para que en el cielo no nos atormente este pensamiento tendrá Dios que cambiarnos! Comprendo cómo se verificará ese cambio, por el amor puro de Dios, pero mientras estemos en la tierra, ¡esto es lo más terrible, entre lo terrible! En el cielo participaremos del modo de sentir de Dios; nos identificaremos tanto con Él, ¡que fácilmente gozaremos con sus justicias con los réprobos! Desde la tierra columbramos que nuestra dicha no será turbada con nada y que el "Id malditos al fuego eterno..." que dará Dios a los desdichados condenados, será seguido del nuestro, porque no habremos de tener otro querer que el de Dios y su gloria nos importará más que todo; la reparación que ella reciba, o su venganza, nos será amadísima y dulcísima, pero mientras tanto que esto llega, ¡hemos de sufrir esta amargura tan honda, Dios de mi corazón? Por mí, sé decir, padre mío, que creo que hasta la carne se me despedaza cuando considero la desgracia de la pérdida eterna de las almas.

En brazos de Dios

Después de recibir la sagrada comunión, de manos de un sacerdote anciano, emparentado con los señores de quienes cosas tan tristes he dicho, pero santo y venerable, salimos de San Jerónimo llenas del entusiasmo más grande porque como al fin, las impresiones tan fuertes de la salida nos habían privado de saborear la aurora, por decirlo así, de nuestro ideal, o mejor dicho del cumplimiento de los designios de Dios, ahora que ellas se alejaban, dejaban el campo a la dicha. Fuimos aquel día a un sitio llamado

"La Nuarque"; dormimos en una casita pobre, en un cuartito en donde nos acomodamos como cigarrillos en su cajetilla; pero dormimos mejor y recibimos las más sencillas atenciones de los dueños, llenos de caridad.

Al día siguiente el cansancio cedió mucho, pues es común que a los tres días de jornada, desaparece. Por consiguiente, el viaje siguió agradableísimo.

El día anterior, al pasar por Sopetrán, hubimos de tener un incidente un poco desagradable. Pasamos rápidamente por la población y cuando nos habíamos alejado como unas seis cuadras, nos alcanzó un muchacho a decirnos que aguardáramos a una señorita Uribe que quería irse con nosotras. La aguardé un rato, pero al ver que las compañeras se adelantaban mucho y al ver que no llegaba, seguí. Después supe que había llegado poco después de salidas nosotras y que al no encontrarlas, se desconsoló. Es una buena señorita y quizás será llamada, pero jamás se ha resuelto del todo, así lo he sabido después.

Ese arranque de salirnos al paso no correspondido, y luego sus repetidas intenciones de pedir puesto en la Congregación, me hacen temer que esta señorita hizo lo del joven rico del evangelio. De otras sé que han hecho de un modo parecido, pero les noto un llamamiento menos extraordinario; por lo cual temo más por ésta, a quien, sin embargo, jamás he tratado. Van muchos años desde que esto pasó y siempre que miro aquella población, o paso por la casita en donde la esperé, siento impresión desagradable. Dios quiera que no sea esto sino una impresión. ¡Pobre alma!

En aquel tercer día pasamos por Antioquia⁷³ en donde nos demoramos un poco para aumentar nuestras provisiones, que iban acabándose. Nos atendieron con mucha cordialidad en la casa de un tío mío y por acortar la jornada del día siguiente, seguimos hasta Pantanillo. Allí dormimos en un suelo húmedo y desigual, mal acompañadas de animales domésticos y muy al alcance de ellos; de modo que fue como una muestrecita leve de la vida misionera que empezábamos. Esperábamos tales incomodidades, que a ninguna nos parecía tal.

Madrugamos un poco y fuimos el quinto día a Loma Grande. Como a las cinco de la tarde, llegamos a un sitio denominado La Ciénaga; mi ma-

⁷³ SANTA FE DE ANTIOQUIA: Fundada el 4 de diciembre de 1541 por el Mariscal Jorge Robledo. Dista de Medellín 65 Km. De orgullosa tradición española, la llaman la " Casa Solariega de la Raza". Fue capital del Departamento de Antioquia hasta 1816.

dre iba sumamente cansada y sin averiguar la mejor posada, nos desmontamos en una casita, en donde nos dijeron nos permitirían hacer la comida. Punto seguido, se procedió a la compra y matada de una gallina para ajustar nuestra refección. No omitiré un incidente curioso que revela que todo no era valor. Allí, en el arreglar de una gallina, la señorita Matilde Escobar, que jamás lo había hecho, se cortó en un dedo y, quién lo creyera: lloró. Entonces Mercedes Giraldo, resueltamente, como quien sabe bien de medicinas campesinas, le aplicó el jugo de tres yerbas distintas y la sangre quedó inmediatamente estancada. Tanto el llanto de la una, como lo original de la medicina de la otra, nos sirvieron para reír en todo el camino.

Atención en Cañasgordas

Acabábamos de desensillar, cuando llegó recado de una señora de Cañasgordas, diciéndonos que avanzáramos un poco más hasta la casa de su nuera, en donde nos tenían arreglada muy buena posada. Esto, naturalmente nos sorprendió, porque a nadie habíamos avisado, ni teníamos amigos en Cañasgordas. Para mí, esto era una buena señal de que la acción amorosa de Dios nos seguía y se dilataba mi corazón con ello.

Puedo decir, padre mío, que en este viaje íbamos en brazos de Dios, como en lecho propio y que no lo advertíamos. Ni más ni menos, podíamos decir como Jacob: " Dios estaba aquí y no lo sabía".(Gen.28-16). Sí, padre, Dios iba con nosotras a buscar esas almas que tanto ama y que perdidas en aquellas selvas, no sabían que tenían un Dios que estaba enloqueciendo a un puñado de mujeres, por amor a sus almas. ¡Yo que tantas veces había llorado de amor al leer el viaje del pueblo de Dios por el desierto, no palpé a Dios en éste! ¡Así es nuestra miseria! Tenemos en las manos el cielo y sólo nos damos cuenta de ello, cuando se nos ha ido. Me sorprende de ver, cómo pude yo atender en lo material de un viaje en donde Dios nos acompañaba tan de cerca. Si debí quedarme en cada lugar estática. Así lo he sentido después. Verdaderamente no vimos en el camino abrirse el mar Rojo, como los Israelitas; pero sí nos guiaba la columna de nube; ¡ésta era una Providencia de Dios que a veces nos parecía tangible!

Al recibir el recado de la señora Valvanera Álvarez de Restrepo, de quien hablo, inquirimos de los vecinos la distancia que nos separaba de la casa en donde se nos esperaba y todos dijeron señalando con el dedo: Aquí, aquí cerquitica. ¡Dios mío, veremos...! Como ya se habían soltado las bestias, no nos pareció preciso cogerlas y montar de nuevo. Salimos a

pie; ¡siempre me he reprochado esto como una crueldad con mi madre! Aquello que los campesinos decían cerca, resultó lejísimos y mi madre iba casi a gatas, por un camino pendiente lleno de piedra, difícil hasta para nosotras. Tanta fue la dificultad que tuvo, que la vi llorar.

Ahora cuando después de su muerte, he pasado por aquellas lomas, siempre pretendo reparar mi falta de haberla echado por allí a pie, rezando muchos De profundis por su alma; pero lo hago llorando. Parece que cada piedra me hablara de mi falta y de su cansancio. Verdad que ella se ofreció a ir a pie; pero si yo hubiera insistido en que le cogieran una bestia, ella hubiera bajado a caballo y se hubiera ahorrado esa fatiga tan fuerte. Pero así había de suceder para que sufriéramos algo, ya que para eso nos habíamos ofrecido. Todas las compañeras se arrepintieron de la cosa, tanto como esta servidora, reverendo padre; sobre todo al ver las piernas de la pobre viejecita tan hinchadas.

Llegadas a la casa de Loma Grande, fuimos objeto de las más delicadas atenciones de parte de la señora dueña, María Londoño de Restrepo (q.e.p.d.). Nos tenía una lujosa comida y camas calientes y blandas. Dios le haya pagado en el cielo su caridad. Sólo esta virtud debió moverla, porque ni nos conocía ni la conocíamos. Tampoco a su suegra, en cuyo nombre hacía esta caridad.

La misma señora, al día siguiente, al partir, nos avisó que de Cañasgordas tendríamos tope*. ¡Esto fue el gran susto! Dios mío, nos decíamos, ¿quién viene a encontrarnos? ¿Por qué vienen? ¿Quiénes nos conocen allí? ¿Cómo saben que vamos? ¡Pobres de nosotras, preguntándonos esto! Pues era una de las más bellas lecciones de amor y providencia que Dios nos daba y no la supimos leer, porque venía en edición de lujo! ¡Dios iba con nosotras! La Obra era exclusivamente suya y quiso hacerse recibir con boato, como cuando entró en Jerusalén... Eso era todo. ¡Pero nosotras éramos inhábiles, hasta para conocer su gobierno y su presencia con nosotras! Cañasgordas en esto hizo lo que los Magos en Belén: Obsequió a Dios, en nombre de los pobrecitos infieles, a quienes iba a llamar con tantos prodigios, como los felices reyes de Oriente obsequiaron al Mesías en nombre de los gentiles a quienes representaban. ¡Dios mío! ¿Por qué no supe leer entonces esta página tan bella? "Dios estaba aquí y no lo sabía", repito.

Dos o tres leguas antes de llegar a Cañasgordas, encontramos un grupo de caballeros y de señoras que, capitaneados por el señor cura venían a encontrarnos a su pueblo, en medio de aclamaciones. ¿Qué será esto? Nos

preguntábamos como los Israelitas ante el maná. Nos hablaban de nuestro viaje como de una hazaña colosal y nosotras no acabábamos de advertir que hiciéramos alguna gracia.

Hoy si veo, reverendo padre, que aquello era especial; pero entonces me parecía lo más corriente y no quería concederle la razón a nadie, que le pareciera excepcional, el caso. Por eso, repito, Dios hace que una venda nos oculte lo que no quiere que veamos. Esto en la vida espiritual es cosa muy frecuente.

Desde el momento del encuentro nos cambiaron las mulas por caballos muy buenos y seguimos en la comitiva más curiosa, sin conocer a nadie. Mayor fue nuestra vergüenza, cuando al entrar al pueblo, la muchedumbre se apiñaba alrededor nuestro, pidiéndonos la bendición. ¡Dios mío! ¡Qué conflicto aquel! Por esquivar esto torcíamos por otro lado el camino, pero nuevos peticionarios nos atajaban. Mi mayor temor era que el padre se enterara de la cosa. Me parecía que nos había de culpar y decir que nos hacíamos las santas: ¡Dios mío! Qué preocupaciones tan bobas. Difícilmente pudimos romper el grupo para llegar a la casa de doña Valvanera Álvarez, en donde nos habían arreglado la más generosa posada.

Cualquiera preguntará lo que pasaba por nuestro interior. No sé lo que por el de las demás pasaría.... Por el mío, sólo vergüenza y extrañeza. Si con que nos dieran el título de hermanas me sentí tan confundida, ¡qué sentiría ahora con esta ovación! ¡Me sentía criminal! ¡Qué afrenta aquella!. ¡La empresa me pareció un delito! Pensaba: cuando el señor obispo sepa esto, Dios mío, ¿qué va a decir? ¿Dirá que ésta era la forma modesta y oscura que le dije tendría la obra? Dios mío, ¿esta gente no sabrá que somos mujeres como todas y aún más malas? En fin, padre, me veía culpable de todo y mi confusión llegó al colmo. Le dije al padre que atajara eso y su respuesta fue: El pueblo tiene razón. Mayor extrañeza para mí.

Nos obsequiaron una magnífica comida con todo gusto y refinamiento acostumbrado en los banquetes. Después pasamos la noche en camas muy muelles y rodeadas de atenciones; sin conocer más que a una señora medio parienta mía, pero que no era la del obsequio.

Esto juzgado ahora, cuando se me descorrió la venda, se me parece a algunas recepciones inesperadas que le hacían a Nuestro Señor y que el Evangelio refiere con tanta sencillez que ni uno advierte la gracia que encierran, sino meditándolas detenidamente; pero casi siempre, eran precursoras de algo contrario.

De todos modos, ésa como intuición popular, pues no se les había avisado de nada y ese entusiasmo por más que sabemos fue provocado por el señor Cura, da una idea de que Dios asiste a esa población de un modo muy especial y le descorrió el velo que hizo más denso sobre los ojos de su vecino, el pueblo de Frontino, en donde sí sabían muchos de la obra que se emprendía. En Cañasgordas, sólo debían saber, que pasaban unas señoras.

El señor cura desde entonces se constituyó en bienhechor de la obra y siguió con nosotras, hasta el fin del viaje. Allí debíamos resolver por cuál vía irnos, si pasando por Frontino, o no. Ninguna pensaba en lo primero, pero el reverendo padre Lopera, el cura de quien hablo, nos invitó a ello y además nos hizo ver que el señor cura de Frontino, no vería bien que no llegáramos a su parroquia. Resolvimos pues, pasar por aquella población, aunque hubiéramos querido evitar el ser de nuevo espectáculo raro.

Sorpresas en Frontino

Llegamos a Frontino, a casa la señora Mercedes Correa, la misma que había apoyado el proyecto y nos había acompañado en la primera exploración a buscar los indios a Rioverde. Tanto ella como su esposo y sus hijos, nos recibieron muy bien y fueron desde entonces nuestros decididos amigos.

El Cura era el reverendo padre Manuel Justino Uribe (q.e.p.d.) , ya conocido por Mercedes Giraldo y esta servidora, en el viaje de exploración que habíamos hecho. Había hecho conocer al pueblo la empresa y les era conocida nuestra intención, completamente religiosa. Sin embargo este pueblo, lejos de hacer lo que Cañasgordas, se le ocurrió algo muy peregrino que diré después. Ahora después de conocer a fondo el espíritu de las dos poblaciones, me parece muy significativo el contraste. Dios a Cañasgordas le hace conocer y sentir la pasada de su obra, dándole a producir un acto de fe hermosísimo. Frontino, por el contrario, no ha merecido la luz de Dios. Recibió el conocimiento natural del hecho y lo inutilizó; se le negó después la luz sobrenatural. ¡Ay! ¡Esto lo siento muy hondo! Su santo cura, hizo cuanto pudo por aquel pueblo y pronto salió humillado y con muy poco consuelo acerca de los trabajos de su celo en aquella población. Mucho me recuerda lo que este pueblo ha hecho con la obra de Dios, en los diez años que la ha visto a su rededor, lo que aquellos pueblos que merecieron aquella palabra de Nuestro Señor dulcísimo: ¡Ay de ti Corozáin! ¡Ay de ti Betsaida! ¡Ay de ti Frontino! ¡La única ocurrencia fue la de hacernos volver. Quién lo creyera!

Desde nuestra llegada notamos curiosidad despreciativa y sin interés ninguno de enterarse del motivo de nuestro viaje. Al día siguiente se presentaron en grupo el señor cura, el doctor Álvarez, don Carlos Góez, el señor inspector provincial y algunos otros caballeros y se constituyeron como en un consejo, para deliberar lo que habían de hacer con nosotras. Cual si los hubieran nombrado; me llamaron a la sala y tomó la palabra el señor Cura, que dicho sea de paso, obraba sugestionado y era demasiado bondadoso, y me dijo:

-No las dejamos seguir a Dabeiba. Es una locura insigne eso. Y continuó: Dabeiba está desolada y enhambrecida porque hace siete años la arruina una enorme cantidad de langostas indestructibles, el hambre es espantoso, ustedes no encontrarían nada qué comer; el clima es feroz; nadie paga el atrevimiento de entrar allí con menos que con la vida; sobre todo ahora está la fiebre perniciosa encarnizada; hay más de cuarenta casos de Uramita allá. Las gentes son malas y se previenen para no recibirlas; las culebras son espantosamente grandes y a nadie les perdonan; ni siquiera el señor cura puede vivir allí por el hambre; los indios ya huyen y siempre se han mostrado fieros e irreductibles; en fin, de ustedes sólo quedará la memoria, si entran allí, dada las condiciones sociales y de delicadeza en que se han criado; el camino no existe, es una trocha mala y peligrosa; no hay remedio, deben volverse o virar hacia Rioverde, en donde pueden hacer el ensayo, mientras se aburren y se van a sus casas. A nosotros mismos no nos perdonarán en Medellín si las dejamos seguir.

Interrumpió un señor para decir, que él apostaba mucho dinero a que después de dos años de estar en Dabeiba, no habíamos visto un indio. Otros apostaban que no volveríamos, porque moriríamos en la misma semana, etc.

Terminada la arenga del padre, le respondí con respeto, que les agradecía la advertencia; pero que no estábamos dispuestas a declararnos en derrota sin dar el primer disparo, ni a correr sin ser derrotadas. Medio indignados me dijeron que ya no era derrotarse sin dar un disparo, puesto que habíamos hecho mucho con llegar hasta allí.

En ese punto sí me reí y les dije:

- Por nada desisto del viaje, ¡sigo a Dabeiba!
- ¿A morir? - me preguntaron.
- Sí, a morir, o a fundar la misión.

Viéndome tan cerrada y llenos de verdadera compasión, me rogaron que me fuera pues a Nutibara o a Rioverde, que ellos nos ayudarían a llegar: Les dije que las órdenes del señor obispo y del señor gobernador, eran para Dabeiba y que no contrariaría a tan altas autoridades.

Sigán a su destino

Callados los dejé y seguí para la pieza en donde las compañeras rezaban y hacían fuerza pensando que yo pudiera flaquear y tan luego como me vieron me dijeron:

- No ceda un punto; ¡antes muertas que vueltas! ¿Qué importa morir? ¿No es más duro ver perecer esas almas? No, no ceda. ¡Seguimos a morir a Dabeiba!

Ya ve padre, la clase de compañeritas que Dios me dio. Al oírlas y ver su valor, la garganta se me anudó y mostré diamantes de esos que tanto tenemos las mujeres y que a veces nos sirven mucho y que hasta son adorno en los ojos de las mujeres buenas. Pero serenándome volví a la sala. Los encontré resueltos a telegrafiar a los superiores. Como el señor Crespo había salido ya para Europa, le dirigieron la súplica sólo al gobernador, en éstos o semejantes términos:

- "Insigne locura continuar señoritas Dabeiba. Rogámosle ordenarles regreso. Irá carta". Luego las firmas de todos.

Consentí en que enviaran el telegrama para no mostrarme terca hasta el fin; pero resuelta a que si de la gobernación decían lo que ellos deseaban, no accedería por faltar el señor obispo, principal dueño de la cosa. Dos días aguardamos la respuesta, la cual vino en estos términos: "Sigán a su destino".

¡Dios mío! ¡La confusión de estos señores y el grito de alegría de mis compañeras, todavía me parece oírlos! Se inclinaron y ya sólo pensaron en hacer ofrecimientos para el seguro caso de conflicto. Quién ofrecía su casa con buenas camas para cuando llegaran enfermas; quién su dinero; quién sus servicios; quién botica; y hasta hubo quienes pusieran a nuestra órdenes el cementerio para las que pudiéramos sacar muertas. A todos les di las gracias; pero mayores se las daban a Dios las compañeras en la pieza vecina. Acepté los ofrecimientos y comenzamos a arreglar lo del viaje.

El señor Inspector provincial, don Francisco Nanclares, nuestro buen amigo desde entonces, el reverendo padre Lopera y el reverendo padre

Uribe, quisieron espontáneamente acompañarnos para ver cómo hacían para burlar la malicia de los dabeibanos que querían oponerse a nuestra entrada.

Llegamos a Uramita en donde fuimos muy bien recibidas por la familia de don Eliseo Gutiérrez. Allí determinaron nuestros compañeros que aguardáramos para dar tiempo a don Francisco Nanclares de ir a Dabeiba, a ver cómo se haría nuestra entrada, pues allí se supo que el alcalde⁷⁴ había pasado a esconderse para no verse en el caso de recibirnos y contrariar así al pueblo que hacía oposición formal a nuestra llegada y que, aunque de la gobernación les habían ordenado tenernos casa, no sólo no lo habían hecho, sino que negaban uno de los locales de la escuela, no obstante conocer que llevábamos nombramiento de maestras.

Allí esperamos día y medio: Mi madre iba tan mal, y por no exponerla a las dificultades de esa instalación, resolvimos dejarla allí, con la familia Gutiérrez. El camino hasta Uramita, era conocido por nuestros conductores como transitable; de allí en adelante verdaderamente era pésimo, era intransitable. Sobre todo para señoras, se tenía como imposible de transitar. De allí en adelante dizque había de comenzar nuestro desaliento y terror.

Uno de los padres, el de Cañasgordas, iba adelante con algunos y atrás íbamos los demás. Como a medio día de camino, me dijo el padre que iba adelante:

- ¿Por qué hay una de las señoritas que no habla, ni contesta lo que se le pregunta?
- ¿Cuál? le dije. Y me señaló a Ana Saldarriaga.

Veamos Padre, le dije: y acercándome a ella le interrogué seriamente, pues dudé que fuera enferma. Su respuesta fue lo que ya anuncié, para probar el valor de los instrumentos que Dios se buscó en esta ocasión: ¡Padre, es que si hablo, esta mula me tumba!

¡Dios mío! Y así había hecho el camino, sin que pudiéramos averiguar la causa de su silencio y sin que se oyera una sola queja, ni señal alguna de

⁷⁴ Juan Gregorio Puerta, alcalde en ese entonces.

miedo. A nadie había molestado, ni siquiera a los peones. Esto sí es fuerza de voluntad, Dios mío.

Salimos de Uramita tan contentas como si fuéramos a Roma. Dabeiba había sido nuestro delirio; ¡cada paso hacia ella era un paso hacia la dicha! Habíamos acabado de librar una batalla terrible en Frontino, con la oposición de los caballeros esos, y esto nos había probado mejor la voluntad de Dios, respecto a nuestro destino. No es pues extraño que nuestra alegría se hubiera hecho notoria, en el camino. No nos separaban sino algunas horas de aquel ideal; ¿qué más se quiere?

Ocurrencia de mis discípulas

A este respecto, me permito, padre, referir aquí una cosa muy graciosa, que muestra cómo me fascinaba Dabeiba por sus infieles.

Mis últimas discípulas habían de oírme hablar de Dabeiba, cual los Magos hablarían de Belén a su regreso al Oriente. Bien sabían ellas que era como la encarnación de mi sueño, o llamamiento, aunque no lo conocían. A fuerza de tanto oírmelo mentar y de verme tanto encanto por el sitio, por otra parte despreciable hasta lo sumo, le cogieron ellas también afición, a tal punto que hicieron el daño siguiente:

Hacían unos mapas de América. Como ya estaba en preparativos de viaje, las dejaba trabajando en ellos vigiladas por otra maestra, y me iba a mis vueltas de la calle. Ya los mapas estaban para terminarse y un día, antes de salir para la casa, les dejé de tarea, que les pusieran las ciudades. Cuál fue mi susto, cuando al examinar las tareas encuentro que habían puesto a Dabeiba más grande que todas las capitales de América.

- ¿Qué es esto? Les dije. ¿Cómo suponen ustedes que es Dabeiba, si en Colombia ni se ve, ni siquiera en el departamento se nota?

Es verdad, me dijeron, pero como usted la quiere tanto, y nosotras soñamos con él, lo pusimos grande más que Bogotá y que todo para complacerla y complacernos. No me valió regañar, sostenidas dejaron la gran pelota en Dabeiba, con unas letras descomunales y sólo decían: El mapa es nuestro y así lo queremos.

Me reí y guardé para mis adentros, mucha gratitud con esas muchachas.

De esta clase sería el amor tan tierno que Jesús tenía a Jerusalén. Allí estaba su calvario y sus redimidos que habían de crucificarlo y el amor de

Dios es tan diferente del amor humano, que eso es lo que desea y lo que ama: el sacrificio, la cruz. Yo no ignoraba que el calvario estaba en Dabeiba; mas, por eso, precisamente la amaba y la buscaba. Esas muchachas la amaban como eco de mis palabras, como resonancia del afecto que me tenían. Una señorita, Alicia Velilla, tuvo la buena ocurrencia de contestarme cuando le pregunté por qué lo habían puesto tan grande y más que Bogotá:

- Porque Bogotá es la capital de una república y Dabeiba es la capital de nuestro corazón y así, como vale más el corazón que una república, era necesario señalar a Dabeiba con signo mayor.

Pues esa Dabeiba tan amada era la que se disponía a no recibimos, como Jerusalén se dispone a crucificar a nuestro Señor, a los tres días de haberlo aclamado. Pues, como Jerusalén, ¡Dabeiba fue amada e ingrata!

Al fin en Dabeiba

Seguras ya de que don Francisco nos tenía la entrada menos difícil si quiera, continuamos el viaje. En este trayecto, dice la que entonces era Ana Saldarriaga, que vio dos enormes culebras y que no avisó porque iba a caballo y si hablaba la tumbaba la mula. Eso no tiene nada de difícil porque sí eran abundantísimas las serpientes en aquel sitio.

Llegamos tarde. Don Francisco salió a nuestro encuentro con los muchachos del pueblo que pudo encontrar y las niñas de la escuela salieron al Alto Bonito. No nos respondieron al saludo pues eran tímidos y tan salvajes como los indios.

Nos dijo don Francisco que haciendo valer su autoridad como inspector provincial, había conseguido un saloncito que servía de local de escuela, para habitación nuestra. Las gentes hurañas nos miraban con supremo desprecio. De cuando en cuando se oían entre los del grupo curioso que nos cercaba, voces de protesta que decían: ¿Cómo vamos a mantener tantas mujeres?

Imposible que alcanzaran a comprender nuestra intención. Ni menos a pensar que no sólo les llevábamos los bienes espirituales sino que también les dejaríamos dinero y empujaríamos su rudimentario comercio.

Muchos protestaron porque allí no dizque había con quién casar tantas mujeres. ¡Dios mío! Cuánta ignorancia y cómo Dios los amaba aun enton-

ces, como a la niña de sus ojos, pues todos nuestros sacrificios eran por ellos. ¡Ay, Padre de mi alma! Así verá Dios muchos de nuestros disparates que nos parecen a nosotras tan sabios. ¡Cuánta compasión nos tendrá! Puedo juzgarlo por lo que yo tan miserable y poco misericordiosa, sentía hacia estos pobres dabeibanos. Muchos dijeron que íbamos a buscar maridos entre los indios. ¡Pobre gente! ¡Ni sospechaban que en el mundo hubiera castidad!

Con grandes dificultades había logrado el señor inspector provincial tenernos en la casa una cama desvencijada y dos esteras. Éste fue nuestro primer menaje. La gente se apiñaba a nuestro rededor con casi insultante e insolente curiosidad. Una señora que, transitoriamente se encontraba allí, nos dio comida esa noche. El señor cura hacía pocos días que había salido a su anunciada correría por Urabá, correría que le valió tres meses de ausencia.

Los padres, nuestros compañeros, se fueron a la casa cural, pequeña y mala que había cerca de un pajaratico que llamaban iglesia, y nosotros nos quedamos desempacando en medio de multitud de curiosos que no querían salir. Como pudimos, arreglamos en el suelo los niditos y nos tiramos a descansar. La cama no pudo usarse por desvencijada. Dormimos como unas bienaventuradas en medio de los murciélagos y avispas. Decir que el local tenía cien avisperos es muy poco. Los murciélagos, grandes como vampiros, habían hecho de aquella casa su guarida, dándole un olor nauseabundo; ¡pero nada nos importaba! ¡Estábamos en Dabeiba!!!

DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA

Ruta del viaje Medellín - Dabeiba - Mayo de 1974



ANTIOQUIA EN COLOMBIA



COLOMBIA EN SUR AMÉRICA



CAPÍTULO XXVIII

- SENTIMIENTOS DE AQUELLA NOCHE - EL MÁS DULCE
DESPERTAR - LO QUE ERA LA IGLESIA DE DABEIBA
- LA COMUNIÓN DE AQUEL DÍA - DESAYUNO Y EMPLEOS
- NOS LLAMAMOS MADRE Y HERMANAS - EL PRIMER ALMUERZO
- INSTALACIÓN MATERIAL - EL PAN DIARIO DE LAS PRIMERAS
MISIONERAS - NECESITABA TEMPLAR LOS INSTRUMENTOS
- VISITA DEL PRIMER INDIO

*" Por el Señor ha sido hecho esto y es
cosa maravillosa a nuestros ojos". (Sal. 117, 23)*

Sentimientos de aquella noche

De aquella noche sólo puedo decir que tuve algo de pena de las compañeras; pero al verlas radiantes de dicha, olvidé aquel sentimiento. Respecto a mi interior, aún llevaba el peso enorme de las almas de los infieles que caen al infierno. Muchos son tan optimistas, que dicen que las almas de los salvajes no se pierden, porque cumplen la ley natural o porque Dios tiene con ellos misericordias desconocidas; pero yo, reverendo padre, sin negar que ambas cosas son ciertas, no les doy toda esta extensión y siempre desde que el Señor me dio esta herida de los pobres infieles que he llamado "mi llaga", he creído que se pierden muchos a pesar de esos medios. Más tarde he sentido muchas veces, como ya he dicho, el momento en que esos infelices consuman su desgracia cayendo al infierno. También he visto después una oración que hizo San Francisco Javier por los infieles y dice:

"Mirad Señor cómo se llenan de sus almas, los infiernos, etc. "

De modo que si el fenómeno que se verifica en mi alma, oyéndolos caer al infierno, no es real, ya conozco el dicho de aquel gran santo y con ello, se colma mi amargura. Digo, pues, que en aquella primera noche de Dabeiba, todavía pasaba por mi alma este amargo fenómeno; por lo cual todo me parecía blando. Además, ver ya y saludar, por decirlo así, la víspera de la fe de seres que amo con ardor creciente, era cosa demasiado dulce para que me pareciera duro aquel suelo y ni siquiera huraños aquellos semblantes. Dios como que me penetraba, como que oleadas de la gracia salvadora de aquellas almas, venían sobre la mía y la inundaban, de

modo que aunque dormí buenos ratos, estaba en el mismo sueño, llena de dulzura.

Pensar en lo que haríamos al día siguiente, ni por asomo se me ocurrió. Eso Dios lo sabía. No nos amanecía ni un pedazo de pan, ni un sorbo de agua. La sed era devoradora, debido sin duda al camino y a aquel clima tan ardiente; pero ninguna se quejaba de ella; preguntamos mucho en dónde se encontraba agua y ninguno de los curiosos que nos rodeaban decían sino: Puallá*. De modo que hasta el agua parecía difícil.

El más dulce despertar

A las seis de la mañana nos despertaron los más hermosos cantos de pajaritos en la enramada vecina. ¡Qué despertar, Dios mío! Creí verme libre de una enorme cadena que antaño me aprisionara. Los pajaritos me parecieron mejor campana que la del reloj de la catedral de Medellín. Esos gorjeos hablaban de Dios y de los salvajes, juntamente a mi alma y nada más que esos dos elementos podían satisfacerla. Por eso dije a las hermanas o compañeras, no recuerdo si aquel mismo día u otro:

-Miren, la naturaleza canta al amanecer; los pájaros como por instinto, alaban a Dios, a la luz del nuevo día: Pues nosotras, no por instinto, sino por razón y amor, alabémosle cada día al son de los cantos de las aves, ya que con ellos hemos de vivir siempre en los montes, cantando unos salmos de alabanza al vestimos cada día. Además, nosotras también comenzamos como un nuevo día de nuestra vida; así lo comenzaremos, cantando, porque es lo que conviene a las que hemos sido tan favorecidas de Dios.

Ellas aprobaron la idea, y punto seguido, fui a escoger esos salmos, los que dijeran lo que yo sentía. Quedaron elegidos los siguientes: 62, 148, 149 y 150, que no han dejado de cantarse todas las mañanas al unísono con los pajaritos, en nuestras casitas misioneras.

Pero volviendo a nuestra instalación:

Nos despertaron los pájaros, como dije, y con la mayor seriedad comenzamos a vestirnos nuestro hábito o uniforme, como lo llamábamos entonces. ¿Y qué ceremonia, me preguntará, padre, acompañó a esta vestición? ¡El canto de los pajaritos! Ésta fue la música y la solemnidad y todo. Allí, al pie de nuestros niditos, sobre el puro suelo, quedaron para siempre nuestros vestidos del mundo. Nos los quitamos aquella noche,

como quien ha de tomarlos por la mañana y les hicimos la picardía de dejarlos aquí como andrajos inútiles, para ponernos éstos, con los cuales nos habían de ver los Ángeles en adelante, buscando las almas por entre los peñascos y rocas.

¡Dios mío, qué cambio tan delicioso! ¡Adiós blusas y faldas, mantillas y fiestas! ¡Rodando por el suelo quedaron, aquella hermosa mañana, así como todas nuestras maneras de carne, mundo y sangre, quedaron para escabeles de nuestros pies! El cielo de aquel día, padre de mi alma; nos pareció más azul y la luz como que alumbraba más. ¿Qué importaba el odio que a nuestro rededor crujía? ¿Qué nos importaba que no hubiera qué comer en seguida? ¡Ni pensábamos en ello!

Por otra parte, fue gracioso aquello del ensayo del caminado monjil. Hubo poco tiempo para ello; pero sí el suficiente para que viéramos que quedábamos muy bonitas y que el caminado dejaba mucho que desear para llegar a ser el tan asentadito de las religiosas. Salimos a la calle y encontramos que a los pobres dabeibanos se les habían perdido las señoritas casaderas de la víspera. Con las miradas parecían decirnos: ¿Y dónde están las de anoche?

Ya los padres venían a buscarnos para ver si asistíamos a la santa misa que celebrarían en el pajaratico que se llamaba iglesia. El reverendo padre Uribe, al vernos, dió un grito diciendo:

- ¡Estas patronas, se volvieron unas bárbaras, Dios mío! ¿Y cuál fue la ceremonia para esa transformación?
- Ninguna, le contestamos, porque eso no es hábito religioso propiamente. Nos lo ponemos para inspirar respeto y nada más.

Los padres se quedaron atrás para poder saborear mejor nuestro porte y caminado, sin dejar de reírse con mucho disimulo.

Lo que era la iglesia de Dabeiba

Entramos a la iglesia en donde nuestra alegría se tornó en tristeza y asombro al ver aquello que se decía iglesia. ¡Dios mío....! Como automáticamente nos miramos y ya más de dos tenían los ojos llenos de lágrimas. Un paredón sucio, con dos paredes a los lados, sucias y derruidas, constituían el presbiterio; luego un rancho de algunas ocho varas, hecho de paja, la más despreciable llamada murrapo, sin muros y escueta,

sin más suelo que el desigual que había dejado el ramaje al quitarlo; esto era el cuerpo de la iglesia.

En lo que servía de presbiterio, unas tablas colocadas como en las pesebreras colocan en palos o burros la canoa, para comer las bestias, era el altar. A un lado un santo sin manos, que lo llamamos después el santo mocho, tan sucio y feo, que daba miedo; al otro lado una virgen más o menos igual en fealdad y mugre. Naturalmente esas tablas vivían desnudas y más semejaban pesebrera que ninguna otra cosa. El techo, lleno de avisperos y supremamente desarrapado.

Nuestra impresión fue tal que nos olvidamos de nuestras galanuras y de la felicidad que nos inundaba, para pensar en que Nuestro Señor viniera a este sitio en la santa misa. Por fortuna allí no habían reservado, ni siquiera habían pensado en ello, los sacerdotes que había habido como párrocos y que no habían podido dar un paso adelante por la maldad e ignorancia de la gente. Los padres celebraron la santa misa con ornamentos y manteles que llevábamos.

La comunión de aquel día

Nuestra comunión de aquella mañana, sí fue un paréntesis propiamente. Se olvidó el rancho y cuanto podía impresionarnos. Fue lo más delicioso de la tierra. Por supuesto que no puedo responder de las demás; pero lo que hace a mí, creo que fue el verdadero entregarme, la entrevista de mayor intimidad, porque mi agradecimiento por esto de verme ya consagrada a su gloria, me hacía mirar aquella comunión, como una verdadera esfumación en honor del Dios de mi alma. Me parecía que me liquidaba o me derretía en su presencia y que Él recibía de mi aniquilamiento un átomo de gloria. ¡Era el darle esa chispa de luz que mi creación debía darle, como en agradecimiento! No sé decir, lo que esta comunión fue; pero me sentí desligada ya del mundo, no obstante que años antes, me había creído desligada; pero es como he dicho, padre, que en todas estas cosas hay grados y que desde los primeros cree uno que es el último. Casi ninguna de estas gracias con que Dios adorna a sus elegidos se dan de una vez. Al menos eso creo, por experiencia propia.

Pues en esta comunión parece que Dios me hubiera dado un grado mayor de desligamiento de lo terreno y aún de lo espiritual relacionado conmigo. Al fin era el primer saludo que nos dábamos ya en su obra, prepara-

da con tantos dolores, por lo cual creo que ese saludo debió ser un poco más cortés que los anteriores, ¿no le parece padre?

Desayuno y empleos

Salimos y ya Josecito, un santo o un bobo, (no puedo definirlo), que había ido con nosotras porque deseaba hacerse misionero, había encendido fuego debajo de la barda de una tapia, porque en la casa no había cocina, ni sitio en donde pudiera hacerse aquello, ya había hecho chocolate. Le dimos pues desayuno a los padres y nos tomamos lo último de nuestras provisiones de viaje, para ajustar ese primer desayuno.

Punto seguido, procedimos a nombrar empleadas; una se encargó del asunto alimentos y casa; otra de las ropas y las demás, a recibir gentes. La casa estaba repleta de gente que sin constituirse en visita, ni hablar ni contestar a nada, tampoco querían salir. Determinamos, al ver la imposibilidad de quedar solas, desempacar allí mismo, pues tampoco la casa tenía sino un solo cuerpo, es decir, toda no era sino un saloncito. Naturalmente el desempaque fue una verdadera fiesta para las gentes, que ya no contentas con tener la salita llena, salieron a llamar nuevos curiosos. Se les puso el gramófono a funcionar para ver si con eso se entretenían y dejaban hacer algo, y el entusiasmo fue desbordante, pero siempre medio ofensivo como si les fastidiara que fuéramos dueñas del motivo de su encanto.

Nos llamamos madre y hermanas

Ese mismo día dejamos a un lado nuestros títulos de señoritas. Hicimos el convenio de llamarnos hermanas, para asegurar mejor el respeto. Inmediatamente después que propuse a las compañeras esto del nombre, me contestaron que me llamarían Madre. No recuerdo si protesté como parece el derecho; pero si no lo hice, fue porque no había lugar a protesta, según me ha dicho después la Madre San Benito, porque ninguna sabía lo que íbamos a hacer; ninguna se sentía con fuerzas de ir adelante, ni entendían del espíritu de la cosa. Por esto era imposible, dice ella, ni pensar, ni suponer, que otra pudiera hacer las veces de superiora. Más bien se hubieran sentido capaces de volver a la casa, que de llevar el peso de la cosa, según dicen ahora.

En todo caso, yo tampoco sentía dificultad para llevarlo, al contrario, suma facilidad y en cuanto a mi deseo anterior de puestos bajos y de obe-

diencia rendida, había pasado a la historia, pues ya ningún deseo había en mi alma, fuera de los del mismo Dios, es decir, su pura gloria.

Tengo pena reverendo padre, de decir esto, así tan desnudo; pero como no he de decir otra cosa, que lo que aparece en mi alma como verdadero ¿qué he de hacer? ¡Creo que ya por la gloria de Dios, me ciñera hasta la corona de Inglaterra! Preferir como mi santa madre Santa Catalina, la de espinas, a la de rosas, era un tiempo mi ideal y la gracia de entonces; pero cuando me estrené en esta vida de misión, ya mi gracia era lo contrario: Someterme y ceñirme la de flores. Es decir, si antes prefería en igual gloria de Dios, las espinas, para ser más semejante a Nuestro Señor dulcísimo, ahora, en la época a que me refiero, quería hasta desemejarme por más gloria para Él.

Pero no vaya a creer, padre, que esto, aunque lo sentía muy hondo y había recibido la gracia de un modo muy claro, no vaya a creer que en la práctica me resultó tan perfecto. Después verá mis penas por los elogios y el triunfo de la Congregación.

Desde muy joven me dio trabajo distinguir la perfección cuando se trataba de ser indiferente para lo honroso, para lo agradable y para lo rico; pero cuando comprendí que esas cosas pueden glorificar a Dios más que sus contrarios, y que el sacrificio de la mayor semejanza con Jesucristo, en lo humillante, pobre y duro, también glorifica a Dios más quizá que la misma semejanza con El, cuando entra en sus designios de misericordia, acepté, esos como fantasmas fatídicos que se llaman honores, blanduras, riquezas, etc...

Ésta es otra idea, reverendo padre, que creo no saber exponer como está en mi alma; es muy difícil porque llega a la perfección enseñada en los libros y luego se pasa a lo imperfecto bajo la razón de mayor perfección. O mejor, que lo perfecto de un grado, llegó a presentármese como imperfecto del siguiente o viceversa.

Quizás vuestra reverencia que conoce mi loca alma, entiende lo que quiero decir; pero dudo que otros lo entiendan; es que yo misma siento estas cosas con claridad, pero no las entiendo del mismo modo. ¡Siempre he creído que el corazón alcanza más que la cabeza! Sin duda por eso dijo David: "Gustad y ved cuán suave es el Señor..." (Sal. 34,9) y no dijo: Entended. Es que el entendimiento no llega a ciertas cosas y el corazón avanza mucho.

Pues sin rehuir el título de madre, quedamos desde aquel primer día llamándonos con los nombres de hermanas y madre. ¡Pero ni por esto me parecía que llegáramos a religiosas! ¡Cuánta ceguera! Era sólo que para inspirar respeto nos llamaríamos así. Por supuesto que nuestros nombres de pila quedaron iguales.

El primer almuerzo

La hermana, así seguiré llamando a mis compañeras, encargada de la alimentación, estuvo toda la mañana procurándose provisiones; pero todo salió inútil; donde quiera que mandaba a comprar algo, le decían que no había, y en donde había le decían que no vendían para esas mujeres, que fueran a comer a su tierra. En el mismo hotel donde estaba don Francisco Nanclares, nos negaron la venta. Ya a las doce, más o menos, me dijo la ecónoma, muy por lo bajo, pues no queríamos hacer pública nuestra necesidad: No hay nada para almorzar.

Miré entonces al rincón inmediato del saloncito y vi unas naranjas que le habían traído de regalo al padre Uribe y pensé: Éste será nuestro almuerzo que no demanda gasto alguno, puesto que la naturaleza lo ha hecho y condimentado.

Pique aquellas naranjas, le dije, en una fuente y no le quite la corteza para que no falte la cantidad; luego sirva en la mesa ese picado como si fuera un almuerzo completo y toque^{*75}, según ha de ser nuestra costumbre.

Ella lo hizo, pero como tampoco había mesa, sirvió en el suelo. Nos llamé y colocadas delante de cada plato, hice la bendición de la mesa, tal como ahora lo usamos; les indiqué que ese almuerzo era ni más ni menos, el que Dios quería que tomáramos aquel día, sin duda porque quería mostrarnos un prelude de las deliciosas escaseces de la vida religiosa, y con él, enseñarnos a vivir de la amorosa Providencia con el que Él sustenta a los que se le entregan sin cuidado de los bienes temporales.

Nos tomamos aquello con el mayor gusto y con la seriedad con que se sientan los monjes a su cena. Verdaderamente, la acción de la Providencia era tan sensible, que no nos dejaba sitio para la disipación. Tampoco crea,

⁷⁵ Toque. Es decir, haga sonar la campana como era costumbre en las casas religiosas para llamar a la comunidad.

padre, que para el almuerzo hubo sitio desocupado de gente; no, ni entonces nos abandonaron; mas, como eran como testigos raíces y poco peligrosos por su misma ignorancia, nos resolvimos a dejar el campito necesario y hacer nuestra primera comida en público.

La sed era inaguantable y además el almuerzo reclamaba algún líquido encima. Me puse a idear lo que podía servir para complementar el almuerzo. Pedí los sacos y canastos que habían conducido nuestras provisiones de viaje y hallé un tarro que había contenido gelatina y cuyas paredes mostraban algunos fragmentos; hice que lavaran aquello y que esa agua fuera servida en vasitos. Como la gelatina estaba ya un poco fermentada, aquella bebida resultó con un solo inconveniente; el de ser poca, porque estaba muy agradable.

Dimos gracias cual si hubiéramos comido la más rica mesa. Y ¿cómo había de no ser, padre, si era la que Dios nos daba en los momentos preciosos en que nos abandonábamos a vivir de su sola providencia? Ninguna dijo que era aquello poco ni desagradable. Gracias a mi Dios, que si no nos dio muchos manjares, sí nos dio deseo de no tenerlos. ¡Estando a su providencia, no es preciso tener las cosas en la despensa! Claro que como la había prevenido que pasaríamos hambre y lo esperaban, estas queridas hermanitas encontraron esto superior a lo que se les había anunciado. Su abnegación fue mi consuelo y esfuerzo.

Cerca de las dos de la tarde llegó don Francisco Nanclares y al preguntarnos cómo nos iba, supo que acabábamos de almorzar y la calidad del almuerzo, pues quizá estaban allí todavía los trastos y muy confundido me dijo: Voy al hotel y si no me venden comida, robo.

Lo cumplió, porque a poco se apareció con una fuente de frisoles, atravesando con ella en la mano la plaza y calles de Dabeiba. Esto nos sirvió para la comida de la tarde y así se hizo el día muy bien. No sólo consiguió esto don Francisco en el hotel, sino que también pudo recabar de la dueña, que nos vendiera por algunos días más, los mismos frisoles.

Instalación material

La casa continuaba llena de gentes, a las cuales atendimos en cuanto se podía. Con unas tablas de la iglesia, hizo Mercedes Giraldo, quien desde entonces es nuestra carpintera, un cancelito para separar parte del saloncito, con el fin de tener algo un poco menos visible. Allí acomodamos las esteritas

de todas, más los baúles y cuanto llevábamos. De modo que dejamos saloncito para recibir y para abrir la escuela de varones, según nuestro compromiso con el gobierno. Se entiende que en nuestro cuarto quedó todo lo comestible, las ollas y demás enseres de cocina y de capilla. Aquello era un espanto, apenas había sitio para tirarnos por la noche.

Los padres, a los dos días, se volvieron a sus parroquias, pronosticándonos el desastre. Tres meses teníamos por delante, para estar sin recurso espiritual; eso costaría el padre Duque en su correría por el golfo. Oímos el pronóstico de los padres, sin que nos impresionara en lo mínimo. Dios ha de pagarles todos los favores que nos dispensaron, no sólo en esta vez, sino en todo el tiempo, pues durante la ausencia del padre Duque, volvieron una o dos veces.

Cada dificultad nos encontraba más resueltas, porque parece que Dios gastó misericordia especial, en hacernos como insensibles.

Poco a poco fuimos haciéndonos a medios de vida, todos escasos y difíciles; pero al fin ni los deseábamos más ni mejores. Para tener cocina, porque pronto la señora del hotel avisó que no nos vendía los frisoles, se arregló lo que ya Josecito había estrenado, es decir, el sitio debajo de la barda de la tapia, que cercaba la casa, dividiéndola de la calle y para cuando llovía, se tenía una tabla para tapar el fogoncito con una sola olla, que era lo que podía alzarse, porque el sitio no permitía más; de modo que nuestra educación religiosa, en este sentido fue magnífica. No debo dejar de hacer constar la caridad tan grande que usaron unas señoras Puerta, en enviarnos cada día un poco de claro*, con lo cual se mitigaba la sed abrasadora que aquel clima deletéreo y fiero, nos producía.

Dios ha de pagarles ya que tampoco hacían poco sacrificio, pues el maíz en Dabeiba, assolada por los siete años de langosta, no era cosa fácil de tenerlo. Sudábamos en todo momento y parecía que nos circulaba plomo por las venas, según era lo ardiente de este clima; pero ninguna decía nada, ni buscaba alivio, porque ninguna se sentía con derecho de él. ¿No le parece, padre de mi alma, que esto es una gracia excepcional de Dios?

Más tarde lo hemos advertido. Nadie, sin esa gracia tan especial, hubiera podido soportar con alegría y serenidad. ¡Bendito sea el Señor, que así lo hizo!

Tampoco las provisiones posteriores eran suficientes para aliviar la necesidad del todo. Perdóneme padre, que insista en estos detalles tan mate-

riales. Lo hago sólo en atención a la utilidad que pueden tener para sostener ese espíritu de negación propia que deben tener siempre las misioneras y que con la holgura posterior puede sufrir. El recuerdo de esta primera gracia del Señor, concedida a las fundadoras, sea siempre un llamamiento. Ése es, mi más ardiente deseo, padre mío. Muchos meses después de nuestra instalación, no habíamos tenido carne y para tenerla hube de prometerle a un señor que le compraría la carne que le sobrara después de abastecer el pueblo, ¡matando un novillito cada quince días! Y no era que faltaran habitantes, si no que no tenían la costumbre de comer, sino frisoles.

Puede decirse que en todo el primer año, nuestra alimentación se redujo a plátanos. Se cambiaba la preparación, bastante poco porque no había medios para el cambio, tampoco. Pero ninguna se quejó ni buscó defensa, teníamos lo que deseábamos que eran almas y con eso nos bastaba. Para mi humillación, debo decir, que pasados unos dos meses de no tener carne, se resintió mi salud y tuvieron las pobres hermanas, que hacerme viaje a Cañasgordas, dos días de camino, y vergüenza da decirlo, ¡a comer carne! Por fortuna el viaje tenía otras utilidades que hacían menos penoso ese motivo.

Las noches no eran mejores, entre avispas y murciélagos; pero la llamábamos buena, precisamente por lo mismo. No muy tarde descubrimos que, con hojas de plátano, secas, de las pocas que había dejado la langosta en el pueblo, se podían remedar colchones, para evitar un poco el frío del suelo, favoreciendo así, la salud. Lo hicimos, no sin algún trabajo, porque ni esto era fácil que esas pobres gentes nos dieran. Conseguimos también hacerle poner un poco de agua a la casa, pero pronto unos vecinos la quitaron, con la razón de que las cosas no son del dueño sino del que las necesita. Nos quejamos al alcalde y contestó que él no se metía en eso. Total, que quedamos sin agua. Había que llevarla y si les pedíamos el favor de servirnos en eso, pagándoles, por supuesto, decían: cárguenla ustedes, ¿no son mujeres como todas?

En fin, no hablo más de la instalación material, con lo dicho basta para lo que me propongo.

El pan diario de las primeras misioneras

Si no recuerdo mal, quince días después de la llegada, abrimos la escuela de hombres y entraron 40; número mayor que el que los reglamentos exigen para una escuela. Eran unos muchachos soeces y ya muy encarrila-

dos en lo de libre pensamiento y en lo de moral andaban peor. Insolentes con las hermanas hasta lo inaudito. Ninguna de ellas tenía energía para contrarrestar tanta insolencia. A esto se agregaba que tampoco, ninguna sabía enseñar, lo cual constituía, un martirio. No había más donde tenerlos que en aquel pedacito de salón, con todos los curiosos encima, a quienes no era posible sacar sino parcialmente, cuando mejor nos iba. Con ellos encima había que tomar los alimentos, recibir las gentes, comprar lo poco que se encontraba, atender a los indios, como veremos después.

De modo que, trabajo pesado y mal hecho por ignorancia, calor asfixiante, algo de hambre, mucha sed, insultos, estrechez hasta lo absoluto, desprecios, mal sueño, peor lecho, empuje de opuestas opiniones, sospechas, falta de sacramentos, de iglesia, de Santísimo, de altar, etc., fueron el pan diario de las primeras misioneras.

Necesitaba templar los instrumentos

Preciso es, reverendo padre, agregar a esto, algo que si no comprendiera ya, que fue providencial, me había de correr mucho de decirlo: Mi autoidad no fue blanda, fue tan enérgica como lo necesitaba el compromiso que con Dios y con los hombres teníamos, aparte del supremo dolor de las almas.

Comprendí muy claro que de las energías y abnegación de las primeras, dependía el éxito de la empresa y el probarle al mundo que la obra era posible, en manos de mujeres.

Los designios de Dios me eran muy claros; pero vi que necesitaba templar los instrumentos de modo que no opusieran obstáculo a esas misericordias que aún estaban ocultas a los demás, pero muy claras para mí, y que habían de desarrollarse contra la previsión general. Instrumentos de roca, inflamados en amor de compasión, eran los que Dios necesitaba para desarrollar sus misericordias entre esos pobres infieles y esta servidora había de ser la formadora, o el instrumento formador de Dios.

Cuerpos puestos a prueba de toda dureza, sensibilidad sin mimos, casi de bronce, voluntad intrépida y corazón ardiente como de serafín, me parecían condiciones indispensables y para conseguirlo, debía tratarlas con alguna energía y poner en juego muchos resortes. La idea de que flaquearan por el lado de la salud me hizo ser sumamente exigente, y como además, el llamamiento de Dios era no sólo a lo perfecto, sino también a lo

heroico, debía educarlas como almas reales. No pensé siquiera en que no era yo capaz de obra tan difícil y dura porque no me sentía a mi misma, yo era sencillamente el cincel, y Dios la mano; por eso, no me hizo sufrir el temor de no poder. ¡Ay, Dios mío! ¡Lo que son las obras de Dios!

Tengo mucha pena de hablar con tanta llaneza a este respecto, porque cualquiera preguntará, y a ella quién la formaba? A esto puedo responder con la mayor verdad: ¡La santidad de Dios estrellándose sobre mi alma; en aquellas amarguísimas noches. La amargura de ver a Dios desconocido, la calumnia y la persecución, unidas a lo incomprendida de todos, hicieron de mi vida un noviciado para lo que iba a emprender, por la infinita condescendencia de mi Dios! Eso que Dios había hecho y hacía conmigo, debía yo hacer metódicamente con las primeras hijas. Eso lo sentía muy hondo en mi alma, aunque entonces no hubiera podido responder, según creo, el por qué obraba así. De lejos se ven mejor las cosas. Hoy me doy cuenta exacta de este sentimiento. Hay ocasiones que el recordar que jamás les dije una palabra de compasión, ni de aprobación, en ciertas circunstancias, saltan las lágrimas a mis ojos, y sin embargo, no me siento en el deber de arrepentirme. ¿Me juzgará Dios de otra manera? Confío en que no. Sin embargo, abandono mi juicio a su misericordia.

Procuraba constantemente que no les faltara vigor espiritual y a ese fin, enderezaba todas mis enseñanzas; su fervor me importaba más, mucho más que su alimento, el temple de su espíritu más que su descanso y que cuanto se quiera. Me empeñaba en darles a sentir el dolor del desconocimiento de Dios en el mundo y de la pérdida de las almas, con tal ardor, que no les dejaba sentir sus propias incomodidades y el desprecio que las rodeaba, pero jamás les di una palabra de elogio, ni casi de aprobación. ¡Cuando mejor lo hacían les decía: Cuando hubiéramos derramado toda la sangre por amor de Jesús y de las almas, habremos apenas cumplido nuestro deber! Pero si eso solo fuera, menos penoso; pero no les pasaba ni sombra de falta ni tampoco las corregía dejándoles lado para la excusa, porque quería que a todo trance, consiguieran ese grado de humildad que era de todo punto indispensable para la realización de una obra de tanta contradicción en el mundo, cual es el apostolado entre infieles.

En fin, padre, no acabaría si dijera cómo fue de vigorosa la formación de estas hermanitas. Jamás las vi flaquear, jamás ninguna tuvo una sola tentación contra su vocación; eso empezó a usarse más tarde en la Congregación. Salían de cada instrucción que les daba, más intrépidas, hasta tenerlas que detener en su arrojío a fin de que no se hiciera imprudente.

Como para todo y en todo he de decir la verdad, confieso también que jamás estudié lo que iba a enseñarles, sino que le daba rienda a mi corazón y abría los labios, con las frases que él me dictaba. Dios mío, ¿cuándo acabaría yo de contar tus misericordias de aquellos días? ¡Si parecía como que te cernías en cada dolor, en cada desprecio recibido, en cada oleada del sofocante calor de Dabeiba! ¡Dios mío, si el cielo se nos mostraba en cada dolor, en cada inclemencia!

Visita del primer indio

Esperábamos el domingo siguiente a nuestra llegada, con indecible afán, para ver si algún indio se dejaba ver, pues nos dijeron que algunas veces salían a vender sus platanitos. Efectivamente, (el 20 de mayo de 1914) muy temprano, llegó un viejo con su hijo joven. Maliciosamente pasó por delante de la casa, haciendo que no nos veía. Con mayor malicia, nos hicimos nosotras las indiferentes, para salir a invitarlo a que entraran, pues no teníamos plátanos y debíamos comprarle ya que en otra parte no había. Un poco remiso, entró; se hizo como quien no sabe de esas huéspedes que de nuevo tenía Dabeiba.

Le hicimos muchos agasajos y entró en amistad, al parecer. Se le compraron los plátanos y salió con promesa de volver y agregaba que traía regalito. Esto último me infundió sospecha pero era preciso hacerme como que creía. La impresión de las hermanas fue muy fuerte: No conocían indios, sólo Mercedes Giraldo los había visto en nuestra primera exploración a Rioverde; las demás los veían por primera vez y hay que tener en cuenta que eso no es agradable. Aquellos bultos medio vestidos, pintados, hablando en aquella lengua tan confusa y que no se sabe bien, si se trata de hablar simplemente o si están en plena pelea. ¡Es terrible! Y luego acordarse de todas las historias de indios fieros y terribles, no es cosa para estar completamente serena.

El indio se fue e inmediatamente les dije a las hermanas que no mostráramos mucho interés porque vinieran, al principio, para evitar que eso mismo les obligara a alejarse.

CAPÍTULO XXIX

- INTRODUCCIÓN A LA VIDA RELIGIOSA - CÓMO SE MITIGABAN MIS DOLORES - DIÁLOGO CON EL PRIMER INDIO - HAMBRE DE SACRIFICIOS - ANTES MISIONERAS QUE RELIGIOSAS - ESCASEZ Y MISERIA EN EL PUEBLO -SE MANIFIESTA LA MISERICORDIA DE DIOS - PRODIGIOS CON QUE DIOS AUTORIZÓ LA MISIÓN - CONOCÍA LA INMENSA COMPASIÓN DE DIOS - HACER QUEDAR BIEN A DIOS

"Bendeciré a Yahveh en todo tiempo, sin cesar en mi boca su alabanza; en Yahveh mi alma se gloria, óiganlo los humildes y se alegren". (Sal. 33,2)

Introducción a la vida religiosa

Durante la semana procedimos a arreglar nuestra vida de modo que respondiera al deseo de perfección que llevábamos. Se arregló así:

Después de la levantada, que se hacía cantando los salmos como antes dije, una hora de oración. Los primeros días, les di reglitas y algunas consideraciones acerca de lo necesario de la vida de oración. Poco después cuando las creí encarriladas en el método, determiné que cada una la hiciera sola y aún que eligiera el lugar. Esto, que después les ha parecido raro a los demás, lo hice porque creí que así lo hacían en donde quiera que debían orar. Creí que la soledad debía ser completa. Además, a mí misma se me volvió duro eso de tener testigos en el caso de venir lágrimas o alguna manifestación externa de fervor. Por otra parte, eso de un mismo tema de meditación para todas, me parecía más dificultoso que mascar un mismo bocado dos bocas.

Siempre, reverendo padre, me ha parecido que para el tema de meditación, hay cierto como llamamiento del Espíritu Santo y que ese llamamiento no ha de hacerlo en colectividad, sino a cada una en particular. Mas, después de que he sabido que en las demás casas religiosas, se medita un mismo tema y están juntos los religiosos, respeto mucho eso, pero no he cambiado en la Congregación, porque creo que así esté bien para nosotros. Si alguna vez, la Iglesia, por medio de algún superior lo cambia, está bien; con mucho gusto oraremos juntas porque Dios nos dará la gracia de que todas tengan el llamamiento para el mismo tema.

Nuestro desayuno quedó establecido, tomándolo de pie. Esto me lo dictó esta consideración: Si fuéramos religiosas ayunaríamos y pagaríamos por nuestros pecados y los de los pobres pecadores e infieles con penitencias; siendo misioneras no podemos hacerlo, porque nuestra salud se resiente; luego, en reconocimiento de nuestra impotencia y de la necesidad de reparar y pagar por nosotras y por nuestros hermanos, tomemos siempre estos alimentos como de paso y como quien no tiene derecho a ellos; el tomarlo sea una confesión de nuestra debilidad para ayunar y de nuestro deseo de hacerlo. En esta misma categoría quedó el refresco o refacción de la noche y del medio día. Enseguida de las oraciones de la mañana que se hacían inmediatamente después de vestirse, cada una arrodillada al lado de su estera o cama, la oración, e inmediatamente la santa Misa. Mas, como sólo tres meses después la tuvimos, íbamos al altarcito que habíamos formado en un pedacito de sacristía de lo que se llamaba iglesia, y allí leíamos algo espiritual; pero cada una en su libro, muy escogido. A veces a esta hora, encerraditas allí, les enseñaba lo necesario para su manejo y su espíritu.

Después al trabajo con los niños, ya casi todos pervertidos, por desgracia, y que, como veían el desprecio que nos rodeaba, nos despreciaban más aún, tanto a nosotras como a nuestra enseñanza. ¡Qué risa tan despectiva les dio cuando quisimos que se pusieran el agua bendita en la frente y qué palabras tan soeces lanzaron! ¡Pobrecitos!

Una hermana se ocupaba con los niños y otra con las permanentes visitas de los importunos que no querían salir; pero a quienes no queríamos arrojar, para ver de hacerles un poco de bien. Esta servidora se ocupaba en dirigir y enseñar a las hermanas algo en la enseñanza y además, escribía algunas cartitas para dar cuenta a los superiores y a las buenas personas de Medellín y Cañasgordas que habían escrito interesándose por la Obra. Esto mientras no hubo indios. Muy pronto tuve que entenderme con ellos sola, pues se trataba de inventar los métodos y de atraerlos, por lo cual lo primero debía ser sorprenderles su verdadero carácter, cosa que ocultan sistemáticamente, más que la garza su nido. Por eso las hermanas no se metían con ellos, al principio.

Comenzamos a rezar el Oficio Parvo, también como medio de conseguir de la Virgen el don de la fe para los amados indios. Además, rezábamos a la media noche los salmos penitenciales con el fin de expiar por los indios y conseguir su conversión. Se pusieron algunas prácticas de penitencia, tales como el cilicio, la disciplina al principio casi diaria y otras, para alcanzar la misma gracia. Bien comprendíamos que sólo con ir a Dabeiba, no se salvarían los pobres salvajes. Sentíamos que era necesario

desarmar a Dios y arrancarle a fuerza de oración y penitencia la gracia que por tantos siglos había estado detenida para ellos, en un corazón que a pesar de ello los amaba infinitamente. Ya desde aquellos primeros días comenzó a oírse entre nosotras, el Ave María en la forma que lo usamos ahora, también por atraer la misma gracia.

En el alma de las hermanas traté de imprimir la idea de que Dios no podía ser conocido de los infieles si no se les mostraba un reflejo de Él en nosotras mismas y en nuestro modo de ser. Así, debíamos tener una bondad con ellos que, subyugando sus voluntades y superando cuanto ellos pudieran esperar y alcanzar a pensars, pudiéramos después decirles: ¡Así es Dios y más!

Debíamos abatirnos tanto hasta ellos, que después por ese abatimiento, pudiéramos darles idea de los anonadamientos y rebajamientos de la Encarnación. Debíamos tener con ellos misericordia y providencia grande, para que después nos sirvieran de término de comparación con la de Dios. En fin, toda nuestra vida debía ser una plegaria por el don de la fe y una preparación para ella, sin economizarnos, ni buscarnos en nada y sin tener en la cuenta nuestro propio mérito, sino la mayor gloria de Dios.

Quise que la generosidad fuera como nota característica de ellas, porque sentía que nuestra misión lo necesitaba. La idea de ser santas me parecía que no les daba suficientes fuerzas para tales trabajos; mientras que la de ver a Dios conocido por mayor número de almas y alabado por mayor número de bocas y mayor número de corazones puestos al servicio del amor, les daba fuerzas hasta lo inconcebible. Por eso la alabanza y el deseo fueron semillas que comenzamos a cultivar desde el principio; ese espíritu se respiraba por donde quiera. De esto, diré algo más, en su lugar.

Cómo se mitigaban mis dolores

Desde entonces mi alma comenzó a aliviarse un poco de mis dolores. Llamo míos estos dolores porque me parece que están asidos a mi alma, que cuando todo me falte y cuando todo lo deje, irán conmigo; padre, son de tal modo íntimos, que no concibo poder vivir sin ellos y es lo que me nos comprendo del cielo. Me parece que a la hora de la muerte, el último y único duro adiós, que diré de este lado de la tumba, será a mis dolores.

Ahora mismo, al escribir, el corazón me está diciendo cuánta verdad es lo que digo. Dios mío, ¿cómo en el cielo podré ser feliz y no sufrir, viéndote desconocido de los hombres, viéndote ofendido y sobre todo, viéndote

blasfemado? Si no me cambias Dios mío, ¡con tu licencia me vuelvo a la tierra, a llorar por el desconocimiento de los hombres! Perdóneme padre de mi alma este arranque del cual sin embargo no puedo arrepentirme, porque él no expresa aún lo que siento, aunque sí me parece que estoy loca. ¡Ay! ¡Qué maluco es tener que hacer conocer estas cosas que sólo Dios entiende! Y digo, que sólo Dios, porque yo tampoco las entiendo. Y mientras más las siento, más se escapan a mi pobre comprensión.

En estos días le pregunté al señor Builes si las almas se enloquecían y me contestó que sí. Ya recordará padre, el golpe del hormiguero. Pues desde entonces me enloquecí. ¿No es locura llamar a Dios como entonces lo llamaba? ¡Yo creo que gente más juiciosa se contiene y además no se acorrjala tanto en esas agonías! Es por lo que me hace más falta el cielo: Para poder gozar de Dios con serenidad. Esto aquí todo es impetuoso y el corazón es tan pequeño, que desequilibra la cabeza en sus afanes. Amar con serenidad, es precisamente, según entiendo, uno de los efectos de la plenitud que recibimos en el cielo y que es como una aplicación del mismo Espíritu de Dios. Esto lo siento, pero como jamás lo he visto en ningún libro, quizás al expresarlo tendrá sus inconvenientes y no acertaré con las palabras propias. Por eso, padre, si quiere quitar este concepto, sabe que es libre y como estos escritos salen de mí para no volverme y salen tan salidos, que jamás los llamaré míos, no tiene que tener ningún reparo.

Dije que comencé a aliviarme un poco de mis dolores, porque las dificultades, las penas, las inclemencias, solamente pueden aliviar el corazón herido del modo que ha sido el mío; por eso padre, es por lo que creo que si llegara a no sufrir, me matarían mis dolores.

Pues con las primeras dificultades y con eso de ser duro todo, más duro para mí, que para mis compañeras, según hemos podido verlo, por la delicadeza de mi sensibilidad, se mitigaron aquellos dolores, como cuando medio se apaga el fuego al ponerle leña. Así siento que las cosas adversas me alivian y sobre todo cuando las tomo por la causa de Dios.

En los primeros días de instalación, no pasaba por mi alma un solo cuidado. Tenía un abandono, que casi lo llamo pleno. ¡Lo tenía sin esfuerzo! Parece que el amor se aquietó en una sola gracia de paz. Al hablarle a las hermanas, sentía algunos arranquitos, pero ligeros y transitorios. Esto duró poco, sin embargo, porque ciertos recrudecimientos de dolor que me venían por causa de la inmensa desolación del alma de los infieles que se me hacía muy palpable con el trato íntimo de ellos, me volvieron a sacar de la serenidad del abandono.

Diálogo con el primer indio

Ahora, volviendo a lo material y de los indios:

No tardó el indio Juan de Jesús en volver; si no recuerdo mal, volvió en la misma semana. Inmediatamente que volvió me dijo:

- Yo quiere pa preguntar ¿vos a qué viniendo aquí?
- A enseñar a los indios la ley de Dios.

Pensó un poco y luego resueltamente me dijo:

- ¿Ese vos solo u otro mandó? ¿Mandó gobierno?
- No, le contesté, gobierno no mandó. Dios sí mandó.
- ¿Onde topates Dios?
- En Medellín, le dije.
- Luego con viveza me dijo:
- Indio no atiende (aprende) Libre sí atiende, porque es alma (es decir, porque tiene alma)
- Indio también tiene alma, le repliqué.
- Vos no sabe, indio no es alma. Tenés que ir vos otra vez tu tierra porque indio no gusta vos.
- Bueno, le dije; pero como yo quiero mucho los indios no les enseño; pero vivo aquí, pa que tengan donde pasiar, para almorzar y tocar grafófono
- Nosotros no necesita ; nosotros no sabe almuerzo, no sabe eso vos dice.

Es decir, que la palabra almuerzo no la conocían y la de grafófono menos. Total, que sin hacer caso de esto, saqué el grafófono y lo puse a funcionar. Dios mío, ¡que susto!

- Vos tiene gente metido onde ese tabla. Ese hablando no gusta. ¡Nosotros ta miedo!.

No había para que continuar diciéndoles que dentro del grafófono no había nadie guardado, porque no lo creían. En medio de todo, el indio repetía:

- Vos tu tierra volvé, nosotros no atiende, no atiende, sin alma pues.

Llegó el almuerzo y lo comió como un perro, es decir, con ansia especial. Muy bueno, le dije : ¿no ve? Aquí nosotras para comer con usted y esto muy bueno.

- Así ta bueno, ta bueno, contestó y puso término a la visita.

Bastante poca esperanza nos daba esto; para mí era mucho porque el deseo es confiado y además no me sorprendía con la desconfianza de los indios, muy natural, si consideramos la historia de su pasado, tan dura y tan triste.

Hambre de sacrificios

De cada entrevista con los indios salía un renovarse de nuestra fe y un aumento en dones y penitencia. Si hubiéramos podido derretirnos en holocausto para conseguir la conversión de cada uno de los que iban llegando, lo hubiéramos hecho gustosas. Ante estos deseos y resolución, naturalmente que el sacrificio lento de cada día nos parecía muy poca cosa y cada una quería llevárselo para sí, todo. Por eso en la mesa, el plato más malo, el plátano más paludo, el pedazo menos bien hecho o conservado; en el vestido, el más malo; en los lechos los más mal colocados, el más duro; en los oficios el más difícil, etc., eran los preferidos por cada una. ¡Había propiamente hambre de sacrificio! Por eso los que se presentaban no se volvían duros. Tengo a este respecto una idea, que no sé si sabré desarrollar y que creo que fue el germen de esta abnegación:

Habíamos renunciado a todo, absolutamente a todo lo que, según las leyes de la más acendrada perfección, se puede renunciar, por conseguir la salvación de esas almas. Casi todas habíamos sentido atractivo por la vida religiosa y habíamos renunciado a ella por buscar y llevar al cielo esas almas queridas y esto lo habíamos hecho con abandono total de nuestro porvenir.

Si después, por voluntad expresa de los superiores, fuimos religiosas, nos vino muy bien; pero fue generosidad exuberante de Dios, quien nos recibió el sacrificio y luego nos dio, con las almas que buscábamos, la vida religiosa, como corona de fortaleza, para que no desmayáramos. Esta gracia reforzó el espíritu de apostolado y dio estabilidad a la obra.

Gracias al orden de los sucesos, nuestras Constituciones se hicieron de tal modo que sirven a maravilla para la salvación de los pobres indios.

Antes misioneras que religiosas

Dios permitió que antes fuéramos misioneras que religiosas, para que la experiencia del apostolado y la formación misionera misma, dictaran unas constituciones completamente adaptadas al género de trabajo apostólico que requieren los infieles y salvajes en las condiciones de los de la mayor parte de Colombia. Fue ésta la razón que expuse al señor Crespo, cuando de parte de la nunciatura me preguntó si no podíamos asimilarnos a una congregación existente. Dije que no conocía ninguna cuyas constituciones no se opusieran a esta clase de trabajos. Todavía, después, me hizo escribir el señor Crespo, los motivos que me hacían creer que, para este apostolado se necesitaba una nueva creación religiosa, con carácter muy diferente al de las otras y entre otros motivos expuse éste de ser necesaria una, en la cual las prácticas religiosas estuvieran constantemente al servicio del apostolado y éste ayude a aquéllas.

Cuando ya nuestra vida religiosa quedó ensayada, se vio lo muy bien que encajó en nuestro apostolado. Por eso nuestras constituciones se cumplen lo mismo dentro de casa, que en el monte, en el bohío, en el camino, etc. Se desarrolló primero el celo que todo lo demás, lo cual aseguró cierto desprendimiento de la vida religiosa, que no sé explicar; pero que hace que aprovechándolo como el mejor medio escogido por Dios, para ellas y para sus protegidos, no se paren en sus dulzuras, sino que miren únicamente la gloria de Dios en su doble estado. De este modo, el celo se alimenta del sacrificio y del apostolado mismo, tanto como de las prácticas religiosas, pues se identifica con ellas. Este desprendimiento se advierte especialmente en las primeras hermanas y mi empeño es que se sostenga y plante en las demás.

No sé que haya dado esta idea de un modo inteligible, o si lo que al respecto siento, sea incorrecto. Sé, sí, que si hubiera formado antes nuestra vida religiosa que esta clase de apostolado, no hubiera resultado la armonía que indico, entre ella y nuestro trabajo, tan diferente del de las demás misiones.

Para la mejor comprensión de esto, debo decir, que este método de reducción, catequización, etc., ha resultado diferente, sin que el hacerlo así, haya entrado en mis planes. Cuando lo establecía, creía de la mejor buena fe, que así se obraba en todas las misiones. Cuando vi que algunos se escandalizaban de él, otros se asustaban, otros lo criticaban y todos lo miraban y calificaban como nuevo e inusitado, advertí que era diferente.

Hay muchas personas que creen que con él, he buscado ser innovadora y el aplauso y renombre. Dios mío, bien lo sabes que sólo lo practiqué porque creí que así se practicaba en todas partes y que era el único que daría resultado conveniente. ¡El único medio que vi para hallar lo que ardientemente buscaba! Si esto resulta bueno, como lo parece, Dios lo hizo valiéndose de mi ignorancia y si no resulta bueno, es hijo de mi bobería. Dios sabe que hubiera dado un ojo de la cara porque jamás se conociera lo que Dios ha hecho conmigo y a pesar de mi miseria.

Escasez y miserias del pueblo

Las gentes continuaban en su afán de hacernos indolente compañía. Eran testigos obligados de toda nuestra vida y trabajos; era la gente más negada en todo sentido. No conocía nada y cuanto nos veían los sorprendía. No mostraban deseo de aprender nada; nos asistían sin mostrar cariño; pero si los ocupábamos en algo protestaban con esta expresión: háganlo ustedes que son mujeres como todas.

Como muestra para ver el estado de atraso de estas gentes, puedo dar el de un fuelle que para la cocina hicimos llevar de Frontino y hubo que dejarlo expuesto varios días ¡porque todos acudieron a ver esa máquina! Por esto me decía el señor inspector provincial: Dé por matriculada a toda esta gente y a cuantos vengan a verlas, porque es mucho lo que aprenden en su calidad de curiosos, con sólo que las saluden.

Nos daba compasión oírlos decir: ¡Ahora ya no pueden matar a los indios como antes, porque ya las hermanas les están echando alma!

La escasez en la población era espantosa; los huevos eran ya como cosa de la historia, de que no se hacía cuenta, porque todas las gallinas se habían muerto por la escasez; el maíz no se encontraba sino cuando llevaban de Cañasgordas a subido precio porque los caminos no permitían el comercio ni comunicación casi ninguna; mejor dicho la falta de caminos. No se conocía el arroz, por decirlo así; una vez conseguí que un muchacho llevara algunas libras de Frontino para el mercado de Dabeiba, y tuve que comprárselo todo, porque nadie lo compró. Era todo una miseria.

En lo moral, no andaba mejor esa pobre gente; pero ese velo no hay para que descorrerlo. En lo religioso era tanto el atraso, que precisamente el odio de la gente a nosotros era porque no conocían a nadie que no quisiera casarse y como nos veían tan decididas para continuar en nuestro dulce

celibato, creían que estábamos engañándolas, sobre todo a las mujeres, para quitarles a ellas la facilidad de casarse. La castidad cristiana era completamente desconocida por esas pobres gentes. Un hombrecito nos perseguía en la calle cuando salíamos por las tardes a ver a los enfermos, pidiéndonos absolución a sus pecados, sin que valiera explicaciones. Le dábamos medallas y escapularios pero no quedaba contento.

La peste más espantosa, era como huésped permanente en aquel sitio: Paludismo, úlceras y diarrea de sangre eran, unidos al tuntún*, las enfermedades que asolaban aquella tierra. Alguna vez les dije a las hermanas: Miren, si salen a la calle vendadas y cogen al transeúnte que se les atraviese, estén seguras que ése tiene una de estas enfermedades. Sobre todo la diarrea era cosa que infundía pavor. Las gentes en la calle parecían cadáveres, sin que nadie se preocupara por mejorar aquella situación.

No se tiraban en sus miserables esteras, sino para morir; la enfermedad la pasaban andando, como envenenados de un humor negro en el genio, que daba espanto. Sobre todo si nos miraban a las recién llegadas, parecían mascando retama. Tres o cuatro señoras formaban la excepción de esto; pero tampoco sabían hacer una atención ni a los que íbamos, ni a los miserables que a su alrededor veían sufrir. De caridad no hablo porque eso sería demasiado pedir. Tampoco había yerbas medicinales, ni sabía el pobre pueblo que se pudieran curar.

No sé si se habrían dado cuenta de que había médicos. (En todo esto me refiero a la gente pobre y hago excepción de unos pocos gamonales que sin duda saldrían a Frontino en sus necesidades y que veían aquel pueblo destruirse, indolentemente). Algunos buscaban brujos; pero como éstos valen mucho, no estaban al alcance de la mayor parte; quizás no supe sino de uno que lo hiciera siempre. La fiebre perniciosa, al llegar nosotras, había entrado también en el cortejo de males que afligían a esta gente. Como entre ellos los afectos de familia también eran mínimos, no había tampoco mucho afán en los pocos alentados. No acabaría, padre, de referir miserias de ese pueblo; pero como va a ver, esto fue uno de los motivos para que brillara la gloria de Dios mejor.

Se manifiesta la misericordia de Dios

Aquí, padre de mi alma, voy a descorrer el velo de algo que yo misma he tratado de ocultarme y que vuestra reverencia me ha dicho que debo consignar con la mayor sencillez en estos apuntes; pero debo serle franca.

Me estremezco de que alguno pueda ver esto desde otro punto de vista que no sea el de las misericordias de Dios con los pobres y el favor que Él debe a la propagación de la fe, misericordiosamente también.

Esta miseria y esta peste eran sin duda permitidas por Dios, para hacer brillar su influencia en esta obra de la misión entre los infieles que rodean a Dabeiba; qué digo, influencia? No, ¡para mostrar que Él sólo era el dueño de la obra! ¡Dios mío, cuánto amas a los pequeños! En ese sentido también entro yo en el número de tus preferidos. ¡Bendito seas!

Jamás fui aplicada a la medicina; ni me empeñé en curar enfermos; al contrario, en casa siempre me confiaban lo menos posible los enfermos, porque los dejaba sufrir, a mi pesar, por supuesto. Al decir esto, Padre mío, se me viene a la memoria un hecho que quizás debo referir, en abono de lo que vengo diciendo y para que se vea como no era mucha mi caridad con los enfermos:

En 1900 estaba con tifo Carmelita y ya todas las personas que ayudaban estaban rendidas de tranochar. Me ofrecí con la mejor voluntad a reemplazarlas y me aceptaron el ofrecimiento por la necesidad, pues a mí jamás me tocaban estas cosas, parte por lo poco hábil y parte porque como enseñaba mucho, temían por mi salud si perdía sueño.

Tan luego como quedé con la pobre enferma, hice con Dios el negocio de aprovechar muy bien la noche gozando de su presencia, ya que el sueño no me la quitaría, a la vez que veía a la enferma y le servía en todo.

La enferma estaba en estado de adormecimiento febril, de modo que para darle las medicinas ordenadas por el médico, bajo grave responsabilidad, había que llamarla. Viéndola tan quieta salí a un balcón, miré el cielo estrellado y no supe más de mí, ni de la enferma. Quizás como tenía costumbre de hacerlo, pensé en algo de Dios, con intención de hacerlo brevemente y no fui dueña de mi misma. Cuando advertí estaba llena de lágrimas, muy encendida en fervor pero no creía que hubiera sido larga mi oración. Entré a ver la enferma y la encontré malísima. Me había llamado y buscado con los ojos desde su lecho y al no encontrarme hubo de resignarse, la pobre.

Naturalmente con la falta de las medicinas que eran para mantenerle la temperatura baja, la fiebre le subió y se vio en gran peligro. Yo me empeñaba en decirle que sólo había faltado un minuto mientras hacía una cosa; pero tuve que convencerme que falté muchas horas y que me porté mal y

lesioné la caridad. Por fortuna esta gravedad no fue de mucha importancia, o Dios en su misericordia conmigo, permitió que no tuviera resultado.

Pues en Dabeiba, padre, tuve que ponerme a recetar. Tenía gran cantidad de bicarbonato y les dije a las hermanas: Con esto hemos de curar a esta pobre gente. Ellas se rieron pero Dios, como lo necesitábamos, obró por él.

Primero fue a una mujer con una pierna reventada por muchas partes y con una gran llaga en ella. Sufría erisipela desde hacía muchos años; estaba palúdica y de 70 años por lo menos. Naturalmente creo que no se hubiera curado; pero Dios iba a abrirnos camino entre las gentes, curándoles sus achaques, y se valió de nuestro bicarbonato. Le hice cuatro papeletas, le di la instrucción para tomarla que no fue otra que ésta: después de cada comida, una. Bien hubiera podido decirle que se las tomara todas juntas, según eran de pequeñas y de inofensivo el bicarbonato.

La pobre hija llevó a su madre, que guardaba cama, ya como para no levantarse más, aquella medicina. Se la tomó religiosamente según la importante instrucción y quedó curada. Aquella pierna parecía no haber tenido nunca úlcera y la misma mujer la mostraba diciendo: ¡Mire, ni señas! Pues mire, le dije, ¡qué tan bueno es el bicarbonato! La viejecita quedó perfectamente buena.

Al saber esto las gentes que ignoraban que, Dios sólo había sido el autor de esa curación, se agolparon a la casa en busca de remedio ¡y me torné en un doctor consumado!

Prodigios con que Dios autorizó la misión

Referiré aquí algunos de los prodigios con que Dios autorizó nuestra Misión, entre esas gentes. Referirlos todos no sería posible porque yo misma no los supe.

Por ejemplo, yendo para Rioverde, me sacaban enfermos, de modo que el camino se veía como una larga fila de gentes, siendo una vía en donde no había sino dos casas; pero era que salían de las montañas a situarse al camino, cuando sabían que este pobre instrumento de Dios iba a pasar. Se colocaban en el camino en grupos. Naturalmente, yo no me atrevía a desatenderlos y me demoraba. Ordinariamente el que me acompañaba, algunas veces un sacerdote, se le acababa la paciencia porque la jornada se tenía que repartir en dos días. Entonces determiné recetar más ligero y

para eso no enterarme de la enfermedad, sino que les preguntaba qué yerba podían conseguir más fácilmente o qué alimento tenían más abundante y de eso les recetaba. Esto lo hacía porque sentía, padre, que la virtud de Dios lo mismo obraba conociendo yo la enfermedad, que no conociéndola y además, no hubiera acabado.

Al viaje siguiente, me encontraba grupos de gentes que salían llorando a darme los agradecimientos porque los había curado de viejas enfermedades y me referían de otros que habían recibido la misma gracia, agregando que esos remedios eran muy buenos. En un caso desesperante de una enfermedad penosa, el remedio fueron dos huevos crudos. Me vi en el caso de recetar eso, porque tuve miedo de recetar yerbas a enfermedad tan desconocida.

Otra vez fue un hombre enfermo de una cosa vergonzosa que yo no conocía, ni quería conocer; pues lo atajé en su descripción y le dije: Mire, no necesito que me diga más. Llévase esta pomada y aplíquese la tantas veces; la pomada era sebo. A poco volvió el hombre a dar las gracias porque se había curado. Más tarde supe que esta enfermedad no la curaban los médicos porque radica en la sangre, a causa de los vicios.

Ya hacía como seis meses que estábamos en Dabeiba y no habían acabado de llegar los enfermos, no obstante que la casa no se veía desocupada. Muchos querían que fuera a sus casas; pero el tiempo me faltaba de todo punto.

Una vez me llamaron para un enfermo que llevaba tres años de diarrea de sangre y se había hecho remedios de los médicos de Frontino, pues era uno de los pocos que sabía que había médicos y que podía buscarlos. Todos los remedios fueron ineficaces y los médicos lo habían dejado ya, tanto más cuanto ya no podía ir a importunarlos porque estaba reducido a la cama y vuelto un esqueleto.

Era muy refractario a "esas mujeres" que era el nombre que nos daban los principalitos. Como no podía ir, le mandé unos remedios con su hijo, pero él le dijo que no los tomaba si no iba la Madrecita. Sin embargo, la enfermedad iba hacia delante y el hijo no quiso volver a llamarme.

Pasados muchos días, ya en caso de muerte del hombre, se resolvió el hijo a llamarme. Mas, como no pude ir por estar mal de salud, le mandé una hermana y un purgante para que lo tomara al día siguiente, muy suave, pues bien se me ocurría que no lo resistiría de otro modo.

La hermana volvió diciéndome que el enfermo no aguantaría ya, sino pocas horas; pero que decía que con sólo ver a la madrecita, se curaría. Con este dicho le cogí miedo al enfermo, pues vi que me atribuía las curaciones, siendo únicamente cosas de Dios y no pensé en ir. Al día siguiente se me apareció el hijo con estas razones: Mi papá no ha pasado hoy ni una gota de agua y dice que no la tomará hasta que no vea a la madre.

Eran las dos de la tarde. ¡Dios mío! me dije, me obliga este hombre a ir, a pesar del miedo que tengo de verme haciendo el papel de santa. Pensé en las agonías de este hombre y me resolví a presentarme. ¡Era verdaderamente un cadáver! No se sentaba siquiera. Al verme medio se incorporó y dijo llorando:

- Madrecita, ¡si usted quiere, me cura!
- Yo sí quiero, - le dije- pero es la Santísima Virgen quien va a curarlo.

Le di algunos consejos acerca de la necesidad de confesarse; me dijo que lo había hecho, lo cual era fácil, porque había ya Padre. Fui a la cocina y le dije a la mujercita después de repasar en mi mente, cuantos remediecitos conocía que pudieran servirle y no hallar ninguno que tuviera la propiedad de resucitar, que era lo que en el caso se necesitaba.

Váyase al río y, no de la orilla sino del cordón más inmediato a la orilla, cójase una olla de agua; luego hiérvala y la pone debajo de aquellas matas de plátano; cuando esté perfectamente fría, déle bastantica y siga dándole.

Al salir le dije al enfermo que la mujercita le haría el remedio. Le aconsejé que no se hiciera remiso a tomarlo y que amara a la Virgen. Él, levantó los brazos como para abrazarme y me dijo: ¡Mire Madrecita, con verla me curo!

Le hablé algo como ya para que confiara en Dios y salí. Olvidé decirle que el pobre hombre me ofrecía una rocita de maíz, lo único que tenía, con tal que lo curara. ¡Pobrecito! ¡No sabía que, con curarlo yo era la que ganaba, pues que servía para mostrar una vez más el poder de Dios y glorificarlo!

Cuando salimos me dijo la hermana que me acompañaba, qué por qué había puesto esas condiciones al agua. Sencillamente, le contesté, le receté agua porque me parece inútil otra cosa; el agua al menos le calma la sed. Le dije que fuera del cordón del río, porque esta gente no tiene fastidio de nada y cogen el agua de la orilla del mismo punto en donde tiran los excre-

mentos del enfermo; dije que del cordón más vecino a la orilla para que no pasara trabajos, por llegar al del medio. Le dije que la hirviera, porque así es más sana; que la pusiera debajo de la mata de plátano, para que se pusiera más fresca, pues esta gente es tal, que se la daría tibia y lo haría vomitar. Ése es todo el secreto. Nos reímos.

Dos días después fue la mujercita, a preguntarme si le permitía darle de esa misma agua a los niños que tenía enfermos, porque había curado a su marido. Me dijo que con los primeros sorbos de aquella medicina, se le había contenido la diarrea y que estaba ya en plena convalecencia. Verdaderamente, pocos días después me mandó a decir, que hiciera coger la rosita, que era mía, aunque él y sus hijos, se tuvieran que poner a pedir de puerta en puerta. Tuve que aceptarle por lo menos algunas mazorcas, porque no tenía consuelo, si no le recibía alguna cosa.

Yo no sé padre, que esto se pueda llamar milagro; pero es una misericordia muy especial de Dios, encaminada a despejarnos un poco el horizonte en Dabeiba. Con éstos y otros muchos favores que iré refiriendo, a lo menos los que recuerdo, fuimos haciéndonos al campo, respecto a los civilizados.

Además, como diré más adelante, encontré manera de que se sanificara un poco el clima, lo cual nos ayudó no poco, a trabajar con el mejor éxito.

Conocía la inmensa compasión de Dios

En todas estas cosas, mi alma permanecía, aunque un poco aliviada del peso o amargura que mantenía, en indiferencia acerca de lo que pasaba. Me parecía completamente natural cuanto Dios hacía y me sentía pura espectadora de las misericordias de Dios; pero no las veía extraordinarias. Sólo veía claro que la inmensa compasión de Dios por los indios y ese amor tan delicado que les tiene a las almas, le harían pasar por encima de todo, aun de la impotencia e inutilidad nuestra, para salvarlos.

De esto sí que estaba tan cierta que casi se me perdía la esperanza, porque era ya en mi mente un hecho. No sé si esto me quedará expresado como es; pero en mi mente lo tengo claro. Hay esperanzas tan seguras que llegan a formarse en el alma como hechas y por consiguiente se me ocurre que se pierde el concepto de esperanza. Si esto no es así, perdóneme, padre mío.

Alguna vez le dije a un sacerdote antes de irme, es decir antes de emprender la obra: Padre, sonó la hora de salvación para los indios de Antioquia y aun de Colombia.

Él se manifestó fastidiado, como que creía que yo quería decir como que lo conocía por revelación o por cosa muy extraordinaria. Me callé y respeté el fastidio del sacerdote; pero esta seguridad fue creciendo en mi alma, sin cultivarla. Naturalmente, después de estar en Dabeiba, la confianza se convirtió en algo tan seguro, que es casi realidad, lo palpaba.

Esta seguridad tenía por principio el haberle conocido a Dios su compasión por estas almas. Si me preguntan cómo conocí esa inmensa compasión, no sé responder. Sé que se fue imponiendo en mi alma con un conocimiento cierto. Por eso, nada ha podido hacerme desconfiar de la salvación de ellos, a lo menos en la medida en que se salvan los que tenazmente no oponen resistencia. De allí el que el horizonte de mi alma al ir a Dabeiba, era iluminado por una luz que nada podía oscurecer. Sacerdotes hubo que se rieran de mí porque confiaba demasiado, pero nada me vencía. Necesitaríase que borrarán de mi alma lo que conozco de Dios, para hacerme entrar en dudas. ¡Imposible!

Pues bien, quizás esa confianza segura formaba el fondo de mi alma en aquellos principios y nada me hería sino el notar desconfianza en alguno. Las hermanas muchas veces al tratar un indio criminal, o muy cerrado a la gracia me decían: ¿Éste también Madre? Les respondía invariablemente: De cualquier piedra hace Dios hijos de Abraham.

Este espíritu iba formándose en las hermanas, al punto de que jamás, después de decirles esto, las vi dudar de ninguna conversión. Sobre todo les infundía mucho respeto por los medios ocultos que Dios tiene para salvar las almas y en atención a esos medios les daba aliento para el trabajo, aun en los casos que pudieran llamarse desesperantes.

Hacer quedar bien a Dios

Por lo demás, mi amor era entonces tan borrascoso como siempre; pero como si el sujeto de él no existiera, como si dependiera más de otro que de mí, como si fuera amor solo. Por eso no temía que se enfriara, no me cuidaba de nada mío. Sacar adelante la obra de Dios, encauzar su gracia de conversión en los indios, hacer quedar a Dios bien, era todo mi afán. Pa-

dre, qué expresión tan terrible ésa que le subrayo: ¡hacer quedar a Dios bien...! Dios mío, ¿me entiendes? Lo sé muy bien. Me entiendes. Pero los que esto leen ¿me entenderán? El Señor quiera que sí. Es que las gentes tienen tan mezquina idea de Dios en todo y sobre todo en el amor a las almas, que me parecía que debía a Dios, el probar con hechos, ¡que Él las ama infinitamente! ¡Pobre de mí, qué tarea!

Perdóneme Padre de mi alma, que antes de dejar este tema confiese una falta mía: Sentía cierta piquita* con todos los que dudaban de la conversión de los indios y ésta era mayor con los sacerdotes, porque me parecía que estando tan cerca de Dios por el sacerdocio, debían conocer mejor esos secretos de la misericordia que Dios guarda para los indígenas y no pudiendo probar con palabras, ni siquiera tratar de hacerlo por el respeto debido, por una mujer al sacerdote, tenía afán de que el resultado hiciera salir a Dios bien ante ellos. Digo hacer salir bien, no porque hubiera visto que tuvieran mala idea de Dios, por eso, sino porque no le conocían esa misericordia tan clara que yo le veía. Dejo esto, porque no sabré decirlo con exactitud.

Como por otra parte también veía y oía que los indios sentían cierta inquina con Dios, porque los había hecho con menos ventajas que a los otros, me partía el alma esto y quería probarles que Dios los amaba infinitamente. ¿Y de qué modo mejor, que con su conversión? De modo que también ante los indios, quería hacerlo quedar bien. ¡Dios mío, qué empeño! ¡Todavía lo siento! Y no es que yo crea a Dios un necesitado, padre, lejos de mí el pensarlo así. Es que como ya le he dicho, ¡soy loca!

Actualmente estoy conmovida al recordar este afán y siento deseo de gritarles a todos lo duro que me parece ¡que tengan de Dios tan pequeñas ideas! ¡Me parece como que debo reivindicar a Dios y reivindicarlo ante su misma creación!

En altos y bajos de dolor y de alivio, de locuras y de calma, fue siempre mi alma en aquellos principios de la obra; pero repito, me sentía muy poco o nada a mí misma.

CAPÍTULO XXX

**- DESCONFIANZA DE LOS INDIOS - ESCÁNDALO DE LOS BLANCOS
- EL PRODIGIO DE LA LANGOSTA - OTRO PRODIGIO - MI MADRE
ENFERMA DE GRAVEDAD - CONTINÚA LA FORMACIÓN
RELIGIOSA - CAMBIAMOS DE NOMBRE - NOMBRE DE LA
CONGREGACIÓN - NUEVOS MIEMBROS**

"Será llamada con el nombre del Señor la generación que ha de venir; y anunciarán los cielos la justicia de Él, al pueblo que nacerá e hizo el Señor". (Sal.21,32)

Desconfianza de los indios

Ahora, volviendo a los indios: Continuaron por algunas semanas las amistades con Juan de Jesús, sin conseguir sino que él protestara contra nuestra enseñanza, porque indio no atiende (aprende) porque no tiene alma.

Poco a poco, con Juan de Jesús se presentaron otros, pero siempre en la misma actitud o un poco hostiles. Oían hablar de Dios con algo parecido a rabia. Naturalmente para mí, aquello no revestía la importancia que de otro modo tuviera, porque quién sabe qué Dios se imaginaban ellos.

Por una parte, nuestras lenguas nos distanciaban horriblemente, de modo que ellos no se daban cuenta exacta, ni siquiera medianamente, de lo que les decíamos y nosotras no podíamos dárnosla de lo que ellos nos entendieran ni de los errores que tenían aquellas mentes. Por esto, les dije a las hermanas: Nuestra ventaja no está ahora en enseñarles, sino en pasar el mayor tiempo posible con ellos, oyéndoles aunque sea disparates y mostrándoles que los amamos y que valen para nosotras mucho.

Por eso llegamos a excitar alrededor nuestro, muchas habladurías: Como los tratábamos como a seres importantísimos, como no les negábamos nada, como no notaban que tuviéramos fastidio por sus pinturas, ni por su muregre, ni por nada, como los tratábamos como a hijos del alma y, por más que fueran los más malos, encontraban compasión, ternura y remedio en nosotras, se produjo en los indios la desconfianza y en las gentes el escándalo.

La desconfianza de los primeros provenía de que no conociendo el motivo que nos llevaba a eso, no se podían explicar el cariño, la delicadeza y el desinterés nuestro. No carecían de razón: Siempre habían sido trata-

dos como mulas, u hostilizados como animales peligrosos, hasta el punto de que ellos creían que las gentes tenían derecho a sus vidas, como ellos a las de los venados; hasta creerse hechuras de otro Dios, sin alma y sin derechos de ninguna clase.

Y estas creencias y cosas tenían siglos, durante los cuales habían visto, por experiencia, lo inferior de su condición. Todo esto, unido al recuerdo de las inauditas crueldades de los tiempos de la conquista, que estaban incrustadas en sus almas, indeleblemente y unidas a tradiciones fantásticas y terribles, hacían que nuestra conducta, se les volviera algo así como el preludio de la última destrucción de su raza. ¡Ay! Pobrecitos. Sin nociones de caridad, ni de nada digno, ¡cómo no habían de desconfiar!

Quien les hubiera dicho que íbamos en persecución de sus almas, había perdido su tiempo, porque no le hubieran entendido y quizás se hubieran alarmado, creyendo, qué sé yo cuántas cosas horrosas. Por eso debíamos sufrir, con la mayor bondad, la desconfianza tan dura de los pobres a quienes tanto amábamos.

Escándalo de los blancos

En cuanto al escándalo de los civilizados ignorantes, era un poco más malicioso; pero sí, en mucha parte, debido a ignorancia. Estaban ellos acostumbrados a mirar a los indios, como seres peligrosos, asquerosos, ladrones, asesinos, odiosos, maliciosos y cuanto se puede pensar de bajo en la vida, y llegamos nosotras a tratarlos como hermanos, hasta el punto que, si un solo asiento había, la hermana permanecía en pie y el indio se sentaba; se les daba del mismo modo el alimento; en los mismos platos y se hacía en todo con ellos, como si fueran hijos, salvando sólo lo que la decencia reprueba. Naturalmente, dados los pocos conocimientos de caridad y celo de esas gentes, era natural el escándalo.

Surgió pues la especie de que íbamos a casarnos con ellos o algo peor.

Otra contradicción no pequeña en esto, provino de los mismos buenos, que de poblaciones vecinas se enteraban de nuestra empresa. En esto, por permisión de Dios, se incluían varios sacerdotes. Ninguno estaba prevenido para un acontecimiento como el que veían. Nunca había entrado en los planes de nadie este modo de proceder, tenían como encarnada la idea de que sólo se podía catequizar y reducir los indios por métodos militares. El celo en la forma y grado en que lo practicábamos, los cogió desprevenidos, no lo habían ni supuesto. Total que se armó un maremagnum de opi-

niones y pareceres que parecía que a todos los hubiesen recomendado para que nos juzgaran y de contado, nos condenaran.

Ese modo no parará en nada, decían: La madre gasta los dineros del departamento pagándoles a los indios para que le digan madrecita. ¡Esos indios son unos ingratos en quienes están perdiendo el tiempo! A esto no valía decirles que no buscábamos agradecimiento sino almas. Casi ni entendían; otros decían, y esto era lo único que me dolía: Los indios no tienen ya salvación, es necesario empujarlos a su destrucción. En fin, cartas y cartas me llegaban en estos términos creyendo los que me las escribían que habían hallado la piedra de toque de la situación y que quedaba yo convencida. Dios mío, hasta hubo quien fuera a pedirme mi influencia ante la Asamblea para pedir una ley que obligara a los indios a refugiarse, después de arrebatárles sus tierras y propiedades, a Murri, ¡para que en esos pantanos se murieran y se acabara esa peste! Dios mío, ¿cómo pude oír esta propuesta con paciencia? Y me lo dijo persona muy letrada y que llevaba la batuta en los asuntos más intelectuales de la región. En fin, todo era contradicción. Pero no se contentaban con dar sus opiniones, sino que si no las seguíamos, nos perseguían. ¡Dios mío, qué mundo tan ciego!

Estas dificultades, padre, no fueron sólo del principio, continuaron siempre; de ellas nos venían de tiempo en tiempo, dificultades graves, como se verá.

La lucha con el miedo de los indios y con la desconfianza, fue titánica y continua. Todo obsequio que recibían había de ser para cobrárselos después con la vida, o usurpándoles sus tierras. Unos no se resolvían a recibirlos; otros, fascinados por lo bueno de los regalos, los tomaban pero encargaban que lleváramos muy bien la cuenta, para el día de las cobranzas. Les respondíamos haciendo el compromiso de no engañarlos y cobrarles lo que les dábamos solamente, con la mayor seriedad, porque entrar a convencerlos del desinterés, era de todo punto imposible.

De pronto resultaba la especie, entre ellos, de que en fecha determinada, la Madre iba a hacer el gran encierro para matarlos a todos !Dios mío, qué difícil era aquello!

Otras veces, era que ya llegaban nuestros maridos, por nada creían en nuestro celibato, a cogerlos y a quitarles sus tierras. Otras veces era, que las hermanas éramos hombres, con vestido de mujer para engañarlos. En fin, ya decían que comíamos niños y para evitarlo, los escondían en las cuevas más hondas. No hubo especie rara que no inventaran para retirarse

y cobrarnos desconfianza. Era preciso contrarrestar estas cosas con astucia, unas veces y con sacrificios inauditos, en otras. Cuando se les decía que nuestro cariño obedecía a que los queríamos mucho, se les infundía mayor sospecha, porque decían: ¿Cómo querías sin conocer? En fin aquello era un enjambre de dificultades.

El prodigio de la langosta

Pero no tardó Dios en autorizar con prodigios nuestra actitud entre los indios, como lo hacía entre los civilizados. Los hombres nos condenaban precisamente por lo mismo que había de producir la conversión o ser el medio de conseguirla en los indios, pero Dios lo autorizaba. ¡Bendito sea para siempre!

Un día vino Juan de Jesús y me dijo:

- Madre, ¿vos muy amiga con tu Dios? Sí, le respondí.
- ¿Dios a nosotros haciendo?
- Sí, le dije.
- Y tu Dios por qué haciendo pa matar con jambre? Nosotros muere con jambre, mucho angosta todo comiendo. Es decir que Dios los había hecho para después matarlos de hambre, porque también había hecho la langosta.

Juan de Jesús continuó:

- Si vos mucho amiga con tu Dios, si vos mucho quiere a nosotros, ¿para qué no decir tu Dios quite angosta?

Es de advertir, Padre, que aquella región era una verdadera nube de langostas. En los solares no había quedado ni maleza; la misma plaza vivía cubierta de estos animales hasta impedir muchas veces la vista de las personas, a corta distancia. Tenía siete años de no levantarse del circuito, de modo que había muerto mucha gente de hambre y, la miseria, en su mayor parte, se debía a esto. Le dije a Juan de Jesús:

- Dios no quita la langosta porque ustedes no quieren aprender su ley.
- ¿Y vos dónde topaste Dios para decir así?
- En Medellín, le contesté.
- ¿Y El cómo diciendo?

- Dice que él mandando Madre y Hermanas a enseñar indio su ley, indio dice no atiende entonces mejor angosta pa dejar.
- Decí tu Dios quite angosta, me dijo, en tono suplicante y agregó: Ese angosta haciendo, por eso angosta mandando, su palabra ta oyendo. Es decir, como la hizo, si la manda irse ella le atiende.
- Si usted se compromete a traer todos los indios de El Pital, le dije, a aprender la ley de Dios, yo si le digo a él que quite la langosta.

El indio, después de hacerme muchas preguntas y quedar con las mayores garantías de no ser engañado, me dijo:

- Compromete indio.
- ¿Me los trae el domingo?
- Sí, me contestó, si domingo echás vos angosta.
- Convenido, le dije y se fue.

Al domingo llegó a la cabeza de un grupo numeroso de indios e indias. Entraron, no ya humildes como antes, sino altivos y en ademán de reto. Aquello fue solemne. Pisando muy recio, dijeron:

- Vos comprometiste echar angosta, echá pues.
- Sí, les dije, pero siéntense y conversamos.
- ¡No, echá angosta alante!
- Pero bien, les dije, hay que almorzar antes.
- No almorza indio, alante echá angosta. Nosotros venió pa ver echar angosta, ¡echá agorita! Nosotros no espera...
- ¿Se comprometen a aprender la ley de Dios?
- Sí, pero echá alante.

Vi que ya la cuestión era asunto de honor y les dije que iba a echarla. Invité a una de las hermanas para que fuera conmigo a la iglesia a pedirle a Dios la gracia. Un indio nos siguió; pero de la puerta se volvió porque ellos creían que si entraban a la iglesia, les cortaban la cabeza. Al pasar pudimos observar en la plaza, la gran nube de langosta que la cubría y que era extensísima. Llegamos a la iglesia, y le dije a Dios: ¡Señor, es asunto de honor! ¡Preciso es que vean tu mano en este caso, para que la fe les entre! La hermana me dice que rezamos las letanías, yo no recuerdo esto.

Sólo recuerdo muy bien que salimos pronto. Cuando salimos, ¡aquella gran nube se levantaba!

Los indios, muy ilusionados nos esperaban. Les dije: Ya verán, angosta no vuelve. Me miraron con semblante de la mayor credulidad y, verdaderamente, aquella plaga no se volvió a ver. Pocos días después andaba la gente asustada, preguntaba por la langosta. En toda la región no quedó una. Lo más extraño es que no se vio más ni viva ni muerta, ni huevos ni nada. Tampoco lograron los señores entendidos saber para dónde había salido, porque hasta el golfo de Urabá no había llegado.

Total padre, que nosotras hubiéramos debido cantar aquel canto de Moisés al otro lado del Mar Rojo: Bendito sea el Señor, que al caballo y al cabalgador derribó en la mar (Ex.15,1). No es de creerse, si no se viera. Padre, ¡no nos pareció aquello prodigio! Pasó desapercibido como si fuera cosa que se hiciera todos los días. Es prueba de lo que ya dejo dicho que Dios enceguece a uno cuando quiere ocultar sus maravillas y, que me perdone este refrán antioqueño: ¡Saca la presa con la mano del gato y ni el gato lo advierte!

Muchas veces les he preguntado a las hermanas, si esto será un sueño de mi cabeza y ellas me refieren el hecho como aquí lo he consignado. Les he preguntado el por qué no lo tuvimos a prodigio ni nos llamó la atención y me responden que ellas tampoco se dieron cuenta de la cosa como prodigiosa. ¡Esto parece mentira, padre y si quiere no lo crea!

Cuatro o más años después vine a advertir este prodigio, refiriéndole nuestra instalación a un sacerdote. Sí, recuerdo que a los indios se le cantaleteó el favor, para hacerles conocer el poder de Dios, al principio de nuestras enseñanzas. Más tarde, como a los siete años, me dijo Emilianito, uno de los indios que más guerra nos dio por malito, cuando aún no se había convertido:

- Será Dios, de golpe castiga a yo, porque Él alante con boca tuya ta sacando angosta y yo comprometió su ley pa cumplir y ahora mucho pecao haciendo.

De modo que él sí tenía presente el milagro y por él, precisamente, se convirtió.

¿No le parece, padre, un prodigio también que las mujeres con lo cavi-
losas que somos, no hubiéramos advertido aquel favor de Dios, en su ma-
nera prodigiosa? Así son las cosas de Dios. ¡Bendito sea para siempre!

Otro prodigio

Pues con este inadvertido prodigio, los indios tuvieron más confianza. Como aquel domingo, después de ver levantarse la nube de la langosta que cubría la plaza de Dabeiba, les dije que con toda seguridad fueran a rozar sus montes para sembrar, al domingo siguiente, vino uno, un poco bravo y me dijo:

- Tu Dios mucho malo, echó angosta, pero no mandó aguacero: ¿Cómo siembra pues nosotros, todo tierra seco?

Al indio ése se le decía Nazario aunque no era bautizado, porque ellos solían escoger nombres entre los civilizados y los usaban aparte de los que llevaban en su lengua.

- Nazario, le dije, Dios no manda aguacero porque ni usted, ni su familia quieren aprender su ley. No ve, usted diciendo indio no tiene alma y Madre enseñando sí tiene, pero usted palabra de madre no quiere oír.

Su respuesta fue la que esperaba:

- Yo comprometo, pero eché aguacero.
- Si usted dice a otros indios vengan a casa de Madre a aprender ley de Dios, yo también comprometo pa echar aguacero, le contesté y quedé el pacto hecho.

El indio se fue y les anunció el aguacero a los demás. A mí me bastó decirle a Dios lo de siempre:

- Señor, es asunto de honor, estoy comprometida, envía lluvia.

Con esta oración, los aguaceros llegaron en tiempo en que no se esperaban. ¡Ay! Padre mío, ¡no puedo contenerme las lágrimas al escribir esto! ¿No le parece mucha ternura la del corazón de Dios? ¿No es una cosa nunca vista que Él se ponga a las órdenes de una ingrata? ¿Qué se dirían los ángeles? ¡Y todo por el amor que tiene a las almas de los pobres hijitos que, abandonados y odiados de todos, tenía en los montes! ¡Bendito sea su Corazón mil veces!

Señor, ¿qué no harás por las almas? ¡Y después hay, padre, gentes que creen que nostras hacemos demasiado por esos suspiros del Corazón de Dios! Ya ve, Padre, cómo la misericordia de Dios para amparar a Israel, hizo profetizar a un malvado como Balaam, y esa misma misericordia, para salvar a los indios, presta su poder a una ingrata. ¡Dios mío, qué abismo eres!

Se empeñaron los indios en sembrar lo poco que tenían costumbre de sembrar, porque eran muy perezosos y además, para sus escasas necesidades, tienen que hacer muy poco esfuerzo. No obstante estar en esta ocupación, se esmeraban en visitarnos y ya fueron nuestros. Después diré cuáles fueron nuestras dificultades respecto a enseñanza. Y vuelvo a lo de instalación.

Mi madre enferma de gravedad

Dije que mi madre, por no ir muy bien de salud, se quedó en Uramita, en casa del señor Gutiérrez. No recuerdo si sería a los quince días o más, que uno de los padres de Frontino la llevó a Dabeiba. Ya nos encontró un poco instaladas; sin embargo, nuestra instalación estaba muy lejos de ser la que necesitaba una persona enferma y anciana. Pero, intrépida y generosa como siempre, se sometió en todo a nuestra vida, menos a lo de llevar hábito. Decía con mucha gracia: Ustedes necesitan hábito para inspirar respeto; ¡yo con mis canas tengo! Verdaderamente, el deseo del señor Crespo de que ella nos acompañara, era para acallar muchas habladurías, con la presencia de sus canas.

Pero aquella vida, aquel clima que parecía un horno, aquella alimentación, la estrechura, la fuerte impresión que le hacía el aspecto horripilante de los indios y tantas cosas contrarias y diferentes a las que la habían rodeado, debieron ser causas no pequeñas para que su salud se resintiera muy pronto. Sin embargo de sentirse ya mal, ella era la que le hacía frente a las grandes dificultades de la cocina y en general del orden y organización de la casa. Ella la que estaba dispuesta a obsequiar a los indios haciéndoles sus buenos bocados. Ella la que sacaba en hombros a las demás, cuando les tocaba desempeñar un oficio para el cual eran poco hábiles.

Por ejemplo: Matilde Escobar, aquella hija única de quien he hablado, no sabía absolutamente ningún oficio de casa. Con energía le mandé que aplanchara. Digo energía, porque ella tenía la facilidad más grande para encontrarse medio de que las demás le hicieran la tarea que le correspondía. Pues mi madre, al verla que no sabía ni coger la plancha, se compadeció y con el mayor disimulo le cogía la mano y se la iba enseñando como la de un niño, a la vez que le infundía valor con palabras llenas de gracia y de confianza en Dios. Pasaba yo, por el sitio en donde estaba y se quedaba tan serena y como quien acompaña solamente, que jamás le cogí la picardía. Con esta maña le enseñó todos los oficios, sin que yo lo conociera, precisamente porque de lo contrario, ella se hubiera recostado a que mi

madre los hiciera si no se hubiera afanado por aprender. A todas les daba la mano y sobre mí ejercía su autoridad con alguna energía y con mucho bien para la obra.

Además, como fue supremamente graciosa, sin quererlo y sin advertirlo, pues era enemiga de caracteres chistosos, servía mucho para sostener la alegría de las demás en aquellas circunstancias tan poco propicias para ello. Tenía mucho amor de las almas y a Dios lo amaba con ternura tan grande que contribuyó mucho a infundir en las hermanas esa decisión que se ha notado siempre en ellas.

Pero su labor en esta vez fue corta: Muy pronto quizás dentro de los primeros cuatro meses enfermó de gravedad. Últimamente encuentro un apunte que me hace ver que la enfermedad de mi madre le comenzó el 25 de diciembre. Se le desarrolló a causa del mucho trabajo que tuvo, haciendo la primera nochebuena de los indios, es decir, después de la primera fiesta que se les hizo. La pobre no tenía en dónde tirarse. Como ya dije, solamente de noche se podía arreglar así algo como nidos en el suelo, para tirarnos; pero en el día, todo se llenaba. En el cuartito que habíamos separado del saloncito en donde aquellos muchachos gritaban y hasta blasfemaban, en donde se recibía los curiosos y se atendía a los indios, se le juntaron dos baúles y sobre ellos, al pie de las provisiones, de las ropas y de cuanto teníamos, en un estrechura imponderable, se tiró con una fiebre altísima en medio de aquella continua bulla, sin que se le oyera quejarse. ¡Dios le habrá premiado en buena medida su generosidad!

La primera rebelión de la enfermedad la pasó así. Tan luego como estuvo de ponerse en camino, la mandé a Frontino en busca de médico y recursos. Un hombre la llevó en un carguero* y estuvo en gran peligro su vida porque al pasar por el camino, cayó repentinamente un árbol carcomido por los años. Por fortuna o mejor por Providencia de Dios, el hombre, a pesar del gran peso que llevaba, saltó y el árbol cayó a un ladito de ellos produciendo en el suelo el estrago que hubiera hecho en ella y el carguero. Naturalmente, la pobre se impresionó y no dejó de sufrir mucho. En Frontino se alojó en la casa de doña Clara Arango de Jaramillo, señora pobre pero muy caritativa. Allí se agravó tanto que los médicos, la declararon mortal y su enfermedad era un cáncer, ya en su completo desarrollo. ¡Me llamaron para que presenciara su muerte!

He de confesar, padre, que mi mamá sólo murió cuando quise entregarla y que Dios respetó siempre, durante nueve años, mi deseo de conservarla. Me duele mucho decir esto, porque sólo pasaba entre Dios y yo. Ya

recordará vuestra reverencia que en páginas anteriores, refiero que llegó momento en que conocí que podía reinar sobre el corazón de Dios y que ejercí un acto regio, ordenando que mi madre no muriera sino después de trabajar un tiempo por las almas de los indios y entre ellos. Esto lo hice bastante antes del viaje y cuando mi madre no había mostrado deseo de acompañarme entre los indios, ni a nadie se le había ocurrido que podría hacerlo ni siquiera que lo pensara.

Pues, en esta vez también hice cosa semejante, con la diferencia que no di orden muy terminante. Sencillamente en los momentos en que ella se disponía a morir, me fui a la iglesia y le dije a Dios: Aún hace falta mi madre, déjala siquiera por dos años, la necesito para la segunda fundación que se haga en esta región. ¿Lo oyes, Dios mío? ¡La necesito!

No crea, padre, que en esta manera tan atrevida de pedir, tenía yo ni sombra de pena de Dios. No, era como quien ejerce un empleo y pide al dueño del empleo los elementos necesarios. Hoy tampoco siento pena al recordarlo, porque mi posición delante de Dios me ha hecho todavía más atrevida. Él sabe que no porque haya pecado, ni porque me haya rebajado más que el polvo, ni porque reconozco que no soy, puedo dejar de volar alto en lo de su gloria. ¡Ay! La gloria de Dios, padre, necesita que tengamos ánimo grande, aunque seamos polvo y ceniza. Sobre nuestras ruinas es necesario que se alce grande y bella la gloria de Dios. ¡La vida no se soporta de otra manera ni la pequeñez se ha hecho sino para que ostente grande y hermosa la gloria de ese Señor de nuestras almas, por quien suspiramos de día y de noche!

No hay para qué decir que en esta vez, como en las siguientes, Dios atendió a mis deseos y sin que los médicos se lo imaginaran, se levantó de su lecho de dolor y fue a pasar su convalecencia a Cañasgordas en donde se alojó en casa del reverendo padre Lopera, favor que le agradeceré siempre a dicho padre.

Continúa la formación religiosa

Nuestra vida continuaba en formación religiosa, sin pensarlo. El reverendo padre Duque, cura de Dabeiba, vino de su correría por el Golfo, y naturalmente, ya con buena asistencia espiritual todo ganó terreno.

Al principio no hicimos excursiones por dos razones: La una, porque ellas no entraban en mi plan sino en alguna manera y nunca en la forma

que han quedado. Pensaba siempre que en donde quiera que hubiera indios, haríamos ranchito junto a sus viviendas y que los visitaríamos como quien visita vecinos y nada más. La segunda causa para no hacerlas fue el miedo que a los indios podía infundírseles. Porque ellos sólo se sentían libres de nuestras funestas influencias, según ellos, en sus cuevas y con sólo que salíamos por las tardes a tomar la fresca a las orillas del río, les parecía que ya pronto iríamos a sus casas a matarlos y se fugaban a montes más lejanos. Verdad que nos visitaban los del Pital y que después de la cosa de la langosta estaban un poco más confiados; pero eso de que fuéramos a sus casas, se les volvía muy duro. De modo que no parecía conveniente visitarlos al principio.

Además, ellos venían a nuestra casa poco, durante la semana, por lo cual nos quedaba algún tiempo para atender a los niños y a las personas del pueblo, así como a nuestra vida de perfección que nos proponíamos llevar.

El reverendo padre que antes tenía que vivir casi constantemente en Frontino, por falta de recursos para la vida y por vivir tan solito en aquella tierra, en donde muchas veces o de costumbre decía la santa Misa con la asistencia de dos personas o menos, ahora se consagró a su parroquia pues las cosas le cambiaban, con el ministerio que le resultaba con el establecimiento de la misión.

Este sacerdote había sido un poco infortunado en sus estudios, los había hecho en la arquidiócesis de Cartagena y había venido después a servir en aquella pésima parroquia, de modo que vivía un poco desencantado y triste. Con nuestra presencia se reanimó y mucho más, cuando, como confesor de las hermanas se encontró frente a frente, con las almas de vida interior de cuyas reglas no estaba muy enterado o quizás nada.

Esto lo movió a buscarse un género de vida semejante, porque como él mismo me decía, no era posible confesar a las hermanas, sin procurar él tener alguna vida interior. Estas disposiciones me gustaron mucho y sin convencerme de que fuera exacto eso de que no entendiera nada de vida interior, le animé a que consiguiera libros, pero me declaró ingenuamente que no los entendía, que necesitaba algo más práctico. A mí me apenaba esto, pero como por otra parte, le veía peligros serios a su virtud, en la parroquia misma, determiné fomentar en él indirectamente, pues que siendo sacerdote y además, mi confesor, me quedaba muy duro enseñarle directamente, ese deseo que le entraba, de vida interior, al confesar las hermanas.

Así estuve los primeros meses, como quien le da cuenta de algunas cosas, pero procurando que en la cuenta se involucrara, muy respetuosamente, la enseñanza. Mas, él muy pronto me habló con más llaneza y me rogó le encarrilase a él, por el mismo espíritu que a las hermanas, dejándome comprender que su alma tenía grandes necesidades.

Con vergüenza, con lástima y compasión, me resolví a decirle que no me atrevía por ser él sacerdote, de quien yo debía recibir enseñanza y dirección. Así me sostuve muchos días y él no se conformaba. El respeto al sacerdote me contenía, no obstante comprender que sí podía hacerle algún bien. Pero un día me dijo una hermana algo en que comprendí que el pobre padre corría riesgo de perder su alma y que enfervorizándose podría contrarrestar la tentación y me resolví a acceder a su súplica.

Qué vergüenza siento, padre, de decir esto. Me constituí, por decirlo así, en directora espiritual del padre. Comencé por enseñarle las reglitas principales para hacer oración mental y a animarlo a emprenderla diaria; por darle reglas para examen particular, a darle a conocer cierta parte de perfección en las virtudes y hacer que entrara en la práctica de ellas. En fin, aquello fue uno de los grandes sacrificios de mi vida. Le exigí sí un reserva absoluta.

El, por su parte, les enseñaba a las hermanas lo que yo le iba enseñando y a mi vez no les dejaba comprender a las hermanas la cosa, de modo que cuando yo les enseñaba algo, me enteraba de que no se los hubiera enseñado ya el padre, para que no creyeran que él lo tomaba de mí. De este modo la formación de las hermanas iba muy uniforme y aunque me costara un sacrificio, el padre también se hacía cada vez más interior y se libraba de muchos peligros. También en lo material tuvimos el gusto de poderlo aliviar pues que él no ganaba lo suficiente para la vida.

Dos o tres meses después de llegadas, avisé a la gobernación que sí había niños para la escuela, que nombraran maestro y que nos dieran un nuevo nombramiento para escuela de indígenas, lo que conseguí fácilmente.

Cambiamos de nombre

Deseando que las gentes no llegaran a descubrir nuestras familias y para acostumbrarlas a un trato respetuoso, pues era de ver la manera insolente como nos llamaban, convinimos en cambiarnos nombres, de los cua-

les habíamos de usar sólo en la misión; y cuando escribiéramos, lo que sería rara vez según nuestros errados cálculos, usaríamos los nombres de pila. Para ello les hice a todas una explicacioncita para que la cosa se hiciera con buen espíritu y pedí a cada una el santo o advocación de mayor devoción y los pusimos en una caja, para sacar los nombres a la suerte.

Salieron así:

Mercedes Giraldo	María San Benito José Lavre,
Ana Saldarriaga	María del Santísimo Sacramento,
Matilde Escobar	María San José,
Carmen Rosa Jaramillo	María de los Dolores,
María Jesús López	María San Pedro Claver
Y esta servidora	María del Perpetuo Socorro.

A estos nombres había que anteponerles el título de hermana y así les cerramos un poco el camino a las gentes para muchas faltas de respeto. Ya ve, padre, cómo parece que fuera que insensiblemente nos hubiéramos propuesto fundar religiosas sin decirlo, pero obrábamos por la necesidad del momento y como ciegas porque tampoco veíamos que eso llevara camino para una congregación. Con esos nombres, seguimos llamándonos; pero en la correspondencia iba siempre el otro. Sin embargo, lo que nosotras hacíamos preocupaba sin duda al señor Crespo también, porque comencé a recibir sus cartas dirigidas a Laura de San Borondón. Yo también, para él, me firmaba del mismo modo, pero en marzo de año siguiente recibí una de él que decía: Laura de Santa Catalina de Sena, así será su nombre para siempre. De modo que jamás supo el de María del Perpetuo Socorro. Seguí con el nuevo de Santa Catalina.

Cosa rara, padre, nunca tuve ninguna predilección por esta santa. Con ella, con Santa Teresa, con San Agustín, Santo Tomás y santos así de tanto vuelo, me ha pasado lo que con el sol: No me atrevo a mirarlos. Los quiero porque son como monumentos de la gloria de Dios, pero jamás he sido su devota. Al contrario, Santa Zita, San Benito José Lavre, San Alejo, etc., me han atraído mucho, son como amigos a quienes alcanzo a mirar, como que tienen un secreto resorte con mi alma. Sus vidas las leo completas y me hacen mucho bien. Mientras que de los primeros jamás leo una vida completa. Tampoco dejo de leer algo de ellas por el amor y respeto que, como he dicho, les tengo, como columnas de la gloria de Dios; pero como no veía que le hicieran impresión favorable a mi alma, los dejaba pronto.

Y ya ve, Padre, cómo vine a llevar el nombre de la que más respeto me inspiraba. Cuando recibí esa orden del señor Crespo, propuse hacer relaciones con la santa y cambiar de modo de pensar respecto de ella, a la vez que llevar su nombre con mucho gusto, ya que Dios me había mostrado su voluntad. Ligeramente rizó mi alma un sentimentito que ahogué inmediatamente, por no llevar el nombre de María, como las demás; pues era cosa convenida que todas habíamos de llevar el de María. Las hermanas al ver que era la única excepción, quisieron que le dijera mi deseo al señor Crespo; pero no me lo permitió la necesidad que he sentido siempre de abnegarme en cuanto comprenda que, sin menoscabo de la gloria de Dios, se pueda. Además, para que María sea algo más, mucho más que mi madre, no necesitaba entrarla en mi nombre. Dejando pues a un lado la idea de llevar el nombre que deseaba, abracé muy gustosamente el que no deseaba y he vivido muy en amistades con la amada santa que me buscó, a pesar de yo rehurla. Así son los santos, saben pagar con una moneda celestial, hasta los desdenes.

Nombre de la Congregación

Con el nombre de la Congregación me pasó una cosa semejante. Al principio cuando antes de salir de Medellín, me preguntaba cómo se llamaría eso, decía: es algo como una compañía de comercio, con la diferencia de que los comerciantes se juntan para conseguir monedas y nosotras nos juntaremos para conseguir almas. Quizás se llamará "Compañía Misionera", pero no sé más.

Más tarde, viendo ya la alianza tan estrecha que había entre la empresa y la Santísima Virgen, pensé que se llamaría "Compañía mariana", pero esperaba algo como una luz del cielo, para escoger el nombre. De éstos, sentía como que eran simplemente salidos de mi cabeza y no me cuadraban. ¡Además, desmerecían precisamente, por ser míos! Total que ya estaba la obra ofrecida a la Virgen y era de ella y en su advocación de Inmaculada; pero no me resolvía a darle ese título, no me explico por qué.

Vino el reverendo padre Duque a Antioquia, acabando de llegar el señor Crespo de Roma, pues como ya he dicho, en los primeros meses de nuestra instalación, carecíamos hasta de él, y quiso enterarse el señor obispo con el padre, de todo lo que durante su ausencia, se había hecho y cómo habían resultado aquellos planes míos. El padre le dio cuenta muy satisfactoria de todo, diciéndole que éramos visitadas por trescientos indios, que deseaban el bautismo, etc. Entonces el señor obispo le dijo: Veo que

eso se vuelve serio y se me parecen mucho esas cosas y ese espíritu al de Santa Catalina de Sena. Dígamele a la Madre que eso se llamará "Misio-neras de María Inmaculada y de Santa Catalina de Sena".

Cuando el padre me dio la razón, bendije a Dios que me había mostrado su voluntad y abracé con mi corazón tal nombre, porque era la expresión de la amable voluntad divina. Desde entonces, he hecho de Santa Catalina, mi santa de confianza, ¡ya no es un sol, a quien no puedo mirar!

Nuevos miembros

Seis meses después de estar allí, llegaron las señoritas Carmen Arango y Eva López, hermana de María Jesús López, la que había tomado el nombre de María San Pedro Claver. La primera había sido compañera de Matilde Escobar en sus aspiraciones; pero por tener un poco delicada la salud, determiné que fuera más tarde para que tomara unos días de reposición en San Pedro, su tierra natal. No había tenido nunca inclinación al matrimonio, pero tampoco se había decidido por el estado religioso.

De carácter serio, sin contemplaciones ni mimos en su educación, sólo le encontré la particularidad de sus amistades con Matilde Escobar, una niña mimada. Ésta naturalmente le hablaba de la empresa de los indios, y de su afán por seguir a la que ella llamaba señorita Laura, no la engañaba, ni le pintaba las cosas sino como realmente las veía ella. Irse a pasar inclemencias, a los montes, buscando los indios, sin ser religiosas ni nada que pudiera asegurarles la vida. Ésas eran las ideas que, de la empresa tenía la señorita Arango, recibidas de su amiga, la señorita Escobar. Con todo, sintió vocación desde el principio y ya cuando nos aprestábamos a salir fue a pedirme la gracia de llevarla. No ha flaqueado jamás en su vocación aunque nunca tuvo deseo de ser religiosa, no obstante haberse criado al pie de las Carmelitas, en donde tenía una tía. Cuando se trató de que fuéramos tales, no tuvo inconveniente alguno.

La señorita López, de quien no recuerdo si hablé antes, fue mi discípula discola y refractaria a todo lo que fuera sumisión. Soportó ser mi discípula sólo sostenida por su hermana que quería hacerla recibir una educación muy cristiana; pero siempre estuvo con deseo de salir del yugo. Se hizo piadosa después de que salió del colegio; pero sin dejar de ser altiva. El mismo yugo de la piedad bregó mucho por sacudir, para entregarse al orgullo y la vanidad, pero parece que Dios misericordiosamente, se le ponía por delante, impidiéndole su desgracia. Mujer de un temperamento san-

guíneo y de una energía rara, puesta al servicio del bien, debía ser excepcional; pero en las vías del mal, terrible. Liberal hasta la médula de los huesos y hasta fanática en esto.

En la época de nuestro viaje, se presentó a decirme que la llevara. Me horripilé con la sola propuesta, pero en mi temor de no sofocar los buenos deseos en su principio, no le di una negativa rotunda. Le dije, como el señor obispo me había dicho que sólo llevara cuatro y que ya las tenía, que más tarde podía recibirla, que se preparara un poco. Salió muy triste y yo quedé muy asustada de que hubiera podido vencerse esa criatura hasta ir a suplicarme un favor, cuando desde su salida del colegio, no la había visto, porque no sabía ni nombrarme, sin rabia.

Dos o tres días después se me apareció el padre Ángel María Gómez, un sacerdote santo, que era el confesor de ella y me dijo con la llaneza que la caracterizaba: Aquella zamba de Eva López me manda que te hable para que la lleves donde los indios y dice que la recomiende. Pero no vas a llevar esa zamba tan altanera porque te tumba la empresa. Eso es lo más soberbio que he conocido. Pero tampoco vayas a decirle que yo la recomendé mal, porque en su ira es capaz de entregarse al diablo.

Con semejante recomendación, ¿qué podía hacer? Dios mío, y mi experiencia de ella, me gritaba que el padre tenía mucha razón, pues le dije ya para irnos: Compóngase bien y cuando el padre Gómez y Carmelita mi hermana me escriban que está en sazón, mando por usted. Esto se lo dije creyendo que jamás se ponía en sazón para una obra como la que íbamos a emprender, de pura humillación.

Pasados tan sólo seis meses, recibí carta no sólo del padre, sino también de Carmelita, más exigente que el mismo padre, que la podía llevar, que la garantizaban. ¡Dios mío! ¡Cómo es la obra de la gracia! No se equivocaron los recomendantes. La muchacha fue casi completamente cambiada y lo que le faltaba lo consiguió muy pronto porque su voluntad era perfectamente resuelta.

Tan luego como llegaron sacaron del cofre de los nombres, su boleta y la suerte les dio los nombres de María de la Santísima Trinidad la primera y María de la Inmaculada la segunda. Así quedó aumentado el número de las misioneritas.

CAPÍTULO XXXI

- CON HÁBITO SIN SER FRAILES - GENEROSIDAD DEL
ILUSTRÍSIMO SEÑOR CRESPO - DE ALBÉITARES Y ARRIEROS
- PRIMERAS ENTREVISTAS CON LOS INDIOS - PERVERSAS
INFLUENCIAS DE LOS BLANCOS - ADVIRTIERON QUE SÍ TENÍAN
ALMA - ENGAÑOS DE LOS INDÍGENAS - CONOCEN A MARÍA
- QUERÍAN MATAR A DIOS- DESARROLLO DE LOS SENTIMIENTOS
HUMANOS - LECCIÓN PRÁCTICA DE CARIDAD

*"No a nosotros Señor, no a nosotras, sino
a tu Nombre da la gloria". (Sal. 113,1)*

Con hábito sin ser frailes

Dentro de este primer año hice con la hermana San Benito, un viaje a Antioquia a entenderme con el señor obispo, quien acababa de llegar de Roma. En este viaje ya pudimos darle al señor Crespo mejores cuentas de las que le había dado el reverendo padre Duque que había venido primero a Antioquia, si no recuerdo mal. Una cosa curiosa debo referir:

En Antioquia nos hospedamos en un hotel y llegamos de noche; por consiguiente nadie nos vio. Por la mañana entré en la duda de si debíamos o no, presentarnos delante de la gente y del señor obispo, con el hábito. Pensé que era una usurpación, puesto que sólo por inspirar respeto entre los infieles, nos habían mandado llevar ese hábito.

Mi perplejidad no fue pequeña, encerrada en el hotel sin saber si salir o no; y en caso de que no pudiéramos usar ese hábito, ¿qué nos pondríamos? Era cosa de pensar, eso de conseguir vestido seglar así tan de paso y para tan poco tiempo. Afortunadamente, al día siguiente fue a visitarnos don Justo Mejía, señor de mucha confianza y mi maestro. Lo recomendé para que le preguntara al señor obispo. La respuesta de éste fue una risotada. Cuando don Justo le preguntó lo que debía decirme, le dijo:

Dígale que me reí. ¡Dios mío!, le dije a don Justo: ¿Y qué concepto forma usted de la risa del señor Obispo. Dirá que sí o dirá que no?

- No le puedo conjeturar nada, me dijo.

Volví a mandarlo solicitando una respuesta categórica. Sencillamente volvió a reírse y volvió a decir:

- Dígame que me reí.

No me tranquilicé. Pensé que el señor obispo no había tratado nunca con mujeres bobas y por eso creía que mi perplejidad no le merecía la pena. Entonces le dije a la compañera que, pues no contestaba, tampoco podía quejarse si hacíamos algo indebido y nos fuimos. Nos recibió también riéndose y dijo: ¿Ya le dijeron que me reí?

- Sí, ilustrísimo señor, pero la risa nada dice. Se me volvió duro aparecer en Antioquia como religiosa sin serlo, pero ya que vuestra señoría no quiso contestar, aquí estamos con hábito sin ser frailes.

Ahora me parece gracioso eso, pero siento que si me volviera a ocurrir tendría la misma pena. Siempre me ha fastidiado parecer lo que no soy. Además, como tenía supremo miedo de resultar religiosa así en mis manos, me estremecía de todo lo que pudiera anticipar lo que venía, sin que yo lo viera, no obstante, ser hasta palpable. Al regresar de Antioquia, vi que el señor Crespo sí nos trataba como religiosas porque nos entregó una boleta para un encargado que tenía en su casita de Cativo y le dice:

" Démeles posada a estas religiosas".

Confieso que me produjo desagradable impresión esto y que sólo por necesidad de la posada entregué la misiva ésa.

¿No es verdad padre, que estas cosas parecen rarezas de carácter y nada más? Pues yo les encuentro algo que no distingo, pero que creo que forman casi un espíritu en mí. Más adelante verá otras penas que tuve debido a lo mismo y todavía lo siento en algunas cosas.

Generosidad del ilustrísimo señor Crespo

En este viaje, después de darle cuenta al señor obispo de todo, le propuse la empresa de construcción de casa; su primera respuesta fue que solo me daba \$200.00 para ello, porque a las mujeres no se les podía dar mucha plata porque la gastaban en cintas y en plumas. Así entre chanzas muy oportunas me ha tratado siempre este buen padre y fundador nuestro.

Del mismo modo le contesté que fuera de algunos encajes que compraría para las hermanas le prometía no gastar más. Me dio \$500.00 lo cual me pareció un capital. Le pedí además una mula buena, pues andaba en una prestada por el señor Mahoma Ruiz, con mucha generosidad; pero ya entreveía que no sería ése el único viaje que haría, no obstante mi bobera

de haber pensado que nadie volvería ni a verme ni a saber de mí. ¡Pobre gallina ciega!

Él no convino en darme mula, porque parece que se le volvía cuesta arriba que señoras montaran en tan ásperos animales y verdaderamente ésa era la idea general; ¡pero porque no habíamos llegado las señoras a misioneras! Las misioneras ya no miramos ni lo agradable ni lo elegante sino lo seguro, lo fuerte, lo eficaz.

Nos dio un caballo joven y de buena raza pero tan sólo comenzado a arrendar, de modo que pronto tuvimos que cambiarlo por una mula. Salimos muy agradecidas y edificadas del señor obispo. No sólo nos dio lo dicho sino que se despojó de su propio reloj, de una de las mantas de su cama y de otras cositas de uso personal, para darnos algo para los indios. Nuestra mayor edificación se desprendió del espíritu de celo hermosísimo que pudimos observar en el prelado y su amor a todo lo pobre.

De albéitares y arrieros

No es poco curioso lo de las bestias de la misión, asunto en que jamás pensé porque, ¿quién iba a suponer que habíamos de andar tanto a caballo? En mi mente habían figurado mucho las tiendas de campaña y los ranchitos de zancos y las noches en el monte y el hambre, etc., pero mulas y viajes a caballo jamás se me dejaron ver. Sin embargo, muy pronto después de estar en Dabeiba, vi que había que viajar a caballo y que muchas veces para buscar los indios, debía darles a las hermanas el alivio de un caballito, siquiera en donde las vías lo permitieran y que teníamos que aprender todas las reglas que estudian los hombres para ejercer la profesión de albéitares y de arrieros. Y que no sólo debíamos usar caballos, única cabalgadura que se usaba entre las de nuestro sexo, sino que debíamos hacerle frente a las dificultades de las mulas para utilizar su agilidad y seguridad en los caminos rudimentarios que transitábamos y que el manejo de los avíos de montar y sus remiendos debían sernos tan familiares como el manejo de la aguja en el costurero. Me propuse, pues, en vista de esto, conseguir animalitos de los que indico; pero no había con qué.

Eso no importaba para nuestra fe que no conoció inconvenientes. Verá padre, cómo fuimos haciendo nuestra recua.

La madre San Benito había entrado a la empresa un caballito rucio que me cargaba a mí y el que en la primera excursión de que hablaré después,

me dio el primer susto, pues por falta de fuerzas me echó al suelo cerca al bohío de Mónica, la interesante india que se conocerá después.

¡Dios mío! ¿Pero, en dónde se tiene nuestro rucito? Hicimos un arreglo con el señor cura, de que lo usáramos en compañía y que él lo tendría y cuidaría en un solar; pero, ¡Dios mío! Si el señor cura sabía menos que nosotras y se acordaba menos de que el animal comía. Total que en pocos días se puso a la muerte nuestro rucito. Esto hizo que la madre San Benito mostrara un poco del ardor de su genio, del cual hoy no le queda ni rastros debido a los muchos percances peores que el de rucito, que ha tenido que pasar la pobre y que hoy mira con ejemplar serenidad.

El rucito sirvió para dar la primera noción de bienes comunes, pues hubo que abrirle los ojos a la Madre San Benito para que no lo mirara como propio y nos dejara a las demás el derecho de reclamar el pasto para el rucito, como primera joya de la congregación que entonces no se llamaba sino compañía, nombre que llevó mientras el señor Crespo no le había dado el que hoy lleva.

Hubo que buscar el pasto del rucito en otra parte y dejar al padre sin cabalgadura. Paró el rucito en vivir atado a nuestro solar, o en la calle o en la plaza. Y las hermanas le llevábamos el manojito de hierba que difícilmente podíamos hallar, pues todavía se notaban los estragos de la langosta.

La hermana María del Santísimo, o sea, Ana Saldarriaga escribió a su tío don Eusebio Jaramillo, contándole nuestra necesidad de bestias y mandó un buen caballo al cual dimos el nombre de El Chato. Con estos dos tuvimos por lo pronto para lo que se necesitaba y también para saber que debíamos proporcionarnos un yerbalito. Al principio don Angelino Ruiz nos dio un puesto en su yerbal; pero muy pronto conseguimos algo más, como se verá después.

Dejo estos asuntos, para volver a los de los indios, que es lo principalísimo.

Primeras entrevistas con los indios

Las primeras entrevistas con ellos fueron curiosas, ya por su rusticidad, ya por la malicia, con que ellos se fingían, ya por lo nuevo de las ideas que les lanzábamos. En fin, de todo pondré aquí un poco, porque ponerlo todo sería casi imposible. De lo que digo a este respecto, se puede conocer muy bien la manera como se fue desarrollando el método de catequización.

En primer lugar el estado de ellos, era horrible; pero no conocíamos hasta qué punto llegaba su ignorancia, puesto que se nos fingían en sentidos diversos. Sin duda tendrían idea de Dios, pero no del nuestro. Sin embargo, algunos muy pocos, sí conocerían de Él algo muy odioso, porque se notaba alguna prevención contra Él, algo como cierta venganza. Por supuesto que esto, se lo dejaban conocer muy pocos. A los demás, es decir a los menos avisados, no les pasaba por las mentes una sola idea abstracta ni de Dios, sin duda conocían su tal Caragabí*, pero no hacían cuenta de él para nada.

Un miedo a cuanto se presentaba y entre ellos mismos, era la manifestación única y clara que de ellos veíamos. Miedo de lo bueno y miedo de lo malo; miedo de lo bello y miedo de lo feo; de todo tenían miedo.

Las hermanas o eran hombres disfrazados de mujer, o eran enviadas por unos maridos funestos que irían enseguida a robarlos y a despedazarlos; y esos maridos se esperaban en cualquier momento, para lo cual ponían espías; o eran enviadas del gobierno para que después de engañarlos muy bien, los trajeran para soldados; o eran brujas que iban a echarles achaques, o eran españolas que buscaban sus hijos para comérselos. En fin, no había lado bueno, por dónde encontrarlos.

La idea que tenían algunos, la generalidad no tenía ninguna, de Medellín, era la de una especie de antro misterioso y lleno de espanto para ellos. El gobierno no era sino un hombre que en lo de sus tierras podía defenderlos; pero de quien desconfiaban por ser libre o blanco. La palabra guerra era muy conocida; pero era sinónimo de soldado y de matazones, en lo único que tenían razón. En fin, su desnudez, sus pinturas, sus mentiras, sus costumbres tan llenas de terror y de misterios diabólicos pues del diablo sí tenían idea y le temían; sus gritos y sus cantos, todo era para infundirnos terror, si no hubiéramos tenido por ellos esa suprema compasión y si no hubiera nacido antes en mi alma ese amor tan intensamente doloroso por ellos.

No hay duda de que Dios, con este anticipo de gracias extraordinarias y sobre todo con la que apunté en páginas anteriores sobre hacerme, o formarme como madre de ellos, previno las dificultades que ahora se presentarían, pues nosotras también hubiéramos huido de ellos como los demás y hubiéramos desistido de la empresa, al vernos frente a estas cosas y figuras, respirando una atmósfera de terror, poblada de fantasmas raros, hablando tan al revés que daba espanto.

Basta decir, que para lo que todos es hermoso, es lo feo para ellos; lo agradable, desagradable y hasta en los olores, los absolutamente insoportables para nosotros, eran los agradables y buscados entre ellos. Dios mío, ¡qué diferencia! Hasta los sentidos se usaban distinto. Pues encontramos que la mayor parte de ellos olían por la boca. ¡Aquello era voltearnos completamente al otro lado! Si Dios no se hubiera anticipado con las gracias que he indicado y si nuestro dolor hubiera sido menor y si nuestro amor a ellos hubiera sido ordinario, habríamos vuelto a Medellín a los pocos días, pero, bendito seáis Señor de mi alma, porque tan sabiamente me pertrechaste de cuanto había menester para prohijar seres tan desdichados.

Todas estas cosas reforzadas por la persecución, la escasez, el odio, el vaivén de opiniones, los peligros morales y físicos, el supremo dolor del alma, el verlos odiar a Dios, el recordar que tantos se habían consumido en la superstición y el crimen; tantos perdidos, tanta dificultad para salvarlos, en fin padre, si fuera a enumerar todo lo que torturaba mi alma, no acabaría. Sobre todo la desconfianza que nos tenían, me hería dolorosamente y procuraba vaciarles todo mi corazón; pero los de ellos, eran abismos de desconocimiento, ¡Dios mío! Si no hubieras venido en mi auxilio, yo hubiera muerto; sobre todo al considerar la impotencia de los medios de que disponíamos y la de mi alma, Mi mayor empeño era el de inspirar a las hermanas y comunicarles esa misma amargura, por la pérdida de las almas, el mismo ardor doloroso que yo sentía y sobre todo, la confianza en Dios y por consiguiente la fe en el éxito, para sostener su confianza.

De cada disparate de los indios me parecía que tenía que excusarlos ante ellas para que no flaquearan. La dificultad de la lengua era terrible y era preciso buscar una manera de hacerse entender de ellos, tarea a que me dediqué los primeros días, mientras las hermanas temían entenderse con ellos. Inventar lenguaje, inventar símiles materiales para darles las ideas más triviales; buscar palabras apropiadas, tomando por modelo, los giros que ellos usan, estudiar su modo de pensar para hacerles entrar del mismo modo las ideas religiosas; ésta fue mi tarea en los primeros días.

Pero nada me causaba tanta angustia como cuando se nos perdían; cuando en días en los cuales esperábamos algunos y no llegaban, se me juntaba el cielo con la tierra, como se dice comúnmente. ¡Ésta era la pena que no podía disimular! Pero tenía lo que las madres que, cuando temen que sus hijos queden mal delante de otros, aunque ellas estén convencidas de lo mal que obran, los excusan, dando explicaciones traídas por los cabellos;

pues así lo hacía yo para sacarlos bien ante de las hermanas, pero mi interior era un mar de amargura.

En fin, en aquellos primeros meses solamente esta servidora los trataba. Las otras salían a saludarlos y estaban atentas a lo que yo pidiera para obsequiarlos.

Referiré algo de las primeras entrevistas: Todos los que llegaban traían preguntas distintas, pues parece que antes de llegar, se arreglaban ellos, para ver si nos sorprendían en algo falso; pero todos hacían éstas:

- ¿Vos pa qué viniendo?
- Pues a enseñar a los indios la Ley de Dios.
- ¿Quién a vos mandando?
- Dios.
- ¿A dónde topaste Dios?
- Onde Medellín.
- ¿Ese Megueguín mucho lejos?
- Sí, mucho.
- ¿Cómo Dios diciendo?
- Madre, hermana, camine lejos onde Dabeiba pa enseñar mi indio que yo hice; pero que alma no sabe que tiene.
- ¡Mentiras! Indio como perro, alma no tiene: ¿Gobierno fue que mandó a vos, pa coger pa soldado?
- No, gobierno no gusta, pa mandar nosotras.
- ¿Vos ganas quitar tierras de nosotros?
- No, Madre mucho rica onde Medellín, ¿pa qué tierra? Madre es que gusta alma de indio, pa dar a mi Dios.
- ¿Y tu Dios onde viviendo, onde Megueguín?
- No, onde cielo, más allá de las nubes.
- Ese no sabe nosotros. ¿Tu marido cuándo viniendo?
- Marido no tiene.

- Así no atiende (no entiende) nosotros. Todo tiene marido, hermana no; así no atiende.
- Es que Madre y hermana apenas a Dios queriendo; hombre no quiere; así es cristiano, mucho gusta algunas veces, para querer Dios solo.
- ¡Nosotros no atiende!

Después de este diálogo, que se repetía todos los días con diferentes indios, o con los mismos, pero pintados de diferente modo para fingir mejor y conseguir repetición de regalos, venía el almuerzo, el huevo frito, que era la mayor exigencia que hacían los muy connotados; luego, piezas de gramófono, al gusto, que algunas veces se hacían interminables; luego los regalos. Para ellos se abría de nuevo un diálogo:

- ¿Vos pa qué regalar?
- Porque mucho quiere indio.
- ¿Vos cómo querer sin conocer?
- Porque todo hijo de Dios mucho quiere.
- ¡Indio Dios no hizo! Yo regalo no quiere; ¿vos pa cobrar?
- Yo no cobra.
- ¿Pa qué pues?

Me entraba entonces a mostrar los regalos y ellos a hacerse muy desganados. De modo que cuando nos recibían algo, quedábamos celebrando el gran triunfo.

Procurábamos sacar cuanto teníamos de raro y de halagador para ellos, con el fin de que llevaran la noticia y aunque no fuera sino por la novedad, vinieran a ver lo que les llamaba la atención.

Invariablemente les obsequiábamos tabaco, lo cual nos ocupaba mucho rato porque o no sabían fumar y habíamos de encenderles el cigarro mil veces, o lo apagaban adrede para probar si las hermanas sí los querían lo cual veían, probando que las hermanas se tomaran la molestia de ir a encendérselos a la cocina, porque no había fósforos al menos en abundancia, sobre todo no los usábamos delante de ellos por evitar que de una vez nos hicieran reventar una caja para satisfacer la curiosidad que les despertaba. Por supuesto que esto era para nosotras como miel sobre hojuelas, porque deseábamos pasar el mayor tiempo posible con ellos, para ver cómo iba-

mos abriendo aquellas almas y corazones, pues tenerlos tan cerrados era nuestro tormento.

Muchos se quedaban a dormir en la casa, bajo la condición de no cerrar las puertas, porque "vos de golpe encierra pa matar". Pues no sólo, no se contentaban con la promesa de que no se las cerraríamos sino que se tiraban, en donde con el cuerpo pudieran impedir que las cerraran. Como jamás conocían puertas, no nos parecía extraño esto, y los complacíamos tomando algunas medidas para nosotras y para nuestra guarda. Nada había pues en que les dejáramos duda; pero para eso teníamos que sacrificarlo todo.

Perversas influencias de los blancos

No tardaron los civilizados perversos en decirles que íbamos a buscar marido entre ellos y como era natural, esto los halagó un poco. Ya tenía yo prevenidas a las hermanas para cualquiera cosa de ésas, porque de salvajes era preciso esperarlo todo; y para eso les había dicho cómo habíamos de mirar cualquier cosa, al través de la más refinada caridad y pureza, unidas a la más rica confianza en Dios. Además, padre, yo tenía el secreto testimonio que Dios me había dado, de que los indios no intentarían nada en lo moral contra nosotras.

Después de lo que los civilizados les dijeron, se me presentó un indio muy principal, en ademán de mucha arrogancia y me dijo:

Gente diciendo vos quiere casar con nosotros; ¿Hermana buscar marido indio? Por eso yo quiere casar con vos.

Apenas había acabado de hablar, cuando le dije con toda calma:

- Ese palabra malo, hermana no gusta marido; madre no gusta marido; apenas Dios queriendo y Dios a ella manteniendo como marido. ¡Si indio palabra sigue diciendo, Dios está braviando!
- Palabra malo, no decir más indio, contestó.

Con esto, el indio que se titulaba juez de la tribu de Chimiandó, cambió completamente y continuó diciendo:

- Libre mucho mentira hablando.

Le aseguré entonces que Dios mucho queriendo y le dije que entre los cristianos hay muchas mujeres que no buscan marido y que Dios está muy

alegre. Celebró mucho esto y me aseguró de nuevo que indio así no conoce a nadie. Entonces le dije el nombre que esto tenía entre los cristianos y repetía muy contento:

- Calidá*, calidá, bonito palabra!

Salió Justicia, así lo llamábamos, y regó por donde quiera la idea de que las hermanas apenas a Dios queriendo, de modo que con esto hubo para que no volvieran a pensar en la cosa.

Advirtieron que sí tenían alma

Una de las primeras entrevistas, o mejor dicho, las primeras las gasté pintándoles en un tablero una gallina; dándole de comer a esa gallina, para que al ver que no recibía, hicieran la diferencia entre la pintura y la gallina; con esto quería llegar a poderles mostrar un cuadro de la Santísima Virgen y así hicieran la diferencia entre la pintada y la que iba a hacerles amar, primer paso para darles la fe.

Y no se figure padre que aquello fuera cosa fácil; muchos se confundían porque la gallina pintada no recibía el grano y decían que estaba muerta. No supone nadie que lo haya visto, grado de atraso intelectual mayor.

Después de muchas horas, en diversos días, pude conseguir que hicieran la distinción entre la pintura y el objeto. Pero aunque había logrado esto no se convencían del todo de que tenían alma y no cesaban de protestar contra la enseñanza, porque "indio como perro" de tal modo era resuelta la protesta, que lo que les enseñaba era bajo la razón de juego.

Vamos a jugar un rato y tomaba la tiza. De este modo consentían en estar allí; pero no en silencio, ni sentados, ni tranquilos; había de hablarles y pintarles o mostrarles lo que necesitaba, para darles alguna idea, teniéndolos en el mayor desorden y repitiendo mil veces lo mismo, y cada vez con mayor viveza, a fin de dominar el desorden. Dios mío, si no me hubiera armado de tan intenso interés por esas almas, no hubiera podido conservar el equilibrio de carácter, ante estos pobres salvajes. Pero, padre, me sobra todavía ánimo y valor, para soportar mucho más. ¡El dolor de las almas es tan intenso, Dios mío!

Un día llegaron varios indios en ademán de triunfo y presentándome unos perros me dijeron:

- Enseñá mi perro, pa eso yo trajo.

Comprendí al momento la intención de probarme, que como los perros no aprendían, tampoco ellos, porque eran iguales, ¡sin alma!

Les dije: Bueno, vamos a enseñar a perro.

Brilló en los semblantes el triunfo al verme en ademán de enseñar a los perros. Pinté una gallina y les pregunté a los perros si sabían qué era eso. ¡Carcajadas entre los indios! ¡Triunfo y ojos que parecían gritar de dicha! Pasado ese ruido que la alegría produjo, un indio dijo:

- ¿No ves?, perro alma no tiene, no atiende.

Todos aprobaron con alegría casi desconcertante. Entonces les dije:

- Verdad es que los perros no aprenden; pero los indios ¿saben lo que es esto?

- Ese gaguina, dijo uno.

- Sí gaguina como parece, contestaron otros. Querían decir: Parece gallina.

Me cupo bien la explicación, haciéndoles ver que los perros no habían sabido y los indios sí conocían que aquello era una gallina. La prueba no pudo ser más clara y todos bajaron la cabeza diciendo:

- De vera, nosotros sí atiende... nosotros es alma...no sabíamos, ¡malaya!, nosotros como libre,, cun alma...

Por supuesto que su alegría no fue completa porque advirtieron que si tenían alma, debían soportar la enseñanza y por ende, nuestra presencia entre ellos, cosa que tanto les inquietaba. ¡Pobrecitos! Quedaron verdaderamente confundidos, pues pensaban, que si yo llegaba a convencerme de que no tenían alma, regresaríamos a Medellín y se les acababa la inquietud de nuestra presencia que no les dejaba un momento.

Sólo Beatricita, la mujer de uno de los capitanes, después de la prueba de los perros, como quien recibe la más grata noticia, se puso a bailar, cantando con ese tono monótono que usan en ocasiones solemnes:

- ¡Yo es alma: Como libre, Dios haciendo con juntos, con igualitas! Yo alegrando mucho, hasta aquí ta saltando mucho! (se señalaba el pecho) Ese mucho brinca, mucho alegrando!, alma nosotros, alma ta bueno...!

¡Pobrecita!, no sabía expresar su alegría. Con esto se fueron aquel día un poco cabizbajos y no volvieron en mucho tiempo esos mismos.

Engaños de los indígenas

Entramos ya en la era de los engaños; fue el camino que encontraron para desconcertarnos. Se aparecían unos indios desconocidos, cansados, con cántaros, con gallinas, con cuantos enseres tienen en los bohíos, que todavía no conocíamos. Decían:

- Nosotros viene pa conocer vos; muy lejos vive; quince días salió casa; aquí hoy alcanzó.

Nos daban nombres raros pero como se nos olvidaban, volvíamos a preguntarles al salir y resultaban distintos de los que habían dado al principio de la visita. Sin embargo, siempre creíamos que las olvidadizas éramos nosotras, cuando en realidad eran ellos, los que no recordaban el nombre que se habían puesto al entrar y nos daban el que se les venía a la cabeza.

Les regalábamos, pasábamos por el interrogatorio ordinario, les brindábamos carne y cuanto habíamos conseguido para nuestra mesa; les mostrábamos los regalos, el gramófono y ellos se hacían como que jamás habían visto esas cosas, ni esas hermanas, ni aquella casa, ni aquel pueblo, en fin: ¡Eran de tan lejos, estaban tan cansados, habían caminado quince días, estaban estropeados...pobrecitos! Nosotras nos volvíamos atenciones y consideraciones. Descansaban. Al otro día se iban... pero resultaban los mismos que habíamos visto en días anteriores, que se habían ido muy cerca de hacer su engañifa para conseguir más regalos y para ver si nos cogían en mentira.

- ¿De dónde vienen? - les decíamos a otros.
- De onde Pital - contestaban.
- ¿Y muchos indios hay en el Pital?
- No, yo solito, mucho aburre solito.

Pues, a poco sabíamos que ese venía de Antadó y que el Pital estaba lleno de indios. Otras veces se nos desaparecían del mismo pueblo, hasta por tres o cuatro días; preguntados en dónde estaban,

- Onde cueva, decían
- Y la cueva, ¿en dónde está?

- Onde río...

¡Íbamos al río y no encontrábamos la tal cueva! Dios mío, todo era engaño. Al principio todas fuimos engañadas, pero tan pronto como lo comprendimos, determinamos dejarlos a ellos en el engaño de que estábamos engañadas, para que así ellos, consiguiendo su objeto, no se nos huieran lejos, y entre engaño y engaño íbamos habituándonos al castellano y alguna idea de Dios se les daría.

Así pasamos muchos días, recibiendo gentes disfrazadas y dejándoles el triunfo en su engaño. Todos nos explotaban a más no poder; pero era una de las cosas más convenientes para nuestro intento.

Conocen a María

Mientras tanto, el cuadro de la Virgen salió a figurar como primera lección, en esta forma: Lo primero sencillamente hacérselo observar y que distinguieran bien, que era una mujer; este procedimiento no era cosa muy fácil, porque jamás habían visto pinturas. Luego se les daba el nombre, con las palabras: María Madre mía. Después se les enseñaba que la habían pintado, viendo otra viva, como ellos, que vivía en el cielo. El que entendieran del cielo, no era muy fácil pero se les ponía muy a su alcance. Para esto servía mucho la gallina pintada en el tablero. Después se entraba a enseñarles a decir en castellano los nombres de las diferentes partes del cuerpo de la Virgen, a la vez que nosotras las íbamos aprendiendo en indio. Por fin venían las ponderaciones de su belleza y las comparaciones y se terminaba enseñándoles lo muy bueno de su corazón.

Pero para este conocimiento ya se hacía preciso hacerles conocer el bien y el mal moral. Aquí estaba la dificultad.

Observé que ellos sólo usaban las palabras bonito, feo y la indígena de picá para aprobar una cosa; pero jamás, bueno, ni malo. Comencé por decirles que beber guarapo era malo y ellos con viveza decían:

- Malo no, mucho sabroso, mucho picá.

De nada de lo que les gustara conseguí que calificaran mal, de donde deduje que desconocían la idea de mal moral. Después por el mismo procedimiento, quise ver qué idea tenían del bien moral; para ello les dije que era bueno rezar. A esto respondieron con mucha seguridad:

- Bueno no, mucho feo, no gusta.

Comprendí que gustar, no gustar, feo y bonito eran sus únicos términos en el asunto y esperé a que tuvieran idea de Dios, tal como es, para darles esa idea verdadera del bien y del mal.

Querían matar a Dios

Pero en estas pruebas estábamos, cuando un domingo se presentaron dos indios muy altos, robustos y vestidos con todo el lujo que saben darse en los días de gala y con verdadera autoridad en la expresión y en los semblantes, me dijeron:

- ¡Llamá tu Dios, llámalo! ¡Nosotros tiene que hablar; llámalo ya!
- ¿Para qué lo quieren?, les pregunté.
- Pa explicar ése.
- ¿Qué quiere explicar?
- ¡Pa qué ese tan bruto! ¡Alante hizo indio sin alma y después mandando Madre pa que enseñe! ¡Por eso nosotros quiere matar ése por bruto!

Dicho eso, alzaron las escopetas y se aprestaron para matarlo tan pronto como se presentara, pues estaban ciertos de que yo había de llamarlo. Les dije:

- ¡No lo llamo, porque yo lo quiero mucho!

Aún estaba diciéndoles esto, cuando otros dos en el mismo ademán y vestido entraron y sin pérdida de tiempo me hicieron igual mandato. Les contesté lo mismo; pero aún no había acabado de hablarles cuando se presentaron otros del mismo modo y después otros, hasta que se juntaron ocho delante de mí, rogándome, que se los llamara, para matarlo ya, al punto ¡Dios mío! En esta vez, si se mostraron las hermanas un poco temerosas pues me observaban y desde el cuartico veían los planes que, antes de entrar hacían en la calle.

Luego que los vi reunidos, volví a explicarles que Dios no era bruto y que ellos sí tenían alma; pero todo fue inútil. Cada vez se mostraban más enojados con Dios porque los ponía en mis manos sin tener alma. Entonces les dije terminantemente:

- Yo quiero mucho a Dios y por eso no se lo llamo, porque si me lo matan ¿qué ¿hago yo sin mi Dios? Pero más enojados me dijeron:

- ¡Llamá, llamá, nosotros matamos prontico, prontico!

Viéndolos tan resueltos, les dije:

- Mátenme a mí que soy la que los molesto para enseñarlos.

A una voz dijeron:

- No, a vos no mata, porque vos no es culpa; vos es mandao.

Pero continuaban en su afán, sin que les valiera ni ofrecerles almuerzo, ni gramófono, ni paruma, ni nada. Entonces me puse seria y les dije:

- Si siguen hablando esa palabra tan fea de mi Dios, yo le digo que castigue a indio.

Entonces el más bravo me repuso:

- ¿A yo, cómo castiga, si yo mucho corre?

Dios mío: Esta pregunta de Sixto que así se llamaba el indio, fue toda una revelación para mí. Comprendí que eran unos niños, mucho más de lo que yo lo suponía. ¡Pobrecitos! Cometí la tontería de decirle a Sixto:

- Dios más corre y castiga a indios, echándole achaque. A todos si hablan palabra tan fea de Dios, castiga con achaque.

¡Dios mío! Como si mis palabras los hubieran herido, huyeron. No se veía por la placita de Dabeiba sino el revoloteo de las parumas.

Este resultado fue terrible, porque Sixto, aquel mismo día levantó su casa de El Pital y se huyó a las selvas de Tuguridó, de donde tuvimos que ir a sacarlo seis años después, horrorizado con aquella amenaza. Los demás, volvieron, pero con diferente pintura, para no ser conocidos y todos recibieron después el santo Bautismo con los conocimientos necesarios. ¡Pobrecitos! Cuando les mentaba esto, me decían:

- ¡No acordés Madre de eso, indio muy bruto, muy bruto nosotros!

Cuando tuvieron idea de Dios, tan cabal como era posible, ya me quedó fácil darles la del bien y mal moral, de la siguiente manera:

Cuando indio bebe guarapo y pierde cabeza, Dios está braveando. Cuando indio reza, cuando perdona, etc. Dios está alegre. De este modo aprendieron lo que agrada y desagrada a Dios y por consiguiente lo que es bien y mal moral.

En estas cosas, habría mucho que ver acerca de lo que enseñan en cuanto a esas ideas universales, en todos los humanos, en cualquier estado en que se encuentren; pero hay que tener en la cuenta que hasta éstas las desvirtúa la superstición, el vicio y el odio. Me decía hace poco un sacerdote que por qué aseguraba que no tenían idea de Dios, cuando los teólogos enseñan que todos los hombres, con sólo la luz natural tiene idea de Dios. También yo había estudiado que más fácilmente se encontraba un pueblo sin suelo, que un pueblo sin algún conocimiento de Dios, así como alguna idea, aunque vaga del bien y del mal moral. A esto debo agregar que ellos supieron ocultarnos muy bien sus creencias y supersticiones y que, además, no se trata en lo que digo, de toda la colectividad sino de individuos. Después encontramos indios que sí tenían estas ideas y también conocimos sus horribles tradiciones que habían desvirtuado en ellos todas las creencias que la luz natural hubiera puesto en sus cabezas.

No sé, padre, lo que puede asegurarse, sólo refiero lo que vi y oí. De ley moral estaban tan mal que como año y medio después de estar allá, me invitó una india para que envenenáramos a un indio y después de que le dije que no se podía porque era hijo de Dios y Dios se pondría muy bravo y nos echaba al infierno, poniéndole aquel infierno muy a su alcance, con comparaciones muy majaderas, mostró miedo y susto, rogándome ya que no lo envenenáramos.

Muchas veces fui invitada a tomar parte en asesinatos, lo cual me indica lo que digo respecto a moral, pues ellos sabían que yo estaba allí, para evitar lo malo y hacerles obrar lo bueno. Invitarme para matar a otro, era naturalmente creer que aquello no era malo. Sencillamente, ese prójimo les estorbaba y querían deshacerse de él como se deshace de un parásito el cuerpo. De todos modos, refiero lo que vi y además, digo cómo lo juzgué.

Desarrollo de los sentimientos humanos

Frecuentemente yo misma me asustaba y creía estar soñando, ante tanta negación de ideas y sobre todo de Dios. A las hermanas les preguntaba frecuentemente si ellas hubieran supuesto alguna vez encontrar ese fenómeno de tanta oscuridad. Pero una cosa más, es digna de tenerse en la cuenta: No sólo no tenían estas ideas sino que en su lugar había tal clase de sentimientos y de supersticiones que impedían la formación conveniente de las ideas, al empezar a dárselas.

Con razón dijo el señor inspector provincial, en una de las visitas, que después de dos o tres años hizo a la misión: ¡Un niño en la cuna, con sólo

que su madre lo haya besado, tiene más ideas morales que estos infelices! Son un abismo de negaciones. Cualquier párvulo de entre los civilizados, tiene más facilidades para aprender, que el hombre salvaje en su estado de mayor desarrollo.

Esto se explica, padre, porque la mente del párvulo se va desarrollando con las mismas verdades que se le van dando y la del salvaje, se ha medio desarrollado con errores. Tal que hay que desocuparla de ellos y corregir el imperfecto desarrollo que había obtenido, ni más ni menos que quien desbarata y vuelve a hacer de una masa ya desvirtuada. En fin, no se me ocultaba lo difícil de la empresa, ni lo escaso de los medios, ni lo débiles de los que estaban a mi alcance; pero no me desalentaba porque pensaba en el supremo poder de Dios y creía que Él lo haría.

¡Ay, Dios mío, si estuvieran las almas a merced de nuestros escasos recursos, cuán pocas se salvarían! Por fortuna recordaba frecuentemente estas palabras que le oí en una solemne ocasión al padre Luis Gamero: Dios es el dueño de las almas y Él es quien las salva. Nosotros somos puros instrumentos de su amorosa condescendencia con ellas.

Estaba convencida de que una de las primeras necesidades en ellos, era desarrollarles los sentimientos humanos, desvirtuados hasta lo inconcebible, para que lo religioso entrara. Esto se me ocurría porque veo que la religión cristiana es la que se adapta maravillosamente a lo humano recto. Es propiamente hecha para los humanos y eso es natural. Por eso les advertí a las hermanas que todos nuestros trabajos debían tender a este fin. Hacerles conocer el amor bueno, el filial, el maternal, la compasión, la ternura, etc. En fin, debíamos ser con ellos de tal modo que del mismo procedimiento que con ellos se usaba, pudieran deducir lo bueno de la religión que íbamos a darles. Ellos, por su parte, no fueron completamente pasivos al recibir esa formación; muchas veces opusieron resistencia y con más frecuencia probaban nuestra conducta para ver si se adaptaba a lo que se les enseñaba. Sería imposible referir las muchas pruebas que de nosotras hicieron; pero, gracias a Dios, de todas salimos airoas, porque Dios estaba con nosotras. En esto sí que hubiéramos podido exclamar como Jacob: ¡Verdaderamente Dios estaba aquí y no lo sabíamos!

La gran impresión y el papel que en nuestros métodos habían de hacer los sentimientos nobles y cristianos, se puede colegir por el hecho siguiente:

Un día apareció Eusebio Domicó, el mismo indio que se titulaba Justicia de Chimiadó y que verdaderamente, en la medida escasa de su capaci-

dad, vigilaba para que los derechos tan ultrajados de su tribu, fueran respetados. Se me presentó, digo, lleno de ira. Los cabellos levantados como los del león cuando acomete, los ojos muy volados y arrojando por la boca una baba blanca, señal de la mucha ira que llevaba. Traía su escopeta a punto de disparar. Lo primero fue preguntarme, pero con voz difícil de entenderse, porque la ira no se la dejaba salir sino forzosamente:

- ¿Vos pa qué matar a toda mi raza? ¿Qué te istorba indio onde cueva? ¡Alante todo era de indio! Gente todo quitó, apenas dejó cueva... ¿Vos pa qué querés sangre de indio? Yo va a matar a vos... yo no aguanta ver mi indio morir todo...

Pobrecito, un libre le había asegurado que en día determinado yo los iba a degollar a todos. Mientras esto decía, procuraba montar la escopeta y dispararme; pero la misma ira le producía tal temblor, que no acertaba a hacer aquello. En vano le explicaba, le decía cuán diferentes eran mis intenciones y cómo lo habían engañado los libres perversos que tal cosa le habían dicho. Todo era inútil porque la ira no lo dejaba oír.

Un indio fuerte que estaba presente se me acercó a decirme que iba amarrarlo para que no me matara; las hermanas temerosas se ocultaban detrás de una puerta, sin saber cómo me sacaría Dios de aquel trance. Mi compasión por el pobre indio era tan grande que le dije a Máximo que no le hiciera nada, que Dios sabría sacarme bien.

Mientras todo esto, el indio continuaba haciendo inútiles esfuerzos por disparar y le crecía desmesuradamente la ira. No recuerdo si invoqué a la Virgen o a quién, pero lo cierto fue que se me vino, con la rapidez del rayo, la idea de que la ternura había de vencerlo y sin pararme a pensar nada, me le tiré y lo abracé, recostándole la cabeza sobre mi pecho y sobándole con dulzura la cara, le dije: Muy buen cazador usted, mucho venao cogiendo... muy sabroso venao... Indio mucho sabe pa cazar... muy sabroso armadillo...usted mucho animalito cogiendo...

¡Esto se lo decía con la mayor dulzura que mi gran compasión me dictaba! A medida que iba diciéndole y acariciándolo, se iba calmando, hasta que se dejó caer al suelo como sin fuerzas y llorando con la misma fisonomía de un niño, me decía: Yo quiere murir... yo mucho mal pecho... Vos pecho mucho bueno... Yo quiere matar vos... vos mucho queriendo yo... malaya murir... Es decir, ojalá morir. En estas exclamaciones y tristezas se estuvo mucho rato sin que me valiera nada para consolarlo. Pasada esta primera emoción le dije:

Usted buen pecho y yo buen pecho; juntos buen pecho; pero usted mejor pecho. Libre engañando, pero no importa, vamos a comer huevo juntos.

Esta idea se me ocurrió porque el huevo les gusta mucho. Punto seguido las hermanas nos trajeron huevos y los comimos juntos, con la diferencia que él se lo comía con la cáscara porque no advertía a quitarla, porque me miraba sin cesar, con la mirada más delicada, diciéndome: ¿Yo, sí buen pecho? sí, le contestaba y se le asomaban de nuevo las lágrimas. Así pasamos hasta que se acabó nuestro bocado que para mí fue delicioso y para el pobre indio pasó desapercibido.

Pero el indio desde entonces no volvió a desconfiar de nosotras y aceptó la ley de Dios. Seis años después, murió cristianamente y tan lleno de Dios que decía el sacerdote que lo administró que era el alma más bien dispuesta para la eternidad que él había visto, tratándose de seglares.

¿Qué venció a Justicia de Chimiadó? ¡La ternura! ¡Y venció precisamente porque no la conocía, le sorprendió y le embargó todo su ser haciéndole desaparecer las terribles ideas que antes tenía!

¡Dios mío! ¡Qué poder tiene la ternura! ¡Qué desgraciados son los que jamás la han sentido ni han estado bajo su dulce influencia!

Otro sentimiento se hacía necesario desarrollar en los indios, antes que mostrarles su equivalente cristiano, me refiero a la compasión. No tenían lástima de nada: acostumbrados a la crueldad de las gentes y de las fieras, ellos mismos eran fieros. El anciano se abandonaba porque, aunque sea padre o madre, ya no sirve; el niño, se mata si es necio o estorba; los enfermos se abandonan. De modo que la compasión es completamente desconocida.

Pues era necesario que nosotras pusiéramos todos los medios para desarrollársela. Por eso nos mostrábamos sensibilísimas por todo, y en ellos, a cada lágrima nuestra, se seguía un susto grande y cierto agradecimiento. Sobre todo la primera vez que enterramos un indio y nos vieron lágrimas, aquello fue decisivo. En fin, Padre, no acabaría si refiriera todos los casos en que dábamos lecciones objetivas para desarrollar los sentimientos en esos infelices y la manera como ellos iban dando hermosas manifestaciones de tenerlos.

Lección práctica de caridad

Como no cuidaban los enfermos, y tenían asco especial por las úlceras, nos propusimos corregir aquello, con el ejemplo que primero se presentara. Efectivamente, un día se presentó un indio con una gran llaga en una pierna; le hicimos cuantos mimos pudimos y nos llenamos de lástima muy exteriorizada, precisamente para conseguir nuestro objeto. Inmediatamente, una hermana se puso a lavarlo, sin que creyéramos hacer nada nuevo para ellos, por supuesto, porque no llegaba nuestra previsión hasta creer que no hubieran visto ese acto tan común y vulgar entre los cristianos.

Inmediatamente todos muy sorprendidos, rodearon a la hermana; unos la miraban a ella, otros al indio. El mismo enfermo no retiraba la pierna porque la estupefacción no le dejaba advertir. En el grupo se oían expresiones como ésta: Así no es otro... ni an mama así lavando... será no es hiede? ta miedo... ta miedo... Máximo me llamó aparte y me dijo:

- Ve, así no gusta indio... todo ta miedo...
- ¿Por qué? le pregunté.
- Porque indio llaga no lava, muy hiede, no aguanta, indio llaga tiene pudre pero no lava... ¿Por qué así hermana? ¿Será no tiene güele? (olfato) Nosotros corre, ta miedo...

Punto seguido salieron a la carrera como para no volver; pero sí continuaron entrando nuevos enviados por los que salían, a ver aquel fenómeno. Viendo esto, llamé a la hermana y le ensayé secretamente el diálogo siguiente:

- ¿Hermana usted por qué está lavando esa llaga?
- Porque este indo mucho duele llaga así sin lavar.
- Qué importa que le duela, déjelo así.
- Vea Madre, es que este indio es hijo de Dios y Dios está muy triste porque su hijo sufre.
- No importa hermana, déjelo, que le duela, a usted no le duele. ¿Usted es que no tiene güele?
- Yo sí, Madre, pero aguanta, porque cuando yo muera, Dios dice: Como usted mi hijo lavó, yo va a pagar y me da montón de oro, así, (la hermana señalaba el montón)

Al oír esto, los que la rodeaban mostraron la alegría más grande y decían:

- Ya atendió nosotros: Su Dios va a pagar. Su Dios va a pagar.. No mata nada. Es ganando oro de su Dios... ta bueno.

Luego salieron a llamar a los que se habían ido, tranquilizándolos con que hermana sí tiene güele pero aguantando, porque su Dios va a pagar.

Entonces nos cupo muy bien darles el nombre de caridad, que jamás habían oído. Esto parece mentira y yo misma me pregunto, cómo pueden pasar estas cosas en gentes que viven tan cerca de los sitios en donde el Evangelio es bien conocido. Sin embargo, no me equivoco ni miento, así estaban. Por eso se han ido acabando esas razas.

Con cada virtud cristiana que se les mostraba daban escenas tristes y graciosas, pero no las consigno aquí porque como se conocerán en la historia de la misión y origen de los métodos, me parece inútil.

De todos modos, ellos pretendían, antes de una fuga completa y definitiva, enterarse muy bien de todo, sin temor de nosotras porque como, al fin de mujeres nada tenían qué temer, y después burlarnos huyendo, haciendo de esta manera sobre nosotras, por el engaño, lo que habían alcanzado sobre los otros misioneros, sus antepasados, por medio de la flecha. Pero como Dios estaba con nosotras, esa misma astucia de ellos fue la puerta que nos abrieron para el triunfo del apostolado, porque cuando fue tiempo de huir, ¡ya el corazón estaba muy encariñado con esa enseñanza y con sus maestras! Ya no les fue posible. Ellos mismos lo confesaban después. Bendito sea mi Dios, que no nos faltó con sus luces.

En resumen: Cada cosa que enseñábamos, la veían antes practicada o reflejada como la bondad de Dios, y cada virtud se les enseñaba de un modo tan objetivo que ellos mismos deducían las conclusiones de nuestra enseñanza. De todas sus astucias y creencias triunfamos por este medio y siendo las amigas más íntimas de ellos haciendo su misma vida, llevando sus mismas humillaciones. Ellos nos buscaban por curiosidad y por astucia en nuestra misma casa, pues las excursiones sólo se comenzaron en agosto de aquel año, y nos encontraban madres con la mayor sinceridad del mundo.

CAPÍTULO XXXII

- PRODIGIO A FAVOR DE UN "GRANDE" - INFLUENCIA PARA
SANIFICAR EL PUEBLO - EN DONDE NO CABEN LOS INDIOS
TAMPOCO LAS MISIONERAS - LO QUE SON LOS AMIGOS -
PERPLEJIDAD DE LOS DABEIBANOS - ARQUITECTAS, ALBAÑILES
Y PEONES - ABNEGACIÓN INCOMPRENDIDA - LO QUE SENTÍ AL
ENTRAR AL RANCHO - COMENZABA LA PESADILLA DE MI VIDA
- LA GLORIA DE DIOS ESTÁ POR DELANTE
- ESCRIBÍA PARA "EL CATÓLICO"

Prodigio a favor de un "grande"

Entre tanto, la peste, continuaba en la población y Dios cada día se valía de nuestros escasos recursos médicos para curaciones raras. Llegó hasta curarse una pernicioso* ya en todo su desarrollo, con una fricción de alcohol con agua. ¡Así era de ver la misericordia de Dios con esos pobres! Ay Padre, casi nadie reflexiona en esto de la misericordia de Dios con los pobres y sin embargo, es la más llena de lecciones de la inmensa compasión de Dios a los humanos. ¿Será una de las razones para que los grandes y ricos busquen menos a Dios? Es que ellos no están tan en contacto con las misericordiosas compasiones de Dios, con los pobres y pequeños.

Sin duda, Dios quería acreditar nuestra misión ante esas gentes, con estos favores y abrirles el camino a los indios, para la fe; pero en mucho entraría también esa suprema compasión de Dios, que no sabe contenerse. Para asegurarme más en esto, me apoyo en la historia de Jonás profeta. Éste, le conocía tanto a Dios ese lado de la compasión que, por eso no quería predicar en Nínive los castigos de Dios, porque sabía que Dios casi no puede contenerse en perdonar y socorrer y pensaba que lo hacía quedar mal. Dios, por su parte, mostró bien que tenía razón el profeta cuando le dijo:

"Si te dueles de una planta que no hiciste nacer, dime, ¿qué sentiré yo destruyendo a Nínive en donde hay tantos niños que no saben cuál es su mano derecha?" ¡Compasión por los pequeños y los pobres! ¡Eso era bastante para hacer quedar mal a un profeta! ¡Dios mío, cuánto nos enseñas en esto! ¿Quién no querrá, si esto considera, ser pobre y ser pequeño?

¡Estas pobres gentes de Dabeiba eran pobres en todo y pequeñas en todo! Pobres en fe, en dinero o bienes de la tierra, en virtudes, pues eran

focos de pecado, de conocimientos, pues eran el colmo de la ignorancia. Y eran pequeños en todo, hasta en fuerza, porque era gente endeble y carcomida por los achaques. ¡Era pues, cosa natural en Dios, hacer estos favores a quienes tanta compasión merecían!

Por esto, padre, he procurado siempre que las hermanas no vean en estos favores y prodigios, ningún mérito en las misioneras, sino, sencillamente, la compasión de Dios por los pequeños y los pobres. Esto es tan cierto que sólo después de nueve años, vemos un prodigio de esos, hecho a favor de uno de los que se titulaban grandes en Dabeiba. Tan grande y tan infeliz, el sujeto ése, que se creía con derecho de blasfemar y ¡lo hacía como quien quiere competir con el demonio! ¡Qué infeliz y qué pequeño y qué pobre es ese señor; pero se cree rico, feliz y grande! El cielo, por él insultado muchas veces, le hizo, sin embargo, un favor de esos prodigiosos; pero creo que para llamarlo a la fe y salvarlo. Él, sin embargo, no ha querido oír.

Aunque me salgo del orden cronológico que llevo, voy a referirlo, padre, porque debiendo, según se me ha impuesto, escribirlo todo, me queda bien así, para ver si me es posible no volver a este tema, el más penoso para mí.

Y sabe, padre, ¿por qué es el más penoso? Porque temo que algún candoroso crea al leer esto, que esos prodigios son milagros míos; por lo demás, mi mayor gusto está en hacer patentes las misericordias de Dios y que Él sea conocido por ellas; ¡pero compraría con cualquier cosa el conseguir que no torcieran las cosas atribuyéndome el mérito que no tengo, Dios mío! ¡Cuánto anhelo vivir en la verdad y que todos reposen en ella!

Pues bien, reverendo padre, hará sólo unos cuatro años que el infeliz blasfemo a que me refiero, tuvo la pena de ver a una hijita ya a la muerte, de una enfermedad desconocida, pero con todos los síntomas de mortal. Buscó recurso en los médicos más connotados y todos declararon que la niña moriría. Naturalmente, aunque las gentes me tenían alguna confianza en lo de medicina, porque en fin, les hacía el bien que estaba a mi alcance, él no pensaba en recurrir a persona tan repugnante y tan papista como yo.

Era uno de nuestros acérrimos enemigos y persecuidor de todo lo que se relacionara con Dios. Pero llegó un momento en que el amor a la niñita le hizo olvidar su odio y cedió a las instancias de una amiga que le indicaba mandarme la niña. Me la mandó con una esquelá tan altiva que, sin que

yo pueda decir ahora los términos precisos de ella, puedo sí asegurar que quería decirme que me hacía el honor de ocuparme. Leí la esquila y con lástima y buen deseo de ver si, haciéndole algún favor a este señor, se daba por vencido.

Tomé la niña (tendría un año). Efectivamente vi que la enfermedad era rarísima y pensé que sólo Dios podría curarla, pero en mi ansia de ver si ésa sería la puerta para la conversión de aquel hombre y un triunfo para la gloria de Dios, puse toda mi confianza en Dios y le dije que oyera nuestra súplica puesto que había intereses muy grandes de su gloria, en el asunto. Me entré a la clausura, en busca de la opinión de la hermana María del Sagrado Corazón, muy entendida en enfermedades de niños; pero ella me dijo: Con nada de abajo se cura esa muchachita, dígale a Dios que se la cure, para que ese hombre se convierta. Como esa hermana era mi madre, vi en ello un verdadero mandato y punto seguido, le hice a Dios la petición formal de la curación, pero como había de devolverla con alguna receta, le envié a decir al señor que la niña se le curaría y que le diera un baño de leche.

A poco volvieron con la niña a darme las gracias y que le recetara reconstituyentes, pues había quedado débil, así lo hice. Pero en esa vez, consultando a un sacerdote, la entré a la clausura, y con el mayor sigilo le puse el agua del bautismo. De modo que donde esté esta criatura, es cristiana y nadie sino el sacerdote y las hermanas lo saben y es la única hijita de ese señor que se ha bautizado.

Después algunos me han dicho que aquel bautismo fue imprudente, porque quedó expuesta ciertamente la fe en ella; pero como consulté con quien debía saber, quedé tranquila. Además, Dios debe tener alguna mira misericordiosamente especial sobre esa niña, si he de juzgar por lo que sentí y vi en ella y su enfermedad. ¡Eso se lo abandoné desde entonces a su providencia y amor! En cuanto a la familia de la niña, se hizo amiga de las hermanas y el infeliz padre aún no se ha convertido; pero nos apoya como puede y se afana por el bienestar de las hermanas y habla bien de ellas.

Como respuesta, cuando me pidió la cuenta de la curación, no le di otra que la de que me daba por bien servida, con que la niña se hubiera curado y ellos se hubieran consolado. Este recado, lo llenó de agradecimiento y se constituyó en defensor contra nuestros enemigos. ¿Cuándo se convertirá? ¡Dios mío, si con esta curación echaste la semilla en ese corazón, no dejes que sea estéril! Es tan criminal ese pobre hombre que será una de las manifestaciones más grandes de las soberanas condescendencias de Dios, su

conversión. Pero, ¿por qué no esperararlo? ¡Dios supera siempre a nuestra confianza y aplasta los montes más elevados! ¡Pobre alma!

Éste es el único prodigio que se ha hecho en la misión, a favor de un grande o rico o que supone serlo. Los demás, todos a favor de los pequeños y de los pobres. ¡Bendito sea el Señor de los pequeños! Cada acontecimiento de éstos me hacía desaparecer más y más de mí misma, padre. Porque nada hay que más muestre la pequeñez y miseria humanas como las infinitas grandezas de Dios.

Influencia para sanificar el pueblo

Volviendo ahora al año 1914, o sea, el mismo en que fuimos a Dabeiba y al que vengo refiriéndome:

Como la peste, aunque tenía en parte alivio del modo que dejo dicho, no cesaba, era preciso ver algún remedio natural para mal tan espantoso. Lo primero que creí debía desaparecer, era el uso tan inveterado allí, de comer carne de cerdo. Con todos los enfermos a quienes hablaba, tropezaba con el inconveniente de que no querían usar carne de res porque tenían la idea de que era supremamente dañosa a la salud y además, no la había en la región.

Tomé medidas conducentes a que se diera el consumo de alguna res cada semana y lo conseguí, hablando directamente con el señor que vendía el cerdo, y asegurándole que no haría pérdida ninguna porque me comprometía a ver que la gente le comprara la carne y que en último caso las hermanas le compraríamos toda la que no vendiera. Oída la promesa de dicho señor, me fui a recorrer las casas de todos los enfermos recetándoles invariablemente carne de res. Al principio me contestaron que se morirían si lo comían; yo entonces les dije que si no la comían no les recetaba más. Además, les iba disminuyendo poco a poco el uso de la de cerdo. Esto dio tal efecto, padre, que un mes después se consumía en el pueblecito un novillo grande cada semana y las enfermedades del estómago fueron desapareciendo. Pero las fiebres y otros achaques persistían. Dios me dio ocasión para recetar también a todos los enfermos el agua hervida y como por encanto se veía la disminución de enfermos.

Sólo me faltaba quitar los miasmas pestilentes que atraían las fiebres y otras enfermedades y que eran producidos por una piara de cerdos que cuidaban en la plaza, sin precaución de ninguna clase. Dada la idea de suprimir aquel animal, las gentes se enojaron con razón, porque se les

quitaba una fuente, casi la única, que tenían de conseguir los pesitos para vestirse, pues cada pobre tenía su animalito en la plaza sin cuidado de nada.

Para quitar este mal, tenía que vérmelas con las autoridades y ¿cómo entenderse con esos señores que nos aborrecían y que se jactaban de saber tanto? Porque, Padre, todo el atraso que he referido en Dabeiba, nos era conocido en lo que se llama propiamente el pueblo. El gremio de los dirigentes era más miserable pero se creía una maravilla. Imposible decirles nada de mis ideas para sanificar el pueblo. De esto que digo pueden exceptuarse cuatro o cinco personas de Frontino o Cañasgordas que allí vivían. Éstos no estaban en el mismo estado, pero tampoco deploraban aquel en el que se encontraban los demás, ni pretendían mejorarlo, ni se les alcanzaba lo que era nuestra obra, de modo que permanecían impasibles y nos creían locas o noveleras y nada más.

Dios, poco tiempo después, me proporcionó medios para entenderme con uno de esos señores con motivo de una junta de catequización que formó el departamento para el empleo de unos fondos dados a la misión. Entonces, usando de un cambio de palabras en las cuales dejaba comprender como pasado lo que sucedería en Dabeiba, referí la historia de un pueblo que se había sanificado quitando los cerdos de la plaza y ordenando a todos los habitantes que durmieran cubiertos.

El señor, ése, que era presidente del Concejo Municipal, puso mucho cuidado a la historia que en el fondo era una previsión natural de lo que iba a suceder si se ponían los medios indicados y sin dejarse comprender la buena impresión que había recibido, salió. Yo me quedé con la idea de que la indirecta enseñanza había sido aprovechada. Pocos días después lo propuso a los del Concejo, pobres hombres ignorantes que a todo le decían que sí. Salió la orden y quitaron los cerdos, arreglaron las casas de modo que abrigaran a sus habitantes y fue esto el punto final a la peste.

Desde entonces, apenas se ve paludismo, no obstante ser aquel clima tan ardiente. Dios me ayudaba palpablemente. Estábamos ciertas de que si la enseñanza se hubiera dado de un modo franco, no sólo no había dado resultado, sino que la hubiéramos pagado cara.

En donde no caben los indios, tampoco caben las Misioneras

Sin embargo, no hay cosa más cierta, que aquello de que "la gota cala la piedra". En vista de los favores que Dios concedió al pueblo, por conducto

de la misión, o quizás estimulados por algunos señores de otras partes, determinaron los señores de la autoridad hacernos una casa y de hecho la empezaron muy cerca al saloncito que ocupábamos. Con tanto gusto la empezaron que entonces se vieron puertas y ventanas de cornisa pintadas en Dabeiba; ¡aquello era un encanto como estaban de contentos porque iban a colocar muy bien a las hermanas! ¡Pero lo que son los favores humanos! Al entregarnos la casa nos pusieron la expresa condición de que no habían de estar en ella los indios. ¡Ay Dios mío, lo que sentí! ¿Con que caben las madres y no los hijos? ¡Cuán lejos de entender nuestra misión y sus obligaciones, estaban esos señores!

Sin titubear les di las gracias del mejor modo posible y rehusé la oferta a causa de la condición. Al fin ya teníamos algunos amigos, aunque no entendieran nuestro empeño, sí podían servir de instrumentos de Dios, para muchas cosas que esperábamos de su amor.

Lo que son los amigos

¡No otra cosa son los amigos en la vida! Desde muy niña recuerdo haber estado empapada en este conocimiento; los amigos, tal como los concibo o entiendo, son puros instrumentos de Dios para sus designios, respecto de nosotros. Pero son los instrumentos más inseguros. Muchas veces nos sirven precisamente por inseguros, porque nos obligan a recurrir a Dios en el instante que nos faltan, con cierta convicción de que sólo Dios es inmutable y dejan un nuevo conocimiento de Dios y lo vano de lo terreno, que van desprendiendo el alma de todo y dándole alas para volar a donde sí hay brazo fuerte para apoyarse en las necesidades. En este sentido los amigos más falsos, son las mejores lecciones; pero hay que estar prevenidos, contra lo que se llama decepción y que vulgarmente llaman despecho.

¡Ésa es la mayor polilla que nos arrebatara la utilidad que dan los amigos, aún en su falsedad! ¿Y quién no es falso en este mundo, Dios mío? Por mi parte, sin mi falsedad, me acomodaría bien con la de los demás. ¡Este conocimiento forma ya sentimiento en mi alma! ¡Cuán falsa soy con Dios! ¡Él sólo lo sabe y se compadece de mí! Por esto me compadezco yo de la falsedad ajena, porque quiero Dios mío, que tengas en mi corazón algo como un compañero que te acompañe en compadecer las miserias humanas. La compasión que tienes a mi miseria por ser falsa, a pesar de mí misma, quiero que repercuta en mi alma y brote de ella la compasión que debe inundar mi corazón hacia mi pobre prójimo.

He observado, Padre, que hay amigos que duran. Sin duda eso obedece a que necesitamos por más tiempo, de esas cuñitas para hacer nuestra vida; ¡pero cuando se acaban, o como dice la gente, se voltean, es porque ya no se necesitan en el designio de Dios con el alma!

Esto pude verlo más claro, en los tiempos de persecución, de que ya he hablado, cuando la novela del doctor Castro. Entonces, padre, no me quedó sino una familia amiga, la de don Teodosio Ramírez. Ponderar los favores de esta familia será imposible. Decir de mi gratitud a ella, tampoco será fácil. ¡Todo era rebosante; me parecía que nada en la tierra podía separar mi alma agradecida de esta familia!. Ellos que, a pesar de mi suprema humillación social, cuando no se permitían otros ni saludarme, por no caer en la nota de ser amigos, cosa que les rebajaba su nivel social, se me unieron más fuertemente que antes, soportando quizás los reclamos de otros de sus amigos, me admiraban y me llenaban de gratitud. ¡La mano única que se nos tiende en el fragor de la persecución, el hambre, la humillación y el dolor, no es posible que se olvide!

Pues bien, el tiempo, las circunstancias y los caminos de la vida, han ido separándonos hasta el punto que hoy no me doy cuenta en dónde viven, qué les pasa, ni nada absolutamente. ¡Los mismos cumplimientos que uso con otros, cuando tienen un acontecimiento infausto, no figuran hoy en mis cuidados respecto de esos amigos! ¿Y qué ha ocurrido? ¡Absolutamente nada! No me han dado una queja, ni yo a ellos. Sin embargo, ¿por qué se acabó la amistad? No sé, ellos tampoco saben. ¡El hecho es que no nos cuidamos de eso y ya está todo! ¡Dios mío! Cómo se parece el corazón humano al agua que no conserva nada de lo que se le escribe en su superficie; ¡cómo es pasajero todo!

Hace poco vi a estos amigos y les pregunté por qué no éramos ya amigos y tampoco supieron decirme. Todo en la tierra va, padre, como corriente rápida de agua. Delante de Dios, sí me doy cuenta del motivo que acabó estas amistades. Sencillamente, me los dio Dios, para una época especial de mi vida, por eso los hizo tan generosos y finos. Pasó la época y pasaron los amigos, sin que tengamos queja mutua, ni de una ni de las dos partes. ¡Ay! ¡Fueron sencillamente un rayoncito del amor compasivo de Dios a mi alma, para determinada época de oscuridad! Pasó la época, cesó la oscuridad y el rayoncito no tenía qué hacer y ¡Dios no tiene nada inútil! ¡Eso es todo!

Pero ¡qué maravillosa se me vuelve la compasión de Dios, padre de mi alma, al través de estos rayitos luminosos con que exterioriza su amor

hacia las almas que sufren! ¡Dios mío, quiero ser rayito para mostrarles a otros algo de tu Faz compasiva y quiero ser el dolorido, que recibe el rayito luminoso! ¡Todo quiero ser, porque todo es reflejo tuyo, Señor de mi alma! ¡Mis buenos amigos, no saben siquiera que los amo, precisamente porque pasaron, porque se apagaron para mi alma! ¡Que la ausencia de su amistad fue un reflejo de la Providencia amorosa de mi Dios! ¡Sé que por todo esto, porque fueron amigos y también porque se alejaron, Dios les recompensará!

¿No ve, padre, cómo Dios me ha dado la manera de amarlo, al través de todo en la vida? ¡Dios que sonrío al través de la versatilidad o fugacidad de lo humano, es arrebatador, tanto como lo es, en su inmutable eternidad! ¿Cuándo acabaremos de amarlo? ¡Ay, Dios mío, pero danos otro corazón, porque éste literalmente ya no alcanza!

Decía, pues, Padre, que de la oferta de la casa de Dabeiba, al menos nos quedaron algunos amigos. Perdóneme el que para cosa tan majadera, haya hecho tan larga explicación, porque ya sabe vuestra reverencia, que para todo soy larga.

Estos amigos de Dabeiba, podían contarse en los dedos; pero fueron apoyo en varios casos para nuestro trabajo apostólico; aunque no lo entendían, como se ve, considerando lo que pasaba y lo muy asustados que se mostraban con lo que hacíamos.

Perplejidad de los dabeibanos

En una de las primeras excursiones, trajeron las Hermanas unas indias enfermas para curarlas en la casa. Naturalmente las pobres indias estaban debilitadas por la enfermedad y tenían sus hijitos a quienes llevar. Las hermanas subieron a las indias a las bestias y echándose al hombro los niños, iban llevando las bestias del cabestro, para darle seguridad a las indias que no sabían montar. Naturalmente caminaban trabajosamente; pero venían alegrísimas, porque aquellas indias se bautizarían después de ser curadas, según era nuestra confianza en Dios.

Se encontró nuestro grupo de terciadoras, con un señor de aquellos principalitos; ¡Dios mío, qué sorpresa! Las siguió desde el río, hasta la plaza, sin poderse dar cuenta exacta de lo que veían sus ojos. Las hermanas, ni notaron al hombre que las seguía. Al día siguiente la señora del hombre fue a decirnos del susto de su marido y de cómo llamaba a los del tránsito, para que vieran aquello tan inexplicable. De ninguna manera po-

día explicarse el hecho. ¿Qué quieren esas señoritas? decía. ¿Qué esperan de esas indias tan pobres y tan asquerosas? ¿Qué buscan en esto?

La señora, un poco más entendida le explicó, aunque malamente, lo que buscábamos y cuál era nuestro anhelo. Al principio no quería creerla porque eso de buscar almas para el que ignora que la suya estaba tan necesitada y hablarle de recompensas de la otra vida, a quién no hace cuenta sino de ésta; y de espíritu al que es todo carne, es empresa difícil; sin embargo pocos días después le decía a su mujer éste señor: Si yo hubiera conocido así el catolicismo, desde niño, me hubiera hecho católico hasta la médula de los huesos. ¡No puedo ver esto, sin enternecerme!

Ese pobre señor fue también de los que cerró la puerta de su corazón a estos toques. Aunque fue nuestro amigo, se hizo después a una excomunión y permanece sin Dios y en desgracia en todo sentido. ¡Pobrecito! Dios tenga compasión de él y déle una nueva gracia.

Una vez fracasada la esperanza de casa en lo del Concejo Municipal, entramos a pensar seriamente en una construcción, pues entre otras cosas nos partía el alma, no tener en dónde alojar a los pobres indios y sobre todo a las pobres indias que salían a buscarnos y si no las alojábamos quedaban expuestas al desenfreno de esas gentes sin Dios y sin respeto. Esto, como digo, nos partía el alma, pues aunque nos estrechábamos cuanto podíamos en nuestro saloncito y se tiraban los indios hasta en el solar para dormir a la intemperie, no alcanzábamos a alojarlos a todos.

Pensar en que el Honorable Concejo nos ayudara algo siquiera para la casita, era imposible, pues con él, acababa de pasar la hermana San Benito la mayor decepción. Nos dieron libremente un terreno de las escuelas para que lo cultiváramos. Se puso la hermana en ello, con el mayor afán; lo sembró de yerba, yuca y frísoles y cuando todo estuvo a punto de disfrutarlo, echaron bestias y nos lo arrebataron sin más razón que la que lo necesitaban los que lo usurparon.

Fue, sin duda, la primera injusticia a que se sometía esta hermana, porque le hizo la más terrible impresión; lloraba recordando los sudores y los días de sol que había soportado sembrando y limpiando aquello, en un clima tan terrible y resultarle con que ¡eso era de los que lo necesitaban! Verdaderamente era para descorazonar a cualquiera; pero la calmé, haciéndole ver que apenas era el comienzo de las injusticias que debíamos soportar, toda vez que nos habíamos ofrecido a Dios para todo lo que condujera a la salvación de los pobres indios. Además, le dije, trabajó por

amor de Dios y nada ha perdido. El lo ve todo y paga cualquier esfuerzo que se haga por su amor, con una abundancia y generosidad que no alcanzamos a medir. La pobre, se inclinó, pero me dice, que todavía recuerda aquella impresión como la más fuerte de su vida.

Lo mismo nos pasó con un poco de agua que le puso a la casita el señor alcalde; una vecina la quitó con la única razón de que las cosas no son del dueño, sino del que las necesita. Las autoridades por su parte, tenían miedo de protegernos y todo lo perdimos.

Era pues imposible aguardar que el municipio iba a ayudarnos en nada. Pensé en el solar de la iglesia, pero nos salieron al paso, porque eso también era del distrito. Hubo que meter al señor obispo, a defender los derechos de la iglesia y así conseguimos empezar la construcción en ese terreno. Sin embargo, como el afán no era defender el terreno de la iglesia por parte de los señores del concejo, sino impedir que tuviéramos casa, se me presentaron a impedir la construcción con el pretexto de que no podían permitir una casa de paja en la población. Les contesté que cuando la casa de la misión fuera la única que diera mal aspecto a la población, en donde sólo había dos casas de teja, yo misma la quitaba, pero que no estaba dispuesta a suspender los trabajos. Me hicieron saber enseguida, que estaban dispuestos a quemar la casa tan pronto como estuviera terminada. Les contesté que podían hacerlo, cuando quisieran.

Las pobres hermanas que jamás, ni en ninguna época habían sufrido esa clase de contradicciones e injusticias, se afligían y amostazaban un poco. Pero, para esta servidora que había comido sólo ese pan desde la niñez, y que las esperaba mayores, le pasaban apenas rozando la superficie. Ellas, las hermanas, oían mis reflexiones que invariablemente terminaban con el anuncio de cosas mayores, se calmaban. Nunca oí a ninguna una frase poco delicada, ni que manifestara deseo de retirarle a Dios la palabra dada. Ni esto, ni el insulto de que varias veces fueron víctimas, lograron desanimarlas. Era una constancia a prueba de todo. Por mi parte, padre, ni siquiera la lástima de las hermanas me lastimaba. Sólo tenía la inmensa espina de la lejanía de Dios a que se encontraban las almas que nos rodeaban y ésa lo invadía todo.

Arquitectas, albañiles y peones

Dejamos a los señores del concejo rabiando y emprendimos la casita. Imposible encontrar trabajadores ni menos arquitecto. La falta de hábito

de trabajo en las gentes, por una parte y el odio a nosotras por otra, impedían que halláramos trabajadores. ¿Qué hacer? Lo que habíamos propuesto desde Medellín; pasar por encima de todo, sufrirlo todo y ¡salvar las almas a todo trance! ¡Conocíamos que por Dios, no había de faltar y determinamos que, por nosotras tampoco faltara nada que estuviera a nuestro alcance! ¡Bendito sea mi Dios que me dio unas socias tan al colmo de la necesidad!

La hermana San Benito me dijo: Tranquilícese, ¿cómo no hemos de saber hacer un rancho? Y acto seguido, se declaró arquitecta. Contrató una parte de la casa con un albañil de Medellín que, por allí buscaba la vida, y desde el principio vio que aquel trabajo era inferior al que necesitábamos y terminó de arreglos con gentes que no sabían lo que hacían. Aprendió a conocer las maderas y con otras de las hermanas y con uno que otro indio, que quería hacer algo, se fue al monte, hacha en mano y en pocos días, tenía ya la madera cortada.

Mas, cuánto esfuerzo supone esto para quien no tenía costumbre de esta clase de trabajo. Las manos se les despedazaban y los soles las tostaban; pero no oí jamás una queja. Unas, se inventaron carpinteras, otras albañiles y todas terciadoras. Ya se traía un palo, ya una carga de paja. Unas recogían boñiga, otras hacían barro, otras empajaban. En fin, aquello era de verse cómo iba resultando nuestro rancho, sin más trabajadores que unos muchachitos o indios, que de cuando en cuando querían ayudarle en alguna cosa.

Terminada la armazón de aquel rancho tan grande, no había en Dabeiba ninguno igual, se emprendió la consecución de la paja, pues se necesitaba una cantidad enorme. Vino a conseguirse el permiso para cortarla, en Alto Bonito, a donde había que ir por una falda terrible. Pero eso no importaba a las amadas trabajadoras. Era en un verano de esos que hacen a los climas calientes invivibles y con los ardores del sol al medio día, se las hallaba agachadas en aquel alto, arrancando paja y rezando su acostumbrado rosario, o mejor sus rosarios, porque unían unos a otros, implorando del cielo la gracia de la fe, para los indios que impasibles veían trabajar de ese modo, sin tomarse el trabajo de recoger una paja.

Muy temprano tomaban su escaso desayuno y partían para aquel teatro de dolor, para no volver hasta la caída de la tarde, agobiadas con un fardo de paja, con las manos lastimadas, las espaldas ardorosas, sin fuerzas corporales, pero con las del alma todavía mayores que había sido en la mañana; con el semblante alegre y el corazón lleno de Dios. Llegaban con ham-

bre violenta y sed abrasadora, a comer un pan escaso, malo y del cual no tenían costumbre ¡Sólo Dios sabe lo que yo sentía reverendo padre, al verlas llegar así y al servirles ese escaso pan...!

Lo que Dios diría al ver esta generosidad, lo sabremos en el cielo; lo que decían los dabeibanos, lo oían ellas mismas, al verlas pasar por la calle, agobiadas y quemadas por el sol, decían:

- ¡Muy bueno que trabajen! ¡Son mujeres como todas! ¡Que trabajen para que se cansen pronto y se vayan! ¡Que aguanten, que nadie las estaba llamando! ¡Que le pongan mucha paja al rancho, que así mejor arderá!

Una mirada de compasión, o de admiración, jamás se notó. Tampoco la deseaban, ni la necesitaban... Se habían como casado, por decirlo así, con la bendita humillación y estaban como en el tálamo de su dicha. Por las tardes nos referían lo ocurrido durante aquellas jornadas y trabajos, esforzándonos mutuamente, a padecer más, si Dios lo pedía y ser constantes hasta arrancarle a Dios la gracia que buscábamos.

El trabajo no impedía la alegría, ni la oración, ni la humillación secaba la fuente de nuestra dicha.

Y a pesar de esta clase de trabajo, padre, nuestros salmos de la media noche por la conversión de nuestros amados indios, sonaban y se continuaban con un fervor siempre creciente. ¡Ay! ¡Lo que es la fuerza de Dios!.

Cargadas ciento cincuenta cargas de paja, esto es, trescientos tercios o fardos, se empeñaron en cubrir el techo con ella, siempre amenizado el trabajo con el santo rosario; nos parecía que sin esa bendita oración, el trabajo quedaba como sin complemento obligado para subir al cielo a ganarse las almas, o su conversión, por decir mejor.

Luego pasaron a lo de hacer los bahareques. Aquello era un encanto verlas tan alegres amasar y pegar barro, desmenuzar estiércol, cargar arena desde el río... la hechura de las celdas costó mil sudores; pero no logró hacer desaparecer la santa alegría de quienes ya casi no tenían fuerzas físicas.

Abnegación incomprendida

En un día de mayor faena, cuando hacían los embarrados y blanqueaban la casa, estas albañiles de nuevo género, se presentó en Dabeiba el doctor Álvarez, uno de nuestros amigos de Frontino, que más se había

empeñado en nuestra vuelta a Medellín y encontró precisamente las hermanas embarrando y embarradas como peones. Al mirarlas, suspendió el paso, pues ya recorría el edificio, y me dijo:

- ¡Esto es admirable pero inexplicable! ¿Cómo estas señoritas acomodadas y delicadas, lo han dejado todo, hasta sus padres, para venirse a esto? ¿De dónde sacan fuerzas para tanto? ¿Qué esperan? ¡Esto es casi enloquecedor!

Sólo le contesté: Doctor, la fuerza les viene de fuente desconocida por los del mundo. Es inútil que la busque en el interés bajo de la ganancia material; ¡búsquela en el amor de Dios! ¡Ése es el único que puede dar fuerza para tanto! No se descabece pensando en esto, porque usted tampoco conoce el amor divino y no logrará convencerse.

Riéndose se retiró diciendo: No entiendo. No puedo ni admirarlas, porque no las entiendo.

Confórmese doctor, le contesté. ¡No es preciso que usted ni nadie las entienda; sepa sí, que hay muchas cosas que ustedes, los mundanos, aunque sean los más sabios, no entienden, porque son del dominio de un amor oculto a los ojos de la carne!

Salió riéndose y compadecido: Yo, por mi parte, quedé más compadecida del ciego mundo, que pierde almas que tanto cuestan.

Verdaderamente, padre, es tanta la ceguera del mundo y entienden tan poco del sacrificio como producto del amor de Dios, que un día se me presentó un primo mío, desgraciadamente liberal, pero de mucha confianza para mí y me dijo: Mira, yo quiero ver a tus hijas y saber si están locas. ¿Por qué? le dije-, ¡me sorprende esa idea!

- ¡Es que yo sé quiénes son ellas y lo que en Medellín dejaron y sólo estando locas rematadas, pueden haber venido a buscar estos negros tan asquerosos, sometiéndose a estas cosas! Eso de consumir una juventud en una quijotada es cosa muy seria y además, al principio creí que era espíritu de novelaría y que pronto regresarían; pero la cosa va larga y todos nos hemos quedado esperándolas. Dime, ¿qué las detiene o qué esperan? ¡Creo que sólo por un arranque de locura insigne pueden consumirse en esta clase de trabajos!
- No te equivocas, le dije, sí, están locas, pero de una locura desconocida para ti y para cuantos ignoran lo que es amor de Dios. Ya de esta locura

no se curarán; pero a ellas las hace felices. No te explico, porque no me entenderías jamás. ¿Quieres tratarlas, para que veas que rebosan de dicha?

- No, me dijo, las veo felices y me ofuscan. Creo muy bien lo que dices, que hay un elemento desconocido, que les da esa fuerza. Al principio creí que esa alegría era fruto de un puntillo de honra; pero ahora veo que es imposible suponer punto de honra que resista a este género de vida. Salió riéndose y diciendo: ¡Hay que verlo para creerlo!

*Lo que sentí al entrar al rancho*⁷⁶

Ya estaba para terminarse el rancho cuando hice mi primer viaje a Medellín, de modo que prepararon la pasada a él para mi vuelta.

Lo que sentí al entrar, sólo Dios lo sabe: ¡Me veía como cubierta por un techo construido con los puros sudores de unas hijas que no habían recibido de mí la primera palabra de aprobación, ni la habían buscado! Veía ese anhelado techo para los salvajes que me rodeaban y que eran casi mi corazón y hecho con tales sacrificios... ¡Dios mío, sabes que te ofrecí ese ranchito y esa colección de sacrificios en el amor de mi alma! ¡Es la única vez padre, que me he sentido arrebatada de ternura, al punto que deseo hasta besar a las hermanas! Nunca me había visto tan llena de agradecimiento; sin embargo, fiel a mi consigna, ¡solamente que mostré un poco de alegría, y les di a las hijas el acostumbrado abrazo, sin mencionarles nada, ni desahogar mi alma! En grupo, todas me rodearon, para hacerme pasar la casa, mostrando la dicha más grande; pero no me mostraron los callos y huellas dolorosas en sus manos y pies. Esas pude observarlas después, lentamente y sin que se percibieran de ello.

Dios me perdone, padre, a mí que en medio de tales ejemplos, soy tan floja y ¡bendito sea para siempre, porque creó estas almas para su obra! ¡Cuán hermosa será la casa del cielo de estas hermanas! Jamás han sabido que las admiro, ni quiero que lo sepan, para no herir su modestia. Ojalá para siempre ignoraran su mérito, para que su sorpresa en el cielo fuera más dulce.

⁷⁶ En carta a monseñor Crespo fija la fecha: septiembre 10 de 1915.

Comenzaba la pesadilla de mi vida

Una cosa curiosa, padre: Ya he dicho que no quise llevar sino un exfoliador de papel, porque mis relaciones se iban a acabar y con ellas, la necesidad de escribir, así como todo lo que se relacionara con enseñanza, pues para dar a los indios la Ley de Dios, bastante poca pedagogía se necesita, me decía yo y por lo tanto, di al traste con cuantos libros, cuadernos y cuestiones de esa clase tenía. Y pensé muy seriamente en desaparecer absolutamente, con lo cual creía que Dios llenaba mi aspiración; ¡pero, padre mío! ¡Que engaño aquél!

Desde los primeros días escribí a Carmelita dándole cuenta del viaje y del teatro que pisábamos; en la carta puse recaditos para las personas que nos habían ayudado al viaje, y de buena fe, creí que ya podía quebrar la pluma, pero esto me salió como casi todo lo que pensaba, completamente al revés. Allí fue donde comencé a ensuciar papel y a figurar lastimosamente entre las gentes. Bendito sea mi Dios por haberme negado satisfacer ese anhelo como la mayor parte de los que en un tiempo tuve.

No había mesa, ni siquiera una tabla para escribir; sin embargo sobre una máquina de coser, me improvisé escritorio, creyendo siempre que cada semana escribía lo último. ¡Pobre de mí! ¡No hay remedio, padre, o soy boba rematada o Dios me emboba cuando le parece! Casi todas las semanas enviaba correo y tiraba la pluma como para siempre. A la semana siguiente, nueva necesidad me hacía buscarla de nuevo y así, siempre progresivamente se iba imponiendo la necesidad de escribir, ¡hasta que terminé echando raíces en la pobre máquina que me servía de escritorio!

La necesidad de una mula buena y de algunas otras cositas, me obligó a dirigir una súplica al señor gobernador. Éste, inmediatamente me telegrafió pidiendo permiso para publicar la carta. ¡Comenzaba, padre, la pesadilla de mi vida! Mi primera palabra fue: ¡No, Imposible! Pero las hermanas me rogaron que reflexionara un poco. Les atendí y resolví consultar al señor obispo, con la firme convicción de que me diría que, de ninguna manera diera la tal licencia.

Mientras el señor obispo contestaba, quedé en la perplejidad y angustia interior más espantosa. Me parecía que todo se había perdido, que yo era una criminal y que si esa carta llegaba a publicarse, sería la persona más desgraciada de la vida... ¡Dios mío! ¡Qué angustia aquella! ¡Las hermanas no se explicaban mi angustia y quizás ni la creían; pero mi alma estaba

completamente turbada! No es de extrañar esto, padre, si recuerda lo que antes he referido respecto a la particularidad de mi alma, a este respecto.

Mi agonía se prolongó porque el señor obispo demoró la respuesta, no sé por que ausencia que tuvo de la ciudad. Mientras tanto, San José me hizo una gracia especial. Recurrí a él para que, en caso que el señor obispo me dijera que diera la licencia, me concediera la gracia de abandonarme totalmente a que se publicara cuanto quisieran los que me mandaban. Parece mentira padre, que para esto, después de estar tan depurada mi alma con tantos dolores, hubiera necesitado de un auxilio especial del cielo. Pero es la verdad y aun todavía tengo rarezas de esta clase.

Haciendo mi oración de la mañana, rogándole al santo me diera la resolución suficiente para no impedir nada de la gloria de Dios, por esa rara pena, me sentí de improviso llena de amor y en el arranque de amor una resolución grande de mirar bien cualquier cosa y hasta de continuar mi vida tan popular, ¡si Dios lo quería! Quedé muy agradecida del amado santo y resuelta a cualquier resolución del señor obispo.

No es éste el único favor especial que la Congregación le debe a San José. Olvidé referir oportunamente, cómo a él recurrió mi madre, también, cuando las cosas del reverendo padre Luis de la Virgen del Carmen. Cuando toda esperanza de realizar la obra se había frustrado, cuando ya el señor Crespo me había dicho que nada podía hacer y cuando todo parecía hundirse en un imposible, mi madre, firme, me decía: La obra se hace y se hace pronto, porque se lo he encomendado a San José y siento que se hará. Es de notar que me lo decía en los momentos en que todos los medios de realización de la obra parecían perdidos y por más que yo le replicaba que sí se realizaría, pero más tarde, me decía siempre: No, ahora lo hará San José.

Muchas veces, durante su vida de misionera, me recordó este favor del santo para fomentar la devoción al santo patriarca, en la Congregación; pero jamás tuve curiosidad de saber, el cómo le había conseguido esa seguridad, ni se lo pregunté nunca. ¡Y ya sabe padre, cómo se realizó esa confianza o seguridad de ella!

Naturalmente estas preparaciones de Dios en mi alma, me aseguraban casi de la respuesta del señor Crespo. Como la esperaba llegó diciendo: Deje que publiquen lo que quieran para la gloria de Dios. Me incliné, pues, y comenzó con esto la vida pública de la Congregación, no obstante

estar bajo las frondas de las selvas. Prueba de que Dios hace salir a luz lo que quiere, y como quiere, sin que ningún obstáculo se le oponga.

La gloria de Dios está por delante

Pocos meses después, me dijo un sacerdote que había visto algunas cosas de lo que pasaba en la misión, en un periódico. Ya no alcé las manos al cielo, le había ofrecido inclinarme; pero no pude verlo con completa indiferencia. Cuando apenas estaba trabajando por pasar esa pena, en mi interior, llegó una carta del reverendo padre Domingo Henao, bienhechor insigne de la obra y primo mío, en que me decía que todas las cartas que había escrito a la familia y amigos de la Obra, las habían publicado en El Colombiano y que no me habían pedido licencia, porque sabían que no la daba y que me inclinara porque cuando la gloria de Dios está por delante, no importa que el nombre salga en letras de molde. Fueron sus palabras.

Quedé como zonza con la noticia; pero me había mentado o tocado el padre Henao, la nota sensible de mi alma: La gloria de Dios, y con eso no tuve que replicar. Llamé al santo abandono a que se posesionara de mi alma y aunque me entregué a él, según he dicho siempre, no lo hice con tal perfección que me quedara indiferente completamente. Aún hoy, después de tanto y tanto publicar y de tanto y tanto salir en público con mi pobre personilla, no soy indiferente del todo y aún de pronto parece que mi alma se rebela.

Por fortuna, padre, para no escandalizar, me ha dado Dios la mayor facilidad para mostrar un exterior sereno y hasta satisfecho. Quizás, padre, vuestra reverencia me creará lo que le estoy diciendo y también lo creen algunas de las hermanas, ante quienes he exteriorizado algunas veces mi pena; pero los demás, sé que no creen y cuando algo digo, se ríen como quien dice: ¡Es falsa modestia!

Sobre todo, cuando estoy en soledad, me siento como una criatura fracasada, al considerar la popularidad de cuanto ha hecho Dios conmigo. Otra cosa que ayuda, padre, a mi pena, es que últimamente no soy tan discreta como antes, en lo de referir las cosas yo misma. De modo que frecuentemente yo misma me encarno la espina, sin que me valgan propósitos y hasta acusarme en la confesión. Lo hago como tan naturalmente que me salen las cosas sin disimulo como el aire me sale de los pulmones. Hay veces que no sé qué hacer conmigo misma. Al contrario, en los primeros tiempos de vida espiritual, antes me dejara sacar un ojo de la cara que dejar comprender nada de lo que pasaba en mi alma, o de lo que hacía.

Para mí es una pena esto de que vengo hablando, cuya explicación conoceré más tarde quizás; pero la gente cree que todo lo miro con gusto y que miento cuando algo digo de mi confusión. Francamente debo decir, padre, que no vivo satisfecha de sentir estas cosas; que la serenidad del abandono con que veo venir las contrariedades, me parece más de Dios que esta pena, que me trae lo que puede halagar según el orden común.

Dios me perdone, si en ello hay imperfección o quizás algún pecado. Es una de las cosas que creo que voy a llevar a la otra vida, sin que nadie me la haya comprendido.

Cuando salimos de Medellín hablaron los periódicos de nuestra empresa, pero nuestros amigos de Medellín, tuvieron la caridad de no dejárnoslo conocer. De modo que esto que vengo refiriendo, es lo primero que conocimos. Y nunca, padre, he creído que estas cosas me sean incentivo de vanidad, porque siempre me vienen como humillación profunda, de modo inexplicable.

Escribía para El Católico

Según creo, fue en noviembre de aquel mismo año de 1914 que el señor obispo me dio orden terminante, de mandarle quincenalmente relación de alguna cosa de las que pasaban en la Misión, para publicarla en "El Católico", periódico de la diócesis. Naturalmente, mi sensibilidad no resistió al sentimiento que me hacía llorar, pero entré en la lucha y le contesté al señor Crespo muy conforme con su parecer; pero dentro de mi hervía la tempestad. Encuentro escrito entonces esto:

¡Por qué, Dios mío, siento tan hondo dolor! ¡Que las miradas de los hombres nos alcancen siempre... Dios mío! ¡Oh Bienaventurada eternidad! Patria mía, a donde no es posible que lleguen las miradas de los hombres...¿Con que no valen las selvas y apartadas cuevas; sino que es preciso aparecer?

¡Ay! Quién pudiera serviros por siglos, sin ser conocida de nadie... ¡Dios mío para Vos toda la gloria y para vuestra criatura sólo la ignominia de su propia vileza! Sólo por vuestra gloria, me someto a la publicidad de esta obra, de la cual me habéis tomado como instrumento. ¡Voy a agazarme delante de vuestros ojos para dejar pasar por encima los rumores de las cosas humanas! ¡Cosas humanas, Dios mío, son estos rumores de publicidad. Pues que pasen! Así me decidía padre, a todo; pero jamás he podido dejar de sufrir interiormente, por estas cosas.

CAPÍTULO XXXIII

- PRÓSPERO JUMÍ, EL DESVELORADO - ENCUENTRO CON LA TRINIDAD BEATÍSIMA - GUSTAD Y VED - MARÍA ES LA SONRISA DE LA VIDA - DIFICULTADES CON LOS PADRES CARMELITAS - LOS INDIOS DE CHUZÁ - EL PASO DE LA GARRUCHA - PRIMERA VISITA A LA CASA DE LOS INDIOS - EL MARTIRIO DA ALIVIO

"Queden confusos y avergonzados los que buscan mi alma. Vuélvanse atrás y sean confundidos y avergonzados los que piensan males contra mí". (Sal. 34,4)

Próspero Jumí, el desvelorado

Desde este primer año tuvimos bautismos de adultos, no pocos, y cristianos nuevos y fervorosos, así como también engaños no pequeños. Siempre el Señor nos sacó de ellos con misericordia grande, como todo lo suyo. Citaré uno de los primeros engaños que pudo tener trascendencia grande, y además lo referiré en atención a la consigna de no omitir ninguna de las gracias que Dios especialmente ha concedido al instrumento primero de su obra.

Próspero Jumí, indio dócil y adicto a nosotras desde el principio, era hijo de una vieja a quien juzgamos siempre endemoniada por todas las apariencias; era una verdadera bruja. Desde que llegamos se le preguntó si su hijo Próspero estaba bautizado y contestó con mala gana y rabia, como siempre, que todos sus hijos eran bautizados desde chiquiticos, por Jesubita. (Nunca logramos saber quién era ese Jesubita, que algunos poquisimos recordaban. Suponemos que el reverendo padre Fouller quien estuvo un tiempo en Dabeiba y se afanó mucho por los indios, sin que hubiera conseguido que se le acercaran).

Preguntamos a los indios más viejos y todos declaraban que los hijos de Maximiliana, así la llamaban, estaban bautizados. Llegamos, pues, a no dudar de que Próspero hubiera recibido el sacramento y nos empeñamos en instruirlo para que pudiera recibir los demás y entrar de lleno a cumplir la Ley de Dios. Indio de condición suave y dócil, tenía una compañera menos suave que él y un pequeñito. Total, tres almas que contábamos como ya en camino de salvación.

Enfermó Próspero gravemente y las hermanas se empeñaron en asistirlo muy bien, yendo de Dabeiba hasta el Pital, casi todos los días. Por fin se llegó el momento de darle los santos sacramentos. Viendo el padre que no podía confesarlo, pues todavía no sabía de eso nada, ni se le había nombrado ese sacramento, determinó darle sólo la extremaunción, como hacen con los locos. Algo también pudieron las hermanas excitarlo al dolor de los pecados y así recibió la absolución sin que supiera qué era eso.

Ya en las últimas, después de nada tener que hacer, se vinieron las hermanas para Dabeiba, es decir, a una distancia de dos leguas.

Apenas habían llegado éstas, cuando llegó un señor civilizado y nos dio la noticia de que Próspero había muerto y pidió algunas luces para mandarles a los duelos, para esa noche. Todo lo despachamos y rezamos por el alma de Próspero, con la mayor esperanza de que se había salvado.

Ya a la oracioncita, es decir, al anoecer, pasaron varios grupos de indios que iban a velarlo, o a veloriar, como decían ellos.

Ya estábamos recogidas, después de rezar nuestras oraciones de la noche, en completo silencio, serían las nueve, cuando me sentí con una profunda seguridad de que Próspero había muerto sin el bautismo, y de que habíamos sido engañadas por los indios al asegurarnos de su bautismo. Me inundaba algo como una amargura que comprendía bien ser de Dios, por la pérdida del alma de Próspero. No puedo decir que hubiera oído voz ninguna; pero sin que la hubiera oído, entendí de un modo claro que había muerto sin bautismo; tampoco entendía como en detalle nada sino en conjunto, como una especie de conflicto en mi alma, de donde salía clarísima la seguridad de la muerte sin bautismo de ese infeliz.

Inmediatamente, sin respetar el silencio, ni siquiera advertirlo, les dije a las hermanas:

- ¡Por Dios! Próspero se murió sin el bautismo y yo no consiento que se pierda.
- ¿Cómo lo ha sabido Madre? Me preguntaron muy asustadas.
- No lo sé. Tan sólo sé que murió sin bautismo.
- No Madre, me dijeron, creyéndome impresionada naturalmente. Todos aseguran que estaba bautizado. Tranquilícese.

Entonces les dije con energía:

- No, no se trata de nada nervioso; acabo de saber que estaba sin bautizar y ¡no consiento que después de tantos trabajos, como hemos pasado por estas almas y que después de estar nosotros aquí, se nos pierda un indio de los más adictos! No... Eso no lo consiento... En consecuencia, digámosle a la Virgen, que le rezamos esta noche el santo rosario, entero, a la media noche, para que vuelva Próspero a la vida, a fin de que reciba el santo bautismo.

Las hermanas ya no se atrevieron a replicarme, ni les pareció atrevida mi petición, ni dudaron de la verdad del acontecimiento, ni de que la Virgen nos oyera. Todo se hizo como la cosa más común y vulgar del mundo.

Por mi parte quedé perfectamente tranquila y segura de la gracia. Todas nos dormimos como bienaventuradas, sin inquietarnos más por el muerto. A las doce rezamos el santo rosario entero y volvimos al sueño. Muy al amanecer pasaron algunos indios que bajaban del Pital y muy asustados decían:

- ¡Próspero, desvelorió! Nohecita ta nosotros veloriando; pero hoy ya desveloriado.

Tratamos de pedirles explicación y no salían de decirnos, que cuando lo estaban velando, había vuelto a la vida, porque Madre mucho sabe.

Un poco más tarde pasó el doctor más connotado de la región, al cual llamábamos Chichora, y nos dijo, a la vez que me daba palmadas de cariño y admiración en la espalda:

- Vos mucho sabe. Nosotros doctor muy bueno; pero no sabe pa desveloriar. Madre sí mucho bueno pa desveloriar. Próspero tempranito moriendo, cuando ya pintaito, noche ya, Madre desvelorió.

Es decir, que los médicos indios saben mucho, pero que no saben volver los muertos; pero que Madre sí sabe resucitar. Yo le repliqué:

- No diga así, que fue Dios quien lo desvelorió.
- No, respondía. No, nosotros viendo vos desveloriando; nosotros viendo pues... Vos mucho sabe... ¡Vos mucho querido, nosotros no sabe nada!

En fin, no nos quedó duda de que Próspero había vuelto a la vida. Todo el día siguieron pasando indios y todos entraban a decir que Madre había

desveloriado a Próspero. ¡No pude por nada quitarles la idea de que había sido yo quien lo había resucitado!

Les dije a las hermanas que quizá Dios permitía esa idea en ellos para que nos tuvieran fe y creyeran lo que les enseñábamos; que lo mejor era dejarles la idea, ya que no podía decirles que yo no había sido. Pero lo que hace el favor mayor, padre, es lo que sigue:

Al verme de nuevo con Maximiliana le dije:

- Su hijo estaba sin bautizar, ¿no es verdad?
- No, mi hijo bautizado cuando chiquito.

No quise asustarla y la dejé. Llamé enseguida a un viejo de los mejores conocedores de todo y le dije que si no me decía la verdad al respecto, Dios lo castigaría severamente. Me contestó exigiéndome mucha reserva, que desde que nosotras llegamos, Maximiliana les había encargado a todos los indios que dijeran que todos sus hijos eran bautizados, para que no fuéramos a bautizárselos, ¡porque si eso sucedía, ya quedaban soldados! Todavía no me conformé con esta información, sino que pedí otras de viejos conocedores, independientemente unos de otros, todos contestaron lo mismo y afirmaban que Maximiliana no había pensado jamás en bautizar un hijo, porque era muy remontada (Así se expresan para decir que son muy salvajes).

Entonces ya con esta seguridad, llamé a la misma vieja y sin darle tiempo de asegurarse le dije que ya Dios me había dicho que Próspero no estaba bautizado y que a ella la castigaba, si no lo dejaba bautizar. Me contestó:

- Yo miedo pa bautizar todo hijo, por eso yo hablando mentira a vos.

Me convencí de que Próspero debía ser bautizado y en consecuencia fueron las hermanas a visitarlo. Él mismo confesó que no estaba bautizado y se procedió a prepararlo, sin afán, pues él no volvió grave, ni siquiera enfermo sino en estado de completa salud. Sólo estaba un poco debilitado. Aún vive y es un buen cristiano.

Ya ve, Padre, cómo ha venido Dios en nuestra ayuda. Con esto los indios comenzaron a tener fe en mi ciencia médica, no obstante confesar que en lo de Próspero no había medicina ninguna; sencillamente decían: Madre desvelorió.

Por nuestra parte, no vimos mucha novedad en la cosa y aunque agradecemos el beneficio, no nos preocupamos mucho de él. Yo tenía terror de que las hermanas se habituaran a ver milagros en todo y me apresuré a enseñarles a mirar las cosas de manera providencial y amorosa de parte de Dios, sin entrar a distinguir si era o no obra milagrosa. Esto nos pasó tan desapercibido, como lo de la langosta; pero tampoco nos detuvimos en considerarlo milagro. Sólo después de seis o siete años, un sacerdote, oyéndolo, me dijo que era milagro y que debía ser conocido, para la gloria de Dios.

Tengo tan hondo en mi alma, padre, el conocimiento de que Dios, para dar la fe, se sirve del milagro, que me fastidia que otros se asombren de estos favores. La fe se propaga por medio del milagro y del apostolado, lo mismo en Palestina, en los tiempos apostólicos, que en América, o en Dabeiba. Mi temor de que las hermanas lo vieran frecuentemente en la Misión, obedecía, no a que creyeran que Dios no lo hacía, sino a que no se acostumbraran, concordes con su sexo, a ver todo milagro y así apartarse de la verdad.

Además, Próspero después, no recordaba dónde había estado. Cuando se le preguntaba, invariablemente decía, olvidó. Jamás dijo que no lo había sabido, sino que se había olvidado. Además, padre, viviendo entre infieles, a quienes Dios quiere dar la fe, se está constantemente como nadando en los prodigios y uno no los advierte; ¡es como si eso fuera natural!

Encuentro con la Trinidad Beatísima

Lo que con estas cosas pasaba en mi interior, no lo sé decir. No era agradecimiento, pues ya he dicho que mi alma era incapaz de actos diversos, sobre todo de la acción de gracias, me había hecho como incapaz hacía mucho tiempo. Era como un niño en brazos de su madre, que no advierte, ni siente necesidad de darle gracias a su madre por cada atención que le presta; pero está contento y ella también. Esa era mi actitud, ante la obra misericordiosa de Dios, que veía desarrollarse a mi rededor.

Un crecimiento de amor sin agonía, (de ésta estaba aliviada desde que pude obrar a favor de las almas de los infieles, así como también del peso de la santidad de Dios), era lo que advertía en mí.

Como causa de este acrecentamiento, creo poder señalar cierta vista muy clara, en lo interior de mi alma, del soberano misterio de la Santísima Trinidad. Este misterio, parecía desarrollarse, o verificarse en mi alma,

haciéndome sentir un fuego interior dulce y amargo a la vez. Era amargo porque me venía con cierta noción del desconocimiento en que se vive en la tierra del adorable misterio de la Trinidad, de lo poco que lo adoramos y yo no sé qué más, que me dejaba como un relámpago de amargura. La dulzura que creo me venía de la suavidad con que el misterio se iba mostrando a mi alma y como formándose en ella. Al principio padre, esto me quitaba el conocimiento o la advertencia, de otra cosa, según entiendo. Como que embargaba todo y al principio era conocimiento experimental, (me parece que así puede llamarse), después era como posesión sin conocimiento y por último no distinguía ya sino ¡un puro gozo de las Tres Divinas Personas!

Decir en lo que consistía ese puro gozo, padre, me es del todo imposible. Tampoco me inundaba como otros que había sentido, como si hicieran alguna posesión en mi alma; no, era suave y sereno como la serenidad que he percibido otras veces en la generación del Verbo.

Creo, Padre, que en estas cosas sí llegué a lo indecible de mi alma. Un poco más tarde, ya tenía lo mismo, pero sin que me embargara todo, pues me quedaba facilidad para conocer, sin advertir lo que era, cuanto pasaba en mi alrededor. Pasado el fenómeno, advertía lo que había conocido del exterior. Por ejemplo, una vez sentí eso, estando en presencia de otras personas que hablaban. Yo misma entraba en la conversación, de improviso sentí lo que digo, es decir, una especie de encuentro con la Trinidad Beatísima, sin conocimiento. Con los sentidos exteriores, veía las personas y oía lo que hablaban, más no advertía qué significaba lo que decían; vi que una hermana se acercó y me llamó y que así como no le contesté, se retiró riéndose, y que se callaron los circunstantes, me di cuenta de cuanto el oído y los ojos percibían; pero sin entender ni advertir que debía contestar cuando me llamaron. No conocía nada, ni interior ni exteriormente; los sentidos por fuera percibían y el alma por dentro gozaba, nada más. Muchas veces me he preguntado, ¿qué se hizo mi entendimiento? No lo sé.

Otras veces tuve ciertos contactos con el amado misterio, en aquel tiempo, de la misma manera que he dicho y quedando mi advertencia de que me veían unas hermanas y tenía pena de no atender a lo que me decían; pero por no perder lo que tenía, no les contesté. En esa vez, le di cuenta al confesor y me riñó mucho, diciéndome que he debido dejar lo que tenía interiormente, por atender al exterior principalmente, para que no entendieran el fenómeno. Si esto fue pecado, Dios me lo ha perdonado, porque me acusé muy contrita después de que el padre me riñó.

Esto de la Santísima Trinidad, padre, me es desde entonces, muy frecuente; pero cambia mucho. Hay veces que sólo una Persona, más frecuentemente el Padre es el que como que se encuentra con mi alma y quedo con gran fortaleza para todo: Otras veces es el Hijo y me causa después un amor tierno y amargo. Las menos veces, es con el Espíritu Santo y me deja mucha luz, acerca de algunos misterios. Otras, toda la Trinidad; pero casi siempre siento distintamente las Tres Personas aunque la unión sea con toda la Trinidad.

En estas veces sí creo que invariablemente estoy fuera de mí. Es siempre corto el tiempo que esto dura; pero los efectos son largos. Frecuentemente me queda el deseo de que otros gusten de lo que he gustado y si es conocimiento, quiero comunicarlo. Sólo me preocupo de que no sepan las hermanas, de dónde hube el conocimiento; casi siempre creen que lo he tomado de los libros.

Cuando el conocimiento es muy nuevo y algo confuso, pregunto de él, antes de enseñarlo; pero todavía no me ha ocurrido conocer de este modo nada que no sea conforme con la Sagrada Teología. Siempre o me dicen los padres que así lo enseña la Iglesia, o lo veo después en algún libro bueno.

No es pues raro que pudiera mostrarme tan serena en medio de los horrores de la infidelidad y que tuviera ojo certero para calificar y ver los ardides del demonio en aquellos primeros ensayos de catequización y cristianización de los pobres indios. Es imposible ver un poco menos que clarísimamente las cosas, teniendo esa luz interior tan deslumbradora. ¡No ve, padre, que Dios hace sus obras y luego las corona!. Me formó para la obra de su misericordia sin omitir gracia, ni don necesario a su amor de las almas y luego vino a coronar sus mismas gracias en el ingrato terreno de mi corazón, con una unión que no sé calificar y que asustaría a quienes no hubieran pasado como yo, por estas cosas o comunicaciones de la Trinidad Augusta, llevada por una condescendencia admirable, identificada con Él mismo.

Porque, ¿qué otra cosa pudo sostenerme sin morir, padre de mi alma, sino Él mismo en arranque de condescendencia con mi miseria? ¿Y qué es su condescendencia sino El mismo? ¡Que me perdone Dios, cuando escribo esa palabra arranque! ¡Ay! Cuán lejos estoy de poder hablar de esa calma, del reposo, de esa serenidad, de esa igualdad inmutable, de esa eterna invariabilidad que hay en Dios y que excluye la palabra arranque.

Pero padre, ¿qué haremos los humanos con nuestro molde tan estrecho y nuestro lenguaje tan escaso, al hablar de lo que ya tiene dicho san Pablo que ni ojo vio, ni corazón probó?

"Gustad y ved"

"Gustad y ved cuán suave es el Señor", (Sal. 34,9) dijo el Profeta y tuvo mucha razón; si hubiera dicho: Pensad y decid quién es el Señor, hubiera impuesto un imposible, ¿no es verdad? El entendimiento humano en Dios se aniquila; la palabra humana es mutismo delante de Él; pero el amor se eleva, cuando se pone en contacto con Él. A Dios se le gusta y se le siente y se le ama, pero no se le define. Sólo al amor le es dado alcanzarlo. ¡Dios mío, qué capacidad de amar nos habéis dado! Al fin nos creaste para un amor infinito y era natural que el amor superara en el hombre a todo, hasta el mísero entendimiento que, delante de Dios se declara en impotencia y hasta desaparece.

Precisamente padre, en la época de estas gracias, vi unas frases del padre Nieremberg, que me parecieron casi sin sentido, teniendo tanto que no pude abarcárselo. Dice el santo padre Nieremberg: ¡"El Ser Divino es una infinidad de infinitades; un mundo de perfecciones; un inmenso teatro de inmensas hermosuras; una cumbre de altezas y majestades; un pasmo del Ser; un milagro de pasmos y un océano de infinitas infinitades!".

Esto se dice; pero el entendimiento no abarca estos conceptos sino en su mínima parte y ni se dice lo que es Dios, ni se abarca lo que se alcanza a decir. La palabra y la mente quedan siempre cortas; pero el corazón, sí gusta de Dios, porque a él, al amor, le es dado lo que a la mente se le niega, ¡Dios mío! El amor siempre va adelante y por eso el que te ama, te alcanza. ¡Por eso el amor es ya un cielo! ¡Dios mismo es amor!

Mi alma, pues, padre, fortalecida por la Trinidad Beatísima, bogaba serena en medio de aquel océano de rarezas de los indios, de pecados de todos y de contrariedades de que ya he hablado.

María es la sonrisa de la vida

Mi devoción a la santísima Virgen era también como un remo que empujaba mi barquita. Ella parecía una sonrisa en medio del negror de la vida salvaje y de la opresión que llevábamos. Por eso una vez me dijo una hermana que le diera un buen pensamiento y le dije: Mire, no piense bue-

no, es mejor que guste bueno; guste éste: MARIA ES LA SONRISA DE MI VIDA. Esta hermana la gustó tanto, que después la puso en verso.

Para los indios, María fue su primer conocimiento y su primer amor puro. Era para ellos todo. Su imagen, en un cuadro, era lo primero que veían y aprendían a estimar como elemento civilizado; su nombre lo aprendían antes que el de Dios. Delante de su imagen se les daban todos los conocimientos. Antes que todo, aprendían a repetir maquinalmente la dulce jaculatoria brotada de mi alma, sin pensarla, desde la primera vez que, feliz, estuve delante del primer infiel: ¡ María Madre mía, sálvame!

De modo que en la mayor parte de ellos, la primera palabra que pronunciaron en castellano fue ¡MARIA! En fin, padre, en su dificultad para pronunciar el castellano, decían las cosas más graciosas, pero el nombre de María, jamás lo dañaron. Se les confundían las hermanas con su jaculatoria, de modo que, frecuentemente creían saludar una hermana, diciéndole: María Madre mía, sálvame.

Hasta los indios recios que desechaban el cristianismo, se apegaron a Ella desde el principio, de modo que muchas veces al encontrarlos en los montes, les daba queja porque no iban a la casa y me decían: Yo tu ley no gusta, ¡Dios no necesita! ¡No quiere bautismo! ¡No quiere vos! ¡Yo gusta Antomiá!*- Luego, ¿usted tampoco quiere a María madre mía? les decía, y con gran expresión replicaban : ¡Ése sí quiere yo, ése mucho querido!

Hasta llegaron a tenerle algún miedo de que los llegara a volver cristianos. Una vez, le dije a uno muy recio y perverso:

- Andresito, cuándo usted encuentra un venado que corre mucho y es muy arisco, ¿qué hace?
- Echa perro bueno, me dijo, pa que corra más que él y lo coja.
- Pues mire: yo tengo un venado muy arisco y no tengo perro bueno;¿qué hago?
- Con la mayor viveza, me contestó:
- Yo es venado arisco tuyo. Vos mucho gusta pa coger a yo, pa hacer cristiano. ¡Yo mucho arisco!

Adivinó Andresito, le dije, pero dígame, ¿cómo consigo perro bueno para echárselo?

- María Madre mía ése tu perro, ¡échalo, que ése sí coge a yo!

Se rió y le prometí echarle el buen perro que él mismo me había indicado.

Al día siguiente decía:

- Anoche yo quiere dormir, pero no pude pensando: ¿ese infierno de Madre, será verdad? Eso fue, Madre echó perro bueno y ése María Madre mía, será no deja dormir yo; ¿será ése metiendo pensamiento de infierno?

En fin, padre, Ella era el anzuelo con que los pescábamos, el nombre primero que les mostraba nuestro afecto y el embeleso de nuestra vida misionera. Sin Ella, nuestros métodos de catequización, no hubieran tenido éxito y es la letra inicial de ellos, así como su término.

En los bohíos un retrato de María Madre mía, como dicen ellos, no puede faltar. A los jaibanaes o brujos, cuando se les exige que no tengan el retrato de María Madre mía, junto a los jayes* de su oficio, se afligen y hasta hubo uno que les hiciera altares separados, a los unos y a la otra, diciendo: Yo pone así, pa que pelen mi alma, a ver de quién queda. Yo no soy capaz de botar a ninguno, ¡Ella, María Madre mía, escoja!.

En esta vez, triunfó María, padre, y llegó el momento en que este jaibaná perverso le dejara su bohío a Ella completo y ¡abriera las puertas de su corazón al cristianismo!

¡Es que ¡jamás está ocioso el amor de María en los corazones! Con su nombre endulzamos los caracteres más ásperos de los salvajes y a la hora de la muerte, espantaba los demonios, como puede verse en la historia de la muerte de una india Celia, que está escrita.

En fin, padre, imposible decirle hasta qué punto fue el elemento de conversión en esta obra mariana. Ante una estatua de María, se recibían los indios Caribes, en nuestra fundación de Unguía, porque como habían puesto por condición, que no se les hablara de religión, buscábamos que ellos empezaran la conversación. Pues llegaban y al ver la estatua preguntaban quién era, de quién y para qué servía y ya las hermanas tenían la puerta abierta de su enseñanza, sin que ellos pensaran que se les enseñaba. En estas preguntas y sobre la enseñanza de María, engranaban todos los misterios de la religión, y de conversación en conversación, al pie de la Reina de nuestras almas, aprendían hasta hacerse cristianos, de modo que sin que las hermanas los molestaran para nada, ellos, acababan pidiendo el santo bautismo.

Los fuertes ataques que el protestantismo ha hecho posteriormente a la Misión, han encallado contra ese amor a María de los pobres salvajes. Una capillita protestante es para ellos, lo más frío del mundo, porque no hay María Madre mía, y cuando se les pregunta, por qué no van a la capilla de los protestantes dicen: Porque María Madre mía, es que quiere nosotros y ése no hay.

Es la razón porque odian el protestantismo. Y es para ellos, la razón de todo. Bendito sea Dios que con tiempo me dio ese amor a la Virgen, en previsión de la necesidad del alma de los pobres salvajes.

Pocos meses hacía que estábamos en Dabeiba, cuando las hermanas atravesaban un bosque oscuro y húmedo, iban heladas por aquella senda cuando oyeron unas voces que, muy altas cantaban: María Madre mía, sálvame. Creyeron, por lo pronto, que aquello venía del cielo y dicen que hasta el frío se les quitó y les pareció el monte menos oscuro. Después de avanzar un poco, miraron hacia arriba y se encontraron con un grupo de indiecitas, que meciéndose en las ramas de un árbol cantaban la bella jaculatoria, con música que ellas mismas le habían acomodado. Sintieron tanta ternura que lloraron. Hicieron que bajaran las indiecitas, las abrazaron con delicadeza y siguieron cantando con ellas hasta llegar al bohío que buscaban. Estas indiecitas apenas habían estado en la casa y oído la jaculatoria unas pocas veces. Sin embargo, ya la llama había prendido. Hoy son unas cristianas de primera clase. ¡Imposible que no!.

Dificultades con los Padres Carmelitas

Aquí, reverendo padre, comienzo a referir la gran prueba de la incipiente Congregación. He tenido tentación de pasarla en silencio, atendiendo a que escribo cosas personales y no la historia de la Congregación, pero por cuanto esta persecución, ha tenido por objeto principal mi pobre personilla, debo dejarla aquí, aunque me cuesta un poco escribirla. ¡Que todo sea por Dios!

¿Recuerda, padre, que en páginas anteriores dejé pendiente el asunto de los reverendos padres Carmelitas y que, en cumplimiento de orden terminante del señor Crespo, no volví a escribirles, no obstante los anteriores compromisos con ellos? Pues, no hacía sino algunos meses que estábamos en Dabeiba, cuando llegaron ellos a instalarse en Frontino, con ánimo decían, de extenderse por toda la región, porque así era su compromiso con el señor Crespo. Como éste estaba en Roma, no tuve con quién consultar

lo que debía hacer; pero determiné ser lo más cortés posible con ellos ¡y Dios haría lo demás, según mi confianza!

Les dirigí telegrama de saludo, manifestándoles mi deseo de verlos en Dabeiba y me contestaron de un modo descomedido y declarándose enemigos francos. Entonces, les escribí pidiéndoles perdón por lo anterior y asegurándoles que todo lo había hecho en obediencia, pero que, a pesar de todo, estaba convencida que cuando ellos hablaran con el señor Crespo, depondrían todo resentimiento y ayudarían a la obra. Les ofrecía mis servicios y el afecto de mi alma, con la mejor fe del mundo.

La respuesta fue un estallido de cuanto ellos sentían de malo contra esa pobre obrita y su instrumento. Ya yo sabía que, en Medellín, antes de salir el reverendo padre Luis, había menoscabado mucho la pobre obra, ante los amigos y conocidos y también entre los desconocidos, diciéndoles que esa obra fracasaría, ¡porque era emprendida por una mujer altiva que, por adquirir nombre y fama, les había usurpado sus derechos. Que la obra naturalmente se haría, pero después de destruir lo hecho por esa mujer y mil cosas más.

No poco mal nos resultó de esto, porque algunas señoritas que estaban pendientes para ir, temieron, y sus confesores les negaron la licencia; pero como a Dios no es posible ponerle vallado, no nos faltaron nunca señoritas que fueran a compartir con nosotras, las dulzuras y las amarguras del apostolado. Dentro del primer año, fueron las que hoy son las Hermanas Ma. de la Santísima Trinidad, María de la Inmaculada, María Santa Zita, y otras dos que por enfermedad tuvieron que volver.

Varias cartas escribí a los reverendos padres a Frontino, por ver cómo les calmaba con el fin de que, cuando hablaran con el señor Crespo, vieran clara mi inocencia y no fuera perdido el esfuerzo de ellos, para la obra de las almas; pero cada carta mía, producía nueva explosión, tanto más cuanto de que de mis mismas palabras sacaban armas contra mí, que yo no podía prever. Por ejemplo, la frase de la primera carta: **Ayudarán** a la obra, fue el gran caballo de batalla. Esa palabra dizque fue la manifestación cierta y palpable de mi soberbia. Por ella aseguraban que yo me sentía superior a los sacerdotes y quería ponerlos a mis órdenes, como míseros esclavos.

Por esa palabra creyeron que yo pretendía hacer las obras mismas de Cristo, convirtiendo al mundo infiel, sin medios humanos; por esta pala-

bra aseguraban que yo buscaba sólo fama, y hacerme delante de las hermanas, una santa a quien debían tributar homenaje. ¡Echándolas a ellas a los peligros de un apostolado cruel, reservándome lo suave de la misión y el título de heroica. Aseguraban, al parecer con la mejor buena fe, que yo no me ocupaba en nada penoso; pero aun cruelmente empujaba a las hermanas a los mayores peligros. ¡En fin, esa palabra encerraba todos los horrores que de mí aseguraban y aún lo ridículo, pues decían que yo gastaba los dineros, pagándoles a los indios para que me dijieran Madre!

Todo es más creíble padre, que el hecho de que yo no advirtiera qué motivaba todos estos cargos. Creía sí, que era efecto de la orden que me dio el señor Crespo y de esa manera tan desagradable como me anticipé a los planes del padre Luis; sólo una vez que leí en una tarjeta o carta de ellos, esta frase: "Otros serán los que nos ayudan a nosotros, porque somos los enviados por la Nunciatura y por el señor obispo". Vi subrayado el **ayudan** y entonces sospeché apenas que mi expresión, les pareció atrevida.

Más tarde, el reverendo Padre Elías, me dijo que ésa había sido la palabra de gracia para acabarse de asegurar en la mala idea que de mí ya se habían formado. Todavía después del aviso del reverendo Padre Elías, creía que era la verdad, que les había fastidiado la expresión, pero no veía la razón. Le dije no una sino muchas veces y a los mismos obispos, cuando les pedía protección, les decían que me ayudaran y a Dios le digo siempre. Y además, me hubiera parecido una ficción usar otra palabra, porque verdaderamente yo había emprendido la obra por voluntad de Dios, como veo a muchas personas que emprenden obras sociales y les ruegan a los sacerdotes que les ayuden. Yo misma al confesor de las discípulas, le decía que me ayudara a corregirles ciertos y determinados defectos y jamás, se me molestó ningún sacerdote ni obispo. Con todo, es una cosa que está en lo profundo del alma, que es al sacerdote a quien se le envió para la salvación de las almas; por más que usemos con ellos la palabra **ayudar**. Después de que el reverendo padre Elías me dijo eso, le tengo a esa palabra sumo respeto y ¡fácilmente no se la dirijo a nadie!

Y no es esto, en lo único que he errado en buena fe, padre, tengo un modo de sentir, de pensar y de hablar, que frecuentemente, me forman aún los que mejor me entienden. No sé si me equivoco, padre, pero creo, en estas cosas, ver un rastro de mi rara niñez, pues como no me puse en comunicación con nadie, me crié ignorando el terminismo convencional del mundo, para muchas otras cosas. Por lo mismo, dije en las prime-

ras páginas, que, en materia de humildad, no acertaba casi nunca con las palabras acostumbradas y los formalismos de ley, ¡para expresarme, con lo que socialmente se llama modestia! Claro que no me refiero a lo que verdaderamente es la modestia cristiana.

Una cosa insignificante recuerdo y que prueba esto: Cuando estaba joven, hablaban en una reunión de muchachas de mi edad, de ojos bonitos. Pues con la mayor llaneza, dije que yo los tenía bonitos. La grita y burla subieron de punto y fue mayor cuando aseguré que sí los tenía bonitos porque así me lo habían dicho muchos. Por esta misma bobera o sencillez, no se cómo se llamará, fue por lo que fui objeto del más atroz ridículo, en el colegio del Espíritu Santo, como recordará vuestra reverencia en lo que referí ya.

En fin, padre, con el constante sufrir y vivir enredada, un poco he adquirido del formalismo humano; pero con frecuencia se me olvida y vuelvo a caer. Es que jamás le he podido encontrar razón a tales fórmulas y ya he resuelto morir así. Dios sí me ha entendido siempre. No sé si será presunción pero pienso llegar al cielo con tanta confianza como si allí hubiera vivido, porque lo de allá lo entiendo y por sus moradores, muy entendida; mientras aquí en el mundo, ni entiendo ni me entienden. Mire, Padre, que tratándose de ciertos vicios, como la envidia, los celos, los puntillos de honra, etc., he tenido las más dolorosas sorpresas, porque jamás sospecho que existen. Ya en la vejez un poco he aprendido.

El padre Elías, convencido de esto, me ordenó consultarle todo lo que escribiera, siquiera por un tiempo. Lo hice y en cada caso me corregía cosas, hijas de este inconveniente. El, por fin, viendo mi rectitud de intención, y como me era imposible evitar ciertas cosas, me dejó en paz, diciéndome: ¡Dios la sacará bien, aunque los hombres no la comprendan! ¡Abandónese! ¡Muchas veces me he visto como un ciego entre la misma luz! ¡En el cielo sí será todo plenitud de ver, qué felicidad!

Pues volviendo a los padres Carmelitas de Frontino, jamás me perdonaron la palabra **ayudar**. Por entonces creí que al volver el señor obispo Crespo de Roma, ellos se convencerían y entrarían en la obra. ¿Pero quién detiene el torrente que Dios permite que se desborde y de donde pretende sacar la mayor gloria? ¡Imposible!

Los padres, no sólo negaron rotundamente prestar todo servicio a la misión, sino que abrieron la puerta a toda clase de hostilidades por el ridi-

culo y la difamación. Comenzaron a mirar la reputación, ya de suyo bastante poca y sospechosa de la pobre plantita que apenas levantaba su tallo de la tierra. ¡Ay Padre! ¡Cómo quisiera dejar esto callado, porque, como Dios es testigo y fue mi ayuda, tengo cierto respeto que no me explico bien!

Frontino se rebeló íntegramente contra nosotras. La división introducida por los mismos padres, en el pueblo, contra el párroco, que era nuestro consuelo y lo que esto podía repercutir en Dabeiba, que, aunque poco, por lo escaso de elemento capaz de preocuparse de nada social, ni de bienes ni de ames, pero en los pocos que había, pegó como fuego en cañaveral. A esto se agregó que había un estudiante dabeibano en Medellín y enterado de lo que hacíamos, por las cartas que el Padre Henao hizo publicar en El Colombiano, como buen liberal, quiso comenzar a prestarle servicio a su causa, publicando hojas en las que desmentía cuanto decía en mis cartas. Total, que el demonio, prendido el fuego en Frontino por medio de los padres encontró quién lo soplara en Medellín y en todas partes, pues las hojitas volaban, como todo lo malo.

Había en Frontino un señor muy entendido y hasta podía llamársele sabio, que había manejado esa sociedad como había querido. Hombre bueno, pero liberal y sin religión. Este señor se manifestó muy nuestro amigo desde el principio, pero ya me decían que guardaba resentimiento o puntillo, porque no se le había consultado antes de empezar la obra.

Pues con la persecución de los padres y sus dichos, botó la moderación y abrió hostilidades, contra la pequeñita obra. ¡No parecía sino el infierno desbordado, el ambiente que respirábamos! ¿Y nuestros sostenes?

Ay, padre, en lo humano nadie, porque el señor Crespo, estaba a mucha distancia y ya pensando en la división de la diócesis, que lo ponía a enorme distancia y nos sacaba de su jurisdicción. El señor cura de Dabeiba, ya lo he dicho, más apoyo éramos nostras para él que él para nosotras, si bien en todo se portaba muy bien y trabajaba en la misión con asiduidad y celo. En Medellín no teníamos amigos de valor y sobre todo el clero desconfiado fue el primero en inclinarse ante las cosas de los padres Carmelitas. Unos pocos que permanecían amigos, tenían mucho al señor arzobispo y respetaban su actitud poco favorable a mí y a la obra. En el gobierno, cambiaban con el último que les informaba, de modo que en lo humano no se verá mayor soledad, pero allí estaba Dios. Nada de la tierra nos hacía felices; Dios nos era todo. El secreto testimonio que nos daba de que la

obra era suya, nos sostenía más que todos los poderes humanos pudieran hacerlo. ¡Bendito sea por todo y por todos!

Los indios de Chuzá

La Misión progresaba cada día, el número de indios o catecúmenos crecía y la tempestad arreciaba. El fracaso tantas veces pronosticado hasta con fecha señalada, no aparecía, con lo cual los enemigos naturalmente crecían y se hacían siempre más hostiles. Y lo que no se veía, la acción misericordiosa de Dios para sostenernos, aumentaba más que todo.

El espíritu de la Congregación se hacía cada vez más intenso y brotaba como por encanto el amor a las almas y al sacrificio en las Hermanas, con lo cual mi alma se dilataba también y apenas la rozaban muy por la superficie los vientos de fuera.

Quizás fue a fines del año 1914, cuando supimos la existencia de un grupo de indios en Chuzá, pertenecientes a Cañasgoradas. Una imprudencia debida a nuestra poca experiencia, hizo huir a esos pobres indios, algunos días después, como se verá.

Escribí al señor Crespo pidiéndole que nos concediera el hacer una casita allí para siquiera ir a ella de tiempo en tiempo, con el fin de no ver perderse esos infelices. Nos contestó que podíamos hacer allí una exploración y que según el número que encontráramos resolvía si merecía la pena de una casa. Empecé la exploración acompañada del reverendo padre Clímaco Lopera, otra hermana y un señor Ruiz, la cual dio por resultado el encuentro de unos cincuenta indios.

El señor obispo nos autorizó para hacer la casita, ¡pero tuvimos la sencillez de decirle a los indios que íbamos a enseñarles y de comenzar la construcción con el nombre de escuela! Ambas cosas son el terror de los catíos, del modo que aunque nos decían del mucho entusiasmo que tenían para aprender, de la noche a la mañana, se desaparecieron; se remontaron y aún no se sabe de ellos.

¡Cuánto se necesita la experiencia! ¡Jamás pienso en estas almas, sin mucho dolor! Tal vez, engañaditos, los hubiéramos logrado. Es mucho lo que Dios tiene que perdonarle a la imprevisión humana, padre. En cambio de mi dolor, le he pedido, que les dé por otros medios la fe y que no permita que se pierdan. Justamente debo dejar constancia también de otra cobardía que me dolerá hasta la muerte, así como esta imprevisión.

El paso de la garrucha

Cuando fuimos a Dabeiba, el río no tenía más modo de pasar que una garrucha muy peligrosa; todos se empeñaban en decirnos, que ninguna mujer podía pasarla, por el gran peligro de ahogarse. Me quedé muy conforme esperando influir ante la junta de caminos, para conseguir un puente y así poder visitar los indios de las tribus del otro lado.

Un día vinieron a avisarnos que en Antadó había una india de muerte y sin bautizar. Qué pena sentimos; pero no se nos ocurrió pasar la garrucha, sino que, como si del todo fuera imposible, ni lo intentamos. Nos contentamos con mandarle remedios a la enferma y consagramos a pedir que no muriera hasta que pudiera ser bautizada; pero tuvimos el dolor de recibir al día siguiente la noticia de su muerte. Lo que sentí, Padre, no se puede decir. ¡Ay. Irse un alma a la otra vida, sin el santo bautismo, después de tenerla tan cerca, por temor de pasar una garrucha! Padre, esto me hizo llorar mucho. Advertí entonces que no podía dejar ocasión de hacer que las Hermanas se acostumbraran a todos los peligros, tomando sí, las precauciones que la prudencia aconseja, pero huyendo de la carne. Entonces comencé a idear la manera de desafiar peligros, sin presunción y sin tentar a Dios.

Les dije a las hermanas: ¡En esto es preciso ir, hasta donde sea posible, porque se trata de la eternidad de las almas que tanto ama Nuestro Señor! ¡Y no hay que olvidar que siempre nos paramos mucho, antes de agotar lo posible! Las hermanas se tomaron estas palabras como suenan y desde entonces, no ven los peligros, pero siempre estoy al cuidado de ver que no falten ciertas precauciones y que se tomen como si de ellas dependiera el salir bien, y que además se confía en Dios, sin pensar en la eficacia de las precauciones.

No creo haber tenido remordimiento de esta cobardía, aún después de conocer la muerte de la pobre india sin el santo bautismo; sino un dolor profundo que me duró muchos meses tan vivo, que si miraba el río, se me venían las lágrimas. Ni siquiera conocí la indiecita; ¡no le tocó a la infeliz nada de la bella gracia que les llegó a los suyos! Digo que no tuve remordimiento, porque no advertí que pudiéramos superar el inconveniente de la garrucha. Eso es raro padre, ¿por qué se nos escapan cosas tan fáciles de advertir? ¡Ah poquedad humana! Todo es miseria y pecado en nosotros y todo misericordia, sabiduría y perdón en Dios. ¡Ay! ¿Por qué no nos moriremos de amor y por qué no nos desocuparemos de nosotros mismos, co-

nociéndonos tan miserables? ¡Cuántos misterios que no acertamos a descifrar!

Aquel anhelo tan ardiente de salvar las almas; desafiar la maledicencia humana por conseguirlo y luego dejar perder una, ¿por no pasar una garrucha? ¡Dios mío! Qué lección tan fuerte me diste con esto, de lo poco que vale mi hazaña. ¡De lo poco que sé y puedo, de lo poco que alcanza mi sagacidad, pues no advierto lo que tanto importa! Si el Señor no anduviera, por decirlo así, detrás de nosotros para llenar los abismos que sin advertir o por ignorancia abrimos a nuestros pies, ¿qué fuera de nosotros? El dolor en esta ocasión, fue mi único consuelo, porque pensé que Dios, en previsión de él, quizás le daría alguna gracia especial al alma querida que salió del mundo, sin el santo bautismo por mi imprevisión.

No sé si será malo; pero con frecuencia he llamado a Dios, el remendador de mi vida. ¡El todo me lo arregla, como si nada más tuviera que pensar! Por eso mi confianza alcanza a mucho; por eso, aún en el sepulcro estaré confiada, como dijo Job. En todas mis deficiencias sale Dios adelante con el refuerzo. Bendito sea. ¡Por eso me parece la eternidad cortica para amarlo y este corazón tan de piedra para encenderse delante de sus cuidados como remendador! ¡Viva mil veces mi Remendador Celestial!, le grito algunas ocasiones cuando transportada considero estas cosas. Estoy cierta de que hago tantos disparates, que no alcanzo a contarlos; pero mi confianza en la acción remendona del Dios de mi vida, es todavía mayor que mis disparates. Y Él me da en la misma medida en que confío.

Pocos días después de lo ocurrido, invité a las hermanas para ir al río como de paseo. Hice que se entretuvieran en algo y me separé un poco de ellas. Llegué a la garrucha, rogué al hombre que me tirara y, sin darle tiempo de protestar, me subí y me tiré... Cuando las hermanas me vieron, ya iba en medio río. Sorprendidas corrieron, con los ojos más abiertos que si me hubieran visto sobre las olas del río; pero yo triunfante les gritaba, excitándolas a pasar también ellas. Lo hicieron y ya juntas al otro lado, medíamos nuestra cobardía anterior, y los cálculos errados de los que opinaban que, con mi peso el cable cedería tanto que daría en el río. Desde entonces no ha habido peligro que, siendo superable, no tratemos de pasar cuando se trata de almas. ¡Bendito sea Dios!

He procurado además que las anime el espíritu de celo más puro, para hacer estos sacrificios, dándoles a entender que en ello pueden entrar otras intenciones no virtuosas que nos harían las criaturas más desdichadas. Por

lo mismo, padre, cuando he oído la falsa opinión de muchos, pero especialmente los padres Carmelitas, que se han formado de los sacrificios de las hermanas y de lo que llaman heroísmo, pensando que se toman tales trabajos, por conseguir honores y alabanzas, siempre le digo al diablo: ¡Tarde viniste; muy tarde llegas con la noción de que se puede apurar tanto sacrificio y abrazar tanta aspereza, por otra cosa que no sea Dios! Burlado has quedado... ¡Ea! ¡No es la primera ni la última vez que llegas y encuentras el puesto ocupado por Dios y su amor!

Si esto fuere presunción, padre, conste, delante de Dios que no la quiero y que es la verdad de que antes de que las gentes lo dijeran, no advertí que pudiéramos buscar alabanzas con sacrificios tan duros. Había pensado que el deseo de alabanzas con sacrificios tan duros no daba fuerzas para tanto y aún estoy en la misma creencia. ¡Sólo Vos, Dios de mi corazón, podréis dar valor para un martirio diario y largo cual es el apostolado entre infieles, tal como me lo has hecho concebir!

Probablemente el demonio hará sus asonadas en las almas de algunas Hermanas en particular y ¿cómo iba yo a quedar ilesa de ese peligro?, pero padre, he sido exagerada para evitar que me malee el celo de estas hijas. Por eso creo que Dios ha mirado con misericordia nuestros esfuerzos a favor de las almas y las ha salvado, porque, ¿quién si no ÉL, salva las almas? ¡Somos meros instrumentos en su misericordiosa mano!

Mientras estuvo el reverendo padre Uribe (q.e.p.d.) en Frontino, de párroco, nos fue de muchos consuelos; pero también a él se le iba poniendo difícil la vida en su parroquia, con la influencia de los padres carmelitas. Era este padre Uribe cumplidor exacto de las prescripciones que le daba el señor Obispo, acerca del liberalismo y como los padres no estaba en una obligación tan directa de atacarlo, sobre todo en los tiempos de elecciones populares, la parte liberal del pueblo se inclinó hacia los padres y en contra del señor Cura. Total que de esta división, nos resultaron nuevos enemigos, quienes por prestar buen servicio a los padres, con quienes se habían aliado, contra el señor Cura, nos calumniaban y hostilizaban en lo posible; pero sobre todo el señor White de quien he dicho antes se empeñó en hacernos la guerra y trajo especies contra nosotras a la gobernación, en donde fue creído y perdimos algunos auxilios. En fin, padre, puede decirse que no había semana ni mes que no nos trajera más y más encarnizados enemigos.

Oímos tronar, pero les decía yo a las hermanas: así se fundó San Petersburgo; mientras ponían un ladrillo en un edificio, disparaban dos o tres tiros, contra los que se oponían a la fundación de la ciudad y corona-

ron con constancia invicta su intento. ¿Por qué nosotras que tratamos de poblar el cielo con almas de la cuales está Dios sediento, no hemos de tener la misma constancia? Y aun debe ser mayor, porque el ideal es más excelente y los auxilios de Dios más poderosos.

Con estas reflexiones las llevaba como del corazón. De modo que se oía crujir la tempestad y nos servía por decirlo así, de música. De esas luchas no escribíamos nada a Medellín. Y cómo habíamos de quejarnos, si las personas con quienes teníamos correspondencia eran tan impotentes, casi como nosotras y además, como la obra era arriesgada, contraria a la razón casi, y apenas se estaba ensayando, ¡mal podíamos quejarnos! ¡Habría sido tanto como convencer a los pocos amigos, de que salía lo que se habían imaginado la mayor parte de las personas de algún alcance! ¡No nos quedaba otro remedio que gustar solas, o mejor dicho rodeadas de nuestros enemigos, nuestras amarguras! Buscar alivio o consuelo o ayuda en quienes tanto esperaban el fracaso como el éxito, era una solemne majadería. Por mucho tiempo estuvimos en completo silencio. Dios sólo nos daba fuerzas.

Primera visita a la casa de los indios

El 7 de agosto de 1914, es decir, del mismo año de nuestra llegada a Dabeiba, hicimos la primera visita a las casitas de los indios. Como he dicho, desde el principio me propuse no dar a las hermanas bocado que yo no hubiera pasado ya. Por eso fui sola en el estudio de los indios al principio; por eso las dificultades todas las dejé pesar sobre mí, para habituarlas a ellas poco a poco y para no exponerlas a peligros mayores que los que podían y debían pasar. Por lo mismo hice la primera excursión acompañada de otra Hermana.

Sin conocer nada, ni poder tomar indicaciones ciertas, porque los indios no habían de decirnos la verdad, tratándose de conocerles sus guaridas, y los libres o civilizados visitaban poquísimas las tierras de los indios, por el mucho miedo que les tenían, nos fuimos en busca de un indio que se nos había ido enfermo a Antadó. Mi poca costumbre de andar vías tan malas y sobre todo por los montes, dio por consecuencias que el rucito, única cabalgadura que teníamos entonces, diera con mi humanidad en el suelo. Y el percance ocurrió en el momento mismo en que encontramos el primer bohío, lo cual no era nada conveniente, pues los indios lo temen todo y al ver que una bestia derriba el jinete, creció el miedo de los pobres habitantes del bohío.

Era éste, el de la vieja Mónica, a quien conocimos aquel día, del modo más lastimoso. Como al vernos llegar todos los de la casa huyeron y la pobre vieja no alcanzó a hacerlo porque las piernas ya no le prestaban el servicio de bajar la escalera, se resignó a recibirnos. ¿Qué digo?. A recibirnos... ¡Santo Dios! A someterse a la muerte que infaliblemente suponía que íbamos a darle. Acurrucada en un rincón, envuelta toda en su paruma mugrosa y raída, temblaba, y como su piel por muy arrugada, remedaba una tela prensada, se le movía como los boleros de un vestido, debido a la convulsión que el miedo le producía.

Metida la cabeza entre las piernas, daba compasión oírle gemir y decirnos en su lengua que todavía no entendíamos, algo de modo muy suplicante. Detrás de un canasto estaba su nieto, de unos diez años más o menos, muy entendido en castellano, para servirle de intérprete a la pobre abuela.

Sus expresiones fueron empapadas en sentimiento y molestia contra nosotras: ¡Que cortés cabeza ligero, dice la vieja! ¡Que no dejés penar! ¡Vieja no corrió, canilla no aguanta; cortá pues esa cabeza ligero! ¿No lastíma tanto asustao vieja?

El pobre muchacho rogaba que la matáramos pronto, tanto como ella lo suplicaba, sin que nos valiera explicar, que no íbamos a hacerle mal. Ella no nos entendía; al muchacho, el afán y la pena no lo dejaban entender.

Nos acercábamos a acariciar a la viejecita y mayor era su espanto, porque creía que ya era la hora última y que indudablemente, a eso nos acercábamos.

Así pasamos mucho rato y ofreciéndole regalos que aumentaban su miedo. Por fin me pareció más cruel que matarla, seguir dándole esas explicaciones y tenerla por más tiempo en tan duro cadalso de miedo, que les dije a las hermanas que nos retiráramos. Dejamos al pie de la querida Mónica, medio corazón, por decirlo así, porque la compasión hace más intenso el amor, a mi modo de ver; pero nos resignamos a irnos, sin hacerle ningún bien, por temor de que el miedo le causara alguna enfermedad.

Seguimos en busca del indio enfermo que perseguíamos y nos metimos en un maremagnum de selvas, de donde por poco no salimos y no encontramos ninguna otra habitación indígena. Ya muy tarde, llenas de hambre y con una sed terrible, porque se trataba de andar por una colina, sin un solo arroyo, con un cansancio excepcional, desistimos de buscar más el

indio y tirarnos en un limpiecito a la sombra, a recobrar las fuerzas que necesitábamos para volver a la casa; hablamos un poco de tantas impresiones como teníamos acerca de los indios, sus habitaciones y sobre todo de la suprema lejanía de Dios en que estaban esas almas tan desdichadas.

El martirio da alivio

Me pasó entonces, padre, lo que jamás pensé que podía llegar a sucederme. ¡Me sentí completamente libre de mis dolores interiores! ¡No sentía sino el cansancio físico, la sed y el hambre! ¡Sentí algo así como la satisfacción de una antigua e inaguantable necesidad! ¡Sentí que mi impotencia como que no se me hacía sentir y que Dios se glorificaría en ella! Ay padre, aprendí en esta ocasión lo que jamás había visto en ningún libro y que si lo hubiera visto no lo hubiera comprendido. Aprendí una lección hermosísima, que nadie había podido darme:

Los dolores de la gloria de Dios, se calman, se alivian y hasta se curan, sufriendo dificultades, penas y trabajos por servirle. ¡El cambio es tal, que se siente uno como desocupadito, como nuevo! ¿Será esto una regla general? No lo sé; pero sí puedo asegurar que no hay otro lenitivo para el alma, que padece estas penas, que sufrir.

Creo que así se explicará la dicha de muchos mártires. ¡No tanto se sienten dichosos por el cielo que se les abre, como porque se les alivia la pena interior, sufriendo algo, por Nuestro señor amabilísimo! Verdad que lo que podemos sufrir es tan poco, que parece se nos escapa al considerarlo; ¡pero así se siente; bien que no dura esto, sin duda por la misma poquedad en el sufrir y los nuevos motivos de amargura que constantemente se renuevan delante del alma, en el desconocimiento de Dios y los pecados que la rodean!

Pues en esta vez, cuando al volver a la casa me consideraban las hermanas, por los destrozos del cansancio, hambre y sed que les referimos, me daba risa de verlas tan engañadas, pues yo estaba como en lecho de flores. ¿Qué no sentirán, padre, los mártires al ser molidos por una rueda? ¡Ay padre, lo que me hace sentir el martirio!

El martirio para un alma herida es un alivio; pero el alivio más dulce. Jamás he pensado que Dios me conceda ser mártir. ¡Antes, por el contrario, he dicho siempre que el martirio es bocado para ricos y que nosotros los pobres no nos sentaremos a esa mesa! ¿Y sabe Padre, a cuál pobreza

me refiero? No sabré decirlo quizás. Me refiero a una clase de pobreza que siento en mi alma y que quizás quede expresada si le digo que yo no le deseo a Dios sus gracias grandes ni extraordinarias, ni siquiera comunes muchas, (que me perdone la expresión tan atrevida) por no menoscabarle su caudal para las almas. ¿Me entiende padre?

Recuerda que antes he escrito que desde muy temprano le dije a Dios, después de que leí que a una santa le había puesto anillo de desposada, que si en su misericordia tenía destinada alguna gracia de éstas para mí, que renunciaba a ella, para que gastara ese esfuerzo de misericordia en hacerse conocer de los pobres infieles. Comprendo bien padre, que a Dios no se le menoscaba nada, que Él no gasta nada y sin embargo tengo cierto descanso suponiendo que si así fuera, yo sería feliz economizándole para que fuera más glorificado o también gozo suponiendo que lo hago más feliz, dejando de poseer yo algo. No entiendo bien padre, pero me gozo en que Él se glorifique dando; pero quiero que no me dé para que se dé. ¿Qué será eso?

Pues así siento del martirio: Quiero la gloria que a Dios le resulta del martirio; pero no tengo deseo de que la gaste en mí, por ser cosa tan extraordinaria y que le glorificaría más en un alma más fiel. En todo caso siento cierto amor a la pobreza, en las gracias también. ¡Quiero para Dios todo y para mí nada! Jamás he mostrado este secreto sino parcialmente, en casos determinados; pero no como una tendencia dominante en mi alma. ¡Y lo advierto ahora! ¿Será cosa mala? En mi alma siento que no; pero me sometería a cualquier decisión de un director.

¡Por lo mismo no deseo la muerte de amor! Ésa, además, me parece más dura que todas. Así como es fuerte como la muerte, el amor es duro y cruel hasta la muerte. ¿Quién otro fue el verdugo del Amor en la cruz, sino el amor mismo? Santa Teresita decía que el amor era su vocación. Por eso deseó morir de achaque tan duro; por el contrario, esta servidora, padre, no tiene vocación para el amor, sino para el dolor. ¿Cómo se entiende esto? Pues que el amor no lo aguanto; mientras que esté en esta carne, me enloquece. Pero el dolor es como más de la familia de mi alma. ¡Parece que por eso todo amor se vuelve dolor! ¡El amor reposado y sin dolor, no lo entiendo! ¡Debe ser el del cielo! ¡Dios mío, si ni sé lo que digo!

CAPÍTULO XXXIV

- MI VIDA ES UNA PELÍCULA DE LAS MISERICORDIAS DE DIOS
- EXPLORACIÓN A RIOVERDE - PURA SOBERBIA HUMANA
- EL ENSAYO VA TOMANDO FORMA DE VIDA RELIGIOSA
- REDACCIÓN DE LAS CONSTITUCIONES - CÓMO LLEGUÉ A RESPETAR "EL CUADERNITO" - FUNDACIÓN EN RIOVERDE
- SE ESTRENA LA CEREMONIA DE PARTIDA MISIONERA - EN LAS COSAS DE DIOS TODO DEBE SER PURIFICADO - SEGUNDO NIDITO MISIONERO - CON UN POLLO COMIMOS OCHO PERSONAS

"Probaste mi corazón y le visitaste de noche; en fuego me acrisolaste y no fue hallada iniquidad en mí". (Sal.16,3)

Mi vida es una película de las Misericordias de Dios

No obstante las dificultades de persecución y del mucho trabajo en Dabeiba, nos era imposible considerar que en otros sitios hubiera indios y no hacer nada por ellos. Ni esto denuncia, padre, aumento del espíritu que Dios me había dado, no; es que sucedía con mi deseo de ver a Dios conocido, lo que con un receptáculo lleno de vapor y que sólo puede escaparse por una rendija. Dabeiba era esa pequeña válvula de escape y mi alma, aunque aliviada en parte por las dificultades, apenas veía un huequecito por dónde mover algo a favor de esas pobres almas de infieles; no volví a pensar más que en entrarme por él. Por esto, tan pronto como creí ya encarriladito el trabajo en Dabeiba, les dije a las hermanas: Mientras trabajamos aquí y mientras los enemigos dan sus vueltas por destruir esta obra, pensemos en abrir otro campito de trabajo.

Ya el fracaso de Chuzá nos había dejado aleccionadas y muy prudentes para no hacer muy público, nuestro intento de nueva fundación.

Es muy natural, padre, que en esta época conozca y recuerde mucho menos de lo que pasaba por mi alma, toda vez que no era ya el rayón negro que había perdido sus derechos, hacía mucho tiempo, sino otro yo que antes se daba alguna cuenta de sí y había desaparecido en medio de un profundo dolor, de una suprema impotencia y de una vida tan nueva y nunca imaginada. Referir las gracias extraordinarias de Dios, con muy poco de lo interior, será ya lo que hago.

La fundación de Rioverde fue el teatro de grandes misericordias de Dios y por eso, padre, seré un poco minuciosa en ella. ¿No es verdad, padre, que por lo que ya ha visto en cuanto he escrito, vuestra reverencia podía asegurar que lo que llamo vida es una sola y pura historia de las misericordias de Dios en un alma boba? Tanto es así, que cuando hace poco, conocí cinematógrafo, me dije, alegre por encontrar una comparación, un poco menos inexacta que las otras que se me han ocurrido: Mi vida es una película de las Misericordias de Dios, desarrollada en un lodazal. Esto disminuye mi repugnancia al desenvolverla delante de los demás. Todos ven la mano que desarrolla la película y con mucha claridad les queda patente el medio en donde se desarrolla, con su cortejo de miserias.

Exploración a Rioverde

Tan luego como le dije al señor Crespo que había en el distrito de Frontino indios a quienes podíamos hacer algún bien, me autorizó para emprender ese trabajito, contando con sus recursos.

Emprendimos entonces un viaje de exploración a esa región, llenas de alegría y reconocimiento al ver que Dios quería ensanchar el teatro de nuestro apostolado. Digo que alegría, padre, y tal vez le parecerá contradictorio que antes le diga que un dolor constante y terrible en el interior de mi alma, había reemplazado los demás sentimientos de mi alma ¡y que ahora le salga, con que esta exploración la hice llena de alegría! Pues no, padre, es que ese dolor se las arregla muy bien con la alegría; sólo que ésta es un poco más superficial, aunque sincera y confortante del alma; mientras que la amargura de que hablo y he hablado desde el principio es honda, profunda y como si ocupara parte del alma que no estuviera al alcance de otros sentimientos. Está precisamente en el mismo punto en donde Dios toca el alma con ciertos toques o como estrellones (perdóneme la palabra) de su mismo Ser, en el del alma. Por más que diga esto, creo que siempre quedaré incomprendida por los que no hayan sentido estas cosas.

Pues bien, esa alegría, compatible con el más profundo dolor, me acompañó en esta exploración. Esta alegría, padre, se parece a fervor y sostiene el espíritu de oración constante; es más delicada que el fervor sensible y es como hermana de la suavidad que difunde la presencia de Dios en ciertas comunicaciones con el alma. Casi la llamo oración.

Estuve durante la correría con el reverendo padre Manuel Uribe, cura de Frontino. Este padre parecía volver de un sueño, al ver el afán con que buscábamos los indios, entre quienes había vivido tantos años sin que se le hubiera ocurrido la menor idea de hacer algo en su favor, ni hubiera concebido la menor idea de pena, al ver su triste estado. Pero debo, en honra de la justicia, advertir que este padre era muy competente y que tuvo un celo especial en la parroquia que desempeñó con mucha santidad de vida y no obstante esto, jamás tuvo para los pobres infieles de que estaba rodeada su parroquia, un arranque de celo, ni mucho menos, pues el desprecio de que los rodeaban los demás, no le parecía sino la pura justicia. Al observar este fenómeno, que así lo llamo, se me ocurre, padre, que este abandono de los indios, aún de personas como este padre, sería algún designio de la justicia de Dios, de ésos que nosotras ni rastreamos, en las insondables grandezas del Ser de Dios.

Con esta consideración y adorando eso que no comprendía, por venir de Dios, pude andar con el reverendo padre Uribe y oírle sus sorpresas por nuestro afán, sin sentir escándalo, ni disminuir la magnífica idea que siempre tuve de ese sacerdote.

Estas ideas quedaron bien confirmadas, cuando después de la exploración, ya al momento de separarnos, me dijo el benemérito padre: Hija, me has convencido, con profunda herida para mi amor propio, que también para estos infelices, hay salvación; que sus almas deben preocuparnos como las de los demás. Te confieso que desde tu primer viaje a Frontino, te atendí por venir recomendada por el ilustrísimo señor obispo, pero tu empresa me pareció puro delirio de una mente soñadora y me reía de tu afán por los indios como se ríe uno de una locura insigne. Hoy, arrepentido de no haber visto sino después de palpar el éxito, el espíritu que te guiaba y después de haber dejado pasar tantos años en indolencia imperdonable hacia las miserias del alma de estos pobres indios, te digo que estoy decidido a ayudarles en la empresa, con cuanto tengo y aún con mi persona. Dile al señor obispo que si me ocupa en la misión le renuncio a la parroquia.

Con esto me afirmé más en mis ideas y mucho más al ver que el padre acompañaba sus palabras con lágrimas. Dios mío, le dije: Has permitido la humillación de este padre, para aumentar su mérito pero tu designio de justicia es adorable al través de estas apariencias humillantes. Luego tranquilicé al padre, aceptándole con mucha alegría el ofrecimiento. El padre se separó, dejándonos mucha edificación por su humildad y celo, pues es

necesario tener en la cuenta que ofrecía renunciar a una parroquia muy productiva en donde era amado y atendido por todos.

No está por demás, padre, decir aquí que esto que veíamos entonces tan bueno, fue a poco correr de los meses, la fuente de las grandes persecuciones o por lo menos, la seguridad para no poder alejar los mayores enemigos de nuestra pequeña obrita, como se verá después. Pero continuó.

Pura soberbia humana

En esta exploración se trataba de elegir el sitio apropiado para hacer el ranchito misionero. Por segunda vez, con este objeto estuve en Nutibara y volví a ver el profundo desprecio que allí se hacía de los indios y cómo los suponían meros animales. Sin embargo, la señora en donde nos hospedamos, aleccionada por nuestras impresiones de la primera visita que hicimos a ese caserío, ya confesaba con vergüenza, la repugnancia que por ellos sentía y la deploraba. Debo advertir que era una señora piadosa y muy buena; así como que jamás le hicimos reflexión directa al respecto; sin embargo, el solo hecho de ver que los amábamos ya le hacía sentir el no estimarlos siquiera en algo. Esto lo debemos tener presente siempre, para cuidarnos mejor del buen ejemplo.

En aquella exploración llevé por compañera a una de las rebeldes de que he hablado antes, pero a quien aún no creía rebelde; sin embargo, sentía ya en ella algo de la pasión de mando que la dominaba y lo dejó comprender perfectamente delante de los extraños, sin que me diera cuenta. ¡Pensaba ella que aquella exploración le abría el campo para desarrollar sus talentos de gobierno! ¡Pobre soberbia humana!

¿Por qué anhelará la soberbia mandar? ¡Si el mandar no sirve ni para halagar el amor propio! ¡Esto es otra manera de pensar bien distinta; pero la experiencia me lo ha enseñado en tantos años como llevo en tener autoridad! ¡No ve, padre, que nuestras deficiencias se hacen más visibles a medida que nos encontramos en sitio más elevado! ¡Cuántos defectos no nos humillaran si una posición modesta nos ayudara a tenerlos ocultos! Vea pues padre, cómo la autoridad no sirve ni para halagar el amor propio. Pero somos tales que con halagarnos los nosotras mismas, ya creemos que somos grandes. ¡Dios mío, qué locura encierra la soberbia!

Estas cosas las consigno padre, porque creo que en esos pasos de las fundaciones, no da Dios paso, ni permite que lo demos, sino por una providencia admirable que enseña y planta espíritu; lo que siento es no poder

decirlo todo porque mucho se me pasó desapercibido. Además, si las hermanas han de utilizar estas cosas, en caso de que vuestra reverencia no las quemé, como pienso a veces, que debe hacerlo, les debo todo lo que Dios me ha dado.

Mucho dudábamos de hallar el sitio porque de antemano ya el enemigo de las almas había sembrado la cizaña en aquel campo.

Varios liberales a quienes no convenía la misión, se opusieron abiertamente a que se fundara en Nutibara; fundados en que aquellas mujeres, las hermanas, eran ruina para el caserío. El verdadero motivo era, sin embargo, el que perderían las oportunidades de explotar a los pobres indios impunemente. El reverendo padre Uribe mostró celo y constancia especiales en estas contrariedades y se puso al habla con un vecino que vivía en Curadiante, paraje distante de Nutibara, sólo una legua, pero más cercano a los indios. Este señor, generosamente ofreció regalarnos una faja de terreno en su finca y ayudarnos en cuanto pudiera para la empresa.

Fue aceptada la oferta de don Nepomuceno Morales y de contado fuimos a inspeccionar el campo, pues ofrecía darnos la faja de tierra en la parte que escogiéramos.

Escogido el terreno, se arregló con el mismo señor la hechura de la casa y se le comunicó al señor obispo, quien muy oportunamente envió dineros para la construcción.

El ensayo va tomado forma de vida religiosa

Entre tanto, en Dabeiba, las cosas adelantaban y sobre todo los ensayos de vida perfecta que nos proponíamos llevar, iban tomando mucha forma de vida religiosa; pero yo tenía vergüenza de confesarlo y tenía vergüenza de todo. Los padres que nos ayudaban que eran los padres Duque, Uribe y Lopera, así como las hermanas, cuyo número sin pensarlo, se había engrosado ya, también me reclamaban ciertas cosas que iban echando de menos, aunque a ninguna se le dijo que iría a ser religiosa.

Así por ejemplo, se trataba de ponerles hábitos a las que llegaban, pues que hacía falta alguna ceremonia para darlo, porque ésta le daba más seriedad a la cosa y haría resaltar mejor el espíritu de las maestras de indígenas.

No tardó tampoco el señor Crespo en pedirme las leyes a que nos sujetábamos, a las cuales llamaba él, Constituciones, sin pensar en que me

asustaba⁷⁷. Tuve, pues, que ponerme a idear ambas cosas, es decir, ceremonias y constituciones. ¡Dios mío! Y esto sin conocer ninguna cosa de la especie, porque como mi vida, según ha visto padre, había pasado bastante ocupada, ni había dispuesto de tiempo para asistir a ceremonias de monjas, ni menos para averiguar nada de la vida religiosa, pues yo para ello, hacía bien poco caso de las prácticas exteriores y separadas de lo interior. Para mí, ser religiosa, era amar a Dios con frenesí y sacrificarme por El; no me cuidaba de los modos o prácticas que habían de formar y sostener ese amor. ¡Figúrese padre, lo que podría hacer de Constituciones y ceremonias!

Pero, ¡Dios mío! ¡Bien ves que a nada he dicho no! Mi vida, al contrario, ha sido una expectativa de sacrificios para tener la dicha de hacerlos sin preguntar ni rehusar nada. Bien convencido estaba Dios, de que mi corazón, de tal modo le pertenecía y mi ser entero; que Él podía pedirme hasta pasar una montaña a mordiscos. Ése era precisamente el término que usaba cuando al hablar a las hermanas les decía que no pusiéramos tasas al amor, que nos ofreciéramos hasta a pasar una montaña a mordiscos y que si llegaba el caso de ir a la práctica, emprendiéramos, aunque supiéramos que a los pocos mordiscos, habíamos de dejar la mandíbula incrustada en la montaña.

¡Ay, padre, con cuánta sinceridad le he dicho siempre a Dios esto! No sé si podrá señalarse como la señal característica de mi amor.

Jamás, verdaderamente he pensado nada que no le diera yo a Dios, si me lo pidiera y si algunas veces he sido floja, ha sido llena de remordimientos, porque el reclamo me lo hace el corazón al momento. ¡Calcular cuando se trata de complacer a Jesús, me parece algo así, como hincar un alfiler en el corazón! ¡Se necesita conocer muy a fondo lo que somos los humanos, para pensar que se le niegue algo a Dios, aunque no sea más que por el solo título de ser nuestro Creador Soberano!

Redacción de las Constituciones

Pero Padre, me fui demasiado lejos con esto. Quiero decirle que, a pesar de sentirme tan impotente para lo que Dios quería, no llegué a pensar

⁷⁷ Informe a Monseñor Crespo, diciembre 10 de 1915.

declinar esto en nadie. Para ver si era la voluntad de Dios darme algún apoyo en el asunto, escribí al señor Crespo sobre esta necesidad, pues creí que él me mandaba algo, o lo hacía todo y ni siquiera contestó.

Entonces pensé: A todos los que se les ha ocurrido hacer estas cosas, les ha puesto Dios un obispo o un personaje ilustrado al lado, para que los reemplacen en estos asuntos; pero sin duda como esto va a ser un mero juego de muñecas, pues no otra cosa estábamos haciendo que jugando a que somos religiosas, por eso no gasta Dios las energías de nadie en esto, sino que quiere que yo le dé la prueba de mi adhesión profunda e incondicional haciendo estas cosas que, sirvan o no sirvan, según su santa voluntad, van encaminadas a su gloria.

En estas disposiciones me puse a hacer lo que pude. La reglitas que antes había hecho por insinuación del reverendo padre Dueñas, desde que estaba en Medellín y que titulaban "Reglas de perfección que deben guardar las Maestras de los indios", y que en lenguaje ordinario, llamábamos "El cuadernito", salieron pues a recibir una manito, como decimos, para poderlas mandar al señor Crespo, quien se proponía enviarlas a la Nunciatura, por petición del mismo señor Nuncio, para pedir a Roma la erección canónica de la Congregación.

No crea padre, que en aquel monte, en donde a nadie podía consultar y sin libros ni conocimiento de ellos, me pareció difícil empezar la obra. No, padre, como una niña ensaya hacer casitas de papel, sin haberlas hecho nunca de nada, así, con la mayor sencillez empecé las Constituciones. Solamente no les daba el nombre, porque me daba vergüenza de mí y de todo; pero con la confianza grande de que Dios, si nos quería religiosas, buscaría quién hiciera estos trabajos, después de que el señor obispo rechazara los míos, ¡emprendí la tarea muy alegre, porque al menos le mostraba a Dios que a nada le decía, no!. Si hubiera pensado que aquello era de veras unas constituciones para religiosas de veras, habría hallado la dificultad de mi impotencia.

¡Dios mío! ¡Me pusiste a hacer de boba, trabajando en lo que no sabía, para Tú hacerlo todo! ¡Tramas de tu amor! Quién me hubiera dicho la palabra que después he aprendido a respetar tanto: ¡Cánones! ¡Ni sospechaba que los hubiera! Confieso que conocía la palabra canon en los devocionarios; en donde dice; Canon de la Misa. Pero jamás me había preocupado de ver en un diccionario, el significado de esta palabra. Aquí que digan los entendidos: ¡Alabad a Dios, en sus instrumentos ineptos!

Ni se diga que en las compañeras me diese Dios algún apoyo. No había ninguna de talento saliente. Eran corazones repletos de deseos de servir a Dios, pero por el caminito que se les indicara; incapaces de abrirse paso, por sí mismas. Con mucha razón, al rechazarme un sacerdote entonces, me dijo con ironía casi rabiosa: ¿Se siente usted con los mismos poderes y virtudes de Jesucristo que quiere con esas ignorantes y pobres criaturas convertir a los infieles? ¡No pretendo, le dije, sino hacer lo que Dios vaya poniendo a mi alcance, para salvar estos pobrecitos indios! ¡El sacerdote ése, no tenía razón para estar airado; pero quizás sí la tenía para hacer la pregunta, pues no conocía o no reconocía la fuerza secreta del poder de Dios que hacía de nosotras los instrumentos de su misericordia!

Con mucha vergüenza y sin miedo de quedar mal, hice lo que llamamos las Constituciones y di principio al Ceremonial.

El método, era practicar, antes que escribir: Por eso, el día antes de la toma de hábito, o de entradas, le pedía mucho a Dios para que en nada hiciéramos mi simple capricho, pues reconocía que en las obras de Dios, los caprichos humanos son latrocinios. Después les decía a las hermanas: Miren, tal cosa es de mucha gloria de Dios por tal circunstancia. Esto otro puede aumentar el celo entre nosotras, esto otro será muy útil a los indios para su cristianización, etc. Conveníamos en que sí tenían esas ventajas y corría a apuntarlo para que entrara en el ceremonial de la función del día siguiente. Por fortuna el padre Duque no se preocupaba de cánones, ni quizás él los habría estudiado. Además, tampoco había manejado ni casi visto religiosas. ¡Todo lo hacía como si lo hubiera hecho siempre y fuera cosa ya tradicional entre nosotras! ¡Hasta de esto te valiste, Dios mío! Un sacerdote ilustrado y docto en estas materias, habría quizás hecho las cosas con menos intervención tuya, mientras que a mí, todo tenías que hacérmelo.

No quiere esto a decir que todo se me hubiera revelado, padre, sino que su voluntad se manifestaba del modo natural de querer agradarlo y llegar al espíritu que Él mismo había formado en mi alma y que era precisamente el que pedía a las Misioneritas, tan hijas de su corazón.

Cómo llegué a respetar "El Cuadernito"

Por mucho tiempo estuve mirando estas producciones como cositas de muñequero y, con pena confieso, las respetaba poco; pero Dios tampoco consintió en ello por mucho tiempo. Mire Padre, cómo llegué a respetarlas:

En mi primera salida que hice a Medellín, visité las Monjas del Buen Pastor, traté mucho, con la que más tarde fue la provincial, reverenda madre, María de Lourdes. Siempre esta buena Madre fue muy amiga de la empresa y le causaba risa cuanto yo le decía. En esta vez me preguntó lo que hacíamos en el monte y en la casa. Le referí todo y después me dijo:

- ¡Ah! ¿Son ya religiosas?
- No, le respondí, estamos jugando a muñecas como si fuéramos religiosas y tenemos un cuadernito por el cual nos regimos.
- ¿Cómo, se llama el cuadernito? ¿Son las Constituciones?

No, Madre, le dije, eso es demasiado para nosotras. ¿No cree vuestra reverencia que lo que hay en Dabeiba es un puro muñequero? Eso se llama "El cuadernito" con minúscula. Mire, allá hay veces que jugamos de alcaldes para corregir a los indios; jugamos de misioneras para buscarlos y enseñarles; jugamos a religiosas; a veces soy juez, médico o cocinera. De todo hacemos pero como jugando. Si a los indios les gusta músicas, les inventamos, si desean cantos, no es necesario sino que nos los pidan para verlas a todas convertidas en pajaritos, cantando como cotorras las unas y como turpiales las otras; les hacemos versos, aunque jamás se nos hubiera ocurrido medir una sílaba. ¡Dios mío! ¡Qué Madre tan asustada de cuanto le decía! Se admiraba y volvía a admirarse.

Pasada la visita, como dos días después, me llamó por teléfono para decirme que la impresionaba tanto el que yo llamara muñequero nuestra vida, que se había desvelado aquella noche. Me sorprendí verdaderamente de tal majadería en persona tan seria y le pregunté por qué era la impresión. Me dijo:

- ¿Pues, cómo llaman muñequero eso tan bello? Prométame que no vuelva a darle ese nombre y que el cuadernito lo llame Regla de vida.

Riéndome le prometí no volver a decir muñequero. Desde entonces, padre, comencé a respetar las cosas que practicábamos y a darles sus nombres. Ya ve padre, cómo me corregía Dios de falta con la que no contaba.

Fundación en Rioverde

Cuando ya se acercaba la fundación en Rioverde⁷⁸, pensé que al salir las Hermanas o maestras a trabajar separadamente, convenía impresionar-

⁷⁸ Enero de 1916. Fundación en Rioverde.

las bien del valor de su misión y de lo serio del compromiso que hacían con Dios a la vez que hacer que salieran con tal rectitud de intención y de tal amor de Dios y de las almas, que pudieran con las inclemencias que las aguardaban. No puedo decir que me dio trabajo hallar ese medio, padre, porque hoy veo que entonces todo lo de la Congregación, por desconocido que me fuera, me salía con tal facilidad, como sale el aire de los pulmones. Inmediatamente que pensé en la necesidad a que me refiero, dije: ¡Una ceremonia de salida me dará el espíritu y resultados que busco!. Enseguida lo hablé con las compañeras y convinimos en que aquello le agradaría a Dios... y manos a la obra. En un abrir y cerrar de ojos, apunté en un papequito lo que se me ocurrió conveniente para aquello y se lo leí a las compañeras, quienes lo oyeron y se conmovieron hasta llorar. Aquí está la clave, me dije, si conmueve, llenará su objeto.

Por fin comunicó el reverendo padre Uribe, que estaba terminada la casa de Rioverde. El señor obispo creó en esa región o comarca, una viceparroquia, para que el capellán tuviera algunas entradas, aparte de un pequeño sueldo que él, de su propio peculio le asignaba. A esta viceparroquia la nombró Santa Catalina de Sena y la separó de Frontino. Hasta entonces nuestras relaciones con los padres Carmelitas eran muy pocas y sólo de cuando en cuando se presentaban a prestar algún servicio en Dabeiba.

Como el padre Uribe me había ofrecido, como dije antes, dejar la parroquia, para irse a trabajar con los indios, le escribí esto al señor obispo para facilitarle la consecución de capellán. El señor obispo, aceptó la renuncia del padre Uribe aunque no entonces; para la nueva fundación fue nombrado el reverendo padre Carlos Duque, quien como conoedor ya de todo lo nuestro, dejaba al señor obispo muy tranquilo en cuanto a nuestra nueva instalación.

La elección de superiora para la nueva fundación, recayó provisionalmente, sobre la menor de las fundadoras, la Madre San José. Esto parecía desacertado, pues entre las nombradas estaba la Madre del Sagrado Corazón, de setenta años de edad y la Hermana María de la Santísima Trinidad, de alguna edad también. Mas, la primera, era muy impedida a causa de sus enfermedades y la segunda era más joven en religión que la Madre San José. A pesar de que todas las razones mostraban, de que ésa debía ser la superiora, no me resolví a hacerle el nombramiento definitivo sino que le dije, fuera provisionalmente, mientras podía enviar a una de las mayores. Además, me parecía esto más caritativo que hacerle aceptar definitiva-

mente una carga tan superior a sus fuerzas, según creíamos. Engañadita, aunque sin intención de hacerlo, prestó a Dios el servicio que le pedía y marchó a su misión muy tranquila y confiada esperando por mucho tiempo, a la que había de reemplazarla.

Se estrena la ceremonia de partida

Antes de salir se estrenó, en medio de la curiosidad del pueblo de Dabeiba, la ceremonia de partida. A ella asistieron todos los gamonalitos que jamás iban a la iglesia y también los amigos de ella, aunque eran poquísimos.

Entre tanto, esta servidora, padre, se estremecía de vergüenza pero una fuerza secreta y cierta luz interior que me mostraba la voluntad de Dios, me sostenía para no volver atrás en lo de introducir esa ceremonia. Sin esta luz y fuerza, mil veces la hubiera retirado.

De todos los puntos de la ceremonia, el que especialmente conmovió a las gentes y también al padre y a las hermanas, fue al ver a una anciana de setenta años, a los pies de una joven, de veinticinco, haciéndole voto de obediencia. Como la voz de ella, era temblorosa por la emoción, le hizo más solemne y tierno el acto. Todos los asistentes, aun los endurecidos curiosos de Dabeiba, confesaron después que si no se hubieran hecho violencia, habrían llorado y lo mejor, que jamás habían sospechado que el catolicismo fuera una cosa tan grande y seria.

Después de la ceremonia, reuní a las hermanas para decirles que jamás volveríamos a poner tal ceremonia en práctica, porque me sentía muy corrida de haberla hecho. Todas protestaron contra mi propuesta y se lo comunicaron al señor cura, el cual hizo lo mismo que las hermanas. Por mi parte sentía aquello como un pecado y si el padre me lo hubiera permitido, sin duda ninguna me hubiera acusado de él, en la confesión. ¡Dios sabe Padre, cuánto me han costado todas estas cosas! Si supiera que de ellas me venía el ridículo, o la ignominia, nada se me daría, pero no sé qué otra cosa temo...

En las cosas de Dios, todo debe ser purificado

Permítame, padre, que deje escapar aquí una cosa bien rara y que forma contraste con la sencillez, casi extraordinaria con que nació esta amada y pequeñita Congregación. Todo lo hacía fácilmente, sin sentirme capaz y

de todo me avergonzaba en seguida. No recuerdo lo que pensaba delante de Dios de esta vergüenza pero llegó a serme mucha mortificación. Cada regla, cada ceremonia y cada práctica que introducía, era un tormento viendo cómo la ocultaba y hubiera querido que ni las hermanas se impusieran, lo cual era imposible. Nunca el reverendo padre Duque único extraño, que conocía lo que hacíamos, llegó a criticar ni a rechazar nada, ni menos a reírse; sin embargo, pasaba yo como un purgatorio, toda vez que le tocaba imponerse de algo.

A veces pienso que esto se relaciona con el sentimiento que antes he apuntado y que tanto me costó, de sufrir con cuanto hacía o que pudiera aparecer bueno. Pero aquí nada había que pudiera parecerme bueno, puesto que la materia me era tan desconocida y tan nueva que era imposible calificar. El hecho es, que con el tiempo, yo he venido a creer, padre, que es que en las cosas de Dios, todo debe ser purificado para que quede digno de su infinita santidad y sea homenaje menos indigno de El y pienso que esa vergüenza hubiera sido la purificación de mi alma, para que lo que hacía, glorificara a Dios menos indignamente.

Mientras no fuimos conocidas, mi vergüenza casi no tenía razón visible o clara; pero cuando a poco, padre, los reverendos padres Carmelitas, tuvieron alguna entrada en nuestras casas, lo cual no se demoró mucho, ya sí entraron todas nuestras cosas en tela de juicio y la burla, y la crítica y el ridículo más terrible cayó sobre todo.

¡Irónicamente me comparaban a Santa Teresa y sus fundaciones! Naturalmente les concedía a los padres toda la razón, pues antes que ellos, yo veía todas las cosas como muñequero. Esto llegó a ser tan advertido por ellos, que ya no me ocultaban sus comparaciones ni sus burlas. Sin embargo, no componían nada, aunque los autorizaba a cada paso, pidiéndoles con insistencia. Siempre les decía:

- Como jamás hemos tenido testigos entendidos, que puedan juzgar nuestras cosas, todo lo hemos hecho con tal libertad que resultará inconveniente para quienes entienden. Por eso harían mucha caridad en mostrarme lo que haya de ridículo e inconveniente.

Pero jamás fueron leales en esto, se burlaban, ridiculizaban y criticaban, aun de la misma sencillez con que les autorizaba a corregir. Con tal sencillez los trataba que hasta nuestros cantos, hechos para los indios, se los poníamos de patente, con la mayor frecuencia y sin pena.

Y no crea, padre, que la purificación, si es verdad que lo es, ha sido cosa corta. Ahora mismo, de pronto tengo mis ratos en que la sufro, aunque ahora, ya es mucho menor. La gasté en grande cuando he tenido que presentar esas cosas a los superiores y enviar a Roma. ¡Dios sabe lo que he sufrido, y con cuánto gusto lo he sufrido! ¡Porque padre, no ha buscado un abeja nunca, en una flor su miel, como yo he buscado en todo la manera de sufrir! Es que Dios se ha anticipado siempre a pedírmelo y ¿cómo, padre, había de decirle que no? Además, he visto siempre las horas que he pasado sin sufrir, como las más simples de mi vida; es como estar comiendo tambores de hilo.

Bastante tiempo después me ha parecido que esto lo ha permitido Dios, para hacerme pasar por la purificación de que he hablado antes; pero esto es pura opinión mía y ¿quién soy yo para dar crédito a esta opinión? Es que francamente padre, dado el estado de perdimiento en que me dejaron aquellos tiempos del cerco del demonio, es decir, los anteriores a los grandes dolores de las almas de los indios, no me puedo explicar a qué obedecen estas vergüenzas tan dolorosas. Además, ¡nadie dizque puede ser teólogo de sí mismo!

Quedó pues definitivamente la ceremonia; pero no crea padre que pensé jamás que esto debía ir a Roma, ¡ni en mucho tiempo supe que esas cosas, tenían liturgia ni cánones!

Segundo nidito misionero

Al día siguiente de la ceremonia salimos con todo lo necesario para la fundación. La Hermana María del Sagrado Corazón no salió, porque se aplazó para algunos días después, por temor de que lo nuevo y poco seco de la casa, pudiera perjudicarla para su delicada salud.

Habíamos hecho la mitad de la primera jornada, pues entonces el camino demandaba dos días, por lo muy malo, cuando las hermanas San José y Santísima Trinidad enfermaron de unas fuertes fiebres que antes no se habían mostrado. Cosa particular, el clima de Dabeiba caliente y palúdico hasta infundir miedo a cuantos a él llegaban, no nos hizo a las Misioneras el más mínimo daño, y ahora, un camino de clima sano, enferma de paludismo a esas dos hermanas que salieron buenas de Dabeiba. Además, si hubiéramos atravesado climas fríos, la cosa sería natural, pero no encontramos la causa, sino en la voluntad de Dios, que nos pedía este sacrificio pequeño, en cambio de esas pobres almas que con tanto amor buscábamos.

Tuvimos pues, que pedir posada en la mitad del camino y allí permanecer un día, esperando que la fiebre cediera. Con esta demora, las provisiones de viaje naturalmente sufrieron menoscabo y veremos lo demás adelante.

Llegamos a Rioverde; poco antes de entrar a la casa, se presentó Luis Sapia, un indio que después murió cristiano y nos dijo que si casa de hermanas tenía cepilla (quería decir, capilla) no le gustaba. ¡Casa con cepilla, repetía, no gusta!

No nos explicábamos por qué rechazaba la capilla; pero como después intentó levantar toda su familia de nuestra vecindad, para llevarla hasta Murri, le pedí explicación y aunque no sabía castellano, pude entenderle que, en épocas de revolución, había oído la palabra capilla, como la preparación que les daban a los que van a sufrir la pena de muerte, y creyó que era ya la preparación para matar a todos los indios. Por eso decía tan triste: ¡Tu casa con cepilla, no gusta! ¡Pobrecitos! No fue muy fácil calmarlo y evitar que se llevara a la familia.

Tanto agradecimiento sentí al llegar a esa casita, segundo nidito misionero que el Señor nos daba, y tanta compasión y dolor al ver aquella casita rodeada de infieles que nos miraban, asustados unos e indolentes otros, que sin casi pensarlo propuse a las compañeras que no entráramos a la casa sino de rodillas y que le ofreciéramos a Dios, el recorrerla y conocerla, andando en la misma forma, a la vez, que rezábamos algunos salmos. ¡Las compañeras, que a nada decían que no, emprendieron aquella operación, a pesar de estar cansadas, con hambre y enfermas! Confieso que si hubiera pensado en estos inconvenientes, no les hubiera hecho la propuesta; pero sólo mi dolor interior me empujaba, sin dejarme pensar otra cosa. Hicimos el recorrido de la casita, que como no era pequeña resultó un poco largo, ¡rezando y llorando con un fervor rebosante de amargura agradecida que después no he vuelto a sentir! ¡Bendito sea Dios con todas estas cosas con que nos regalaba!

Terminada la correría, fuimos a ver si había que comer y ¡de qué modo instalábamos al padre! ¡Dios mío! La casa era toda una laguna. El cuarto del señor cura no estaba terminado y saltaba agua por donde quiera, no había cocina. Sólo las celditas de las hermanas estaban habitables y la capilla, aunque no terminada, prestaba algún servicio para el culto.

Aquella casita, colocada entre dos colinas verdes y hecha de paja, larga y angosta, se presentaba a primera vista, como una barquita en un mar

verde. Estaba rodeada de chocitas indígenas y por donde quiera, tenía aguas hermosas, cristalinas y frescas. Todo nos obligaba mucho delante de Dios ¡y como allí se colocaría el Santísimo, iba a resultar aquello admirable! Soledad, Santísimo y almas para salvar... ¡Dios mío! ¿Qué faltaba para ser hasta feliz?

Pero, como todo hay que verlo, diré que a pesar de que el señor cura estaba convencido de que el señor que se había encargado de hacer la casa y que vivía a poca distancia, nos había conseguido provisiones el domingo anterior en Nutibara, único sitio en donde podrían encontrarse, nos hallamos sin nada, ni el señor ése se presentó. ¿Qué hacer pues?

Pasar con algunos platanitos que les compramos a los indios y enviar uno de los peones hambreado también, hasta Nutibara, a ver si encontraba algo. Darle entre tanto al señor cura, una de las celdas, mientras se le secaba su cuarto y ver de encender fuego en un corredor, para hacer lo que encontráramos para comer. Los indios nos abandonaron pronto, con un poco de temor y quedamos sólo los que llegamos.

Con un pollo comimos ocho personas...

¿Cómo organizarnos la vida? No hay para qué decirlo. Como Dios nos ayudó. Sólo recuerdo que con un pollo, que aún corría detrás de la gallina, es decir, sin plumas todavía, sirvió para comer de él y nada más que de él, ocho personas, dos veces en el día. Si quiere, padre, no me crea esto del pollo, que a mí me ha parecido siempre lo más imposible y si no fuera que las hermanas me han dicho muchas veces, que sí pasó así, creyera que era una pura imaginación mía. Se entiende que el pollo era sólo, es decir sin arrimado de verdura ni de nada que pudiera hacerlo rendir. Comimos de él, no sólo las mujeres que nos hubiéramos satisfecho con poco, sino también el señor cura, un oficial de carpintería, a quien debíamos mantener, un peón y las hermanas.

Al segundo día la comida era tan escasa como el primero. Cuando fui a servir para hacer aquel prodigio de acomodar para todos de tan poco, no obstante estar aleccionada de la asistencia de Dios, con lo del pollo, sin embargo me alegré cuando la Madre san José, me dijo, temblando, con un frío que le hacía tropezar diente con diente. Madre, a mí no me sirva, porque me va a subir fiebre.

¡Dios mío, muchas gracias!, dije: ¡un plato menos no es poca cosa! Luego le dije a la hermana que se fuera a la cama. No había servido tres platos, cuando se me acerca la Hermana María de la Santísima Trinidad, pálida y amoratada, con el mismo temblor y me repite al oído, la misma santa palabra: ¡Para mí, no sirva, que tengo fiebre!.

Dios mío! Perdóname. ¿Cuándo se había visto que se alegrara una superiora y que cree tener corazón de madre, porque una de las hijas no le demanda el gasto de comida? Y ni me preocupé padre, de que las fiebres de estas hermanitas era un mal; no, sólo me alegré porque no me gastaban comida y así quizá si salía airosa en aquel reparto. Y el día anterior, repartí el pollo para todos, sin que hubiera la economía de las hermanas, sin pensar en nada. Hoy di la mala nota, de temer que no me alcanzara lo que era más que el pollo. ¡Así son las cosas! Después les ha dado bastante que reír a las hermanas, cuando les he hablado de mi alegría, por esos platicos economizados.

Aquella misión se plantó con un vigor que daba gusto. ¡Qué fervor el de las hermanas! ¡Qué entusiasmo el de los indios! No habían pasado tres semanas, sin que ya se hubiera tenido que preparar bautismos de adultos. ¡Aquel amor a Ése (Así llamaban al Santísimo) era consolador!. Las gentecitas civilizadas, campesinos humildes y sencillos, de fe delicada, se disputaban el honor de servir a las hermanas. Con la ayuda de estas buenas gentes, se terminó pronto la casa y se le secaron las partes húmedas.

CAPÍTULO XXXV

- SE DESATA EL DEMONIO - LO QUE ES LA PROVIDENCIA DE DIOS - DIFICULTADES CON EL CAPELLÁN DE RIOVERDE - PIDEN LA DISOLUCIÓN DE LA CONGREGACIÓN - MIRAR LOS ACONTECIMIENTOS CON LOS OJOS DE DIOS

*"Levántate, ven a ayudarnos y sálvanos
por tu gran amor". (S. 44, 27)*

Se desata el demonio

Pero... ¿y el diablo qué hacía? Eso es fácil de preguntar, pero no de responder, ¡Dios mío! ¡Si se desató terrible!

Aunque yo vivía muy convencida de que con mi propia personilla no ha de meterse este bicho, sí esperaba que alrededor estuviera tramando. De contado movió los resortes más delicados. Aún no estábamos muy bien instaladas en la nueva fundación, cuando comenzamos a notar cierto malestar en el capellán. Poco después, desconfianza, quiere arrojar a los indios de la capilla; las hermanas se niegan a confesarse con él. Las gentes de Nutibara se muestran enojadas y en actitud amenazadora. Los campesinos de Rioverde y sus cercanías se tornan en enemigos... ¡Dios mío! ¿Qué pasa?

Las hermanas me dicen que si han de confesarse con el padre Duque, más bien vuelven a su casa. ¿Por qué? les pregunté. Porque quiere que nos separemos de usted, me contestaron, que no le tengamos confianza, que no le sigamos sus enseñanzas, porque de lo contrario la obra se echa a perder...

Pregunto a algunos campesinos el motivo de su cambio y dicen: El padre nos ha dicho que usted no permite que nos administren los sacramentos... que no permite que vivamos aquí cerca porque dizque le dañamos los indios... Los de Nutibara dan como explicación a su actitud terrible y belicosa, que el señor Obispo por causa mía no les da cura y que el padre Duque les ha dicho que yo no permito que les administre los sacramentos. Los mismos indios descontentos de la sacada de la capilla y porque los de Nutibara les han dicho mil cosas malas de la Madre Laura... ¡Dios mío! ¡Qué enormidad de dichos! ¡Qué desorden aquí!

A la vez en Dabeiba se conspiraban el alcalde y algunos enemigos a acusar la Misión ante la Gobernación, para ver de quitarnos los suelditos como maestras de indígenas, ¡lo único de que disponíamos!

En tan apurada situación, consulté con el reverendo padre Peña, lo que debía hacer. Este padre, muy recto pero de poca experiencia, no me resolvió nada, porque temía hacer contra su gremio o suponía que cuando tanto se me perseguía, era por algo. Fui entonces, llena de buena voluntad y con la mayor rectitud a consultar en Frontino con el padre Amando, que se mostraba algo como menos enemigo. ¡Dios mío! ¿Por qué será que jamás me convenzo de que las pasiones humanas pueden con todo?...

Este padre me atendió en el confesionario y por todo consuelo me dijo que era muy natural que el padre Duque estuviera inquieto, pues que era la voluntad de Dios el que él fuera a un sitio en donde pudiera repartir en más abundancia la Sagrada Comunión a la gente. Aquello se me volvió tan trabajoso que creí que el padre no me entendía y volví a explicarle. No conseguí sin embargo, otra respuesta. Le dije: ¿De modo que si Dios quiere que esté un sacerdote en una aldeíta en donde comulgue poca gente, él debe irse a la ciudad a buscar sitio en donde pueda dar muchas comuniones, contra la voluntad de Dios? Le pregunté.

- Sí, me dijo, ése es el derecho.
- ¿De modo, le dije, que es que el padre Duque tiene deseo de irse a otra parte?
- Sí, como no, me respondió. El no puede esterilizar allí, su tiempo.

En fin, con otras palabras pretendí darme a entender de este padre y saqué en limpio sólo que era el que sugestionaba al padre Duque.

Volví, pues, a la casa, sin saber lo que debía hacer. Muchas veces quise concretar al mismo padre Duque. Él hacía esfuerzos por estar sereno, pero no podía decirme nada como explicación a su actitud y a la de todos los que nos rodeaban, me decía sólo que tenía una cosa que no podía decirme. No dejé, sin embargo, de confesarme cada semana con él y me trataba como antes. Pero la situación exterior y la interior de las hermanas continuaba lo mismo. Me replegué con Dios a esperar lo que fuera, sosteniendo mientras tanto a las hermanas con palabritas de consuelo y hasta a proporcionarles viajes a Frontino a cinco leguas de mal camino, para que fueran a confesarse, no a tranquilizarse, porque allí también daban con los padres enemigos.

De modo que todo era duro y penoso. Además, la actitud de los indios no era la misma del principio, lo cual aumentaba mi dolor al verlos tan lejos de Dios y con el camino para acercársele tan a la mano. ¡Dios mío! Sólo vuestro amor y el pensamiento de que todo esto redundaría en vuestra gloria, pensamiento que era como una seguridad impresa en el fondo de mi alma, me hizo resistir a tanto sin flaquear.

Lo que es la Providencia de Dios

No podía estar constantemente en Rioverde, porque en Dabeiba tenía el mayor trabajo y las hermanas que estaban en formación, pues aunque no las llamábamos todavía novicias, sí me afanaba por ellas como tales. Además, también allí tenía que defender la Obra atacada violentamente, como dije antes. Total, que tenía que viajar casi constantemente, en invierno o verano, sin miramiento a salud ni a nada. Vez hubo en que me cogieran las once de la noche, en lo peor del camino, acompañada de una pobre hermana de oficios. Era noche tenebrosa, no teníamos luz de ninguna clase; íbamos mojadas, después de una lluvia de casi todo el día; con hambre porque no encontramos nada en el camino y además, no era muy fácil llevar de Dabeiba, en donde la escasez tampoco era poca. Había tenido que salir en carrera forzada, porque tuve malas noticias del estado de las cosas en Rioverde.

¡Ay Padre! ¡Lo que es la Providencia de Dios, con los que lo buscan! Estábamos al borde de un barranco y creyéndolo buen camino, porque la oscuridad era absoluta, le hice fuerza a la mula, para que siguiera, cuando noto que el animal clava en la tierra el hocico. Hago desmontar a la hermana que lo hacía con más facilidad que yo, pues era delgada. Se asoma la hermana y con el resplandor de un relámpago, ve que estaba al borde de un abismo y que la mula por mostrarme que no se debía tirar, clavó el hocico y permaneció quieta, a pesar de que yo la fustigaba para que siguiera. ¡Dios mío! ¡Lo que entonces sentí de agradecimiento a Dios y lo duro que me pareció aquel procedimiento de los enemigos que me obligaba a tales viajes!

Sin embargo, padre, reflexioné y pensé que la mejor parte me tocaba a mí, en el caso, toda vez que aunque estuviera en esas dificultades y en mayores que me podía ver, si las cosas duraban, sentía a Dios más cerca de mí.

Calculando que la pobre hermana que me acompañaba, podía flaquear, le hice algunas reflexiones para que tuviera paciencia. Esto lo hicimos sin

bajar yo de la bestia y sin saber por dónde seguía el camino. Ella, a pie, se movió un poco y me dijo: Allí veo un altico o morrito en donde tal vez encontremos barranca para que pueda bajarse. ¡Qué alegría, Dios mío! Nos acercamos al morrito y al tocar, sentimos y encontramos que era una casita metida en un hoyo, al cual quedaba superior el camino y el techo sobresalía como formando morro. Dejé que la mula siguiera por donde quisiera, pensando que Dios no nos abandona jamás y había de sacarnos a alguna parte, sanas. Efectivamente la mula se entró al patio de la casita que estaba abandonada o no habitada. Allí encontré modo de desmontar y resolvimos descansar un poco, en un corredor.

¡Pero como Dios estaba con nosotras la oscuridad no nos aterraba, ni el pensar en el resto del camino perdido que debíamos hacer para amanecer en Rioverde! Rezamos el Santo Rosario, mientras descansaban los miembros cansados por lo duro del camino. Divisamos luz en una casita no muy lejos y nos pusimos a gritar: ¡Socorro! ¡Socorro! No tardó pues en salir al camino un viejecito con un grande hachón de cera negra. Nos indicó el camino y nos regaló el hachón con cuya luz, llevada por la hermana, que siguió a pie, pudimos llegar a la casa, a las once y media de la noche.

Las hermanas nos recibieron con llanto de agradecimiento pues si no llego para aquel día, las cosas hubieran estado en peores condiciones y ellas hacían fuerza porque no habían podido hacerme saber el peligro.

Dificultades con el Capellán de Rioverde

Aquel día, en el confesionario, el padre les había exigido a todas que le prometieran no tenerme confianza o no les daría la absolución y les había hecho mil promesas para el caso de que no siguieran mis enseñanzas y quedaran en manos de él solo. ¡Dios mío. Qué locuras!

¡Todas las dificultades de aquel camino se me volvieron como nada! ¿Cómo acerté a adivinar la necesidad de las hermanas? Estaba sin gran cuidado en Dabeiba y sin saber por qué les dije a las hermanas: Me voy a Rioverde, aunque hace poco que llegué de allí. Me rogaron que esperara un poco y no quise retroceder, sin poderles dar excusa justa. ¡Y ya ve, padre, como que era que Dios andaba delante de todos!

En esta vez lo llamé y le rogué con el mayor encarecimiento que me dijera qué debía yo hacer para que él dejara la persecución a lo que tanto había amado. Le prometí que con tal de que él quedara tranquilo y dejara de hacer el mal, yo haría cualquier sacrificio.

Se mostró muy alegre y satisfecho con esta oferta mía y francamente me dijo:

- Es muy pequeña cosa lo que le exijo, porque verdaderamente no aguanto ya la vida como va. Hasta hice con mi director, en estos días, confesión general, a ver si me tranquilizo y no puedo conseguirlo.
- ¿Qué quiere? le repliqué, ¿qué quiere de mí?
- Que jamás vuelva usted aquí, que ya no vuelva a verla en esta casa. No necesito más, me dijo.

¡Calcule, padre mío, cuál sería mi sorpresa!

- ¿Por qué, le dije, padre, no puede verme?
- No lo sé, pero sin explicármelo, es lo cierto que desde que la veo a usted, me desespero y no aguanto la conciencia... Además, usted quiere que yo no vaya a administrar los sacramentos a Nutibara y yo no me someto a eso.
- ¿Cómo sabe, padre, que no quiero que administre sacramentos en Nutibara? Al contrario, lo deseo y ojalá les pudiera conseguir un cura a esas pobres gentes.
- No sé, me respondió, el señor obispo me escribió que así como los nutibareños no habían querido recibir la misión, debían tener la menor parte en el beneficio de ella. Que no les fuera a faltar la Sagrada Comunión a las hermanas. Eso tuvo que ser usted quien le dijo al Señor Obispo que me escribiera y ordenara eso. Por eso yo no quiero verla y cuando la veo, me parece que enloquezco.

Perpleja me quedé ante tales cosas. Yo nada le había dicho al señor Obispo pero ¿cómo persuadir al padre, de ello, si la idea ésa se la habían sugerido en Frontino los padres Carmelitas? No pude, pues, calmarlo. En el confesionario, le dije que me inquietaba eso de que a él le sofocara mi presencia y que pensaba a veces que sería por mala, que me recibiera una confesión general y me examinara bien a ver si era que algún pecado mortal me daba esa cosa que le impresionaba a él. Él me contestó:

- No, esté perfectamente tranquila porque todas esas penas que sufre y esas persecuciones las necesita la Congregación para formarse; suya es la razón en todas estas cosas. Yo siento mucho que esté sufriendo tanto. ¡Pídale a Dios por mí!

Salí sumamente tranquila, tanto más cuanto que él conocía mi alma mucho, pues aunque desde el principio conocí que el padre tenía de neurasténico, y que se había ordenado con muy pocos conocimientos y además no había sido dotado de talentos especiales, jamás llegué a dudar que Dios, por medio de él, no me diera el socorro que yo necesitaba, ni la enseñanza que hiciera falta a mi alma. Por eso, aunque veía que se sorprendía de lo que le confiaba e ingenuamente me confesaba serle desconocido todo lo de la vida interior, porque ni lo había practicado, ni lo había estudiado, llena de fe en Dios, le confiaba todo aquello en que necesitaba consejo y ayuda.

Él, con mucha humildad y sin rodeos, me pedía frecuentemente que le enseñara cosas de oración para él y para poder responder a las hermanas las preguntas del confesionario. Esto me causaba pena y también mucha edificación.

Pero ahora, yo le causaba algo así como una revolución interior con sólo verme. ¡Dios mío! En fin, le dije:

- Mire, padre, cualquier cosa haría yo por su tranquilidad, ¡pero lo que me pide de que no vuelva a esta casa, no puedo prometérselo, porque faltaría a mi deber! Esto no es posible. Estas hermanas han dejado sus padres, para seguir este llamamiento, bajo mi custodia y dirección, ¿cómo podría yo abandonarlas? No padre, ¿diga qué otra cosa puedo hacer para su tranquilidad?
- Ninguna más, me dijo, desde que tenga que verla a usted, me enloquezco.

Allí pues vi que la situación no tenía remedio. Después de acompañar quince días a las hermanas, sin dejar de atenderle al padre y tratarlo como siempre, me volví a Dabeiba.

Piden la disolución de la Congregación

Allí supe que él les había dicho a los Carmelitas que yo lo manejaba dirigiendo su espíritu y que los padres hacían de eso, argumento terrible contra mí. Entonces de nuevo rogué al reverendo padre Peña, me diera consejo y me dijo que le escribiera una carta clara y enérgica, con mucho respeto, a ver si eso lo movía. Ya el padre Peña por algo que a él también le estaba sucediendo, se había puesto un poco de mi parte; aunque no tanto que me sirviera para consuelo.

Salí y le escribí la carta. En ella decía que no continuara diciéndoles a los padres eso de que yo lo dominaba dirigiéndolo, porque entonces me

vería en el caso de hablarle al señor obispo claro, acerca de algunos puntos en los cuales, él quedaría muy mal. Después le hablo con claridad acerca de los males que estaban haciendo con la persecución a la Misión.

Esta carta fue vista por los padres Carmelitas, quienes hicieron el argumento más terrible contra mí, por la falta de respeto. Le hablo con franqueza, padre, la carta si fue enérgica; pero no he podido considerarla irrespetuosa. ¡Además, le escribí creyendo que con ella le hacía al padre mucho bien, pues le hacía advertir muchas cosas que él no advertía! ¡Pero aquello fue una hoguera espantosa para el ojo avizor de los reverendos padres Carmelitas! ¡Ellos hicieron que el padre le mandara al señor obispo esa carta acusándome como casi anticlerical. El señor obispo escribió diciéndome un poco más tarde: "El padre Duque me manda su carta y sí está un tantico picantica". ¡No hizo más caso de ella!

Pero mucho menos que esto, necesitaban los padres Carmelitas. Inmediatamente invitaron a todos los curas de la región, entrando también el vicario foráneo, con quien yo creí contar como defensor y a quien escribí una carta pidiéndole su influencia ante el señor obispo para que protegiera la Obra. Esta carta era naturalmente muy reservada y así se lo indico al padre, es decir, al señor vicario. Pues de contadito se la mostró a los padres Carmelitas quienes con ella ajustaron razones para enviar un expreso al señor obispo, diciendo tales cosas de mí y tales falsedades, que terminan pidiéndole que, en bien de la religión y de esa pobre región, disolviera esas mujeres e hiciera que esa señora Laura reconociera su puesto. Más o menos en estos términos fue la carta, según me lo dijo después uno de ellos. La carta fue firmada no sólo por los padres Carmelitas, sino también por los demás de la diócesis que vivían en las parroquias vecinas, inclusive como he dicho, por el señor vicario foráneo, sacerdote digno de toda la confianza del señor obispo y de verdadero mérito.

Ellos mandaron un expreso hasta Santa Rosa. Yo lo supe un poco tarde y sólo le puse un telegrama al señor obispo, diciéndole: Ruégole quitar padre Duque de la misión, para salvarla. Escríbole.

Dos días después llegó telegrama para el padre Duque ordenándole pasar a Antioquia y otro para mí diciéndome que llegaría otro capellán. Esto tan inesperado y tan contrario a lo que los padres esperaban y habían anunciado por donde quiera, asegurándoles a las gentes que la misión no tardaría ni quince días en disolverse, causó en el ánimo de los padres, una impresión semejante a la de un volcán que se apaga de una hora a otra.

El padre Duque recibió la orden y me dijo:

- Usted tiene la culpa.
- Le contesté: Sí, padre, yo se lo pedí al señor obispo, porque así lo necesita la Obra. Además, su alma también lo necesitaba.

Se quedó en perfecto silencio y salió a arreglar su viaje, pues se le señalaba poco tiempo de plazo. Tuve la fuerza para ayudarle a empacar, aunque de verdad yo le estimaba y tenía mucho que agradecerle. Él no tuvo inconveniente en recibir mis servicios. Aquel día era de confesión para las hermanas y dijo que nos confesaba antes de salir. Le aceptamos el ofrecimiento y nos confesó como si nada hubiera sucedido. A mí, la última, me dijo que viviera muy contenta porque todo en el cielo me iba a salir bien, puesto que en la tierra me perseguían contra a toda justicia.

Permítame, padre, que haga un paréntesis en la narración, para decir que todo esto parece como si fuera obrado por seres inconscientes. ¿No es verdad? ¿Cómo tanta persecución y tanta saña unidas a estas cosas y estas verdades? ¿Cómo es que se precipita el hombre como si fuera ciego y la razón recta y ni el corazón le ofuscan? ¡Yo le hablo con franqueza, padre mío! Si estas cosas me las refiriera otra persona o las leyera, me resistiría a creerlo. Sin embargo, no es en esta vez solamente en la que veo esta inconsecuencia de mis perseguidores. ¡En muchas! ¡Hasta el punto de preguntarme muchas veces si hay ocasiones en que el hombre obra como máquina!

Mirar los acontecimientos con los ojos de Dios

Algunos días después llegó como capellán el reverendo padre Jesús María Rivera muy bien amonestado por el señor obispo. Con él me llegó una cartica en la que el señor obispo me dice: Siempre a estas cosas les da el tiempo para pensarlas y consultarlas con Dios; pero que al recibir mi telegrama, sí sintió tanta pena de ver que estuviera sufriendo, Obra que tanto nos costaba y que aun sin darse mucha cuenta de lo que pasaba, había resuelto tronchar con un solo telegrama.

Bendito sea mi Dios que tanto ilumina a los superiores, dije yo e invité a las hermanas para enseñarles a mirar estas cosas al través de su verdadero sentido que sólo se encuentra del lado de Dios. Por esto, padre mío, muchas veces he dicho a las hermanas que hay cosas que no deben mirarse nunca con los ojos propios. Es la manera de no descorazonarse en la vida

y de no envenenarse el corazón: ¡Mirar con los ojos de Dios! Pero esta industria, padre, no es fácil para muchos. Es que somos demasiado duros de cabeza, porque la misma razón la enseña que el verdadero sentido de las cosas es el que Dios les da.

Pues vistos con los ojos de Dios los acontecimientos de la fundación de Rioverde y todas, dicen bien distinto de lo que dicen vistos por nuestra corta vista. Vistos con los ojos de Dios, eran un gran bien y muy explicables a pesar de encontrarles tantas inconsecuencias a nuestros enemigos. Sencillamente purificaba Dios con esas contrariedades nuestras alegrías y trabajitos apostólicos, elevando el nivel de nuestras intenciones; además, nos enseñaba a sufrir contrariedades, cosa preciosa a los ojos de Dios; ¡en cambio de la paciencia con que sufríamos, nos daba la conversión de los mismos indios por quienes trabajábamos! Total, que era aquello un gran beneficio y uno de los sostenes de nuestro pequeño apostolado. Además, nos permitía aquello aprender a amar el sacerdote independientemente de su amistad y demás condiciones agradables o desagradables. Permitía Dios las inconsecuencias favorables a nosotras porque así lo necesitábamos y con ellas nos probaba que estaba con nosotras. En fin, padre, éstas y muchas consideraciones hicieron que el ánimo de las hermanas no decayera y que sacaran, en lugar de amargura del corazón, cierta dulzura al vernos tan asistidas y manejadas por Dios como con tanta preferencia.

He visto, padre, que para sacar la esencia de una flor la someten a cierta presión muy bien calculada para que ni se exprima demasiado, ni quede tan floja que no escurra nada. Esto, a la vez que la someten a cierto grado de calor, también muy bien medido para que no produzca efectos contrarios ni deje de producir el que se busca. Luego, todo es un poco de paciencia para esperar unos momentos, pasados los cuales se encuentran hermosas y fragantes gotas de la esencia que se busca, en el depósito para ello destinado. ¿Y la flor? ¡Pobre flor! Se decolora... se marchita... queda sin fragancia y se hace un rezago que se tira...

Pues, padre, les enseñaba a las hermanas que Dios es el mejor maestro para sacar a nuestro corazón y a nuestras almas, sus mejores esencias, la santa esencia de la caridad. Las penas y contrariedades son la presión o prensa en que nos oprime, con una medida llena de la más hermosa sabiduría. Ésa es la parte de El. A nosotras toca poner la segunda parte, el fuego, el calor que es necesario. Amando las contrariedades y penas, damos ese necesario calor.

Sufrir con amor, amando al que envía la pena y a la pena misma, hace que el corazón vaya dando, por medio de la purificación, la esencia de la caridad pura. Así el corazón se decolora y pierde sus modos humanos. Es entonces cuando Dios nos da ese corazón nuevo que le pedía David. ¿Cómo pues el alma no ha de amar las penas de la vida? El secreto para comenzar es no dejar amargar el corazón con ellas y mirarlas con los ojos de Dios.

Muchas veces, padre, cuando en el mundo me interesaba por la conversión de un alma, antes de presentármelo al pobre pecador, iba delante del Sagrario y le decía a Jesús: Vengo a prestarte mis ojos para que mires a ese pobre pecador. Al través de mi retina asómate Tú para que miremos a este pecador y se convierta. Lo mismo le ofrecía mi boca y lengua para que le hablara. Pero, para mirar las penas y contrariedades de la vida, lejos de prestarle mis ojos, tomo los de Él, miro con ellos esas cosas que parecen tan duras vistas con los ojos humanos y, ¡Dios mío! ¡Qué dichosa soy!

Lo mismo hago cuando necesito no culpar mucho al prójimo, en casos que parecen inexcusables. Le presto a Dios mis ojos para mirar esa falta y siempre la veo menor. Dirán que para eso se necesita conocer mucho a Dios. Será, no lo niego. Pero la cosa merece la pena de que la estudiemos. ¡Ahí está el Santo Evangelio que lo enseña admirablemente y luego la oración que es como telescopio para mirarlo, en la noche de la fe!

Cómo quisiera yo, Dios mío, que se me entendiera esto y no se tomara sólo como idea bonita. Es cosa muy real. ¡Podemos muy bien mirar con vuestros ojos conociendo la amplitud e infinidad de vuestro amor, la magnitud de vuestras misericordias y demás atributos!

Siempre que una situación difícil quiere ponerse en la mente para turbarme, me pregunto: ¿Cómo ve Dios esto? Aplico mi mente a lo que mi conocimiento de Dios me dice y digo: Así quiero mirarlo. Esto me da tal paz que parece que la cosa perdiera su rudeza. ¡Imposible pues turbarme!

¿No le parece Padre mío, que así se sufre muy poco? Hay gentes que no conciben cómo he podido pasar serena por ciertas situaciones de mi vida. Si conocieran esto, no se les volvería misterio la serenidad de mi vida.

Perdóneme esta larga digresión, padre, en atención a que debo dejar aquí, en atención a la obediencia y también por caridad, cuanto puede servir y hacer ver la misericordia con que Dios me ha preparado para la obra.

CAPÍTULO XXXVI

- VISITA DEL PADRE ELÍAS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO
- CURACIONES MILAGROSAS - EL AGUACERO CUATRO
- SE REPITE EL PRODIGIO - QUIEREN IMITAR LAS CURACIONES
- EN EL ALTO DEL RAYO. AMOR DE ADORACIÓN - SE HIZO LA LUZ
EN MI ALMA - DIOS DEJA HUELLAS MUY CONOCIDAS - LABOR
DEL PADRE ELÍAS - CONCEPTO QUE DIO DE LAS HERMANAS - MI
ACTITUD ANTE LAS CONVERSIONES - EL AMOR A LA SANTÍSIMA
VIRGEN SE IMPONE - CUPERTINO Y EL ELIXIR PRODIGIOSO

*"Porque Tú eres mi fortaleza y mi refugio y por causa de
tu nombre me guiarás y me sustentarás". (Sal. 30,4)*

Visita del padre Elías del Santísimo Sacramento ⁷⁹

Reanudo la historia: "La Josefina", nombre que se le puso a la Misión de Rioverde, continuaba muy bien y dando los frutos admirables que se habían visto también en Dabeiba. Nada se sabía de los padres y sus intentos de destrucción. (Sólo una que otra palabrita despectiva que se sabía que habían largado). Todo parecía pues en paz. Las hermanas tranquilas y dulcificadas en los asuntos de persecución.

En estas circunstancias llegó una tarde un padre y sin preámbulos dijo:

- Soy el padre Elías que he venido a una confesión por Musinga y me ha cogido la noche, por lo cual vengo a pasarla aquí.

No dejé de asustarme, pues sabía que este padre Elías, a quien no conocía, era uno de los más enconados contra nosotras y que había dicho que se empeñaría en confundir a esa mentirosa y farsante Madre Laura.

⁷⁹ PADRE ELIAS DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO: Inocencio Ramírez García, nacido en San Vicente de Sonsierra (España) en diciembre 28 de 1870. Había sido empleado de Ferrocarriles Vascongados y casado con María Ibáñez. A los catorce años de matrimonio, ambos entraron al convento. Doña María profesó en las Carmelitas de Cuerva, con el nombre de Hermana María Teresa de Jesús Crucificado. Inocencio cambió su nombre por el de Elías del Santísimo Sacramento, al tomar el hábito en el noviciado de Córdoba, Andalucía. Vino a Colombia en junio de 1915 y destinado a Frontino. Al año siguiente, se encargó de la parroquia de Dabeiba y cuando se erigió la Prefectura Apostólica de Urabá, se incardinó en ella pero a los dos años, debido a su quebrantada salud, pasó a Bogotá. En agosto de 1922 fue trasladado a Villa de Leiva (Boyacá), donde murió en agosto 19 de 1924.

Le contesté que era muy oportuna su llegada, porque al día siguiente no tendríamos la santa misa, porque el padre Rivera había ido a Antioquia. Quise recibirle la mula, hacerle algunas atenciones, pero a todo dio un rechazo brusco, como quien se basta. Inmediatamente entró y recorrió toda la casa, sin pedir un permiso, ni aceptar asiento. Yo me siento donde quiera, decía, y seguía recorriendo todo como un loco. Todas nos mirábamos extrañando aquello; pero lo dejamos, hasta que se quiso sentar en el refectorio.

Se le trajo la comida y sin decir palabra la comió. De todos modos, su actitud era misteriosa y nada semejante a las que les conocíamos a los padres carmelitas. Cuando quiso, se fue a la pieza y aquella noche pasaron las hermanas con miedo, debido a aquella actitud tan brusca que, unida a los antecedentes con los padres, era verdaderamente para infundir temor.

Al día siguiente después de la santa misa, comenzó a llamar a las hermanas separadamente, pero con gran disimulo. ¡Dios mío! ¿Qué será esto?, nos decíamos- Las hermanas, temerosas, por la obediencia que tenían de no estar solas jamás, con personas de diferente sexo, me preguntaban lo que debían hacer. Atiéndanle, les dije, este padre, o es loco, o pretende alguna cosa rara, pero no se puede sospechar de él nada peligroso. Atiéndanle y con respeto y educación, díganle cuanto les pregunte y en todo la verdad.

A unas, les hacía preguntas como éstas:

- ¿La Madre es muy santa? Deben cuidarla mucho.
- O, ¿no les parece muy santa? Yo sé de ella cosas admirables.
- ¿Cómo las trata ella? ¿Ustedes la veneran mucho? ¡Es tan inteligente e ilustrada!

A otras les dijo:

- Naturalmente, como la Madre debe conservarse, es natural que las meta a ustedes en lo difícil y se reserve ella lo fácil, ¿no?
- ¿Ella se estará en la casa, mientras ustedes salen a buscar los indios?
- Ustedes no necesitan instrucciones de los sacerdotes, porque teniéndola a ella, tan instruida....

A todas estas preguntas, las hermanas respondían con la mayor sencillez y toda la verdad. Sin embargo, él llamaba a otra a hacerle las mismas preguntas, con un disimulo especial. Obtuvo las mismas respuestas siem-

pre. Conmigo casi no quería hablar, por lo cual me recliné un poco, vigilando cuidadosamente, pero con prudencia, sus vueltas en la casa y con las hermanas.

En todo el primer día no habló de vuelta a Frontino. Ya por la tarde me dijo:

- El padre Amando me dijo que si quería tomarme unos días de descanso, podía hacerlo y quiero tomármelos ahora aquí. Por eso no me iré hasta dentro de unos seis o siete días.
- Magnífico, le repliqué, nos hace un gran bien, porque eso precisamente se demora el padre Rivera en su viaje. Tenga esta casa por suya y descanse cuanto pueda aquí, que para nosotras es la mayor ventaja.

No me dio las gracias pero noté que todo le gustaba. Entonces sí quiso hablar conmigo y, con esta majadería que no sé si es sencillez o bobería que me caracteriza, le hablé como si fuera un amigo. Cosa rara, padre. Toda la vida me ha pasado lo mismo: Hablo con los amigos, lo mismo que con los enemigos, sobre todo si son sacerdotes; no me siento con ánimo de guardarles reservas, ni usar de astucia con ellos. Aunque muchas veces me propongo ser muy prudente, llega el caso y me vacío en el enemigo sacerdote, casi como en el amigo. Después diré por qué.

Pues al reverendo padre Elías le hablé en esta vez, como si hubiéramos sido grandes amigos. Como se me acababa el tiempo de estar en La Josefina, le dije que al día siguiente me iría para Dabeiba, pero que él podía quedar allí como en su casa. Aquel día tocó la confesión de las hermanas; lo hizo con mucho gusto. En el confesionario me dijo:

- Mire, yo no vine a tal confesión a Musinga, ni es tal el descanso, que me dijo el padre Amando que podía tomarme. Nada de eso. Fue que con el fracaso que sufrimos al acusarla a usted ante el señor obispo pidiéndole la disolución de esta Obra, sufrí tal despecho, que no he podido aguantármelo; Me es imposible suponer que todo un obispo esté de parte de una locata y que rechace las informaciones de sacerdotes y religiosos de toda su confianza, por favorecer a una mentirosa! Y no pudiendo soportar la decepción que sentía, le dije al padre Amando: Mire padre, o es la primera vez que Dios se pone de parte de la mentira y la farsa, o esa mujer no es tal como la creemos.

En consecuencia me voy a estudiar esa obra de cerca, cuéstemme, lo que me cueste. Yo no aguanto más esta situación. ¡Por esto he venido! Óigalo

bien Madre, dispuesto a ver todo lo malo y a acabar con ustedes si las cogía en mentira o si encontraba lo que nosotros hemos creído que hay aquí. Y para su tranquilidad, le diré con el mayor gusto y muy corrido de haberlas calificado tan mal, que esta obra es de Dios y que a usted la ha dirigido el Espíritu Santo para su fundación. Esté tranquila que aunque se estrelle toda mi orden y todo el infierno contra esta Obra, no perecerá, ¡Crecerá por todo el mundo! Mis hermanos en religión no le perdonarán; yo los conozco muy bien, pero por encima de todo, sacaré Dios la obra, como sacó a los jóvenes del horno de Babilonia. Esté muy tranquila. Su espíritu es de Dios y sólo Él, le ha inspirado la Obra.

Esto me lo repetía con una voz como de quien quiere llorar, enternecido. No tuve que contestarle porque yo sí creía que era de Dios la Obra; pero siempre lo he reconocido llena de temor por el mal que yo puedo introducirle. De modo que me dijo mucho más de lo que yo sentía.

Salí al día siguiente para Dabeiba, muy tranquila y contando con el padre Elías, pues me dijo que en la medida que la obediencia le permitiera, él estaría con nosotras siempre. ¡Bendito sea mi Dios por todo!

Este padre fue a Frontino llevándoles a los otros padres la nueva e invitándolos a las amistades conmigo. Ellos por lo pronto se lo prometieron y de contado, el padre Amando allí mismo autorizó al mismo padre Elías, para que fuera a darnos unos ejercicios a La Josefina. Escribió al reverendo padre Luis, entonces provincial y el mismo de las gasas y zapatos de seda del principio, diciéndole que la Obra que él había juzgado del demonio, tenía todas las fases de las obras de Dios y que él temía que los Carmelitas, si no la reconocían, sufrieran el condigno castigo de Dios, cuya mano se veía clara en la Obra de la Madre Laura.

No tardó mucho tiempo en presentármese el reverendo padre Luis, venido de Leiva y lleno de una amabilidad que cualquiera hubiera creído sincera, que pidió mil veces perdón por todo lo que había hecho y dicho. ¡Ya ve, Madre, me decía, cómo yo era el soberbio cuando pretendí fundar las Teresitas! Dios ha mostrado que usted tenía la razón.....

Muy apenada lo hice callar, ¡pues que eso de ver a un sacerdote pidiendo perdón y humillándose ante una miserable mujer, no es fácil de pasar! Quedamos pues en la mayor amistad, al parecer. Hasta hizo una visita a Dabeiba, visitó un bohío y reunió las hermanas para pedirles perdón y lo hizo con las palabras más convincentes. Cosas las de la vida. Quién enton-

ces nos hubiera dicho: ¡Esto es transitorio, pronto será el más encarnizado enemigo! Dios mío. ¡La falsedad humana! ¡No podemos menos de ser falsos nosotros los humanos, esa es nuestra condición; pero Vos Señor, sabéis enseñar a aprovecharse de esa misma falsedad a los justos, para su bien y vuestra gloria! ¡Si no fuéramos falsos, luciera menos vuestra suprema fidelidad y tuviéramos menos ansias de Vos, Señor de mi alma!

Curaciones milagrosas

Quiero continuar refiriendo todo lo que se refiere a Rioverde, no propiamente como la historia de esa fundación, pues ésa la escribirán los que Dios quiera, sino en lo que se relaciona con la historia de Dios en mi alma, aunque me adelante algo en el tiempo. Esto lo hago por temor de olvidarme después.

Continué visitando esta casa, con la mayor frecuencia, pues no tenía que atender entonces sino las dos casas hasta entonces fundadas. Las genticitas del camino se habituaron a verme ir siempre por allí y fue entonces cuando Dios quiso que se curasen muchos, o por decir mejor, todos los enfermos que salían a buscar en mí, remedio, como ya lo dije, según creo, al hablar de esa misma clase de favores de Dios en Dabeiba.

Pero padre de mi alma; hay un caso que me da más trabajo referir y que hubiera querido dejarlo en el tintero. Sólo consideraciones muy altas me mueven a referirlo. ¿Sabe padre, por qué temo referir esto especialmente? Porque todas las veces que Dios curó por medio de mí, no sentía que curaba y esta vez sí. Tiemblo al recordarlo y mucho más al referirlo. ¡Dios mío! ¡A Vos sólo la gloria de todo y si con estas cosas quisisteis acreditar nuestra misión entre los pobres y los salvajes, haced que quienes lean esto, lo atribuyan a Vos y entiendan la razón por la cual lo hicisteis y no quieran atribuirlo a mérito de mi parte!

Desde las primeras horas de viaje, en todas las casitas salían a decirme: Mire Madre, se está muriendo ña* X, cúrela. ¿Quién es ña X? pregunté. Al darme las señales entendí que era una señora que en Chupadero me daba siempre algo, haciéndome mucha caridad, porque en aquella región no se encontraba nada ni para aliviar el hambre, ni para la sed.

En otra casita me dijeron, que probablemente ya había muerto, porque la habían dejado en las últimas. En otra hablaron de los remedios que le habían hecho y cómo habían agotado todos los recursos. En fin, pudimos

ver cómo sentían las gentes la desaparición de tal señora. Aunque la conocía hacía mucho tiempo, jamás llegué a preguntarle su nombre, ni supe nada de su historia; por eso me pareció raro el empeño con que todos se interesaban por ella y me rogaban que no pasara sin recetarle. Cúrela maredcita, me gritaban de las casitas. Naturalmente yo también me iba interesando y desde que llegué a donde se veía la casita, le pedí al Señor que tuviera misericordia de ella.

Llegué, desmonté rodeada de todos los que esperaban. Entré y no quise imponerme de la enfermedad, porque tenía afán de llegar antes de la noche a Rioverde. Le puse la mano en el estómago a la enferma, a la vez que le aconsejaba la resignación en sus dolores. Entonces, padre, sentí, que el contacto con la mano había curado la enferma. No sin impresión, me retiré, y para disimular un poco la cosa, quise recetarle algo; mas, como no vi allí yerbas, pues estaba todo limpio, no se me ocurrió sino decir que le dieran caldo de un venado que entraban en ese momento, muerto.

Inmediatamente monté y salí llena de una emoción extraña. ¡Verdaderamente, padre, cómo se conoce la influencia de Dios! Después circuló por todas partes la curación de esa señora, pero nadie la atribuía al caldo de venado, como yo lo procuré y lo deseaba. Aún creo que vive la señora.

Es ésta, la única vez, padre, que he sentido la influencia de Dios de un modo claro, en esta clase de favores. Las otras veces se ha hecho, sin que lo advierta este mísero instrumento.

El aguacero "cuatro"

En otro viaje a la misma casa, iba sólo con una india recién sacada de los bosques del Murrí. No tenía otra compañía porque el viaje era sólo de Nutibara a Rioverde. El camino es todo encajado entre dos cordilleras, por el borde del río. Apenas habíamos caminado varias cuadras, cuando se vio asomar, por ambas cordilleras un aguacero con señales de tempestad y rayos. Miramos hacia atrás y vimos que también por el llano de Juntas, se formaba tempestad. A poco salió igualmente por Carauta, es decir, delante de nosotras.

La india asustada me dijo:

- ¡Mirá Madre, ese aguacero cuatro va hasta jugar a nosotros! .
- Sí, le repliqué, eso no tiene remedio; lo aguantaremos por amor a Dios.

Muy seria y hasta enojada me dijo:

- ¿Vos no es muy amiga con tu Dios? ¿Pa qué deja mojar a yo? ¿Será vos, no quiere yo?
- Sí la quiero hijita, le dije, pero si Dios quiere que nos mojemos, ¿qué vamos a hacer?
- Sí, replicó. Vos es culpa si yo moja, porque si vos dice a tu Dios no llova, El mucho querido con vos, no llove.

Estas palabras me conmovieron y vi muy claro que, verdaderamente, la india aguardaba el milagro y que ciertamente, según la costumbre de Dios entre infieles, en cierto modo se lo debía a aquella pobre india apenas medio iniciada en la fe. Entre tanto, el aguacero cuatro, como decía mi compañera por decir los cuatro aguaceros, se nos venían encima, sin saber nosotras cuál llegaba primero. Venían como si derrumbaran montes y trajeran piedras, según el ruido que hacían. Tampoco faltaban los truenos y los rayos muy cerca de nosotras, de modo que mostré un poco de miedo. La india, con un gesto de rabia, decía: ¡Vos es culpa! ¡Vos es culpa!

Entonces le dije a Dios: ¡Señor, es cuestión ya de honor para poder convertir a esta indiecita, que le muestres tu poder misericordioso! Recé recio un padre nuestro. La india se rió y ya las cuatro aguas nos cercaban cuajadas hasta de granizo. Continuamos, padre, andando durante el tiempo necesario, para recorrer nuestro camino, es decir, como tres cuartos de hora, perfectamente en seco. El aguacero de adelante iba retrocediendo a medida que adelantábamos; el de atrás se quedaba siempre a unas dos o tres varas de distancia, conservando siempre la misma; los dos de los lados, ¡caían a unas tres o cuatro varas distante de la pareja amada de Dios!

Cuando llegamos a la casa, las hermanas que me esperaban, creyeron que llegaríamos mojadas; salieron llenas de compasión y no fue pequeña su sorpresa al vernos llegar secas y hasta la entrada llegaba nuestro círculo sin caerle una sola gota de agua. Nos tocaba sí, el piso mojado y lleno del torrente; yo no lo sufría, porque iba a caballo, pero ni una gota nos caía. La india decía: ¡Mi Dios mucho querido con este Madre!

Creo padre, que los jóvenes de Babilonia cercados de llamas y nosotras cercadas de aguacero, recibimos el mismo favor y eso por causa de la pobre María Luisa Sapia, a quien poco después se le dio el santo bautismo y fue una buena cristiana.

Estas cosas, padre, me infunden una ternura muy grande. ¡Dios haciendo esta clase de prodigios por una pobrecita e infeliz india que a nadie preocupa! ¡Ay! ¡Lo que es el amor de Dios, a los pequeños! Por eso quiero ser siempre pequeñita delante de Él que lo obligue a agacharse hasta mí. Eso es el milagro y privilegio de los pequeños: ¡Hacer agachar a Dios, para acariciarlos! El arte de subir delante de Dios es trabajoso, porque ¿quién será grande a sus ojos? Pero el arte de bajar y empequeñecerse es fácil. ¡Basta abrir los ojos a la verdad!

Se repite el prodigio

En Rioverde llueve casi constantemente. Sin duda por su misma posición, las aguas se van apiñando sobre sus montañas y ni aun en verano hay seguridad de estar en seco. Por esto, una ocasión en que hubo que quitarle la paja a la casa, para suplírsela con teja de madera, temimos, que aunque se despejara en verano, quizás no nos libraríamos de que se humedeciera la casa, porque cuando menos se pensaba venía un chubasco sin esperarlo y ni de dar tiempo de tapar.

Se empezó el trabajo, con una mañana hermosa, pero sin esperarlo se presentó un temporal terrible. El peón que tenía toda una pieza destapada, llamó alarmado. Salí y mirando los aguaceros aquellos, le dije a Dios:

- Señor, hasta el menos de los esposos de la tierra guarda la casa de la esposa y no se la deja humedecer; y ¿habías de ser menos que ellos?

Inmediatamente me coloqué en una esquina de la casa a rezar: Bendita sea tu pureza. Sucedió entonces el mismo prodigio, padre, el agua formó cerco respetando el sitio destapado y al peón, de modo que en todo el temporal, él pudo seguir su trabajo en seco y esto por varias horas. El peón se reía y me decía: Madre, aunque tengo pena de que esté tanto tiempo allí, no acabo de tapar esto porque es mucho, pero téngame ese aguacero mientras llego siquiera al caballete.

Nos reíamos llenas de agradecimiento a Dios; pero le confieso padre, que ni éste, ni el caso anterior me pareció raro ni prodigioso, sino sencillamente que Dios es así.

Quieren imitar las curaciones

Pero, padre, una cosa debo consignar que quisiera, como muchas, dejar en completo silencio. No sé por qué camino supo uno de los padres Car-

melitas algo de esto. Pues inmediatamente se puso a la tarea de imitar el caso, tratando de retirar las lluvias con bendiciones (parece que él creía que así se habían retirado en las veces anteriores). Varias veces quiso salir de nuestra misma casa, a pesar de estar principiando un fuerte chubasco, diciendo que él lo retiraría con una bendición. ¡Pobrecito! ¡Sin excepción, se ensoyaba! Llegó a ser proverbial, entre los que lo conocían y especialmente entre los que habían andado con él, que no había cosa mejor para conseguir que lloviera bien fuertemente que una bendición del padre X.

Con las curaciones, padre, sucedió lo mismo. Este padre quiso al conocer, no sé por qué camino, quizás porque ya en Nutibara eran muy públicas estas cosas, debido a unas curaciones de gentecita un poco saliente, sobre todo, de una señora tísica, que se curaban las gentes con recetas mías muy insignificantes o con nada. Pues este padre quiso ponerse en la tarea de recetar del mismo modo. Naturalmente, el resultado no era el mismo, sin duda porque Dios no tenía que acreditar la misión de él, pues el sacerdote mismo ya lo acreditaba entre los fieles que eran su porción.

Pero, ¡Dios mío! Lo que sigue padre, a este respecto me estremece: Desde la oración de la mañana de un día, vi como retratado dentro de mí, no en la imaginación, porque no era cosa que tuviera formas corpóreas, sino no sé en que parte de mi ser, el interior de aquel padre. (Le anticipo que no me parecía descabellado lo que hacía en estos remedios).

En aquel interior se libraban batallas de tentaciones que yo no entendía y de otras, que sí conocía, de envidia y de celos espantosos. Allí veía yo la tendencia dolorosa en aquella alma, a eclipsar a otros. En fin, era aquella una vista dolorosísima, de un interior atormentado por una hipocresía y una doblez y unas pasiones de envidia, resentimientos y celos espantosos. Esto estuve viéndolo sin cesar durante todo aquel día y la noche siguiente y la mitad del día que seguía. Me producía tal amargura interior, que creí morirme. Además, estaba en los quehaceres del día, sin dejar de ver aquello. No me inspiraba ni menosprecio de aquel padre, ni resentimiento, ni ninguna cosa que pudiera darme idea que quería el demonio entrarme en el mal. Tenía grandísima pena y deseo de que aquello pasara, nada más. Me figuro que así se verán en el día del juicio las conciencias ajenas que Dios quiere hacer patentes, sin que su vista engendre en nadie pasión ninguna.

Ya para terminar esa horrible representación, vi que el padre llegó a confesar un enfermo. Preguntó qué tenía y le dijeron, agregándole que

iban a llamar a la Madre Laura, para que le recetara. El les dijo: No, no la llamen que yo soy como ella, yo lo curo. De contado le receté un purgante de sal. Si no recuerdo mal, padre, les dijo algo más acerca de que no me llamaran jamás. De esto no puedo dar fe cierta.

Tanto me impresioné con esta vista que tan pronto como me vi libre de ella, (fue de improviso) llamé a la Madre San José y le conté, sin decírselo todo, sino únicamente lo del enfermo y en general que había visto el interior de ese padre. De esto he tenido que arrepentirme mucho, aunque no lo hice con advertencia y seguramente Dios lo dispuso así, por lo que sigue.

A los dos o tres días, no recuerdo bien, llegaron a pedir receta para un enfermo diciendo que tal día (el mismo de la visión) había estado allá el Padre X y que después de confesarlo había preguntado qué tenía y después de que le dijeron, le agregaron que iban a llamar a la Madre Laura. Que él dijo: Yo soy como la madrecita, no la llamen y que le receté un purgante. Agregaron que ese purgante lo había puesto muy malo y que por eso venían a buscar a la madrecita. Esta gentecita fue recibida por la Madre San José, de modo que cuando me llamó me dijo: Vaya a un enfermo que la necesita y verá como sí es cierto lo del reverendo padre X.

Todo pasó en el caso, como lo vi, y a la hora misma en que lo vi. Pero no crea, padre, que esto haya sido visión material, ni siquiera imaginaria. ¿Qué sería? No sé decirlo. Yo podía decirme a mí misma que estaba viendo, pero no con ojos, aunque sí tan claro como si viera con los ojos y más claro aún.

Algunos días después, lo consulté con el padre Elías, ya depositario de todo lo de mi alma, para ver si tenía algún deber al respecto; se me ocurrió que Dios tal vez tenía alguna misericordia con ese padre, reservada a desarrollarse por este fenómeno. No le dije, por supuesto, el nombre del padre. El me contestó que eso tenía todas las señales de ser cosa de Dios y cierta; pero que no veía que fuera provechoso que nadie lo supiera, sino fuera el superior del mismo padre, bajo mucho sigilo, para que lo corrigiera. Le dije que a mí no me quedaba fácil decírselo al superior de ese padre. Entonces me dijo: Esté tranquila que Dios le mostrará después para que permitió eso. Sólo sé que no da Dios esas cosas, sin algún objeto; pero no siempre nos es conocido ese objeto, quizás hasta el día del juicio o en la eternidad.

Quedé completamente tranquila; ¡pero por mucho tiempo con dolor de aquella alma! Muchas veces supe después que procuraba que las gentes no

me pidieran remedio y varias intentó remedar las curaciones. En todo encontré pruebas de que el pobre padre sufría por los favores de Dios, por medio tan poco bueno.

En el alto del Rayo. Amor de adoración

En uno de esos viajes que hice a "La Josefina" nos extraviamos del camino y fuimos a dar por un sitio que llaman "El Alto del Rayo".

Era ya tarde y aún no habíamos hallado modo de salir al camino, cuando se me adelantó la bestia un poco y sin advertir, dejé a los compañeros que eran, el reverendo padre Duque y una hermana. No me doy muy buena cuenta de lo que pasó por mi alma, no sé por qué comenzó lo que a continuación voy a referir, y que se relaciona, con algo que debo decir también:

Me parecía que mi ser se quemaba; no era mi cuerpo ni mi alma, sino el ser. ¿Cómo se entiende esto? No lo sé padre; pero se encendía en un amor de adoración tal, que se iba como destruyendo al calor o impulso de ese amor. Tal homenaje, que yo voluntariamente ofrecía a Dios, destruyéndome ante la soberanía infinita se consumó de pronto dejándome de todo mi ser, sólo como un aliento, que se perdía en Dios. Tuve entonces mucho dolor de ser tan poca cosa, para ofrecerle a mi Dios. ¡Pero no crea padre, que era un dolor disimulable, no! Tuve que agarrarme fuertemente al galápago para no caer o levantarme, no lo sé. Este dolor debió durar poco, pero ya casi me alcanzaban los compañeros, cuando me vi y advertí, inundada en lágrimas.

Grande fue mi afán para ocultar lo que me quedaba de poco advertir, o mejor dicho, de una especie de embobamiento, pues en estos casos, no se vuelve a la manera de ser ordinaria, de un golpe, sino poco a poco, según tengo visto.

Ya la mula, que se manejaba sola, se entraba a una casa de campo solitaria en una llanura, que fue nuestro consuelo, pues allí nos dijeron por donde seguía el camino, o mejor, hasta dónde teníamos que volver, para encontrarlo. Por fortuna la equivocación que habíamos tenido preocupaba mucho al padre y a la compañera, por lo cual no se fijaron mucho en mí, ni sospecharon que me pasara otra impresión, sino lo del percance del camino. Hasta en las majaderías viene Dios en nuestra ayuda.

Me sentí al rato, ya en perfecto estado de advertencia y pude reflexionar acerca de lo que me había pasado y entendí de dónde me venía esa

especie de inflamación o encendido,(no material) en que me encontraba. Parecía como que hubiera estado derretida y me hubieran apenas medio vuelto a hacer. ¡Dios mío! no acierto a decir.

Doy fe solamente de que por varios días estuve como poseída de un espíritu raro, muy de Dios, pues lo sentía así; pero me parecía que me había esfumado en ese acto de adoración y que yo no era yo. ¡Ay padre! ¡Quién pudiera definir ese yo negativo que queda después de estas cosas! Creo que nadie lo define, pero que cualquiera que haya quedado en posesión de él, después de un desbarate de esta clase o esfumación o liquefacción, no sé lo que es, me entendería. ¡Licuefacción se aparta mucho del concepto que quiero dar, porque muy claro veo, que lo que se quema, mas bien se esfuma, se vuelve aire o vapor y no un líquido! ¿Pero, cómo he de expresarme? De todos modos puedo asegurar, que es un desaparecer como exhalándose delante de la majestad de Dios, en su reconocimiento.

Esta impresión me acompañó por muchos días y el dolor por mi propia pobreza, pues bien sentía que aún derritiendo el ser de ese modo y realmente, es sin embargo, bastante y poco y poquísimamente lo que le daría a Dios, me oprimía con una fuerza que, cada vez se hacía mayor. Por esto seguramente, cometí un disparate que voy a referir:

Al llegar a Dabeiba encontré que las hermanas habían blanqueado la casita y que según les había ordenado, ponían textos, o sentencias en los muros, con el fin de tenerlos muy presentes. El padre Duque, celebró mucho la idea ésa y quiso tomar parte en la cosa. Al confesarme esa semana, me dijo que me ordenaba hacer una sentencia o pensamiento que sintetizara mi espíritu y lo pusiera en el refectorio de las hermanas.

Por lo pronto me pareció casi imposible, formar aquella frase, pues verdaderamente no podía darme cuenta del espíritu que me caracterizaba; pero pensando en que debía ser fiel a mi consigna de no decir nunca no, al que me mandara, le dije que haría cuanto me fuera posible.

Varios días me estuve pensando y preguntándole a mi alma sin que diera con otra cosa que con el amargo dolor que la cosa del Alto del Rayo me había dejado. Resolví entonces escribir eso en esta frase:

- ¡Cuando todas las creaciones materiales e inmateriales salidas de la mano de Dios, se hubieran consumido en un solo acto de adoración, qué dolor tan inconmensurable no tener ya nada más qué ofrecer a Aquél de quien sólo sé dejarme amar!

Esto lo sentía muy vivo en mi alma y de contado me daba ratos de amargura muy honda el pensar en lo miserable de lo creado para ser ofrecido a Dios. Y aunque recorriera con el pensamiento las legiones de espíritus angélicos y considerara todo lo creado detalladamente, no encontraba nada digno de consumirse en un acto de adoración. Como esto lo sentía como si fuera en mí una yedra que viviera de mi misma sustancia, pensé que eso sintetizaba mi espíritu.

Pero, padre, ¿será cierto? ¡No podré asegurarlo. Sé que algún tiempo después, ese sentimiento dejó de atormentarme y que ya lo siento sin amargura; pero aun es un sentimiento no tan sustancial como entonces, pero sí muy hondo en mi alma!

Si eso sintetiza mi espíritu, o lo retrata, cumplí lo mandado; pero si no, por lo menos hice lo que pude y salí con un disparate.

Después he pensado en eso riéndome, porque ¿cómo había de estamparse en una frase un alma loca? ¡Si el espíritu de oblación de que me encontré entonces llena, define mi alma, yo no sé en dónde acomodar mis otras locuras que no son oblación y que son de todo lo imaginable!

Por fortuna, Dios mío, en tu servicio, lo llevamos todo ganado y no necesitamos definir lo que se siente. Te sirves de todo, hasta de lo inconcebible, lo loco y lo indefinido, para glorificarte y darte por servido de las criaturas.

Esto del Alto del Rayo fue muy al principio de la fundación de Rioverde, cuando todavía el reverendo padre Duque no había emprendido la campaña de persecución de que he hablado. ¡No es lo único que tengo en desorden, en estos cuentos!

Se hizo la luz en mi alma

Los padres de Frontino, aunque ya vencidos por el padre Elías, guardaban la paz, sólo exteriormente, pero esa tregüita fue muy benéfica para la incipiente Congregación.

Pude entonces solidificar bien la fundación de Rioverde, atender mejor a la de Dabeiba y hasta pensar en otra tribu de Chontaduro. Pero antes de referir estas cosas, voy a seguir refiriendo las misericordias de Dios, hechas beneficios, por medio del reverendo padre Elías.

Después de lo ocurrido en Rioverde y después de haber trabajado mucho porque los padres se convencieran sinceramente de la rectitud con que obrábamos, el reverendo padre Elías fue a dar unos ejercicios a Rioverde. Siempre diplomático, me trataba de un modo ambiguo. No podía asegurarse nada respecto a lo que opinaba de si era o no un llamamiento de Dios, lo de la obra, o si era una ilusión o trama que yo misma me había fingido. Tan pronto como dejaba escapar algo de lo uno, dejaba comprender lo otro. No me inquietaba sin embargo, pues jamás, ni siquiera al principio, juzgué que estuviera engañada. ¡Bien conocidos me eran ya los pasos de Dios, para no reconocerlos estando tan marcados con el sello de fábrica, es decir con la Cruz! Por eso no me inquietaba lo ambiguo del modo del reverendo padre Elías y le hablaba del modo más llano posible.

Por fin llegó el día de la confesión y ¡Dios mío! ¡Vuestra primera revelación acerca de mi alma! No recuerdo por qué ni cómo le di cuenta de mi alma. Sin duda lo creí un deber, pues como el padre Duque se había ido, debía ser firme en mi resolución de no estar sola y de ver en aquel que me dirigía, por más que no tuviera las cualidades para dirigirme, la expresión de la voluntad de Dios. Además, como este padre había prometido, siempre que se lo permitiera la obediencia, ayudarnos en la obra de la Congregación y aún en la misión, no obstante los suyos haber negado toda protección desde mucho antes, lo creí llamado por Dios a dirigirme. No me hacía falta el director, pero si lo había, no quería estar sin él.

Por todas estas razones sería por lo que le descubrí mi alma sin haber sentido una necesidad especial inmediata. Tan luego como comencé, me asustaba la llaneza de este padre, pues cada cosa que le decía, la analizaba y luego me decía: Eso es tal cosa. Le hablé de lo que había conocido de Dios, de todo lo que había sufrido con la santidad de Dios, antes de ir a la obra, de mucho de lo que dejo escrito en esta narración, (no de todo, porque entonces todavía no lo conocía yo misma todo) de cosas que había expuesto a otros directores y de lo que por ignorarlas, no había consultado. Todo lo analizó y preguntó con la mayor minuciosidad.

Después me preguntó las opiniones de los otros directores que había tenido acerca de esas cosas que le refería. Le contesté que siempre me habían dicho, que no hiciera caso, porque eso no era nada, o que dejara eso, etc.

Luego con la mayor resolución me dijo: Yo no soy de la escuela de esos sacerdotes; pertenezco a la de Santa Teresa, quien opinaba que el alma debe conocer las gracias de Dios y que si esas gracias eran verdaderas, no

la envanecerían y que por eso iba a decirme la verdad. Y continuó: Usted ha tenido muchos recibos de Dios. Casi todo eso que me dice lo ha sentido por medio de contacto directo de la Divinidad, muy sublime. Lo que conoce de muchos misterios, ha sido revelado por visiones intelectuales, etc.

¡Ay, padre mío! Lo que sentí con esa llaneza del padre! Parecía que se me hubiera abierto el cielo. ¡Mi interior que siempre se me había vuelto tan oscuro, a pesar de la tranquilidad y paz que gustaba siempre, se volvió de pura luz! ¡Cómo bendije a Dios que había inspirado a Santa Teresa esa bella doctrina de hablar claro a las almas! Me expliqué ya todo, absolutamente todo, con sus nombres y circunstancias, con una luz que me explicaba y alumbraba, a la vez, todo lo de la Obra. ¡Entonces vi, cuántos de mis pasados dolores se hubieran desvanecido si los otros directores hubieran pertenecido a la misma escuela y cuánto hubiera adelantado a la luz de la verdad!

Sin embargo, cuando al darle las gracias al reverendo padre Elías por su llaneza, le dije que si los otros directores hubieran sido sinceros para decirme las cosas, mi alma hubiera volado con alas desplegadas; pero que el fantasma de la duda y el temor de la ilusión me habían tenido siempre como con las alas atadas, me dijo ¡que pensara que Dios lo había permitido, sin duda porque me convenía más sufrir así que volar! Entonces bendije a Dios, hasta por la prisión espiritual en que me había movido siempre. Prisión era aquella estrechura en que me colocaban las respuestas disimuladoras de algo que jamás comprendí, de los directores, acerca de cosas que les refería con sinceridad y en las cuales yo percibía a Dios. Llegaba la opinión ambigua, negativa, disimulada, o llena de una oscuridad durísima que me daba el director y ... Dios mío! Jamás reduje a duda lo que me decían. ¡Pero claro que la gracia era siempre rechazada y nunca agradecida, porque o no la conocía o tomaba la luz con desconfianza y ciertamente remisa! De allí que las gracias posteriores sólo me servían, en cuanto que me cogían, sin que lo advirtiera.

No me atrevo, padre de mi alma, a decir que los directores hagan mal, al no ser francos con las almas, ni que no cumplan con un deber, quizás al disimular las gracias extraordinarias a las almas que la reciben, no; lejos de mí tal presunción. Dios sabrá sacar de la caridad y prudencia con que quieren evitarle a las almas otros escollos, de vanidad quizás, en que puedan caer; pero digo, que en mi alma se hizo la luz del medio día, con la llaneza del padre Elías y con haber conocido las preferencias que Dios había tenido con mi alma y ¡vi más clara y palpable, mi negrísima ingratitud!

Entonces se representaron a mi alma aquellos exámenes, de varios sacerdotes que, si jamás lograron turbarme, pasaban sin dejar un rayo de luz en ella. Ni jamás me dieron horizonte más amplio en el amor, antes bien, contribuían a estrecharlo cada vez más, con un temor y una desconfianza especial por todo lo que sentía.

Ví que el Señor había tenido con mi alma cariños que jamás había sospechado y mi amor parecía inflamarse. ¡Ay! ¡Cuánto vale la verdad! Es uno de los nombres que más bellos me parecen entre los que sé de Nuestro Señor: "Yo soy la Verdad". (Jn.14,6). ¡Sí, porque es la Verdad, es también la Luz! Fue precisamente lo que se hizo en mi alma, al conocer la verdad: La luz, por lo cual puedo bien decir, padre, que quedé en un estado de unión que antes no conocía. ¡Se ensanchó el alma como si hubiera amanecido el día claro del amor! Bendito sea mil veces el reverendo padre que tanta luz y campo le dio a mi alma.

Me dijo, además, con seriedad y seguridad rara: El Espíritu Santo y no otro le ha ido formando para esta Obra que será grande como árbol frondoso. Pienso que se extenderá por todo el mundo y que Dios cosechará mucha gloria por ella. Por eso precisamente se conspirarán contra ella, los poderes del infierno y los hombres no la dejarán tranquila; pero no tema. Las gracias que Dios ha derrochado en su alma, son gérmenes que producirán, si usted sabe agradecerlas, frutos admirables en la obra de la Congregación y Misión....

Mis hermanos en religión no habrán de perdonarle; la perseguirán siempre, pero no tema. Con usted está la mano de Dios. Yo le prometo, padecer hasta persecución por causa de usted y de la Congregación y estaré a su lado, mientras la obediencia no se me ponga delante y en esto vea cuán honda es la convicción que tengo de la intervención directa de Dios en su alma.

Naturalmente, todas estas cosas me asustaban y me inundaban en un mar de alegría mística. Sin duda era la presencia de Dios, esa luz de que he hablado y que me plantó ya para siempre en un abismo de verdad íntimo. Yo sé, padre, que estos conceptos son muy oscuros; pero ¿cómo he de decir de otro modo, si así lo siento?

Dios deja huellas muy conocidas

Antes tenía tanto miedo a las gracias místicas y a los dones extraordinarios como si fuesen pecados. La desconfianza era el arma que me daban

contra ellos; pero después de este venturoso día, ya no los temo, porque ellos contienen a mi Dios en Sí mismo y ¿cómo he de temer eso tan deseado? No los busco porque sé que no los merezco y que Dios los da cuando los necesita para su gloria; por lo cual aunque los buscara no los encontraría. Podría a lo más fingirlos, lo que sería apartarme del camino de la verdad y de la luz. Tampoco los huyo, porque si el Señor quiere dármelos, Él mismo los coronará de gloria suya porque sólo Él, corona su gracia. Cuando los tengo los miro con amor y sé que son únicamente para la gloria de su autor. Me sirven especialmente para encenderme en amor. ¿Y cómo no, padre, cuando me dejan ver de un modo claro, que Dios se ha puesto una venda del lado de mis miserias y que su amor a las almas lo tiene ciego? ¡Sé que cuanto me da a mí, es para las almas y por eso, soy sólo un conducto que se alegra de serlo! Ni siquiera puedo decir que esas gracias extraordinarias, sirvan para santificar mi alma, porque creo que lo que santifica no es eso, sino la sumisión constante a la voluntad de Dios, ¡que es la bella expresión del amor!

Me aseguró además, que jamás he tenido visión imaginaria ninguna. Le pregunté acerca de esas visiones imaginarias que tanta sospecha me habían infundido siempre, si eran verdaderas y me contestó que sí; que de esa clase eran casi todas las de Santa Teresa; que aunque eran las más expuestas a ilusión y las que más fácilmente remeda el diablo, pero había reglas para discernirlas con mucha seguridad. Pero volvió a asegurarme, que en mí jamás las había habido.

Me enseñó que en las visiones intelectuales y contactos con la Divinidad, no podía introducirse el diablo y que por lo mismo eran seguras, sin necesidad de muchas pruebas ¡y que además el alma quedaba tan cierta de que era Dios quien las causaba que por nada de la vida se podía arrancar esa seguridad!

En esto, sí que vi, padre, lo de mi pena, o estrechura interior por causa de la manera como me respondían los directores, cuando les exponía estas cosas. Mi alma estaba cierta de los hechos, tan cierta como lo estaba de mi propia existencia; pero luego venían las respuestas ambiguas o los disimulos y se producía en mi alma una tirantez terrible, pues de ninguna manera quería discrepar del parecer del confesor y a la vez estaba cierta de que Dios andaba en lo que sentía. Por fortuna siempre me ayudó Dios a salir del paso, sin ofender en nada la fe que debía tenerle al confesor. Lo único malo era aquella estrechura que se producía en mi interior y el miedo que le fui cogiendo a lo extraordinario, con mezcla de desconfianza un poco irrespetuosa quizás.

Me dijo, además, el padre, que todas esas comunicaciones y gracias de Dios traen alguna misión especial para cumplir en el alma, o con relación a ella, en otros y que una vez cumplida esta misión pasa. En esto comprendí mejor, que no eran sospechosas las gracias que había recibido, porque ya me habían llamado la atención, esas circunstancias, no obstante no querer frecuentemente darle crédito a nada, en atención a la respuesta que recibía. Jamás llegué a quedar sin algo muy bueno o conveniente que me dejaban esas visitas de Dios, recibidas tan remisamente y a pesar de ello.

Esa experiencia la tiene cualquiera. Dios deja siempre una huella muy conocida. Imposible por otra parte, que siendo quién Es, dejara el alma completamente pobre y vacía. También me parece muy difícil, no imposible, porque de todo lo malo somos capaces, pero sí difícil que engendren vanidad porque precisamente con ellas viene siempre una luz muy clara de la propia miseria. Por lo que hace a mí, con toda la seguridad del caso, que jamás he recibido gracia ninguna que no traiga ese aumento de propio conocimiento y a veces, es casi abrumador el conocimiento que se tiene de la propia bajeza e impotencia. Por eso con muchísima razón, dicen que los favores extraordinarios que finge el demonio, son seguidos de vanidad. Es imposible que el diablo se ponga a dar efectos tan bellos como esas oleadas de propio conocimiento que deja Dios en las almas. Majadero fuera, si atacara así su propia obra y no fuera padre de la mentira.

No sé, padre, lo que enseñarán los teólogos, ni lo que experimentarán los demás; pero de mí puedo declarar que estas gracias tienen otra particularidad que las pone a cubierto de los males del propio corazón; casi siempre quedan inadvertidas por la misma alma. Por raras y extraordinarias que sean, parece que nada pasó y aunque se disfrute de sus efectos, el alma no tiene ninguna advertencia o reflexión, la mayor parte de las veces. Cuando pasa mucho tiempo, años enteros a veces, se advierte, no sorprende tanto la gracia recibida cuando el no haberla advertido. Esto pasa especialmente en los principios. Desde hace algún tiempo para acá, observo que me son conocidas hasta en el instante mismo en que suceden, aunque no siempre.

Algunas de estas revelaciones de Dios, como la que al principio llamo del Golpe del hormiguero, me dejó gozando de sus efectos; ¡pero no lo advertí sino ya casi vieja! Ni puedo dudar de que sea una verdad, porque aparece en mi alma ahora, como si ayer hubiera tenido lugar. Tampoco es un recuerdo que la memoria trae, ni una imaginación; es algo más; algo como si fuera sustancia que queda en el alma y después, ahí está y se

advierte a manera de recuerdo. ¿Quién comprenderá estas cosas? ¿Ni quién sabrá expresarlas? ¡Pero no creo que pueda llamarse eso un recuerdo, es más bien una visión del pasado! Que el que sepa de terminologías teológicas, ponga la palabra que sea, yo no sé más.

Como he dicho, padre, mi alma había empezado a simplificarse mucho desde aquel cerco del demonio; pero con estas manifestaciones de Dios en mi alma, aumentó esa simplificación de un modo increíble, puede decirse que estas simplificaciones hubieran hecho a un lado todo lo que antes había quedado de terreno en mí. Así me parecía o me parece ahora. Sin embargo, lo digo con temor, porque la experiencia me enseña que éstas son graduales y cuando he creído que un asunto no se puede más, salgo equivocada, al ver después que avanza y avanza a grados no antes vistos.

Labor del padre Elías

Pero no paró en esto el beneficio del padre Elías. Después de definir mi espíritu y fijarlo ya en algo muy real, dándole el vuelo que necesitaba y que debe tener todo lo que adquiriera equilibrio, puso manos a la obra de probarlo. Para ello se le presentaba campo muy fácil en mi conducta externa que no llenaba ni llena, según creo, las condiciones correspondientes a lo que interiormente hacía Dios.

Esto es fácil de comprender y muy natural, porque por un lado iba el interior, y por otro bien distinto, el exterior. Este último jamás me preocupó de un modo serio, sobre todo después de que comprendí, que nunca abordaría con mi trabajo de adicionar actos y virtudes y cositas, a las plajas de la santidad; desde entonces, dije, me fijé menos en las formas exteriores de las virtudes, que en el amor y vida interior de todas las obras.

Pues esta circunstancia favoreció al padre Elías para emprender la bendita campaña de purificarme. Debo confesar sin embargo, que no tuve en ello mucha dificultad, porque a pesar de fustigarme y tratarme tan duro como podía, (y podía mucho por lo muy áspero de su carácter y su nacionalidad misma, le daba condiciones para ello). Aprobaba siempre mi espíritu interior, con lo cual me ponía en tal placidez de espíritu, que no me rizaban siquiera el alma, las asperezas con que me trataba y corregía. Llegó hasta pegarme en cierta ocasión, sin que él lo advirtiera. Tanto era lo que lo dominaba el carácter y la ofuscación, en ciertas condiciones.

Iba con él para la fundación de Murri, por uno de esos caminos que sólo transitan las cabras y naturalmente, el pobre padre sufría al verme pasar

dificultades y quiso ayudarme a pasar de un barranco; al ver que no podía dar el salto suficiente para salvar el peligro, se molestó tanto que me dio un manotazo que dio conmigo en el suelo. Se comprendía que sufría por todo esto, pero que no podía evitarlo y hasta dijo alguna vez, que Dios lo permitía para que se hiciera cierta labor espiritual en mi alma. Tan sólo sé decir de esto, que jamás me sentaron mal los malos tratamientos del padre y que sus reproches fuertes me sirvieron mucho. No puedo decir, sin embargo, que me curara de las tonterías e incorrecciones exteriores, porque aún soy lo mismo; pero sí que me hizo mirar más bondadosamente a los que juzgándome por el exterior me persiguen.

Alguna vez, hablaba después con el padre acerca de los hombres que les pegan a las mujeres y me dijo: Yo sería incapaz de pegarle a una mujer; me parece el acto más vil. Entonces riéndome le dije: ¿Cómo pues, vuestra reverencia me pegó a mí? Entonces supe que sí lo había advertido cuando lo hizo, porque me respondió. Porque vuestra reverencia no es ni mujer. En muchas ocasiones confesó que ¡el mal trato que me daba siempre, era cosa providencial y que Dios lo quería!

Concepto que dio de las hermanas

Aparte de estos beneficios hechos directamente a mi alma, el padre Elías casi se consagró al servicio de la Congregación. No importaba para él, que sus hermanos en religión no comulgaran en las mismas ideas, que ellos persiguieran con tesón la obra, ni que lo criticaran por el servicio que nos prestaba; nada le importaba porque estaba seguro de que lo que hacía era a la Obra de Dios.

En el manejo de los indios, fue venciendo las mil repugnancias que al principio sentía y llegó a ser muy cariñoso y bondadoso con ellos. Pero su labor saliente fue en la dirección espiritual de las hermanas. Fue el primero que me dijo:

- Mire, una de las señales de que esta obra será grande y de que se extenderá mucho, es lo que veo en la dirección de las hermanas; son todas almas de elección y de tal amor de Dios, cual se necesita para plantar una grande Obra y Dios jamás asocia así un número de almas especiales, sino cuando se trata de una obra grande de su gloria.

Efectivamente, padre, vivo muy agradecida de Dios porque las compañeras que me dio, eran lo que necesitaba. Por ser todas de no salientes

facultades naturales, éramos lo que Dios necesitaba para hacer su obra según su costumbre, valiéndose de ineptos instrumentos y por ser de amor tan desinteresado y tan generoso, era lo que una Obra de esta clase necesitaba. Así se ve la sabiduría de Dios en proveer sus obras de cuanto ha menester. Luego, con el padre Elías, se formó el mejor complemento. ¡Bendito sea para siempre!

Mi actitud ante las conversiones

Los indios, entre tanto, se convertían en las dos casas. En Dabeiba sobre todo eran constantes las conversiones. Sin embargo de no faltar estos favores y de hacer hermosas conquistas la gracia de Dios, no crea, padre, que mi alma se satisfacía en ello. Recuerdo que en mi primer viaje a Medellín, una religiosa y algunas otras personas me hablaron de la satisfacción que debía sentir. Me sorprendí y sólo entonces pensé que era natural que pensarán así. Nada pude contestarles porque la pregunta me sorprendió. Como si me hablaran en griego, me pareció aquello, al principio. Bendito sea mi Dios, siendo lo más natural del mundo.

¿Y por qué no me satisfacía? Pues porque cada conversión o cada adelantado me hacía resaltar lo mucho que faltaba y cuando se presentaban diez o doce adultos, para ser bautizados, mientras las hermanas se alegraban, esta servidora sentía los ojos aguados por el dolor de pensar en ese corto número y en los muchos que jamás llegarían a aquella felicidad de ser hijos de Dios. Todo pues, lo que era consuelo para otras, era dolor para mí. Por eso no he tenido ninguna satisfacción en la Obra, aunque comprendo que hay una satisfacción que es natural y que no ofende a Dios.

Las conversiones en Rioverde eran hechas, sin duda ninguna, por el gran amor que la Madre San José supo inspirarles a los pobres indios, al Santísimo Sacramento. Una vez bautizados esos indios, quedaban como esclavos del amor del Santísimo, a quien llamaban Ése. Ante Ése querían resolver todas sus dudas y sucedió una ocasión que en lo más recio de una pelea, entre indios e indias, cogió la Madre San José el grupo y llevándolo al pie del Santísimo, les dijo que allí resolvían si se mataban; pasados algunos minutos, se levantaron muy avergonzados diciendo: Nosotros muy brutos; ése mucho querido; nosotros perdona todo. La contienda quedó arreglada y después le pregunté a la mujer que había estado más brava, por qué había perdonado y me contestó:

- Madre San José llevó onde Ése y así no aguanta peliando.

El amor a la Santísima Virgen se impone

En Dabeiba las conversiones se hacían especialmente, por la Santísima Virgen. Todo allí respiraba ese aire mariano que todavía hoy puede observar cualquiera que visite y conozca un poco a fondo los catíos de esa región.

Una vez me decía un indio que no quería ni a Dios, ni a mí, ni a las hermanas, ni el cielo, ni nada. Entristecida le dije. ¿De suerte que tampoco quiere usted a María Madre mía?

Con viveza, como quien defiende un derecho que van a usurparle me dijo:

- ¡María Madre mía, ¡ése sí quiere yo!

No tardará mucho en convertirse, les dije a las hermanas, porque María es la puerta de la fe. Efectivamente poco tiempo después, pedía el santo bautismo y se hizo un buen cristiano .

No era que en una parte se descuidara hacerles amar el Santísimo Sacramento, ni que en la otra se descuidara el inspirarles amor a María, ¡no! Es que Dios sin duda ninguna, quería mostrarnos desde los principios, que Él tiene sus gracias en muchas manos y que no hay que apegarse a ningún medio, ni hacerse exclusivista. ¡Qué bien se respira en lo ancho de los caminos misericordiosos del Señor!.

Hablo de esto, Padre, porque deja ver un rasgo de las lecciones con que Dios ha ido formando a las Misioneras. Yo misma les había enseñado que sólo por la Virgen podíamos conseguir la gracia de la conversión de esos infieles tan duros y rudos. Verdaderamente, la Santísima Virgen era el primer amor que se les infundía; sin embargo, aunque en Rioverde la amaban mucho, no era su amor dominante, ni la fuente de su gracia, al parecer por lo menos. Ése, era el amor generador de todos los demás.

En esta inesperada lección, vi Padre, lo ancho de los caminos de Dios y creo que aunque se sienta alguna inclinación especial a una cosa buena, no debe pensarse que las otras no dan el mismo resultado, en orden a la gracia.

Dios se vale de todo, pero antes de esta lección estaba tan apegada o convencida de la idea de que todo lo que mostrara a Dios sufriendo o rebajado al parecer, no debía enseñárseles, sino después de todo, cuando ya comprendieran que eran tan grande y sabio que esos mismos rebajamientos de la Encarnación lo hacían más grande.

Por eso cuando al principio los indios al ver a Cristo, me preguntaban, quién era Ése, les contestaba siempre: Ésta es una cosa que Dios quiere mucho y por eso la queremos nosotros también. Verdaderamente, eso de mostrarles a Dios muerto en la cruz, ha sido un escándalo para ellos. Un día me dijo uno: No enseñés que hay Dios, que eso es mentira.

- ¿Por qué? le dije yo.
- Porque hace tiempo que se murió, ¡yo sabe!

Por todo esto, había creído, que el camino era otro y lo es verdaderamente, en lo que podemos llamar pedagógico; pero Dios no está sometido a ninguna ley y convierte sus almas por mil caminos.

Comprendo, padre, que me enredé mucho dando esta idea, pero me importa porque quiero que seamos siempre fieles a estas enseñanzas de Dios y correspondamos teniendo ese espíritu amplio y libre que permite a Dios desarrollar mejor su acción en las almas. ¡Los espíritus de ideas fijas y de exclusivismos caprichosos, me parece que se apartan más de Dios y le ponen trabas a su amor! ¿Estaré equivocada?

Cupertino y el elixir prodigioso

Son tales los caminos de Dios para convertir a las almas, que voy a citar uno muy especial. Con nada se movía un pobre indio, llamado Cupertino. No quería creer en Dios, ni en María, ni en las hermanas, ni en nada. Todo movimiento de las hermanas, lo tomaba por el peor lado, pues tenía sospechas terribles y era malo en toda la extensión de la palabra. Pasaron años y no habíamos encontrado el lado para la gracia de Cupertino; nada nos consolaba en él, porque los favores que le hacíamos, lo envenenaban más, si cabe. Cuanto se le decía de religión, era hacerlo ir de la casa porque no lo aguantaba.

No perdonemos ocasión, les decía a las hermanas, de tratar a ese pobre indio, a ver si de pronto Dios lo coge, o nos muestra con qué se puede coger.

Un día se apareció a la casa con una fuerte enfermedad de estómago, ya muy pasada. Emprendimos la tarea de curarlo y contemplarlo cuanto podíamos, pero sólo lográbamos infundirle la gran desconfianza. Hacerlo rezar....¡Dios mío! Le daba rabia y si lo hacía casi a la fuerza, tenía tal disgusto que se procuraba acabar cuanto antes.

Tampoco los remedios le salían a la enfermedad y esto contribuía a que dijera que no queríamos curarlo. Mire, le decía, aprenda la ley de Dios para que se cure.

Por toda respuesta, recibía un gesto horrible. Un día se nos ocurrió darle agua con elixir paregórico a ver si mejoraba de su enfermedad corporal, para que por agradecido, si acaso era capaz de agradecer, comenzara a dejarse salvar. Toma aquella medicina y a poco, con semblante amable como nunca lo había tenido dice:

- Ese remedio cayó blandito! ¡Ta sabroso! Yo quiere rezar. Yo quiere rezar pronto.

¡Dios mío! ¡Qué sorpresa tan agradable! Dos o más veces al día le propinábamos la medicina ésa y las mismas veces pedía él clase sin manifestar ni desconfianza ni cansancio, ni dureza de ninguna clase. Poco nos interesábamos porque su enfermedad de estómago cediera al remedio; más convenía tenerlo en necesidad de él, mientras se instruía para el santo bautismo. Sin embargo, la parte física de Cupertino también se mejoró. No por eso dejó de tomar el elixir bienhechor, porque siempre se lo dábamos como aperitivo de la Ley de Dios. Esto nos daba mucha risa, pero es la verdad que le entró tal apetito de aprender la ley del Señor, que en poco tiempo, estaba anheloso del santo bautismo y ya enterado de las verdades necesarias, se le dio el santo bautismo y cuando iba a recibir la Sagrada Comunión, lleno de temblor muy fuerte decía:

- ¡Yo no tiene miedo porque ese Josocristo ya pagó todo mi debe; no tiene miedo!

Después de comulgar, no podía separarse de la sagrada mesa, debido al temblor que lo invadía y me decía: ¡Corazón está blandito, Dios mucho querido! Josocristo todo mi debe ya pagó... y lloraba como un niño aquel anciano que acababa de gustar las dulzuras de Dios.

Su vida después fue de fidelidad constante a Dios y ni la idea de la Santísima Virgen, ni la de Eucaristía, como los de Rioverde fue la gracia tónica de su conversión. Fue la Redención. Eso de que Jesucristo hubiera pagado a la justicia de Dios lo que él debía y la cantinela diaria del viejecito era: Dios mucho querido, Josocristo todo mi debe pagó.

Un día le asaltó una duda terrible y se mostró triste y reservado, sin decir lo que tenía. Las hermanas le rogaban que hablara claro, si estaba

enfermo, o qué tenía, pero todo era inútil. Tanto sufría que hasta temíamos por su vida, pues se iba acabando lentamente. Un día dijo: A Madre mucho necesita yo. Fui y le rogué que me hablara claro, sin conseguir, sino estas expresiones:

- Josocristo todo de mío pagó, pero...
- Pero qué, le repuse.
- Yo muy triste... pero no aguanta pa decir vos.
- ¡Diga con confianza, le dije. Diga que Dios lo quiere mucho!
- Ese también mucho querido de mío, es decir, yo también lo quiero. Pero es que corazón criste...

Me estuve mucho rato preguntándole y viéndole si le adivinaba y nada conseguimos. Cada vez que decía: Josocristo todo mi debe pagó, lloraba. Algunas veces me parecía que por agradecido y otras veces mostraba una duda acompañada de amargura. Así se estuvo más de ocho días y con frecuencia me llamaba en secreto, pero no se resolvía a decirme nada. Por fin un día después de la sagrada comunión, llamándome aparte me dijo:

- Ve madre, mi hijo mucho pecao tiene, (llorando inconsolablemente) ¡mucho pecao! ¿Será no alcanzó pa pagar de mi hijo? Es que ese mucho pecao... de mío todo pagó, ¿pero de mi hijo será no alcanzó?

Diciendo esto sollozaba como ahogándose de amargura. Le aseguré que Jesucristo había pagado la deuda de todos, absolutamente de todos.

- ¿Hasta de Gargartijo también? (Así se llamaba el hijito de Cupertino)
- Sí, también porque Jesucristo mucho puede. Esté tranquilo.

Con decirle esto, su rostro se cambió y lleno de la más bella alegría repetía:

- ¡De mi hijo también todo pagó! ¡Parece con alegre muero yo! ¡Josocristo mucho pagando! ¡Mucho querido, de mi hijo todo pagó! ¡Yo muere con alegre!

Ay, padre, no hay nada más bello que ver a estas fieras convertidas al influjo de la gracia, en corderitos aplicados y tiernos. La ternura de Cupertino con nuestro Señor, fue el más bello consuelo que teníamos en la misión de Dabeiba. Y siempre que les hablaba a los demás, sobre todo a los indios reacios les decía: ¡Josocristo todo condena de nosotros pagando, mucho quiere corazón!

Total padre, que la nota característica del cristianismo de Cupertino, era la Redención y el misterio que le dio color especial a su conversión. Por el elixir paregórico se nos abrió la puerta de su corazón y la nota que repercutió definitiva en su corazón, fue la Redención, sin que hubiéramos intentado hacerla descollar en las enseñanzas. Dice la hermana que se la enseñó, que al oírla por primera vez, preguntó mucho y que cuando se convenció bien de la verdad, lloró.

Por esto le decía, padre, que me arrepentía de haberles enseñado a las hermanas que una sola era la puerta para la fe, pues aunque lo lógico es ir de lo fácil a lo difícil, la gracia no tiene lógicas de las de nosotras. No por esto he prescindido del conocimiento de la Santísima Virgen, como inicial, pues aunque después no quede como la tónica del alma favorecida, sí es la puerta más segura.

Si fuera a darle de nuevo esta idea, no la diría así y ¡creo que no gastaría tantas palabras para decir cosa tan fácil y breve! Tenga paciencia, padre y bótele a esto cuanto estorbe a la claridad, o sea inútil.

CAPÍTULO XXXVII

- EXPLORACIÓN A RIOSUCIO - EN LA POSADA DE CHOROMANDÓ
- EL MÓVIL DE NUESTRAS ACCIONES - ENTREVISTA CON LOS
INDIOS DE PAVARANDOCITO - UN PERCANCE ASOMBROSAMENTE
MISERICORDIOSO Y LINDO - AQUELLA NOCHE PASADA SOBRE UN
PEÑASCO - CONSECUENCIA DE LA EXPLORACIÓN
- FIN PRIMORDIAL DE LA MISIÓN - ENFERMEDAD Y CURACIÓN
DEL PADRE ELIAS

*" Porque Tú eres mi fortaleza y mi refugio; y por causa
de tu nombre me guiarás y me sustentarás". (Sal.30,4)*

Exploración a Riosucio

Ya bien organizada la casita de Rioverde, y la de Dabeiba trabajando con regularidad, quisimos hacer una exploración siguiendo el Riosucio⁸⁰ en donde nos decían que había indios. Aprovechamos la circunstancia de haber llamado un señor de Pavarandocito al padre Peña para que lo casara.

Pavarandocito, pueblo de negros, con unos poquísimos blancos, retirados allí, atraídos por la abundancia de tagua, pero sin importancia especial. Está situado a orillas del Riosucio, a varias jornadas abajo de Dabeiba y con un clima que ponía espanto en todos los que lo conocían.

El padre debía ir a hacer la caridad de casar al hombre que lo solicitaba y no estaba dispuesto a ir solo. Esto a nadie debe extrañar, pues que aquel monte no lo atravesaba una persona sola, sin ser temeridad imperdonable y pagarla muy caro. El clima, los ríos desbordantes y tantos, que en el trayecto entre Pavarandocito y Dabeiba se encuentran treinta y dos correntosos, sin diques y de aguas insalubres. Determinamos pues, aprovechar la oportunidad y a la vez que acompañábamos al Padre, él lo hacía a nosotras y buscábamos los indios de aquel río.

No recuerdo por qué razón, se resolvió que el reverendo padre Elías, quien casi vivía en la misión del todo, por entonces, fuera también, quizás porque a él más que a nadie, le convenía conocer esa región. Y además, el

⁸⁰ RIOSUCIO: Río que pasa por Dabeiba, hacia Urabá y desemboca en el río Atrato.

reverendo padre Peña, no iría muy tranquilo sin otro sacerdote. Se organizó la exploración con los dos sacerdotes, dos hermanas: la de la Inmaculada y esta servidora y uno o dos peones. Aun el Riosucio se pasaba por garrucha o balsa y el paso de las bestias era difícil por tener que esperar mucho cuando el río estaba crecido. Por tal motivo salimos tarde y la primera jornada fue sólo a Choromandó.

Decir, padre, el estado de mi alma entonces, cuando con tanta abundancia de Dios me daba lo que necesitaba en materia de alivio a mi pena interior, cuando se me abrían medios y campos de apostolado, cuya necesidad en mi alma era como la que el pez tiene del agua, no es fácil decirlo. Quizás por lo mismo, conservo poco recuerdo de las circunstancias y accesorios de esta exploración. Mi espíritu lleno, por decirlo así, de amorosa amargura, poco, muy poco advertía de lo exterior.

Desde las revelaciones del reverendo padre Elías estaba como embobada y enervada por cierta atmósfera de presencia de Dios. Enervada, digo, porque realmente lo estaba, para todo lo exterior. No hacía sino disparates, porque en nada estaba mi alma sino a medias. No sé dar razón hoy, de muchas cosas del viaje, precisamente por lo mismo. Era como en estado de un medio arrobamiento que algunas de las hermanas observaban, pero que nunca se resolvieron a preguntarme nada.

Naturalmente ese estado se acentuó más, con la gracia de poder hacer esa correría apostólica que tanto se prestaba para levantar el alma a Dios y además, viajar con dos sacerdotes muy recogidos y santos, era para elevarse más el alma. De todos modos me di poca cuenta de la salida de Dabeiba, y de cómo dejé la casa y las hermanas.

En la posada de Choromandó

Llegamos temprano a la posada y mientras preparaban comida y lo necesario para pasar la noche en una casita de gente muy pobre, única que había, pero que siquiera tenía techo, me quedé con las compañeras en un cuartico o cobertizo de la estancia y conversábamos de cosas de Dios. Propiamente no recuerdo de qué, cuando me traicionó mi estado... ¡Dios mío! De pronto me perdí, no supe más. Sentada en plena visita, por decirlo así, me fui... No sé lo que pasó al exterior. En lo interior me inundé de Dios. ¿Pero, qué es inundarse de Dios? No sé decir. No era embriaguez; no era tampoco ternura ni contacto con la divinidad, según llamaba el reverendo padre Elías estas cosas que antes había sentido. Sé, sencillamente,

que era con Dios en quien estaba perdida y sin conocer nada, gozaba. Tampoco sé qué tiempo transcurrió. Doy cuenta que de pronto oí a la hermana que me preguntaba algo de lo del asunto de comida y la oía como quien oye de lejos y aunque tenía pena de no responder, no lo hacía y advertía que lo estaba notando, pero no era como dueña de dejar lo que gustaba. La hermana viendo que tenía los ojos abiertos y que no contestaba ni miraba, les hizo no sé que señas a los padres, quienes salieron del sitio ése. Poco después pude hablarle a la hermana y estuve muy apenada.

Cosa parecida me había ocurrido otra vez, en Dabeiba, estando en la capilla rodeada de indios; pero con la diferencia que en esa ocasiones sí advertía que estaba como inundada en ciertos atributos de Dios, como su inmensidad, su santidad, etc. y además, advertía que me llamaban y no contestaba, no por impotencia, sino por no dejar lo que veía o sentía.

De esto me acusé en cierta ocasión, porque vi en ello, como cierta sensualidad. El padre me dio el merecido regaño y no volví a engolosinarme más, de un modo conocido. En esta vez, de la posada de Choromandó, fue más distinto todo, porque no sé dar cuenta de lo que sentía, ni conocía nada y si me di cuenta de que la hermana me llamaba, era según parece, cuando la cosa ya pasaba, como en estado medio inconsciente y me parece que tenía impotencia para contestar.

Figúrese, padre, cuán corrida me vería entre los compañeros, después de lo que pasó. Por fortuna todos fueron muy prudentes y nada me dijeron. Vino a quitarme la vergüenza, una cosa que la digo para que se ría.

No recuerdo cuándo hablando con el reverendo padre Elías, sobre oración, me resolví a poner una comparación que siempre había guardado para mí sola. Le dije que cuando los lechoncitos de una marrana iban a mamar, primero daban muy duro contra la ubre de la madre y la estregaban con fuerza, para obligarla a largar la leche y que tan luego como les bajaba la leche, se quedaban chupando con los ojitos cerrados y quietecitos, sólo de cuando en cuando mueven la colita. Que lo primero, es decir, los estrujones, son la meditación en la cual el alma se empeña en repasar las verdades y sacarles todas sus consecuencias, hasta lograr sacar la leche de los afectos suaves de amor o lo terribles del temor, etc. Y lo segundo es la contemplación en la cual, el alma se queda quieta en sus potencias gustando de las luces y afectos que le ha dado la meditación, y de cuando en cuando, sólo da una mirada al misterio para volver a gustarlos, del modo que en mi comparación, (que me perdone Dios) el lechoncito mueve la

colita con suavidad y abre la boca como para darle facilidad a la leche para pasar, para luego volverse a dormir chupando.

Pues en Choromandó apenas acababa de pasar mi bochorno, me llamó el reverendo padre Elías diciéndome: "Madre, venga mire, unos contemplativos en arrobamiento completo". Nos reímos mucho y fuimos a ver aquello, que escandalizó mucho a los que no conocían la comparación. ¿Cómo así? Decían. Hube pues, que volver a las explicaciones. En esto se pasó la tarde y por la noche, otro cuento que muestra la sencillez de las gentes del campo.

De todos modos, la mujercita dueña de la casa, para darnos mejor modo de dormir, en las pocas camitas que tenía, determinó arreglarnos camas juntos. El padre Peña, ruborizado salió y dijo que dormía en el patio. El padre Elías se enojó con la mujercita y esta servidora quiso explicarle algo con el prudente disimulo acostumbrado en estos casos, y resulta que la mujercita se puso a llorar, porque aunque ella quisiera colocarnos bien, no lo acepábamos. Que era una desgracia ser pobre, por eso. No supimos al fin si la mujercita creía que no éramos hombres y mujeres o si creía que podíamos dormir juntos sin faltar a la decencia. No hizo sino llorar al ver que los padres cogieron sus esteras y se fueron a dormir al patio o corredor, no lo sé.

Después nos dio qué pensar esto. A cuánta ignorancia se llega en los montes y cuantos peligros para las religiosas y para el sacerdote. Apuntes para mi cartera, dije yo que apenas estaba estrenando la vida que seguirían las hermanas en las excursiones. Vi cómo debía formularlas y de cuántas precauciones debía rodear las excursiones y viajes.

Después con frecuencia, nos ha tocado que nos arreglen dormida con el hombre de la casa, así como duermen con él todas las personas de la familia, sin tomarse la más ligera molestia de precauciones. En tales casos, las hermanas dicen sencillamente que como son religiosas no les permiten dormir con nadie extraño y se hacen su cama en donde pueden y quedan más separadas de las gentes. ¿Cuándo pensábamos nunca encontrar estas costumbres en el mundo civilizado y cristiano? ¡Imposible!

Al día siguiente rabiaba el padre Elías como sabía hacerlo. A mí sólo compasión me inspiraban estas gentes. No sé si lo hacen por ignorancia o por malicia; pero de todos modos son dignos de compasión los campesinos y por eso hay en ellos tan poca virtud. Todo esto iba poniéndolo Dios ante mis ojos, providencialmente, pues quería irme mostrando las necesi-

dades de los semisalvajes, para cuyo bien también nos llamaba. Entonces ni sospechaba yo que hubiéramos de trabajar con ellos.

El móvil de nuestras acciones

Nuestro viaje, en general, fue un estudio riquísimo de cómo se salta por encima de las dificultades. Aquel camino, quizás más transitado por los tigres, que por los hombres, era una verdadera amenaza para la vida, en todo momento. Pero aunque era esta servidora, la que daba más dificultades, por el pesado volumen del cuerpo, no tenía ni mucha pena, ni sufría por la inclemencia del medio. Tranquilamente llevaba en mi alma un alivio grandísimo de poder salir en busca de las almas, sufriendo algo en ello. Teníamos esas misas en los miserables ranchos o bajo la fronda de los árboles, y aquello era una fiesta de cada día. Las comuniones eran verdadero refrigerio para el viaje apostólico. Las comidas en hojas o en totumitas, me llenaban de dicha, pues eso sí se me parecía a misión entre infieles, cosa que era como una yedra en mi corazón y pedazo de él.

Los padres y la hermana cantaban en el camino Ave Marías hermosas que nos entretenían como abobados, pensando en la Santísima Virgen. Cantaron un "In exitu Israel de Egipto", bajando a Bedó, si no recuerdo mal, tan hermoso ¡que nos hizo salir lágrimas y a mí creer que los infieles, en majestuosa procesión salían de la infidelidad y que la misión que emprendíamos era la redención universal de los infieles! ¡Ilusiones! ¡Sueños de un momento! Pero que volvía a Dios diciéndole que los hiciera ciertos. ¡Y no tenía esa ilusión tan llena de encantos sólo cuando cantaban el salmo, sino que me acompañaba en casi todo el camino, porque se me anchaba el corazón y me parecía estrecho el mundo para mis deseos! ¡Y al ver la alegría de aquellos padres sentía renacer a cada momento mi esperanza!

Una cosa debo decir, que sirve de explicación a esta alegría y a muchas cosas que diré: No había yo pensado que se pudiera emprender una excursión como ésta, por gusto a las aventuras, ni por cierta simpatía a los viajes, ni por gusto natural. Y cuando hablaba a los padres en el sentido de que me alegraba de que ellos se hubieran entregado tan de lleno a ese duro apostolado, se miraban sonriendo. A fuerza de repetirse esto mucho, les pregunté la razón de aquello y el reverendo padre Elías, con la llaneza característica que lo adornaba, me dijo que por qué estaba yo creyendo que la alegría de ellos era toda de fervor en el apostolado; que no fuera majadera. Entonces, más sorprendida le dije: ¿Entonces, de qué puede ser si no es del deseo de las almas? Me repuso:

- Hay algo de eso, pero también es que tenemos simpatía por estas aventuras y cierto gusto por el cambio de vida que nos proporciona. No crea tampoco, Madre, que siempre que uno obra sea solamente por motivos de amor de Dios, es que en el fondo de las cosas hay ciertos gustos naturales que ayudan a hacer las cosas.

No puedo negar que tuve desilusión, aunque no me dio el padre ninguna noticia nueva. Él mismo, un día que acariciaba un niño indio y le dije que ya amaba mucho a los indios, me respondió: No crea que es el amor de las almas el que me arranca esta muestra de afecto, como vuestra reverencia piensa, no, es que este niño es simpático. No sé, si era humildad del padre esto, pero después me he fijado y verdaderamente el móvil de casi todas nuestras acciones es algo natural. ¡Triste cosa, por cierto!

Al ver que me ponía medio triste con estas cosas, el reverendo padre Elías me decía: Ya le he dicho que vuestra reverencia es tan diferente a todos, que no me explico cómo ha podido vivir entre los demás. Esto también era un abismo para mí, porque siempre había procurado parecerme a todos. Ahora veo que ni el padre Elías era distinto, ni peor que nadie. A fuerza de oírle hablar a él, las verdades, me he colocado en un campo menos erróneo que en el que vivía antes respecto a las cosas y sentimientos humanos. ¿No ve, padre, cuánto le debe mi alma al padre Elías? ¡Jamás me dejó en un error!

Entrevista con los indios de Pavarandocito

Nuestra visita a Pavarandocito fue corta; pero el viaje largo y lleno de enseñanzas. Bien vi que no sólo el deseo de aventuras guiaba al reverendo padre Elías, cuando en una posada lo mordió un murciélago y sin quejarse, ni decir una palabra, soportó el dolor y la incomodidad que aquello le produjo.

En Pavarandocito, los padres dieron unos ejercicios, con poquísimo fruto, pero vimos que era campo muy propicio, para cuando se pudiera establecer allí una casita misionera.

Para buscar indios tuvimos que ir al río Pavarandó y allí encontramos algunos muy atentos. Todos estaban sin bautizar. ¡ pena sentimos al verlos y tratarlos tan amables y deseosos de atendernos bien, tan sencillos y no hijos de Dios! ¡Dios mío! Lo que se siente en esos casos, padre, nadie que no haya estado en las mismas condiciones puede entenderlo. El Señor sabe que en esos casos, es decir, delante de las almas que nunca han conocido a Dios y que son sin embargo, nobles en su modo de ser, me siento como

oprimida por un dolor tan amargo, que sólo Él puede conocer y medir. ¡Dios mío, cómo se puede ser indiferente a cosa tan espantosa!

El padre Elías se entretenía viendo a los niños comer y se reía mientras la hermana les contaba algo a los indios y yo lloraba, no tanto exteriormente, como en lo más íntimo del alma.

Muy corta fue la visita a los indios, porque no tenía objeto hacerla larga, toda vez que la obra de convertirlos no es tan corta. ¿Convertirlos digo? ¡Dios mío! Si sólo Tú conviertes. Corrijo: La obra de enseñarles y atraerlos es larga y no podíamos disponer del tiempo necesario.

Tan cariñosos estuvieron los indios que, de la caza que tenían nos dieron modo de hacer algunas provisiones para nuestro regreso a Dabeiba. Dicen, padre, que los enamorados hacen argumentos de afecto hasta de una hoja o de un pañuelo usado por la persona amada; esto es cierto, hasta en el amor más sobrenatural. No puedo recordar sin mucha ternura aquellos pedazos de pájaros secos que nos dieron y que al comerlos y prepararlos en el camino, parecían como prendas de la salvación de esos infelices. Los padres se reían al oírnos a las dos Hermanas ponderar lo valioso de aquel regalo.

Percance asombrosamente misericordioso y lindo

Nuestro regreso de Pavarandocito tuvo el percance más peligroso y terrible. Así diría yo, si estuviera hablando a las gentes; pero como estoy hablando como a mí misma y sin descubrir nada de lo interior debo añadir, que el percance fue asombrosamente misericordioso y lindo.

Una vez arreglado el viaje, habíamos convenido en que el reverendo padre Peña, llevara la autoridad y que nosotros nos sometíamos a sus disposiciones de viaje. Lo cumplimos con suma escrupulosidad, pero se llegó un momento en que nuestra obediencia adquirió las proporciones de heroica. Y no tanto la nuestra, es decir, la de las hermanas que al fin mujeres tenemos más costumbre de cerrar los ojos. Pero la del padre Elías fue un ejemplar de heroísmo, en el caso que voy a referir:

El día de venirnos estaba aún sin determinar, cuando en el almuerzo dice el reverendo padre Peña que nos íbamos en seguida del almuerzo, ¡Dios mío! Ni provisiones, ni nada para meternos en aquella trocha, sin nada arreglado, ni el mismo padre había buscado bogas para embarcarnos río abajo, siquiera algún pedazo navegable que tiene el río. Sin embargo,

el padre Elías, después de hacerle alguna pequeña reflexión sobre lo peligroso de la salida a aquella hora, el invierno tan cruel y la falta de provisiones, más la hora que ya no era suficiente el día para llegar a la posada.

Ninguna cosa hizo trepidar al padre. Ciegamente nos sometimos y terminado el almuerzo, varias personas del pueblo vinieron a decirle al padre que estaba lloviendo por las cabeceras del Mutatá y que la creciente del Riosucio iría a ser terrible, que era una locura emprender el viaje a aquella hora. Nada valió. Como si nada se le dijera, se fue a buscar bogas; éstos le dijeron que por ningún dinero, se embarcaban en tales condiciones, que nadie se había escapado con el río crecido y que por ningún pretexto debíamos embarcarnos.

¡Dios mío! Todos se horrorizaban y nos rogaban que no hiciéramos la locura que nos indicaba el padre Peña. El padre Elías sólo contestaba, que si el padre no retiraba la determinación, nos iríamos. Mientras tanto el padre Peña logró, pagándoles muy bien, conseguir dos bogas que, decían ellos, no tenían miedo de morir y que además eran muy buenos nadadores. Ya con tal hallazgo, llegó contentísimo, el padre Peña; pero cuando ya nos habíamos despedido, en medio de las lágrimas de aquella gente, que no las vertía tanto por la separación, sino por la suerte que íbamos a correr, cuando dijeron los bogas que no tenían puyas, (los palos con que empujan la canoa). En secreto nos dijeron que era que los bogas las habían fingido perdidas porque tenían miedo. Esto no lo supo el padre Peña. Salió al momento y compró carísimas, dos puyas y se concluyó el asunto.

Las bestias salieron por camino de tierra a llegar al otro lado del Mutatá en donde, dijo el padre, que las aguardaríamos y nosotras con el equipaje, nos metimos en la canoa, serenos como si todo estuviera convidando a la tranquilidad. No sé lo que pensarían los demás, al oír los alaridos de los negritos, que en grito decían: ¡Lástima de madrecitas tan queridas! ¡Ay! ¡Cómo se van a ahogar! ¡Qué dolor cuando esta noche que no nos acostaremos las veamos bajar en las olas del río! Otros decían: ¡Adiós para siempre padrecitos, ya que quieren ahogarse! ¡Adiós para siempre! En fin, todas esas voces y las historias que contaban de no sé cuántos ahogados en condiciones menos malas que las nuestras, iban impresionando el ánimo.

Sólo el padre Peña se hacía como sordo a los pronósticos de las gentes. El padre Elías, sólo nos miraba, como preguntándonos si teníamos miedo. La hermana sí tenía mucho, pero no quería protestar, porque no lo hacíamos los mayores. Por mi parte no protestaba, porque el padre Elías no lo hacía y porque dentro de mi alma sentía que Dios nos libraría.

Es necesario advertir, Padre, que jamás sobresalió el padre Peña ni por arrojado ni por imprudente, era un hombre reposado y prudente; muy culto, de maneras finas y muy virtuoso. Me preguntarán entonces, ¿por qué lo que acabo de referir? No puedo explicármelo, ni tampoco se lo explicaba el padre Elías. Parece que Dios lo permitió para que éste último nos diera ese ejemplo de obediencia y disciplina tan especial y para probar la fe de las hermanas.

Salimos, padre, pasadas las dos de la tarde. Todo el pueblo salió a despedirnos a la playa, llenos de lágrimas y con su afán de pronósticos fieros. Aquello parecía el día del juicio. ¡Todos con los brazos abiertos despidiéndonos para la eternidad. La lluvia comenzaba... y ... partió la canoa!

Comenzamos a rezar... aquel río es bellissimo, de una apacibilidad muy hermosa e imponente en aquel punto. La lluvia arreciaba lentamente y así nos fuimos alejando. Los bogas en silencio empujaban la canoa hacia las orillas, sin duda porque favorecida por las frondas de los árboles de la ribera, estaba más a cubierto del viento que amenazaba volverse tempestuoso. No sé qué pensaban los demás. De mí doy cuenta que después de que la canoa partió no tuve miedo; me eché en brazos de Dios y la imponencia del río me daba ánimo. No había cómo pensar en que en caso de peligro podíamos tirarnos a una orilla, porque en todo el trayecto navegable, aquel río no tiene una sola orilla accesible: son peñascos elevadísimos que encajonan el río, obligándolo en algunos recodos, a estrellarse estrepitoso. Las frondas de los árboles muy inclinadas y majestuosas besaban las aguas casi en todo el trayecto, porque nacen en las rendijas de las rocas o en las paredes de los peñascos.

Por debajo de las frondas, iba nuestra canoa, de modo que podíamos ayudar a empujarla en los puntos duros para la fuerza de los bogas, haciendo palanca teniéndonos del ramaje. En algunas partes debíamos ir acostadas en la canoa para evitar el roce con las ramas que nos hubieran sacado de la canoa. Y como aquello era constante, con pocos intervalos de camino distinto, resultaba de gran cansancio, el cual crecía con lo de tener que resistir un vaivén fuerte de la canoa por la dirección impresa por el boga, con el fin de evitar las partes peligrosas.

Creo que no es posible tener rato, en que la presencia de Dios y el recurso a Él, se impongan más que en esto. Íbamos verdaderamente en sus brazos, más que en la concavidad de la canoa. Su Providencia era la única que podía salvarnos en tan frágil embarcación sobre un elemento tan terrible cual se iba poniendo aquel río a medida que la lluvia arreciaba y cuan-

do adelantábamos hacia el Mutatá así como al recibir el oleaje del Surrabay, que venía bravo. ¡Dios mío! Por donde quiera peligros inminentes y ni un solo medio de salvar la vida en caso de flaquear o perder el equilibrio aquella miserable canoa.

¡Nos mirábamos y rezábamos! La presencia de Dios me invadía y sentía la fuerza de su poder y el amor de su Providencia con tal fuerza que se me acabó por completo el temor y aún la duda con que salimos de Pavarandocito. Horas más en Dios no es posible pasar. No va un niño que duerme en brazos de su madre, más seguro y tranquilo, como yo me sentía en medio de aquel peligro. Sin duda ninguna los padres llevarían también mucha confianza, porque aunque de tiempo en tiempo pedían al cielo misericordia, tenían alguna serenidad y la hermana temblaba de miedo, sin dejar de rezar.

Ya muy tarde tuvimos un susto que no puede calificarse, al ver que en un recodito, al voltear la canoa, una rama se robó un boga y lo tiró al río. ¡Dios mío! Cuando lo vimos en una ola que se levantaba al lado de la canoa y que luego volviera a hundirlo, dimos todos, como de acuerdo, este grito: ¡Dios mío! Más tardamos nosotros en decir esto, que el otro boga de soltar la canoa, aguas abajo, a darle alcance al pobre que iba envuelto en aquella ola tan furiosa. A pocos minutos, ya le había puesto la canoa por delante al que iba en la ola y a quien veía y nosotras no. ¡Éste dio un bote con el cuerpo y quedó dentro de la canoa! ¡Qué alegría, Dios mío! Parecía que aquel boga, fuera un hijo, el más querido. Había nacido por decirlo así, en aquel momento.

Mas, la tempestad que se acercaba y la creciente del río, no daban tiempo para darle expansión a nuestros sentimientos, porque no había plano dónde detenerse ni un minuto... ¡Aquella canoa iba de orilla a orilla del río, con la rapidez más grande! Veían los bogas que en la dirección que íbamos, traía el río un árbol o un tronco, y había de emprender rumbo hacia la otra orilla, cortando el torrente del medio, con inmenso peligro para la pobre canoa, que a su paso se veía inundada de las olas que le tiraban dentro buena cantidad de agua. Para que no se hundiera, era preciso que, con la totuma, uno de los viajeros estuviera constantemente botando agua. Cuando apenas llegaba a la orilla, asomaba otro palo por otro lado ¡y vuelta a la arriesgada maniobra de cortar aquella formidable corriente del medio del río! Así se pasaron las horas que parecían eternas, sin que la lluvia lenta cesara ni llegáramos a parte segura, siquiera fuera una playa inundada que nos hubiera parecido un oasis.

Eran las seis de la tarde cuando llegamos al Mutatá. Allí los bogas enérgicamente protestaron contra la orden del padre Peña, de atravesar la corriente de aquel río, que al caer en el Sucio, se precipitaba fiero, arrastrando árboles y piedras, ¡capaces de llevarse cositas más pesadas que nuestra pobre canoa!

Fuimos preguntados todos sobre lo que debíamos hacer. Pero, ¡Dios mío! ¿Si no pasamos, en dónde nos parábamos? Entre aquellas olas embravecidas en una playita del Mutatá, que como único asilo nos ofrecía pasar la noche en pie, con el agua a la rodilla y con lluvia lenta y tenaz que parecía no iba a calmarse en toda la noche y, además expuestos a que si el Mutatá crecía un poco más, la inundación subiera a la playita y fuéramos ahogados a altas horas de la noche. Ante esta perspectiva hubo momentos en que consintiéramos en suplicar a los bogas se arriesgaran a atravesar la corriente del Mutatá, pues en la orilla opuesta, ya había tierra firme y aunque sin rancho ni manera de hacerlo, lo veíamos como un oasis delicioso.

En todo el día no habíamos comido después de lo que nos dieron en Pavarandocito y el susto, el frío y el cansancio, de tanto tirar para empujar la canoa, en aquellas horas de tormenta tan largas para nosotras, se unía el hambre, ¡jamén de otras necesidades físicas que atormentan, sin misericordia! ¡Dios mío, que tormento!

Los bogas consintieron en aquella última propuesta, en vista de nuestra resolución y determinaron echar la canoa. No recuerdo si los padres nos absolvieron: pero la Hermana María de la Inmaculada, sí la pidió. Todos emprendimos a rezar con un fervor grande y echaron la canoa...! ¡Pero, Dios mío! Las olas le dieron tal arremetida, que los bogas después de sostenerla milagrosamente, dijeron al reverendo padre Peña que pasáramos solos, que ellos se metían por el monte y allí amanecían. Al mismo tiempo la hermana de la Inmaculada, crispados sus nervios, había salido de casillas y enérgicamente protestó contra la tenacidad que mostraba el padre Peña, y sin pensarlo, pues no se daba cuenta de ello, puso término a la duda y resolvimos bajar a pasar la noche en la temida playita que, al menos nos perdonaría la vida por lo pronto.

¡Aquel desembarque fue cosa triste! Todo el equipaje venía pasado de agua; no había pues modo de cambiarnos lo que llevábamos puesto y que chorreaba agua. Todos tiritábamos de frío y sin pensarlo nos dispersamos en aquella playa volviendo cada uno a decir que en mucha extensión no quedaba parte seca absolutamente. El agua, en cualquier parte daba cerca de la rodilla... Y allí había que pasar la noche... y sin comer ... y sin modo

de sentarse siquiera. Los dos ríos bramaban como para tragarnos y las lluvias no cesaban...

A nadie faltó ánimo. Sin embargo todos, sin duda, teníamos el pensamiento de que Dios sería nuestro amparo en aquella noche, más que en otra posada bajo techo y en cama caliente... Nos mirábamos y aún pensábamos ya en ver, cómo se clavaban unos palos, para poner a manera de toldo, los encauchados, para que siquiera a las cabezas no les fuera tan mal con el agua y el sereno, cuando vinieron los bogas, que también se habían retirado un poco dentro de la playita, que no carecía de arbolitos en donde ocultarse un poco y dijeron que sobre un peñasco que nos mostraron a la entrada del bosque, debía haber un rancho construido por unos tagüeros que en meses anteriores habían estado por allí, cogiendo tagua. Era pura suposición, pues también el rancho era muy posible que ya se hubiera destruido; ¡pero nos hizo saltar de dicha!; Nos pareció que hasta el río venía menos bravo!

Fueron los padres a inspeccionar el campo y hallaron un ranchito delicioso, hasta con un fogón con leña seca. Sólo hallaron que el acceso al peñasco sería muy difícil para nosotras, pero iban a ver cómo hacían que los bogas formaran algo así como una escala en la roca y que de alguna manera subiríamos. Así lo hicieron; con los machetes formaron en la roca unas como muescas y con un lazo nos subieron, apoyando los pies en las muescas. Qué sorpresa tan grande padre, cuando vimos apenas, porque la noche ya comenzaba, el ranchito debajo de unas enormes matas de tagua y rodeado de monte espeso en donde decían los bogas que no se podía pisar porque había enormes culebras.

Nuestra alegría no tenía medida. Encendieron fuego los bogas y nos pusimos a ver de qué modo inventábamos comida de algo, que a la salida nos habían regalado los de Pavarondocito.. Pero...¿ y la olla? Debíamos cocinar unas patas y alas de pájaros secos que nos habían quedado del regalo de los indios de Pavarandó y con galletas hacernos una sopa, pero no había ollas; no recuerdo a cuál se le ocurrió que el mismo tarro de las galletas servía y procedimos a desocuparlo. Hicimos un caldo rico, aquellos pedazos de pájaro secos, que en otras condiciones nos hubieran dado náusea, en ésta, eran poquito para darnos delicia y calmar aquella hambre voraz. En fin, el calor mismo del fogón era un refrigerio digno de acción de gracias.

El padre Elías, una vez que hubimos tomado la cena, procedió a secar las ropas, al humo y el reverendo padre Peña a la división del rancho. Con unos encauchados colgados en un lazo, hizo dos departamentos de aquel

ranchito, que era sólo para una persona; pero así lo hizo y quedaron indicados los dormitorios así: De un lado las dos hermanas sobre hojarasca seca; del otro lado del encauchado los padres también muy muellemente alojados sobre hojas secas y medio fuera del rancho, cerca del fogón, los bogas, del lado de los padres.

Aquella noche pasada sobre un peñasco

Después de calentarnos, comer y secar algunas ropas para cambiar las tan mojadas, que aterían nuestros cuerpos, se tiraron los padres y bogas a dormir, como bienaventurados. La hermana y esta servidora acurrucadas casi la una sobre la otra, o por lo menos contra la otra, quedamos en silencio mientras los padres se durmieron, lo que notamos pronto por los roncidos, que sin duda, la falta total del almohada, les hacía dar.

Enseguida rezamos nuestras oraciones de la noche y pensamos en dormirnos mientras que nos hacíamos también ciertas reflexiones sobre lo de enderezar todas nuestras intenciones y la manera de hacer meritoria aquella noche y aquellos trabajos, como hemos dado en llamar estas cosas. La hermana se durmió; pero esta servidora en vano trató de hacerlo. Tantas reflexiones...

Si me dormía y después me movía, aunque fuera lo mínimo, había de tropezar con la espalda del padre Elías, pues nos separaba sólo el encauchado. Qué respeto sentí y cómo pensé en las veces que esto mismo se les ocurriría en el futuro a las misioneras. Cómo me uní con Dios, interrogándole su santa voluntad en asunto tan delicado. Vi pasar delante de mí muchas noches de porvenir como la que tenía delante y recogiendo toda mi alma, quise adorar a Dios en todas ellas cual si estuviera en todas y cada una de ellas, el momento presente. Qué acto de adoración hice, padre, como resumiendo en la esencia de mi adoración, la que todas mis hijas del porvenir, que habrían de encontrarse en iguales circunstancias, debían hacer.... Pensé en los ángeles de la guarda de los que allí respiraban profundamente dormidos... alrededor mío... los saludé y les hablé de esas almas, sus protegidas... Bendije a Dios por la pureza de esos padres que dormían y le pedí muchas cosas para ellos... Llegó la luna en su mayor esplendor, por ahí cerca de las dos de la mañana y logrando el sueño profundo de mis compañeros, me asomé al borde del rancho, por el lado nuestro, se entiende y con el claro de la luna, vi el monte cerrado que nos rodeaba... oí bien el silbar de las culebras bajo la fronda de una gran mata de tagua.... ¡Dios mío!

Me asomé al borde de la barranca o roca sobre la cual estábamos, para ver si veía la causa del ruido subterráneo y ronco que producía el río, procurando por supuesto, no perder la presencia de Dios, para hacerlo con Él, y así no tener miedo. Me asomé y.... ¡oh belleza sin igual! Aquellos dos ríos eran como dos volcanes que se querían tirar. Parecía que querían superarse en el bramar; juntos se estrellaban contra la roca, en cuya cumbre dormían tan tranquilos aquellos servidores de Dios... ¡y la roca permanecía inmóvil! ¡Dios mío! Qué prodigios de tu poder y qué cuidados con los tuyos...

El Mutatá bajaba árboles casi parados sobre sus corrientes; parece que los arrancaba, quién sabe dónde, con sus raíces incrustadas en grandes piedras que también arrastraba y por eso venían como medio parados sobre la borrasca, unos y otros, tendidos y despedazados. Aquello parecía un conflicto de la naturaleza y como ya no llovía y había mucha claridad, pude contemplarlo hablándole a Dios de cómo deseaba, que así impetuosamente, como aquellas aguas se arremetían unas a otras, las oleadas de mi amor brotaran para darle el que los demás hombres le negaban...

En fin, no acabaría, padre, si fuera a dejar aquí consignados todos los sentimientos que tuve en aquel rato de soledad y delante de este majestuoso mundo, con aquel cielo ya despejado y en las lejanías más absolutas de todo lo artificial humano, y con Dios manifestándose grande y terrible, a la vez que amoroso y dulce en aquel sueño tan tranquilo de sus siervos. ¡Bendito seas Señor de mi vida! ¡No diré lo que sentí, jamás, aunque escribiera mucho!

Terminada esta inspección volví al ranchito y desperté a la hermana. Sin comunicarle mis impresiones, ni dejarle comprender que había salido del rancho, le dije que se pasara a mi puesto y me diera el de ella, para que así, ella velara un rato y yo durmiera otro. Me preguntó la causa de no querer dormir y le dije, como la primera, el hecho de poder turbar el sueño del reverendo padre Elías si por casualidad me movía y como segundo, le dije que sentía como no sé qué necesidad de que una velara por respeto a las condiciones y circunstancias en que estábamos, lo cual debíamos hacer para mostrarle a Dios, cómo desconfiamos de nosotras mismas y de todo lo humano. Además, le dije, que bien merecía la pena de velar un rato, la necesidad en que estábamos de orar y conseguir de Dios su gracia en tantas dificultades en que nos encontrábamos y podíamos encontrarnos. En fin, la hermana me comprendió perfectamente y dormí un rato.

A las cinco de la mañana la hermana entonó nuestros amados salmos de la mañana y con esto despertaron los padres y los bogas quienes emprendieron la hechura del altar para celebrar la santa misa. Nosotras rezamos un poco, y nos preparamos para la Sagrada Comunión. ¡Sobre lo que por la noche fue fogón, colocaron el altar y de una hora a otra se convirtió en santuario!

¡Qué comunión aquella, Dios mío! ¡Si nos dieras muchas como ésta! Uno de los padres celebró y el otro comulgó con nosotras y sólo los bogas, apenas se dieron cuenta de lo que aquello era. ¡Qué contraste con esas almas alejadas de Dios! ¡Qué amarguras tuve! ¡Cuánto pensé en la muerte de esa pobre gente que con tantos esfuerzos habían salvado nuestra vida y que tanto, sobre todo, habían costado a Nuestro Señor! Y aquí padre, llegué a lo duro de mi alma. Puede decirse que le toqué la tónica al corazón: la pérdida de las almas... ¡esto bastó para que siguiera amargada todo el día!

Terminada la Santa Misa, hicimos un café que afortunadamente traíamos y con galletas fue nuestro desayuno. Recogimos todo y a bajar aquella roca, pues si habíamos dormido como los cóndores sobre el peñasco, no teníamos como ellos, alas para bajar. Aquello fue un tanto difícil y no dejé de darles un poco de gresca a los compañeros.

Encontramos ya la playita del Mutatá sin agua, pero llena de lodo. La pasamos y fuimos a buscar la canoa para que los bogas, antes de regresar a Pavarandocito, nos pasaran al otro lado del Mutatá, que ya estaba manso, aunque en su mansedumbre, este río no deja mucha tranquilidad, es correntoso y difícil. Al pasarnos, un boga volvió a caer al agua, pero con una agilidad como de pájaro salió y cayó dentro y siguió remando como si nada hubiera ocurrido. Tanto fue lo rápido y calmado de esto, que tuve que preguntar si verdaderamente había caído o si era maniobra ordinaria de ellos.

Ya estamos en un pedregal terrible de muchas cuadras que rodea al Mutatá, pero... ¿y las bestias? Los peones el día anterior habían quedado en que los esperábamos en este lugar; pero... ¿ellos pasarían el Surrumbay que creció tanto? ¿Podrían pasar los tres ríos que atravesaban el trayecto que les tocaba? ¿Se habrían ahogado?... ¿Pasarán adelante? ¡Imposible saberlo! Por allí no hay ni una sola habitación y los transeúntes únicos éramos nosotros, en muchos días... ¡Resolvimos esperar! Que si se habían

ahogado lo sabríamos al ver que no aparecían; si habían vuelto a Pavarandocito, de allí vendrían en todo el día y si se habían pasado adelante, al llegar a Tasidó se volverían a buscarnos. No había otro remedio. Los bogas, muy bien y justamente remunerados, volvieron a Pavarandocito y los demás quedamos en aquella playa, hasta casi las dos de la tarde, hora en que llegaron las bestias.

La suerte de los peones fue menos fuerte que la nuestra, porque desde temprano los atajó un río y se quedaron en una casita, pues por el camino que ellos llevaban hay una que otra habitación.

Nuestro almuerzo en la playa, hecho en las mismas condiciones, con unas fritas que nos habían echado en Pavarandocito ya muy pasadas y sin más sal, que las que éstas tenían, fue también una aventura. Pero, qué gratitud sentíamos a Dios, ¡pues ni esto debíamos tener, dada la salida tan rara y súbita de Pavarandocito! Hubo en la mañana baño en el mismo Mutatá, rezo después y cantos muy alegres.

Tomamos las bestias como a las dos de la tarde y vinimos a Tasidó en donde hay una buena posadita de gente pobre, pero buena. Debo confesar sin embargo que, para mí, es mejor dormir por ahí en los ranchos desocupados, que en los que hay habitantes, porque en los primeros debo entenderme con Dios, dueño de él; y en las casitas habitadas he de entenderme casi siempre con gentes que están muy lejos de Dios y se me oprime mucho el alma. ¡Si pudiéramos que las posadas fueran siempre de cristianos fervorosos, por gusto se podía dormir en ellas!

Sin muchos percances terminó el viaje. Al llegar a Dabeiba encontramos al reverendo padre Rojo, quien había sido enviado de Urama, por el señor obispo, para que las hermanas no carecieran de la Sagrada Comunión. Vino a encontrarnos y nos echó sermón muy bonito.

Consecuencia de la exploración

De este viaje sacamos el conocimiento de que en Pavarandocito había pocos indios y como entonces no se veía claro si Dios quería que trabajáramos con semisalvajes o campesinos, no movimos ningún resorte para hacer nada a favor de esa pobre gente, aunque sí salimos llenos de compasión. A esas poblaciones no llegaba un sacerdote desde hacía varios años y había llegado a quedarse hasta siete, sin ver un ministro del Señor. Las costumbres desastrosas y la falta de fe, hacían ver ese campo como el más

necesitado; pero no había por aquel tiempo, modo de hacerle el bien. ¡Su conocimiento sólo me sirvió para acrecentar la desolación de mi alma, al considerar y palpar, por decirlo así, la pérdida de tantas almas! ¡Aún al recordarlo, quisiera llorar! ¡Qué desconocimiento de Dios y qué amontonamiento de pecados... Y luego morir como un perro! ¡Dios mío... y ser almas salidas de un soplo divino... y ser suspiros del mismo corazón de Dios! ¡Cuánta fuerza debemos tener para no morir de dolor!

Fin primordial de la Misión

Digo, padre, que no sabíamos en aquel tiempo si Dios nos llamaba a trabajar con los semicivilizados, y debo alguna explicación:

Ya por lo que llevo escrito, puede verse muy claro que el llamamiento urgente de Dios a mi alma, era para los indios. De eso no me queda duda. Sólo un poco más tarde se fue acentuando para con los infieles en general, civilizados o no, de cualquier raza. Para salvajes fue siempre aunque estuvieran bautizados. Pero para las gentes que, como los de Pavarandocito y los de pueblos así muy atrasados y que no pueden tener muchos recursos espirituales, aunque con algún esfuerzo podrían tenerlos, no lo veía muy claro.

Comprendo, padre, que estas distinciones, no son comprendidas por muchos, con alguna razón, pues que almas son todas, y ante Dios, esas distinciones no deben tener mucho peso, ni ninguno. Además, mayores razones asisten a los que se afanan más, por ejemplo, por la perseverancia de los justos, pues que mejor es trabajar por los amigos de Dios y Él debe quedar más contento de nosotros, cuando le agasajamos un amigo y le aseguramos su perfeccionamiento, que cuando le ayudamos a un su enemigo, como es el pecador y el infiel. Eso lo comprende cualquiera y además, se ve claro que las almas todas deben interesar nuestro celo y efectivamente, ninguna me era indiferente y todas a una, me hacían derramar lágrimas. Pero no pudiendo salvarlas a todas, o trabajar por todas, era necesario que Dios señalara el gremio para el cual formaba la Congregación. Esto es lo que hace legítima la distinción a que me refiero. Conocer la voluntad de Dios y asegurar su cumplimiento era mi afán.

Figúrese padre, que si nos hubiéramos puesto a trabajar con las almas en general, era claro que las solicitudes de los que sienten las necesidades del alma, hubieran gastado las fuerzas de la Congregación y a esta hora no hubiéramos conocido un salvaje. ¡Esas pobres almas no saben que tienen

hambre! Es necesario ir rogando y sufriendo, hacerles sentir el hambre del alma! Y sin sentirlo, ¿cuándo llamarían a quienes debían darles ese pan sin el cual perecen eternamente? Por eso era necesario, escuchar cuidadosamente el llamamiento de Dios, no fuera a ser que le diéramos a los unos el pan de los otros, sin la voluntad del Dueño. ¿No le parece?

Si se tratara de diferentes gremios civilizados, ya la duda sería menor, porque como todos solicitarían el beneficio, a todos se les atendería, pero esto, con los más desdichados de los vivientes, que son los infieles y salvajes, no es posible, sin el total perjuicio de ellos. Por eso luce tanto la sabiduría de Dios, al inspirarme mucho miedo de salirme de la voluntad de Dios.

Aún, siendo así, exclusivamente para los infieles y los salvajes, desde el principio he tenido que rechazar muchos llamamientos a trabajar con los civilizados. De tal manea que si los hubiera atendido, hasta habíamos olvidado para qué habíamos sido fundadas.

Sólo algunos años más tarde, vi, de un modo más claro, que debíamos atender a los semisalvajes, aunque sea secundariamente. Esto lo fui comprendiendo a medida que veía el estrago del mal ejemplo que dan los semisalvajes y campesinos, en los pobres indios, y las dificultades imposibles de superar con que se encuentran la mayor parte de las veces, de buscar su bien. ¡Pobrecitos!

Nadie, Padre, debe hacer lo más perfecto, lo mejor, lo más agradable, ni siquiera lo que mejor sirva a Dios, sino lo que Él quiere. Esto viene a ser lo más perfecto para cada uno. Jamás perdí de vista esto, para no dejarme convencer de los que me hablaban de otros trabajos, en que podíamos ocuparnos más del agrado de Dios, decían, pero que caen fuera de nuestro llamamiento. Lo mejor en absoluto es muy distinto a lo mejor relativo. ¿No es verdad?

¡Quién me diera que jamás se le cambiara el fin a la Congregación! Y que jamás las hijas de ella, tuvieran deseos siquiera de salir de ese fin, porque el día que esto suceda, retirará Dios la gracia peculiar de la Congregación. Por eso, y para saciar la sed íntima de las hermanas misioneras, haciéndola amplia y derramada por todas las creaciones de Dios, he puesto en las Constituciones que en lo interior del alma, pueden derramarse sin tasa y sufrir sin límites, mientras que se dedican, con las obras a los salvajes, infieles y semisalvajes. Interiormente todos los campos son suyos y su

oración, dolor y sufrimientos, debe abarcarlos todos, porque ante lo de darle a Dios, no debe haber límites ni campos señalados, ni estrechos senderos; ¡deben ser grandes y generosas hasta lo inconcebible! El exterior participa más de nuestra impotencia y nos circunscribe a un círculo más estrecho y a él debemos someternos, aunque se trate de servir a un Dios que nos ama con medida no calculada ni limitada. Eso somos y así debe ser, aunque al corazón, a veces le dé muy honda amargura, de poder tan poco en el servicio de un Señor tan grande.

Volviendo pues, a lo de Pavarandocito, se quedó entonces como dolor del alma y nada más.

Enfermedad y curación del padre Elías

De ese viaje trajo el reverendo padre Elías la enfermedad, que entre gravedades y mejorías, fue gastándolo durante cuatro años, al fin de los cuales murió en Leiva en el año de 1924.

Durante la primera gravedad de esta enfermedad, me concedió Dios una gracia especial, en la conservación de este padre. Estaba grave en Frontino. Cada día, por el telégrafo, sabíamos del padre y sabíamos que los médicos no tenían esperanza y que cada día adelantaba la gravedad. Por fin se dijo que estaba en agonía... No tuve mucha pena, debo confesarlo. Y el por qué no la tuve, tampoco sé decirlo. ¿Tendría alguna seguridad de lo que iba a pasar? Quizás, pero no me he dado mucha cuenta de la agonía del padre. Todos decían que quizás ya había muerto y me inmutaba poco...

Salí a la calle, a cualquier diligencia, y de paso, fui a la iglesia, y al arrodillarme, sentí fuerte emoción acerca de la gravedad del padre, pero parecida a queja de Dios; me sentía como impulsada a reclamarle algo y sin pensarlo mucho, muy cerca al Sagrario le dije:

- Pero Señor, ¿iluminas a este padre acerca de tu obra, con luces que a nadie le has dado iguales, para en seguida quitárselo? ¡ No es cosa de razón ésa, mi Dios! ¿Darlo para tu obra y luego quitarlo, sin haber cumplido la misión para la cual lo diste? ¿Cuándo se ha visto esto en tu Providencia?

Haciéndole a Dios estos reclamos estaba, cuando tuve conocimiento claro de que el padre había entrado en mejoría franca y de que no moriría.

Además, conocí que el Señor lo había concedido a mi oración.

Francamente confieso que nunca le había hablado a Dios con tal osadía, pero no tuve pena ni remordimiento y sí mucha gratitud de la gracia recibida. Ni me pasó por la mente que fuera irrespetuoso lo que decía. Si lo hubiera sentido, lo hubiera desechado, porque nada hay que me duela tanto como el irrespeto a quien tanto amo y cuya grandeza me abisma.

Salí de la Iglesia y les dije, con la mayor seguridad a las hermanas, que ya el padre no moriría, invitándolas a bendecir a Dios por beneficio tan señalado. Aún estábamos diciendo esto, cuando llegaron de la telegrafía a decirme que hacía poco, el padre había entrado en una mejoría que los médicos no podían explicarse.

Con esto bendijimos a Dios nuevamente y nos alegramos al pensar que aún recibiríamos los auxilios del reverendo padre Elías.

CAPÍTULO XXXVIII

- SE ERIGE CANÓNICAMENTE LA CONGREGACIÓN - PIERDO LA DIRECCIÓN DEL SEÑOR CRESPO - EXPLORACIÓN A CHONTADURO - EN "LA CASITA BLANCA" - PROVIDENCIAL HALLAZGO - VISITAS A LOS BOHÍOS - INTERESANTE VISITA DEL JEFE DE LA TRIBU - ESE CIELO ¿QUÉ TIERRA ES? - RESPETO A LA CULTURA - EXCELENTE RESULTADO

"Benedicid su Nombre porque es un Señor lleno de bondad; es eterna su misericordia y su fidelidad resplandecerá de generación en generación". (Sal. 99, 4-5)

Se erige canónicamente la Congregación

Aún estaba el padre Elías en convalecencia, cuando llegó de Roma la licencia dada por su Santidad Benedicto XV para erigir canónicamente la Congregación con el nombre que hoy tiene.⁸¹

Esta noticia como que me aturdió. Esto de una nueva creación en la Iglesia con instrumentos tan miserables, ¡Dios mío! No era gratitud sólo lo que sentía. Todos los sentimientos de la humillación más profunda que había sentido, como que se me renovaron y acrecentaron con increíble fuerza.

Las hermanas como que estaban igualmente aturridas porque no se admiraron gran cosa y cuando les hacía explicaciones acerca del significado para los salvajes e infieles, así como para nosotras, de esa licencia del Santo Padre, se admiraban como si fueran cosas que antes no hubieran pensado.

En fin, ya sí era urgentísimo pensar en ser religiosas de verdad y les dije a las hermanas que debíamos redoblar el espíritu y ver cómo cumplíamos ya con mayor exactitud lo del cuadernito, es decir las Constituciones.

⁸¹ Esta licencia había sido solicitada por el ilustrísimo señor Maximiliano Crespo, de acuerdo con el excelentísimo señor Delegado Apostólico en Colombia, en vista del grande y feliz éxito obtenido por el grupo de señoritas en la propagación del Evangelio entre los indígenas, por lo cual creyeron conveniente crear una nueva Congregación Religiosa, con el objeto de consagrarse a trabajar en la evangelización de los indígenas.

En el decreto de Erección, fijaba el señor obispo el 1º. de Enero próximo, que correspondía a 1917, para hacer la funcioncita de erección y comisionaba para ello al padre Antonio María Peña, quien cumplió con el mayor gusto y la mayor perfección la comisión.

De Medellín fueron a la ceremonia la señora María Escobar de U., amiga y protectora de la obra; el padre Domingo Antonio Henao, primo hermano de mi madre, que ya era la hermana María del Sagrado Corazón, y tan bienhechor que en justicia se puede llamar un miembro de la Congregación; y Carmelita mi hermana.

En aquel día hice mis votos religiosos y las demás comenzaron noviciado. Ni siquiera esto de que me dieran votos, sin haber sido novicia, me llamó la atención. Sólo recordé aquel caso que ya referí, cuando el señor Pardo me ofreció entrarme a la Enseñanza (Compañía de María) y darme inmediatamente los votos sin pasar por el noviciado. Lo que entonces respeté, por ser cosa de un Obispo, pero que de otro modo me hubiera parecido una locura, lo veía ahora hecho sin extrañeza de nadie.

¿Qué podía ser esto? Yo me lo respondí: Como nada le he negado al Dios de mi alma, ¡Él se adelantó a recibirme en el desposorio! Nada tiene eso de raro. Además si yo tenía ingeridos sus intereses en mi corazón, ¿de qué otro modo tomaba Él los míos, sino asociándome en desposorios? Cuán cierto es que exceden las misericordias de Dios a todo y que la generosidad humana aún la mayor, delante de las inmensas condescendencias de Dios, puede compararse a un cocuyo delante del sol. ¡Cuán corrida me vi entonces, Dios mío, de lo poco que había hecho por ti, Dios y Señor de mi corazón!

Además, padre, si el noviciado es para formar, Dios veía que mi formación no podía meterse en un molde, porque de antemano Él me había formado en el molde del amor amargo, que es bastante diferente de lo común en el mundo, y ¿cómo había de someterse tampoco Él a la demora? Si esto es presunción, padre, tengo la idea de que tratándose del amor que Dios me tiene, me quedo bajita en lo que presumo. ¡Es además que Él corona su gracia! Y la criatura favorecida se deja coronar y se queda tan miserable como antes, cantando con el salmista: "Bendito sea el Señor porque es eterna su misericordia" (Sal. 117,1) y "Porque va de generación en generación" (Lc.1,50), agrega la Santísima Virgen.

No puedo decir, padre que los votos me dieron nada nuevo, ni me sorprendieron. Antes al contrario, las hermanas me decían que debía estar

muy alegre y les contestaba que sí porque era el día de reconocimiento oficial ante la Iglesia, de mi desposorio; pero que entre Él y yo, nada nuevo había, ¡ni aquello subía el quilate del amor! Así lo sentía muy en el fondo del alma; pero no me lo explico. ¡Sería que sentía con aquel acto lo que debía sentir uno que estando en el sol, se encuentra con una vela y recibe su luz, como de encima, con agradecimiento, pero sin creer que hace un hallazgo..! ¿Quizás será esto? ¿O será algún fondo de presunción? El hecho fue que a mí misma me sorprendió aquella casi indiferencia. ¡Ay! padre, no quiero creer que se haya mezclado en esto nada malo; pero cuando no puedo explicármelo quiero pensar que de todo lo malo soy capaz y por eso dejo el campo para que se piense que puede haber algo de mal; pero la verdad es que entonces no me hubiera producido alegría grande y especial, sino la cesación del pecado en el mundo o el que todos los hombres hubieran conocido a Dios y lo amaran.

Aquel mismo día comenzaron su noviciado canónico trece hermanas las cuales han sido la base de la Congregación y de las cuales sólo una volvió a su casa, pero su vuelta tenía enseñanzas especiales para la Congregación y por eso quiero consignar algo de ella.⁸²

Como no éramos religiosas canónicamente consideradas, yo no me sentía con derecho a rechazar a nadie, ni a poner condiciones, según mis gustos, ni mis caprichos, porque me infundía mucho respeto la obra de Dios y me sentía muy sin derechos para ponerles condiciones en todo lo demás. Las hermanas me manifestaron su desagrado y deseo de que no fuera recibida, pero les dije: Miren, si esta obra es de Dios, nosotras no debemos recibir sino lo que Él quiere que recibamos y ¿qué sabemos si tiene algún desig- nio de misericordia con esta pobre muchacha, aquí en la obra de Él?

Naturalmente yo me inclino a no recibir sino legítimas, pero ¿qué derecho tengo para seguir mi inclinación? Además, no sabemos ¿qué será más

⁸² Empezaron noviciado: Ma. San Benito,(Mercedes Giraldo Zuluaga) María San José, (Matilde Escobar Posada), Ma. del Santísimo,(Ana Saldarriaga Jaramillo) Ma. del Sagrado Corazón (Dolores Upegui Echavarría) Ma. de la Santísima Trinidad (Carmen Emilia Arango Tobón) Ma. de la Inmaculada (Eva López Avendaño) Ma. Santa Zita (Ma. de los Ángeles Hernández Yopez) Ma. San Francisco (Elisa Laverde González) , María de las Mercedes (Teresa Arango Betancourt), María Santa Faz (Ma. Josefa Guerrero Pérez) Ma. del Niño (Alicia Arango Betancourt) Ma. Santa Teresa (Aurora Borja Arias) y Ma. de las Santos Ángeles Guardianes (Cruzana Aristizábal)

caritativo, si sostener la misión con gentes así muy especiales, o recibir de todo, abriendo así un campo a la obra misericordiosa del Señor para muchas que en otras partes no caben? Todas convinimos en que verdaderamente era aquello de pensarse, y para no errar, dejamos la cosa a la resolución del señor obispo. Éste contestó que no siendo religiosas, la recibiéramos porque la prohibición era para religiosas propiamente dichas y que Dios más tarde diría lo que se debía hacer.

Así se hizo y vino la señorita. Había vivido desde niña con su padre, quien la había educado con sus hijos legítimos, sin distinción ninguna. No había conocido a su madre, pero sí sabía que vivía en otro pueblo. Desde su llegada se mostró dócil y buena. Tomó el nombre de hermana Ma. de los Santos Ángeles y comenzó su noviciado, llena de fervor, después de haber trabajado en medio de las dificultades de los primeros tiempos, con valor y constancia.

Ya casi cumplía su año de noviciado canónico, cuando, en lugar de aspirar a la santa profesión, comenzó a tener profundo e incontenible deseo de conocer a su mamá y de vivir con ella. Cosa rara, sin haberse comunicado jamás con ella, ni tampoco conocerla. Sólo con la familia de su padre se conocía y entendía. ¡Aquello era una locura! ¡Un frenesí! Lloraba por el deseo de vivir con su mamá, cuando las demás suspiraban por los votos. Lo creímos una tentación y ella entró, muy convencida de ello, a luchar con toda su alma. Pero apenas podía contenerse, sin dejar sí, de cumplir muy bien sus deberes. Pocos días después le apareció una enfermedad en la garganta que infundió en todas la alarma, porque aquello bien podía ser un principio de tisis. Entonces ella me dijo:

- Yo le agradezco el que quiera medicarme, pero creo que esta enfermedad es la expresión de la voluntad de Dios, porque yo no me siento con fuerzas de vivir más sin mi madre.
- Pero si nunca ha estado con ella, le dije.
- No importa, me contestó.
- ¿Es que la cree rica y va vivir muy cómodamente? le dije.
- No, me contestó, yo sé que ella es pobrísima y me voy a vivir en un estado que no conozco, porque con mi padre tuve siempre muchas comodidades, pero no importa; aunque me muera de hambre, me iré.

Esta determinación favorecía mucho nuestros intereses, pues la salud de la hermana amenazaba, como ya he dicho, cosa grave. Le arreglé el

viaje y se fue muy agradecida. De Jericó, en donde se encontró a su madre, me escribió una cartica agradecida y decía que se encontraba en completa tranquilidad y alegría, pero de muy mala salud, que estaba tísica. Tres meses después, murió.

Esta historia tan llena de enseñanzas y hasta misterios, nos sirvió para asegurarnos de que no debían recibirse hijas ilegítimas, ya con algún indicio cierto de ser la voluntad de Dios. Así lo consigné en las Constituciones, que, sin excepción ninguna, no se recibirían ilegítimas; pero padre, como yo con nadie me he comprometido a no cambiar, y no tengo otra cosa que deseo de cumplir la voluntad de Dios y estirarme cuanto necesite la santa caridad, después, en 1923 me dijo el reverendo padre Ezequiel Villarroya, que era más caritativo dejar algunos recursos, para algunos individuos especiales que podían presentarse y, en atención al respeto y fe que le tengo a este Padre, le dejé a la prescripción esa salida. De modo que así creo que al Señor le satisface lo hecho y que conservará en la Congregación ese espíritu.

Perdimos la dirección del señor Crespo

Muy poco después de la erección canónica de la Congregación, fue dividida la diócesis de Antioquia y perdimos la dirección del señor Crespo, quien pasó a ser obispo de Santa Rosa y quedamos bajo la dirección del ilustrísimo señor don Francisco Cristóbal Toro, en la diócesis de Antioquia. No fue mucho mi sentimiento por esto porque Dios me había educado en ese completo desprendimiento de todo, desde mi niñez, y las hermanas seguían en todo mi ejemplo; por eso pudimos mostrarnos enteramente conformes con la voluntad de Dios. Es tan sabroso padre, poder decirle a Dios: ¡ÚNICO DE MI CORAZÓN! Todo lo demás sirve como instrumento del amor de ese ÚNICO, y por eso, cuando falta el instrumento, pero queda el ÚNICO, el alma queda en paz.

Sin embargo, creo que los instrumentos, sobre todo cuando representan a Dios tan directamente como el señor Crespo lo representaba ante nosotras, deben amarse con un amor filial tal, que faltando el individuo, se encuentra en Dios. ¡Además, como bienhechor podemos tenerlo en cualquier parte y en donde quiera, él sería nuestro padre y la congregación su obra!

Que libertad de espíritu, padre, tan bella produce el desprendimiento de las criaturas. Por eso he enseñado siempre a mis hijas que la religiosa debe

ser livianita como una pluma, porque su destino es subir y ¿cómo ha de hacerlo si las cosas de la tierra ejercen sobre ella alguna presión que la sustraiga al suave impulso de la voluntad de Dios? Una pluma, por ligera que sea, si está asida a la tierra, no la levanta el viento. La religiosa debe dejarse alzar hasta de la brisa más leve de la voluntad de Dios; pero si está pegada a algo, ¿cómo subirá?

Exploración a Chontaduro

Poco antes de la división de la Diócesis, había comenzado a dar algunas vueltas para las fundaciones de Chontaduro y Murri.

Casi desde la fundación de "La Josefina", nos propusimos conocer los indios que había en Chontaduro, sitio distante de Rioverde unas dos leguas. Sólo sabíamos que eran de carácter muy distinto a los de Dabeiba y Rioverde y que tenían un capitán vitalicio, inmejorable, que no les permitía el comercio, ni amistad de ninguna clase con los indios de Rioverde, ni de Dabeiba por parecerle muy malos. Buena seña nos parecía ésta, pues en Dabeiba habíamos observado que ni la palabra mal ejemplo, ni la idea era conocida y nos dio mucho trabajo para que entendieran que se debía huir de los malos. Señal pues, de un poco de adelanto moral, era éste en nuestro concepto. Pero nada más habíamos logrado saber de aquellos indios, ni jamás se veía uno por Rioverde, no obstante la vecindad de las tribus. ¿Se tenían miedo mutuo? Quizás no. Solamente Chontaduro temía a Rioverde.

Dos veces fui a recorrer esa tierra, acompañada del padre capellán de la casa y de una hermana. Pero nada logramos conocer, porque en el primer bohío* al que llegamos, nos convencían que no había más; que ellos vivían solitos en aquella tierra y que antes había otros indios pero ya habían abandonado sus casas. Y con una lástima que la infundían, decían: ¡Nosotros va a murir aquí solito...!

Tan majaderas que al principio creíamos y nos volvíamos muy convencidas. Pero en la segunda visita encontramos dos bohíos y en cada uno de ellos nos dijeron que no había más que ése y que iban a morir solitos. Encontramos en la contradicción y la mentira, la prueba de que había más y nos propusimos ver cómo los salvábamos. ¡Pobrecitos!

En una de esas visitas, le pregunté a una india muy connotada, si quería a Dios y me dijo, levantando el hombro cómo quien lamentaba pobreza y se hacía víctima de ella:

- ¿Onde guarda pues? No tiene onde guardar ése.

¡Dios mío! Qué frío sentí en el alma! Y pensar en el amor de Dios a una sola alma, aunque fuera la de María Luisa Bailarín, que no tenía donde guardarlo, ¡como si fuera un trasto! ¡Qué ternura reviste el amor de Dios a las almas cuando se le considera en una tan absoluta ignorancia del alma amada! ¡Oh Dios mío! ¡No tenía donde guardarte María Luisa pero la perseguiste, la cogiste y acorralada tuvo que aprender a amarte y tres años después, te guardaba en su corazón, con un amor sencillo que los ángeles envidiarían, comulgando tu mismo cuerpo, alma y divinidad en la Santa Hostia! ¡Que enredo de misericordias no has tenido que urdir para enredar esa alma! Las misioneras seguimos paso a paso, ese urdir de circunstancias misericordiosas que usa Dios para prender algunas almas, y por mí, sé decir que ¡la vida merecería la pena de ser vivida, aunque no tuviera más recompensa que la de llevar las cuentas de esas misericordias y conocerle su amor y sabiduría!.

En una de aquellas primeras correrías por Chontaduro, me libró Dios de un modo prodigioso, de la muerte: Iba, el reverendo padre adelante, por unas trochitas estrechas y que iban formando como caracol, de modo que no puede verse el camino que sigue, dos o tres varas adelante. Iba, como digo, el padre adelante, después esta servidora y mas atrás la otra hermana. De pronto me gritó el Padre, de la vuelta del camino, de donde no lo veía: ¡Madre, detenga la mula...! Pero cuando quise detenerla, ya había llegado al peligro: Era un árbol caído que atravesaba el camino dejando por debajo sólo el espacio suficiente para pasar un caballo sólo, siendo bajito. Cuando oí lo del Padre, la mula se me había entrado por debajo del árbol. Era pues irremediable que con un fuerte golpe contra el palo iba a caerme para atrás, si no me quebraba la columna vertebral. ¡Dios mío! Con cuánta rapidez, tan pronto como vi que la mula se metió por aquel camino, levanté los brazos, abracé el tronco del árbol y dejé que la mula siguiera, quedándome yo pendiente y colgando del árbol, ni más ni menos, que como he visto en pintura de cómo quedó Absalón cuando perseguía a David, o huía de él, no recuerdo bien... Con la diferencia de que aquél se quedó pendiente del cabello y esta servidora, de los brazos.

El padre al oír que le llamaba, se desmontó, pues no hubiera podido voltear sin desmontarse por lo estrecho del camino, y vino en mi ayuda. A la vez que la hermana de atrás, que sí presencié la cosa, se tiró también al suelo y ambos me favorecieron, bajándome de donde estaba colgada, ya sin fuerzas para sostenerme más.

La maniobra que hice fue superior a mi alcance, sin duda ninguna, pero bien sabido es que, en momentos dados, uno hace lo que no imagina siquiera que puede hacerse, cuando está en tranquilidad. Pero naturalmente, hay que ver la Providencia de Dios en esto. Le quedamos muy agradecidas y yo pensé, haciendo converger todo al punto delicado de mi alma: Cuando Dios permite al demonio que me moleste y me protege para que no consiga su objeto el enemigo, es porque sí van a convertirse estos pobres indios, porque Dios no permite ni hace nada inútilmente. Todo eso era motivo de consuelo.

En aquella correría fue cuando adquirimos la convicción de que en Chontaduro había bastantes indios, porque encontramos huellas de sus trabajos y además, supimos de algunos, que estaban escondidos y hallamos casitas en donde se veía que el fuego había estado encendido y que había sido quitado a la carrera. Adquirimos la convicción que ellos mantenían vigías y que estos les avisaban que íbamos, porque todos los indicios eran de haber abandonado las chozas poco antes; pero que querían darle apariencia de desocupadas desde hacía años.

Cuántas reflexiones amorosas y tristes vienen a la mente con este miedo espantoso de los indios y este amor tan grande con que Dios los perseguía...! Retratada la humanidad entera en aquel grupo, me hería el alma. Dios corriendo detrás del hombre y éste huyendo con horror de Él. ¿No era esto lo que veíamos? ¿Y no habíamos hecho nosotras mismas otro tanto en el corazón de Dios, volviéndole la espalda, cuando nos solicitaba su gracia?

Pues, cuando buscando los indios nos sentábamos en alguna barranca o árbol a descansar, estas reflexiones y otras cortadas o sacadas del Santo Evangelio, nos alimentaban y esforzaban. Llegamos hasta respetarnos mucho, pues bien veíamos que era Dios quien perseguía a las almas, representado por nosotras. Así nuestras correrías se volvían pura oración, a veces dulcísima y a veces amarguísima.

En la "casita blanca"

Según mis apuntes, el 26 de febrero de 1917, salimos a una nueva excursión a Chontaduro, resueltas a no volver sin haber sorprendido a los indios, y dándonos cuenta de su índole y número, ya que en las otras correrías, sólo algo habíamos conocido. Para llenar el fin de la excursión, era preciso llevar provisiones y manera de pasar algunos días ya en plena

tribu, con el fin de sorprender a los indios poco a poco y estudiar la manera de atraerlos. No era posible pensar en hacer ranchito porque los mismos indios no lo hubieran consentido y eran dueños de sus tierras.

Entonces determinamos llevar una tienda de campaña, para plantarla en donde nos conviniera; abrigos y modo de comer por algunos días. El padre Elías estaba aún convaleciente de su dura enfermedad y aunque muy delicado, consintió en acompañarnos.

Salimos pues los reverendos padres Elías y Lopera, entonces capellán de "La Josefina" y las hermanas María San Benito, María del Niño y esta servidora. En una explanada de donde se divisaba, a no mucha distancia, la tierra de los indios, hicimos nuestro toldo y para el reverendo padre Elías, encontramos posada en un ranchito de una familia muy pobre pero buenísima. (El padre Lopera se volvería, fue sólo a instalarnos).

En el toldo hicimos altar rústico para la Santa Misa y fuera de él se inventó una cocinita o fogón debajo de un árbol. La primera noche dormimos en el suelo, sobre la grama, y como hacía mucha luna, nos sentíamos en plena manga; como además el suelo no era tan plano que no molestara las costillas, aquella noche no dormimos nada, en cambio pedimos mucho a Dios que nos diera la manera de entregarle esas almas que tan duras se mostraban. ¡Qué cosa mejor es trabajar en las obras de Dios, padre! ¡Si se duerme, se reparan las fuerzas para mejor servirle y si no se duerme, se está con Él y se negocia con su amor!

Aleccionados por esto, el reverendo padre Lopera, nos mandó unos catres y con ellos aseguramos el sueño de las noches siguientes. Era de verse aquel toldillo con su departamento de dormitorio, en donde también teníamos la ropa y su departamento para oratorio, en donde el altarcito se veía hermoso, adornado con helechos y cositas del monte.

El padre Elías no podía salir a los montes por dos razones de peso: La una, estaba convaleciente y temíamos que le hiciera daño, y la otra, el miedo que los indios mostraban, mayor a los hombres que a nosotras.

Arreglamos las cosas así: Por la tarde las hermanas hacíamos todo lo que había de comerse al día siguiente, tanto lo que se le dejaba al padre, como lo que habíamos de llevar a la correría; el padre cuidaba la casita blanca, como la llamaban los indios y las hermanas, al monte a tenderles la red a los pobres salvajes.

Nos levantábamos antes de las cinco; hacíamos la oración, enseguida entraba el padre, a la Santa Misa con una comunión que nos confortaba hasta para el martirio, si se hubiera presentado. Después, mientras dábamos gracias, la mujercita vecina nos hacía el desayuno, arreglábamos la casita blanca, recibíamos la bendición del padre y con un taleguito* de fiambre, cada una en la mano, salíamos a las siete más o menos, para no volver hasta las seis de la tarde.

El reverendo padre salía a una barranquita vecina a vernos ir, con miradas hambrientas, pues para su celo, las privaciones a que se veía obligado no debían ser muy consoladoras. Nos miraba hasta que nos perdíamos en el monte. Después rezaba, leía, barría con ramas nuestra casita blanca y salía por los alrededores a gustar la suave presencia de Dios, mientras volvíamos. ¿No le parece padre, que bien podríamos atribuir la conversión de los indios de Chontaduro al sacrificio y santidad de este padre? Cómo le pediría a Dios por el éxito de nuestra correría! ¡Qué ansias de que los encontráramos tendría! ¡Dios mío, cuánto os amaba este padre! ¡Que bien recibido habrá sido en la eternidad!

Nosotras, rezando el santo rosario, salíamos sin saber por donde echábamos, por donde quiera que encontrábamos más trilladito el camino, pues había muchos, por donde quiera que hallábamos huellas de gente, nos íbamos con el oído atento por si oíamos algo que denunciara la presencia de los indios en los rastrojos. Algunas veces sentíamos tronchar ramas y quebrar palos no lejos de nosotras... volábamos al sitio del ruido y sólo veíamos como enredado en los ramales un trapo que volaba. ¡Era un pobre indio que, creyéndose asaltado por nosotras, huía! Otras veces los divisábamos de lejos en la cumbre de los árboles, observando nuestra casita con encanto... ¡íbamos hacia ellos y no los encontrábamos, aunque hallábamos sí, las ramas de los árboles por donde bajaban, rotas!

No recuerdo si en los primeros días pudimos hablar con ninguno. Volvíamos por la tarde a nuestra casita blanca, cansadas y sin haber podido ver a nadie. El padre, cuando calculaba que ya pronto iríamos, salía a la barranca a ver si llegábamos y le avisaba a la mujercita de la casita donde dormía para que encendiera el fuego. Cuánta humildad del padre.

Llegábamos, y anhelante nos preguntaba por el éxito de la correría aquel día. ¡Nada, padre, nada! Sentimos quebrar ramas, vimos trapos que se perdían en fuga tras la maleza, pero no hemos visto nada... Con un gesto de confianza nos respondía y entrábamos a nuestra casita, en donde las

unas descansábamos mientras la otra hacía algo en la cocina para emprender al día siguiente la tarea, llenas de esperanza mayor cada día. Por fortuna lo de cocina era poco difícil por la caritativa ayuda que recibíamos de la señora dueña del ranchito vecino.

Providencial hallazgo

Un día, a poco de haber andado caminitos y caminitos, entre las malezas de un monte, encontramos una muchacha casi desnuda, como de unos ocho o nueve años, risueña y atenta, que en su lenguaje, pues apenas decía una que otra palabra en castellano, nos hablaba de lo bonito de la casita blanca de hermana y de lo mucho que los indios deseaban conocerla. Nos contó que una noche los indios se habían acercado hasta cerca de la casita, para ver de qué era, pues de lejos la alcanzaban a ver sólo blanca y jamás habían pensado de qué sería; que la habían tocado y era paruma.(así llamaban el liencillo).

La muchacha, agasajada por nosotras, se abrió completamente y no sólo denunció a los indios en su deseo de conocer de cerca la casita, sino que se ofreció a llevarnos donde había indios. Con mucha malicia, nos advirtió que en una casa estaban cebando unos perros, para que nos mordieran; pero ella nos avisaba para que no fuéramos allá.

El hallazgo de esta muchacha fue como si un ángel se nos hubiera aparecido. ¡Dios mío! No acabábamos de gozar con ella. Tuvo la prudencia de advertirnos que todo debía ser en silencio, es decir, que no supieran los indios que ella los estaba traicionando. Naturalmente se lo prometimos y emprendimos, después de hacer muchos planes, debajo de un árbol, el viaje al bohío de perros anunciado por nuestro ángel.

Con mucha malicia, nos dijo, cuando ya íbamos a llegar, que esperaríamos escondidas bajo un matorral mientras ella se asomaba a ver si el indio estaba en la casa. Volvió diciendo que sí y que ella se quedaba escondida; pero que entráramos bien prevenidas, porque los perros eran muy bravos.

¡Qué alegría. Dios mío! Seguimos el senderito indicado por la muchacha y al poco rato topamos así, como a boca de jarro, con un bohío de donde nos echaban unos perros furiosos; la madre San Benito se adelantó y con unas varas molestó a los perros que le arremetían cómo para tragársela, metiéndole las varas en la boca que abrían para morderla. Esto había sido preparado de antemano, pues no ignorábamos que nuestra defensa de

los hambrientos canes no podía ser de ninguna manera ofensiva para ellos, porque nos hacíamos más y más odiosas a los dueños, cuyo cariño era preciso conseguir a toda costa, si queríamos lograr hacerlos cristianos.

Manejó la madre San Benito con tal destreza las varas, que los perros amedrentados, corrieron pronto a refugiarse bajo el bohío. El viejo dueño de la casa, parado sobre el tablado, aguzaba a los perros para que nos impidieran la entrada, sin disimulo de ninguna clase; pero cuando vio lo poco que duró la lucha de los perros con nosotras y lo pronto que éstos se escondieron, sin hacer caso a sus voces, se pasó al otro lado del bohío y muy cariagrio esperó nuestra pasada por delante del bohío. Nuestro ademán, claro está, era como el de quienes pasan adelante sin interés en la cosa. Me adelanté algunos pasos y como aquello era pendiente, me ahogué mucho, de lo cual hice un argumento para gritarle al viejo, si me daba permiso de descansar en su casa. El pobre viejo temblaba de miedo disimulado y me decía:

- ¡Mejor jogate, (ahogate) jogate! ¿pa que vos veniendo? ¡Jogate, jogate!
¡Yo no deja sentar mi casa! ¡Jogate! ¡Tu camino seguí, este camino rial no es! ¡Seguí tu camino!

Yo, como quien no entiende nada, le decía: Yo mucho cansada, siempre tiene que entrar su casa pa descansar, alante no puede seguir.

Nada le valía al viejo, para dejarme entrar; pero mientras alegábamos y él me señalaba el camino para seguir, yo ganaba terreno, subiendo como quien no lo siente, la escalerita, hasta que logré sentarme cerca de él, que se iba haciendo para atrás a la vez que me decía: ¡Tu camino seguí...!

Me senté en el borde del tablado. El viejo, muy mohíno, se sentó también, como desconsolado por mi resistencia; pero no podía dejar de mirarme casi triste... Por esto no advirtió que las hermanas se le habían entrado por detrás del bohío y estaban dueñas del fogón y de un cántaro en el que hacían chocolate. ¡Por esto puede colegirse el mucho miedo que el viejo tenía!

Saqué un espejito del bolsillo y dejándoselo ver, como quien no lo quiere, me puse a mirarme y admirar mi belleza, con expresiones como esta: ¡Yo está cara tan bonita! ¡Todo madre muy bonito! El viejo me veía y me veía como afirmando lo que decía, sin atreverse a decir ni una sola palabra; entonces poniéndole el espejo delante, le dije:

- Mire, usted también muy bonito...
Noté que aquello no le disgustaba y se resolvió a decirme:
- ¿Vos ispeco tiene?
- Sí, le dije; tengo muchos (entretanto sacaba varios del bolsillo). Mire... quiere uno?
- No, me contestó medio enojado, ¡vos tiene achaque onde cuerpo! ¡Vos mucho bruja es... !
- ¿Pero por qué le parezco bruja?
- Porque mi perro a toda gente muerde y con vos hasta mi perro miedo tiene...¡vos tiene achaque sentería (disentería) pa echar a yo!
- ¡Cómo así, mi viejito, si yo antes mucho sabe pa curar sentería! Yo sabe pa desembrujar... yo mucho sabe... ¿quiere ispeco?
- No, yo compra.
- Bueno, le dije, pues yo vende...
- ¿Por cuánto? ¡Yo no tiene plata!
- Yo fia, cinco centavos da uno fiado...

Alargó la mano y con una disimulada sonrisa, me lo recibió y se puso a mirarse en él, con el mayor gusto.

Vi que tenía mucho camino ganado y que las hermanas ya habían hervido el chocolate y les hice señas que todavía no lo sirvieran. Por fin, agachándome, di un suspiro muy triste, sin intención muy marcada de cogerlo o fingirle tristeza, pues en esos casos la tristeza es el sentimiento dominante en mí, sino como sin advertirlo mucho, y éste fue, padre, el golpe de gracia para el viejo. Conmovido se me acercó y me dijo, poniéndome la mano en el hombro:

- ¿Vos pa qué tristiando? (¿Por qué estás triste? quería decir).
- ¡Pues porque yo mucho quiere indio, pero indio no quiere a yo! Indio alma tiene y yo gana llevar esa alma a mi Dios, pero indio no quiere...

Seguí poniéndome ya maliciosamente más triste. El viejo conmovido me dijo:

- Descansá aquí en mi casa, sentá pues...

¡Todo estaba ganado! La tristeza de mi alma, salida traidoramente, se ganó al viejo. Ya pude entrar con él en conversación franca y le pregunté en dónde tenía la familia.

- Yo familia no tiene, respondió, yo solito pues...

Comprendí que no era bastante la ventaja adquirida, para pretender que Silverio (así se llamaba el viejo) confesara en dónde estaban los hijitos y le dejé creer que había quedado satisfecha con su respuesta. En esto, llegaron las hermanas con las totumas de chocolate. Le ofrecí al viejo pero rehusó diciendo que el chocolate tenía sentería. Entonces le ofrecí del mismo que yo bebía, para que viera que no tenía ningún veneno ni ningún mal, y consintió en beber conmigo, muy bien.

Ya con estas amistades empezamos a hablarle de Dios; pero notamos que esto le causaba mucho miedo y determinamos contentarnos aquel día con las ventajas hasta allí conseguidas y dejar para otro día lo demás, no fuera que se nos cansara la paciencia del viejecito.

Pero, padre, aquí llego a una de las cosas duras de recordar: Desde que entramos en el bohío, vimos como un bulto, en el suelo, de trapos muy sucios; el bulto ése de cuando en cuando se movía, por lo cual creímos que sería algún perro u otro animal que allí ocultaban. Me resolví a preguntarle al viejecito, quien me contestó que era un indio enfermo; pero que no llamáramos porque ése era mucho bravo y mordía a hermana.

¡Ay, padre, qué pena! Le creímos al viejo y respetamos su mandato... ni sé si pensamos en que cuando volviéramos nos acercaríamos a arrostrar su furia... lo cierto es que nos fuimos sin atrevernos a nada. Mas tarde, cuando ya Silverio era un cristiano muy bueno, buenísimo, supimos que ese era un hijo suyo y que había muerto esa misma noche sin bautismo. ¡Qué opina, padre, qué cosa tan dura! Ojalá se me olvidara; pero permanece como indeleble en mi memoria. Hasta le pregunté a Silverio si era verdad que su hijo mordía y me contestó:

- No, yo muy bruto dijo así, para que hermana no robara a mi hijo.

Qué felicidad haberle dado el agua... ¡Qué recuerdo tan doloroso! ¡El Señor nos perdone tanta majadería! También Silverio, ya tan instruido como estaba, cuando le hice la pregunta, deploraba el haber sido tan bruto, decía él, y que por eso su hijo había muerto sin bautismo.

Cuando aquel día del encuentro con Silverio, llegamos a la casita blanca, nuestra alegría se lo dijo todo al padre Elías, que como siempre nos esperaba cerca al rancho.

- ¿Encontraron indios? Nos preguntó. Pues ya lo sabía porque se lo vi en la cara.
- Gracias a mi Dios, le dijimos, y referimos todo lo del día, sin dejar palabra de las dichas, ¡ni el generoso ofrecimiento de la indiecita tan picarita! En fin, por todo bendijimos al Señor.

Visitas a los bohíos

Al día siguiente, cuando bajamos la faldita primera, ya la muchacha nos esperaba, para llevarnos al bohío de Obdulio, en donde decía ella que los perros más bravos que los del viejo eran. Con igual astucia, la muchacha se escondió para que no la mataran, decía ella. Aquí debió haberlo hecho mas cuidadosamente, pues Obdulio era su padre, aunque nosotras no lo supimos sino años después.

Cuando le preguntamos a nuestra conductora por qué le jugaba esa a los indios, contestó: - Porque yo mucho quiere hermana, indio mucho bruto; ¿pa que isconde? Yo iscondió onde cueva pero ya aburrió mas bien busca hermana. Todo indio iscondido mucho aburre, con hambre muere; pero no aguanta pa salir onde casita blanca de hermana. El no aguanta quería decir que no tenían valor. ¡Pobrecitos!

Fuimos pues al bohío de Dulio, como decía la muchacha, ¡y desde lejos oímos los gritos de una india que nos echaba los perros! Salieron furiosos y en número de cuatro, grandísimos. Nos arremetieron con la misma furia con que la mujer los aguijoneaba para que nos tragaran, sin querer siquiera mirarnos. La madre San Benito hizo lo mismo que con los de Silverio y consiguió el mismo resultado, con gran sorpresa, no sólo de los dueños, sino también de nuestra amiguita, la conductora que conocía bien la ferocidad de esos animales. Los perros se ocultaron y pudimos llegar al bohío, dejando a nuestro ángel muy escondido en el rastrojo.

En el bohío no había sino una mujer, (comprendimos que todos se ma-
drugaban para los montes a esconderse, dejando en la casa sólo una persona
suelta y valerosa, para si nosotras íbamos, supiera rechazarnos). Pues aquí

fue la misma mujer de Dulio la elegida para la arriesgada empresa, porque sin duda no había en la familia, y yo creo que en la tribu, otra más brava.

Entramos al bohío y en más de una hora que estuvimos en él, no logramos una respuesta de la india. Como si fuera sorda o muda o todo a la vez. Agachada en un rincón guardó la misma actitud durante todo ese tiempo. Salimos pues, sin conseguir sino el haber vencido a los perros y quizás en el ánimo de la india, dejaríamos un poco menos de desconfianza, pero no lo supimos.

Después, nuestro ángel oculto, nos llevó al bohío de Felicia, india brava y recelosa hasta lo sumo. Pero la muchacha sabía que ese día no se había escondido resuelta a todo lo que pudiera suceder, porque el hambre la afligía mucho. Efectivamente, encontramos a la vieja en el bohío. Tan luego como nos vio, se acurrucó a temblar. Le hablamos con la mayor delicadeza, pero a todo no contestó sino diciendo, a la vez que nos entregaba un machete: ¡Tomá y cortá cabeza ligerito! ¡Yo no aguanta onde monte, mejor cortá prontico... sí, ta güeno... cortá! ¡Yo no mas isconde, cortá...!

A la vez agachaba la cabeza delante de nosotras para que la ultimáramos pronto y que no la hiciéramos sufrir más en aquel monte con tanta hambre... Por calmarla fuimos a darle espejitos y los recibió sólo con la condición, de que a sus hijitos que estaban en el monte escondidos, no se los fuéramos a matar. En fin, el miedo de esta pobre, tampoco permitió que hiciéramos nada en el sentido de hablarle de Dios.

Volvimos a casa con mejores noticias, pero sin haber hecho cosa seria que nos diera la seguridad de poder trabajar pronto con esos indios. Todas nuestras oraciones, misas y comuniones, así como los sacrificios eran ofrecidos por la conversión de esos pobrecitos. Pero aún no veíamos asomar la aurora de aquellas conversiones, ni siquiera habíamos podido coger al capitán Indalecio Celis, famoso en toda la región, pero desconfiadísimo y que vimos era el que tenía a los indios recluidos en el monte.

Interesante visita del jefe de la tribu

En aquella necesidad, recordé las gracias que la penitencia atrae del cielo y bien presente aquello de que debemos suplir en nuestra carne lo que falta a la pasión de Cristo, de que habla San Pablo, dije a las hermanas que nos diéramos una disciplina y que por ella, aunque en sí poco vale, pero en unión con los méritos de Jesucristo conseguiríamos atraer a los indios.

Las hermanas convinieron y para que el padre no lo supiera, nos la dimos repartidas en distintos rastrojos. Tenía mucha fe, padre y la tengo todavía, de que la disciplina tiene, para ciertas necesidades, una eficacia especial.

Pues, en esta vez, me salieron las cuentas como siempre, en este negocio de almas, que tanto importa a mi alma. Nunca recuerdo haber ofrecido una penitencia de disciplina, por un pecador, que no haya visto fruto en alguna manera. El que haya leído cuidadosamente la vida del padre Lacordaire, puede también decir lo mismo. De pocos santos canonizados he oído, que no hayan amado más las disciplinas, ni que mejores frutos hubieran cosechado de ellas.

En esta vez tampoco se hizo esperar la misericordia de Dios. Muy temprano vimos llegar un grupo de indios a nuestra casita blanca. ¡De alegría se nos salía el corazón!

Salimos a recibirlos como a viejos amigos, y cada una se deshacía en atenciones. El que guiaba el grupo era el interesante Indalecio, viejecito sencillo y amable hasta parecerse a un niño. Ni por ser indio de pura cepa, aprendió a fingir. ¡Excepción rara en la raza! Al contrario, los demás indios son maliciosos y engañosos hasta lo inaudito. Con su sencillez hermosa y más hermosa cuanto que los que le rodeaban eran lo contrario, hizo callar a sus compañeros y empezó a referir el motivo de su visita, en términos inimitables:

- Yo Andalecio jefe de todo mi indiocito, cum miedo iscondió... No sabe vos será quiere... por eso iscondió todo indiecito. Casita blanca muy ta viendo de lejos; pero no sabe que siendo ése, parece paruma... por eso viniendo nohecita iscondiendo vos, pa saber ese casita blanca. Agorita viene Andalecio pa decir mi indiocito mucho cansado iscondido, mucho jambre tiene; yo capitán viene pa preguntar ¿vos pa qué viniendo? ¡Monte mucho aburrido!
- Camine conozca bien la casita, le dije, y lo saqué por el rededor de nuestro toldo, seguido de todos sus indiocitos, como decía él. Por dentro y por fuera conocieron nuestra casita blanca y la admiraron con las expresiones más graciosas. Se empeñaba Indalecio en ponderar el inconveniente de que ese paruma (liencillo) no aguantaba y decía: Mejor hacé casita con palo!

Después de la inspección de nuestra vivienda, me concretó así:

- Decí la franca: ¿vos quiere matar indiocitos?
- No, le contesté. Yo los quiero mucho y más bien los defiendo si alguno fuera a matarlos.
- Intonces ¿vos querer llevarlo para soldado de gobierno?
- No, yo no gusta soldado.
- ¿Será vos bruja y va a embrujar mi indiocito?
- Tampoco, yo sabe desembrujar...
- Intonces qué es que vos quiere, Decí la franca.
- Quiero, le dije acariciándolo-, quiero llevar el alma de los indios al cielo.
- Intonces, repuso, está vos aquí quietico, yo habla con mi indiocito que está escondido y mañana, mi casa yo responde si es mi indiocito quiere ir ése.

Se fue, después de señalarnos su casa, donde debía al día siguiente darnos la razón, de si los indios querían ir al cielo o no.

Calcule, padre, cómo quedaríamos de dichosas y cómo levantaríamos nuestra alma al cielo implorando la gracia de una respuesta afirmativa. Aquel día no salimos a buscar los indios. Era inútil hacerlos sufrir. La muchacha de la trampa a los indios, resultó ser nieta de Indalecio y vivía con él. Quizás a esa muchacha debíamos la resolución de Indalecio, de presentare así tan categóricamente, pues por lo que la niña decía, yo viejo Andalecio aconsejando pa qué miedo, podemos conjeturar que ella consiguió del viejecito esa resolución.

"Ese cielo ¿qué tierra es?"

Al día siguiente salimos para la casa de Indalecio, muy prevenidas, no sólo con provisiones para nosotras, sino también para obsequiarles a ellos, cuanto nos fuera posible. Estaba la casa de Indalecio ya llena de indios; pero ninguno nos habló ni nos contestaban cuando les hablábamos. El viejecito tomó la palabra y me dijo:

- Madre, tu palabra diciendo a mi indiocito, pero ése dice, Alante preguntar ese cielo ¿qué tierra es? Es decir, que antes de comprometerse, debían saber ¡qué tierra es el cielo! ¡Calcule padre, lo trabajosa de esta respuesta! Pero Dios a todo ayuda.

- El cielo no es tierra, le dije; es casa de Dios, grande, grande, muy bonito y es alegre y no hay pobreza y todo como imantagu (sol) pero no quema.
- ¿Ése muy lejos? me replicó.
- Sí, lejos; pero camino muy fácil. Si usted quiere yo se lo enseño a los indios y verá...
- Ve, me repuso; pero ahora no puede caminar ese cielo porque bastimento no hay. Isperá cosecha y será todos caminamos con platanito y arepita...
- No se necesita bastimento, le dije. Déjeme hacer una casita aquí en su tierra y dígales a los indios que vayan a oír lo que enseñan las hermanas y así aprenden a ir al cielo.
- Ta bueno. Yo no entiende ese palabra, pero como vos dice, ta bueno; no esconde más.

¡Lo que pensé con las cosas de Indalecio, padre! Con aquella pregunta, ¿el cielo qué tierra es? Y no hay bastimento para ir ahora allá, esperá la cosecha... ¡Dios mío! Ninguna estaba preparada para responder semejantes preguntas porque no se nos había ocurrido que hubiera quién las hiciera o necesitara hacerlas.

Pero así hay multitud de personas en el mundo. Hechas para el cielo y no pueden siquiera concebirlo... ¡Ay Señor! ¡qué dura es la vida delante de estas cosas! Y en el mundo civilizado creen que catequizar indios es co-gerlos y vestirlos, y luego sentarlos en un banco a repetir oraciones como en nuestras iglesias se preparan para la primera comunión los niños. ¡Ay! ¡Si supieran!

Respeto a la cultura

Así me decía al principio de la Obra, un señor, que iba demasiado lenta la Obra, porque los indios todavía hablaban en su propia lengua y no se vestían, y hasta con indignación les dijo a los indios que estaban presentes, que no hablaran así y que se quitaran esas pampanillas y se vistieran... Con un poco de seriedad le contesté a dicho señor, que ellos amaban esa lengua como nosotros amábamos la nuestra y que en los vestidos tenían cifrada su tradicional grandeza. El señor ése se asustó.

Ya a mí me había pasado lo mismo. Creía que los indios no se vestían porque no tenían con qué; ¡pero qué lecciones y chascos me llevé! Para

vestirlos es necesario civilizarlos y para civilizarlos es necesario arrancarles casi el corazón con todos sus afectos a raza, antepasados y tradiciones... cualquiera que haga el ensayo me dirá si estoy equivocada. Ellos, al través de los años, han dado el espectáculo de preferir cuevas, la miseria y la vida de las fieras, a ceder en lo de sus tradiciones, usos y costumbres, ¡cuando se les quiere imponer a la fuerza! Por eso se han destruido a fuerza de intemperie y miseria, por no perder su independencia y sus tradiciones. Es que eso es muy humano y los que pretenden arrancarles estas cosas a la fuerza, sobre crueles, son irracionales.

Sólo la fe penetrándoles, con amor, va cambiándolos y dejan esas cosas para reemplazarlas por otras más convenientes a la fe y a lo del alma; pero les queda aún el respeto y casi veneración por lo suyo, aunque haga mucho tiempo que lo renunciaron.

Ellos no eran fieras cuando vino la raza blanca a América; los volvieron fieras los tratamientos irracionales de muchos ignorantes que no entendían el modo de ser del corazón humano. Los atacaron en la médula del alma: en sus tradiciones, y ¿qué querían? Sólo nuestro Señor sabe cambiar los corazones y nos enseñó la manera de hacerlo por el amor y el sacrificio. Por eso los misioneros católicos hacen labor; ¡los que quieren entrar a sangre y fuego, se gloriarán después sobre el estrago, no sobre los triunfos!

Una madre que pretendiera hacerle hablar a su niño, por la fuerza, antes que la naturaleza lo ponga en estado de hacerlo, lograría matar a su hijo, sin que la criatura supiera siquiera por qué lo maltrataban. Del mismo modo, las razas salvajes no se han explicado el por qué la conducta dura de aquellos que los han destrozado. Creen ser condición de la civilización, cebarse en su raza. No han entendido casi nunca, lo que quieren los que los tiranizan.

¡Y cuánto mal a la causa de Dios habrá hecho esta incompreensión! ¡Y cuanto horror le han cogido a Dios y a sus cosas! ¡Y qué cargos tan duros me he visto obligada a oír contra Dios, por causa de esto! ¡Dios mío! En Dabeiba, la palabra de Dios era mirada como una amenaza por los indios; y las palabras rezar y escuela ponían espanto en los pobres a quienes habíamos logrado llevar a la casa. Averiguando el motivo, vimos que se remontaba hasta los tiempos en que, por la fuerza querían hacerlos ir a la escuela y rezar. ¡Y qué crueldades no referían de esos tiempos! Sin embargo, a ninguno se le quedó la más leve idea del bien y sí, la de Dios bajo la forma más contraria, como de un ser que no los amaba sino que había mandado a los blancos para que los destruyeran. ¡Se tenía profundo fastidio por su Santo Nombre! ¡Así ha pasado siempre! Por eso la Iglesia ha

enseñado siempre con la suavidad del Evangelio y por eso hoy, el romano pontífice, exhorta al mundo a la compasión por los pobres infieles y encomienda la caridad y delicadeza con ellos, como único medio de reducirlos a Dios.

Perdóneme Padre, que me detenga en esto, como si me estuvieran pidiendo lecciones a mí, tan poco llamada a darlas. ¡Es que a mis hijas sí quiero dejarles esta enseñanza muy dentro del alma! ¡Es necesario mirar a los infieles y tratarlos como ignorantes, no como perversos! A los niños se les tolera todo por que son ignorantes y a los más niños de todos, que son los salvajes, ¿se les ha de acabar porque son ignorantes? ¡Y si los consideramos perversos, es necesario quitar con maña, la causa de su perversidad que no es otra que su ignorancia!

En fin, padre, los infieles también son dignos de respeto y a casi nadie se le ocurre que debe respetar sus afectos más queridos, cuales son sus tradiciones y costumbres. De aquí también viene el mal éxito de muchas empresas de catequización y reducción de los salvajes. ¡Ellos no miran bien el desprecio con que las razas privilegiadas miran sus cosa más amadas! ¿Y qué perdemos con respetárselas, mientras les mostramos sus inconvenientes y les damos una sustitución digna?

Pues si con tal procedimiento hubiéramos nosotras entrado a Chontaduro, jamás hubiéramos oído de Indalecio aquella pregunta: ¿Ése tu cielo qué tierra es? Ni aquel: no hay bastimento para ir al cielo, por que el miedo le habría hecho guardar su hermosa sencillez que nos abrió a nosotras no sólo su corazón tan bello, sino las puertas de la tribu y la del método que debíamos usar con ellos.

Verdaderamente, padre, estas preguntas de Indalecio infunden una ternura y compasión extraordinarias; después de oírlas, ¿tiene valor para culparlos de su huida?

Excelente resultado

En esta interesante entrevista con los indios de Chontaduro, quedamos convencidas de su estado y con el consentimiento ya pleno, para que hicéramos casita en la tribu y fuéramos a enseñarles.

Los días siguientes salíamos de nuestra casita blanca, llena el alma de dicha a buscar nuestros amados indios, con la seguridad de encontrarlos en las casas y poderles hablar. Recorrimos varias y en todas encontramos

temor, contenido por las órdenes de Indalecio, pero con nuestras visitas éste fue desapareciendo.

Convinimos con el padre Elías en que, habiendo obtenido ya lo que habíamos ido a buscar, debíamos volver a Dabeiba. El último día, por invitación de Indalecio, fuimos a pasarlo en su casa. Se dijo la santa Misa bajo un hermoso árbol de jagua, de donde extraen los indios las tintas negras con que se pintan, y fueron bautizados siete niños.

También les dimos a los indios un almuerzo, bajo las sombras de unos árboles estando con ellos en la mayor intimidad y confianza. Allí el reverendo padre Elías pudo conocerlos a todos y tratar al viejo Silverio, el de los perros. Este viejo es el mejor cristiano de Chontaduro y su sencillez realza su amor a Dios y a María Madre mía, de un modo encantador. Varias veces lo he visto muy turbado porque recuerda lo de los perros y dice, con carita afligida: ¡no acordés eso hermana, yo muy bruto! ¡Ahora gana llorar cuando acuerda!

Con el mayor entusiasmo levantamos nuestra casita blanca para comenzar el rancho de palo, como decía Indalecio. La hermana María San Benito con otra, fueron a la construcción del ranchito y mientras paraban la casita no dejaban de darles las primeras enseñanzas a aquellos dóciles indios; de modo que cuando se hizo la fundación, ya había indios preparados para el santo bautismo.

El 20 de marzo de 1918 salieron ya tres hermanas a trabajar definitivamente al Chontaduro. Se pensaba que aquello podía ser una ambulancia perteneciente a la casa de Rioverde, pero poco a poco fue viéndose la mucha conveniencia del trabajo constante con aquellos indios tan dóciles y se dejó en calidad de residencia, con el nombre de "La Santa Teresa". Con este nombre quisimos dar una muestra de nuestro reconocimiento al padre Elías y así le dimos el nombre de la Santa Madre de los Carmelitas.

El hacerles entender a los indios lo del nombre de la casa fue cosa muy graciosa pero no es de este lugar decirlo. El trabajo se continuó y hoy no hay un solo indio de esta tribu que no se haya hecho cristiano práctico, formando una excepción en éstos, pues es raro que en una tribu todos se conviertan.

Ha sido la casita más pobre de todas las que hemos tenido; pero en ella, precisamente por lo mismo, se han encontrado felices las misioneras.

CAPÍTULO XXXIX

- AMBULANCIA EN EL PITAL - AMBULANCIA EN ANTADÓ
- RECUERDOS DE LA AMBULANCIA DE ANTADÓ - ORIGEN DE LAS
"VOCES MÍSTICAS DE LA NATURALEZA" - DEJAR VER A DIOS LO
QUE SE SIENTE - EXCURSIÓN A TUGURIDÓ - REFLEXIONES E
INQUIETUDES - NECESIDAD DE LAS EXCURSIONES
- DIOS APRUEBA LAS EXCURSIONES - EXPLORACIÓN A MURRI
- EN LA CUMBRE DEL PORTACHUELO - HACIA ADELANTE ¡DIOS
MÍO! - UNA MISERICORDIOSA CAÍDA - POSADA EN LA BLANQUITA
- ENFERMEDAD DEL PADRE GUILLERMO - EL REGRESO
- EL RAYÓN NEGRO

*"Un Dios que perfeccionó mis pies como los de los ciervos;
y me estableció sobre lugares altos". (Sal. 17,34)*

Ambulancia en el Pital

Hecha la erección canónica en Dabeiba, era preciso pensar en el noviciado. Aquello no se veía claro y como para entonces el señor obispo había llamado sus sacerdotes, carecíamos ya de la valiosa ayuda del reverendo padre Peña. El padre Elías se había quedado en Dabeiba como de paso, a las órdenes del señor Toro.

Ya desde 1916, si mal no recuerdo, comprendí la necesidad en que estábamos de tener como unos centricos de trabajo misionero, en los montes, en los sitios más vecinos a los indios. Y como ya el miedo de ellos, iba cediendo poco a poco, quizás no verían mal que los acompañáramos tan de cerca. El trabajo en excursiones comenzó en el mismo año de 1914, como ya he dicho, y ahora vimos que, a pesar del beneficio de las excursiones, la obra necesitaba lo que determiné llamar ambulancias, o sea, casitas en donde las hermanas pudieran pasar algunos días cada semana o cada mes, asociadas a la vida de los indios, pero en condiciones de poder cumplir sus reglas.

Les propuse esto a las hermanas y les pareció bien, pero no se veía medio de empezar. Además, si las excursiones jamás habían aparecido en mi plan desde el principio, y se comenzaron sólo como por imposición de las circunstancias, las ambulancias sí eran de mi plan, desde los primeros tiempos. Desde que estaba en Medellín me parecía ver a mis compañeras pasar semanas en los montes, en ranchitos y volver a la casa al fin, con los enfermitos y huerfanitos de las tribus, como trofeo de victoria para la fe.

Había en las constituciones algo que indicaba las ambulancias y las fijaba, por decirlo así; pero no veía mucha facilidad en Dabeiba para ello.

Después de implorar mucho las luces de Dios, sin ansiedad, se entiende, pues en estas cosas no puede haberla, después de ofrecer nuestros sacrificios a fin de conseguir esos medios de salvación para la enseñanza más acertada de esos pobres, además, el hecho de que había multitud de indios que no salían a Dabeiba y que no conseguiríamos hacerlos salir, hacía indispensable aquella medida. Las viejecitas y hasta los viejecitos, y las mujeres en general, así como los niños, no era fácil reducirlos a presentarse en nuestra casa, sino de vez en cuando y algunos nunca. De eso ya estábamos convencidas todas.

Y como Dios a todo provee en sus obras, en esos días nos llegó un auxilio que la Asamblea de Antioquia daba a nuestras misioncitas; inmediatamente procedimos a hacer ranchos en el Pital y en Antadó. En Chimiadó también se creía necesario pero no era fácil obtener el permiso de los dueños del terreno. Tanto el de Antadó como el del Pital, se hicieron en un terreno perteneciente a los indios.

Los del Pital nos concedieron la licencia fácilmente, pero con la condición de que estuviera siempre el rancho rodeado de rastrojo. Esto lo pedían para que, de nuestra casita, no viéramos lo que hacían en los bohíos vecinos y además, para que no llegáramos a hacer finca, porque todavía no estaban bien ciertos de nuestro celibato y si hacíamos finca llegaban nuestros maridos y se apoderaban de sus fincas. Ya ve padre, cómo teníamos que ir con pasos de algodón.

Se hizo la casita, de palo parado, con un cuartico de bahareque para dormitorio de las hermanas. En lo que llamábamos salita, se hizo el altarcito y allí mismo enseñábamos a los indios. Al cuartico no entraban sino las hermanas, y allí guardábamos todo y teníamos las camitas. Fuera del rancho se hizo la cocina del mismo estilo, es decir de palo parado. Del mismo modo, al otro costado de la casa al lado de afuera, se hizo el cuartico del Padre, que no iría sino de cuando en cuando a dar los santos sacramentos y a decir una que otra misa.

Aquella ambulancia era un encanto, entre la selva y rodeada de indios. La estrené, fiel a mi consigna, de no enviar a las hermanas nunca, a donde yo no hubiera ido. Sólo así me dejaba la conciencia tranquila. Ni quería someterlas a fatigas mayores de las que yo soportaba, ni peligros a los que no me hubiera expuesto y además, aprendido a evitarlos. Por lo mismo, fui

la primera que amanecí en un bohío de un indio agonizante y la primera que pasé la garrucha y la primera que hice la ambulancia del Pital.

Allí estudié mucho la manera de darle a aquel trabajo el mejor rumbo. Allí palpé de cerca la vida de los indios y los peligros que ella podía acarrear a las Hermanas. Allí, en la soledad, traté con Dios muchas cosas y estudié los métodos de catequización que les he dado a las hermanas; y que sólo entonces comenzaron a ser oficiales de la Congregación. ¿Qué no hice, Dios mío, allí por tu amor? ¡Se me oprime el alma al recordar las misericordias de entonces! En aquella como jaulita de palo parado, nuestra oración de la mañana, nuestros salmos de media noche, los de la mañana... todo era como un perfume... Luego la enseñanza, en grupitos, hasta en las sombras del rastrojito... Aquellas misas entre helechos y almas de infieles que comenzaban a ver a Dios en el desarrollo de aquella obra, para ellos tan luminosa... Aquellos calditos de plátano comidos con los indios o a escondidas de ellos, cuando veíamos que no habían de alcanzar para darles a ellos siquiera ese bocado de cariño. En fin, padre, en ninguna parte como en estas ambulancias siente uno a Dios tan misionero. Él también respira con uno el suave ambiente de la infidelidad que va cediendo su puesto a la fe.

Pero no vaya a imaginarse que mi dicha fuera alegría. No, esos montes tan negros de que me veía rodeada y esas lejanías del cielo, me hablaban de muchos de esos infelices que mueren sin conocer a Dios nunca, y que esos montes guardaban, ¡esperando el brillito de la fe, que quizás no les alcanzara en muchos años! ¡No, padre, la alegría completa, mientras haya quién no conozca a Dios, me es imposible!

No dejaré de consignar aquí también la astucia de que me valí para poder, más tarde, hacer un abiertico alrededor de la ambulancia del Pital, para que se vea cómo a los pobres indios hay que manejarlos como a los niños.

Bastante más tarde, cuando ya la ambulancia se tenía casi constante, se hacía muy útil poder tener allí una vaca, siquiera para la leche que debía dársele a los enfermitos y además para la hermana María del Sagrado Corazón que acompañaba a las que hacían la Ambulancia y vivía muy enfermita. Pero ¿cómo hablarle de esto a Justo, el amado capitán de los indios? Con menos que esto hubiera revuelto el mundo, porque ya el marido de Madre venía y aquello hubiera sido una verdadera revolución.

Pero, apenas había pensado en esta necesidad, cuando comenzamos a encontrar culebras en el cuarto del padre. De esto me valí para empezar la

obra. Le dije a Justo que si me permitía quitar ese rastrojito cercano al cuarto del padre, a fin de que las culebras no se le entraran y le diera miedo. El indio, un poco más generoso esta vez me dijo: Sí, tumbá rastrojito, pero poquito para que no acabe. Ya esto era algo.

Algunos días después, ya teníamos un limpio regular que le daba alegría a la casita, gracias a las culebras del cuarto del padre... Un tiempo después se encontraron las hermanas cerca de la casa una culebra enormemente grande, que para matarla hubo necesidad que un indio la adormeciera y la colgara de un árbol; y apenas en toda la noche se ahorcó.

Pues de esta nueva culebra, me valí para pedir la quitada de otro poco de rastrojito. Así, con ocasión de otros animalitos, fuimos abriendo hasta tener modo de formar yerbalito para una vaca. Cuando esto sucedió, ya Justo no tenía desconfianza y se reía de mi ocurrencia, sin saber que lo había hecho maliciosamente.

Ambulancia de Antadó

En la ambulancia de Antadó, que la consagramos a San Miguel, como la del Pital había sido consagrada al Sagrado Corazón de Jesús, se hizo más o menos como en la del Pital, pero los indios fueron más difíciles de ceder el terreno para el rancho, que los del Pital. Para ello, después de haber hecho el ranchito sin haber consultado sino al capitán, hubo una reunión de todos los de la tribu para evitar que uno de ellos nos quemara el rancho apenas acabado. Ni con la intervención del protector de indígenas, ni con nada, consentía el pobre Natalis en dejar que viviéramos en su tierra y vecindad.

Ya dispuesto todo lo de la desbaratada del mísero pajarate*, le pedí a Dios su luz, pues una imprudencia podía desanimar a los indios, únicos intereses que consultábamos. De pronto se me ocurrió llamar a los opositores y resueltamente les dije:

- Como esta tierra es de ustedes legítimamente y como no consienten en permitir el rancho, yo por mi parte les doy el permiso de quemarlo y pueden hacerlo ya, porque quiero verlo arder. Yo no me enojo con ustedes por eso, porque siempre son mis hijos; pero cuando acabe de arder el rancho, emprendo la hechura de otro y si me lo quemaran haré otro y así hasta que se cansen de quemar. Natalis me contestó muy convencido en lo de quemar todos los ranchos:

- ¿Y onde hacés otro rancho, en tierra de nosotros?
- No, le dije, sobre la quebrada que no es de ustedes ni de nadie. Allí clavo estacas y sobre ellas hago rancho.
- ¿Y para que quiere vos hacer tanto rancho con indio? Me replicó.
- Pues porque yo no deajo perder onde infierno alma de indio y tiene que cuidar así de cerquita con él, le contesté haciéndome a su modo de hablar.
- Entonces yo camina lejos, me dijo.
- Pues aunque camine lejos, allá va hermana y aunque se vaya y pase el mar, hermana también pasa el mar. Solamente, cuando entre al infierno no lo seguimos. Nosotras con Dios ayudando, todo puede... Bien pueda quemar rancho; ya aquí candela yo tiene... Hice enseguida ademán de ir a la cocina a traerle fuego, pero no me dejó. Con ademán de vencido me dijo Natalis:
- ¡Nosotro ta fregao! Tiene que aprender ley de Dios, ¿qué hace pues? Dejá pues casa mi tierra, ¿qué hace pues?

Los demás indios hacían ademán de aprobación, diciendo:

- ¿Qué hace pues? Siempre aprende ley de Dios.

Así quedó resuelto el asunto que ya tenía amostazado al protector de indígenas que nos acompañaba.

En estos recursos para vencer a los indios, padre, no puede menos que verse una intervención especial de Dios; pues se viene como naturalmente a la mente y en el momento necesario, con sorpresa de uno mismo. Bendito sea mi Dios, que como buen conocedor de la miseria de los indios, da estas luces.

Terminados estos ranchos, el trabajo pudo ensancharse, dejando un poco de desahogo al corazón. Ya eran tres centricos de trabajo en Dabeiba y uno en Rioverde, a la vez que se trabajaba en abrir el de Chontaduro. Esto no era el descanso de mi alma, pero sí era una esperanza.

Recuerdos de la ambulancia de Antadó

Como recuerdos personales de la Ambulancia de San Miguel, Antadó, tengo dos, que en cumplimiento de mi deber, consigno:

Es el primero, que en esta misioncita se comenzó la costumbre de llegar cantando el Magnificat. La primera vez que fuimos a trabajar en ella, al entrar por el rastrojito que tenía delante y ver el ranchito tan a propósito y considerarlo como una arquita de salvación para esas delicias de nuestra alma, como llamábamos ya a los pobres indios, sentí tanta delicadeza de corazón y ternura, que deteniendo la bestia dije a las que me acompañaban que entonaran el Magnificat y que ninguna se desmontara hasta haberlo terminado. Hasta el Padre que nos acompañaba cantó y se enterneció. Las hermanas bañadas en delicioso llanto, desmontamos y recorrimos el ranchito bendiciendo a mi Dios.

Desde entonces, padre, entramos a esas casitas cantando el Magnificat y ha venido a quedar como costumbre que se respeta mucho, entre nosotras. Mire en esto, uno de los motivos por los cuales pedí, al entrar a Pamplona, el Magnificat. Pensé al entrar a la casa, en tierra civilizada y entre tanto entusiasmo de las gentes, no sería posible hacerlo, y ¿qué instante mejor que aquel? Teniendo frente a nosotras el amado Pamplona, otro campo de apostolado de diferente género pero grande y bello.

Mi corazón siente necesidades bien distintas de las de los demás, padre; y Dios frecuentemente me permite satisfacerlas. Este canto del Magnificat en los casos que le apunto, es una de ellas.

Esta costumbre ha subsistido, aunque con alguna modificación. Pronto las hermanas propusieron cantar también el Magnificat siempre que llega una superiora mayor a alguna de las casas, además, a la entrada de las nuevas fundaciones. Nada más propio para lo que siente mi corazón, en tales casos, que este Magnificat. Si además, terminaran con un versículo de las Lamentaciones de Jeremías: " Como está sentada y sola la ciudad de Dios llena de pueblos (Jer. 1,1), por ejemplo, daría expansión a los sentimientos que entonces me embargaban.

El Magnificat introduce a María en el nuevo trabajo y envuelve la acción de gracias; y el verso de Jeremías diría mi amargura amarguísima, por lo que falta, más allá de ese pequeño radio de trabajo. María como inicial del trabajo, el agradecimiento por poder hacerlo y el dolor de no poderlo hacer todo. Vea aquí, padre, los tres sentimientos de mi alma en esos momentos.

Pero jamás me he atrevido a proponer a las hermanas la introducción de la Lamentación del profeta Jeremías, no me doy cuenta por qué. Quizás

porque es solamente mío ese sentimiento pues las hermanas jamás me han dicho que sienten sino lo primero. Esta práctica, como digo, ha subsistido; no así la de nuestra entrada de Rioverde. Entonces me salió como del fondo del alma aquello; en las fundaciones siguientes, no.

¿No ve, padre, en todo esto, cómo hemos ido presentándole a Dios todo lo que Él mismo va poniéndonos delante, como agradable a sus ojos, sin tratar de imitar a nadie? Por eso es por lo que extrañan algunos lo diferente de la Congregación y aunque ello nos causa molestias, ¡no estoy muy arrepentida de haber obrado así, presentándole al Señor sin deshojarlo, lo primero que brota del corazón! Yo sí puedo cantar aquello de "¡Señor, sólo Tú eres el dueño de mis primicias, por eso te bendeciré eternamente!"

Esta frase, aunque la pongo entre comillas, porque la he repetido miles de veces, es hija de mi mente, movida por el corazón, en casos como los que indico. Podría decir que es una de las boberías mías; pero no me atrevo porque respeto mucho aquello de que me sirvo para decirle a Dios mi amor. ¿Será exagerado decir que ya esas cosas han tenido cierto contacto con Dios y por eso dejan de ser boberías? ¡El santifica todo cuanto toca!

*Origen de las Voces Místicas de la Naturaleza*⁸³

Otra de las cosas personales que recuerdo en la casita de San Miguel, Antadó, es lo que sigue:

Me fui una vez a visitarla y en el camino sentí cierta tristeza porque en esas ambulancias las hermanas carecían de sagrario. En todo el camino me entretenía, como dejándole conocer a Dios (que me perdone esta expresión) mi pena por eso, y pidiéndole remedio. Nada más que pena tranquila sentí, a pesar de pasar todo el camino, así como quien le deja ver a Dios lo que siente, y así llegué a la Ambulancia. El sentimiento ése no se me pasaba del todo, sino que me acompañaba en el trabajo con los indios, sin turbarme y como si a Dios le gustara.

Un día, me encerré en el cuartico del padre, por darme un ratico de soledad y como un relámpago pasó por mi mente, pero llena de amor ex-

⁸³ LENGUAJE MÍSTICO DE LA NATURALEZA, fue el primer nombre; después se imprimió con el nombre de: "VOCES MÍSTICAS DE LA NATURALEZA"; de este libro se han hecho varias ediciones.

quisito, esta idea: ¡No tienen sagrario pero tienen naturaleza! ¡Aquí sí di en el clavo, me dije! Pero es necesario enseñarles a las hermanas a buscar a Dios en la naturaleza como lo buscan en el sagrario, pues aunque la presencia de Él es distinta, en las dos partes está y el amor debe saber buscarlo y hallarlo en donde quiera que se encuentre, ¡hasta que nos lleve a su casa en donde no habrá que buscarlo porque se le tiene! Gusté un rato de esta como revelación de la voluntad de Dios y pensé que así como los novios se hablan por medios convencionales como las flores, los pañuelos, etc. ¿por qué las misioneras no habían de formar con Dios cierta convención para hablarle por medio del medio que las rodea?

Aquello me pareció encantador y vi que a Dios le agradaba, por lo cual puse manos a la obra y comencé a escribir lo que llamamos "Lenguaje místico de la naturaleza", que aún no he acabado de escribir. No sé si ese trabajito ha llenado o llenará el oficio para el cual lo he bosquejado, pero Dios sabe que mi intención ha sido ver de qué modo hago que las misioneras puedan ir en busca de las almas, sin abandonar el espíritu de oración que, al pie del sagrario, comienzan a ejercitar, haciendo a la vez, más fructuoso el apostolado querido.

Tengo esperanzas de poder terminar y dejar así a las hermanas lo que Dios quiere que les deje. Que ellas sean fieles en la práctica de estos medios de unirse a Dios, es mi deseo más vehemente y a Dios sea la gloria de todo esto. Me fastidia cuando oigo decir que el lenguaje es bonito, porque se me ocurre que si se queda en bonito y admirado, ¡Dios mío, pierde su objeto! ¡Aspiro a que sea útil, al amor. Eso sí!

Dejar ver a Dios lo que se siente

Y ahora que hablo de dejar ver a Dios lo que se siente, se me ocurre padre, que esto engendra en mí una clase de oración especial. Le digo oración, aunque nadie me ha bautizado con ese nombre lo que siento; pero yo sí se lo doy. Ensayaré a ver si me doy a entender.

Frecuentemente, cuando tengo el interior con muchas cosas, o penas, o contrariedades o emociones o lo que sea, y también cuando un sentimiento se me fija mucho, me pongo delante de Dios con cierto descuido para que vea lo que hay en mi interior y ¡me alegro de que lo vea! ¡No hago más! ¡Pasan horas y no hago más! Quedo después muy bien, como si Dios me hubiera aprobado. Esto me parece que es descanso, pero no ociosidad. ¿Estaré equivocada? ¡Salgo tranquila, descansada y ciertamente como

iluminada acerca de las cosas que me embargaban y contenta de no poder más!

Al principio esto me parecía que era ociosidad y que me ponía así por pereza de hacer otra clase de oración o de luchar por quitar de mí esas preocupaciones; pero más tarde me dije: aunque lo que me preocupa no es de Dios, sí es del medio en que Dios quiere que esté o del oficio que Él me ha dado; luego... ¡que lo vea! Yo estoy delante de Él como un trapo con lo que se le pega... Si es feo, si es bonito, que lo vea y ¡Él me quitará lo que no debe ser! Y, padre, ¡me dejó ver de Dios! ¡Y el pensamiento piensa en lo que hay dentro, pero delante de Dios de quien me dejó ver todo, todo! Y salgo como si hubiera orado y ordinariamente lo que tenía adentro se me desaparece o resuelve bien y quedo contenta de Dios y de su revista por mi alma.

Alguna ocasión consulté sobre esto a un confesor, pero no supe decirse-lo de modo que lo entendiera y me contestó que eso no podía hacerse. Por entonces dejé de hacerlo y me empeñaba en vaciar mi interior para hacer oración. Sólo conseguía luchar sin sacar una sola de las cosas; pero como obedecía quedaba tranquila.

Más tarde, y bajo la obediencia de otro padre seguí practicando lo de dejar ver a Dios y quedé tranquila y no he llegado a consultar de nuevo, ni pensado que debo hacerlo, ¿sería porque siento que el otro padre resolvió sobre lo que yo le dije, que no era lo suficiente para que entendiera? Quizás sí. Lo cierto es que ahora lo creo oración y que con frecuencia es mi recurso en las angustias del alma; ¡dejar ver a Dios! ¡Dios mío, es delicioso eso! Que se llame oración o como quieran los místicos yo la llamo así: Dejar que Dios vea, aunque comprendo que sin explicación la frase tiene inconveniente; ¡pero es que Él y yo hemos convenido así!

¡Cuántas maneras hay de entretenerse con Dios! ¡Y después dicen que se aburren en soledad! Señalar las maneras de oración es para mí cosa poco menos que inútil, o útil sólo para encarrilar el alma; pero al amor se le ocurren tantas maneras de entenderse con el Amado, que se desborda y no quiere meterse en ningún tipo. Sin embargo, siempre he consultado sobre mi oración porque bien sé que nadie es teólogo de sí mismo, y que ya que el demonio ha inventado su manera de fingir en las almas oración, como quien remeda la luz, echando tinieblas, ¡Dios es muy conocido y el alma que lo siente con humildad sabe que es Él! Pero gracias a Dios que nos ha dado guías en la Iglesia asegurando así al alma con el criterio de autoridad que deja tanto descanso.

Excursión a Tuguridó

No recuerdo bien, cuánto tiempo después de tener estos centricos de trabajo, pensé en los indios del Murri. Sabíamos que allí había muchos indios porque los de Dabeiba y Rioverde hacían de tiempo en tiempo sus viajes y traían nuevos indios desconocidos. Naturalmente, esto movía mi ambición, si así puede llamarse la sed de mi alma; pero decían los indios: ¡Si Madre camina Murri, apenas gagüinazo sabe onde queda! ¡Camino muy estrechito, peñasco alto! ¡Pata de hermana no aguanta!. Ésta era la cantinela constante de los indios y tan seguros estaban de que allí no iríamos que lo tenían como lugar de seguridad. Cuando alguno de ellos quería escaparse de la influencia de las hermanas se iba al Murri y allí se creía completamente seguro.

Estando un día en Rioverde, llegó una india diciendo que en una cueva de Tuguridó, se encontraba el indio Sixto, (indio que se nos había perdido hacía mucho tiempo), en artículo de muerte y que además, estaba sin bautismo. Pregunté a la muchacha si era muy lejos y me contestó que con pata iba uno en un día y volvía en otro.

Esto, Dios mío, era bastante para que no volviera yo a pensar en otra cosa. Les comuniqué a las hermanas y consulté con el padre Lopera que era el capellán, e inmediatamente arreglamos viaje. Contábamos con que era sólo un día de buen camino y aquello fue providencial, pero un gran engaño de la india.

Llegamos a un punto donde el conductor no respondía por la vida mía, pues que el camino era por rodaderos espantosos y zarzales horribles. Pensando que volvían al día siguiente, se determinó que me quedara a la entrada del monte, en un ranchito medio caído que había allí y esperara. Las dos hermanas, el Padre y el peón con la indiecita, siguieron.

¡Cómo los vi perderse en aquel bosque, quedando yo en aquella soledad, sin participar de las dificultades de aquel camino! Por fortuna, padre, toda vez que Dios me niega la gracia de sufrir algo por Él, me acuerdo de lo mucho que he desmerecido esas gracias tan grandes, con la constante infidelidad de la vida y me digo: El que la debe que la pague y me quedo muy contenta de Dios, que muestra así su misericordia. Por eso en esta vez eché miradas hambrientas a los que se perdían entre aquella oscura selva, en busca de una alma amada, y me recogí delante de Dios para gozar en aquella soledad de la más amable compañía de Dios. ¡Hasta la respiración en esas soledades sale con más facilidad, a mi me parece!. ¡Qué dulce es la soledad cuando en ella se encuentra a Dios!

Una mujercita me acompañó por la noche y al día siguiente tuve noticia de que era inútil esperar a los excursionistas antes de dos o tres días y resolví volver a la casa con un peoncito.

Llegué a Rioverde y después de preparar varias ropas y comidas salí con una postulante para el mismo sitio, con el fin de esperar allí y tenerles ropa seca y algo que comer, pues las lluvias constantes las traerían ateridas y pasarían mucha hambre pues no iban preparadas para tantos días, y en casa de los indios no se encuentra sino miseria.

Tuve que esperar todavía dos días, de modo que el viaje fue de seis, lo que la india decía que se hacía en dos días.

Vinieron hablando maravillas de aquella tierra de tantos indios e inclemencias. Encontraron al pobre Sixto, medio muerto en su monte, sin recursos y sin vida casi, pero el miedo no lo dejó atender a lo que le decían; como pudieron lo arreglaron y tuvieron que regresar, pues ni tenían donde estar, ni podían gastar más tiempo.

Esta excursión, hecha como sin pensarlo, fue la primera de varios días que se hizo. Me asusté bastante con lo que me referían las hermanas y el Padre, de las dificultades y peligros de ella. Averigüé muy bien cómo había pasado todo.

Reflexiones e inquietudes

La madre San José me dijo que como yo les había contado que en la noche del Mutatá había procurado que una velara mientras las otras dormían, ella había hecho lo mismo en Tuguridó. El padre me dijo que aquello era una crueldad. Todo lo oí atentamente, pero nada dije, pues ni esa clase de excursiones ni las precauciones tomadas, entraban en mi plan. Ésta se había hecho así como en un arrebato de celo o de compasión, no lo sé; pero después pensé mucho si aquello convendría y fue precisamente mi asunto delante de Dios, allá en las noches que pasé en la boca del monte, esperando las excursionistas. ¿Querría Dios o no, las excursiones en esta forma?

Necesidad de las excursiones

Todavía después de ésta, no dije nada definitivo; les dije a las hermanas que eso me aterraba, pero ¿cómo resistiríamos ciertas necesidades como había sido la de Tuguridó?

Cuando vi llegar a las hermanas y al padre, al rancho en donde los esperaba, transidos de frío, con las ropas que parecían saliendo de un baño, desencajados los rostros y temblorosas las manos, así como los pies despedazados, con hambre, sed, cansancio terrible, sentí la mayor confusión que pueda pensarse...

¿Sí debería hacerse esto...? ¿Por qué no metí la cabeza y lo hice yo también...? ¿Qué pensarían los señores obispos de esto? ¿Cuántas se irían a matar en estas excursiones, y sus familias con razón reclamarían...? ¡Dios mío! ¿Y los peligros morales...? Todos se agolparon en mi mente. ¿Las noches aquellas que pasaba en Medellín, antes del viaje, en medio de tormentas y vientos de tempestades horribles, desgracias y catástrofes, serían la revelación cierta de esto?

Por otra parte, se me venían mil cosas a favor de las excursiones. ¿Cómo veríamos en el porvenir desaparecer indios sin bautizar en los montes, sabiendo de cierto que estaban enfermos y que podíamos ir?

¿Tendría Dios designios especiales para salvarlos, mediante nuestro sacrificio? ¿Los ángeles de la guarda de los mismos indios no cuidarían de las hermanas? ¿Estas excursiones no serían la manera mejor de atraer a los indios?

En fin, tanto en favor como en contra veía militar razones de mucho peso y determiné callarme, mientras Dios mostraba su adorable voluntad.

Los padres que entonces nos acompañaban eran sumamente prudentes y no dejaban escapar opinión ninguna, casi en nada de nuestros trabajos, porque decían que nada entendían y que todo era para ellos, sorpresa; pero que sentían sumo respeto por todo al verme tan serena. Yo sí sabía que algunas cosas los asustaban, pero jamás me dijeron nada.

No se me ocurrió consultar lo de las excursiones con el señor Crespo, sin duda porque él tampoco definía mucho la obra. La apoyaba con toda su alma, pero aunque, al principio le dije que me diera un como croquis de lo que debía hacer, no me hizo caso y no recuerdo cómo salió del paso conmigo en esta vez. Todo pues pesaba sobre mí. Por lo tanto nada dije y dejé que Dios mostrara su santa voluntad.

Después se hicieron varias excursiones que hicieron en mi alma un peso horrible. Las hermanas salían llenas de alegría, como no sale jamás una mundana para un baile o un banquete; llevaban órdenes las más minucio-

sas para evitar peligros y aprovechar ventajas; salían con un espíritu excelente, llevando su reglamento, compañía suficiente, provisiones, cuanto se puede, y sin embargo, yo quedaba como en lecho de brasas, sufriendo por todo; sin cesar, me parecía que llegaban con una noticia funesta. Pero por más que sufriera en cada caso, jamás tuve valor para negar el permiso para ellas.

Entonces aquello de que se debe exponer la vida material de nuestro cuerpo ante el peligro inminente del alma del prójimo, se me imponía. Veía que era exactamente ése el orden de la caridad y que a esos pobres no podía llegarles la fe y el santo bautismo a menos de un milagro y me era imposible dejar de ir o mandar. Al principio las hacía siempre yo y así no me dejaban inquietud; pero poco a poco las hermanas fueron oponiéndose a que yo saliera a las muy peligrosas o difíciles y hube de conformarme con el sufrimiento moral que me proporcionaba.

Esta pena, naturalmente, no me quitaba la paz porque un acto de confianza en Dios era bastante para que mi sufrimiento fuera calmado y prudente. ¿No ha visto padre, que de la confianza mana la paz, como del enjambre la miel? ¡No hay pena tan fiera en la vida que no pierda su fiereza, ante una confianza sencilla!

Aunque en las excursiones todo hubiera resultado funesto, estaba segura de que Dios me asistiría y no me lo imputaba a mal, porque Él lo hacía y su voluntad era lo que perseguía. Y si me hubiera equivocado, ¡estoy segura que Él hubiera remendado mi daño y además, me habría ganado un grado más de su infinita compasión! Con esta confianza sazónaba mi sufrimiento.

⁸⁴ MONS. JOSÉ JOAQUÍN ARTEAGA: Primer Prefecto Apostólico de Urabá, nació en Estela, Navarra (España), oct. 12 de 1878. Vino a Colombia en 1919 a tomar posesión de la prefectura en donde se ganó el afecto de la gente por su caballerosidad, sus dotes de orador y poeta, y por el amor que, desde el primer instante, demostró por su nueva patria. Fue el gran propulsor de la carretera al mar que une a Medellín con el golfo de Urabá, abriendo a Antioquia una imprescindible salida al mar. En 1920, debiendo hacer un viaje a Roma, pasó a dar el hábito de monja Carmelita a su madre doña Mercedes San Julián. Sólo durante siete años pudo Mons. Arteaga gobernar la Prefectura, una grave dolencia del hígado lo llevó a la tumba, en Frontino, en mayo 18 de 1926.

Dios aprueba las excursiones

Cuando más tarde, en 1919, vino el ilustrísimo señor prefecto de Urabá, señor don José Joaquín Arteaga⁸⁴ (q.e.p.d) supe que había dicho que había ¡que persuadir a la Madre Laura de que esas excursiones no debían hacerse y que a él le fatigaban! Inmediatamente quedó la congregación bajo la jurisdicción de él, le dije:

- Yo se que a vuestra señoría no le gustan las excursiones y que le parecen peligrosas física y moralmente. Tiene mucha razón, y a mí también me parecen lo mismo; si me lo ordena, las quito; quedan, desde que me dé la orden, suprimidas.
- No, no las suprime, me dijo; eso lo verán después otros superiores. Sígalas.

De modo que siguieron las excursiones por las razones apuntadas y además, porque Dios parece autorizarlas con hechos portentosos, no siendo menor que el de que las hermanas en diez años de trasegar las selvas de malos climas, así en invierno como en verano, pasando ríos y ciénagas, pasando en bohíos infectos y poco cubiertos, las noches con los moribundos y haciendo caminadas larguísimas, conservaron la salud en perfecto estado.

Un médico incrédulo y hasta fanático que prescindía de todo lo sobrenatural y aún de Dios, en su vida, me dijo, después de repreguntarme mucho sobre las excursiones: "Conozco los montes de Dabeiba y el Murrí, pues como guerrillero en la guerra, los anduve y le aseguro que si las Misioneras los recorren y conservan buena salud debe atribuirse esto a una causa sobrenatural de Dios o del diablo; eso de ningún modo es natural".

Por supuesto que como no tenemos derecho a la influencia milagrosa, me he propuesto rodear las excursiones de precauciones higiénicas y morales escrupulosas hasta donde es posible, para lo cual en el Directorio de la Congregación se han puesto reglitas rígidas y propias.

En vista pues de estos resultados y de las numerosas conversiones conseguidas por las excursiones o por motivo o medio de ellas, me tranquilicé y hoy se hacen sin inquietarme sino por ver que se cumpla muy estrictamente lo prescrito para ellas. Si alguna vez la Iglesia las suprime, lo que creo que no sucederá, pues ella no le cierra la misericordia a las almas, quedaré tranquila porque he hecho con ellas lo que he creído voluntad de Dios y nada más.

Exploración a Murri

Volviendo a la excursión de Tuguridó, digo que dio margen a la fundación de Murri, porque de allí vinieron las hermanas hablando de tantos indios y tan salvajes.

No volví pues, a dejar de pensar en cómo podríamos hacer allí un ranchito pero lo primero sería hacer una entrada a aquellos bosques para explorarlos y ver la manera cómo podíamos colocarnos al alcance de los indios.

Le escribí al señor Crespo, hablándole de esta necesidad y me contestó como siempre, la emprendiera y que él iría pensando en el capellán. Esto me animó sobre manera, pues en estos casos el consentimiento de los superiores hace ver más fácil lo que parece difícil.

Mientras que dábamos las vueltas para la exploración, fue la traslación del señor Crespo a la diócesis de Santa Rosa, si no recuerdo mal, pero no me inquieté. Mientras que el señor Toro llegaba a tomar posesión de la diócesis, emprendimos la exploración para que al pedirle el permiso de la fundación, pudiéramos hablarle con más conocimiento del teatro en cuestión.

No recuerdo cómo se determinó aquel peligroso viaje. El padre Guillermo de la Sagrada Familia, carmelita, que desempeñaba entonces la Viceparroquia de Santa Catalina, residía en Nutibara, en donde transitoriamente se había trasladado la misión de Rioverde, por ver de complacer a los padres carmelitas en mi afán de hacerlos amigos y evitar el escándalo que ya comenzaba a producirse. A la vez atendía a la misión, como dependencia de la parroquia de Frontino, de la que ya había tomado posesión. Este padre se me ofreció para la exploración. Además, las hermanas María San Benito, María del Niño Dios y esta servidora, formábamos la comitiva de la exploración.

Salimos de Nutibara, convencidas de lo difícil del camino, pues sabíamos que nadie lo había atravesado a caballo y que además, mujer ninguna se había resuelto a meterse en aquel monte tan lleno de peligros, de animales y de indios un tanto sospechosos. En fin, sin la confianza en Dios y sin la mira de almas, que da valor hasta para lo inconcebible, nos hubiéramos corrido ante las cosas que la gente refería de aquella región y la trocha que a ella conduce.

Salimos muy llenas de fervor y resueltas a ir hasta donde fuera posible y nada más, como lo he procurado siempre hacer, y después dejarle a Dios los demás cuidados. Si en la mitad de la trocha encontrábamos que era temerario seguir... pues nos volvíamos y todo quedaba bien. Hasta la catástrofe es buena, cuando ya uno ha hecho cuanto está a su alcance.

Aquel camino verdaderamente era lo más terrible que podía soñarse. Peñascos y ciénagas, rodaderos y pantanos hondísimos, y despeñaderos y canalones, palizadas y cuanto puede hacer un camino peligroso, se encontraba en todo él. Era milagroso ir a Murri. Sin embargo, de ninguna parte nos pareció que debíamos volvernos, porque el recuerdo de aquellas almas que sin saberlo siquiera estaban ya a punto de lucirles la aurora de fe, no nos permitía echar pie atrás.

En la cumbre del Portachuelo

Fuimos a dormir el primer día en un sitio llamado Portachuelo, helado y donde por rareza deja de llover. Aquel sitio, el más elevado de esa formidable cordillera que separa las aguas del Ríosucio de las del Atrato, tenía sólo un ranchito en donde una familia moría de hambre y de frío, colocada entre pantanos de antaño, formados por aguas estancadas y que, como no deja de llover, jamás se secan.

Por otra parte, aquel punto es de lo más hermoso de toda la región, precisamente por su elevación, deja ver toda la hoya del Atrato; inmensas selvas como un mar verde se presentan a los ojos del espectador, en un valle que se pierde entre las nieblas, allá donde parece que el cielo y la tierra se juntan.

El sol no acaba de ocultarse hasta cerca de las siete de la noche y proyecta sobre aquel mar verde, rayos rojos como sangre. ¡Es hermoso y también aterrador aquel panorama! Se siente uno tan pequeño y tan grande... y pensar que aquellas selvas ocultan tantas almas y tantas miserias... Mientras las compañeras, al pie del fogón, inútilmente sé esforzaban por hacer arder aquellos leños pasados por el agua y el humo las ahogaba, y el viento que zumbaba frío y furioso no les permitía moverse, el padre, acurrucado, guardaba silencio y esta servidora observaba, aunque tiritando, aquella naturaleza tan horrorosamente bella y me oprimía la consideración de las insuperables barreras que la naturaleza oponía a la redención de aquellas almas.

Cosa particular padre, he observado el distinto modo de sentir ante las cosas, las gentes. Bastante tiempo después, entraba por este mismo camino el ilustrísimo señor prefecto de Urabá, padre José Joaquín Arteaga y en su emoción, dice que se sintió delante de estas inmensidades, grande, ¡y que se soñó un San Pablo, al echar la primera mirada sobre las tierras vírgenes de su jurisdicción! Ya ve, y a mí me hacía oprimir el alma mi pequeñez y la de todos los medios que podían ponerse en juego para vencer aquella naturaleza fiera y bella, a la vez que se me tornaba cruel, con las almas que íbamos persiguiendo de modo tan raro y débil.

¡Ay. padre de mi alma! ¡Pasó por mí, entonces, con casi agonía de muerte, la magnitud de la obra que había emprendido! ¡Y me sentía más mujer que nunca y me dolían las almas, más que de ordinario y veía la necesidad de arrancar de aquellos dominios al demonio, dueño único de ellos, antes y ahora! Miraba al padre Guillermo, aterido de frío, cabizbajo, y a las hermanas empeñadas en hacer fuego sin poderlo conseguir... Qué suma de pequeñeces éramos los que poníamos la primera mano a obra tan gigante...

¿Alcanzaríamos a ver siquiera un indio? ¿Las manos del Padre que tiritaban de frío podrían derramar el agua del bautismo siquiera a uno de esos infelices moradores de aquella misteriosa selva? ¡Cuántas nos haría el diablo cuando se sintiera turbado en sus dominios! ¿Qué éramos nosotros para él, con tantos y tan terribles poderes? ¡En fin, padre, ahora me aplano ante este recuerdo! La muerte se apoderaba de mí, al parecer; era una negrura de impotencia y un mar de dolor... ¡Los rayos sanguinolentos de ese sol que hería mis pupilas sin dar un solo resplandor a mi alma, ni un punto de esperanza a mi corazón, se iban acabando lentamente, como indolentes a cuanto a mí me mataba!

Estas cosas, padre, serán nerviosas y cuanto se quiera de natural; pero ¿qué nervios no se exteriorizan cuando el alma da tales arremetidas? ¡Si el señor prefecto se sintió San Pablo, yo me sentí microbio! ¡Mire cómo los nervios tienen sus tintes diferentes! Conoce vuestra reverencia los versos de este señor prefecto titulados "Sobre la cumbre del Portachuelo"? Allí hablaba de su emoción y de la grandeza que Portachuelo le hizo soñar. ¡Y verdaderamente, él sí tenía mucho de grande porque era hombre, era sabio, era bueno, tenía la autoridad de la Iglesia para salvar aquellas almas y, sobretodo, era sacerdote! ¡Pero esta uña de mujercita... Dios mío! ¡Mucho fue sentirme microbio! Debía morir de verme tan loca, tan atrevida, tan enferma de ese dolor interminable de las almas...

Pero, padre, por encima de todo esto tan humano y tan duro, ¡está la confianza en Dios que arraiga en el corazón como un peñasco en medio de las corrientes de muchas aguas! Sí... un acto de confianza, un rayo de ese elixir celestial que sólo Dios da al alma, basta para desvanecer todas estas sombras amargas. ¡Y vino ese rayo, padre, cómo un bálsamo! ¡Bendito sea Dios que da la mano a su criatura aunque esté en el aniquilamiento del Portachuelo! ¡Entre los cánticos de alegría de sus elegidos y de sus ángeles vio mi dolor!

Todo cambió y fue ya luminoso aunque el sol material había ya hundido su disco en las aguas del Pacífico... ¡Con razón se le puede hacer burlas al sol material cuando uno tiene esa luz del alma, emanada del verdadero Sol! Dicen que Dios se esconde en una luz inaccesible. Yo digo que, también se muestra en una luz indecible.

¿Y cómo ha de poder decirse esto?

Recordé, o mejor, sentí entonces, de modo muy vivo, aquel verso del profeta Isaías: "Y este varón será como un lugar de refugio para guardarse del viento y guarecerse de las tempestades; como arroyos de frescas aguas en tiempo de sequía y como la sombra de una alta peña, en medio de un ardiente páramo!" (Is. 25,4)

Vi que Jesús, su dulzura, su amor, su madre, entrarían por medio de aquellos bosques, como lugar de refugio para estas almas; como arroyos de frescas aguas en aquella inmensa sed de Dios, en esa dura lejanía de Él, ¡en esa sequía de todo consuelo! Y como alta peña, para resguardarlos de su cruel enemigo y poseedor de tantos siglos. Dios me había mandado a poner siquiera mi dolor al lado de los esfuerzos de la Iglesia por salvar esas almas, ¿y qué tenía que temer? ¡Mi confianza entonces superó todo, absolutamente todo! ¡bamos llenos de un amor amargo, que sería como la mirra y el incienso que dejáramos trascender por nuestra oración hacia Dios, en cambio de aquellas almas!

Los montes se allanan ante el querer de Dios. Los ríos y aguas se abren cuando Dios lo ordena así. Las tempestades callan; las fieras se amasan y ante el querer de Dios no hay poder que resista... Luego, no había que temer... Nuestra debilidad, en manos de Dios, sería la pura fortaleza... ¡Toda la tempestad de mi alma se redujo, padre, a paz, dulzura y hermosa esperanza!

Creo que si yo no hubiera sido llamada por Dios a esta obra, esto hubiera doblegado mi presunción. Ni la vanidad, ni la ambición de honores o de

riquezas, ni nada que no sea Dios, puede dar la calma a una impotencia tan grande como la mía, puesta a tan magnas dificultades. ¿Estaré equivocada, padre mío?

Cerró la noche en Portachuelo y mi alma estaba en plena bonanza y dicha. Parecía como que Dios soplabla en aquel viento que por todo el cerco de la casita entraba bramando. ¡Gracias Dios mío!

Hacia adelante, ¡Dios mío!

El fuego al fin ardió, después de dejar los ojos de las pobres hermanas, rojos como fresas. Nuestra humilde comidita nos refrigeró mucho. El padre, como un niño, se sometió a todo; no desmayó en su valor, pero no tenía fuerzas para hablar mucho. No recuerdo cómo le hicimos cama. Debí ser un pajaratico* vecino. Nosotras, acurrucadas al pie del fogón, amaneceamos, rezando a ratos y tiritando siempre de frío, pero el alma inundada de confianza y paz.

¿Quién me hubiera dicho, en aquellos tiempos en que formaba toda mi ambición una celda carmelitana, que me había de ver ante una obra tan gigante de la gloria de Dios, serena como un lago? ¡Qué obras las que hace Dios con las hormigas o con los microbios, por decir mejor!

Ni por asomo me inquietaba el fracaso, porque el Señor me había hecho perder, así el deseo de éxito por mí misma, como el temor del fracaso. ¡Es como ir sobre una ola suave, en sueños! ¡Oh!, ¡la confianza tiene campos extensos de amor, de paz y de suavidad brillante, que jamás el hombre puede rastrear sin haberlos experimentado. Casi es un preludio de la paz del cielo. Mejor dicho, lo es!

Después, no hice versos como el señor Arteaga, pero si guardé para mis hijas estas lecciones. Y le di a Dios un: ¡Bueno Señor! Hacia adelante, Dios mío. ¡Todo es nada! Para tu amor a las almas, no hay barreras...

Una misericordiosa caída

Al día siguiente salimos lloviendo, como es natural, pero cantando salmos. El padre Guillermo, como un niño, es el distintivo de su carácter, nos hacía reír a cada paso. En un gran pantano, le dije: Padre, eche su bestia adelante para saber por dónde echo la mía. Con la ingenuidad del niño, me contestó: ¿Sí? ¡Para que si alguno se desmorra, me desmorre yo! Y al contrario contuvo su bestia para que otro hiciera la prueba. Naturalmente,

esto nos sorprendió pues es lo natural que el hombre se anticipe en estos casos, como más valeroso y fácil para moverse y ninguno, con un poco de punto masculino que tenga, responde así. Pero en el padre Guillermo, aquello era naturalísimo porque él entró a la comunidad de Carmelitas, niño, de modo que jamás manejó ni trató una mujer, ni siquiera a su madre y apenas había aprendido a montar, hacía pocos meses. El se asustaba de que nos riéramos y a nosotras, el susto de él nos provocaba más hilaridad. Total que pasamos la mañana, entre dificultades terribles pero sin sentirlas mucho, porque llevábamos un ánimo alegre y confiado.

¡Pobre caravana aquella, perdidos en medio de la selva como microbios en el océano, llenos de barro hasta los ojos, sobre las bestias a ratos y rodando otros, o caminando a medias, sin adelantar apenas nada!

En uno de esos barrizales terribles, la mula dio conmigo en el suelo. ¡No sé como caí debajo de la mula boca arriba cuan larga era! La mula no tenía más lugar de apoyo que yo, de modo que tenía una mano sobre mi pecho, una pata sobre uno de mis pies que hundió naturalmente dentro del barro, la otra mano y la otra pata, las recostaba a medias, en un barranquito que cerraba el camino del lado derecho. Era lo más natural que todo el peso de aquella gran mula recayera sobre mí. Con las manos logré sostenerle la mano que me puso sobre el pecho, de modo que me hiciera menos fuerza. El animal permanecía quieto. Los compañeros, asustados, echan pie a tierra. A mí la risa no me dejaba tranquilizarlos pronto; ¡ellos que me veían del lado de los pies, pues era faldita el suelo aquel, no ven sino el blanco del ojo mío y me creen muerta! ¡Que caras las que ponen!

¡Llevan al peón para que quite la mula que muy prudentemente evitaba moverse, por no dañarme, sin duda! ¡Y qué sienten cuando me ven buena y sana! ¡Al retirar la mula, torneó la pata sobre mi pie y yo misma creía que me lo había herido, aun cuando fuera con la herradura! ¡Pues no, padre, me levanté sin lesión ninguna y sólo como me había hundido en un barrizal, el hábito se había vuelto cómo de barro! Nos dio bastante que reír y comentar aquella misericordiosa caída.

En aquella clase de camino nos cogió la noche, sin haber rancho, ni pensar en ello, porque pensábamos encontrar, antes de anoecer, un abierto que nos habían anunciado. Muy cansados, muy hambreados, con mucha sed, con las ropas que pesaban como fardos de mula, nos sorprendió la noche en medio del monte. Ni con esto hubo desánimo de nadie. ¡Bendito sea el Señor!

Cayendo en unas partes y levantando en otras, pero confortados con la santa presencia de Dios, salimos a las nueve de la noche al abierto indicado, en donde el ladrar de unos perros nos indicó que había rancho habitado y, por consiguiente, dónde pasar la noche.

Posada en La Blanquita

¡Todo es un banquete para los que buscan a Dios con rectitud, padre! Aquel sitio se llama "Cabeceras de la Blanquita" Allí una gentecita sencilla y pobrísima, salió a nuestro encuentro con señales de alegría bien manifiesta. El ranchito era un pajaratico* que apenas nos permitía entrar. Pero con el buen gusto y hospitalidad de aquellas gentecitas, se nos volvía un palacio. Allí el padre Guillermo, al pie del fogón, nos divirtió mucho, ayudando a hacer la comida, con el interés del fuego para calentarse. Aunque aquello era ya tierra caliente, como habíamos llevado agua todo el día sobre las espaldas, no era mucho el calor que conservábamos, y como el hambre es frío hasta el escándalo, no había que esperar que el clima hiciera sentir su calor.

Apenas puede creerse que hubiéramos podido acomodarnos, desacomodando a los pobres moradores de aquel palacio, en tan pequeño espacio y con toda la decencia del caso. De mí sé decir que no podía volver el cuerpo de un lado a otro sin tocar el techo, que no me permitía la vuelta. La gentecita nos ayudó a rezar, antes de acostarnos y les propinamos buenos cantos, como en pago de su hospitalidad. Por supuesto que estos cantos no fueron ejecutados por mí, pues hubiera sido pagarles bien mal por sus bondades. El reverendo padre era especial en el arte.

Por la mañana nos dimos cuenta en dónde estábamos. Era aquel abierto la primera tierra que se pisa del valle del Murrí. La casita, cerca de una quebrada muy hermosa llamada la Blanquita, pero los conocedores se anticiparon a decirnos que tuviéramos mucha maña al andar, aunque fuera muy cerca del ranchito, pues las culebras abundaban y podían darnos un susto. ¡Buena noticia aquella, Dios mío! Pero, a nosotras, qué... ¡Todo eso estaba ya sentido y superado! Las hermanas participaban de todas esas luces que Dios me daba y se empapaban en el mismo espíritu. En cualquier situación les bastaba mirarme para saber cómo debían sentir del caso. Así me entendían.

Después de tomar un buen desayuno y de arreglar algunas cositas y de secar un poco la ropa, seguimos Blanquita abajo, por un caminito más o

menos como el anterior pero ya en el valle. Aquel camino se encajona para abajo y piensa uno que va bajando pero realmente lo hace muy poco. El valle del Murrí, al cual asomamos a poco andar, es una verdadera cosa hermosa. Está abierto, a lo largo de La Blanquita y por donde quiera que se mire se encuentran selvas de palmas extensas y sin otra vegetación abundante que la de palmas.

¿Qué pensarían mis compañeros delante de este hermosos valle, sin más que un rancho medio destruido en la orilla derecha de la quebrada? ¡No lo sé, la alegría de los semblantes era mucha! Pero... ¿y los indios? ¡No se encontraban sino a gran distancia! ¡Ésa fue la primera desconsoladora noticia!

Entramos al ranchito, donde fuimos recibidos con bastante frialdad por la familia que lo habitaba, pero dándonos por muy bien servidos por haberlo encontrado. Allí permanecemos dos días, reponiéndonos un poco de aquellas mojadas y marchas tan fuertes, a la vez que esperando noticias más exactas acerca de aquellos terrenos y demás cosas que debíamos estudiar. Estas noticias debían ser dadas por algunos mineros que estaban a dos o más días de camino y que vendrían el domingo.

Magnífico fue aquello para nuestras fuerzas gastadas, ropas sucias y provisiones terminadas. Si bien era cierto que muy poco habríamos de encontrar allí.

Al domingo, después de hablar con los que nos interesaban, bajamos un poco hasta la desembocadura de La Blanquita en el Chaquenodá y seguimos éste hacia arriba, hasta un sitio llamado El Recodo. Allí vivía una señora que siempre me ha servido de tipo para la abnegación misionera. Esta señora, formada en tierra civilizada, perteneciente a familia acomodada y que se educó regularmente, se casó con un hombre de su misma condición pero no juicioso. El aguardiente fue haciéndolo perder cuanto tenía y también los empleos lucrativos y ya sin otro recurso, lleno de hijos, se fue a Murrí de inspector de policía y la pobre señora, de maestra.

La Inspección en Murrí no daba para la vida y la escuela, aunque mejor, no alcanzaba, mucho menos si el hombre echaba en licor casi todo lo que ganaba. Aquella pobre señora, por conseguir ese pan, que su marido había botado y que ya no podía ganar, para unos hijos ya de educar, había tenido que meterse en aquel monte en donde llevaba meses de no ver persona civilizada, ni menos sacerdote. Su escuelita era un desastre: Obligados los niños a venir de leguas de distancia, por entre ríos peligrosos, asistían muy

poco y ese poco era a costa de la pobre maestra, porque no podían ordinariamente, por las crecientes de los ríos, volver a sus casas y entonces... ¿Cómo dejarlos morir de hambre? Además, si así no se hacía, se le acababa el personal y ¿entonces...?

¡Punto final al sueldo y a la vida amarga y dura de sus hijitos!

La cocina, la escuela, los enfermos, los animalitos, todo corría de cuenta de aquella pobre señora que, sin embargo, no se quejaba, sino que bendecía a Dios porque tenía ese pan malo y escaso y a su marido libre de la cárcel diaria que tenía en el pueblo.

¡Y se asustaban que nosotras nos expatriáramos por amor de Dios y por conseguirle almas! Ante aquel espejo, les dije a las hermanas: Miren al través de esta historia tan presente, y díganme ¿en dónde está nuestra decantada abnegación y hasta el heroísmo que nos pregonan? ¡Dios mío! Por un hombre y el cumplimiento de un deber, es verdad, esta pobre señora se aparta de todo, inclusive de los auxilios espirituales y se mete en el Murrí a sostener una vida tan difícil y una escuela como mantenida en el aire, medio desnuda y para rematar tal vez, el morir sin confesión o quién sabe cómo.

¡Sólo cuando las cosas son por Dios, es cuando hacen tanto escándalo como si Él solo fuera indigno de algún sacrificio! ¡Ah mundo malo y perverso que pone los gritos en el cielo porque se cumple la justicia y luego elogia como justa la maldad! Aunque Dios no fuera a recompensarnos, sólo por ser quién es, le deberíamos el homenaje de todo sacrificio, sin que por eso se nos llamara ni siquiera buenas, ¡cuanto menos heroicas!

¡Pero así va el mundo desde su fundación y así acabará probablemente! Y todavía el hombre de El Recodo, deja suponer que a veces, le daba pelea a aquella pobre señora (no puedo asegurarlo, pero parecía) y me decía yo: ¿Cuándo el Señor a quien nosotras servimos nos ha dado un mal rato? ¿Y cuándo se ha visto tan bien servido como este señor se ve, al lado de esta infeliz? Me vi obligada a pensar que Dios es más de malas que todos los hombres y que tenía razón un santo cuando, considerando estas cosas, decía: ¡Pobre Jesucristo!

Y nosotras que nos sentimos como si Dios nos quedara muy endeudado. ¿Se ha visto? Vimos que nada hacíamos por el Amo querido, en comparación de lo que esa señora hacía por su amito de carne y hueso. Allí pudimos preparar para comulgar, a algunos de los alumnos de la señora, y tuvimos la santa misa, hasta que el padre no pudo decirla.

Enfermedad del padre Guillermo

La casita estaba sobre zancos, en una ciénaga que tan pronto presentaba charcos verdes, como negros y rojos y morados y azules y de cuantos colores se puede imaginar. Para cualquier cosa que necesitaba, había que meterse a esa ciénaga, aparte de estar aspirando de noche y de día los miasmas podridos que se levantaban de ella. Por de contado, un día, terminando la Santa Misa, notamos que el padre se descompuso mucho y sin poder dar las gracias me dice: Estoy malo. ¡Pues se le declaró una disentería terrible y agudísima! A poco tenía fiebre altísima.

Pensar en llevar médico u otro sacerdote, ¡imposible! Por aquel camino era el primer sacerdote que se resolvía. Y médicos, ¡ni pensar! Cada día el enfermo se ponía peor, pero no flaqueaba nuestra confianza. Algunas gentecitas, con esa sencillez campesina que no sabe respetar nervios, le decían: - Prepárese mi padrecito porque con un achaque de esta clase, murió mano* fulano o perano, en tres días; no escapa, no, mi padre.

Esto lo iba poniendo al padre, naturalmente, peor. Tuve que poner una hermana para que no permitiera que los campesinitos hablaran con el padre. ¡Pero, verdaderamente, la enfermedad avanzaba y llegó a parecerme que se ponía de muerte! ¡Dios mío! Comencé a hacerle un remediecito que recordaba, de esos caseros de no mucha eficacia, pues no había elemento para otro. Lo que el remedio no haga, nos dijimos, que lo haga la Virgen, porque el padre no puede morir ahora sin que perjudique mucho las obras de la misión, y lo encomendamos a la Señora de nuestro corazón, todo. Apenas había tomado dos o tres veces el remedio, cuando la enfermedad cedió y no poco a poco, sino de una vez, en un momento.

El regreso

Mientras el Padre se convalecía un poco, pudimos imponernos bien de las condiciones de los indios y un señor don Rubén Gaviria ofreció regalarnos una cuadra de tierra, con un ranchito casi caído que tenía y que podía, reforzado, ser el primero de la Misión.

Se convino en hacerlo cerca de la Blanquita, porque aunque tenía menos cerca los indios, en general, era punto a donde todos salían de cuando en cuando. Todo así arreglado nos preparamos para el regreso, no sin temor de que el padre pudiera recaer, pero confiadas en Dios.

Salimos muy de mañana para evitar la llegada tarde al rancho de la posada. Hicimos las mismas jornadas que a la ida. Al pasar el Chaquenodá encontramos que estaba muy crecido y que crecería más si no lo pasábamos pronto. No obstante haber sacado al padre muy abrigado en dos o más mantas de lana, allí tuvo que darse el primer baño porque al pasar, el agua nos daba por encima de las monturas de los animales que pasaban casi nadando. ¡Sólo el valor de los que nos conducían pudo convencernos de que aquel río podía pasarse así como estaba! ¡Pero con nada nos aterrábamos según era el espíritu que Dios había puesto en nuestras almas!.

Pasando unos pantanos terribles y ya casi de noche, sin esperanza de más posada que llegar al Portachuelo, se paró el padre, como energizado y algo extraviado de la mente y dijo:

- ¡No! ¡No estamos obligados a tanto! Es necesario tomar medidas de salvación.
- Mida lo que quiera, padre, le dije, y verá que no podemos hacer sino lo que estamos haciendo.

Era que teníamos que ir a pié y no dábamos paso de oprimidos y cansados. Era un camino en el cual se daba un paso y se resbalaba otro o se hundía uno de modo que se demoraba saliendo, el tiempo que se gastaba para caminar media cuadra, en otro plano. Todo esto y la cercanía de la noche sacaron al padre de casillas.

Yo, realmente sufría pero por el padre y las hermanas. Yo, aunque era la más pesada y difícil, sentía tal alivio interior con estas dificultades que gozaba en medio de ellas. Pero sí reflexionaba que, si hubiera previsto lo que pasaba, quizás no hubiera emprendido el viaje. Otras veces, veía que no era dueña de no haberlo emprendido, porque comprendía que Dios nos pedía algún esfuerzo por esos indios.

Llegamos ya tarde a la posada de Portachuelo, con mucho consuelo, pues el padre, aunque cansado, no se sentía mal de salud. Pasamos, en Portachuelo, como la primera noche en aquel rancho y en el mismo fogón, pero muy tranquilos, porque al menos ya habíamos dejado una esperanza de empezar la obra y no teníamos por delante lo desconocido que infunde ordinariamente tanto pavor.

Olvidé decir que la primera noche de nuestra permanencia en la casa de la escuela, al mirar al techo, vi cuatro culebras de las llamadas veinticu-

tro, (porque nadie después de mordido por ella dura sino veinticuatro horas), que se paseaban sobre nuestras cabezas, con la mayor confianza, enredadas en el maderamen del techo. Pregunto por qué todos se muestran serenos delante de estos animales y la señora contestó: ¡Por ahí se mantienen esos animales y son feroces, pero ya uno se ha resignado a que cualquier día lo mata un animal de esos! ¡Esto lo decía con esa cara de indiferencia que le creaba su situación! ¡Pobrecita!

Este punto lo traje entre mis apuntes, no como cosa para dejar la empresa, sino como objeto de consulta a ver si se conocía remedio.

De Portachuelo no pudimos llegar en el día a Nutibara, porque la lluvia no dejaba andar a las bestias; tuvimos que quedarnos en una casa, a una legua de la nuestra, pero como todo el equipaje venía chorreando agua, no pudimos levantarnos sino después de enviar un peón a la casa por ropa y a dar la nueva de que íbamos vivos y sanos. El padre, sin embrago, les dijo la Santa Misa a los dueños de la casa y nosotras nos conformamos con oírla de lejos, desde los lechos.

El rayón negro

Al llegar a la casa, el bendito rayón negro dio su pincelada, padre, después de parecer muy extinto, en tantos años de corrido y casi borrado por las refulgencias del querido rayón de luz.

Llegamos a la casa, después de una excursión tan peligrosa y difícil; pero las hermanas a pesar del envío del peón que las puso al corriente de la hora de nuestra llegada, estaban tan calmadas y en sus oficios, cual si llegáramos de la casa vecina. Apenas salieron a recibirnos, con caras indiferentes; con indiferencia glacial dijo la superiora: ¡Con que se mojaron!

Vamos después a almorzar y era pura sopa de arroz, la que yo llamaba sopa de ayuno y efectivamente la usábamos para los ayunos. Entonces ¡rayón negro! En lugar de dar la lección de fraternidad y amor que se requería para que otra vez fueran menos de palo, eché un regaño que dejó comprender a las hermanas que había extrañado la atención a mi personilla y que reclamaba para mí!. Todo se volvió naturalmente, penoso, porque las hermanas advirtieron su falta de fraternidad y de afán por cosa que tanto nos importaba cual era el conocimiento del Murrí y el deber que tenían de mostrarse consideradas con las que llegábamos tan mal paradas en todo sentido.

¡Ahí me tiene padre... bien corrida! ¡Traté de componer las cosas dándoles la enseñanza que convenía y hasta les dejé comprender que había hecho mal; pero ya ellas quedaron apenadas y, al observar que no sólo no atendieron debidamente a los recién llegados, sino que el respeto por la autoridad había quedado desatendido!

¡Todo esto hubiera sido muy bueno, si la misma autoridad no lo hubiera reclamado con visos de rayón negro! ¿No le parece padre? Pero, ¿que hacer? ¡Humillarme delante de Dios y seguir atisbándole las salidas al rayón, para que no se meta más en la obra de Dios!

Claramente vi, en la permisión de esto, la marcada mano de Dios, para que las hermanas aprendieran muy bien, con lección tan fuerte, lo que siempre había querido inculcarles respecto a las consideraciones y caridad que deben tener con las que se hallan en trabajos difíciles, y para que esta servidora tomara las cosas como verdaderamente son, es decir, que sólo Dios disipa el negro rayón y que cuando se hace a un ladito, ¡resucita el muerto!

Además, padre, nada menos que esto necesitaban las hermanas para entender bien la fraternidad y darse cuenta de que no sólo las que viajan en dificultades sirven a Dios, sino que todas son delante de Dios, solidarias en el mérito y que cada una es miembro de un solo cuerpo que sirve a Dios. Eso excluye la frialdad y esa glacial indiferencia del egoísmo que me angustia, cuando pienso cuán lejos de la caridad se encuentran. Claro que, para ello, se necesita bastante olvido de sí mismo y miras muy sobrenaturales, pero es fuerza conseguirlo en una Congregación que tiene por base, más que todo, el amor desinteresado de Dios y del prójimo. ¡Todas las comunidades, deben tener este fin; pero se me ocurre que, cada Fundador, ha de procurar acentuarlo en la suya, como si fuera exclusivamente de ella sola, el espíritu de amor y desinterés! Sólo así resultamos en algún grado de él, porque la tendencia contraria de nuestra naturaleza, tira mucho para el lado opuesto. El equilibrio no se hará sino poniendo la puntería alto y concretándose mucho al punto.

CAPÍTULO XL

- FUNDACIÓN EN MURRÍ - EL SACRIFICIO "BAUTISTANO" - NOS INSTALAMOS EN NUESTRO RANCHO - NOCHES DE TERROR
- EL PACTO CON LAS FIERAS - LA CONFIANZA ES MI SEGURIDAD
- CONOCIMIENTO MÍSTICO DEL SANTO ABANDONO - NOTICIAS DE URÉ

"Y me diste la santa protección de tu salud; y tu derecha me amparó". (Sal. 17,36)

Fundación en Murri

Ya con este conocimiento y principio, comenzamos a pensar en la fundación. Pero dos obstáculos se pusieron delante: Ya no éramos del señor Crespo y el señor Toro no ponía capellán. Daba sí alguna esperanza de él, pero no creía encontrarlo fácilmente. Tampoco en la gobernación estaban dispuestos a dar las escuelas, que sería de lo único que pudiera sostenerse la misión allí. La mala influencia del protector de indígenas, ante el gobierno, nos había abierto una situación difícil y no se veía manera de cambiarla.

Era este señor, modernista encarnizado, pero solapado. El gobierno no sospechaba que no fuera lo que parecía ser y estaba toda la confianza de los superiores civiles en él. Este señor, haciéndose muy mi amigo y engolosinándome, (pensaba él) con atenciones y elogios, procuraba arruinar a los indios para arrojarlos y que cedieran su lugar a otros que trabajaran mejor por el progreso. La primera vez que supe de un contrato de arrendamiento de terrenos que había hecho por cuenta de los indios, conocí también, por persona honorabilísima, como era el señor don Francisco Nanclares, que el señor don Carlos Villegas, protector de indígenas decía, que con ese contrato principiaría su labor de despojar a los indios para que cedieran su puesto, a fin de que otros encauzaran esas propiedades en las vías del progreso general.

Ya puede suponerse lo que sentiría mi alma ante tal injusticia. ¡Y tomar estas medidas precisamente en el momento en que los indios estaban poniéndose en condición de hacer progresar sus propiedades!

Me presenté a dicho señor y le hablé con la mayor claridad, diciéndole que no tenía ya para qué ocultarme sus intenciones y que si en la goberna-

ción no me oían, Dios sí me atendería, porque la ruina total de los indios no la conseguiría él tan fácilmente, estando la misión y el señor Obispo al frente. Esto, aunque al parecer no le hizo impresión, lo encontró y le frustró sus planes. Pero definitivamente se le creó un enemigo más a la Misión y más que todo a mí. Nos hizo perder dos auxilios que la Asamblea departamental había dado a la Obra y me indispuso con todos los mandatarios, de modo que, pensar en nuevas escuelas, era casi imposible.

Hubo pues que aplazar la fundación del Murrí para cuando Dios nos abriera camino. Mientras tanto, en nuestras cabezas, la fundación funcionaba como ya hecha y le preparábamos todo lo necesario.

Como desde antes de empezarse la obra tenía ofrecido consagrarles las primeras casas a Jesús, María y José, y ya tenía la Mariana, que era la de Dabeiba, La Josefina, en Rioverde, ésta de Murrí había de ser la de Jesús; ¿pero en qué forma se le pondría aquel nombre? Esto no lo veía claro. No me gustaba dedicársela al niño Jesús, ni al Nazareno. Se me ocurría que debía ser a nuestro Señor; pero ni Niño ni sufriente. Todo pues, hasta el nombre, estaba pendiente.

Necesitábamos un San Miguel en cuadro para ponerlo en la Ambulancia de Antadó y no lo encontramos en Medellín, ni en ninguna parte. Recibí en aquellos días, carta de una discípula, señorita Julia Salazar, de Yarumal, en la que me decía que le pidiera algo para la misión, que ella tenía mucho gusto en regalar alguna cosa. De contado le escribí pidiéndole el San Miguel para ver si ella, entre sus conocidos, lo encontraba.

Mientras tanto, pasados algunos meses después de haber hecho la excursión a Murrí, recibí carta del señor Toro diciéndome que no hiciera a un lado el pensamiento de fundar en Murrí, que Dios proveería de auxilio espiritual. No hice mucho caso porque como aún estaba cerrado el otro camino, bien podíamos esperar hasta tener sacerdote listo y sin qué comer tampoco era fácil emprender la entrada a aquella tierra, en dónde ni los indios podían darnos plátano, como en otras partes.

Pero, ¡Dios mío! ¡Todo lo estabas haciendo sin mí, y sin que yo lo conociera! Llegó un telegrama de Julia Salazar que dice:

- Gustosamente le regalaré el Jesús crecido que me pide.

¿De cuál Jesús crecido se trata? Me dije. Les pregunté a las hermanas y tampoco daban cuenta. Ellas sabían muy bien que lo que le había pedido era un san Miguel. No preguntamos nada a Julia, sino que esperamos a ver

lo que resultaba. Como al mes, nuevo telegrama de Julia dice: Salió el Jesús adolescente para la fundación, según indícame.

¡Nueva sorpresa para nosotras! No había otra fundación entre manos y no podíamos dudar que era para Murri el cuadro, pues cuando pedí el San Miguel no dije que era para ninguna fundación sino para una Ambulancia.

Antes de que llegara el cuadro, escribí a Julia diciéndole que lo que le había pedido era un San Miguel y me contestó que no sabía que necesitáramos éste y que se había apresurado a mandarme el Jesús crecido que le había pedido; pero que pronto enviaría el San Miguel también. Además copia de la carta, las mismas palabras con las que le pido el Jesús crecido, diciéndole que era patrono de una fundación.

¿Que pasaría en el asunto? No lo sabemos, ninguna de las hermanas ignoraba que yo había pedido el San Miguel. Y Julia conserva la carta con mi puño y letra en que le pido el Jesús. Pero no para aquí la cosa; el cuadro que definía el patrono y el nombre de la fundación, de modo tan providencial, llegó a Dabeiba y cuando lo estábamos admirando, llegó el cartero con una comunicación en que nos avisaban que estaban concedidas las escuelas para Murri! ¡Dios mío! ¡Cómo andabas trabajando por la salvación de estas pobres almas! ¡Qué caminos tan amorosos y suaves tienes para el bien de tus criaturas!

No acabábamos de darnos bien cuenta, de cómo se habían combinado los acontecimientos, cuando llegó una carta del señor Toro diciéndome que no aguardara para la fundación a que él consiguiera capellán, que llevara a las hermanas con el auxilio que el reverendo padre Elías pudiera darnos, desde Dabeiba.

Esto, aunque acababa de mostrar la voluntad de Dios, me hizo la impresión de un rayo, porque el padre Elías podría administrar a Murri muy poco y sobre todo después de que a él lo llamaran de Frontino, ya no quedaría la cosa a su arbitrio, sino a voluntad del superior de los padres Carmelitas, de quienes no tenía por qué esperar piedad para con las misioneras.

Entonces determiné escribirle al señor Toro que estaba dispuesta a obedecerle; pero que ni lo enmarañado de los bosques, ni aquel camino de fieras; ni las fieras mismas, ni las culebras y su amenaza constante, ni las ciénagas, ni lo mortífero del clima, ni la soledad, ni lo fiero y reacio de los indios, ni nada me infundía terror; pero eso de mandar a las hermanas sin sacerdote fijo, sí me hacía hasta sudar. ¡Que eso era lo más espantoso de todo!

No tardó el señor Toro en contestarme que en nombre de Dios llevara las hermanas y que tuviera confianza en que Dios no nos dejaría solas; que pensara en esas pobres almas tan lejos de Dios y para las cuáles llevábamos la salud y me animaba a llevarlas.

Para mí siempre la voz de un Obispo, padre, es la determinante de todo. Me dije: Yo no puedo ser más católica que el Papa, como se dice; si la Iglesia deja al cuidado de los Obispos esto de auxilio espiritual para las religiosas y ¡si el que tiene este cargo es el que me manda para Murrí sin sacerdote fijo, siendo un Obispo unido a la Santa Sede, qué tengo yo qué ver!

Esta reflexión unida a la fe de que Dios no nos faltaría como me lo había dicho el mismo señor Obispo, me hicieron decidir en favor de la fundación. Además, si entonces no recibíamos las escuelas, en otra época no era de esperar conseguir las. Además, todas las circunstancias providenciales de que Dios había rodeado las cosas, me llevaban a pensar en que Dios quería someternos a este sacrificio y decidí emprender la fundación. El padre Elías participaba también de mi opinión y ofreció ir frecuentemente a Murrí, mientras pudiera. Por lo pronto iría a acompañar a las fundadoras, mientras se establecían y después aunque las dejaba, sería por corto tiempo.

El señor Gaviria permanecía firme en la oferta del terreno, pero no en lo del rancho. Tampoco era fácil desde lejos, entrar en la construcción de la casita. Era pues preciso ir a estar al frente del trabajo. Nombradas las hermanas María San Benito, María de la Santa Faz y María Santa Teresa, se hizo la ceremonia de la nueva fundación y salimos acompañadas por el padre Elías, dos peones y algunos indios, para Rioverde, en donde acabaríamos los arreglos del viaje, pues de allí quedaba más fácil llevar los artículos más precisos para la alimentación.

Creo que salimos de Dabeiba el 14 de agosto de 1918, estuvimos en Rioverde el 15 en donde celebramos la fiesta de la Virgen, pidiéndole el buen éxito de la fundación y la fe para esos pobres salvajes y el 16 salimos muy temprano para nuestro destino.

El camino no tenía nada mejor. Estaba enteramente igual al del año anterior. Por esto la vía fue dolorosa para el padre Elías que no podía ver, sin rabia, que mi humanidad cayera tanto y diera tantos afanes a los compañeros. Entonces fue cuando me pegó un fuerte puñetazo, como ya lo he referido. Supongo que en esas personas del carácter del padre Elías, todas

las impresiones se resuelven en rabia, aunque interiormente sientan otras cosas.

En la famosa posada de Portachuelo pudimos disfrutar un poco del panorama porque la tarde fue buena; me alegré porque eso como que le daba calma al padre. A él se le arregló cama en un pedacito del rancho que por ser una ciénaga mantenían el fogón prendido. Allí, al pie de ese fogón, en un tendidito de palos, con cuantas cobijas traíamos, logré dormir. Nosotras, al pie del fogón, que ya nos era conocido a dos de las viajeras, pasamos la noche, mitad rezando y mitad alimentando el fogón para que no nos faltara la única fuente de calor de aquella tierra.

El camino fue poco más o menos como el primero, sólo que mis caídas, si no recuerdo mal, fueron menos en número y menos fuertes.

Llegamos a Murri y allí tuvimos la noticia de que el señor Gaviria se mostraba menos gustoso que antes para darnos el pedazo de tierra y que habíamos de esperar no sé qué negocios que tenía pendientes. En fin, estaba desbaratado lo del regalo de don Rubén.

Pedimos posada en el rancho de una buena señora que últimamente había entrado en aquella región para acompañar a su marido agricultor y minero. Esta señora también me sirvió de tema, para darles buenas enseñanzas a las hermanas, porque siendo mujer de comunión diaria, había dejado el sagrario de su pueblo por seguir a su marido, en sus dificultades para conseguir la vida. Pero este señor sí sabía estimar a su mujer y le agradecía el sacrificio que hacía.

El sacrificio "Bautistano"

Nosotras íbamos precisamente tras los intereses del Esposo y por causa de ellos íbamos hasta a carecer de Él. Era nuestra obra más generosa que la de doña Claudina y nuestro esposo y sus intereses más nobles. Así esforzaba a mis pobres hijas que iban a quedarse sin la Santa Comunión muy pronto, muy a mi pesar. Pero hay una cosa, padre: Después de hecha la determinación, la generosidad tiene su puesto. Para determinarme necesité del señor Obispo. Después, no nos quedaba a nosotras sino sacrificarnos con gusto. Por eso esforzaba la constancia de las hermanas, hasta que Dios mostrara lo que debíamos hacer y hasta cuándo durara nuestro sacrificio.

Al principio no acertaba yo a encontrar sacrificio semejante en las vidas de los siervos de Dios, en los tiempos modernos; pero una vez, medi-

tando sobre San Juan Bautista, encontré que había sido precisamente el gran sacrificio, el que lo había elevado haciéndolo corresponder a su admirable vocación. Nace pariente de Jesús, lo ama con frenesí. De su amor podemos juzgar por su gran pureza, pues lo puro es atraído por Jesús, en la misma medida de la pureza que se tiene. Este Santo amado debió pues ser atraído poderosamente con fuerza amorosa admirable. Sin embargo, su misión está a orillas del Jordán y allí, lejos de Jesús, permanece como un gigante de sacrificio. Y cuando lo señala no se echa a sus pies, sino que con la serenidad del sacrificio sublime, dice:

"He aquí el cordero de Dios" (Jn. 1,35). ¡Como si fuera impasible para aquellas separaciones! Y permanece lejos de Jesús, el que enseña a los demás que vayan a Él. ¡Él, que quiere aniquilarse para que Jesús crezca, carece de estar en la compañía de Jesús, sostenido por un designio de Dios que respeta sin queja! Ve abrirse los cielos, oye la voz del Eterno Padre, ve que el Espíritu Santo desciende, siente, por decirlo así, la Divinidad de Jesús esparcida en su porte, en su dulzura... y... no lo busca, no lo sigue como las multitudes ansiosas de Judea... Respeta el designio encerrado en su misión y muere en aquella separación exterior de Jesús, impasible...

¡Ni porque está en la prisión llama al que podía librarlo, que está derramando caridad y misericordia para todos, a manos llenas! ¡Muere sereno en la cumbre del sacrificio, como una roca...! ¡Dios mío! El sacrificio de dejarse cortar la cabeza, el de derramar su sangre, por el antojo de una bailarina, ¿qué es ante esta ausencia, esta carencia de Jesús?

Pues meditando esto, vi que nuestro Señor, en esta vez, y quien sabe cuantas otras veces en el porvenir, pedía a las misioneras el sacrificio que desde entonces denominé bautistano... Como el Bautista, ellas sólo buscan la gloria de Dios, el engrandecimiento de Jesús y para buscar que crezca en las almas que no lo conocen, se privan de la presencia de Jesús. Un designio de mucha sabiduría descubría yo en eso de someternos Dios, de cuya voluntad no podía dudar, pues había sido manifestada por un Obispo, al mismo sacrificio que al Bautista, aquel gigante del sacrificio, de quien nuestro Señor dijo: "Ningún nacido de mujer es más grande que Juan Bautista" (Mt. 11,11)

¡Además, como las hermanas no podían darle a Dios el homenaje sacerdotal, les ofrece manera de darle un apostolado bautistano! ¡Tampoco el Bautista fue sacerdote! Su homenaje a Dios fue excepcional y su encuentro con Jesús en el cielo debió ser proporcionado a su misión y también excepcional.

En todo esto pensaba y se lo infiltraba a las hermanas, para que hicieran su sacrificio con generosidad y nada faltara al homenaje de su amor. Esto lo tomaron los enemigos, a desamor por los sacramentos. Si ellos hubieran presenciado lo que de dolor encierra ese sacrificio, lo que de espanto envuelven esas mañanas sin comunión... También los fariseos creerían que Juan no apetecía estar con Jesús, ni sentía su dura separación. En fin, padre, las hermanas sufrían la separación de Jesús en el Sacramento, la falta de la absolución, de la Santa Misa... pero yo sufría lo que cada una sufría, más el peso de la responsabilidad, en caso de que ellas no tuvieran la fortaleza del caso. ¡Además, después el peso de los enemigos que han calumniado nuestra actuación, llamándola desamor! Y las consecuencias seguirán quizás por muchos años...

¡He recibido la palabra tranquilidad, de boca de cinco o seis señores obispos y por eso, mi tranquilidad es invariable al respecto! ¡Bendito sea mi Dios!

Mis previsiones en el asunto se cumplieron. Les decía a las hijas: Dios en cambio nos dará crecimiento en su amor. Él mismo será el testigo del dolor diario y en cambio nos hará sentir su santa presencia y nos dará la conversión de estos pobres infieles. Y verdaderamente, padre, el resultado probó que Dios miró con ojos misericordiosos y recibió el sacrificio bautistano benignamente. Con razón dice el padre Faber que el amor, en casos de necesidad, obra como los sacramentos; no otra cosa es el bautismo de fuego, la contrición perfecta, etc., sino el amor reemplazando, en caso de necesidad, los sacramentos, medios ordinarios de salvación, tan hijos del mismo Corazón de Dios.

Por supuesto padre, que no hay cosa más dura que esta pena y que a pesar de lo que Dios mostró entonces, jamás, sin la intervención de la Iglesia, representada por un Obispo, como lo hice esta vez, puede hacerse este sacrificio, ni habrá quien, obrando rectamente, quiera hacerlo.

Nos instalamos en nuestro rancho

Pasados algunos días en casa de doña Claudina, pudimos conocer mejor aquel valle, tan hermoso como fiero; tratamos a los civilizados o semisalvajes que viven regados a mucha distancia unos de otros, en él nos formamos la idea del bien que podía hacerseles, pero de ningún indio pudimos formar idea, porque estaban temerosos y preferimos no buscarlos para amedrentarlos menos.

No pudimos tampoco hacer un arreglo con don Rubén Gaviria y preferimos comprar un rancho menos bien situado que el que pensábamos construir; pero que no era del todo malo para los principios. Situado entre dos aguas bravas y en un sitio bastante bajo y cercano al Chaquenodá, no era lo más aparente, ni para la salud ni para la consecución de provisiones, ni siquiera para que lo indios arrimaran fácilmente; pero no había otro, ni con quien construir, ni los dueños de los puntos buenos se prestaron a ningún arreglo. Esto todo era natural y no lo extrañamos; eran agentes del diablo que ya entreveía sin duda, la ruina, en aquella región que pacíficamente había poseído por tantos años. ¡Supimos además, que la región tenía unos mil infieles y esto nos bastaba! No resultó ese número exacto.

Nos instalamos en nuestro rancho de la Lejía, nombre que tomaba de una de las quebradas que lo circuían. En un pedazo de saloncito principal se arregló el altar y lo necesario para las funciones sagradas; con un tabique separamos un pedazo del mismo salón, que no era pequeño, un cuartico para el padre y del otro lado nuestras celditas. Fue colocado el Santísimo por el tiempo que estuviera allí el padre, en aquel altarcito, de modo que el rancho se tornó en palacio de una hora a otra. La cocina era tan grande que podía muy bien formarse con una parte de ella, saloncito de enseñanza y allí planté el escritorio.

Noches de terror

Todo iba muy bien en el día; pero en la noche, aquello parecía un infierno; bramaban los animales con bramidos extraños dentro de los montes. De pronto parecía que el bramido se acercaba y de pronto que se alejaba. Aquellos ríos enfurecidos parecía que se tragaban el rancho, porque cada día les llovía por las cabeceras. Silbaban las culebras y se oía aquello como si estuvieran metidas en un hueco de los árboles viejos que circuían nuestro rancho. ¡Aquellos silbos repercutían en el monte y formaban algo que levantaban los pelos! Dios mío, y ¿qué decir de las ranas en las ciénagas vecinas? ¡Dios mío! ¡Parecían apostando para ensordecernos! ¡Pero el pánico que todos estos silbos, bramidos y chirridos producían, unidos a las crecientes que zumbaban, no es para dicho! ¡Era un infierno. Se necesitaba no tener nervios o ser de palo, para no temer y sentir que la vida se iba como volviendo desesperación y confusión, Dios mío!

Mientras el rezo del santo rosario, en lo que llamábamos capillita, estábamos un poco menos impresionadas; pero acostarse uno, en medio de aquella confusión de bramidos que duraba casi toda la noche, era espanto-

so. Sólo el recuerdo de la presencia del Santísimo, de cuya lámpara nos llegaban algunos rayitos de luz material que nos infundían esperanza y amor, podía sostenernos en calma.

Además, padre, he observado que la vida misionera quita mucho la nerviosidad y que las hermanas, por más que lo hayan sido, van dejando lentamente de serlo. Sin duda el aire tan oxigenado de las selvas va fortaleciendo el sistema nervioso. Si las primeras Misioneras del Murri hubieran sido nerviosas, en aquellas tenebrosas y estruendosas noches, se hubieran enloquecido.

Al día siguiente, el medio cambiaba del modo más consolador. Cesaban los bramidos, el día clarísimo, los ríos serenos, los pajaritos cantando alegres, la ilusión de hallar indios cada día más cercana... ¡La naturaleza tan salvaje que convida a la contemplación, la predisposición en que quedábamos de alegría después de la noche de terror, como si nuestra naturaleza quisiera desquitarse de lo de la noche, y sobre todo, el Santísimo allí tan amigo, tan manso, tan dulce, tan nuestro! ¡Y el padre en quien mirábamos lo que era verdaderamente, como sacerdote! ¡Dios mío! ¡Qué dicha, qué disposición tan propia para el amor de Dios! ¡Aquella soledad! Sabíamos que estaban las gentes tan lejos y el ambiente civilizado tras aquella cordillera con su trocha infranqueable... y Jesús allí, tan cerquita... y el cielo tan despejado... y la selva tan oscura... ¡Dios mío! ¡Qué días de oración aquellos!

El pacto con las fieras

Aquí precisamente era el sitio elegido de Dios, para lo que voy a referir y que ojalá no tuviera que hacerlo, pues a pesar de haber referido tantas gracias de Dios a mi alma, ellas no pierden cierto pudor que las rodea siempre. Pero obedezco y....

Estaba en una de esas mañanas que decía, orando, llena de Dios... Estaba, digo, delante del Santísimo, mientras las hermanas hacían en la cocina algunos deberes y el padre rezaba en el corredorcito; estaba delante del Santísimo, digo, pero no sé decir en qué me ocupaba, cuando vi llegar delante del Señor, no delante del altar, como en procesión, muchas culebras y fieras que entendía bien que eran las de Murri. En mi alma me alegraba que estos animales vinieran a ponerse a las órdenes de su Dueño y le suplicaba yo que los bendijera con todas las bendiciones que convinieran a su naturaleza y especie. Pero luego le dije al Señor - pero no con

la boca - que esas fieras estaban en posesión de esa tierra llena de almas, sus redimidas y formaban por su ferocidad, como un baluarte infranqueable para la catequización de esas almas y que si nos llamaba a nosotras a salvarlas, no se entendía cómo íbamos a vivir, con enemigos tan formidables. En esto pasé un ratico como sin hacer nada más que ver con los ojos del alma lo que se presentaba, cuando conocí de modo cierto que Dios ordenaba a las fieras que no nos hicieran nada y que de nosotras tampoco ellas recibirían daño. Con un acto muy distinto de la voluntad, di mi consentimiento a aquel pacto y luego todo pasó.

Quedé completamente segura de que las amistades entre esas fieras y las hermanas habían quedado hechas y que tranquilamente podíamos estar en sociedad con ellas, sin que nos tocaran. No me retiré del altar sin hacerle a Nuestro Señor muchos ofrecimientos de fidelidad, en cambio de tan extraña gracia como acababa de concederme. Me parecía, al levantarme de los pies de Nuestro Señor, que era como Adán, dueña de esa naturaleza. Esto sin embargo, no era ya sino parecer, pues lo sobrenatural, creo que del todo había pasado.

Nada dije a las hermanas por lo pronto, ni tampoco al padre. Estas cosas, como ya he dicho, no queda ni gana de decir, ni advertencia casi nunca. Por eso no extraño que no se me ocurriera decirle al Padre allí mismo; pero dentro de mi alma sí estaba la seguridad de la misericordia nueva y nunca por mí esperada, que acababa Dios de tener con nosotras. Digo que nunca esperada, porque aunque mi confianza de antes era grande, no me hacía ver un modo de librarnos tan especial. Creía simplemente y esperaba que Dios, en los casos peligrosos, nos libraba y que cuando no lo hiciera, nos hacía aceptar con gusto los males que esos animales nos hicieran, en cambio de la salvación de esas pobres almas. ¡Imposible abarcar en mi confianza, pues, una gracia de esta clase!

Después de pasar algunos días, en el confesionario, al darle cuenta al Padre, de mi alma y su estado de dolor, le hablé de esto, pero no como quien lo consulta, pues no había advertido que debía hacerlo. El padre después de examinarlo todo muy detenidamente, me dijo que eso era de Dios y que se cumpliría.

De si esto se refería a las fieras de Murrí, o de todas partes, no lo he entendido jamás; pero las hermanas han visto cumplirse esto en donde quiera y el mismo padre Elías creía, según me parece, que se extendía a todas. Verdaderamente, puede conjeturarse esto, del modo de ser de Dios, que no hace las cosas incompletas.

Tampoco les he dicho a las hermanas lo que me pasó; sencillamente les dije que no les hicieran nada a las culebras y que ellas tampoco nos hostilizarían en ningún sentido. Ellas, sin duda, comprendieron y cuentan con que hice ese pacto con Dios. Tienen fe y eso es todo.

Refiriéndole, cuatro o seis años más tarde este favor de Dios (no la manera como lo conocí, sino lo que sucedía) al Padre Domingo A. Henao, me dijo:

Eso no es extraño porque ya lo dice el Evangelio que a los que evangelizan no les harán daño las serpientes, ni los venenos los envenenarán. (Cfr. Mc. 16,18). Vi entonces que no había sido necesaria la manifestación extraordinaria que apunto; pero como no lo sabíamos o no lo recordábamos, ni el padre, ni nosotras, Dios en su misericordia nos consoló con ésa como confirmación sobrenatural de lo que ya estaba consignado en el Evangelio. Además, quién sabe si nuestra fe en el santo Evangelio no nos daba toda la seguridad que Dios quería darnos. ¡De todos modos no podemos nunca agradecer las misericordias que el Señor ha usado y usa con los que le buscan! Eso es imposible y es duro pensar que nuestra impotencia crece en la medida en que se levantan grandes y hermosas las misericordias de Dios.

La confianza es mi seguridad

Pasado un mes fueron a Murrí otras dos hermanas y salimos el padre y dos hermanas, dejando a las otras un poco instaladas y ya acompañadas de frecuentes visitas de los indios.

Lo que sentí al dejar aquel campo no sabré decirlo. Sólo me doy cuenta de que se me oprimía el alma, al atravesar aquella trocha y saber que detrás quedaban esas generosas hermanitas sin sacerdote. En la Santa Misa de aquella mañana cesó la presencia sacramental de Jesús y salimos cabizbajos. Las que se quedaron... ¡Dios mío! Lo que sentirían... Aquel mes, al lado de nuestro Señor Sacramentado había pasado tan rápidamente...

Pero olvidé referir algo de no pequeño interés: La función de instalación de la Misión. Reunidos el mayor número de indios posible (nos visitaban todavía pocos) y los semisalvajes y civilizaditos de los contornos, bendijo el padre, una gran cruz que entre cantos muy alegres fue colocada en el patio de delante de la casita con una bandera de la Virgen; luego una procesión a lo largo de La Blanquita cantando himnos y rezando a ratos.

También se quemaba pólvora en forma de tiros, pues de otra no había y en alegres gritos de, Viva la Misión, viva el cristianismo, Viva el Papa, Viva la Iglesia, etc. recorrimos una extensión de casi una legua, paseando la bandera y la cruz. Así se declaró instalada y los vecinos conocieron a qué íbamos. Los indios casi todos huían, pero nuestros corazones los agrupaban allí a la sombra de la cruz. Al plantar la cruz después de la procesión cantaron las hermanas acompañadas de una indiecita de preciosa voz, un a lid soldados de María, que conmovió hasta las peñas.

Todos estos recuerdos y lo que el diablo estaría sintiendo, al sentir la Cruz en sus dominios, nos acompañaron en todo el camino de regreso.

Poco tiempo después pudo conseguirse el terreno ofrecido por Don Rubén Gaviria y se hizo una construcción regular en el sitio que habíamos elegido desde el principio; allí el trabajo floreció y dio su fruto como se escribirá en la historia de la Congregación.

El padre visitó de allí en adelante la Misión con alguna frecuencia. Pero cuando ya retiraron al padre Elías de la misión, los padres Carmelitas eran los encargados por el señor Obispo y después por el señor prefecto de Urabá para la administración de la misioncita, pactaron no ir sino cada año. Por fortuna no pudieron cumplirlo por razones que no es el caso de apuntar aquí y como además aquella región comenzó a producir algunos proventos, tenían algún interés en ir. Por eso no fueron tan fieros como habían ofrecido ser los padres. Dios les perdone y les pague, porque aunque de mala voluntad, dejaron sufrir menos a las hermanas y administraron a aquellos pobres indios aunque sólo a los que salían a la casa de las hermanas, pues nunca se pensó siquiera en que podían ir a los bohíos.

En ellos murieron siempre los indios con sólo lo que podían hacer las hermanas que era: Bautizarlos si estaban sin bautizar, excitarlos a la contrición, ponerles el escapulario del Carmen prescindiendo, por supuesto, de la indulgencia del día de la imposición y ponerles agua bendita, y hacerles hacer actos de amor y no faltarles con oraciones. Casi todos daban muestras de ir al cielo.

En esta fundación del Murrí, padre, se han visto verdaderos prodigios que me han consolado no poco, respecto a las penas y peligros que allí han pasado y sufrido las hermanas. Me han servido mucho para ver cómo Dios autoriza con ellos nuestra Misión y cómo dice sí, a lo que los obispos afirman, porque si el señor Toro, se hubiera equivocado al hacernos ir sin

sacerdote fijo, ¡Dios no hubiera autorizado nuestra labor con prodigios, como allí se han visto y arribos al cielo tan especiales!

Por todo esto, aunque los enemigos que tan benéficamente me persiguen y que son los verdaderos amigos de mi alma, continúan acusándome de desamor a los sacramentos y diciendo que he hecho que las hermanas se crean muy santas porque viven sin sacramentos, no me inquieto ni pierdo ése como fondo de seguridad que el Señor me ha dado.

Cuando la seguridad nace de la fe que tenemos en nuestras luces, es claro y natural que ella falle y se sorprenda ante la duda de los demás; pero cuando la seguridad es prenda que Dios pone en el alma, no falla y es como una roca. Aunque todos los hombres me condenaran, creo que Dios me ha absuelto y que la Santa Sede, aunque mientras estudia, dude, llegará a absolverme porque ella es fuente de verdad.

Conocimiento místico del santo abandono

Volví a Dabeiba, con las buenas nuevas de la fundación y sus principios, aunque callando lo de las fieras. Enseguida emprendí visita a las otras fundacioncitas.

Cuando iba para la Santa Teresa, en Chontaduro, subíamos una grandísima loma llamada la de Don Máximo, muy entretenidas en pensar en San José, pues era su día o se acercaba, no recuerdo. Sin duda ninguna, cada hermana haría lo mismo porque no hablábamos ni una palabra.

De pronto sentí que se formaba dentro de mi alma, una nube de color igual al lado blanco de la pomarrosa, cuando está muy madura; esta nube como que se formaba de un modo inmaterial; era como el concepto de la nube, con el concepto del color como reflejado en ella, pero de un modo muy claro. Entendía perfectamente que esto era como la manera de representarse el abandono de San José en las manos de Dios, su silencio contemplativo, pero sobre todo su abandono. A la vez comprendí de un modo muy claro, la magnitud de aquel abandono y cómo trascendía todo lo del santo, como un bálsamo muy suave. Comprendí lo que a Dios agradaba ese abandono y la gloria que le daba. Mi alma gozaba con aquella vista, pero comprendía que amaba más que veía; me sentía como abrasada en un amor muy dulce, cosa que raras veces he experimentado, pues ya he dicho que mi amor es siempre o casi siempre muy amargo.

A la vez sentía materialmente un perfume delicioso, igual exactamente al de la pomarrosa en su estado de madurez. Esto duró todo el tiempo que gastamos subiendo aquella loma. No me quitaba de responder a los que me hablaban, ni de saber a dónde iba, ni ninguna facultad tenía entorpecida, creo.

No sé, padre, esto cómo puede ser; pero no es la única vez que me sucede tener un conocimiento sobrenatural, de esta manera. Del mismo género fue aquél con que conocí el interior de un sacerdote. Las facultades conservan todo su ejercicio, aunque un poco menos enérgicamente, pero sí lo suficiente para atender a lo que se hace y no faltar en advertir lo que en el interior pasa.

Esto explica el por qué en el escudo de la Congregación represento a San José por una pomarrosa.

Este fenómeno fue referido al padre Elías y me dijo que no conocía esa clase de fenómenos o que al menos no era de los que se veían en Santa Teresa; pero que no tenía nada de contrario a las influencias de Dios en las almas; que alguna misión traería para cumplir en el alma que procurara ser fiel.

Lo que a mí me llamaba la atención, por no haberlo oído jamás, era lo de que la fragancia ésa fuera sentida con el sentido material. El padre me dijo que Dios podía hacerlo muy bien. Quedé pues, tranquila.

Como resultado de esto, hice meditar mucho a las hermanas en el abandono de San José y las exhorté a imitarlo, así como también procuré, en la práctica, enseñar este abandono con más ahínco. ¿Sería la misión que trajo esa gracia? No lo sé. Pero sí estoy muy agradecida, pues la devoción al santo Patriarca creció en la Congregación y el deseo de imitar ese abandono que adorna tan maravillosamente al santo y que es tan acorde con su misión de padre putativo de Jesús.

Noticias de Uré

En 1917, si mal no recuerdo, un indio de Rioverde, me dijo: Ve, Madre, ¿sí querés buscar más almas pa tu Dios? ¡Como no! le contesté. Pues entonces caminá a San Pedro de Uré que allá hay mucho y no saben de Dios nada. ¡Brutos todos los de esa tierra! Puse buen cuidado a lo que decía el indio y seguí averiguando. Todos los indios de Chontaduro hablaban de indios muy salvajes en el San Jorge, a donde pertenece Uré.

Impresionada pues por estas noticias y conociendo además, que los indios que querían escaparse de nuestra acción, se iban por esos lados del San Jorge, a donde creían que no iríamos jamás, les propuse a las hermanas ver cómo íbamos allá. Sobre todo, durante las noches me reclamaba el corazón con fuerza especial, un esfuerzo por esas almas, de modo que las noches en lo general, eran malas, en cuanto a sueño, y muy dolorosas en cuanto al alma.

Escribí entonces al señor Brioschi, Arzobispo de Cartagena, a cuya jurisdicción pertenece aquella región del San Jorge. Él me contestó que con mucho gusto emprendía la obra. Que lo único que le costaría alguna dificultad sería lo de darnos auxilio espiritual; pero que confiaba en Dios que no había de faltar con él.

Esta noticia nos alegraba mucho y entramos en ver cómo se tenían algunos datos más, sobre esta tierra. Mientras tanto, se hizo la fundación de Murri y les di el segundo arreglito a las Constituciones. Organicé el noviciado e hice viaje a Medellín.

CAPÍTULO XLI

- SE ESTABLECE EL NOVICIADO - LA VIEJA ROMUALDA
- DOS INMENSIDADES - SENTIMIENTOS SOBRE LA EUCARISTÍA
- SED DE DIOS - VISITA AL SANTÍSIMO - ORABA POR LOS SACERDOTES - MI CONOCIMIENTO DE DIOS

" Mas, a mí me concedió Dios el decir lo que siento, y presumir cosas dignas de éstas que se me dan; por cuanto Él es la guía de la Sabiduría y el enmendador de los sabios". (Sab. 7,15)

Se establece el noviciado

¡Calcule Padre lo que sería organizar un noviciado en aquellas condiciones! ¡Dios mío! El reverendo padre Elías se empeñó en adaptar aquella casita de la ambulancia de El Pital, para noviciado. ¡Dios mío, lo que hizo este padre! Él, con un peón y la Hermana María de la Sagrada Corona solamente, adaptaron lo que era saloncito de la ambulancia para la capilla, haciéndole bahareque; hizo un nuevo cuerpo de edificio para celdas y una buena cocina. Todo esto, dadas las condiciones de no buena salud de este padre y su desconocimiento de esta clase de trabajos, y su ninguna costumbre, hacen que se pueda calificar de heroica labor. Dio mío, cuántas veces ya sin fuerzas, iba a tirarse en su barbacoíta* de palo, en donde pasaba las noches. Y esto lo hacía sin tener ningún compromiso, pues sus superiores no se lo exigían; era puro deseo de servirle a la Congregación. Entonces vivía casi constantemente allí, entregado a ese rudo trabajo y a la oración. Con él estaban algunas hermanas que desempeñaban la ambulancia. Una de ellas era la madre María del Sagrado Corazón, que era mi madre según la carne, ya de bastante mala salud. Cosa particular padre, yo como que no me daba mucha cuenta del gran favor que nos hacía este padre, ni de la necesidad de esas obras.

Ya con la erección canónica, naturalmente debía haberme preocupado del noviciado; pero no, ni de lo material, ni de lo espiritual de él me preocupé. Tenía un abandono tan total que las cosas se hicieron sin que a mí se me hubiera ocurrido tener un mal rato, pensando cómo se harían esas obras, ni en la responsabilidad que podía tener si no se daba pronto principio al noviciado, ni en nada. No sé de donde sacamos dineros para conseguir los materiales para el noviciado, ni haberle lamentado al padre esa necesidad. Recuerdo sólo que contraté la sacada de mil tablas y que com-

pré unos estantillos y mandé a la hermana para que con un peón, único que se conseguía, empezaran la hechura del noviciado.

Después quedé tan tranquila como si ya hubiera hecho la obra. El padre subió, como lo hacía siempre, a decirles la santa misa semanal, a las que hacían la ambulancia y viendo aquel trabajo tan terrible para las hermanas, determinó consagrar el tiempo que le quedaba, a aquella clase de trabajo. Ni me dijo nada siquiera; cuando después de una de mis correrías, subí al Pital, lo encontré allí muy entablado y tenía ya bien determinado el plano a que debían obedecer los trabajos. Cómo si él fuera el obligado a poner el noviciado.

Cualquiera creerá que se me ocurrió que el padre hacía gracia. Pues no; lo veía como quien ve lo más natural del mundo. En este momento que lo escribo, es cuando vengo a admirarme de la generosidad del padre y cómo Dios se valió de él para reemplazarme en esto, sin intervención mía.

¡O era tanto mi abandono en las manos de Dios y lo de San José había cumplido la misión de poner mi alma en ese grado de abandono, o estaba boba! Pero es el caso que jamás pensé en el noviciado, sabiendo que estaba obligada a tenerlo, y que el padre lo hizo sin estar obligado y sin exigirselo ni rogárselo. ¡El dinero sé que se gastó, pero no me acuerdo haber hecho nada para conseguirlo! ¡De Dabeiba se mandaba lo necesario para el Pital...! ¡Eso era todo!

Lo más curioso es que tampoco el padre me pidió opinión nunca de lo que estaba haciendo y de lo que pensaba hacer. Voy a hacer veinte celdas porque este noviciado va a ser muy numeroso con el tiempo, me dijo un día. Bueno padre, hágalas, le contesté, como si se tratara de un asunto ajeno. Otro día me dijo: Voy a hacer un cuarto alto para el padre. Hágallo, padre, le contesté con la mayor indiferencia.

Terminada la casa, él mismo ordenó que las novicias subieran al Pital y no me acuerdo de otras disposiciones que diera yo, más que el nombramiento de la maestra de novicias. Todo lo demás, como que lo encontré hecho o lo vi hacer con tal abandono que no lo noté.

Dios haya dado a este buen padre su recompensa en el cielo. Imposible encontrar nada más providencial que él en esta fundación; y especialmente para lo del noviciado fue una providencia. ¡Qué iba yo a pensar en noviciado y formación de las hermanas en aquel tiempo en que todo era para mí buscar indios y ver cómo los hacíamos cristianos!

Verdaderamente, aunque sin noviciado especial, las primeras se habían formado; pero era como de paso, decía yo, como quien pone algo que necesita para hacer un edificio, haciendo el edificio mismo. Esto de noviciado en forma, ni lo conocía, ni me impresionaba el tener que hacerlo, ni me preocupó jamás, sin que advirtiera que esto era incorrecto. Por eso, mientras yo buscaba a los indios y me abandonaba en todo lo demás en sus manos, Dios envió al reverendo padre Elías para que cumpliera un deber que era mío. No hay como confiar, digo de nuevo, recordando lo que hasta ahora se me había pasado desapercibido.

En el noviciado del Pital vino a formarse una especie de casa de retiro, de soledad y de oración deliciosa. El padre pasaba allí la mayor parte del tiempo; no faltaba la Santa Misa, la capillita con el Santísimo era todo un encanto; todo tan pobre y rústico, como que al fin se estaba en plena montaña. Los indios tan uniditos a Jesús Sacramentado que jamás pasaban por delante de la casa, aunque fueran muy de prisa, que no entraran a saludar Ése, como decían ellos. Es decir, sin decirle aunque fuera una palabrita al Santísimo.

La soledad por donde quiera convidaba y las selvas y montes hermosos que rodeaban aquel campito, todo hacía que allí la vida fuera muy endiosada. Todo fue obra del padre Elías. El régimen interno sí como que fue establecido por esta servidora; pero según se me iba ocurriendo que resultaría más provechoso para la formación de un espíritu, cual se necesitaba para esta obra que se ha emprendido sin ninguno, según parece. No consulté lo que se hacía en otros noviciados, sino sencillamente como resultara el espíritu que necesita la salvación de estos indios. Tampoco esto me preocupaba y dejaba pasar las cosas como si no me correspondieran.

La vieja Romualda

Debido, sin duda a esa vida tan de Dios que allí llevaban las novicias y las hermanas, Dios convertía mucho a los indios y, sobre todo, teníamos unas viejecitas que habían hallado su sitio y la alegría de su vida en esa capilla.

Pero había una vieja, la más vieja quizás de la tribu, recia y dura con las cosas de Dios. Romualda, se le decía, mire que tiene que aprender para bautizarse para ir al cielo.

- ¡No!, respondía, yo no gusta tu ley. ¡Ésa es mentira, yo sabe, mentira es! ¡Desde mocita yo sabe! ¡Ley de Dios mentira es!

Pasaban los tiempos y de Romualda, la más vecina de las viejas, la que se llevaba siempre los mejores regalos, la que se agasajaba, la que se ganaba las mejores ventajas, hasta la de que las hermanas fueran al monte a cortarle paja para remendarle y aún para hacerle bohío, la que si respiraba era por las hermanas. Esta preferida criatura, permanecía lejísimos de Dios. Logramos que muriera cristiano un hijito de ella y eso la enconó más contra el cristianismo, porque decía después: ¡Mi hijo de balde rezó, siempre murió! Otras veces no quería aprender porque ella sabía muy bien que Dios era casado y si las hermanas decían que era soltero, era mentira toda la ley de Dios.

Más tarde, se le murió otro hijo, también ya cristianizado y para consolarla se le dijo que estaba en el cielo y que allí no sufría... Pues con esto le dimos nuevo argumento para aborrecer a Dios y a su ley. ¿Cómo así? Me dirán. Pues decía:

. Yo no quiere tu Dios, ¡yo no quiere tu Dios porque ése mucho recogeó! ¿Pa qué mi hijo todo recogiendo onde cielo? ¿Qué istorba mi hijo aquí? ¿Qué está quitando a tu Dios? Mi hijo iscopeta tiene, marranito tiene, bohío tiene, platanal tiene, su casa tiene, ¿qué hace falta pues?

Al decirle que en el cielo estaba mejor, respondía:

- ¡Mentira! ¿Tu Dios pa qué todo mi hijo está recogiendo onde cielo? Si es pión necesita, otro busque... No, no quiere tu Dios... muy recogeor Ése. ¿Pa qué todo recogiendo? Así no quiere yo... no reza, no quiere pa bautizar, no quiere ley de Ése. Ta bueno como perro muere...

¡De estas cosas, no había nadie que sacara a Romualda! Y verle tan viejecita... daba una angustia terrible... pero no había poder humano que la convenciera. Tenía como una especie de rencor con Dios y no lo perdónaba.

Así estaba la pobre vieja, y nosotras sólo de Dios esperábamos su conversión. Dios le tenía su hora preparada, como se verá mas adelante, pues si refiero ahora me expongo a olvidar otras cosas que corresponden a este tiempo y no la conversión de Romualda, que fue ya en 1920.

Dos inmensidades

Allá en el noviciado en donde pasaba pocos días, pues andaba siempre en correrías, tuve días y horas en que Dios como que me permitía que

saliera mi alma de casillas y de eso encuentro algunas muestras en los apuntes que, muy de cuando en cuando, dejaba en una cartera.

Meditaba un día, o leí, mejor dicho, esto del Génesis: "Y dijo Dios: reúnanse en un lugar las aguas que están debajo del cielo y aparezca el suelo árido y seco" (Gen. 1-9).

Esto que pensaba, me llenaba de una especie de pavor ante la inmensidad de esas aguas reunidas en el mar y su obediencia me penetraba. Me vi tan llena de buenas ideas, que escribí lo que sigue, como para desahogarme y también para recordar después los pensamientos que actualmente tenía y los afectos que me inspiraban. Copio:

¡El agua corre como espantada al estruendo de tu voz Dios mío! ¡Corre a ocupar las concavidades de la tierra destinadas por tu Providencia para ser su cárcel, por mientras dure el mundo, sin más vallas ni cerrojos que una leve cinta de menuda arena! ¡Allí permanecerá represa la inmensidad de las aguas, mientras resuene tu palabra, es decir por siempre, porque tu palabra no pasará, resonará sin cesar en las alturas de los cielos!

¡Dos inmensidades veo represas Dios mío! La inmensidad de las aguas que sólo imperfectamente se pueden llamar inmensas, en el estrecho molde del habla humana, y la inmensidad divina que de verdad lo es. La primera está represa en concavidades terráqueas, tan propiamente llamadas inmensas, como lo es el agua que contienen. ¡La segunda, inmensa de verdad, está represa en el estrecho círculo de una Hostia! ¡Aprisionada la primera por el poder soberano y aprisionada la segunda por el amor soberano!

"De aquí no pasarás" (Job, 38-11), se les dijo a las aguas. ¡"Estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos" (Mt. 28, 20) es la palabra que contiene a la segunda!

Que permanezcan represas las aguas del océano, Dios mío, está bien; ¡pero que la Inmensidad de vuestros atributos, permanezcan represas en las prisiones Eucarísticas... no lo puede sufrir mi corazón! ¡Desbórdense en esta hora bendita, Dios mío! Desbórdense que mi corazón las aparará. ¡Sí, Dios mío! ¡Desbórdense y derrámense que yo las llevaré a inundar las almas de los pobrecitos salvajes y toda alma capaz de amar!

¡Desbórdese vuestra misericordia, no esté por más tiempo represa en este corazón, que yo la llevaré a bañar las humanas miserias!

¡Desbórdese vuestra divina sabiduría que yo la llevaré a alumbrar los entendimientos de los pecadores obstinados, que no entienden su bien!

¡Desbórdese vuestro poder, que hará portentos en las almas débiles que el pecado arrastra!

¡Desbórdense vuestras supremas condescendencias y yo las recibiré en mi estrecho corazón, para derramarlas en seguida sobre todos vuestros redimidos!

¡No estéis por más tiempo represo Señor! ¡Desbordaos sobre los que os adoran y os sirven!

¡Caiga la tempestad de vuestro poder y aplaste el ser de estas misioneritas, para que quedéis Vos sólo, en ellas!

¡Con vuestro poder omnipotente contrarrestarás el funesto poder de Satanás, que tanto estrago hace en las almas! ¡No nos dejéis en la estrechez de nuestra impotencia y dadnos vuestro amor para calentar los fríos corazones de los infieles!

Como ve, padre, esto parece un juego de palabras, pero no, es que en los momentos de arrebató, se ven las mayores locuras como corduras y si no se le dicen a Dios parece que uno se ahoga. ¡Por fortuna, Dios tiene tanto de Madre! ¡Quién no ha visto y oído a los niños decir disparates y pedirlos a sus madres que al oírlos los acarician, los besan, los celebran y en fin, mientras más disparates dicen y más grandes, más se alegran ellas de tenerlos y más hermosos les parecen y más monines!

- Cómpreme, mamá, decía una vez uno, una catedral con obispo y todo. La mamá se agachó y le dio un beso.

Pues yo le he dicho a Dios que derrame todos sus atributos represos en la Hostia y que los apararé en mi corazón para darlos a las almas... ¿No es esto como la catedral con obispo y todo? ¿No es verdad, padre, que Dios ha debido darme un beso? ¿Y creer que su amor me tiene loca? ¿Y por eso ha debido convertir algunos indios? Yo lo creo así, y si no, ¿cómo es Madre?

¡Cuando las almas se ofrecen como víctimas del amor, también disparatan diciéndole a Él que lo deje estallar sobre ellas, para que se descargue del deseo de darse, aunque las mate! Pues esas almas, también son niñas que piden la catedral con obispo y todo. ¡Debe Dios besarlas y sus besos serán el fuego o el cuchillo que hace la víctima!.

Por eso, Padre, yo jamás me he ofrecido como víctima, porque he considerado que Dios tiene dos clase de víctimas: ¡Unas las que se ofrecen y otras que El apaña! Sí, padre, he creído que antes de que yo advirtiera que se podía ser víctima de algunos de esos atributos, ya El me había apañado y hacía de mí su víctima, en muchas cosas. ¿Recuerda lo que he dicho de la santidad de Dios? ¿Pues qué era eso sino como una manotada que daba para apañarme? ¡Y como no se anuncia, la víctima queda presa con mucho gusto, y no quiere dejar de serlo!

Sentimientos sobre la Eucaristía

Otro día, en una de esas locuras, escribí otra cosa que copio, aunque verdaderamente, sólo con el calor con que lo escribí tiene gusto, pero como quiere el señor Builes que no deje de escribir ni lo que me parezca bobería, lo escribo. Peor librados quedarán los que tengan que leer.

En una exposición de la Divina Majestad, en el ardor de una visita, gustaba y me alimentaba con repetir mucho esto, que después escribí:

Casi se puede decir que en esto también se parece mucho el amor a los niños, porque se complace en decirle a Dios cosas que salgan o no, son las únicas que sabe. Así, recuerdo haber conocido a un chichuelo que quería mucho a una pollita, y para agasajar a su madre, le decía: ¡Mamita linda! ¡Pollita bella!. Esto, a la vez que le estampaba unos besos que resonaban por toda la casa.

Escribí, digo, boberías que mi ardor entonces me volvía oración, así:

¿Qué es la Sagrada Hostia? ¡Es el Dios de mi corazón y el Corazón de mi Dios! ¡Dios de mi corazón, Corazón de mi Dios!

Sumando estos dos nombres dan una Hostia... ¿Qué digo, sumar? Cómo ha de sumarse lo que no es cantidad. La cantidad es lo que puede aumentarse o disminuirse, ¡y el Dios de mi corazón no es susceptible de aumento en campo alguno! ¡La cantidad es de la tierra y el Dios de mi corazón es del cielo! ¡La cantidad es del tiempo y el Dios de mi corazón es de la eternidad!

Dios de mi corazón y Corazón de mi Dios... ¡Eso es una Hostia! Y mi cielo está en la Hostia y mi corazón no sabe vivir sin su Dios. Y sin la Hostia, la vida huye...

¿Qué haré a tanta lejanía del Dios de mi corazón? Lejos y aquí le tengo presente... Lo veo con los ojos, pero Dios mío, cuánta lejanía siento...

El corazón de mi Dios... que palabra tan hermosa... El Dios de mi corazón... ¡Qué frase más dulce...! ¡Hostia, eso es todo... El cielo... La Hostia... El Dios de mi corazón... y... el Corazón de mi Dios...! Cuatro cosas que son una misma... No son un rayo de luz porque son la Luz... Luz mía, oculta en la Hostia... Difundíos en todos los corazones.

Síntesis divina de todos mis amores... Hostia mía... Deja que muera ya por vuestro amor... Y después de morir... qué amargura no poder volver a morir por vuestro amor... ¡Vos escucháis sin palabras, lo que ni la brisa nota! ¡Vos contáis gota a gota mis lágrimas al caer...!

Suene ya, Dios de mi corazón, vuestra voz de llamada para unirme ya al Corazón de mi Dios...

Esto, Padre, no es nada, pero a mí me desahogaba de algo que me oprimía y por eso lo he hecho. ¡Es casi como cuando el niño le decía a su mamá, gallinita!

Sed de Dios

Otra vez, en esos momentos de exposición de la Divina Majestad, tuve un gran ímpetu de pena dolorosa viéndome como privada de todo, porque ese todo está en Dios ¡y como a Él... aún no lo veo! Escribí ese sentimiento que me surgió de estas palabras de San Juan: "El que tenga sed, venga a mí y beba" (Juan. 7, 37).

Me vi llena de sed y de todo, me acerqué a Jesús a beber, hablándole así:

¡Iremos a ti Señor! ¡Lo grande de nuestra sed puede colegirse por el ansia suprema que tiene el corazón humano de hallar su centro y del cúmulo de años que hace que sufrimos esta sed! ¡Dios mío, me siento con años eternos, cuando considero los que he pasado en medio de esta sed insaciable de Tí!

¡Verdaderamente, jamás he visto lo bello que está en Tí... Por eso lo que en la tierra llaman hermoso, bello, me deja la misma sed de belleza!

¡Como jamás he escuchado tu voz, Dios mío, por eso las músicas y sonidos de la tierra no repercuten en mi corazón y me dejan en tristeza!

¡Como jamás he recibido tus perfumes, Fragancia mía, no sé de perfumes porque los de acá de la tierra no me atraen, son como basura!

¡Los sabores de la tierra me son insípidos hasta el hastío, porque sólo deseo gustarte a Tí, Dulzura mía!

¡Las asperezas de este mudo son lenitivos míos, porque el contraste que forman con las suavidades que en Tí gustaré, me traen un como alivio al constante dolor que tu ausencia me produce!

¿Cuándo pues, mis sentidos podrán recrearse en Tí, mi muy Amado? ¿Cuando hallaré el centro de mi ser? ¡Mientras llega ese día, Señor Dios de mi alma, viviré en la amargura y suspiraré como desterrada, como herida paloma que no alcanza el palomar y mientras más acibarada esté mi vida, más conforme será con los deseos de mi corazón, pues no quiero dulzura en la tierra de pecado; no quiero suavidades, en donde se te deshonra así, honor y vida mía!

¡Esta sed que siento, Dios mío, será refrigerada en las amarguras de esta vida, mientras voy a saciarla en las fuentes de esa Patria mía, fuentes que brotan de Tí, Agua refrigerante del paraíso!

¡Cuando sople el aire sobre mis huesos, en este valle de lágrimas, mi alma nadará en tus delicias!

Visita al Santísimo

En otra ocasión, visitaba al Santísimo, con fervor especial y me parecía dura la muerte por tener que dejar los sagrarios. Verdad que en el cielo esto no se sentirá, pero yo me gozaba en sentir ese dolor, porque con ello creía ser agradecida con Dios, por el don del Santísimo Sacramento y pensaba: Pues, si a la hora de la muerte no podré dolerme de dejar los sagrarios, porque la proximidad de la vista y posesión de Dios me embargará toda, voy a dejarme invadir por el dolor que entonces no podré tener, porque, ¿cómo separación tan dura, ha de estar privada del dolor que produce la pérdida de todo lo que se ama?

Pues para dar a Dios, anticipado, este dolor en homenaje de agradecimiento, me dejé llevar del pensamiento de lo que era el sagrario para nosotros, cómo nos acompañaba en los dolores de la vida, y luego con la muerte... adiós Hostia blanca... adiós sagrarios... adiós dulzuras del dolor ante la Eucaristía...

El dolor de esta ausencia me fue como penetrando. Pensé en los siglos que faltan para acabarse el mundo y en tantas Hostias y sagrarios que no visitaría ni vería... en las comuniones eucarísticas que yo no haría... y... me puse a llorar...

No se me ocultaba que en el cielo no es posible sentir esa ausencia, pero por lo mismo, quería sentirla ahora, cuando es posible el dolor y quiero que no me falte ninguno de los dolores que puedan agradar a Dios y serle homenaje en alguna manera. Por eso aquella noche, me dejé pasar el alma por tal dolor.

Pero, en el arranque más fuerte de este dolor, creí que no debía ser tan resignada, pues que Dios es Omnipotente y es mío, me dije, que gaste su poder en concederme que, después de la muerte, me mande con otra legión de almas a custodiar sagrarios y especialmente los de las casitas misioneras, que tan solitos viven y alrededor de los cuales, se desarrolla la obra de apostolado misericordioso que le atrae las almas más miserables de la tierra, cuales son las de aquellos que han nacido en la infidelidad... Venturosa idea... luminoso pensamiento... Descubrimiento consolador...

Me levanté y le hice a Dios la petición, agregándole el derecho que me daba a esas peticiones atrevidas, su inmenso poder y la posesión que de Él mismo me daba mi unión religiosa... ¿Por qué había de ser esa separación, siendo Él Omnipotente y mío? Así se lo dije, con alegre atrevimiento y le agregué las gracias por haberme atendido.

En estas cosas, padre, habrá sin duda materia para reír algunos, sobre todo los que no conocen lo que es amor a Dios, cuando enloquece; pero para mí tienen una realidad completa.

En esta vez quedé completamente consolada y siempre que pienso en lo que he tenido que sacrificar de horas de Sagrario para ir al cumplimiento del deber, pienso que Dios ha de tenérmelo guardado para devolvérmelo en esta forma. El Señor es tan rico en misericordia, que no dejará de satisfacer estas ansias del alma que en Él espera y que lo espera todo, absolutamente todo...

Oraba por los sacerdotes

Un deseo extraño se apoderó de mi alma, una vez delante del Santísimo de El Pital. Perdóneme, padre que ponga estas cosas tan majaderas aquí, porque creo como me lo han mandado a escribir todo y ese todo es ma-

jadería también, puede que en esto que estimo como majaderías o locuras, encuentre Dios algún rayito del espíritu que les pide a las hermanas y por este medio se lo dé.

¡Un deseo extraño, padre! ¡Casi todos son extraños en mi alma loca! Pero éste me parece más. ¡Vi lo grande de mi pobreza espiritual, intelectual, moral y material y se me fue agrandando con un dolor muy hondo por la pérdida eterna de los sacerdotes malos! Aquello iba apretando mi alma, tanto por el dolor de la pérdida de los sacerdotes, como por la grandeza de mi pobreza, delante de Dios. Me iba apretando, digo, sin saber de qué hacer argumento para pedirle a Dios de un modo eficaz, remedio al mal de la pérdida de los sacerdotes. Y como la pobreza mía, se me presentaba como sin dejarme derecho de pedir por ellos... Dios mío, le dije: ¿Qué remedio tiene mi angustia?

No se hizo tardar mucho Dios en hacerme venir una idea peregrina, pero segura. Mi pobreza era muy grande. Pues se la daría a Dios, pidiéndole en cambio, en igual volumen, gracias de conversión para los sacerdotes... ¡Dios mío! ¡Que atrevida me parecí, pero me consolé! El negocio me tranquilizó, porque de esa clase de negocios gusta mucho Dios, ya lo comprendía perfectamente...

Yo sé de cosas de negocios así, hechos por Dios con el hombre, me dije, para más tranquilizarme. Si Dios dio a su Hijo Único por el hombre, hizo como quien da ciento por un cero y se quedó muy gloriosamente grande. Además, cuántas gracias ha gastado en mi alma, sin que ella le produzca el medio, ni el milésimo por ciento, sobre el gasto.

Me quedó bien probado que Dios no guarda, en sus designios, nuestra regla de cálculo y por consiguiente, ¡lo engañé lindamente con mi gran pobreza! No dudo que Él, en cambio, habrá dado gracias de conversión, porque toda oración es atendida, cuando va sellada con la confianza.

Después de esto mi pena se calmó y dejé constancia en el cuaderno de apuntes, de donde he tomado ahora mi recuerdo.

Mi conocimiento de Dios

En aquellos mismos días, leía la "Hermosura de Dios", por el padre Nieremberg, y al encontrar este pasaje: "El Ser Divino es una infinidad de infinitudes, un inmenso teatro de inmensas hermosuras, una cumbre de altezas y majestades, un pasmo del ser, un milagro de pasmos, un mar de

lindezas, hermosuras, grandezas y maravillas, un océano de infinitas infinidades". Medité un poco y me dije:

Esto tan hermoso no lo abarco, ni es más que un montón de palabras, muy hermosas que la mente humana no alcanza y que no dicen lo que es Dios. ¡Dios mío! Cuán lejos está la palabra humana de definirlos. ¡El silencio dice más de vuestro Ser que todas las palabras y combinaciones de sonidos humanos! Esto lo decía con cierta amarga decepción, pues leía el libro con la esperanza siempre creciente de conocer mejor a Dios y entrañarlo en el alma, con ese amor seráfico de los santos.

De pronto se presentaron a mi alma todos los conocimientos que en la vida había tenido de Dios y que superan en mucho a todos los que había adquirido de libros y conocimientos que me habían dado los hombres y me pareció que sí sabía lo que era Dios ¡Aún lo siento padre, en el fondo de mi alma y si tratara de decir algo sobre Él, ¡Ay! ¡Lloraría sin acertar a decir palabra acerca de lo que en mi alma hay de Dios!

Entonces vi, de un modo más claro, la verdad de aquello de David: "Venid y gustad cuán suave es el Señor" (Sal. 34,9). ¡No dice entendido, sino gustad! Tuvo razón, porque el amor va siempre delante del entendimiento. ¡Delante de Dios éste se aniquila y aquél se engrandece! ¡No, no hay teología mayor que la que da el amor!

Ante el ser Divino, la mente calla; el amor canta porque el Espíritu Santo lo eleva y no puede decir que entiende; pero sí gusta y gusta hasta el perdimiento... ¿Qué más quiere el alma? Dios mío... siempre el triunfo del amor... Si Vos mismo sois amor...

Entonces vi claro que los conocimientos que tenía de Dios, eran mayores que los adquiridos en los libros y sobre todo, que eran muy gustosos; ¡mientras que los que había adquirido estudiando, eran como más bajos y sobre todo, secos! Me impresioné dudando, de si aquello sería alguna ilusión del diablo, pues no conocía que Dios le diera al amor más de lo que enseñan los teólogos y determiné consultarlo.

Me dijo el padre Elías que estuviera tranquila que aquello era exacto y que además, Dios no tenía medida para derramarse en el alma amante, ni a nadie le había dicho: ¡de aquí no pasaré, en las revelaciones de su amor! Quedé muy tranquila.

Creo, sí, que desde entonces acabé de perder el gusto por la lectura. De aquí en adelante leo sólo ciertos libros que alimentan el alma, como el Santo Evangelio; lo demás, aunque me propongo leerlo, siempre, al comenzar se me viene esta idea: ¡Eh! ¡Si yo necesito más amar que leer! Y me pongo a gustar lo que mi interior me dice de Dios y quedo tranquila y serena. Lo mismo me ha pasado con lo de hablar de Dios. Antes gozaba hablando de Él y los demás se penetraban de lo que les decía. Ahora me amarga el alma, hablar de Dios. ¿Y sabe por qué, padre? Porque tropiezo con la impotencia del lenguaje humano y los conceptos que puedo expresar me parece que desvirtúan los que tengo en mi alma... Como además, no he de poder derretirme delante de los demás... ¡por eso me amarga el decir de Dios! ¡Y no se me oculta que hablar de Dios fue en un tiempo mi dulzura y que lo es para los demás!

Pero, padre, como ya he dicho, siempre después de una apertura de amor o de conocimiento que me da Dios, me viene un nuevo y al parecer desconocido grado de conocimiento propio; en esta vez, después de medio aplastada por mi nada y miseria, salí y escribí esto:

¡No! no me queda otra tabla para bogar en este mar de la vida, que el aniquilamiento de cada instante... Y aunque se me presentara otra tabla o manera de ir en la vida, menos bajita que el aniquilamiento, ¿cómo me pondría sobre ella? ¡Lo muy pequeño no alcanza a subir a ninguna parte alta! ¡Además, en la tabla del aniquilamiento, se está siempre en manos de Dios, dueño y artífice de la nada, y ese es el sitio que quiero, Dios mío! ¡Mira ese polvito al cual diste la forma de mujer!

CAPÍTULO XLII

PRIMER VIAJE A BOGOTÁ - DIFICULTADES PARA EL ALOJAMIENTO - ENTREVISTA CON EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR NUNCIO - OFERTAS ENGAÑOSAS - ENCUENTRO CON LA DELEGACIÓN BOLIVIANA - REGRESO A DABEIBA

"El Señor de los poderíos con nosotros; nuestro amparador el Dios de Jacob"

(Sal. 45, 12)

Primer viaje a Bogotá

Ya sonaba mucho en este tiempo la creación de una prefectura apostólica⁸⁵ en la región y esta servidora misma había manifestado a la Nunciatura la necesidad de mejor asistencia espiritual, en las distintas casas misioneras, cosa que sólo con la prefectura se subsanara o haciendo que los reverendos padres Carmelitas cumplieran la promesa hecha al señor Crespo de atender cuantas casas fuéramos fundando en jurisdicción de la Diócesis. Esta promesa y contrato formal, había dejado de cumplirse, por parte de los padres Carmelitas, debido al disgusto que tuvieron desde el principio, y que siguió creciendo, no obstante las afirmaciones del reverendo padre Elías, con avenidas alarmantes. La Santa Sede optó por crear la Prefectura, y naturalmente debía ser para los padres Carmelitas.

Así lo comunicaron muy pronto al ilustrísimo señor Toro, Obispo de la Diócesis. Éste, naturalmente sintió mucho, no la desmembración de su diócesis, cosa que su celo más bien desearía, sino dejar que la Congregación de Misioneras saliera de su jurisdicción, tanto más, cuanto que ya sabía que ellos no la mirarían bien jamás. Se le representó todo lo que habrían de perjudicarla los padres, tan prevenidos ya en contra de ella, que a mí misma me habían dicho varios de ellos, que con el prefecto Carmeli-

⁸⁵ PREFECTURA DE URABA: El 4 de marzo de 1918, por Decreto de la Sda. Congregación de Propaganda Fide, fue erigida la Prefectura Apostólica de Urabá, con una extensión de 35.000 Kms cuadrados que fue entregada a los PP. Carmelitas a quienes la M Laura había solicitado que vinieran a trabajar en Antioquia, con los indígenas. La creación de esta Prefectura, como también la del San Jorge y la de Labateca (Sarare) se debe a la solicitud de la Madre Laura, a las autoridades eclesásticas.

ta, no había de resistir y uno llegó a decirme que en dónde pensaba meterme con el señor prefecto que vendría a ponerme en mi puesto. Además, ya publicaban ellos la disolución de la Congregación y no perdonarían medio para hacerme fracasar en mi esperanza, eran sus palabras: "Veremos si su confianza le sale ahora como ante estos obispos".

Alguna vez, le dije a alguno de ellos que, si nos desbarata el señor prefecto, quedaría tranquila, pues, él era la autoridad legítima, pero que tenía plena confianza en que él no lo haría. Me contestó, moviendo la cabeza en aire de triunfo: ¡Veremos si le sale su confianza! ¡Eso es confiar demasiado! Se reía con ironía dura, como quien ya celebra un triunfo seguro. Todo esto y el modo de obrar de ellos con nosotras, que era como quien quiere destruir de un golpe, hicieron impresión en el señor Toro, quien se creyó en la obligación de conciencia de procurar impedir que quedara la casa central de la Congregación en la prefectura y, al efecto, me mandó a Bogotá para que suplicara al señor nuncio apostólico de la Santa Sede, entonces, sólo internuncio, que al señalar los límites de la prefectura, supiera los peligros de la Congregación, para que viera si era posible evitarlos. Con tal objeto me envió a Bogotá, en diciembre de 1918.

Dificultades para el alojamiento

Me acompañaron en este primer viaje a la Capital, la Hermana María del Santísimo y Carmelita mi hermana. Era la primera vez que me presentaba en esta ciudad y la primera que se veía en ella nuestro hábito.

Por ser tiempo en que todas las comunidades religiosas de Bogotá estaban en asuetos, no pude encontrar hospitalidad en ninguna de ellas; al menos ésa fue la excusa que dijeron todas aquellas a cuyas puertas me dirigí, desde antes de salir. Realmente no sería éste el motivo... sin duda desconfiaban las religiosas de esas monjitas tan nuevas y tan diferentes, pero pretextaban el estar en retiros.

Tuvimos que ir, ya un poco tarde de la noche a casa de una señora, única conocida que teníamos en la ciudad, aunque jamás le habíamos hablado ni visto. Sólo que estaba emparentada, por afinidad, con mi hermano. Este parentesco no nos daba ningún derecho, ni tampoco el conocimiento por referencia que de ella teníamos, pero a tanto llegó nuestra necesidad, que allí llegamos a tocar como a las nueve de la noche. Primera y pequeña dificultad, en aquel viaje. No nos fuimos al hotel porque sabía muchas cosas desagradables acerca de los hoteles de aquella ciudad, para las religiosas, y temí.

Aquella señora, sin duda, creyó nuestra autopresentación, pero se sintió muy incomodada, porque aún sin nosotras saberlo, mi hermano le había telefonado nuestra llegada al marido de la señora que era precisamente su cuñado. Pues la señora, estaba molestísima porque el telegrama no había sido dirigido a ella y nos recibió tan mal como su disgusto se lo pedía. ¡Dios mío! ¡Qué rato el que pasamos en un vestíbulo esperando a ver si ella resolvía a no, recibimos ¡y cómo pensé en lo que es el mundo y sus condiciones! Gracias a una niñita, la mayor del matrimonio ése, que nos conversaba candorosamente, dejando ver el corazoncito de ángel, pasamos aquel momento de espera menos mal.

Además la niñita, dizque le decía a su mamá, en los momentos en que se nos ausentaba: "Mamá ¡que tan querido es el Niño Jesús, que nos ha mandado dos hermanitas, que son de El, para que duerman con nosotras. Démosles comidita mamá que son de mi Dios"!

Así dizque le suplicaba la niña, nos refería la misma señora admirada y con ingenuidad confesaba de su rabia interior porque en el telegrama la habían pospuesto a su marido en asunto de hogar, que sólo le correspondía a ella, no le permitía acceder a los ruegos de ese angelito tan delicado, pues tan pronto como estaba en el vestíbulo haciendo atenciones a las importunas huéspedes, estaba con su mamá rogándole para que nos recibiera bien. Era enteramente un angelito, interior y exteriormente.

Entre tanto pensábamos en el espíritu humano y del mundo, del cual sólo una muestra teníamos delante, no de las peores, pues la señora de quien trato, era, de las del mundo, una de las mejores. Cómo pensé aquella noche en aquella expresión de Nuestro Señor: "No pido por el mundo". Pero como también la niña no se nos apartaba mientras su madre resolvía si nos recibía y aquella niñita era la pura sencillez, amor de caridad, las palabras: "Dejad venir a Mí los niños", eran un consuelo. Esa mamá tenía que ser muy buena, cuando tal niñita tenía. Pero el amor propio la empañaba, el espíritu del mundo donde respiraba, la tenía como vuelta al revés. Todo esto pude pensar, mientras se presentó la sirvienta a decirnos, de parte de la señora, que entráramos y que pronto se presentaría ella.

¡Dios mío! ¡Cómo puede el mundo ir a la par con el Evangelio! ¡Imposible! Y los que pretenden contentar a Dios y al mundo, se engañan. Por eso, aquel: "Dejad que crezca el trigo con la cizaña, no sea que arranquéis el trigo al quitar la cizaña; mas, en el día de la trilla los operarios cogerán la cizaña, la separarán del grano y la arrojarán fuera, y la entregarán al fuego". ¡Dios de mi corazón! ¡Qué sentencia tan terrible y tan justa! El

alma será evangélica, será de Dios, el día que niegue al mundo, al demonio y a la carne. No es posible el maridaje entre términos tan contrarios. Y lo más duro es, que hay corazones hechos como especialmente para la sencillez evangélica y el espíritu del mundo los ahoga, los consume. ¡Pobrecitos! ¡Cuán dignas de las oraciones de los cristianos son, a fin de que algún día salgan de esa tela de araña, más enmarañada que una montaña andina!

A poco de estar entretenida, como en un oasis, admirando la maravillosa caridad de aquel angelito que no obstante ver cómo se encontraba su mamá, no se desalentaba en su dicha de tener dos almas religiosas en su casa, ni se enfadaba tampoco con su mamá, vino la señora un poco atenta ya y nos invitó a ir a la mesa.

¿Quién puede decir lo que al poner aquellos platos pensamos? Nos sentimos tan importunas... Le pedíamos tanto a Dios que la señora reflexionara... En fin, por fortuna nos hacíamos el cargo que al fin amanecería e iríamos a ver en dónde haríamos nuestro alojamiento en aquella ciudad desconocida. ¡La intervención de aquel angelito nos hacía ver como una preferencia de Dios y adivinábamos lo que ese corazoncito habría de hacer en aquel hogar! Gracias a que esa noche no supimos que el marido de aquella señora se había tenido que ir por no presenciar la desatención de su esposa como se lo prometía, en su enojo con lo del telegrama. Si esto hubiéramos sabido, nuestra pena hubiera sido mayor.

Amaneció, al fin, después de larga noche, en la que pensaba, a dónde me dirigiría al día siguiente, sin acertar, pues las religiosas que me conocían habían negado ya. Al salir de la casa, para ir a buscar una iglesia en dónde recibir la Sagrada Comunión encontramos recado de la niña, (tendría unos 4 años ese angelito) que había salido con su niñera a San Francisco y que allá nos esperaba pues era la iglesia donde había cosas más bonitas. La señora dormía y nosotras salimos para entrar a lo primero que se nos pareciera a iglesia, pues ninguna conocía ni estábamos orientadas por referencia ninguna, al efecto.

Nos entramos, pues, a San Diego, sin saber si allí había o no quien nos diera comunión. Después volvimos a la casa a cumplir nuestro deber de dar las gracias y salir a ver si en alguna casa de Hermanas de la Presentación nos daban alojamiento, pues había algunas a las cuales no habíamos preguntado y en último caso, nos iríamos a un hotel, pues allí, aunque el angelito era todo miel, y gusto y reflexiones piadosas, acerca de la visita que Dios le había mandado, la señora apenas había cumplido con dejarse molestar aquella noche.

Quién creyera, Dios mío, que antes de que saliéramos a lo de conseguir alojamiento, llegaron atenciones de mucha importancia, y que al ver esto, según pudimos juzgar, la señora se fue cambiando hasta el punto de decirnos que de su casa no saldríamos de ninguna manera. Cuando calculó que otras familias podrían llevarnos con gusto para sus casas, cambió inmediatamente y nos ofreció su casa corazón y todo. Pero antes, nos refirió lo ocurrido con el telegrama, su rabia y los ruegos de la niña, su ranchamiento y la fuga de su marido, etc. Y agregó: Ya ven lo que ha pasado... y ahora, nadie me las quitará.

¡Mire, Padre qué lecciones tan maravillosas! Mundo infame. ¿Cómo hundes en tus redes almas tan buenas y las empantanas de ése modo? Pudimos después estudiar a esta señora y tenía un fondo hermoso, pero el humo lo empañaba. ¡Dios mío! ¡Coge para Ti esas almas!

Tengo para mí que esa hijita se va a apoderar del alma de su mamá y que al fin, la paz de ese hogar será enteramente evangélica. Tengo esa confianza en Dios.

Entrevista con el excelentísimo señor Nuncio

Ya alojadas convenientemente, me presenté a la Nunciatura con la cartica del señor Toro. El excelentísimo señor Gasparri nos recibió con mucha caridad y atendió muy bien a todas mis peticiones.

Y debo dejar constancia de que en la última visita al señor Toro, antes de salir para Bogotá, me dijo con su acostumbrada humildad:

- Tengo un pensamiento que me punza con tenacidad, aunque me avergüenza porque no me reconozco con fuerzas de fundador. Me atormenta la idea de que Dios quiere que se funde una comunidad de sacerdotes igual a la de las misioneras adaptando las mismas constituciones a sacerdotes. Esa idea me acompaña desde hace mucho tiempo y no quiero ser responsable de ella. Déjele caer la idea al señor internuncio en mi nombre, a ver él que dice.

Pues en cumplimiento de esta voluntad del señor Toro le dije la idea al señor internuncio y él, después de meditar un poco me dijo: Dígale al señor Toro que me suena bien la cosa, que vea de qué modo puede hacerse. Luego volviéndose a mí, me dijo: Usted no vaya a meterse a eso, quédese tranquila así con las misioneritas; si los obispos fundan los misioneros, está muy bien y que pongan muchas reglas para que eso de hombres y

mujeres juntos no resulte inconveniente, pero de todos modos, diga que me gusta la cosa, si lo hacen como le digo.

Por lo demás, el señor Nuncio me respondió que le parecía un poco tarde ya para atender a la petición del señor Toro, en cuanto a los límites de la prefectura; pero que haría todo lo posible. Dio además muy buenas muestras de aprobación a todo lo de las misioneras y me dio una buena limosnita para la Obra.

Ofertas engañosas

Mientras tanto, se nos comenzó a poner una nube negra por delante. Fuimos visitadas por unas familias que ya conocían lo de la misión por el Occidente de Antioquia y la estimaban. En el pasado Congreso, la minoría se había desatado contra los misioneros del Caquetá, pidiendo al gobierno que retirara la acción de ellos o les llamara la atención sobre ciertas cosas, como lo de negociar con los indios, tratarlos duramente, etc., conforme lo inventaban los liberales. Esto los apoyaba en lo de la conveniencia de los métodos practicados por unas señoras del occidente de Antioquia únicas que, según ellos, habían dado con el buen método.

Algunas señoras, liberales por supuesto, pretendieron halagarme con esto que, para mí, no era más que tramas del liberalismo, hablándome de la muchas labores que podíamos hacer presentándonos en algunos centros de acción social; ellas hablarían a los del gobierno, para preparar mucho los ánimos, porque en el próximo congreso, nos darían buenos auxilios.

Todo esto tan halagador, al parecer, dejaba comprender la trama tan terrible del demonio, para destruir la pobre obrita incipiente. Nada valía el que yo quisiera defender los santos misioneros del Caquetá, porque tenían argumentos terribles contra ellos, ni decir que nuestra actitud en Antioquia era modesta y nuestro trabajito insignificante. Aquello iba tomando proporciones y resolví que nos madrugáramos, dejando tarjeta a los buenos favorecedores, que tal abismo nos abrirían. Por supuesto todo con mucha cortesía.

Supóngase padre, yo estaba sola completamente en Bogotá y aparecérseme el liberalismo a ofrecerme apoyo, era como precipitarnos, pues ya el episcopado estaba prevenido, por los asuntos del Congreso. Con tantico que yo me hubiera prestado, halagada por los recursos que me ofrecían, y las atenciones y obsequios, así como de influencias, los señores obispos se habrían enterado de todo y ¿qué habría sido de la obrita de Antioquia? Como pluma que se lleva el viento...

El peligro no se veía claro porque aquellas señoras y caballeros lo envolvían todo en piedad y eran personas de comunión frecuente y pertenecientes a sociedades benefactoras de obras de beneficencia y de acción social católica. De modo que, sin duda, fue Dios quien me hizo presentir el peligro, que estaba tan oculto. Las funciones y aparatos que aquella gente tenía preparados, para hacernos conocer en Bogotá, todo se quedó en el tintero, porque nos vinimos sin esperarlos ellos.

Quizás estas gentes obraban de buena fe, pero como las ideas liberales eran sus inspiradoras, ¿qué me ganaba yo con su buena fe? ¡Bendito sea Dios que permitió viera tan a tiempo, porque después he podido apreciar el peligro con pleno conocimiento de las personas y los hechos y... ¡Dios mío!

Ya ve, padre, cómo en donde quiera Dios me favorece y no he tenido necesidad de fingir. Algunos creen que la ficción y la diplomacia son necesarias para el bien. A mí me fastidian ambas y yéndome de frente, me ha sacado Dios de todas y espero me sacará también de las últimas. Bien puede ser que haya que guardar a veces cierta prudencia; pero cuando se me ocurra, Dios me lo mostrará; mientras tanto, voy de frente.

Encuentro con una delegación Boliviana

Nos vinimos en los mismos trenes y vapores en que venía una delegación de Bolivia que llegó a enterarse de nuestro oficio. Aquello fue una explosión de curiosidad e interés. Expuse ante esta reunión tan ambigua de gentes, mis ideas, como se las hubiera expuesto a unos sacerdotes o personas de acendrada piedad. Comprendía que algunos se burlaban y otros se admiraban. Pero después de decirles que comprendía su actitud, sin que me inmutara, continué hablando con el ministro plenipotenciario que mostraba mucho y cristiano interés por el asunto misiones y se mostraba casi escandalizado ante el método nuestro, pero con creciente interés.

Terminaron todos aquellos señores muy atentos y vencidos, al parecer, por lo menos, pues al principio opinaban que era crueldad darles civilización y religión a los indios y acabaron respetando la idea contraria. No se crea que pienso que los convencí, no; es que me vieron sin miedo de sus burlas y palabras y se les impuso la idea, si no como verdadera, sí como merecedora de algún respeto.

Pero lo que fue el excelentísimo señor ministro sí era de buenas ideas y de mejor voluntad, por lo tanto me habló de sus trabajos a favor de las

misiones en su patria y recibí de él ideas muy útiles y hasta la esperanza de que, con el tiempo, es posible que nuestra congregación vaya a trabajar en esa república, en dónde hay muchos indios.

No es ésta la primera vez, padre, que me muestro serena ante las burlas de los grandes y ricos o independientes en sus ideas anticatólicas, porque siempre he visto en esas pobres gentes mejor voluntad de la que realmente tienen; he tomado sus burlas con menos amargura, que las que llevan. De modo que ellos creen que soy más boba todavía y acaban por acercárame un poco.

¿Sabe, padre, que atribuyo esto a mi primera formación campesina? Cuántas veces han pretendido divertirse mucho con mi sencillez de montañera. ¡Dios mío, hasta la cuenta se me ha perdido! Pero no lo he tomado por el lado ofensivo y no he tenido que arrepentirme. ¡Además, las pasiones humanas que se desarrollan tan a maravilla en esas clases altas de la sociedad, no asoman la cabeza de modo que yo las vea y me asustan después de haberme explotado!. No obstante me siento mejor servida que si tuviera más malicia en tales casos, porque la caridad sufre menos. ¡Con mucha razón dice el padre Faber, que difícilmente se hermanan en una persona la mucha agudeza y la caridad!

De todo esto saqué algunos conocimientos útiles para la Obra y confío en que Dios haya permitido que algo útil y bueno haya quedado entre los que opinaban de otro modo.

Regreso a Dabeiba

Al volver a Dabeiba encontré ya muy adelantadito lo de la fundación en Uré y la noticia de la pronta llegada del señor prefecto apostólico. Los carmelitas estaban de plácemes con aquella noticia y yo casi convencida de que ya la Nunciatura no podía favorecernos dejando nuestra Casa Central fuera de la jurisdicción del prefecto.

Efectivamente, la Nunciatura sólo pudo excluir a Frontino, en dónde no estábamos; pero que sí dejaba a la diócesis de Antioquia una parroquia rica y buena. En cuanto a nuestra Congregación, ya no le quedaba otro camino que esperar a ver cuál iba a ser la actitud del nuevo ordinario y someterse.

CAPÍTULO XLIII

- HACIA EL SAN JORGE - LA VIDA INTERIOR, ALMA DEL
APOSTOLADO - EN ITUANGO - ENTREVISTA CON EL SEÑOR
VICARIO APOSTÓLICO DE LA GUAJIRA - VIAJE EN BARCO
- EN CARTAGENA - EXTRAÑA DETERMINACIÓN DEL
EXCELENTÍSIMO SEÑOR BRIOSCHI - ENOJO DEL SEÑOR
GOBERNADOR - MANDATO CATEGÓRICO
- VALEROSA DETERMINACIÓN

*"Porque Tú eres mi fortaleza, y mi refugio; y por causa
de tu nombre me guiarás y me sustentarás". (Sal. 30,4)*

Hacia el San Jorge

Mientras llegaba el señor Prefecto y tomaba posesión, yo, con las licencias ya adquiridas del señor Brioschi y del señor Toro, nuestro Obispo, podría emprender la fundación de Uré, en donde sabía que perecían las almas miserablemente, en la ignorancia más grande.

Parecía padre, que yo obraba como movida por un resorte. No pensé en recursos para esta obra de Uré. Tampoco se me ocurrió que pudiera faltar-nos sacerdote; sólo el reverendo padre Elías me dijo: ¿Piensa hacer esa correría sin sacerdote? Y le contesté como si tuviera seguridad: El señor Brioschi nos dará algún padre de los más vecinos a aquella región. El me dijo que si le obtenía la licencia, nos acompañaría. Yo estaba cierta de que el señor Toro la daría, pero como ya asomaba el señor Prefecto, me parecía aquello irrespetuoso y convine con él que de algún pueblo de los muchos que atravesaríamos, cuando supiera que había llegado el señor prefecto, le pediría la licencia por escrito y que él nos alcanzaría. ¡Majadera! ¡No sabía de lo que se trataba!

El 9 de septiembre (1919) salí con la hermana María de la Sagrada Pasión, con la intención de visitar a Uré, entrando por los montes de Ituango, según las indicaciones del Indio Ismael. Después de visitar ese campo, iríamos por el San Jorge, a Cartagena, por las órdenes y recursos del señor Brioschi, para volver a hacer la fundación. Esos eran nuestros planes pero Dios nos guiaba por otros.

Nos fuimos a salir por Juntas de Uramita, es decir por tierras incultas y peligrosas, por sus pésimos caminos. Ya desde la primera noche, pasada

en un sitio denominado Chupadero, tuvimos alguna dificultad, pues hubimos de dormir en una casa, en donde no había familia. ¡Estaba cuidada por un hijo de la casa, tan atrasado y poco acostumbrado a conocer religiosas que nos dijo, al ponderar lo poco creyente de las gentes de la ciudad de Antioquia, que allí les chocaba tanto la religión que hacía muchos años que había Hermanas de la Caridad y que, aunque algunas eran jóvenes y bonitas, se habían tenido que quedar solteras, porque ninguno se había resuelto a casarse con ellas, solamente porque eran muy rezanderas!

Nos reímos y dejamos la cosa para comentarla después. Verdaderamente ésta era una lección, padre, porque no se me había ocurrido que nadie en el mundo ignorara que el celibato religioso es voluntario y este conocimiento me fue útil, pues dado el medio en que las hermanas misioneras hemos de vivir, conviene saber y conocer esto, para no asustarse de nada. Tanto me sirvió que, algunos dos o tres años después, un bobo de esos, le propuso matrimonio a una hermana, en Uré y pude ver la cosa con menos fastidio que las otras hermanas que se creyeron irrespetadas, hasta que les expliqué que aquel hombre estaba en uso de su derecho, puesto que cualquier soltero le puede proponer matrimonio a cualquier soltera, sin que cometa falta, y que esas pobres gentes no tienen por qué estar al tanto de nuestros compromisos con Dios y con la Iglesia. Ya ve, padre, lo natural y corriente de estas razones; pero uno criado en un medio tan distinto, se asusta y hasta se escandaliza.

Al día siguiente fuimos a Juntas de Uramita, en donde sí encontramos muy buena posada y provisiones para meternos en una trocha un poco difícil.

La trochita estaba más que mal. Tenía fangales horribles que nos obligaban a dejar las bestias. Por fortuna llevábamos un peón muy bueno y esforzado, que nos sacaba casi alzadas en aquellos abismos de pantano. No habíamos adelantado mucho en ella, cuando tuvimos que tomar diferentes vías en el monte para buscar paso; mientras tanto el peón tuvo que separárenos para sacar las bestias de algunos peligros. Cuando menos pensamos estábamos completamente perdidas. El peón nos buscaba por una parte y nosotras íbamos por otra. Gritábamos y no oíamos a mucha distancia. ¡Dios mío! ¡Y pasaban los ratos! Y las diferentes desviaciones que le hacíamos al camino, creyendo acercarnos a la vía para ver si allí nos encontrábamos con el peón, nos alejaban más, de modo que llegó un momento en que pensamos que la noche nos sorprendería en aquella selva húmeda y terrible, hasta sin peón. Nos consolamos con lo de siempre:

Dios está con nosotras y por nosotras, le dije a la hermana. Aguardaremos que, si es preciso que un ángel venga a sacarnos de aquí, vendrá o no quiere Él que salgamos y, en tal caso, nosotras no debemos querer salir. La Hermana se hacía fácilmente a mis ideas y así no tuvimos mucho disgusto con aquel rato que debió haber sido de inquietud.

Ya casi de noche nos encontró Efraín, nuestro magnífico peón, que había pasado ya las bestias por todo lo peligroso del camino. Luchando conmigo, sobre todo, que le daba más que hacer por lo inhábil, salimos a un abierto en donde había una sola casita, pobrísima y muy pequeña; a ella arrimamos y aunque no se veía manera de pasar la noche, nos pareció un oasis para nuestro cansancio, hambre y sueño.

La casita tendría cinco varas de largo por tres de ancho y, con decir los huéspedes que tuvo aquellas noches, se pueden imaginar la manera como pasarían las horas. En un cuartuchito en donde sólo cabía la cama, sin dejar por dónde entrar, el papá, la mamá y tres chicos. Afuera el fogón, dos perros, dos gatos, tres terneros, Efraín y nosotras. La separación constituía el fogón. Nuestras camas no fueron más amplias; la hermana en una tabla de una cuarta de ancha, puesta sobre piedras para sacarle el cuerpo a la humedad del rancho; esta servidora en un maguey o balso, medio labrado, por lo cual podía creerse que era también tabla; pero no más ancho que la de la hermana y si quizás más angosta, colocada también sobre piedra. Así nos acostábamos, como le decía a la hermana como de filo, es decir, de modo que apenas quedara sobre la tabla la parte del cuerpo que formaba el centro de gravedad, para no caernos.

Naturalmente, el sueño era bastante poco y el cansancio creciente siempre. Sobre todo, nos molíamos la carne, por decirlo así. Gracias a Dios no nos faltó la alegría, la mejor salsa para todas las incomodidades. Tampoco apetito durante los tres días que estuvimos allí para comer siempre coles sancochadas, única cosa que tenía aquella pobre familia. Verdad es que llevábamos un poco de frísoles, pero como repartíamos con esas pobres gentes, se acabaron desde el primer día.

Nuestra demora obedeció a que, con la pérdida en el monte y permanencia en aquel suelo helado, mis piernas se negaron a prestar su oficio y tuve que medicinarlas y descansarlas un poco.

Al día siguiente llegamos a Peque, poblacioncita antioqueña, sin cura ni recursos pero al fin poblado. Allí nos hospedamos en casa de la maestra

y nuestra posición fue menos mala. Tuvimos la dicha, en un día que nos estuvimos allí, de enseñar el catecismo a unos niños, en la capillita y de saber que allí salían indios con frecuencia. Salimos de allí muy apenadas de ver que no podíamos atender a las instancias de los niños que nos rogaban nos quedáramos con ellos para acabar de aprender la doctrina.

¡Siempre, el niño buscando el bien! ¡Quizás en aquel pobladito, ningún hombre ni mujer tuvo el pensamiento de sentir al vernos salir! Los niños sí nos formaron corro para rogarnos, en medio de la indiferencia de los grandes. Es muy bello eso de que siempre el candor busque a Dios y, al contrario, la malicia lo rechace. ¡Ya ve! Esto sin darse cuenta ni los unos ni los otros.

La vida interior, alma del apostolado

Salimos tarde y fuimos a una posada llamada "La Acequia" en donde, con las órdenes que llevábamos del dueño, fuimos bien recibidas y alojadas por los mayordomos. Antes de acostarnos hicimos una lectura como de costumbre, en la "Imitación de Cristo". Esta lectura nos dio la más saludable enseñanza y encendió nuestro corazón; de ella sacamos esa frasecita que nos sirvió para todo el viaje: ¡"Tu eres fuego que siempre arde y nunca cesa"!

Vuestra reverencia, padre, conoce muy bien esto de alimentarse de un textico y sabe que no es cosa que esté en nuestras manos sino en parte. Podemos repetirlo, pensarlo y voltearlo a voluntad; pero que nos hiera, que alimente y empape el alma... eso ya es otra cosa y sólo la da Dios. ¡Es como una saeta que hiere o como una luz que ilumina de repente! Entonces la frase tiene sentidos y gustos que jamás, a sangre fría, como pudiera decirse, le encontramos. Se me ocurre que eso que no podemos sacarle a la frase y que Dios le pone cuando quiere; es como algo de su Corazón, como esencia de su voluntad. ¿Como diré? ¡Algo del cielo!

Así que salimos de aquella posada más animadas, si cabe, que habíamos entrado. ¡Nada más cierto padre, que aquello de que la vida interior es el alma del apostolado!. Últimamente he leído un libro con este título y en él vi, no sin sorpresa, que la vida interior no es el motivo ni el sostén de muchas obras apostólicas que vemos. ¿Cómo se sostendrán en ciertas dificultades? ¡Dios mío, no puedo ni concebirlo! Las pasiones, por mucho que inspiren, creo que no dan las fuerzas necesarias para ciertos sacrificios. Sólo Dios y su gracia pueden con ciertas circunstancias de la vida.

Cuando más tarde ha habido quiénes aseguren que mi móvil para la misión ha sido la vanidad, me he reído, sin inquietarme, al ver lo lejos que estoy de tener fuerza propia, ni siquiera de vanidad; para cosas como las que he podido y he hecho con la ayuda y eficacia de la gracia de Dios. Y si el Señor misericordiosamente no nos enviara de tiempo en tiempo esas oleadas de su amor, como en "La Acequia", que como el aceite a las máquinas, docilitan el alma y la llenan de fortaleza, no podríamos con el peso de la misma naturaleza nuestra, que tanto tira y pide.

Han dicho algunas cosas malas de mí, que me han hecho pensar y examinarme a ver cuánta razón pueden tener; ¡pero en ésta, ni pensar en examen! Y no es que no me examine mucho constantemente para averiguar si ese bicho se entra, porque ¿qué carne no se pudre, ni que humildad no se ensoberbecer? Pero con menos que el amor de Dios, no son posibles ciertos sacrificios, a mi parecer.

En Ituango

Al día siguiente nos pusimos en Ituango, en donde el padre Antonio de Jesús Correa nos recibió en su casa, con la mayor caridad.

Tan luego como este padre se impuso de nuestro propósito de entrarnos por la cordillera al San Jorge, me dio su opinión contraria, con razones muy fuertes, pues él sí podía darse muy bien cuenta de las terribles dificultades de aquel camino. Allí estuvimos varios días descansando, para seguir la vía que nos aconsejó el padre. Es decir, habíamos de salir a Puerto Berrío, para Cartagena primero y después entrarnos por las bocas del San Jorge hasta Uré.

Mientras descansábamos allí, no sé por qué, las gentes determinaron que esta servidora sabía medicina; jamás lo he podido averiguar, pero lo cierto fue que se me llenaba la casa de gentes que venían a pedir curación. En aquella población, aunque ya importante en el departamento, no tendrían médico sin duda. No recuerdo; pero de todas las capas sociales se presentaban por receta. Me hubiera dado mucha vergüenza esto, si no hubiera tenido ya la costumbre de darme a la tarea ésa, aunque sin engañar, pues todos sabían, que yo no conocía de la tal materia más de lo que conocen las señoras en sus casas.

Receté sin cesar, como lo había hecho en Dabeiba, de lo que calculaba que encontraban fácilmente y según la posibilidad de los enfermos. Pero aquello era en tanta cantidad e insistencia, que acababa muy cansada, des-

pués de pasar el día entero en la tarea; sin embargo no me sentía con fuerzas de negar el servicio, porque todo me parecía providencial y que al hacer ese bien, Dios nos daría las almas que buscábamos con tanto afán en el San Jorge. Así como para los negociantes todo es cálculo de ganancias, así para mí, todo era ver cómo le ganaba a Dios la gracia de la conversión de esos uresanos.

Es, padre, esto, lo mismo que hay en las Constituciones de la Congregación, en donde se prescriben muchas cosas que inmediatamente no tienen por objeto los infieles, pero sí mediatamente son para ellos. Por eso me parecía buena la misión de Ituango en esos pocos días.

Allí mismo advertí que no tenía dinero para tan larga correría y dirigí al señor Obispo un telegrama, suplicándole la licencia para pedir una limosna en los pueblos que habíamos de atravesar. Efectivamente la pedimos en Yarumal, Angostura, Carolina y Gómez Plata. En todas estas poblaciones personalmente salí a pedir.

Aquí se me presenta, padre, una enseñanza que puede tener su utilidad, y como negocio de apostolado. Sucedió en la petición de las limosnas, que me cansaba horriblemente y quería dejar las casitas muy pobres; pero, ¡Dios mío! ¡Parecía que me picaban las hormigas! No tenía paz al volverme al domicilio, pensaba en la pena que sentirían esas familias pobres al ver que no podían tener el mérito de la limosna y que ni siquiera se la pedía. Con frecuencia, al entrar a alguna casa, recibía recaditos como éste: ¡Que allí entre, que le tiene un bizcocho o un pedazo de pan; que el enfermito de la casa se tomó su desayuno bogadito para guardarle el pan para los indiecitos!

Todo esto se me venía a la cabeza y me era imposible saltarme las casitas pobres, ni menos economizarme caminadas, dejándolos sin el mérito de la limosna.

Entonces hice un pacto con Dios, ofreciéndole no dejar ningún ranchito, para manifestarle delicadeza en la caridad y pedirle la salvación de esos pobres de tan buena voluntad. De modo que, no ya por pedirles limosna sino por dársela a Dios y a ellos, entraba a todos los ranchitos. Cuando los veía tan pobres que me parecía cruel pedirles algo, les pedía un Ave María por los infieles. Allí mismo la rezaban y quedaban comprometidos a más. Muy agradecidos y algunos lloraban de ternura al no haberse visto exceptuados, me obligaban a recibir un cigarro, un pedazo de pan, un puñito de maíz, etc. cosas que no podía tener, por falta de dónde; pero para evitarles

el dolor de verse despreciados, los llevaba hasta la casa vecina, en donde los vendía o cambiaba. Esto, padre, tengo mucha pena de confiarlo pero ha de saber que según la orden del señor Builes no puedo dejar de consignar nada de lo que crea que Dios me ha dado para las hermanas.

Pero le hablo francamente, padre, en esto, si hay alguna enseñanza, es tan sutil que quien sabe si no van a distinguirla. Creo haber cumplido un deber con este esfuerzo hecho en pro de cierta delicadeza de la caridad y como penitencia expiatoria de los indios que buscaba con cierto calorcito de amor de Dios que me daba fuerzas. ¡Esto más bien de ejercicio de virtud, me parece industria para comprometer a Dios! ¿Será esta expresión poco respetuosa? Pero Él se deja decir tantas cosas que bien medidas resultan mal, pero como Él no mide...

Entrevista con el señor vicario de la Guajira

Al llegar a Carolina⁸⁶ salió a nuestro encuentro el padre Lopera, el mismo que fue capellán en la Josefina, con cuyo encuentro quedamos muy consoladas. Este Padre había venido a Carolina por hacerle algún agasajo al señor Atanasio Soler, Vicario de la Guajira. Nos dijo que había tenido con él largas conversaciones acerca de nuestros métodos de catequización y que opinaba que no darían resultados, cosa que el padre Lopera contradecía, señalando resultados que ya él mismo había visto. Quiso que fuera a verme con el señor Soler, a la casa cural.

Celebré el poder conocer a un misionero de tanto nombre y me entendí con él. Por supuesto que a mí no me dijo nada malo de los métodos, ni yo podía tampoco defenderlos ante persona de tanta experiencia y luz. Sencillamente me dijo que dudaba que dieran el resultado que buscábamos, pero que le gustaría seguir al corriente de la marcha de ellos. Le contesté, que la fe que les tenía esta servidora no era sino porque, amando Dios tanto las almas de los indios y deseando tanto salvarlas, Él podía darle eficacia a métodos que pedagógicamente no tuvieran mucho valor y que los usaba, no porque creyera que introducía cosa nueva sino porque no sabía más, ni sabía que en las demás misiones trabajaran de otro modo.

⁸⁶ CAROLINA: Municipio situado al norte del Departamento de Antioquia, cerca de la represa eléctrica de Guadalupe.

En fin, pude apreciar en mucho la virtud y apostólica actitud de monseñor Soler y me despedí muy edificada; pero lo que más hace al caso de la fundación de Uré, relativamente tan remota todavía, fue una expresión que lanzó este benemérito apóstol. Después de que nos despedimos le dijo al padre Lopera: Humanamente no se comprende la obra que va a realizar esta mujer; pero aseguro que va guiada por el Espíritu Santo.

Al saber esto, padre, me reí... Sólo contesté: ¡Es que uno ve del color que tiene el ojo! Y como él si tiene al Espíritu Santo... Sinceramente, padre, me dio risa; pero cuando he visto el resultado de las cosas y la fundación de la prefectura de San Jorge, he dicho para mis adentros como Jacob: "Dios estaba aquí..." (Gen. 28,16). ¡Tenía razón monseñor Soler y vi con asombro, cómo cabalgaba Dios y su Espíritu en un caballo árabe, como en un pobre jumento! Él nivela según su voluntad las montañas y levanta los valles, cuando a sus designios conviene.

Viaje en barco

Nuestro viaje a Puerto Berrío no presentó particularidad ninguna. ¡El peón se devolvió y seguimos las dos sin saber por dónde íbamos; pero en las manos de Dios y bajo su mirada!

Las limosnas pedidas, aunque no fueron muchas debido a lo muy pobres de las poblaciones en donde fueron recogidas, eran sin embargo, suficientes para mis deseos, y si faltaba, ¡ahí estaba Dios! Pero ni pensar en que se acababan.

Nos embarcamos en un barco muy bueno, con la fortuna que por acompañarnos una señora, esposa de uno de los dueños del barco, nos dieron camarotes altos, en una completa soledad. La navegación fue larga y pudimos llevar en nuestro departamento una vidita de puro recogimiento, a manera de ejercicios espirituales, muy confortantes para el alma. Además, sentirse uno en las manos de Dios, empujado por su voluntad adorable, ser tan de Él... es ya una cosa que no deja sentir la tierra. Por eso nuestros días de barco fueron una buena preparación para las dificultades que nos esperaban.

Leíamos en las fundaciones de Santa Teresa, y una coincidencia especial nos hizo reír. Al subir, después de almuerzo, al camarote, me demoré un poco y la hermana se me anticipó. Entonces me llamó la atención uno de los pasajeros y me detuve hablándole algún tiempo. Mientras tanto, la

hermana en el camarote sola, se entregó sin duda a muy tristes reflexiones de modo que cuando subí, la vi con los ojos aguados y llorosos. ¿Qué le pasa? ¡Ay!, respondió, que tuve un pensamiento muy horrible; si vuestra reverencia se muriera aquí, ¿que haría yo perdida en estos mundos? ¡Se me cerró completamente la vida! ¡Pobrecita! Estaba positivamente triste. La consolé diciéndole que iría a buscar al señor Brioschi para que le proporcionara modo de volverse; pero ella continuó triste todo el día.

Al hacer la lectura espiritual encontramos que caso igual había pasado a santa Teresa yendo a una fundación con una monjita, le hizo la misma pregunta y pasó por igual tristeza. ¡Cosa curiosa! Coincidir esta lectura con lo ocurrido y fue el consuelo para la Hermana, al pensar que la santa no había muerto, a pesar del presentimiento de la monjita.

¡Ya ve, padre, qué pequeñas y majaderas las que iban en nombre de Dios a buscar almas! ¡Gracias Dios mío porque te dignas mirar las hormigas para tus designios!

Fui en el buque objeto de mucha curiosidad. El capitán se reía mucho de pensar que intentábamos entrar a Uré. ¿Qué es Uré, le dije, para que tanto se asuste?

- Uré... uu! uu! ¡Uré es un rincón que como el nido de la garza nadie ha podido encontrarlo! ¡Yo sólo sé, que para entrar al San Jorge abajo, es decir, a la parte conocida y fácil, se necesita tener alma de torero o ir en fuga, después de un delito! Esto es el San Jorge, ¿pero Uré? ¡Allá no han podido llegar ni los guerrilleros!
- Sin embargo, le dije, iré hasta donde pueda.

El hombre y demás pasajeros me miraban entre burlones y admirados; pero ni con todo eso, me parecía trabajoso ir ni me amedrentaba, padre. Era como si fuera en un aeroplano y no tuviera que vérmelas con ríos, ciénagas, canoas, montes, etc. Con razón dice mi hermana que ¡Dios me cogió para esta obra, sin más mérito que la cualidad de ser boba!

No dejó el señor capitán de hacer ofrecimientos, para el caso que tuviéramos que echar pie atrás. ¡Su buque estaría muy a las órdenes para volvernos!. Les di las gracias con un poco de ironía, no porque creyera que de todos modos iríamos, sino porque bien se ve que cuando se trata de hacer una cosa para la gloria de Dios, todos se ofrecen para ayudar a echar pie atrás, pero jamás para ejecutarla. Nadie quiere poner mano, entre los del mundo.

En Cartagena

Llegamos a Cartagena, en donde sólo pensé estaríamos una semana. Nos hospedamos en el colegio de la Presentación, en donde las hermanas nos recibieron con el cuidado excepcional. Una cosa curiosa y que prueba más el dicho de Carmelita de que solamente tengo la cualidad de ser boba, es el que se me olvidó, al llegar a Cartagena que allí estaba el mar, que nunca había conocido, de modo que cuando el señor arzobispo me preguntó cómo me había parecido el mar, advertí que no me había acordado de buscarlo. ¡Y la casa de las hermanas lo tenía a su orilla, es decir que con salir a una azotea se tenía al pie! A mí esto me sorprende poco; pero sí da la idea de cómo un solo pensamiento me dominaba. Después sí supe sacarle al mar su jugo. Conseguí permiso de la superiora de levantarme a las cuatro e irme a la azotea con el fin de hacer allí mi oración.

Y qué bien me venía para composición del lugar, un pelicano que en un nidito formado de espumas, se mecía en las olas. ¡Qué era yo entonces sino un pelicano que me mecía tranquilamente en medio de la inmensidad de Dios! ¡Pero Dios es el Señor del mar, cuánto pues, superaba mi mar al que mecía al pelicano! Aquella inmensidad cuyas olas azotaban la base de la muralla que también me quedaba a los pies, me parecía como el ala de mi Dios, amparando sus criaturas y meditaba aquellas palabras: ¡Mi Dios y mi amparador! ¡Entonces era cuando Dios me daba esas centellitas que fortalecen y me sentía capaz de todo, amparada como me sentía! Todas las mañanas, pues, nutría mi alma con esta oración delante del mar y después con la Sagrada Comunión.

No es pues de extrañar que hubiera podido soportar con calma las cosas que a continuación diré. Conviene advertir, padre, para que no se tomen las cosas del modo más común, que mi oración ante el mar no era poética ni nada de eso, según entiendo. La soledad y majestad del mar, me ayudaban a la oración, pero era sólo Dios quien ocupaba mi mente. Así lo he creído y puedo juzgarlo también por el amor que me dejaba, acompañado del vehemente deseo de servir a Dios cada vez mejor. Sin embargo, puedo equivocarme.

Extraña determinación del señor Brioschi

Me presenté al señor arzobispo con quien hacía muchos años tenía correspondencia, pero al que nunca había visto ni tratado. Me recibió con la mayor amabilidad y como a amiga vieja o hija vieja. En las primeras visitas sólo me habló de lo que debía hacer en Cartagena. En una reunión de

señoras anunció la fundación y nos recomendó, de modo que de allí en adelante hubo en casa de las hermanas, constantes reuniones, pues las señoras, señoritas y caballeros, todos querían enterarse de nuestra misión y congregación, cosa que llamaba verdaderamente la atención, dada las condiciones de indiferencia religiosa de aquella sociedad. Todos los trabajos surtían efecto en limosnas, ya de dinero, ya de cositas propias para misiones. Todo era magnífico pero todo eso era accesorio. Lo importante estaba completamente nublado.

Desde el principio me dijo el señor arzobispo que me daría \$150.00 para la fundación y que en cuanto a recurso espiritual, iba a suplicar al señor cura de Sincelejo, para que, si podía, fuera todos los años a administrarles los sacramentos a las hermanas, aunque le sería difícil porque le quedaba a unas sesenta leguas, sin camino y el que había, lleno de peligros. Calcule, padre, lo que yo sentiría.

Por fortuna, me dijo que no necesitábamos mucho dinero porque podíamos llevar bastante pimienta y "la ponen bien abundante en el arroz para que les quede lastimada la boca y así no puedan comer sino cada dos días. Con esto, pensé que era broma todo, aunque lo decía con mucha seriedad.

Me puso en comunicación con el gobernador y sus secretarios y me ofrecieron apoyo además de un pequeño auxilio de lo que por lo pronto podían disponer. Cada día iba el señor arzobispo y me decía invariablemente lo mismo. Nada absolutamente cambiaba y más seriamente, cada vez, me decía que debíamos irnos sin más auxilio espiritual que el que quizás daría el cura de Sincelejo. Ya ni volví a pensar en el tal arroz con pimienta, que me parecía la cosa más indiferente, ni en los \$150.00 para todos los gastos de una fundación. Muchas veces quise concretarlo y no conseguía otra cosa que la terrible confirmación de lo dicho.

Consulté a los padres Jesuitas y la respuesta fue: Nada podemos aconsejarle porque si se va así, es terrible, si no se va, echa al señor arzobispo en contra y la Congregación en sus principios, de ningún modo puede con esto. Me dirigí a los padres Eudistas y del Inmaculado Corazón, y en todas partes encontré la misma respuesta: La consideramos, me decían, pero nada podemos aconsejarle.

Le dije al señor arzobispo que no me resolvía a llevar a las hermanas así, pero que no tuviera pena por mi viaje a Cartagena, que ya, el haberlo conocido a él, era bastante objeto. Que me volvía a Antioquia, en donde

me esperaba el tiempo en que él pudiera darnos auxilio espiritual y que entonces, la fundación se haría con mucha facilidad. No había acabado de hablar cuando con una energía terrible me dijo:

- ¿Que se va para Antioquia? ¿Que me queda mal con la fundación? ¿Qué es lo que dice? ¡Eso de ningún modo será ni posible! ¡Se va para Uré, con sus hijitas y me las instala allí con la confianza de que el padre tal vez va cada año!

¡Dios mío! Todavía le repliqué que aquello no rebajaba de pecado y que no creía que él me dijera eso en serio, porque siendo los obispos los encargados de vigilar y dirigir el asunto sacramentos, especialmente en las religiosas, era imposible que él hiciera eso.

Un poco más serio me dijo: Pues eso es lo que ha de ver, que es un arzobispo quien las manda, a pesar de estar obligado a ver por el bien espiritual de todos. Pensé entonces que verdaderamente era una terquedad de mi parte; pero no me sentía con fuerzas de llevar a las hermanas en esas condiciones, con lo cual le mostré tristeza y lágrimas. Salí sin embargo, sin que cediera ni en lo mínimo.

Pero, habrían pasado pocas horas, cuando llegó un emisario trayéndome carta, en la cual me regañaba muy paternalmente por las lágrimas de aquel día y volvía a darme la orden de partir, sin cuidado, porque ya había escrito al cura de Sincelejo. ¡Dios mío! ¡Siempre sostenido y yo incapaz de formar resolución de dar el paso! Las noches eran horribles y los días peores.

Enojo del señor gobernador

Para empeorar la situación se juntó el enojo del señor gobernador. Sin advertir, le dije al señor arzobispo que el secretario de instrucción pública no había cumplido con avisarme algo de lo relativo a la escuela de Uré, sin darle queja de ninguna clase, y como cosa incidental. Pues por esto, el señor arzobispo escribió a la gobernación dando quejas. El señor gobernador, naturalmente, creyó que yo le había informado mal al señor arzobispo y cuando en el mayor conflicto de mi situación con el señor arzobispo, me presenté al señor gobernador en demanda del auxilio que muy generosamente me había ofrecido, lo encontré enojadísimo y dispuesto a no ayudar a la obra con nada. Lo peor de todo, era que este señor gobernador era casi el único que estaba en perfecta armonía con el señor arzobispo, y vi romperse esas amistades tan benéficas y preciosas, por causa mía, ya que el

governador estaba igualmente indignado con el arzobispo por la manera de hablarle en la carta.

¡Qué angustia tan grande ser ocasión para un mal tan grande! Pero no tenía remedio. Pensé en que diciéndole al señor arzobispo la chispa que había levantado su carta, pudiera arreglarse un poco con el señor gobernador; pero me aconsejaron que no hiciera tal, porque empeoraba la situación, pues el señor arzobispo se molestaría mucho más, al ver la manera como me trataba el señor gobernador. No hubo pues remedio sino dejar pasar las cosas y confiar en Dios, que tendría piedad de mí.

Por fortuna, el gobernador por orgullo y sin duda también por espíritu cristiano, determinó no darle quejas al señor arzobispo. Lo que fue conmigo logré medio aplacarlo, haciéndole ver que el servicio que me hacía no era a mí, que ya había caído en su desestima, sino al departamento. Con esto resolvió cumplir sus promesas de una bien escasa ayuda del departamento, pero la única que podían darme antes de la apertura de la asamblea.

Bien fuerte se puso la situación ya sin la buena voluntad del señor gobernador y con el señor arzobispo en un punto tan difícil. Dios mío, y a todo esto no tenía una persona que pudiera aconsejarme, porque nadie quería meterse en el asunto. Pero Dios que miraba mi pena me llenaba de fuerza y las horas de azotea, frente al mar, en mi oración de la mañana, eran las de gracia para llenarme de fortaleza.

Mandato categórico

Por fin, un día se me presentó el señor arzobispo, (hacía ya un mes que estaba en Cartagena sin resolverme a nada), traía unos ornamentos y un dinero. Sin darme tiempo de saludo ni de nada, me dijo:

- Mire, aquí le traigo ornamentos para la fundación, para que no tenga de qué quejarse, hasta custodia para que nada les falte.
- ¡Muy bueno, le dije. Ornamentos era lo único que nos faltaba, pueda ser que me sirvan y así diré muy bien la misa en Uré!

Ni con esta broma se dio por notificado de que no le estaba haciendo caso.

- Aquí está el dinero que le he ofrecido y otro tanto para que no tengamos que rogarle al gobierno, y ¡váyase para Uré, pronto! Arrodílese yo le doy la última bendición y váyase, que puede ser que el señor cura de Sincelejo quiera visitármelas cada año.

Sin darme tiempo me hizo arrodillar y me dio una larguísima bendición, agregando mil recomendaciones acerca del camino que debíamos llevar, sin admitirme réplica ni explicación ninguna.

Él mismo me había dicho que el único camino para Uré era el que habían seguido unos guerrilleros en no sé que época y que él había entrado a Uré hacía unos diez años y que lo había escrito para un periódico italiano, porque era una aventura mayor que las entradas de los exploradores al centro del África. Para nuestra entrada no trepidó este señor arzobispo. ¡Según creo, él comprendía ahora la mano que nos guiaba y por eso no tuvo inconveniente en permitirnos emprender obra tan terrible!

Cualquiera creará que en todo lo que se refiere al viaje, en lo material, su tranquilidad dependía de alguna luz acerca del auxilio especial del cielo y que contaba con él; ¿pero en lo espiritual? ¿Tendría luces especiales este santo prelado? Tanta tenacidad en una cosa tan dura y tan contraria a la costumbre y obligaciones de un obispo y un arzobispo de la talla del señor Brioschi, ¿señalaría la existencia de alguna luz sobrenatural acerca de la voluntad de Dios y su ayuda extraordinaria?

Se me ha ocurrido que sí, pero después del éxito, padre. Así ya no es gracia, ¿no es verdad?

En fin, después de este mandato tan categórico, mi resistencia era la misma, la lucha mayor, pues no ignoraba que el señor arzobispo era la voz que dirigía en nombre de la Iglesia; pero un año, en un monte, entre paganos, sin sacramentos... ¡Dios mío! ¡Y podía no ser siquiera cada año, pues el señor arzobispo no me garantizaba de ello!

Hubo sacerdote que me aconsejara que con ese dinero que me habían dado me viniera escondido para Antioquia y que de aquí le escribiera denunciándome fugitiva o que lo dejara esperando. ¡Bendito sea Dios que me libró de obedecer a tal consejo!

Todas la gente que conocían la cosa, se afanaban para que se resolviera pronto el caso para dejar de hacer fuerza. Las pobres hermanas se esmeraban en cuidarme con mejor alimentación, porque decían que al fin la duda y la lucha iban a ponerme mal de salud, ¡Dios ha de pagarles!

En mi alma no brillaba ya ni un rayo de luz acerca del punto. ¡Todo se me volvió tinieblas! Sin duda a causa de la lucha, hasta la oración se me acabó al fin. El mar ya no me decía nada, absolutamente nada; No podía

rezar. En la santa misa no advertía ni cuándo se comenzaba ni cuándo se acababa. Estaba como atontada; sin embargo debía atender a las gentes que sin cesar pedían referencia de la misión y de quienes esperaba limosnitas. Para Dios no tenía ni una oración, ni una advertencia, ni una mirada. Era un estado tristísimo.

Por fortuna esto no fue sino la última semana de permanencia allí. Me parecía que si llevaba las hermanas a Uré así como el señor arzobispo decía, los otros obispos me llamarían al orden y si no las llevaba, las consecuencias que me indicaban aquellos con quienes consulté serían ruinosas para la Congregación. Pero ya no sabía pensar, ni consultar... Estaba despedida del señor arzobispo, nada tenía ya a qué ir a palacio. La oscuridad interior no era menor y no me encontraba con fuerzas para tomar ninguna resolución.

Ya de Antioquia comenzaban a llegar lamentos de la demora y preguntas acerca de muchas cosas pendientes y que debían resolverse por la salida de las fundadoras de Uré. En fin, todo era oscuridad e impotencia. Sólo una cosa conservaba en medio de todo: Confiaba, tenía serenidad y no flaqueaba.

Valerosa determinación

En uno de los momentos de mayor entortumamiento*, cuando me parecía que hasta la voluntad se me había perdido, me fui por no tener más qué hacer, a sentarme en la capilla de las hermanas. Mi compañera estaba en la calle, las hermanas en clase y yo... no tenía más qué hacer ni pensar. Me entré a la capilla pero como no podía rezar, me senté a mirar el sagrario con una indolencia parecida a demencia.

Pero, ¡oh! ¡Qué bueno es Dios! ¡No me dejó sufrir más! Como si se hubiera grabado en mi alma, sentí, comprendí y abarqué en un momento, aquellas palabras de un salmo: "La ley del Señor es inmaculada y convierte las almas. El testimonio del Señor es fiel y da sabiduría a los pequeños..." (Sal. 18,8) ¡Todo fue ya luz y dicha y claridades del alma! De un modo que no acertaré a decir exactamente, vi las almas que en Uré iban a salvarse por la sola ley de Dios que las hermanas les darían. Las hermanas serían pequeñitas a quienes Dios da sabiduría. Los señores obispos no dirían nada malo porque a ellos también los iluminaría Dios acerca de este asunto. En fin, no vi razón para no llevar a las hermanas a Uré, en las

condiciones que el señor Brioschi me ponía. ¡Muchas almas iban a salvarse! ¡Mi dicha era casi completa!

Bañada en lágrimas salí y en el corredor me encontré con la hermana superiora de la Presentación, a quien le dije: Me voy donde el señor arzobispo, porque estoy resuelta a irme a Uré, porque Dios estará con nosotras. La superiora me miraba asustada, pero no le di tiempo de preguntar más. Salí para el palacio.

Al entrar, me dijo el señor arzobispo: ¿Qué hace todavía aquí? ¿Por qué no se ha ido? ¿No la tengo despachada?

A todo respondí: ¡No! imposible irme sin auxilio espiritual; pero ya sí estoy resuelta! Vengo por sus últimas órdenes y a que me aconseje si espero el expreso o salgo en otro buque.

Muy tranquilo y casi risueño, como quien esperaba el resultado, me contestó:

- ¡Bueno, muy bueno! ¡Así se hace! Dios la guiará. Voy a darle cartas para que en Magangué me las reciban y me les den indicaciones mejores del camino. Lo demás, si llevan el alma llena de Dios, no teman. ¡Van a salvar las almas y pueda ser que el padre Custode, el cura de Sincelejo, no me diga que no, y entonces, tendrán su comunión cada año!

Cualquiera que no hubiera pasado por donde pasé esta mañana, con estas palabras de aliento y ese terminal de sacramentos cada año, en medio de paganos, hubiera gritado: ¡Barbaridad! Pero esta servidora lo oyó con mayor gusto y salí llena de paz.

¿Por qué no se me ocurrió referirle al señor arzobispo lo de la capilla aquella mañana? No lo sé. Tres o cuatro años más tarde me hice la pregunta. Tampoco se lo dije a las hermanas ni a la que me acompañaba siquiera. Esto, ya lo he dicho, no es raro en tales casos. Solamente eché de menos al padre Elías para que me aprobara, pero como no lo tenía, Dios no permitió que agregara género de duda alguna. Por eso no me queda sino repetir aquello de siempre: El Señor es mi amparador y qué puede faltarme? (Sal. 117,6).

CAPÍTULO XLIV

- HACIA URÉ - UN PROPAGANDISTA ESPIRITISTA - EN AYAPEL
- APOSTOLADO A LO LARGO DEL RÍO - LA PROVIDENCIA SALE A
NUESTRO PASO - SORPRESAS EN LOS CASERÍOS - EN LAS BOCAS
DE URÉ - LLEGADA A URÉ - BARRERAS INFRANQUEABLES
- LLEGAN LAS FUNDADORAS - SINCRETISMO RELIGIOSO
- EL VIEJO HILARIO

*"Pero yo, Señor, confío en ti,
recuerdo que eres mi Dios". (Sal. 30, 15)*

Hacia Uré

Partimos pues, tan contentas que no nos cabía el corazón en el pecho, sin saber por dónde debíamos ir, las dos solas; pero nos sentíamos más acompañadas que siempre. Las hermanas, llenas de compasión, nos hicieron muchas provisiones para el viaje. ¡Las miré con agradecimiento, pero las creía inútiles según era mi confianza de encontrar por dondequiera tendida la mesa de la Providencia! Pero las mismas provisiones de las hermanas eran ya esa mesa de la delicada mano de Dios.

Al ferrocarril salieron a sacarnos el padre secretario del arzobispado y el director de instrucción pública; en la despedida pude notarles alguna compasión o algo muy desconocido o emocionante que sentían al vernos partir. Pero, las viajeras íbamos completamente abandonadas como un niño en brazos de su madre.

Encontramos, aunque con alguna demora, buena embarcación en Calamar y en dos días estuvimos en Magangué, en donde estuvimos muy bien acogidas en casa de un señor Granados. Allí esperábamos la salida de una gasolina o buquecito pequeño que hacía poco comenzó a surcar las aguas del San Jorge hasta Ayapel. Mientras tanto no nos preocupamos de arreglo del viaje, porque nada sabíamos de lo necesario para emprender este viaje.

Supimos allí que Uré era desconocido de todos y se tenía de él la idea de lo terrible desconocido. Sólo don Luis Paniza, nos dio algunos informes consoladores. Nos dijo que, verdaderamente, el camino no existía; pero que Uré era un pueblo de negros, descendientes de los que habían traído en la época de la colonia, para laborar las minas, procedentes del

África; pero que aquellos paganos todavía, eran inclinados a las cosas buenas. En fin que los indios vivían a mucha distancia, dentro de los montes; pero que situándonos en Uré, podríamos cogerlos con menos dificultades en las redes de la fe. En fin, Dios pague a este señor todo el ánimo o los buenos datos que nos dio.

Convinimos en que a primera oportunidad escribiría a los negritos de Uré sobre lo de nuestra llegada. La carta, por supuesto, debía ser llevada por alguien que supiera leer, porque de lo contrario, nada diría a quienes no habían visto una letra nunca. Por consiguiente, no era de esperarse que encontrara ni fácil ni pronto quién les llevara la misiva.

Ya desde la casa del señor Granados, fuimos presentadas a un hermano de la señora de la casa y recomendadas a su cuidado, pues iba para Ayapel; así como el señor arzobispo nos había recomendado a un señor Truco de Cartagena, que iba para San Benito; ambos puntos muy lejanos de Uré, pero sí en la misma vía.

Nos embarcamos al fin en un buquecito pequeño, de mal servicio, en donde iban muchos hombres, muchos más de los que cabían, pero que no ocupaban camarote sino con los equipajes, cosa que no pude explicarme, cuando al entrar nos dijeron que podíamos estar seguras en los camarotes, porque no estarían ocupados sino con equipajes; pero la cosa tenía su explicación como se verá.

El capitán era muy formal y en general todos nos atendían y consideraban, sin acertar a calcular cómo íbamos a entrar en Uré; propiamente nos tenían lástima. Navegamos todo el día, estando en aquel estrecho buque muy en comunicación con aquel montón de hombres que nos trataban, como digo, muy caballerosamente, pero que dejaron comprender muy pronto que eran hombres sin fe y de pésimas costumbres. Los dos a quienes íbamos recomendadas, resultaron quizás los peores. El señor Truco dijo francamente que Dios no era sino un nombre y que él tenía una hija que desheredaría el día que dijera que quería confesarse. Todo esto lo oíamos y dejábamos para saber a qué atenernos.

Por la noche, ya desde la oración, mientras nosotras en el camarotico rezábamos, se nos perdían todos los hombres, de modo que quedábamos como dueñas del buque, pero después de que calculaban que estábamos dormidas subían... y aquello era la algazara más grande del mundo, la cual duraba hasta el amanecer.

Salíamos del camarote, después de hacer nuestra oración de una hora y encontrábamos el buque igualmente solo, sin más que los criados. Era verdaderamente misterioso aquello. Cerca de las nueve comenzaban a subir todos muy lavados y acicalados. Con los saludos más atentos y se estaban con nosotras un rato, hasta que pedíamos permiso para salir a rezar el santo Oficio.

Esta actitud pudimos explicárnosla cuando vimos que en el día sacaban damajuanas de aguardiente de los camarotes. Descubrimos entonces, sin dejarles comprender que estábamos avisadas de todo, que pasaban la noche bebiendo y que por respeto a nosotras, se bajaban cuando calculaban que era casi hora de nosotras levantarnos. Les agradecimos mucho este respeto y en toda la navegación, que duró seis días, no vimos uno solo sospechoso de tener alcohol en la cabeza; sin embargo decía el capitán que bebían toda la noche; pero encargando que las hermanas no lo supieran.

Ya ve, padre, cómo iba Dios con nosotras. ¡Tampoco nos dábamos por entendidas y los tratábamos como a los caballeros más santos! Sólo una noche, frente a Caimito tuvimos un mal rato. Se entraron a beber con nuestros compañeros, algunos de Caimito y como éstos no estaban en el pacto, tan luego como estuvieron ebrios comenzaron a gritar que esas mujeres, esas tales hermanas eran la causa de que hubiera tanto zancudo aquella noche y cada vez se mostraban más enojados que siempre contra esas mujeres, causa de su pésima noche. Esto lo gritaban agregando blasfemias y reniegos. Desde el camarote en donde guardábamos un silencio especial, oíamos todo esto y le pedíamos a Dios misericordia.

El buque se movió al amanecer y los de Caimito hubieron de bajar, dejando a los viajeros en su acostumbrada nocturna embriaguez, pero a la misma hora bajaron a sus escondites de siempre, que serían en la cocina a quién sabe dónde.

Otra noche, comenzaron a pedirle al capitán un naípe, con el cual sin duda jugaban por las noches los menos ebrios. El capitán les dejó buscar un rato el naípe y después les dijo que la Madre Laura, se había encerrado con él. ¡Dios mío! ¡Lo que sentí de deseo de pegarle al capitán cuando esto oí! Ellos determinaron ver cuál era capaz de acercarse a la puerta de nuestro camarote a pedir el naípe. Se comprometió uno, a quien ofrecieron pagarle cinco pesos. Se acercó a la puerta y todos en expectativa a ver si se resolvía a tocar. Se sentía que el hombre ponía la mano en la puerta, nosotras acurrucadas, llenas de miedo, esperábamos, pero el hombre, de pronto dijo: ¡ni por diez pesos ni por ninguna plata toco yo esa puerta!

Luego dijo otro que por diez pesos sí la tocaba. Fue aceptada la propuesta por todos con alegría y entusiasmo, como cosa de gallera. Nosotras temíamos, no obstante estar seguras, lo menos esta servidora, de que pasaría como la primera vez, pues era de esperar que la protección de Dios no cesaría; pero los nervios en esos casos, no son fáciles de calmar.

¡Efectivamente, tampoco éste se atrevió, aunque sí arañaba la puerta como quien ya va a llamar! De pronto dijo: ¡Muy pobre soy, pero esta plata no la gano! Ni toco esa puerta por nada del mundo.

Se conformaron pues, sin el naipe, aquella noche y nosotras bendijimos a Dios cuya protección se veía tan clara. De otro modo, ¿cómo se puede explicar el temor de tocar una puerta en esos hombres, desalmados unos, e incultos todos? ¡Sin embargo, ni el interés del dinero, pudo hacerlos faltar a esta consideración, ni siquiera en tocar una puerta! Eso, padre, es uno de los favores más especiales de Dios, en aquel viaje. Si se hubiera tratado de gente muy culta, no fuera de asustarse de tanto respeto.

Al día siguiente, como siempre, aparecieron nuestros amigos, muy acicalados a darnos los buenos días, a las nueve de la mañana, cual si hubieran dormido toda la noche, y nosotras, muy serenas, como si nada hubiéramos oído.

Ya por la tarde le dije al capitán que me había fastidiado que les hubiera dicho que yo tenía el naipe. Me contestó que él se los había escondido porque no tenía suficiente luz, para proporcionarles el juego, durante la noche; pero que, como estaba seguro de que en cualquier parte que lo escondiera lo encontrarían, había visto que sólo diciéndoles que yo lo tenía se escapaba de que le gastaran la luz. Y le salió la cuenta al capitán.

La alimentación en aquel buquecito era escasísima. Gracias a las provisiones que nos echaron las hermanas, en Cartagena, lo pasamos menos mal, pero los zancudos, el calor, la falta de sueño y las mil incomodidades de aquella tierra y la estrechura del buquecito, todo nos hacía esperar que la salud se resentiría, pero llegamos a Ayapel, en perfecto estado de salud.

Un propagandista espiritista

Coincidencia misericordiosa, padre: entre esos compañeros del buque, iba un señor espiritista, a propagar la idea en el San Jorge. Bien pertrechado de papeles y periódicos de las ideas que quería implantar. Ellos, es decir, los demás nos miraban como iguales: nosotras a buscar indios para

darles una idea que no les importaba; y él iba a darles a los que encontrara, otra idea que tampoco les importaba.

Sólo nosotras nos dolíamos de aquella región, amenazada con azote tan terrible. Al exterior no manifestábamos extrañeza ni rechazábamos nada. El propagandista ése, sin duda nos tomó como exploradoras y curiosas, sin calor religioso, porque no tuvo inconveniente en decirnos que el espiritismo de Barranquilla viendo que hacía poco entre los civilizados de los centros, se proponía introducirse en las regiones incultas aún, para hacer prosélitos; ni tuvo inconveniente en mostrarme los papeles. Me dijo que como era bien conocido que en el San Jorge no había ninguna religión, era natural que recibieran la primera que se les presentara y que a eso iba él hasta Ayapel, con el fin de repartir esos periódicos que predispusieran los ánimos en favor del espiritismo, para después entrar con una acción de mejor resultado. Esto lo oía yo y suspiraba por conseguirme todos esos papeles, a fin de hacer menor el mal que aquel infeliz sembraba.

Al rebujarle los papeles, sin atreverme a leerlos, por supuesto, vi una ilustración del río San Jorge, muy hermosa, seguida de una descripción de la región, también interesante. De eso me valí para pedirle al hombre los papeles. Mire, le dije, a mi me sirve mucho esto para que en Bogotá se den cuenta de esta región así como en Cartagena. Si quiere deme muchos de esos papeles y así queda desempeñada en parte, su labor, de repartir. Nadie pudiera imaginarse que este majadero cayera en la trampa; ni siquiera le mentí porque verdaderamente la relación del San Jorge sí me era útil.

Me dio casi la mitad de lo que llevaba, con lo cual yo, después de que él se quedó en Ayapel, obsequié al río. Ojalá siempre encontráramos gentes así tan facilitas de embobar.

Esto también me sirvió de argumento, cuando escribí al señor Brioschi sobre el estado del San Jorge, pues con esto le mostraba clarito que si la idea católica no tomaba posesión de esta región, pronto la tomaría otra como la de los espiritistas o luteros que es peor si cabe.

En Ayapel

Todo fue pues, bendición hasta Ayapel. Allí nos alojamos en la casa del señor a quien habíamos sido recomendadas en Magangué, don Gabriel Miranda; su señora nos recibió muy bien y fue toda para nosotras. No tardaron las señoras en visitarnos y apenas volvíamos del asombro al considerar lo que nos decían y veíamos de atraso en una población de gentes

acomodadas y civilizadas. ¡Dios mío! Hacía diez años que no tenían sacerdote. Tenían iglesia desde el tiempo español, pero sólo servía para la fiesta anual del patrono que se hacía de un modo pagano, quemando velas de esperma alrededor del santo, en borrachera constante. ¡Nadie sabía rezar...!

Las señoras me propusieron que las reuniera para que les enseñara alguna cosa y accedí. Reunidas les hablé de que había necesidad de salvar el alma y para ello conseguir de todos modos un sacerdote. Me contestaron con una desilusión grandísima que eso era imposible; porque ya habían reclamado mucho, porque algunas recordaban los tiempos en que un Padre rezaba y que les gustaba mucho, pero que nada habían conseguido. Les dije entonces: Lo que entre los hombres no se consigue, lo concede Dios. En consecuencia, quise decirles que se acostumbraran a rezar el santo rosario para alcanzar gracia tan grande, pero encontré que nadie sabía rezarlo. Tuve que conformarme con repetirles mucho el Ave María y dejarles como tarea rezarla tres veces cada día, con la intención de que les dieran un sacerdote. Como tenían tanta voluntad me prometieron hacerlo inmediatamente y lo cumplieron, como se verá.

Visitamos la iglesia y aquello era una nave desmantelada, sin altar y sin nada. En el medio había como un morro alto y grande. Preguntamos qué era y nos contestaron que ésa era la esperma que caía en las fiestas del santo patrono. Imposible creer esto; pero la hermana se agachó y arañó el morro ése y encontró que sí era de esperma; pero el polvo la había cubierto del todo, pues se veía como de tierra. ¿Pero cómo podía explicarse la formación de esta mole? Pues fácilmente, nos dijeron; cada año todos traemos muchos paquetes de velas, (el que más traiga es el más devoto del santo), de modo que a porfía todos queremos superarnos; y las quemamos teniéndolas encendidas en la mano, y dando vueltas alrededor del santo, que se coloca en el medio. Naturalmente la esperma que cae en un año se junta con la de los anteriores y así ha venido a formarse esta mole de esperma. ¿Y por qué no la limpian cada año? Pues porque no hay quién, me replicaron. ¡Y ésta era toda la religión de Ayapel! ¡Dios mío, que desolación tan terrible! ¿Y cómo hacen con los enfermos y los que mueren?

- Nada, contestaron con frialdad, los enterramos.
- ¿Y no piensan en confesarse?
- Aquí si dicen que se confesaban algunos cuando iban a morir, cuando había padre, fue la respuesta.

- ¿Y ahora?

- Nadie dice nada.

¡Ay! ¡Dios mío! ¡Qué cúmulo de almas perdidas... y tan dóciles! Con la garganta anudada por el dolor, seguí interrogando:

- ¿Y el matrimonio, cómo hacen?

- Aquí no se casan, me dijeron

- ¿Y entonces, que hacen?

- Pues se juntan cuando quieren.

- ¿Y no hay matrimonios?

- Sí, los antiguos; pero es lo mismo que nada, porque las mujeres castigan a los maridos y todo es así...

¿Que pensaría yo al saber, además, que había varias poblaciones en peor estado?

Se presentó una moribunda y fuimos las hermanas a rezarle algo y a ver cómo se excitaba a contrición. Pero esto produjo una verdadera revolución en el pueblo: todos querían ir a ver aquello y entre expresiones de admiración y agradecimiento, nos hicieron llorar.

Cuando murió la señora, no permitieron que las hijas la lloraran porque decían que era ingratitud, pues era la única que habían visto morir así. Les repliqué que nosotras no podíamos hacer lo que un sacerdote y que no era nuestra presencia motivo suficiente para que se tranquilizaran del todo. A lo cual me contestaron que era lo más que ellas habían visto y que creían que cuando Dios la había preferido a todas las muertas hasta entonces, en todos esos años, se veía que la quería mucho

En esto vi una gran delicadeza de corazón en estas señoras y tuve mucha confianza en que Dios no las dejaría por mucho tiempo así. Por supuesto que esas señoras eran la gente buena y culta de Ayapel. Sin embargo, no todas eran casadas y sí madres de numerosa prole. ¡Pobrecitas!

Con todo esto, padre, se nos iba haciendo menos duro cuanto nos decían acerca del camino y de nuestro destino en Uré. ¡Cuánto más duro que todos los caminos e impertinencias de los salvajes es ver perderse tantas almas! Además, íbamos llevadas por una mano invisible para los demás, que se asustaban de nuestro valor, pero muy visible para nosotras y hasta

palpable, por decirlo así! ¿Qué éramos dos mujercitas criadas en delicadeza ambas, para emprender este viaje y la obra que nos llevaba, si no era la mano de Dios la que nos empujaba? Hay visiones espiritualmente más claras que las que se presentan a los ojos corporales, al mediodía.

Con muchísima lástima nos miraban en Ayapel, y Gabriel, el señor de la casa, me decía que sólo había hecho un viaje a Uré y que siendo un andarín de primera clase, se estremecía de pensar en tal aventura. Sin embargo, no nos desanimaba, sino que con toda caridad nos ayudó a preparar el viaje, que de allí en adelante debía hacerse en canoa.

Allí mismo, mediante una de las cartas de recomendación que trajimos de Cartagena, don Pedro Erazo arregló nuestro viaje con un mercader que, en canoa, remontaba el San Jorge, vendiendo víveres y otras cosas. Queríamos en que, en fecha determinada, saldríamos a un sitio llamado Marralú, a seguir en su canoa hasta un lugar llamado Las Bocas.

Gabriel se encargó de arreglarnos la salida y para ello, tuvo que tomar, sin permiso de sus dueños, pero sí delante de ellos y a la fuerza, pues no era la autoridad del pueblo, pero a él se plegaban todos, unos burros para sacar nuestro equipaje a Marralú. Celebramos mucho esto, pues jamás habíamos visto que cosas de esa clase se hicieran; pero las gentes lo veían como cosa de todos los días. No quisieron ni prestarlos ni alquilarlos, pero sí vieron cuando Gabriel los cogió de las calles y no dijeron nada.

Apostolado a lo largo del río

Salimos a Marralú y allí nos hospedamos en una casita, la mejor. Sin embargo, no tenía sino techo y para el suelo nos dieron una estera. Pusimos nuestros toldillos y quedamos instaladas. Era un caserío pequeño de negros. Era su escasez casi miseria, de modo que tuvimos malos días, en lo de alimentación pero, con creces nos dio el Señor allí algo mejor que la comida abundante.

Desde la primera noche, llamé unas niñitas para enseñarles algo y tras éstas se arrimaron otras muchas. Comencé por hablarles de la Virgen y ¡Oh dolor! ¡No la habían oído mentar nunca! ¡Completamente estaban, en el oscuro del cielo, del infierno y de todo!

- ¿Quién es Dios? Quien sabe...

¡Qué respuestas, Dios mío! Vea aquí, le dije a la hermana, la manera de pasar los días que tarde en llegar nuestro conductor. Enseñando estas gen-

tes tendremos bastante. Un día estábamos con un número crecido de niños, mostrándoles una estampita de la Virgen, cuando vimos que un hombre a cierta distancia, les hacía señas a las niñas y éstas salían atemorizadas. Fui a preguntarle al hombre por qué me retiraba a los niños, y me dijo con profunda seguridad:

- ¡Porque usted es una hechicera!
- ¿Cómo lo conoce? Le dije.
- Pues por estos garabatos que les hace a los muchachos en la cara, me contestó.

Efectivamente, el hombre había visto cuando persignábamos a los chicos. ¡Cuánta ignorancia, Dios mío, y qué dolor no poder abarcar todas las almas bajo la acción misionera!

Supóngase padre, si con estas cosas podría parecernos duro el camino y horrible el sacrificio. ¡Ay! No entiende el mundo esto; pero vuestra reverencia sí comprende bien este dolor. ¡Para mí sólo una cosa incomprensible encuentro aquí: ¿por qué no se muere uno de dolor? Eso sí es incomprensible. ¡Tantas y tantas almas en tan suprema lejanía de Dios y sin más amo que el demonio y luego ese infierno y esa pérdida de Dios, tan insoportable! ¡Y Dios que merece tanto ser conocido y amado...! ¡Mejor es no decir más, padre mío!

Allí estuvimos dos días, al cabo de los cuales llegó nuestro mercader; pero nos dijo que allí se demoraría vendiendo, dos días por lo menos. De modo que volvimos a esperar y sufrir con el lenitivo del dolor mismo.

Pasados los dos días subimos a aquella canoa, con nuestros conductores completamente desconocidos. Pero, ¿qué digo? ¡Si íbamos en manos de Dios, si nuestra canoa era la Providencia de Dios! De modo que al entrar nos dijeron cuál era el sitio que debíamos ocupar, atrás, en la parte posterior de la canoa. El puesto igual, adelante, era ocupado por el dueño, que sin cesar leía novelas, y el medio por los víveres y los bogas. Ése había de ser el puesto de cada uno por muchos días y el río, nuestro camino constante.

El señor Villacol, nuestro jefe, tenía obligación de mantenernos, según el contrato hecho, pero él se haría el cargo de que el hambre también mantiene porque nos daba dos racioncitas de arroz y dos poquitos de café negro cada día. De modo que probamos el verdadero hambre, pues en

aquellas laderas nada se encontraba sino lo que llevaba el señor Villacol. A él hubiéramos podido comprarle pero no era posible prepararlo, de modo que no hubo más remedio. Esto por supuesto, padre, era lo de menos y como además no dependía de nosotras el remediarlo, bien señalada quedaba la voluntad de Dios. Así se lo enseñé a la hermana, refiriéndole lo que pasó en Duruelo cuando las fundaciones de San Juan de la Cruz. Un día no tuvieron nada que comer y el santo les dijo que cuando Dios no les había mandado nada, era señal de que quería que se hiciera ese nuevo ayuno, y de contado lo estableció el santo. Así, esa escasez del San Jorge era para nosotras la manifestación de la voluntad de Dios y quedamos contentas.

Pero no crea, padre, que Dios permitió esto por mucho tiempo. De cierto punto en adelante, el río tenía muchas casitas a los lados, de modo que podíamos arrimar a comprar o pedir alguna cosita; aunque fuera un plátano ya era un recurso.

No era ésta la peor dificultad: Como el señor Villacol iba vendiendo cosas, había de entrarse por todos los caños, que en Bolívar son sin número, que dan al San Jorge, para ir a caseríos del interior en donde habíamos de aguardar que vendiera su ron y demás cosas. Días había que sólo avanzábamos todo el día unas pocas cuadras porque donde quiera que había habitantes, habíamos de parar. Y en algunos caseríos nos daba la nueva de: ¡Aquí dos días! ¡Dios mío! Y sin remedio, pues otra manera de ir no había. Cuando nos avisaba de esas largas demoras, le decía, a la hermana: Pues a formar nuestra vida gitano-santa, le decía riendo; pero en realidad no tenía por qué reír pues esto que tanto nos contrariaba o hubiera podido contrariarnos, sin estas reflexiones, era una cosa que en el plan de Dios tenía suma importancia; pero como no lo veíamos, quería que siquiera sacáramos el mérito de la paciencia.

Muy bien nos arreglábamos cuando teníamos esas largas demoras. En un rinconcito separado del sitio de las ventas del señor Villacol, plantábamos nuestra tienda y allí rezábamos, leíamos o dormíamos cuando estábamos muy cansadas; pero siempre estando una despierta. En la canoa quedaba todo y a ella íbamos a cuanto se nos ocurría, pues solamente nos soltaban lo indispensable. Otras veces, cuando había bastantica gente, sobre todo mujeres, iban a preguntarnos alguna cosa y en forma de conversación, procurábamos darles una enseñanza.

Ni esperanza de darles la idea de lo que éramos; sin embargo se imponía, pues lo natural era que nos creyeran: a la hermana, la mujer de Villacol

y a mi la suegra. Sin embargo, nuestro vestido las alejaba de esas suposiciones y aunque no sabían nada de religiosas, no sospechaban mal de nosotras.

Desde Marralú recibimos el nombre de "Las blancas". Nadie decía de otro modo y de caserío en caserío pasaba la noticia de que iban unas blancas. Nada más triste que los lamentos de las niñas de Marralú, cuando al vernos partir nos gritaban desde la orilla:

- ¡No se vayan Blancas! Aquí tenemos arró pa ustedes! Blancas, ¿Por qué se van sin enseñarnos esa Virgen del cielo? ¡No se vayan Blancas, por Dió!

Ya cuando nuestra canoa volvió un recodo del río, que nos arrebatava a la vista de esas pobrecitas niñas, oíamos todavía sus llantos y sus gritos. Por esto se me volvió impresionante ese nombre de las Blancas.

Sencillamente les decíamos a esas gentecitas que nos llamábamos religiosas, y que era una cosa sagrada y que por eso teníamos que vivir distinto de todos, y además, si alguno nos irrespetaba, Dios lo castigaba y que éramos amigas de Dios y por eso tampoco nos casábamos y que íbamos mandadas por Dios a Uré, a enseñar allá la Ley de Dios. Con esto quedaban muy tranquilos y nos hablaban con el mayor respeto. Nos obsequiaban con lo que su penuria les permitía y creían cuanto les decíamos.

En "Los Zambos", un caserío manejado por una bruja, es decir, por una mujer que lo era, nos fue mejor que en ninguna parte, Desde que llegamos, salió la bruja a encontrarnos a la orilla del río; desde allí se mostró brava con Villacol porque trae las blancas con hambre, decía. No sé por qué lo sabía; lo cierto es que como Villacol le tenía miedo, nos convino, pues mejoró la ración. Además la bruja María nos regaló muchas cositas como carne seca, yucas y plátanos. Supimos que en aquel caserío no se hacía sino la voluntad, a veces bien dura, de la vieja. Tenía muchos recluidos con toda la familia allí, porque si se iban para otra parte, les hacía maleficio y esas pobres gentes perecían allí llenas de temor de los pronósticos de la bruja, sin esperanza.

Después de los Zambos, la navegación se nos compuso un poco; pero ya la hermana iba tan cansada que me suplicaba que le plantara un poco a Villacol, para que no se demorara tanto. La calmé diciéndole que si fuéramos por tierra quizás le diría algo, pero que yendo sobre aquel elemento tan terrible y siendo él, dueño de nuestra vida, pues con un ligero movi-

miento que le imprimiera a la canoa, podía castigar con la muerte a las osadas que le mostraran disgusto. ¡Los mismos bogas referían allí cosas y casos horribles de venganzas tomadas por esta gente desalmada y que ellos celebraban como hazaña de valor!

La hermana decía que el hombre abusaba de mi silencio y sumisión; pero la tranquilicé haciéndole ver que no cabía en nuestras condiciones, otra actitud; sobre todo, tratándose de inconvenientes puramente materiales, no es un imposible soportar un poco más. Otra cosa fuera si se tratara de inconvenientes morales. Todo esto sostenía a la hermana, aunque sufría mucho la pobre. Rezábamos casi sin cesar, en nuestro puesto trasero de la canoa y cualquier día Villacol, nos dio la nueva de que no sabía qué era lo que tanto repetíamos. El Ave María, le dije. ¿Y qué es el Ave María? Me preguntó. Por aquí pudimos rastrear lo que era ese pobre hombre en religión y agradecer mucho que fuera tan respetuoso y trabajador.

La Providencia sale a nuestro paso

Llegamos a Corinto y quisimos arreglar nuestros toldillos a la orilla del río, como de costumbre, en un ranchito o fuera de él, pues no parecía que nos dieran licencia dentro, cuando llegaron por tierra unos peones con la ración de la Providencia. A una legua dentro del camino, había una finca administrada por un señor antioqueño, quien supo de nuestra llegada y se apresuró a mandarnos un caritativo recado y carne, en mucha cantidad, así como otros comestibles. ¿Cómo supo este señor que llegábamos? Dice que alguno le dijo que venían unas blancas de Antioquia y sin otra recomendación, arregló regalos y despachó emisarios con la propuesta, además, de que si querían ir a pasar la noche allá, mandarían bestias.

Cuál sería nuestra alegría, padre, al ver esa delicadeza de Dios. Llenas de agradecimiento, recibimos aquellos regalos y dije a los emisarios que sí aceptábamos la oferta de la posada. No me cupo duda porque veía muy clara la mano de Dios que quería sacarnos de las garras de Villacol, quien aunque respetuosísimo, nos llevaba con hambre y tan lentamente y hasta despóticamente, que ya Dios se compadecía de nosotras.

Ya casi a la oración, llegaron las bestias que nos ofrecían y aunque Villacol se mostró un poco disgustado de que nos fuéramos, pues sin duda temía que no siguiéramos dándole ganancia, nos despedimos hasta por la mañana, muy comprometidas a estar a la orilla del río, en donde él pasaría muy temprano, para continuar nuestro camino.

Aquella legua de camino fue algo como una pesadilla, porque habíamos de pasar pantanos que en el invierno eran caños navegables y que sólo estaban secando y que atollaban la bestia, con lo cual se veía obligada a dar saltos y botes terribles. La hermana, tan poco pesada, pasó sin dar mucho qué hacer, pero esta servidora, padre...

Cuando llegamos a la finca, les dije que si otra manera de salir no había, ¡no veía otro remedio que hacer allí mansión permanente! Me tranquilizaron estos buenos señores antioqueños, sí, pero no conocidos antes. Era un señor Pérez, de Yolombó con unos hijos. Estaban encargados de la administración de una finca del General Pedro Nel Ospina. Para nosotras no eran ni antioqueños ni nada, sino los San José que Dios suele enviar a las vírgenes cuando se encuentran apuradas en algún sentido y confían en él. Ya le había dicho a la hermana que cuando se necesitara protección especial, Dios no dejaría de enviarla aunque le costara hacer bajar un ángel. Pues ese ángel fue el señor Pérez.

Tan luego como llegamos nos pusieron una comida magnífica que nos confortó mucho; camas lo mejor que por allí puede tenerse y atención, simpatía y ofrecimientos generosos y sinceros. Después de retiradas a nuestra piececita, le dije a la hermana: Es la hora de aprovechar y salir de Villacol. Muy temprano hablaremos con el señor Pérez, a ver cómo seguimos y que él se entienda con Villacol. Pero pidámosle a Dios que no vaya a disgustar con el señor Pérez y que todo salga bien.

Muy temprano hicimos nuestra oración y salimos a hablar con el señor Pérez, le referimos nuestra situación con Villacol; nos preguntó los términos del contrato que con él teníamos y nos dijo: Ustedes seguirán en canoa propia hasta las Bocas del Uré, con bogas que yo les daré. Les daremos provisiones para todo el camino y yo me entenderé con Villacol, sin que haya motivo de disgusto. Estén tranquilas.

Cuál sería nuestra alegría al oír cosas tan consoladoras, que sobre todo nos desataba el gran nudo de la manera de salir de ese hombre a quien tanto temíamos. La hermana sobre todo, gozaba con aquel encuentro.

Todo se hizo como deseábamos y Villacol, aunque se mostró un poco descontento, no se atrevió a más. Se le pagó y le dimos tiempo a que adelantara camino, mientras tanto, nos ocupamos en ver cómo parapetábamos* la canoa y arreglábamos las provisiones que nos ofrecieron y dieron con la mayor generosidad.

Para la salida me arreglaron un buey tan alto que para montar, tuvieron que subirme a una cerca y de allí, apenas, alcancé con algún esfuerzo, a subir sobre los jolones*, montura que por primera vez usaba. Me vi muy parecida a los reyes egipcios que he visto pintados sobre un elefante y bendije a Dios y a esos buenos señores que cabalgadura tan segura me proporcionaban. ¿No le parece, padre, que las delicadezas de Dios en este viaje, son especiales? ¡Qué modo de ir en manos de Dios!

Ya tarde, emprendimos nuestro viaje, con el corazón rebosante de agradecimiento, en nuestra canoíta, en la que éramos amas y señoras y donde unos bogas se afanaba por nuestra alimentación como verdaderos hijitos. ¡Todo había cambiado! Hasta el sol que se estrellaba, unido a los ardores de aquel clima, sobre nuestras cabezas, era más respetuoso, según nos parecía. Todo influye en nuestro ánimo para ver las cosas. De allí en adelante, o el río era más bello o el estado de nuestro ánimo lo hacía ver así. Lo cierto es que la abundancia de animales acuáticos hermosísimos y de una vegetación bellísima que rodea el río, nos encantaron y nos obligaban a bendecir a Dios sin cesar. Nuestros salmos eran más dulces que siempre y sobre todo, el Cántico de los jóvenes de Babilonia era como una música y no se apartaba de nuestras mentes.

Sorpresas en los caseríos

En aquel día sólo fuimos a un sitio llamado San Mateo, en donde pasamos muy buena noche, aunque la casita era muy estrecha. Al día siguiente fuimos a un punto llamado Las Monas, en donde encontramos gente un poco más civilizadita pero completamente sin Dios. Tuvimos el dolor de saber que por aquella tierra se vendía la mujer como en el África y que los maridos, las despiden de la casa, sólo porque dan a luz una hijita, pues tienen horror a criar mujeres. Otras veces, le pagan a la miserable esposa, su alumbramiento, con palo, pero si lo que nace es un varón, hay beba y jolgorio y la enfermedad de la esposa se cuida muy bien.

Tropezamos, a la vuelta del San Jorge, con una infeliz esposa que había trabajado veinte años, como un macho de carga, para hacerle fortuna a su marido y efectivamente, llegó a ser dueña de una paja o yerbal famoso y de muchos ganados y otros animales; ¡pero tuvo la desgracia de tener una niña y ese mismo día, el furor de su amo, la arrojó con todos sus hijitos, sin un cuartillo, con hambre y desnudos! Lloraba ella con agonía inconcebible, al pie del río, en cuya orilla dormían sus hijitos. Entre tanto, otra

infortunada entraba a ocupar el puesto de la primera y a disfrutar del fruto del trabajo de la que no tenía cómo desayunar a sus hijos y esto, creyéndose muy bien servida, esa infeliz.

Por esto, Padre, cuando conozco que los salvajes destruyen las mujeres, como entre los tunebos, es la barbarie que más fácilmente les perdono y la que tiene más razón de ser. ¡Yo, sin Dios, sin alma, sin esperar cielo, ni temer infierno, no criaba una hijita que hubiera de correr la misma suerte que yo! ¡Y tal vez ni me resolvía a criar hombres tampoco, porque será muy maluco sentirse madre de victimarios!

En todo el camino no vimos esposas sino víctimas desdichadas que ignoran hasta que lo son. No había matrimonio, ni modo de que lo hubiera y la unión natural era una serie de historias desgarradoras de crueldades. El precio por el cual ordinariamente se compraba una mujer, era el de cuatro cabezas de res, según supe de varias tomadas por este precio; pero también vi una comprada por una máquina de coser.

¡Dios mío! Yo quisiera llevar a todas estas semipaganas de nuestras sociedades a que vieran los dolores de la mujer pagana o salvaje, para que aprendieran a estimar el don grande de la fe, que las hace señoras y reinas de la casa, del cuerpo social y dueñas del corazón de los maridos.

¡Cómo podré después de haber visto lo que he referido y mucho que no tengo por qué hacer constar aquí, cómo podré, digo, pasar con indiferencia y sin profundo dolor el poco fervor religioso y hasta el insulto a Dios, que hoy reina entre las mujeres, hacia Dios y sus cosas! ¡Sólo la moda llena las aspiraciones de estas dichosas mujeres que nacieron en un medio cristiano que las ha enaltecido! ¡Ingratas! ¡Ingratas! ¡No acabaría de decirles ingratas! ¡Ah, si conociera la mujer pagana, toda su desgracia, toda su miseria!

¡Y se quiere hoy paganizar la mujer! ¡Y se ríen cuando se les refieren estas aventuras y no se conmueven! Dios mío, ¿en el día de tu ira, cómo pondrán la cara? De mí sé decir, padre, que esto me enferma. ¡Las infelices mujeres del San Jorge me inspiraban compasión honda, honda! Y por rescatarlas de aquella tiranía iba llena de fuerza, a ver cómo entraba la fe, su regeneradora, a esa región; pero éstas que se paganizan, después de haber gustado la miel de la piedad, desgarran mi alma con algo que no es tristeza! Será desaliento? Será indignación? No lo sé, pero no lo aguantaría, si tuviera que vivir siempre con ellas. ¡El Señor nos perdona a todos!

Otra cosa bien extraña nos tocó oír mientras íbamos en la canoa, todavía en los días de Villacol. Hablaban los bogas de lo mucho que robaban en Magangué y que a uno de ellos se le había perdido un dinero que llevaba para cumplirle un encargo a la virgen. ¿Y que hiciste, le preguntó el otro, para responderle a la virgen? Pues tuve que hacer la compra con dinero mío porque ¿cómo iba yo a echarme encima la malquerencia de la virgen?

Esto me llamó la atención porque al principio creí que se trataba de alguna imagen de María. Pero con la última expresión, el asunto cambiaba mucho. Los interrogué muy discretamente y supimos que veneraban a las que voluntariamente no se casaban jamás, ni eran malas en ningún sentido. Qué cosa más bonita y rara, en medio de aquella gente tan ignorante y tan mala. Nos explicaron, al ver nuestra sorpresa, cómo en todo el San Jorge no había más que dos vírgenes, una cerca de Ayapel y la otra en Mochajagua y que todos las atendían y servían, con el mayor gusto y que creían que hacerles algún mal a ellas era hacerse desgraciado.

Esto me dio mucho qué pensar y si no me hubiera dado pena, mucho qué preguntar. Cómo el paganismo se copia en todo. ¡El miserable San Jorge se mostraba igual a la opulenta Roma de los Césares! Ambos veneran la virginidad por más que no tenga el perfume que el amor de Dios le imprime, entre los católicos. ¡Esas mujercitas eran vírgenes quién sabe por qué! No era el amor de Dios lo que las obligaba o las llevaba a conservar su virginidad. Que virginidad tan boba me pareció ésa; aunque sumamente respetable esa especie de culto que le tributaban.

Sin embargo, me decía a mí misma: si yo hubiera nacido aquí, sería como estas vírgenes.

Cuando llegamos a la Mochajagua, nos recibieron unas negritas muy simpáticas y nos invitaron para que fuéramos a conocer el caserío.

- ¿Y de particular que hay aquí para conocer? Les dije.
- La virgen nada más, me contestaron.

Vamos pues a ver la virgen, les dijimos, y nos llevaron a la casa de una mulatica de Cáceres. Al llegar sin pena de ella, le dijeron: Aquí vienen las blancas a conocerla porque le dijimos que usted es virgen. Ella muy serena se dejó presentar diciendo que sí era virgen. Le preguntamos por qué no se había casado y contestó que porque no había querido. Cuando vivió en

Cáceres, hacía mucho tiempo, había oído hablar de muchas cosas religiosas y hasta creía haber hecho la Primera Comunión. Lo cierto es que sí era lo mejor del pueblecito y que era misericordiosa con los enfermos.

Toda la gente del San Jorge vivía como pagana; pero eran bautizados, es decir, había la costumbre de ponerles el agua a los niños, y cuando por motivo de alguna fiesta iban sacerdotes a las poblaciones de abajo, sobre todo, bautizaban; pero su vida pagana no tenía, por esto, alteración ni modificación ninguna.

¡Tal será la virginidad que hasta a los paganos se impone! Y sobre todo, así se explica mejor el valor que tiene cuando la inspira el amor de Dios. Dios mismo se deja coger por ella. ¡Es cosa celestial! En fin, tuvimos la mejor sorpresa en esto.

En las bocas del Uré

Llegamos al fin a las bocas del río Uré, es decir, al sitio donde éste desemboca con el San Jorge. Aquel sitio es un infierno, de cualquier modo que se le quiera considerar. En el río se produce allí, con la caída del Uré y una vuelta que da el cauce del río, un remolino tan espantoso y fiero que espanta con sólo verlo. Es como un enorme vórtice que infunde pavor, porque las aguas parece que hirvieran y los caimanes más grandes del San Jorge, son quizás los habitantes de ese torbellino. El caserío está sobre un peñasco, difícil de subir; y con un ligero desliz... al vórtice con el infeliz que lo tenga.

El caserío está lleno de gentes, las más miserables por dentro y por fuera. El pecado reina allí en su mayor pujanza... ¡Una ignorancia, Dios mío! Tanta mugre, tantas enfermedades, que aquello parece una leprosería. ¡Lo es de almas! Tantos malos olores... En fin, un calor, una nube de zancudos... ¡Yo no sé si en las Bocas faltará algo malo o habrá algo bueno! ¡Tanta gente... y ni una persona simpática!

Sí nos dieron posada y de allí pedimos bogas a Uré, pues este río, no saben surcarlo en canoa, sino los negros uresanos y nuestros bogas eran del San Jorge; pero apenas encontramos con quien hacer la averiguación, pues no había quién contestara nada de lo que se preguntara. Los bogas que nos traían, sin duda, entendían bien el asunto porque sin preguntarle a nadie nada, nos hicieron entrar a un rancho y nos consiguieron arroz.

Ni sabíamos como pasaríamos la noche. ¡El cansancio ya era casi enfermedad. Toda la piel tostada y encendida la sangre con aquellos soles que sobre la espalda y la cabeza se asientan en una canoa destapada, con sofocos de purgatorio! Desfallecidas físicamente, pero llevábamos el alma serena, y ya sabe, que si ella no flaquea, del cuerpo se hace poco caso. Ni tristeza, ni desaliento moral ni nada. Pero, como era natural, con las miserias físicas el fervor sensible no tiene mucho campo. ¡Esto no nos faltaba, pero esa constancia del fervor, gracias a Dios se conservaba íntegra! ¡No nos hubiéramos cambiado por nadie en aquellos momentos en que casi tocábamos con el dedo, el ansiado Uré, lleno de almas que iban a ser nuestras!

Encontramos allí en las Bocas, unos ingenieros antioqueños que andaban buscando caminos para el ferrocarril troncal pero casi no tuvimos alientos de alegrarnos, ni de hacerles pasaje. Ellos, sin duda, al vernos tan anquiladas, o tan serias, tampoco se hicieron los muy amigos, sin embargo, si tuvieron la generosidad de enviarnos al toldillo, algunos potes de rancho, que al otro día constituyeron nuestras vituallas.

Esas Bocas, padre, ya han cambiado, porque las hermanas han sabido encontrar que el verdadero aliciente del apóstol, no es la simpatía sino lo contrario y han hecho varias excursiones a enseñar a aquellas gentes y hoy es un centrico un poco cristiano. Es natural, donde el cieno abunda, cuaja mejor la espiga, ¿no es verdad?

Al día siguiente seguimos con unos bogas uresanos que, por fortuna, llegaron a las Bocas aquella noche, como enviados de Dios, pues no era muy ordinario eso de encontrar uresanos en las Bocas, en aquel tiempo; ellos salían muy poco; pero todo era tendernos Dios la mesa. ¡Bendito sea!

Cosa particular, padre, aquellos negritos no nos preguntaron nada de por qué íbamos sino que como si aquello fuera ordinario, nos llevaron con mucho gusto y pudimos darnos cuenta del terreno que pisábamos. Se mostraban contentísimos con nuestra llegada, pero no se daban mucha cuenta de a qué íbamos. ¡Pobrecitos, si no sabían que en el mundo había escuelas ni nada que no fuera canoas y miseria!

En dos días de navegación, la más difícil que se conoce, pues el río Uré es correntoso y con todo se le echan las canoas encima, cual si fuera un animal manso. ¡Pero, Dios mío! ¡Momentos hay en que hasta los bogas se ven perdidos!

Llegada a Uré

Pero la llegada a Uré sí merece página aparte. ¡Los bogas estaban de dicha que no cabían, porque ya nos mostraban su pueblecito con el dedo, porque les parecía lindo! ¡Además, iban a ser los portadores de aquella rara visita y naturalmente iban muy contentos de su fortuna! Nosotras sólo veíamos unos ranchos que en la medida de su fea apariencia, se nos hacían queridos. Se nos ensanchaba el alma a medida que la canoa iba arrimando a la orilla o puertecito de Uré. Y a medida que iba acercándose, el puerto iba llenándose de negros y negras, casi todos desnudos de la cintura para arriba, tanto hombres como mujeres y de niños completamente desnudos; pero todos tan negros, tan negros, que oscurecían el borde del río, de un modo apenas creíble. Todos con labios muy abultados, como raza hotentota, en fin, lanudos y altos y gordos muchos. Todos miraban nuestra canoa con curiosidad muy seria y hasta con algún recelo.

Al llegar a la orilla, saludamos con la mayor atención y alegría, pero nadie contestó ni con la boca ni con gesto alguno. Creímos que no habían oído y el saludo fue repetido muchas veces, con el mismo resultado. Nos señalaban para que siguiéramos por una callecita que formaban las dos filas de negros sin hablar palabra. En esta procesión caminamos unas dos cuadras, al fin de las cuales nos entraron a la casa de una negrita menos negrita, a quien nombraron misiá* Juana. Ésta nos recibió con atención y nos dijo que los negritos no hablaban ni contestaban nada, porque don Luis Paniza había escrito una carta en que decía que iban unas hermanas que eran del cielo y no podían oír malas palabras; y que como ellos no distinguían cuáles eran las malas palabras, habían convenido no hablar nada hasta aprender lo que eran malas palabras. ¡Dios mío! ¿Qué atraso mayor habíamos visto?

La casa de doña Juana, había sido elegida para hospedarnos, decía ella, porque era casada y, efectivamente era una mujer buena, pero no se había comprometido ni se comprometió con nosotras a lo de alimentación, porque el hambre en aquel caserío era permanente y terrible. Dijo que ella nos haría lo que le lleváramos pero que no se comprometía a más.

Era imposible que tuvieran qué comer; desde las ocho de la mañana se veían no en las calles, porque el pueblecito no era trazado con calles, sino en las delanteras de las casas, los hombres echados boca abajo, durmiendo unos y conversando otros, y así se estaban hasta las diez, hora en que algunos se movían a ir al río por un pescado que parecía que los estaba

esperando, según lo traían de ligero, para almorzar. La mujer que buscara por su parte. Unos pocos, dizque sembraban arroz, pero sólo el que consumían en la casa y mientras la roza venía, estaban echados en la calle o en la casa que era lo mismo, porque las casas eran todas en zancos.

Salimos a preguntar por leche y estirando los ojos nos dijeron, como víctimas de un grave mal:

- Aquí no se pué tené ganao, poque se come laj sementeraj.

Al día siguiente salimos a ver si encontrábamos maíz o plátanos y contestaron del mismo modo:

- Aquí no se pué sembrá, poque el ganao se lo come.

¡Magnífico, dijimos! Pues aquí el hambre debe ser lo único abundante. Entonces nos dijeron que en los retiros sí hay plátano. Los retiros eran los campos. Esperamos poder conseguir algo en los retiros, les contestamos y de contado, al domingo llegó un hombre con unos doce plátanos, se los compramos y encargamos para el domingo siguiente algo más. Contestó: ¡Ya no tengo más, hasta que vuelva a haber racimo! ¡Dios mío! Y ésa era la esperanza de ver trabajo. ¡Todo pues era ociosidad, pecado e ignorancia!

Nuestro hambre era pues, continuación del de Villacol. Cuanto conseguíamos se lo llevábamos a misía Juana y ella, la pobre, también hambreada nos daba la menor parte. ¡A tanto había llegado esto, que nos alegramos al encontrar un hombre lleno de bubas*, con las manos comidas por ellas, vendiendo un claro de mazamorra antioqueña y se lo comprábamos! Que esta servidora lo hiciera era poco de extrañar; pero que la hermana, que se había distinguido por tener un estómago débil, lo consintiera, era la prueba del hambre a que debíamos someternos.

Barreras infranqueables

Las hermanas fundadoras de la casa, debían haber salido de Dabeiba para entrar por las cabeceras del río San Jorge, desde que nosotras salimos de Cartagena; pero no llegaban ni era posible saber nada de ellas, pues, por lo menos en ochenta leguas a la redonda no había comunicación de ninguna clase. ¡Qué incertidumbre aquella! Nadie llegaba, pues llegar a Uré, ya lo he dicho, es asunto heroico, de donde se sigue que no había más que esperar y si no llegaban, salir nosotras de nuevo, en completo fracaso.

Con ingenuidad le decía a la hermana: ¡Mire, sin comunicación con ninguna parte, nos ahogamos; es preciso que nos entendamos mucho con el cielo, pues es la única comunicación que existe en Uré! Y verdaderamente, por donde quiera que se mirara se encontraban barreras infranqueables para comunicarse con el mundo de fuera. Hoy, gracias a mi Dios, por Cáceres, hay modo de respirar.

Mientras llegaban las hermanas o se sabía que habían perecido, o no llegaban que era lo único que se veía como señal de haber perecido, determinamos pensar en hacer un ranchito. Allí, cada uno tenía su pajaratico* en zancos, pues no necesitaban ocultarse ni para dormir y el clima favorecía la desnudez, con su calor sofocante. Nosotras que sí necesitábamos un poco de más abrigo, debíamos hacer nuestro ranchito, cuanto antes.

Salimos a hablarles a los negros que estaban tirados en el suelo, con unas carnes que convidaban al trabajo; después de mucho preguntar dijeron: ¿A cómo pagan? Como pida, les contestábamos. Después de pensar un rato, nos dijeron: ¡No, está cuerpo maluco... y daban unos bostezos que denunciaban la pereza y el hambre!

Nos valimos enseguida, de un turco malo, pero más entendido, el cual nos consiguió prestado un rancho, pero era necesario cercarlo, siquiera con palo parado, pues de otra cosa no se había hablado en Uré. Este señor turco se encargó de hacer que los negros hicieran el cerco. Creímos que no lo conseguiría; pero quedamos burladas del modo más completo. Llegó el turco al grupo de negros que charlaban tirados en el suelo y les dijo: ¡Vamos a hacer la casa de las hermanas, o los mato a palo!. A la vez les amenazaba con un látigo... y todos se levantaron a trabajar.

De este modo cercaron la casita, pero sin que faltaran los gritos del turco, porque si se disimulaba, iban saliendo cada cual por su lado. ¡Qué imagen tan acabada vi en aquella gente, de nosotros con Dios! Recordé un verso que dice: "Si levantas la mano, votos hago, y si la bajas, no los pago" ¡Así somos con Dios! ¡Y sin embargo no nos deja en nuestra miseria!.

De este argumento tuve que valerme para que a la hermana no la descorazonara este caso. Si viniéramos a buscar gratitud o buen comportamiento o virtudes, en estas pobres gentes, bien podríamos descorazonarnos, le dije. Pero si sólo buscamos almas, las tenemos a pedir de boca, tales como las buscamos. ¡Además es necesario pensar en que la humanidad es así y peorcita, si no, recuérdese el caso de Jerusalén el viernes santo! La pobre

hermana con esto se plegó y advirtió lo sobrenatural de nuestra misión y cómo la echaríamos a perder si nos buscáramos en algo.

Así, ante estos espejos, sí que se comprende, padre, que el misionero debe ser puramente una cosa que apenas tenga los pies en la tierra y el menos humano de los humanos. Debe amar sin esperar correspondencia y quedar contento y bien servido; debe soportarlo todo, sin mostrar ni que siente; debe conocer mucho el fondo malo del corazón humano para excusarlo todo y esperar que Dios le haga justicia; nunca la encontrará en la tierra. Debe saber hasta dejarse traicionar, cuando a través de la traición, puede entreverse que Dios tiene alguna ventaja, aunque sea mínima. ¡El misionero, es aquel que, como nuestro Señor no quiebra la caña cascada, ni apaga la mecha que aún humea, aunque él haya de ser hollado por todos!

Sólo conseguimos que le pusiera palo parado al rancho, y nos dimos por contentas. Con ramaje cubrimos algo más nuestro dormitorio.

Llegan las fundadoras

Después de veinte días de estar las dos allí, aparecieron las hermanas procedentes de Antioquia. Nuestro encuentro fue de lágrimas, no sé por qué; pero todas lloramos. Ellas no acababan de referir dificultades del camino, tan desconocido y terrible, y nosotras no empezábamos a referirlas. Todo podrá verse en la historia general de las fundaciones, pues aquí sólo pongo lo que se refiere al bicho propio; pero tuve una gran compasión de esas pobres hermanitas que hasta enfermaron en aquellos montes. Dios, sin embargo, las condujo hasta Uré sanas. ¡Bendito sea!

Nos pasamos a la casita de palo parado dividida en dos piecitas: la una era capilla, salón de clase, de recibo, de escritorio, comedor; etc. La otra, dormitorio, despensa, sala de comunidad, etc, de cuanto se necesitaba para llevar nuestra vida religiosa. Fuera, un pajaratico al cual dimos el nombre de cocina.

Todos los días, abríamos a las siete y ya se llenaba la casita de negritos de todas las edades y condiciones. Iban por novelería o por atención, pero nosotras los recibíamos como discípulos, sin que ellos lo comprendieran. Ibamos enderezando la conversación hacia alguna cosa que preparara las enseñanzas. Daba mucho trabajo que se fueran cuando ya estábamos rendidas de enseñar.

Sincretismo religioso

Aquel pueblecito contaba entre las muchas gracias que tenía, la de haber conservado por más de cuatrocientos años, una especie de dinastía religiosa. La religión, mezcla de catolicismo, paganismo y superstición africana, estaba representada por un anciano siempre en cadena o sucesión no interrumpida, porque en el lecho de muerte de uno, nombraba el otro y a éste, sin poner ninguna suerte de reparos jamás, se sometían todos, en lo religioso.

Este anciano desempeñaba las funciones del culto en un rancho largo que llamaban iglesia católica, sin pena de ninguna clase.

La religión tenía de todo y muchos latinajos que rezaba el ancianito revestido con unos ornamentos y capas sucias y rotas. Él hacía los entierros del modo más pagano y cómico; bautizaba bien, según parece. Hacía las fiestas con rezos y cantos en medio de bailes. Tenía fiesta especial para honrar al demonio y ha sido la más difícil de suprimir.

En estas fiestas cogían muchachas, cualquiera que se atravesaba y las llevaban a una venta de licores, (lo único que se vendía casi) y la daban en prenda por el aguardiente que bebieran. Si después pagaban, estaba bien, devolvían la muchacha, y si no, quedaba ya del vendedor. Y no valía que no supieran siquiera quien era la muchacha, ni sus padres la reclamaban. ¡Qué cosa más odiosa, Dios mío! En un caso de estos, unos años después de nuestra instalación en Uré, la madre San José, no pudiendo contenerse porque le habían cogido una discípula, llena de santa indignación se aventó y les arrebató la niña, de entre el tumulto de gentes que rodeaban aquel sitio, vestidos de diablos. Ante la presencia de la hermana, indignada, cosa que no conocían nunca, todos huyeron y dejaron el sitio sólo. Ésta fue la última vez que cogieron muchacha.

El viejo Hilario

Cuando fuimos ejercía las funciones del culto el señor Hilario, ancianito muy respetable por un aparato austero y venerable que había adquirido a fuerza de desempeñar tan terrible y desventajoso empleo, pues jamás se le pagaba nada, ni le daban tiempo para trabajar. Vivía pues muy mal, pero sintiéndose muy honrado por ser el depositario de la religión y culto y de las tradiciones de su raza. Nada turbaba al señor Hilario, ni su misma pobreza, pues estaba enseñado al miserable pescado que su mujercita an-

ciana, cogía todos los días. Tenía paciencia invicta con las tropelías de sus feligreses y nada le inquietaba.

Fue uno de los primeros que nos visitó y que se atrevió a hablarnos, después de que les hice saber que podían hablarnos y que les íbamos indicando las palabras malas, para que no volvieran a decirlas. ¡Pobrecitos! Era sencillo y delicado con nosotras. Me manifestó lo muy contento que estaba con la llegada de las hermanas porque le parecía que eran de la verdadera ley de Dios; que él sufría mucho porque allá de pronto iban unos sacerdotes de la ley mala. Manifestó, además, que sufría mucho cuando pensaba que, de pronto esos sacerdotes entraban y les metían a los suyos ideas de ésas de la religión mala y que como él era guardián de la verdadera religión, tenía que darle cuenta a Dios. ¡Pobrecito! Verdaderamente sufría y de muy buena fe creía que los sacerdotes eran de ley mala.

Después averigüé que los últimos padres que habían estado allí, eran buenos sacerdotes y que fue que les enseñaron que los ocho días anteriores a la Inmaculada, no eran días de fiesta de guarda.

Hablé con el viejecito y le dije que por qué creía que esos padres eran de la ley mala y me contestó muy convencido, que los que habían estado últimamente, (hacía diez años) les habían enseñado que los días anteriores a la Inmaculada no eran días de fiesta. Con esto aseguraba el anciano que esos padres eran de ley falsa y que no volvía a dejar entrar sacerdote porque era muy peligroso. Por eso precisamente estaba muy alegre con las hermanas, porque ya no necesitarían padres y se escaparían de aquel peligro. ¡Pobre viejecito! Le dije:

- Mire, los padres son muy buenos y siempre tenemos que conseguirlos, porque nosotras no servimos sino para enseñar y rezar, pero usted tiene razón en pensar mal de lo que le dijo el padre, de que los días de la Inmaculada no son de fiesta; pero el padre no tiene la culpa. Es que hay en un punto que se llama Roma, un obispo que habla con Dios y Dios le dijo que ya no quiere que haya tantos días de fiesta, (esta época coincidió con la supresión de los días festivos) y por eso, este obispo le mandó a decir al arzobispo de Cartagena que le enseñara a las gentes que hay ya muy poquitos días de fiesta. Ya ve como el padre sí tenía razón.

El viejecito, casi llorando, oía ésta para él desastrosa noticia; pero creyó perfectamente y exclamó: ¿Qué hacemos, pues con los días de la pura y limpia? ¡Pues rezamos bastante, trabajamos para ganar la vida y también

podemos estar alegres! Abrió ojos como de lechuga y me dijo: ¡Ay madrecita, siempre hay mucho que sufrir en esta vida!

No tuve más que ponerme a consolar al pobre viejecito y darle garantías de que siempre hacíamos algo de fiesta para la Inmaculada, o la pura y limpia, como decía él.

Supé después que eran fanáticos para lo de los días de fiesta, que, hacía mucho tiempo habían matado a un pobre hombrecito porque un sábado santo, dio al consumo un cerdo que mató, antes de que el señor Hilario cantara gloria. Esto lo tuvieron como cosa muy buena.

Otra duda le entró al pobre viejecito respecto el rancho de la Iglesia católica. Nosotras rezábamos el rosario por la tarde, a la misma hora en que él hacía ceremonias en el rancho, pero nuestro rezo era en la casita y ni sabíamos que fuera la hora de las ceremonias de él. Como la gente se entraba a rezar con nosotras, naturalmente se le disminuía el personal a él. Muy afligido vino con el negrito que manejaba la autoridad civil, si era que había alguna, pues se ponían a sí mismos al frente de ella, y nos dijo:

Madrecita, se nos va a caer la iglesia católica, porque toda la gente se viene a rezar aquí. Tenemos que poner remedio porque así nos sale muy mal.

- Fácilmente lo arreglamos, señor Hilario, con rezar nosotras un poco más temprano, pues no es fácil rechazar a las gentes que vienen y después podemos hacerlas ir a la iglesia católica.

Pero no se quedaba del todo contento el viejecito ni menos el compañero; pero les interpreté su deseo y les dije que nosotras también iríamos a la iglesia católica, pero que no de noche, porque las religiosas no salen de noche; pero que en el día iríamos con mucho gusto. El regocijo de este viejecito con tal oferta se le retrató hasta en el mimo que hacía al hablar.

Convine después con las hermanas en que debíamos asistir a cuanto pudiéramos de las funciones de la iglesia católica, para conocerlo todo y poder juzgar, así como para no mortificar al viejecito y poderlo convertir después con más seguridad. Quedó pactado y cumplido.

Pocos días después, el viejecito me hizo otro reclamo:

- Madrecita, he oído a las hermanas una cosa que no es verdad y quién sabe si será que usted está equivocada. Eso de que Dios no haya salido

de ninguna parte, madrecita, es mentira, porque a Dios, alguno lo hizo. Eso no tiene remedio.

- Vea señor Hilario, le dije: Eso es verdad; pero ni usted ni yo, ni nadie lo entendemos y por eso cuando se le vuelva a venir eso a la cabeza, para hacerlo sufrir, diga: Dios mío, yo creo lo que creen las hermanas y déjese de pensar más y verá cómo no sufre. Muy docilito me contestó que sí.

Pensé después, que ese viejecito no tenía oportunidad de instruirse porque su profesión lo ponía fuera de nuestra acción, por decirlo así. Entonces le dije:

Mire señor Hilario, usted es sacerdote de Dios y nosotras somos hermanas de Dios; pues lo más correcto es que todos los que somos de Dios, comamos en la misma mesa. Por consiguiente, usted debe venir a comer todos los días aquí y de aquí lleva el plato para su mujercita.

Con la mayor facilidad accedió y todos los días llegaba a tiempo de clase y la oía mientras le sacábamos la comida. De este modo, el viejecito se iba instruyendo y haciéndose cada vez más a nuestra compasión, y quedaba bajo el radio de nuestra acción, con preferencia a todos. Cuando íbamos a las ceremonias de él, también nos hacía algunas atenciones, aunque no siempre, porque son cosas muy serias y las hacía tan de buena fe, que se daba los aires de un obispo.

A veces le tocaba al viejecito verme escribir largas horas y se le notaba gusto especial. Un día me dijo:

- Madrecita, yo tengo miedo.
- ¿Por qué? le dije.
- Pues de verla a usted ensuciar tanto papel con ese palito. Quién sabe lo que resultará, me dijo.
- Sí, mire, este papelito así sucio lo mando yo a Cartagena y en él ve el señor arzobispo que ustedes nos quieren mucho y que nos traen regalitos.

Con los ojos abiertos del susto me dijo:

¿De modo que ese papel reza lo mismo que el misal?

Exactamente, señor Hilario: Tranquilícese.

- Entonces, madrecita, ¿usted por qué no nos dice la misa?
- Porque no puedo, porque soy mujer, le contesté y las mujeres no somos sacerdotes que son los únicos que pueden decir misa.
- Pues era mejor la misa suya, me contestó. Y dejé la cosa, porque no le vi objeto en persuadirlo de lo contrario, por lo pronto.

Pobre el señor Hilario, decíamos; pero hoy, padre, ya es un bienaventurado que al morir, ya cristiano completo, después de recibir todos los sacramentos, fueron a proponerle el nombramiento de sucesor y dijo:

- No, ya no se necesita, la religión verdadera la tienen las hermanitas y ellas los salvan. ¿Para qué más?

Llamó a las hermanas y les entregó las llaves de la iglesia y cuantas cosas relativas al culto manejaba y guardaba muy discretamente. Esto fue casi dos años después de haber entrado la Misión allí. Ya ve, padre, si verdaderamente ha hecho cosas grandes con nuestra pequeñez, El que es Todopoderoso.

Entre los indios está la historia de Zorrito, que prueba lo mucho que ha bendecido Dios nuestro trabajo y que, además, no anduvo desacertado el señor arzobispo en mandarme a Uré como me mandó. ¡Todavía, padre, se resiste mi alma a creer que aquello fue muy bueno y tengo que reflexionar en las cosas, para concluir, como concluyo, con que fue bueno! ¡Pero tan poco dócil fui que si Dios no me ha alumbrado sobrenaturalmente, no lo había hecho!

La misión se estableció en Uré con una misericordia grandísima. El sacerdote no fue sino al año largo a estarse unos quince días. Encontró ya cristianismo verdadero y después ya siguieron entrando con un poco de más frecuencia, hasta que ya han tenido sacerdote constante. Cuando fui tres años después, pude contemplar lo más bello del mundo: ¡Al padre Patricio repartiendo copón de hostias cada día y un pueblo de quizás, tres mil paganos hecho cristiano de una pieza! Entonces, sí que bendije "La ley del Señor es inmaculada.....", ¡Dios mío! ¡Qué caminos tan misteriosos tienes para salvar las almas, cómo iluminas a los que nos rigen!

CAPÍTULO XLV

- SALIDA DE URÉ- AGOTADA POR EL HAMBRE - MI COMUNIÓN EN
MAGANGUÉ - HISTORIA DE "ZORRITO" - OBEDIENCIA A UN
JESUITA - ESCRIBÍ AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR BRIOSCHI
- INSTRUMENTO DE LAS MISERICORDIAS DE DIOS - NOTICIAS
DOLOROSAS ANTES DE LLEGAR - GRAVEDAD DE MI MADRE Y
CONVERSIÓN DE ROMUALDA - ÚLTIMOS CONSEJOS DEL PADRE
ELÍAS

*"Alabad al señor porque es bueno;
porque su misericordia es para siempre". (Sal. 117, 29)*

Salida de Uré

Ya instaladas las hermanas emprendí el viaje de regreso. Pintar mi pena al salir, después de dejar aquella hijitas allí sin la Eucaristía y sin sacerdote, no es fácil. Sin embargo ya mi abandono tocaba a un punto que me permitió salir en calma y dándoles a las hermanas voces de aliento. ¡Bendito sea mi Dios! Salimos y ya desde la Mochajagua enfermé y tuvimos un día de demora. Por fortuna pudimos hacer canoa con un médico de la línea del ferrocarril troncal y fue un gran recurso.

Nuestro camino de regreso ya sin entrar a Ayapel ni a ninguno de los caños, fue menos largo; pero sí muy pesado porque venía la canoa navegando de noche. No lejos de San Antonio me principió insolación y tuvimos que demorarnos un poco. Tirada debajo de unas plataneras me hicieron las medicinas que al doctor le parecieron oportunas y al día siguiente continuamos, con un cansancio que por las tardes paraba en fiebre.

Agotada por el hambre

Llegamos al fin a Magangué, en donde no encontramos alojamiento sino después de recorrer casi todo el pueblo, con un hambre devoradora, pues eran las tres de la tarde y no habíamos tomado nada desde las cuatro de la mañana. Pero, padre, la hermana San Benito que era compañera, resultó guapísima para el hambre, mientras que esta servidora cobardísima y tan desfallecida, que varias veces intenté sentarme en la calle a llorar de hambre.

¡Cuánto pude considerar entonces, a los pobres que frecuentemente tienen hambre de esta clase! Además, fue aquello como hecho por Dios para probarnos con el hambre y el cansancio, porque fue raro que, ni en hotel ni en fonda, pudiéramos encontrar un bocado; en unas partes estaban de tras-teo, en otras no servían aquel día, y así en la esperanza de que siquiera encontraríamos al señor cura, se fue pasando el tiempo. Al fin, ya a las tres, encontramos la casa de la señora que nos había hospedado cuando íbamos y al llegar, ya casi no podía hablar ni moverme. Me tiré en una silla y le manifesté a la señora nuestra necesidad, con la ingenuidad que la cosa requería. Ella muy generosa, mandó conseguir algo para preparar. Ya cuando nos llamó a la mesa no pude ir. No tuve fuerzas ni tampoco para tomar lo que nos pusieron. Tuve que rogarle me diera algo líquido. Enseguida me llevaron a la cama en donde un rato de descanso me volvió algún poco las fuerzas. ¡Y pensar, padre, que todo eso, siendo tanto para nosotras, sea tan poco hecho por las almas! ¡Y no poder más, sin embargo! ¡Vea qué amargura!

Mi comunión en Magangué

Al día siguiente, casi no tenía fuerzas ni para hablar; pero hacía tres meses que no comulgábamos y podía ser, si aquel día pasaba buque, que se prolongara esto hasta llegar a Antioquia. De modo que me creía también impotente para no buscar la sagrada comunión. Como pude me levanté y fuimos a buscarla a la iglesia. Pero hacía muchos días que estaba cerrada y no podría encontrarse comunión sino en El Caño, es decir, a unas veinte o más cuadras de distancia en aquel ardiente clima. Pero, ¡Dios mío! Y tanto tiempo de ausencia... No hubo remedio; poco a poco y entretenidas con el deseo de estar con nuestro Señor y darle las mil quejas de nuestros dolores, llegamos al deseado sitio, en donde en una capillita muy humilde estaba el Santísimo Sacramento. Pudimos comulgar y fue allí en donde le hablé a nuestro Señor de "Zorrito", como si a este amado señor hubiera de dársele noticias.

Pero tanto se agrada Él de que nos acerquemos a su corazón, que se finge el informado de lo que ya había oído con mucho amor. Ya se vio esto desde que en el mar de Tiberiades se dejó decir lo que sabía, dándose enseguida por advertido de que debía sosegar la tempestad. El Jesús de la Hostia es el mismo de Tiberiades y tiene las mismas condescendencias, haciéndose a nuestros modos tan humanos y pequeños. Por eso, Él que había oído la razón de Zorrito en Uré, Él que se la había inspirado; ¡Él que se la había introducido en el alma, me la escucha en esta comunión y espera ese momento, para satisfacer el deseo del buen Zorrito! Él deja que

todo siga el curso humano y se somete como un niño. ¡Nada que más ternura inspire, Dios mío!

Todas las probabilidades que tenemos nos llevan a creer que Zorrito murió en aquel instante de nuestra comunión en Magangué. Luego esto es una prueba de lo que digo, que Dios se somete al curso de las cosas humanas, para hacerse más nuestro. ¡Bendito sea!

Historia de "Zorrito"

Pensé, padre, no escribir aquí la historia de Zorrito, porque creo que ella quedará en la historia general de la Congregación; pero como para referir lo de la comunión en Magangué dije mucho, mejor será referirla.

Entre los indios que nos visitaron en Uré desde el principio, Zorrito, de estatura muy fuerte y de fisonomía simpática, no quería oír hablar de Dios y se fastidiaba si insistíamos en ello. Un día me dio la explicación de su repulsión y verdaderamente, el indio tenía razón en no amar ese Dios traidor y de pura carne, que sus tradiciones le mostraban.

Después de conocer al Dios verdadero, lo amó, pero de todas las cosas de Dios que aprendió, ninguna le impresionó tanto como la eternidad de Dios, que él llamaba "no ser comenzao". Ése que no era comenzao era el que buscaba Zorrito hacía muchos años, según decía:

- Ve Madre, todo onde mundo mucho aburre, porque todo es comenzao: Mi mujer mucho querido pero comenzao es; mi hijo mucho querido pero comenzao; ¡todo comenzao, así no gusta! Dios no comenzao, ese sí que mucho gusta a yo.

No cesaba Zorrito de decir esto, mientras se le enseñaba. Después de cada enseñanza repetía con dulzura:

- Mi Dios no es comenzao, por eso mucho quiere.

Casi no daba tiempo para nada porque quería que siempre se le hablara de ése que no es comenzao. Realmente era cosa encantadora ver cómo arrastraba a este dichoso indio la eternidad de Dios. Se iba a su casa a mucha distancia, con la intención de no volver sino después de muchos días, pero pronto aparecía Zorrito diciendo que en su casa no aguantaba tanto pensando en Ése que no es comenzao, que gana caminar pa conocer Ése. Que mejor vino pa hablar de Ése. Nos edificaba a la vez que nos hacía reír. Se le dijo que no tenía que caminar para ir a verlo; pero replicaba que

él tenía que saludarlo pronto porque ya se había aburrido de todo lo que era comenzao. En fin, después de muchas idas, venidas y preguntas sobre el lugar donde vivía Ése que no es comenzao, se había ido, comprometido a rozar para sembrar arroz y me despedí de él porque a los quince días había de emprender el viaje de regreso a Dabeiba. Pero no se aguantó como decimos, porque la víspera de venirme, se apareció muy temprano, pues hizo una madrugada terrible creyendo que yo saldría aquel día. Muy cansado llegó expresándose así:

- Madre, ¿vos camina ya pa tu tierra lejos?
- Si Zorrito.
- ¿Vos allá topa con Dios?
- Si Zorrito, allá lo encuentro.
- Vos llevás mi palabra Ése?
- Con mucho gusto Zorrito.

Luego poniéndose en pie y señalándose el pecho con mucha energía dijo:

- Decí a Ése que yo, Zorrito, ¡mucho gusta que no es comenzao! Que mucha gana pa saludar Él. Que onde casa ya todo aburrió. Que apenas Él que no es comenzao es que gusta yo.
- ¡Que yo Zorrito... a la orden! Pero ve Madre, decile que no me lleve muerto que con ojo cerrao cómo ve hora pa salir y con boca cerrao cómo pa saludar Ése? ¡Que me lleve vivo! ¡Mucho quiere pa saludar! ¡Decí que Zorrito a la orden! Si quiere camina ya... a la orden. Si quiere mañana, o sea un año, ¡Zorrito a la orden!

Pero ligerito... ¡Yo mucha gana Ése pa mucho querido!

- Pero mire Zorrito, que Dios no le llevará vivo sino muerto. Le repliqué.
- No le hace; decí mi palabra a Ése. Y si es que quiere vivo, Zorrito a la orden; y si es que quiere muerto, ¡Zorrito a la orden! Pero decí que ligerito.

Recibí aquel recado y le hice muchos compromisos de darle el recado a Dios en donde lo encontrara. Todavía después de salir de la casa y de lejos, me gritaba: ¡Zorrito a la orden...!

Por eso decía, que es una condescendencia dulcísima de nuestro Señor, eso de que habiendo movido a Zorrito a este recado y espíritu de entrega

tan hermoso, habiéndole desprendido de todo al calor de su eternidad, haya esperado para llevárselo, a que yo le diera la razón en el sagrario de Magangué. Al llegar a Antioquia recibí carta del aviso de la muerte repentina de Zorrito, acaecida, según las cuentas, aquel día de la comunión en Magangué. Eso es hacerse muy nuestro, ¿no le parece padre? Y murió repentinamente.

Pudimos descansar en Magangué algunos dos días; cuando llegó el barco, salimos para Dabeiba.

Obediencia a un jesuita

Una cosa curiosa padre, fue que desde que entré al barco, el reverendo padre jesuita que había dejado en Cartagena, como superior de los Jesuitas, y que fue quien me dijo que le cogiera el dinero al señor obispo y con él me viniera a Antioquia y me denunciara prófuga, considerando esto como la única salida que tenía y que era justo hacer los gastos con el dinero del señor arzobispo, me cogió como de su cuenta; me daba a veces risa y a veces extrañeza que este buen padre me mandara para todo. Me hizo referirle todo lo que habíamos hecho y me sentó a escribírselo todo al reverendo padre provincial de los Jesuitas. Cosa particular, padre, que yo me crea obligada siempre a obedecerle a todo sacerdote que quiera mandarme; pues me parecía que aquello con el padre Londoño, era natural. Me senté a escribirle aquella narración tan larga y trabajosa a quien no conocía ni tenía ninguna relación, ni siquiera sabía su nombre. Me decía el padre: Madre, vaya acuéstese para que descanse y lo hacía religiosamente; no se levante mañana hasta las ocho, y me tenían en la cama hasta esa hora. En fin, si lo hubiera nombrado mi priora, no habría sido él más exacto en mandarme que yo en obedecerle. Después me he preguntado a qué obedecía ése afán del padre, no me lo he explicado.

Sé que a una señora le dijo que hacía diez años que la Compañía tenía un medio compromiso con la nunciatura de entrar a Sinú y al San Jorge a misionar y que no se habían creído capaces sin tener un buque propio. Eso mismo me dijo a mí y le contesté que las hormigas entraban por donde no cabían los elefantes. Solamente se rió... Verdaderamente padre, si los jesuitas hubieran tomado posesión de ese río antes, hubieran hecho mucho bien, el bien completo. Nosotras entramos como hormigas, y como hormigas hicimos. Pero el padre Londoño le habló a la señora de que nosotras los habíamos superado, pues que ellos no se habían creído capaces. Por entonces no entendí bien esto, pues si lo hubiera entendido, le hubiera

explicado al padre, cómo nuestra entrada, jamás tendrá el mismo mérito, que la que hubieran hecho los padres y cómo se explica que nosotras con menos celo, hubiéramos entrado antes sin que pueda creerse, que pudiéramos competir con ellos. Jamás.

A veces la formalidad del padre Londoño me la explico por compasión; pero otras veces no lo creo así. El hecho es que es la vez que más cómoda he ido en los barcos porque él se molestaba para proporcionarnos comodidades y bienestar. En Puerto Berrío nos despedimos, pues él iba para Bogotá y le dimos agradecimientos muy de corazón. Dios le haya pagado.

Escribí al excelentísimo señor Brioschi

También desde el buque escribí para el señor arzobispo de Cartagena, dándole cuenta de nuestro viaje y pidiéndole rotundamente, que viera cómo se formaba una prefectura apostólica en esa región. Le ponderaba la situación tristísima de aquellas almas y le hablaba del emisario espiritista, para que se animara a ver qué bandera había de ondearse primero en esa tierra, pues de la primera que entrara sería el triunfo. Que sea la bandera de Cristo la primera que se enarbola, ilustrísimo señor, le decía. Pero para esto vuestra señoría no tiene fuerzas ni sacerdotes, de modo que no queda más camino que pedir la prefectura.

Además, le decía que con una gasolina* que le costaría unos \$600, se podía hacer en el San Jorge, por un solo sacerdote, el trabajo de seis. Que se fijara qué valía en dinero, si para eso no valía. En fin, padre, fui tan clara con el señor Brioschi que, sin poderme detener, quedé llena de miedo de que me regañara o excomulgara. Digo que no me podía detener, porque calcule padre de mi alma, cómo sería mi agonía cuando pensaba en ese número de almas perdidas eternamente. Conteniéndome mucho, no fui un poco menos comedia con el señor Brioschi en estas cartas, no porque lo culpaba a él, sino porque necesitaba hablarle muy claro respecto al estado de las cosas y a lo mucho que tenía él que moverse para no tener responsabilidad.

Tan claras fueron las cartas, o mejor tan hijas de mi afán, que cuando al pasar por Antioquia le dije al señor Toro lo que había escrito, me dijo que tenía razón en haber quedado con miedo, pues que eso no se les decía a un obispo y menos a un arzobispo de la talla del señor Brioschi. No me dio sino este consuelo: Espere su regaño. Y me quedé esperándolo porque cuando me contestó, que fue con el tiempo apenas necesario para la dis-

tancia, me dijo que había quedado muy conmovido con lo que le decía y que inmediatamente le había mandado a la Asamblea mi escrito e iba a salir para Europa, de donde traería, sin falta, padres para el San Jorge y que después pediría la prefectura. Añadió que me quedaba muy agradecido por lo que había dicho.

Como a la vez escribí también desde el buque al gobernador y a La Época, periódico de Cartagena, todo esto se hizo impresión y la asamblea botó una suma que le sirvió al señor arzobispo para costear a los padres.

Instrumento de las misericordias de Dios

Pero padre, aquí es donde he visto más tarde la verdad de lo que dijo en Carolina, Monseñor Soler, y me he estremecido de haber sido instrumento de tantas misericordias. ¿No le parece padre que si se hubiera juzgado con mente humana, Dios ha debido esperar a la gloriosa y benemérita compañía de Jesús, que ya estaba hablada para entrar a Cristo e iniciar una prefectura apostólica a la par que otra prefectura civil similar en aquellas desconocidas regiones? ¿No es verdad de que el instrumento del que Dios se valió para todo esto tan grande es hasta risible? ¿Y no es verdad que las luces del señor Brioschi fueron respecto a la obra que Dios se proponía muy de Dios? ¿No es verdad que no debo meterme ni siquiera a agradecerle a Dios esto, de que se haya valido de una hormiga para levantar su gloria en la región del San Jorge?

Cuántas veces he querido agradecerle a Dios esto y me he avergonzado. Me parece que si le doy las gracias, advierte lo que hizo y se arrepiente, o que dejo mi puesto de hormiga. Ahora mismo que escribo esto, tengo anudada la garganta, no sé si de tristeza o de ternura o de agradecimiento, pero si me meto a darle gracias a mi Dios, dejo de ser hormiga y entonces...?

¡Quiero como guardarte, Dios mío, el secreto de que advierto, la elección tan rara que hiciste!. Qué bueno que los hombres no creyeran estas cosas, padre. ¡Es que se me acerca Dios tanto, cuando lo considero ocupándome en asuntos para los cuales tiene Él almas tan hermosas y beneméritas, para ocuparlas en sus obras! ¿Y había de buscarse un bicho? Padre, qué tan bueno que la gente, cuando sepa esto, no lo creyera, ¿no le parece? Si Dios se desdora con algo, había de desdorarse con esta misericordia que ha usado conmigo; ¿no lo ve muy claro, padre? Bendito para siempre, sin embargo, porque nada puede desdorarlo.

¡Cómo me parece ahora ruin mi cobardía con la que lloré de hambre en Magangué! Pero Dios debió verme con mejores ojos que al profeta Jonás cuando lloraba por una hiedra que se secó. ¿No era él un varón fuerte? Pues la desigualdad de sexos quiebra a mi favor, ¿no es verdad? Las calles de Magangué y las de Nínive pueden hacer la comparación y salgo gananciosa y las miradas de Dios debieron serme más compasivas a mí que al profeta.

Noticias dolorosas antes de llegar

¡Dios mío! ¡Cómo eres mi fuerza siempre! Pero reanudando el hilo de la narración del viaje, continúo

Llegamos a Medellín y allí supe que el señor prefecto apostólico de Urabá había llegado y que su primera medida había sido sacar de la misión, a los padres Elías y Guillermo, los únicos que nos hacían bien. El padre Elías ya estaba destinado para Leiva, pero no se había ido todavía. El padre Guillermo sí había pasado ya a Sonsón, en donde nos hacía una buena atmósfera e influía en lo de las vocaciones hasta el punto de que ya me esperaban dos o tres señoritas para seguir conmigo a Dabeiba. Además, ya el señor prefecto había puesto al frente de nuestra congregación al padre Alfredo, quien al llegar a Colombia había dicho: Vengo exclusivamente a acabar con la Madre Laura y su obra.

Y hasta entonces lo había cumplido, como lo cumplió después según se verá.

El mismo padre Luis me dijo: ¡Dejamos las cosas en Dabeiba, que usted verá cómo sale!

Así correspondían los padres a mi afán por traerlos para la obra y a cuanto había yo amado al Carmen. Pero está bien que sólo en Dios se encuentra la recompensa, dije, cuando me dieron esas noticias, y me re-costé como siempre en mi amada almohada: el abandono.

Tranquila y serena atendí a los padres que habían ido a visitarme y le hice al señor prefecto las atenciones de adhesión que le debía, muy tranquila, porque si Dios estaba conmigo, ¿quién podía estar contra mí? Ni mucho menos el que representaba al mismo Dios, pues era mi superior eclesiástico, que bien podía equivocarse, pero yo había de mirarlo siempre como a Dios, pues Él sabría volver sus equivocaciones en bien mío. Esto, aunque llegó hasta hacernos perder la cuna religiosa, con todo se ha vuelto

en nuestro bien, como puede verlo quien estudie bien las cosas. Si el representante de Dios estaba equivocado, el representado había de sacar bien de la equivocación misma.

Con estas noticias y unas ocho postulantes salí de Medellín para Dabeiba. Un día antes de llegar, nos encontramos con el padre Elías que venía de Dabeiba para Frontino. Ya en la posada y bastante de noche, me dice este padre, que estarían enterrando a la hermana María del Sagrado Corazón, mi madre carnal, que él la había dejado en las últimas de la vida. Naturalmente tuve deseos de seguir aquella noche; pero era imprudentísimo y hube que esperar. Muy temprano salimos de Uramita y todas las compañeras se dirigieron a Dabeiba, mientras que esta servidora con otra o con un peón, no recuerdo bien, se entró por el camino que conduce al Pital, en donde esperaba encontrar a la hermana, muerta o enterrada.

Gravedad de mi madre y conversión de Romualda

Tan pronto como llegué, quizás sin que las hermanas me hubieran visto, salió la vieja Romualda diciéndome, con una cara tremenda:

- ¡Seguí queriendo tu Dios! ¡Seguilo queriendo... ya va recoger tu mama también! Ese tan recogeor. Vos perdiendo tu querido... De balde quiere... siempre recogiendo su mama. ¡Mucho boba Madre! Mucho boba! Onde cielo todo recogiendo ¿pa qué pues? Yo no gusta. ¡Vieja tu mama muere... ya no come!

Que amargura sentí, padre, al ver la vieja todavía en el mismo estado. La muerte de mi madre me parecía todavía menos dura. Con estas palabras y haciendo las caras más terribles, me acompañó hasta que entré a la casa.

Salieron las hermanas y me dijeron que estaba agonizando hacía tres días, que le habían dicho de mi llegada y que me había mandado a decir que no entrara antes que le llevaran la Sagrada Comunión porque no quería tener ningún gusto de la tierra antes de recibirlo a Él, por última vez; que todo era digno de posponerse...

- De modo que habla y conoce? Les pregunté.
- Sí, pero en la hora de comulgar, me contestaron.

Esperé pues hasta que le llevaron el Santo Viático y mientras tanto la pobre vieja seguía en su dura cantinela, esperando que le dijera que no quería a Dios, porque mi madre se iba a morir.

- ¿Siempre vos queriendo ése tan recogeor? Me decía con cierta clase de amenaza.
- Sí, si recoge mi mamá, mejor; ¡en el cielo mejor! ¡Aquí mucho sufre!
- Madre mucho boba, decía con desdén despreciativo.

En este tormento estuve hasta que me avisaron que podía entrar a ver la moribunda. Cuando le avisaron a mi madre que entraba, quiso incorporarse pero no pudo. Me dijo con la voz ya muy quebrantada:

- Me voy hijita! Voy muy contenta. ¡No deseo sino a mi Dios! Mi alma lo siente ya... y se calló.

Las hermanas entre tanto lloraban y yo salí para la capilla. Me siguió la vieja Romualda, como perro que sigue la presa, pues de todos modos necesitaba oír de mis labios alguna palabrita que mostrara descontento con Dios. Tan pronto como me vio me dijo:

- ¡Vieja muere! ¡Vieja muere! Yo sabe. No come ya, ¡ésa muere! ¡Sí, sí, muere!

Acompañaba esto con cierto aire de triunfo. Sin responderle nada a la pobre viejecita, entré a la capilla y me arrodille. Apenas lo había hecho se me acercó la vieja y me dijo:

- ¿Vos diciendo Ése, vieja no muera?

Sin darme tiempo para contestarle me dijo:

- Ése no oye; tu palabra pierde! ¡Vieja va a recoger! Pierde tu palabra.

Sin hacerle caso a la vieja, le dije a mi Dios que mi madre era todavía precisa para el noviciado, que era preciso que le concediera la vida por otro tiempcito y que así que tuviéramos quién la reemplazara, se la daba gustosamente. Entre tanto la vieja decía:

- ¡Tu palabra perdés! ¡Ése no oye, vieja muere!

¡Dos tormentos, Dios mío! Salí y la vieja seguía conmigo. Encuentro a las hermanas que asustadas salían de la pieza de la moribunda y me dijeron: ¡Si viera! Acaba la hermana de sentarse, pidió leche y la tomó con la mayor facilidad y allá está conversando como si nada hubiera pasado. Entré a ver lo que era y me echó los brazos con además de disgusto y llorando me dijo:

- ¡Usted si que es cruel! ¿Por qué no me dejó morir? ¡Ay! ¿de dónde usted me ha sacado?... Ay! Ya casi iba a ver a mi Dios! Por qué es tan cruel?

¡Ay! Padre de mi alma! ¡Qué sentimientos tan encontrados se apoderaron de mi alma! Ella tan triste, tan deseosa de ver a Dios y yo tan necesitada de ella... Pero al fin me dijo:

- ¡No le perdono que no me haya dejado morir!

Entonces le dije:

- ¿Por qué yo?
- Porque yo lo sé; usted fue la que no me dejó morir. Ya les había dicho a las hermanas que quería morirme antes de que usted viniera para que no me atajara... ¡Lloraba del modo más triste! Sólo se calmó cuando le dije que Dios la dejaba todavía unos días para cumplir designios de su gloria.
- Entonces con toda mi alma me someto, me dijo, ¡si mi Dios ha de glorificarse con mi vida! ¡Pero estaba tan contenta! Ver a Dios era mi único anhelo. Ni deseaba que usted viniera... Me siento ahora más desterrada que siempre... ¡y lloraba como una niña! Mas, su voluntad era firme en querer lo que Dios había hecho.

Salí porque me urgían diciendo que Romualda estaba loca esperándome. Cuando salí me esperaba con la cara más alegre del mundo y me dijo:

- ¡Vieja no muere... ya come! Leche bebió. Ése sí oye... ya no muere... ¡Ése mucho oye tu palabra!

Bailaba la vieja de contento. Cogiéndome del ala del hábito me urgía diciendo:

- ¡Caminá pa decir Ése yo no muera! ¡Ése oyendo tu palabra! Decile yo no muera.

Me lo rogaba con tal insaistencia que la llevé a la capilla y le dije: Dígale usted que no muera.

- No, me decía, decí con boca tuya. Mi palabra muy revés. Boca tuya mucho oye, ¡decí que yo no muera!

No tuve remedio. Le dije al Señor: Que vieja Romualda no muera Señor, y secretamente le agregué: ¡Eternamente!

Salió la vieja más dichosa diciendo:

- ¡Yo no muere ya! Yo sabe no muere ése mucho oye boca de Madre.

Puso la vieja alegría en toda la casa, diciendo de su inmortalidad y de la vieja mama de Madre. ¡Pobrecita! De allí en adelante no tuvo más rencor con Dios; creyó todas las verdades que no quería creer antes y a pocos días pudimos bautizarla; siempre que recibía la sagrada Comunión, decía delante de la hostia, en lugar del "Señor, yo no soy digna", que le enseñaban las hermanas, decía: ¡Que no muera, Señor!

Mi esperanza padre, es que Romualda no ha muerto eternamente, conforme se lo pedí el día que Dios hizo un milagro para convertirla. Esta vieja fue después la de fe más bella que tenía el Pital.

Todos los sermones de las hermanas en defensa de Dios, eran ante Romualda argumentos para no quererlo y odiarlo más. Pero cuando Él mismo puso su santa mano, aquel corazón se doblgó como junquito atacado por una ola. ¡Sólo Tú, Dios mío, conviertes las almas! Y eso es precisamente lo que constituye lo más amoroso del amor! ¡Nos llamas, nos urges y nos conviertes y después nos pagas... Dios mío! ¡Cómo quisiera liquidarme por tu amor!

Después de esto, padre, mi madre se convalació y pudo ayudarme en el noviciado cuatro años. Y la vieja Romualda vivió ocho más, muy cristiana y amante de nuestro Señor Sacramentado. Mi esperanza más hermosa es que Romualda está en el cielo, aunque murió después de salida de Dabeiba la Congregación y sé que llamaron al padre para confesarla y no fue. ¡Pero el Dios al que se le dijo que Romualda no muera eternamente sí estaba al pie de su miserable lecho y recogería su último suspiro y con él su alma, como trofeo de su amor a los pobres y a los humildes!

Últimos consejos del padre Elías

Todavía después de esto, el padre Elías estuvo algún tiempo en Dabeiba, si no recuerdo mal. De todos modos, aunque me equivoque acerca del tiempo, es lo cierto que lo que voy a referir se relaciona con los últimos tiempos en que él estuvo allí.

Siempre me preparaba en el confesionario este padre, para luchas y persecuciones que veía él venir sobre la congregación y especialmente sobre mi persona. Parecía este padre alumbrado de un modo especial por

el cielo. En los últimos tiempos se esmeró más, si cabe, en la formación de las hermanas y me dijo terminantemente:

- Mis hermanos en religión están convencidos y es para ellos la cosa más clara del mundo, que usted es un pozo de soberbia y de vanidad excepcionales. Además, la perseguirán siempre. Yo los conozco mucho y conozco mi orden muy bien, desde antes de hacerme carmelita. Ellos no le perdonarán jamás y se harán incorregibles; pero como Dios está con usted y en la Congregación, a usted no le faltará nada de lo que sea necesario para la conservación del Instituto. Por eso ahora, cuando venga el señor prefecto, que será también su enemigo, póngase bajo la dirección de él, pues mientras sea necesario él estará con usted.
- Yo sufriré persecución por causa de la Congregación; pero bendigo a Dios por ello. Le ayudaré hasta que la obediencia me lo permita y después, Dios sabrá. Le anticipo que aunque debe ponerse bajo la dirección del señor Prefecto, no esté creyendo que la dirige porque a usted, no la ha dirigido nadie nunca, ni la dirige, ni la dirigirá.

A esto le repliqué con angustia:

- Padre, toda la vida he buscado quien me dirija y muchos tiempos he estado dirigida por diferentes sacerdotes, puedo mentárselos y últimamente vuestra reverencia me ha dirigido y me dirige.

No, me respondió, usted ha creído que la dirijo y que la han dirigido pero eso no es exacto. Dios se ha reservado el dirigirla, porque El es el dueño de todo y hace lo que quiere.

Éstas fueron, más o menos, las palabras del padre, con las cuales me entró una amargura terrible. Como si se me desvaneciese la vida toda con sus esperanzas... ¿Cómo habrá pasado eso, le dije, si yo estoy convencida de que me han dirigido? Jamás he hecho mi voluntad y siempre he obedecido con un gusto especial; ¿Cómo puede ser eso?

- Pues fácilmente, me dijo, porque a usted nadie la ha dirigido ni la dirigirá jamás. Eso es todo y no me replique más.

Hube de callarme, padre, sin que me faltara cierta angustia que recibí, sin dejársela comprender ya más.

Ahora padre, el por qué de mi angustia no me lo explico, sino por alguna ilusión que me formé desde niña, que había de ser feliz obedeciendo.

Yo no alcanzaba a pensar que se pudiera ser de Dios sin una obediencia constante y ciega. De esto resultó mi horror a lo de ser fundadora; de esto también dependió sin duda, la angustia que tuve siempre que no podía encontrar director de espíritu y de esto, la que sentí cuando el padre Elías habló de no ser dirigida.

Después recordé que siendo muy joven, leí una obra del padre Faber y en ella ví que Dios se reservaba la dirección de algunas almas, pero que eran raras y muy pocas. Cuando esto leí, me volví a Dios y le dije: Gracias Dios mío porque no me habéis hecho de esas pocas. Aunque la dirección de Dios es una cosa apetecible, me parece un camino tan extraordinario y peligroso, que no tuve empacho en decirle así. El camino ordinario de la dirección de un sacerdote, me pareció siempre una riqueza y sabe el Señor cómo he procurado buscarlo. Sin embargo, si como dijo el padre Elías, Dios reservó la dirección del alma que tanto deseo tenía de ir por los caminos ordinarios, lo ha hecho a la traición, y lo bendigo, pues ya no es tiempo de otra cosa. Así sí concibo muchas cosas que de otro modo serían inconcebibles.

¿Una traición de nuestro Señor, no es verdaderamente una delicadeza que ofusca? ¿Qué necesidad tenía El de hacerlo a la traición, poniéndome tanto amor a lo contrario? ¡Suave y dulce condescendencia con mi miseria nada más! ¿Cómo se concibe, padre, que yo sí crea hoy que no he sido dirigida y que sin embargo pueda decir con toda la verdad, en conciencia, que he obedecido siempre? ¿Será que no sé lo que es dirección? De todos modos al principio casi no quería creerle al buen padre Elías; pero después de que acepté la cosa, le he creído y me explico muchas cosas en mi alma; por eso lo remiso de mi asentimiento a lo que me aseguraba el padre, no era sino la repulsión que siempre sentía por la cosa. Lo que disgusta no se quiere creer, eso fue todo.

CAPÍTULO XLVI

- RETIRO EN LA ERMITA - ES DURO VÉRSELAS CON EL BULTO
- FRUTO PRINCIPAL DEL PRIMER DÍA - LUCES Y PROPÓSITO DEL SEGUNDO DÍA - EN LA ORACIÓN SOBRE LA ENCARNACIÓN
- EN LA MEDITACIÓN DEL NACIMIENTO Y LA HUIDA A EGIPTO - MEDITACIÓN DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS
- LA FLAGELACIÓN - EXIGENCIA DEL PADRE ELÍAS AL FINAL DEL RETIRO - ME MANDAN QUE CURE A UNA HERMANA

*"Venid adoremos y postrémonos, y lloremos
delante del Señor que nos ha creado". (Sal. 94-6)*

Retiro en la ermita

En aquel mismo tiempo si no recuerdo mal, hice construir dentro del solar de la casa una ermita, con el fin de que cuando algunas de las hermanas quisieran hacer su retiro separadas de las demás, tuvieran sitio en soledad para ello. La ermita, colocada fuera de la casa pero dentro de los cercos que la rodeaban, daba muy buenas seguridades para la soledad. Allí me ordenó el padre Elías hacer los ejercicios anuales, aquel año. Bien parecía que este padre presentía que muy pronto no iba yo a contar con su apoyo y por eso quiso asegurarme mejor respecto a lo interior de mi alma; no digo asegurarse porque jamás le noté duda de ninguna clase, no obstante ser él de una franqueza y llaneza que me aseguraban de que sería incapaz de ocultármela, si la hubiera tenido.

Verdaderamente yo tampoco sentía necesidad de esa seguridad por lo que antes he dicho. No me importaba nada mío. El perdimiento que antes tenía había crecido; había como desaparecido con tal abandono, que ni con todas las cosas del padre Elías llegué a preocuparme de mi interior. Pero él sí quería que yo supiera descifrarme bien.

¿Por qué sería este deseo? No lo sé, ni lo sospecho siquiera. Para mí, conocer y no conocer mi interior, que él fuera alto o bajo, no me inquietaba y casi hasta había aceptado que me hubieran dicho que todo el pasado había sido pura ilusión, como me alegraba cuando me decían que era mentira cuanto sentía. Fuera Dios glorificado y servido y lo demás no significaba nada. Ya sé que soy miserable y que debo detestarme siempre y que siempre puedo ofender a Dios y que Él es grande sin que se le pueda

agregar nada... y que es feliz sin que nadie pueda arrebatarle un átomo de su dicha, y ¿qué otra cosa necesitaba saber?

Habiendo tantos intereses de la gloria de Dios pendientes, bien hubiera podido no volver a pensar más en el bicho; pero me dijo el padre que eso mismo entraba en los intereses de la gloria de Dios y entonces me pareció bien y puse todos mis cinco sentidos porque en aquel retiro todo pasara por el tamiz del examen de aquel santo padre.

Cosa curiosa y que prueba la docilidad de los indios es esto: para encerrarme en la ermita durante nueve días de retiro, era necesario que los indios que constantemente me solicitaban se dieran cuenta del motivo de mi encierro en sitio para ellos tan misterioso, y ese motivo debía estar al alcance de ellos, que aún no entendían de estas cosas ni sabían que nadie se encerrara por motivo religioso. Se les dijo:

Como ustedes están tan malos y haciendo tanto pecao, Dios está braveando y Madre tiene que encerrarse a hablar con ÉL, para que perdone a ustedes. Por nueve días va a estar en la ermita y ustedes no pueden ir allá, porque ella no habla sino con mi Dios.

Las hermanas los llevaron al sitio hasta donde podían ir y ellos se comprometieron a no pasar de allí. Me encerré por la tarde y les dieron cuenta; pues desde ese momento no volvieron a asomar por ese lado. Iban hasta la línea marcada como lindero entre ellos y la ermita y allí, en silencio, le señalaban a los nuevos que llegaban, para que supieran que allí estaba Madre; pero no hablaban nada recio. Esto lo admiramos mucho pues no era de esperarse tanta docilidad. Comencé los ejercicios con el plan de San Ignacio. El padre iba cada dos o tres días a darme algunas advertencias y se volvía, siempre acompañado de otra hermana.

Es duro vérselas con el bulto

Aquellos días fueron duros a mi alma como lo es siempre que uno tiene que vérselas con el bulto! La propia miseria vista de cerca, las misericordias de Dios palpadas tan claramente; los intereses de la gloria de Dios tan apremiantes y la impotencia tan suprema, todas estas cosas aisladas o juntas son aniquiladoras. Y todas pesaban sobre mi alma como una mole y pude casi agonizar.

En la especie de venganza que sentía contra mí misma, quise hacer un examen muy minucioso que no había de olvidar jamás, para aborrecerme

cuanto cupiera en mi corazón. Vi como nubarrones de miserias y apunté las que me parecían que más habían ofendido a Dios, y cuál fue mi dolor cuando el padre al confesarme me dijo, que eso no era nada, que dijera los pecados verdaderos. Dios mío y Señor mío, dije, cuán barato das, Señor. ¡Qué mundo de condiciones quieres que llenen nuestras faltas para darte por ofendido! Naturalmente esto me daba nuevo dolor, porque descubrí una nueva misericordia de Dios, en la cual jamás había pensado.

- Padre, le dije, recíbame esas cosas como pecados, que verdaderamente lo son para mi corazón.

Y el me repuso: Pues Dios no se ha ofendido con eso, se lo aseguro.

Una cosa muy particular, padre; ya alguna vez me había visto muy afligida porque al aplicar a mis caídas lo que enseñaba la Iglesia como necesario para que haya pecado, verdadera ofensa a Dios, las cuentas no me salían; se lo dije al confesor y me dijo que sí tenía pecados, que él me había visto uno, al calificar un periódico diciendo que me parecía muy sin sustancia, y que eso era soberbia. No insistí por entonces, sino que me acusé de esa soberbia; pero con todo, yo no lo había advertido. No recuerdo cómo me tranquilicé, pero de ningún modo quería creer que Dios me hubiera preservado del pecado mortal, ni tampoco podía verlos en mi alma.

En un tiempo hice muchas confesiones generales, con el exclusivo fin de humillarme siempre más y más. En ellas me confundía de mis caídas sin querer fijar la mente en si eran o no pecado, porque a mi corazón le dolían verdaderamente aunque no llegaran a ser pecados formales; así que yo misma me guardaba el secreto de lo que en el fondo era la verdad, pues necesitaba culparme a todo trance.

Reconozco padre, que aunque en esto obrara bien, queriendo confundirme con mis caídas, no tenía razón en ocultarme que les faltaran las condiciones para ser pecado porque si el Señor me había preservado, el favor era gracia de él, que con su poder puede detener hasta las corrientes emponzoñadas del corazón humano. ¿Qué tenía yo por qué ocultarme esto, si Dios es siempre fuente perenne de misericordia y yo siempre fuente de negación y muerte, aunque Él refleje su poder y haga maravillas en mí? No engañé nunca al sacerdote porque como primero me engañaba a mí misma, le decía a él como en buena fe, había querido yo creer.

Así estuve mucho tiempo, padre, como si en la sola inclinación al mal y en los frecuentes pecados de fragilidad no hubiera bastante para conservar

el puesto bajo que debemos tener delante de Dios. Su sola grandeza, aunque fuéramos nosotros más puros y limpios que los ángeles, ¿no era bastante para mantenerme anonadada? Cuánto más no siendo ángeles sino teniendo tanta parentela con el cieno de la tierra. Hay tantos motivos para vivir humillados y bajitos y anonadados, que ¡no se necesita haber cometido grandes pecados para poder vivir en el polvo!

Pero yo no estaba entonces tan en la verdad, que no quisiera encontrarme hartos pecados para abatirme. Por eso mis confesiones generales tan frecuentes y dolorosas. En ellas figuraban siempre unas cinco cosas que para mi corazón eran muy grandes; pero que los confesores no creían tales, según pude juzgarlo. Además, me he dado cuenta exacta de que jamás he querido ofender a Dios, después de tener uso de razón y si viviendo me he empolvado mucho, no ha entrado mi voluntad de un modo consciente y advertido. Eso Dios lo ha hecho, padre y aunque me parece muy maluco* no tener mucho pecados de qué arrepentirme, dolerme y abatirme, bendigo al Señor porque se ha defendido de mí. Además, no haberlo ofendido gravemente siendo tan capaz de hacerlo, ya es una cosa que me confunde, anonadándome delante de esa misericordia tan gratuita.

De todos modos el anonadamiento es mi porción; si hubiera cometido grandes pecados, por ellos mismos; y si no los he cometido por la abrumadora misericordia del Señor, siempre pues, mi puesto está abajo, aplastada delante del Dios de mi corazón.

Pues en estos ejercicios quise todavía hacer un esfuerzo a ver si podía convencerme de que sí había pecado mucho, pues verdaderamente, padre, que el pecado me luce, es como muy para mi pobre bulto, aunque lo detesto como ofensa a Dios, hasta lo inconcebible, hasta que por evitar el más pequeño, aun en un malvado, daría la vida. Pero para mí, el pecado, el estado de pecado me luciría, como le luce al ser productor, lo que produce. El dolor y dolor supremo del pecado, está cuando lo miramos del lado de Dios! ¡Ay! ¡De ese lado si me parece espantoso, odioso y detestable hasta el anonadamiento! Por eso mismo, padre, el dolor que en un tiempo tuve de mis pecados, de algún tiempo para acá como que desapareció y pasó a formar como uno solo, intensísimo, con el montón de todos los pecados del mundo. Porque sean míos aunque fueran los de Herodes o Nerón, no me duelen más.

¿Habré alcanzado a hacer comprender esta idea, padre? ¡Es tan trabajo decir esto!

Bien, en aquel retiro previne al padre para que me atendiera hasta lo más insignificante de mi vida, a fin de quedar ya en la verdad desnuda, ya que él sí me hablaría con llaneza. Le dije todo, todo, con toda la verdad que pude y cuando terminé, me dijo: ¡Muy ingrata ha sido y es con Dios; pero no me ha dicho pecados! ¡Dios mío! ¡Cuando yo creía que le había dicho muchos! Pero dije: ¡Adelante! Es necesario vivir en la verdad porque Dios mismo es la verdad y me tranquilicé. Si el Señor es misericordioso, yo lo amo y lo amo mucho y digo siempre a sus misericordias: ¡Bueno! Bueno, que ese mísero que recibe la misericordia se quedó miserable, y Dios misericordioso eternamente!

¿Y cómo me las he habido en las demás confesiones? Pudiera preguntárseme. Pues digo lo que encuentro y con tiempo me duelo de lo viejo, de lo nuevo y de los pecados desconocidos y de los del prójimo. ¡Con esto tengo bastante!

Un poco apurada me he visto unas dos o tres veces, cuando el confesor me ha dicho que diga un pecado voluntario y advertido de la vida pasada. Eso sí me pone fuera de casillas porque se me revuelve todo y debo acabar por decir lo que siento, lo cual es muy maluco*. Además, como el confesor se alarma algunas veces, me pongo en un martirio. Para calmarme tengo que dejarle de nuevo a Dios mi causa. Que Él me juzgue y tenga misericordia de mí. Cuando el sacerdote sencillamente me dice que diga un pecado de la vida pasada, sin agregar palabritas advertido y voluntario, ¡ah! Entonces todo anda bien, porque le digo de mis caídas viejas y aseguro el dolor, doliéndome de los ajenos y de lo que haya, y ya está. Puede también, padre, que yo esté engañada y haya engañado a todos los padres; pero no he llegado a conocerlo.

Fruto principal del primer día

Pero en aquel retiro de la ermita, no hice sólo eso de asegurarme de mi conciencia sino que recibí muchas luces acerca de otras cosas. Permítame padre, que, como dejé apuntes en un cuadernito, me refiera a algunos para mejor cumplir de dar lo que he recibido.

En la primera meditación me dio Dios muy clara luz acerca del señorío que Él tiene sobre nuestro cuerpo por haberlo hecho, eligiendo por sí mismo y con una elección consciente, todas sus partes y formas, peso, color, tamaño, duración. Vi tan claro que estos miembros de lo que llamo mi cuerpo fueron objeto de una elección minuciosa y que ellos se volverán

tierra y Dios los reconstruirá en la resurrección, también sin mi contingente y que los hizo exclusivamente para su servicio. De aquí que hice el propósito de no llamarlos con ningún pronombre posesivo para reconocerle a Dios su propiedad. Me pareció muy fácil decir la mano, en lugar de mi mano, y así los demás miembros.

¡Pero qué poco he cumplido con esto que propuse! ¡Dios mío! Fue que me puse a hacer propósitos cuando yo no había de estar en mí de un modo fácil, para cumplir propósitos. Cuando yo ya era tan ajena, tan perdida. Si esto no lo palpara, no lo creería. El tiempo de proponer pasa... ¿O seré distinta de todas las almas?

El fruto principal del primer día de este santo retiro fue un acto de adoración hecho a Dios como Creador, consintiendo voluntariamente en la destrucción del cuerpo, después de la muerte. Entonces se realizará lo que tanto he deseado otras veces: ¡Esfumarme delante de la soberanía de Dios; pero como en la destrucción de la muerte falta la voluntad para que fuera víctima voluntaria, anticipé la oferta y quedé el acto voluntario hecho, de modo que cuando este cuerpo se destruya será la consumación del acto, será el holocausto completo!

Así, padre, si la muerte, por lo que hace al alma, es un salir de la cárcel, en cuanto al cuerpo ¡es un quemar de esa cárcel en honor de su Dueño! ¡Es ofrecer lo que se tiene, reduciéndolo a mínima expresión! ¿No le parece, padre, que es muy bueno que esto se verifique con nuestro consentimiento para que el homenaje tenga el valor del amor?

¡Muchas veces he pasado ratos glorificando a Dios con el consentimiento actual de la destrucción de cada miembro de los del cuerpo que llamo mío!

Luces y propósito del segundo día

Del segundo día de retiro encuentro este apunte: El verdadero fruto de las meditaciones de ayer lo conseguí hoy, al despertar. Siento cuál es mi verdadera posición como criatura.

Ya este fruto lo había sacado en otros retiros, pero padre, todo es gradual y como no lo advierte uno, cada vez se sorprende más de no haber visto antes más claro. Este grado de conocimiento de la verdadera posición de la criatura delante del Creador, es muy alto, algo como un acto de

adoración muy intenso. Ayuda mucho para la conducta externa; pero no se define exactamente, así lo creo por lo menos.

La primera meditación del pecado de los ángeles la hice a la media noche. Esto contribuyó sin duda a que fuera muy dolorosa e intensa. Aquella soledad, oscuridad y silencio, con pensamientos tan terribles como el pecado de los ángeles... ¡Dios mío! ¡Cuando menos lo pensé me vi ahogada en gemidos y sollozos que no podía contener! Lloré mucho hasta desfallecer. El pecado de los ángeles es el primer acto contrario a la voluntad de Dios. ¡Es el generador de todos los pecados porque él hizo al diablo! ¡Dios mío! Quien pudiera llorar siempre... ¡Qué grande me pareció Dios en su primer castigo y que hermosa su Santidad, rechazando lejos de sí aquel primer pecado! Qué amor tan especial sentí por la Santidad de Dios. ¡Qué horror por el pecado y un deseo vehemente de vengarme de mí misma por las infidelidades y pecados de toda mi vida! ¡Y los de todos los pecadores se amontonaban en mi alma, con un peso tan terrible! ¡Dios mío! ¡Si esa noche se hubiera prolongado, quizás me habría muerto!

Propuse ser muy agradecida a Dios por los dolores y enfermedades que me envía y recibirlos siempre alegremente como los mejores regalos de su mano bendita para ayudarme a vengar algo en mí misma. Además propuse, no recuerdo si lo he cumplido bien, no tomar lenitivos para ningún dolor sino después de haberlo soportado y acariciado hasta donde sea posible. Este propósito lo había hecho hacía muchos años; pero me salió esa noche tan del alma que lo reiteré.

En la oración sobre la Encarnación

En las siguientes meditaciones sólo me afirmé más en los sentimientos pasados. En la de la Encarnación me dio el Señor muchas luces sobre la necesidad de implorar su Poder para convertir a los indios y la impotencia nuestra para ello. Hubo un momento en que sentí que me comunicaba su Poder y sentí fuerza para pedir que me lo diera siempre, pues así se verificaría el deseo de su corazón, de atraerse todas las almas. Vi claro cómo con el poder de Dios, dado ocasionalmente a los santos, se convertirán multitudes... ¿y me creará padre? Me resolví a pedirselo! ¡Y sentí que me lo daba... padre, siento mucha confusión escribiendo esto! ¡Qué el Señor me la reciba!

Pero más adelante va la cosa: Después de haber recibido ésa como participación del Poder que me doblegaba, me afligí, pobre de mí, porque

pensé que esa participación naturalmente era para usarla en casos necesarios para la conversión de las almas y que había de producir ruido. ¡La santidad ruidosa! ¡Siempre me ha parecido aterradora y entonces comprendí que esa repulsión no podía ser en mí, que lo tenía abandonado todo! Quise hacer un acto de abandono al respecto y lo hice; pero me costó mucho. Comprendí que ese sacrificio era para mí como sacrificar Abraham a su hijo Isaac, es decir, a lo más querido.

Todo lo demás era como si sacrificara a Ismael, pero resolverme a la santidad ruidosa, era mi Isaac. Hice, sin embargo, el ofrecimiento y quedé tranquila. Y con cierta confianza de que Dios, en casos necesarios me daría su Poder, a la vez que me abandonaba a mi propia impotencia, con mucho gusto.

Juzgar de estas cosas, padre, me parece muy trabajoso. La disposición en que se pone el alma es una docilidad especial para cualquier movimiento de la gracia pero el entendimiento como que no compagina las cosas tan opuestas. Por ejemplo: Eso de con un mismo acto sentir que Dios me comunicaba su Poder y a sentir cómo asentarme más en mi impotencia, ¿quién lo entiende? Comprender que me comunicaría después su poder en ciertas circunstancias y a la vez sentir tal desprendimiento de esa comunicación que me adhería de antemano a su voluntad de quitármela cuando quisiera, ¡Dios mío! ¿Qué es pues lo que haces con las almas? ¿Cómo quieres que se echen a un lado y a otro, que sean verdes, amarillas o azules, o todas a la vez, que reciban, que deseen y se desprendan y que den a la vez? ¿Qué ejercicios son éstos de tu amor? ¿Será padre, que con estas cosas quiere labrar las almas para un molde no conocido por los que tampoco vemos? Así lo he creído.

¡Qué apretones le diste, Señor, a mi alma en aquella oración sobre la encarnación! ¡Si parecía que tan pronto le dabas el gusto a lo grande como a lo pequeño, a lo dulce como a lo amargo! ¡La volteabas a tu gusto, la confitabas, la docilitabas y la confortabas con un solo acto de tu Poder soberano! Quien sabe padre, si habré dicho algo en todas estas palabras y si vuestra reverencia habrá podido sacar la idea que quiero expresar.

En la meditación del nacimiento y huida a Egipto

En la meditación del nacimiento sentí mucho y nuevo amor a la pobreza. Naturalmente hice propósito de implantar ese amor en la congregación y de ver cómo arreglaba el manejo de los intereses de ella, de modo que no

me quedara libertad para disponer. Esto podía ser porque todavía no conocíamos las prescripciones de los sagrados cánones al respecto. Así como Jesús, siendo de mayor condición, estaba en Belén sometido a los de menor, como eran José y María. Sentí mucho deseo de poner como regla en la Congregación que cuando alguna superiora mayor, fuera a alguna residencia se pusiera a las órdenes de la superiora local y le besara la mano y le pidiera la bendición. Esto lo consulté y no me lo permitieron. Sin embargo le ofrecí a Dios hacerlo si me lo permitían.

En la meditación de la huída a Egipto tuve muchas lágrimas, cosa que me fastidiaba siempre porque debilitan la cabeza y no valen gran cosa delante de Dios, a mi humilde parecer. No digo que no hay lágrimas muy valiosas, pero éstas de ternura son muy sospechosas. Del mismo modo lloro al encontrarme toda cosa triste como un muerto que llevan al cementerio.

Un pensamiento bonito, a mi parecer, tuve en esta meditación, pero puro pensamiento, pues no era nada sobrenatural a mi parecer. Pongo aquí este pensamiento porque como me sirvió para explicaciones posteriores a las hermanas sobre la reparación, puede que sirva algún poco después.

Pensé que cuando la Santísima Virgen lavaba la carita del niño en Egipto, era toda una reparadora; al lavarle la frente, querría también borrar de ella las huellas de la sangre de la corona que años más tarde había de ceñir con tanto dolor. Al lavarle la boquita cómo lo haría con aquella reverencia y deseo por reparar aquella amarga hiel... y así iba repasando todas las partes de aquella carita bendita y hermosa. Pensé que sin duda lo lavaba de rodillas, porque ¿cómo hacerlo en otra posición? Pensé con cuánto gusto y amor le hubiera yo sostenido la vasija en la que tenía el agua o alzándosela de la fuente. En fin, me entretuve un rato en ejercicios de reparación y pensé que a Egipto había de conducir a las hermanas para enseñarles verdadera reparación en la augusta reina de ella.

Meditación de la vida pública de Jesús

En la meditación de la vida pública de Jesús, tuve primero el conocimiento muy claro de la necesidad de hacer mi vida cada día más perfecta; pero sentí impotencia especial, esta impotencia que me resulta de no ser yo. ¿Qué será eso, padre? ¿Cuándo podré expresarlo? En los primeros tiempos hacía un propósito y no volvía a retirárseme de la mente y lo cumplía. Pero después de eso que le digo, aunque lo haga alguna vez,

después de los intereses de Dios y de ninguna atención que me ponga, me impiden cumplirlo y todo se me va en ser de Dios y de sus cosas; aunque comprendo que trabajar en mi santificación es también asunto de su gloria; pero es como si eso fuera cuidado de Él y no mío... No sé definir esto bien.

Después sentí, Padre, ¿me resolveré a escribirlo? Sentí que Dios me daba la certeza de consumir en mí la obra de la santificación. Que coronaría sus gracias con ésta de la consumación en ese grado que se llama santidad en la gracia. No crea que esto, padre, me inmutó, ni alegró, ni me sentí inclinada a conseguirlo. No, sencillamente pensé en lo conveniente y ventajoso que esto me sería para la salvación de las almas.

Haz tú, Dios mío, le dije, que yo aproveche para llenar tus graneros!

Es raro, Padre, que estos conocimientos no sorprendan al alma. Pasan como la cosa más común del mundo. Ni siquiera para la confesión de aquella vez, tuve en la cuenta este conocimiento, para comunicarlo. Muy tarde, varios años después, lo advertí impreso en mi alma, a la manera de una seguridad.

La Flagelación

Padre, con mucho recelo voy a escribir lo que me pasó en la meditación de la Flagelación. Esto lo tuve muy impreso en el alma; pero no puedo decir el modo. Y como además, me parece tan patético y poético, le tengo desconfianza. Pero lo que dejó en mi alma, me deja pensar que quizás sería algo sobrenatural que sólo hería la imaginación, como algunas de las cosas de santa Teresa que sólo he leído después.

Contemplaba a nuestro Señor cuando después de la Flagelación salió del charco de su propia sangre a buscar su túnica, pero sólo contemplaba esto de un modo ordinario, con amor sí muy vivo. De pronto me pareció que en medio de la sangre brillaba como un rubí muy precioso a la vez que exhalaba un perfume muy exquisito. Me estuve viéndolo mucho rato y llorando interiormente de devoción y reverencia mezclada con cierta ternura, que no era de blandura de corazón, que me fastidia. Así estaba cuando ví muchos ángeles a los cuales no veía materialmente sino como intelectualmente, que rodeaban aquella sangre para guardarla. Oí, pero no se decir cómo oí, que de entre los ángeles salía una voz que me decía a mí que contemplaba esa sangre con mucho amor: Con una sola gota de ella

puedes comprar lo que deseas. Entendí que ese lo que deseas, era la conversión de los indios o el don de convertirlos.

Entonces, cogí en la mano una gota de sangre y en la mano se me volvió un rubí muy brillante. Luego, teniéndolo en alto, con un fervor indecible, dije: Padre santo tómalala y en cambio de su precio dame el don de convertir los indios. ¡Es sangre de Aquel de quien has dicho que es el objeto de tus complacencias!

Terminado esto, todo desapareció y quedé con una paz grandísima como quien acaba de cumplir un designio de Dios. No tenía ya delante de mi imaginación nada absolutamente. Sentía interiormente mucha paz, un amor reposado y una seguridad grande en la conversión de los indios. Pero le digo padre, esto no me causó extrañeza.

¿Sería Dios en mi alma? ¿Sería una hermosa imaginación naturalísima de mi cabeza? Yo no lo sé pero los resultados, lo que quedó en mi alma, me dejan mucho qué pensar. Además, el desprendimiento que siento de esas cosas y lo poco que me parece que valen, me dejan tranquila. No lo consulté ni entonces ni después, ahora lo advierto.

Exigencia del padre Elías al final del retiro

Al final de los santos ejercicios me exigió el padre Elías que le diera cuenta de cuanto recordara de mi alma. Entonces fue cuando le comuniqué por primera vez lo que me pasó en La Ceja, en aquel tiempo de penas tan duras por causa de la persecución y por asunto de la castidad, que debe recordar vuestra reverencia. Se lo comuniqué porque parece que él quería, una vez más, asegurarse de las gracias que Dios me había hecho referente a esa virtud. Sobre todo como jamás he podido yo entenderle lo que me preguntaba acerca de tentaciones en la materia ésa, cosa que ya me había pasado con otros confesores y leyendo ciertos libros, le referí eso para que por ello me juzgara si sí había sentido o no esas tentaciones de que me hablaba. El no me dijo lo que era el fenómeno de La Ceja, pero sí me aseguró que no era tentación.

Padre, como tengo obediencia del señor Builes de escribir de eso los conceptos de los sacerdotes, dejo constancia aquí de que el padre Elías no me dio ninguno; que vuestra reverencia me dijo que sin duda era que Dios quería con eso hacer como una nueva purificación en el cuerpo mismo para llamarme a castidad más perfecta y el señor Builes, a quien por las

circunstancias tuve que exponerle la cosa después, me dijo que era cierta purificación que había hecho Dios como la de Santo Tomás de Aquino. Así obedezco.

En cuanto a mí, no sé decir nada de esto y no tuve deseo de que dijeran, pues solo vine a exponerlo a los trece años de sucedido, porque jamás sentí la necesidad de saber qué había sido eso. Pero el hecho sí me sorprendió.

Pero, Padre, permítame que le haga una aclaración: no porque no haya sentido las sugerencias de que me han hablado, puede deducirse que no haya tenido conocimiento de ciertas cosas de la vida. Recuerde que ya en 1894 me ordenaron leer el Génesis para enterarme de algo que necesitaba para librar una discípula y para que no me asustara tanto de la vida, y que chiquitica, tuve unos juegos feos que no eran un acto así, pero que no excluyen malicia. De eso me he dolido siempre, pero la casi seguridad de que no ofendía a Dios gravemente, porque quizás no tenía uso de razón, o me faltaba conocimiento del mal del pecado y de la prohibición, hace que viva muy agradecida de Dios. Siento seguridad que desde que conocí a Dios de un modo serio y entendí que se ofendía, dije: No pecaré más y creo que lo he cumplido, excepción hecha de las faltas de fragilidad que no son pocas. En esto creo decir lo que es verdad; pero, padre, como Dios juzga tan distinto, ¿tendré razón? Dios también se refleja en la conciencia, por eso creo que no sea ilusión mía.

Después de esto, el padre me dijo que viviera tranquila al respecto, que reconocía la mano de Dios en este hecho

Después examinó todas las cosas de carácter sobrenatural en mi alma. Digo todas porque le dije las que advertía; pero efectivamente no fueron todas, porque después he advertido muchas que estaban impresas en mi alma y que no las tenía en cuenta. Sobre todo, padre, muchas solo le advertí cuando le di cuenta a vuestra reverencia en Pamplona, en el año de 1924. Pero al estudiarlas, me iba señalando minuciosamente la manera como se efectuaban en el alma y me daba los nombres y el por qué no eran sospechosas. Me había dado a leer en los santos ejercicios, "Las moradas" de santa Teresa, diciéndome que allí encontraría todo lo que le pasaba a mi alma. Verdaderamente si encontré algunas cosas, pero la mayor parte no.

Del mismo modo, algunas de las cosas que pasaron a santa Teresa, no las había tenido yo. Así se lo expresé y me dijo que todo lo de Santa Teresa

no lo podía tener porque en ella dominaron lo fenómenos de la imaginación y que en mí no había reconocido ninguno. Tenía razón porque no le había dicho lo de la Flagelación que quizás será. Que además no estaba Dios obligado a copiar a los unos en los otros y que era tan libre. Pero sí me ordenó que leyera unos libros de mística del reverendo padre Scarmeli.

Tenía profunda repulsión por conocer esas cosas y definir las, pues que para mí no tenía importancia aquello y le dije a ver si no creía preciso eso, que todas esas cosas las daría por el mérito de un padre nuestro bien rezado; pero insistió el Padre en que leyera el libro y le obedecí. Verdaderamente en él pude confirmarme en todo lo que el sabio padre me había dicho.

El afán del padre fue para mí inexplicable; pero sin duda ninguna Dios se lo inspiraba, pues con esto tuve más seguridad de haber sido formada por esta vocación tan extraña a que Dios me destinó y eso naturalmente me ha dado más confianza para la lucha. Todo es medido por un amor misericordioso.

Me mandan que cure a una hermana...

Otra cosa referiré de los tiempos del padre Elías, aunque no recuerdo la época fija.

Cuando llegué de un viaje encontré a casi todas las hermanas enfermas. Una gripe terrible las había reducido a la cama a casi todas; pero había la que aún estaba en peligro y era la hermana María de Lourdes, novicia todavía. (Esto era antes de abrir el noviciado de el Pital). Esta hermanita a pocos días se puso loca terrible; llegó hasta el extremo de desnudarse y de tenerla que amarrar. Los remedios todos estaban agotados y eran ineficaces. Su estado era tan terrible que tampoco pudimos enviarla a su casa porque era muy furiosa. Supe entonces que la abuela había sido loca y que había muerto en tal estado. De modo que por todos lados la esperanza de curación estaba perdida. En lo más recio de la situación entró el reverendo padre Elías y con gravedad me dice: ¡Madre, le ordeno que la cure!

Lo miré pensando que aquello no era cierto y al verme indecisa reiteró la orden terminantemente. Tuve tanta vergüenza de las hermanas que estaban presentes que le dije si me permitía ir a la capilla y de allí obedecerle. Me dijo que como quisiera; pero que de todos modos lo hiciera.

Llena de confusión me fui y acercándome al sagrario sin arrodillarme y sin nada, le dije al Señor: Me mandan que cure a la hermana y yo no puedo curarla, ni desobedecer. ¿Qué hago? Inmediatamente entendí que a los seis días se curaría sin remedio ninguno. Salí y en el camino me encontré con el padre Elías, quien con suma seriedad me dijo: ¿Ya la curó? No, padre, le contesté; dentro de seis días estará buena. Creo que Dios no quiere que se cure hoy mismo. El padre se rió ligeramente y salió.

Mire Dios como saca a los obedientes en hombros, padre. A los seis días, sin antecedente ninguno, la loquita dijo que la soltaran de donde estaba atada, que ya no tenía nada. La desatamos y efectivamente estaba como sin fuerzas, pero en todo su juicio. Había pasado toda es última noche gritando y por eso estaba ronca. La llevé a la cama y a los pocos días de reconstituirse con una alimentación buena y descanso se levantó tan buena que pude mandarla a la Santa Teresa, en donde se necesitaba una religiosa para acompañar a las demás.

El asunto no volvió a nombrarse porque todas teníamos pena de mentarlo. Sólo cuando ella no profesó y se volvía para su casa, porque nos pareció peligroso dejarla, el reverendo padre reclamó y dijo: Yo no mandé curarla para que se fuera a la casa sino para que profesara y fuera misionera. A pesar del claro desagrado del padre, ella volvió a su casa y aún insiste en pedir se le vuelva a admitir. De la enfermedad no ha vuelto a tener ni asomo. Bendito sea el Señor en el lujo de su misericordia.

CAPÍTULO XLVII

- ME PRESENTÉ AL SEÑOR ARTEAGA - DIFICULTADES CON EL PADRE ALFREDO - SE PROPONEN ACABAR CON LA OBRA
- ENTREVISTA CON EL SEÑOR PREFECTO EN MEDELLÍN
- SIMPLIFICACIÓN DEL ALMA

"El agua de todos los mares no podría apagar el amor; tampoco los ríos podrían extinguirlo". Cantar 7, 7

Me presenté al señor Arteaga

Ahora, viniendo ya a los tiempos de la prefectura, apuntaré algunas cosas útiles para que pueda juzgarse lo relativo a nuestra salida de aquella tierra en donde nació la pobre Congregación y para que, de paso, me quede cumplida la obediencia de dejar cuanto se refiere al instrumento de Dios.

Tan pronto como llegó el señor prefecto, reverendo padre José Joaquín Arteaga, de quien algo he dicho ya, le hice las atenciones del caso, lo visité poniéndome enteramente a las órdenes; después fui al confesionario en donde rogué se encargara de la dirección de mi alma y le consulté algunas cosas. El no pareció mal dispuesto; pero tampoco me habló de nada de lo que debíamos hablar. Supe que mientras que yo estaba ausente entró al Murrí y que allí había dejado escapar esta idea: Eso era lo que yo soñaba y estas mujeres me cogieron la delantera. Esto se lo oyeron las hermanas. En la casa no se manejó nada bien con ellas, sin que tampoco pudieran decir, que mal. Algo guardado se veía, pero sumamente disimulado.

En las otras casas se manejó en la visita, bastante menos bien con las hermanas y su oficio, hacía caso omiso de los trabajitos de ellas, para los cuales le consultaban en sus dudas. En la Santa Teresa elogió mucho el almuerzo pero ni una palabra del trabajo misionero, ni les hizo caso a los indios.

En "El Pital", le tenían los indios pequeños, cantos y dialoguitos, lo recibieron tan bien como les fue posible. En todas partes, menos en Murrí encontró muchos indios y conversó con ellos. Digo que sólo en Murrí no, porque allí hubo quien los amedrentara con la idea de un prefecto, instrumento del gobierno civil para llevarlos de soldados. Pero en todas las otras casas, encontró muchos indios.

Pues, después de la visita, salió diciéndoles a todos que no había indios.

Sin embargo, en Medellín, en donde me encontré con él, no me dijo nada sino simplemente que había visitado las casas. En esta vez, creo que nada me dijo ni a favor ni en contra de la Congregación, no obstante haberle consultado muchas cosas. Pero sin duda, Dios permitía que él no nos fuera franco desde el principio, para darnos tiempo de trabajar un tiempcito más por esos indiecitos que tanto le duelen.

Dificultades con el capellán

Después, si no recuerdo mal, se fue a Europa, y mientras tanto, el reverendo Padre Alfredo se orientó en cuanto necesitaba para hacerme todo el mal posible. Desde el principio dije a las hermanas de la necesidad de soportarlo todo, mirándolo como venido de manos de Dios para mostrar-nos lo poco que valíamos, cuando el padre se había encargado de hacérsenos ver, por medio del menosprecio con que nos trataba y trataba todo lo relativo a los indios. Así pasó mucho tiempo.

Después ensayé, cuando ya la hostilidad llegó a hacerme temer por los indios, pues los trataba duramente y les negaba los sacramentos así como a las Hermanas, ensayé, digo, diciéndole al señor prefecto, para que nos dijera cómo habíamos de portarnos. Con toda la ingenuidad del caso y sin amargura ninguna, le hablaba de esto al señor prefecto y siempre me contestaba: no sé lo que deben hacer, porque este padre es malo de corazón y no les perdona que existan. Él lo ha dicho! Y yo no intervengo porque es hacerles las cosas más delicadas y ponerlas en peores dificultades, porque él no me atenderá.

No sabía yo entonces que estaban de acuerdo; pero por majadera, porque ya el padre Luis me lo había dicho, cuando al llegar a Medellín, de la fundación de Uré, fue a visitarme, y con aire de triunfo me dijo que habían puesto en Dabeiba este padre, y que iba a acabar con nosotras. Y él y el señor prefecto habían sido los de los nombramientos. Pero así he sido: nunca se me ocurre darle ningún alcance a lo que tiene lados a juicios malos del prójimo, necesito ver las cosas ya encima y oír el látigo.

Ensayé después hablando con el mismo padre, claramente y comprometiéndome a darle gusto en todo. Menos resultado dio esto, porque se burlaba de mí. Después ensayé ver, si a fuerza de atenciones, amor, respeto y favores, lograba cambiarlo. Menos todavía conseguí. ¡Pues Dios mío! Les dije a las Hermanas que como todo se había de cambiar en conversión

de los indios, trabajáramos con calma soportándole todo sin culpar mucho al padre, pues era instrumento de Dios para purificar la obra. En fin, nada dejé de ensayar para que las hermanas aprovecharan las ventajas que tiene la persecución y para que miraran al padre como un bienhechor.

Creo haberlo logrado en gran parte; pero el trabajo del confesionario, en donde les encargaba a las hermanas, con graves cargos de conciencia, que me retiraran la confianza y aún la obediencia, iba formando una atmósfera de sufrimiento y de falta de libertad terrible. Las hermanas y novicias me querían, como era natural, dadas las condiciones en que estaba y esto ofuscaba al Padre, pues con ese cariño se le frustraban a él sus intentos. Me confesaba con él y me trataba como si fuera un gran amigo.

Llegó hasta hacer pláticas en el noviciado, completamente anárquicas y citarlas para otras en las cuales se proponía probar mi perversidad. Me pidió que reuniera las hermanas para una plática y aunque sabía yo que esa misma mañana les había dicho que esa plática era para probarles mis maldades, le atendí y entraron a la Capilla. al principio la asistí, pero después, viendo que llevaba más de un cuarto de hora repitiendo una misma cosa y disparatada, pues decía que si uno tiene diez pecados mortales, si no se dolía siquiera de uno, no se le perdonaban. Esto lo repetía sin poder decir otra cosa. Creyendo que era que le faltaba valor para decir nada delante de mí, aproveché la oportunidad de haber llamado un indio a la puerta, para salirme. Inútil fue, porque dicen las hermanas que en todo el tiempo de más de una hora, no dijo más que eso, repitiéndolo como a su pesar, pues se veía que hacía esfuerzo por decir otras cosas y no le resultaba.

Pasada la plática, les dijo a las hermanas que como había sentido gente en el corredor, no se había resuelto a decir nada de esa mujer; pero que la tarde siguiente, lo diría todo. Efectivamente, me pidió que le permitiera plática también aquel día. Le reuní las hermanas y no entré a la plática, por acompañar unas enfermitas. Antes de entrar tuve que forzar a algunas novicias para que lo hicieran, pues la mayor parte se negaban a oírlo. No me pareció prudente que no entraran y les hice un poco de fuerza, diciéndoles, además, que no temieran, que si lo que decía era verdad, me gustaba, para pedirles perdón a Dios y a ellas y enmendarme, y si era falso, se le podía probar al padre lo contrario y ya era más honroso para él, pues que estaba en buena fe. De todos modos debían asistir, sin manifestar mala disposición.

Pues aquella tarde, tampoco dijo sino que en París había habido unas religiosas que pedían cuenta de conciencia y que el Papa las había dispersado y destruido. Que había tenido razón el Papa. Cuando parecía que iba

a decir otra cosa, salía con eso mismo, de modo que pasó otra tarde sin hacer sino repetir cosas incoherentes y sin sustancia ni fin.

Padre, esto me he resuelto, dentro de mí misma a calificarlo de prodigioso, pues ¿cómo se concibe que hombre tan resuelto y poco discreto en lo del hablar, no se hubiera resuelto a decirles nada, ni siquiera lo que les decía en el confesionario?

¿No le parece muy semejante a lo de Balaam que hablaba lo que no quería y dejaba de maldecir al pueblo de Dios, como se había comprometido?

Se proponen acabar con la Obra

Mientras tanto, los demás padres hacían su labor en Frontino, en Medellín y donde quiera que iban, ya con el ridículo, ya con la interpretación torcida de todos nuestros actos. En fin, padre, bien se veía que eran instrumentos de Dios para purificar una obra de su gloria.

Supe que los padres habían hecho como una especie de plan para los trabajos del año y que habían puesto un solo viaje anual al Murri y cada cuatro meses a Rioverde y Santa Teresa. En ello dizque se proponían procurar la destrucción de la Congregación, pues suponían que así se iban cansando las hermanas y volverían a la casa, con lo cual, la Congregación se acabaría por consunción. Esto lo comunicaron ellos mismos a algunas de las hermanas y éstas me lo dijeron. Esperemos a ver qué camino nos abre Dios, para evitar ese mal. A la vez, uno de los padres hizo una correría por diferentes pueblos sembrando por donde quiera una atmósfera de terror, a la vez que anunciaba la próxima destrucción de la Obra diciendo que era el señor Prefecto quien deseaba salir de las Misioneras, pero que la única manera de salir de ellas era hacerla morir por falta de recursos y atenciones espirituales.

Verdaderamente, padre, iban muy acertados, porque ¿qué cosa mejor para morir un cuerpo que quitarle su aire de vida? Sin embargo, no me alarmé demasiado, porque aún no había vuelto a hablar con el señor prefecto. Además, en el noviciado la tarea de infundir sospechas en el confesionario acerca de mi persona, de autorizar la desobediencia, haciendo ver que no teníamos autoridad legítima, de tratar con cierto desprecio muy marcado las observancias de las reglas, al indicarles a las novicias otras comunidades a donde podrían entrar con muchas ventajas y hasta ofrecer-

les dotes; hacer las exploraciones canónicas de un modo incorrecto, como para obrar en el ánimo de las exploradas, para desanimarlas y obligarlas moralmente a no hablar como deseaban, etc. Todo eso hacía ver que el desastre estaba encima.

No podía comunicarme con el señor Crespo, que era el único recurso que me quedaba porque las cartas llegaban hasta Frontino y de allí se perdían. Esto, por fin, llegó a conocimiento del señor Crespo, quien bien hizo que las cartas de él me llegaran bajo cubierta para otra persona y las mías salían también dirigidas, a distinta persona del obispo de Santa Rosa.

Por entonces, jamás llegué a sospechar que esa correspondencia fuera desviada por los padres y reñí a una hermana que lo supuso; pero ahora después de mucho tiempo, tengo razón clara y justa para pensar que sí se resolvían a tal cosa. Dios les haya perdonado en atención al mucho bien que aquello ha hecho en nuestras almas, pues sufrir es siempre una ganancia.

En tales circunstancias, vine a Medellín a verme con el señor prefecto que acababa de llegar de Europa, de un viaje que había emprendido furtivamente, según entiendo, debido a un disgusto con los padres que le negaban servicio en malos climas. El viaje fue hecho con gran misterio, por lo cual tampoco sería raro que algo relativo a nosotras lo llevara. Uno de los padres, sí me dijo después que de paso por La Habana pensaba arreglar la traída de unas hermanas negras, fundadas en Centro América hacía poco y que las llevaría para su prefectura, en nuestro lugar. Lo oí sin pensar que me notificaba, pues siempre pensaba que al señor Prefecto le correspondía notificarme, pero claro que siempre era dato útil.

Entrevista con el señor prefecto en Medellín

Vine pues a Medellín y en entrevista especial, le dije al señor Prefecto cuanto tenía y lo extraño de la conducta de los padres, para lo cual le rogaba a él que tuviera la caridad de advertirme del motivo que los padres podían tener para ello, pues que estaba dispuesta a arreglarlo todo y no hacerlos sufrir más. No me contestó nada a este respecto.

Después le dije: le he oído muchos planes para la organización de la Prefectura, pero aún no me ha dicho lo que piensa con los indios catíos y con nosotras. Le ruego me diga. A esto contestó: Mire, indios catíos no hay en la prefectura y en cuanto a ustedes... Umm, y un gesto.

Ya me han dicho que su resolución es dejarnos perecer por falta de sacramentos y que por eso, los padres no irán a Murrí sino cada año. ¿Verdad? Pues yo no los obligo a lo que no quieren, me contestó.

¿Y en qué se funda ilustrísimo señor, para querer y necesitar salir de nosotras? Creo que tendrá la caridad de serme franco, en vista de mi buena voluntad y de que Dios ha querido que estemos allí desde hace varios años.

Pues es que ustedes quieren ir delante de nosotros; usted funda sin licencia de los superiores y así es imposible, me contestó.

Vamos por partes ilustrísimo señor, le dije. He sabido que los padres dicen lo mismo; pero jamás he podido que me señalen algún caso, para arrepentirme y corregirme, pues eso me parece pecado y sobra de soberbia. Vuestra señoría no pudiera decirme, ¿en qué he ido delante de los padres? Pues no lo sé, pero va adelante y se mete a donde ellos no pueden ir. Lo comprendo ilustrísimo señor, porque los padres se han asustado mucho siempre, de que no tengamos miedo de ir a malos climas, pero no creí que era ir delante de ellos, porque ellos no estaban comprometidos a seguirnos. Los señores obispos, me han mandado hacer las fundaciones en malos climas y luego les han rogado a los padres que entren a Murrí, pero no los han obligado. Además, ahora que vuestra reverencia es la autoridad, no tengo por qué ir a donde los padres no quieran ir, iré a donde vuestra señoría me indique y mande.

En cuanto a lo de fundar sin licencias, puede vuestra señoría, verlas todas en el archivo de la Congregación, cuando lo quiera.

Esto último lo sorprendió y me dijo: ¡pero si me han dicho los padres que a Murrí y a Uré los fundó sin licencias! Puedo mostrárselas y puedo hablar con los señores obispos dueños de ellas. Y entonces, ¿por qué dicen los padres eso? Eso si no lo sé. Como tampoco sé por qué ha ido esta misma semana uno de los padres a decir al señor inspector provincial que nos quite las escuelas que no hay más de dos indios, en cada casa misionera, siendo que él y todos los padres han encontrado muchos indios en las casas cuando han ido. Esas son cosas inexplicables. Además, vuestra señoría visitó las casas y en ellas había muchos indios y dice que no hay catíos. ¿No ve que son cosas trabajosas de entender? Además, ¿cuántas veces han ido los padres a las tierras de los indios y los han visto? No ve ilustrísimo señor, ¡que hay muchas cosas que no se entienden! Sin embar-

go, no quiero entenderlas sino trabajar. Ver que vuestra reverencia me hable francamente y si puedo llegar a complacerlo, someterme a todo aunque sea a la persecución incorregible de los padres, con tal de contar con su autoridad y su cuidado. Si esto no consigo, con dolor de mi alma, sacaré la Congregación de la prefectura. Pero antes quiero que quede muy convencido de mi buena voluntad y de que si hace el estudio de todo, verá que no tengo todas las culpas que los padres dicen.

A todo esto se volvió para un lado como a escribir. Pasado un momento, me dijo: los padres no quieren acompañarme a Turbo, porque no quieren ir a malos climas. Estoy muy solo, pero no importa, estoy resuelto a irme solo...

Entonces le dije: Y las hermanas negras que deseaba conseguir en Cuba, ¿no vienen? No, me contestó, me informaron poco bueno de ellas y no resolví traerlas... pero dígame, ¿ustedes me acompañan al Golfo? Por qué no, ilustrísimo señor. No tenemos límites para nuestro trabajo, siempre que vamos con los superiores, es decir con su licencia.

Con esto cambió completamente de semblante y me dijo: Pues mire, así sí seguiremos muy bien. Váyase a Dabeiba y esté prevenida para que cuando yo le telegrafíe de Turbo pueda mandarme unas hermanas muy buenas, entre las cuales vaya una muy entendida y de buen talento, para que podamos ponerles los puntos a los indios cunas que son supremamente recelosos y así es necesario conocer algo de estrategia.

Naturalmente todo quedó pactado con una complacencia de mi parte, y si he de decirle francamente, padre, de él también. Pero eso había de ser un golpe terrible para los padres, pues habían negado la compañía al señor prefecto, para que, aislado y solo, se confesara impotente y entregara la prefectura, pues ellos no la querían por el temor de ese trabajo misionero de abnegación que los comprometía a ir a malos climas; así me lo habían dejado comprender. Quizás por eso mismo procuraron que se desengañara del todo de nosotras, para quitarle al señor prefecto ese apoyo que le supliría e impediría que tuviera que echar pie atrás. La pagáramos más tarde, pero como por lo pronto no lo vi, estuve tranquila.

Simplificación del alma

Todavía tuve confianza suficiente para llamar al señor prefecto al confesionario y darle cuenta de mi alma, como si nada hubiera. Bendito sea

mi Dios que me dio serenidad para cumplir la obediencia siempre, por encima de todo. Ya recordará que, para ponerme bajo la dirección del señor prefecto, tenía mandato del reverendo padre Elías. Además, si era mi superior en lo exterior, no había inconveniente y quizás sí conveniente en que lo fuera también en lo interior.

Me dio una respuesta que me hizo conocer lo muy bien que me había entendido. Le dije que notaba que todo en mi alma, hacía muchos años que se había vuelto uno que por ejemplo, el examen y la oración no eran cosas distintas, ni lo eran el trabajo y la oración y que, además, todos los sentimientos como que se me confundían en uno solo, así como los deseos que tampoco eran distintos de cierto estado de oración muy íntima. Me contestó que era eso una especie de simplificación del alma, que era como el colmo de las gracias precedentes, que no desconfiara de ese estado que era muy lógico tratándose de la acción de Dios en el alma. Me dijo además que todo lo que le había dicho correspondía perfectamente a ese estado de simplificación sobrenatural.

Como mi interior me daba testimonio de lo mismo, vi en esto que me entendía y veía muy claro en él.

Entonces, padre como este conocimiento de mi interior me hubiera iluminado de un modo especial, entendí el por qué, el cómo se simplifica el alma, al calor del trabajo divino. Por eso aquello de "Una sola es mi amada" del Cantar de los Cantares, me parece el resumen de esa verdad. El trabajo de la gracia, primero se complica mucho en el alma, por los afectos y pasiones que, o debe enderezar, o corregir, o suprimir. Pero luego que el Espíritu Santo puede soplar en soledad, es decir, en un alma pacificada, su aliento es uno y excelente, que produce tal unidad en todo que se ve como obligado a decir, a manera de cántico de triunfo: Ahora sí ya "Una es mi amada, una mi paloma, una mi hermosa".

Y es natural, la gracia va retratando su ser y ella es Una con una unidad deslumbradora, pues es participación de la misma naturaleza de Dios. La multiplicidad encierra en sí algo parecido a una imperfección, a mi modo de ver, por eso lo perfecto tiende a la unidad. Por eso el amor unifica la unión más eminente, cuya coronación es la visión beatífica. Así en el cielo, el alma puede cantar un cántico como el de los Cantares: "Uno es mi amado. Téngole y no le dejaré" eternamente..

¡Cuántas veces, padre, en mis amistades con las Personas Divinas, he podido sentir cómo la unidad de Dios, resalta más hermosa en la Trinidad

de personas y cómo es más Uno porque es Trino! Pero cómo reducir a expresión humana el más bello concepto que de Él nos dan los teólogos, aunque los demás, sean lo mismo. Por eso, a medida que el alma se acerca a su Objeto, a su Amado, va revistiéndose de cierta simplicidad que la hace bella y por la cual la distinguen los ángeles como próxima invitada a la unión celestial.

Lo muy parecido se inclina a su semejante. Por esto debe ser como irresistible la fuerza con que Dios se inclina a las almas que llegan a simplificarse en la tierra y debe ser lo que con las almas del Purgatorio, lo mueve a atraerlas cada vez, con más fuerza. ¡Oh simplificación la del Purgatorio! ¡Allí sí que se unifica, se consolida, en unidad, por decirlo así, padre, el alma al purificarse! Porque qué es purificarse, sino dejar toda composición con el mal adquirido, en ser de un mismo amor, aspiración o deseo?

Purgar la cosa es quitarle todo lo que entre en ella y es como distinto de su naturaleza o de sí misma. Así se purifica el azúcar, quitándole, por destilación, todo lo extraño de ella, que haya en su composición. De modo que purificada el alma, queda simplificada y entonces el Espíritu Santo reconoce la obra de su amor en aquella Única y como por imán la atrae a Sí...

Esto, padre, no sé lo que tenga o diga en las enseñanzas de los teólogos, pero sólo digo muy imperfectamente, lo que he sentido.

Por eso en aquella entrevista con el señor prefecto, tuve la gracia de ver aprobada una cosa que no había expuesto antes, por no haberla advertido ni hallado los términos para decirla.

¡Ya ve, padre, cómo es Dios con mi alma! ¡Para darme sus gracias y sus luces, no le importa valerse de un enemigo! ¡Por eso yo he de bendecirlo eternamente!

CAPÍTULO XLVIII

- SALIDA PARA PUERTO CÉSAR - NAVEGANDO EN EL RIOSUCIO
- ENCUENTRO CON EL SEÑOR PREFECTO - LLEGADA A PUERTO CÉSAR - AMBIENTE DEL GOLFO - AGONÍAS POR LOS KUNAS
- PRIMERA VISITA A LOS KUNAS - TRISTE NOTICIA DEL RECHAZO
- SUPE QUE DIOS NOS LLEVARÍA A TRABAJAR CON LOS KUNAS
- LE CONFIABA MI ALMA AL SEÑOR PREFECTO - QUISE OFRECERME COMO VÍCTIMA - MI OFICIO EN PUERTO CÉSAR
- LA REGLA CARMELITANA COMO BASE DE LAS CONSTITUCIONES

"Todas las gentes, cuantas hiciste, vendrán y te adorarán, Señor y glorificarán tu nombre". (Sal 85,9)

Salida para Puerto César

Ahora, para seguir el hilo de las cosas, continúo.

Cuando los padres supieron que el señor prefecto había arreglado con nosotras, naturalmente les fastidió mucho; pero quedaron con la ilusión de que no fuera verdad y como además, el señor prefecto no salía de Frontino, de acuerdo con ellos, no procuraban influir en su ánimo. No la llamará el prefecto me decían, pero como si yo no oyera continuaba arreglando el viaje de las hermanas.

Mi madre creyó conveniente que yo acompañara a las hermanas de la fundación del Golfo, ya que se trataba de campo muy distinto y de ver si así el señor prefecto quedaba nuestro amigo. Pero aunque se veía que no, a ella se le ocurría que podía ser aquello que tanto anhelábamos.

No tardó el señor prefecto en telegrafiamos que saliéramos. Dejando las casas en condiciones de pena terrible, con las cosas del reverendo padre Alfredo y con una atmósfera casi infernal, levantada por los padres de Frontino y sus cercanías, contra nuestro trabajito y labor, así como contra la Congregación, partí dejándole a Dios todo el cuidado de ver que las hermanas tuvieran fortaleza y que las novicias no se me desbandaran.

Tuve que llevarme a la madre del Santísimo, a la San Benito y dejar la casa en manos de una muy joven y el padre, que se creía dueño y señor de todo. No necesité poco espíritu de fe para dejar a estas amadas hijas en tales condiciones; pero ¿qué cosa no hará Dios en el alma que confía? Ya

en los días del arreglo del viaje se convenció el reverendo padre de que sí era verdad que el señor prefecto nos llamaba y cambió mucho con las hermanas y aún conmigo; parecía un fundador decididísimo con todo. Esto he observado siempre en estos espíritus tenaces que hasta aflojan, cuando les parece que aflojando, consiguen su intento.

Salimos adelante las hermanas María San Benito, María San Juan y esta servidora. Las otras irían después según se indicara.

Atravesar esos ríos y barrizales que separan a Dabeiba de Pavarandocito, fue cosa terrible, pues íbamos en completo invierno. Sin embargo, ya este camino estaba bastante mejor que como lo habíamos atravesado en nuestro primer viaje a Pavarandocito. Una sola posada tuvimos en un rancho inhabitado y no fue del todo malo. Para mí, padre, estas son las mejores, pues no sé por qué me siento más fervorosa y llena de Dios en estos ranchos. Tanto que esta noche no quise perderla durmiendo y mientras que las otras dormían, hice mi oración de la mañana, para mientras ellas las hacían al amanecer, poder salirme fuera a disfrutar de la soledad de aquellas selvas y lo hermoso del río Bedó, que convidaba a bendecir a Dios.

¡Ay! Padre, cuando hablo de estas tendencias de mi alma, pienso que si yo hubiera nacido en tiempos de anacoretas, lo habría sido. No sé por qué se me impone Dios, siempre, tanto en medio de las selvas, ríos, mares etc.

Navegando en el Ríosucio

En Pavarandocito encontramos ya un poco de espíritu cristiano, gracias a la influencia de una niña que había estado allí de maestra. Dios bendiga y conserve a los buenos maestros.

Seguimos en canoa por el Ríosucio hasta su desembocadura en el Atrato. ¡Pero aquella navegación fue de todo lo terrible lo más terrible! En casi toda la extensión del río, las orillas son lodazales que infunden tanto miedo como el río mismo, si no mayor. Son aquellos lodazales extensísimos lo cual hace que quien arrime a ellos no encontrará tierra seca, sino leguas más allá. Además son hondísimos, en una palabra, no hay para qué contar con la orilla, de modo que si la canoa flaquea, sin remedio se tiene que perecer.

Esto explica nuestras angustias de una tarde y noche. Ya desde la media tarde comenzó la canoa a traquear cual si fuera a rajarse de largo a largo. ¡Dios mío! Pregunté al boga si era frecuente que las Canoas se quebraran

así y me contestó con la cara más disimulada del mundo: Eso sucede cada rato. ¿Dios mío! ¿Y esta canoa tan vieja se romperá?

- Pues... ello es fácil porque esta canoa es muy vieja... antes desde que yo taba chiquito la conojo.

¡Buena noticia! La tarde era bellísima y el río estaba tan sereno y como baja por un plano demasiado horizontal, forma como calles inmensas en las cuales uno tiene que preguntar si se mueve el río. ¡Todo era hermoso! Pero en aquel silencio, en aquella soledad, pues sólo nosotras viajábamos por aquel río, se oía sólo el paj, paj, del canaleta y entre paj y paj un traquido seco de la canoa...

¡Dios mío! ¡Los nervios más fuertes tiemblan en estos casos! Al principio, viendo que no había remedio y que el boga decía que para llegar a la única orilla seca del Ríosucio en todo aquel trayecto, era necesario navegar varias horas, determiné que, pues no había remedio, cantáramos. Emprendimos cantos místicos y sobre todo la "Bendita sea tu pureza" que la hermana y todas preferíamos. Una de las hermanas, la hermana San Juan cantaba muy bien y aquello resultaba muy conmovedor. Cuando esta servidora cantó, las compañeras no se rieron ni se estremecieron de la herida que el oído recibía. Todas cantábamos y cantábamos... y aquellos traquidos cada vez se hacían más frecuentes. Recitamos versos, rezamos... y los traquidos aumentaban... ¡Dios mío! ¡Cuánta confianza se necesita para esperar una hundida y estar serena!

Pero como no hay plazo que no se cumpla, de pronto divisamos la anhelada orilla seca. Era casi de noche. La tal orilla era un pedacito muy pequeño, rodeado hacia adentro por una selva tremenda, en donde bramaba el tigre a aquella hora y en donde tenía, sin duda, su guarida, pues el boga decía que siempre se oía y que por eso no entraban jamás en sus viajes dentro del monte.

Pero así, fue para nosotras aquel campito, como una resurrección. Cuando saltamos, observamos la canoa y verdaderamente estaba muy adelantada una rajadura que tenía. El boga sólo dijo que estando así podía durar algo o romperse pronto. El hombre era como un animal que por nada se conmovía.

Inmediatamente procedió el boga a hacernos un ranchito en donde pudiéramos pasar la noche. Los encauchados fueron las pajas que formaron el techo y sobre una camita de palos nos tiramos dentro de aquel pajaratico*, cuando ya cerraba la noche que fue oscurísima. Este sitio queda frente a un caño que lo llaman el Brazo de la Madre, negro como boca del lobo.

Aquello de asomarse a las siete de la noche, a la orilla del río, era cosa de terror. Aquellos dos ríos, pues el caño era tan grande como el río, negros, serenos, en medio de unos inmensos lodazales, en una naturaleza triste y monótona. Aquel silencio más que sepulcral, en medio del cual y de tiempo en tiempo, se oía el aleteo acompasado de un caimán! ¡Dios mío, que terror infundía aquello! Pero esto fue nada si se compara al que tuvimos poco después. Cuando nos tirábamos en nuestro rancho, sentimos fuerte olor a culebra. Entrábamos olfateando, cuando alcanzamos a ver en un matorral vecino al rancho, una grandísima. Llamamos al boga, que ya se nos había retirado a hacer su rancho, a algunos pasos. El vino, la vio y luego con la misma impasibilidad de siempre, dijo: Yo no me le aviento a ese animal porque me mata. Llamamos al niño que le acompañaba y éste sólo logró hacer mover al animal en dirección a nuestra camita. Se metió bajo los palos que estaban sobre el suelo, como unos diez centímetros y allí se acurrucó. Encima caímos nosotras a dormir...

Calcule padre si aquello sería sueño. Apenas sentíamos que debajo de nuestras espaldas el animal respiraba recio o se volteaba, moviendo, al rozarse con el palo, todo nuestro aparato de cama. La madre San Benito dijo: no hay temor; el animal cabe allí y no ha de molestarnos porque así está arreglado. Por esto pude comprender que las hermanas entienden lo de Murrí, para todos los animales y como yo nada puedo asegurar, dejé la cosa así.

Nos tiramos dizque a dormir; pero el calor, el zancudo y la cabeza, juntamente con el aleteo frecuente del caimán que crispaba los nervios, por más que él en sí no presentaba peligro de ninguna clase, no dejaban dormir.

Por mi cabeza pasó algo como una pesadilla: Mi pensamiento no se podía sosegar porque, al fin había de amanecer y ¿qué haríamos con aquella canoa? Tan pronto me parecía que nos resolvíamos a seguir en ella y que a poco de andar... se partía en dos astillas... y ... nosotras al fondo... Veía cómo el caimán se cogía las dos hermanas... cómo le chasqueaban los dientes, los huesos... los tumbos de sangre que el río levanta... después... todo silencio. Pero a mí no ha logrado cogerme; muy cansada y como pude, mientras el caimán se comía a las hermanas y a los bogas, yo llegué a la orilla del río, del lado opuesto al que estábamos... atolada en aquel lodazal logré subirme a un árbol y... allí... qué soledad !Dios mío! Ni en veinte días pasaba nadie...yo moriría de hambre... caía al río y... a la barriga del caimán... de todo modos era completa la destrucción, nadie llevaría noticias a ninguna parte, nadie sabría...¿Y la Congregación? Dios

mío, la suerte de los indios... todo, todo se me venía desgarrador... Quería dejar ese pensamiento y parecía nacido en la cabeza, porque por más que rezara o hiciera otra cosa, el tenaz, fatal pensamiento, estaba allí torturador con todas sus imaginaciones. Dios mío!!! ¿Qué cosa será la locura?

Llegaron las doce y nos sentamos a rezar los salmos. Las tres habíamos creído que dormíamos porque cada una ocultaba su desvelo; pero allí con la exclamación de: ¡Gracias a Dios que ya son las doce! Vimos que todas estábamos en lo mismo. Sin embargo, las otras dos no tenían sueño pero no estaban en pesadilla.

Después del consuelo de los salmos, les referí a las hermanas mi delirio y nos reímos. Una de las hermanas, muy resuelta, dijo que lo que no la dejaba dormir a ella, era el calor y movimiento de la culebra, porque le quedaba inmediatamente debajo de la espalda, debajo del palo de la cama. La otra estaba preocupada por el tigre y la soledad; pero no tenía una impresión muy fuerte por lo de la canoa. La madre San Benito me confortó, diciendo que por la mañana ella misma desataba el equipaje y que con todos los lazos de él, más los bejucos que encontrara a la mano, amarrábamos muy bien la canoa para que quedara como zunchada y resistiera el viaje.

Con esto me tranquilicé, no sin proponerle que nos quedáramos en aquel monte sin provisiones y sin nada y mandáramos los bogas hasta Ríosucio para que trajeran otra canoa, pero ella me hizo ver que aquello sería asunto de por lo menos cuatro días, y que allí no era posible pasarlo sin morir. Verdaderamente, no había otro remedio que seguir en nuestra deleznable embarcación, en manos de Dios.

Con esto me calmé y pude dormirme un rato que me confortó mucho.

Al día siguiente, a la claridad de la luz, ¡Dios mío! ¡Qué distinto estaba todo! No había terror para nada. Con una sola atadura que le pusieron a la canoa me sentí segura. Todo había pasado en mi cabeza solamente. Recordé lo que se llama locura y me pareció tan cercano a lo mío de aquella noche, que pensé que lo estuve ¡Dios mío! ¡Qué enemigo tan formidable es una imaginación caliente y sofocada!

Al levantar nuestros encauchados salió también el animalito, nuestro compañero de aquella noche, deslizándose por la maleza y se perdió sin que le hiciéramos el más leve agravio. Además, era tan grande que el sólo intentarlo nos habría costado caro.

Nos embarcamos con un ánimo delicioso. La mañana era bonita y el río convidaba para cantar las alabanzas de Dios. ¿Por qué en la noche del delirio, la idea de Dios no me servía como siempre? ¿Querría Dios mostrarme como era yo sola? Quizás. A cualquiera se le ocurrirá que tenía fiebre pero no, iba muy sana.

Ya como a las dos de la tarde llegamos a Bocas del Sucio y se nos presentó el Atrato, grande, grande, tragándose el Sucio como quien se toma un sorbo. Al tragárselo forma un remolino que dicen que se traga muchas canoas, todas las atrevidas que se le pongan encima. Nuestro boga era conocedor del peligro y supo evitarlo. ¡Gracias a mi Dios! Allí ante el Atrato, entonamos un salmo mientras nos acercábamos al pueblo de Riosucio (Chocó), que queda cerca a las Bocas. Las gentes del pueblo se agolpaban a la orilla del río, por ver la novedad de las que llegábamos; con mucha simpatía nos miraban y remiraban. Al fin nos llevaron a una casa en donde el señor prefecto había dejado recomendación para que nos hospedaran. Esta familia, lo mejor de Riosucio y que sin embargo apenas tenían el nombre de cristianos, pues una población sin sacerdote permanentemente no da garantías para tener una fe casi ni mediana, nos recibió con la mayor atención y hubimos de esperar quince días para aprovechar una embarcación que periódicamente iba de Cartagena a Quibdó, pasando por Turbo.

Mientras tanto tuvieron fiebre las dos Hermanas y pasamos dificultades, debido a un alojamiento difícil para manejar enfermos; pero no nos faltó la caridad de la buena familia Quejada.

Como no es posible que el demonio duerma, allí un negro viejo y majadero, escribió pidiendo en matrimonio a la hermana San Juan. Viendo que ella se portaba bien, no me inquieté. Además, ya vivía preparada para esas cosas, como recordará, padre, en lo que digo antes; sin embargo sí hice más intensa la vigilancia y sobre todo ya no estuve contenta con la demora en Riosucio, pues esas cosas siempre fastidian.

Encuentro con el señor prefecto

A los quince días llegó el señor prefecto que venía a llevarnos, tan paternal y amable como un verdadero padre. Mientras el buque fue a Quibdó y volvió, esperamos unos seis días, de modo que nuestra permanencia en aquel pueblo no fue corta; pero ya después de que vino el señor prefecto, la situación cambió mucho y además, con la Santa Misa y la Sagrada Comunión, aquello resultaba admirable.

Allí volví a hablarle algo al señor Prefecto, referente a mi interior, pues no quería que él se desentendiera de la cosa, ni viera cambio en mí de ninguna clase. Y verdaderamente, en esta vez sí sentía necesidad porque había en mi alma un anhelo, un como afán incomprensible y mucho miedo a ciertos momentos, en que parecía que me encendía en un dolor amoroso y muy grande; pero al que yo no recibía sino muy remisamente, por miedo a sus efectos. Era así como si Dios me pidiera que me entregara resueltamente al amor y como si yo no quisiera hacerlo, por miedo a morirme de dolor. Y tenía como avenidas de amor tan dolorosas, que me mostraban como impotente para recibir un amor mayor, sin morir.

Esto, padre, me lo explicó el señor prefecto muy bien y me dijo que no tuviera temor de ninguna clase, que me entregara al amor sin medidas, que en el alma había fuerzas increíbles para sufrir y que aunque Dios tuviera que crearlas cada momento, lo haría.

Mire, padre, me da vergüenza escribir esto, porque cualquiera al leerlo, ha de creer que soy un serafín; pero sin dejar de ser verdad lo que me pasa, estoy muy lejos de tener ese amor así. Es que de tiempo en tiempo, parece que Dios me pidiera algo, que no acierto a saber qué, y se manifiesta por acrecentamiento de amor muy grande y sobre todo muy doloroso.

Cumplí en aquella vez lo que el señor prefecto me dijo; y me entregué, hice actos positivos de entrega; pero siempre en lo íntimo del alma, dominaba ese miedo al sufrimiento que el amor así, trae consigo. Sin embargo descansé un poco y quedé tranquila.

Llegada a Puerto César

A los seis días tuvimos ya el buque que regresaba de Quibdó y pudimos salir para Turbo en donde nos esperaban ya con afán. Llegamos a las ocho de la noche y ésta era oscurísima. Teníamos que bajar del buque a una canoa en pleno mar, de donde resultaba un peligro. Además, no sé por qué, este buque no tenía libre la salida, porque tuvieron que bajarnos por un costado, desde una baranda muy alta, con una escalera también incompleta, lo cual hacía aquello bastante poco decoroso y muy expuesto a una caída al mar. Sin embargo, el señor prefecto, con algunos pasajeros nos arreglaron, de modo que salimos del trance, sin peligro.

Nos hospedamos en una casa amiga del señor prefecto y al día siguiente, en una canoa, nos fuimos a Puerto César que era nuestra residencia.

Instaladas en Puerto César en donde no teníamos más que hacer que atenderles a los padres, eran dos, y a los pajes y bogas. Ellos estaban en una casa separada de la nuestra por un pasadizo. Eran unas buenas casas hechas por una compañía alemana para sembrar banano; pero que con la guerra había fracasado la empresa y todo lo habían dejado abandonado.

Ambiente del golfo

El día de nuestro amado patrono San Benito José Lavre, se colocó el Santísimo Sacramento en aquella capillita de Puerto César, a la orilla del mar, de modo que en nuestras visitas podíamos estar refrescadas por los aires del mar, cuando este gigante quería darlas, digo, porque otras veces nos asfixiábamos.

Esto de la colocación del Santísimo por primera vez en una capilla, es muy significativo en donde se quiera; pero cuando es una región, que como Puerto César está a orillas del mar y rodeada de paganismo y pecado por donde quiera, la cosa tiene encantos especiales y despierta dolores únicos. ¡Dios mío! ¡Allí todo es bello!

Aquel golfo casi en borrasca permanente, que se cambia de color en todas las horas del día; sus horas de mansedumbre, aunque pocas, son lo más caluroso y terrible, en cuanto a que ni siquiera hay por donde mirar, porque donde quiera se presenta éste, como inmenso espejo que hiere las pupilas como fuego. Pero lo que tiene de mortificante ese mar, cuando está sereno, tiene de agradable, cuando en borrasca levanta sus olas majestuosamente o alborota vórtices que infunden pavor. Viene entonces un aire delicioso y todo se cambia; la vista ya no sufre y todo se pone como si se hubiera transportado uno a un edén. Luego, aquella variedad de aves acuáticas, de peces y ballenas o tiburones que aunque peligrosos, no dejan de ser muy curiosos, y qué decir de las miríadas de enormes cangrejos, que en ordenadas filas atraviesan el golfo o lo rodean, según que vayan a poner o estén ya sazonados para brindarles a las gentes alimento sustancioso? Y los pescadores con sus cantos y las lanchas con mercaderías? Y ese cielo de Puerto César que hace pensar en las auroras boreales, tan pronto como en infiernos de llamas o pinces de luz y colores? ¡Dios mío! Qué naturaleza aquella.

Sólo el hombre que tiene ese destello tan hermoso de la razón, que puede mirar al cielo y que es dueño y poseedor de estas bellezas naturales, es feo en aquella región, todos absolutamente todos, son negros descen-

dientes de africanos. Sucios, malos e inciviles. Todos inspiran miedo y compasión. Aquellas almas parecen inabordables y miran a los que van, como inferiores a quienes no temen, pero a quienes profesan un desprecio excepcional.

Ya el señor prefecto, cuando fuimos, había hecho algo por ellos; pero no se dieron por entendidos y despreciaron cuanto él les dijo. Decían la Santa Misa todos los días, los dos padres, el uno para el otro; invitaron para pláticas y sermones... ¡Dios mío! Como si nada hubieran dicho. Nadie apareció... Se les preguntaba por qué no iban a la iglesia, es decir, al ranchito que se llamaba así, y sólo miraban con extrañeza. El que más contestaba, que estaba ocupado, que iba a pejcá, es decir a pescar.

Aquello era una desolación. De los pueblos vecinos la perspectiva no era más consoladora. Todo pecado, dolor y miseria y... ¡Dios de mi alma! ¡Qué lejanía tan horrible de la verdad! ¡Qué espantosa desolación! Nadie tiene a Dios en la cuenta para nada, nadie evita ni aborrece el mal.

Aquel nidito de cinco personas alrededor del Santísimo, en Puerto César, debía verse desde el cielo como una estrellita, perdida en un fondo negro. Y acordarse uno que a pesar de todo, no ama lo suficiente y que aún ese grupo dejaba mucho que desear en el amor y reparación... las horitas que pasábamos en la capillita eran para mi alma como la quinta esencia del dolor y la amargura.

Salía a aquellos corredores, desde donde se divisaba todo el contorno del golfo, que es inmensamente grande, es un mar cuyas orillas opuestas apenas se alcanzan a ver, en ciertas horas de mucha calma y sin nubes. Miraba digo, en redondo, toda aquella tierra en una desolación, en una lejanía de Dios tan terrible, que me parecía que ese mar debía ser de lágrimas. No gritaba porque no me atrevía; pero tenía que entrarme para no hacerlo. Quién puede medir lo que de dolor guarda un alma que ve por todas partes a Dios desconocido, ofendido y pospuesto y sólo ve un sagraio tirado en una orilla que pasa desconocido, inadvertido, de almas que ha rescatado y por las cuales vive en un encierro y olvido, que hace brotar las lágrimas con solo recordarlo! ¡En fin, padre, suponer lo que sufrí en aquel tiempo, es imposible!.

Nos empeñábamos en arreglar aquel altarcito lo mejor posible. El señor prefecto era muy aficionado a la caza y un buen tirador. Pues, frecuentemente se aparecía con pelícanos muertos, que había logrado matar en su vuelo. Les sacábamos la piel, luego las secábamos y de las más bonitas le

hicimos conopeo al sagrario, rodeado de plumas de garza, fruto también de la escopeta de los padres. Así poníamos al servicio de Dios, algo de lo mucho que lo rodeaba y que no podía llegarle, porque su camino que es el hombre, era indiferente y lo había sido por siglos.

Venían de las poblaciones del río León, gentecitas a coger cangrejos a las orillas de Puerto César y salíamos a revisarlas y a atenderlas en la esperanza de que halláramos alguna alma interesada en aprender algo pero la desilusión era mayor. Procedente de Cartagena iba frecuentemente un barquetón que permanecía en Puerto César todo el tiempo necesario para llenarse con carga traída de Currualo, caserío distante dos leguas de Puerto César. Salíamos al muelle para ver si entre aquellos cartageneros encontrábamos fe y... oh Dios mío, nada absolutamente. Los llevábamos para obsequiarlos en la casa, a fin de ver si los atraíamos al bien y llegamos a invitarlos a que entraran a la capilla diciéndoles que allí estaba el Santísimo, como si fuera la cosa más común para ellos. El Santísimo, dijo uno: El Santísimo es el santo de devoción de mi suegra y lo quiere tanto que lo mantiene siempre en una mesita al pie de su cama. ¡Qué desconsuelo! Aquel que se creía el hombre más devoto, nos salía con que su suegra tiene el santísimo en su cama. Dios mío. En fin, les dije a las hermanas que viéramos a ver si era posible establecer unos catecismos así ocasionales, siempre que vinieran las gentecitas o pescadores de Turbo o de otras partes.

Por supuesto que antes hablé con el señor prefecto a ver si le parecía bien esto, pero no consintió. Dijo que esas gentes iban en sus pescas y correrías y que no debíamos molestarlas, que ya uno de Turbo había dicho que no se podía ir a Puerto César porque las hermanas los hacían entrar a la capilla. No le argüí nada al señor Prefecto sino que convine en que no debían molestarse las gentes; ¡pero Dios mío, lo que mi alma sentía!

Un Domingo, cuando tocó el padre la Santa Misa, le dije: Me permite ir a invitar a los del barquetón a misa, pues nos han dicho que si les avisamos, tal vez vienen y además, ya los tenemos muy amigos. ¡No, no hay que molestar a esta gente! Qué respuesta, Dios mío, tan dolorosa. Sin embargo, les dije a las hermanas, es que el celo del señor prefecto es en grande, no tiene carácter para cosas menudas. Verdaderamente así lo creía porque él era abnegado y se sabía someter a privaciones por las almas; pero no era capaz de invitar a una persona a misa. Tenía un amigo que vivía con ellos de asiento, a quien nosotras atendíamos en atención al señor prefecto, pero era liberal de cepa y no creía en nada. Pues jamás el señor prefecto lo invitó a la Santa Misa y mientras él celebraba, estaba don

Ernesto, carpintiando en la pieza vecina. Esto que nos hería a nosotras como una lanza, era sumamente natural para los padres. Eso me hacía temer que yo no entendiera bien el alcance que debe dársele al celo. Eso verdaderamente me hacía pensar y desconfiar de mí.

En fin, un día me llamó el señor prefecto a concretar nuestros arreglos. Me dijo: Veo que sólo esta Congregación suya llena las necesidades de misiones como ésta. Es necesario que Roma lo conozca y yo seré el primero en hacérselo conocer. Dicen que las excursiones no deben ser aprobadas, pero es necesario que lo sean porque son indispensables. Yo seré siempre su defensor.

Ahora conviene que dejemos aquí en puerto César unas tres hermanas y que haga venir para Turbo otras, para que, dependientes de esta casa, trabajen en la escuela de Turbo. Después entraremos a Caimán para visitar los cunas y ver si podemos establecer hermanas allí. Estoy muy lleno de ilusiones por ese lado. Le prometí seguirlo en todo y quedamos sumamente bien.

Llamé hermanas y fueron las de la Santa Faz, Santísimo, Santa Zita, la del Buen Pastor y Santa Teresa. Así quedaban reemplazadas las que nos veníamos y sólo por explorar habíamos ido.

Todo parecía calma, sin embargo, no dejaban de llegarle cartas de Frontino al señor prefecto y después de ellas, se ponía él pensativo y de mal humor con nosotras aunque no nos decía nada. No será mucho juicio temerario, padre, suponer que en estas cartas los padres continuaban su obra de persecución?

Por fin quedaron las hermanas trabajando en Turbo con muy buen éxito. Consiguieron un grupo de muchachas para la escuela, selecto, es decir, dóciles, y en poco tiempo fueron niñas cristianas en toda la acepción de la palabra. Sin embargo, se le notaba al señor prefecto, cierto desprecio por el trabajo de las hermanas. Que las niñas desean comulgar, decíamos, de eso no hay para qué hacer caso, contestaba. Eso es para ganarles premios a las hermanas y para seguir la costumbre... Además no hay que confiar mucho en esta gente.

Resultaba de esto que aunque las hermanas preparaban muy bien a las niñas, no siempre las atendían y surgía algún desencanto que las hermanas les enseñaban a soportar con toda paciencia y caridad. Naturalmente para las hermanas, esto era una prueba no pequeña, pero como ya estaban educadas en esta escuela, no las intranquilizaba.

La casa de Puerto César, no tenía otro objeto que proporcionar lo de alimentación a los padres, de parte de las hermanas, y de parte de los padres, no era sino un vividero para salir a decir a Turbo, una misa cada ocho días.

Agonías por los kunas

Tal vez desde el principio habían manifestado los indios kunas que salían de Turbo, que recibirían las hermanas en sus tierras pero que no recibirían sacerdotes porque eran hombres y de esos sí no querían. Pero pronto, después de nuestra ida a Turbo, retiraron su palabra y dijeron que no recibían ni mujer ni hombre, que ellos no tenían necesidad de nada y que querían conservar su independencia absoluta.

Con esta noticia el señor prefecto creyó frustrados sus planes, pero nos propusimos aprovechar la primera coyuntura que se presentara, para ver de qué modo podíamos iniciarles de nuevo, en el deseo de ser visitados.

Ya desde antes de salir el señor prefecto a buscarnos a Ríosucio, había propuesto a los kunas que aceptaran su intromisión en sus tierras, con el fin de enseñarles la ley de Dios. La respuesta primera fue negativa y decidida, pero el señor prefecto valiéndose de algunas amistades que tenían los indios en Turbo, consiguió que aceptaran la entrada de hermanas, poniendo especial condición de que ni a él ni a ningún varón permitirían. Esta precaución de los indios, no asustó ni al buen señor prefecto ni a nadie, pues es muy conocida la desconfianza que los pobres indios tienen a los civilizados en general y muy en particular a los hombres, de quienes tienen que temer, según se los muestra desgraciadamente la experiencia, respecto a sus bienes, vida y libertad, no poco.

Claro, ellos no conocen al sacerdote y cuanto han visto en los civilizados, ha sido injusticia hacia ellos. Es pues muy natural este temor.

No aceptaron las hermanas porque fueran religiosas, ¿qué iban a saber ellos de eso? Sencillamente las aceptaron por ser mujeres, de quienes tienen menos qué temer. Fue ésta la primera noticia que nos dio el señor prefecto al encontrarnos en Ríosucio: Están aceptadas por los kunas, nos dijo con una alegría especial, pues él sabía estimar lo que aquello significaba. Sin embargo, lo que no conocía era lo muy engañoso de aquella aceptación, pues aun apenas conocía la raza por referencias. El creía pues, un hecho, lo de que íbamos a enseñar a los indios, pero aún distaba de ser eso exacto, como se verá.

Nuestra esperanza nos hacía pensar, que cada día sería el que nos traería la codiciada presa, pero pasaban los días en amargura, en expectativa amarga y ellos no aparecían. Quizás ni tendrían en la cuenta la promesa hecha.

Al tender la vista por la extensión de aquel golfo, sentía mi alma una opresión terrible. Allá en la costa opuesta tan lejos... se veían las siluetas de aquellas tierras en donde las almas tienen cerrada la puerta de la esperanza, mientras la fe no les llegue. Aquella lejanía material me parecía cortísima, comparada con la lejanía moral a que teníamos estas amadas almas.

Todo bote que a lo lejos veía perdido en la inmensidad de aquellas olas, me parecía que había de venir repleto de indios, porque bien sabido es que aquello que se desea, se cree fácilmente. Esperaba con ansia hambrienta que aquel bote fuera acercándose y... qué desencanto sentía al verlo, lleno de pescadores o viajeros. Los indios no aparecían y nuestras ansias eran cada vez mayores. ¡Dios mío! ¡Y saber que los objetos de aquellas ansias, no eran sino un numerito muy pequeño comparado con las innumerables muchedumbres que en el mundo no te conocen!

Pensamos mucho en ir a buscarlos, pero aquella raza es terrible y no consiente que nadie anochezca dentro de sus tierras, y podía ser contraproducente el procedimiento. Mostrarles nuestro afán era, sin duda alguna infundirles sospechas de algún interés material, pues ellos no están al alcance del interés espiritual que nos guía. No había pues, más remedio que esperar y orar! Pero... orar, digo? Dios mío! ¡Mejor fuera decir, sufrir!

Mi oración se parecía a una agonía, perdida en un espacio de seis mil leguas cuadradas en donde sólo el grupito de Puerto Cesar oraba y miraba al cielo. ¡Qué desolación, Dios mío! ¡Y éramos tan pocos! ¡Dos sacerdotes y tres hermanas! Cuan pocos adoradores en tanta extensión. Y aquellas almas paganas e idólatras tan lejos y aquel mar tan indolente y aquellos habitantes del golfo tan malos y aquella como masa de humanidad tan degenerada y materializada... Todo inspiraba la más honda amargura.

Me parecía Dios tan solo en ese sagrario, sentía tanta ansia de verlo amado y conocido, ¡Dios mío! ¡Y tanta impotencia! En tales condiciones no es de extrañar que mi oración fuera una opresión y que la más honda amargura, inundara mis noches.

Primera visita a los kunas

Qué día aquel en el cual gritaron los padres que paseaban en el muelle: Indios!! ¡Indios!! Acudimos todas y efectivamente, se acercaba a aquel puerto una canoa con varios caribes, objetos de nuestras ansias. Aún cabía duda de si se dirigían hacia nosotros o si virarían hacia el León, cuando corrimos a aprestarnos para hacerles un recibimiento cual convenía a nuestro deseo: Obsequios, comidas, asientos, todo quedó dispuesto mientras el bote de los indios, demasiado lento para nosotras, se acercaba al desembarcadero.

Que alegría se pintaba en los semblantes cuando los vimos desembarcar. Los padres, más moderados que nosotras los saludaron con alguna moderación; mas nosotras nos abalanzamos con el corazón en la mano y Dios mío! Qué frialdad de parte de ellos! Qué seriedad y desconfianza mostraron.

Tuvimos que reflexionar para darles la razón a los pobres indios y ver que nuestra expansión podía ser peligrosa, por cuanto ellos no tenían por qué entender el motivo de nuestra alegría. Nos moderamos enseguida y conducidos a la casa, así como quien sólo agradece la visita, comenzamos a hablarles de cuanto podía interesarles.

Cuánta fue nuestra sorpresa, cuando le dijeron al señor prefecto que el capitán de ellos no aprobaba nuestra entrada a sus tierras. Nueva decepción, Dios mío, sin embargo, no cedimos nada en nuestras atenciones; pero a medida que éstas crecían la desconfianza de ellos se hacía más notoria. Cosa muy natural, pero no lo advertíamos.

Se les dio un almuerzo muy bueno y sin agradecerlo mucho, al menos en apariencia, lo tomaron; luego recorrieron toda la casa preguntando mucho sobre todo de los nombres de sus habitantes y procurando hacerlo de modo que pudiéramos caer en su malicia, en caso de mentirles.

Sobre todo nuestro celibato fue cosa que no pudieron creer, no obstante encontramos acordes en afirmarlo a todos. No les quedaba duda de que los allí presentes éramos casados; eso naturalmente nos apenaba, pero sin culparlos. El celibato ante ellos no tiene razón de ser y si se les habla de celibato religioso, se les vuelve todavía mas misterioso. Salieron pues un tanto fastidiados, porque les mentíamos.

Desde que salieron nos dijo el señor prefecto: Estos indios no vuelven y han de hacernos mala atmósfera a sus tribus, porque salieron convencidos de que les engañamos, no hay más remedio que orar y Dios sabrá lo demás.

Sin embargo, en Turbo consiguió el señor prefecto, por medio de los amigos de ellos, que nos permitieran una visita a la tribu de Caimán y que en la visita resolverían si se permitía que se les enseñara o no. Con esto, empezamos a preparar el viaje, como quien se dispone a descubrir un tesoro.

El día 15 de mayo de 1923 salimos rebosantes de esperanza, en un bote un poco cómodo, llevando provisiones para unos diez días. Entramos las siguientes personas: El señor prefecto apostólico, el señor prefecto civil, que era entonces don Demetrio Gómez, persona recomendadísima por su honorabilidad; su secretario, don Guillermo Santa Cruz, como intérprete y tres hermanas.

La navegación fue lentísima porque no soplaba una sola brisa ni el mar se movía, el día era caluroso como si un horno encendido lleváramos sobre la cabeza; pero nuestra alma iba como en lecho de rosas, con la dulce confianza que habíamos puesto en la Santísima Virgen.

Ya bastante tarde, en aquella monótona lentitud del bote, nuestros ojos se cerraban a impulsos del sueño provocado por la quietud y el calor. Determino el señor prefecto que descansáramos un poquito en una playa y todos recibimos este alivio con muy buena gana. Los bogas nos entretenían algún poco con sus canciones geniales del oficio y aún el señor prefecto y la hermana San Juan, cantaron algunos himnos. Así se hizo un poco soportable la travesía y llegamos a las bocas del río Caimán.

Este río es la única entrada a las tierras de los caribes, pues se han colocado en una región guardada como expofeso por la naturaleza, por rocas y costas inaccesibles. Ellos mismos guardan las bocas de aquel río y sólo ellos son dueños de su navegación. Nadie entra por él sin licencia del jefe Caribe. Nosotras contábamos con ella y seguíamos tranquilamente subiendo el río, con la convicción de encontrarnos algunos indios en sus riberas y los buscábamos con ansia, inútilmente, porque ellos supieron bien huir de aquellos sitios.

A poco de subir, el río se hace demasiado pequeño para poder seguir en canoa y echamos pie a tierra; caminamos unas ocho o diez cuadras por unas sendas llenas de maleza como son siempre los caminos de los indios y llegamos a la primera habitación Caribe.

Consistía ésa en dos caneyes* grandes y demasiado bajitos con cerco de macana. Nadie salió a recibirnos. Nosotras nos arrodillamos a rezar la oración acostumbrada para estos casos. Y entre tanto, se entraron al primer caney en donde encontraron algún indio, quien al ser saludado por don Guillermo, en su lengua, se animó un poco. Este señor nos previno en que no debíamos entrar al caney ése, porque era el de los hombres y sería cosa muy mal aceptada por los indios. Nos llevó a otro caney que era el de las mujeres. Ambos estaban llenos de hamacas colgadas en riguroso orden. En el de las mujeres había tres fogones en tres lados del caney y las mujeres, en completo silencio nos vieron entrar, sin manifestar ni sorpresa, ni miedo, ni agrado. Serias, como si cada día nos vieran llegar.

Nuestro saludo fue devuelto con una sonrisa indecisa que supieron cortar rápidamente, como quien teme prodigarse mucho. Desde el saludo se levantó de su hamaca una india hermosa y acercándose nos tomó de la mano, y nos hizo dar algunos pasos hacia uno de los fogones y nos señaló que ése sería el nuestro. Lo mismo hizo con unas ollas, unas totumas y unos platos. Eso era como decirnos: Cocinen lo que traen y coman que nosotras no lo impediremos.

No faltaba atención moderada pero no hablaban, al contrario, nosotras parecíamos cotorras, buscando el medio de hacerlas hablar. Nada conseguimos.

De allí prestábamos los necesarios cuidados a los compañeros, que permanecían en el caney de los hombres, observando, como decía el señor Prefecto apostólico, buena conducta, para ver si no caíamos en desgracia de nuestros hospedadores. Esta buena conducta consistía, según indicación previamente hecha, en no acercarse siquiera al caney de las mujeres nuestros compañeros y en no tomar nosotras nada, sin licencia, ni una naranja. Ninguna de las condiciones nos pareció difícil de cumplir.

Nuestras compañeras de caney eran hermosas, como todas las caribes cunas. Todas, desde la ancianita octogenaria que se metía sin cesar en su hamaca, hasta la niña de meses, que sostenía una joven madre, vestían del mismo modo: una faldita azul turquí bordada abajo que les cae a la rodilla; una camisola del mismo color, con charreteritas rojas y amarillas, con bordados de los mismos colores, con mangas cortísimas, constituye el vestido de todas, absolutamente todas las cunas o caribes. Argollas de oro en las narices, desde la niña de meses hasta la anciana que ya no anda. Ciñen los brazos con unas sartas de corales y lo mismo hacen con las piernas. La cabellera abundante y lacia, cae suelta invariablemente sobre

la espalda. Este modo de vestir no cambia nunca. Los hombres cosen estos vestidos y los suyos. Las telas van a comprarlas, especiales, a Colón.

Los hombres son todos feos y visten con pantalón corto y camiseta en forma de chaqueta. El pelo muy largo siempre, se lo recogen en un gran moño en la coronilla y lo sostienen con unas peinetas de macana. Llevan aritos muy largos y collares.

Cada día nos parecía más interesante esta raza y crecían nuestros deseos de verlos cristianos. Pudimos observar la disciplina de aquella raza y es admirable. Todos se mueven por la voluntad del capitán y llega a tanto la sumisión de las mujeres, que después de que obtuvieron permiso para respondernos, le pregunté a una ancianita si me quería y me contestó: "Preguntemos a capitán".

Hubo un momento en que las hermanas tuvieron un poco de susto. Ya estaba esta servidora acostada bajo un toldillo colocado en el suelo, y cerca de las hamacas de las mujeres, cuando una de las indias más jóvenes me levantó el toldillo y cogiéndome con precipitación por los brazos, llamó con mucha fuerza a las demás indias y les mostraba mis brazos admirando lo voluminosos. Todas se reían estrepitosamente, pero las hermanas pensaron que era ya la hora de darse los indios a comer carne gorda, a expensas de la Madre Laura y se mostraron angustiadas. Esto no pasó desapercibido por las indias quienes continuaron haciendo ademán de comerme para verlas afligidas.

Yo no tuve susto, me dejé examinar con serenidad tranquilizando a las hermanas con la risa que tenía. Nunca suelo figurarme nada malo ni funesto. Además, eso de comerse a uno los indios, siempre me ha parecido que no nos llega a nosotras; no sé por qué. Pero las hermanas sí les dieron a las indias, el espectáculo del miedo para que ellas continuaran el procedimiento, pues desde entonces, cada día, inventaban hacerme un mal aparente, para hacer sufrir a las hermanas. En esto comprendíamos, sin embargo, que nos tenían cariño y que no les era del todo desagradable la visita.

Llegó el día en que nos obsequiaron con chucula, su bebida predilecta. En el caney de los hombres, tampoco parecía muy mala la cosa, todos los días íbamos a él a la Santa Misa que celebraba allí el señor prefecto, sin que los indios se dieran cuenta de lo que pasaba y éramos informadas de que no se veía desagrado en los hospedadores. Estábamos pues, casi convencidas de que la anhelada respuesta, sería satisfactoria.

Ya llevábamos ocho días de aquella buena conducta como decía graciosamente el señor prefecto, cuando anunciaron que al día siguiente vendrían algunos indios delegados por el capitán, se llamaba Napoleón, a darnos la decisiva contestación. En aquel día, las mujeres se empeñaron en asear muy bien los caneyes y sus dependencias; molieron caña en un trapiche original para hacer mucha chucula, los hombres sacaron máquinas y cosieron camisas, etc. Sólo nosotras nos acostamos aquella noche, pues la gente indígena andaba en mucha tarea. Muchos pericos y cangrejos, prepararon aquella noche de modo que los tres fogones, no se apagaron. Todo lo observábamos nosotras, a través de los toldillos, en silencio absoluto. Hubo largas conversaciones de las cuales, ninguna palabra entendíamos. También hablaron mucho en ereo, lengua cantada, que sólo usan para sus asuntos de trascendencia, pero a todo éramos completamente extrañas.

Dentro de nosotras, había grande ansiedad por el resultado de todo aquel maremagnum de cosas y sospechábamos que no se trataba sólo de nuestro asunto, sino que otra cosa, para ellos más importante, se preparaba. Sin embargo, no teníamos miedo, padre mío, y sí mucha confianza en Dios y aún no alcanzábamos a vislumbrar nada, ni favorable ni desfavorable para nosotras.

Amaneció y nuestras oraciones fueron hasta fervientes, aquel día no hubo sitio para la Santa Misa porque todo estaba dispuesto para lo que no entendíamos; sin embargo, estábamos más que siempre recogidas, con la dulce presencia de Dios, de ese Dios tan desconocido a nuestro alrededor.

¡Dios mío! Sabes hacernos sentir mejor en estas circunstancias, como para que la amargura no sea tan extremada al verte tan pospuesto y desconocido en tu misma creación y entre almas tan bellas.

A eso de las nueve de la mañana, asomaron por el lado del monte varios indios muy serios y avisaron que llegaba la comisión del capitán. Nos recogimos a mostrar nuestra buena conducta al lado del señor prefecto, en el caney de los hombres.

Con aire marcial y con machete al hombro en actitud de tirar, fueron llegando uno en pos de otro, unos treinta hombres con vestidos iguales y ademán fiero. Al pasar saludaban al señor prefecto pero no a los demás. El señor Santa Cruz parece que sabía lo que ocurría pero no quiso comunicárnoslo.

Se colocaron en semicírculo de un lado del caney, muy cerca de nosotras. Sin más preámbulo salieron las mujeres y les obsequiaron una taza de chucula, que ellos bebieron sin mirarnos. Luego se entabló una larga conversación en ereo, es decir cantada, solamente entre dos, y los demás guardaban profundo silencio. Uno de ellos, joven, hablaba muy largo y el otro, ya de edad avanzada, hablaba más corto. Como a la hora de hablar así, cambiaron, y el viejo hablaba largo y el joven, corto, nos dirigimos disimuladamente a nuestro intérprete para instruímos de lo que aquello significaba y nos dijo que era una ceremonia de matrimonio y que el joven era el novio y el viejo el representante del capitán, pero no había mujer en el asunto.

Pasadas dos horas de oír hablar, sin saber qué, o mejor dicho, de oír aquel canto monótono que llaman ereo, los hombres se mostraban disgustados y uno de ellos, el novio, salió con una escopeta con tal velocidad que apenas supimos qué lado tomó. Los demás, los siguieron apresuradamente. Sólo entendíamos que iba al monte, a quitarse la vida y esperamos impacientes como unos cinco minutos

.Cuál fue nuestro susto y la pena que sentimos al oír que iba a quitarse la vida, nadie puede medirlo, pero el señor prefecto nos indicó que no hablaríamos ni una palabra y nos guardamos de manifestar nada. Las mujeres, entre tanto, permanecían en su caney como extrañas a todo e indolentes, a poco entraron con el novio. Lo traían cuatro hombres, de los cuatro miembros, y él forcejeaba por safárseles como un loco. Se notaba pues, que lo llevaban a un sitio, al cual no quería ir. Efectivamente, llegaron y lo echaron en una hamaca, que tenía debajo una sepultura que según el señor Santa Cruz, era la del dueño de aquel caney, muerto hacía un año. El hombre tan luego como cayó en la hamaca, se estuvo quietecito como si hubiera caído muerto. Lo dejaron ahí y se fueron con manifestaciones de rabia al caney de las mujeres y cogieron una linda muchacha. Esta les hizo repulsa y se asió a uno de los pilares del caney, con mucha fuerza. La madre lloraba y reclamaba lo que no entendíamos; pero al fin, la arrancaron brutalmente y arrastrándola la llevaron y la echaron en la hamaca, sobre el hombre que estaba en su más absoluta quietud. Tan luego como cayó la muchacha sobre el hombre, cortaron las amarras de la hamaca y ambos cayeron al suelo y con la mayor rapidez, salieron del caney y entraron por la puerta opuesta a la de la salida. Llegaron en completa calma y como si nada hubiera pasado, serios y tranquilos a tomar parte en el grupo de espectadores.

¡Esto era pues, casarse! Solamente a nosotras, nos dio risa; pero para guardar la buena conducta, hubimos de contenerla.

¿Y nuestro asunto? Parece que no constituía para ellos importancia, eso de esperar, en condiciones tan forzadas y difíciles, ocho días; no tenían afán de responder. El señor prefecto pidió permiso y tomó la palabra. Pero Dios mío, hablarles en castellano es casi inútil. No le pusieron cuidado, entonces el señor Santa Cruz tomó la palabra para transmitirles en lengua cuna o caribe, las ideas del señor prefecto. ¿Las transmitiría exactamente? No lo sabemos, y hay algunas razones para creer que no; pues el señor ese, de bastantes malas ideas, no tenía por qué ser de muy buena fe, y le perjudicaba a sus negocios la civilización de los indios, pero como el señor prefecto tuvo confianza en él, nosotras guardamos silencio.

Triste noticia del rechazo

Después de una arenga muy larga del intérprete, los indios contestaron con otra, la que traducida por don Guillermo, decía que no admitían a nadie en sus tierras, que ellos no necesitaban de nadie, porque tenían sus tierras, sus leyes y sus jefes religiosos y civiles y que si el obispo de Roma quería que ellos aprendieran una ley nueva, que le dijeran que no fuera loco, que ya el mundo se estaba acabando y que a qué venía salir con una ley nueva ahora, cuando ya tantas generaciones habían muerto sin ella? Que el mundo se acababa y se acababa también el señor ese de Roma. Que no los molestaran.

¡Qué término de nuestra esperanza, padre mío, qué aspereza de respuesta! Sólo Dios sabe lo que sentimos. No pudimos ni siquiera rogar más, porque desde ese momento en adelante, los indios tomaron una actitud de rabia tremenda. Las mujeres ya no volvieron a estar atentas y nos ordenaron aprestarnos a desocuparles el puesto. Me resolví a decirles a los jefes que nos dieran posada aquella noche para no exponernos al mar embravecido a aquella hora, mientras que a la madrugada, lo encontraríamos en calma. La respuesta seca fue:

- Vos sabías que el mar era bravo, ¿para qué viniste?

¿Cómo tuvimos fuerza para envolver las ropas?, Dios mío. No hubo pues remedio. Todos los castillos formados para la cristianización de aquella tribu tan interesante, cayeron por tierra, por lo pronto; pero no así la confianza que en Dios teníamos. Quizás esta derrota se necesita, nos decíamos, y esta pena contribuya a acelerar la hora de la gracia, para estas almas.

Salimos como a las dos de la tarde no ya cantando como entramos a aquella tierra, nadie hablaba sino el señor prefecto civil, que celebraba el

matrimonio y las impresiones de aquellos días que él llamaba de cárcel voluntaria.

Entramos al mar en los momentos precisos de empezar la tempestad, el bote era demasiado pequeños porque al salir del río Caimán, el señor prefecto y el secretario siguieron en el bote mayor, hacia las costa de Necoclí, por donde debían hacer una larga correría, y nosotras, con el señor Santa Cruz debíamos ir a Turbo en el pequeño. Iba de piloto uno de los indios.

El oleaje comenzó a poco de salir de las bocas del Caimán, Dios mío, parecíamos aristas para aquellas olas que levantaban el bote como una pluma. Constantemente mecidas por aquel vaivén, casi volcadas varias veces, y bañadas, y azotadas siempre por las olas que nos caían encima, no pensamos escapar. Todo era mirar aquella montañas de cristal que el mar levantaba sobre nuestro bote y acurrucarnos a esperarlas sobre la espalda, con el riesgo inminente de hundirnos. Qué horas tan largas, padre mío, qué horas aquellas de agonía verdadera; sin embargo, nos mirábamos y nos decíamos: ¡Ay! Mayor es la agonía del alma por el rechazo de aquellos indios, que la que el mar nos causa con sus furias!

Puedo asegurar padre que no tuvimos miedo del mar y que el dolor interior ahogaba aquel estruendo de olas. No hacíamos sino recordar aquella delicadeza de la mujer kuna, con aquellos sentimientos que nos dejaron rara vez contemplar, y pensábamos: ¡con qué delicadeza amarán a Dios esas criaturas que tan suaves se mostraban en aquella vida tan material y dura! Con cada ola que quería tragarnos le queríamos decir a Dios algo de nuestro dolor.

En todo el día llegamos a Turbo, verdaderamente maltratados de sopor-tar el golpe de las olas que nos caían encima. En Turbo no había un alma que pudiera compartir nuestra pena; casi ni se la confiamos a nadie. Eran unos ciegos que no podían ver tan delicados sentimientos con los que inspira Dios a las almas que le buscan. No hubieran entendido tampoco el por qué estimábamos tanto aquellos indios.

Al día siguiente volvimos a Puerto César con la triste noticia del rechazo de los cunas, a continuar nuestra vida de expectativas y de esperanzas.

Cada día, mirando al mar, dábamos suspiros de deseo hacia esas costas de Caimán y la oración no cesaba pidiéndole a Dios a favor de hacer algo por esa tribu. Conocíamos muy bien que eso no podía venir sino de Dios pues ya tantas comunidades religiosas habían visto estrellarse su esperan-

za contra el muro de dureza de esta raza; pero la confianza todo lo vence y pensábamos que llegaría el día en que el agua del Bautismo rodará por aquellas cabezas y esas almas tan delicadas y queridas, se regeneraran.

No hay por qué extrañar, padre, de tanta ansiedad de nuestro corazón. Yo creo que si Dios no la pusiera así en el alma misionera, ésta no resistiría al apostolado entre infieles con su séquito de dolores y tormentos. Es que Dios sabe muy bien qué aceite le pone a la máquina, ¿no es verdad, padre mío?

Cerradas pues las puertas para entrar a los kunas, la vida se redujo en Puerto César, a sufrir y esperar algo que no sabíamos qué era.

Supe que Dios nos llevaría a trabajar con los kunas

Pero como Dios no se deja vencer, una mañana después de la Sagrada Comunión, comprendí de un modo cierto que iríamos a los kunas y que trabajaríamos con ellos. ¿Cómo lo supe? Padre, como sé las cosas frecuentemente sin saber cómo. Al salir de comulgar, después de una agonía dolorísima, supe que no tardaba la hora en la cual Dios nos llevaría a trabajar con estos infelices. Este conocimiento no se verificó como otros, es decir no vino con el conocimiento o sabor de otro misterio; sencillamente como quien ve un retrato y sabe con seguridad que lo vio, sin saber dónde, así supe la cosa. Tranquilité a las hermanas al respecto, sin dejarles comprender que lo había sabido de un modo sobrenatural y quedaron muy contentas esperando la obra de Dios.

Esta clase de conocimientos tiene tal certeza, padre, que aunque el mundo todo me hubiera asegurado lo contrario y me hubiera visto a mil leguas más lejos de los caribes, lo hubiera continuado creyendo. Es algo como el nacido en el alma. Dejan siempre estos conocimientos mucha dulzura espiritual y el alma no duda, porque parece como que queda la huella o sombra de Dios.

Del mismo modo los cazadores de donde estuvo un venado o un animal codiciado, así dice el alma después de estos conocimientos: ¡Aquí estuvo mi Dios! Qué digo, del mismo modo, Dios mío, ¡qué comparación tan vulgar e inexacta!

¡Dios es luz y no puede menos de iluminar! Con esto cesaron todas mis congojas, respecto a los caribes, pues estas luces de Dios traen siempre algún destino que cumplen en el alma con la mayor exactitud. Verdad que mi dolor en general de las almas, no se mitiga con estas cosas, pero sí la

amargura del fracaso en Caimán quedó completamente curada y cedió su puesto a una seguridad reposada.

Mientras sonaba la hora de Dios para los kunas, pensamos en hacerles algún bien a esas pobres gentes de Turbo, tan ciegas y desdichadas. Todos son bautizados, es verdad, pero puede asegurarse que no es otra la ventaja que tienen sobre los infieles de su vecindad. Más degradados que los indios, es natural que la semilla de fe que se les tira, cae en peor tierra y que trabajar con ellos es casi desesperante. Además, no sé qué tiene la raza negra; pero parece menos sensible a las cosas de Dios que la raza india. Sin embargo, esos negros de Turbo, caen bajo el radio de la acción de la congregación, por estar en tierra de misiones y por ser semisalvajes, fin secundario de ella.

Arreglé, pues con el señor prefecto que pediría a Dabeiba otras hermanas para que trabajaran en Turbo. Es Turbo tan infeliz que le cuadran muy bien las palabras del evangelio: "Ay de ti, porque si en Tiro y en Sidón se hubiera visto lo que tú ves, se hubieran convertido" (Mt. 11,21). Pues a Turbo le cuadran magníficamente estas palabras, pues por ser la capital del golfo o de la provincia, es natural que hayan llegado muchos sacerdotes y todos han procurado hacerle algún bien, sin conseguir sino que cada vez se le aleje más la misericordia, por el desprecio que han hecho de las gracias.

Todo esto lo veíamos y lo comentábamos pero el deber por parte del señor prefecto era trabajar allí hasta que, o lo rechazaran del todo o les entrara la luz. En cuanto a mí, jamás pienso que las almas no se convierten, siempre emprendo con mucha fe en el éxito aunque sé que no siempre éste sonreirá. El pescador ve el agua llena de peces y tira el anzuelo aunque sabe que la mayor parte se le escapan, y que sólo uno saldrá en su instrumento; así mi alma mira los campos infieles y pone el trabajo en busca de este pescadito, de esa alma que quizás se aproveche. Por otra parte, pescar multitudes es demasiado grande para nosotras las mujeres y pecadoras. Mucho es que se nos permita tirar el anzuelo... Por otra parte, el dolor mismo de lo pobre de la pesca, tiene delante de Dios su valor y quién sabe si sirve para que en el lecho de muerte de los rebeldes no falte esa gracia salvadora que Jesús nos ha conquistado con su muerte.

Le confiaba mi alma al señor prefecto

Cuánta confianza tenía entonces en el señor prefecto de Urabá, le confiaba mi alma y descansaba de mis amarguras porque tenía fe en su virtud,

en su ciencia y en el afecto que ya manifestaba a la congregación. Varias veces me había dicho: Mire Madre, en Roma no se darán fácilmente cuenta de la importancia que para las misiones tiene su Congregación, porque no es fácil que se les alcance, viviendo tan lejos de las tierras de infieles y salvajes, la necesidad de religiosas excursionistas y que trabajen en la forma que sus hijas trabajan; pero es preciso que los misioneros nos propongamos llevar esa idea a la mente de la sagrada congregación y yo seré el primero en proponerlo a cuantos pueda. Sólo en las selvas de Urabá y tratando los catíos se conoce la necesidad urgente de su congregación, tal como ha sido fundada para las misiones en general.

Esto me lo repetía frecuentemente y sin reclamo de mi parte. Entonces revisó las constituciones y por su propio gusto e iniciativa le agregó la tercera categoría de los miembros, con el fin de que en las misiones no faltaran agricultorcitas y además, para que sirvieran de compañeras a las de coro, en casos de no necesitarse en un punto sino una o dos hermanas de coro y así se economizarían éstas y podrían fundarse más centros de misión.

Cuanto pasaba por mi alma lo conocía, sus respuestas fueron tranquilizadoras para mí y aún hoy, después de lo que más adelante diré, creo que eran sinceras. El me mostró por primera vez la simplicidad que había adquirido mi alma y me dio en ello mucha paz. Sucede, al menos a mí me ha pasado, reverendo padre, que Dios concede algunas gracias o corona otras que ya ha hecho, dándoles perfección, sin que el alma lo note y cuando después de mucho tiempo, lo advierte, se asusta y cree que está en algún peligro o que ha perdido algo que no sabe definir, entonces le vienen al alma angustias y temores de los cuales sólo un director iluminado de Dios puede sacarla. En este estado me encontraba cuando recurrí al señor prefecto. Cómo describiré este estado, padre mío? Por fortuna estoy convencida de que vuestra reverencia comprende aunque mi expresión sea muy oscura o mala.

Le dije que antes tenía oración y ejercitaba las virtudes, a veces, muy por menudo; pero que después de haber pasado penas muy hondas, de tal modo íntimas, que yo misma no sabría distinguirlas unas de otras, y que apenas me daba cuenta de que eran causadas por la ausencia de Dios, unas veces, por la pérdida de Dios, otras y casi todas por no poder darle nada a Dios, por esa impotencia consumidora de que siempre estaba como saturada, me había encontrado en mi impotencia para hacer mi oración ordinaria y sin poderme ejercitar en actos de virtud. Con dos o tres preguntas que

me hizo, tuvo el sabio director para definirme lo que hacía muchos meses que me traía inquieta, creyéndome culpable de una falta de gracia. Me dijo que esas penas habían hecho cierta purificación en mi amor y que entonces Dios había simplificado mi alma, lo cual significaba un nuevo aumento de unión con Él.

Esta explicación, reverendo padre, me llenó de luz y vimos claramente que no era aquello sino un quedar uno lo que era múltiple; un vivir sin detalles, porque se tiene el total; un cristalizarse lo que andaba opaco... ¿Cómo diré? ¡Es más asemejarse a Dios tan simple, tan Uno!

Entendí, entonces, padre mío, aquello de actos indistintos que había leído sin entenderlo. Tanto obrar, tanto pensar, tanto querer y ser en la parte íntima del alma un solo acto. Parecido esto, aunque remotamente a la diversidad o distinción de las Personas en la Augusta Trinidad, y la tan absoluta Esencia divina. Y cómo se verifica en el alma esta unificación, esta simplificación? No lo sé. Dios se va reflejando en el alma. ¡Eso es todo!

Con esta definición del señor prefecto, quedé muy iluminada, pero no satisfecha. Se produce en el alma con estas cosas, un aniquilamiento tan especial que no deja lugar a satisfacción de ninguna clase, ni se concibe siquiera, porque no hay quién se satisfaga, parece que se acabó el sujeto. Queda Dios sólo. Entonces sí que se nota la distancia del pensamiento y esta parte interior del alma. El pensamiento queda el mismo, la imaginación la misma para las obras de su ejercicio, la memoria, la misma. La voluntad se pierde; parece que es en la que el fenómeno ejerce mayor influencia. Puede que me equivoque, padre, en estas explicaciones, pero es porque nada hay en el fenómeno que quepa en lo conocido. Además, el alma tampoco está para darse mucha cuenta de lo que es. Cuán ocioso me parece también escribirlo y si no fuera por la obediencia, no me resolvería siquiera a intentarlo.

La conveniencia que encontré en las explicaciones y opiniones del señor prefecto con lo que sentía y había sentido (tal vez eso no se pueda llamar sentir porque es lo más espiritual e insensible conocido) me dieron convicción profunda de lo que entendía mi alma. Esto dio origen a que mi confianza en él creciera.

Quise ofrecerme como víctima

Un día, más que siempre oprimida por el dolor de tantas almas perdidas en aquella extensión de 6.000 leguas cuadradas que constituyen la perfec-

tura, tanta imposibilidad de llevarles la luz de la verdad, unido al entendimiento de suprema impotencia para hacer nada por Dios; considerando tan claramente como nunca lo había podido hacer, el supremo bien que es Dios, su bondad, misericordia y la intensidad de su amor, quise ofrecerme como víctima para morir de ese dolor; pero no quise hacerlo sin consultar; como siempre lo he procurado.

El señor prefecto atendió a mi estado y me contestó que me ofreciera y que entendiera que un alma en el estado en que se encontraba la mía, le daba a Dios más gloria que la que le quitaban todos los pecadores juntos. Este conocimiento me sorprendió y hasta me consoló aunque mi alma no estaba en capacidad de consuelo al menos de un modo sensible, pero procuré consolarme en la parte de mi alma que reflexiona, pues a la otra parte no era posible que llegara, ni llega jamás si no lo que Dios da. Por esto digo, que me consolé.

Enseguida quise hacer el acto de ofrecimiento y... ¡Dios mío! Ya esto hace como seis años y aún no he podido hacerlo. ¿Por qué será esto? ¡Ay! ¿Quién lo dirá? Lo hago con mis labios y quiero que entre en mi alma todo; ¡pero parece todo inútil, nada queda en mí! ¿Cómo daré esta idea? Es como matar un muerto. ¡Ay! Qué comparación, Dios mío! Para que el símil fuera verdadero necesitaría querer decir que era como entregar lo entregado o como hacer una cosa hecha; pero tampoco, porque mi ser está más que entregado, es algo que no debe poderse decir. Por eso desisto, padre, y dejo, que como Dios sí sabe lo que es, no tengo nada perdido con que en estos renglones no quede nada!

Desde antes de esto, sentía impotencia para tener voluntad y para ejercer sus actos acerca de Dios. No me pasa lo mismo respecto al deber o los intereses exteriores de Dios, mi voluntad queda, desde que conozco la de Dios, asida a ella y distingo sus actos. Pero allá, en esa otra región del espíritu y en esas cosas de querer respectó de Dios, en los que mi ser entra como ser libre, no los distingo.

En aquella época a que me refiero, hice exteriormente el acto de entrega muchas veces, hasta que me convencí que él no tenía efecto, ni siquiera eco en mi alma ni delante de Dios y me tranquilicé. Un poco pude definir el asunto, cuando algunos meses después me dijo el padre Germán Montoya que me ofreciera como víctima a Dios, que él había manifestado a varias personas lo mucho que le agrada esa entrega. Sin pensarlo le contesté: Padre, no me es posible porque Dios tiene dos clases de víctimas, unas que se le ofrecen y otras que El se apaña. Ya en esa época como que me expli-

caba un poco lo que me pasaba. Esto, como diré más adelante, con la ayuda de Dios, ha venido a constituir en mí estado permanente.

Respeto a mi dirección con el señor Arteaga que fue corta y no tan expansiva, porque él aunque me definía cuanto le decía con mucha sabiduría, no era muy fácil para abrirme confianza. Sin embargo, como yo lo hacía por el temor de ser sola y porque lo creía la voluntad de Dios, no porque sintiera necesidad especial, no me inquietaba. Unos dos años más tarde supe, que era que él no creía en la lealtad de mi interior; no me lo dejó comprender jamás y sus respuestas me indicaban todo lo contrario. Pero él se lo dijo al padre Elías en Bogotá y éste a mí; sea lo que sea, su dirección me fue útil.

A cualquiera se le ocurre, padre, que esa revelación que me hizo el señor prefecto respecto a la gloria que a Dios da un alma dispuesta como Dios había dispuesto la mía, alivió el dolor por la gloria de Dios menoscabada en el mundo y principalmente en aquellas tierras desoladas por la infidelidad y la superstición; pues no, padre, a veces creo que mi alma es ya incapaz de alivio; no pasó de ser una sorpresa en la cual vi toda la inclinación que Dios tiene al bien y bendije su soberana Santidad; pero aquello pasó por mí como un relámpago y volví a quedar en mi dolor.

Por fin llegaron las hermanas Ma. de la Santa Faz, Ma. del Buen Pastor, Ma. Santa Zita. Las dos primeras pasaron a Turbo a trabajar en la escuela con negritas, todas necesitadísimas. Comenzaron sus labores con mucho agrado de los negritos y del señor prefecto. No quiso el señor prefecto que ejercieran otra clase de influencias en estas gentes, aunque le ofrecía que las hermanas trabajaran un poco para ver si los mayores se despertaban de aquel letargo religioso tan cruel, que había hecho salir en completo desconsuelo no sólo al señor prefecto sino también a varios celosos misioneros que antes habían ido. Él me explicó que no convenía que las misioneras entraran en otra clase de trabajo, (conversaditas a domicilio, a manera de clase, era lo que le proponía) que el escolar, porque después desconocerían al sacerdote. ¿Tendría o no razón el señor Arteaga? No lo sé, pero por entonces, me pareció que la tenía y acaté mucho su idea haciendo que las hermanas lo vieran bien. Como hasta hoy tampoco los padres han podido conseguir nada de esos infelices negros, siento un poco de pena por no haber ensayado el sistema que propuse; pero yo me tranquilizo porque Dios quiere más obediencia que sacrificios, según lo de Samuel a Saúl.

Mucho fruto hicieron las hermanas en las negritas y los mayores reclamaban frecuentemente que con ellos hicieran como con las niñas las her-

manas; pero no era posible atenderlos. Dios sin embargo, nos dio el consuelo por otra parte.

Las hermanas suspirando siempre por la codiciada presa de los kunas, salían por las tardes a las orillas del mar para ver si se encontraban algunos de ellos que solían ir a Turbo a vender frutas y que en el pueblo no se dejaban hablar y les huían a las hermanas como a temibles enemigos. A la vez que tomaban las brisas del mar, rezaban y pedían a Dios la gracia de poder hacer algo con aquella raza y como a la oración acompañaban la confianza ciega, cada tarde les parecía que era la de gracia y cada canoa o bote que veían a lo lejos se imaginaban que salía por las bocas del río Caimán y que venía repleto de indios cunas. Fracasado el esfuerzo de esa tarde, la siguiente les abría nueva esperanza. Naturalmente que no había de quedar frustrada la confianza que es siempre el camino para el éxito.

Una tarde, la anhelada canoa apareció muy lejos; pero desde luego el aparato de los cunas siempre diferente del de los demás navegantes, se distinguió. Esperaron hasta que se acercó al puerto. Llegaron a él y muy atentas, quizás más de lo que convenía, en atención a que las demasiadas atenciones podían infundirles desconfianza, los saludaron. Aquellos pobres, cogidos por decirlo así, se asustaron y aunque con demasiada seriedad contestaron al saludo. La Hna. Ma. de la Santa Faz les propone compra de algo, los trata dándoles más dinero que el pedido. Ellos se muestran agradecidos y con averiguar cuándo traerían más zapotes para ellas prepararse a comprarles más, se despiden las hermanas temerosas de abusar de la ventaja conseguida.

En otra entrevista procurada como la primera, la hermana se entera con ellos del precio a que les pagaban en Turbo sus frutas y ofrece vendérselas mejor. Esto fue el lazo.

Sale la hermana acompañada de otra y con el séquito de indios cargados de zapotes y aguacates y entra de tienda en tienda a ver quién le paga mejor las frutas. Ya porque la cortesía de algunos negociantes se mostraba generosa con las hermanas y en otras partes porque la hermana encimaba de su bolsa a la oferta del negociante, el hecho es, que las frutas resultaron magníficamente vendidas. Agradecidísimos los kunas, estaban cogidos en la red de misericordia. Enseguida son invitados a la casa de las hermanas en donde han de tocarle algunas piezas de música y acceden gustosos. Éstos van a su región, refieren a sus congéneres lo ocurrido, todos pierden la idea negra de las hermanas como sus perseguidoras y quieren salir a hacer la prueba de la generosidad y desinterés de las hermanas. Ya cada

semana se veían las canoas de las cunas desembarcar y sin acercarse a nadie, seguir a casa de las hermanas. Éstas, adquirida ya la convicción de que la confianza es un hecho, los invitaban a permanecer en la casa el tiempo que han de estar en Turbo. Ellos, sin ninguna precaución aceptan la oferta y desde entonces, la casa de las hermanas era la de los kunas en Turbo. Los secretos de estas almas tan cerradas comienzan a tener como relicario nunca hallado, los corazones de las hermanas. Éstas, naturalmente, no pedieron tiempo y a la vez que les daban entrada en su casa y confianza, pusieron manos a la obra en meterles a Dios en el corazón.

Lo que ellos más temían era ser enseñados y las hermanas conocedoras de este temor, prometen respetarlo y de contado, ponen en la puerta de la casa una imagen de María; con esta Señora de mi alma, está asegurada la presa porque es la entrada al corazón infiel y el alfa y la omega de la cristianización. Ellos, desde luego, preguntaban quién era esa Señora que nunca habían visto y le abren, con la pregunta, la clase a las hermanas. Pero no es clase, ni jamás se dirá esta palabra tan asustadora para ellos, es una conversación salpicada de cánticos e historias lindas. Ellos embelesados, miran aquella imagen y al ver que las hermanas la aman, se aficionan a ella. Un día preguntan, por qué le ponen flores. Se les contesta: Porque esa Señora desde el cielo, en donde vive, ve esas flores delante de su retrato y se ríe alegre. Pues a la otra venida, los cunas le traen flores a la Señora de las Hermanas. ¡Los cogiste Madre mía!

Tras la conversación de María, se encadenan todos los misterios y de todos se conversa de modo muy ameno. Ellos venden sus frutas muy pronto para ir cuanto antes a oír lo que las hermanas hablan y se establece una verdadera enseñanza sin decir el nombre; sólo se dice conversar y el resultado, reverendo padre, es que reclaman que por qué no van las hermanas a vivir a sus tierras. Éstas me comunican el triunfo pues ya no estaba en el Golfo. El señor prefecto se entusiasma al ver que se le presenta el jefe de ellos a pedirle hermanas y que hasta él, hombre a quien tanto temían puede entrar siempre que sea con las hermanas.

El mismo señor prefecto calificó este triunfo como de un valor único a causa de lo duros y hostiles que en siglos se habían mostrado estos pobres indios y muy alegre me comunicó a Dabeiba en donde yo me encontraba, para que le mandara hermanas.

Pero, he adelantado demasiado las cosas, padre, saliéndome del objeto de lo que escribo, pues no se trata de la historia de la Congregación sino de decir algo de las misericordias del Señor con el instrumento de que se

valió para ello. Perdóneme padre y sepa que no ha sido olvido. Es que me han dicho que debo dejar apuntes para escribir la historia de la Congregación y como siento que el tiempo se me acorta, me he resuelto dejar cuanto pueda en estos renglones, ya que esa historia me dicen que contribuirá a la mayor gloria de Dios. Además, tengo afán, padre de mi alma, de ir al cielo que quizás, si acabo pronto lo que el Señor me ha encomendado, Él mismo se compadezca de mí y me alce envuelta en su amorosa misericordia. Mire padre, que no es muy desinteresado mi afán. ¡Ay! Es que ya va largo mi destierro y desde que puse mi confianza en que Dios me dejará continuar mi apostolado desde el cielo, y me armará de su poder para hacer bien a las almas, nada me detiene ya en mi deseo de volar! Sé, y esto es lo único que temo, que he de decir adiós al dolor, al amado dolor de la tierra, a las penas tan teñidas en la sangre de Jesús; pero consigo a veces, hacerme olvidadiza de esa circunstancia, para ejercitarme en el deseo de morir, de ver a mi Dios, de comenzar un apostolado más libre, más intenso, y más misericordioso, si se quiere y por eso son mis afanes y suspiros.

¡Recuerda padre, cuando me estremecía la idea de morir por dejar el apostolado? ¡Pues ahora el Señor me ha allanado el camino y soy muy feliz pensando en que pronto se me abrirá el cielo!

Mi oficio en Puerto César

Volviendo pues a la historia del golfo: Mientras las hermanas se establecieron en Turbo y trabajaban con las negritas, y atraían a los kunas, permanecí en Puerto César ocupada sólo en verle la casa al señor prefecto y los demás padres como cualquier ama de casa. Hacía esto con sumo gusto porque ese trabajo tiene cierto tinte muy amoroso. Servir a los que sirven a Dios y a los misioneros es cosa muy atractiva. El oficio de las santas mujeres que seguían a Jesús en sus correrías apostólicas y las de que habla San Pablo, que tanto atendían y aliviaban a los apóstoles, es muy honroso y no me parece que Dios lo dé a una pecadora, sino por un brote de su misericordia muy grande. Por eso estuve muy agradecida en Puerto César y porque además pude asistirle al señor prefecto una grave enfermedad que adquirió en una correría por la costa de Necoclí.

La regla carmelitana como base de las constituciones

Nada en aquel tiempo denunciaba que el señor prefecto fuera enemigo de nuestra congregación y frecuentemente me ofrecía escribir a Roma pidiendo el decreto Laudatorio y formó el propósito de traer de Bogotá unas

niñas que se le habían ofrecido para las misiones, con la intención de formar con ellas la tercera categoría de nuestra Congregación.

Todo pues anunciaba bonanza y parecía que hasta lo padres carmelitas de Dabeiba y Frontino que ya comenzaban a comunicarse con el prefecto querían acercárenos. Por todo esto y en mi anhelo de asegurar la paz y concordia con los padres dueños de Urabá, hablé con el señor prefecto sobre ponerle a la congregación como base la regla del Carmen, (disparate enorme visto ahora). El accedió y convine, por insinuación de él mismo, en poner la regla carmelitana como base de nuestras constituciones; pero con la expresa condición de que no dependeríamos del padre General y de que no seríamos terciaras carmelitas.

Lo más admirable y raro de esto fue que la condición la pusiera el mismo señor prefecto, advirtiéndome que era para que conservara la Congregación su independendencia, pues ella era indispensable para la buena marcha de sus trabajos misioneros. Esto sí que me lleva a creer en la buena fe del señor prefecto en aquella época. Hice en las constituciones las modificaciones tendientes a lo dicho y quedamos ambos satisfechos. Conviene advertir también, en honor a la verdad, que el señor prefecto no influyó en mi ánimo en este asunto y que sólo la idea de que con esta medida podía conquistar para la congregación la voluntad de los padres carmelitas, espontáneamente, le hice la propuesta. Él, al contrario, influyó para que no le dejara dependencia del padre general.

Ninguna duda me quedaba, pues, de haberme ganado ya la voluntad del señor prefecto hacia la congregación. ¿Quién hubiera creído lo que mas adelante ocurrió?

Le comuniqué al ilustrísimo señor Crespo este paso y su respuesta fue: Poner la congregación con base carmelitana? No, no, no y mil veces No! Gracias a esta oposición del señor Crespo pude antes de enviar las constituciones a Roma, quitarles la tal base; mayor fortuna tuve en que al señor prefecto cuando retiré eso, ya lo habían cambiado los padres y ni se dio cuenta.

CAPÍTULO XLIX

- REGRESO A DABEIBA - DE PUERTO CÉSAR A CARTAGENA
- DELICADEZA DE LAS HERMANAS DE LA PRESENTACIÓN
- NO FALTA LA PROVIDENCIA DE DIOS - LAS JOSEFINAS
- MI ACTITUD CON LOS SACERDOTES - NUEVAS DIFICULTADES
CON EL PADRE ALFREDO - CONCEPTOS DE ALGUNOS PADRES
- PUBLICACIÓN DE MIS CARTAS - SUFRIR ES LA SAL DE LA VIDA
- CURACIÓN DE MARGARITA

*De bondad has usado con tu siervo Señor, según
tu Palabra". S.118.5, 65*

Regreso a Dabeiba

Muy pronto las cosas en Dabeiba comenzaron a dañarse con el señor capellán que era el reverendo padre Alfredo, quien revolucionaba el noviciado valiéndose de mi ausencia y hacia sufrir a las hermanas lo incontable, por lo cual no pude esperar en Puerto César más tiempo, como lo hubiera deseado por ver lo que iba ocurriendo respecto de los kunas.

Arreglé, pues, viaje y salí por Cartagena. Debía hacer el viaje sola, para dejarle a la madre San Benito, compañía para salir por Pavarandocito.

Qué impresión me hizo dejar a las hermanas en Puerto Cesar y en Turbo; la víspera del viaje recorría la orilla del mar, oprimida y sin poder casi, ni disimular mi impresión. No sabía definir mucho la razón que tenía para esta impresión. Quedaban con el señor prefecto y los padres y nada les faltaba... Sin embargo, mi corazón presentía algo y sentía que me fastidiaba sentir aquella agonía y por causa tan desconocida. Con razón dicen, padre, que el corazón es ciego. Más tarde, cuando conocí la traición que el señor prefecto hacía, me expliqué mi pena y aquella vista tan amarga por las orillas del golfo, en la cual, las hermanas me hablaban y no me daba cuenta ni advertía la furia del mar que en aquella tarde echaba una de sus marejadas más bellas. Mi madre decía que el corazón era muy leal y en esta vez, sí lo fue conmigo.

Salió el señor prefecto a sacarme al buque, me recomendó al capitán y a un paje; me dio nuevas muestras de sentir mi venida y como mi alma no tenía más que afecto y agradecimiento por él, sentí despedirme como se siente el adiós de un padre. ¡Quién entonces hubiera visto lo que aquellas

manifestaciones tan amables ocultaban! Pero, no, cuánto mejor es verlo todo bien y que la caridad permanezca. Además, no es difícil tampoco sacar mucho provecho para la caridad misma, de la sorpresa con que cae la máscara de los enemigos... Entonces busca el alma con más amor a Dios que no finge, a Dios amigo tan leal. Tengo, por otra parte, padre, la idea de que cuando fingen los enemigos, también nos hacen algún bien, porque esas manifestaciones de algo nos sirven, aunque no sea sino para llenar el lugar de los ultrajes.

Cuando he oído decir que uno de los dolores mayores de Nuestro Señor, fue la traición de Judas, no he podido tener la misma opinión. Creo que la ficción es maleza tan de la humanidad que nuestro Señor no debía darle la importancia que nosotros le damos. El supremo dolor de nuestro amadísimo Señor, debió ser, la pérdida de esa alma a pasar de ese trato tan íntimo con él y el abuso cada día más acentuado de la gracia que hacía el infeliz Judas. No dejaría de sufrir un poco el señor prefecto, tan noble como era, al tener que fingir para asegurarse nuestra compañía, transitoriamente en el Golfo. Siempre hay que suponer que un hombre, temeroso de Dios, y de condiciones como las de él, veía la ficción esa como una necesidad muy dura para poder acometer su apostolado en el golfo. Ni me pesa de haberle prestado ese servicio, porque ya es mucha misericordia que nos hubiera ocupado; así lo necesitaba él y nosotras no merecíamos, como digo más arriba, el ser empleadas en tal oficio.

Estas reflexiones les hice varias veces a las hermanas cuando se asustaban de ciertas cositas que parecían opuestas a lo que exteriormente mostraban los padres. Aunque sea fingiendo, les decía, siempre nos dan oportunidad de servirle a Dios, estos días, y nosotras salimos gananciosas, siempre que lo hagamos con rectitud de intención. Estas reflexiones mantenían a las hermanas en calma, aunque con alguna lucha interior, como me lo han manifestado después.

De Puerto César a Cartagena

Al partir el buque en la "Punta de las Vacas" lugar de embarque entonces, en el Golfo, di mi última mirada al sagrario de Puerto César y... Dios mío! Cómo entonces te entregué esas hijas, y esas almas tan amadas de aquellas ciegas gentes! Había pasado los mejores ratos de mi estancia en Puerto César confeccionando adornos para el Sagrario, con pieles de pelícano y lo dejaba tan galano y en soledad tan grande... ¡Tenía como el alma pegada a ese Sagrario! Entré al camarote y el buque partió... Adiós vida,

por decirlo así, porque inmediatamente me comenzó un mareo terrible que me impidió salir del camarote.

Había que pasar por el Cerro del Águila, sitio en donde voltea la costa y por consiguiente, peligrosísimo. Es el lugar en donde se encuentran los vientos y se dan cita las brisas marítimas más fuertes. Además, está lleno de arrecifes que van rozando el casco del buque, de modo que parece que lo despedazan. A la media noche me encomendaba a Dios para morir por el exceso de mareo cuando se levantó la más espantosa gritería en la marina y el buque se volteaba hasta derribar los muebles y las olas le caían sobre la cubierta y casi lo hundían. La consternación llegó a ser universal en el buque; pero nadie podía salvarse porque aunque hubieran querido algunos salir en algún bote o ponerse salvavidas, el buque no daba oportunidad, pues por decirlo así, su posición sobre aquellas montañas de agua era tan incierta y tan cambiabile que no daba lugar ni a estar en pie los marineros mejor acostumbrados. Esta situación duró casi una hora y si he decir cuál fue mi impresión, es para reír: No tuve ninguna; la agonía del mareo no me dejó ni pensar. Sólo recuerdo que dije: En lugar de morir de una sola cosa, voy a morir de dos, es decir, de mareo y ahogada. Tenía confianza en Dios, no para no morir, sino para irme al cielo. pero no me era posible ni invocar a María. Y como la posición del cuerpo, tirado en el suelo, no daba tiempo, pues se volteaba conforme el barco iba alzándose o bajándose, todo contribuía que me entregara ya a la muerte, si no de un modo, de otro.

¡Qué terrible es este caso, para el que no tiene esa confianza y debe conseguirla a esa hora! Pues se morirá sin ella. Ni el cuerpo ni el alma pueden valerse.

Pasada esta borrasca o paso del Cerro, todos volvieron en sí, se reían, recordaban escenas graciosas, hacían comentarios tristes y alegres, pero esta pobre servidora continuaba en la más espantosa agonía del mareo, hasta que a las siete, más o menos, del día siguiente, cambió completamente el mar ya en las costas cercanas a Cartagena y entonces, pude pararme. Desde las seis de la mañana del día anterior no había podido tomar nada y me sentía debilísima; sin embargo, salí a disfrutar algún rato, de la navegación más hermosa, fresca y amena. Pude entonces conocer un submarino y admirar muchas cosas, de las que antes no me formaba idea.

Siempre me había hecho planes, para cuando navegara en el mar, pasar muy buenas noches delante de ese océano inmenso, en el silencio de la

noche, cuando ya todos los pasajeros y marinos se callan, despierta en oración. Como me imaginaba que aquella inmensidad de agua reflejando el cielo haría la presencia de Dios como tangible, me engañé, sin embargo, porque no conté con la incapacidad absoluta que da el mareo. Quizás los muy acostumbrados a la navegación en el mar, lleguen a no marearse; pero no creo que al pasar el Cerro del Águila en el Atlántico, se escape nadie. Eso lo confesaron todos el día siguiente al de nuestro susto.

Serían las doce del día, cuando anunciaron que ya se veía Bocachica y por consiguiente, que nos acercábamos a Cartagena. Todos como si hubiéramos nacido veíamos la vida nueva en aquel panorama lo más hermoso que pueda verse al entrar por Bocachica a la Bahía de Cartagena, nada es semejante a aquello. Además, como está en sus cabales cada uno, porque allí jamás hay mareo, se disfruta de la vida y los que buscamos a Dios y lo hallamos por donde quiera, somos más felices, sin duda alguna, que los que sólo satisfacen la vista y el sentido estético. ¡Pobres gentes, qué poco disfrutan de lo bello! Cuando uno tiene el ideal de lo bello puesto en el centro del Amor del Corazón y lo ve reflejarse en sus propias obras, oh! la admiración es oración y es torrente desbordante de amor!

Delicadeza de las Hermanas de la Presentación

Me dirigí tan luego como saltamos a tierra, a la casa de las hermanas de La Presentación, pues dicho sea de paso, entre nuestra pequeñita Congregación y esa benemérita obra de la Madre Pousepin hay una rara simpatía y en donde quiera que hay Hermanas de La Presentación, tenemos las Hermanas de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena, bienhechoras especiales. Bendigo a mi Dios por esto y jamás me resuelvo a hacer paralelo entre las dos congregaciones, pues sería tanto como hacerlo entre un elefante y una hormiga. ¡Cómo admiro a las hijas de La Presentación y cuánto bien hacen en el mundo! Su porte religioso, su caridad y la amabilidad de que con rarísimas excepciones, se encuentran llenas, me sirven constantemente de modelo para poner a las hijas.

Pues bien, me fui al colegio de La Presentación, en donde fui recibida por la reverenda madre Margarita y sus hijas, con tal cordialidad y caridad generosa que ni volví a acordarme de la terrible travesía del mar, ni de la debilidad física en que me había dejado el mareo, unido a la falta absoluta de alimento durante las treinta o más horas que dura aquel trayecto. Cómo trataron de levantarme las fuerzas, estas buenas hermanas.

Fui a saludar al señor arzobispo de Cartagena, ilustrísimo señor Brioschi, de quien ya he hablado y a quien mi corazón vive ligada con una gratitud especialísima. Qué gusto me dio verlo en esta ocasión, muy mejorado de salud y con carácter jovial y suave, lejos de las amarguras que le había conocido siempre y muy especialmente cuando estuve en esta ciudad con motivo de la fundación de Uré. Entonces todo en él era indignación y palabras amargas, si bien tan comedidas como conviene a un prelado de la talla de él.

Ahora su dulzura y alegría me hizo que, con mi acostumbrada llaneza le preguntara por el motivo de cambio tan grande. Me contestó: ¿Y cómo no he de estar cambiado si ahora se me están convirtiendo los masones que son mi tormento? Entonces me refirió de varias conversiones habidas en esos días y muy especialmente de una ruidosa conseguida por la intervención del mismo señor arzobispo y una hija del señor ese, masón de suma importancia para los de su bando y para Cartagena entera.

Pude admirar entonces el celo de este ilustre prelado que, por la conversión de algunas de sus ovejas, había perdido su natural aspereza, tan reconocida por todos en Colombia. Esto me descubre también cuánto sufren los pastores de la Iglesia y cuánto es su mérito. Llevan los pecados de todos encima y su alegría está pendiente del bien de las almas. Felices ellos que también sufren por causa tan santa.

Entonces cité al señor arzobispo para que me oyera en el confesionario, pues estaba necesitadísima de consultar acerca de un punto difícilísimo que traía pendiente y que no consigo aquí, por ser cosa en que puede sufrir la caridad y aún no he consultado reverendo padre, si debe quedar aquí pues al parecer, es necesaria para ilustrar mejor la historia de la persecución de los padres carmelitas a la congregación.

Pues con mucho gusto prometió atenderme el señor Brioschi, al día siguiente en la catedral, después de su misa que sería a las seis. En esto me ocurrió una cosa curiosísima y que muestra ya, lo gastada que venía mi cabeza (¿y cómo es que todavía me sirve, Dios mío?) Me fui muy temprano para la catedral, haciéndole reserva de la cosa a las hermanas, porque me daba pena que a aquella hora saliera alguna a acompañarme, siendo ellas de muchas ocupaciones. Llegué a la catedral que estaba casi desierta, la paseé toda y no pude encontrar en toda ella, un confesionario. Con mucha extrañeza, le pregunté a una señora si allí no había confesionario y dónde confesaba el señor arzobispo; me contestó que no sabía y mirando a

los lados, me dijo: Confesionarios no hay! A poco me entré a una sacristía creyendo que sin duda los tenían allí, pero nada encontré.

Esperé un poco. Entró el señor arzobispo y dijo misa en un altar de un lado; la oí con sumo gusto, pidiendo por mi necesidad que era precisamente la que me obligaba a buscar consejo. Terminada la misa, el señor arzobispo dio gracias muy largo y se levantó buscando por todas partes, algo. Recorrió todas las naves, pasó cerca de mí. Yo me dije: Está buscando o pensando dónde me ha de oír, es decir, busca el confesionario pues donde se siente allí voy, y para donde se vaya lo sigo. Anduvo como he dicho, toda la catedral y se entró por una puerta, pero siempre mirando como quien busca algo que le interesa. Tan pronto como traspuso la puerta salí en su busca; me entré por la misma puerta y no lo encontré. Hube de resignarme pensando que quizás se le olvidaría el compromiso y que por eso, no me había hablado a pesar de haber pasado tan cerca de mí.

Como a las nueve me presenté en el palacio arzobispal, con intención de orientarme mejor en lo de confesión en la catedral de Cartagena pues se me había vuelto misterio aquello. Cuál fue mi sorpresa cuando al verme el señor arzobispo me dice: ¡Qué mal ha quedado! Me ha hecho perder mucho tiempo en la catedral, esperándola y quién sabe a qué horas se presentaría. Entonces le referí lo ocurrido y cómo había pasado muy cerca de mí, y cómo yo no había podido encontrar confesionario ninguno. Le preguntaba asustada, cómo podía ser que en una catedral no hubiera confesionario? Se echó a reír al oírme y llamó a los padres que trabajan en la pieza vecina para que le ayudaran a reír, diciéndome que había varios confesionarios y no ocultos, sino muy a la vista.

Yo no sé verdaderamente, qué será más raro, si el que yo no hubiera visto confesionarios habiéndolos y muy visibles, o que el señor arzobispo, recorriendo la iglesia a pleno día no hubiera distinguido entre un grupito de veinte o treinta señoras, estando yo con mi hábito blanco y azul que se distingue sobre manera en todas partes y especialmente se hace notorio entre gentes vestidas de negro como lo estaban aquellas señoras. Esto reverendo padre, no se a qué atribuirlo, pues ni lo uno ni lo otro tiene explicación. Aunque el señor arzobispo no hubiera sabido que yo estaba en Cartagena, me hubiera visto inmediatamente en la catedral, cuánto más yendo como iba, exclusivamente a buscarme y prevenido a encontrarme. Y lo de yo recorrer íntegra la catedral y sus dependencias y no poder ver un solo confesionario estando como los encontré al día siguiente a la vista de todos, y haber varios. La Providencia divina rige todas las cosas, por consiguiente, me cabe preguntar qué se proponía en esto.

El señor arzobispo se rió a más no poder de mí diciendo que era que los montes me habían dañado la vista. Otro tanto decían los padres. Y yo a mi vez, preguntaba en qué monte había estado el señor arzobispo, sin que nos hallamos podido explicar el por qué de aquello. Al día siguiente fui a la Catedral antes de la seis y ya el señor arzobispo me esperaba frente al confesionario. Al verme me lo señaló, como quien dice: Si no se lo muestro con el dedo no lo ve. Sobra decir que los confesionarios no son de forma distinta, ni era posible que se me cambiaran por nada. Con la mayor caridad me recibió el señor Brioschi y atendió a mi consulta con sumo cuidado. La resolución me dejó muy tranquila.

Pocos días estuve en Cartagena en aquella ocasión; quizás serían unos ocho. La reverenda madre Margarita vino a sacarme hasta Calamar. Tanta generosidad fue un gozo especial para mí, porque no esperaba que la caridad de las hermanas, llegara hasta allí siendo que estaban en tareas escolares y que aquello suponía dos días de ausencia de la casa.

No falta la Providencia de Dios

Al embarcar en Calamar, tuve también la sorpresa de encontrar para compañeras de viaje, a dos Hermanas de La Presentación; una de ellas, compañera y como hija, por decirlo así, mía, allá en los tiempos de la juventud. Bendito sea mi Dios por todo. Además, como ya era muy inhábil, se preocuparon las hermanas mucho, al despedirme en el Golfo, de quién me prestaría en el camino, ciertos servicios indispensables que no podía ya, prestármelos yo misma. Claro que en el barco, no tenía confianza para pedirlo a mis excelentes compañeras; pero Dios me deparó una sirvienta de los padres Candelarios que venía de Barranquilla y por recomendación de los padres, viajaba en primera. Tan pronto como esta buena mujer me vio me dijo: Voy a pedir mi camarote cerca del suyo, para ver si puedo servirle en algo. Le di las gracias y le pregunté si me conocía y me contestó que jamás me había visto ni oído mi nombre; pero que desde que habíamos subido al arco, se le había ocurrido que podría serme útil, sin saber por qué.

Claro Padre, que yo sí entiendo que seguramente, viendo lo pesado de mi cuerpo, tuvo lástima o caridad de mí; pero no quiso confesármelo. De todos modos, como iba para Bogotá, me acompañó toda la navegación y Dios sabe cómo fue de delicada esta buena mujer. Así es siempre, padre. Parece como que Dios moviera el mundo para que esta pobre criatura no tenga el menor inconveniente en la vida. Aquí sí que puedo hablar de nue-

vo del bendito mil veces rayón de luz que me ha seguido, como lo sabe vuestra reverencia, desde el aparecer de mi existencia.

El referir estas minuciosidades, es para mí, más importante, padre, que referir las más altas y señaladas gracias del Señor, porque son delicadezas de Dios que obligan a ver ese amor minucioso de madre que tiene Dios para aquellos que le sirven. Éstas son pinceladas de amor, de cuidado, de providencia que conmueve y sobre todo, que si no las tuviera, nada le faltaría al cuadro de su amor para conmigo; pero un amor más minucioso y maternal, le mueve a tomar el pincel y a pasarlo, como quien no lo quiere, con delicadeza suma para avivar el colorido.

¡Yo no sé, padre, por qué no me ha matado el amor! ¡Yo no sé por qué después de un tan largo vivir bajo la acariciadora providencia de mi Dios, todavía no me he derretido de amor! A veces pienso (y que me perdone mi Dios si fuere erróneo mi parecer) que es que Dios mismo hace a veces que el fuego no queme. ¡Cuántas veces he creído que el amor me consume y que sin auxilio especial, me muerdo! Dios mío y el vaivén de cosas del servicio de Dios me calma el ardor y resulto tan viva y tan sana como antes. ¿Será que Dios se hace el necesitado de mis servicios y por eso viene en mi auxilio para que no se acabe la vida a impulsos del ardor amoroso? Sin embargo, padre, ya ve cuán poco y mezquino es el servicio que le presto. ¡Qué escaso servicio quieres conservar Dios de mi alma, Mendigo de corazones!

Todos los pequeños cuidados de la divina Providencia en aquel viaje que tanta pena causó a las hermanas porque lo hice sola, encendían mi afecto y puedo decir que el viaje fue delicioso.

Como traía el pecho lleno de una enfermedad que en las tierras ardientes llaman brasa y que consiste en quemaduras de la piel, a causa del calor excesivo, llegué a Puerto Berrío y allí encontré en la caritativa amiga, doña Jesusita Urrea, la mano más suave para curar las heridas que el fuego de la sangre, había hecho en todo el pecho. Allí comprendí que eso debió obedecer a que me tocó en todo el viaje, un camarote que tenía debajo el fogón, y como además, no podía usar el catre porque desde la primera noche lo sentí romperse con el mucho peso de mi cuerpo, tenía que dormir en el suelo, en donde creía asarme. Tal era el fuego de aquel camarote que al sacar el baúl el último día tenía la tabla de abajo quemada. Era pues natural que me diera la brasa y sin embargo, no advertí sino al final, qué era lo que me quemaba y ardía por las noches.

Las Josefinas

En Medellín me detuve algunos días para reponerme y esperar, si no recuerdo mal, algunas postulantes. No recuerdo en qué fecha llegue a Dabeiba en donde las hermanas me esperaban con unas hermanas josefinas. Tenían la casa dispuesta para recibir unas nuevas religiosas que yo traía según les había asegurado el señor capellán, reverendo padre Alfredo, él mismo se ponía a arreglar una casa separada para las nuevas religiosas y había hecho que les arreglaran celdas y que en todas pusieran imagen de San José. No se asustaron más ellas al verme llegar sola, con señoritas postulantes, como me asusté yo de oírlas preguntar por las josefinas.

¿De dónde venía esta noticia? Pues de un aviso, que, sin yo saberlo, le había dado el señor prefecto desde el Golfo, al reverendo padre, de que se fundarían unas josefinas agricultoras que formarían la tercera categoría de nuestra Congregación. Le había escrito, además, que hiciera desocupar y componer una casita que en Dabeiba tenía la misión, para que en ella, hicieran el noviciado. El padre entendió mal la carta y por eso creía que eran religiosas ya formadas, de otra comunidad.

Verdaderamente, el señor prefecto me había dicho que había en Bogotá unas niñas formadas en una casa de protección del reverendo padre Campoamor, sj. que eran muy buenas agricultoras y que se le ofrecían al señor Arteaga para venir a la misión de Urabá. Convinimos en que con ellas se podía comenzar una tercera categoría en la Congregación, para atender a la necesidad de enseñar industrias, especialmente la agricultura a los indios y demás gentes a nuestro cargo.

Mi actitud con los sacerdotes

El reverendo padre Alfredo, el más encarnizado enemigo de la Congregación y que, a pesar de ello, había sido nombrado nuestro capellán, hacía ya bastante tiempo, me recibió tan bien que me hizo pensar que el abismo se había cerrado.

Aunque sea de paso, permítame padre que, pues todo debe aparecer para bien de la Congregación, diga algo acerca del nombramiento de este padre. Cuando uno o dos años antes, no recuerdo bien, llegué de Uré a Medellín, fueron a visitarme dos padres carmelitas; el uno era el reverendo padre Luis, provincial en Colombia. Al preguntarle yo cómo iba instalándose el señor prefecto, me habló de lo que había ya hecho y entre otras

cosas, me dijo cómo había nombrado al reverendo padre Alfredo, cura de Dabeiba y capellán de nuestra casa central y noviciado añadió esto: Ese padre si las va a desbaratar, porque ése si las aborrece de verdad.

Por estas palabras no será muy arriesgado pensar que precisamente el odio del reverendo padre a la Congregación, fue el mérito que ante los padres tenía para ser nombrado nuestro capellán. Esto por lo pronto, me pareció duro de pensar y detuve el juicio; pero poco después, los acontecimientos dieron pruebas irrecusables de que ese hubiera sido un juicio acertado.

Es preciso también hacer conocer, que desde que el reverendo padre Alfredo llegó a Frontino, dijo estas textuales palabras: Vengo exclusivamente a destruir la tal Obra de la Madre Laura, esa obra es una vergüenza para nosotros y no debe existir, ¿cómo la han consentido?

Estas frases me las refirieron los mismos padres varias veces; pero no crea padre, que protestaban contra ellas, ni le daban paliativo de ninguna clase, ni ofrecían contrarrestar la acción ofensiva del reverendo padre; no, lo celebraban y lo apoyaban, reconociendo a la vez, cuánto les servíamos y lo que por ellos hacíamos.

En esto, reverendo padre, no se ve sino la copia fiel de la escena aquella del viernes santo, que es y ha sido mi esfuerzo en todos los casos de some-terme a los injustos proceder de los hombres. Recibían nuestros favores, reconocían que ellos no harían la obra que nosotros hacíamos, confesaban que la obra era precisa y por un engegucimiento raro, por una acción diabólica, como la que impulsa siempre al que se deja llevar de ciertas pasiones, querían y procuraban nuestra destrucción.

Varias veces me dijo el señor prefecto, al hablarle yo de los desmanes del reverendo padre Alfredo con nosotras, a ver si podía ponerle remedio: El padre Alfredo es malo de corazón, pero yo no le diré nada. Me refirió además un gran cisma que le había encabezado en España en un convento, del cual era prior el mismo señor prefecto. Sin embargo, jamás nos defendió y se le fue la mano en las hostilidades con que martirizaba a las pobres hermanas, ni el furor con que perseguía la misma congregación que le servía desinteresadamente, le alimentaba, le veía en sus enfermedades, y le cumplía el deber más difícil que tenía que era la catequización de los indios, con una sumisión y humildad increíbles.

Alguna vez el señor proprefecto, reverendo padre Severino, que le tocó palpar muchas de esas injusticias me dijo: Mire, Madre, para que el padre

Alfredo se le calme, dígame que él es el mejor párroco... que es buen predicador... que es muy santo, etc. etc. En fin, elógielo mucho, a ver si se le calma. No le contesté al reverendo padre sino con un signo de admiración, pues en mi cabeza no cabía la idea de que me fuera lícito echar mano de semejante medio, tan opuesto a la caridad, a la verdad, y sinceridad que es como signo característico del cristianismo bien entendido.

¡Dios mío! Sólo Vos sabéis lo que estas cosas costaban a mi alma. Cada una de ellas me desgarraba, no tanto porque me sorprendieran, pues después de estudiar detenidamente el santo Evangelio, es imposible que estas cosas, ni todas las que pueda sugerir el demonio, sorprendan, sino ¡porque es tan duro ver amargarse las aguas que deben ser dulces! ¡Es tan amargo sentir el desequilibrio en corazones tan amados como los sacerdotales! ¡Ay, Dios mío, hoy mismo de sólo recordarlo y pensar que es caso frecuente y caso constante este desequilibrio entre el Evangelio y los corazones que hacen profesión de amarlo y seguirlo, quisiera derramar lágrimas de sangre!

Como jamás dejé de amar a estos padres, pude siempre excusarles la mayor parte de las veces, pero quién hubiera podido que entendieran mi actitud ante estas cosas. En fin, en esta vez es decir, a mi llegada del Golfo, parecía que el reverendo padre Alfredo estuviera en mejores disposiciones, al menos delante de mí. Me recibió hasta con alegría, me refirió con sumo gusto cómo habían colocado en un árbol del Pital, sitio de nuestro noviciado, una imagen de la Santísima Virgen, a la cual ya llamaban la virgen del Pital, aunque ya respecto a esto nos habíamos entendido por telégrafo, él parecía complacerse en referírmelo todo de nuevo; mostrándome lo que, al efecto, habían dejado escrito.

A mi vez, usando de la sencillez que tanto fastidiaba al reverendo padre Elías en mí, y de lo cual aún no me he corregido, le referí los planes que habíamos hecho el señor prefecto y esa servidora, sobre la tercera categoría de la Congregación, sobre la fundación entre los kunas, sobre la unión tan grande que yo presentía que iba a haber entre los padres y nuestra congregación, reemplazando deliciosamente la tirantez pasada, por la más dulce confianza. Para mejor convencerlo de esto, le referí cómo, de acuerdo con el señor prefecto, nuestras constituciones se calcarían sobre la regla carmelitana y aunque sin dependencia del padre general de la Orden, seríamos carmelitas en muchas cosas.

Muy bien, me decía el reverendo padre Elías, que no fuera sencilla nunca con sus hermanos, porque serían enemigos irreconciliables siempre y que aunque transitoriamente se me compusieran, que no les creyera y

fuera reservada con ellos. Mas, ¿quién detiene el torrente que baja de la montaña, ni quién podrá ponerle disimulo, doblez a mi alma, tratándose de un sacerdote?

Tal vez, vuestra reverencia misma, habrá observado y conoce los muchos perances en que me ha metido mi sencillez con los sacerdotes, ¿no es verdad?

Pues no está por demás, que le explique lo que pasa en mi alma y por lo que me es imposible usar con ellos de disimulo y doblez. (Esta última creo no usarla con nadie).

Desde que hablo con un sacerdote, lo miro tan de mi alma, tan interesado en el bien de ella... Lo siento tan vecino a mi corazón, tan adherido a los mismos dolores, tan libre de las mezquinas pasiones que pudieran inclinarlo a juzgar mal de mí, ni a dar interpretaciones desfavorables a mis palabras. Lo pienso tan en comunión con las ideas que creo buenas y perfectas, que no me es posible dejar que mi palabra no vacíe mi corazón. Sé, sin embargo, que mis ideas del sacerdote son erróneas puesto que la experiencia me ha enseñado que aunque el sacerdote debiera ser lo que yo supongo, no lo es en realidad, debido a que también es humano y está expuesto a todas las enfermedades del corazón y de la mente a que estamos expuestos todos. No me resuelvo jamás a pensar que con quien actualmente hablo, sea uno de los enfermos y si me viene la idea, antes de alzar el juicio, me digo; Si no fuera sincero ese padre, nada pierdo con serlo yo, porque Dios en obsequio a mi verdad, me sacará bien, peor cosa sería que yo levantara un juicio temerario, ahora.

Así pienso, padre, y me confío con suma facilidad aunque noto que allí mismo, le están dando interpretación torcida a mis palabras.

Mucho conoció el padre Elías esto en mí, cuando me hacía el encargo de ser muy reservada con sus hermanos en religión y me anticipaba diciendo: Es que yo sé que su ingenuidad y sencillez es calificada por muchos como astucia y vanidad.

Pues también en esta vez caí en la trampa; le fui sencilla al padre Alfredo refiriéndole cuanto había arreglado con el señor prefecto. Se puso muy contento, y cuando le hablé de la base carmelitana de nuestras constituciones, me dijo: ¡Ahora ya no me fastidiará nada de esta congregación: Todo lo veré bien; ni vuelva a preguntarme cómo me gustan las cosas, porque ya me gustará todo, absolutamente todo!

Hacía apenas unos ocho días que me había dicho esto, cuando me llamó amablemente y me dijo: Cuanto antes, para que nuestra unión sea completa, debe prestarle obediencia a nuestro general, escríbale esta misma semana. Padre, le dije, el señor prefecto, me indicó que eso no podía ser, porque la índole y fines de nuestra congregación no caben así en calidad de terciarias de ninguna orden; expresamente me hizo que dejara constancia en las constituciones, de ello. Con semblante ya un poco descontento me dijo: Eso lo arreglaré yo con el prefecto.

Nuevas dificultades con el padre Alfredo

Poco después, en el confesionario, me preguntó muy interesado cómo me habían parecido las novicias... Le contesté que iban bien; pero que Mercedes Betancur, sí debía volver a su casa, porque había conocido en Medellín alguna cosa por la que podía sospecharse que su salud era débil y aún mala. Entonces me dijo: A esta también la tengo yo despachada, esa no tiene espíritu ni sirve; hace días que le he dicho que debe volver a su familia.

En todo, parecía que este padre obraba de buena fe; pero cuál fue mi sorpresa cuando me dice Mercedes Betancur que ella está muy segura de que le darán el santo hábito porque el reverendo padre Alfredo le ha prometido que la sostiene y no la deja mandar para la casa, si le daba ciertos datos que él necesitaba, respecto a la superiora de la casa. Estos datos los dio ella sin pensar que era para mal que él los pedía.

En fin, al poner las cosas en limpio, es decir, al aclarar las cosas, vi que me tenía medio noviciado perdido y a las superiores casi locas, porque pretendía por medio de estas tramas, arruinar la congregación y hacer desalentar a las novicias. Además, se había arrogado toda la autoridad de la casa central y la pobre superiora, era muy joven, no se atrevía por respeto, a sacudir el yugo.

Con mucha maña y por decirlo así, con verdadera prudencia, comencé a irle quitando algo de autoridad en lo interior; pero él, que sabía muy bien los líos que tenía adentro, tuvo temor de perder las ventajas adquiridas en el ánimo de las hermanas y, aunque fingiéndose tranquilo, hacía cuanto podía por enterarse de los movimientos y medidas que yo tomaba en el interior. Con esta tirantez las pobres postulantes, se sentían en constante desazón. Tuve que apresurarme a despedir para su casa, a tres: Mercedes Betancur, Sofía Toro y Teresa Londoño, quien aunque no había entrado

todavía a la comunidad ganaba la dote en la escuela de la población, viviendo en nuestra casa. Ésta precisamente, había sido la fuente de información del reverendo padre, pues podía, en la libertad de que gozaba dentro y fuera de la casa, traer y llevar a su amaño cuanto quisiese.

Desde entonces, reverendo padre, comprendí todo el inconveniente que hay en tener seglares en las casas religiosas y quiera Dios que jamás vuelva a consentir en ello. Es una caridad que cuesta demasiado cara y que resulta contraproducente porque se precipita a la favorecida también, llenándole de responsabilidades.

Logré arreglar las cosas y el padre no parecía muy desagradado. Procuré siempre darle explicaciones para no dejarlo en la necesidad de informarse en el confesionario por medio de hermanas que apenas conocían las cosas, a medias. Esta medida era inútil, puesto que él aunque parecía creerme, no me creía y en el fondo, se le suscitaban mayores dudas y desconfianzas cada día.

Esto, padre mío, es muy natural, pues él de todos modos, tenía ya dispuesto minar el prestigio que las superiores tenían en las dos casas y cuando las pasiones sostienen y buscan un fin, son inútiles todos los esfuerzos que rectamente se hagan para calmarla.

Pues bien: El padre comenzó por negarse a dar los sacramentos a los indios. Teníamos a la sazón un número hermoso de adultos allí preparándose para recibir el santo Bautismo. Eran indios que perseguíamos por mar y tierra, como se dice, hacía cinco o seis o más años, sin poder conseguirlos. Muchos de ellos eran jaibanaes o brujos convertidos a fuerza de lucha larguísima. Otros eran indios que vivían a muchos días de distancia y habían hecho el sacrificio de abandonar sus casitas con huertas y cuanto tenían para venirse dos o tres meses a prepararse para el bautismo, con toda la familia. Otros, eran indios que ya habían recorrido todas las selvas de la región huyendo de las hermanas y que habían costado correrías peligrosísimas. En fin, todos tenían su historia bien interesante y constituían un triunfo obtenido a fuerza de oraciones, penitencia y trabajos sin cuento. Eran unos veinte, si no recuerdo mal. Tan pronto como estuvieron preparados y deseosísimos del bautismo, se le presentaron al reverendo padre para que viera si le parecían preparados y les diera el sacramento. Estos indios respondían correctamente a todas las preguntas acerca de los principales misterios, narraban la vida de nuestro Señor, con sencillez admirable, odiaban el pecado y los asustaba la idea de volver a ser malos.

El reverendo padre les preguntó el padrenuestro, de memoria y como eso no es fácil que viejos de otra lengua lo aprendan pronto, no lo supieron. Las hermanas le recordaron cómo nunca se les había exigido oraciones de memoria, a los adultos, para bautizarlos y que sabían muy bien todo lo demás y que, sobre todo, después sucedería lo que con todos, que con la práctica de rezar habían aprendido las oraciones de memoria, después del bautismo. Nada valió. Dijo que sin el Padrenuestro no los bautizaría. Empezaron las hermanas la magna obra de hacerles repetir veinte, treinta, cuarenta o más veces las oraciones de memoria, con la esperanza de que las aprendieran, aunque jamás se les había exigido eso; pero, el reverendo padre, se cuidó de buscarlos y decirles que se fueran a sus montes que no estuvieran ociosos comiéndoles a las hermanas lo que tenían. Ellos le rogaron por el Santo Bautismo y le decían: " Si camina donde casa, cómo bautiza pues? Entonces cuando muera yo, mucho miedo de infierno, etc."

Los argumentos no podían ser más terminantes y emocionantes o conmovedores. Sin embargo, nada le entró a la dureza del padre, los arrojó! Por fortuna, una hermana muy oportunamente, los pudo atajar a la salida de Dabeiba, diciéndoles que el padre les decía eso, para ver si tenían deseo del bautismo, que volvieran y no se dejaran ver de él, hasta que supieran las oraciones. Así logró detener algunos. Otros fue imposible y no volvieron. Probablemente murieron sin bautismo.

Como se ve bien claro, aquí, la oposición de los padres a nosotras, no era sólo una pena sino muchas, por el perjuicio que frecuentemente producía en las almas. Esto es lo más duro entre todo lo duro: ¡Que todo conspira y resulte en perjuicio de las almas!

Aún no habíamos salido de esto, cuando dijo francamente que no confesaba a las hermanas que las confesara la Madre Laura. Ruegos y lágrimas, todo fue inútil. Les aconsejé a las hermanas que tuvieran paciencia, pues que, aunque el padre lo hacía por esa inquina que tenía, Dios debía permitirlo para un fin muy bueno, como hacía con todo. Que aunque no fuera sino a enseñarnos a sufrir injusticias, ya era una cosa de gran valor a sus ojos santísimos, porque verdaderamente, padre, todo justo debe saber sufrir injusticias, porque si no, a su justicia le falta el más refinado grado y hay que ver si hasta él, puede llegar.

Las hermanas rogando y suplicando pasaron mucho tiempo. El padre se prevenía diciendo que no las confesaba y que si la Madre se quejaba al señor prefecto y él pretendía obligarlo, le dejaría el puesto sólo. Total pues,

que no había otro remedio que aguantar. Mas, como la situación se puso demasiado tirante, y para ver de remediarla, me resolví a interrogar directamente al padre, aunque con pena, porque mi presencia lo ponía peor.

Me dijo: No las confieso porque no quiero y así como usted se mete en la conciencia de ellas, confíeselas. Padre le dije, no recuerdo cuándo me he mezclado indebidamente en la conciencia de ellas, le agradecería que me indicara o citara una vez, para enmendarme, pues a mí también me parece muy indebido eso.

Sí, me dijo: Usted impide que se confiesen, cuando no le conviene que se acerquen al confesor.

Pero, ¿cuándo lo he hecho, padre?. Estoy resuelta a pedir perdón de cuanto malo haya hecho y a corregirme, le ruego humildemente, decírmelo. Dicho esto, me arrodillé y llorando le volví a rogar que me hiciera ver mi culpa y que confesara a las hermanas que estaban muy afligidas y que al fin, querrían volver a su casa, al verse privadas de los sacramentos. Entonces me dijo: Recuerde cómo hace unos quince o veinte días, cuando yo confesaba en el noviciado, no dejó a la hermana San Juan que se confesara, en cambio, arrojó la hermana del Niño, sin necesidad.

Recordé al momento el caso y le expliqué: Efectivamente, amenazaba lluvia, era un poco tarde y el padre tenía que regresar del Pital a Dabeiba después de terminar las confesiones. La Hna. San Juan se acercó y me dijo: Madre, no tengo afán de confesarme porque hace muy poco que lo hice y al padre le va muy mal en el camino si se demora, porque va a llover y es tarde. Me pareció muy prudente la propuesta de la hermana y accedí. A poco, la Hna. Ma. del Niño, me pidió permiso para arrimar segunda vez y se lo di, precisamente por respeto a la conciencia, porque aquello detenía al padre y no debía ser; pero para dejarle toda la libertad he acostumbrado no negar estos permisos. Así pasaron las cosas y ya ve la manera como la interpretó el reverendo padre y cuán caro costó a las pobres hermanas.

Cuando el padre oyó mi historia, quiso enojarse, diciéndome que mentía pero se detuvo al sentir que yo le besaba los pies, y se levantó diciendo: No, yo no soy el Papa y se levantó a la carrera. Se mostró un poco apenado después y a la semana siguiente consintió en confesar a las hermanas.

Imposible es enumerar todas las cosas semejantes a las ya referidas que nos pasaron con el reverendo padre Alfredo, como me lo indican los superiores, porque por lo mismo que las perdonaba tan fácil, las he olvidado.

Pero con lo dicho, la seguridad de que fue siempre incalmable con la congregación y que exprofeso fue puesto allí, para que nos hiciera abandonar el campo, se tiene lo bastante para ver que el padre era irremediable y su persecución no obedecía a razón ninguna sino a sistema ya convenido y propuesto entre todos los padres.

Conceptos de algunos padres

Muchas veces me preguntaba, padre, cuál sería el motivo para odio y guerra tan terrible contra unas pobres mujeres que con tan recta intención les servían a estos padres y jamás lo entendí entonces. ¡Cuánto estudio me faltaba!

Directa e ingenuamente interrogué a los padres y siempre recibí diferentes respuestas. El primero fue el reverendo padre Elías, tan leal y tan franco. Su respuesta fue: No lo pregunte! Entiéndalo que está muy claro, yo conozco mucho los míos y sé que jamás estarán tranquilos mientras no la pierdan. Ellos quieren estrellar la congregación y quizás Dios los estrellara a ellos, porque ama mucho la congregación. Su sencillez es para ellos vanidad y falsía; su piedad, hipocresía, su celo, soberbia y vanidad, no creen ellos nunca, que su reverencia haga una cosa o tome una medida que no sea por humillarlos y hacerles quedar mal. Hasta de las conversaciones de los indios se valen para creer que es que su reverencia las inventa. En fin, no hay nadie más soberbio, vuestra reverencia es la encarnación de la soberbia, para ellos.

Por mi parte, me añadió, estoy tan convencido de que Dios la asiste, que le prometo estar con vuestra reverencia y ayudarla hasta donde me lo permita la obediencia. Ante ellos nada he podido porque no me creen; pero cuente con mi apoyo como le digo, hasta donde mi voto de obediencia me deje y le prometo, además, sufrir hasta persecución, por causa de sostener la verdad del espíritu de su congregación- Más explícito no pudo ser este buen padre; sin embargo, ni así pude hacerme a la idea de que esa pasión de los padres fuera incurable o sistemáticamente sostenida; siempre me quedaba la idea de que, a fuerza de bondad, sinceridad y servicios, habríamos de conquistarnos la voluntad de los padres, y así asegurar el bien de esas delicias de nuestras almas, que eran las de los indios que se convertían a diario, con asombrosa manera, muchas veces.

Al reverendo padre Juan Francisco, le pregunté alguna vez, de un modo directo y no me dio respuesta alguna.

Al mismo señor prefecto le dirigí esta pregunta categórica, con el fin de que, pudiera mostrarme confianza, en vista de que yo se la tenía. Su respuesta fue esta: "Es que ustedes van delante de nosotros".

En esto entendí que nos creían inobedientes, le hice mil protestas de obediencia y aún le pregunté, en qué no habíamos sido completamente sumisas y volvió a repetirme: Ustedes quieren ira adelante de nosotros, se meten a donde nosotros no podemos ir.

Le aseguré de nuestra rectitud de intención, de cómo nosotras deseábamos que, para la conservación de los padres, ellos no se expusieran a ciertos climas; más le dije: mire, el día que se nos enfermen o muera un padre, no hay otro para reponerlo y el día que se enferme o muera una hermana, cinco o seis vuelan a ocupar el puesto. Además, nunca nuestra labor es igual a la de los padres. Nosotras tan sólo les preparamos el camino. Por otra parte, si ése es el obstáculo, cuente que a ninguna parte iremos, sin su mandato o licencia; esto es lo que creo haber hecho siempre, pero do hoy en adelante seré más cuidadosa.

¡Pobre de mí! Pensaba muy mal. Después he comprendido en qué consistía el ir adelante. No lo entendí entonces. Me parece raro que hubiéramos trabajado del mismo modo en el San Jorge con los Hijos del Divino Salvador y después con los reverendos padres del Seminario de Burgos y nunca ellos nos dicen que vamos adelante ni nosotras pudiéramos jamás hacerlo. Imposible superar en nada la abnegación de aquellos misioneros a quienes Dios ha de coronar como a mártires del amor en el apostolado.

Sin embargo, jamás pude culpar a los reverendos padres carmelitas porque no quisieran ir a malos climas, ni a la selva, porque siempre tuve manera de excusarlos y mi deseo era que ellos trataran de conservar bien su salud. Esto tampoco supieron entenderlo los padres, o si lo entendieron, lo atribuyeron a alguna mala intención. Desde el principio de la obra, padre mío, comencé a sufrir por un motivo que jamás había previsto y que me impresionó por lo mismo, no poco.

Publicación de mis cartas

Mis primeras cartas a Medellín fueron dirigidas a mis dos hermanos, al reverendo padre Domingo A. Henao, mi primo y ayudador insigne de la obra, al que era mi confesor al salir de Medellín, reverendo padre Lubín Gómez y a una que otra señora bienhechora de la obra.

Unos cuatro meses después, escribí una para el señor gobernador, pidiéndole algunas cosas que creía indispensables, éstas eran dos: Modo de comprar una mula, para salir a ciertos lugares que tenían camino de bestia (pobre de mí, no sabía que lo que necesitaba era una recua) y un agente de policía constante, para la defensa de los indios y sobre todo, de las indias. Figúrese, padre, que aquellas pobres no acostumbraban a salir a tierras pobladas y por razón de nuestra labor las obligábamos, en cierto modo, a salir. La maldad las esperaba en Dabeiba y quedaban indefensas, porque sus padres, maridos o hermanos tenían más miedo que ellas; los civilizados, casi todos perversos, no habían de defenderlas. Nosotras éramos impotentes y tampoco los asaltos eran hechos en presencia nuestra. Ellas, por otra parte, no se creían con el derecho de dar una negativa a nada, absolutamente, porque así es la condición de la mujer infiel. Total, que era una urgencia grande tener quién las defendiese y amparase, fuera de nosotras.

El señor gobernador, aunque no pudo concederme lo pedido, me pidió permiso para publicar la carta. No recuerdo si ya, al principio, referí esto, si así fuere, excúseme, padre.

Me impresionó esta petición del gobernador como si hubiera cometido un delito. La primera impresión fue la de negar rotundamente el permiso, pues yo no concebía cómo podía hacerse público nuestro trabajo con los indios. Pensaba que bastaba con que desde el cielo Dios lo tuviera en la cuenta. Pero, como jamás he obrado por mí misma en estas cosas, consulté al señor Crespo a Antioquia, pero suplicándole que no me diera la licencia. El me contestó diciéndome que inmediatamente la diera y que no temiera nada. La dí, quedando con una espina parecida a la que tendrá el que acaba de cometer un crimen. Quién se explicará esta circunstancia y como rareza de mi alma?

Cuando apenas me estaba calmando de esta pena, supe que andaban publicadas en El Colombiano, todas las cartas que había escrito a la familia y amigos... Dios mío. ¡Cuál fue mi confusión! Me parecía que ya estaba perdido mi esfuerzo y que la obra, con esto, se iba a echar a perder. Ya no íbamos a tener el galardón de Dios, etc. Esto no puede atribuirse a ignorancia, reverendo padre, porque yo sabía muy bien que la intención es la que da valor a las obras delante de Dios y no la publicidad o no publicidad. Pero, con toda razón, yo sufría lo indecible.

Los que resolvían publicar las cartas, fueron, según parece, el reverendo padre Henao y Carmelita, de acuerdo con el señor gobernador, no me

admitieron reclamos y hube de conformarme. Con la buena aceptación de estas cartas y el bien que hicieron despertando el celo de muchos, a favor de la obra y en general, a favor de las obras misionales, el señor Crespo, se creyó en el deber de darme orden de continuar y mandar dos mensuales al Católico, de Santa Rosa.

Y heme aquí metida en el cabuyero no sólo de la publicidad, sino en el de tener que escribir sin saber. De eso último se me daba muy poco o nada; pero lo primero era una espina incurable; sin embargo, por la misericordia de Dios, jamás he tenido el valor de decirle no a la obediencia y por duro que sea el sacrificio siempre se me vuelve menor que el que haría al desobedecer. Por eso no repliqué ni una palabra al señor Crespo y continué mandando unos cuantos disparates al Católico. Cuando poco más tarde, quedamos por la división de diócesis bajo la jurisdicción del ilustrísimo señor Toro, creí que él accedía a mi súplica de retirarme este mandato pero, al contrario, me lo reiteró.

Cuando en 1919 quedamos bajo la jurisdicción del ilustrísimo señor Arteaga, prefecto apostólico de Urabá, volví a solicitar la misma gracia y de nuevo me dio el mandato el señor prefecto. Por esto creí que los reverendos padres carmelitas veían bien la publicación de estas cartas y cuál fue mi sorpresa cuando supe que las llamaban: Las mentiras del Católico. Dios mío! Y esas cartas hablaban de cosas de las cuales ellos eran testigos.

En una ocasión especial, se reunieron en Frontino todos ellos alrededor del reverendo padre provincial y resolvieron mandarme preguntar resueltamente, que por qué causa no los mentaba a ellos en las cartas que publicaba. Esta pregunta me sorprendió, por no creer que en ellos hubiera la necesidad de ser mentados y porque, además, en varias, había hecho figurar al reverendo padre Elías, al reverendo padre Guillermo y a los que de alguna manera entraban en la historia que refería. Por otra parte, me cuidaba de hacerlo del modo más prudente posible pues se me ocurría que esas cartas podían ser leídas por quienes no había que suponer muy bondadosos de juicio y al tropezar con historias y trabajos ejecutados por los dos sexos, podrían ver la cosa un poco menos limpia.

Eso les contesté a los padres y les mandé citar las cartas en las que los había mentado y explicar muy bien, la causa que tenía para evitar hacerlos entrar muy de lleno en la cosa, tanto más cuanto que nadie en Antioquia sabía que ellos iban a trabajar con los indios todavía y sí esperaban noticias del trabajo de las hermanas, en lo cual no andaban muy errados, pues

los padres entraban poquísimos en lo de indios. De tal manera que si los hubiera querido mentar mucho habría tenido que mentir.

Pero esta respuesta no los satisfizo, y continuó siendo un motivo de encono para ellos, el asunto. Con cuánto gusto yo les hubiera dejado todo el mérito de la cosa, ante la sociedad, Dios lo sabe; pero se me volvía muy duro mentir y tampoco estaba en mis manos suspender las publicaciones esas.

Jamás pensé tampoco en hacer figurar las obras de las hermanas, ni más si no la situación de los indios, su estado de salvajismo, sus conversiones y cuanto pudiera excitar la compasión hacia ellos, edificar y producir limosnas y oraciones a favor de la misión. De modo que no recuerdo haber dicho los nombres de las hermanas que intervenían en los hechos que narraba. Siempre decía: Y una hermana hizo tal cosa, etc.

Se comprende pues, padre, que los padres carmelitas no podían justificar ningún hecho nuestro y que aunque procurara ponerle dique al abismo que se abría era inútil.

Por lo tanto, me conformé con sostener, a fuerza de reflexiones, muy recta la intención de las hermanas haciéndoles ver cuánto mérito teníamos en amar a los padres por puro espíritu sobrenatural, en sobrellevar las injurias y desprecios que a diario nos propinaban, con un ánimo grande y siempre humilde.

Por su parte, los padres, también tenían sus ratos de bondad que las animaban aunque no eran consecuentes nunca en el modo de proceder, pues hoy se manejaban bien con una hermana, hacían un acto de justicia, o decían algo favorable, y mañana, hacían y decían todo lo contrario. Sólo los reverendos padres Elías y Guillermo fueron siempre buenos y entraban en los trabajitos de las hermanas, de un modo franco. Los otros sólo obligados por la necesidad, entraban en la administración de sacramentos y casi siempre de un modo bien penoso.

Sufrir es la sal de la vida

Ahora padre, volviendo al tiempo al que voy refiriéndome, tan pronto como el reverendo padre Alfredo, se convenció de que no íbamos a depender del padre general de la Orden carmelitana, abrió hostilidades. Ojalá no tuviera obligación de dejar constancia de ellas aquí! Con cuánto gusto las callara! Pero si es la voluntad de Dios y ha de redundar en gloria de Dios,

o la justificación de la pobre Congregación, tan calumniada por estos padres y con motivo de ellos, lo hago, dejando constancia de que ningún sentimiento malo me anima respecto a estos padres y que les debo gratitud, no sólo por habernos tolerado y dado los santos sacramentos muchos años, sino, más que todo, porque continuaron en mi alma la obra de humillación que Dios había llevado hasta allí, por otros medios!

¡Ay! Lo que siento, padre, por los que nos hacen sufrir! Verdaderamente, veo motivo de mayor agradecimiento! Sufrir es la sal de la vida. Así como la sal preserva de la corrupción, así el sufrimiento, impide que el alma se corrompa engolosinada por decirlo así, con las gracias de Dios! Y qué diré lo que el corazón se dulcifica con el perdón y olvido frecuente y repetido de las injurias? ¿Y cuánto gana en lo del propio desprecio? Dios mío! Que a veces no acierto a comprender si valen más las gracias de vocación religiosa, oración, etc. o la de sufrir persecución y calumnia. Todas las gracias de Dios, aunque sean las más grandes, quedan amparadas bajo el paciente sufrir, y libres de la baba que nuestra misma naturaleza puede echarles. Benditas cruces, benditos dolores. Por eso, Dios mío, no me los quites, no me prives de ellos hasta que, en tus brazos esté resguardada por tu vista. Esto lo tengo pedido al Señor.

Por eso, padre de mi alma, cómo he de guardar ni sombra de mala impresión ante los conductores de gracias tan señaladas?

Pues, el reverendo padre Alfredo tiene mi gratitud y con esto, queda prevenido que lo que digo lo hago sólo por obediencia y por el bien que pueda resultarle a la Congregación que tendrá después, quizás, qué defenderse.

Entre las gracias que debemos pedir para llegar a la santificación, me resolvería a poner por separado de las demás, pero en un lugar muy principal, la de saber sufrir con dulzura de corazón las injusticias. Eso en mi pobre opinión, es lo que hace tan solemnemente majestuosa la pasión de Nuestro Señor. Por eso les he predicado siempre a las hijas que todo lo que sea aprender a someterse a injusticias, es ganancia al por mayor en el camino de la santificación.

Curación de Margarita

No se si fue por ese mismo tiempo, pero, así se me ocurre, que nuestro Señor hizo un prodigio especial en el Pital en nuestra casa noviciado:

María Eva, india muy mimada en la casa, casada con Misael Pernilla, muy a nuestro gusto y cristiana a carta cabal, avisó en la casa que Margarita su primogénita estaba malita. Verdaderamente, la para nosotras tan interesante Margarita, estaba con "varillas" enfermedad incurable y de poca duración. Tenía ya seis días de no alimentarse y tenía toda la cabeza y la cara morada, respiraba apenas y ya daba señales inequívocas de próxima muerte. En su dolor María Eva, voló con la niña en los brazos a la casa nuestra: Muchas indias viejas, de experiencia, le acompañaban plañiendo y contándole por momentos el fin de Margarita.

Como la niña estaba aún sin bautizar, pues no se sabía de su enfermedad y se aguardaba la ida del padre al Pital, para bautizarla, la arrebaté de los brazos de su madre, muy alarmada por el temor de que expirara sin el agua, y la puse en brazos de una de las viejas, para echarle el agua. Tan luego como le derramé el agua en la cabecita diciendo la fórmula sacramental, la niña abrió los ojos y con fuerza extraña, comenzó a buscar el seno materno. Desapareció repentinamente el color morado y acardenalado de la niña e instantáneamente pasó del estado agónico al de completa salud, pues ya no volvió a estar enferma ni siquiera debilitada.

El gozo de María Eva y de las compañeras fue desbordante y las hermanas que no estaban presentes volaron al sitio a ver la niña alegre y sana.

Pero no es esto todo, reverendo padre. Pocas horas después llegaron a la casa como de visita, la familia Arango que vivía en el mismo Pital, aunque bastante distante de nuestra casa. Al conocer la historia, pues las hermanas y las indias aún se ocupaban en contarlo y bendecir a Dios que tan misericordiosamente multiplicaba los favores en beneficio de la fe de esos pobres indios, declararon que conocían perfectamente a María Eva y que la niña había sido bautizada acabando de nacer, por don Joaquín Arango B. hermano de nuestras visitantes.

Nuestra sorpresa casi era incredulidad, pues no suponíamos que María Eva ya tan instruida en religión, nos permitiera bautizarla segunda vez. Al ver nuestra incredulidad, explicaron de cómo don Joaquín había salido a buscar una bestia por los lados del bohío de María Eva unos dos o tres días después de nacida la niña y que, como antes de haber allí misión acostumbraban bautizar los indiecitos que nacían, aunque no estuvieran enfermos, él no advirtió que habiendo ya la misión, no era bien continuar en aquella costumbre y entró pidiendo permiso para bautizar a la niña y lo hizo muy formalmente, dando el nombre de Margarita. Sin querer convencernos,

llamamos a María Eva y dijo que era verdad que don Joaquín había bautizado la niña y que ella no me lo había dicho, porque la pena que tenía de ver morir a su hijita, no le había dejado recordar nada.

Total, pues, padre, que ya no podía remitirse a duda la cosa ni menos conociendo a don Joaquín, hombre instruido y que debió hacerlo muy bien. No fue pues el bautismo lo que curó a Margarita: Fue algo incapaz de ser naturalmente una curación de esa clase, una agua derramada sobre la cabeza. No nos cupo ya duda de que el favor o milagro, como quiera llamarse, fue mayor de lo que pensamos al principio. Si bien es cierto que el sacramento del bautismo no tiene, como el de la extremaunción, la propiedad de dar salud al cuerpo, sí se imagina uno que Dios puede hacerlo producir este efecto en casos especiales. Claro que esto sólo es una imaginación que nos cuadraba mejor que eso de curarla con un poco de agua no sacramental.

La alegría de María Eva y de los indios en general, fue muy grande y nosotras bendijimos a Dios con toda nuestra alma; aunque verdaderamente, a mí no me sorprenden los milagros por grandes que sean, en misiones de infieles. El cristianismo se propagó por medio del milagro, de lo contrario, no hubiera crecido ni pegado en el mundo. Por consiguiente, a los infieles actuales, en alguna manera les debe Dios esa gracia, para que la semilla prenda en el corazón. Ni he llegado jamás a pensar que estos prodigios indiquen nada a favor de la virtud de las que obran. Es sencillamente, que Dios hace esa misericordia en atención a la fe de los pobres que han vivido privados de ella, por tanto tiempo.

CAPÍTULO L

- EL SEÑOR ARTEAGA VISITA A DABEIBA - EJERCICIOS EN RIOVERDE - FRACASO DE LOS ASPIRANTES A MISIONEROS
- FUNDACIÓN EN UNGUÍA- ENFERMEDAD DEL PADRE ALFREDO
- MAESTRAS DE UNGUÍA - EVANGELIZACIÓN DE LOS INDÍGENAS
- EL SEÑOR ARTEAGA PIDE LAS CONSTITUCIONES DESDE BOGOTÁ - MUERTE DE LA HERMANA MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN - SALÍ SEGURA, CONFIANDO EN DIOS

"Yo te ofreceré un sacrificio voluntario y alabaré tu Nombre, Señor; porque es bueno". (Sal. 53,8)

El señor Arteaga visita a Dabeiba

Al fin del año vino el señor prefecto a Dabeiba y fue para todas un júbilo su llegada, pero especialmente para mí. He amado tanto siempre a mis superiores y si además son sacerdotes o tienen cualquiera dignidad eclesiástica, este afecto, ya quizás, lo he dicho, raya en veneración, en algo que se me confunde con el amor que le tengo a Dios.

Lo vi llegar como si Cristo en persona nos llegara. Era la primera vez que estaba en nuestras casas en completa amistad. Antes sí las había visitado, pero lleno de malas disposiciones y prejuicios, con lo cual no pude mostrarle, el afecto y veneración que le tenía. En esta vez sí me sentí con confianza para ello, pasé a recibirlo a la casa cural pues como venía mojado y lleno de lodo, porque la vía de Pavarandocito por donde viajó aquella ocasión, es pésima, le proporcioné cuantos medios de confortarlo pude y personalmente le lavé los pies, no obstante mi dificultad física para ponerme en el suelo. ¡Haciendo mucho esfuerzo, me senté en el suelo y lo lavé llena de la dicha de poder hacerlo!

Lo mismo hiciera hoy si me fuera permitido con todos los que Dios ha elegido para sus ministros, reverendo padre, si me dejara llevar por lo que siento por ellos.

Y acerca de esto, de lavar los pies debo consignar aquí una cosa incorrecta que establecí al principio en la Congregación.

Les enseñé a las hermanas a que tuvieran a grande honor y a una gracia especial, el poder servir a los sacerdotes y que lo hicieran con el mismo

espíritu con que lo hubieran hecho atendiendo a Nuestro Señor en los días de su vida mortal. Además, les indiqué, que, mientras los oficios que desempeñaran con ellos, fueran más humildes y bajos, más mérito tendrían. Desde el principio de la misión yo me encargué de prodigar estos servicios a los padres, gozando lo indecible en ellos y con el espíritu de fe más grande. Así lavaba los pies del señor cura, reverendo padre Duque y de todos los que iban; llegaron los padres carmelitas y lo mismo seguí practicando. Algunos padres no lo permitían, pero entonces me ponía a sus pies para estar lista a mientras él se lavaba, pasarle el jabón, la toalla, cambiarles el agua, etc. La mayor parte de los padres consentían en dejarse prestar este servicio y aún otros, como hacerles la corona, pues en aquella región no había un barbero ni hombre que pudiera prestarles el servicio.

¡Con qué gusto y fervor hacía yo estas cosas, lo sabe Dios! Si el sacerdote nos da la vida del alma, si es o debe ser la persona más íntima de Dios en la tierra, si es tan íntimo con la santa Eucaristía... ¿Qué otra cosa debe hacer una pobre y miserable mujer sino postrarse a sus pies y servirle con amor y fervor? Éstas eran mis reflexiones y las hermanas cada vez se iban empapando más en estas ideas y a mi ejemplo querían prestar los mismos servicios a los padres.

Naturalmente yo veía con gusto y les permitía que satisficieran este deseo. De modo que, siempre que yo no estaba presente, o no podía hacerlo, las hermanas lo hacían con la mayor corrección y seguramente, con muy buen espíritu.

Y digo, al principiar a referir esto, reverendo padre, que implanté una costumbre incorrecta, porque así me lo hizo ver después la práctica. Precisamente en los días fuertes de la última y encarnizada guerra de los carmelitas, pude notarlo, como se verá más adelante.

Debo confesar que, aunque tan limpia y mística mi intención, fue tonto mi proceder porque olvidé que los sacerdotes, aunque sean por su excelso ministerio unos semidioses, no dejan de ser hombres y que mis hijas son, aunque religiosas y buenas, mujeres de la misma masa de todas las hijas de Eva. Así me lo hizo notar mi madre, la hermana María del Sagrado Corazón, más tarde, diciéndome que a ella jamás le había parecido prudente; pero que no me lo había advertido, respetando el espíritu con que yo lo hacía.

Esta santa y prudente mujer que fue primero mi madre y después mi hija, pues profesó en la Congregación al cumplir 72 años, me libró siem-

pre de mil peligros y guardó tal prudencia que me daba cuenta de los motivos que ella podría tener. Bendito sea mi Dios que la crió y me la dio en la vida. ¡Ya estará gozando del premio de Dios en el cielo!

Ahora volviendo a la historia: En aquella ocasión el señor prefecto se mostró siempre formal, si bien las hermanas le encontraban algunas inconsecuencias; pero yo se las interpretaba siempre bien y ellas, a lo menos, guardaban silencio.

Ésta es, lo consigno, padre, ya que escribo las misericordias de Dios con mi alma, una de las gracias que el Señor me ha hecho y con la cual me ha librado de infinidad de pecados que, de seguro, yo hubiera cometido a no haber estado prevenida con esta gracia. Me refiero a la de no poder anticipar un juicio desfavorable al prójimo.

Muchas veces he sido engañada y he caído en ridículo por esto; pero he bendecido a Dios porque, cuánto menos mal es ése, que un pecado de juicio temerario o una ofensa a la santa caridad. Es verdad que ante el mundo, esto se ve como una simpleza pero, ¡Dios mío! ¿cómo puede servir de criterio a un alma que te ama y teme ofenderte, el del mundo tan tonto y que no mereció la oración de Jesús "No pido por el mundo, sino por éstos que me diste"?

Ejercicios en Rioverde

Invité en esta vez al señor prefecto para que nos diera unos ejercicios en la casita de Rioverde, elegida al efecto por haber allí más soledad y manera de estar recogidas. Accedió con mucho gusto y de contado se trasladó de Frontino a Rioverde, en donde nos habíamos recogido casi todas las hermanas. Nos dio los santos ejercicios con mucha unción y nada le noté contrario. Allí lo urgió la hermana María del Niño para que me ordenara escribir lo que hoy con tanto sacrificio escribo. Él le contestó que tan luego como terminara de ordenar las Constituciones, me lo ordenaría. Esto lo hago constar para que se vea que en este señor prefecto había cosas que denunciaban no estar en mucha comunión con los padres, pues por nada de la vida hubiera dicho esto si pensara como ellos. No hay duda que en él se establecían luchas entre la verdad de las cosas y las ideas que le daban los padres.

Aproveché esta ocasión para, en el confesionario, decirle algunas dudas que se me ocurrían acerca de si las excursiones debían o no subsistir. Y aproveché consultarle a él porque supe que antes de presentarse a la pre-

fectura, cuando apenas acababa de llegar de España, dijo en Sonsón que era necesario hacerle ver a la Madre Laura que esas excursiones no debían ser, que debían ser suprimidas por la Congregación.

Como por mi parte, también me daban qué pensar y sufrir, pues jamás salían las hermanas a una de esas difíciles excursiones sin que mi alma quedara oprimida de pena, ya por los peligros físicos, ya por los morales o por ambos a la vez. Le consulté pues al señor prefecto con ánimo de que él me ordenara suprimirlas y obedecerle puntualmente.

Comencé por decirle que conocía la expresión de él en Sonsón y que por eso le iba a exponer que sufría mucho con las excursiones y que ellas no habían entrado en el plan primitivo de la obra, sino que, poco a poco Dios las había ido autorizando según mi modo de ver y que por eso no me había atrevido a dejarlas; pero que si la Iglesia no las aceptaba y el superior eclesiástico que era él, quería quitarlas, yo quedaría muy tranquila.

Me preguntó entonces por qué las había puesto. Le contesté que las ocasiones de enfermos en los montes, sin bautizar, me habían puesto en la necesidad de acceder con las hermanas en ir a buscarlos y que después, los muchos prodigios que Dios había hecho en ellas y por ellas, me habían dado la convicción de que Dios las quería y no me había atrevido ya a quitarlas por temor de no seguir la voluntad de Dios.

Entonces me dijo: Verdaderamente a mí sí me parecen muy extrañas y peligrosas; pero no seré yo quien las quite. Esperemos a ver cómo se va poniendo la voluntad de Dios. Con esto quedé tranquila y vi que estaba muy conforme con mi modo de pensar al respecto. Todo parecía denunciar armonía para el presente y para el futuro; pero como el mal se forjaba en Frontino, esto lo vi siempre que el señor prefecto estaba sin los padres.

En esta ocasión, estando en los santos ejercicios, llegó de Medellín un telegrama de Carmelita mi hermana, en el que me decía que dos jóvenes escogidos querían ir a la prefectura a ayudar en las misiones. Le mostré el telegrama y con mucho gusto me dijo: Magnífico, esos jóvenes los llevo a Frontino y allí se les da una formacioncita para que vayan al Golfo, allí necesitamos mucho quien nos ayude.

Inmediatamente buscó modo de escribir y le dirigió a Carmelita un telegrama con su firma en el que dice: "Envíemelos a Frontino. Déles gastos de mi cuenta". Enviado el telegrama se quedó haciendo planes con los nuevos ayudantes que tendría en el Golfo.

Aquellos santos ejercicios parecían haber unido los corazones y dado al señor prefecto la clave del espíritu de la Congregación. Todas quedamos felicísimas y llenas de los mejores propósitos, sobre todo de aprovechar el favor que Dios nos hacía, poniendo al señor prefecto en tan buenas condiciones. ¡Terrible engaño!

Fracaso de los aspirantes a misioneros

Volvimos a Dabeiba y el señor prefecto a Frontino. Encontramos al reverendo padre Alfredo en peores condiciones, si cabe, que lo habíamos dejado. Es de suponerse que el señor prefecto también encontró en Frontino a los padres no muy contentos con la fineza que había usado con nosotras, porque se le notó un poco de cambio. Permaneció poco en Frontino y se encaminó a Urama. Mientras tanto los pobres jóvenes llamados por él, llegaron, después de desprenderse de sus familias y de hacer muchos sacrificios, llenos de fervor, a Frontino. ¡Pobres vocaciones tronchadas tan sin mérito y por puras pasiones!

Se presentaron a la casa de los padres diciendo que el señor Arteaga los había llamado y que les ordenaba estar allí hasta que él dispusiera otra cosa. Los padres, sin darles siquiera posada, les preguntaron si ellos eran los frailes de la Madre Laura. Y aunque ellos aseguraron que eran llamados por el prefecto y no por la Madre Laura, no recibieron más respuesta que la de "Frailes de la Madre Laura no recibimos".

Estos pobres jóvenes no tuvieron, fuera del trato desconfiado y poco cortés de los padres, más atenciones que dejarlos descansar un poquito para que emprendieran su viaje de regreso. Ellos dijeron que se iban a Urama a verse con el señor prefecto; los padres se oponían pero ellos insistían. Quizás con ellos mismos escribieron los padres al prefecto, diciéndole que entendiera que esos muchachos eran trama en que lo estaba envolviendo lo Madre Laura, de quien tanto se estaba fiando. Que sólo cuando contra su voluntad, la tal Madre, le metiera una fundación de hombres, despertaría él. Así le decían y él, ante aquella como imposición de los padres, no fue capaz de sostenerles que sí había llamado esos jóvenes, los recibió como a seres sospechosos y los despidió.

Entre tanto el reverendo padre Alfredo se desfogaba contra las hermanas en Dabeiba, diciéndoles que tenía ya la trama de La Madre Laura cogida y que había de cobrarlo todo. En fin, no hubo modo de convencerlos de la verdad de la cosa respecto a esos pobres jóvenes, los cuales de-

cepcionados y afligidos, después de perder su colocación, volvieron a Medellín. Ni hubo resorte que el padre Alfredo no moviera para hacerme sentir que cobraba lo que le estábamos haciendo al prefecto.

Volvió a resistirse a confesar a las hermanas diciéndoles que ellos no servían, que aguardaran a los frailes de La Madre Laura y mil cosas más. Dejó de atender a los sacramentos de los indios y se desfogó con ellos. En fin, los tales frailes perjudicaron las almas y casi arruinan la casa. Y eso que no existían sino en la mente de los padres y que el diablo sólo pudo fomentarles esta idea, pues nada había entonces de verdad en el asunto.

Con frecuencia he observado padre, que el diablo como que presente las obras que Dios quiere pedir y hace por remedarlas, para estorbarlas, cuando asomen. Esto ha pasado con esta obra que parece que ya Dios pide, de la fundación de misioneros similares a las misioneras. Nada absolutamente había entonces y ya la perseguían en sus sueños por decirlo así. Aquí es donde más se ve el odio que tiene el diablo a las obras misionales, cuando las persigue aun sin aparecer, ni haber sido concebidas en la mente de nadie, al menos formalmente.

Y digo que a lo menos formalmente, porque desde los principios de nuestro trabajo en Dabeiba, comenzaron a presentárase de tiempo en tiempo, jóvenes y caballeros con el fin de hacerme una petición al respecto. Fúndenos a los hombres, me decían, una obra como la suya y verá cómo trabajamos por las almas. Algunos me ofrecían dinero y varios sacerdotes me lo proponían de un modo serio, para ellos entrar de lleno a trabajar por los infieles. Parecía que en la mente de las gentes estuviera el germen de una creación que se iba haciendo necesaria; sin embargo a todos despedí con la frase: Eso no me corresponde a mí que soy mujer y a más no poder voy con ésta que Dios me encargó. Pídanle a Dios que depare quien lo haga.

Mas, para evitar asumir la responsabilidad, siempre les di cuenta a los señores obispos de quienes la obra de las misioneras dependía. Por esta misma razón, cuando se presentaron estos jóvenes que tan mala suerte tuvieron, según dejo referido, los remití al señor prefecto y otro tanto hice con Bernardo Ochoa, un hermano de la hermana Sagrada Pasión, de quien también dudaron los reverendos padres carmelitas, que fuera uno de mis cómplices, no obstante haber hecho él todos sus arreglos con el señor prefecto en Medellín.

Los padres continuaron en hostilidades y sin dejar de hablarme y suponer que estábamos trabajando en fundación de hombres por encima de la

voluntad del señor Prefecto, hasta un día que sería Dios, me inspiró una respuesta oportuna o graciosa, no lo sé. Había buscado yo, un nuevo pajecito para manejar los animales, cuando llegó el reverendo padre Severino y viendo al muchacho de hito en hito, me dijo: ¿Y éste quién es? Le contesté: ¡Éste se llama Fray séptimo, padre! ¿Cómo así? replicó. Pues, padre, como a vuestras reverencias se les ha metido que todo paje que busco es un fraile que voy a formar y como con éste se completan siete pajes, que consecutivamente han entrado a servir, por eso se llama fray séptimo.

Esto puso al padre coloradito de pena y salió. Nunca más volvieron a hacernos sufrir con el asunto que había venido a ser ya, casi insoportable. Algo sí hizo el diablo con la cosa, pues perjudicó almas. ¡Todo en este mundo se estrella contra las almas! ¡Qué dolor!

Fundación en Unguía

En este viaje del señor prefecto a Dabeiba, me habló de lo que ya las hermanas habían conseguido en Turbo respecto a la atracción y conquista de la voluntad de los kunas o caribes. Con mucho contento me dijo que ya podíamos fundarles un sitio de trabajo apostólico en un sitio de la costa de Panamá, perteneciente a la prefectura y que de allí podíamos ir extendiendo el radio de acción en aquella ambicionada raza.

Para el efecto de la nueva fundación le prometí hermanas que debían irse con él en Enero, si no recuerdo mal, de 1922. Cuán agradecida de Dios comencé a trabajar por preparar todo lo de esta casita de Unguía, así se llamaba el sitio que el señor prefecto había designado, Dios lo sabe. Veía por otra parte, cumpliéndose la promesa que Dios me había hecho en Puerto César, según he dicho, de abrirnos camino a esa raza, a pesar del rechazo de los de Caimán.

Convinimos en que el señor prefecto llevaría a la hermana María de la Santa Cruz, Ma. de los Santos Ángeles y María Santa Teresa. Ya él me había insinuado varias veces, el envío de la hermana María del Niño al Golfo, pero en esta vez, como ya ella era superiora en Rioverde, no hizo la propuesta.

El señor prefecto y el padre Alfredo saldrían adelante con el fin de dar unos ejercicios en Pavarandocito, y allí las hermanas alcanzarían al señor prefecto para seguir al Golfo y el padre Alfredo volvería a Dabeiba. Quisimos pues que antes de irse los padres, hicieran la ceremonia de nueva fundación y para el caso le hablé al señor. prefecto. Él me dijo que hablara

con el padre Alfredo que como párroco le correspondía. Éste dijo que no la hacía ni consentía en que nadie la hiciera. Hablé con el señor prefecto y su respuesta fue: ¿Qué vamos a hacer? Yo no lo obligo porque es amargarles más la situación a las hermanas que quedan aquí porque estoy seguro de que a ellas se las cobrará. Tuvimos que conformarnos con que salieran las hermanas sin la ceremonia, no obstante ser una fundación tan importante. Todavía pude juzgar esto como prudencia del señor prefecto y de ningún modo pude creer, como algunas hermanas lo sospechaban, que estaba de acuerdo para negarnos ese servicio. Una ligera reflexión sobre el bien que nos hacen las contrariedades que Dios nos envía, por medio de los hombres y muy especialmente, por medio de los superiores, bastó para que las pobres se conformaran a partir, sin la tan amada ceremonia especialmente destinada, a darles aliento para esas duras empresas del apostolado. Esto lo reemplacé como pude y nos resignarnos.

Jamás para estas cosas de la prefectura por cuenta del señor prefecto, hablé de gastos, como es lo natural y lo corriente que quien pide el servicio, paga los gastos. Tampoco él tuvo la generosidad de ofrecer nada, ni siquiera para acallar la conciencia, cuando me veía en algún apuro pecuniario. Sin embargo, es necesario confesar que el señor prefecto era muy generoso y dadivoso con todo el mundo, excepto con las misioneras que estaban a su servicio y que no escatimaban gastos por atenderlo a él y a cuanto se relacionaba con su persona y oficio. Varias veces me llamó la atención sobre esto, la hermana ecónoma, haciéndome observar ciertos despilfarros que él hacía, mientras nosotras nos estrechábamos por servirle. Pero, padre, hasta en esto estuve por ceder siempre. Mi respuesta era invariablemente: ¡Qué importa que gastemos aún fuera de justicia, algún dinero, si ellos con ver nuestro desinterés, llegan a persuadirse de nuestra buena voluntad y aceptan la paz que tan necesaria es para la salvación de estas almas que nos rodean, tan desdichadas si los padres llegan a rechazarlos del todo!

¿Qué no deberemos hacer por verlas algún día en el cielo? Cuando allí estemos nos reiremos de los cuartos que gastamos para comprar estas almas, no obstante ser el señor prefecto el obligado en justicia a hacer los gastos.

Pues tampoco para este largo viaje de las hermanas al Golfo se le ocurrió al señor Arteaga darnos un cuartillo, ni una bestia, ni nada absolutamente. Callar y trabajar, hijas de mi alma, les decía, algún día estos padres abrumados por nuestra generosidad, verán claro. ¡Pobre de mí!

¡Qué lejos estaba de mi entendimiento el conocimiento de que no se ablanda la roca con delicadezas; ni se calma la tempestad con una gota de almíbar! Ellos sistemáticamente no nos querían y todo era inútil. Habíamos podido hacer milagros como los de Jesucristo en Judea y lo habrían atribuido a odio o mala voluntad, si no a influencias del diablo o a todo junto. Sentenciado estaba Jesús en el corazón de los judíos cuando resucitó a Lázaro y el milagro, lejos de cambiar los corazones, los envenenó y los obligó a apresurar los acontecimientos. Del mismo modo nuestra generosidad, esfuerzos y sacrificios, enconaban más y más a nuestros enemigos que sólo nos toleraban, perdonándonos que existiéramos, por lo mucho que nos necesitaban, como muy claro me lo dijo el señor prefecto muchas veces.

Salieron nuestros viajeros y no nos faltaron ni provisiones, ni siquiera lágrimas al verlos partir. De todo les brindamos con generoso corazón. Ya comenzaba yo a ver cómo las manifestaciones del Golfo tenían su señal especial de falsía; pero siempre esperaba que por encima de la falsía, Dios nos daría tiempo de trabajar al lado de los padres para no abandonar esos pobres salvajes, ya en camino de acentuarse bien en sus creencias y cuando empezaban a olvidar sus antiguas supersticiones, para darle el alma toda al Dios que acababan de conocer. Yo misma en mi anhelo, me engañaba respecto a las intenciones de los padres y engañaba a las hermanas, si bien a algunas sólo lograba calmarlas. Era que el engaño del señor prefecto era tan notorio que sólo podía no verlo quien como yo, estuviera interesada en engañarse. No me arrepiento sin embargo, padre, porque mientras tanto quizás, muchas de esas almas se lograron y se hubieran perdido si no me dejo engañar y alzo banderas antes de llegar las cosas a extremos

Por aquel tiempo, el padre Germán Montoya me indicó que no convenía dejar más tiempo La Congregación expuesta a las artimañas de los carmelitas, que debía pensar en sacarla de la prefectura de Urabá. Por no seguir mi propio parecer ni asumir la responsabilidad tampoco, consulté con el señor Crespo y después con el señor Toro. Ambos me contestaron que aguardáramos aún un poco. Me tranquilicé. ¡Sobre todo al señor Toro le dolían esas almas de Occidente con todo su corazón y sostenía mi constancia con un celo especial. Él jamás encuentra obstáculo que no deba salvarse o soportarse para no perjudicar las almas. ¡Celo hermoso!

Por entonces, pues, me resolví a continuar haciendo que no entendía y acabando de llenar el deber de ir hasta donde fuera posible, antes que perjudicar almas que tanto nos han costado y por las cuales tanto suspira Jesús.

Enfermedad del padre Alfredo

El reverendo padre Alfredo, después de ayudar al señor prefecto en Pavarandocito volvió enfermo. Desde luego previno en la casa que de nada necesitaba y que le dieran su alimentación como si estuviera alentado. Su carácter era el mismo; pero parecía que disimulaba menos ya, su intención de mostrarse hostil.

Un día lo vi tan cadavérico que creí de mi deber ofrecerle algo; pero me dijo que estaba perfectamente bien. Al día siguiente comenzó la Santa Misa en condiciones que previne a las hermanas para que, a primera oportunidad, llamaran sin que él lo notara, al primer hombre que entrara a la Iglesia para que se colocara cerca al altar con el fin de que si caía hubiera quién lo recogiera. Tal como lo había pensado sucedió: Cuando ya iba a la Consagración, cayó con un terrible vértigo. El señor a quien habíamos colocado expofeso, cerca al altar, lo recibió y pudo arrimarlo a una silla mientras se repuso de modo de poder continuar la misa. Tan luego como pasó esto, me fui a suplicarle del modo más encarecido que se dejara cuidar un poco y que consintiera en ocupar una pieza en la casa de las hermanas, para poderlo atender bien. Todo fue inútil: No tengo nada, no las necesito, fue toda su respuesta. Varios hombres lo llevaron a su casa. Mandé un pajecito a llevarle algo y no quiso recibirlo. Pasado un rato, me presenté personalmente a verlo. Me recibió con alguna atención, pero a poco me dijo: Váyase y no vuelva ni usted ni ninguna hermana. Le obedecí y salí triste de ver que fuera a morir solo, estando nosotras tan cerca y teniendo tanto gusto en atenderlo.

Al día siguiente ya no pudo ir a la iglesia, entonces llamé a dos hombres y me presenté con la confianza que se llega a la casa del amigo más atento, le abrí la puerta del cuarto y le dije, sin preámbulos: Padre, venimos a llevarlo para nuestra casa. Ya sé que no irá por bien, pero estos señores lo llevarán en brazos porque no podemos consentir en que muera solo. Nuestras atenciones a nada lo comprometen. Vuestra reverencia puede enseñada hacer lo que le plazca, porque no tenemos más interés que el deber de salvarle la vida a un sacerdote. A nada queda comprometido ni siquiera a desistir de su intento, ni agradecerme, ni a nada. Diciendo esto, les hice señas a los hombres que lo cogieran y salieran con él. Me miró con cierta risa, y sin contestar palabra a cuanto le dije, se dejó alzar.

Ya en el locutorio de nuestra casa se le había arreglado cama y cuanto podía necesitar. Comencé en propia hora a medicinarlo y a defenderlo con remedios, de una pernicioso terrible que apenas se desarrollaba.

En los primeros días y noches, pasé sin cesar al pie de su cama; pero él no podía darse cuenta. Lo manejaba como a un niño y como la fiebre lo redujo a un estado de decaimiento y debilidad tal que inspiraba lástima, pude desplegar con él hasta cierta ternura. Así tuvo David a Saúl en sus manos y se contentó con cortar un pedazo de su capa y no lo hirió por respeto a la unción del Señor. ¡Cuánto beneficio le hace Dios a una persona cuando le da oportunidad de favorecer a su enemigo y mostrarle que lo ama! Gracias Dios mío, porque ninguna gracia has dejado de prodigarme.

Seguramente se le ocurrirá que mi alma tuvo que hacerse violencia, padre, para esto. Pues de ningún modo acierta el que tal piense. Ese espíritu de la cruz, que infiltra Dios en el alma que de todo corazón quiere acompañar a Jesús en el Calvario, hace que el alma tenga tal suavidad en estas cosas y que vea en los enemigos algo muy amado y predilecto, sin que pueda explicarse cómo. Nunca, mientras velaba a la cabecera del padre Alfredo y cuando le prestaba los servicios más penosos, sentí sino ternura y delicadeza de afecto, como el de una madre que ve sufrir un hijo; pero con un respeto especial por el carácter sacerdotal del amado enfermo. No me pasó por las mientes el que fuera un enemigo. Digan lo que quieran los que no han sido movidos por el espíritu de amor de los enemigos que brota de la cruz; ellos no creerán lo que refiero en cumplimiento de santa obediencia; pero la historia de las almas amantes de Jesús en el mundo, está llena de ejemplos que gritan la verdad de este incomprensible fenómeno para los del mundo.

¡Cuando el enfermo se dio cuenta de sí mismo, tan debilito que aún su mirada era como la de una tortolita, estaba cambiado! Comprendió el espíritu con que lo atendí y cómo le debía la vida a mis atenciones, según habían sido de precisas en tan dura enfermedad; vio que las medicinas inspiradas por Dios a mí, le habían dado la vida de nuevo y se le notaba un agradecimiento que me hacía impresión muy honda en aquel carácter de hierro y contribuían a hacerme bendecir a mi Dios que sabe ablandar las rocas y tornar los lobos en corderos.

Llegó a ponerse fuerte el padre y le arreglé viaje a Frontino para que acabara de reponerse; al salir, me hizo las mayores protestas de agradecimiento eterno. Pasó por el noviciado y al confesar algunas hermanas a quienes antes desanimaba para que no continuaran en la Congregación, las animó hablándoles de cómo me había portado con él que tantos males me había hecho.

Bien se comprende aquí, padre mío, que el padre Alfredo al hacerme mal, tenía conciencia de lo que hacía y que lo hacía sin justicia; pero ¿de

qué cosas no somos capaces? Pues se equivoca cualquiera que crea que el padre Alfredo fuera siempre agradecido. ¡Quince días después de estar en Frontino, emprendió de nuevo la tarea de hacerme todo el mal que podía!

¡Qué historia es ésta tan repetida en la humanidad! Así ni más ni menos he sido yo con Dios: Me colma de favores y le hago protestas de amor y fidelidad increíbles; mas luego torno a ofenderlo, como si nunca me hubiera favorecido. ¡Perdón, Dios mío, perdón!

Iguales protestas de agradecimiento había recibido del señor prefecto después de la cruel enfermedad que le asistí en Puerto Cesar y también pasaron como pasan mis promesas de fidelidad a Dios. Por eso, padre mío, no me resuelvo a culpar a nadie. Ésa es la humanidad y ésta soy yo. ¡Ni los favores deshacen los enemigos ni conservan los amigos porque todo beneficio pasa por nuestras almas como rayón que se hace sobre el agua! ¡Qué miseria la humana!

Maestras de Unguía

Mientras en Dabeiba pasaban estas cosas, las hermanas llegaron a Puerto César y después de hacer un viaje a Quibdó en donde debían posesionarse de una escuela que la intendencia del Chocó les asignaría para poder sostenerse entre los kunas de la costa de Unguía, viaje que hicieron con el mismo señor prefecto; se fueron a la nueva fundación al otro lado de la costa, propiamente en tierra del istmo.

Pero antes es conveniente decir algo, acerca de este viaje al Chocó. Apenas se concibe, padre, que todo conspire tanto contra las almas, hasta las leyes que se han hecho para favorecerlas. Sencillamente para tomar posesión de una escuela de miserable sueldo, han tenido las hermanas que hacer un viaje de más de veinte días y con un gasto considerable. Sin más objeto que ir a dejar constancia en un papel de que se comprometía una hermana a cumplir su deber de maestra en Unguía, ¡se le hace ir por un clima deletéreo en un estrechísimo buque por largos días y todo por cumplir una ley o precepto de instrucción pública que se dio para hacer el bien! ¡Dios mío! ¡Y cuando las hermanas fueron a su destino, ya estaban debilitadas y con el germen del paludismo que les impedía desplegar las actividades que una misión de éstas, requiere! ¡No ven los que tal exigen que eso es quebrar el mismo vaso que se quiere utilizar! Pero era preciso cumplir y como delante de Dios, el amor y sacrificio misionan mejor que la enseñanza, ellas hicieron muy contentas el viaje y ya palúdicas entraron a Unguía

atravesando pantanos y caños llenos de infección. Allí las alojó el señor prefecto, en un rancho colocado en un caserío de negros, húmedo y malo; pero al fin estaban entre los kunas, pues sus viviendas distaban muy poco de aquel sitio.

En esta ocasión el señor prefecto, no sólo se mostró complaciente y bueno, sino que hizo prodigios de abnegación que asombran. Él las acompañó los primeros días y quiso hacer con ellas la primera excursión a las casa de los caribes pasando un hermoso lago, en el cual, él mostró su destreza en el manejo del remo y el canaleta. Fueron muy bien recibidos por los indios, quienes desde el primer momento ya mostraron grande confianza a las hermanas, aunque no dejaban de tener algún recelo del señor prefecto, cosa no extraña ni nueva. Sin embargo, al despedirse, los caribes, jefes de la tribu, tuvieron la fineza de prevenirle que le daban permiso para ir algunas veces a hacerles misa a las hermanas. Y no quiere decir esto, padre, que ellos se cuidaran mucho de la Misa, ni que supieran qué era, ni que las hermanas la necesitaban, sino que de antemano las hermanas les habían hablado del motivo que tenían para querer a los sacerdotes, con estas palabras: Es que ellos sirven para hacer misa que nos gusta mucho. De este modo comprendían que debían darle la licencia para que las hermanas estuvieran muy complacidas, desde entonces. Además, comenzó el señor Prefecto a mostrarles que él podía interesarse ante el gobierno por la defensa de sus tierras y con esto acabó de ganarlos.

Quedaron pues, las hermanas allí como en paraíso no obstante un clima malo, ardiente y húmedo, un rancherío sucio y pestilente, una casa mala, pequeña, húmeda, incómoda y llena de miserias y sabandijas; pero se hallaban entre los ansiados caribes y bien recibidas por ellos, ¿qué más querían?

Evangelización de los indígenas

Ellas habían ido bajo la convicción que debían ocultarles a los indios, su intención de enseñarles; para justificar su presencia allí y no infundirles sospechas de que querían enseñarles, tomaron la escuela de negros en Unguía; de modo que no les quedaba a los caribes, modo de pensar que las hermanas hubieran ido allí a enseñarles; además, les dijeron que ellas las querían sin interés de enseñarles lo que ellos no quisieran aprender, que allí encontrarían siempre la casa, para pasear y para oír, tocar y cantar. Ellos quedaron muy complacidos y comenzaron a sacar sus familias a visitar a las hermanas. Cosa digna de mencionar, padre, es que en toda la

región del Golfo, nadie conoce una mujer kuna o caribe, porque las ocultan con sumo escrúpulo; es necesario entrarse muy adentro de sus tierras para conocer algunas, sin embargo, a las hermanas, desde los primeros días les confiaron sus mujeres como si fueran sus propias madres. Era ordinario el caso de llegar un indio con su mujer y sus hijas y decirle a las hermanas: Mire hermana, mi mujer aquí quince días con mis hijas, yo camina pa pescar lejos; cuando no hay hermana tiene que pescar cerquita, porque ¿cómo deja mujer? ¡Pero con hermanas ya, deja bien y camina lejos! En esto solamente, conocían las hermanas cómo estos pobres indios comprendieron muy pronto lo que eran las religiosas, pues sin este conocimiento no había por qué tuvieran esa confianza.

Las hermanas, tuvieron la feliz idea de colocar a la entrada de la casa una imagen o escultura de la Santísima Virgen y éste fue el lazo en el cual cayeron los felices visitantes de la casa: Tan luego como llegaban, se asustaban de ver la estatua y comenzaba el interrogatorio que daba oportunidad para enseñar toda la religión.

- ¿Quién es ésta?
- ¿Ta viva? ¿Será casada? ¿Onde vive? ¿Por qué tenés aquí? etc. etc.

Total que cada respuesta de las hermanas les iba pareciendo más interesante y que allí pasara gran parte de la visita. Las hermanas, por su parte, felices alargaban aquellas respuestas y provocaban preguntas. Los indios que las oían hoy, por ejemplo, llevaban la noticia de la tal señora a sus casas y conocidos... Éstos se venían a hacer las mismas preguntas y entusiasmados querían siempre que se les refiriera nuevas cosas. Allí recibieron la enseñanza de todos los dogmas cristianos y católicos. Allí los sacramentos y su necesidad, efectos, etc. De modo que allí acabaron por pedir el santo bautismo. ¡Aquel trabajo era una verdadera maravilla! Las mujeres que se bautizaban, todas invariablemente, querían llamarse con el nombre de las hermanas, casi en todas las familias quedaron una hermana Santísimo y hermana Santos Ángeles, de cuyos nombres no pudieron hacerlas desistir.

Entre tanto, también en Turbo, se hacía labor con los caribes del río Caimán y aún con los mismos de Unguía que salían a vender sus productos. Primeras Comuniones, Bautismos y varios niños educándose con las hermanas en el mismo Turbo, sin temor ya, a la vida entre civilizados, eran entonces nuestro consuelo pues presagiaban expansión especial de la misión por todas las regiones caribes.

Varios indios de las tierras panameñas vinieron a la novedad de conocer aquellos fenómenos de mujeres que no se casaban y que se consagran al servicio de su raza en calidad de madres. Todos me escribían a Dabeiba para que les diera también a ellos hermanas cariñositas, era su manera de decir. De estos, uno viendo que las hermanas le ponían flores a la estatua de la Virgen, preguntaron el por qué de tan extraña para ellos, costumbre. Las hermanas le contestaron que porque cuando ellas le ponían flores la Virgen que estaba en el cielo, se ponía muy contenta y se reía de alegría. Al indio, seguramente le impresionó especialmente esto, porque a pocos días después de su regreso a su tierra, se apareció un indio en una canoa que había navegado muchos días en aquel peligroso mar, con una gran maceta de flores, diciendo que las enviaba desde su tierra el indio, para que la señora de las hermanas se riera .

Excusado es decir, cómo recibirían las hermanas este gaje, este valioso obsequio. En él naturalmente conocieron o vieron un presagio de la conversión no sólo del indio, sino de toda su familia. Porque la Santísima Virgen jamás entra en los corazones sin llenarlos de amor y fe. Todas estas amables noticias, juntamente con las cartas de los indios, me llegaban a Dabeiba. Con la mayor alegría se las comunicaba a los padres y sólo veía en sus semblantes una desconfianza profunda de que aquello fuera la verdad o una sonrisa irónica, o un silencio indolente. Sin embargo, no sospeché jamás que se tratara de nada contra la fundación de Unguía ni mucho menos contra la acción de las hermanas en los caribes. ¡Pobre de mí! Siempre me cogen las tramas de los hombres, desprevenida. Por fortuna, como Dios me asiste siempre con providencia tan especial y misericordiosa, no necesito mucho de las prevenciones y mucho más me inquietaría eso de anticipar juicios desfavorables. Toda la vida le he temido a eso, sólo me abstenia ya de dejarles conocer a los padres, las noticias que me llegaban.

Es necesario advertir que siempre que iba a referirles algo, les dejaba comprender que atribuí todo a la acción de los padres y jamás lo nombré ni comenté el trabajo de las hermanas; ¡sin embargo, no detuve el torrente desbordado!

Todo ese año, el señor prefecto guardó silencio conmigo hasta el punto de no contestarme las cosas precisas que le preguntaba. Cualquiera día, inquieta con una pregunta urgente que le había hecho, y de la cual no había tenido respuesta le pregunté al reverendo padre Severino pro-prefecto cuál sería la causa para el silencio del reverendo padre prefecto y sólo me contestó que lo regañara. Comprendí que él entendía perfectamente la causa

de aquel silencio y que quería salir de mí con cualquier palabra que lo evadiera de decir la verdad y me resigné a esperar.

Ya en noviembre recibí, si mal no recuerdo, una carta en la que me decía que había resuelto levantar la casa de Unguía porque el gobierno no pagaba los sueldos. Las hermanas entristecidas también, me escribieron. Tan luego como habían terminado los exámenes, se les había aparecido el señor prefecto a levantar la casa diciéndoles que era porque no había local para la escuela. Me referían la pena de los pobres caribes de un modo conmovedor y me decían que esperaban en Puerto César a ver si allí salían algunos indios y que el señor prefecto salía para Bogotá con tres de los jefes que iban a asuntos de litigios de tierras usurpadas.

El señor Arteaga pide las Constituciones desde Bogotá

Uno o dos meses después, recibí un telegrama del señor Arteaga de Bogotá pidiéndome las Constituciones porque el señor nuncio quería examinarlas. Estaba entonces convaleciente de una enfermedad adquirida en mi segundo viaje a Uré y del cual no he hablado, aunque su puesto cronológico debe estar en este año a que me refiero, por no suspender los hechos tan intrincados y difíciles de nuestras relaciones con los padres y las dificultades que, al fin, motivaron nuestra salida de la prefectura.

Aunque convaleciente, como he dicho, tuve que emprender algunas arreglitos, correcciones que debía hacerles a las Constituciones para enviarlas. Sólo Dios sabe cómo lo hice, al lado de la hermana María del Sagrado Corazón, ya en vísperas de muerte, por decirlo así, y como por una reparación que se le estaba haciendo a la casa tuvimos que reducirnos a un solo cuartico las dos enfermas, trabajaba casi a oscuras y procurando no causar molestia a la pobre enferma; pero con la esperanza de que aquel estudio diera margen a algo conveniente a la Congregación. Las mandé a pesar de todas la dificultades, muy oportunamente.

Pocos días después me comunica el señor prefecto, en una atenta carta, que entre el señor nuncio y él, le habían hecho algunas anotaciones a dichas constituciones y que se las habían comunicado al señor Crespo, nuestro obispo fundador. Inmediatamente me comuniqué con éste, para que tan pronto como recibiera las tales anotaciones me las mandara para hacer las reformas del caso, pero me contestó que nada había recibido. Entonces se las reclamé al señor prefecto que aun estaba en Bogotá y me contestó que no me inquietara, que eran cosas insustanciales y que convenía arre-

glar sólo para evitar dificultades en el porvenir de la Congregación; que después las conocería.

Varias veces me comuniqué con el señor Crespo acerca del punto, pues él estaba un tanto inquieto con eso de no llegarle las anunciadas anotaciones y entre tanto el señor prefecto anunció regreso de Bogotá a Puerto César.

Al salir de Bogotá, me anunció que venía con tres de las niñas del reverendo padre Campoamor, es decir, de las de sus favorecidas para que de algo nos sirvieran a los padres y a nosotras en el Golfo; que había resuelto traerlas porque le habían conmovido con su deseo y su llanto; pero que iba a ponerlas para que de algo sirvieran en el Golfo.

Por supuesto que esto ya comenzó a hacerme sospechar algo y lo primero que pensé fue en disminuir las hermanas del Golfo pues con estas tres niñas se completaba el número de siete mujeres en Puerto César sin más oficio que ver por la alimentación de los padres y tres pajes. Tan pronto como el señor prefecto llegó a Cartagena, en donde tuvo alguna demora, le comuniqué o pregunté si aprobaba la idea de hacer venir a las hermanas María de la Santa Cruz y María Santa Zita y que tan luego como él las necesitara se las volvería, promesa que no creía fácilmente porque se trataba de un viaje de 15 días y muy peligroso. Me contestó que estaba muy conforme con mi deseo, que las trajera. Las dos hermanas por fortuna, tuvieron viaje feliz por haber pasado la trocha de Pavarandocito en verano.

Llegó el señor prefecto a Puerto Cesar con las tres niñas y sin hacer siquiera reminiscencia del proyecto de que fueran para la tercera categoría de nuestra Congregación, se las entregó a la hermana Ma. del Santísimo diciéndole: Estas niñas vienen para servirnos de algo.

Al ver la hermana que estas niñas no atendían a sus indicaciones, y que más bien se hacían servir que prestar ellas el más mínimo servicio, le preguntó al señor prefecto cómo debía manejarlas y le contestó que las dejara. Ellas por su parte, decían sin ambages que ellas habían venido para carmelitas y que pronto les pondrían el hábito. Todo me lo escribían las hermanas y en cada carta las cosas iban siendo más y más alarmantes, pues se veía que lentamente iban siendo suplantadas las misioneras y que en su propia casa iban perdiendo derechos hasta sentirse cohibidas. Les escribí que, mansamente se dejaran suplantar como si nada entendieran, para que cuando se diera el paso conveniente para la independencia de

vida, estuviéramos llenas de razones y que no tuviera el señor prefecto nada en qué apoyarse para decirnos intolerantes, en fin, que le ofrecieran a Dios por estas mismas almas del Golfo, las dificultades que tuvieran que soportar. A ellas, por la misericordia de Dios, no les faltó valor, ni ánimo para obedecer tan difícil precepto, al punto de que, cuando salieron fueron muy sentidas por esas niñas, quienes declaraban que nada tenían que sentir de las misioneras. Esto es un verdadero favor de Dios, si se tiene en la cuenta que esas niñas no eran de educación ni mediana y que pertenecían a clase social difícil y que estaban apoyadas incondicionalmente por los padres y el señor prefecto, ocupando además un puesto para el cual no tenían costumbre, que naturalmente las hacía difíciles de carácter. Gracias a Dios por asistencia tan especial.

El señor Crespo que no había recibido las tales anotaciones, se mostraba sospechoso de que algo se nos aguardaba en Bogotá, y me comunicó que pues las anotaciones no llegaban, debía partir para Bogotá; sin embargo, mi salud no lo permitía y tuve que demorarme unos meses.

Muerte de la hermana María del Sagrado Corazón

Entretanto la hermana María del Sagrado Corazón se fue gravando en su terrible y durísima enfermedad; llegó un momento en que las hermanas temían o dudaban de cuál moriría primero si ella o esta servidora. Sin embargo de esto, la hermana me decía con esa seguridad de quien sabe muy bien la cosa: Su reverencia se cura, no muere todavía; yo si muero y tan luego como yo muera, se le disminuye ese tumor. Fue verdadera profecía esto en lo referente al tumor, pues disminuyó considerablemente; sin embargo, Dios me tenía reservada una pena, no tanto para mí cuanto para las pobres hermanas, en lo de salud.

El 10 de Febrero de 1923 murió la hermana del Sagrado Corazón, después de vivir sin pasar alimento, ni agua, ni siquiera la saliva, ciento cinco días. Pero lo asombroso era que a pesar de tener completamente obstruido el esófago, pasaba perfectamente la sagrada comunión todos los días. Bendito sea mi Dios, padre, porque en una muerte tan dura como ésta, no le faltó el gran consuelo de la sagrada comunión, aunque para la enferma no pasara como consuelo, pues en su muerte todo fue amargo.

Esto me lo explico padre, porque ella había ofrecido su vida por la conversión de los indios jaibanaes, es decir, los que se han comprometido a ser del demonio con expreso contrato. Naturalmente para tal ofrecimien-

to debe corresponder esa dureza de muerte. Más feliz ella que tanto alcanzó con sus dolores y angustias, porque pocos meses después no quedaban jaibanaes en las tribus. ¡Sea Dios bendito! Unos murieron y otros se convirtieron, quedando sólo uno o dos, que poco o nada ejercían sus funciones, aterrados ya con lo que estaba pasando.

Ay, padre de mi alma, permítame que aquí consigne algo de lo mucho que sentí con la muerte de la que fue mi madre y a la vez mi hija. Desde la niñez, como he dicho, le ofrecí a Dios el sacrificio de mi madre, considerando que era el único y gran sacrificio que hacía al hacerme religiosa; pero Él no quiso jamás aceptar mi ofrenda. Viví con ella y sumamente unida a ella, cuarenta y nueve años; mi afecto, no sé si me equivoco, padre, pero así lo creo y he creído, se purificó desde muy temprano. ¿Será exageración si digo que desde aquel acto por el cual me sometí, a los tres años, a separarme de ella para ir con el tío a casa de la abuela? Lo cierto es que jamás tuve inconveniente, a pesar de mi afecto tan intenso, en separarme de ella y si consideré sacrificio el dejarla para hacerme religiosa, no fue por la separación misma sino por lo que yo pudiera servirle a ella en los momentos apurados de la vida.

Nunca, mientras estuve aunque transitoriamente separada de ella, mientras supiera que nada le faltaba, me hizo impresión la separación ni tuve afán de verla. Si le faltaba algo, eso sí me hacía sufrir. Jamás fue un afecto tierno; el primer beso se lo di después de muerta en acabando de expirar. Por todo esto, padre, creo que mi afecto era muy descarnado y purificado; pero intenso como ninguno.

Pocos días antes de agravarse su enfermedad me dijo: No me falte en los últimos momentos porque tengo mucha fe en que si me acompaña no se me arrimará el demonio; esto lo dijo seguramente por la fe en que representaba a Dios, como superiora. Además, quiero me rece y me acompañe hasta lo último.

Le cumplí perfectamente su deseo y mientras las hermanas cantaban alrededor del lecho el Magnificat, yo le decía al oído las últimas jaculatorias. Expiró en el mismo momento en que se terminaba el canto y su semblante de amargura se tornó dulce y risueño como quien ha encontrado una feliz sorpresa; pero mi alma, ¡Dios mío! ¡Cuánta desolación sintió. Si creí que una parte de mi ser había sido arrebatado; si me pareció que la soledad se me había hecho absoluta! Mucho me he arrepentido de no haberme hecho cargo de arreglar su cadáver hasta ponerlo en la capilla, pero

fui cobarde y le dije a la madre San Benito que me reemplazara. Me retiré a una celda a sentir la más enorme soledad, sin lágrimas ni suspiros, ¡pero tan completamente sola que me espantaba! Dios mío, y te llamé varias veces... y sabes que voluntariamente te la entregué. Sé sin embargo, que Dios estaba conmigo y no se dejaba sentir, por alguno de sus amorosos designios.

Ya tarde llegó la hermana San Benito y me dijo que tenía ya el cadáver en la capilla y me fui a velar cerca a ella, en la soledad absoluta en que estaba, a pesar de tener el Santísimo al frente y de considerar cuánto me acompañaba desde el cielo. Sola y simple mi alma, ni rezar podía. Allí mismo alumbrada por los cirios que ardían delante del cadáver escribí telegramas a la familia anunciándoles el acontecimiento, ¡sin una lágrima pero en la misma soledad!

Dios mío, ¿que te proponías en eso? Los indios se acercaban a mirar el rostro de la difunta y al verla tan amable y dulce decían:

- Esta niam pecao chiquito no había; locutorio no hay... y lloraban. (Querían decir: esta no tenía ni pecado chiquito y por esto no está en el purgatorio).

Esto que debía conmoverme, me dejaba seca y sola... Reflexionaba en esos hijos del alma, enseñados muchos de ellos por ella, que la rodeaban con tanto dolor y sencillez, como sus almas la rodearían también en el cielo a donde su apostolado tan desinteresado, sin duda, la llevaría... De cómo ella gozaba ya en el cielo que con tanto amor les había mostrado a esos pobres hijos de la selva y nada me conmovía. ¡Sencillamente estaba sola... sola!

Y digo que voluntariamente la entregué, padre, porque durante ocho años, a pesar de los diferentes achaques mortales que tuvo, siempre atendió Dios mi súplica de que la conservara más para la Congregación, especialmente para el noviciado en donde su experiencia y santos ejemplos hacían mucho bien; pero en esta ocasión, ella me suplicó que la dejara marchar, que ya era justo, que no la dejara más sin ir a ver a Dios. Entonces se lo prometí y fui al Santísimo y le dije: Consiento, llévatela ya a tu gloria. Desde ese día entró, por decirlo así, en su larga agonía.

Esto, padre, lo digo con rubor porque es de apenarse eso de que Dios oiga a una miserable con tanta exactitud y amor; imprime en el alma algo, que sólo en silencio se aguanta ¡ruboriza decirlo!

Mi primer pensamiento, cuando la soledad dejó el puesto a mi estado de siempre, no fue el extrañar la presencia de la amada viejecita, con la intensidad que pensaba que debía sentirse, sino una pena profunda porque el Santísimo se había quedado sin la adoradora constante y enamorada que tenía en mi madre. Dios mío, qué pena sentía de verte carecer de esa compañía tan reparadora que te hacía con constancia inimitable tu amiga, la hermana María del Sagrado Corazón.

Entonces mi vida interior casi se redujo a reemplazarla a ella ante el Santísimo, aunque no fuera sino espiritualmente, porque jamás las tareas me han dado tiempo para permanecer a los pies de Jesús, ¡siguiendo el ejemplo de la mujer que me dio el ser! Constantemente le daba a Jesús el pésame y le decía: Ya ella no es tu adoradora eucarística. ¡Te quedaste solo aquí! ¿Cómo hago, Jesús amado para reemplazarla cerca de Ti? ¡Ay, ya no vuelves a tenerla en aquel sitio, llorando de amor a todas horas! (le señalaba el sitio que ella ocupaba en el coro) Estás ahora más huérfano, Jesús mío, y mi compañía, la que quiero hacerte, es tan fría...En fin, padre, mi dolor se condensó en esta especie de pésame al Sagrario. Han pasado ya cinco años después de su muerte y aun quiero reemplazarla en la capilla; pero ¡qué cambio, Dios mío! ¡Qué engañado sales! Desde niña, cuando todavía ella ponía mis manos entre las suyas, la vi llorar de amor a Dios.

Hasta muy crecida tuve la idea de que yo no sabía oír misa porque no podía llorar en la elevación y creía que era cosa de regla llorar en aquel momento porque jamás vi que las lágrimas le faltaran a esa santa mujer en aquel momento. Me da pena, padre, de ser hija de tal madre y Madre de tal hija con todo el séquito de defectos y pecados que llevo encima.

En fin basta de decir de este asunto y paso a continuar la historia dolorosa y dura de contar.

Salí segura, confiando en Dios

En Marzo de aquel año (1923), estuve gravísima de mis achaques, es decir a punto de muerte. No tuvieron más remedio las pobres hermanas que hacerme llevar en una camilla a Frontino.

Durante los días de mi gravedad hubo en el noviciado profesión y toma de hábito. Todo lo resolvía en la cama, porque no tenía ninguna de las hermanas antiguas que me reemplazara. Tenía una novicia que no debía profesar y una o dos postulantes que no debían tomar el santo hábito por

no dar todavía, y quizás no darían nunca, pruebas de verdadera vocación; pero no me sentí con fuerzas de decirlo y enfrentarme con su sentimiento y consiguiente viaje a sus casas. Se las abandoné a Dios y me dije: No estoy en condiciones de evitar males, luego Dios ha de reemplazarme, y dejé que les hicieran las ceremonias. Dios se encargó fielmente porque poco después salieron de la Congregación por varios motivos.

Acto de abandono semejante hube de hacer al salir en una camilla para Frontino, dejando las hermanas todas jóvenes y con un trabajo difícil, a la vez que aun comenzando a formarse religiosas y misioneras al lado de los padres tan prevenidos y difíciles; ¡pero padre, jamás me cansaré de ponderar la paz que da al alma el santo abandono en las manos de Dios! Salí tranquila y casi segura de que moría y que Dios lo arreglaría todo. Benditos brazos de Dios, en los que tan bien y tan blandamente puede dormir el justo. Por eso he querido implantar en la Congregación la devoción a San José en su santo y admirable abandono en las manos de Dios.

Entramos a Frontino al día siguiente de salidas de Dabeiba y ya el clima me tenía en mejor disposición. El señor don Félix Vélez, nuestro bienhechor en aquella población, nos prestó su casa que tenía desocupada y en ella nos alojamos muy bien.

Los reverendos padres carmelitas no nos hicieron atención ninguna, era párroco el reverendo padre Alfredo y era natural no esperar la atención. Sin embargo, mandé dos hermanas que fueran a saludarlos, pues que siempre he creído deber primordial de la religiosa estar en armonía con el sacerdote. Fueron recibidas con un poco de frío, pero atentamente.

Pocos días después mandé suplicar al padre Alfredo me llevara o mandara la sagrada comunión y contestó que no se podía. Sin embargo el padre provincial, que a la sazón se hallaba allí, tuvo la bondad de llevármela de cuando en cuando. Por mi parte, después de haber mejorado un poco, fui a despedirme de los padres y pedí especialmente, al reverendo padre Alfredo. Salió y me recibió con simpatía especial. El sin duda creía que por haber arrojado a las hermanas de la iglesia en esos días, con bastante vergüenza para ellas, yo estaba enojada y al ver que no, sin duda, se compuso para recibirme la visita.

CAPÍTULO LI

- SEGUNDO VIAJE A URÉ - POR LA TROCHA DE CÁCERES - IMITAR MEJOR A JESÚS - ENTRE SELVAS Y TRAGADALES - EN URÉ - UNO DE LOS ANHELOS DE MI ALMA - SENTIMIENTOS AL SALIR DE URÉ - POR UN MAR DE PANTANOS - SUFRIR PRODUCE FRUICIÓN - EN CÁCERES Y CON FIEBRE - LLEGADA A DABEIBA

Alaben al Señor, porque Él es bueno, canten himnos a su nombre porque es bondadoso. (Sal 135,3)

Segundo viaje a Uré

Según mis recuerdos, por allí en agosto de 1922 vine a San Pedro, dejando a mi madre ya bastante mal de salud en Dabeiba. Desde la última posada en Poleal, montaña frigidísima de la cordillera Central, comencé a sentir cierto inconveniente en un dedo, en donde me había sacado hacía ocho días una nigua y tan pronto como monté en la mula que conllevó conmigo tras las inclemencias de las trochas de Urabá y cuyo nombre era "La Flores", sentí que ella también tenía un cojito. ¿Qué nos pasaría en Poleal? Pues seguramente que a cabalgadora y a cabalgadura nos había dado un beso el frío porque cuando llegamos a San Pedro, la mula estaba cojísima y esta pobre cabalgadora no daba paso por la hinchazón y el dolor en el pie. Total que llegamos enfermas y de lo mismo. ¿No ve en esto, reverendo padre, una curiosidad de la muchas con que Dios nos regala?

Pues cada día la pobre mula estaba más mala y los veterinarios no acertaban con el achaque. Que es hormiguillo, decían unos; que renguera, decían otros, y el resultado era que las medicinas no resultaban y que el pobre animal ya no se tenía en pie; con una cadera grandísima y todo el muslo y la pierna hinchadísimos, parecía que iba la Congregación a perder a la mejor de sus mulas. Y entre tanto, la cabalgadora sufría con el pie reventado, muy hinchado y con dolores inauditos que llegaron a producirle fiebre. Se consultó a Medellín y aunque se aplicaban los remedios que de allí mandó un magnífico médico, cada día estaba peor. Las medicinas caseras tampoco dieron resultados y se llegó hasta el caso de pensar en amputación del pie.

Todo cuanto se necesitaba para conducirme a Medellín en una camilla, estaba listo. Ya la mula estaba comenzando a mejorar con fricciones de manteca, que si no recuerdo mal, esta servidora le recetó, con sal bien

caliente. Pues cuando se aprestaban los peones que habían de salir conmigo para Medellín, se me ocurrió ponerme el mismo remedio de la mula y al efecto le dije a una hermana que sin decirle a nadie nada, me diera un poco de manteca de la mula y para mejor asegurar que nadie lo sabría le dije que me la echara por una ventana. ¡Dios mío! Qué fue aquello, desde la primera plumada sentí bienestar en la herida y comencé a ver menos irritada la hinchazón. En vista de estos buenos efectos, dije que se aplazara el viaje para el día siguiente y todas naturalmente convinieron. ¡Tres o cuatro días después, tanto la mula como esta servidora estábamos restablecidas, buenas! ¡Dios mío, qué coincidencia tan especial!

Esto lo dejo aquí, reverendo padre, para que se vea la acción de la Providencia y cómo Dios me mostró cuán mula es el organismo humano y cuán poca diferencia hay de los cuerpos de los irracionales a los de los racionales. Además, la Providencia no lo permitió inútilmente porque mientras estaba tirada con el pie inhábil pude escuchar varias enseñanzas muy sabias de un santo padre Eudista que se encontraba enfermo de una tuberculosis, ya sin remedio, el cual en sus largas horas de soledad y dolor, tenía como único solaz el pasar algunas horas enseñándome costumbres y usos de las casas religiosas, de modo que pude formarme idea clara de algunos asuntos. Era este padre francés y se llamaba el padre Rissel. Poco tiempo después murió santamente.

Cuando ya estuve bien, consulté a Dabeiba para ver si la gravedad de mi madre me daría tiempo de hacer un viaje a Uré, pues aquella fundación no se había visitado en tres años que llevaba. Mi madre, es decir, la hermana del Sagrado Corazón, con la generosidad de que usó siempre, me contestó que me fuera con tranquilidad y que confiáramos en Dios que volvería a tiempo de verle los últimos momentos. Las otras hermanas también me contestaron que fuera en nombre de Dios.

Por la trocha de Cáceres

Salí, pues, con la hermana María Mercedes, y por evitar gastos y navegaciones largas, resolvimos hacer el viaje por la trocha de Cáceres. Esta medida me la desaprobó Carmelita, de modo enérgico, por temor a las penalidades de aquella trocha, pero como las hermanas convinieron y todos vieron las ventajas de aquel camino, tuve que disgustar a Carmelita. Y no que temiera a Carmelita por el lado por donde es de suponerse, esto es, por ese mimo con que las amistades de familia se manejan, no. Jamás, ni Carmelita ni mi madre ni aún Juancho, me impidieron nada de lo que fuera

servicio de Dios, por prudencia puramente humana; pero sí pensé que mi deber era tomarme las incomodidades de la trocha para no dejarles después a las hermanas un ejemplo no muy edificante. No pasó por mi cabeza que aquello sí pudo ser funesto.

Imitar mejor a Jesús

Al pasar por Santa Rosa, recibí la bendición del ilustrísimo Señor Crespo, quien todavía no trataba de salir de Santa Rosa, y partimos con un peón muy bueno, peón que siempre merece que se le tenga en la cuenta como bienhechor, ya que tantas veces expuso su vida por salvar la mía. Se llama Abel Arboleda.

Llegamos a Yarumal y allí permanecimos unos días en la casa de las hermanas Capuchinas y Julia Salazar, la antigua discípula y amiga adictísima, me indicó y pidió que diera alguna conferencia o habladita, como las llamamos, a las señoritas de la población. Accedí y hablé a un regular número de señoritas, mucho rato. No era posible que ellas comprendieran muy bien lo que es la obra de la Congregación, porque aún era cosa muy desconocida en Colombia el asunto misiones y no se daban mucha cuenta de lo que era un salvaje, ni mucho menos de las grandes agonías que su vida encierra. Sin embargo, como fruto de esta habladita saqué el que se dieran cuenta de que debían ayudarnos y enviarnos algunos cacharritos de esos que tanto sirven en las misiones para atraer a los pobrecitos salvajes. Además, por mucho tiempo consideré perdido el trabajo para vocaciones; pero varios años más tarde me ha dicho la hermana del Dulce Nombre que en esa habladita se confirmó más en el deseo que ya, de tiempo en tiempo, le venía de entrar a la congregación.

Por si fuere útil a alguna, voy a dejar aquí un incidente, al parecer sin importancia: Julia Salazar ha sido siempre dócil a mis enseñanzas y me ha consultado algunas veces. En esta vez, sin consultarme nada, me refirió algunos disgustos que le había dado un señor inspector y cómo ella se había ranchado en aquello que no debía ser y su respuesta dio origen a una enseñanza que varias veces he dado, padre, a mis hijas y que creo que si siempre la siguiéramos, imitaríamos mejor a Jesús y le agradeceríamos más. Me respondió la buena discípula: Lo hago así para que el inspector vea que sobre uno no pueden montar todos.

Esta frase, un poco vulgar, indica entre nosotras que no nos dejamos humillar del primero que quiera abatirnos. Esto me olió a que la pobre Julia se cuidaba poco, a pesar de su deseo de santificarse, de la querida

humildad, de la convenientísima humillación y le contesté, dándole la enseñanza que ella al punto siguió. Le dije: Hija, ¿cuántas son las bienaventuranzas? Ocho, me contestó. Muy bien has dicho, le repliqué, pero a nosotros los pecadores nos conviene cumplir nueve y así, adivíname cuál es la novena. Ella sonriendo me dijo que no la sabía. Entonces se la dije en estos términos: Bienaventurado aquél sobre quien todos montan porque ésa es el alma que más penetra en el Corazón de Dios.

No necesitó de más explicaciones para que esa alma dócil me hiciera el propósito de dejarse hacer del señor inspector cuantas humillaciones se le ocurrieran y efectivamente esto fue para la buena Julia el principio de muchas que soportó pacientemente, sin tomarse ningún desquite hasta venir a parar en un puesto inferior al que tenía y había tenido siempre en el magisterio. Por supuesto, creo que no le ha pesado, porque ha probado las fruiciones con que Dios regala al que, por su amor, se deja humillar y se pone bajo los pies de todos.

Desde entonces enseñé a mis hijas esta bendita bienaventuranza que tanto nos asemeja a Jesús, y que tanto nos hace ganar en las vías de la perfección.

Entre selvas y tragadales

Salimos de Yarumal y como al fin caminábamos por caminos desconocidos, sufrimos un poco y no hicimos la jornada que todos suelen hacer, pero al día siguiente llegamos a Conguital, en donde fuimos muy bien atendidas por la familia Berrío, a quienes nos recomendó el señor cura, padre Rojo. También allí hice una habladita a las gentes y a algunos de los asistentes se les ocurrió hacer una colecta y se recogió algo con lo que pudimos ayudarnos al viaje.

Tres días, si no recuerdo mal, estuvimos allí esperando que hubiera canoa en el río para bajar a Cáceres y con otra jornadita nos pusimos en Valdivia, a donde a poco de llegar tuvimos canoa que enviaba nuestro bienhechor de Cáceres, don Pablo Cuartas. La bajada del Cauca es peligrosísima, sobre todo en el sitio denominado la Iglesia. Ha tragado, el vórtice que allí se forma, muchos pasajeros. Sin embargo, como siempre me hago la ilusión de que nada nos sucede, no tuve ninguna inquietud en nuestra navegación. Y digo ilusión en lugar de confianza, porque, aunque aquélla se funda en ésta, es un poco loca, pues nunca me figuro que si caigo en un río me ahogo, ni si me voy por un desfiladero me desnucó, ni si en un mar me hundo, sino que, en mi imaginación parece que existiera

la convicción de que de todos estos peligros he de salir ilesa y por eso siempre me he puesto en ellos sin miedo y bendigo a Dios por tal ilusión, ¡porque sin ella quizás habría dejado algunas empresitas que han redundado en gloria de Él!

En Cáceres nos hospedamos en casa de la señorita maestra y fuimos muy atendidas por don Pablo, mientras que disponíamos lo necesario para meternos en la trocha. Uno de los preparativos fue conseguir un buey para atravesar en él lo menos malo de aquella vía, porque al decir de todos, las mulas se atollaban y sólo un buey muy fuerte podría sacarme de aquellos barrizales y honduras tan terribles.

De una finca de don Pedro Nel Ospina me proporcionaron uno enorme con sus aperos y jolones. Después de pasar en canoa el bravo Cauca y el Tarazá que tampoco es manso, en una casita de campo me ayudaron a subir al enorme buey y para alcanzar a montar hubo necesidad de subirme entre muchas personas a un cerco para de él caer sobre mi nueva cabalgadura. En nombre de Dios y muy agradecida de esas buenas gentecitas que lucharon con esta mi pobre humanidad hasta dejarla casi inmóvil, a merced de lo que un buey quisiera andar, extraño en aquellas selvas y tragadales, que de solo verlos ponían espanto. ¡Dios mío, sólo por amor tuyo y por tus almas tan amadas puede hacerse la hazaña de ir a Uré por aquella vía y en general en cualquiera, porque ése es el caserío más inaccesible que puede imaginarse nadie! ¡Aquello era una pesadilla!

Aquí fue en donde Abel, nuestro peón, mostró un heroísmo inconcebible en guardar mi pobre persona de cuantos peligros se presentaban, alzándome con fuerza que él mismo creía que no podía sacar de su gastado organismo y sometién dose él mismo a los peligros más inminentes, por salvarme de ellos. Llegó a amanecer sentado en una piedra al pie de un río, en aquel bosque lleno de fieras que pudieran despedazarlo, por hacer guardia a nuestras bestias, a fin de que en la noche no se fugaran. Dios mío, cuánto le debemos a este pobre muchacho y cuánto debiéramos pedir al Señor por él.

Y no fue una sola la vez que expuso su vida de modo grave por quitarnos a nosotras peligros; fue aquello constante mientras hicimos aquel terrible viaje. Con ningún dinero se había podido pagar el servicio de este joven y ni él pensaba en la remuneración. Era puro celo por escapar nuestras vidas. ¡Sé Tú, Señor de mi alma, el pagador de este servicio y no permitas que él pierda su alma! Dale en el cielo la recompensa del siervo fiel y durante su vida no permitas que siga el camino del mal.

En Uré

Llegamos a Uré, de donde había salido hacía tres años y ¡qué hermosa sorpresa, padre mío! Verdaderamente las hermanas habitaban el mismo desmantelado ranchito en el cual dimos principio a la cristianización de aquel caserío de paganos, ranchito feo, desmantelado y casi caído, en el cual habían las hermanas hecho muro para su dormitorio, pegando periódicos con engrudo sobre las cañas y varas que cercaban la piececita, dejando toda facilidad para que los curiosos negritos vieran cómo dormían las hermanas. Guaitaran hermana durmida, como decían ellos. Pues a fuerza de poner y superponer periódicos y revistas que por fortuna, de cuando en cuando, pero en mucho número les mandaban de Medellín, habían hecho un muro muy resguardado y hasta bonito. ¡Dios mío, qué recursos los que inspiras a los que por amor han dejado las comodidades de la vida civilizada, para ir a buscarte las almas, encanto de tu Corazón! Aquel dormitorio que era la única clausura era un encanto y en él se había hecho lugar para todo cuanto necesitan las felices misioneritas ¡que sólo buscan cielo ancho para sus hijitos de las selvas! ¡Dios me las conserve siempre en tan hermoso espíritu!

Mientras las misioneritas estaban como las había dejado hacía tres años, en su pobreza y condiciones de vida, los negritos se habían cristianizado hasta ver con suma alegría de mi alma, que cada día el santo padre Patricio repartía casi lleno un copón de formas. ¡Dios mío, qué era aquello! ¡El señor Hilario, antiguo representante del sacerdocio pagano, que había dejado de desempeñar sus funciones supersticiosas, había muerto cristiano después de comulgar muchas veces y había sido reemplazado en el pueblecito por el santo padre Patricio, sacerdote católico de la congregación alemana del Divino Salvador! ¡Las grandes y casi inconcebibles privaciones de las hermanas habían sido compensadas con aquella pesca de almas cuyo número quizás ascendía a tres mil! ¡Dios mío, y ya había culto a Dios en donde antes se le tributaba al diablo!

¡Era de ver el amor de esas pobres gentecitas y su fervor! ¡Vi escenas que me hicieron llorar muchas veces! La Madre San José, como era su deber, había ido desprendiendo a los negritos de sus prácticas y fiestas paganas, restos heredados de sus antepasados del África, y en todo la habían complacido estos queridos hijos, pero quedaba en las ancianitas un tal dolor por sus fiestas antiguas, que varias veces se me presentaron a pedirme que le dijera a la Madrecita San José que así como ellas le habían dado gusto en todo, les volviera a conceder sus fiestas y que especialmen-

te les diera las del diablo. Ante semejante propuesta, envuelta en lágrimas y sollozos ahogados, me conmoví profundamente, y abrazando a las ancianitas les dije que yo también sentía mucho esta pena que ellas tenían y que quisiera llorar con ellas pero que les haría hacer unas fiestas muy bonitas a la Santísima Virgen en lugar de las de ellas porque éstas eran pecado. ¡Pobrecitas! ¡No me quitaban la razón pero lloraban inconsolables! ¡Lo que es el corazón humano y lo que se pega a las almas la superstición!

Un mes entero me estuve gozando de aquel edén, de ver los negritos, antes tan fieros, convertidos en mansísimas ovejitas. La obra de la gracia había sido pues, admirable y jamás alcanzaremos a comprender todas las murallas de oposición que el diablo le puso; pero todo lo supera el amor de Dios a las almas.

A las Hermanas las encontré en tanta paz y amor de Dios, que fue un consuelo. Sin embargo, vi allí por primera vez una cosa que después he podido observar muchas veces: el cómo se estrecha el círculo de los pensamientos de las personas cuando carecen del medio civilizado, así en absoluto.

Fue mi grande extrañeza el que las Hermanas no pudieran hablar ni pensar sino del estrechísimo círculo de las ideas de aquel pueblito y cada idea les era de grandísima trascendencia, de modo que ligeros disgustos de los negritos entre sí, los tomaban como cosas grandísimas y aún algunas diferencias de carácter habidas entre ellas, como es natural, pero todo vencido y arreglado con la mayor prudencia, se les hacía pecados grandísimos y objeto de mi atención constante. Tuve que hablarles claro después de que comprendí, en lo que consistía la cosa, y reírme a más no poder y sólo así, y después de muchos días, vinieron a ver esas majaderías como cosa de poco momento. Después he vuelto a observar el mismo fenómeno al visitar otras misioncitas. Por eso he pensado que deben cambiarse un poco algunas hermanas, sobre todo las superiores, porque se van haciendo cada vez menos hábiles, por la estrechez de que vengo hablando.

Uno de los anhelos de mi alma

Allí por primera vez exterioricé de un modo serio uno de los anhelos que mi alma abraza desde que he visto y sufrido la necesidad en las misiones. Hablando con el buen padre Patricio, hombre apostólico y ejemplar de misioneros, sobre las privaciones de las pobres misioneras y especialmente la condición de tener que carecer mucho de la sagrada comunión,

por más que se procure que no les falte sacerdote, le pregunté cómo le parecía a él la idea de proponer a Roma la licencia para que las religiosas puestas en tal necesidad en el mundo, tuvieran la facultad de darse a sí mismas la sagrada comunión y así, aunque el sacerdote no pudiera asistir-las constantemente, tendrían su comunión tomándola todas las mañanas con unas pincitas de oro y con la mayor reverencia.

Este padre se entusiasmó y lo vio muy puesto en razón, puesto que en casos excepcionales, la Iglesia lo ha usado así y también en los primeros tiempos del cristianismo llevaban los que tenían peligro del martirio, una forma consigo a fin de comulgársela en el momento de ser sacrificados. Esta alegría y entusiasmo del buen padre fue para mi alma como bálsamo que me confortó. Y verdaderamente cada día siento más honda la necesidad y también la convicción de que esto llegará a suceder porque nuestro Señor lo desea y Él sabe buscarse medios. ¡Habían sufrido tanto esta terrible privación las hermanas de Uré, que bien palpaba el padre la necesidad.

Y no sólo encontré adelanto espiritual en aquel caserío sino que había pan porque los negritos, a la vez que se hicieron cristianos, se hicieron trabajadores y la agricultura ya estaba bastante desarrollada, gracias a Dios.

Iba a dejar a la madre María Mercedes en cambio de la madre San José, pero ese secreto tuve que guardármelo mientras se llegaba el momento porque los negritos hubieran hecho quién sabe qué cosas por no dejarla sacar. Ya en las vísperas de salir, dije que me traería una hermana y esto sólo fue causa para que todos se me abocaran a oponerse. No les dije sino que una cualquiera y sin embargo no consentían porque al analizarlas encontraban que cada una les hacía más falta. Al llegar a la Hermana María de la Inmaculada creí que la elegían para mi compañera de regreso porque ya les había oído decir que era muy brava, pero me equivoqué porque apenas la propuse me dijeron: Ésa no, porque es muy guapa y hace falta para los pelaos. Total que no querían que me trajera ninguna y se sentían verdaderos dueños de ellas como hijos apegados. Sólo la víspera pude decir a quién me traía y tuve que pedirle al corregidorcito que guardiara la casita porque tenían el complot bien formado de presentarse a impedir por mal y con lágrimas la salida de la madre.

Sentimientos al salir de Uré

Por la mañana salimos tarde por estar en la salida de otras hermanas que se iban por primera vez a excursionar a lo largo del San Jorge. Fue una

impresión la más tierna ver partir aquellas hijitas de mi alma, en una canoita que llevaba izada una banderita blanca con una imagen de la Santísima Virgen y ellas cantando nuestro himno "Entremos alegres al barco a remar", con una voz conmovidísima por la emoción del momento. Nos acompañaron a verlas partir al puerto del Uré, algo más de doscientas personas que admiradas lloraban.

Cuando ya la canoita, resbalando por encima de aquel majestuoso río, se perdió de nuestra vista, volvimos los ojos encharcados hacia el pueblecito que esperaba ver también nuestra salida. Dios mío, lo que entonces sentí... ¡imposible padre mío decirle! ¡Qué mezcla de dolor, agradecimiento, ternura, celo y fervor, oprimían mi alma! ¿Cómo es, Dios de mi corazón, que concedes a una pobre mujerzuela pecadora consuelos y grandezas tantas?

¡Las pescadorcitas que partían por primera vez por encima de las aguas del furioso Uré y que enseguida navegarían el San Jorge en el mismo cayuquito, permanecerían uno o dos meses recorriendo lo largo del aquel río y saltando a los caseríos en donde, debajo de la fronda de los árboles o en techos abandonados armarían su tienda para llamar a los pobrecitos salvajes que en tinieblas del alma, necesitaban luz! ¡Ay, y esa luz la llevaban mujercitas tan débiles, navegando en embarcación insignificante para cualquier ola del río! ¡Ay, Iban tan repletas de amor de Dios, cuanto desprovistas de medios humanos! Al entregarles cinco pesos que había en la casa, les dije: esto es hijas para el caso extremo de una enfermedad o cosa parecida; de otro modo, esto no puede gastarse porque es la renta de que se harán los gastos de esta casita en el mes que entra. Cuidado, pues, con gastarlos sino en caso extremo. ¡Aquí deben volver con ellos y han de vivir con lo que Dios les dé por allá porque Él sabe nuestras necesidades! Con esta frase en los labios todavía les di la bendición y partieron alegres y conmovidas.

¿Quién creyera, padre de mi alma, que la excursión duró dos o más meses y que, después de trabajar y sembrar con indecibles dificultades regresaron trayendo siete pesos y sin haber pasado un solo día de hambre? ¡Sí, unos ingenieros con quienes toparon allá en una de sus misiones, les regalaron los dos pesos que trajeron de más y las gentecitas en donde llegaban a darles luz, les daban en cambio del pobre pan de su mesa! ¡Bienaventurados los pobres, dijiste, Jesús mío y bienaventurados los pies de los que evangelizan la paz, dicen los sagrados libros! ¡Bienaventuradas mujeres éstas a quienes Dios ha permitido sufrir un poco por Él y a quienes Él ha mantenido con su amorosa Providencia!

Llegadas al rancho, nos despedimos de las que quedaban (la Hermana María Mercedes, enferma en la casa) y ya las cabalgaduras estaban listas. ¡Quizás serían mil las personas que nos siguieron por la trocha llorando a los gritos y suplicando porque les dejaran a la madre San José! Parece increíble pero es la verdad que casi todo el pueblo nos acompañó por más de una legua de trocha, dando alaridos de dolor y de reclamo. ¡Qué corazón tan duro el de la madre San José: iba serena como si estuviera dormida! Yo lloraba con disimulo, pero mi alma se inundaba cada vez más en aquel dolor de darles esa pena a esos pobrecitos y de dejar las hermanas de nuevo en aquellas selvas. ¡La mitad de mi corazón iba por el San Jorge acompañando a las que, cual peregrinas, no sabían en dónde iban a poner su tienda de apóstoles!

Del fruto espiritual de aquella jornada, Dios fue testigo y los felices habitantes de las márgenes del San Jorge, que desde entonces dieron asilo en sus almas al amor de María e inició el cristianismo sus bellezas en esos corazones.

Por un mar de pantanos

Nuestro viaje, después de que nos despedimos de los queridos uresanos por allí no lejos del río Man, si mal no recuerdo, fue terrible porque desde allí comencé a indisponerme y la fiebre no se hizo esperar. La trocha en nada había cambiado y los barrizales eran como mares de cieno casi impasables. Ya no llevaba buey porque al devolverlo a su dueño, montó en él una pobre mujer y se despeñó y se mató, por lo cual las hermanas cogieron miedo y determinamos que, aunque demoráramos mucho en la trocha, habían de salir, caminando ratos a pie, y ratos a mula, según el estado de la trocha.

La primera noche pasamos en un ranchito medio caído y habitado por una familia pobrísima en donde los vientos de huracán de la noche tenían franca entrada hasta la casita de palos en donde me subieron prefiriéndome por estar enferma; los demás se tiraron en un suelo húmedo. Toda la noche tuve fiebre muy alta, pero por la mañana había bajado un poco, con lo cual volvimos a emprender el viaje, pues no había modo de quedarnos en aquel sitio. Ya a las diez de la mañana mi fiebre marcaba algo así como cuarenta grados y el camino se hacía por toda la corriente de un río heladísimo y muy malsano; para tomar de nuevo la vía de la trocha era menester subir un barranco. Bien que si la mula era capaz de saltar conmigo encima, yo no resistiría el salto por tener la cabeza sumamente tonta; determiné bajarme por parecerme preferible hundirme un poco en las aguas

del río a bañarme completamente con la caída de la bestia, de modo que llamé a Abel y me bajó, quedando mis piernas hasta la rodilla dentro de la corriente del río. Sentí como si me introdujeran por dentro de la médula de los huesos unas saetas encendidas; sin embargo, subí ayudada de Abel y de la hermana, el barranco y volví a la mula así mojada y sin ver casi el camino porque la fiebre era muy alta.

Sin embargo de esto, padre mío, mi alma estaba inundada en un mar de dicha. El pensamiento de esa obrita de Uré y de la idea de que Dios me permitiera hacer algoito por las almas, era bastante para mantenerme en dicha constante. Sólo cuando no se sufre, se siente la pena honda de un destierro sin consuelo.

No recuerdo cómo pasamos la noche de este día, pero debió ser en pésimas condiciones porque aún no habíamos salido de la trocha, según mi recuerdo. Pero hubo un instante en que era imposible ir a caballo y nos desmontamos para caminar algo. El pobre Abel me llevaba de la mano y mientras tanto las bestias que presentían que no estaba lejos el yerbal, se nos fueron como ventarrones según era la carrera. Pobre Abel, nos dejó en aquel mismo sitio para irse en seguimiento de las bestias pero el camino era un verdadero mar de pantanos hondos y la pobre madre San José que me llevaba de la mano no podía darme ayuda suficiente para sacar las piernas de dentro del pantano, por lo cual no pude menos de acostarme cuan larga era sobre aquel barrizal. Sólo la cabeza me quedó en seco porque la madre San José me metió las manos para sostenérmela. Allí tendida en medio de la oscuridad del bosque con fiebre altísima, viendo llorar a la madre y sin ningún recurso para salir de tal apuro, creí mi deber dejarle comprender a la madre, para que no se afligiera, un poco de lo que pasaba por mi interior.

Sufrir produce fruición

Le dije: ¡Ah! Si fuéramos de un amor tan encendido como el de San Francisco Javier, aquí habríamos de exclamar como él: Basta, Señor, no me lo des todo aquí, déjame algo de júbilo para el cielo. Entonces me cupo el hacer una explicación a la hermana de este espíritu del santo y de la distancia a que nos hallábamos de tener un amor semejante. Por supuesto que con estas reflexiones, aunque hechas en voz muy apagada por el desaliento y la fiebre, la hermana se reanimó y esta pobre criatura que tan indigna de sufrir esas cositas por Dios, se sentía, naturalmente descansó de la inquietud que me daba ver sufrir a la hermana.

Poco habíamos adelantado, quizás algunos ochenta metros de camino, a las dos horas, cuando regresó el pobre Abel con las bestias y ya pudimos ayudarnos de ellas, después de pasar otros trayectos no muy cortos de barrizal en los cuales no nos atrevimos a entrar en las bestias. Por supuesto que con la ayuda de Abel podía moverme un poco más.

A las pocas horas vimos un abierto en la selva, lleno de sol que nos llenó de alegría. Era la finca del Guamaro de don Pablo Cuartas a la que puse "La Sonrisa" por aludir a la muy satisfecha con que nos miramos, al ver aquel campito de sol y saber que ya la trocha había tocado a su fin. Bendito sea mi Dios que aunque mal, la habíamos pasado vivas, nos dijimos.

En cuanto al alma, padre mío, nada hay qué decir porque ya se sabe que sufrir estas cosas por las almas produce una tal fruición que alivia el espíritu y lo hace exclamar casi como san Francisco Javier. Y si el santo, siendo un sacerdote y hombre de mucho valor, sentía grande el beneficio de que Dios le permitiera sufrir por su amor, ¿qué no debiéramos sentir nosotros con tantos títulos menos a esta gracia? Por eso bendijimos al Señor con toda nuestra alma.

Y no es que no sienta la pena y el dolor físico, ¡no, mi buen padre, se siente con toda su fuerza, es que la fruición interior toma de ese mismo sentir un motivo de fuerza mayor!

En Cáceres y con fiebre

Llegamos a una casita en donde pudimos bañarnos los pies y cambiar la ropa y en donde las gentecitas nos prestaron toda clase de auxilios, en la medida de su pobreza. Aquella noche mi fiebre fue con terrible delirio y muy fuerte. La pobre madre San José temió mucho por mi vida y la vi entristecida, pero guapa como ninguno. ¡El huracán, como en la casita de la trocha, bramaba por entre los palos del cerco del cuartico que ocupábamos y me hería como si fuera de púas!

La madre sentía eso más que yo, quizás porque estaba con mejor cabeza. En fin, aquellas noches de fiebre fueron sin duda, duras, pero con la gran compensación de que eran fruto de los pequeños servicios que prestábamos a las almas. Además, eran de pura voluntad de Dios porque Él pudo hacer, como había hecho en otras mil ocasiones, que pasáramos la trocha sin las consiguientes penalidades a esas tierras tan fieras. Y eso lo sentía muy dentro de mi alma y así como Jesús no quiso hacer el milagro de que no le dolieran los azotes, ni le hirieran su santísimo cuerpo, así no

quiso hacer el de que la trocha y el clima no nos ofendieran. Así se unía nuestra voluntad a la de Dios muy bien.

En la última noche del rancho de "La Sonrisa", la fiebre fue muy leve, pero tuve al principio de ella, temor especial de no poder llegar a Dabeiba a asistir la muerte de mi madre, la hermana María del Sagrado Corazón y sintiéndome muy apretada el alma acerca de esto, rogué al Señor que me dejara llegar viva. A esto respondió el Señor misericordiosamente, poniendo en mi alma el conocimiento de que llegaría a Dabeiba y de que moríamos al mismo tiempo mi madre y yo. Quedé muy inundada en goce amoroso y pasé la noche del mismo modo. Creo ya haber dicho en su lugar cronológico el cómo me explicó un sacerdote el por qué esto no se cumplió tal como Dios me lo hizo conocer; por eso no digo más.

Al día siguiente, ya muy mejorada de las fiebres fuertes, vinimos a Cáceres en donde la vida se nos volvía ya lecho de flores. ¡Dios mío, pensar que en Cáceres habíamos de temperar! ¿Quién lo creyera? El pésimo clima de Cáceres, al lado de la trocha de Uré y del mismo Uré, es un temperamento. Así es la vida. Con don Pablo y la señorita maestra nos parecía la vida ya cambiada. Al menos teníamos recursos. Sin embargo, como mi humanidad todo lo vence por lo pesada, quebré la mejor camita que tenían allí y hube de dormir en una, colocada en sitio húmedo y fétido, y como estaba clavada, era imposible moverla. Total que cuando ya me sentía muy mal por la humedad, pasaba a una sillita en la cual cabía malamente y allí pasaba sentada las fiebres fuertes de aquellas noches. Sin duda nos estuvimos en Cáceres ocho días medicinándonos y luego emprendimos la trocha que las gentes sanas atraviesan ordinariamente en tres días a caballo y en la cual no sé cuánto gastamos, porque ya venía también la madre San José con fiebre y las lluvias y tempestades nos quitaban los ratos en que las fiebres nos permitían andar. Dios mío, qué noches aquellas! Y ya Abel tampoco se sentía muy bien. Al fin, después de no sé cuánto tiempo, no lo recuerdo, llegamos a Valdivia o Conguital, en donde estuvimos las dos en cama, consiguiendo un poquito de mejoría para poder arrimar a Yarumal. Allí, en casa de las madres Capuchinas, mucha caridad y buena voluntad. De modo que nos dispusimos a emprender viaje como en cinco días.

Llegada a Dabeiba

Con una hermosa mañana salimos de Yarumal; pero al atravesar los llanos de Cuibá, el intenso frío sin duda me hizo subir una fiebre que sin

duda pasaba de los cuarenta grados. Sobre la mula, muy arropada, pasé la mayor parte de aquel día y el pobre Abel a un lado para no dejarme caer; pero cuando ya el dolor en la cintura se hizo fuerte, no pude menos que suplicarle que me bajara y en un pradito me acosté al sol, aprovechando la sombra que me hacía la mula. Dios mío, lo que eso fue y mientras tanto la madre San José quería moverse algo y no podía literalmente por el estado de debilidad que traía y en que la habían dejado las fiebres de la trocha.

Llegamos a Santa Rosa un domingo como a las dos de la tarde y ¡llamó la atención de las gentes en el mercado, ver un bulto envuelto literalmente todo en cobijas gruesas sobre una mula que se dirigía sola por la plaza! Un sacerdote nos indicó por dónde debíamos seguir al hospital de las hermanas Capuchinas. Allí fuimos recibidas con mucha caridad y el médico nos preparó para seguir, después de otros ocho días de demora. De modo que, saliendo por Belmira para no llegar a Medellín, llegamos a Dabeiba después de dos meses, si no recuerdo mal, de haber salido de Uré.

CAPÍTULO LII

- MONSEÑOR CRESPO ME URGE VIAJE A BOGOTÁ
- ENTREVISTAS CON EL SEÑOR NUNCIO - LAS ANOTACIONES DE
LAS CONSTITUCIONES - SUPRIMIDOS LOS SALMOS DE MEDIA
NOCHE - ENTREVISTA CON EL PADRE VILLARROYA
- CONSOLADORA ENTREVISTA - CUÁNTO ALUMBRA Y SERENA LA
VERDAD - ASPIRANTE A MISIONERA - SE DESPERTÓ INTERÉS POR
LA OBRA MISIONERA - CONFERENCIA EN EL CINERAMA
- REGRESO A ANTIOQUIA

*("Y será hallado agudo en el juicio y admirable delante
de los poderosos y los príncipes se admirarán de mí en
sus semblantes"). (Sal. 7,11)*

Monseñor Crespo me urge viaje a Bogotá

En Frontino recibí la carta del señor Crespo en que me urgía por el viaje a Bogotá, pues temía mucho por el asunto de las anotaciones de las Constituciones y tan luego como estuve repuesta, salí para Bogotá con la hermana María de la Santísima Trinidad, mejor dicho la tomé en Medellín porque ella estaba en San Pedro y de allí bajó a Medellín. Desde allí arreglé alojamiento en las Terciarias Dominicanas.

Además, presintiendo que mi situación iba a ser difícil en Bogotá, pues las cosas de las tales anotaciones, aunque el señor prefecto decía que eran cosas accidentales, guardaban cierto misterio porque ni las mandaba al señor Crespo ni las decía, resolvieron que fuera conmigo la señorita Ana Raquel Isaza, amiga y protectora nuestra desde los tiempos en que era simple proyecto loco la Congregación. Dicha señorita podía sernos muy útil por tener muchos amigos en Bogotá y por ser de mucho tino para todo.

Salimos de Medellín el doce de Octubre de 1923 y llegamos a Bogotá, cinco días después. Desde la estación nos recibieron dos Hermanas Terciarias Dominicanas que habían salido a nuestro encuentro llenas de cordialidad y atención. En un coche nos condujeron a su casa, en la calle 8ª - 2ª.

Entrevista con el señor nuncio

Dos días después de llegadas me presenté al señor Nuncio, y le expuse, sin nombrar absolutamente nada de las anotaciones, las necesidades de la

Congregación y la principalísima del Decreto Laudatorio. Me interrogó mucho acerca de las dificultades con los carmelitas de las cuales le hablé. Parecía no creerme, pero me entendía. Al terminar me dijo que le llevara por escrito los puntos en los cuales la Congregación se diferenciaba de las demás. Me pareció el señor Vicentini muy amable.

Al día siguiente fui a visitar al señor Primado pero había salido. La señorita Teresa Uribe, con quien nos tocó viajar, nos llevó a su casa y llena de celo por el bien de la Congregación, se propuso conseguirle amigos en Bogotá y para ello, me hizo visitar varios personajes. No diré que esto me hizo mala impresión, como me hubiera hecho en otros tiempos, cuando tanto me fatigaba el mundo, porque ya hacía muchos años que me era indiferente todo; pero sí era cosa de vernos en plena sociedad opulenta a las pobres mujeres de la selva cuando ya se nos habían olvidado o evaporado los aires sociales.

Nos reíamos la hermana y esta servidora cuando de noche nos encerrábamos en nuestro cuartito y recordábamos todas las cosas nuevas y raras que habíamos visto en aquella ciudad. El intensísimo frío de aquel clima en aquella época, se encargaba de quitarme el sueño y pasaba las más malas noches que recuerdo haber pasado. El día, en la alta sociedad, haciendo cortesías, y en la noche, tiritando de frío y llena de lástima del gran mundo que tanto se cansa para recoger tan poco. Dios mío, ¡con razón la madre de Martignan se consagró a pedir por los grandes de la tierra! Cuán devota me hacía entonces de esta santa religiosa. ¡Pobre mundo que no mereció la oración de Cristo!

Sin embargo, hay en él muchas almas buenas enredadas en las superfluidades y pompas del mundo y que sin duda, no son muy responsables y hacen mucho bien. Eso me recordaba la parábola aquella y las palabras de Nuestro Señor: "Dejad que la cizaña crezca con el trigo, que el día de la siega se recoge el trigo y se deja la cizaña". Creo que eso en todo su rigor no debe aplicarse a los religiosos que para eso se separan sino a los del mundo. ¿Cuánto trigo puro, pero enredado se encontrará en esa Bogotá opulenta?. Casi puedo asegurar que pude distinguir almas muy especiales y que sienten a Dios muy cerca, no obstante sus galas y sus modos de grandeza mundana. Dios sabrá despojarlas de lo que no es Él para llevarlas a su granero.

Presenté en la Nunciatura lo que me había pedido el señor nuncio, es decir los puntos en que la Congregación se diferencia de las otras, y lo recibió con una frialdad e indiferencia glaciales. Sin embargo, ni en esta

visita me habló de las tales anotaciones. Hablamos más de la Congregación y aunque le notaba la más profunda desconfianza, me oía sin largar prenda. Al terminar la visita me citó para el día siguiente sin decirme para qué.

Me presenté oportunamente y lo primero que hizo fue decirme, que si el señor Crespo no me había mandado unas observaciones que tenían hechas a la Congregación. Le contesté que el señor prefecto me las había anunciado y que no se las había mandado al señor Crespo.

- Sí que se las mandó, me replicó con un poco de enojo; y repetía: ¡Sí las mandó! ¡Sí las mandó!
- Pues hágame el favor de excusar excelentísimo señor, pero hace mucho que el señor Crespo se las reclama porque yo le hice saber que le llegarían y no recibe respuesta ninguna. El señor prefecto sólo me ha respondido a mí, cuando le he reclamado, que no son cosas sustanciales, que no me inquiete, que son cosas que deben componerse para evitar dificultades para el porvenir; pero que no son sustanciales.

Aun así no quería creer y volvía a repetir:

- El señor prefecto me ha dicho que las mandaría y el no miente.
- Pues a pesar de todo, excelentísimo señor, no las ha mandado y por eso he venido desde Antioquia porque el señor Crespo está inquieto por no llegarle las tales anotaciones.

Anotaciones a las Constituciones

A esto pareció creer; pero con algún disgusto se levantó y volvió con un papel en la mano, diciéndome: Vea si serán accesorias o sustanciales, y leyó:

1. La Congregación tiene una ceremonia en la cual el sacerdote queda comprometido a decirle a la misionera que va a salir a una nueva fundación: "Id y enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". Por consiguiente las misioneras se atribuyen lo que sólo al sacerdote le corresponde.
2. La Congregación tiene superiores que erigiéndose en regla viva, enseñan que sólo ellas y no el sacerdote tienen luz de Dios para dirigir las almas.
3. Que las misioneras gustan de vivir sin sacramentos y creen que así pueden ser santas y porque viven sin ellos, se creen mejores que las demás.

4. El gobierno de La Madre Laura es absoluto, no tiene consejo ni consulta a nadie.
5. La Madre Laura publica unas cartas por vanidad, en las cuales echa al público sus propias hazañas y las de sus hijas, con nombres y apellidos.
6. Las misioneras hacen unas excursiones muy peligrosas moral y materialmente.
7. La abnegación y el heroísmo de las Misioneras no tienen más móvil que la vanidad y el superar a los Misioneros para ganar nombre.

Calcule padre mío, cómo me quedaría con semejantes descargas. Esto lo decía el señor nuncio con tal persuasión y tan enfáticamente que con cada mirada parecía decirme: ¡No tiene remedio! ¡todo está perdido! Terminó diciéndome: Como ve, los cargos son terribles y no puede negarlos porque el señor Arteaga no miente. Además, él tiene toda la confianza de la Santa Sede y advierta una vez por todas, que esa obra caerá porque se ha levantado sobre la vanidad, y a esas cosas de la vanidad, Dios las estrella.

Le contesté dándole la razón a lo último y sin saber por dónde ni cómo comenzar, le dije: Dice muy bien vuestra excelencia que el señor Arteaga tiene la confianza de la Santa Sede y yo agregó que de mí tiene mucho por qué desconfiar; soy una triste mujer y una pecadora que no merece la fe y la confianza de nadie; por consiguiente la obra debe acabarse porque los cargos que el señor Arteaga son tan fuertes, que por uno sólo de ellos puede verse el pésimo espíritu de la obra y por consiguiente deben derrocarla. Es necesario sí que sepa vuestra excelencia que yo niego esos cargos, menos el penúltimo. Es verdad que hacemos unas excursiones muy peligrosas, moral y materialmente.

- ¿Y por qué las ordena usted? me preguntó.
- No entran en mi plan, excelentísimo señor, pero Dios ha mostrado que las quiere y no me he resuelto a no hacerlas por no contradecir su voluntad; pero si vuestra excelencia u otro cualquiera en nombre de la Iglesia, las quita, me alivia a mí de un peso enorme porque no hay vez que las hermanas salgan a una de esas excursiones, que no me quede con un fardo en el alma.
- ¿Y por qué cree que Dios las quiere?
- Porque las ha autorizado con prodigios y milagros, además de un fruto extraordinario en las almas.

- ¿Cuáles son esos prodigios?

Entonces le referí algunos; por lo pronto no los recordé todos y aunque él deseaba oírlos todos, hubo de darse por satisfecho con los que le conté.

Es cosa rara padre que hayamos presenciado esos prodigios y no hayamos observado que lo eran hasta pasado mucho tiempo. Por ejemplo, lo de la acabada de la langosta en Dabeiba, que debía referir al principio de estos apuntes, no vine a darlo por raro y prodigioso sino después de muchos años. De modo que cuando hablé en la nunciatura no tenía en la cuenta muchos de los más prodigiosos, antes, la pregunta de él me hizo caer en cuenta de algunos. Esto no puede ser otra cosa, que permisión de Dios para cumplir algún designio especial de su amor. No me queda duda, padre.

Después de oírme el señor nuncio con mucha atención, aunque con alguna incredulidad, me preguntó que si esos hechos tenían testigos. Le contesté que tenían a los indios, a varias hermanas y algunos, a todo Dabeiba y de muchos fueron testigos los mismos padres carmelitas, pero que sólo el padre Elías y quizás el padre Guillermo los confesaban y se sorprendían con ellos teniéndolos como señales de la intervención y voluntad de Dios en la obra. Pero que los demás, cuando les referían algo o palpaban lo milagroso, callaban con muy mal semblante; cuantas veces queda campo a la más leve duda lo niegan, aunque estoy cierta de que en su interior no pasa lo mismo.

A esto calló y sólo me dijo: Vuelva mañana, y tráigame escritos todos esos prodigios y cosas por las cuales cree que Dios autoriza las excursiones.

Al día siguiente le llevé el trabajo y en silencio lo guardó.

- Y eso de su gobierno absoluto, me dijo, no puede negarlo porque lo asegura el señor Arteaga que no miente...

- Verdaderamente no debo desmentir persona tan honorable; pero, volviéndome a la hermana Trinidad que me acompañaba, ¿qué destino tiene vuestra caridad en la Congregación?

- Soy consiliaria, contestó.

- ¿Cuáles son las otras consiliarias?, repuso el señor Nuncio. La hermana las nombró.

- ¿Y las consulta La Madre Laura?, volvió a preguntar el Nuncio.

- Hasta en las cosas más triviales, le contestó.

Sin contestar palabra, ni hacer ademán de creer, sino al contrario, con ademán de desprecio, dijo:

- ¿Y por qué no quieren los sacramentos? ¿No saben que son el medio ordinario de salvación y que sin ellos se pierden?
- Sí excelentísimo señor; sé que sin sacramentos nos perdemos.
- ¿Y entonces por qué no los buscan, ni quieren?
- Es que sí los buscamos, suspiramos por ellos y lloramos cuando se nos quitan.
- ¡Mire que el señor Arteaga no miente!, repuso ya con un semblante un poco airado.
- Es verdad lo que digo excelentísimo señor y también es verdad que el señor Arteaga debe o tiene más por qué ser creído que yo... Luego, haga vuestra excelencia lo que le dicte la conciencia y Dios se encargará de lo que sigue. Soy una mujerzuela hasta de muy mal nombre porque de mí se ha hablado mucho y muy mal y si quiere vamos al confesionario en donde se convencerá, que no soy buena y que debe creerle más bien al señor Arteaga, si atiende a quien es él y quién soy yo.

Con esto se calló un rato. Después me dijo:

- ¿Y eso de las publicaciones por vanidad, no sabe que lo que se hace por vanidad no lleva la bendición de Dios?
- Sí, excelentísimo señor, lo sé.

¿Y entonces por qué lo hace?

- Es que no lo hago por vanidad.

¿Por qué pues, las escribe?

- Las escribo por obediencia.

¿A quien obedece?

- Al señor Crespo, primero; luego cuando fuimos del señor Toro, y vi que les fastidiaban a los reverendos padres carmelitas le pedí licencia para dejarlas y me la negó; cuando ya quedé con el señor Arteaga le rogué que me las dejara suspender y me ordenó seguirlas.
- ¿Cree usted que el señor prefecto miente?

- Creo que estoy diciendo la verdad... además excelentísimo señor las cartas pueden ser examinadas por vuestra excelencia y podrá conocer en ellas el espíritu con que han sido escritas y si echo las hazañas de las hermanas con nombres propios y apellidos. Yo puedo conseguírselas si quiere vuestra excelencia.

A esto se quedó callado. A poco dijo: ¿Y cómo es tal su presunción que cree que puede arrogarse los derechos del sacerdote; no sabe que Dios puso la mujer después del hombre y que ella debe obedecer y estarle sumisa?

- Sí, lo sé excelentísimo señor.

¿Y entonces por qué quiere superarlos y no obedecerlos?

- Es que los obedezco y no pretendo superarlos. El señor Arteaga no miente... repuso más severamente que antes.
- Por eso dejo a vuestra excelencia que haga lo que haya dicho el señor Arteaga. Además, excelentísimo señor, yo, puesta en lugar de vuestra excelencia dispersaría una Congregación por uno solo de los seis enormes cargos que se le hacen. Son de todo punto gravísimos y créame excelentísimo señor que me siento impotente para desvanecer esos cargos por tratarse de la persona del señor prefecto y mis ningunos derechos para ser creída. No hay remedio.
- ¿Y qué personas pueden informar al respecto?
- Los únicos testigos de que estas acusaciones son falsas y que me servirán delante de Dios, pero no delante de vuestra excelencia ni de la Santa Sede, son los padres carmelitas.

Con esto abrió los ojos como espantado, pero trató de serenarse pronto y me dijo: Bueno, vuelva mañana.

Así salí casi convencida del desastre de la Congregación; pero con una confianza secreta de que el remedio le llegaría por otro camino que no fuera una apología en las condiciones en que yo la estaba haciendo.

La hermana que me acompañaba me decía: No hay remedio Madre, es imposible convencer a este señor; la obra se va a pique.

Si juzgamos por lo que pasa, sí es irremediable; pero recuerde que Dios es rico en medios y que es dueño de la obra. Además, si no es de Dios yo misma la ayudo a destruir, porque no me tomaré tantas molestias por otra causa que no sea la que creo servir.

Suprimidos los salmos de media noche

De allí fui a hablar con el padre rector del colegio de San Bartolomé, que a la sazón era el reverendo padre Larrañaga, sobre lo que debía hacer. Este padre comenzó por felicitar me con estas palabras: La felicito porque eso mismo le pasó a San Ignacio y obra que así se combate es de Dios. Me parece que lo mejor es que vaya a tomar consejo del señor primado; aunque está tan ancianito, conserva vivas sus facultades intelectuales y es el mejor consejo que puede tomar.

Pues de contado, este santo prelado me oyó con suma paciencia y su consejo fue corto pero lo mejor: Dígame al excelentísimo señor nuncio cuanto tiene que decirle en favor de la obra, aunque vea claro que no le cree y déjele el resultado a Dios, con toda tranquilidad. Bendito sea mi Dios que habla por sus representantes.

Me presenté al excelentísimo señor nuncio, sin conocer a qué me había citado porque el asunto de las anotaciones parecía terminado. Desde el primer momento me dijo: Es la primera vez que leo íntegras unas Constituciones; siempre que me veo obligado a ello busco un canonista u otro competente para que las lea y me informe; pero las tuyas acabo de leerlas de pasta a pasta. Pero una cosa es escribir y otra cosa es cumplir; quien sabe lo que será la práctica.

Ponemos el mayor esmero en que esas Constituciones queden cumplidas, según nuestro leal saber y entender; pero no puedo responder de la perfección con que se cumplan porque ya sabe vuestra excelencia, que somos flacos.

Pues lo único que por lo pronto les veo corregible a las Constituciones me dijo, es eso de salmos penitenciales a la media noche, porque las que han trabajado mucho en el día o han estado fatigadas en las excursiones, tendrán mucho trabajo en cumplir. Le contesté que a éstas se les dispensaban los salmos; pero con mucha sabiduría me dijo: Ley que se dispensa mucho, se relaja; lo mejor es que los recen a otra hora.

Verdaderamente, padre, me pareció muy razonable la observación del señor Nuncio, pues varias veces había sentido que después de mi muerte iban a tener dificultades con eso y me inquietaba. Gracias a Dios con esta indicación quedaron suprimidos de la media noche y se rezan a otra hora.

Volvimos aquel día a lo de anotaciones y me concretó a que le dijera claramente lo que debía decir acerca de lo anotado por el señor Arteaga

pero que tuviera entendido que señor Arteaga era acreedor a toda la confianza y que la Santa Sede lo estimaba mucho.

Entonces le dije rotundamente de donde habían nacido las anotaciones. Le dije que eso le venía al señor prefecto de la influencia de los otros padres y que con el mayor respeto me atrevía a decir que todas, excepto la de las excursiones eran falsas, pero que no tenía cómo probárselo porque los únicos testigos de nuestra vida eran los indios y los padres.

Entonces me dijo que quiénes en Bogotá me conocían, y que por qué decía que yo era persona de mal nombre. Le contesté que porque de mí se habían dicho cosas muy malas. El me las hizo referir; pero sin aguardar a que acabara, me dijo:

- ¿Puedo preguntarle al señor Caycedo ?
- Pues el señor Caycedo le informará que yo tengo ideas liberales. Y le expliqué por qué.
- ¿Entonces quién la conoce?

Le dije que me conocía bien el general Pedro Nel Ospina, quien entonces era presidente de la República y también don Román Gómez que a la sazón estaba en el Congreso; pero que ellos me conocían menos que los padres Carmelitas. Frunció un poco el ceño y repuso: ¿Otros no la conocen?

Entonces le hice la lista de otras muchas personas que me conocían bien, pero ausentes. Le hablé del padre Elías, carmelita y de lo que él opinaba de la persecución de los padres no obstante ser sus hermanos; pero de esto no hizo caso alguno.

Salí pues, otra vez sin esperanza; pero sí con el precepto de escribirle todas las conversiones de infieles que había hecho la Congregación, todas con sus nombres y con los testigos que tenían. A esto último le dije que no me sería posible por haber sido muchas, pues que quizás eran miles. Me contestó que no importaba, salí resuelta a escribirle lo que pudiera.

Entrevista con el padre Villarroya

Al llegar a la casa de las Terciarias me encontré con Ana Raquel, la compañera, quien me dio razón del padre Ezequiel Villarroya de que fuera a verme con él, que me necesitaba con urgencia. Además, Ana Raquel, al oír lo que había pasado en la entrevista con el señor Nuncio aquel día, me

indicó que debía pedirle una carta a Pedro Nel; pero como al palacio presidencial es trabajoso presentarse a hora oportuna, convinimos en que íbamos a Chía, a vernos con Sor Concepción, religiosa salesiana hermana del general, de quien esperábamos el favor de introducirnos o de conseguimos directamente la carta informativa del señor presidente.

En primer lugar fuimos al reverendo padre Villarroya y... ¡Dios mío! ¡Qué sorpresa más agradable tuve al encontrarme de frente con un hombre todo de Dios, sin doblez ni diplomacia! Desde luego le noté un amor de Dios incondicional y una agudeza especial para distinguir y apreciar las almas que andan rectamente. ¡Qué descanso sentí y cómo alabé a Dios! Tantos días de apretura interior quedaron como ahogados en aquella amplitud de corazón del padre Villarroya.

Me dijo que me llamaba porque él había sido comisionado por el excelentísimo señor nuncio para examinar las Constituciones y que no quería hacer nada sin hablar antes conmigo; que él había tenido noticia de la Congregación en una correría que con otros padres, sus hermanos en religión, había hecho por el Chocó. Que habían visitado el Chamí y que los indios de aquella región todavía me recordaban; en fin, me manifestó la mucha simpatía que sentía por la Congregación.

Me mostró lo que pensaba informar acerca de las Constituciones y quiso, de acuerdo conmigo, sin que el señor nuncio lo supiera, determinar otras correcciones; pero en resumen sólo vino a corregirle en que en las excursiones, las hermanas no guardaran silencio entre sí, sino que se entretuvieran en buenas y santas conversaciones.

Este buen padre me llenó de fortaleza, aún sin indicármelo de un modo directo, porque su modo de hablar y de mirar las cosas la infundían. Me dijo que el señor nuncio parecía tenerle cariño a la obra pero naturalmente los asuntos de los padres lo tenían un poco confuso. En fin, en este padre encontré lo que entonces necesitaba en Bogotá: Consejo y fuerza. ¡Dios ha de pagarle!

Volví al señor nuncio otra vez y otras muchas; pero siempre al mismo asunto sin resolver nada. Parecía lleno de inquietud y del deseo de que llegáramos a ver clara la verdad porque no era posible que el señor Arteaga quedara mal y parece que sentía pena de condenar la obra. En fin echó por el camino de tomar informes acerca de mí y como yo ya había pedido los del general Ospina, tenía algún camino hecho.

Mientras le escribía al señor nuncio lo que me mandó, es decir, la historia de la Congregación, los prodigios obrados por Dios en ella, las conversiones, etc. recibía también sin cesar, visitas de personas que se interesaban por la Congregación; puede decirse que para escribir no disponía sino de algunos ratos de la noche, porque el día lo pasaba de sala en sala atendiendo a las gentes que querían se les hablara de la obra; parecía como que mientras de un lado quedaba como oprimida, quisiera Dios que el aire popular la levantara por otro. ¡Siempre la mano benéfica de la Providencia dejando ver su huella luminosa! Había días que apenas me dejaban respirar; mantenía tres salones llenos de gente que esperaban.

A todos les hablaba como si estuviera bañada en agua de rosas. Dios mío. La fuerza que entonces me diste fue increíble; el alma destrozada y el rostro lleno de alegría así me presentaba ante aquellas gentes que como movidas por un resorte desconocido, se presentaban a afanarse por la obra. El teléfono también me quitaba buenos ratos para atender a las invitaciones que me hacían, para que fuera a las casas religiosas a hablarles un poco a religiosas y a educandas. Era aquello como un maremagnum de ideas, dolores y atenciones.

La hermana que me acompañaba sufría y lloraba, sin alcanzar a pensar nada con acierto, la pobre; no estábamos solas sino mientras tomábamos el alimento y cuando ya tarde de la noche se retiraban las gentes y nos acostábamos a ver si podíamos dominar el frío para dormir un poco. Frecuentemente ocupaba esos momentos en esforzar a la pobre hermana que tenía la sensibilidad revuelta, aunque sabía bien ocultarlo de los de fuera.

Consoladora entrevista

¡Un consuelo tuve y no pequeño! Pero, padre de mi vida, sabe que tengo repugnancia siempre que voy a estampar la palabra consuelo. Ay, padre, ésta es sólo una palabra, una manera de decir que he hallado algo favorable, algo que ande por el camino que busco porque si he de decir verdad, ese descansito no merece el nombre de consuelo. ¡Ay! ¡El consuelo se lo daría a mi alma el que me dijeran que el imperio del pecado había terminado o que Dios era conocido y amado de todos! Entonces la palabra consuelo no fuera hueca, ni penosa para mi alma. ¡Entonces sabría yo ser feliz! Dios mío, ¿cuándo será eso? ¿Cuándo será que te veo fuera de los tiros del pecado? ¿Cuándo se realizará el orden en toda la extensión de vuestras creaciones y serás de todos amado y servido?

Conste pues, amado padre, que la palabra consuelo no es en mis labios más que un modo de decir, a semejanza de los demás; es una palabra hueca, mientras el Dios de mi alma no sea lo que debe ser en los corazones de los hombres, ¡ay! ¡y en el mío propio! ¿Qué dolor tener un amor tan lánguido!

Pues bien, lo que iba a referir y que llamé consuelo es una visita del padre Elías. Él estaba en Leiva, pero por razón de salud vino a Bogotá y fue a visitarme. Le hablé de mi situación en la nunciatura y me dijo: ¿Por qué no me ofrece a mí como conocedor de todo y de su interior? ¡Cosa admirable la entereza de este padre, siempre que se trató de defender la Congregación y mi persona, jamás respetó más que la obediencia a que estaba obligado! Dios le habrá recompensado. Le dije que ya que estaba en la ciudad lo haría y quedó tranquilo.

Cuando a los días, si no recuerdo mal, fuimos a corresponderle la visita a él y a los otros padres carmelitas que nos visitaron, porque aún no conocían los últimos pasos de nuestras dificultades con sus hermanos en Dabeiba, tuve oportunidad de hablar en el confesionario con el padre Elías y allí me dijo: Sepa que mis hermanos no quedarán tranquilos hasta que no estrellen la Congregación, pues por más que ven que es obra de Dios, ellos están ciegos. Pero desde que se fundó la prefectura de Urabá pensé y aún no he cambiado de ideas, que esa prefectura iba a ser el descrédito de mi Orden y se cumplirá, darán la nota negra mis hermanos. ¿Y por qué lo pensó así?, le repliqué. Pues porque ellos no se tranquilizarán hasta que no destruyan y estrellen la Congregación suya y como Dios la ama mucho, antes permitirá que ellos se estrellen y de allí vendrá el descrédito. Yo se lo he dicho una y mil veces y recuerde que alguna vez le prometí sufrir hasta persecuciones por sostener que esa obra y su espíritu son de Dios.

Sí, lo recuerdo Padre, le dije. Pues ya las he sufrido y aun las sufro; pero no me pregunte cómo ni cuáles. Sólo sé decirle que Dios sacará la Congregación de ésta en que la ha metido el prefecto y de todas las dificultades que el demonio le suscitará, pero pobres mis hermanos... Al decir esto se entristeció.

Luego le hablé de cómo había procurado la paz con el señor Arteaga y que había cumplido el consejo del mismo padre de franquearle el alma y someterme a su dirección. A esto el padre Elías me dijo con viveza y cierto ademán e indignación: eso es lo que el prefecto no cree; niega la lealtad de su alma. Este fue para mí grande sorpresa porque creo haber sido muy verídica y sencilla con él y además el me trataba como si creyera.

De todos modos, continuó el padre Elías, Dios la sacará, porque los hombres no pueden contra Dios; pero prepárese, porque tampoco ellos cejarán en su idea de derribarla. Además, crea que mientras más perseguida, más preferida de Dios y más gloria le darán, tanto usted como la Congregación. Yo no puedo hacer más que ir a hablar con el señor nuncio y decirle toda la verdad, pero como se trata de mi Orden no debo ir sino en caso de ser llamado porque entonces será, cosa de obediencia; pero si quiere ofrézcame. Otra cosa no haré porque mis condiciones como le digo son pésimas en el asunto, y por muchas cosas que no le diré ni debe preguntármelas; pero hoy como al principio soy de la Congregación y es por ella por la que he sufrido y sufro.

Con esto salí mucho más convencida de que Dios asistiría la Congregación, pues la certeza del padre, unida a la convicción de que jamás me llegó a decir nada que no saliera exactamente, me lo gritaban muy alto.

Al día siguiente le mandé una tarjetica al señor nuncio diciéndole que si quería llamara al padre Elías que podía darle informes muy exactos; pero me mandó decir que "como yo quisiera". Esto, pues, no podía ser argumento para presentarse el padre Elías y hube de desistir de la información de él.

Cuánto alumbra y serena la verdad

Mientras todas estas vueltas, la hermana Concepción Ospina, o quizás Elena la hija del general, me consiguieron la carta informativa de él y realmente, como la esperaba, me la dio el señor presidente. Mas, aquella noche sentí tal vergüenza de mí misma y de Dios, que entré como en un potro de tormento. Cómo puedo yo probar que soy buena, me decía, ni como puede el señor nuncio creerle a una mujer como yo? Entregar la carta del general Ospina me parecía mentir terriblemente a Dios. Esos informes son de lo que el general puede haberme conocido por encima y qué va a saber lo que soy verdaderamente? Me puse a repasar mis pecados y me parecieron más horribles que siempre; me sentí tan criminal y tan desvergonzada al pretender buscarle al señor nuncio quién le certificara mentira tan grande, es decir que dijera que yo era buena. No, me parecía un crimen; mejor era que se fuera a pique la Congregación, que seguir buscando quién engañara al señor nuncio diciéndole que yo era buena. Me veía y sentía tan criminal y tan odiosa que aquella noche hubiera querido que me tragara la tierra, antes que recibir ninguna señal de estimación de nadie. Sufrí y lloré aquella noche como pocas veces lo había hecho. Dios

mío, que odiosa me vi aquella noche! Cómo sentía verdadera náusea de eso de ser estimada y atendida!

Muy al amanecer, después de aquella agonía, formé la resolución de no presentar la carta del general Ospina en la Nunciatura e ir a hablarle con la mayor franqueza al señor nuncio, diciéndole que, pues era verdad que yo no era buena, no le exigía ya que me creyera y para que se convenciera que de verdad yo era mala, me hiciera la caridad de oírme una confesión general en el confesionario y así saldría él de dudas.

¡Dios mío! ¡Cuánto alumbra y serena la verdad! Con esta resolución quedé tranquila y resuelta a que sucediera lo que Dios quisiera; pero que de todos modos el superior quedara en la verdad. Me puse ya tranquila a hacer la preparación necesaria para la confesión general que proyectaba y me sentía como iluminada acerca de mi maldad; pero con el alma en tal paz que ni sentía sueño después de aquella noche de tanto sufrimiento. Dios mío, ¡qué a tiempo viene siempre tu verdad a iluminarme! Que firme es la verdad y que inquietud se siente fuera de ella! ¡Es que Tú eres la Verdad y solo en Ti es firme el hombre!

Qué tonta fui cuando pensé que con informes de quienes sólo conocen la corteza exterior de mi persona, podía el señor nuncio quedar en la verdad. Dios mío! alumbrame siempre así como aquella noche feliz!

Muy de mañana me levanté y le dije a la hermana Trinidad, con mucha alegría: Yo resolví el problema; todo está, en que no engañe al superior. Hoy voy y hago una confesión general con el señor nuncio y así se convencerá de que soy mala y saldrá de dudas, sabiendo a qué atenerse él y yo no seguiré en la falsísima posición de convencer a un superior de que soy buena, cosa que no conseguiría en toda una larga vida, porque los superiores tienen luces y no se dejan engañar fácilmente.

La hermana abría los ojos como si despertara: ¿Qué es lo que dice Madre?

Pues eso que ha oído hija de mi vida; voy a hacer confesión general con el señor nuncio y así no tenemos que seguir buscando testigos de una falsedad, cual es la de que yo soy buena. Así como a Dios no lo engaño, tampoco engañaré a su representante. El señor nuncio es como el Papa en el asunto, ¿y saldré yo como Ananías y Safira engañando al Espíritu Santo, al presentar una carta del General Ospina? ¡Eso jamás! Seré verídica y que se acabe la Congregación! Además, obra que para defenderse necesita una prueba tal, es mejor que se acabe.

Por más que la hermana me hizo reflexiones, nada adelanté; mi paz, la calma que mi alma sentía, me hacía ver que Dios estaba conmigo y que porque buscaba el camino de la verdad, me guiaría siempre.

Pero cabe una explicación, padre: A cualquiera se le ocurrirá que yo estaba viendo en lo falso lo verdadero o que reconocí en mi alma las faltas de que el señor prefecto me había acusado. Pues no, padre. Muy claro veía ser ellas falsas y aun reconocía que provenían de fuentes apasionadas y llenas de errores; sabía de dónde las había tomado el señor Arteaga y no podía quedarme duda del apasionamiento y la mentira. Tampoco veía lo falso como verdadero porque, aunque vista con ojos humanos o mejor dicho con la luz humana mi conciencia, no presentaba las deformidades de que hablo porque verdaderamente el Señor me asistió desde la niñez y me libró de los grandes pecados en que hubiera caído irremisiblemente sin su gracia especial; pero la luz divina de aquella noche me mostró muy claro ese fondo malo, esa potencia para el pecado, esa impotencia para lo bueno y esa desconcertadora oscuridad que el alma tiene en sí misma, desde la caída original, acrecentando todo con mis pecados que si por misericordia de Dios no han sido mayores, sí son los que entrañan mayor ingratitud.

Total que aquella suprema luz que creo muy semejante a la que tendrán las almas al presentarse, en el momento de expirar, delante del esplendor de Dios, me mostró la suprema verdad de mi miseria desnuda. Decía y sentía, pues, la verdad. ¿No es verdad padre mío?

Recordaba yo haber visto en un museo unos animalitos monstruosos, conservados en frascos llenos de alcohol y que se conservan allí por años y años, y me decía: Estos animalitos tienen tal tendencia a corromperse que han tenido que dejarlos entre alcohol y si de él los sacaran, al momento se pondrían insufribles. Pues así veía mi alma, conservada por una gracia especial y si de ella saliera o si ella se me apartara, al momento estaría buena sólo para tizón del infierno.

Pero hay más: Aquellos animalitos, a pesar de estar conservados por el alcohol, son siempre fastidiosos y nadie quisiera ponerles ni la punta del dedo, y su gran corruptibilidad contenida por alcohol y todo, siempre va presentando ciertas manchitas y ciertas arrugas que denuncian bien lo que son esos animalejos. Pues así veía mi alma: Aunque preservada por la gracia, de grandes pecados, ha presentado a los divinos ojos imperfecciones y cosas que bien denuncian lo que soy y lo que fuera sin esa gracia

misericordiosa. Sin pasar por las purificaciones de la tierra o del purgatorio, no se atreviera ningún ángel a cogerme sin bascas.

Creo que con esta comparación, padre mío, dejo un poco menos oscura mi situación de aquella noche y la luz extraordinaria que el Señor me dio, para que dejara de estar buscando quién probara una falsedad y dejara al señor nuncio, su representante, en la verdad.

Con razón algunos santos han creído morirse, al ver con esta misteriosa luz, sus propias almas.

Pues de contado me presenté a la nunciatura, llena de paz y dije al excelentísimo señor que era mejor que no buscáramos mas testigos de lo que no existía; que ni en cien años lograría yo probarle que era buena y que para probarle que era mala bastaba que me atendiera una confesión general para que quedara en la verdad y viera que la Congregación no estribaba en mí, ni ninguna virtud mía podía atraer las bendiciones de Dios sobre ella. Y agregué: Por eso me dejé de buscar cartas y recomendadores que le dirían sólo lo que el mundo ve por de fuera y sería un engaño.

Con esto su excelencia se rió y no volvió a decirme nada de los cargos; pero tampoco una palabra tranquilizadora. Un mes entero estuve en Bogotá en aquella ocasión y muy pocos días fueron los en que no me presentara a la Nunciatura; y algunos días fui dos veces, por indicación y mandato de su excelencia.

Me hizo dejarle copia de las Constituciones, relación de algunas conversiones especiales por medio de la Congregación y un apunte de las obras prodigiosas que Dios hizo para autorizar nuestra pequeñita Obra. Todo lo recibió sin decirme una palabra; sin tranquilizarme ni declararse enteramente en contra. Me atendió en el confesonario una vez y aún en él no me dio ninguna palabra que me indicara que quedaba tranquilo, sí noté que después fue un poco más atento. Debo también confesar que jamás fue desatento, ni siquiera en los días en que me reñía y parecía perdida la causa de la Congregación ante él. Siempre atento y aun amable la mayor parte de las veces.

Aspirante a misionera

Un día, al subir a un tranvía, se interpuso una señorita y tomando por un brazo a Ana Raquel que me acompañaba, le impidió subir oportunamente al tranvía porque como loca la impelía a que le dijera quiénes éramos y

demás referencias que de nosotras pudiera darle; pero lo hacía con tal vehemencia que la creíamos loca. Raquel le contestó que podía encontrarnos en las Terciarias Dominicanas y se deshizo de ella para poder subir al tranvía.

Tan luego como vinimos a las Terciarias, apareció la niña y sin preámbulos dijo: Desde que las vi no tengo vida, no he vuelto a pensar más que en ustedes y yo tengo que irme con ustedes para donde vivan y hacer lo que hagan. Yo tengo que ser una de ustedes... No hay remedio si no que me voy con ustedes...

Asombradas quedamos al ver la aparente locura de esta improvisada vocación; mas, expresaba sus ideas con tal sencillez que resolvimos atenderla. Entramos en el examen de lo que era ella, antes de decirle lo que éramos nosotras. Resultó que se llamaba Paulina Perdomo, natural de Bogotá, hija de padres pobres pero honorables, que acababa sus estudios con las Hermanas de La Presentación, en cuya comunidad hubiera hallado muy buena acogida, si hubiera sentido inclinación por ella. Además, era amiga y conocedora de muchas otras comunidades y decía que sentía vocación religiosa, pero que no para las que conocía, que al vernos en el tranvía había sentido tal cosa en su alma que ya no volvería a tener calma, si no nos seguía.

Comencé enseguida a pintarle nuestra vida misionera con los colores más vivos posibles; le puse de presente sólo nuestro sacrificio, la decisión que se necesitaba para estar asida a una cruz tan pesada, durante toda la vida y en fin, le dije que si no tenía la dote no sería posible que realizara su proyecto. De otros modos traté de desanimarla. Todo fue inútil, porque mientras más duro le mostraba nuestra cruz, más resuelta y afanosa se mostraba.

Aún sin darle una respuesta afirmativa, ya la pobre niña se dio a la tarea de pedir entre sus amigos y conocidos la dote. Fue a entenderse con el señor Perdomo obispo auxiliar entonces del señor primado, pues como obispo y como primo, pensaba ella que la protegía. Consiguió la pobre bien poca cosa, pues el señor Perdomo estaba apenas medio instalándose en Bogotá y disponía de pocos recursos, y además, no tenía por qué darle mucha importancia a la cosa de la niña, así tan repentina y por decirlo así, tan loca.

Pero la fe de aquella criatura no faltaba. ¿Por qué pide? le decía yo, si no le he dicho que la llevo? Es que sí me lleva, me contestaba. De todos

modos me tengo que ir, yo no consulto porque sé que Dios me llama y que sólo en su comunidad encontraré la paz que perdí al verlas en el tranvía! No me quedaba ya duda: Dios estaba en esa alma y la llamaba con apremiante y casi asfixiante voz.

Pasaba días enteros sin comer, por aprovecharles la hora oportuna a los que ella creía que podrían darle para su dote y viaje; pobrecita, jadeante llegó varias veces después de caminar desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, sin haber conseguido un centavo; pero alegre y llena de la esperanza de que al día siguiente hallaría quién la protegiera. ¡Era esperar contra toda esperanza!

Su familia la buscaba y la reñía, pero parecía que no oía, no tenía más pensamiento ni más vida.

Como esto pasaba en los días en que todavía visitaba al señor Nuncio, le consulté lo que debía hacer con esa vocación tan rara y tan resuelta. Me dijo sin dudar: De ningún modo le permito llevar de aquí a nadie por más que sea vocación segura o insegura, es imprudente.

El ademán con que me decía esto, revelaba la convicción en que estaba de que la Congregación no merecía la confianza de nadie y que se destruiría. Le obedecía y tan pronto como vi a la señorita, le dije que dejara sus arreglos que, por lo pronto, el señor nuncio no me permitía recibir a nadie. Esta pobre niña me oyó como quien dice: Por eso no tenga usted cuidado y salió.

Al día siguiente me dijo: Mire, ya arreglé la cosa con su excelencia y no solamente le manda decir que me lleve, sino que le recuerde mandarme con usted algo con que quiere ayudarme al viaje! Oh milagro de una niña ardorosa, llena de un llamamiento fervoroso y correspondido como el de un San Pedro!

La niña continuó sus correrías inútiles o casi inútiles, pues después de recorrerse a Bogotá varias veces, de acabar el único calzadito que tenía, de mortificar a los suyos, de desgastar su salud con ayunos sin cuento por las distancias, y la vanas promesas de muchos, apenas había recogido algunos pocos pesos que no le daban ni la mitad del viaje. Sin embargo, la pobre niña no se desanimaba ni se espantaba cuando se le decía cuánto era lo que necesitaba para ingresar a la comunidad. Parecía que lo tuviera todo en caja.

Ya para venirnos le dije: Mire, como no ha recogido lo necesario para el viaje, debe quedarse. Muy campante y sin asustarse me miró y me dijo:

Yo, en las partes que son ferrocarril me pondré en uno de los planchones de carga y estoy cierta de que no me cobrarán nada y si usted no me lleva, me iré así detrás, de modo que viéndome ya en Antioquia, Dios le inspirará que no me rechace. ¡Era indomable la joven en su fervoroso deseo! No dormía porque las noches las pasaba ideando las puertas a que debía llamar al día siguiente en busca del bien que pedía, para muchas veces, ¡ay! no encontrar sino una mirada de desprecio!

De todos modos la caridad se imponía: Era preciso traerla aún sin lo necesario para el viaje! Así se hizo y hoy, después de cinco años, es una misionera fervorosa que gana almas en la región del Vaupés y supera dificultades como entonces, más hoy parada en el terreno firme de su profesión religiosa! Bendito sea mi Dios por estas maravillosas vocaciones que suscita en pleno mundo, en medio de clases sociales que se engolosinan en el placer y en el lujo.

Me presenté de nuevo a la nunciatura, un tanto desconfiada de los recados que me había mandado su excelencia con la señorita Perdomo. Fui recibida con la misma atención y en esta vez tampoco recibí palabra consoladora pero sí me dijo que trajera la señorita Perdomo y me entregó para ella unos 50 pesos en monedas de oro. Por supuesto que todo esto me indicaba que él no estaba tan adverso cuando daba tal licencia y hacía una erogación, que aunque pequeña, algo significaba.

Al día siguiente se presentaron a pedir puesto en la Congregación otras dos señoritas de apellido Fandiño. Les manifesté que no tenía licencia del señor Nuncio para recibir aspirantes en Bogotá. Ellas ofrecieron ir a verse con él y efectivamente lo hicieron y lograron la licencia.

Naturalmente cada una de estas señoritas aunque nada decía muy claro, eran mis consuelos.

Se despertó interés por la obra misionera

Mientras mis gestiones en la Nunciatura, pasaba en la ciudad una cosa especial, no se si aguzados por la amiga Teresa Uribe, o si por la extrañeza que causó nuestro hábito azul y blanco, lo cierto es que se despertó un interés sumo por la obra de las misioneras. Los periódicos algo decían para alimentar aquel entusiasmo y constantemente se presentaban grupos de personas interesantes a visitarnos y a averiguar todo lo de la obra y de la Congregación.

Todas las horas del día y las primeras de la noche que no ocupaba en asuntos de la nunciatura, las pasaba en la sala y a veces había tres salones repletos de gentes esperándome. Puede decirse que pasaba en una sola y continua conferencia sobre Misiones. Hasta en las horas de comer me veía en dificultades para despachar la gente y a veces tenía que comer rodeada de personas que prevaliéndose de alguna confianza que me tenían o que tenían a las hermanas Terciarias, rodeaban nuestra mesa. A tal punto llegó la cosa, que las hermanas tuvieron que quebrantar algunas de sus costumbres respecto a la portería, para atender a los que llegaban.

Sólo Dios sabe la fuerza que me dio, para que teniendo el alma en prensa por los asuntos de la nunciatura y cuidados de la pobre Congregación en manos de enemigos tan encarnizados y de cuyas depredaciones recibía frecuentemente noticias, pudiera yo hacer alguna buena cara y sonreír siempre a las gentes, a la vez que complacerlas en sus exigencias justas y a veces también, impertinentes, ¿por qué no decirlo?

Sin embargo, la asistencia de Dios fue tal, que pude atender a todo y no dejar comprender a la culta sociedad bogotana las angustias por las que pasaba mi alma, ni tampoco los peligros a que estaba expuesta la celebrada Congregación.

Todos querían ayudar y se enteraban con verdadera intención de ser útiles en algo; pero con ninguno me ligaba la confianza necesaria para poder desahogar un poco mi alma. Todos eran tan extraños y aun los sacerdotes con quienes trataba que eran los Jesuitas Larrañaga y David, se mostraban como quien trata con un alma de palo o con un corazón de bronce, que no siente nada. Aunque me oprimía, sofocaba la opresión porque ni tiempo para orar y dedicarme a Dios siquiera algunos instantes me quedaba. Sin embargo, bendito el Señor que a todo provee; no me faltó fuerza y serenidad para nada. ¡Cualquiera hubiera dicho al verme el semblante, que nadaba en delicias!

Ay! dulce Jesús del alma! delicias son las que das cuando nos colmas de dolor! Que apriete la pena, me decía a mí misma, en los instantes en los que me dirigía de una sala a otra para reanudar conferencia comenzada o repetir la que acababa de hacer y que ya me tenía sin fuerzas; que arrecie la pena, que no me robará a mi Dios, porque en ella lo encuentro; sí, en las penas, en los dolores, está Jesús mío, el secreto de hallarte; está la paz del amor, el reposo del abandono! Sin sufrir qué oscura es la vida y qué insípido el trabajo! No me faltes nunca Dios del alma con el venturoso dolor que

sabe hacer el alma ligera como un balsa, para ir nadando por encima de las cosas humanas!

La hermana que me acompañaba, lejos de servirme, era otro motivo de pena porque la pobre es nerviosa y naturalmente no experimentada en tales cosas, le parecía que aquello iba a parar en tragedia, y que la Congregación fracasaría. Debía empeñarme en calmarla y en ver que no se diera a sus aprehensiones. Por fortuna es dócil y conseguí fácilmente calmarla.

A la vez que era esta la vida por de fuera, recibía recados de mucha instancia, de las casas religiosas, comprometiéndome a visitarlas y a darles algunos datos acerca de misiones, poniéndome por delante el halago de que sus discípulas se formarían mejor idea de la necesidad de ayudar a las misiones y que aun, resultarían vocaciones. Con semejante incentivo ya puede colegir mi buen padre, cómo tomaría yo a pecho el complacerlas.

Comencé como quien dice una serie de conferencias de casa en casa religiosa y verdaderamente daba gusto, el ver cómo atendían esas niñas y sus celosas maestras. Sin duda ninguna que Dios habrá hecho germinar esa semillita y esas niñas de entonces, jóvenes de hoy, serán protectoras de las misiones y las que sostienen el movimiento misional en aquella ciudad; además, tengo mucho por qué juzgar que a nuestra pequeña Congregación también le han venido algunas ventajas del entusiasmo y fervor de aquellas personas. ¡Sea Dios bendito!

Conferencia en el Cinerama

Naturalmente, de esto surgió que también las personas que no formaban en esas colectividades quisieran conocer algo de la obra y la manera como podían ayudar a las misiones.

Algunas señoras me propusieron que hiciera algunas conferencias públicas para que todos los que no se habían atrevido a visitarme por la aglomeración de gente que se me había formado al rededor, conocieran la empresa. Qué duro me era todo esto, padre mío; mas se trataba, según me hacían reflexionar las mismas señoras, de algo que conducía a la mayor gloria de Dios y mi alma es incapaz de negar nada a este respecto, pues misericordiosamente el Señor me ha hecho muy sensible a ello. De modo que, aunque hubiera sabido de cierto que me ponía en ridículo, hubiera accedido a las indicaciones de las señoras, sólo porque me lo pedían en nombre de la mayor gloria de Dios. Aunque eso era lo que invocaban delante de mí, yo sí pude advertir que entraba en mucho la gloria de la

patria; pero como este sentimiento humano es uno de los que Dios bendice y además estas buenas señoras lo tomaban de la mejor parte, no fue obstáculo para que yo, por encima de todo, accediera; pero, dejo aquí constancia de ello, por pura gloria de Dios! Ya sabe padre mío, que ni la familia ni la patria ni nada mueve tanto para el sacrificio como el sentimiento de la mayor gloria de Dios.

Hay sacrificios tan grandes que sólo ese motivo puede llevar a uno a ellos. Éste para mí ha sido, sin duda, el mayor que he hecho en mi vida. Presentarse ante un público selecto, una mujercita campesina, extraña a todo lo del medio en que se encuentra, a perorar sin saber, y sobre todo cuando no lo ha hecho ni siendo niña... y habiendo tenido toda la vida repugnancia casi invencible a aparecer y relumbrar en ningún sentido, es cosa muy seria, padre mío. Tanto que aunque muchas veces, cuando me asistía fervor especial, me ponía a preguntarme qué sacrificio me podía pedir Dios que yo no se lo hiciera al punto, se me agolpaban mil y entre otros, el salir medio desnuda por las calles azotándome, o el publicar mis pecados en las calles y plazas públicas. A todos le decía a Dios: Sí Señor, a nada diré que no. Pero debo confesarlo: Este de presentarme a perorar ante un público como el de Bogotá, no se me ocurrió jamás y cuando se me presentó lo vi mayor, mucho más que los que había imaginado.

Accedí pues con las señoras a hacerles una hablada, como la llamaban ellas para no asustarme con la palabra conferencia; pero puse la condición de que sólo fueran señoras las que me oyeran. Cumplieron religiosamente el compromiso y sólo hubo señoras dignísimas y cultísimas. Sin embargo, cuando se comenzaba, se presentó en el sitio un señor, que por encima de todas las oposiciones quería oír algo de los indios. Era este el señor Diego Mendoza, persona ya relacionada con la obra por alguna correspondencia de doña María Pérez, su señora. Esta condición hizo para mí menos penosa su presencia. Tenía la seguridad de que dicho señor era guiado por un interés verdadero y que sería bondadoso con la pobre que se exhibía por primera vez. Esta hablada la hice con licencia del señor Perdomo y conocimiento del señor Nuncio.

Como el auditorio estaba tan bondadosamente preparado, pues no se les ocultaba quién era la que estaba en el martinete. Gracias a eso, quedaron muy satisfechas y con la empresa de que se hiciera una para toda clase de personas, invitando especialmente a los periodistas. Cuando oí la propuesta, casi me pareció insensata y no hice caso ninguno. Creí haber agotado ya la capacidad de sacrificio. ¡Ojalá...!

Dos días después, cuando acababa de recorrer los colegios y atender a las invitaciones de varias personas, recibo un recado de mi señora Elisa Sordo de Ancizar, diciéndome que de acuerdo con el excelentísimo señor nuncio, había resuelto la Liga de Damas, que yo diera una conferencia pública en el Cinerama y que el nuncio me lo ordenaba. Me decía de la fecha precisa en que había de hacerla, porque tendrían que poner invitaciones en los periódicos y que además, había de ser el día en que el señor nuncio pudiera asistir; que invitarían mucho clero. ¡Dios mío! me dije, y no acertaba a pensar otra cosa sino que debía ser alguna broma de persona muy pesada por cierto.

La hermana, mi compañera, más angustiada que yo, lloraba y sufría. Contesté a la señora de Ancizar que no tenía conocimiento de la determinación del excelentísimo señor y que debía ser aquello alguna equivocación, puesto que no era cuerdo eso de poner un público respetable en semejante cosa. Con esta respuesta me serené un poco, porque creí que, verdaderamente, las señoras de la Liga reflexionarían sobre lo ridículo de la cosa y no volverían a inquietarme. La hermana también se sosegó un poco y esperamos.

No tardó en llegar nuevo emisario con recado de que ya estaban los avisos en los periódicos y que no había remedio! Todavía me quedaba un recurso que a la vez se me volvía asunto de conciencia y consistía en hacerle conocer al señor nuncio lo que yo era; es decir que era una campesina ignorante y que era del todo incapaz de hablar a un público ilustrado y respetable como el de Bogotá. Para esto comisioné a Ana Raquel Isaza y a otras señoras antioqueñas que, con verdadero conocimiento de la cosa pudieran asegurarle al señor nuncio lo peligroso del paso que daban las señoras sin conocerme. Ellas, se comprometieron a llevar el recado de mi parte al señor nuncio y a asegurarle de su parte, que era verdadera mi incapacidad y poner todo empeño porque la entendiera.

Ellas de muy buena voluntad lo hicieron y sin duda pusieron todo el empeño en llenar convenientemente su comisión; pero el señor nuncio, plantado en su punto, mandó textualmente esta razón: No la excuso de esa obediencia porque yo no la pongo a hablar, ni la necesito para dar ejercicios, ni para enseñar filosofía, ni para predicarle a nadie, sino que necesitamos todos, que con la sencillez que la caracteriza, nos hable de los pobres hermanos nuestros que viven en las selvas y que nos diga cómo podemos ayudarlos en algo. Que hable con toda libertad, de sus hijas, de su obra y de todo lo que pueda darnos idea de lo que son las misiones salvajes o entre salvajes.

Con este recado ya sí no tuve duda de que tenía que presentarme al Cinerama y hablar. Pero me tranquilicé porque ya vi que el precepto del señor nuncio no era irónico como pude creerlo al principio y además, me llevaba alguna idea de que ante su criterio, la Congregación no andaba tan mal, puesto que quería hacerla conocer en Bogotá.

Ya pues con esta, eran dos prendas que me daba de que las acusaciones no estaban muy seguras en su mente. Por otra parte, no tenía miedo de quedar mal sino de hacerlo quedar mal a él y a las señoras; pero una vez que con la mayor honradez hice conocer las cosas, no tuve cuidado. Digo que no tenía miedo de quedar mal, porque verdaderamente, sólo quedan mal aquellos de quienes el público espera algo de fondo y sustancia; pero de mí, qué iba a esperar el público sensato de Bogotá? Todos sabían que yo no sé nada y que por obediencia iba a hablarles. De todos modos quedarían bien, porque si hablaba mal, estaba bien que resultara lo que todos esperaban y si decía algo que sirviera, les parecería muy raro y bueno; por consiguiente, mi condición era siempre favorable.

Me apresté pues a cumplir mi penosa obediencia, alegre de poderle mostrar a Dios que a nada le diría que no, y dispuesta a quedar mal o bien, pues todo era lo mismo. Excusado es decir, padre, que no me preparé porque al querer hacerlo sentía impotencia absoluta y no podía acertar a pensar en el tema concreto que había de servirme. De todos modos le dejé a Dios el hacerme decir algo, si era esa su voluntad y quedé tranquila, entregada como siempre al visiteo que entonces, más que siempre me reclamaba y a personas que no podía desatender.

De tal modo era la cosa, que si hubiera querido prepararme no habría tenido cinco minutos para hacerlo, ni el cansancio cerebral me lo hubiera permitido. Un poco de escrúpulo tuve de no hacer diligencia alguna para prepararme, pero como Dios provee a todo lo de aquellos que le sirven y está en acecho de sus menores necesidades para suplirlas, fui al reverendo padre Ezequiel Villarroya a cualquier consulta que no recuerdo, respecto a los asuntos con la nunciatura y, ocasionalmente, le dije que no podía prepararme ni me afanaba en ello, a lo cual el padre me respondió que hacía muy bien y que esperara que el Señor en quien confiaba, me iluminaría en la tribuna misma lo que convenía que dijera. Que si fueran otras las circunstancias era una temeridad subirse a la tribuna así sin hacer algún aparato de preparación; pero que en las mías, era lo mejor. Claro que esto me tranquilizó del todo. Hasta en estas majaderías se ve padre mío, el cuidado que Dios tiene de atender a los suyos! Bendito sea para siempre!

Durante las noches que siguieron a esto, la hermana Trinidad no dormía y si lo hacía era con un sueño pesado y llorando durante él. ¿Qué tiene?, le decía algunas veces. Pues qué he de tener, me respondía, sino que no puedo con la composición de lugar que hago de vuestra reverencia en una tribuna y el excelentísimo señor nuncio y tantos sacerdotes y gente al frente escuchándola!

¡Pobre hermana! Todavía no sabía que quedar mal, también es amar a Dios y saberse sacrificar por él! Trabajo me daba calmarla y hacerle ver que el caso era sólo un pequeño accidente de la vida que pasaría como todo en ella. Verdaderamente ni la hermana ni esta servidora, podíamos ilusionarnos con que de la cosa y sacrificio pudiera salir nada bueno; pero la pobre hermana no entendía aún lo que es una obediencia que va hasta donde no se ha pensado. Muchas veces me ha pasado preguntarme qué cosa me exigiera Dios que yo le negara y aunque se me habían presentado muchas y duras, según he dicho antes, si mal no recuerdo, me convencía de que todo, todo se lo daría; pero esta si me parecía mayor que todas las que mi imaginación había sabido mostrarme. La hermana por el contrario, jamás se le había ocurrido ejercitarse en obediencia, de esta manera y así se explica su sorpresa.

Ya en otras virtudes me ha pasado, padre, parecido: Ejercitarme en ellas así con la sola voluntad, respecto a cosas que quizás jamás sucederán y suponiéndolas, doblegar la voluntad a ellas, creyendo que jamás lo tendré que hacer en la práctica. Pues algún tiempo después me ha dado Dios manera de llevar a los hechos mi resolución y voluntad decidida. No sé si me habré hecho entender en esto, padre mío, pero sé que si las almas acostumbraían este ejercicio de algunas virtudes, tal vez no las sorprenderían los casos excepcionales que suelen ocurrir.

Por ejemplo, algunas veces he supuesto que Dios me hubiera querido casada con un hombre feroz y perverso que volviera la vida todo un retablo de dolor y dificultad. Pues me empeño en aceptar aquello que jamás vendrá, pero en lo cual la virtud de la paciencia y otras, podría ganar mucho y glorificar a Dios de modo muy especial. Hago actos de la voluntad aceptando aquello por amor de Dios y siento tranquilidad y paz especiales. Así supongo otros estados de vida a que pude ser llamada y los acepto con todas las dificultades, por amor de Dios y aun siento que este ejercicio fortalece mi amor y creo que agrada a nuestro Señor.

Como lo ve, padre mío, en el caso de mi arenga en Bogotá, me sirvió mucho el haber estado dispuesta a superarlo todo por cumplir la voluntad

de Dios y el haber ejercitado la voluntad en plegarse a lo difícilísimo. Y esto, quién no lo aprende si estudia un poco la pasión y muerte de Nuestro Señor? Esa es la escuela en donde se aprende a amar, abrazando todas las penalidades, humillaciones y dolores. No hay duda que a los santos, ni el martirio los ha cogido desprevenidos, porque se han hecho antes muy amigos del gran Mártir y han abrazado con su voluntad todos sus dolores, afrentas y humillaciones! Qué ejercicio tan útil a las almas es éste.

Pues bien, cuando se presentó el vehículo que había de conducirme al Cinerama, es decir al edificio destinado para representaciones públicas, estaba con un poco de fiebre, causada por una gripa fuerte que también me hacía temer por la voz. La hermana quiso o me suplicó que me excusara con este pretexto, justo por otra parte, puesto que el clima de Bogotá es fríisimo y peligroso para las gripas; mas, la hice callar porque como todo se lo había encargado a Dios, también en lo de salud me sacaría bien. Salí pues en dirección al Cinerama como si fuera a asistir a lo que otro hablara. Dios mío, qué bien sostuviste mis nervios, cuando pude mostrar tal serenidad, sobre todo al entrar a aquel sitio y verlo repleto de auditorio sin que pudiera haber una persona más.

Hicieron que me refrescara un momento antes de subir a la tribuna, y entre tanto la pobre hermana temblaba y lloraba sin dejar por supuesto, de rezar para conseguirme las luces del Espíritu Santo. Por fin, unos caballeros vinieron a conducirme a la tribuna y como mi volumen ya no era fácil de manejar, bien me sirvieron para subir aquellas gradas.

Perdóneme padre que refiera estas cosas de modo tan minucioso, en atención a que deseo que en todas estas circunstancias se conozca la manera delicada como saca Dios a mi alma de los pasos duros de la vida y la manera como ha hecho de mi alma una especie de roca fija en su santa voluntad.

Pues bien: una vez llegada a la tribuna, mi serenidad fue más completa. No había visto sacerdotes en el auditorio y eso me alegraba; pero al mirar todo el edificio desde la altura de la tribuna, topé muy de frente con las miradas de un grupo de sacerdotes, que muy picarescamente me miraban y se aprestaban a oír lo que dijera, en un ademán de quien dice: ¡Aquí nos la sacamos nosotros oyendo disparatar a esta mujercita! Dios mío, qué bribonas se veían aquellas miradas! No niego que en ellas hubiera simpatía porque eran sacerdotes de mucho celo; pero... Dios mío! sabían muy bien quién era la que iba a hablar y me veían desde una altura de ciencia y de virtud que yo no podía medir! En fin, en todos observé una atención

simpática y caritativa como la de los abuelos, que escuchan la arenga de su nietecito que pretende remedar, fingiéndose muy grave, al orador de un veinte de Julio.

El tope de mis ojos con los sacerdotes, lo que yo no esperaba, me hubiera asustado si hubiera habido tiempo; pero ya no lo había y seguí serena esperando el silencio y quietud del auditorio, que al verme subir a la tribuna, sin duda asustado de mi voluminosa humanidad, se movió en masa como para componerse y escuchar.

Gracias a Dios que al entrar al Cinerama, una señora me dijo que el excelentísimo señor Nuncio había tenido a última hora inconveniente para ir, pero que había enviado a decir que le conservaran su puesto porque a cualquier momento podía entrar, aunque estuviera ya comenzada la conferencia. Sin duda esa fue la causa de mi mayor tranquilidad; la presencia de él no me hubiera dejado tan serena, seguramente, porque además del respeto, le tenía un poco de miedo. Y cómo no tenersele, cuando la experiencia de tantas conferencias con él, me dejaba mucho qué dudar de que me oyera con la buena voluntad que animaba a los demás oyentes?

Por fin, después de una mirada que me impuso del grupo de oyentes y de su interés, comencé a hablar. Como nada llevaba preparado, no puedo decir tampoco lo que dije. Sólo sé, que cuando ya me pareció que la cosa iba larga, dejé de hablar y que durante mi perorata no se movía nadie y que sólo de cuando en cuando celebraban algunas expresiones con gesto muy simpático y muy de paso, como por no perder ni una palabra.

Al bajar me encontré con la multitud de personas que querían felicitar-me, porque acabé, me parece a mí que sería. Pero ellos entusiasmados decían que todo había estado bueno. Entre los felicitantes estaban algunos sacerdotes, quienes me dijeron que había hablado setenta minutos. Los hice reír hablándoles de la picardía con que me miraban.

Esto fue viernes en la noche y salí para ir a disponer mi viaje a Antioquia, al día siguiente muy temprano. Muchos rumores oí al salir, de que se preparaban a pedirme nueva conferencia para la semana siguiente. Pero ya no tuvieron a quién. ¡Gracias a mi Dios, y que todo sea para su mayor gloria!

Regreso a Antioquia

Creo que mi viaje en esta vez, a pesar de tantas dificultades y quizás a causa de ellas mismas, fue fructuoso para la Congregación y para la causa

de las misiones. Esto me asombra no poco: ¡Cómo es que Dios se vale de una mujerzuela para cosa de su gloria!

Salimos de Bogotá con tres postulantes que habían recibido la aprobación del señor. nuncio y la señorita Perdomo recibió además de él, una buena ayuda para su dote. Esto y lo de la conferencia, fueron las únicas prendas que llevaban a creer que no creía muy descaminada la Congregación.

En una de las visitas a la casa de los jesuitas conocí al padre Campoamor de quien muchas cosas sabía por el reverendo padre Arteaga. A este padre le había pedido las niñas que tenía en el Golfo. Mucha sorpresa tuve cuando él con un desagrado grande me dijo: Yo no di mi consentimiento para que se fueran estas muchachas; esa empresa del señor Arteaga no tiene plan de salir. Al pedir esas niñas que yo tenía en una casa de agricultura aquí, me dijo que eran para reemplazar a las misioneras de la Madre Laura porque con ellas tenía algunas diferencias; pero yo no le pregunté cuáles; sólo sé que no di mi consentimiento y que se fueron sin él; que les he negado la bendición cuando me la han pedido en carta.

Noté pues que estaba muy disgustado el padre; pero la gran noticia que me dio, fue lo de que el señor Arteaga las había llevado al Golfo para reemplazar a las misioneras. A mí me había comunicado, cuando las llevaba, que era sólo como sirvientas para ellos y para las hermanas. Después, por supuesto, comenzó la hora de suplantación de que creo haber hablado; pero siempre negándolo de palabra. Di gracias a mi Dios por haberme hecho conocer esto que me ponía en posesión de la verdad, respecto de las intenciones del señor prefecto y su proyectada fundación.

CAPÍTULO LIII

- DIFICULTADES EN EL GOLFO - MONSEÑOR ARTEAGA Y EL DECRETO LAUDATORIO - MI HERMANO JUAN DE LA CRUZ
- MI ACTITUD DELANTE DE DIOS - DESIGNIOS DE DIOS EN LA SALVACIÓN DE MI PADRE - TORCIDAS INTENCIONES
- LICENCIAS PARA FUNDAR EN EL CARAÑO Y EL SARARE
- DOLOROSA DETERMINACIÓN DEL SEÑOR PREFECTO - DIOS SE PONE DE PARTE DE LAS MISIONERAS - REFLEXIONES

("Miraba yo siempre al Señor delante de mi porque está a mi derecha para que no sea yo conmovido"). Salmo 15,8

Dificultades en el golfo

Sin ningún contratiempo hicimos nuestro regreso a Medellín y subimos a San Pedro.

Olvidé decir que a Bogotá, precisamente, en los momentos de mayor conflicto, en la nunciatura, me llegó telegrama de la gravedad de mi único hermano Juan de la Cruz; sin poder siquiera prometerme acortar un poco mi permanencia en la capital para ir a favorecerlo, pues moría en un estado lastimoso de pobreza y aun de soledad, en Dabeiba. Hice lo de siempre: le encomendé a Dios el asunto y esperé. Gracias a Dios pudieron tranquilizarme pronto con una mejoría que, aunque no fue sino cortísima tregua, pensé que me daba tiempo de acabar allí y venir a socorrerlo.

Antes de salir para Bogotá, en Medellín recibí una carta de la madre Ma. del Santísimo del Golfo de Urabá, en la que me decía que en esos días el señor Arteaga les había hecho la ceremonia de toma de hábito a las niñas bogotanas, ocultamente; es decir, aunque la misma madre del Santísimo les cosió los hábitos, luego para hacer la ceremonia, salieron de las hermanas misioneras como pudieron y cuando menos pensaron, vieron a las bogotanitas de hábito y continuaron en la misma armonía. Sin embargo, ya las niñas con su aparato religioso cobraron nuevo ascendiente sobre los padres y éstos fueron dejando a las misioneras a un lado y las niñas comenzaron a suplantadas, de modo que ya sólo eran verdaderos estorbajos en su propia casa.

Con esta noticia y además, con saber que la salud de la madre del Santísimo era muy mala, resolví poner un telegrama en estos términos: Santísimo véngase curarse aquí. Acompáñela la de los Ángeles. A la vez comu-

niqué al señor prefecto que las llamaba para que se curara la hermana en Medellín y que tan pronto como fuera necesario, se las volvería.

Claro que no se me ocultaba que ese necesario no llegaría, puesto que ya el puesto de ellas está ocupado y los padres muy bien servidos; pero me pareció prudente hacer la oferta para prevenirme contra cualquier cargo que después pudiera hacerme.

Después de esto, salí para Bogotá y no recuerdo si de allí o de Medellín mismo, escribí a Dabeiba refiriéndoles lo ocurrido y avisándoles que había llamado las dos hermanas de coro que tenía con el señor prefecto y que la de oficios pasara a Turbo, en donde teníamos todavía una casita.

Llegué a Medellín y allí encontré las hermanas de Turbo. Si mi memoria no me engaña, pues a veces pienso que ellas llegaron algunos días después. Al recibir mi telegrama en el golfo, llamando a la del Santísimo a curarse, dice ella que el señor prefecto tuvo una especie de ataque nervioso y que salió de sus casillas llorando como un niño. Las hermanas procuraban calmarlo inútilmente. Les decía: ¡Sí, es un castigo de Dios! Yo lo merezco, es un castigo que la Madre me quite las hermanas... Yo no puedo estar en golfo sin ellas y la Madre lo sabe! Esta región se me vuelve como un antro tenebroso sin las hermanas! Aquí no se atiende al sacerdote ni se le respeta. Hasta de hambre moriremos sin ellas. Sí, es un castigo...

Las hermanas le advertían que viera que en el telegrama decía que las enviaría de nuevo, que la Madre no las levantaba del todo, etc, etc. Nada le valía, replicaba: Sí, eso dice el telegrama; pero eso es prudencia de la Madre para que no se enteren los demás de que las levanta; pero a mí no me engaña! Dios me castiga...

Fue tal la impresión que tuvo, que le dio una fiebre terrible y las hermanas hubieron de trasnochar al pie de su cama creyendo que se moría. En el delirio sólo decía: Ay !Cómo aprieta el breque la Madre! ¡Yo lo merezco! Y repetía esto sin cesar. Al día siguiente amaneció sin fiebre; pero resueltamente les dijo a las hermanas: Yo en este golfo no me quedo solo, me voy con sus caridades y después Dios sabrá, pero aquí yo no vuelvo solo.

Efectivamente partió con ellas en la primera lancha que salió para Cartagena. Dicen las hermanas que en el camino les dijo que de ellas dependía el que volvieran al golfo o no, según informaran a la Madre; que se fijaran mucho en lo que le debían decir. Ellas le ofrecieron ser prudentes. ¡Pobrecito!

Quizás a los dos días de llegada de Bogotá, en donde yo les había cogido la trama, con la frase largada por el reverendo padre Campoamor, se me presentó de visita. Sumamente atento hizo una larga visita; pero de todo se habló menos de nuestros asuntos y se marchó. Las hermanas me dijeron que lo esperara de nuevo porque él no tenía vida sin arreglarse conmigo. Sólo le noté en la visita mucho desasosiego y algún rubor.

Dos o tres visitas hizo sin resolverse a hablarme, pero las prolongaba mucho, sin duda viendo si yo le daba pie para tratar los asuntos. Al fin resolví dárselo y al momento entró en materia. No se excusó de nada; me dijo que él no era capaz de vivir en el golfo sin las hermanas y que mi telegrama le había causado una conmoción nerviosa terrible. Le hablé entonces con toda la sinceridad de mi alma: Le dije que de ningún modo quería hacerlo sufrir y que por aliviarlo me sometía a muchas cosas difíciles; pero que yo había supuesto que no necesitaba las hermanas en el golfo, después de haber instalado a las bogotanas, que en todo caso yo le serviría con la expresa condición de que saliera de esas niñas, que él muy bien sabía las dificultades que podían surgir de dos comunidades juntas y que además, yo sabía que él quería formarlas y las había traído con el fin de reemplazarnos. Entonces con viveza, repuso: Eso no es verdad, yo no veo que en la prefectura puedan trabajar otras religiosas, ni le dejaban mis hijas, vacío de ninguna clase. Le repuse que me lo había dicho el reverendo padre Campoamor, a lo cual me repuso que el padre mentía, que él jamás había dicho ni pensado esa barbaridad.

Tuve una grandísima pena al ver que hablaba de la salida de las hermanas con los labios temblorosos, las lágrimas corriéndole de los ojos. Eso me conmovió tanto que parece que me hizo olvidar cuantas quejas tenía de él. No quise hablarle de las acusaciones y mis dificultades en la nunciatura, ni de nada. Todo me parecía poco y no quería hacerlo sufrir. ¡Ay! ¡Es tanto el amor que tengo a la autoridad eclesiástica que no sé lo que no hiciera por quienes la ejercen!

El resultado de la entrevista fue que quedé comprometida a darle las hermanas de nuevo para el golfo y aún le dije que le mandaba como superiora a la Hermana María del Rosario. Por su parte, él se comprometió a colocar esas niñas o volverlas a Bogotá. Me repitió lo que las hermanas ya me habían dicho, que con mi telegrama de llamada a las hermanas, se le había vuelto el mundo al revés y en fin, que de todos modos él quería arreglarse conmigo. Le contesté que yo no sólo quería arreglarme con él, sino que me sometía a toda la persecución de los padres, con tal de que él

estuviera tranquilo y que la única cosa que le exigía era lo de las niñas. En fin, bien poca le pareció mi condición y todo fue cordialidad en ésta y en las siguientes visitas. Él mismo se llevaría las hermanas al volver al golfo.

Monseñor Arteaga y el decreto laudatorio

Al día siguiente llegó con mucho afán de pedir el decreto laudatorio y me habló del modo más encomiástico de la Congregación y sobre todo de las excursiones y la necesidad de pedir a Roma que las apruebe pues son la esencia principal de la eficacia de los trabajos de la Congregación. Me dijo, cosa que extrañé mucho, pues ya he dicho que antes se había mostrado enemigo de ellas. Se empeñó en que pidiera a los señores obispos las cartas comendaticias, pero que expresamente pidiera en ellas la aprobación de las excursiones. Así lo hice. Se encargó de pasar las constituciones al latín pues creíamos que era requisito necesario para enviarlas a Roma y me dijo que él mismo, aparte de la comendaticia que le correspondía dar, pediría, como ordinario de la casa central, el decreto laudatorio. A esto le repuse que creía que las normas de la Santa Sede obligaban hacer esa petición a la superiora general y que de otro modo no lo concederían; pero que estudiáramos mejor la cosa porque si le tocaba a él, yo celebraba el no tener que hacerlo. Convino en ello y se fue a consultar con los padres jesuitas quienes le buscaron las normas y efectivamente, en ellas vieron que debía hacerlo la madre general.

Hice la relación exigida por las normas sobre datos acerca de la fundadora, fundación, régimen, rentas, etc. etc. conforme lo indican las normas y como según las mismas esa relación debe ser firmada como verídica por el ordinario de la casa central, se la presenté diciéndole: Quizás a vuestra reverencia le quedará difícil firmar esta relación como verídica, por decir algunas cosas que quizás vuestra reverencia, las juzga de otro modo. ¿Cuáles son esas? Me dijo. Entonces se las leí y eran precisamente todo lo contrario de lo que él afirmó en la nunciatura; sin embargo, contestó que no tenía motivo para no firmarla y que lo haría con sumo gusto porque era la verdad! Dios mío, me digo ahora: ¿Cómo puede el hombre obrar de ese modo? Afirmar ante la nunciatura cosas tan graves y luego, a los pocos meses, firmar como verídico lo contrario y con un fin tan serio como es el de informar ante la Santa Sede?

Cualquiera al leer eso, pensará que el señor Arteaga era persona de poco alcance intelectual y que no valía tanto como se lo han reconocido, todos los que tuvieron la fortuna de tratarlo. Pero no, padre mío, soy la

primera en afirmar que era un hombre inteligentísimo y dotado de condiciones admirables para la vida. ¡Es que cuando Dios quiere purificar una de sus obras parece que hiciera obrar inconscientemente a los hombres!

Firmó con mucho gusto la relación no obstante contradecirse con esa firma en asuntos de mucha trascendencia y me ayudó a arreglar todos los documentos necesarios para pedir el decreto laudatorio y continuó visitándome con tal cordialidad que era imposible dudar de él ya. Sin embargo, la señorita Ana Raquel Isaza lo visitó en aquellos días, llena de buena intención y creyéndolo muy amigo y le dijo monseñor: Nosotros no aceptamos a la Madre Laura y a sus hijas, porque necesitamos unas religiosas que no vayan adelante de nosotros. ¡Dios mío! ¿Quién puede explicarse estas cosas? ¿Y los llantos y la fiebre en el golfo porque saldrían las hermanas? ¿Y la venida hasta Medellín? ¿Y los ruegos y el trabajo para lo del decreto? Que todo esto haya sido mentira y ficción no he podido resolverme a creerlo, no tenía necesidad de tanta ficción. Pero, permítame padre, que estampe aquí lo que he juzgado y decirle las razones en que me fundo. Creo que todas sus cosas de afán por tenernos en la prefectura eran verdaderas y lo creo porque él no tenía necesidad de fingir y antes le hubiera sido favorable sobre todo ante los padres, sus súbditos, parecer enemigo y hostilizarnos. Lo que creo es que él sí sentía eso y que le hablaba a los de fuera de otro modo, porque los padres no lo creyeran a favor nuestro. Creo, sin querer ofender jamás su memoria, que él les tenía miedo a los súbditos y que para no descontentarlos, mostraba dos faces.

Alguna vez, recibí una carta de él, en la que me dice que tenga paciencia con las persecuciones de los padres, a quienes él no se atreve a corregir para evitar males mayores, que pronto le enviarían de España padres y se formaría un personal de súbditos que pudieran dar asistencia suficiente a las misioneras y, añadía: Entonces no tendré que estar a las órdenes de los súbditos.

Por esto, y por otras muchas cosas, puedo juzgar sin poquísimo riesgo de equivocarme, o sin ninguno, por decir mejor, que el señor Arteaga tuvo que mostrarse doble y perjudicarse y perjudicarnos, porque el temor a los súbditos lo tenía subyugado, no le permitía obrar con independencia. Alguna vez tuvo él pena de esto y me dijo: Vuestra reverencia creará que es por debilidad de carácter que me dejo casi gobernar por los súbditos; pero crea que es que los tiempos han llegado a ponerse así y que yo en los conventos de España me he resuelto a hacer lo que otros nunca pensaron; pero al fin las energías se embotan contra ciertos obstáculos. Es que la

obediencia hace mucho que se recluyó a los conventos de las mujeres y ay del superior, que no se reduzca a estudiar los gustos de cada súbdito para no contrariárselos! Al decir esto lanzó un suspiro muy hondo y yo, aunque me asusté con tal cosa, guardé silencio por respeto a la pena que le veía retratada a él en el semblante.

¡Ay! Cuántas veces, le oí decir cosas semejantes y aún desear morir porque decía: ¡Vea el abismo de dificultades en que me encuentro y sin embargo, estoy en lecho de rosas si comparo mi situación a las en que se ven los superiores de casas religiosas en Europa! Su misma madre que es una santa carmelita, le escribió que se arreglara con la Madre Laura que ella sufría mucho con eso y él que amaba a su madre con delirio, sufría por ese delirio de ella y no podía complacerla por ese funesto temor a los padres. Más de una vez me dijo: Comprendo que tal cosa no debe ser así; pero no me resuelvo a decirle nada a los padres. Sobre todo, jamás les mandaré lo que les cuesta sacrificio, ni lo que no desean hacer.

Por todo esto y por mucho más que es inútil decir, creo que el señor Arteaga obraba con doblez, pero que era verdad lo que me decía a favor nuestro. Puede ser que me equivoque padre, pero es que suponer otra cosa, es más desdorado para hombre de la talla de él.

Arreglamos los documentos para pedir el decreto laudatorio y establecida las amistades bajo la condición de prescindir para el golfo de las niñas bogotanas, quedamos en la mayor cordialidad y aun no hacía caso de las cosas pasadas, ni siquiera sentía que me hubiera hecho pasar tan malas horas en la nunciatura, ni el que hubiera querido hundir la Congregación con informaciones tan terribles y falsas. Todo se apartó hasta de mi recuerdo, velado por la dicha de nuevo arreglo y la compasión que tenía por el señor prefecto.

Ya se acercaba la fecha en que él debía volver a Frontino; cuando me hizo la última visita: En ella pude notar algo como que me engañaba como a un niño; pero me dejé coger en la trampa a pesar de ello; porque a costa de todo, yo quería seguir en paz. Me dijo: Si vuestra reverencia mandara unas visticas de los niños del internado que tiene en San Pedro y las mandara a Bilbao, de allí de la obra de la Santa Infancia le enviarían vestidos y algunos auxilios para esos indiecitos. Procure hacerlo y si quiere yo me iré dando la vuelta por San Pedro para que el padre compañero mío, le saque las vistas.

Debo confesar que creí lo que dijo, no obstante el estar convencida de que ellos se proponían hacer aparecer en Europa y aún en Bogotá, todos

nuestros trabajos en Urabá, como hechos por ellos y que con ese fin había tomado ya muchas vistas de cosas supuestas en que aparecían los padres haciendo las cosas que sólo habían hecho siempre las hermanas. Con todo, esto de las visticas del internado de San Pedro, en el cual no tenían los padres la más mínima parte, y que estaba enclavado bajo la jurisdicción del señor Crespo y que al contrario, no había hecho otra cosa que provocar las burlas de los padres, no advertí que pudiera ser un engaño y creí que las iba a sacar para que las enviara, aún por conducto de ellos mismos, a Bilbao y de allí vinieran los auxilios y vestidos... Pobre de mí; sin embargo, no me arrepiento, porque más vale no ser tan listo, a turbar y ofender la caridad con anticipados juicios desfavorables.

Convine pues, con el señor Arteaga que él visitaría el internado para conocerlo y que me haría el bien de tomar las vistas. De contado se presentaron en San Pedro y con recado mío, las hermanas les permitieron tomar los retratos y ellos supieron hacerlo de modo de aparecer ellos como dueños del internado y maestros de tejidos.

Tampoco, cuando meses después llegaron a Dabeiba los tales retratos y yo debía entregarlos a los padres, extrañé ni me chocó la cosa. Por el contrario, las hermanas sí tenían su repulsión muy guardada por temor a que yo las riñera. Más adelante, se verá cómo en esto hubo mucho artificio y que fue el motivo para la última partida con los padres y que ellos jamás pensaron en abrirme el camino para conseguir algún auxilio en Bilbao, sino que era sólo pretexto para conseguirse el aparecer dueños del internado, como lo dejó comprender el reverendo padre Severino, en un suelto que envió a un periódico hablando de esa visita a San Pedro.

Ya ve, padre mío, quiero ante todo que el señor prefecto no aparezca aquí como traidor; pero hay cositas que sí lo condenan, por más que también pueden atribuirse a la influencia de los padres.

No recuerdo cuánto tiempo después de ido el señor Arteaga para Frontino, salí con varias postulantas para Dabeiba. Allí todas las hermanas se pusieron muy contentas con la noticia de los nuevos arreglos del señor prefecto, no sin que les quedara cierta desazón por el temor de que los padres volvieran a hacerlo desistir. Allí me refirieron cómo ya conocían, que el reverendo padre Alfredo había salido a Puerto Berrío, cuando el señor prefecto iba para Bogotá y le había llevado la lista de acusaciones que debía llevar a la nunciatura y que tantos disgustos me costaron en presencia del señor nuncio.

Mi hermano Juan de la Cruz

Olvidé decir que en Medellín, en los momentos del arreglo con el señor Arteaga me llegó la nueva de la muerte de mi único hermano Juan de la Cruz. La mejoría que me comunicaron a Bogotá fue como un fuego fatuo. Desde que llegué a Medellín había estado sabiendo de él; pero como no lo juzgaban en estado de muerte, la noticia vino a ser una sorpresa.

Preciso es padre, que si he de decirlo todo, haga aquí un paréntesis en la penosa historia de los padres carmelitas, para decir algo de lo que ese hermano era para mí.

Como el carácter de Carmelita se apartaba tanto del mío, desde niñas nos entendíamos muy poco; no que hubiera discordia entre las dos, sino que las diferencias de caracteres nos separaban, sin dejar de ser intenso el afecto entre las dos. Durante la niñez, mientras yo jugaba a las muñecas o recogía florecitas en el campo para hacer altares, o me distraía sola con los peces de la quebrada o en mis místicas conversaciones con Dios, de que he hablado, Carmelita buscaba las amigas o andaba con el abuelo enlazando vacas o con los perros corriendo por el campo; más tarde, de jóvenes, los caracteres se distanciaron más; Carmelita siguió la ruta de las jóvenes piadosas de su tiempo, pero alegre, amiga de amistades; mientras que mi camino fue bien distinto. Desde entonces se vio pues que habíamos de ir al cielo por caminos bien distintos y el tiempo lo ha mostrado ya.

No así con el hermano; había entre los dos tal unión, que él llegó a apegarse tanto, hasta el punto de ser el flaco del cual todos los de la casa sacaban graciosas burlas. Hasta las sirvientas lo llamaban aura, aura, porque con que yo me perdiera de su compañía un momento, ya llorando recorría toda la casa con aquel lamento: ¡aura! ¡aura! y no se calmaba sino cuando me encontraba. Ya recordará, padre, lo que tan vergonzosamente conté al principio, de mi matrimonio con él y de ¡cuánta paciencia usó el fingido esposo! ¿Recuerda cómo lo hice sufrir? ¡Pues la actitud que guardó entonces, en aquellos juegos para mí de tanta realidad, guardó siempre conmigo! Siempre condescendiente y plegado a mi voluntad y mis gustos.

En prueba de esa generosa condescendencia no pude menos que traer aquí con riesgo de hacer alguna repetición, pues no recuerdo si ya lo dije, un hecho: Ya era el joven y sumamente tímido y guardador, por decirlo así, de las condiciones de su edad y posición, cuando se me ocurrió poner a la cabecera de mi cama una cruz tosca y grande como para crucificar a una persona mayor. Pues le manifesté con el mayor sigilo posible, mi de-

seo de conseguir unos maderos toscos para la cosa, indicándole que de los sauces que rodean el río Medellín, sería magnífico. No tuve necesidad de más, para que él se diera un trasnocho, para ir a buscar los maderos al río y atravesar de noche la ciudad con ellos al hombro.

Sentía tristeza de ver mi deseo de penitencia; pero me proporcionaba los medios con una prudencia admirable, guardando sigilo riguroso. Alguna vez lo vi llorando y al preguntarle el por qué me contestó: Porque me parece que vas a matarte con tanta penitencia. Y no es que el las conociera todas; bien me guardaba de ocultárselas como era natural, pues él no conocía sino aquellas en las cuales yo necesitaba ayuda, de otro, como ésta de la cruz. Llegó su condescendencia en estas cosas hasta lo siguiente, y de lo cual hoy me apeno porque verdaderamente fue un abuso.

Los jueves santos, en la Iglesia de San José, estaba toda la noche el Santísimo Sacramento expuesto y toda la noche velaban los caballeros. Se tenía suma vigilancia de que no entrara mujer alguna. A él le tocaba velar de la una a las dos, si mal no recuerdo, o por lo menos el tenía ese propósito. Se me ocurre irme con él, sin que nadie más lo supiera en la casa. Se lo dije y guardó silencio. Creí que le había fastidiado pero como a las nueve de la noche me llamó aparte y me dijo: Mira, yo sé que paso un bochorno porque me harán volver contigo sin hacer la visita; pero no soy capaz de privarte de ese deseo, te llevo y me someto a todo.

Sin pensar en bochorno ni en nada, me dispuse y salí con él, sin que mi madre se diera cuenta; me llevaba sólo el fervoroso deseo de aquella exposición en la mitad de la noche, con la solemnidad de que ya me habían hablado. Llegamos y el portero abrió al ver a Juancho; mas, como yo lo seguí, se detuvo un poco y él le dijo: Ella también entra señor, déjela. El hombre sin decir nada me dio paso. Cosa rara que después no he podido explicármelo sino por un querer especial de Dios. Una vez dentro, las hileras de caballeros por las cuales me vi precisada a pasar para llegar hasta muy cerca del altar, me imponían respeto y hasta un poco de miedo; pero ninguno hizo ademán diferente; no había allí más que silencio y adoración. El recogimiento de aquellos buenos señores me favoreció porque aun dudo si me notaron.

El hecho es que llegamos y nos arrodillamos cerca al altar y que en ese como cielo en la tierra tan triste, pues se trataba de jueves santo, pasamos una hora. Únicamente una hora, pero de lo más dolorosamente dulce que puede concebirse. Salí riéndole porque se había levantado tan pronto y sólo se reía con mucho gusto.

Siempre reconoció mi autoridad más que la de mi madre, a quien amaba con una especie de fruición rara. Fue siempre de poca fortuna para colocarse y conseguir dinero, por lo cual fui siempre su apoyo material, así como moral.

Después de muchos esfuerzos por conseguir alguna cosa y de penas y viajes inútiles en los cuales siempre sufrió pero nunca faltó a su deber en ningún sentido, conservando su conciencia como si fuera la de una monjita, resolvió, pero siempre de acuerdo conmigo, casarse con la única mujer que distinguió desde muy joven, no obstante estar muy pobre. Para casarse quiso hacer confesión general; pero con la condición de que yo se la preparara y cuál fue mi sorpresa cuando, hecho el examen, dándome un papel me dijo: Lee esto y recuerda si me falta algo o si esta mal expresado. Abrí y encontré toda su confesión sin faltar nada, porque discurría por los mandamientos con mucho orden. Nada tuve que indicarle.

¿Por qué me muestras esto? le dije. Porque no quedo tranquilo si tú no lo ves, me respondió:

- Claro que aquí no pusiste todo lo que ha manchado tu alma, ¿no es verdad? Y no estás obligado y para mí sería muy penoso si lo pusieras todo. Quizás no lo leería, le agregué.
- Pues ya lo has leído, me dijo; porque todo lo que he pecado está en ese papel y si no te lo hubiera de mostrar todo, no lo haría.

Se casó y Dios le dio siete hijitos, en medio de la mayor pobreza y casi siempre tenía yo que ayudarle porque su buen corazón y mejor caridad le llevaban a proteger ciertas personas que frecuentemente le perjudicaban. Siempre paciente y lleno de fe, su carácter de filósofo lo hizo feliz, por decirlo así, a pesar de las penosas circunstancias de la vida.

Desde que murió mi madre, me dijo: Yo vivo poco porque no voy a resistir la muerte de ella. Quise animarlo pero inútilmente. Se fue agotando y aunque resignado, no se le volvió a ver animación para nada. El día de difuntos de 1923 se fue al cementerio y arregló la tumba de mi madre; volvió a la casa enfermo y triste, llamando sin cesar a su mamá. Dos meses después murió, sin dejar de llamarla. Murió a los ocho meses de enterrada ella, en una pobreza suma, en una finquita cerca de Dabeiba que le había dado yo desde antes de hacerme religiosa.

Cuando volví de Bogotá, hablé a los padres carmelitas de algunas misas que debían decir por su alma y me contestaron que las dirían pero que

no las necesitaba y agregaron: ¡Era un justo admirable! Ellos lo habían confesado hacia algún tiempo y lo prepararon para la muerte.

Por todas estas circunstancias y la tan grande unión que había entre su alma y la mía, hicieron que su muerte me hiriera en lo más vivo; sin embargo me pasó como ordinariamente me pasa con las avenidas de sentimiento humano que he tenido: Que no hubo tiempo para él. Pasó aquello como el incidente más trivial. Bendito sea mi Dios que ha hecho que el cuidado de sus intereses llene todos los momentos de mi vida y que poco o nada le ha quedado a la naturaleza. Mi seguridad de que Dios le abrió sus brazos y de que mi actitud delante de Dios le sacaría del purgatorio, era la causa, sin duda, de mi calma.

Mi actitud delante de Dios

Y esto de hablar de mi actitud delante de Dios requiere, padre, una explicación que temo mucho no saber dar; pero que quizás sea una de las mayores gracias que Dios ha concedido a mi alma.

¡Dios mío! decir que mi actitud delante de Dios sacaría el alma de mi hermano del purgatorio, es como decir que no ofrecí sufragios por él. Esto es exacto. Aunque quiero ofrecerlos no está en la condición de mi alma el hacerlo, sencillamente porque toda mi vida espiritual se ha reducido a estar queda, sin voluntad, sin existencia separada de la de Dios. ¡Dios mío! que cosa tan difícil es decirlo: Mi interior ha desaparecido de mi vista; parece que al entrar dentro de mí misma topo con un ser diferente que es como un mismo ser conmigo y que aniquila lo que antes era yo. Toda petición que no sea la extensión del conocimiento de Dios y otras por el mismo estilo o de la misma clase, me son difíciles no sólo por no advertirlas, sino porque parece que la voluntad no puede inclinarse a ellas. Desde entonces, todos los deseos que no son los que tienden al aumento de la gloria de Dios, desaparecieron y todos los relativos a la propia felicidad se subordinaron de tal modo a los primeros, que no parece que sean distintos. Frecuentemente quiero encontrar mi interior, ése que amaba y luchaba antes y sólo me encuentro con eso que me tornó en otra hace tantos años, que me hizo hallar la dicha en el sufrir, en las contrariedades, en la humillación y en el dolor.

En fin, padre mío, es algo como una unión que no me quita nada del ejercicio de las potencias, porque parece que está independiente de ellas. Bien pueden las potencias ejercer sus funciones, menos la voluntad, como

he dicho. Pueden suscitarse dudas, pueden hacerse sentir tristezas, pero sin intensidad ninguna; pero allá en lo íntimo, en aquella parte superior del espíritu en donde hay esa como unión de que hablo, todo es sereno, doloroso sin confusión y tan uno, tan indistinto, tan incomprensible e inexpresable que es inútil querer pintarlo ni con palabras, ni símiles. A mí se me ocurre, que eso es Dios; pero me da miedo de asegurarlo. Eso es insondable y, ¿cómo diré? Algo que me hace feliz, en medio de un dolor incomprensible y hondo. Y es un estado permanente que no fue conocido sino muchos años después de tenerlo, pues al principio me parecía que yo me había perdido y que como no me impresionaba como repulsivo ya el mundo, era que me había acomodado a él y hasta tuve miedo.

Todas las repugnancias desaparecieron y el odio al pecado dejó de ser duro para volverse más intenso pero supremamente compasivo. Los pecados propios pasaron a formar como un solo bloque con los de todo el mundo y parece que se me perdieron. Las humillaciones dejaron de humillarme y el amor del prójimo, sin distinciones, creció mucho.

Después de esto, si me acontece algo adverso, lo siento pero como fuera. No entiendo padre mío, y si quisiera hacerme comprender, le diría mucho sin decir nada claro. A esa parte o cosa no llega nada de lo que pasa en la parte de fuera de mi alma; pero esa parte ejerce tal influencia en la de fuera, que he dado en llamarla calmante, porque parece que esparce cierta atmósfera de superioridad sobre la parte de fuera, que la calma en sus complicaciones.

Esto naturalmente ha producido cierta serenidad en el exterior y calma especial para las luchas y aun para los trabajos. Creo deberle a esto también el ver los defectos ajenos con cierta condescendencia y por consiguiente, se me acabó cierta dureza que antes me hacía sufrir, al exigir la reforma de los vicios a los demás. Todo se me volvió compasión y por qué no decirlo, creo mirar al pecador como lo mira Cristo Jesús. Me duelen con un dolor sumamente amoroso y por todos quisiera morir.

De esta como unión, no me di cuenta sino mucho tiempo después, como he dicho, y por supuesto tampoco le he dado cuenta al confesor sino demasiado tarde. Una ocasión que le decía a un confesor, que yo pensaba que Dios me había quitado la facultad de ofenderlo, pero que al mismo tiempo me parecía eso algo como presunción, el confesor me respondió que no era presunción; pero que me mantuviera muy humillada. Después de esa respuesta comencé a sentir la necesidad de hacer conocer del confesor esto que quizás sea unión, pero que jamás sabré exponerlo tal como es.

Por lo pronto, no lo referí a ninguno por no saberlo decir; pero un día se lo pude medio expresar al padre Tressel, eudista de mucha experiencia y después de repreguntarme mucho, me dijo que eso era de Dios y que lo escribiera. Toda confusa le expuse mi temor de que fuera algo que yo me fingía y me contestó que de eso podía estar tranquila, porque eran cosas que el alma no podía fingir y que además, tampoco el diablo podía simularlas porque pasan en región en donde él no tiene entrada. Todavía le dije que muchas veces se me había ocurrido que yo había inventado la cosa y me respondió que hay otras cosas que puede muy bien uno inventar porque están a nuestro alcance, pero que éstas, no. Resolví entonces tranquilizarme.

Se comprende que mi actitud delante de Dios es como una fusión y que mis intereses sean como los suyos y unos mismos. ¡Cómo me horripilo de decir esto, padre mío! ¡Gracia tan grande en pecadora y miserable como yo! ¡Si parece que Dios fuera ciego! ¡La misericordia, el hambre de remediar miserias, te ha hecho, Amor de mi alma, ciego y ciego sin remedio!.

Pues por esto digo, padre, que mi actitud delante de Dios o en Él, cómo se quiera decir, sacaría a mi hermano del purgatorio. Y ahora que hablo de esto, para no olvidar lo que debo escribir, permítame que en este paréntesis ponga una cosa que bien se relaciona con lo que vengo refiriendo.

Designios de Dios en la salvación de mi padre

Nunca, desde que tuve conocimiento de la manera de muerte que tuvo mi padre, me gustaba pensar en su paradero, porque eso de morir muerte violenta y sin minuto de preparación, en plena guerra y habiendo llevado cuando murió, algunos meses de no acercarse a los sacramentos, me dejaba una penita dolorosa y honda que no me atrevía a consentir por no faltar a la confianza en Dios, que mi madre me había enseñado. Mientras pude, ofrecí por él toda clase de sufragios; pero sin consentir en pensar de un modo serio en su paradero.

Pues bien, pocos días después de muerta mi madre, a los cuarenta y siete años de él muerto, en los momentos en que menos podía recordarlo, al entrar a una celda en busca de una hermana, fui sorprendida por una luz intelectual muy clara e íntima y con ella conocí o vi mejor dicho, cómo Dios había salvado a mi padre, en atención a mí. ¡Dios mío! ¡qué penoso es escribir esto! Por eso lo subrayo padre mío. Cuando le referí al confesor la cosa, no tuve valor para decírselo así, sino que le dije que en atención a la obra de las misioneras; pero la verdad sin disimulo es ésta que escribo aquí.

Verdaderamente en lo que le dije al confesor no hay mentira, puesto que Dios me formó para la obra de las misioneras y en razón de ella me ha amado tanto, que colmándome le parece que se queda corto. ¡Bendito sea el Señor de mi alma!

Mi primera impresión al recibir la dulce revelación de la salvación de mi padre, fue adorar el designio que hizo que este conocimiento me llegara después de muerta mi madre, pues así su resignación y abandono de la suerte de mi padre que ella tuvo, habría carecido de mérito. ¡Con cuánto gusto hubiera yo solicitado permiso del confesor para darle a mi madre la dichosa nueva! Dios quiso dársela Él mismo, al entrarla a su paraíso. ¡Qué bien resultan siempre los designios de Dios!

Torcidas intenciones

Ahora dejando el paréntesis, reanudo el orden de la historia con los padres carmelitas.

A poco de haber llegado yo a Dabeiba, se presentó el señor prefecto que se había quedado en Frontino, a visitarnos y a darle los ejercicios anuales a las hermanas. Muy cordiales fueron los saludos y entrevistas. El grande afán que entonces tenían los padres era el de recoger objetos de los usados por los indígenas, a la vez que datos sobre sus costumbres, su historia y cuanto pudiera ser presentable en la exposición de misiones que se verificaría muy pronto en Bogotá y luego en Roma. Desde mucho tiempo antes, es decir, desde que se había anunciado la exposición de Roma, ellos se habían propuesto visitar especialmente todas nuestras casitas misioneras y tomar vistas de los indios; pero comprendimos que en las vistas querían ante todo prescindir de las hermanas y aparecer ellos como maestros de los indios y sus apoyos únicos. Les comuniqué a todas las hermanas de las casas que les proporcionaran a los padres todas las facilidades posibles para conseguir su intento, sin darse por sorprendidas de que quieran sacarlas. Así lo hicieron las hermanas, aunque poco edificadas de la cosa, por supuesto. Muchas veces los indios más salvajes no querían prestarse a los retratos si no era con las hermanas, por el temor que tenían de los padres a quienes apenas conocían o habían oído nombrar; sin embargo, las hermanas los reunían fingiendo quedar con ellos en el retrato y en el momento de hacer la impresión, se retiraban. Esto lo celebraban mucho los padres, quienes apenas consentían en tales casos, en que las hermanas se acercaran hasta dejárselos ordenados.

Tan luego como comprendí cuál era la intención de los padres, se la comuniqué a las hermanas diciéndoles que me daba mucha esperanza de que, dejándoles a los padres todo el brillo externo y social de la obra, ellos siguieran dejándonos trabajar en paz. Cuánto me engañé sin embargo. Las hermanas más avisadas que yo, me decían: No crea Madre, ellos ahora presentan en la exposición nuestros trabajos como propios; pero no por eso se calmarán. Me pareció eso una exageración; pero de contado así sucedió como se verá más adelante.

Como andaban en esta tarea, pues ordené a la hermana María del Niño que les diera todos los trabajos sobre lenguaje, usos y costumbres de la raza Catia que ella, en muchos años y con grandes dificultades había allegado, dando muestras de una constancia invencible.

Licencias para fundar en el Caraño y el Sarare

En mi permanencia, aunque fue de pocos días, en San Pedro, en una visita a las Madres Betlemitas, me dijo una de ellas que existían indios en el Sarare, región limítrofe con la república de Venezuela y perteneciente al Departamento de Santander del Norte. No hice mucho caso de esto, pero ya al salir me dijo la hermana:

- Llévase este papelito y léalo aunque sea en el camino.

Estaba en vísperas de salir para Dabeiba y verdaderamente no hubiera tenido tiempo de leerlo de otro modo que andando. Así lo hice. Decía: "Acaba de salir el padre Enrique Rochereau de una correría científica por el Sarare y viene lleno de compasión por la situación de los indios de aquella región, con algunos de los cuales logró cierta amistad".

Este papelito me impresionó vivamente y sin entrar a la casa, en donde ya hacía mucho rato que me esperaban, seguí al Juniorado y le dije al rector que era el padre Crespel: Padre, ¿conoce este Eudista que ha estado en el Sarare?

- Sí, fue mi connovicio.
- Pues entonces, padre, ¿por qué no le escribe que le haga a nuestra Congregación un huequito para trabajar en el Sarare, en la conversión de esos indios?
- Con mucho gusto, me contestó, por este mismo correo que ha de salir mañana lo haré; pero debe ir acompañada de una suya.

Aunque sin tiempo para escribir, me propuse hacerlo y aquella noche me dirigí no recuerdo si al padre Rochereau o al señor obispo de Nueva Pamplona, diciéndole que nos abriera un huequecito para hacerles bien a los pobres indios de aquella tierra. No pensé que aquellos pasos fueran de importancia y sin embargo eran el camino de Dios para resarcirnos de las pérdidas que la Congregación haría en Urabá. Así son los caminos de Dios y a veces el hombre, de un modo casi inconsciente, pone la base para cumplir sus designios en cosas insignificantes.

Salí pues para Dabeiba llevando algunas postulantes. Allí encontré las cosas poco más o menos iguales. No recuerdo en qué época se presentó el señor prefecto a Dabeiba, pero en todo caso cuando fue, ya me había comunicado con el señor Toro para hacer una fundación en el Caraño, hacia las vertientes del Atrato, lindando con el Chocó por un lado y con la prefectura del Urabá por el otro.

Así, en la primera entrevista con el señor prefecto pude pedirle la licencia para las dos fundaciones del Sarare y del Caraño, por si salían, contar ya con ese requisito canónico; no con muy buena gana me las dio. Del Caraño, me dijo que quedaba dentro de su jurisdicción; pero le contesté que me firmara la licencia para el caso de que al averiguar con los padres del Chocó y con el señor Toro, se llegaba a la convicción de que eso era del señor Toro. En lo del Sarare se fijó poco, pues era cosa demasiado desconocida y parece que creyó que, al pedirle la licencia lo hacía por cierto espíritu de fanfarronada, pero en todo caso firmó las licencias.

Esto fue providencial, pues creemos que si no lo hubiera cogido sin hablarse con los padres, hubiera sido difícil que la hubiera dado después. Para juzgar esto, tenemos como base el hecho de que de ahí en adelante, se les notó a los padres fuerte antipatía por esas fundaciones, pues aunque ya las tuvimos muy reservadas, algo barruntaban ellos y, sobre todo, mostraban gran rabia por ellas. Desde entonces se les notó deseo de convencerme que varios puntos en los cuales yo pensaba fundar, eran de la jurisdicción de Urabá, sabiendo yo a ciencia cierta, que no lo eran. En fin, quizás los padres sin darse cuenta de que jamás podían impedir la extensión de la obra de Dios, podían con aquellas cosas impedir su desarrollo o quizás destruirla, porque aunque esto se vuelve duro de pensar en sacerdotes y religiosos buenos como son los reverendos padres carmelitas, como cuando el demonio lleva la iniciativa en estas cosas, no deja de presentar las cosas más atrabiliarias como buenas y convenientes.

De todos modos, conseguí ya las licencias y seguí tranquila. En aquel año me pidieron de nuevo, maestra para Dabeiba y viendo yo la manera cómo lo hacían y la enseñanza que yo les había dado tan dura, consentí en darles a la Hermana María de Lisieux que acababa de profesar. Tampoco tenía ya que respetar el estar de acuerdo con el señor prefecto, para no darla, porque ya él se había pasado a la opinión de los padres al respecto y olvidando el precepto que me había dado contra el cual obraba ya.

Dolorosa determinación del señor prefecto

Antes de irse el señor prefecto, no recuerdo para dónde, pero inmediatamente dados los permisos para las fundaciones del Caraño y el Sarare, tuvimos varias entrevistas. En una de ellas me dijo que ya había resuelto llevar una sirvienta para no ocupar más a las hermanas. Fue ésta la primera señal de que ya prescindiría absolutamente de la Congregación. Procuré recibir aquella idea con la mejor o mayor generosidad, ofreciéndoles ayudar a surtir la cocina de la casa cural, pero me rechazó cuanto le ofrecí.

Este mismo día, me dijo, en los momentos en que le obsequiaba un algo y lo tomaba, al parecer con gusto: En el Golfo, mejor dicho en Turbo, las hermanas nos están creando una dificultad. ¿Cuál será? Le dije alarmada. ¡Ah! Pues que han logrado formar un número de negritas tan cristianas y buenas, que no hay por qué esperar que cedan a la costumbre de entregarse y como los hombres no las han de pedir en matrimonio, ¿qué vamos a hacer con esas muchachas?

Creí que le había entendido mal, porque era imposible creer semejante cosa, por lo cual, le pregunté y me lo repitió muy acentuado: Esas muchachas no se entregarán y ¿qué vamos a hacer con ellas?

Ése es, le dije, precisamente, el camino para que entre el matrimonio en esa tierra, porque los hombres para conseguir sus consortes, se verán en la necesidad de casarse. Yo me alegro mucho, señor prefecto, le dije: ¡Ése era el resultado que buscábamos con el trabajito de Turbo! ¡Gracias a mi Dios! Pues a mí, me respondió, eso me crea una dificultad muy grande. ¿De modo que a vuestra reverencia no le parece bien que las niñas obliguen a los hombres con su bondad, a buscar el matrimonio? Pues... No obtuve otra respuesta.

Ahora, padre, no me he atrevido jamás a pensar que en esto haya sido sincero el señor prefecto, porque es imposible esto, en un sacerdote cató-

lico. Sin duda en ello, pretendía sólo rebajar el mérito del trabajo de las hermanas o no dejarme a mí, ningún motivo para esperar agradecimiento de ellos. No lo sé; pero me complazco en pensar que en eso él no hablaba lo que sentía.

Ese mismo día, pues no se resolvió en todo él a salir, sino por momentos, del locutorio de la casa nuestra, me dijo que se iría para Turbo al día siguiente y que prevendría a las hermanas que durarían allí muy poco tiempo, porque ya una joven de uno de los gamonales se graduaba en Cartagena y que lo más lógico era que la escuela era para ella.

Entramos entonces a hablar ya en serio: Me dijo que estaba resuelto a seguir la obra de su fundación del Golfo; pero energizándose, añadió:

- No concibo cómo pueda seguir la prefectura sin ustedes, pero es el hecho que seguirá; sin duda tardará mucho el fruto pero no he de detenerme. Yo comprendo que en Urabá han de trabajar ustedes o unas iguales a ustedes que no existen y es necesario fundarlas; no me siento con aptitudes de fundar; ¡pero no me detengo!
- ¿Reconoce, le dije reverendo padre, que Dios fue quien nos trajo aquí a salvar estas almas?
- Sí, me respondió.
- ¿Reconoce que la prefectura, le repuse, se formó por causa de nuestra misión y que yo los traje?
- Sí, eso lo sé y lo reconozco.
- Entonces, padre, si Dios nos ha colocado aquí para la salvación de las almas, ¿cómo es que abrimos este abismo tan perjudicial para ellas? ¿No ve vuestra señoría que los indios, en saliendo nosotras, se remontan de nuevo y se pierden?
- ¡Sí, eso lo veo, lo peso y considero muy bien; pero no me detengo!

Después de una pausa larga de los dos, le dije:

- ¿No cree, vuestra reverencia, que este abismo y separación es obra del demonio y que no debemos darle gusto al dejarlo salir con su intento?
- ¡Sí, estoy tan cierto que esto es del demonio, que la misma noche que llegó a Puerto Cesar el telegrama suyo, llamando las hermanas, lo vi al pie de mi cama y se burlaba de mí con ironía terrible; pero no me detengo, yo sigo con las mías de todos modos!

Me arrodillé entonces llorando y le dije: Mire, reverendo padre que antes que causar la ruina de tantas almas quiero hacer cuantos sacrificios sean necesarios; las humillaciones que me exija serán siempre pocas para mí, ante la idea de evitar tanto mal. Póngame las condiciones que quiera... Si le parece, yo misma saldré de la Congregación para que los padres estén tranquilos y no se pierdan estas almas... Diga ¿qué quiere que haga? ¡Disponga de nosotras como quiera, pero no abramos este abismo tan ruinoso de las almas! ¡Por amor de Dios, reverendo padre, tenga compasión de estos pobres indios que se perderán porque ellos no se prestan con los padres!

- Eso lo tengo más que entendido, me contestó, pero nada le pido si no que haga lo que quiera, yo sigo con las mías.
- ¿Pero no ve que Dios nos pedirá cuenta a vuestra reverencia y a mí, de estas cosas?
- ¡Sí, lo veo; sin embargo, sigo con las mías!
- Dígame, le repuse, ¿en qué les estorbamos a los padres? ¿En qué cosas no les servimos?
- No le he dicho, me respondió, que yo no concibo el trabajo en Urabá sin ustedes ¡y sin embargo, sigo con las mías!
- ¿De modo que no hay remedio, reverendo padre? ¡No, no lo hay, sigo con las mías!

Me levanté llena de la mayor amargura que pueda imaginarse. ¡Se había puesto punto final, a la esperanza de esos infelices indios que nos costaban ya diez años de dolores y sacrificios, que sólo Dios podía decir lo que significaban a sus ojos! A mi imaginación se agolparon todas las muertes edificantes y hermosas que habíamos visto en los pobres salvajes y cómo ya no volverían a verse. ¡Pasaron por delante de mí tantos niños en esas selvas, tantos ancianitos que había soñado morir con una hermana al lado y que deseaban ir al cielo! ¡Tantos sudores de las hermanas atrayendo a indios que iban a volverse a remontar... Tantos y tantos proyectos para aliviar la suerte de estos infelices, todo y mucho más de lo que puedo decir aquí, se agolpó a mi mente y oprimió mi corazón; porque el abismo estaba abierto y no había remedio!

Le supliqué enseguida al señor prefecto, que no se fuera esta vez sin bendecir a las hermanas, pues se madrugaba para el Golfo al día siguiente. Me contestó: Pienso madrugarme mucho y ellas estarán acostadas, me

voy a las tres de la mañana, me dijo y antes de esa hora celebro. Pues las hermanas oirán su misa, le respondí y después se asomará vuestra reverencia al coro para que me las bendiga. ¡Bueno, me contestó y salió!

Lo que por mi alma pasó entonces, fue toda una oleada de confianza: Un mundo de abandono, un mar de calma y de paz. Todo el dolor que amenazaba salir al exterior en forma de borrasca formidable, se estrelló contra mi baluarte de confianza y de paz. Dios mío, ¿qué hubiera sido de mi corazón si lo dejabas inundado en este dolor? Pero es el Señor, grande en su misericordia y en lugar de una explosión dolorosa que hubiera quizás, desalentado a las hermanas, o inundándolas también, hizo como en la tempestad del Tiberíades: "Calla, enmudece!", diría allá en lo íntimo de mi alma, como sobre las aguas del mar, que amenazaban inundar la pobre barca de los apóstoles.

Vi que todo cuanto estaba en mi poder lo había hecho; que me había mostrado resuelta a todo sacrificio y que sin embargo, el abismo se había abierto y pensé en ocultos designios ya de misericordia, ya de justicia que Dios tendría, a los cuales podrían conducir estos desastres y eso produjo en mi alma paz, confianza y amor.

Frecuentemente me punzaban los reclamos de los indios; después la aspereza con que eran recibidos y que me mostraba a las claras cuál sería su situación una vez nosotras ausentes; pero aquello no pasaba de la sensibilidad exterior, algo parecido a lo que llamamos lástima. De esta calma pude hacer participantes a las hermanas, quienes lloraban sobre las ruinas de sus sudores y sacrificios.

Diez años hacía que estábamos allí, regando la semilla con un fervor que hoy me sorprende, sin omitir sacrificio porque en cada uno de los que se presentaban nos parecía que iba la salvación de esos pobrecitos indios y la amadísima gloria que a Dios debíamos darle en cada caso, de donde resultaba ese fervor que quizás no pudo ser bien entendido por los padres. ¡Y de esto no me queda duda, padre, porque con mucha frecuencia me dijeron que ellos no creían en la pureza de los móviles de nuestro trabajo y siempre pensaron que era vanidad vil lo que nos llevaba al sacrificio! ¡Dios mío, sabes que si yo conociera que la vanidad me movía al trabajo o que movía a una de mis hijas, la arrancarí como a áspid de quien esperaba la punzada mortal!

Alguna vez me dijo el padre Elías que a él también le había dado trabajo creer en la pureza de nuestras intenciones y móviles, no porque ellos en

sí fueran dudosos, sino porque como esa pureza es planta tan escasa en el mundo, no se resolvía a darse la buena noticia de que en la Congregación la encontraba; si bien el buen padre me prevenía para que esperara que siempre no sería así. Dios lo ha de conservar así aunque sea por algún tiempo y desde el cielo cuento con que Dios me permitirá vigilar porque esa rectitud se conserve siquiera en lo general ¡Qué miseria la nuestra, no poder contar ni siquiera con que nuestras intenciones no cambien, yéndonos tanto en ello!

Pude pues, calmar a las hermanas lo suficiente para que no se vieran lágrimas y que continuáramos tratando a los padres sin amargura de ninguna clase.

Al día siguiente las hermanas asistieron a la misa del señor prefecto, a las tres de la mañana; previendo yo que me empeoraría de mis achaques si me levantaba a aquella hora, desde por la noche escribí una tarjetica que las hermanas debían entregarla al señor prefecto, después de recibirle la bendición. La tarjeta decía más o menos esto:

Reverendísimo padre prefecto: En el cielo verá que no soy lo que los padres le han dicho que soy, y cómo he vivido llena de buenas intenciones respecto de vuestra reverencia y de las padres. Si el abismo se ha abierto, me inclino convencida de que no he puesto la causa. En cualquier tiempo cuente con mi buena voluntad y créame que le amo de veras.

Terminada la santa misa, esta última misa que debíamos oírle al señor prefecto, él, en cumplimiento de mi ruego, abrió la puerta de la reja para salir a bendecir a las hermanas y al poner el pie en la primera escala para bajar al coro, en donde estaban las hermanas, ¡cosa terrible! hizo un temblor de tierra tan terrible que lo obligó a retroceder. Las hermanas asustadas, no se explicaban lo que pasaba porque venía acompañado de un ruido muy fuerte. Duró poco, algunos tres minutos y mientras tanto el señor prefecto se detuvo y retrocedió un paso; mas, terminado el temblor les dio la bendición y recibió la tarjeta que le entregó la hermana, la cual guardó sin leerla y se marchó. ¡Todo quedó pues consumado!

Pero volviendo a lo del temblor, debe saberse que, como yo no pude levantarme y como dormía en el archivo que quedaba inmediato a la capilla, a todo estaba alerta y de allí todo lo dirigía. Sentí perfectamente el temblor y además que sobre el techo de la pieza cayó un peso como si un hombre se descolgara desde la cúpula de la iglesia hasta el techo. Inmediatamente hice que saliera una hermana a ver qué había sobre el techo, que

era de paja y que debía haberse descompuesto mucho con el golpe y encontró todo como si nada hubiera sucedido.

Que el temblor se extendió por toda la casa, muy grande era, pudimos saberlo porque una hermana enferma en una celda de las del otro extremo de la casa lo sintió y lo mismo una que estaba en la cocina, la cual quedaba por el otro extremo. Sin duda no salió fuera porque nadie de fuera lo sintió, ni en la calle ni en la iglesia, ni en ninguna parte.

No estaba nuestro ánimo tampoco muy para seguirle la pista a la cosa. Cualquiera que sea la causa, les dije a las hermanas, no nos queda más remedio. Lo hecho, hecho; nada pude atajar y si somos culpables humillémonos, que el Señor no nos faltará con el perdón; si no lo somos, roguemos por los que han puesto la causa. ¡No es otro nuestro camino!

Dios se pone de parte de las Misioneras

Olvidé decir que en este mismo año, por allí por Febrero, la víspera del aniversario primero de la muerte de mi madre, dio Dios una voz de alerta a los padres, del modo siguiente: Mientras las hermanas componían la iglesia para los funerales del día siguiente, los padres celebraban un festival, no recuerdo por qué causa, en su casa, y por mala fortuna, un cohete encendido se entró a una pieza de la casa en donde había un poco de viruta de madera, la cual se encendió y con ella una parte de la casa.

Voló el pueblo a apagar el incendio; pero todo parecía inútil, porque el fuego creció hasta comenzar a encender la iglesia. Como nuestra casa estaba contigua a ésta, y era de paja, todos aseguraban que se incendiaría; por lo tanto pusimos manos a la obra de desocuparla. Cuando estábamos en lo más recio de la faena, y cuando las llamas ya avanzaban en una de las naves de la iglesia, una persona llegó a decirnos que la urna con el Santísimo Sacramento estaba en media plaza tirada por el suelo y que la gente se estaba sentando en ella, porque ni sabían qué era eso.

Voló una hermana y efectivamente, encontró aquel doloroso caso y la llevó a la casa. Al mismo tiempo, otros decían que se estaba quemando en la pieza del zaguán de la casa cural, el reverendo padre Berardo y que a duras penas había logrado salir e iba a favorecerse a nuestra casa. Pues mientras las hermanas cuidaban del desocupe de la casa, me fui a un solar de la misma con el Santísimo y el pobre padre Berardo. Nos reunimos allí los inválidos, por decirlo así, mientras que los que podían moverse, defendían lo que podían de la voracidad de las llamas.

Verdaderamente estábamos allí dos inválidos humanos y Uno divino que por nuestro amor se ha sometido a la mayor invalidez. Aquello formaba un cuadro que en otras circunstancias hubiera hecho pensar a muchos... El reverendo padre, tan santo, enfermito y escapado de las llamas casi milagrosamente, a un lado de la urna del Santísimo y esta servidora, pecadora y miserable, al otro lado, y todos esperando que el incendio, creciendo, nos obligara hasta a huir de aquel sitio también. Sin embargo, después de un rato de terrible ansiedad, apareció allí el señor prefecto diciendo que ya casi estaba apagado el incendio, gracias al arrojó de un señor Arroyave y otros.

Poco a poco fueron llegando los demás padres a asociarse al grupo de los inválidos. Entonces sí tuve ánimo para reflexionar. Vi que el Santísimo se había refugiado a mi lado y así mismo el pobre padre que tanto sufría y tan santo y alejado de las tramas que nos sacrificaban, estaba; ¡y sentí gran consuelo! Luego fueron llegando al grupito los demás padres que acababan de hacer el plan de alejarse del todo de nosotras, y sobre todo de mi pobre personilla y veía que obligados por el querer de Dios, iban a rodearme como en busca de amparo para aquella noche; iban a buscar el amparo que en aquellos mismos días habían rechazado con arrogancia especial. Sentí mucho gusto en franquearles nuestra casa y cuanto necesitaran, y mucha compasión de que fueran tan ciegos que no comprendieran que esas cosas las dirigía la Providencia para decirles algo que ellos no querían oír. ¡Así somos los humanos; cuando no queremos, no oímos ni con la voracidad de las llamas!

En fin, terminado todo, supimos que el mismo señor prefecto era quien había sacado la urna a la plaza y que en su aturdimiento y temor de que todo lo de la iglesia se quemara, ni supo en donde la tiró. Pusimos manos a lo de volver a recoger todo lo que se había sacado y a ver cómo se les arreglaba a los padres modo de pasar aquel pedazo de noche.

Pero lo que hace al caso, fue lo que hablaban dos de los padres a quienes se les compuso cama en la sacristía. Después de que se quedaron solos, creyeron sin duda que las hermanas que arreglaban el altar en la iglesia no oían, y hablando recio decían:

- Se ve cómo se pone Dios de parte de las hermanas en todo; la casa de ellas siendo de paja no se prendió y la nuestra y la iglesia de tejas, ardían de modo espantoso. Todos aseguraban que las chispas del incendio no dejarían nada de la casa de las Hermanas y sin embargo las chispas se pasaban por encima

Otro decía:

- Se ve que Dios quiere que construyamos así pobre, como las hermanas.

Sólo esto oyeron las hermanas pues no quisieron poner cuidado a más; pero ya esto nos sirve para conocer que entendieron que la mano de Dios les mostraba algo y que los había obligado a recibir nuestro auxilio a pesar de todo.

Lo mismo reflexionaron con la muerte de Chuva y con la ahogada de un paje del señor prefecto, en el Golfo de Urabá., rara y en los mismos días. Se puede asegurar por estas cosas y por otras muchas, que los padres recibieron lecciones especiales de la Providencia entonces y que con todo, hicieron lo que con la risotada de burla que le dio el diablo al señor prefecto, cuando llamé a las hermanas de Puerto Cesar; la despreció, no obstante haberlas sabido interpretar, pues él mismo les dijo a las hermanas que todo aquello era un castigo de Dios y muy merecido; a mí misma me lo confesó; pero añadió: ¡A pesar de todo, yo sigo adelante! ¡Yo saldré con mi intento!

Reflexiones

Dios mío, tened misericordia de nosotros, todos tan ciegos y miserables. Cuántas veces el cielo nos habla casi como a los israelitas, entre truenos y relámpagos y no queremos oírle porque una pasión nos ha enceguecido. Por esto mismo muchas veces he pensado si creyendo obrar bien, yo misma, con mis infidelidades he sido la causa de los males que han perjudicado tanto las almas en Urabá. Es necesario, por lo tanto, que vivamos todos con temor de nosotros mismos e implorando la misericordia infinita de Dios, pues ninguna otra cosa puede remediar nuestra ceguera y miseria, que la soberana y ¡para siempre bendita misericordia de Dios, porque es infinita!

Siempre he encomendado a mis hijas la oración y el amor a los enemigos por el precepto de Jesucristo; pero cuando uno pesa estas cosas y considera la miseria de nuestras caídas y la flojedad humana para levantarse, entonces la oración sale arrancada por la compasión, más bien que por el precepto de Jesús. Es la manera como es más fácil llegar al amor de los enemigos. Estas reflexiones son las que le abren campo en nuestro corazón, porque la compasión se parece mucho a la caridad. Comenzamos por compadecer y acabamos por amar y nuestro amor se hace sobrenatural,

fácilmente, cuando no median motivos humanos para él, como sucede con los enemigos. No sé si esta idea me ha quedado comprensible. ¡Quizás no! Quiero decir que es más fácil amar sobrenaturalmente a los enemigos que a los amigos y que a ese amor nos conduce la compasión.

CAPÍTULO LIV

- FUNDACIÓN EN EL CARAÑO - SE ADELANTA LA FUNDACIÓN DEL SARARE - CONGRESO MISIONAL EN BOGOTÁ - VENCIDA POR LA MISERICORDIA DE DIOS - LLAMADA POR MONSEÑOR CRESPO - OTRO INCIDENTE PENOSO - SALIDA DE LA PREFECTURA DE URABÁ - EL SEÑOR BUILES SE MOSTRABA AFECTO - OPINIÓN DE MONSEÑOR VICENTINI

"Mis enemigos dijeron cosas malas contra mí: ¿cuándo morirá y perecerá su nombre?". (Sal 40,6)

Fundación en El Caraño

Durante estas últimas luchas con los padres, salieron dos hermanas, María San Benito y la de la Providencia, a explorar la región del Caraño, con el fin de ver la manera de fundar una casita misionera para esos indios que abandonados, perecían en aquella región.

Las hermanas volvieron algunos días después, unos veintidós quizás, y trajeron muy buenas noticias: El señor cura de Urrao en cuya parroquia quedaba enclavada la misión, muy gustoso y generoso las recomendó desde el púlpito a los fieles y gracias a eso, tuvieron mucho quién ofreciera ayuda a la misión y su instalación quedó convenida. Sólo dudábamos de que fuera posible el auxilio espiritual; pero el reverendo padre Crespo, cura de Urrao, ofreció dar administración de sacramentos por lo menos cada quince días, en verano y cada mes en invierno. Ojalá hubiera cumplido; pero muy pronto cayó bajo la influencia de los reverendos padres carmelitas, quienes desde entonces se interesaban en obstruir todos los conductos de progreso que podía tener nuestra pobre congregación.

A la vez que se preparaba la fundación del Caraño andaba también la del Sarare. Ya me había comunicado con el ilustrísimo señor obispo de Nueva Pamplona, en cuya jurisdicción está el Sarare. El reverendo padre Enrique había contestado también muy agradecido del ofrecimiento y ambos estaban arreglándose la manera de dar principio a la catequización de los pobres tunebos, raza muy poderosa en otro tiempo; pero difícil de reducir a la vida civilizada y cristiana y de la cual, ya sólo quedaban restos en el Sarare y la prefectura apostólica del Arauca.

Cada correo traía mejores noticias sobre lo del Sarare, y eso constituía nuestro consuelo en los difíciles días que atravesábamos; sólo para las hermanas afiliadas al carro del señor prefecto y los carmelitas, era el asunto del Sarare, como punto negro en su horizonte. Natural, el progreso que aquella fundación le daría a la barquita de la cual eran tráfugas, ¡les daba en cara y las afligía! Pobres: Así es como Dios castiga a los pertinaces: Hasta el bien les hiere y aunque decían que la compasión y el deseo de salvar las almas que yo abandonaba en el Golfo, por odio a los carmelitas, era lo que las obligaba a desertar, se afligían de que fuéramos a hacer algo por salvar los indios de la tunebia. ¡Cuánta ceguera, cuántas pasiones y qué celo aquel tan falso, Dios mío!

Se arregló todo lo conducente a la fundación del Caraño, no sin que tuviéramos que hacerlo todo con mucho sigilo por temor a que los padres, por algún resquicio fueran a ponerle trabas a la nueva fundación, pues ya varias fundaciones que proyectaba y estaban para hacerse en el Chocó, habían fracasado por los informes que el señor Arteaga había dado al señor Gutiérrez, prefecto apostólico del Chocó. También los padres y el mismo señor Arteaga habían dejado caer palabritas que nos llevaban a la convicción que era preciso desistir de la fundacioncita del Caraño, y para ello querían hacernos creer que esa región toda, pertenecía a ellos o al Chocó y que en ambos casos perderíamos lo que hiciéramos bajo el amparo del señor Toro, a quien, decían ellos, que no pertenecía la región.

Con todo, bien asegurada de que eso sí pertenecía al señor Toro, determiné que, pues ya le habíamos cogido, por sorpresa quizás, al señor prefecto la licencia canónica, arregláramos todo lo demás con el mayor sigilo. También la misión del Sarare se arreglaba bajo de cortinas, porque todo era temor alrededor nuestro.

Fueron nombradas las hermanas para la fundación del Caraño y se arregló todo conforme a nuestras costumbres; pero imposible exigirles a los padres la hechura de la ceremonia de nueva fundación, pues ya desde antes se habían negado para otras y además, sería confiarles nuestro secreto y nos importaba nada menos que la misma fundación, el guardarlo.

Resolvimos hacer la ceremonia nosotras solas, dentro de la clausura. Prescindir del todo de ella, me pareció malo, porque salir esas hermanitas en aquellas circunstancias a una fundación difícil y en la que naturalmente tendrían amarguras que gustar, sin una ceremonia o cosa que les diera

aliento y esfuerzo, me pareció hasta cruel. Por eso se hizo todo lo de la ceremonia que no requería sacerdote, en privado y resultó muy buena. Como pude y después de pedirle a Dios muchas gracias me resolví a hacerles la exhortacioncita que tanta eficacia tiene siempre salida de una boca sacerdotal, pero que en las circunstancias actuales, Dios sabría suplir.

Así pues, les hablé de Ruth y de cómo Booz había dejado libertad a sus segadores para que le dejaran espigas como olvidadas, para que la moabita no sufriera hambre. Del mismo modo, Dios, el Booz de las grandes misericordias, había dejado en los campos infieles, espiguitas que en su misericordia había destinado para que nosotras, las Ruths de su amor, las recoyéramos y que en el Caraño había una buena porción de aquellas espigas que debían producir muy buena harina para la mesa celestial. En fin, acerca del mismo tema les hice cuantas reflexiones alentadoras pude, y marcharon con mucho ánimo.

Hoy me asusto, padre mío, al ver cómo en aquellos momentos de tanta amargura, cuando la pobre barquita había perdido el mar en que navegaba, cuando a su rededor todo era descrédito y aun odio, el Señor se sirvió de ella para salvar las ovejitas que sin pasto de verdad, tenía en el Caraño y en el Sarare. Lujo de misericordias y rayo de grandes esperanzas para nosotras fueron estas dos fundaciones.

Se adelanta la fundación del Sarare

Salidas las hermanas del Caraño ya, de un modo el más sigiloso posible, creímos que los padres no se habían dado cuenta; pero como para ir a Urrao debían las fundadoras pasar por Frontino, la noticia les llegó; pero afortunadamente ya tarde para cualquier cosa que pensarán hacer. Esto contribuyó también para que las influencias pésimas de ellos, en contra nuestra, no llegaran al reverendo padre Crespo, cura de Urrao, sino después de que éste hubiera ayudado muy eficazmente a la fundación. ¡Bendito sea mi Dios! Verdad es que esa misioncita ha sufrido mucho después, a causa de esta mala influencia, pues el padre, perdió el entusiasmo y por decirlo así, abandonó las hermanas e hizo que sus amigos de Urrao no las favorecieran debido al desdén de él, sin duda; pero mucho fue haberla evitado en los principios cuando era indispensable.

En aquellos días también tuvimos la pena de que pasara de Santa Rosa, en donde era obispo nuestro fundador, el ilustrísimo señor don Maximiliano

Crespo, a ocupar la sede arzobispal de Popayán⁸⁷, por consiguiente, se nos alejaba demasiado y como no le quedaban misioneras en su jurisdicción, no quedaba comprometido con nosotras a nada. Alternativas entre penas y consuelos, como siempre en las obras de Dios, fue entonces.

Continuamos en los arreglos de la misión del Sarare, admiradas que de tan pequeño grano de arena, como fue lo del papelito que me dieron las Madres Betlemitas, fuera a salir una montaña de beneficios. Ya me había comunicado con el ilustrísimo señor obispo de Nueva Pamplona, en respuesta a una mía, precisamente a la en que le ofrecía que, si nos apoyaba, iríamos a trabajar por la conversión de los tunebos de su diócesis. Como en ella le decía que me daba pena hacerle ese ofrecimiento porque qué diría él que unas pobres mujercitas se metieran en cosas tan grandes, pero que me resolvía a hacerlo porque como Dios, a pesar de todo, nos había llamado a tan excelsa vocación, no podía detenerme. Él me decía de modo consolador que no se asombraba que Dios asociara la mujer a ninguna de sus obras, desde que conocía que la había asociado tan maravillosamente a la obra de la Redención, haciendo a María Corredentora del linaje humano.

Estas palabras del santo obispo me llenaron de dulzura incomparable, pues era precisamente lo contrario de lo que los padres carmelitas opinaban, toda vez que sin cesar me enrostraban el querer usurpar los oficios del sacerdote y la suma presunción que para ellos era nuestra vocación. Y como es necesario, padre, tener en la cuenta que cuando uno anda por terreno que no es el suyo, anda con mucho cuidado de que ande mal, siempre tenía yo pena de que se conociera nuestra sublime vocación, porque aunque la sentía tan de Dios, que no me era posible ponerlo en duda, sin embargo, mientras los hombres veían que sí era de Dios y hacían sus pruebas o Dios las daba, yo estaba en prensa y sobre mí recaía el peso de un vaivén de opiniones contrarias y las más de las veces empañadas por odio satánico y calumnias. Por eso cuando recibía alguna palabrita como las del señor obispo de Nueva Pamplona, se me abría el horizonte de la vida. Dios ha de pagarle.

Congreso Misional en Bogotá

Por este tiempo se proyectaba en Bogotá un congreso misional propuesto el año pasado por mí, con la esperanza de que los misioneros reuni-

⁸⁷ Monseñor Crespo pasó a Popayán en Abril de 1924

dos en Bogotá hicieran algo por mejorar las leyes a favor de los indios, pues aunque los gobiernos han sido siempre muy celosos y bien intencionados con los indios, las leyes resultan supremamente deficientes por lo desconocido de los sujetos para quienes legislaban y lo mal que cumplen las autoridades locales, amén de los atropellos de los agiotistas y demás gentes que siempre abusan de los pequeños y de los indefensos. Para ver si se conseguía que el congreso dejara a los misioneros el cuidado de legislar para sus misiones y así se pudiera llegar alguna vez a tener algo fijo y que sirviera para las distintas tribus de Colombia, ya que están en tan desigual grado de adelanto.

Después de haber recibido en mi anterior viaje a Bogotá, del cual tanto he dicho, una promesa muy buena del presidente del Senado, me dirigí al señor nuncio rogándole que convocara un congreso misional. Por lo pronto como él estaba en lucha conmigo, no me dio palabra afirmativa ni de consentimiento ninguno; pero si noté que le sentó bien la propuesta y aun me dijo, que para entonces preparara yo algún trabajito que pudiera servir de base para la ley que se hiciera para la raza catía y demás indios que estuvieran en el mismo grado de atraso.

Me sorprendió pues el Congreso de Misiones porque no tenía fe en que el señor nuncio sí me hubiera atendido, pero bendije a Dios por ello. También en uno de mis viajes a Medellín hablé con un sacerdote que antes de ordenarse se había graduado en derecho civil y él, muy generosamente, me ayudó a hacer como un esquema de esa ley tan precisa para la protección de indígenas incapaces de otras leyes. Este congreso debía coincidir con la conferencia episcopal, de modo que todo se facilitaba entonces para hacer mucho bien. Mas, no son nuestros deseos aunque creamos que son muy para la gloria de Dios, lo que se realiza, sino lo que Dios quiere, siendo a veces el sacrificio de nuestros querer como el holocausto que se ofrece con mayores ventajas para conseguir la mayor gloria de Dios. Pues por esa ley sin duda, mi trabajito hecho con tan recta intención no sirvió sino para el fuego, pues ¿cómo en las condiciones que atravesábamos, iba a un Congreso misional a presentar nada?

Y como a la vez del congreso había exposición misional, como preparativo para la gran exposición de Roma, todos los objetos dignos de exposición y los conocimientos como ya he dicho, que teníamos, los llevaron los carmelitas como cosa propia; no tenía por qué ir ya a abogar por los indios catíos, pues de entre ellos salíamos, aunque todavía no sabíamos a dónde. Total que el trabajito ése, fue holocausto y nada más.

Llamada por monseñor Crespo

Andaba preparando el viaje al Sarare, cuando recibí un telegrama de Bogotá, en el cual el señor Crespo que estaba en la conferencia y asistía a lo de la exposición misional, me decía: Véngase inmediatamente; aquí espérola hasta (no recuerdo qué fecha). Dejé pues a las viajeras que debían emprender su vuelo hacia Santander y viajé con una de ellas. Las otras, debían esperar al sacerdote que el señor Afanador, obispo de Nueva Pamplona, mandaría por ellas y luego nos encontraríamos en Bogotá con las dos que partíamos adelante.

Salí pues para Bogotá con la hermana María del Rosario. Ya desde el camino, en un barco que viajaba, alcanzamos a ver al reverendo padre Samuel Ramírez, gran bienhechor de la misión del Sarare y que venía por las hermanas. Todo había quedado arreglado para que lo recibieran en San Pedro y allí debían hacer también, la ceremonia de nueva fundación.

Vencida por la misericordia de Dios

Una observación conviene que haga: Desde la última entrevista con el señor Arteaga quedé notificada que estábamos arrojadas de la prefectura y que allí nada teníamos que esperar, toda vez que la autoridad eclesiástica nos rechazaba; sin embargo, no pasó por mi mente la idea de ¿a dónde nos vamos? Ni a las hermanas se les ocurrió la pregunta. ¡Parecía como que esperábamos a alguien, que hubiera quedado en venir a colocar la Congregación!

En esto se ve cuan ventajosa es la confianza. Ella encierra en sí el remedio para todo: la paz y la serenidad en los casos más apurados; pero a pesar de confesar eso, me asusto hoy de que no nos hubiera inquietado el a dónde íbamos, puesto que los caminos y diligencias naturales son obligatorios; ¡pero era tan magna la dificultad! ¡Resultaba mas cómodo echarse que obrar! ¿Y cómo no echarse uno cuando nada puede y tiene un tan buen almohadón cual es el brazo de Dios?

Hace muchos años que estoy echada, rendida y vencida por las misericordias y cuidados de Dios. Por eso le repito frecuentemente: ¡Venciste Señor y en mi calidad de derrotada, no me queda sino esperarte en el sitio de mi derrota, echada, dejándome querer! ¡Pues echada estaba cuando salí para Bogotá y cuando emprendí la prueba de conversión de mis dos amadas delincuentes!

Al llegar a Bogotá, en la estación donde debíamos dejar el ferrocarril, encontramos un sacerdote que enviaba el señor Afanador, quien se encontraba en Bogotá, con motivo de la conferencia episcopal, a encontrarnos para conducirnos a Las Aguas, en donde ya nos tenía preparado el alojamiento, en el orfanato del Niño Jesús de Praga, dirigido por las Hermanas de la Presentación. Desde el camino, este sacerdote nos dio idea de las dificultades que allí nos esperaban.

Efectivamente, los reverendos padres carmelitas, es decir el reverendo padre prefecto y el reverendo padre Severino, habían sabido poner las cosas en punto conveniente para ellos. Al presentar como propios nuestros trabajos de Urabá, informaron también pésimamente de la Congregación, como para asegurarse mejor el triunfo social y ante los superiores eclesiásticos; en un cine presentaron ante lujosísima concurrencia, diferentes vistas de la misión exhibiendo por supuesto, nuestros trabajitos y haciéndose dueños de ellos. Entre las películas que presentaron había la de los niños que teníamos en San Pedro, en la cual aparecía el señor prefecto, como enseñándoles a los niños a tejer. El padre a la vez que mostraba las películas explicaba lo que era. En esta explicó bien el cómo tenían un internadito de indígenas en San Pedro y que en esa vista se veían los adelantos obtenidos, etc.

El señor Crespo, en cuya jurisdicción está San Pedro y que era el verdadero fundador del internado que por eso se llamaba "Indo-Crespo", se calló por lo pronto. Pero a primera oportunidad, estando el señor prefecto con el señor García y con otras personas, si mal no recuerdo, llegó y le dijo:

- Señor prefecto, ¿en donde es que usted tiene ese internado cuya vista presentaron hoy?
- En San Pedro, respondió muy azorado.
- ¿Ignora usted, le repuso el señor Crespo, que he sido obispo de Santa Rosa y que San Pedro me perteneció? ¿Ignora que yo soy testigo de que las misioneras solas fundaron ese internado con trabajos sin cuento y que usted no les ha dado ni un maravedí?
- Sí, repuso; ¡pero los indios son míos!
- Buen título de propiedad, le contestó el señor Crespo muy enojado, sepa que le voy a sacar la Congregación de la prefectura para que no tengan más a quien hostilizar.

- Palideció el señor prefecto y ya muy enojado contestó:
- Puede hacerlo y el día que ellas salgan de la prefectura, nosotros cantamos un Tedeum.
- Está bien, contestó el señor Crespo y salió a ponerme el telegrama de que he hablado ya y en el que me llamaba con urgencia a Bogotá.

Otro incidente penoso

Otro incidente penoso ocurrió en una de las sesiones del Congreso Misional y fue que el señor Builes, quien acababa de ser consagrado obispo de Santa Rosa en reemplazo del señor Crespo, pidió a toda la asamblea de misioneros que hicieran un saludo a las misioneras que estaban para llegar, de paso para el Sarare. Esta proposición fue aplaudida por supuesto, por varios eclesiásticos y algunos seglares muy principales, pero objetada por los directores de la sesión, quienes inmediatamente que sonó la proposición, frunció el ceño. Pocas palabras probaron que de todo punto era imposible que pasara y alguno indicó al señor Builes que recogiera o diera por retirada la proposición, a lo cual se opuso el señor Eduardo Zuleta en nombre del auditorio seglar. También a él le indicaron la conveniencia de no provocar nuevos argumentos y todo quedó terminado.

Esto estaba muy reciente cuando llegué a Bogotá, y naturalmente todos se apresuraron a referírmelo, por lo cual conocí que todo era efecto de las influencias del señor Arteaga ante las autoridades eclesiásticas. Por supuesto, que yo bendije a Dios porque no hubo el tal saludo; pero sentí mucho la contrariedad que tuvieron los que estimaban la Congregación. A pesar de todo, nos sirvió aquello para saber que los padres carmelitas no obstante sus triunfos, y el tenernos ya casi fuera de su prefectura, continuaban procurándole mal a la pobre Congregación. En esto no puede menos de verse la mano de Dios que quiere purificar su obra y nuestras almas, porque ningún bien les venía a ellos de nuestro mal y es preciso tener en la cuenta que les habíamos hecho todo el bien que pudimos y que ellos son sacerdotes buenos. No es pues posible pensar otra cosa.

Ya nuestras amistades con el señor Builes habían comenzado desde que había sido electo y había manifestado mucho contento de tener en su jurisdicción el internado de indios y se ofrecía muy generosamente a ayudarlo a la Congregación en lo que pudiera. Acababa de conocer nuestras dificultades con los padres carmelitas y había manifestado mucho sentimiento

por todo; pero si he sabido que a él se le iba a ocurrir pedir ese saludo, le habría suplicado prescindiera de él, aunque no fuera sino por evitarnos popularidad, que es a mi alma como azufre, ¡me ahoga!

Salida de la prefectura de Urabá

A poco de haber llegado a Bogotá, me refirió el señor Crespo lo ocurrido entre él y el señor Arteaga y que para ver cómo salíamos de Urabá, me había llamado.

Para convenir en algo definitivo, se reunieron en la pensión Santa Inés, contigua a la nunciatura los señores Crespo, Toro, (obispo de Jericó y Antioquia) Afanador y Builes. Integramos la reunión la Madre María del Rosario y esta servidora.

Hicieron los señores obispos que expusiera a grandes rasgos los asuntos de los carmelitas; lo hice con la mayor exactitud que pude y en orden, pero cuando llegué a lo que me dijo el señor Arteaga de la dificultad que las hermanas estaban formando en Turbo, con hacer a las niñas capaces de sostener su virtud, me dijeron casi a una, ¡basta, con eso hay! Eso es inconcebible y bastante para descorazonar a cualquiera.

Luego el señor Crespo pidió la opinión de cada uno, y todos opinaron que debíamos salir inmediatamente. Sólo trepidó un poco el señor Toro, movido por la compasión de los pobres indios del Occidente de Antioquia; sin embargo, en vista de que ninguna otra cosa podía hacerse, dio su opinión. Allí mismo, volviéndose el señor Crespo hacia el señor Builes, le dijo: ¿Vuestra Señoría les recibe el Noviciado? A lo cual contestó que con el mayor gusto. El señor Afanador también mostró voluntad de tener la congregación en su diócesis. Convinieron allí y me ordenaron pasar una nota al señor Arteaga pidiendo licencia para levantar las casas que tenía en la prefectura, que eran: Dabeiba, el Pital, Turbo y Murri. Aparte, le dirigí comunicación, pidiéndole la salida del noviciado. Otra nota debía pasar al señor Builes, pidiéndole la admisión del Noviciado.

Me advirtieron que la llevara o mandara de modo que fuera entregada, la para el señor Arteaga, en propia mano y que si, a los dos días no había contestado, todos los señores obispos se le presentarían a pedirle la respuesta.

Les di cuenta, en seguida, de la respuesta dada por el reverendo padre Maroto, al enviarle los documentos para pedir el decreto Laudatorio, esto

es que para el reverendo padre las Constituciones no presentaban inconveniente alguno para el decreto, tampoco el fin y objeto de la Congregación; pero sí creía él que se demorarían en darlo, porque aún eran muy pocas las religiosas que componían la congregación y porque aún no teníamos votos perpetuos. Todo lo celebraron mucho y convinieron en que ya era tiempo de que tuviéramos la licencia para hacer los votos perpetuos aquellas que llenaran los requisitos exigidos por las Constituciones y en fin, que ellos enviarían ahora otra carta colectiva pidiendo de nuevo el decreto.

Todo en la reunión fue muy consolador para mi alma y llena de agradecimiento lo comuniqué a las casas, indicando a la de Dabeiba que procediera a vender lo que había y anunciándoles la salida definitiva del noviciado.

Claro que esto no lo hice sin mucho sentimiento, sobre todo eso de ordenar la venta de la casita que fue cuna de la Congregación y que era obra de las primeras hermanas, raíces del Instituto, amasada, por decirlo así, con sus sudores. ¡Ah! eso es duro sobremanera; pero cuando Dios muestra de un modo tan claro su divina voluntad, no hay sacrificio que ella imponga y que se vuelva demasiado duro. ¡Todo es fácil cuando el amor de la divina voluntad es la divisa del alma!

El señor Arteaga contestó oportunamente que daba los permisos pedidos, con lo cual ya sólo había que pensar en salir. Todo lo dejé a cargo de las hermanas María San Benito y María San José, quienes tendrían que preparar la salida y recogerse todas en San Pedro mientras tanto. La casa central funcionaría, mientras yo estuviera en Pamplona, desde allí y después al lado del noviciado en San Pedro, mientras se determinaba cómo debía colocarse.

El señor Builes se mostraba afecto

El señor Builes cada día se mostraba más y más afecto a la Congregación y bendecía muy de corazón a Dios porque la tendría en su diócesis. El fue quien recibió el encargo de encabezar lo de la carta colectiva y enviarla a Roma.

Llevó al orfelinato, nuestro domicilio, un fotógrafo y tomaron varias vistas de las viajeras para Santander con él; nos hizo plática muy encomiástica y todo parecía que iba a desarrollarse en él, el gran defensor de la Congregación.

Un día que llegó a visitarnos al orfanato, cuando estábamos comiendo, la Madre Enriqueta, directora del establecimiento, le obsequió comida y estuvimos en mucha confianza. En la conversación me dijo:

- ¡Ay madrecita, que contento me siento por tenerlas a SS. CC.
- Perdóneme la franqueza, ilustrísimo señor, le dije; pero yo no estoy contenta.
- ¿Por qué? me dijo.
- Pues porque a mí me han peleado mucho siempre; he vivido siempre en luchas de persecución y de guerra u oposición y vuestra señoría se llama Miguel, como quien dice el peliador del cielo; fundó un periódico que se llama La Espada, otro que se llama Adalid; luego ha tomado por lema de su episcopado, pelear las peleas del Señor. ¿Dígame si no ha de darme miedo?

A lo cual él me respondió:

- No importa, madrecita; porque yo no le voy a pelear a su reverencia sino que antes peleo por su causa y la defiendo.
- Dios lo quiera, fue mi respuesta.

Más adelante se verá si mis temores eran casi profecía, pero ¡ay! profecía demasiado natural. Era pura previsión muy fundada. Él sin embargo quedó muy tranquilo y esta servidora muy entregada a la divina voluntad.

Opinión de monseñor Vicentini

Por no estar muy bien de salud no pude visitar en esta vez al señor Vicentini; pero envié a las hermanas para que le pidieran su bendición, tanto para ellas como para la misión del Sarare. Fueron recibidas con mucha amabilidad y las invitó para volver, no obstante que la visita duró tres horas, las cuales gastó en examinarlas de cuanto se le ocurrió acerca de la Congregación.

En la visita siguiente que duró todo un medio día les dijo desde el principio:

- De esta visita deben sacar alguna ventaja espiritual; por lo tanto vayan al confesionario.

Allí pudo cogerlas a sus anchas para mejor examen acerca de la Congregación y sus usos y costumbres. La última que se acercó fue la hermana

María de la Asunción y al terminar ella le dijo: Mire excelentísimo señor: Yo estoy muy joven y necesito saber de sus labios si esta obra en la que trabajo con mucho gusto y contento, no es de Dios, porque si no lo es, yo me retiro inmediatamente para ir a otra parte. A lo cual él le contestó: No, no se retire; esta obra es de Dios y las constituciones son para santificar; esté tranquila que las estudiamos mucho, precisamente por eso mismo; porque tiene notas que revelan ser de Dios ¡y necesitamos que todos estén convencidos! Viva muy contenta en su Congregación que es de Dios.

Por esta nueva nota del señor Vicentini comprendí que sus dudas y desconfianzas eran métodos y plan conveniente quizás para que los superiores ayuden a depurar las obras. Sin duda las malas informaciones del señor Arteaga también contribuyeron a lo mismo, y además, me dieron a mí algo que sufrir, circunstancia que me hace vivir muy agradecida.

¡Y cómo no, padre, cuando al sufrimiento le debo quizás la santa libertad con que mi alma hoy vuela libremente sin más anhelos que los santísimos del adorable Corazón de Jesús; sin más oficio que cuidar de los intereses de Dios y sin más dicha que la de sufrir por ver a Dios tan poco conocido de los hombres y su Nombre tan ofendido y blasfemado! Benditos sufrimientos que labran el alma, la adelgazan como saeta, y la ponen en estado de liquidarse delante de la soberanía de Dios.

CAPÍTULO LV

- HACIA EL SARARE - A ORILLAS DEL CHICAMOCHA - PASO POR
ENCISO - EL TOPE DE CERRITO - PASO DEL PÁRAMO DEL
ALMORZADERO - HOMENAJES - ENCUENTRO CON LOS PADRES
EUDISTAS - ENTRADA A PAMPLONA - EL PADRE LE DOUSSAL,
BENEFICIO SINGULAR - HABÍA OLVIDADO HACERME SANTA
- PLÁTICA DEL PADRE URIBE - DIRECCIÓN ESPIRITUAL
- EL ARREGLITO CON DIOS

*"Ensanchaste mis pasos delante de mí y no se
debilitaron mis pisadas". (Sal 17,37)*

Hacia el Sarare

Salimos de Bogotá en una mañana lluviosa que nos hizo parecer valerosos a los que nos vieron partir, pero que para mí era cosa muy aparente para una partida misionera, ya que el apóstol o la apóstol, si se me permite la expresión, supone siempre al partir, que la naturaleza le ha de hacer violencia y que los elementos le serán adversos; así como los hombres y cuanto a su paso encuentra. Por eso, salir en una mañana lluviosa y de aquella tierra frigidísima era un buen salir para una misión apostólica.

Mi alma iba tan en su elemento que, aunque la alegría ya me es difícil, creo que iba alegre. Y digo que la alegría me es difícil porque es necesario distinguirla del gozo. La alegría si se quiere, es una virtud; pero dista mucho, a mi modo de ver, del gozo. Aquella es como más de las capas exteriores del alma; éste es íntimo, es decir, de su parte superior, de la médula del alma por decirlo así; de aquella parte en donde Dios se une al alma elegida y fiel.

Creo, padre, que no me falta la alegría como virtud porque la he procurado siempre; pero aquella mañana era como brote de gozo interior muy delicado. Y cuento padre, con que eso es raro en mí, porque las jornadas misioneras, las obras que podían dejarme alguna satisfacción de hacer algo por mi Dios, suelen producirme mucho dolor íntimo porque en ellas se me revela más, la impotencia propia para el servicio de Dios y me parece hasta ridículo que se llame grande lo que tan pequeño es, en comparación de lo que habíamos de hacer por Señor tan grande, poderoso y bueno. ¡Las obras colosales de los santos, son sólo colosales a nuestros ojos tan pequeños; pero qué mezquinas se ven cuando pensamos en la grandeza del Señor

a quien deben honrar! Por eso, siempre que he emprendido algo de lo que los demás hablan como de meritorio, grande y bueno, tengo cierta amargura por ver lo poco, lo mezquino, lo frío del servicio que a Dios hago.

Me parece que me he hecho entender, padre, y que aunque a las personas que ven las cosas por el sólo lado natural puede parecerles contradictorio esto, creo que para vuestra reverencia no. ¡Ay! ¡Cuántas contradicciones aparentes vemos en las sagradas personas de Jesús y María. Parece que las profundidades de la Encarnación son todas para nosotros, contradicciones! Prueba de nuestra débil comprensión y nada más.

Aquel mismo día llegamos a Belén del departamento de Boyacá, después de caminar 50 leguas en auto, según nos dijo el conductor. Por primera vez supe lo que era cansancio del auto y quizás es más fuerte que el de la bestia. Llegué a la cama. Las hermanas sin duda más guapas y además, más delgadas, se cansaron poco.

Allí descansamos un día esperando las bestias que debían llegar de Pamplona; pero ¡digo descansar! Tuvimos fiesta pues el reverendo padre Ramírez, de acuerdo con el señor cura, arreglaron de modo que nos hicieron una fiesta religiosa en la cual el señor cura, anciano muy respetable, reunió los feligreses que pudo, incluyendo las comunidades de la población, hizo un sermoncito hermoso en el cual nos felicitaba y elogiaba el celo de la Congregación. Pero no pasó aquello sin que yo tuviera la primera contrariedad o pena, porque en pleno sermón el señor cura me ordenó hablarles allí mismo a los concurrentes. Me acordé al momento de aquello de San Pablo: "En los templos, callen las mujeres", y quise hacerme remisa; sin embargo el señor cura continuó ordenándome y manifestó que no terminaría aquello sin que dijera algo a los concurrentes, por lo cual me dije: Pues si San Pablo lo prohíbe, yo no hago más que obedecer; este padre sabrá cómo responde al respecto a la palabra de San Pablo.

Entonces me resolví a decirles algo; no recuerdo qué les dije pero sí me doy cuenta de que terminé pronto, diciéndoles que con el mayor gusto iríamos en seguida a la casa cural, si el señor cura lo tenía a bien y que allí les diría algo de los infieles y de la congregación porque tenía fuerte pena de hablar en la iglesia. Con esto, una vez terminada la función, todos se dirigieron a la casa cural y allí en una gran sala animé a las jóvenes un poco a penetrarse de la necesidad de trabajar algo por las almas y les referí algunas historias de las misiones, indicándoles las diversas maneras de ayudar a las misiones que allí podían tener.

Muy bondadoso el señor cura y los concurrentes se mostraron agradecidos; pero esta pobre servidora quedó como con la soga al cuello, pensando en lo maluco que había sido hablar en la iglesia. ¡Ay, Padre! si yo hubiera sido hombre y sacerdote, lo confieso, habría predicado demasiado quizás; pero mujer... Dios mío, ¡que intrusa me siento!

Por educación o por no se qué, me ha fastidiado siempre la mujer salida de su puesto y además, no he reconocido que Dios haya hecho ninguna excepción en mí para esas cosas. Sin embargo ya ve padre, cómo he tenido que abrir la boca muchas veces en público. Cuando estudiaba en la escuela normal, varias veces me escogieron para declamar en los actos solemnes y luego que estudiaba un poco la composición en el primer ensayo procuraba hacerlo mal, mostrar dificultad para las inflexiones de la voz, con el fin de que me eximieran de la declamación. Y cuente padre, que no me sentía mal dotada, ni tenía excesiva vergüenza, no; era puramente por el deseo de pasar desapercibida y la mucha repugnancia que sentía por la mujer que deseaba aparecer.

¡Pero como es Dios quien me ha dirigido, no ha hecho caso de mis repulsiones. Bendito sea!

A orillas del Chicamocha

De allí nuestra jornada alcanzó hasta un punto llamado Tipacoque, algo como una hacienda en donde nos hospedamos de un modo que llamamos muy misionero, esto es, muy incómodamente. Allí llegué tan cansada que le supliqué al padre Ramírez que si habíamos de cumplir la promesa que él había hecho de llegar en determinado día a Pamplona, se adelantara con las hermanas y me dejara con una y uno de los peones para que así yo resistiera el viaje y no perdieran en Pamplona los preparativos de recepción que tenían para el día indicado. El padre no consintió en ello sino que me ofreció muy generosamente, hacer el viaje como yo pudiera aunque tuvieran que perjudicarse algo en Pamplona. Tuve pena naturalmente, pero como no era sólo cansancio sino verdadera impotencia lo que tenía para jornadas largas, acepté muy agradecida.

Al día siguiente salimos un poco tarde, precisamente por mi cansancio y fuimos a almorzar al puente del Chicamocha, cerca de Capitanejo. Mientras estábamos allí el señor cura de Capitanejo nos visitó muy atento.

Un rato nos dejó el reverendo padre allí descansando y durante ese tiempo recorrimos el puente y pudimos admirar el río. Sentadas en una piedra les hice a las hermanas una instruccióncita referente a la necesidad de valor para estas cosas de misiones y cómo sólo el sentimiento de la mayor gloria de Dios podía infundirlo de un modo seguro, porque los móviles humanos como la vanidad, el entusiasmo o el deseo de ganancias materiales sólo lo infundían hasta cierto punto; pero que sólo el amor de Dios y de su gloria lo daban hasta la muerte.

¡Bendito sea mi Dios que me ha inspirado siempre el sostener con tesón raro, la rectitud de intención de mis hijas! ¡Es que es tan duro sacrificarse tanto por otra cosa que no sea Dios! Pues allí, a orillas del Chicamocha, en los momentos en que íbamos a entrar en lo espiritualmente peligroso para las misioneras, las previne especialmente contra la vanidad, aun sin saber que en Santander habían de tener algunas oportunidades de practicar lo enseñado. Porque de allí en adelante todo fue ovaciones a las pobres misioneras.

Pero lo que hay de especial en esta asistencia de Dios, es que Él inspire con esa Providencia tan precisa, lo que en cada caso se necesita. No sospechábamos que en Pamplona ni en ninguna población se nos fuera a recibir con entusiasmo, antes al contrario, el padre Rochereau había escrito que, como Santander era un pueblo frío, poco entusiasta, aunque muy sincero, no esperaríamos encuentros ni ovaciones. ¿Y por qué en las puertas mismas de Santander se me ocurre darles a las hermanas enseñanzas de esas cosas y de la manera de conservarse en humildad, a pesar de los elogios? ¡Es que Dios no se hace esperar con lo que necesitan aquellos que le sirven. Eso es un hecho!

Paso por Enciso

Aquel mismo día fuimos a Miranda, no precisamente porque hubiera que pasar por aquel sitio sino porque el señor Cura parece que se lo exigió así al reverendo padre, nuestro conductor. A poco de pasar a Capitanejo, encontramos un puente sobre el río Servitá, muy peligroso, en el cual hubimos de echar pie a tierra para pasarlo con alguna seguridad.

Al frente de Miranda, divisamos el campo y población de Enciso, célebres en la historia de la última guerra en Colombia; pero lo muy curioso y

que entonces no supimos nosotras, fue que en el instante en que pasábamos frente a aquella población, se hundió sin estruendo de ninguna clase, un campo como de unas tres cuabras de extensión.

En aquel sitio no son frecuentes los hundimientos y quizás sea el único que ha habido. ¿A qué puede atribuirse? El sacerdote que me refirió la cosa dice que a la furia del diablo por la entrada de las misioneras que le arrebatarían las almas de los tunebos. Esto, pues, es suposición del buen padre. Pero sólo Dios sabe. Sin embargo, después de tener mucha experiencia de las cosas del diablo en las obras de Dios, de su rabia y de las veces que le hemos visto meter la uña para quedar burlado por la acción amorosa de Dios, no le queda difícil a uno darle la razón al padre.

Aquella misma tarde tuvimos discursos a la entrada y una velada muy propia para misioneras. A la mañana siguiente una misa solemne con sermón. El padre Quirós, cura de Molagavita, desempeñó el púlpito con lujo de unción y de dicción. Todo esto era de animarnos mucho, porque esa fe de los pueblos es un lenitivo para los dolores tan intensos que se sienten por la pérdida de tantas almas en el mundo. Al menos en estas poblaciones sencillas se conserva la fe y queda la esperanza de la salvación de sus habitantes. ¡Pero en las ciudades...!

De allí nuestra jornada fue muy corta, pues por contentar al señor cura de Málaga, resolvió nuestro conductor que, saliendo tarde de Miranda pernoctáramos en Málaga. También salieron allí a nuestro encuentro los colegios y comunidades de la ciudad.

El tope de Cerrito

Tampoco en Cerrito habíamos de esperar mucha hospitalidad, nos decían, porque es población un poco indiferente y además, como queda al pie del Almorzadero, teatro de tantos crímenes, los habitantes del Cerrito, cargan la fama de favorecedores de los salteadores de este páramo. Nos previnieron pues de que era mejor que pasáramos de largo a buscar posada en una casita que queda al principiar la cuesta que conduce al páramo; sin embargo al entrar a Cerrito encontramos algunas gentecitas que desbandadas salían a nuestro encuentro; pero como eran del pueblo y no llevaban directores, no se atrevieron a hablarnos sino que se contentaban con seguirnos a alguna distancia. Nosotras nos resolvimos a no hablarles más que el saludo que se le da a los desconocidos que uno encuentra en la vía, porque tampoco nos resolvíamos a pensar que fueran gentes adictas que salían a hacernos atención.

Mucho me dio qué pensar este incidente. Estas pobres gentes fueron sensibles a la llegada del bien a su tierra, como por instinto, como dijéramos, si no conociéramos que hay gracias especiales que Dios reserva para los pequeños y los humildes. Ellos con su natural timidez, no nos hablaron ni hicieron notar su presencia, ni exigieron de nosotras ni una mirada de reconocimiento, ni creyeron que su acto de encuentro tuviera algún valor; ¡pero Dios que los dirigía, sí se daría mucha cuenta de la docilidad con que atendieron a la inspiración que los obligó a salir a recibir, lo que iba en nombre de Dios a darle la fe a la pobre raza tuneba de su vecindad y quién sabe cuántas gracias les concedería después para su eterna salvación!

Así son los actos del justo humilde; son brote de la inspiración de Dios, seguida con docilidad, sin darse importancia y aún con deseo de quedarse desconocidos. A cuántos de estos pobres les habrá dado Dios la vocación de ejercer algún apostolado a su alrededor, guiados por el ejemplo de esas misioneras que iban a exponer su vida y su salud por las almas de los tunebos. No conocemos los tesoros que Dios da y muchas veces las mismas almas que los reciben los ignoran y los usan sin ver el brazo que los empuja. ¡Bendita sea tu Providencia, Dios mío!

En medio de esas gentes que no supimos reconocer como amigos, entramos a Cerrito y llegamos a casa de una amiga del padre que nos conducía y cuál fue nuestra sorpresa cuando vimos que en aquella casa, pobre sin duda, no sólo nos ponían buena comida sino que habían arreglado piezas con muy buenas camas para las ocho hermanas y pieza para el padre. Allí no había cura, si mal no recuerdo; aquello era administrado por el señor cura de la Concepción. Sin embargo, fuimos atendidas tan bien que el reverendo padre tuvo pena de hacerles perder todos sus preparativos y determinó que no pasáramos de ahí aquel día.

Muy agradecidas, salimos de aquel pueblo, después de oír la santa misa que celebró nuestro conductor y tomar la sagrada comunión a las cuatro de la mañana. A poco de salir de Cerrito, empezamos la pendiente que nos subiría al celebre Páramo del Almorzadero.

Paso por el páramo del Almorzadero

Allí supimos que para nuestro paso por aquel páramo habían mandado de Bucaramanga una guardia de trescientos hombres y de Cúcuta otra del mismo número. De modo que seiscientos hombres harían respetable nuestra presencia en el páramo como quien dice: ¡Un ejército guardando el

paso de unas hormigas! Esto produce cierta hilaridad a quienes no saben lo que es el páramo y lo que sería la misión del Sarare en Santander, como nos la produjo a nosotras al principio.

Pero es necesario saber y conocer que el páramo ha estado invadido por salteadores criminales y forajidos desde hace muchos años y que en él se han visto escenas de sangre terribles y que la vigilancia de los dos departamentos entre los cuales se encuentra, no ha sido bastante para acabar con aquel inconveniente. Ha habido vez que hayan cogido sesenta criminales allí y no se ha notado la disminución de ellos.

A tal punto han llegado las cosas del páramo que el gobierno general, si no se me ha informado mal, ha ordenado que no los cojan sino que quien los vea les dispare sin misericordia.

Ahora bien, que se tenga tanta vigilancia cuando pasa un correo rico o familias y personas que lleven muchos intereses, se concibe, pero que para la pasada de ocho inofensivas e indefensas mujeres tengan que poner una guardia de esa calidad, no se ve la razón. Esto lo decía yo al reverendo padre que nos acompañaba, él me explicó cómo esos bandidos eran procedentes de Venezuela y como la misión del Sarare perjudicaría a Venezuela, puesto que abriría un camino para los ganados de los llanos con lo cual se acababa al gobierno venezolano la renta del peaje de los ganados que pasaban para el interior de Colombia y era de suponer que los bandidos querían prestarle a su patria el buen servicio de impedir la misión del Sarare, asaltando y quizás matando a las pobres mujeres que iban a empujarla. Así sí pude explicarme el por qué de aquella medida de seguridad tomada por dos capitales importantes.

Por otra parte, sólo viviendo en Santander se sabe lo que es el Almorzadero y sus bandidos.

Muy larga se nos volvió aquel día la jornada, sin duda por el intenso frío del páramo, pues atravesándolo se gasta casi el día. Conocimos el sitio de la cruel carnicería que hicieron los bandidos en unos hombres y un sacerdote a quienes despedazaron; se ven grietas enormes por donde dicen que entran los bandidos a sus madrigueras. Mi alma un poco entristecida con tales historias no me permitió gozar de lo hermoso y raro de aquel panorama. ¡Para anacoretas serían aquellas cuevas una maravilla, pensaba yo; pero en lugar de asilarse en ellas adoradores del Dios que las hizo tan bellas, son madrigueras de ladrones y servidores del diablo!

Homenajes

Aquel día, desde que salimos del páramo, comenzamos a ver cabañitas de campesinos con salida al camino y en cada una de ellas una banderita y algunas flores regadas en el camino como si por ahí hubiera transitado el Santísimo Sacramento aquel día. En las primeras no extrañamos mucho sino que creímos que no distante, en parte no visible, habría alguna poblacioncita de donde saldría aquella mañana el santo Viático; pero como aquello continuaba igual y aumentaba a medida que avanzaba nuestro camino, preguntamos y nos contestaron que era el homenaje que esas gentecitas vecinas a Chitagá tributaban a las misioneras al pasar. ¡Dios mío! ¡qué sorpresa tan agradable tuve con esto y cuánto me animó la fe de aquellas gentes!

Todo esto lo agradecí como hecho en honor de Jesucristo, el gran sembrador de la divina semilla; pues en el fondo, a Él representamos en nuestro apostolado. "Id en mi nombre", ha dicho Jesús a los sacerdotes en la Iglesia, y la Iglesia nos llevaba también en nombre de Jesucristo a regar la semilla de la verdad entre los tunebos y abrirles el paso a esas almas a los sacerdotes, verdaderos derramadores de la semilla divina en la administración de los santos sacramentos y en la predicación de la verdad. ¡Qué misericordia la de Dios al llamar a pobrecitas y ruines pecadoras a ayudar al apostolado del sacerdote! ¡Dios mío, cómo me dio deseo de hundirme de humillación ante la grandeza de tu misericordia que, como dice un salmo, se extiende eternamente y abarca a cuanto Dios ha creado!

A la entrada de Chitagá encontramos el pueblo casi entero reunido para presenciar nuestra entrada y a poco la banda de música que tocaba alegremente celebrando nuestra llegada. Ya puede suponerse, padre, que no fue para nosotras nada agradable aquello que nos sacaba por un momento de la vida oscura a que aspiramos y hemos prometido a Dios. Sin embargo con el sentimiento de que aquellas ovaciones serían las que a Cristo no hicieron al entrar a tantos pueblos que recorrió en su vida mortal y que ahora se las hacían a las que iban en su nombre, nos consolábamos y en mi interior se las ofrecía con toda el alma.

Un señor comisionado al efecto por la municipalidad de Chitagá, nos dirigió la palabra antes de entrar a la plaza. Apenas él terminó nos quedamos esperando que el padre que nos acompañaba respondiera siquiera para darle las gracias a aquel pueblo que apiñado esperaba; pero él en lugar de hablar, me ordenaba a mí que lo hiciera. Aturdida, por decirlo así, rehusé

hacerlo al principio, pero ante la voz y voluntad de un sacerdote no tengo fuerza de resistir y me resolví a hablarles, lo que no sabía ni sé.

Con mucho gusto estampara aquí lo que dije; pero no lo recuerdo. ¿Les diría algo de lo mucho que estaba sintiendo al ver la fe de ese pueblo? seguramente. Lo único que sé es que se mostraron agradecidos y hasta fervorosos. ¡Dios mío! en esta vez no tuve mucha pena de hablar en público, como era de esperar, porque el sentimiento de que aquel pueblo ovacionara a Cristo en nosotras me tenía tan llena de amor y agradecimiento que casi hubiera hablado sin notarlo. Me salía como del fondo del alma.

Encuentro con los padres Eudistas

Pero algo muy desagradable me esperaba en la casa del señor cura en donde nos tenían preparada la comida y la dormida. Cuando las señoras de la casa nos condujeron al dormitorio me señalaron una cama muy lujosa, arreglada especialmente para mí. Qué impresión tan desagradable sentí al reconocer que toda estaba perfumadísima y llena de cosas lujosas. El por qué de mi mala impresión ya puede adivinarlo, padre, pero lo que no acierto a entender es por qué las demás atenciones me causaron impresión tan agradable y mística y ésta ¿por que me afligió y me fastidió hasta lo sumo?

¡Era ya tan personal la estimación que esto denunciaba! Pero también pude hacerme alguna reflexión que mitigara mi fastidio; sin embargo, nada me valió y quedé bajo esta impresión desagradable mucho tiempo. Tanto era esto, que si hubiera vuelto a pasar una noche en Chitagá, no la hubiera pasado en esta casa en donde tanto se esmeraron en atendernos bien.

Al día siguiente, todavía entre fiestas y discursos nos sacaron un pedazo de camino los buenos habitantes de Chitagá. Este día llegamos ya acompañadas por sacerdotes de Pamplona, y el reverendo padre Acosta, a Cócota en donde debíamos pasar la última noche de viaje, antes de llegar a Pamplona. Llegamos a la casa cural muy mojadas por un chubasco terrible que nos calló ya para llegar. Fuimos recibidas con mucha atención por el reverendo padre Valderrama cura de la población. Allí debíamos almorzar, según determinación de Pamplona, al día siguiente; para hacer la entrada a esa ciudad a hora determinada.

Cuando estábamos almorzando, llegaron de Pamplona algunas personas y entre ellas el reverendo padre Enrique Rochereau nuestro compañero de misión y a quien se le debía todo lo que se refiere al establecimiento

de la misión del Sarare. Naturalmente fue aquello un verdadero gusto conocer al benefactor con quien había arreglado todo lo del viaje y de quien esperábamos tanto.

Venía en compañía del padre rector. Sólo Dios puede decirlo, y lo sabremos el día del juicio, todo el bien que hizo en nuestras almas y todo lo que favoreció nuestra misioncita del Sarare y aún nuestra amada Congregación, este reverendo padre Esteban Le Doussal, que no es otro que aquel a quien van dirigidos estos disparates que escribo por obediencia a él primero, y después a los demás superiores.

Entrada a Pamplona

Nuestro viaje hasta Pamplona fue ya un triunfo, una ovación, un estallido de entusiasmo y de la fe de Santander. El seminario Menor, a pie vino a nuestro encuentro hasta no lejos de Cágota y el Mayor, lo encontramos más adelante. En fin, es cosa larga describir lo magnífico de aquel encuentro. Fue verdadera explosión de fe.

Cuando llegamos al alto de donde se destaca Pamplona, hermosa y simpática, el seminario cantó el Magníficat que conmovió todas las fibras del alma. Entonces sí me puse por encima de todas esas cosas al ver el triunfo de la Santísima Virgen que entraba a sus hijas tan perseguidas en Antioquia y tan oprimidas, precisamente por causa de su hermosa misión, a una tierra de fe profunda como para restañarle las heridas que hacían sus enemigos en Antioquia. Bendita la caridad, bendita la misericordia de tan dulce Señora de nuestras almas.

¡Cabe aquí una explicación, padre de mi alma! Por mucho tiempo viví convencida de que era gracia de Dios el poder odiar las alabanzas, los elogios y los laureles de la vida y creí más, que era indispensable rehuir estas cosas tanto como amar las humillaciones y vituperios; pero al entrar a Pamplona tuve una luz clarísima de algo que parece contrario: De modo muy suave sentí en el alma una alegría muy grande y mística que a la vez era luz, con la cual me torné, de manera que todos aquellos elogios, todas aquellas alabanzas y vivas que a mi pobre persona dirigían, no me herían en lo mínimo, ni me eran odiosas como antes, hasta de suponerlas me sentía casi indignada. El entendimiento era iluminado por esta luz y veía muy claro que aquello era pura gloria de Dios, de quien soy hechura y que ¡tanto podían alabarle en mí como en un turpial, en la extensión de los mares, en el estruendo de las cascadas y en cuanto Él ha creado.

Sentía a la vez profunda adhesión a los desprecios y humillaciones, como cosa tan mía, tan propia de mi corazón, tan de mi cariño que casi me consolaba de sólo recordarlas. Parecía que mi alma envuelta en ese cariño delicado por las humillaciones, presenciara un estallido de gloria de Dios, un feliz momento de reconocimiento de la bondad de Dios.

Desde entonces quedé completamente indiferente a las alabanzas y no echo de menos el fastidio por ellas, ni me da miedo de tenerlas; aunque en el fondo de mi alma la humillación sí conserva el primer lugar y es como una propiedad, mientras que las alabanzas son como algo que pasa fuera de mí sin fastidiarme, como pasa la plumita de un colibrí que llevara el viento; no me pesan, ni me halagan. Dios se sirve de ellas para sacar su gloria y no podría odiarlas como lo hacía antes cuando las consideraba mis enemigas.

¿Cómo podrá clasificarse esto? No lo sé. Sencillamente lo expongo como lo siento. Y advierto que no ha sido pasajero este sentimiento. Él persiste en mi alma como el primer día, después de casi cinco años.

Llegamos a Pamplona en medio de la multitud de gentes entusiasmadas y nos llevaron a la casita que con esmero y delicadeza sin igual nos habían preparado y dispuesto unas señoras comisionadas al efecto por el padre Enrique. Al día siguiente, día de nuestra Señora de las Mercedes, el señor vicario, (el señor obispo se había quedado en Bogotá), fue a colocar el Santísimo Sacramento en nuestra hermosa capillita y a bendecir la casa. Hubo mucha concurrencia y una plática muy sentida y entusiasta. Quedamos después recibiendo atenciones de toda clase, tan delicadas y sinceras como no habíamos podido imaginarlo.

En resumen, padre, fueron rápidos y pocos los días de calma en Pamplona, ¡en donde se prometían tan serenos! ¡Así es la vida! No me quejo, sin embargo, porque según es la voluntad de Dios es la mía y días serenos cuando al señor le place enviármelos tempestuosos, fueran para mi corazón, la muerte anticipada.

El padre Le Doussal, beneficio singular

Mientras se comenzaban a ver las dificultades que la misión tendría por los mismos que la promovían, nos dio el Señor entre otros beneficios muy singulares, el de que vuestra reverencia, padre Le Doussal, entendiera muy

bien el espíritu de nuestra Congregación y que en alguna manera como que se ligara cordialmente a ella. Como aun las dificultades estaban en perspectiva y no acostumbro anticiparme dificultades, jamás pude hablarle de ellas; pero sí Dios quiso que desde el momento en que me confesé con vuestra reverencia la primera vez, sintiera tal confianza que comenzara a vaciarle mi alma.

Recuerde con qué facilidad le hablaba de cuantas cosas pasaban por mi espíritu. Además, muy pronto comprendí que sólo vuestra reverencia podía definir ciertas gracias que Dios me hacía y que no habían recibido esa palabra del sacerdote, tan precisa para tranquilizar el alma. Entonces, sí que vi la diferencia entre el reverendo padre Enrique, en quien había pensado que hallaría cuanto necesitaba y vuestra reverencia, porque al principiar los santos ejercicios de aquel año, que hicimos antes de partir para el Sarare, estuve un poco turbada porque el padre Enrique en su primera o segunda plática, dijo que todo el fin de la vida era el hacernos santos y sobre esta verdad recalcó tanto que me dio cuidado de estar en un error, y quise exponerle a vuestra reverencia mi perplejidad.

Había olvidado hacerme santa

Consistía en que ya hacía muchos años que mi alma había olvidado el hacerse santa; esto es, aunque comprendía que la mayor gloria que yo estaba obligada a darle a Dios, antes que ninguna otra, era la propia santificación, había trabajado tanto desde los primeros años en acumular virtudes y obras meritorias para llegar a ser santa; pero después de muchos trabajos me encontraba sin ninguna virtud y sin mérito de ninguna clase.

Cansada de esto, me figuraba que yo era una persona encargada de hacer bello lo que de suyo es feo, ¡o una pobre modista empeñada en vestir un maniquí torcido y mal hecho sin conseguir jamás, mientras más aderezos le ponía, sino ver un esqueleto contrahecho, lleno de cosas como colgadas en una percha! Pensé entonces esto: Si después de mucho tiempo de trabajo llego a encontrarme virtuosa, me llenaré de vanidad, y si jamás las consigo, acabaré por desalentarme. En consecuencia me pareció ridículo eso de trabajar con perspectivas tan desconsoladoras; eso de procurar hacer puro lo que en impura fuente fue concebido, como lo dice el salmista. Me figuraba que estaba barriendo un suelo de pura tierra, al cual mientras más polvo se le quita más da. Y me avergoncé de mí misma; sentí tal odio a mi personilla que, no quería ya para nada tenerla en la cuenta.

En tan angustiada situación, miraba a Dios tan bello, tan santo, tan perfecto y era ése mi consuelo. Por este camino llegué al pensamiento salvador de mi situación. Me dije: ¡Ay! trabajar sólo por la gloria de Dios, buscarle a Él tan amable, amadores; darle a Él tan digno de todo, lo que es de mi cuidado; ver por sus intereses en mí y en todo lo que me rodea, o en todo lo que existe; pasarme al otro lado, es decir no cuidar de si mi bulto se vuelve o no bello; si da o no punto; si tiene virtudes o no las tiene; si resulta o no resulta la santa en bulto tan odioso.

Luego me dirigí a mi Dios y embelesada en su belleza, en su infinitad, le dije: Boto a Laura, Señor; la tiro; si Tú topas con ella y la haces santa, bueno está; ¡pero yo no soy capaz de seguir manejando bicho tan sucio, adornando maniqué tan ingrato, barriendo tierra tan terrosa! Desde ahora y para siempre me pongo a trabajar por tu gloria, por tus intereses, por tus almas tan bellas y tan mal tratadas por el diablo, que las ha hecho inconocibles; ¡casi ni parecen ya obra de tus manos santísimas! En fin, no me sentí ya capaz de trabajar por hacer la santa, porque creo que Dios hace los santos en aquellos que le glorifican y se olvidan de sí mismos por amor a Él.

Desde entonces sentí mayor paz y el júbilo interno de mi alma se hizo constante, aunque en medio de los dolores más intensos, causados por la misma gloria de Dios menoscabada y sobre todo, de ver al Dios de mi alma tan desconocido de los hombres. Un tiempo después de esto, exponiéndole esta clase de penas al padre Elías, tan contradictorias al júbilo de tenerlas, me refirió cómo Santa Teresa sufría enormemente de estas penas; pero aseguraba que no las daba por ningún tesoro y que daría cualquier cosa por no verse libre de ellas, aunque fuera por cortísimo tiempo. Y es verdad, padre mío, es imposible pensar en que esas interiores agonías desaparezcan del alma, sin sentir terrible desolación.

Pues esto que ya era en mí un modo de ser, se encontró muy mal con la enseñanza del padre Enrique, quien decía que el objeto de nuestra vida, era trabajar por nuestra propia santificación. Sentí pues alguna turbación al ver que a mí me era imposible tener como mira en mis acciones eso y quise consultarle en el confesionario como ya he dicho, para si mi camino era un error, ver de enderezarlo. Aquel padre al oírme se alarmó y sin examinar me dijo: No, yo no estoy predicando para usted sino para las hermanas; usted es un alma muy elevada y no sería yo capaz de entenderla ni dirigirla; por eso le he dicho al señor obispo que no seré confesor ordinario aquí y que lo sea el padre Le Doussal. Me levanté turbada, aunque

resuelta a volver a pensar y a obrar por el móvil de mi propia santificación. Un poco fastidiada con el padre, lo confieso, por lo de alma elevada, pues también podía ser mi idea algún desatino o ilusión de la mente, guardé la consulta para cuando llegara la confesión de los ejercicios.

Y fue providencial este incidente del padre Enrique, porque jamás se me había ocurrido consultar acerca de la luz que recibí en la época a que me refiero, ni sobre el camino que había seguido y gracias a esto, lo consulté, pues de lo contrario no lo hubiera advertido.

Ya recordará, padre mío, que en aquella confesión fue lo primero que le consulté. Vuestra reverencia examinó bien mi sentimiento y me lo aprobó. Ya no tuve más inquietud. Y es necesario advertir que cuando esa luz, lo mismo pasa en todas las que son de Dios.

Plática del padre Uribe

Terminados los santos ejercicios, comenzamos ya más de lleno a prepararnos para nuestro viaje al Sarare. Cuando con mayor entusiasmo trabajábamos para emprender la conquista de los amados tunebos, se presentó el padre Uribe, anciano canónigo de muchos méritos que ya se tenía difícilmente en pie, por los muchos años y pidió licencia para hacernos una plática y decir la misa en nuestra capillita. Con el mayor gusto se le concedió y el viejecito lleno de entusiasmo comenzó su plática por aquello del viejo Simeón: "Ahora Señor sacas en paz de este mundo a tu siervo porque ya mis ojos han visto al Salvador".

Explicó cómo él desde niño conocía los pobres tunebos y había suspirado por verlos convertidos a la fe de Jesucristo; que sus oraciones desde joven habían sido por eso y que de tiempo en tiempo se había intentado hacer algo por esos infelices y que todo proyecto había fracasado. Y decía, llorando, el viejecito: ¡Era que aún, en los decretos eternos, no había sonado la hora de la gracia! ¡Ya sonó, dijo suspirando, ya yo como Simeón puedo bajar a la tumba porque ya mis ojos ven de presente las salvadoras de los tunebos y han quedado satisfechas mis ansias de tantos años! Ahora sí Dios mío, dijo mirando al sagrario, saca en paz de este mundo a tu siervo y bendice a estas que partirán a ser las salvadoras de esas almas que han formado mis más amadas ambiciones desde mi infancia. Más o menos así dijo el anciano y terminó llorando. Por supuesto que nosotras también mostramos diamantes en los ojos.

Pensé entonces cuál era nuestra feliz suerte, nuestra dicha de poder ir a poner nuestra vida por las almas tan amadas y cómo Dios, cuando quiere ejecutar las obras de su misericordia con el hombre, con mucha anticipación se busca almas buenas que se las preparen con la oración. ¡Bendito seas en los caminos de tu Providencia, Dios mío!

No es éste el único caso de ver Simeones que suspiraban por la salvación de los tunebos y que nos bendijeran como a la realización de sus ensueños. Muchos sacerdotes nos refirieron cómo hacía cien años, más o menos que los obispos y sacerdotes y aún personas particulares de la Diócesis de Nueva Pamplona, suspiraban por ver a los tunebos en vía de salvación eterna.

Por supuesto que estas cosas aguzaban nuestro deseo y nos obligaban a mayor esfuerzo, a la vez que a la gratitud más acendrada con Dios. Estas noticias hacían además, que no nos fuera extraño el fervor de los pamploneses y santandereanos en general.

Dirección espiritual

Por lo demás, mientras el general entusiasmo y los movimientos de preparación de viaje, me esmeraba en enderezar a Dios sólo, la intención de las hermanas, pues no se me escapaba que ellas eran muy jóvenes y que el aplauso podía engréirlas y hacerlas perder mucho del mérito de la obra.

También el aplauso, aunque como ya he dicho, no me fastidiaba ni me inquietaba, sí me hizo pensar de pronto si sería que Dios compensaba con el aplauso humano mis esfuerzos en pro de los pobres infieles y salvajes y quise someter mi interior a la aprobación de vuestra reverencia, para quedar más tranquila respecto a la lealtad de él; para lo cual antes consulté si aquello tendría razón de ser o sería mera aprehensión mía.

Vuestra reverencia, muy maduramente me respondió, no sin pensarlo, que pues sentía esa necesidad, debía hacerlo. Entonces comencé a dar cuenta de mi interior a vuestra reverencia. Pero noté algo que me parecía la expresión de la aprobación que Dios daba a mi intento. Tan luego como comencé a confiarle algunas cosas de las que he apuntado en estos legajos y que la mayor parte quizás, había recibido la aprobación de otros confesores, iba como descorriéndoseme un velo que me dejaba ver muchas cosas que jamás había advertido pasaran por mi alma, además de otras que sí advertía, pero que no había creído necesario consultar, no obstante mi es-

crúpulo de no hacerlo. Total que en poco tiempo, vuestra reverencia comprendió que mi alma era como una inundación de gracias de Dios, advertidas unas y consultadas; inadvertidas e inconsultadas otras; pero todas con las notas o caracteres de la mano de Dios. Así me lo dijo vuestra reverencia a mí, que estaba asustada de la claridad y facilidad que veía en mi alma para decirle y descubrirle hasta lo más recóndito de ella.

Salía del confesionario confusa y como anonadada de tanta luz y sin conocer el por qué Dios me ponía delante de vuestra reverencia todo lo de mi interior, tan patente que parecía como si actualmente estuviera recibiendo la gracia a que me refería, aunque hiciera veinte o más años que la gracia hubiera pasado por mi alma. Me asustaba de esto porque verdaderamente, para tranquilizarme de la duda acerca de los aplausos, no hubiera sido necesario tanto, ni mucho menos que Dios hiciera luz en mi alma para que entonces advirtiera, por ejemplo, lo que he dado en llamar el golpe del hormiguero que pasó cuando tenía mas o menos seis años y que jamás había expuesto a ningún confesor, porque me había pasado desapercibido. ¡Al decirlo a vuestra reverencia, me parecía que aquella comunicación de Dios se estuviera realizando en mi alma! Otro tanto me pasó con otras cosas, de tal modo que al decir las, muchas veces suspendía de hablar, para interrogarme bien si aquello era una realidad o un fantasma de sueño que allí mismo hubiera inventado mi fantasía.

Recuerdo padre mío, cuantas veces le dije: Esto lo advierto ahora en el momento de hablarle y jamás lo había advertido, no obstante sé que pasó o que lo siento hace más de veinte o veinticinco años; de tal modo era esto, que el tiempo de su dirección, si es que la hubo, o al menos el tiempo en que estuve dándole cuenta de mi alma, lo llamo tiempo de revelación de mi interior. Y era revelación primera, porque siempre ignoré las gracias de Dios en mí; sólo cuando el reverendo padre Elías, según he referido, me avisó de muchas, vine a conocer algo de mí; pero sólo lo que él me dijo. En el tiempo a que me refiero de tratar con vuestra reverencia, mi interior quedó patente delante de mí.

Yo me asustaba de ello y aun recuerdo que a vuestra reverencia le pasaba lo mismo. Ninguno de los dos acertábamos a entender el por qué Dios permitía esto, pues no parece hubiera habido necesidad en mi alma, al menos de carácter serio. Muchas veces me resolví a creer que Dios lo permitía para algo que se propusiera con vuestra reverencia referente a la Congregación. Aun esto está oculto, a mi parecer. Dios sabrá para qué permitió la tal cosa.

El arreglito con Dios

Por estos mismos tiempos se dignó Dios darme lo que nunca había ni sospechado. No sé cómo se llamará, pero en cumplimiento de una obediencia dura, sin duda, pero que debe ser. Tan luego como me acostaba con la resolución de dormirme, tenía un conocimiento de las Tres Divinas Personas, de un modo muy íntimo y distinguiéndolas con suma distinción, por decirlo así; de modo que el concepto de sus propiedades y manera de cómo formarse eternamente, me era claro y muy amoroso. Éstas estaban tan íntimamente unidas a mi alma que como que se perdía en ellas. Como esto era muy íntimo, la parte menos íntima de mi ser quedaba libre, de modo que yo sabía que mi cuerpo dormía y distinguía perfectamente lo uno de lo otro.

Una de las veces comprendí que desperté y que la unión de las Tres Divinas Personas continuó por algún rato después de despierta; las otras veces se acabó la unión antes que el sueño; pero éste era delicioso y como lleno de amor; pero sueño real. Claro que aunque dormía no soñaba, como suele suceder ordinariamente.

Cada una de las Personas se unía a mi alma haciéndole sentir un Ser distinto. Por ejemplo el Hijo o Verbo de Dios se le unía a mi alma como palabra, como voz, como conocimiento del Padre y así las otras dos Personas, pero esto era simultáneo. Mi alma quedaba como perdida en aquella luz amorosa o amor luminoso, no lo entiendo bien. El concepto del Padre era como de una Paternidad que lo comprendía todo, lo abarcaba como principio de las otras dos Personas.

En fin, era aquello incomprendible y por consiguiente indecible. Imposible dar siquiera una idea. Esto se repitió por varias noches y confusa al ver que coincidía con el dormir, en parte, pensé que sería algún engaño del demonio; si bien en el fondo no podía resolverme a creerlo, porque había en mi alma profunda convicción de ser Dios quien me invadía y me dejaba tal amor y dulzura tanta, que no podía ser sino la huella de quien tan suave es, según el dicho del Profeta: "Gustad y ved cuán suave es el Señor". Sí, padre mío, es imposible que la impresión que deja Dios se confunda con nada de nosotros mismos, ni del demonio. Es tan celestial, es tan huella suya, que sólo el alma que lo siente sabe cómo es. Sin embargo, repito, el hecho de venir a la vez que el sueño o coincidir en alguna parte de tiempo con él, me hizo pensar en que sería cosa para estudiarse. Vuestra reverencia me tranquilizó al respecto, diciéndome que, aunque no lo había visto en ningún autor de teología mística, era necesario tener en la cuenta lo muy

libre que es Dios para comunicarse a sus almas, por lo cual no hay que suponer que todo está en los libros, ni que Él se ciñe a ellos. Magnífica razón que me dejó perfectamente convencida y segura de que el Señor en su misericordia se había dignado hacer eso a pesar de mis miserias y pecados.

Algo parecido había experimentado antes, sin que lo hubiera advertido, hacía unos tres años más o menos. Por algo más de tres meses me sucedió que tan pronto como ponía la cabeza en la almohada para dormirme, después de haber leído el punto de meditación, me perdía de mí misma. Bien comprendía que no me dormía, pero tampoco podía darme cuenta de lo que había en mi alma. Sólo sé que estaba en Dios de un modo tan suave e imperceptible, en una pérdida tan delicada, con una quietud de pensamiento, imaginación y voluntad tan sutil, que no acertaré a decir ni hallo a qué compararla.

Jamás supe el tiempo que esto duraba, ni tenía luz ninguna; era una oscuridad dulce, un saber a Dios como sin percepción definida por lo menos; un como acabarse por un tiempo la vida, sin darme cuenta de cuándo. De pronto, sin darme tampoco cuenta, volvía a sentirme, volvía a encontrarme y como a ser la que era y la única idea o concepto que quedaba en mi alma era que eso era *el arreglito con Dios*, antes de entregarme al sueño. Muchas veces cuando volvía, estaba repitiendo estas palabras: *el arreglito con Dios*, antes de separarme de Él por el sueño. Era algo, padre, como que Él y yo nos liquidáramos un momento como convenido de antemano, de que así debía ser para después poder dormir. Como que el amor reclamaba esa como despedida en forma de fusión.

Terminado esto, que como he dicho no supe nunca cuánto duraba, me sentaba, ponía un poco de cuidado a ver si todo en la casa estaba en silencio, me volvía al otro lado y me dormía perfectamente. Ese momento que tardaba en dormirme, estaba muy llena de dulzura espiritual, como puede suponerse que quedaría San Juan, después de reposar en el seno de Jesús, pero con una sumisión delicada a la voluntad de Dios, que no me dejaba ni dolor de salir de ese estado tan delicado. Cuando ya podía pensar, me asustaba de no tener pena de haber perdido eso. Tampoco me quedaba afán de volverlo a sentir, supongo que, por muy negada que estaba de mí misma, por la amable voluntad de Dios. Me sentía tan perdido todo lo que fuera deseo de bienestar, tanto espiritual como material, que eso no me era extraño; pero sí pensaba: por que sería que no lo sentía? En fin, padre, estas cosas son tan sutiles, suaves y ligeras, que no hay palabras para decirlas!

Esto, como he dicho, me duró por espacio de unos tres meses poco más o menos y después no volví. Tampoco tuve pena de que no volviera. Sólo cuando en Pamplona tuve esa clase de unión durante el sueño, advertí que lo había tenido y cómo no lo había sentido cuando se fue. ¿Cómo podrá explicarse esto, padre, sino por la mucha muerte a mí misma que el Señor me había dado?

Pues como digo, entonces advertí lo que hacía tanto tiempo que había pasado y lo expuse a vuestra reverencia, padre mío, con la mayor claridad que pude.

CAPÍTULO LVI

- PERSPECTIVA DE NUEVAS HUMILLACIONES
- CONTINÚA EL VIAJE AL SARARE - RECEPCIÓN EN LABATECA
- COMISIÓN EN EL PABELLÓN DE SANTA LIBRADA
- ERROR Y ENREDO DEL DIABLO - CRECIMIENTO DE AMOR
- RECEPCIÓN EN TOLEDO - EN BATA, TERCERA JORNADA
- ME EDIFIQUÉ MUCHO DE LOS MISIONEROS
- FELIZ LLEGADA AL SARARE

"Señor ¿por qué se han multiplicado los que me atribulan? Muchos se levantan contra mí". (Salmo 3, 6)

Perspectiva de nuevas humillaciones

Todo era en Pamplona elogios y atenciones. Mis arreglos de compromiso con el señor Afanador muy bien determinados y todo parecía que iba a resultar muy bien. Sin embargo, la desavenencia entre los dos padres crecía y ya por el lado del reverendo padre Ramírez comenzaba a reflejarse contra mí, según he dicho, pero como el señor obispo y todos los sacerdotes de la diócesis así como el gobierno civil, conocían muy bien las cosas y todos eran favorables defensores de las hermanas, a la vez que no dudaban nunca de los dos padres, pues creían que no era más que asunto de diferencia de caracteres, no había nada que presagiara tormenta. Sin embargo, un día al atravesar un corredor de la casa, cruzó por delante de mi alma, rápidamente, el conocimiento cierto de que se me presentarían muy pronto humillaciones y dificultades. El conocimiento acerca de humillaciones era clarísimo, de modo que no me dejó duda de que vendrían.

Recuerde que se lo comunicué y vuestra reverencia me preguntó si no había conocido qué clase de humillaciones eran y le contesté que sencillamente, esa luz me había como herido con el concepto seco de humillación y de que estaba para llegar. Esperemos a ver, me dijo, pues no se ve ahora por dónde puedan venir. Efectivamente, yo no esperaba humillaciones por dos razones: Una porque todo era favorable y aun no se veía que tempestad alguna se preparara. La otra porque hacía mucho tiempo que las más terribles humillaciones no me humillaban y claro que serían, a lo menos, así me parecía, inútiles. Si la humillación no humilla, vuestra reverencia comprende que no tiene objeto y Dios no hace nada inútil. Por esas razones no esperaba lo que conocí de cierto que venía y que estaba muy cerca.

Cualquiera dirá que por lo ocurrido con el doctor Ramírez podía esperararlo. Pues no. Como jamás me anticipo dolores ni dificultades, creía que eso no pasaría a más y que el señor obispo lo había arreglado todo con él y que por consiguiente, todo había acabado.

Continúa el viaje al Sarare

Se terminó el arreglo de viaje y convenido con el señor Afanador de dejar una parte de las hermanas que había llevado, para que fundaran una casa en la ciudad, con el fin de ser el centro de procura de la misión del Sarare y a donde pudieran enviar niños o recién convertidos a ayudarse con el ambiente civilizado y cristiano de Pamplona y así realizar seguramente la obra de su formación.

Salimos pues sólo con cinco hermanas, los dos padres y esta servidora. La primera jornada sería a Labateca, parroquia importante a cargo del reverendo padre Ramírez, quien había arreglado festejos, de modo que nuestra entrada a Labateca superara, si fuera posible, a la de Pamplona. Temía el señor obispo un poco por el tacto del reverendo padre Ramírez y pensó que en el recibimiento pudiera haber algo que no conviniera a religiosas, pues ya por las propuestas que me había hecho, habíamos comprendido que no se daba cuenta de lo que éramos, ni de la manera de manejarnos, y tuvo la fineza de anunciar visita pastoral para Labateca, coincidiendo con nuestra permanencia allí.

Recepción en Labateca

Al entrar a Labateca tuve una impresión agradabilísima al encontrarnos un grupo de señoritas y caballeros, que salían a nuestro encuentro, y que las señoritas todas vestían de azul y blanco, a imitación de nuestro hábito y profesión de hijas de la Inmaculada. La entrada a la población también estaba llena de arcos de estos colores y aun en la plaza, frente de la casa cural, los adornos guardaban la misma regla. En el arco antes de entrar a la plaza se leían en letras muy grandes, inscripciones edificantes. Entre otras recuerdo esta: "Da mihi animas". Todo eso me causó magnífica impresión porque suponía que en el pueblo comenzaba a nacer el celo por las almas y que recibían la misión con todo el corazón.

El reverendo padre Ramírez quería que de cualquier modo yo hablara a la entrada delante del pueblo y al efecto, había hecho preparar un hermoso discurso al cual yo debía responder. Sin poder decirle que no, para evitar

un rompimiento brusco, me valí de vuestra reverencia para que le dijera mi necesidad al señor obispo, del modo más sigiloso posible. El señor obispo me había hecho saber que podía estar tranquila que él lo respondería. Entré pues muy tranquila pero el padre Ramírez creía que iba a hablar. Terminado el discurso tomó la palabra el señor obispo y respondió magníficamente.

Allí en Labateca debíamos permanecer, no recuerdo si dos o tres días, mientras pasaba la visita pastoral. Hubo pues tiempo de que allí se presentaran las humillaciones que había visto en Pamplona, pero que por entonces no las vi como tales. Una vez pasadas las cosas, las hermanas me hicieron observar que lo que había pasado era humillante y he podido deducir que a eso se refería la luz que tuve en Pamplona.

Se presentaron en comisión unas señoritas como representantes del pueblo y reunidos los de la misión con el señor obispo y vuestra reverencia en una sala representaron allí unos cuadros muy hermosos y llenos de sentido, en los cuales una supuesta reina de los tunebos recordando la antigua grandeza de la raza, me habló de ellos y con mucho sentimiento, me entregó la raza en su estado de postración en el que al presente se hallaba. Todo hecho con unción, gracia y mucho aprecio de lo que era la misión.

En fin, aquello estuvo hermoso porque otros cuadros que por falta de memoria no puedo describir, completaron la idea de modo conmovedor. Naturalmente, esta pobre servidora era como el centro de aquellos honores y esto delante del señor obispo me hacía apenar mucho.

Terminados estos cuadros y discursos, apenas habían salido los visitantes, llegó el reverendo padre Ramírez en cuya casa estábamos y me ordenó pasar a la pesebrera a salar las bestias, con semblante muy quejoso porque él no podía atender a todo. Verdaderamente eran muchas las bestias, más de doce y pocos los peones que pudieran atenderlas. Busqué la sal y fui a la pesebrera; alguna hermana me siguió y entre las dos y algunos niños comedidos, pronto concluimos la labor.

Esto que verdaderamente a mí no me humilla ni me pareció raro ni humillante, lo vieron los demás como una venganza del reverendo padre. Ahora, venganza es muy difícil que hubiera sido, porque nada tenía que vengar, porque yo no había hecho otra cosa que respetarlo, agradecerle y amarlo; pero así lo estimaron algunos. Yo creo más bien que tal vez el reverendo padre habría tenido conocimiento de que esta servidora en Dabeiba, con alguna frecuencia, desempeñaba ese oficio con las bestias

de la casa, y pensó que no había razón para que allí no lo hiciera, y sí había necesidad.

Otro día, las fiestas y honores habían de hacérsenos en la plaza. Para el efecto habían preparado unos pabelloncitos que debíamos visitar sucesivamente. Cada uno de ellos estaba adornado de distinta manera. Ostentaban unos, animales útiles, otros productos vegetales, etc. Como cada uno representaba las haciendas que en cien años, se habían fundado en el Sarare, cada uno iba adornado según lo que la hacienda había producido. En todos había algo que debían vender para hacerse a recursos para ayudar a la misión. Había pues, señoras o alguna persona encargada de vender licores, pastas, dulces, etc,

Comenzamos el desfile el señor obispo, varios sacerdotes y las misioneras. A la entrada de cada pabellón, una niña me dirigía la palabra y refería la historia de la hacienda que representaba. Desde la primera, la historia terminó en un fracaso de la hacienda y el sitio que ocupó había vuelto a cubrirse de selva. Su dueño, mordido por una culebra o herido por la fiebre, había muerto sin dejar utilidad de sus arduos trabajos sarareños, a su posteridad. Una vez terminada la arenga de la niña, esperó que le contestara y todos los circunstantes tenían mirada de expectativa, como quien dice: a ver por donde sale la Madre.

Me dirigí a la niña en actitud de respuesta muy familiar y le dije: Señorita, si la historia de la hacienda paró en muertos y tristezas, ¿que más he de decir sino un Requiem muy devoto por esas almas? Y luego: "Requiem eterna dona eis Domine". Todos contestaron lo correspondiente y celebrando el discurso pasamos a otro pabellón.

En él se repitió la escena y así en todos, pues de todas las haciendas que habían fundado sólo la de Santa Librada, de nueva fundación y que sería la nuestra, existía. Todas habían sucumbido a la voracidad del clima, de la culebra y demás inconvenientes de aquella tierra.

Como el último pabellón representaba precisamente la de Santa Librada, la hacienda regalada por el reverendo padre Ramírez a la misión, en ella hablaron de un porvenir halagador, por consiguiente no me quedaba bien el Requiem; pero pedí un Ave María porque las misioneras no correran la misma suerte de los fundadores de las anteriores haciendas. Todos se rieron celebrando eso de poner la gente a rezar en pleno desfile y se terminó la cosa.

Comisión en el pabellón de Santa Librada

Como en el último pabellón, no habían vendido lo que tenían, me dio en seguida orden, el padre Ramírez que me pusiera a venderlo. Lo primero fue un dulce malo y de mala fábrica; pero el señor obispo, allí mismo en plena función me compró y siguieron los sacerdotes, quienes parece que se habían puesto de acuerdo para sacarme del paso, se acabó pronto. El padre Ramírez me sacó en seguida una botella de aguardiente para que la vendiera. Al ver esto el señor obispo y los padres se retiraron para la casa y me dejaron sólo con una hermana. Me puse a vender el aguardiente y tuve la pena de engañar a una buena campesinita sin quererlo. Me rodeaban muchos compradores y yo por hacer un poco de broma les decía: Comprénme esto que es un agua ardiente de los valles y es delicioso; sólo que no se debe tomar sino una sola vez.

Los hombres entendían la cosa; pero la viejecita creyendo que iba a conocer una cosa extraña y muy buena, tenía razón, (cómo iba a suponer que yo mintiera siendo la Madre, como decía ella misma); me pidió una copita, la cual le serví creyendo también que ella entendía mi frase al derecho. Pues no padre, la pobre viejita probó y al ver que era aguardiente tuvo mucha pena, pues sin duda era timorata y creía que pecaba. Yo me apené más y le expliqué que decía así porque los hombres entendían y para llamarles la atención y que me compraran. En fin, para evitar el escándalo de la viejecita, tuve que hacer también en forma de broma otras aclaraciones.

Mi intención al ponerle ese tinte de broma no fue otra que para mostrarle al padre la buena voluntad con que le obedecía. Puede ser que en atención a eso, el escándalo que tal vez recibieron las gentes, me sea perdonado.

Tan luego como terminé mi comisión, entré a la casa en donde los primeros que encontré fueron al señor obispo y a vuestra reverencia y les dije, como debe recordar: Vengo de vender aguardiente, ¿será pecado? Unánimemente me contestaron: ¡No, ganó mucho! Y tal vez creería vuestra reverencia que eso fue ocioso. Pues no, padre, verdaderamente yo tenía escrúpulo y mucho dolor por haber escandalizado. De modo que esa respuesta unánime fue mi tranquilidad.

Después me refirieron las hermanas que el señor obispo y los sacerdotes se habían entrado muy molestos, porque me habían puesto a vender eso en la plaza; pero que no protestaron, por evitar un disgusto que sin duda daría mayor escándalo. ¡Bendita prudencia! A las hermanas también

las encontré bastante mal impresionadas. Yo francamente no lo tomé a humillación ni a ningún sentimiento malsano del padre.

En fin, en los días que permanecimos allí mostró el reverendo padre mucho disgusto y me lo hizo sentir en varias formas. Sin embargo, no me di por entendida y además, todos a mi rededor me mostraban afán por la misión y ¿qué otra cosa podía apetecer? No obstante mi silencio al respecto, muchas personas notaron la tendencia del reverendo padre contra mi pobre personilla.

Esto no puede reverendo padre, menos que ser providencial porque ni el padre era persona de malas intenciones, antes al contrario, sacerdote correcto y muy celoso, ni yo le había hecho ninguna cosa que pudiera herirlo. Allí mismo a Labateca llegó el padre Enrique en busca de las misioneras para entrarlas al Sarare, y su actitud con el reverendo padre Ramírez se hizo más fuerte y hubo altercados entre ellos que alarmaron a los demás padres y al señor obispo. ¿Será muy arriesgado ver en esto padre, acción directa del diablo?

Es que nada racional podían alegar ni para las luchas entre los dos, ni para la beligerancia conmigo. Antes por el contrario, había motivo de mayor afecto entonces que antes. Imposible decir que el hombre obre inconscientemente en estos casos pero que la intervención del diablo cuando anda en defensa de sus intereses, hace gran parte de los pleitos, parece cosa innegable y los mismos que los sostienen, a veces se ven en el caso de confesar que fuerza secreta e incomprensible los avienta a tales cosas, opuestas en muchos casos a su modo de ser y de sentir. Por esto quiero que los que lean estas cosas tengan presente que el demonio debía andar muy metido y que por lo tanto la responsabilidad de los padres disminuye mucho. Ambos son muy buenos.

Error y enredo del diablo

Pero no pararon aquí las cosas desagradables de aquellos días. Preparaban una velada muy rumbosa para obsequiar a las misioneras. El reverendo padre Ramírez había elegido el drama muy a propósito, decía él, para la fiesta. Debía ser ejecutado por personas serias y llenas del deseo de obsequiamos de verdad. Anunciaron que sería de noche, lo cual era natural, pues era velada. Este era el principal y primer inconveniente puesto que a ello se oponen nuestras Constituciones, pues nos prohíben salir de noche, salvo casos excepcionales de necesidad grave. Así se lo manifesté al señor

obispo y éste, considerando que un rompimiento con el doctor Ramírez quien no se hallaba en condiciones de nada racional, era más perjudicial que el dispensar esa regla, me ordenó ir con las hermanas a la velada.

En efecto, nos fuimos con vuestra reverencia y algunos otros sacerdotes y cuál no fue nuestra pena al ver que el drama era muy inmoral y que además, una de las actoras tenía vestido inconvenientísimo que no se podía mirar sin sentir mucha vergüenza. Ahora bien: ¿Cómo pudo el reverendo padre, escoger ese drama para obsequiar religiosas? Eso nadie se lo explica, pues no es hombre negado en esas cosas. No tiene esto otra explicación que la influencia del diablo que combina las cosas y por donde ve una pasioncita no dominada, por pequeña que sea, se mete para estorbar las obras de Dios. ¡De aquí la necesidad que tenemos todos de mantener muy cerradas las puertas a toda pasión que quiera desbordarse!

Terminó la comedia o drama diciendo que en las casas religiosas se recluían los decepcionados, gastados ya por el mundo y las pasiones. Esto sacó de casillas a vuestra reverencia y tomó la palabra para hacer alguna rectificación a idea tan falsa. Después me dijeron que algunos habían quedado resentidos. Qué atrevido y falto de vergüenza es el mundo, padre, pues allí ofendieron el pudor y las ideas mas amadas de los sacerdotes y religiosos con la mayor frescura y porque se hace una rectificación prudente, se molestan. ¡Ah mundo loco!

Salimos como a las once de la noche con el alma dolorida y sintiéndonos como burladas por los mismos que dizque querían obsequiarnos. Por mi parte llevaba un dolor grande de considerar cómo muchas jovencitas que quizás no asisten por temor de Dios a esos espectáculos, asistirían esta vez porque era para religiosas y saldrían escandalizadas y quizás ofenderían a nuestro Señor. Esa idea me afligía y mucho más cuando unos días después, vuestra reverencia me dijo que sí había habido mucho perjuicio en las almas. ¡Eso es muy duro! Quizás ni los sacerdotes, ni las hermanas que dentro protestábamos contra esas cosas, pecamos; pero esas jovencitas, ¡pobrecitas!

En fin, por muchas cosas hay que pasar en la vida. Le hablo con franqueza: Yo no protesté ante el reverendo padre Ramírez porque respeté la actitud de los superiores, pero si he estado sola, le habría dicho al reverendo padre algo que lo hiciera reflexionar. Ya ve, por evitar un rompimiento y no lo evitamos, pero sí creerían las gentes que el valor que les sobró a otros para irse contra nuestras ideas y profesión, nos faltó a nosotras para indicarle al reverendo padre su error. Supongo que fue error y enredo del

diablo, por supuesto. Sin embargo, bien puede ser que el señor obispo que, aunque no estaba presente, sí debió saberlo, le haya indicado algo en reserva como era el derecho. Además bastante más saben los superiores y... ¡cuántas veces deberán callar para evitar males mayores! ¡Pobrecitos!

Crecimiento de amor

Pero en medio de estas contrariedades y penas no me faltó el Señor con su asistencia misericordiosa. Andaba entonces mi alma en un crecimiento de amor especial y naturalmente, las mismas cositas dolorosas eran combustible para este amor. El mismo día de las representaciones de tunebos en la casa cural, en unos pocos momentos en que pude quedar sola, mirando un cuadro de Cristo crucificado delante de la multitud curiosa de Jerosolimitanos, cuadro que veía por primera vez, me hirió de pronto como un rayo amoroso tan fuerte que a poco, me había encendido físicamente el pecho y parte del costado izquierdo. Es la primera y única vez que he sentido tal fenómeno. A la vez que el ardor interior amoroso, sentía que se agolpaba el calor sobre el pecho y el costado como encendiéndose y con ardor de fuego aplicado a la carne, no superficialmente sólo, sino en toda ella. Mientras duró el ardor interior o crecimiento de amor, sin efusión de lágrimas, como otras veces, sentía el fenómeno, pero no lo advertía. Un poco después cuando comenzó a calmar el ardor interior, advertí y entonces puse la mano sobre el pecho y estaba la ropa caliente cual si hubiera estado al pie de una hoguera. Esto duró poco y si hubiera durado más, quizás hubiera muerto.

Además, la misericordia de Dios se muestra en todo, aun en ayudar a mantener estas cosas ocultas porque duró esto, sólo el espacio de tiempo que estuvo la sala sola, al menos no me di cuenta de que nadie hubiera entrado. Ahora debo decir que este fenómeno no fue provocado por ninguna meditación ni oración especial; sencillamente miré el cuadro e inmediatamente me encendí. La sala no estaba cerrada y sí muy expuesta, porque la puerta de ella daba a la plaza, de modo que fue providencial y misericordioso el que ninguno se hubiera impuesto de la cosa.

Vuestra reverencia padre, recuerda esa sala y lo expuesta que estaba a las miradas de todos, sobre todo en esos días de visita pastoral. Este ardor es a la vez muy doloroso y el alma queda como muy fuera de sí, de modo que advierte poco. Además, el cuerpo se me resintió un poco, quedó como desquebrajado y débil. Pero sobre todo queda el alma con un dolor sutil o

como delgadito, muy hondo, que estorba mucho para entregarse después a la obra exterior; es necesario hacerse violencia.

Quedé también muy agradecida de mi Dios porque me permitió que aquello no fuera visto de nadie, pues debió haber algunas señales exteriores físicas, y permitió el Señor que nadie entrara. Bendito sea para siempre! Cuando leo vidas de santos y hablan de que otros tienen que presenciarles esas cosas, me parece que eso es lo más duro a que los somete el Señor.

Este rayo amoroso no traía nada al entendimiento; fue como quien dice fuego sólo; ni una idea cruzó por mí, ni un conocimiento. Fue pues enteramente diferente de los que otras veces había recibido en medio de luces especiales al entendimiento. El fin para el cual el Señor enderezó esta gracia, no lo sé; pero ya me ha enseñado que toda gracia trae su objeto y que infaliblemente, si el alma no la desprecia, lo realiza y pasa.

Y esto sí que es necesario tenerlo en la cuenta: ¡La gracia va siempre de paso! Si todos reflexionáramos bien en esta condición que el Señor se ha dignado darle a sus gracias, cuánto nos afanáramos por aprovecharlas y cómo nos empeñáramos en no apegarnos a ellas. Son las cosas más preciosas y sin embargo, como no son Dios, no debemos apegarnos a ellas. Pero hemos de observar, que si van de paso es necesario atenderlas para que, de paso, hagan la obra de Dios en el alma.

Creo, padre, pero nada he leído al respecto, que hay gracias cuyo paso por el alma es un poco largo, de años y años, pero al fin, después de hacer su obra o ser despreciadas, se retiran. De todos modos van de paso. Jamás me queda sentimiento cuando estas gracias pasan por mi alma, aunque jamás vuelvan. ¿Por qué será? no lo sé. Tampoco deseo que vuelvan, no las deseo en general. Ellas no son Dios y aunque tanto se le parecen, no me satisfacen. Es que Dios es mi único deseo y a Él no lo tengo de paso, sino siempre conmigo. ¡Oh! bendita mil veces esta santa presencia de Dios en nuestras almas que no va de paso. Sí, Dios en el alma que le es fiel, hace morada permanente por la gracia santificante y por otros modos hermosísimos y altísimos.

Después de esto, quizás al día siguiente, ¿recuerda vuestra reverencia que lo llamé para decirle que deseaba conseguir ese cuadro de la sala del reverendo padre Ramírez y que vuestra reverencia valiéndose de su buena amistad con él me lo consiguió? Después tuve un poco de pena por haber mostrado aquel deseo que no era ni con mucho, necesario. Lo deseaba para ver si a mis hijas las enfervorizaba y nada más.

Recepción en Toledo

De Labateca fuimos a Toledo, población que dista sólo cuerdas de la primera. Allí todo fue cordialidad y atenciones. También hubo velada y hubimos de asistir porque ya se había hecho en Labateca y habría sido ofensivo para el buen párroco de Toledo, no hacerlo después de tal precedente. Todo en la velada fue sencillo y muy propio para el fin. Aparecieron en escena unas niñas vestidas como nosotras; en otro cuadro, otras que referían la historia de la fundación de la Congregación, de un modo patético y muy bien.

Del patio de la casa en donde estábamos divisamos por primera vez, a lo lejos, las montañas del Sarare. ¡Alegría mezclada de tristeza produjo la vista de aquellas selvas con sus colinas hermosas y sus páramos! ¡Ya divisábamos lo que tanto ansiábamos! ¡Que alegría! ¡Pero ay! esas selvas tan oscuras que guardaban almas paganas, más oscuras aun, me entristecían! Es cosa particular padre, que siempre que voy a alguna fundación entre infieles tengo esa opresión en el alma, que es medio alegre y muy triste. ¡Me siento tan pequeñita, tan pequeñitos y pobres los medios para salvar esas almas y ese intenso deseo de ver a Dios conocido de todos y sobre todo amado! Todas estas cosas forman en mi alma un fondo abrumador, avasallador por decirlo así, de sentimientos opuestos entre sí. Abismos de impotencia, poquedad de medios! ¡Abismos de deseos locos! ¡Dolores casi infinitos por los siglos pasados... Las almas perdidas para siempre... Dios ofendido allí sin cesar y sin remedio... Dios mío!

Y cuando haya sumado a las alabanzas de los bienaventurados, las de todos los infieles convertidos, ¡cuán poco se ha hecho comparado con lo que Dios allí tan desconocido merece...! Todas estas cosas forman como oleadas en mi alma, siempre que hago una entrada a tierras infieles y se vienen a mi corazón aquellas avenidas de dolor inconcebible que me hacen loca, o boba muchas veces, sobre todo en las noches. Por eso aunque duerma en el monte sobre un palo, no me hace impresión. El frío del monte no lo es más que el de mi alma, al ver a Dios tan desconocido. Me hielo a veces y otras me enardeczo y así en un vaivén doloroso de opuestos y duros sentimientos paso las noches bajo la tienda de campaña, o en el rancho improvisado, o en la pobre posada del campesino, sin casi distinguir entre ellas no obstante sufrir físicamente siempre mucho, como lo ha visto vuestra reverencia debido a la poca salud y al volumen de mi humanidad.

Pero, con razón dijo un poeta: "El dolor del alma y el que hiere, son distintos; herido el cuerpo, cae y desfallece; pero el dolor de esa otra es infinito..."

En Bata, tercera jornada

La tercera jornada fue a Bata, punto hasta el cual nos acompañó el señor Afanador con todos los sacerdotes que le acompañaban. Todo debe recordarlo vuestra reverencia. Aquellas misas celebradas en unas tiendas de campaña, en un patio del rancho en donde pasamos la noche. Qué bonito aquello y qué propio para despedir a los que iban a internarse en las selvas para conseguir a Nuestro Señor dulcísimo, lo que el diablo le ha arrebatado desde el pecado de Adán. ¡Para despedir a los que iban a buscar el buen bocado de Jesús, las almas, suspiros de su pecho, diamantes caídos de la corona de Dios, como dice un autor! Nos despidieron efectivamente muy bien.

Terminadas las misas, se me apareció un señor a hacerme montar para irse adelante conmigo y sacarme a no sé qué punto del camino. Como no tenía antecedente ninguno de esa determinación, fui imprudente con este buen señor, pues le dije sin preámbulos: ¡No, yo no me voy sola! El señor se apenó naturalmente y me dio explicaciones prudentes, del motivo que tenía para decirme e invitarme a montar. Entonces comprendí que era orden del padre Ramírez con el fin de no tener demoras en el camino. Les indiqué a todos los dirigentes del viaje, que yo no les daría más demora que la que daban las demás mujeres. Le di alguna satisfacción al señor y esperamos hasta que montaran todos para partir.

Con alguna razón había pensado que yo al cabalgar, debía ir sumamente despacio o que tendría que hacer muchas desmontadas; pero desde los primeros momentos de marcha quedó probado que podía ir con todas. No quiere decir esto que mi humanidad tan voluminosa, no dé mucho que hacer a los pobres que me acompañan sino que sí daba menos de lo que se suponían y por eso era inútil que me echaran adelante. Después, en el almuerzo, nos reímos mucho porque el señor de la historia nos confesó su pena y refirió mi protesta tan aventada*, por decirlo así.

Aquella noche la pasé toda en presencia de una especie de conflicto entre unos indios de tierras lejanas. Aquellos indios se mataban horriblemente unos a otros y sus almas caían al infierno dejándome un espanto

muy grande. No se crea que soñaba. Estaba perfectamente despierta; pocos ratos me dormí en aquella noche, porque tan luego como despertaba, después de un rato de sueño, entraba a presenciar como de lejos aquellas matanzas y horrores. Comprendí que eso estaba realmente sucediendo en tierra muy remota. Yo me dirigía a Dios, como queriendo arrancarle la gracia de que esos infelices no se acabaran, antes de que les llegara la gracia del Evangelio.

Semejante a esta noche, tuve muchas, padre, antes de emprender la obra de las misiones y Congregación, como digo en la parte a que pertenece eso. Después de comenzada la obra no las había vuelto a tener, ni había vuelto a sentir caer las almas al infierno. Naturalmente amanecí muy cansada y como desquebrajada el alma y también el cuerpo. Además, amanecí segura de que ese conflicto había sucedido quién sabe dónde. Con esto naturalmente mi ánimo creció para todos los trabajos que el Señor quisiera enviarme, con tal de que me deje trabajar entre los infieles tan necesitados y codiciados por mi corazón.

En todo el camino del Sarare que duró siete días, mi alma llevaba la pena de que he hablado, o mejor dicho las penas. Por eso las penalidades del camino me servían como alivio y nada más.

Recuerdo haber visto muy confundidas a las hermanas por un chuzo que me punzó la cara y que recordará vuestra reverencia que parecía cosa de alguna importancia, pero luego resultó una insignificancia. Pues al verlas así confusas, me parecieron muy cobardes, porque para mí aquellas gotas de sangre eran un consuelo que me indicaba que Dios permitía esas cosas, para cobrarnos lo que se le debe a su justicia, con el fin de concedernos la conversión de los tunebos. Pero ya nos cobraba barato, ¿no es verdad, padre mío?

En las últimas noches, no obstante ir ya tan cansada y gastada, tuve mucho descanso de mi interior dolor; seguramente, porque ya había apurado una parte del cáliz que debía o había ofrecido beber por esos infelices. ¡Bendito sea mi Dios que tan barato da tanto!

Me edificué mucho de los misioneros

Una de las cosas que me apenaba en este viaje, padre mío, era ver al pobre padre Enrique caminar a pié por aquellas trochas. Muy esforzado es; pero cuánta abnegación se necesita para hacer esto y hacerlo con tanto

gusto como lo hacía. Me edificué mucho, pero no dejé de tener mucha pena, así como por todo lo que los mortifiqué con el auxilio que me daban, vuestra reverencia y él en ese camino.

El día de arreglo de las cuentas con Dios, creo que mi bolsa va a quedar muy mermada de mérito por estas correrías, pues casi todo irá a parar a las de aquellos que me ayudan y que dan toda su voluntad y esfuerzo, para llevar esta mi humanidad a donde creo ir a hacer mucho por la gloria de Dios y resulta después tan poco. ¡Qué pena! La ganancia de mis compañeros ya es un consuelo, sin embargo.

Quizás, padre, sin mis dolores íntimos, sin las dificultades de mi humanidad tan poco hábil y tan inválida, Dios no nos mirara con ojos tan compasivos como lo hace. Además, si no podemos predicar las mujeres, ni podemos hacer sino bien poca cosa en orden a la salvación de las almas, nuestra facultad de sufrir más que los hombres, es natural que entre como en compensación de aquello, ¿no le parece padre?

Por eso y por mil cosas más, trato de conservar en mi alma esa pena dura de la pérdida de las almas y del desconocimiento que hay en el mundo de mi Dios, no obstante estar en conocerlo nuestra felicidad. Es que esa pena sin duda forma el carcaj de nuestro apostolado. Si el Señor no me ve dolorida por causas tan santas, quizás no atendiera a mi petición de la conversión de las almas. Se le atiende fácilmente al que sufre, sobre todo si la persona que ha de atender es noble. Y ¿quién más noble que mi Dios, que el Dios de mi alma?

¡Dios de mi corazón! ¡Si los hombres entendieran tu nobleza! ¡Si conocieran lo que eres, cómo te amarían, como evitarían el infernal pecado! ¡Como llorarían de verte ofendido. Mas, ¡ay! ¡que no sabemos lo que eres! ¡Ten misericordia de nosotros y perdónanos nuestros pecados!

Feliz llegada al Sarare

Nuestra llegada al Sarare fue como una explosión de alegría! Era natural! El Magnificat que vuestra reverencia con las hermanas cantaron al llegar, no hay duda que era el primero que en aquellas soledades se oía. La Santísima Virgen diría: ¿Cómo? ¿También en el Sarare, al lado de los tunebos resuena mi himno de bendición? Y debió estar muy ufana esa Señora de nuestra alma, por quien quisiera yo morir mil veces!

Ya, como recordará vuestra reverencia, nuestra alegría se turbó muy pronto con las cosas de los dos padres, porque, ¿cómo había de dejar el demonio de hacer su agosto entonces? Lo demás de aquella época ya lo dirá la historia de la misión del Sarare. En cuanto a mí debo decir, que el llegar de los tunebos me daba cada día más aliento y que mientras las dificultades de la fundación, mi alma sentía descanso.

CAPÍTULO LVII

- PEDÍ PARA UN SACERDOTE LA RED DEL AMOR Y DEL DOLOR
- OBEDIENCIA HEROICA - AMARGURA DEL ALMA - DOS GRACIAS
EXTRAORDINARIAS - VOTOS PERPETUOS - REGRESO DEL
SARARE A PAMPLONA - INCIDENTES CON EL PADRE ROCHEREAU
- DIFICULTADES EN EL VIAJE - DELICADEZA DE MONSEÑOR
AFANADOR - MI PERPLEJIDAD - DESAPARECE MI TEMOR DE
HABLAR CON LOS HOMBRES - LUCES Y SENTIMIENTOS
DURANTE LA NAVEGACIÓN

*"Sálvame oh Dios por tu Nombre, y defiéndeme
con tu poder". (Sal. 53,1)*

Pedí para un sacerdote la red del amor y del dolor

Debo también dejar constancia, pues creo que es una de las gracias que recibí entonces, de lo siguiente:

Siempre que estaba delante de Dios, se me ocurría que vuestra reverencia necesitaba, para realizar su santificación, sufrir y sufrir mucho. Veía además, que para que el sufrimiento le fuera benéfico y favorable, debía crecer mucho en amor de Dios. Al principio no hice caso de esto y me fastidiaba que se me viniera siempre esa idea. Me había impresionado mucho oír decir en Pamplona a un sacerdote, que él recibiría bien cuanto Dios le enviara; pero que a la calumnia no se sometería.

Mi impresión crecía a medida que meditaba en lo que vale y lo muy santificada que quedó la persecución y la calumnia, después de que se cebó en la persona adorable de Jesús, hasta hacerlo morir en la cruz. Cada día me parecía menos propia esa expresión, en quien hace profesión de seguir muy de cerca a Nuestro Señor y me daba una especie de dolor, al pensar que quizás vuestra reverencia tendría también miedo de ese gaje que suele Dios darle a sus preferidos.

Varios días luché pues, desechando estas ideas, pues yo no tenía que ver con el grado de perfección a que llegara vuestra reverencia, ya que no dependía de nada en que pudiera yo influir; pero no me era posible ponerme a hacer la oración o el rezo del oficio ni ningún acto de piedad, sin ser molestada por esta idea. Por fin, en vista de esto, resolví pedirle a Dios con todas las veras de mi alma, que metiera a vuestra reverencia en esa red de

amor y de dolor, en que me había criado a mí. Sentí después de la petición mucha paz y como si hubiera acertado con lo que Dios quería.

Pero, luego después de la oración me dio mucha pena de pedir para otros, cosa tan dura. Además, no conocía yo el grado de generosidad que tendría vuestra reverencia para sufrir. En fin, las cosas cuando se ven tras el prisma de la naturaleza, se ven tan distintas que en este caso, casi me corrí de mi petición. Fue entonces cuando pregunté a vuestra reverencia, si retiraba la petición o si continuaba haciéndola, advirtiéndole que me reconocía sin derecho para pedir para vuestra reverencia cosas tan duras.

Mucha alegría me produjo su respuesta, amado padre, cuando me dijo que continuara pidiendo lo mismo, que me prometía corresponder. Esto fue de mucho gusto para mí, porque ya veía que vuestra reverencia no quería ponerle a Dios condiciones en su servicio. No recuerdo en que ocasión también le pregunté si se sometía también a la calumnia y turbándose un poco me dijo: ¡Ay! la calumnia en el sacerdote es tan terrible... Luego, reflexionando un poco, me dijo: ¡Es lo que más me cuesta; pero bueno, no diré que no a nada! ¡Esas palabras, padre, supieron a mi alma como mielita sobre hojuelas! ¡qué contenta me puse!

Es que el sacerdocio es tan grande, es gracia tan magnífica que piensa uno que todos los sacerdotes debían tener con Nuestro Señor una generosidad sin límites, ¿no es verdad? Vuestra reverencia me interesaba especialmente, por varias razones y muy principalmente, por el fenómeno que dejo referido, de mostrarme Dios tan clara mi alma, en los momentos en que debía descubrirla a vuestra reverencia. No me quedaba duda de que en eso manifestaba Dios cierta relación entre su alma y la mía, y ¿qué quería sino que me interesara? Por eso cuando le oí esa resolución de ser generoso, sin límites, con nuestro Señor, tuve mucho contento.

Obediencia heroica

Pero, he olvidado lo que pudiera llamar yo, si me dejara llevar de la naturaleza, mi desventura y que la debo a vuestra reverencia. ¿No será eso otro motivo de interés? Digo, hablando en lenguaje de lo natural, mi desventura, porque en lenguaje cristiano y espiritual se puede llamar obediencia heroica.

¿Recuerda vuestra reverencia, que un día le di cuenta de algunas cosas en el confesionario y añadí que estaba cierta de que Dios me consumaría en santidad? ¡Cosa terrible para decir y mucho más para estampala en el papel!

Pues al decirle esto, vuestra reverencia medio indeciso, me dijo: ¡Fíjese en lo que acaba de decir! Por eso me creo obligado a mandarle escribir todas esas cosas que me ha dicho y que convendrán para otros más tarde. Voy a pensarlo unos días y a pedirle a Dios mucho, para que me ilumine si es su voluntad, y vuestra reverencia también pida mucho en estos días la misma gracia; se lo ordeno.

¡Lo que sentí padre, no tiene medida ni hay palabras cómo decirlo! ¡Ay, Dios mío! ¡Qué fracaso!, decía yo, Impotencia, repugnancia, temor de mentir, todo se me vino. Pero sobre todo, la repugnancia de cumplir aquello cuando llegara a ser precepto, era grande como una montaña. Para cumplir la orden de pedir a Dios mostrara su voluntad al respecto tuve que coger el corazón y arrimarlo al de Jesús, cuando dijo: "Padre, si es posible aparta de mí este cáliz, mas no se haga mi voluntad sino la tuya".

Sólo así cumplí esa primera obediencia de pedir. De pronto conservaba la ilusión de que Dios no lo quería, pero también me venían a la cabeza las veces que había oído a las hermanas con el mismo deseo y recordé que el señor Arteaga allá en los tiempos en que era o parecía nuestro amigo, le había prometido a la hermana María del Niño ordenarme escribir todo lo de mi alma y la manera cómo Dios me ha formado, para la obra a que me destinaba en sus amorosos designios, y no podía menos de pensar que, pues Dios lo venía como dejando traslucir en la voluntad de otros, no había remedio, sino que sí era su voluntad y que entonces la iba a expresar por medio de vuestra reverencia. Esto me traía la desilusión.

No tardó mucho vuestra reverencia en volver con la sentencia más dura que he recibido en mi vida. Madre, me dijo, he rogado a Dios y he pensado mucho acerca de si debo o no darle el mandato que le dije en la última confesión y vengo a dárselo. Definitivamente y sin dudar ya, póngase a la obra para mayor gloria de Dios y bien de su congregación.

¡Dios mío! lo que sentí, ¿quién podrá decirlo? No sé lo que le respondí. Mejor recordará vuestra reverencia. No lloré, me parece, porque lo que sentí superó a las causas ordinarias del llanto. ¡Parece que se me hubieran juntado el cielo con la tierra! ¡Nunca había sospechado que se me pudiera mandar cosa tan difícil y repugnante a mi alma! Si parece que me quedé como seca. ¡Todas las obediencias que hasta entonces había cumplido, me parecieron sombra ante ésta! ¡Me incliné, sí, por la misericordia de Dios, llena de confusión y en tan completa impotencia para realizar aquello, que parecía como que me hubieran puesto a cargar el mundo! Vencer la repugnancia fue cosa dura; pero la ejecución de la cosa necesitaba alguna ha-

bilidad y saber discernir las cosas y era precisamente lo que me faltaba. Quizás vuestra reverencia me daría algunas palabras de aliento; pero no las oíría según estaba de aturdida o atónita, porque no recuerdo nada.

Salí de esta entrevista con vuestra reverencia y las hermanas me esperaban para almorzar. Fui a la mesa como caminando por el aire; no sentía dónde pisaba. Todo esfuerzo por ocultar mi impresión fue inútil. Las hermanas me hablaban y no las oía. Naturalmente, asustadas me preguntaban qué me había pasado y trataban de adivinar lo que tanto me turbaba. ¡Ni en todo el día pude pensar sino en aquello! Creo que si me hubieran dicho que ya era el día del juicio, no me hubiera turbado tanto. Las hermanas se tranquilizaron con no saber el motivo de mi estupor; pero la hermana Asunción, más avisada y atrevida que las otras, dijo: ¡No diga Madre lo que tiene porque ya lo sé. Fue que el padre le mandó escribir su vida! Lo sé aunque no lo diga. Y sepa que son dos libros los que tiene que escribir: El uno sobre su espíritu y el otro, su vida en general. No pude menos de reírme, sin dejarle comprender, por supuesto, que había adivinado. Así pasé los días siguientes, al punto que una de las hermanas decía que iba a enfermar.

Cuando ya me serené un poquito, quise principiar aquella obediencia y entonces sí se renovó la primera impresión de un modo terrible porque fue con lágrimas, padre. Entonces lloraba un ratico y escribía otro. Con tal susto escribí que se me olvidó poner apartes en ninguna parte y los primeros pliegos fueron seguidos y con ortografía más mala que la que uso siempre. ¡Dios mío! ¡Si no me daba cuenta ni de lo que escribía! Además, me pasaba una o dos horas, pensando en si era cierto que yo tuviera tal mandato y cada cosa que quería escribir me parecía que no era verdadera y que iba a engañar.

Después de haber principiado volví a consultar a vuestra reverencia, con mucha esperanza de que me retirara la obediencia ésa. Me parecía que para qué se escribía eso, si yo preveía que me llegarían tiempos de ignominia, en que el mismo padre que sería quien guardaba eso a medida que fuera escribiéndolo, tiraría los papeles indignado por el engaño en que se creía. A eso vuestra reverencia me dijo: A pesar de eso, escriba.

Y ya ve, padre de mi alma, cómo a esta hora ya vuestra reverencia ha tenido por qué tirarlos y no lo ha hecho; pero aun no han llegado las últimas apreturas para mí. ¡Sin embargo, tengo confianza en que Dios ha de librar a vuestra reverencia de formar parte entre mis enemigos!

Como por otra parte, creía que todo lo que escribía era mentira, también quise prevenir a vuestra reverencia de mi temor. Gracias a mi Dios que sus palabras penetraron en mi alma, quitándole esa aprehensión tan fastidiosa. Pues bien, padre, cuando pedí para vuestra reverencia, en el Sarare, la red de amor y de dolor, ya todo esto había pasado y ¿cómo no había de interesarme quien me había metido en tales apreturas y quedaba con la carga de esos papeles?

Amargura del alma

Muchas misericordias usó Dios con mi pobre alma, en los meses que estuve en la fundación del Sarare y el estado de mi espíritu fue muy especial. Vivía con el alma como oprimida por el dolor de considerar aquellas almas infieles y tan difíciles de convertir; pero con cuánto fervor trabajaba para que se plantara aquella casita con el espíritu más recto y el apostolado más intenso. ¡Cómo me ponía delante del Santísimo en aquella pobre capillita y derramaba mi alma delante del Señor, por aquellos pobres tunebos! Le repetía siempre una estrofito de las que en el camino habíamos compuesto, relativas a los tunebos y el ánimo en que íbamos respecto a su salvación. Salía tan emocionada, que todo era oír una palabra de Dios, para derramar muchas lágrimas; pero sobre todo, me ahogaba rezando el santo oficio. Hubiera querido no rezarlo con las hermanas para evitar que se conociera mi emoción; pero no tenía excusa para hacerlo fuera de la Comunidad y tuve la pena de que varias veces tuviera la hermana que continuar presidiendo, porque la emoción me ahogaba y no podía seguir. Ellas por su parte, muy prudentes, jamás me fastidiaron con preguntas.

Como ya lo he dicho, padre, esto me pasa siempre que entro a las tierras de infieles; parece como que todo el dolor se me agolpara a un tiempo sobre el corazón y lo oprimiera. Sin embargo, este estado de opresión, dolorosa y amorosa, no me impide trabajar hasta donde las fuerzas físicas me alcancen en favor de los más desdichados de los hombres. Sí, padre, ¿no es verdad que no hay desdicha mayor que la de la infidelidad?

Los condenados que se han perdido después de conocer a Dios, al menos en un tiempo le conocieron y quizás le alabaron; ¡pero irse al infierno sin haberlo conocido, es el último y soberano fracaso! Dios nos hizo para que le conociéramos, e ir al infierno sin conocerle es fracaso absoluto del fin para el cual fuimos creados. ¡Dios mío! jamás acaba mi alma de medir semejante desgracia y si mi lengua dice algo a ese respecto, es preciso que se entienda que lo que dice, es apenas reflejo pálido de lo que mi alma

siente y que es indecible e inmedible. ¡Es dolor que no tiene manera de expresarse!

¡Señor de mi vida! Si conocerte es ser feliz, no conocerte es no sólo ser infeliz sino ser un fracaso, es algo que no acierto a decir. ¡Ah! Señor de mi alma, mira que se me escapa ésta que tengo tan dichosa porque te conoce, al pensar en los que aun están sentados en tinieblas de muerte, como dice la Sagrada Escritura. Se me escapa el alma, digo, anegada en aguas de tribulación, al saber que existen en el mundo tantos que no te conocen.

Dios de mi vida, ¿qué hago? ¡Clamo a tu misericordia! ¡Suspiro, lloro, me oprimo y no encuentra consuelo mi dolor! ¿Qué haré para que todos te conozcan? ¡Dios mío, cuántas veces te he ofrecido cuanto tengo y cuanto soy y a tu mismo Hijo que es mío, que es mi Esposo misericordiosamente, con tal de que te hagas conocer de todos y sin embargo, no tiene consuelo mi dolor!

Frecuentemente en mi dolor le canto a Dios una estrofitita que quizás haga reír a otros pero que la he hecho en los mementos de mayor dolor:

¡Hazte de ellos conocer,
hazte de ellos amar;
no me dejes perecer
de amargura en la mar!

Y verdaderamente es a lo único que puede compararse mi dolor ante los infieles: ¡Al mar!, ¡pero mar amargo sin costas, Dios mío! Pues, padre, no me es posible dar idea del estado de amargura que me inundó en el Sarare y que me inunda siempre que voy a tierras de infieles.

Dos gracias extraordinarias

Además, se sirvió Dios hacerme algunos otros favores: Sufría mucho por las casas de Rioverde y Chontaduro, pues estaban con hermanas menores advertidas en las cosas con los reverendos padres carmelitas y temía cualquier fracaso. Había sabido que los padres, verdaderamente, tenían algún interés en la hermana María de la Flagelación y temí mucho que hicieran como con las otras dos víctimas que tenía en Medellín y San Pedro. Además esas casas quedaban muy difíciles de vivir en comunicación con la de Dabeiba, en donde sí había hermanas que pudieran ampararlas.

Un día le pedí a Dios que remediara cualquier cosa o conflicto que en esas casas pudiera ocurrir, ya que me encontraba tan lejos y sin manera de

sostener la fortaleza de las hermanas en ninguna forma. En esto estaba, cuando me vi entrar a la casa de Rioverde. Entraba por la parte que ocupaban los indios y por el lado de arriba de la casa, presenciando a la vez con la mente, un conflicto que había entre las hermanas. No conocí pormenor del conflicto; pero sabía que podía producir pérdida de vocaciones entre las mismas hermanas.

Entré, como digo, por el salón de clase de los indios y llegué hasta la puerta de la clausura. Allí, no supe si porque las hermanas me vieron, o porque recordaron algo que antes les había enseñado, el conflicto cesó y los ánimos quedaron serenos y fortalecidos para la lucha.

Inmediatamente volví a sentirme en la capilla de Santa Librada, muy llena de amor y agradecida de Dios. Pero durante el tiempo que me sentía en Rioverde y que entraba a la casa, a la vez me sentía arrodillada en la barandita del comulgatorio, cosa que no podía ser porque hacía como cuatro años que no podía arrodillarme y además, cuando me puse a pedirle a Dios por la casa de Rioverde, estaba sentada en mi puesto, que era al lado de una puerta de la capilla. Esto me hizo temer que aquello no fuera real, pero al referirlo a vuestra reverencia me dijo que eso mismo era prueba de verdad, puesto que para el fenómeno no se necesita tener las rodillas buenas.

Y efectivamente, mayor milagro se necesita para ir en un momento del Sarare a Rioverde sin faltar de la capilla, que el que se necesita para que una pierna mala se arrodille. Vuestra reverencia me dijo que nada tenía de difícil, porque cuando Dios quiere no tiene obstáculo en nada; pero yo aguardé a verme con alguna de las que estaban entonces en la casa de Rioverde y cuando ya estuve con ellas, les pregunté si habían tenido algún conflicto con los padres carmelitas y me dijeron que propiamente con ellos no; pero que por otros asuntos referentes al manejo de los indios, sí lo habían tenido muy grande y que no hallaban remedio, puesto que no podían pedirle consejo a los padres, ni siquiera dejarles comprender la situación en el confesionario, por lo cual estaban afligidas y una de ellas tentada a dejar su vocación. Pero que en uno de los momentos de mayor conflicto, una de ellas había recordado a las otras, una enseñanza que yo les había dado, la cual se resumía en que en el servicio de Dios es necesario ir adelante y en paz a todo trance, sin pararse en pelillos. Esta frase que subrayo fue la que les hizo la luz y todas reflexionaron, arreglaron las cosas por sí mismas y sintieron fortaleza, por lo cual dicen que se estuvieron varios días repitiendo como jaculatoria: No hay que pararse en pelillos.

Al oír esto, padre, creí y creo que eso fue lo que hubo y por lo que Dios me hizo tal favor, porque agregaba la hermana que parecía en seguida, como si mi espíritu estuviera en la casa y que acabara con toda turbación. Como ni ellas apuntaron la fecha ni yo tampoco, no es posible conocer si las cosas coincidieron. Pero sea de ello lo que sea, padre, es siempre un beneficio muy grande de Dios porque a mí también me quitó la inquietud por Rioverde y aseguró esto, la vocación de la hermana María de la Flagelación, pues la paz la hizo sentirse bien en la Congregación, de nuevo.

Otra gracia del Señor muy especial en aquella época, fue que una noche me despertó el conocimiento claro de que Carmelita mi hermana, quien estaba en Medellín, estaba grave, en caso ya de muerte. Inmediatamente le rogué a mi Dios que no permitiera todavía su muerte, atendiendo a la situación tan difícil porque pasaba la Congregación y ella, el brazo que la sostenía en mi ausencia. También comprendí que mi oración había sido atendida.

Unos días después, llegó un peón y con él la carta en que me avisaban de la gravedad de Carmelita. Precisamente el tiempo de la gravedad coincidía con el del conocimiento y petición en Santa Librada.

¿Qué podré decir de esto, padre mío, sino que Dios se hace pedir cuando quiere conceder? Si Él tenía dispuesta la muerte de Carmelita y no me la hace conocer de modo tan sobrenatural, no se hubiera hecho la petición y por consiguiente, ella hubiera muerto, a pesar de necesitarla tanto la Congregación. Pero como quien dice: Más misericordia es atender a los ruegos de los que me aman, que cumplir designios que después se cumplirán. Por eso se dignó hacerme conocer esta enfermedad y escuchar mi oración. ¡Tan cierto es que la oración abre los cielos y saca a su querer de las riquezas de Dios! ¡Bendito sea Él que se glorifica dando, y que quiere ser rogado para glorificarse concediendo!

Votos perpetuos

Allí en el Sarare hice los votos perpetuos juntamente con la hermana María del Santísimo; con bastante poca preparación. Eran los primeros que se hacían en la Congregación, según lo ordenado o dispuesto por los señores obispos en la reunión en Bogotá. Como cuando hice los temporales, nada le dieron a mi alma. Además, en las inundaciones de dolor, ¿que otra cosa se ha de sentir?

Regreso del Sarare a Pamplona

Dejando a las hermanas ya un poco instaladas y con buena asistencia de tunebos, salí del Sarare a Pamplona para disponer mi viaje a Antioquia, en donde me esperaban muchas cosas, entre otras, ver cómo se arreglaba la salida de Dabeiba, pues allí las hermanas estaban en malas circunstancias y como el señor Arteaga no me había fijado tiempo para la salida, me pareció mejor tomar algunos meses para vender lo que allí teníamos y hacer la salida con despacio, pues eso de dejar la cuna de la Congregación y alzar cuatro casas más, es cosa que demanda pena y trabajo.

Incidentes con el padre Rochereau

Salí con el reverendo padre Enrique, en quien, como con mucha pena, voy a referir ya el diablo había sembrado cierta tentación, que no me atrevo a definir, contra mi pobre personilla. Y como esto se relaciona con algo que después permitió el Señor, voy a dejar constancia aquí de ello, aunque con pena de que se sepa que quien empezó por ser bienhechor tan notable, haya sido atacado de la tentación tan pronto.

Ya recordará, padre, lo de la ruana, cómo un regalito hecho con intención tan recta, fue el comienzo para cosa tan terrible.

Sin embargo, por lo pronto me pareció que era alguno de esos caprichos personales que a nadie le falta, pero la cosa comenzó a acentuarse formidablemente. Desde que estábamos haciendo arreglos por escrito, estando aún yo en Dabeiba, me escribió que él haría su rancho en el Sarare a tres cuadras distante del de las hermanas. En esto creí ver una delicadeza para que yo no tuviera que pensar en poner las reglas de separación exigidas por la decencia y los cánones y le contesté, que siendo entre selvas aquello, quizás el rancho a esa distancia presentaría muchos inconvenientes, sobre todo, para la salud del padre que se vería en la necesidad de trasegar pantanos todas las mañanas para presentarse en la capilla que había de quedar en la casa de las hermanas. Que creía yo que no había inconveniente en que quedara más cerca. En fin, me parecía que en eso cumplía un deber y usaba de una consideración que el padre debía esperar de mí.

Por entonces nada dijo; pero después de los primeros días de haberme conocido, se desató en verdadera rabia por la cosa; me dijo muchas veces que yo pretendía quitarle su libertad y meterme en la vida de él. Me repetía frecuentemente la cosa y con indignación desconocida y nunca por mí

supuesta, me reclamaba que con qué derecho pretendía mandarlo y arrebatarle su libertad. Varias veces le manifesté cuáles habían sido mis intenciones y aún le pedí mil excusas, pero aquello jamás se le olvidó.

Y para que se vea cómo era el diablo el que forjaba aquellas tentaciones, véase lo que pasó en seguida:

Un día que conversábamos con los tunebos, le dije: Padre, que diversidad de razas se encuentran en el mundo y lo raro es que todos vengamos de un mismo par: Adán y Eva. Agregué: lo más raro es que siendo Adán tan blanco, sea padre de los negros del África.

¿Cómo sabe usted que Adán era blanco? me replicó y sin darme tiempo para contestar se puso a insultarme con expresiones duras y aun vulgares. Más de media hora estuvo diciéndome cosas como que era una estupidez pensar así; que era que mi deseo de mortificarlo a él y de sacarlo de la misión me hacía decir esas cosas, etc. Quería yo calmarlo pero peor era, más bravo se ponía. Ni peligro de yo ponerme a sostener lo dicho, de que Adán era blanco, pero a él le parecía que yo lo sostendría y más rabia le daba. Entonces le pedí perdón y le dije que me alegraba de que Adán fuera negro porque como yo también lo era, me convenía tener abuelo tan parecido a mí, etc. Esto ya como en broma para calmarlo, pero solamente a medias conseguí mi intento y gracias di, retirarme del lugar con pretexto de algo que hacer.

Y continúa el diablo, que otro no pudo ser. Oiga padre:

Le dio una ulcerita en un pie y ya se le estaba poniendo de cuidado, cuando me resolví a ofrecerle una untura y aun a ponérsela. ¡Dios mío! Éste fue otro estalle que no me dejó ni saber por dónde salía del lugar. Esto duró por varios días de modo que tenía que sacarle el cuerpo.

Otra vez le dije que me había gustado el cuadro de que ya le he hablado, en la casa del padre Ramírez, y aquello fue como explosión de dinamita. Llegó hasta decirme que yo estaba fuera del espíritu de la Iglesia y que mi fe no era legítima, porque mi gusto denunciaba desconocer el arte de lo bello.

Otro día le ofrecí, para que en una posada no durmiera en un suelo húmedo, una piel que usaba siempre y que nos había prestado. Pues estalló hasta el punto de decirle al peón que nos acompañaba, que si yo continuaba así, tendría que retirar la misión del Sarare que era casi su vida. Este

enojo le duro toda una noche, en la cual el que lo acompañaba lo oyó suspirar y gemir como un niño. Y estas impresiones eran incalmables, pues en todas me esforcé por hacerlo y siempre le pedí perdón o traté de satisfacerlo, sin acertar a encontrar jamás el medio de que se tranquilizara.

En otra ocasión fue tanto lo que me dijo y tales las palabras que usó, que la hermana que me acompañaba se puso a llorar. El lo observó y se retiró a un rastrojo, pues estábamos en una posada, viniendo del Sarare. Pasadas varias horas se presentó y llamándome con mucha calma me dijo: ¿Por qué lloro la hermana? ¿Sería por mi enojo con usted? Le contesté que no hiciera caso, que las mujeres llorábamos por todo; que no se inquietara ni estuviera apenado. En fin, lo tranquilicé, pero me dijo: Yo no puedo convenir con hacer sufrir a las hermanas. Dígale a la hermana que no volveré a hacerla sufrir. Este propósito duró dos días, porque a los dos días echó el pobre padre la peor de las peleas y me ultrajó pésimamente. Se veía pues, que una tentación terrible obraba en el padre y que él mismo deploraba estas cosas, en cuanto eran duras para las hermanas.

Es necesario advertir, que el padre era cortés y culto y que con nadie se portó jamás así, lo que denuncia, no maldad suya, sino designios de Dios conmigo. Pasaba como con el padre Elías, de quien tanto he hablado; fue mi apoyo, mi ayudador y llegó hasta sufrir persecución por sostener la verdad de mi espíritu y sin embargo él mismo confesaba que no podía tratarme bien y que sería duro conmigo siempre. Cuando alguna vez me tiró con mucha fuerza y rabia, dándome un puñetazo, lo confesó ingenuamente. Y cuando otra vez, hablando de los hombres que les pegan a las mujeres, me dijo que él era incapaz de pegarle a una mujer, entonces riéndome le dije: ¿Y cómo en el camino de Murri me pegó a mí? Entonces me dijo: ¡Es que usted ni mujer es! Respuesta ingeniosa que merecía un comentario, pero que es mejor lo haga el lector.

Así le pasaría al padre Enrique. ¡Sentiría ese profundo desprecio y aun rabia con ésa que ¡ni mujer es! Y de ahí esas cosas tan incomprensibles.

No ve, padre, que hay quienes tienen luz muy especial y alcanzan a ver lo que otros no perciben? Pues el padre Elías lo que amaba en mí era la obra de Dios; pero conocía muy bien que el sujeto ¡ni mujer era! Y ya ve padre mío, que ser menos que mujer, en la especie humana, ¡es ya bastante miseria, es bastante poquedad! Es, padre, que sin duda los padres Elías y Enrique, entendieron bien y distinguieron los dos rayones de que hablo al principio. Pero lo muy de notarse que el rayón negro hace tantos años que dejó su puesto al rayón de luz, que es raro que lo distinguan bien.

De todos modos es preciso que entiendan que el padre Enrique con nadie ha sido así y que en ello se guarda un designio de Dios respecto de mí; eso no puede ser de otro modo. Tampoco el reverendo padre Elías trataba a nadie con la dureza con que me trataba a mí, pues llegaba a tanto, que las hermanas parecía, a veces, que lo aborrecían y tenía yo que defenderlo. Sin embargo, sólo Dios sabe lo que ese padre hizo por mí. La diferencia entre los dos está precisamente en eso: En que el padre Elías me trataba duro pero amaba la obra de Dios en mí, mientras que el padre Enrique la amaba en las hermanas y en mí le fastidiaba, la miseria tan bien definida por el padre Elías: ¡Ni mujer es!

Después verá padre, cómo ese pequeño grano echado por el diablo en el padre contra mí, fue funesto para la Congregación.

Dificultades en el viaje

Para salir del Sarare tuve mucha dificultad, pues en Santander escasean las bestias fuertes sin duda, y el padre Ramírez ya estaba de tal modo que no quiso prestarme ni alquilarme la bestia muy buena en que entré. Me vine pues en una bestia muy inferior a la que debía traer para tener menos peligros y dificultades en aquella terrible trocha.

Y crea padre, que esto me hizo sufrir, por ser el padre Enrique quien debía salir conmigo y cuya paciencia, ya tan escasa, debía ejercitar con las constantes desmontadas y dificultades de mi humanidad que, en una bestia fuerte resiste más y molesta menos.

Tuve que ofrecerle a Nuestro Señor aquellas dificultades que provenían del odio de los hombres a quienes frecuentemente se les olvida, que una caridad se le puede hacer a cualquier persona, aunque no sea de nuestro agrado. Mientras mi pobre humanidad se colgaba en las faldas del Sarare, obligándome a hacer un esfuerzo mayor del que podía, la buena bestia del padre Ramírez cargaba café, haciéndomelo saber antes como para que viera, que no era que no pudiera enviarla, pues para el café se le ofrecía otra muy buena. ¡Así me hacía sentir su enojo!

¿No ve en esto padre, la pura obra del diablo? ¿Cómo se prende odio en un corazón bueno como el del padre Ramírez, sin causa alguna y crece hasta el punto de gozar en verme sufrir y exponer la vida de un modo grave quizás? No hay remedio que el demonio agitaba el corazón de estos dos bienhechores y que ellos mismos, sin duda, se asustarían de verse así.

¡Cómo recordaba en aquel camino la obra del diablo en las almas de los que persiguieron a Nuestro Señor hasta hacerlo morir tan afrentosamente, sin haber hecho Él mas que bien! Tampoco quise hacerle otra cosa yo, a los reverendos padres Enrique y Ramírez.

Mi viaje pues fue bien penoso: El padre Enrique, por una parte, sirviéndome de compañía y peliándome por todo o por nada, y la bestia que no podía conmigo y a la cual había que exigirle una fuerza que no podía dar y que yo tenía que hacer, en lugar de ella, con menoscabo terrible de la salud. Pero es preciso ver en esto algo muy providencial, porque estas dificultades aliviaban mi alma y puestas delante de Dios eran el precio de las almas. Esto era mi consuelo, por no decir que el sufrimiento mismo lo era. Y si no estuviera obligada a escribir estas cosas, con cuánto gusto sepultaría todo esto en el fondo del alma, pues comprendo que sólo se echa fuera lo que estorba, y el odio del diablo y cuanto produce en los hombres, no me estorba, aunque debo confesar que sí me hace sufrir. Precisamente la dicha de sufrir está en sentir los sufrimientos. Muchos creen que es que uno se enseña a sufrir y que por eso no siente. Por mi parte creo que antes mientras más sufro, más sensible soy al sufrimiento.

Llegué al fin a Toledo, a la casa del padre Vera. Tanto él como las señoritas sobrinas que le acompañaban, se portaron con la mayor bondad y fueron un verdadero refrigerio para mi alma que venía bien apenada por la despedida de las hermanas dejadas en aquella soledad y que no tendrían más consuelo que el reverendo padre Enrique, a pesar de su carácter tan poco propio para ello. Él, sin embargo, me prometió que, a las hermanas como las quería tanto (era verdad) no las haría sufrir como a mí. El verdadero consuelo de ellas era su amado apostolado. Sin embargo, como aun están muy jóvenes algunas, no saben pasarse sin consuelo de otra clase y eso lo veía yo muy claro; preveía sus horas de desaliento y era eso lo que formaba mi pena. Sin embargo, la confianza en Dios fue siempre mi refugio y a ella recurrí.

El reverendo padre Vera vino a sacarnos un poco más adelante de Labateca. Al despedirme el buen padre, comprendí que ya no volveríamos a vernos y dicen las sobrinas de él que se lo dije y que el buen padre se entristeció. Efectivamente, ese mismo año murió el padre Vera, en un viaje que había emprendido al exterior, si no recuerdo mal.

Llegamos a Pamplona, en donde tuve que descansar más de lo que creía necesitar y con la salud un poco peor, debido a los grandes esfuerzos del

camino. Ya mi permanencia en aquella ciudad fue corta, pues recibía frecuentes telegramas del señor Builes y de las hermanas, diciéndome que mi presencia era necesaria para solucionar algunos asuntos difíciles que se presentaban, para la salida del noviciado y casa central de Dabeiba, para San Pedro.

En tal estado estaba entonces mi alma que tanto vuestra reverencia como yo creíamos que algo muy serio me esperaba en Antioquia; algo que bien podría ser la muerte. Vuestra reverencia opinaba que la rapidez con que iba haciendo las obras de la Congregación y arreglando todo lo de mi alma, anunciaba que quizás sería la muerte. Mi idea no era ésa. Lo que me hacía presagiar que quizás la muerte no estaría lejos, era ese vacío que habían hecho en mi alma las últimas persecuciones y además, el crecimiento del amor que frecuentemente me engaña, creyéndome inhábil para vivir en la tierra. ¡Ay! pero las fuerzas del alma son verdaderamente asombrosas y Dios le sabe dar dirección, de modo que sostenga la vida, en medio de una agonía que parece la última.

De todos modos, los dos estábamos convencidos de que algo nuevo, la muerte o una nueva persecución, me esperaba en Antioquia; y más adelante verá que si bien era cierto que aquello venía, aun se demoraba.

Para mi venida de Pamplona, el señor Afanador comunicó a vuestra reverencia para prepararme todo lo necesario. Debían venir conmigo las señoritas Virginia Ferrero y Corina Quirós a hacer su postulantedo de misioneras.

Delicadeza de monseñor Afanador

Una delicadeza del señor Afanador, que contrasta con lo ocurrido a la salida del Sarare, es la siguiente: En conversación le había dicho alguna vez al buen señor obispo que aunque el cabalgar en caballo era lo más cómodo para mi sexo y robustez, hacía mucho tiempo que había tenido que someterme a mula, porque mi enorme peso postraba los caballos y que sólo podrían con ella los muy especiales, los cuales eran de puro lujo y por consiguiente, ni los alquilaban ni los prestaban, ni podíamos tenerlos los pobres. Noté que a él le afaná un poco eso, pero no volví a hablar de la cosa.

Para mi viaje me sorprendió con un caballo de lujo, y además, para mayor seguridad de hacer el viaje cómodamente, había conseguido otro famoso, de un sacerdote. ¡Qué contraste, padre, con lo del padre Ramírez!

Esto es providencial como fue lo primero; sin embargo, me conmovió tanto esa delicadeza del señor Afanador, que me inundé de ternura; pero no con el señor Afanador sino con Nuestro Señor. ¡Vi ese rasgo del señor obispo tan semejante a la delicadeza de Jesús con mi alma, que no pude menos de llorar de ternura! Y le digo que es providencial lo uno y lo otro, porque en los contrastes se echa de ver el camino de Dios. Si con lo áspero podemos pensar que somos ya dignos del infierno, cuando Dios nos trata así, con los rasgos generosos y suaves vemos que Dios aun nos tolera y aun nos mimas. Porque no hay remedio, padre, en el fondo de la persecución hay siempre una cosa que no se ve, pero que aumenta mucho la pena: Es pensar que quizás aquella persecución es justa y que uno está ciego creyéndola persecución por la justicia. Esto es lo duro, lo amargo. Ese fondo de duda que Dios permite que quede en el fondo del alma, creyéndose culpable.

Por eso mucho tiempo después de estar padeciendo persecuciones, me dijo el padre Gamero, aquel santo jesuita de que he hablado antes, que eso que yo estaba sufriendo se llamaba propia y genuinamente padecer persecución por la justicia, y me hizo estremecer de cierta vergüenza porque aunque antes se me había venido la idea de que eso debía consolarme, porque era nada menos que la octava bienaventuranza, lo desechaba como un mal pensamiento y traía a la memoria todos mis pecados y la mucha capacidad para el mal que llevo dentro de mí, y así hacía de la pena una persecución justa en alguna manera, por lo menos, pero cuando el padre me dijo lo que tanto temía reconocer, me espanté. Es que aquello de "Quién estará limpio a los ojos de Dios", es bastante serio para uno irse declarando el justo perseguido.

Mi perplejidad

Pues bien, salimos de Pamplona en muy buenas condiciones de viaje; pero el dejar las hermanas siempre se me ha hecho duro.

El viaje fue sin contratiempos. En Bucaramanga fuimos recibidas en la casa de las hermanitas de los Pobres, religiosas ejemplares. Allí debíamos cambiar de manera de viajar pues se trata de región muy distinta. Era necesario tomar la mula porque los caballos se hubieran asfixiado. Muchas atenciones de parte de las hermanas de la Presentación, de las madres Betlemitas y de la casa de los Jesuitas, cuyo rector era un primo hermano mío. Las hermanitas de los Pobres no dejaron nada por hacer para compla-

cernos; sin embargo fue amarga, muy amarga mi permanencia allí. Me atendían y obsequiaban todos mucho más de lo que merezco, pero ¡Dios mío! ¡notaba cierta veneración y oía ciertos conceptos que me produjeron un aburrimiento o cosa semejante tan terrible, que hubiera querido morir-me más bien que despertar por las mañanas!

Lo mismo me había pasado en Pamplona. Aquel respeto y veneración me obligaron a consultar a vuestra reverencia si podía comulgar, a pesar de aquel hastío que me causaba tan falsa idea en las gentes. Recuerdo que le dije sin ambages: Padre, no puedo comulgar porque estoy muy aburrida de santa y más quiero morirme que continuar de santa. Entonces recibí de vuestra reverencia aliento para soportar aquello, ya que no podía evitarse. Pero como me había formado la ilusión de que en ninguna otra parte me pasaría lo mismo, estaba desprevenida y caí en la angustia más grande, siéndome casi imposible acercarme a comulgar.

Además, como mi salud estaba un poco resentida, se me .ocurrió que pecaba contra la castidad por aplicarme una medicina. Las dos cosas se me volvieron como montañas y me sentía completamente criminal. Por donde quiera andaba como un ladrón o un criminal que no siente derecho a nada. ¡Dios mío! y tenía que recibir elogios y oír conceptos que formando contraste con lo que sentía de mí misma, casi me hacen enloquecer. Las noches eran, por decirlo así, negras. Me parecía que las gentes de pronto, sintiéndose engañadas, me arremetían como a criminal que persigue la justicia y eso me parecía muy justo. En fin, sólo Vos, Dios mío, eras testigo de aquellas noches de amarguras; porque con las gentes tenía que poner muy amable el rostro y hacer muchas cortesías, con el fin de no escandalizar.

Me creía culpable de esa idea que tenían las gentes porque hablaba mucho y, naturalmente, dejaba escapar algunas expresiones, que daban a conocer que había algo bueno en mí. Por otra parte, el deseo de que otros se afanaran por las almas me llevaba a estimularlos en conversaciones, con lo cual todos creían que yo era un volcán de celo. Quería evitar esto y hacía propósito de obrar de otro modo; pero luego puesta en la ocasión, hablaba sin darme cuenta del propósito.

Mi perplejidad llegó pues a ponerme en la dura alternativa de: O no comulgar o quedar con el dolor de comulgar mal. En tal situación me acosté una noche llena de angustia; mas, bendito el Señor que se compadeció de mí, porque aquella noche volví a sentir lo que hacía mucho que no me ocurría, lo que referí y he dado en llamar el arreglito con Dios antes del sueño. Entré pues en esa como pérdida de mí misma y a poco sentí en

lo más íntimo del alma, pero con clarísima luz, que Dios estaba contento de mí, que lo del remedio no era pecado y que debía hablar a las gentes con llaneza, sin temor de ninguna clase, porque Dios me pedía que edificara al prójimo con esto, con lo cual se cumplía cierto designio de Dios. No conocí el designio. Esto venía acompañado de mucha dulzura, de tan clara luz, que lo que el Señor quería darme a entender, quedaba como grabado en el alma con la mayor convicción y entendiéndolo simultáneamente. Era como a manera de rayo que hería con una intelección completa. Pasé el resto de la noche en mucha tranquilidad y con una creciente de amor muy especial.

Al día siguiente fui a comulgar con toda la tranquilidad y dulzura del caso. Como ya había hecho llamar al reverendo padre Toro, rector del Colegio de Jesuitas, para confesarme, vino aquel día y en el confesionario quedó confirmada mi seguridad. Sin que él conociera lo ocurrido aquella noche, le expuse mi pena y dudas y me contestó que nada era pecado y que lo de fastidiarme, el pasar como santa, era otra gracia de Dios. Que, además, no temiera hablar con sinceridad a las gentes, porque eso también era trabajar por la gloria de Dios. Total que en todo estuvo de acuerdo con lo enseñado en el arreglito con Dios.

Pero lo más raro, es que a pesar de mi seguridad y de aquella convicción que da la luz de Dios, no tuve completa tranquilidad hasta que oí la voz del sacerdote. Así me ha pasado en otras ocasiones; es como si la convicción o tranquilidad quedara en suspenso, mientras habla la autoridad de Dios en el sacerdote. Y no sólo es así en estas cosas, sino en cualquiera otra cosa que Dios enseña sobrenaturalmente. La completa tranquilidad no viene sino después de oír la aprobación del sacerdote, aunque no hay inquietud antes de recibir la palabra del sacerdote. En el caso a que me refiero no dije al padre lo que me había pasado, porque huyo siempre de hacer saber estas cosas o pedir aprobación de ellas a sacerdotes que no me conocen. En esto veo, padre, una predilección de Dios por mi alma, muy grande.

Desaparece mi temor de hablar con los hombres

Recuerdo que leyendo la vida de Santa Teresa y sobre todo sus Fundaciones, que para cada cosa que determinaba, dice: Y Dios me dijo que hiciera esto o aquello, como si hablara con Él las cosas y le contestara directamente; me sorprendía yo de aquellas expresiones de la santa, porque no sabía yo, cuántos modos tiene Dios de hablar a las almas y darles seguridad sobre su modo de obrar. Bendito sea para siempre, pues que no abandona en sus angustias a los que le aman.

Por ejemplo, padre mío: Sufrí mucho tiempo cierto temor de hablar con hombres, porque he leído que los santos se han cuidado, algunos de ellos por lo menos, de tratar personas de otro sexo, así como por algunas expresiones de libros de moral que me han infundido cierto espanto y me han sido inexplicables. Mi temor de hablar con hombres no ha sido siempre el mismo, sino que de tiempo en tiempo, me revive y hasta hace sufrir, si bien esto ha sido pocas voces, por lo mismo que no he entendido mucho la razón para ello.

Pues una de esas ocasiones en que me daba cierta inquietud el tratarlos con mucha frecuencia y largo, aunque necesario, pasé una noche un rato como de privación del sentido y mientras tanto, lo que no sentía al exterior, lo sentía en el fondo del alma, en la cual quedaba impresa la idea de que un ángel que no era el de mi guarda, rodeaba mi cuerpo como un vestido, con lo cual entendía yo, que no debía tener miedo de hablar con los hombres cuanto se necesitase. Esto duró mucho rato y se reflejaba un poco en la imaginación, sin que el fenómeno pasara en ella.

En la imaginación se representaban de modo apenas advertido, ciertas blancuras como de alas de animal, envueltas en neblina muy suave. Pero no era que lo del ángel fuera eso, sino como el reflejo que iba a la imaginación. Es que según creo, los sentidos internos no quedaron muy privados del ejercicio propio y la imaginación con la impresión que se hacía en el alma de la vestidura angélica, como que recibía reflejos ya representados por cosas conocidas y tangibles. Así me parece poder explicar lo de la imaginación.

El alma quedó, como suele quedar después de esta clase de fenómenos, llena de dulzura y un amor que no es el ordinario y que el alma sabe muy bien distinguir. Con esto se acabó el temor que me acosaba, del trato frecuente con los hombres.

Luces y sentimientos durante la navegación

Al tomar vapor en Puerto Wilches, el medio cambió completamente y también mi alma. En los barcos hay de todo y a veces ni es fácil distinguir las condiciones de las gentes acerca de fe; pero al fin se respira aire más cristiano, al menos navegando el Magdalena. El cinco de marzo, quise, haciendo que veía correr las aguas del río, para disimular ante los pasajeros que iban allí mismo, empezar mi oración de la mañana mientras unos jugaban y otros leían; pero inmediatamente fui como envuelta, el alma, se

entiende, en una como niebla deliciosa que no dudaba ser de Dios o Él mismo; muy amorosa y suave; pero dejándome completo el uso de los sentidos tanto internos como externos.

Sentía de un modo recóndito y como en la niebla que me envolvía, esta verdad o verdades: Que la gloria de Dios es el esplendor de su Ser, lo cual sentía como viéndolo, pero no con ojos ni a la manera que vemos siempre, porque este ver era entender y amar; pero un entender que como que se identifica con lo entendido. El ser que llamo mío lo sentía, (esto no es sentir pero no tengo otro modo de decir), comprendido en el conocimiento que tiene el Padre de sí mismo y que engendra eternamente al Hijo, pero como perdido en la expresión de su Omnipotencia.

¿Cómo decir, padre, con lenguaje humano esta alteza de cosas? ¡Imposible! Expresarlas es desvirtuarlas; es como quien queriendo mostrar un diamante presentara un terrón de tierra... ¡Es desconsolador por demás el hacerlo!

Este conocimiento tan vivo y amable como intenso y desconocido, causó algo como eléctrico en mi cuerpo que parecía encenderlo. Duró como dos horas, pero como me dejó libre el uso de los sentidos, pude hablar con las compañeras y atender a cuanto fue necesario, así como desayunar y pensar en lo que era necesario.

Es necesario advertir que el pensamiento es, respecto de estas cosas y donde se verifican, sumamente externo y aunque no sé que siempre quede en ejercicio de su oficio, en esta vez sí lo estuvo absolutamente, de modo que podía pensar lo necesario, en medio de aquel conocimiento e incendio, sin perder nada, absolutamente, ni de intelección ni de ardor amoroso. Creo que si alguno me hubiera tocado en aquellos momentos, habría sentido el calor que me invadía.

El por qué Dios se me muestra de este modo y de tantos otros, no lo adivino, padre. No hay duda que tiene algún designio muy sabio; pero no lo alcanzo ni a medias. ¡Es que Dios, a veces, da las migas de su mesa a los perros! No me queda duda, por más que le haya dicho a la Cananea, que aquello no era justo. Es que esto que no es justo sí es misericordioso y Él se complace en ejercerla con lo mínimo y verter sus destellos en lo más débil. ¡Bendito sea para siempre!

En la tarde de aquel mismo día tuve dos sentimientos opuestísimos y ambos fuertes. Sin pensar en ello, ni antecedente ninguno, repentinamente

me vino un gran deseo de haber cometido todos los pecados que se han cometido en la tierra, para tener la dicha de tributarle a Dios el homenaje de un arrepentimiento profundo y de una humillación conveniente a tal estado. El deseo me vino como engendrado por el hecho de que, siendo ya Dios ofendido con todos esos pecados, no había recibido el homenaje de arrepentimiento y humillación correspondiente a las ofensas y que siendo yo la autora de ellos, se lo daría. Sentimiento y deseo extraño que venía acompañado de otro, consistente en ser como los ángeles, sin haber ofendido a Dios nunca.

Cosas más contradictorias y que si no vinieran envueltas en un ardiente amor de Dios y no dejaran en el alma el sello más verdadero de la huella de Dios, podrían llamarse extravagantes. Pero, Dios mío, ¿cómo llamarlos así, si tienen tu huella clara en los puntos mismos de oposición? ¡Con razón se dice que el amor es loco, porque si el mío tan pequeño y miserable da de cuando en cuando sus notas de locura, bien se ve que no es cuerdo! ¡El mundo lo sabe bien y por eso es el primero en vituperarlo! ¡Si conociera las corduras celestiales y evangélicas! ¡Pobrecitos! Pero esas cosas no las revela Dios sino a los humildes y pequeños y ¿cómo había de revelarlas al mundo tan inflado?

Todos los días que duró la navegación, sentí como la fragancia espiritual de estos sentimientos y gozo extraordinario del Ser de Dios. Sin duda por todo esto no se hizo larga la navegación, aunque el barco venía lento por temor a una varada.

CAPÍTULO LVIII

- DIFICULTADES PARA SACAR LA CASA CENTRAL DE DABEIBA
- DOLOROSO ARRANQUE DE LA CUNA DE LA CONGREGACIÓN
- NUEVAS DIFICULTADES - INTERÉS DE MONSEÑOR BUILES
- OTRAS FUNDACIONES - EN EL SEMINARIO DE SANTA ROSA
- MONSEÑOR BUILES VISITA LA CONGREGACIÓN - HISTORIA DE
MIS RELACIONES CON LOS SACERDOTES - EL PADRE TRESSEL Y
EL NOVICIADO - ENFERMÉ DE GRAVEDAD - SEGURIDAD DE
NUEVAS DIFICULTADES - CARGOS QUE ME HACE EL PADRE
ROCHEREAU - EL SEMINARIO DE MISIONES

*"Pero Dios los salvó, y dio a conocer su poder
haciendo honor a su nombre. (Sal 106,8)*

Dificultades para sacar la casa central de Dabeiba

Al llegar a Medellín, supe las muchas dificultades que estaban pasando las hermanas para sacar la casa de Dabeiba, porque los reverendos padres carmelitas trataban de impedir la venta de nuestra finquita de Joni y trataban de probar que era de ellos.

Un error habíamos cometido, creyendo que el permiso del señor prefecto para sacar las casas de la prefectura, incluía el permiso necesario y canónico para vender los bienes. Por eso intentaron los padres impedirlo, justamente al parecer. En el fondo, sin embargo, lo que trataban al impedir la venta, era probar que era de ellos. Por fortuna la escritura no estaba hecha a la misión sino a la Congregación y se había comprado con dinero regalado a la misma, por el ilustrísimo señor Crespo quien muy a tiempo lo certificó.

Tan pronto como supieron las hermanas, que los padres decían que sin permiso no podían vender, pidieron auxilio al señor Builes. Éste tuvo la ocurrencia de autorizarlas para que vendieran con permiso de él, cosa que los reverendos padres, como era natural, no aceptaron y sirvió para que con más fuerza se opusieran.

Tan pronto como tuve conocimiento de esto, me dirigí al señor Arteaga diciéndole que me había engañado en creer, que el permiso para sacar las casas, incluía el de vender, pero que si no había sido esa su intención, tuviera la bondad de concedérmelo. No sé qué coincidencia favorable ocurrió, para que me lo concediera, declarando que no había sido incluido en

la licencia para levantar, porque ya se lo había negado rotundamente al señor Builes, quien se lo pidió por telégrafo, en términos que hicieron patente el ánimo prevenido y el enojo guardado que había en los reverendos padres. Mas, como las hermanas habían sido autorizadas, quizás indebidamente, por el señor Builes para proceder a la venta, no es muy extraño que el enojo del señor Arteaga creciera, ya que se veía por primera vez por nosotras, olvidados sus derechos.

No obstante haber dado la licencia, los reverendos padres continuaron haciéndoles creer a las gentes que quienes compraran nuestra finquita, tenían que someterse a pleito, porque ellos lo pondrían, para probar que era de ellos. Eso naturalmente atemorizaba a los compradores, perjudicándonos grandemente. Casi todas las gentes de Dabeiba sabían que la finquita era una propiedad perfectamente definida y que la había comprado la Congregación, pero si habían de disgustar a los padres o exponerse a pleito aunque fuera para ganarlo, desistían de comprarla. De esta coyuntura se valió un señor para comprarla barata. Se presentó a los padres a decirles que iba a comprar. Ellos le dijeron que le pondrían pleito y él, que conocía bien las cosas, les dijo: No importa, tengo dinero para sostener el pleito, pueden ponérmelo cuando quieran. Con esto se intimidaron y nada volvieron a decir. ¡Las únicas perjudicadas fueron las misioneras, que hubieron de darla por bastante menos de lo que valía!

Doloroso arranque de la cuna de la Congregación

Ya desde San Pedro, me quedó un poco fácil dirigir la salida de la casa central y el noviciado. Esto le tocó personalmente a la Hermana María San Benito, que fue la última que salió después de entregar el nidito y cuna de la Congregación, desgarrada de pena.

He visto siempre padre, que todas las comunidades religiosas aman entrañablemente su cuna y hacen cuantos sacrificios puedan para conservarla. Nada más natural y conveniente. Por eso creí que nuestro rancho de Dabeiba, sería como el centro a donde se dirigirían las miradas de cuantas misioneras tuviera la Congregación con el correr de los tiempos y que sería como un monumento, que mostrara siempre el sacrificio de las primeras fundadoras que lo hicieron con sus propias manos, sin omitir sacrificio y en medio de los vejámenes de los dabeibanos que ante lo nunca visto estallaron en burlas y vejámenes. Puede decirse que no había en ese rancho, madero que no hubiera recibido una gota de sudor de esas fundadoras, que a la vez que se arrullaban con el Ave María, enseñaban a los

pobres salvajes, cortaban madera, buscaban paja, arreglaban tierra, etc. llenas de suma alegría, que no podía ser sino celestial, en medio de tantos sacrificios. Pues esta cuna amada, testigo mudo, pero por su austeridad elocuente, fue vendida por algo así como la quinta parte de su valor y fue luego dividida en cuartuchos para alojar gentes aun de malas costumbres. ¡Nuestras celditas fueron asilo de abominaciones quizás! ¡Oh Dios mío! ¡Donde te entronizaron como Señor de virginales corazones, en donde tantos gemidos y suspiros de amor oíste antes!

Y sabe, padre mío, que he pensado que ese sacrificio tan inusitado, cual es el de dejar para siempre su cuna la Congregación, nos lo ha exigido Dios, porque nos quiere como ÉL. Él no conservó durante su vida, ni fue propiedad de la Sagrada Familia, la cueva de Belén. ¡La desnudez fue completa y así quiere que seamos las misioneras llamadas a servirle tan de cerca! ¡Oh santa desnudez! ¡Oh bella abnegación de todo! ¡Oh pobreza hermosa que hace rebosar de dicha a los religiosos perfectos, cuánto debemos amarte!

Otras veces he pensado si Dios querrá, que la Congregación sea como nómada y que vaya como las piedras del río, sin hacer puesto permanente, totalmente universal y totalmente libre. Que vaya de tierra en tierra sin arraigar, como su amado pueblo de Israel iba de cautividad en cautividad, para mejor extender el conocimiento de Dios. No lo sé, pero hay algo que parece indicarlo. Entonces la Congregación causará mayor escándalo en el mundo y se sufrirá más, porque el mundo cobra caro lo nuevo, lo no esperado. De todos modos Dios es dueño y árbitro de todo y hará lo que sea su santísima voluntad.

Nuevas dificultades

Recogidas por fin en San Pedro, ya todas, con la decidida protección del ilustrísimo señor Builes, parecía que la bonanza sería duradera, pero, ¡ay! Cuán corta fue. Por fortuna Dios no me ha faltado con sus avisos, para estar prevenida.

Desde luego, le hablé al señor Builes que debíamos ver cómo se erigía la casa central, si convenía en San Pedro, al lado del noviciado o en Medellín o en otra población vecina. Me contestó, como providencialmente, que lo veríamos; que a él le gustaba más Medellín, pero que el señor Caycedo no nos daría la licencia, que debíamos esperar un poco. En esto preparaba Dios el camino de salvación para la Congregación como se verá.

Pocos días después de haber salido de Urabá vino al señor Builes una queja de la Nunciatura, sobre alguna acusación que allí le habían hecho los reverendos padres carmelitas; él me la mandó y la contestó muy bien. Como con el asunto de las casas y ventas en Dabeiba se habían trabado telegramas y comunicaciones duras entre el señor Builes y los reverendos padres carmelitas y el señor Panico, secretario del señor Nuncio, había quedado un tanto indignado con los de Urabá. No sé si por indicación de él o por petición del señor Builes, la nunciatura pidió declaraciones juradas de todas las hermanas, acerca de las hostilidades de los padres carmelitas a la Congregación. En consecuencia, el señor Builes envió dos sacerdotes a tomar las declaraciones.

Todas nos dispusimos a declarar según la verdad y la obediencia, pero a mí me sorprendió un temor terrible de perjudicar a los reverendos padres carmelitas. Ya habíamos salido de su jurisdicción, los habíamos perdonado y hasta más allá del perdón habíamos ido, porque he procurado que las hermanas los amen y reconozcan que son los instrumentos de Dios para nuestro bien. ¿Luego, a qué inquietarlos? La obediencia, sin embargo, me hizo resolver.

Pocos días después de estas declaraciones, se me ocurrió que tal vez ellas darían margen, a algún conflicto que resultara en aquello que tanto vuestra reverencia como yo, pensábamos que se me esperaba al venir a Antioquia. En esa expectativa andaba yo, cuando una mañana al salir de la celda, miré a la pared que queda sobre la puerta y, ¡cosa rara! Con esta mirada quedó como impresa en mi alma la persona del Eterno Padre, el concepto de su Paternidad eterna y entendí que aún eso que esperábamos, tardaba un espacio de tiempo que yo entendía como de dos años. Esto quedó como impreso en mi alma de un modo tan claro, como si hubiera sido una película de fotografía. Se entiende que no veía nada material, pero la noticia que venía de la Persona del Padre, se fijaba así en mi entendimiento, sin que entrara en la imaginación, porque no había nada de formas materiales. Duró poco, muy poco, lo que se refiere al acto de la noticia, quizás lo que duró la mirada, pero la conmoción amorosa que traen siempre estas cosas, duró todo el día.

Quedó después sólo la convicción de que la catástrofe que esperaba se tardaría todavía un espacio de tiempo, que se parecía a dos años. Conocí además, que mientras llegaba el conflicto, el amor me apretaría mucho, como para que esa pena fuera haciendo en mi alma la obra que terminaría o concluiría el conflicto.

Esto se cumplió al pie de la letra, padre. Lo que sí no he acertado a entender, es cuál es la obra que el amor comenzaría en mi interior y terminaría el conflicto. Mas, ¿para qué quiero saberla, si el Señor no la ha puesto visible?

Una circunstancia rara hay en esto: Escribí, y ahora precisamente, lo he leído, pero no me atreví jamás a prevenir a las hermanas, ni me volví a acordar de nada (ahora, al leerlo sí lo recuerdo fielmente) y cuando ya casi se cumplían los dos años, el Señor volvió a estrecharme para que previniera a las hermanas, a fin de que no les faltara la fe en su Congregación, ni se dejaran escandalizar en las persecuciones. ¡Bendito sea para siempre el Señor! ¡No ve, reverendo padre, que el Señor me lleva de la mano y que su misericordia me cubre desde la niñez! Dios mío, si mi vida debía ser un cantar de amor, ¿no es verdad, padre?

Interés de Monseñor Builes

Las cosas llegaron a ponerse magníficas con el señor Builes. Tenía él un interés grandísimo, parecía que Dios lo hubiera suscitado para darle empuje a la Congregación, pero qué equivocados andábamos. Precisamente desde que supe que había sido nombrado obispo de Santa Rosa y sin que le perteneciera todavía sino el internado de San Pedro, sentí que estaba llamado a realizar una obra gloriosa para la Iglesia de Colombia.

Para decir la manera como me vino ese sentimiento, permítame padre, que le diga que de dos maneras suelo conocer estas cosas: La una, como las que he escrito, se imprimen en el alma o en el entendimiento causando unción y amor especial y ordinariamente, vienen acompañadas de algo que muestra muy claramente, ser Dios, quien las imprime. La otra manera es, que resulto con el conocimiento cierto de la cosa, sin saber de dónde la hube. Este modo sólo pocas veces lo he tenido. Una de esas veces es lo del señor Builes. Se me fijó en la parte íntima de mi alma eso, que estaba llamado a realizar una obra gloriosa para la Iglesia de Colombia. A él se lo dije, sin saber decirle cómo lo había sabido. Llegamos los dos a pensar que esa obra podía ser, el desarrollo total de la Congregación, lo cual contribuía a aumentar mi fe en su ayuda.

Ya está probado que no es la Congregación, pero quizás esa obra será el seminario de misiones. No lo sé, pero él va adelante.

Frecuentemente iba esta servidora a verse con el señor Builes, a Santa Rosa y le consultaba cuanto se me ocurría. No le confíé todo mi interior,

porque comprendí que lo sorprendía y asustaba lo que iba diciéndole y que le daba suma importancia a algunas cosas de las que le confié. No me faltó nunca la idea, pero pura idea de que era conveniente que conociera la manera como Dios formó mi alma para la obra, pues siendo él, el llamado a perfeccionarla y desarrollarla, le serviría de mucho, conocer esos pasos que Dios había dado ya en el instrumento de que se valió, para hacer ostensible su misericordia con los pobres infieles y salvajes, pero me contenía ese conocimiento de la poca formación que él tenía para comprender lo de mi alma y el modo como lo oía. Hoy bendigo a mi Dios por esto.

Alguna vez me escribió hablándome de algo así como de necesidad que sentía él, de conocer algo de lo que había en mi alma, para imponerse mejor del espíritu de la Congregación. Esto me pareció muy puesto en razón y comencé por exponerle lo que ya creo que tengo referido respecto a humildad. Noté que se quedó muy perplejo y que entre dientes dijo una cosa que repreguntada por mí, la condenso en esto: me lleva mucho pero es que también tiene más años.

Con esto quedé como corrida porque ya vi que, en lugar de estudiar mi asunto, o aprobarlo o reprobarlo, estableció comparación con él mismo y de la comparación sacó una conclusión por demás penosa para mí. Dios mío, si se trataba de las gracias de Dios, ¿cómo se hacía esta comparación, cuando Dios no ha puesto tarifa para concederlas? Además, él con la gracia del sacerdocio ¿no me llevaba bastante delante de Dios? Esto fue para mí desconcertador, pero le puse freno al sentimiento que podía ser hasta pecaminoso y seguí en mi ánimo de franqueármele cuando fuera posible, si lo volvía a reclamar.

En otra entrevista con él, me puso a que le refiriera algo de la dirección del señor Arteaga a mi alma. Le dije de lo acertado que había sido siempre y por fin llegué a referirle lo que me dijo, cuando le hablé de los apretones que me daba el amor en el Golfo de Urabá y del estado en que estaba mi alma entonces. El concepto y opinión del señor prefecto le pareció antiteológico, pero lo hizo reflexionar mucho. Después de un rato, me dijo:

- ¡Ay, madrecita, tengo miedo!
- ¿De qué, ilustrísimo señor? Le dije.
- Pues si el señor Arteaga conociendo estas cosas y dando esos conceptos de su alma y palpando la Obra de Dios en ella, llegó a ser su enemigo...

Luego como afligido, me dijo:

- Madrecita ayúdeme a pedirle mucho a Dios para que yo no llegue a ser enemigo suyo, me aterro... ¡Eso es una desgracia!

Y continuó diciéndome cosas semejantes, hasta que le hice la promesa de pedir por eso, ¿Quién creyera esto, padre, con tales prevenciones?

Otras fundaciones

Mientras estuvo la Congregación con el Señor Builes se hicieron varias fundaciones: Santa Rita, Peque, Sinú y Cáceres, pero todas ellas en malas condiciones y con una dirección que me hacía temer mucho, que no fuera el Señor Builes el que tuviera la luz de Dios para el desarrollo de la Congregación; para que esto se vea, basta estudiar la misioncita del Sinú.

Estuvo él en visita en Antadó y de allá me escribió que le diera hermanas para el Sinú en donde había, decía, muchos indios, puesto que diez y ocho le habían saludado en Antadó. Que colocaría las hermanas en un caserío llamado El Calvario, que allí harían una buena casa, para lo cual ya tenía un arreglo hecho, que tendrían sacerdote constante, porque entre el de la Colonia de Antadó y un padre Yepes, se turnarían. Que el camino de la Colonia a allí, era una carreterita que lo hacían las bestias a galope, sin encontrar tropiezo, en fin aquello no tenía obstáculos.

Naturalmente, con semejantes facilidades, le di las hermanas en cuanto él me comunicó que estaba la casa terminada. Un sacerdote vino por las hermanas y las llevó. No había ninguna casa, pero sí un rancho. El camino era una trocha por donde no habían entrado bestias, con peligros verdaderos, por falta de puentes en los ríos, no existía el tal caserío del Calvario y los padres de Antadó y Yepes, desde luego, les dijeron a las hermanas que no se habían comprometido a visitar esa misión y en resumen, no había nada. El número de indios que viven en la región, muy distantes de ese punto, son unos nueve o diez; los civilizados no llegan a veinte. El señor Builes me escribió que los indios eran por lo menos trescientos y muchos civilizados.

Al verse las hermanas allí, determinaron hacer arreglar un caney abandonado para esperar allí las órdenes mías o las del señor Obispo, Y... ¡Dios mío! Él no hizo caso de aquella situación y como no era posible reclamarle nada, la casa ésa hubo de permanecer allí, con hambre y en soledad espantosa, un año. Gracias a las circunstancias de haber resultado que ese sitio no

era de la jurisdicción del señor Builes, pude sacarlas al año. Y digo que con hambre estuvieron allí las hermanas, porque las provisiones habían de llevarlas desde la Colonia y aquello presentaba la dificultad de la trocha y los ríos crecidos. Y si se habla del hambre espiritual... Sólo cada tres a cuatro meses iba un sacerdote y les decía una Misa.

Las otras fundaciones que se hicieron en los tiempos del señor Builes, aunque no fueron en tan pésimas condiciones, fueron todas sin base de estabilidad. Por esto y por otras razones, puede verse que el señor Builes no podía ser el obispo de una congregación como ésta, pero tanto él como nosotras lo creíamos, porque yo, aunque veía estas cosas, las interpretaba siempre por algún lado favorable.

Por dos veces hizo publicar relaciones que le mandaban las hermanas del Sinú pedidas por él, se entiende, malísimamente escritas y con cosas que lejos de acreditar la pobre Congregación, la desacreditaban y llevaban a la mente de las gentes argumentos contra las vocaciones. Por todo se puede asegurar hoy, que si la Congregación no hubiera salido de la jurisdicción del señor Builes, habría fracasado de muchos modos.

No hay que negar que él la quería y que la amparó en hora muy oportuna y tuvo finezas especiales con ella, aunque esto duró muy poco tiempo.

En el seminario de Santa Rosa

A fuer de agradecida con él, le mandé unas tres hermanas a organizar la cocina del seminario que le inquietaba mucho, porque la salud de los alumnos sufría considerablemente. Le puse como condición que mejorara la estancia de las hermanas de modo que quedara decente y que sólo estarían allí, mientras se podía encontrar una seglar competente, para que continuara en lugar de ellas. Varias veces me dijo después, que las dejara como en fundación destinada al buen manejo de la parte económica del seminario. Le manifesté que era imposible, toda vez que eso no era ni entraba en nada en el fin de la congregación. Pero como con esto no quedaba tranquilo, le dije que el único modo como podía arreglarse sería pidiendo a Roma que cambiara el fin de la tercera categoría de hermanas de la Congregación, de modo que en lugar de la agricultura, se ocuparan en los seminarios. Esto le alegró muchísimo y prometió que escribiría a Roma pidiendo la licencia.

Algunos meses después me dijo que ya le habían contestado. Bien examinada la cosa resulta que él pidió permiso distinto. Lo que pidió fue que

si le permitían llevar unas religiosas al seminario, para que le dirigieran la parte económica de él. A esto le contestaron que no necesitaba esa licencia, que podía hacerlo sin contar con nadie. Y ni siquiera se sorprendió cuando le hice notar que había pedido cosa distinta.

Por todo esto se ve que no era el obispo que necesitábamos, puesto que no tenía en casi nada la luz necesaria, siendo sin duda muy sabio para lo demás. No acertaba pues en nada de lo de la Congregación.

Con estas gestiones, que nada son, él siguió muy tranquilo con las hermanas en el seminario. Sólo yo vivía inquieta por tenerlas fuera de su elemento y sin facilidad y sí muchas dificultades para la observancia. Muchas veces quise hacerlo pensar en esa responsabilidad y no pude. Además, temía tanto disgustarlo por temor a un funesto rompimiento, que me pareció mejor guardar prudencia, hasta ver si se presentaba oportunidad de poner las cosas en orden. Lo único que hacía era cambiar frecuentemente las hermanas, para ver si no perdían el espíritu, pero aún de los cambios reclamaba. Era una situación bien difícil, con todo, no llegó él a creer que yo pensara en quitárselas.

Monseñor Builes visita la Congregación

En diciembre de 1925, el ilustrísimo señor Builes, se presentó a hacer visita canónica. La practicó minuciosamente y dejó un acta llena de conceptos buenos y a todas las hermanas, novicias y postulantas, edificó mucho con su fervor y santidad de vida. Por mi parte estuve muy contenta de la visita y sentí mucha tranquilidad de que él lo conociera y estudiara todo, pero noté con mucha pena, que al conocer alguna falta de una hermana, decía algo como de fastidiarle la hermana y cierta dureza al tratar de ella. Eso me cohibía un poco, para consultarle sobre algunos asuntos relacionados con la corrección.

En abril de 1926, vino a estarse unos quince días en la casa, cediendo a la invitación que le hice de venir a tomarse algunas medicinas a la casa y para que fuera conociendo mejor el espíritu y modo de ser de la Congregación y así pudiera desarrollarla según su aspiración.

¡Con cuánto gusto lo recibimos y cómo me sentía de feliz teniendo al superior en la casa! ¡Qué tranquilidad! Por su parte, él se mostró muy complaciente y paternal. A los indiecitos del internado los llevaba cada día a dar una caminada con una sencillez ejemplar.

Quise que en esos días conociera los libros de la congregación que aún no habían sido presentados para su aprobación, para que en particular y sin ser cosa oficial, me les pusiera las observaciones que creyera convenientes. Eso sí que haría grande mi tranquilidad. Es que eso de escribir sin saber, padre, y de cosas delicadas y de las cuales se conoce tan poco, es terrible. Se siente mucha necesidad de que pronto se conozca eso y se corrija. Me parecía que ya iba como a descargar me de ese peso. Él convino gustoso en que cada día le mostrara algo.

Estudió el "Hacia Dios" y por algunas observaciones que le hizo y a las cuales atendí inmediatamente, vi que no penetró bien el espíritu de él, pero seguí mostrándole. En el examen del directorio, lo comprendí muy asustado. Me decía con frecuencia: ¿y quién le enseñó eso?, pero asustado. Siempre mi respuesta fue la misma: Dios que me buscó para su cosa, me dio los medios, Él no hace nada incompleto pero es preciso que se entienda que nada ha sido revelado de modo sobrenatural, sino que se ha valido de inspiraciones, unas veces, de ponerme a la mano libros, otras, de conversaciones con los que saben, muchas veces, etc. Parecía que el señor obispo no me oyera cuando le decía esto y pronto volvía con la misma pregunta. Por fin, en cierta parte del Directorio, me dijo: ¡Yo no sé eso! ¡Me parece eso muy aventado! Le rogué que me indicara cómo lo arreglaba, pero disimuló y ya no volvió a sacar el ratico para ver más.

Con todas estas cosas, veía yo que le faltaba luz para el espíritu de la Congregación y que aunque la amara tan entrañablemente como parecía, esa falta de luz, nos haría sufrir no poco. No que creyera que él no tuviera ciencia, seguramente la tiene. Me refiero a esa luz especial que necesitan las obras de Dios y que él concede a quienes deben dirigirla.

Desde entonces comencé a notarle al señor Builes menos confianza y ciertos silencios cuando le hablaba de la Congregación, que me eran incomprensibles. Pero absolutamente nada sospechaba.

Pocas cosas de mi interior le consultaba porque comprendía que admiraba las que yo le había consultado y tuve cierto temor.

En una de las entrevistas que tuve con él en el confesionario me dio orden terminante de escribir esto que ahora escribo, diciéndome que lo necesitaba la Congregación. Gracias a Dios que ya había pasado la pena de empezar estos garabatos, porque el delito lo había cometido vuestra reverencia primero. Eso le contesté y desde entonces no había carta en la

que no me urgiera, porque, al escribir, no dejara ni lo que me pareciera muy insignificante, porque en todo se mostraba, me decía, la obra de Dios y el espíritu de la Congregación. Tuvo, sobre todo, mucho interés en que escribiera la historia de mis relaciones con los sacerdotes, porque le parecía raro que, habiendo siempre recibido persecución terrible de sacerdotes, los amara como los amo tan entrañablemente. Me creí en el deber de decirle lo que acerca de ese punto siento, que es lo siguiente:

Historia de mis relaciones con los sacerdotes

Desde niña, el amor al sacerdote era en mí muy grande. No hay duda de que el respeto y veneración de que los vi rodeados siempre en la casa de los abuelos, se grabó en mi alma indeleblemente. Mas, después de que conocí lo que es un sacerdote, aquella estimación se redobló y fue muy racional.

Muchas veces en la vida he sentido luces muy especiales de Dios acerca del sacerdocio. Algunas vez, estas luces me hacen ver la grandeza del sacerdocio en general y otras se han referido a algunos de los privilegios del sacerdote, como a la facultad de absolver, la de dueño y engendrador de la Eucaristía (por decirlo así). Naturalmente después de estas luces, se me desarrolla un amor grande a los sacerdotes y deseo vehemente que se multipliquen los buenos matrimonios como semillas de sacerdotes.

Con alguna frecuencia me ha acometido deseo muy grande de seguir al sacerdote después de la Santa Misa, para besarle las manos y aun los labios que acaban de consagrar el Cuerpo, Alma y Divinidad de Jesús. Claro que de estos deseos no he hecho caso, pero confieso que he tenido que hacerme grande violencia. Al ver un sacerdote muerto una vez, me puse a verle largo rato las manos, pensando en cuantas veces se habían levantado para absolver, para soltar cautivos y arrancárselos al infierno y cuando menos advertí, me puse a llorar con gemidos muy grandes y volviendo el rostro al cielo le dije a Dios: ¡Señor de mi alma, apenas te perdono que te lledes lo que tanta falta hace! Y seguí llorando casi sin consuelo. Cuando reflexioné sobre la expresión, me pareció atrevida y me arrepentí.

De este modo he venido, pues, en la vida, a ver al sacerdote de un modo muy sobrenatural y a importarme mucho cada sacerdote que veo, pero cosa rara: En ninguna época de mi vida, me han faltado sacerdotes enemigos que me hagan guerra crudísima y además, siempre han sido los que de modo más duro me han traicionado. Nunca me había confesado con uno

de quien sí era amiga, por ejemplo: Cualquier día llegó a la casa y me dijo: Laura, hágame el favor de rezar una Ave María en voz baja, para que yo la oiga. Bastante peregrina me pareció la cosa, pero con la mayor sencillez la hice. Mientras yo rezaba, hacía una cara de afirmación que cada vez se iba haciendo más mala. Terminada el Ave María, me dijo: basta. Pues de aquí resultó que salió diciéndoles a las gentes de su confianza, que la maestra (era yo) era muy mala, y no supe qué otras cosas, afirmando que me había confesado con él pero ocultándome. Y esto no lo dijo de modo que la gente se diera cuenta de que, en ese caso, había faltado al sigilo, sino que primero dijo que me había confesado con él ocultándome y pocos días después se declaró mi enemigo y hablaba muy mal, dejando creer que era muy solapada e hipócrita. No obstante la persecución que se me desató entonces y el cambio tan inexplicable del padre, no advertí en lo del Ave María, sino mucho tiempo después.

No acabaría si refiriera todas las veces que me han pasado cosas semejantes. Sin embargo, he creído siempre que Dios las permite, para que mi afecto al clero sea completamente sobrenatural,

Esto le refería al señor Builes y él se empeñó en que debía escribir separadamente mi historia con el sacerdote. Mas hoy, creo que dejo cumplida la obediencia con lo dicho. Muy agradecida vivo de mi Dios por este nuevo favor, de ponerme las cosas de modo que mi amor a los sacerdotes sea enteramente sobrenatural, pues si a lo natural me atuviera, renegaría de ellos y hubiera ofendido mucho a mi Dios. Al contrario, por la misericordia de Dios, no he atribuido las cosas sino al querer de Dios y he logrado mantener mi amor a ellos a la altura de mi deber, según creo. Dios quiera que no me engañe. Y las penas que los sacerdotes me han causado, que han sido las más fuertes, me han hecho mucho bien, después de todo. Les debo pues mayor gratitud.

El padre Tressel y el noviciado

Ya desde hacia bastante tiempo que el reverendo padre Tressel, eudista, rector del Seminario de Santa Rosa, se me había hecho conocer como consejero del señor Crespo y conoedor, por consiguiente, de todo lo de la Congregación.

Dicho padre ha sido de mucho crédito y de consejo. Pues este padre, en reserva, me dijo que los eudistas, una vez cumplidos los sesenta años de edad, podían elegir su puesto y eran libres para servir donde quisieran.

Que a él lo estaban esperando las Clarisas de Santa Rosa y las Visitandinas de Ocaña, para que fuera su capellán pero que él, sin decirles a ellas nada, quería ser capellán de nuestro noviciado. Esto me lo dijo, cuando todavía el noviciado estaba en El Pital, en la Prefectura de Urabá. Creía él, sin duda, que los padres carmelitas aceptaban eso, pero no le opuse ninguna cosa al padre, porque, como todavía le faltaban cuatro años para los sesenta, era de suponer que las cosas cambiaban.

Efectivamente, ya en la época a que me refiero, todo había cambiado y yo había pedido al padre, no sólo al reverendo padre Provincial, sino también al reverendo padre General en Francia. Creíamos que nos hacíamos un hallazgo, pues que el reverendo padre debía comprender el espíritu de la Congregación, puesto que había seguido paso a paso su fundación y marcha; además, era de suponerse que una intención completamente recta presidía su deseo, toda vez que su fama de santidad lo exigía.

Por otra parte la necesidad que he sentido siempre de que Dios le depare a la Congregación un sacerdote u obispo, que penetrándose mucho del espíritu que informa la Congregación y de la importancia del fin que persigue, la empuje, la ayude, la propague y, sobre todo, vele por el sostenimiento del espíritu en los miembros, pensé que ése era el hombre que necesitábamos. Varias veces se lo dije al reverendo padre Tressel y aún le mostré toda la confianza que me infundía, el que él se encargara de la dirección espiritual de las hermanas en el noviciado, y casa central por lo menos. Pero, ¡pobre de mí! Cuán engañada andaba, porque mientras que mis cálculos se basaban sobre un principio de intención rectísima, el reverendo padre formaba quizás, castillos en el aire, de ambición. ¡Triste cosa es que los hombres, aun los mejor prevenidos, muchas veces caigan en abismos que nunca pensaron! Pues bien, al venir el señor Builes a Santa Rosa, le manifesté lo que había al respecto y cómo ya el reverendo padre había cumplido su tiempo en el seminario. El señor obispo me dijo que era el padre que más necesitaba, pero que él por la Congregación haría cuanto se necesitara hasta el último sacrificio. Quedamos pues en que a su tiempo, él arreglaría de modo que el reverendo padre Tressel quedara para la Congregación. Con qué ánimo lo esperábamos, ¡Dios mío!

Enfermé de gravedad

A fines de 1926 tuve una enfermedad grave que obligó a las hermanas a llamar médico a Medellín y fue el doctor Martín Noreña, quien declaró que mi vida, si continuaba viviendo en San Pedro, sería cortísima, que

debía salir inmediatamente para Medellín. Esta orden me ponía en condiciones terribles, toda vez que difícilmente había hermana que me reemplazara en San Pedro, además, no era posible que se fundara casa en Medellín, porque no se conseguía la necesaria licencia eclesiástica y me vería en el caso de vivir como seglar en casa de Carmelita. Por lo tanto, resolví dejarme morir, porque por otra parte, la opinión de todos los médicos era de que no me curaba tampoco en Medellín sino que podía vivir más tiempo. En conclusión, o debía vivir siempre en Medellín fuera de la vida religiosa, o morir pronto en San Pedro. A esto último me resolví pero no sé por qué conducto lo supo el señor Builes e inmediatamente me envió carta en la que me decía que bajo obediencia me imponía el viaje a Medellín, sin darme más que el tiempo necesario para dejar en orden todo. No hubo pues remedio, sino plegarme a la obediencia y venirme a Medellín a vivir vida seglar y a llevar la carga de la Congregación allí, fuera de los medios espirituales convenientes.

Seguridad de nuevas dificultades

Creo que fue antes de venirme que quise prevenir a las hermanas para cualquier cosa que el porvenir guardara; para lo cual, en dos días seguidos, el primero con las profesas y el segundo, todas reunidas en el refectorio. Les dije que debían estar prevenidas para una tempestad que se acercaba. Que estuvieran prevenidas para no escandalizarse y que se pusieran a imaginar que me sacaban a mí de la Congregación y lo que ellas debían hacer. Entonces como movidas por resorte, todas a una dijeron: Nosotras también nos vamos y donde quiera que vaya iremos. Les mostré entonces cómo resultaría verdad lo que ya habían dicho, de que ellas no eran movidas por deseo de vida perfecta, ni de misiones, sino por amor a mí, que ese afecto era cosa de hipnotismo con el cual yo las atraía y que ese proceder se tomaría a insolencia o cosa parecida.

A pesar de todo, ellas no se resolvían a someterse a que me quitaran y quedarse en la Congregación. Entonces me dijeron que volverían a sus casas, a lo cual les respondí que era peor, puesto que entonces quedaba probado que eran religiosas sólo por mí. En fin, ellas acorraladas, no sabían qué hacer y lloraban inconsolables. Mucho me preguntaron si sabía por donde debía venir la persecución, toda vez que estábamos tan ciertas de que el afecto del señor Builes era sincero y ninguna podía ni sospechar, que por él viniera eso que tanto temían y que yo les decía estar cerca.

Es necesario, padre, advertir que yo estaba cierta de que aquello vendría y que no demoraba mucho, pero casi aseguraba de la firmeza del señor Builes y de ningún modo me cabía la idea de que por él o por los reverendos padres Eudistas pudiera venir. Tampoco me apoyaba interiormente en aquel conocimiento que había tenido y el cual iba a cumplirse. Hoy me sorprende de eso. Lo tenía escrito y no era tiempo tampoco de que se hubiera olvidado, sin embargo, para lo que les decía a las hermanas no me fundaba en ese conocimiento y eso que los dos años iban a cumplirse. ¡No hay remedio! Somos como pajas manejadas por el viento y ni cuando tenemos en qué apoyarnos sabemos utilizarlo.

Pero, ¿de dónde tomaba el conocimiento que tenía y por el cual les hablaba entonces a las hermanas y les prevenía con tanta seguridad? No lo sé, pero mi interior estaba completamente iluminado acerca de eso y nadie me hubiera convencido de que no vendría aquella tempestad. Es verdad que era la misma anunciada, recién venida de Pamplona y que conocí en el mismo Eterno Padre; pero el recuerdo de ésta no entraba para nada en mi seguridad. Las hermanas en esta vez, después de mucha lucha y de sermones y razones, consintieron en someterse a que me sacaran de la Congregación, pero siguieron muy tristes y manifestaron que no podían hacerlo serenas. Por eso mismo al día siguiente estando todas reunidas, es decir, profesas, novicias y postulantes, en el refectorio, se ocurrió la misma cosa y entonces les dije lo mismo a todas, pero las protestas entonces fueron las más contundentes. Hubo muchas lágrimas, pero al fin logré persuadirlas de que la docilidad y la confianza en Dios las salvaría y que si se prevenían con tiempo, no caerían por sorpresa que era lo peor. ¡Pobrecitas! Había algunas muy jóvenes y no sabían que de los buenos se pudiera esperar ninguna cosa menos buena. Les di algunas lecciones de cómo era la vida y de cómo no debían desalentarse, etc.

Y eran numerosas, porque el señor Builes al terminar los ejercicios del clero el año anterior, les había arengado con elocuencia sobre las misioneras y les encargó favorecieran vocaciones. Salieron aquellos sacerdotes y pusieron manos a la obra. En ese año, trajeron veinte buenas postulantes, y anunciaron que dejaban otras para el año siguiente. En fin, aquello pintaba lindo en lo de vocaciones, puesto que es una diócesis que no ha sido gastada en el asunto y que tiene muchas parroquias en las que por primera vez, se les hacía conocer religiosas. ¡Bien pronto había de paralizarse aquel movimiento con mucho perjuicio para las almas!

Cargos que me hace el padre Rochereau

He olvidado de decir que, desde que me vine de Pamplona comencé a recibir cartas del reverendo padre Enrique Rochereau cada vez más ofensivas y dolorosas. Como ya lo conocía, atribuía esto a prueba de Dios, para que no me faltara el santo ejercicio de perdonar y disimular injusticias y las contestaba siempre haciendo como que no entendía lo duro de ellas y sin excusarme de los cargos. Los principales que me hacía eran estos: Era enemiga de la misión del Sarare y le hacía cuanto mal podía. Había hecho que el señor Afanador no lo nombrara superior ni director de la misión del Sarare. Aborrecía a la Madre del Santísimo, superiora del Sarare, por envidia. Enseñaba a las hermanas a no querer la gente blanca. Que era injustísima con las hermanas. Que no sé mandar (en esto quizás andaría acertado) que le atendía a una hermana histérica y que según el criterio de ella gobernaba a la Congregación. Que le había ordenado a una hermana que oyera las confesiones de las demás, para que me las dijera y en fin, que abría por vanidad mi interior a todos, para conseguirme adeptos.

De todos estos cargos, me decía cosas sumamente duras en las cartas, pero en una se resolvió a pedirme terminantemente, le largara a él el gobierno de las casas del Sarare y Pamplona. Que no volviera yo a meterme con ellas y que vería cómo marchaban de bien las cosas. Agregaba que, según él preveía, yo no le daría lo que pedía, pero que en tal caso, buscara misionero para el Sarare, porque él de otro modo no seguía. Aún en esta ocasión me hice la desentendida de la manera como decía las cosas y del enorme disparate que me proponía, porque si, ni a los obispos les deja la Iglesia el gobierno de casas religiosas, sino que hay una mujer al frente de él, se concibe que a un sacerdote mucho menos. El fracaso habría sido seguro. En consecuencia le escribí, que eso de que no supiera yo gobernar era muy natural, pues que las mujeres habíamos sido hechas para obediencia, que sentía mucho eso de que lo mortificara mi mal gobierno. Pero que podía indicarme con confianza lo que le pareciera mal y que siendo ello justo lo atendería.

Se comprendía pues, que el reverendo padre iba muy mal. En esos mismos tiempos, se convenció de que los indios que pertenecían a la misión no ascendían sino a ochenta individuos, en donde él había asegurado a dos departamentos que tomaban parte en esa misión, que había ocho mil y fueron tantos los nervios que tuvo, que comenzó a alterarse positivamente el orden de la casa del Sarare y las hermanas sufrían mucho. Sin embargo,

callé y esperé; pero bien se veía que por allí se cuajaba tempestad, aunque nadie lo creía.

El Seminario de Misiones

Otra clase de amistad o lazo de unión había entre el señor Builes y esta servidora, que es necesario hacer constar aquí, aunque deje pendiente lo del padre Enrique para, a su tiempo, continuarlo.

Desde que me presenté a saludarlo, cuando sólo había sido elegido obispo, me dijo que él siempre había creído que debía fundarse una congregación de misioneros similares a nosotras, con las mismas constituciones y reglas adaptadas a los sacerdotes, que era idea que le fascinaba. Entonces le referí que no era él el primero en pensar eso, sino que siempre se han presentado hombres a pedirlo y que a otros superiores eclesiásticos se les había ocurrido también, pero que a ninguno se le habían proporcionado los medios de ponerlo en práctica. En fin, le referí cuanto al respecto le dicho antes. Se mostró muy satisfecho de ello y me aseguró que él sí lo iba a emprender. Por supuesto que para mí también, esta idea era un consuelo.

Un año quizás después, cuando por motivo de una fiesta patriótica, estuvo en Medellín su excelencia el señor Giobbe, lo mandó llamar con afán. Él, que siempre había tenido viaje a Medellín a cumplimentarlo, con mayor razón lo hizo, sorprendido por el llamamiento. A su vez me escribió que bajara a Medellín con unos indios de los que teníamos en la casa. De modo que nos presentamos con ellos y el señor nuncio se mostró muy complacido y hasta hizo tomar una vista de él, con el señor obispo, los indios y dos hermanas que estábamos presentes. Después nos obsequió con una copa de vino y salimos muy contentas de cómo se había manifestado el señor nuncio con la Congregación.

Después fue el señor Builes a buscarme para referirme la entrevista y el por qué lo llamaba el señor nuncio, diciéndole que si él no hubiera venido a Medellín, el señor nuncio, habría ido a Santa Rosa. Tanto era lo que le interesaba el asunto que iba a tratarle.

Comenzó por preguntarle si la iba bien con la Madre Laura, él contestó que magníficamente. ¡Ah! Muy bueno, le dijo el nuncio, es que quiero que se ponga de acuerdo con ella a ver si pueden fundar una comunidad de sacerdotes similares a ella, es que ese espíritu es el que se necesita hoy para las misiones. Es preciso que haya sacerdotes también, para que la

obra sea completa. Empréndala en nombre de Dios. Comience por fundar como un seminario de misiones y luego, en lo interior, les va imprimiendo ese mismo espíritu de las misioneras, luego se les hace cumplir las reglas y por último les ponemos un hábito apropiado y que sea conforme al de las misioneras.

El señor Builes salió con esto, como unas pascuas y me dijo que apenas entendiéramos que era ya la hora, lo emprenderíamos con desnudo. En fin, nos parecía que aquello estaba ya hecho.

Desde entonces en nuestra correspondencia, que era muy frecuente, figuraba en mucho la idea ésta. En los quince días que estuvo en casa, como dejo referido, principiamos a componer las constituciones, de modo que quedaran adaptadas a hombres y a sacerdotes. Bien poca cosa hicimos, es verdad, porque se le notaba al señor Builes un poco de temor de hacerlo, que parecía como que quería que esta servidora trabajara sola en ellas, primero y arreglarlas él, después.

Desde el principio le manifesté claramente que le ayudaba en lo poco que pudiera, pero que no se dijera nada afuera, que debía figurar él sólo en la obra, y que bajo el velo de una reserva absoluta le ayudaría yo cuanto pudiera. Alguna vez le dije cuáles eran los motivos que tenía para esconderme y los aprobó. Estos eran, entre otros, el que la obra con un obispo al frente tendría más crédito. Segundo, que ya yo infundía en las gentes muchas sospechas y era tanto como echarle a la obra desde sus principios, fermento malo, ante las gentes, y por último, porque el señor Gasparri ya me lo había prevenido. Total, pues, que quedamos en ello muy bien. Desde luego le indiqué que podía comenzarse en una casa que en Entreríos hay desocupada, grande y que pertenece a la parroquia. Él convino muy bien en ello y en todo íbamos muy de acuerdo, hasta en que los misioneros llevarían faja azul, en su sotana negra, en que debían adoptar desde el principio el mismo Manual, etc.

CAPÍTULO LIX

POR ORDEN DE MONSEÑOR BUILES ME PRESENTÉ ANTE LA NUNCIATURA - ENCUENTRO CON MONSEÑOR ARTEAGA - VISITA A LAS MISIONES DEL SAN JORGE - LECCIÓN QUE ME DIO MONSEÑOR LARDIZÁBAL - ORACIÓN DURANTE LA NAVEGACIÓN - SE REFIERE ALGO YA DICHO - LA NIÑA NIEVES - MONSEÑOR MUÑOZ SE PONE EN CONTRA DE LA OBRA - NUEVAS DIFICULTADES CON LOS SACERDOTES - ANIMÉ A MONSEÑOR BUILES A EMPRENDER EL SEMINARIO DE MISIONES - DIFICULTADES EN SANTA ROSA

*Tú eres quien me ampara y me protege;
en tu palabra he puesto mi esperanza. (Sal. 119,114)*

Por orden de monseñor Builes me presenté ante la nunciatura

Bastante antes de estas cosas me mandó el señor Builes a Bogotá. No sé qué le ocurrió a él en la nunciatura, porque de buenas a primeras me dijo que tenía que ir a Bogotá, para lo cual, él me daría los gastos, a darle cuenta al señor nuncio de algo que no quise poner en las declaraciones contra los carmelitas, porque me parecía que aquello le quitaba crédito en materia grave, a uno de ellos. No tuve más remedio que obedecer a tan dura obediencia, porque a nadie había yo querido confiar eso, aunque era algo que ayudaba a nuestra causa, no poco.

Salí pues para Bogotá con la Hermana María de la Flagelación el 18 de septiembre de 1925. Llevaba además, el encargo de traerle al señor Builes un dinero que le debían en la nunciatura.

EL viaje fue feliz, sólo me inquietaban los nervios de la hermana quien con cada impresión nueva (era la primera vez que viajaba) los mostraba y se desconcertaba. Nos hospedamos en "Las Aguas" en el Orfelinato del Niño Jesús, en donde recibimos las más finas atenciones de parte de la reverenda madre Enriqueta, religiosa de la Presentación, y sus hijas.

Tan pronto como se pudo, nos presentamos en la nunciatura. Allí el señor Giobbe se mostró muy amable y fácil; le manifesté que por pura obediencia iba a ponerle al tanto de una cosa que había dejado de declarar contra los reverendos padres carmelitas, pero que antes me prometiera que no le daría a mis palabras más valor que el que expresaran, toda vez que se trataba de un punto en donde se podía tener un error acerca de la reputa-

ción de una persona. Me lo prometió y entré en materia. El hecho envolvía un engaño que en materia de cánones se me había hecho y otras cosas, pero de las cuales no me atrevo a estampar aquí nada, pues he recibido orden de escribirlo sí, para defensa de la Congregación, cuando se necesite, pero en plana separada y sellada como secreto que sólo podrá ser visto por una superiora General, en caso de necesidad. Además, como jamás hice otra cosa, ante los superiores, que defender la Congregación, sin pretender acusar a los padres, cosa de la cual siento profunda repugnancia, el señor obispo me ordenó, en esta vez, decirle otras cosas al señor nuncio, aunque no se necesitaran para la defensa.

Le referí algunas cosas de las más salientes y al contarle lo mal que algunos padres tratan el Santísimo Sacramento, se me salieron las lágrimas y él muy conmovido, me dijo: Consuélese que Dios lo ha visto todo. Ya ha cumplido su deber y Dios la premiará. En eso concluimos. Ya para salir me dijo que volviera al otro día para darme alguna cosa para la misión y efectivamente, me dio \$100 oro. Además, el dinero para el señor Builes.

Salí de la Nunciatura tan llena de espíritu y tan enternecida con la vista del señor nuncio, de quien pude conocer media alma, en el calor de las frasecitas que me dijo, que bendije a Dios.

Mientras ventilaba los asuntos en la nunciatura, recibí mil finezas de la señora doña Elisa Sordo de Ancizar, amiga de todo lo bueno y muy aficionada a todo lo de misiones. La víspera de venirme la señora de Ancizar me invitó por teléfono a conocer la casa de la Liga de las Damas, diciéndome que debería ir por la mañana, porque a esa hora también iría el señor Arteaga a conocerla y querían que estuviéramos juntos para que viéramos algunas cosas de misiones y que no podíamos aplazarlo porque el señor Arteaga salía para Antioquia al día siguiente. Con esto, quedé notificada que viajaríamos juntos, pues coincidía esto con la salida del expreso.

Encuentro con monseñor Arteaga

Efectivamente al entrar al buque del alto Magdalena, en Girardot, ya iba el señor Arteaga, nos pusimos de modo que él tuviera que saludarnos. Entró y nos dio un saludo que pudiéramos llamar amargo. Luego se sentó en una silla en completo silencio, dando de cuando en cuando unos suspiros que se iban al alma. A mi vez, pensaba en lo que por aquella alma estaba pasando. Yo lo había conocido mucho, era delicado de conciencia y

temeroso de Dios, por eso me preguntaba ¿cómo hizo para meterse en tal responsabilidad? ¡Ay! Padre mío, ¡qué abismos tan hondos en los que nos meten las pasiones!

En toda la navegación del Alto Magdalena no habló aquel pobre prefecto una palabra, no obstante no ser pocos los pasajeros. En aquella silla, tirado, suspiraba y miraba con indecible tristeza. A la hora del almuerzo se levantó para decir algo a un criado y nosotras nos fuimos a la mesa. Allí pudimos observar que le habían puesto en la misma mesa y que pidió que lo pasaran a otra que sirvieron después. Todo revelaba que nuestra presencia le había revuelto el alma y dado una tristeza profunda.

Al subir al vapor del bajo Magdalena, las cosas cambiaron. Ya no encontramos camarote y un criado ofrecía uno carísimo. Nos resolvimos a pasar sin él pues se trataba de una sola noche, entonces se nos acercó el señor Arteaga y me dice con ese semblante tan amable que lo adornaba y con una voz muy amistosa: ¿Madre, encontró camarote? No, le respondí, pero como se trata de una navegación corta, nos hemos resignado. Pues, me dijo, con un semblante de mucha complacencia: Yo tengo para mí y para ustedes. Sólo que el que voy a darle, tiene el inconveniente de quedar sobre cubierta, lo que constituye una dificultad para usted que no puede subir escalas. No importa, le contesté, de alguna manera subo, lo que tenemos que ver es que sí haya para vuestra reverencia. Sí, me dijo, no se inquiete por mí, que hasta quizás les quedo vecino. Muchas gracias, le dije, así se lo agradezco mucho.

Punto seguido se fue a buscar el criado para que nos pusiera en el camarote, puesto para dos. El mismo entró a arreglar el camarote, como si se tratara de su madre, con una delicadeza que acababa de afligirme. No se retiró hasta no ver que todo hubiera quedado arreglado, poniéndose siempre a las órdenes para todo.

A la hora del desayuno vio que la hermana estaba inquieta por el equipaje que se nos había quedado en La Dorada, pues el buque se había subido un poco y al regresar por la mañana, no había seguridad de poderlo tomar, e inmediatamente se ofreció: Yo le envío un peón por él, le dijo, y efectivamente le pagó a uno de los pajes para que en la noche se lo subiera, de modo que amanecemos con el equipaje en el camarote. Como a las seis de la mañana de aquel día que amanecemos en el barco, bajó la hermana y lo encontró lavándose allí en el saloncito del buque cerca al catre que había ocupado. De modo que no había tenido camarote y se había privado del suyo para darnoslo.

Apenas vio a la hermana, le preguntó cómo había pasado la madre y luego, le dijo: Mire, vamos allí, porque aquí dan por la mañana un cafecito que sienta muy bien, pero a veces si uno no lo pide se les olvida. Vamos para que le lleve a la madre. Efectivamente fue y molestó a los criados que ya estaban en otras cosas para que sirvieran los dos pocillos de café y él mismo trajo el mío hasta la escalera. ¡Cada una de esas atenciones hacía más punzante mi espina, por supuesto! ¡Pobrecito!

Ya hizo que le pusieran el puesto en la mesa cerca al que ocupábamos nosotras y las atenciones más delicadas nos sorprendían. Ya pedía un vaso para mí, ya una cuchara etc. Entonces sí mostraba rostro placentero y feliz.

Así hicimos el tiempo de navegación. El último día por la mañana le mandé unos duraznos para que tomara, como tenía costumbre, algo en la mañana. Estaba en la misma posición en que había pasado en la navegación del Alto Magdalena, es decir, tirado en una silla en la angustia más terrible. Recibió los duraznos y sólo dijo, dando un suspiro muy profundo: Yo lo que tengo no es hambre; los metió en el bolsillo. Ese día llegamos a Puerto Berrío y al saltar a tierra fui a darle la llave del camarote y me la recibió haciendo una cara terrible, sin darme lado para darle ni las gracias, ni despedida, ni nada. Con una amargura que no podía disimular, salió del buque y no volvimos a verlo.

Esto me reveló lo que preveía: Que el señor prefecto sentía profundo remordimiento por los asuntos con nuestra comunidad y no tenía el valor de entrar en un arreglo o los padres continuaban sosteniéndolo. Lo cierto es que poco tiempo después murió y uno de los padres confesó ingenuamente que lo había matado una gran pena moral. Unos médicos opinaron lo mismo.

Efectivamente, ¿cómo podía tener la conciencia tranquila un hombre de la delicadeza del señor Arteaga, palpando el estrago que hizo la separación de la Congregación en los indios y el gran perjuicio en las almas? Él tan advertido hasta por su misma madre, que desde el retiro del claustro le rogaba que hiciera las paces con la Madre Laura, que ella preveía algo muy funesto si no las hacía, que en la oración había sufrido mucho por eso y que lo veía como ahogándose en un mar terrible, el cual ella comprendía que era esa enemistad. ¡Él desoyó todo esto instigado por los padres, pero claro que con la conciencia no hay transacciones y que sus días debieron ser terribles! Como, por otra parte, tenía tantas virtudes, espero que Dios ha tenido misericordia de su alma. ¡Además, quizás Dios tenía designios de justicia acerca de los indios de Urabá y purificación para nosotras y para el mismo señor Arteaga!

Volví de Bogotá y di cuenta del viaje al señor Builes, el cual quedó muy contento. Me había ordenado que del dinero que le traía de la nunciatura, le diera en Bogotá a una señorita \$ 40.00 pero lo había olvidado. Al enviarle el dinero con esos \$ 40.00 menos, me escribió haciéndome cargo de ellos en términos un tanto penosos. Le contesté apenada, diciéndole que ese dinero lo había entregado según su orden, a la señorita Riaño y sólo me contestó que me felicitaba por la buena memoria.

Hago constar esto, padre, para que se vea que el modo de ser del señor Builes tenía sus inconvenientes y que lo vinimos a notar cuando el trueno de persecución sonó. Con el incidente del dinero, sólo pensé que era distracción y la mucha confianza que me tenía. ¡Ojalá hubiera previsto la verdad!

Visita a las misiones del San Jorge

Durante el tiempo a que me refiero, hice un viaje a visitar la casa que tenemos en San Benito, en el San Jorge. Me fui llevando una nueva hermana para la casa, la hermana Maria Auxiliadora, persona con muchas cualidades y la esperaban con afán. Sin embargo, desde que llegamos a Jegua comencé a notarle cierto desvío. Pensé que era la trasnochada, pues habíamos navegado en una gasolina estrechísima, toda la noche o la mayor parte de ella y no le di importancia a la cosa.

Al llegar a San Benito salió casi todo el pueblo presidido por el honorable concejo municipal y el reverendo padre José Gabaldá, misionero allí, a nuestro encuentro con músicas y alegría grande, hasta el puerto de la ciénaga. Nos llevaron enseguida a la iglesita en donde cantaron un hermoso Magnificat, en seguida nos llevaron a la casa de las hermanas.

En ninguna parte, padre, como en el San Jorge, se siente uno verdaderamente en tierras de misión. Aquel pueblo de San Benito metido entre ramajes de árboles, con los cuales también habían adornado las calles para nuestra entrada, se ve pintoresco, a la orilla de una ciénaga cuyo término no se alcanza a ver y poblada de aves hermosísimas que hacen recordar tantas cosas de las misiones de África, por donde quiera niños desnudos y negros indolentes, que bien revelan la carencia de fe y civilización. Allí las hermanas prensadas en su rancho, porque era estrechísimo en la parte que ocupa su habitación, pues lo de escuela era bastante regular, con un calor como de homo a punto de asar bizcochuelos, llenas de alegría, rodeadas de gentes a quiénes hacer el bien, macilentas y flacas, me inspiraban envidia santa. ¡Ay, padre! Estas hermanas habían llevado como texto

para hacer aquella fundación aquellas palabras: "No temas pequeñito rebaño mío", y parecía como que la savia de estas palabras, hubiera hecho de ellas verdaderas ovejitas que llenas de confianza en su pastor, todo lo esperan de él.

Habían sufrido no sólo con aquel clima ardentísimo, sino de muchos otros modos y habían logrado hacerse fuertes en el espíritu, reposadas y amables como si estuvieran en lecho de rosas. Tuve pues mucho consuelo al verlas tan hechas a lo difícil y rodeadas de aquellas gentes a quienes ya habían hecho entrar por el carril del bien, en mucha parte. Sin fuerzas físicas, pero como leonas en lo moral y espiritual. Bendito sea mi Dios que les hizo fuertes y constantes en medio de tantas dificultades.

Ocurrió que el reverendo padre misionero tenía para aquella época una fiesta que él llamaba del Sagrario; en ella colocaría por primera vez, el Santísimo Sacramento en su misión. Hacía tres o cuatro años que preparaba esta fiesta y para ella se proponía también mover los corazones acerca del respeto y excelencia de la Divina Eucaristía, a la vez haría primeras comuniones, matrimonios y cuanto le fuera necesario para dejar, por decirlo así, recogido el fruto de sus apostólicos trabajos, en los años que tenía de trabajo en aquel sitio. Hasta entonces se había concretado a sembrar y en aquella fiesta cogería. En todo aquel tiempo se concretaba su trabajo a iniciar en las gentes el deseo de la Eucaristía. Ahora iba a dárselas de lleno, dejándolo en un hermoso sagrario que le habían regalado en España.

Naturalmente la fiesta debía ser de gran resonancia y todas habíamos de ayudarle al buen padre. La casa de las hermanas se convirtió en floristería, con todas las niñas del pueblo y esta servidora, a falta de quien pintara, siguiendo las indicaciones del reverendo padre y porque no se le quedaran sus planes sin realizar, tomé el pincel. Dios mío, ¿quien creyera que me improvisaba pintora, y que las pinturas servían? Eso nadie. Pero como Dios me ayudó, decidí complacer al reverendo Padre. Lo primero había de pintarle en cartón dos ángeles de tamaño natural. Así me lo dijo, como quien le pide a quien sabe, y decía con seguridad que los ojos de los ángeles habían de quedar muy bien enfocados hacia el Sagrario. Con mucha risa le contesté que como les quedaran ojos, ya yo me contentaría mucho, pero el insistía en que debían de quedar enfocados. Para el reverendo padre José era lo mismo saber que no saber, para pedir, ni oía las razones en contra y por mi parte, quería a todo trance darle el consuelo de hacerle reales sus ideales, pintados. Y mi arte tan escaso, Dios mío, ¡era un contraste con mi voluntad!

Pues manos a la obra y resultaron unos ángeles un poco abotagados y feos pero el padre se manifestaba muy contento y a las gentes no les quedaba qué desear; definitivamente, la Madre era para ello, una artista y... ¡hasta a las hermanas, que no quieren ver nada deficiente en mí, les parecieron los ángeles hermosos! Por mi parte, creo que si el deseo de ver alegre al reverendo padre, fuera arte, entonces sí que era yo artista.

En fin, seguí haciendo mamarrachos pues eran muchos los que el reverendo padre había ideado para la ornamentación de la iglesia y ¡todo salía de mi mano con la facilidad con que se deslizaban los dedos en aquellos papeles! Pero, ¡Dios mío! lo que pintaba... Sin embargo, en casa de los ciegos, el tuerto dizque es rey y como no había nadie que lo hiciera mejor...

En fin, en la fiesta, la iglesia parecía un perifollo de cositas y el reverendo padre quedó sumamente contento. Además, el movimiento religioso constituyó un consuelo muy grande. Hubo varios matrimonios y muchas comuniones y una hermosa procesión por toda la población. Sin embargo, no estuve del todo alegre, porque me quedaba en el alma una espina, como sucede siempre en tales casos. Comprendía cierta distancia entre lo que enseña últimamente la Iglesia acerca de la Sagrada Eucaristía y la práctica del misionero en aquella fiesta y en general. Notaba como un principio o rastro de jansenismo. No llevaba la comunión a los enfermos sino dando tres toques y teniendo un número de pueblo como para una gran fiesta, de donde resultaba que casi ningún enfermo pedía comulgar, ni mucho menos hacerlo dos veces en la misma enfermedad.

No permitía la comunión frecuente a nadie fuera de las hermanas, aunque lo desearan y les viera señales de enmienda verdadera. Sólo porque les notara algún rastro de las antiguas inclinaciones y a veces, ni semanalmente les permitía acercarse a la Sagrada Mesa; la misma fiesta del Sagrario muestra claro esto. Hacía tres o más años que estaba allí el reverendo padre, las hermanas hacía más de un año y, sin embargo, no había colocado el Santísimo Sacramento, porque aun no le parecía suficiente el cortejo que tuviera, no obstante ser las discípulas de las hermanas ya unas cristianas piadosas.

Todo esto y los ruegos de las personas que me ponían de abogada ante el reverendo padre para que les permitiera comulgar (cargo que jamás acepté), por supuesto, me afligía pensando en que en el reverendo padre hubiera algún rastro de esas ideas anteriores a las determinaciones del Su Santidad Pío X y me amargó esto la fiesta y toda la permanencia en San Benito. Es cosa bien extraña que no falte el diablo con sus tentaciones para evitar el bien de las almas, aún de parte de aquellos que las aman y desean

salvarlas. El celo del reverendo padre era y es admirable, sabe sacrificarse como un santo ¡y sin embargo, no deja correr la fuente de la Eucaristía tan libremente como Dios lo quiere sobre las almas! ¡Dios mío! ¡Qué dolor que estaquen hasta vuestro amor y en nombre del celo mismo! Ésa es una de las mayores miserias humanas: Que obremos como inconscientemente el mal, deseando el bien. Perdón Dios mío, perdón para todos nosotros que somos ciegos y locos y de cuanta miseria hoy adolecemos. ¡Oh miseria grande! ¡Oh locura inconcebible que estaquemos las gracias y las fuentes que se hicieron para que el alma seca en este mundo árido, se sacie y no perezca de sed! ¡Dios mío, qué dolor tan intenso!

Estuve en San Benito con unas llagas muy fuertes que me obligaron, por ser debajo de los brazos y en la espalda, a pasar muchos días y noches con los brazos en cruz, sostenidos sobre los espaldares de unos taburetes y con la espalda al aire, con unos ardores de verdadero fuego. No tuve pena de esto, sin embargo, porque tenía verdadero deseo de sufrir algo por Nuestro Señor, en desquite de cuanto malo hacemos contra su gloria.

Parece que así lo sintió el mismo reverendo padre misionero, porque un día que le decía de mi sentimiento por no poderle ayudar en algo, me dijo: Yo creo su enfermedad una providencia especial de Dios y un complemento a la fiesta del Sagrario, para la conversión de este pueblo. Este reverendo padre es muy serio en sus cosas y creo que no pudo decir esto, sino porque me conociera muy bien. Además, su espíritu de fe es encantador.

Ahí me tiene padre, cómo Dios mima a los que de veras lo buscan, cuando tienen deseo de sufrir algo por Él, les da aunque sea llagas. ¡Bendito sea!

Lección que me dio monseñor Lardizábal

La edificación que recibí de las hermanas, las llagas y el haber podido servir en algo al reverendo padre para la fiesta del Sagrario, me hicieron mucho provecho; pero a estas cosas debo agregar una lección que me dio el señor Lardizábal, prefecto apostólico del San Jorge, que me llenó de alegría.

Cuando salíamos ya de regreso, venía él a sacarnos hasta Magangué. Ya en la canoa, dije, al separarnos de las muchas personas que salieron a la orilla de la ciénaga a despedimos: Cómo siento que amo a toda este gente. El señor prefecto escuchó la cosa y cuando ya se había alejado un poco la canoa, me dijo: ¡Bueno que los ame a todos, pero es necesario preferir a los pobres! Esta frase fue para mi alma como rocío del cielo. ¡Es necesario

preferir a los pobres! Y cómo no, si en ellos ha querido representarse Jesús. ¿Cómo no, si ellos son los miembros sufrientes de Cristo? ¿Cómo no, si los pobres están lejos del espíritu del mundo? ¿Cómo no, si los pobres son los corazones postrados delante de Dios y los que le dan campo bellísimo a su misericordia? ¿Cómo no, si son ellos espejos vivos de lo que hace la pobreza en el corazón humano: lo dulcifica, lo hace blando con los demás?

Los santos han preferido a los pobres precisamente por ese sentido divino que tienen y que nos inclina a lo menos, a lo bajo. Antes amaba yo mucho a los pobres y desde mi niñez, me sentía muy bien cerca a ellos, así como a los niños, pero de ahí en adelante, mi preferencia ha crecido y percibo hasta de lejos la presencia de los pobres, por cierta alegría o cierto bienestar que me produce su amistad, o mejor dicho, por cierta ternura que me inspiran sus andrajos y miseria. ¡Benditos sean los pobres, benditos los pequeños!

Si el Señor hubiera querido que ésta su sierva fuera uno de esos que tienen que mendigar el pan, ¡qué bien me hubiera sentido! ¡Qué dulzura se experimentará al ir en un estado de verdadero rendimiento delante de Dios y de los hombres, implorando el nombre de Dios de puerta en puerta, y recibiendo de unos el pan del cuerpo y de otros el pan del alma con la humillación y el reproche! ¡Qué libertad de espíritu sentiría! ¡Cuánta vida del alma resultara, de esa poca del cuerpo! Pero en fin, no quiso Dios que yo pisara sino los umbrales de la pobreza y así está muy bien. ¡Es bueno y amoroso cuanto Él hace!

Tan fuerte es el clima de San Benito, que la hermana María Auxiliadora, la que me sirvió de compañera en el viaje a San Benito, perdió la cabeza y tuve que volverme con ella. También una de las hermanas que había trabajado allí ya como dos años, perdió el cerebro a impulsos de aquel calor tan fuerte. Esta última tuvo remedio, pero la primera no.

El señor prefecto nos trajo hasta Magangué y salimos en canoa. ¡Cuánta edificación sentí cuando en Jegua, con la simplicidad del santo, se sentó el señor Lardizábal en un palo, para que la hermana Auxiliadora le zurciera la sotana que se le había roto en la travesía! Pensaba entonces: ¡Si las gentes del mundo vieran esto de un prefecto apostólico en plena mitad del San Jorge, en una miserable canoa, sentado en un travesaño de la canoa y a su lado una misionera zurciéndole la sotana que llevaba puesta, hubiera visto una cosa muy despreciable! ¡Pero si ojos llenos de fe lo ven, no hay duda que piensan en Nuestro Señor, cuando teniendo su divina cabeza sobre el travesaño de un barquito se quedó dormido! ¡Ay! Éste su repre-

sentante no estaba dormido, pero sí estaba dejado de todo cuidado de sí, por los intereses de las almas. No tenía más que esa sotana y hubo que zurcírsele teniéndola puesta. ¡Así son los apóstoles verdaderos; éstos son los que evangelizan, teniendo a Cristo por modelo!

Un poco pesado quedó el viaje, porque era en canoa y aquellos rayos del sol caían sobre nuestras espaldas como verdaderas fieras. El santo padre Lardizábal, sin embargo, con su piel ya tostada por tantos años de misionar bajo aquellos ardores, no decía una palabra, ni buscaba un alivio. ¡Cuánto nos lleva en mortificación!

Como a las cuatro de la tarde del segundo día, íbamos muy acaloradas, casi asfixiadas y con hambre. Al acaso entramos, más por refrescarnos que por otra cosa, a una casita un poco separada del camino. Fuimos recibidas con mucha atención, pero no volvimos a ver a nadie de la casa, después de que nos la entregaron para descansar. Bastante rato después, se apareció el señor de la casa, diciendo que iba a servir la mesa, porque sin tomarnos un caldo no debíamos salir. Él y su familia se habían dedicado en una casa vecina, según entiendo, a preparar una succulenta comida. Una vez nosotros en la mesa, todos desaparecieron de nuevo. Celebramos mucho esto, porque era una caridad muy extraña. Figúrese padre que nadie les dijo que teníamos hambre, no nos conocían, no les importábamos en ningún sentido y sin embargo, hacen esto, ¡evitándonos a la vez, la dificultad de hablar cuando no queríamos sino descansar!

Era cosa como enviada del cielo. Dios les ha de pagar a esas buenas gentes. Y de seguro que ya les habrá pagado, pues hay que tener en la cuenta la manera como recompensó siempre Nuestro Señor a los que le sirvieron durante su vida mortal y a aquellos que en sus correrías le atendían. En donde quiera se mostró agradecido con generosidad especial.

Oración durante la navegación

Aquel mismo día, ya tarde, llegamos a Magangué, en el momento casi en que la lancha Heroica se desamarraba para partir, de modo que allí mismo nos despedimos del señor prefecto y sin entrar a Magangué, partimos a aquella misma hora. Durante la navegación del Magdalena como veníamos solas, pues no traía la lancha más pasajeros, pudimos entregarnos un poco más a lo del espíritu. Poco esfuerzo tuve que hacer en la oración porque pronto Dios me invadió por decirlo así, haciéndome sentir

un deseo tan vehemente de que Dios sea conocido de todos que bien podía llamarse aquel tiempo, de agonía. ¡Sin embargo, esto sólo fue preludio de una gran ansia de ver a Dios y de un desprecio tan total de todo lo de la tierra, que me apretaba como una enfermedad!

Estas maneras de oración que me ha dado Dios no son de un rato, ni de un día, duran más o menos, pero siempre varios días. Durante ellas puedo hacer cuantos actos exteriores se ocurran. Parece que pasaran tan en lo más hondo del alma, que dejan libres todas las facultades. Quién sabe como podrá explicarse eso.

Muchos barcos varados encontramos en el trayecto y en mucho peligro estuvimos de que la lancha se varara, pero nada me inquietaba. Un dolor, una agonía del alma lo absorbe todo y ningún sentimiento fuera de éste, puede tenerse. ¡Ya puede el mundo derribarse y el alma toda embargada en ese piélago de dolor sobrenatural permanece inquebrantable! Muchas épocas de esa ansia de ver a Dios he tenido durante mi vida, pero pocas me han apretado tanto como ésta. A tal punto que los cinco días de navegación fueron para mí de martirio, que se me pareció a un año. Quizás Dios preparaba mi alma con esta agonía para templarla y hacerla fuerte para el dolor que se le esperaba, como se verá.

Se refiere algo ya dicho

Las amistades con el ilustrísimo señor Builes eran cada vez más cordiales y cada día él daba muestras de mayor estimación por La Congregación. Ya tenía en su jurisdicción las casas de San Pedro, es decir el noviciado con un internado de niños indígenas, un internadito de niñas en Donmatías, casa en Santa Rita, en Cáceres, en el Sinú y en Peque. Tenía, además, dos o tres hermanas que habían ido a organizarle el seminario en su parte económica y de cocina. En fin, nada empañaba la cordialidad; el respeto y la más profunda adhesión a nuestro Prelado nos daba la mayor seguridad.

Con peligro de repetir algunos incidentes, voy a referir la gran tempestad que casi derrumba La Congregación; pero antes diré algo sobre las cosas del señor Builes. Quizás eso explique un poco los hechos.

Teníamos en jurisdicción del señor Builes las casas siguientes; el noviciado, unido a un internado de indios, unos sesenta; la casa internado no fue nunca erigida como casa religiosa, el noviciado tenía sólo una promesa de

que se erigiría. Una casa en Peque, otra en Santa Rita, otra en Sinú, sin erección canónica las tres y una en Cáceres erigida canónicamente. La casa Generalicia funcionaba como arrimada al noviciado porque esperábamos a ver, si el señor arzobispo de Medellín daba licencia para erigirla allí y, para ello, estaba de acuerdo con el señor Builes quien participaba de la idea de colocarla en la capital del departamento. Mientras se instalaba la casa Generalicia, se colocaron las niñas del internado indígena que le correspondía, en Donmatías, en una casa que el pueblo prestó y que el señor Builes tuvo la bondad de hacer arreglar un poco. Ésta tampoco fue erigida como casa religiosa, ni se dijo jamás que definitivamente debía quedar allí.

La casa de Santa Rita era a la sazón inútil, porque los indios que se trataban habían emigrado. Varias veces solicité licencia para levantarla, pero el señor obispo tenía la idea de trasladarla a otro punto en donde ni había indios ni era posible el auxilio espiritual frecuente, pero no me hablaba con llaneza. Parece que intentaba trasladarla, a pesar de todo y sin contar con la casa generalicia, pero aun no había hablado claro. La casa del Sinú como ya he dicho merecía ya un castigo por ser su fundación hija de un engaño y demasiado expuesta, puede llamarse, que con ella se tentó a la Divina Providencia que no está obligada a librar a los atrevidos, pero como el Señor vio que lo hicimos en tan buena fe, se apiadó de nosotras y nada ocurrió.

Nada como digo, empañaba nuestra amistad con el señor Builes ni con los reverendos padres Eudistas, con los cuales todo era cordialidad. Mi salud muy mala, me obligó a vivir en Medellín, por orden y en obediencia al señor Builes. Sólo subía a San Pedro de tiempo en tiempo.

La niña Nieves

Algo parecido a un anuncio del cielo voy a referir antes de entrar de lleno en la tempestad de 1927.

En la Misión del Sarare todo andaba en calma, si no queremos hacer cuentas de las influencias diabólicas de las carecas o brujos de los tunebos, quienes constantemente soplaban la casa de la Misión, anunciando desgracias y trastornos terribles que había, según ellos, de obligar a las hermanas a dejar su puesto y volver a su tierra antioqueña. De esto ninguno hacía caso ni se creía que fuera verdaderamente el diablo el agente que los carecas empeñaban en la destrucción de la casita misionera, mas se pensaba en algo de superstición fanática, de parte de ellos.

Tenían en la misión una familia blanca, campesina y muy útil a la casa, familia que había vivido largos años en la mayor miseria, en aquellos montes, en una ignorancia que daba compasión, pero honrada y buena. Desde que llegaron las hermanas la tomaron como de su cuenta y comenzaron la educación de sus niñitos, delicados e inteligentes. Se distinguía por su delicadeza y ternura la niña Nieves, como de unos seis años de edad. Era como un serafincito, dulce y querida. Muy pronto se puso en condiciones de poder hacer su primera comunión y se acercó a la sagrada Mesa con la mayor sencillez y grande amor al Niño Jesús. Era inocente e inteligente y tan dulce que se arrebatava el cariño de todos.

Pasados tres años después de haberse iniciado la misión, la niña que comulgaba diariamente y daba muestras de vocación religiosa, enfermó gravemente. Nada pudo combatir la enfermedad, no obstante las consultas del médico y los esfuerzos de las hermanas y del reverendo padre Rochereau, quienes la amaban y estimaban a cual más. Parece que la enfermedad fue consunción porque su cuerpecito se redujo tanto que su madre la llevaba en los brazos cual si fuera una niña de meses y se acercaba a comulgar teniéndola debajo del pañolón. Mas, como la niña también comulgaba diariamente durante su enfermedad, como antes de ella, Mónica su madre, la descubría y el padre le ponía la sagrada Forma en la boquita, cosa que, estando en los brazos de su madre, resultaba muy simpático. Junticas después daban gracias y volvían a su casa.

Luchaba entonces el reverendo padre Rochereau y la Hermana María de la Asunción lo acompañaba en su intento, por encontrar la clave para el aprendizaje de la lengua tuneba, pero ya casi desesperaban de hallarlo, cuando llegó la última hora de la niña Nieves. El reverendo padre que sabía aquella inocencia de vida y la fe y caridad que aquel corazoncito guardaba, le hizo el encargo de que al llegar al cielo le consiguiera de Dios la gracia de aprender el tunebo, a fin de poder convertir a esos desdichados indios que no entendían el castellano. La niña recibió el encargo juntamente con el de pedir mucho en el cielo por la misión del Sarare y murió dejando honda convicción de su arribo a la gloria sin demora.

Muy bien se portó Nieves porque muy pocos días después, llegó un tunebo muy inteligente y les dio la clave de la lengua por sorpresa, porque ninguno le hubiera dado con conocimiento. Pero no fue éste el único favor de Nieves, sino que anunció muchas cosas, como se verá, en lo que sigue:

La hermana María San Miguel, religiosa que se ocupaba en el Sarare en la cocina, era muy especialmente amiga de Nieves y sintió mucho su muerte.

Esta hermana algunos días después de la muerte de Nieves, tuvo un ataque desconocido con el cual cayó en tierra, rígida y sin respiración y quedó así algunas horas. Ni el temperamento de la hermana ni su estado de salud, podían explicar este ataque. Durante él (escribió más tarde ella a su superiora que estaba en San Pedro) vio a Nieves. (Me permito copiar la carta).

"Me estaba poniendo el velo para salir a la Misa, cuando sentí que de la cabeza me bajaba como un chorro helado al corazón, acompañado de fuerte dolor. En ese momento tan sólo me acordé de Nieves. Advertí que no oía nada, ni veía con los ojos del cuerpo, ni podía mover el cuerpo, ni siquiera la lengua, pero con el alma vi llegar a Nieves en mi auxilio. ¡La vi blanca como la nieve, resplandeciente como el sol, no tengo palabras para expresar la hermosura de ella!

- ¿Quién es usted? le pregunté.

- Soy Nieves, me contestó y me puso ligeramente la manita sobre el corazón y me dijo: No tema. Sentí alivio, le pregunté por segunda vez quién era, porque no le reconocía y me contestó repitiéndome que era Nieves. Volví a hablarle y le pregunté. ¿Me morí? Sonriendo, me dijo: No, pero sufrirá muy largo.

Seguí interrogándola así:

- Nieves, ¿cuanto purgatorio tuvo Ud?

- Un cuarto de hora me contestó.

- Nieves, ¿sabe Ud. si nuestras hermanas Misioneras están en el cielo?

- Sí, hay dos, me contestó: la Hna. María Berchmans está en el purgatorio.

- ¿Se demorará mucho?

- No lo sé, me contestó.

- Nieves, ¿queda usted cerca a mis hermanas?

- No, ¡están muy altas, muy altas...!

- Nieves, ¿hay muchos de nuestros indiecitos en el cielo?

- Sí, me contestó.

- ¿Sabe Ud. Nieves si nuestra Congregación fracasará?

- No, pero sí será muy perseguida y actualmente la están persiguiendo y así lo quiere Dios para su gloria; a causa de esto, muchas hermanas se desalentarán y saldrán de la congregación. Al oír esto, le pregunté:

- ¿Seré yo de éstas?
- No, me contestó.
- Nieves, le dije, de las que están ¿aquí saldrá alguna?

Al oír esto vaciló un poco y me dijo: Una de ellas peligra mucho, pero pido por ella; y no me dijo cuál.

- Nieves ¿durará mucho esta persecución?
- No lo sé, me contentó.
- ¿Usted pide por la Congregación? le dije.
- Sí, ¡mucho!
- ¿Y qué dice de Carísima Madre? Se rió y me dijo:
- Está muy cerca de Dios.

De nuevo le pregunté si dejaría de existir la Congregación y me contestó:

- No, al contrario, se extenderá mucho.
- ¿Nieves, no está usted brava conmigo porque le deseé la muerte?
- No, me deseó la vida.
- ¿Y la Misión del Sarare fracasará?
- No, los tunebos se convertirán poco a poco; pero Dios lo quiere así.
- Nieves, ¿podrán las hermanas y el padre aprender el tunebo?
- Sí, me contestó.
- Nieves, le dije, ¿sabe Ud. si el padre Enrique más tarde será perseguidor de la Congregación?
- No, la favorecerá en todo lo que esté a su alcance. Es un santo.
- Nieves, ¿sabe usted, si Dios nos quitará a Carísima Madre?
- Sí, pero no pronto. Oiga hermanita me dijo, este ataque estaba destinado para la Madre Laura, pero Dios oyó la oración que usted le hizo al pie del Sagrario el día que supo en Pamplona que la Madre estaba grave. Y añadió:
- La Congregación hubiera sufrido mucho, pues en estos días se descubrió un nuevo perseguidor de ella, porque la Madre hubiera perdido el

sentido y talvez la vida, porque está muy débil y su trabajo tan fuerte. Pero Dios la oyó a usted y se lo pasó.

- Le dije entonces: ¿Usted me ayuda a darle gracias a Dios por este beneficio?
- Sí, me contestó.
- ¿Y que me dice de la Madre del Santísimo?
- Ay, exclamó dando un suspiro, es tan buena, es una santa, pido por ella.
- Y la Hermana de los Santos Ángeles que la preparó para su primera comunión, ¿pide mucho por ella?
- Sí, me contestó y para ella hay mucho.
- Nieves, ¿morirá la hermana María de la Providencia que está tan grave?
- Se sonrió picarescamente y no me contestó nada.
- Hermana, me dijo, dígame al padre Enrique que no se afane por la misión del Sarare que Dios vela por ella y que pido mucho por él y que he cumplido sus encargos.
- ¿Y a Carísima Madre qué le digo? le pregunté.
- Dígame que pido mucho por ella.
- Nieves, ¿En todo este rato ha perdido usted la visión beatífica?
- No, me contestó.

Al despedirse Nieves le dije:

- ¿Me deja sola?
- No, estaré con usted me contestó y le encargué de nuevo la Congregación, mientras ella me ponía de nuevo la mano sobre el corazón y desapareció.

Terminado esto me volvió el sentido, es decir volví en mí.

Hasta aquí la carta de la hermana, con fecha de diciembre de 1926, cuando aun estábamos en San Pedro en perfecta paz, según nuestro juicio y conocimiento. Sin embargo, por esos mismos días se tramaba la tempestad con todas las apariencias de protección y amor. También en estos días se descubrió el nuevo enemigo de la Congregación, del modo siguiente, muy en conformidad con lo dicho por Nieves.

Monseñor Muñoz se pone en contra de la obra

El reverendo padre Muñoz, arzobispo de Guatemala que había sido nombrado visitador general de misiones en Colombia, había sido muy amigo mío, en los tiempos en que fue rector de los padres jesuitas en Medellín. Conoció y aún ayudó a la empresa de la Congregación y después de creada, me pidió órdenes para ayudarnos en Roma a lo del Decreto. De modo que lo tenía por amiguísimo y aún lo invité a visitarnos las misioncitas que no entraban en su obligación por ser diocesanas algunas de ellas. ¡Nada creía tener más seguro que la amistad del señor Muñoz! Pero, cosas de la vida, porque sólo Vos, Señor de mi Vida, sólo Vos, Señor de mi alma, no fallas nunca, ni siquiera cuando tanto te ofendemos.

Alguna persona me dijo que después de la visita del señor Muñoz a Urabá, había recibido las influencias de los reverendos padres carmelitas y que se había tornado enemigo de la congregación. Sabido esto por el ilustrísimo señor Builes quiso entenderse con él, para hacerlo propicio, creíamos que de contado hizo viaje desde Santa Rosa hasta Medellín a conferenciar con él. Se presentó y desde luego le interrogó de la siguiente manera: Ilustrísimo Señor, como sabe vuestra señoría, el señor Crespo me dejó en la diócesis las hermanas misioneras de la Madre Laura y como debo dirigir las, quiero saber qué opina de esas hermanas vuestra señoría. Tenga la bondad de hablarme con toda claridad.

Y aquí con puerta tan amplia se desató el buen padre Muñoz, con todos los cargos de los reverendos padres Carmelitas. Pues, le dijo: Mire, conozco a Laura desde hace muchos años y no sabe someterse a nada. En Medellín regentaba un colegio con un sinnúmero de alumnas y las dominaba hasta el punto de hacerlas santas en poco tiempo, aunque hubieran sido las jóvenes más traviesas, no propiamente porque tenga buen método, sino por cierta propiedad hipnótica que tiene y de la misma manera maneja ahora a las hermanas por medio de hipnotismo. Verá cómo al morir ella, esa comunidad se acaba.

Por otra parte, ¡Laura enseña el heroísmo bajo precepto y eso no es admisible!

No se dejó mandar del señor Arteaga ni de nadie.

Terminada la arenga del señor Muñoz, el señor Builes nada le repuso en favor, ni siquiera le dejó caer una palabra acerca de los antecedentes de los

padres carmelitas, ni le habló de que nos conocía, ni de nada que pudiera siquiera hacerle entrar un poco de duda al reverendo padre Muñoz.

Llegó y me dijo: Madrecita, las cosas están malas; el señor Muñoz dice esto: Yo nada la repuse y salí, usted vea cómo se defiende.

Al oír esta resolución tan terminante, no mediando todavía nada, ni una sombra en las amistades con el señor Builes, me quedé como aturdida. ¿Cómo era que el señor Muñoz había dado tales ideas cuando él era uno de los sostenedores del antiguo colegio y él iba a predicar en varias fiestas y recomendaba el colegio como uno de los mejores de la ciudad a aquellas personas que le solicitaban su opinión para colocar sus hijas? ¿Cómo era que el señor Builes, había hecho la pregunta al señor Muñoz, de modo que para torcerse él mismo en sus ideas, servía la pregunta? ¿Y cómo era que nada hubiera dicho en defensa de la Congregación, habiéndole servido las hermanas con resultado tan bueno y palpable en tantas partes?

En fin, todo fue sorpresa; pero ni siquiera por eso, me resolví a creer que hubiera nada menos recto, sino que todo lo atribuía a un querer de Dios para purificarnos y que el señor Builes no se cambiaría por eso. ¡Ay! ¡Cuán engañada andaba y cuánta misericordia me ha hecho el Señor en no dejarme anticipar juicios desfavorables a los cuales tanto temo, que mejor me parece estar embobada y caer en algunos engaños de buena fe, que anticipar juicios desfavorables, sobre todo tratándose de superiores y eclesiásticos!

Las amistades continuaron muy bien, al parecer, pero no faltaban notas contrarias de las cuales tampoco quise hacer caso, como vamos a verlo.

Nuevas dificultades con los sacerdotes

Cualquier día me escribieron las hermanas de Cáceres que el padre Abigail había ido y les había impuesto ciertas reglas y que se las dejó escritas. Que les había prohibido muchas cosas que siempre se habían hecho en la congregación y que el horario que les dejó era casi como para monjas contemplativas.

Muy sorprendida, pero sospechando sólo ignorancia de parte del reverendo padre, les contesté a las pobres hermanas, que estaban experimentando a la sazón los efectos de ese clima tan deletéreo y tenían, sin embargo, de precepto aquellas reglas tan estrechas, que cumplieran cuando estuvieran bien de salud, nuestras constituciones y que cuando el reverendo

padre volviera, le dijeran que para esos cambios se entendiera conmigo, puesto que ellas habían prometido cumplir las constituciones ya aprobadas por varios obispos y que estaban en Roma ya en estudio; pero que le obedecieran en algunas indicaciones que les había hecho acerca de la salida a la calle.

Apenas había salido la carta para Cáceres cuando me llega carta del ilustrísimo señor Builes, diciéndome que había nombrado al reverendo padre Abigail como visitador de las misiones de su Diócesis. El mismo reverendo padre se presentó a pedirme órdenes, pero sin hablarme de las que había dejado en Cáceres. Le di unas constituciones que me pidió y me dijo que las iba a estudiar, porque en ellas había algunas cosas de mucho heroísmo que se debían quitar. Sólo le contesté que lo harían seguramente, si eso era verdad, los señores obispos juntos, porque como ya estaba extendida la Congregación por varias Diócesis, no podía canónicamente uno solo. Nada me contestó.

Otro día fue el reverendo padre Tressel, capellán del noviciado y me dijo: De parte del señor obispo, présteme el ceremonial para corregirlo. Muy bien, reverendo padre le dije. Sí que me alegro de que el señor obispo quiera ya preocuparse de esto. ¡Cuántas cosas habré puesto en ese ceremonial que no deben ser!

Se lo llevó y a poco vino y me dijo: Mire, Madre, esto de acostarse las hermanas en la profesión es teatral e inadmisibles. Además, por qué poner un gorro y un cuello para las postulantes, ¿ni por qué han de representarse en ellos la vida religiosa y la vida apostólica?

Le contesté:

- Lo de la acostada lo tomé del ceremonial de las clarisas.

Con viveza me respondió:

- Yo he presenciado y hecho la ceremonia en las clarisas y jamás lo he visto. Le contesté que era bueno que tratara, pues, eso con el señor obispo. Luego me repitió:
- Bueno, y ¿por qué el gorro ha de representar la vida religiosa y el cuello la vida apostólica?
- Pues, padre, le repuse, porque la vida religiosa está caracterizada por la obediencia y tener la cabeza cubierta es indicio de sumisión. Y el cuello se ha puesto, porque la vida apostólica es una cruz que se echa sobre los

hombros y semeja el cuello, al yugo que la representa. Calló el reverendo padre y sólo dijo: ¡No, eso no, debe representarse de otro modo!

- Bueno, padre, le dije, que convenga el señor obispo en cuáles han de ser las insignias. Luego me dijo:
- Y usted ¿por qué ha representado a las misioneras por cabras?
- Pues porque ellas han de andar como las cabras de risco en risco, buscando las almas y sobre todo, porque ésa es la característica de estas misioneras.
- Pues no, me repuso, es necesario representarlas por unas palomas.
- Bueno, le dije. Como convengan su reverencia y el señor obispo. Se tranquilizó por lo pronto.

Pasados algunos días vino el padre Abigaíl a San Pedro y me dijo: le manda preguntar el señor obispo que ¿con autorización de quién escribió y publicó usted un folleto en el cual invita a todos los artesanos a ingresar en la Congregación?

¡Sorpresa grande para mí! Creía que el padre hablaba en broma y le pregunté.

La respuesta fue seria y afirmando que era la verdad y que a ese folleto le había dado mucho bombo el reverendo padre Ezequiel Pérez y que los artesanos de Medellín le estaban haciendo muchas bromas porque creían que habiendo en la Congregación tantas muchachas bonitas, naturalmente iban a entrar muchos. Que la noticia de tal folleto la había llevado a Santa Rosa el reverendo padre Bandrés, hijo del Inmaculado Corazón de María.

Con dificultad creí la especie ésa y le manifesté al reverendo padre que podía asegurarle al señor obispo que no lo conocía, ni podía concebir que existiera. No obstante todas estas sombras y rarezas, se mantenía entre el señor Builes y esta servidora una correspondencia constante, cordial y llena de franca satisfacción y contento de parte del señor obispo.

Animé a monseñor Builes a emprender el seminario de misiones

El tema de las cartas, en esta época era el seminario de Misiones que se abriría muy pronto y del cual parece que yo llevaba cierta iniciativa, aunque oculta o disimulada, según se lo había yo rogado al señor obispo que se procurara. El temía emprenderlo y yo lo animaba confiando en Dios. Se había pensado abrirlo en Entreríos en un edificio que habían hecho para hospital, pero en esos mismos días a que se refiere lo que escribo, me

mandó preguntar el señor obispo, si consentía en que se abriera en Yarumal y le contesté que sí. Ya me pedía el manual de las misioneras para por él, hacer el de los futuros misioneritos y esta servidora estaba comprometida a suministrar los doce primeros jovencitos que habrían de iniciar el seminario. Efectivamente, sin muchas dificultades conseguí doce candidatos, muchachos admirables, decididos e inteligentes. Aquello parecía un racimito porque todos eran casi de la misma edad, todos candorosos y llenos de entusiasmo y piedad.

Los reverendos padres eudistas, con quienes vivimos en constante y cordial amistad, ya por razón del reverendo padre Tressel nuestro capellán, ya por la vecindad y porque entre ellos había sido siempre el capellán del internado indígena, ignoraban lo del seminario de misiones y lo ignoraban porque adrede, yo le había dicho al señor obispo que los padres eudistas no serían amigos de tal empresa, porque temían que con ella, se les escaseara mucho el personal de vocaciones para su noviciado. El señor obispo halló eso justo y verdadero y por eso pensaba en sorprenderlos con la apertura del seminario. Yo sí me había permitido indicarle que el mejor rector que podía conseguir sería el padre Le Doussal, precisamente mi confesor, a quien comencé a dirigir estas memorias.

Este santo padre se había empapado mucho en el espíritu de nuestra Congregación, entendía muy bien nuestro apostolado y su alma se entendía con la mía a maravilla, tanto que llegué a juzgar que Dios le llamaba a algo en nuestra Congregación. El señor obispo, sin aceptarlo del todo, me autorizó para que le hiciera la propuesta, a fin de que cuando esos jovencitos del seminario fueran religiosos, él también hiciera su profesión en la nueva Congregación y sirviera para superior o para general, al principio, mientras se acentuaba el espíritu. El padre jamás me contestó ni que sí ni que no. Aguardaba ver más claramente la voluntad de Dios.

Otra razón que me servía de fundamento para creer que los reverendos padres eudistas no serían muy amigos del seminario nuevo, era que hacía algunos años que el mismo señor Builes, de acuerdo con el reverendo padre Maturín, provincial de los mismos eudistas, habían planeado por decirlo así, la misma empresa en Bogotá y de la noche a la mañana sin saber por qué, la idea se esfumó y supe que había sido desvanecida por los mismos padres eudistas, según me lo dijo el reverendo padre Rochereau, el eudista misionero del Sarare, precisamente por el asunto de las vocaciones que arriba dejo apuntado. El mismo señor Builes no se había dado cuenta de por qué se le había desvanecido su primer proyecto.

Dificultades en Santa Rosa

Como esta tempestad que pretendo referir fue cosa tan diabólica, era muy natural que buscara por todos lados a fin de que cuando prendiera el fuego, no formara cerco y pudiera él coger su presa con mayor seguridad.

¡Desgraciado el demonio que en tantos años no ha logrado desbaratar una obra de Dios y aun lo intenta para su constante humillación! Otro de los flancos que atacó fue por las hermanas que estaban ayudando a reorganizar la cocina del seminario de Santa Rosa. Hacía un año que había mandado por ellas para que hicieran los santos ejercicios durante las vacaciones y el señor Builes devolvió las bestias, diciendo que él solo mandaba. Comencé a notar que aun sin necesitar las hermanas, impedía su salida aunque fuera por motivo transitorio y que había olvidado el compromiso que la Congregación había hecho, que no era otro que el reorganizar la cocina del seminario y luego instalar una señora competente. Guardé silencio por lo pronto, pero después le supliqué que las dejara venir a los ejercicios, recordándole muy prudentemente el compromiso de la congregación y los deberes de él, en cuanto atenderlas en sus necesidades espirituales. Lo atendió bien y continuamos.

Pero vivían las hermanas reducidas a una piececita ciega tan estrecha, que sólo tendría algunas cuatro varas de largo por dos y media de ancho y en esa pieza habían de tener tres camas, un altarcito que les era indispensable, la mesita del refectorio, sus ropas y cuanto necesitaran, de modo que venía a quedar sólo un espaciecito muy pequeño para entrar y además tenía poca luz y poco aire, por lo cual tenía cierto olor de aire quemado no agradable. Allí se veían las hermanas reducidas a una vida difícil, pero no quise exigirle más al señor obispo, porque hubiera tenido que entrar en una construcción y eso no debía ser tratándose de tan poco tiempo.

Fui a visitar las hermanas y encontré que habían colocado algunas sillas en ese reducido espacio de entrada y entre las camas y allí recibían todas las visitas de los padres y del mismo señor Builes que iba diariamente. Eso me apenó muchísimo y haciéndoles ver a las hermanas que eso era poco respetuoso a la dignidad del señor obispo y de los reverendos padres, les saqué las sillas a un corredorcito estrecho, pero limpio y les prohibí volver a recibir dentro de la piececita, advirtiéndoles que en adelante, se fijaran mucho en esas cosas que, descuidadas, daban cierta vulgaridad a la vida religiosa.

Muy pronto recibí una carta de las hermanas en la cual me dicen que el ilustrísimo señor obispo se molestó mucho porque no le recibían en el dormitorio y que al oír que yo lo había prohibido les preguntó que si no les había dicho que lo exceptuaran a él, es decir, que a él sí podían recibirlo en la pieza. Ellas le contestaron que al contrario les había dicho, que a él por ser de más dignidad, le habían faltado más en recibirlo en esa estrechura. Entonces les dijo estas textuales palabras: "¡Ya me perdieron y no saben cómo soy yo como enemigo, soy irreconciliable y además, seré terrible si como enemigo me quieren!".

Las hermanas se volvieron lenguas dándole excusas y rogándole que se entendiera conmigo. A todo les contestó: ¡No volveré a visitarlas y si me han hecho enemigo seré terrible! Las pobres hermanas confundidas, me lo comunicaron pero yo me convencí inmediatamente de que era pura broma de él y les escribí diciéndoselo. Ellas me contestaron afirmando que el enojo era real. Entonces le escribí, pues más que siempre, entre los dos reinaba la mejor cordialidad y correspondencia frecuentísima, necesaria para tratar especialmente los asuntos del seminario de Misiones. Le dije que su broma tenía a las hermanas confundidas, que le rogaba me las tranquilizara, porque yo no había podido conseguirlo en varias cartas. No contestó ni una palabra al respecto y continué creyendo que era una broma para probar la paciencia de las hermanas. Más tarde, cuando ya pude hablar con las hermanas, me convencí de que el enojo era verdadero y jamás he podido explicarme tal enojo. Lo cierto es que en muchos meses no volvió a acercarse a las hermanas y aunque iba a las huertas del seminario, pasaba lo más retirado posible del sitio en donde ellas se encontraban. En una de esas pasadas les dijo algo parecido a una amenaza terrible para la casa de San Pedro. Total, pues, que aquello se convirtió en un misterio.

CAPÍTULO LX

- INTERROGATORIO DEL PADRE TRESSEL - CARTA DEL PADRE
ROCHEREAU - ME PIDEN LA RENUNCIA DE SUPERIORA GENERAL
- DIFICULTADES CON MONSEÑOR BUILES - VISIÓN DOLOROSA
- ENTREVISTA CON EL PADRE TRESSEL - CASTIGO EN EL
NOVICIADO - ORDENAN QUITAR EL SANTÍSIMO DEL NOVICIADO

*"Los malvados esperan el momento de destruirme pero
yo estoy atento a tus mandatos. (Sal 119,95)*

Interrogatorio del padre Tressel

Otra cosa rara aconteció y que debió iluminarme no poco, si mi carácter no fuera lo que es. Una mañana supimos que el reverendo padre Abigail Restrepo, el mismo que había sido nombrado visitador de misiones en la diócesis, había llegado a la casa de los reverendos padres eudistas en visita un poco misteriosa. No hice caso de ello, sin embargo, pero a eso de las once se apareció el reverendo padre Tressel y llamándome a solas me dijo: Tengo que preguntarle una cosa en mucha reserva, para poderle contestar al señor obispo algo que me manda a preguntar con el reverendo padre Abigail.

Dígame, ¡poniéndose muy solemne el viejecito! dígame ¿qué hará su reverencia si llegan a quitarle la Congregación? Respóndame con toda llaneza.

Si me la quita la Iglesia que tiene derecho legítimo para ello, y para mayor bien la entrego con mucho gusto, y me quedo tranquila, le contesté. Luego, con mayor interés, me preguntó: Y si no es con esas condiciones sino porque se la quitan así sin derecho, ¿qué hace su reverencia? Pues la defiendo hasta donde pueda, le contesté.

A esto se puso muy pensativo y luego, como quien quiere decir algo que oculta, me dijo: Fue que el señor obispo me mandó a hacer una pregunta con el reverendo padre Abigail y debo contestarle ya. Guardé silencio. Poco después lo rompió él para decirme con extrañeza: ¿Y no le da gana de saber qué fue lo que me mandó preguntar el señor obispo? No, padre, si vuestra reverencia no me lo dice buenamente, yo no se lo preguntaré.

¿Y es que no le da gana de saber? No, padre, le contesté. ¡Yo respeto la reserva de los superiores, jamás trato de inquirir aquello que ellos quieren

ocultar! ¡Eso no se lo creo, me contestó. Eso es imposible que no quiera saberlo! ¡Pues, padre, su reverencia no cree esto, porque no ha sufrido mucho en la vida, si hubiera sufrido, vería cómo las penas acaban con la curiosidad! No, eso no lo entiendo, me dijo, y salió a verse con el reverendo padre Abigail, que, en aquella ocasión no entró a nuestra casa en donde siempre pasaba buenos ratos, en sus venidas a San Pedro.

Como se ve, este lance hubiera iluminado a cualquiera que no hubiera sido un peñasco de dura como lo fui yo. Nada más claro, se trataba de quitar y no para mayor bien, la Congregación. Pero dejé pasar eso sin hacerle caso, como se deja pasar una mosca por delante de la cara.

Total, reverendo padre, que Dios me anunció de modo sobrenatural a mí misma la persecución que se veía encima y a mi vez, se la anuncié a las hermanas, como queda dicho. Fue anunciada por medio de Nieves a la hermana María San Miguel; me la anunciaron estos mil incidentes que vengo refiriendo y el reverendo padre Tressel me dice claro que van a quitarme la congregación ¡y yo sigo serena como si de nada se tratara! ¡Ay! ¡Cómo lleva Dios a los que ama como ciegucecitos llenos de paz! No se me ocurrió decirles a las hermanas, miren, estos pasos denuncian que está cerca la persecución aquella de que les hablé. No, al contrario, cuando tratábamos de este anuncio les afirmaba a las hermanas que vendría. ¡Pero como no sabía por quién, toda vez que nuestros superiores nos daban tantas garantías y estaban cada vez más adictos a la Congregación! ¡Ah! ¡Candidez de niña! Y lo mejor del caso es que me he creído muy avisada.

A principios de marzo de 1927 bajé de San Pedro a continuar mi vida de temperamento permanente a que me había condenado la obediencia al ilustrísimo señor Builes. Había estado en San Pedro en aquella ocasión, algo así como un mes y aunque habían pasado tantas cosas misteriosas e inexplicables, en estado de armonía completa, bajé a Medellín tranquila, absolutamente tranquila.

Algo debo decir también respecto a mi temperamento: Tuve un ataque fuerte a los riñones y quedé de él casi completamente inhabilitada de las piernas. El médico declaró que no podía ya vivir en San Pedro, so pena de acabar la vida antes de seis meses o un año. Esta noticia llegó al señor Builes e inmediatamente me dijo que bajara tranquilamente a Medellín y que allí consultara a los médicos. Estos me dijeron que no me curaría tampoco en Medellín, pero que sí moriría más pronto en San Pedro. Entonces le mandé decir al señor obispo que no se trataba de una temporada sino de vivir para siempre en Medellín, lo cual era un abismo, pues había

de dejar la vida religiosa y además, era preciso contar con los cánones. Mas, para el señor Builes, ni cánones ni razones le valían. Me contestó que no importaba que viviera en Medellín, que él me conseguía la dispensa de la nunciatura; por otra parte, ya me había dicho que no me dejara morir porque me necesitaba para que renunciara al cargo de madre general y me dedicara a visitar las casas.

Todo pues, era incomprensible y duro. Hube de tranquilizarme sin que ni un solo día dejara de sentir horriblemente el destierro y las condiciones difíciles de la casa de San Pedro, con la cabeza tan alejada. Pero a él nada podía decirle.

De esto deducía yo, que Dios haría alguna cosa para rescatarme de situación tan anormal. Pero jamás le dejé comprender al señor Builes ni siquiera mi esperanza y mucho menos mi pena. Pero Vos, Dios mío, que escuchabas los gemidos de mi corazón, no podías dejar las cosas así. Ésa era mi confianza y no estuve engañada. Bendito seáis para siempre.

Carta del padre Rochereau

Estando así las cosas, me llega una carta del reverendo padre Enrique Rochereau, nuestro capellán del Sarare, que fue la bomba de explosión para la tempestad. En dicha carta, el reverendo padre se descuelga con un número terrible de cargos que ni eran de suponer. Los principales: Que yo me dirigía para mis resoluciones por el parecer de una hermana histérica; 2°. Que la había mandado que escuchara las confesiones de las otras hermanas y que me las escribiera. 3°. Que invadía el terreno de la conciencia, diciendo que una hermana tenía buena vocación. 4°. Que yo refería mi vida interior a cuantos podía, para ganar adeptos y que a él había intentado referírsela; pero que él me había atajado. 5°. Que yo le hacía guerra cruda a la misión del Sarare. 6°. Que yo autorizaba a esa misma hermana histérica para que abriera cartas ajenas y para que oyera lo que hablaban secretamente. 7°. Que yo perseguía por envidia a la hermana María del Santísimo, superiora del Sarare, que lo odiaba a él y no recuerdo cuántas más cosas, acompañadas de amenazas terribles.

Claro que no era ésta la única carta desagradable del reverendo padre Enrique. Había recibido otras muy duras, pero las había disimulado debido al carácter rarísimo del reverendo padre. Se las contestaba como si nada duro hubiera dicho, pero en ésta los mayores cargos eran contra la hermana María de la Asunción a quien llamaba demonio en enaguas y creí de mi deber, consultarle al señor obispo si debía disimular esta carta tam-

bién o si debía sacar a la hermana Asunción del Sarare, en donde haría mucha falta por ser la única conocedora, a la sazón, de la lengua tuneba. Envié dos hermanas a Santa Rosa a consultarle acerca de la carta y después de leerla muy detenidamente se indignó con el reverendo padre Rochereau y me contestó que no podía concebir cómo el reverendo padre no estaba loco y que cómo emborronaba tanto papel para insultar como un carretero a una religiosa, etc. Que en consecuencia, trajera la hermana del Sarare y pidiera al señor Afanador el cambio de capellán de esa misión.

Me piden la renuncia de Superiora General

En éstas estaba, cuando, quizás a los cuatro días, me llega otra carta que dice que ha visto la carta del reverendo padre Rochereau dirigida al reverendo padre Tressel y que contiene los mismos cargos contra mí y un poco mayores y más graves, que en consecuencia con esa carta debo renunciar al cargo, e irme a hacer penitencia a algún rincón. Esto lo dice, señalando uno por uno, los cargos, como quien está muy convencido de la verdad de ellos. Termina aconsejándome que tenga mucho valor para sufrir la nueva tempestad que se me viene encima. No recuerdo bien, si en esa misma carta o en otra, ya me había dicho que la tempestad que se desataba era producida por el demonio que estaba regado alrededor mío y que ya se le estaba metiendo también a él. El hecho es que él sí se dio cuenta de que era tempestad y de que él entraba como perseguidor. Son cosas increíbles que se persiga una obra de Dios, a la vez que se confiesa que es de Dios y que es el diablo el que induce a ello. Pero es un hecho, que así resultan las cosas.

No recuerdo si ya he dicho en alguna ocasión, que él conocía las persecuciones del señor Arteaga a la Congregación y me dijo: ¡Qué desgracia madrecita llegar a ser enemigo suyo! ¡Sí, prométame que le pide al Señor que no me caiga nunca esa desgracia! Sin embargo, como vengo diciéndolo, se declaró enemigo de modo consciente y reflexionado. ¡Cosas las de la vida!

En la carta que vengo aludiendo me dice claramente que le presente renuncia del cargo de Superiora General y que deje en el cargo a una hermana cualquiera. En consecuencia le presenté la renuncia. La recibió y me puso un telegrama en el cual únicamente me dice: "Esté tranquila".

Entre tanto, el consejo generalicio le dirigió un telegrama diciéndole que hiciera el favor de convocar capítulo general para elegir nueva superiora general, y agregaban: que si las cosas se arreglaban de otro modo que

no fuera en capítulo general, sería desdoloroso para la Congregación. Esto lo decían con el mayor respeto y atendiendo a que un rechazo así, sin explicaciones, hecho en la persona de la Fundadora, sería un poco mal visto por Roma y para pensarlo así, se fundaban en que les había pasado así en otra comunidad y fueron por mucho tiempo desatendidas en Roma, en atención a que habían rechazado a su fundadora.

El telegrama, aunque puesto en los más respetuosos términos, fue mirado por el señor Builes como un irrespeto muy grande a su dignidad y en consecuencia me comunicó que asumiera de nuevo el gobierno y que no les dejara autoridad a las del consejo generalicio. Lo hice, tal como él lo indicaba. Pero entonces estalló contra el noviciado.

Dificultades con monseñor Builes

Dio la casualidad que en aquellos días con motivo de la fiesta del Cristo, fue el señor Builes a San Pedro. Las hermanas se presentaron inmediatamente a saludarlo y a invitarlo a la casa. Las recibió mal y entonces, ellas de rodillas, le suplicaron perdón y piedad, haciéndole todas las promesas que se les ocurrieron. Con exterior atención les contestó que el no perdonaría ni podía perdonar faltas contra su persona, que ellas les responderían a sus jueces. Nada les faltó a las hermanas en materia de humillación y promesa, ni nada le faltó al señor obispo de dureza en tal cosa. Total, que salieron desconsoladas.

En aquellos mismos días la maestra de novicias que era la hermana María de los Santos Ángeles, a quien los reverendos padres eudistas estimaban tanto, que el reverendo padre Le Magresse me había dicho hacía poco que, mientras tuviera esa hermana al frente del noviciado, tendría toda la simpatía de las gentes y la de los padres, porque era una hermana superior en todo sentido. Pues esta hermana se confesó con este mismo padre y después de la confesión le dijo: Mire, prométame que se aparta del todo de la reverenda Madre Laura y que no sigue sus enseñanzas. Ella le preguntó por qué debía hacer semejante cosa y le contestó: Porque la Madre Laura es una mujer muy perversa y no les conviene a ustedes de ningún modo. Ella es soberbia y ya ve lo que dicen de ella los reverendos padres carmelitas. ¡Es preciso que me prometa que se separará de ella! La pobre hermana luchó por defenderme cuanto pudo, le citó casos que probaban todo lo contrario de esas aserciones que él tanto creía. Pero, nada consiguió sino que él se empeñara en sacarle la promesa, afirmando siempre nuevas cosas malas de mí, cosas que la hermana no se atrevió a decirme.

Cuando vio que nada conseguía, se puso a llorar y entonces el reverendo padre le dijo: Bueno, ya se ve que usted es como ella y va perdida. Con esto la hermana fue despedida del confesionario. Me lo escribió a Medellín sin poder explicarse las cosas. Yo me las explicaba menos. Pero le contesté tranquilizándola y dándole un poco de aliento.

Cuando el señor obispo fue a la casa, volvieron a suplicarle misericordia y perdón. Mas nada consiguieron. Pidió que le zurcieran la sotana que tenía puesta y como debía ser en la parte de abajo de ella, la hermana María de los Santos Ángeles se sentó en el suelo, a su lado y comenzó la tarea de zurcirle la sotana. Mientras tanto le rogaba encarecidamente que se entendiera conmigo y que vería que todo salía bien, que le perdonara, arreglaran las cosas, aunque impusiera algún castigo. Mientras ella le zurcía y le hablaba así, él le ponía en la boca confites, diciéndole: No, de ningún modo perdonaré; le responderán a mis jueces que vendrán a que respondan de mi dignidad ultrajada. Esto lo hacía con cierta sonrisa muy dolorosa y aquella pobre hermana recibía aquellos confites con la mayor dulzura, dulzura que hubiera conmovido a cualquiera que no estuviera bajo una influencia tan directa del demonio como lo estaba ya el mismo señor obispo, según me lo había comunicado a mí, cuando me dijo que el demonio urdía una tempestad terrible contra mí y que lo peor era que ya se le estaba metiendo a él. Ay, cuánta pena siento al escribir estas cosas y más tratándose de un jefe de la Iglesia. No en vano, cuando me comunicó esto, me daba palabras de aliento suplicándome que no fuera a desalentarme ni un momento porque la obra era de Dios y que así como había salido de otras tormentas, saldría de ésta. Él bien comprendía lo duro que es para mi alma la persecución de los buenos, no propiamente como mal mío, sino como mal que se hacen a sí mismos los perseguidores.

Mientras estas cosas pasaban en San Pedro, las ignoraba yo, porque era imposible hacérmelas conocer con la frecuencia con que ellas se sucedían. ¡Había ocasiones que salía un expreso a llevarme estas noticias y a pedir consejo y una hora después ya tenían nuevos sucesos que era necesario comunicarme! ¡Qué época Dios mío!

Visión dolorosa

Tenía en aquellos días como tema de meditación, esta servidora, la lanzada de Longinos y una mañana quise hacer mi oración, como de costumbre, mas no me fue posible hacer la composición de lugar porque tenía fija en mi alma otra dura, que no podía desechar. Veía con los ojos del alma un

grupo compuesto de tres personas, siendo la del medio Jesús crucificado, al lado derecho el Eterno Padre, sin forma humana, era algo como el concepto espiritual de la primera persona divina y del lado izquierdo se destacaba clara y con una seriedad dolorosa y dura, la persona del reverendo padre Tressel. ¡Dios mío! Cómo hubiera querido distraerme en alguna otra idea para no sentir lo que aquella vista me producía. Miraba al Eterno Padre con sumo amor y pena. Al crucifijo con mucha ternura y al reverendo padre Tressel, de quien no sabía yo nada particular ni siquiera que estuviera enredado en nuestros asuntos. Antes, al contrario, acababa de mandarle un regalito con motivo de su onomástico. Mi sentimiento al mirar ese padre, era el de una indiferencia tan fría y tan dura que me dolía.

Reflexionaba lo que veía y no acertaba a descifrarlo; sobre todo la indiferencia de mi corazón hacia el reverendo padre era algo que me sorprendía y me hacía pensar en mi cariño tan viejo a tal padre, acabado sin ningún motivo y reemplazado por una indiferencia tan total, que no lo sentía ni como prójimo. No poco sufrí y no pude descartarme de visión tan dolorosa. Si bien es cierto, que al mirar a las otras personas sentía ternura y amor no comunes. Durante más de tres días estuve bajo la influencia de esta representación tan dura.

Entrevista con el padre Tressel

Y cuál sería mi sorpresa al ver llegar al reverendo padre Tressel a la casa, no obstante la distancia que él no acostumbraba recorrer, por ancianito. Se presentó y se le ofreció almuerzo; pero él lo rechazó de todo punto y diciendo que se iba inmediatamente a tomarlo, a la Buena Prensa.

Pero olvidaba decir que ya había recibido una carta del señor Builes en que me decía que les había entregado a los reverendos padres eudistas mi carta, en que le decía que ellos se opondrían al seminario de misiones. Claro que tenía que ver ya en la venida del reverendo padre Tressel. Las hermanas del consejo generalicio que se hallaban presentes, en su mayor parte, por lo menos, quisieron entenderse con él porque le atribuían la quitada de mi persona, del cargo de superiora general, pero él insistió en que debía hablar conmigo a solas, y yo conseguí que las hermanas accedieran, no sin dificultad, porque ellas pensaban que él me acosaría y que yo no me defendía, cosa que ellas podían y querían hacerlo. Con trabajo, como digo, conseguí que me dejaran a solas con él, después de que lo comprometimos a almorzar, pues era demasiado tarde y él sólo había tomado un algo cuando llegó.

La entrevista se redujo a esto:

- ¿Qué sabe usted del seminario de misiones?
- Yo se que tenía compromiso de buscarle al señor obispo los primeros doce seminaristas y los tengo conseguidos.
- ¿Y en qué más se ha metido usted?
- En suplicarle al señor obispo para que procurara que el rector del seminario fuera el reverendo padre Le Doussal.

Al oír esto el viejito parece que revivió y con semblante que revelaba un triunfo me hizo repetir la misma afirmación por más de tres veces. Y lleno de alegría me dijo: Entonces yo me voy ahora mismo para Santa Rosa a devolverle el puesto de superiora general. No es preciso, le dije, es mejor dejar las cosas así y que el señor obispo nombre otra hermana. Así queda bien. ¡Pues no, replicó, yo debo ir a ver si se le devuelve el puesto! Entre tanto, observaba el reloj preguntando si a esa hora alcanzaría a llegar a Santa Rosa o a lo menos, amanecer en Bello. En fin, se notó que el viejecito era el autor del lío que había dado por resultado, que el señor obispo me exigiera la renuncia, aunque él negaba haberlo sido y aún afirmaba que no sabía siquiera el motivo de tal resolución. Sin embargo, me examinó mucho acerca de cuál de las hermanas podía ser nombrada. Le di varios nombres pero ninguno le cuadró.

Por fin, salió muy de prisa para aprovechar el tren para ir a Santa Rosa, lo más pronto posible.

Castigo en el noviciado

Como antes referí, que el señor obispo unos tres o cuatro días después de mi renuncia, me mandó volver al gobierno de la Congregación, mientras tanto que podía nombrarse otra, y yo le obedecí, veo que la ida a Medellín del reverendo padre Tressel, fue durante esos días en que estuve depuesta. No será ésta la única equivocación que tenga en esta relación, porque es la tragedia más complicada y que se verificaba en varios puntos a la vez: San Pedro, Santa Rosa y Medellín.

De todos modos el reverendo padre Tressel fue a Santa Rosa y en lugar de calmar al ilustrísimo señor obispo, lo indispuso más, diciéndole que le había ido muy mal en Medellín porque las hermanas lo habían tratado muy mal, lo había ultrajado a más no poder, que él se había visto entre ellas indefenso y como en medio de gallos bravos y que para acabar de

componer la cosa lo estábamos dejando morir de hambre. Naturalmente con esto, el señor Builes se acabó de encolerizar y ya no conoció barreras su furor.

Ordenó que se declarara un sitio en el noviciado, que las puertas habían de ser muy bien guardadas para que nadie saliera de la casa y tan bien cumplieron los reverendos padres eudistas su misión de guardas, que algunas veces a las once de la noche, se veía en cada puerta un centinela y algunos aseguraban haber visto sacerdotes. Esto me parece difícil de creer, pero lo aseguran personas que lo vieron y que no son de poco crédito. Para hacerme saber a mí lo que pasaba, tenían que esperar las dos o tres de la mañana para hacer salir un indiecito como expreso, por una gatera y que tomando un camino viejo ya cerrado, saliera sin ser visto de nadie, a Medellín. Aún para poner un telegrama, había quien lo expiara y desde una azotea de la casa de los reverendos padres eudistas vigilaban a las que salían al lavadero, a los alrededores de la casa. No faltaba aquel vigilante a ninguna hora del día. Esto se comprobó más porque la madre María San Benito cortó algunos árboles de los de la casa de la parte interior, e inmediatamente lo supo el ilustrísimo señor obispo en Santa Rosa, cosa que nunca hubiera podido ser si no lo ven los del juniorato, los padres... Excusado es decir, que la cortada de aquellos árboles, sobre los cuales tenía la comunidad perfecto derecho, costó un pleito terrible y pérdida de dinero.

Debido al sitio o cerco de la casa, quedé en Medellín sin poder mover ninguna hermana, y aún expuesta a quedar mal con las casas misioneras con quienes tenía compromisos para aquellos días. En tal angustia pedí a Dios que me diera alguna señal de que la razón estaba de parte nuestra, haciendo que alguno de los viejos enemigos se convirtieran y de contado, a los pocos días me llegó carta del señor prefecto apostólico del Chocó, unidísimo con los reverendos padres carmelitas, que no había querido llevarnos a su prefectura, no obstante necesitarnos mucho, porque tenía todas las ideas de los reverendos padres de Urabá, y en ella me pedía con mucha insistencia hermanas, aunque fueran tres, para una fundación en el Chamí.

Naturalmente esta señal, fue un olita de aliento que Dios me daba y en una carta que escribí al ilustrísimo señor Builes, suplicándole detenerse en la destrucción de la Congregación y rogándole que nos entendiéramos, por lo cual, ya que mi salud no me permitía ir a Santa Rosa, me mandara algún sacerdote de su confianza, porque estaba segura de que la incomprensión y no pasión ninguna malsana, estaba causando tanto mal y abriendo

ese abismo tan terrible entre él y la Congregación. Le hablé de esta señal del cielo para ver si viendo que Dios se ponía de nuestro lado, le daba algún poquito de temor. Pero nada conseguí porque ni siquiera hizo caso de lo que le decía.

Entre tanto ordenó que no tuvieran en San Pedro la Santa Misa y los reverendos padres eudistas, sin duda para que nos fuera más doloroso, eligieron para suspender las misas, el día de nuestra patrona titular santa Catalina. Todo en la casa de San Pedro era desolación, pero aún apenas, comenzaban los cosas duras.

El ilustrísimo señor obispo había dicho que iba a mandar unos jueces, para que a ellos les respondieran de las ofensas que le habían hecho. Pero, cosas de la vida, aquello se demoraba y no obstante los muchos anuncios, los jueces tardaban. Vino a empujar los acontecimientos un incidente fastidioso: Iban a confesarse las postulantes, que ya más o menos estaban enteradas de los asuntos, aunque se había procurado ocultarlos, cuanto había sido posible.

El reverendo padre Tressel se presentó al confesionario y la primera que se presentó fue Mercedes Rosa Rendón, una señorita que llevaba ya algún tiempo de postulantedo y de la cual no estaban muy contentas las superiores. Ésta se levantó diciéndole a una profesa joven y muy ardiente llamada hermana María de la Anunciación, que había salido muy fastidiada porque el reverendo padre Tressel le había dicho que, como la madre maestra seguía las enseñanzas de la madre Laura que era mujer tan mala, no podían ellas seguirla porque se perdían. La joven profesa se dejó llevar de un arrebató instantáneo y se fue al confesionario y le dijo al reverendo padre que cómo se atrevía a decir lo que aquella postulante acaba de referirle. El reverendo padre lo negó y lleno de indignación salió del confesionario y tomando de la mano a la hermana, la llevó a verse con la postulante.

El diálogo puede suponerse, reverendo padre, por los interlocutores y sus prevenidos ánimos. Aquello fue irrespetuoso tanto por parte de las dos, como por parte del reverendo padre. Él negaba haberle dicho nada a la postulante y ésta aseguraba y se lo enrostraba con palabras textuales. La hermana se confirmaba en llamarle la atención al reverendo padre, sobre aquel inconveniente procedimiento de hacer perder la fe y la confianza a la súbditas respecto a su superiora.

En esto llegó la maestra de novicias con el ánimo resuelto a calmar. Pero casi le fue imposible tuvo que valerse de la obediencia para hacer

callar a las dos, quienes sin usar palabras duras ni bajas, estaban resueltas a ver que el reverendo padre reconociera el error en que se encontraba. El reverendo padre, por supuesto, no cedía un punto y aseguraba no haber dicho ni una palabra. Mas, como hacía pocos días que a la madre maestra le había pasado igual cosa, como se ha dicho, con el reverendo padre Le Magresse, con quien el reverendo padre Tressel se mostraba perfectamente de acuerdo, no tuvo inconveniente en creer lo que decía la señorita Mercedes Rosa, pero procuró calmarlo y le dijo al reverendo padre que si aquello era necesario, por qué no se dirigía al señor obispo pidiéndole el remedio del mal de la maestra de novicias y no la desautorizaba ante sus súbditas. Esto lo hacía con la mayor calma del mundo, pero claro que el reverendo padre no reconoció ni la calma ni la razón y salió diciendo que le habían faltado al respeto de modo gravísimo y salió a mandar un expreso al ilustrísimo señor obispo. Esto es, ¡a prender candela sobre el fuego! ¡Sea por Dios!

Con este incidente, los señores anunciados jueces, no tardaron en presentarse. Dos sacerdotes bien señalados con una faja morada y si no recuerdo mal, con una capita especial, tan serios y llenos de indignación que metían miedo en las más guapas, se presentaron de parte del ilustrísimo señor obispo, con el fin de reducir a aquellas religiosas y postulantes rebeldes a la obediencia, así como a hacer justicia respecto al irrespeto arrogado al ilustrísimo señor obispo en el telegrama dirigido de Medellín, por las hermanas del consejo generalicio y a vengar la injuria hecha al reverendo padre Tressel.

El reverendo padre Tressel se guardó en su casa y esperó que se le hiciera justicia. Las superiores quisieron dar explicaciones, pero no las atendieron, pidieron perdones, no se les escuchó.

El juez mayor, reverendo padre Abigaíl Restrepo, con aire de terror al decir de las superiores de allí, parecía que despedía un aire eléctrico de terror, dio orden que se presentaran todas en silencio, sin quedar ni las del servicio, a la capilla. Esto era en las primeras horas de la mañana, por lo cual, cuanto se había empezado en la cocina hubo de quedarse, y los niños del internado quedaron solos, sin que hubiera bastado la súplica de la hermana que pudiera quedarse con ellos.

Comenzó por dar órdenes de que ninguna había de hablar ni una palabra ni debían mirarse: Todas debían estar en la capilla delante de una mesa con un santo Cristo y el libro de los santos Evangelios y las que hubieran prestado ya el juramento que formaba el objeto primordial de aquella fun-

ción, habían de salir para la sacristía en donde habían de quedar incomunicadas, unas de otras y de las de la capilla. Una vez instalado militarmente, por decirlo así, porque era a la voz de mando militar del señor juez, muy ceremoniosamente procedieron los jueces a asentar un acta de las sesiones y después de una arenga sobre la seriedad del acto y las grandes responsabilidades de un perjurio, comenzaron a llamar a las hermanas una por una, para que en pie, delante de aquella mesa y teniendo delante la mirada torva del juez, contestaran a un interrogatorio que a continuación se pone, bajo un juramento que individualmente iban haciendo.

- ¿Jura usted por este crucifijo y por el santo Evangelio sobre el cual ha puesto su mano, si el reverendo padre Tressel es buen filósofo?
- Sí, juro, respondía temblando la hermana.
- ¿Jura del mismo modo, si el reverendo padre Tressel es buen teólogo?
- Sí, respondía la hermana.
- ¿Jura usted si el reverendo padre es idóneo para el desempeño de su santo ministerio?
- Sí, respondía la pobre hermana que ya iba a llorar de angustia al pensar que quizás aquellas preguntas y sus respuestas eran para ultimar la Congregación. Porque dicho sea de paso, que muchas de ellas eran tan poco instruidas, que no sabían ni qué era filósofo ni que era teólogo, ni siquiera que era idóneo.

Claro que en esta forma, la función duró hasta las tres de la tarde. Las hermanas que iban dando su juramento no podían salir de la sacristía ni oír lo que juraban las de la capilla. Total que aquello fue cruel sobre manera. No se oían sino sollozos comprimidos y gemidos mal ahogados a cuyas autoras miraba el juez en ademán de represión, como si aquello no fuera hacer uso de su calidad de mujeres, pues ¿cuál es la que no gime y tiembla al lanzar un juramento en tales circunstancias?

Terminado esto, salieron los señores jueces para el juniorato que era donde se hacían las misteriosas convenciones y las hermanas a ver de qué manera daban de comer algo a aquel grupo de muchachitos que ya se habían tirado a morir de agonía, no habiendo tomado en el día sino un mal desayuno, desde las seis o siete de la mañana.

Esas declaraciones bien firmadas por cada uno de aquellos temblorosos pulsos, con el acta correspondiente al acto, fueron leídas primero por los padres eudistas y luego enviadas a Santa Rosa al ilustrísimo señor obispo.

Aunque se había hablado mucho de la falta de respeto al señor obispo, allí no apareció nada al respecto, ni se habló de la gran calumnia al reverendo padre Tressel, total que Dios permite que los que obran contra la justicia, sin querer, también obren contra la razón y el buen sentido. De allí en adelante reinó un pánico terrible entre las hermanas: Pero sobre todo, no podían recordar al padre Abigail, sin sentir ese terror y aún lloraban de sólo recordar su semblante. Los niños del internado a quienes se ocultaban todas las cosas, sólo dijeron al ser interrogados, de por qué no habían almorzado a esas horas, porque padrecito estaba matriculando a toda hermana. Pobrecitos, víctimas inocentes.

Inmediatamente enviaron un expreso a comunicarme todo lo ocurrido. Yo me contenté con escribirles dándoles un poco de fuerza y aconsejándoles suma humildad y que se dejaran acabar antes que faltar en lo más mínimo ni a la verdad, ni a la humildad.

Le escribí entonces al ilustrísimo señor Builes suplicándole perdón para el noviciado y asegurándole que no era necesario que él castigara la falta de respeto con el reverendo padre Tressel, en lo referente a lo de Mercedes Rosa puesto que como yo ya lo sabía, iba a castigarlo, porque de verdad, les había faltado prudencia.

La respuesta fue que él sabría hacerse respetar, que no sólo era irrespeto lo que había en el caso, sino también delincuencia. Total pues, que no quedaba otro camino que esperar el castigo.

Recibí entonces una carta del reverendo padre Tressel llena de cargos porque yo le había dicho al señor obispo, que ellos no ayudarían al seminario de misiones y muy repetido en la carta, el reto a que me obligaba por bien o por mal que le había hecho a su comunidad. Les contesté diciéndoles en qué me apoyaba para creer que ellos serían opuestos al seminario y cómo el mismo padre Enrique Rochereau me lo había dicho claramente y les decía también, que no se lo había dicho al señor Builes para hacerles mal en ningún sentido, sino para que él, no se entendiera con ellos antes de comenzar, a fin de que no lo hicieran desistir, a lo cual me asistía todo derecho, puesto que estaba en el deber de cuidar esa idea que consideraba de Dios, y muy para su gloria. Pero que si era necesario reparar algo, estaba dispuesta a hacerlo porque de ningún modo quería el mal de la congregación de los eudistas, en prueba de lo cual, les hacía saber que había bregado mucho porque el reverendo padre Le Doussal, fuera el rector de dicho seminario, en lo cual era fácil distinguir que no era a la socie-

dad de eudistas a la que creía enemiga del seminario, sino a determinados padres a los cuales, a pesar de todo, les concedía alguna razón en atención a que la apertura del seminario sí les produciría alguna rebaja en las vocaciones para el noviciado de Usaquén.

Además, estaba yo recibiendo cartas constantes de Pamplona, del señor obispo, de las hermanas, y del mismo padre Le Doussal, quien me aseguraba cada día con mayor empeño, que estaba conmigo. El reverendo padre Enrique, comunicó al señor Builes diciéndole que todo lo que él había dicho en esa carta que fue el fuego para prender la bomba, lo diera por no dicho y que por amor de Dios no disolviera ni destruyera la Congregación, que le prestaba importantes servicios en el Sarare, y a la gloria de Dios en otras partes. El mismo señor Afanador le rogaba al señor Builes que cesara en su hostilidad, pero todo era inútil.

El reverendo padre Tressel le ofreció al padre Le Doussal que iba a escribirle una carta a Pamplona a fin de que se persuadiera de la maldad de las misioneras y les retirara su opinión. Este padre aguardó un poco y al fin recibió una carta de pliego de papel grande, escrita por sus cuatro caras y después de leerla dijo por telégrafo al reverendo padre Tressel: "Padre, después de leer detenidamente su larga carta, no encuentro en ella motivo para pelear media hora". Sin embargo, nada les valía. También se dirigió el señor Builes al señor Crespo a Popayán, invitándolo para que le ayudara a destruir la Congregación de las Misioneras. Por supuesto, tratándose de nuestro fundador la cosa parecía una audacia terrible. Él sólo guardó silencio. Tampoco hizo la menor defensa, ni a mí me dio prenda de apoyo cierto.

Ordenan quitar el Santísimo del noviciado

Entre tanto, decretó el ilustrísimo señor Builes que se quitara el Santísimo Sacramento del noviciado. Ésta sí fue la más dura de todas las determinaciones. Fue anunciado con bastante tiempo y sin determinar cuál era el mal que le sobrevenía al noviciado. Las hermanas me escribían que estaban amenazadas a males mayores, que ellas se imaginaban que las iba a excomulgar y me pedían consejo para el caso... ¡Pobrecitas! Nada extraño hubiera sido, porque ante las cosas que se sucedían todo había pensarlo. Les contesté que no se salieran de la humildad de su puesto y que después que las excomulgaran, porque Dios ratifica las excomuniones cuando son justas y cuando no, las permite para probar la fidelidad de sus siervos, como le pasó a San Alfonso María de Ligorio, y a san Francisco

de Regis. A este último le llegó la excomunión media hora después de muerto, cuando sin duda, ya gozaba de las alegrías del cielo. Con esto quedaron un poco alentadas y resueltas a todo.

Mas, cuando llegó la anunciada catástrofe, tuvieron gran dolor al ver la quitada del Santísimo Sacramento, pero llenas de valor y de dolor, se prepararon para verlo salir, y acompañarlo siquiera hasta la calle.

La escena fue dura por demás: formadas las hermanas en dos filas, a lo largo de la capilla, lloran y sollozan. El reverendo padre Múnera, comisionado por el ilustrísimo señor, pasa por el medio y revestido debidamente, abre la urna... aumentan los sollozos y el sacerdote parece trepidar... Resurge la esperanza en las hermanas y miradas suplicantes se posan en la urna... El sacerdote se levanta de nuevo y con valor, que sin duda le da la obediencia, saca el sagrado copón, recoge los corporales, después de inspeccionar bien la urna, a fin de no dejar ninguna Hostia, ni partícula de ella y emocionado sale por entre las hermanas que lloran y sollozan por aquella separación ya irremediable... ¡Ellas acompañan a su adorado Dueño hasta la calle, y en medio de la más profunda congoja y enceguedas por las lágrimas, le siguen con la mirada hasta que se pierde en el recodo de la calle!.

Vuelven a la capilla y dan una nueva mirada a aquel dismantelo sagrario... Apagan la lámpara testigo mudo de un dolor indefinible, la superiora les infunde valor con algunas palabras entrecortadas por las lágrimas y salen a guardar en el silencio, cada una su dolor.

¿Cómo fue, que almas tan débiles todavía pues casi todas eran novicias y postulantas, guardaron la debida prudencia en trance tan terrible? Beneficio es de Dios que debemos agradecer con toda el alma.

Un telegrama enviado con muchas precauciones, a fin de que no fuera cogido por los reverendos padres eudistas que vigilaban con astucia de carcelero, me dio a mí la fatal noticia. Les animé con consideraciones propias por medio de una cartica y ellas, valerosas, siguieron esperando lo que debía seguir.

Yo, desde hacía un tiempo, le había suplicado al ilustrísimo señor Builes que me dejara retirar el noviciado de San Pedro, puesto que, dado el encorno de los reverendos padres eudistas, se le volvía a él muy difícil el manejarlo. Le rogaba considerara mi situación y me creyera llena de buena voluntad con él y aún con los padres a los cuales consideraba engañados,

inclusive al reverendo padre Rochereau y de ningún modo, de mala voluntad. Le rogué asegurándole que la Congregación le seguiría dando hermanas para las misiones de su diócesis, estuviera en donde estuviera el noviciado y que él podía seguir prodigándoles sus caridades, en cualquier parte. Por toda respuesta me contestó que no tumbara la Congregación. Volví a pedirle que me mandara un sacerdote para decirle muchas cosas a fin de que llegáramos a una perfecta inteligencia. No logré más que contestaciones evasivas.

CAPÍTULO LXI

- EL CASO DE LAS EUDISTINAS - MEDIDA PRUDENTE QUE SALVA LA CONGREGACIÓN - DOLOROSO SENTIMIENTO AL SALIR DE MEDELLÍN - AGONÍAS DURANTE LA JORNADA - ALEGRÍA AL PISAR TIERRA DE MISERICORDIA - SUEÑO DEL PADRE SARRAZOLA - ENCUENTRO CON EL DOCTOR JOSÉ JOAQUÍN ELORZA - RETIRÉ LAS HERMANAS DE SANTA ROSA - CONTINÚAN LAS DIFICULTADES CON MONSEÑOR BUILES - EN SAN PEDRO LAS COSAS NO VAN BIEN - LAS POSTULANTES SALEN PARA ANTIOQUIA

Dad gracias al Señor, porque Él es bueno, porque su amor es eterno. Díganlo los que el Señor ha salvado. (Sal 107,1)

El caso de las Eudistinas

Consulté con un doctor en cánones eclesiásticos, doctor José Joaquín Ramírez y después de mucho estudiar, me contestó que el caso no estaba previsto que no podía aconsejarme nada en ocasión tan delicada. En Medellín a ninguna parte podía volver los ojos, porque sólo en el reverendo padre Henao tenía confianza y él no era hombre para tales consejos, a lo más sufría conmigo y me consolaba con sus visitas. En medio de lo más crudo de la refriega, le escribí al señor Builes pidiéndole misericordia para la Congregación y por respuesta me dijo, que lo que se necesitaba no era la separación de los reverendos padres eudistas, cuya influencia no le afectaba en lo mínimo, sino que fueran humildes las misioneras, porque eran tales que a la misma Madre Laura que se distinguía por su prudencia y humildad, la harían salir de casillas.

Pobre este señor obispo que resultaba inconsecuente consigo mismo, por no poder confesar la verdad de tal atropello y su causa positiva.

En lo más reñido del asunto, llegó a la casa una carta dirigida por las eudistinas de Santa Rosa y quizás también por las de Yarumal a las de San Pedro y que por mala dirección se desvió de su destino y fue leída por las misioneras de San Pedro, como cosa providencial. Decía que ya el reverendo padre Tressel había arreglado con el señor Builes, para que las eudistinas pudieran reunirse a llevar vida común en San Pedro, en la casa de las misioneras. Al mismo tiempo una señorita comunicó en una carta muy poco comedida, que ya el señor Builes tenía cuatro eudistinas

aprendiendo vida religiosa en las capuchinas de Yarumal, para convertir las misioneras en algo que tendría de eudistas, capuchinas y misioneras.

Del internado de Donmatías también escribieron las hermanas, que habían ido unas capuchinas enviadas por el señor Builes a ver la casa y a tomar medidas para una nueva construcción, con lo cual no les quedó duda de que se trataba de cambiar nuestras reglas y hacer una congregación diferente y de retazos de comunidades. Parecía que el internado de Donmatías pasaría a manos de las capuchinas o quizás de las de la nueva monstruosa congregación.

Por todo esto, creí llegado el momento de obrar y pedí con insistencia a Dios, me diera la luz necesaria para dar un paso salvador.

Terribles fueron aquellos momentos, sobre todo si se atiende a la soledad en que me hallaba, pues aunque tenía conmigo a Carmelita, mi grande apoyo moral en mil ocasiones y al consejo de la casa generalicia, nada sabían ni podían aconsejarme. Pero, ¿cuándo he recurrido al cielo y no he sido oída de Ti, Señor de mi alma, que cuentas mis agonías y me llenas de esfuerzo?

Medida prudente que salva la Congregación

Durante una de aquellas dolorosas noches, tomé una resolución inquebrantable, que madugué a poner a la consideración de Carmelita y las hermanas que me acompañaban: ¡Sacar la casa generalicia y plantarla en la ciudad de Antioquia! Ningún poder humano que no fuera el de la obediencia, que ya no es casi humano, les dije, podrá hacerme desistir de esta resolución porque se trata de destruir la Congregación y mi deber es tratar de conservarla mientras Dios la quiera. Aterradas se quedaron mis pobres compañeras y hasta Carmelita que de nada sabía temer.

Les anticipé que no necesitaba de la aprobación de ellas, pero que sí debíamos estar de acuerdo. Me contestaron que sin poder ver claro que la tal medida no fuera a ser contraproducente, me acompañarían. Les manifesté que pues que no había más camino que ése o dejar destruir la Congregación, cosa que ya sabíamos de cierto, habían prometido los reverendos padre eudistas y el señor Builes, era necesario tomar la medida que acababa de proponerles. Convinieron aunque llenas de terror. Por mi parte ya no tenía miedo. Sentía tan dentro de mí que era Dios quien me lo había inspirado, que todo el mundo no habría bastado para convencerme de lo contrario

Cabía aquí ya el pensar en dónde podría colocar la casa Generalicia. Hacía poco que había tenido varias entrevistas con el señor Caycedo, arzobispo de Medellín y le había propuesto me diera licencia para traerla a Medellín, si no la casa generalicia, por lo menos un sanatorio donde yo pudiera vivir para conservarme en regular estado de salud siquiera. Con muy buenas palabras y razones fue negada la propuesta, pero terminó aconsejándome que la erigiera en Antioquia, capital de la diócesis origen de la Congregación.

Bueno es advertir que esta propuesta la hice al ilustrísimo señor Caycedo de acuerdo con el ilustrísimo señor Builes, cuando aún teníamos una amistad sin arrugas y dependíamos de él. Esto es una prueba de que ni él ni yo, tuvimos jamás por erigida la casa de San Pedro, como lo sostuvo él después.

Contando ya con tan respetable opinión, pensé inmediatamente en enviar a las hermanas a conferenciar en Jericó con el ilustrísimo señor Toro, obispo de Antioquia, con quien ya estaba en comunicación acerca de las dificultades de San Pedro y quien ya me había ofrecido recibir el noviciado en caso de que el señor Builes accediera a dejarlo sacar.

Con el mayor sigilo salieron pues para Jericó, las hermanas María del Santísimo y María de Betania, resueltas a hacer el camino a marcha forzada y en suma reserva, a fin de no ser impedidas, quizás por una orden de Santa Rosa, que hubiéramos atendido fielmente, pues que, a pesar de todo, respetábamos profundamente nuestra dependencia. No sin dificultades por el mal camino, triunfaron estas buenas hijas en su cometido y volvieron después de enterar al ilustrísimo señor Toro de todas las cosas y de recibir voces de aliento de aquel santo obispo. Excusado es decir, que la intervención de él no fue oficiosa, porque él tenía una casa de nuestra Congregación en su jurisdicción, la del Caraño. Tenía pues, perfecto derecho a inmiscuirse en los asuntos.

Muy oportunamente solicité el apoyo de los demás ordinarios pero sin resultado favorable. Ninguno me negaba lo que le pedía, pero estaban llenos de desconfianza y no me daban un apoyo directo ni fijo. El señor Builes se había anticipado a informarlos y aún a comunicarles sus intentos de destrucción. Al señor Afanador a quien notaba muy adicto, lo engañaba diciéndole que no se trataba de nada serio, sino sencillamente, de calmar una colmena alborotada. (ésas eran sus palabras). Al señor Crespo lo informaba muy mal de nosotras, de modo que creyera que cumplía un deber en destruirnos. Con los demás era reservado y ellos desconfiaban por tratarse

de un obispo de muy buen nombre y de mucha virtud. Total que tuve que tomar resoluciones sin consejo ni ayuda humana y asumir sola las responsabilidades.

El señor Toro se mostró compadecido y adicto y con las mismas hermanas que fueron a verse con él, me escribió diciéndome que era indudable que yo estaba en el deber de defender la Congregación de una ruina segura, sin decirme si era o no era inconveniente la sacada de la casa generalicia. Pero me decía que si quería llevar la casa a Antioquia, lo hiciera en la seguridad de que él daría la licencia en la forma que se necesitara, pero que le gustaría de modo definitivo. Además, que no pensara en casa, porque allí tenía la diócesis varias y que en una de ellas nos acomodábamos por lo pronto.

Resuelto pues este punto, sólo restaba ver cómo se hacía el viaje. Todo el debía hacerse en bestias y teníamos bestias propias, pero se presentaba el problema de cómo se sacaban de nuestras finquitas de San Pedro, sin que lo supieran los reverendos padres o el señor Builes. En nombre de Dios y después de pensar muy bien las circunstancias, llamé a Juan de Dios Restrepo, padre de dos de las hermanas y le supliqué fuera a San Pedro y después de desorientar en cuanto pudiera a las gentes, solicitara unas bestias alquiladas, se dirigiera a la casa de las hermanas con una boleta mía, para que ellas lo autorizaran para sacar las bestias de la finca, de modo que creyeran que eran alquiladas y que viniéndose por el camino, enviara los galápagos por los rastrojos. Así lo hizo este buen señor y en la mañana del trece de mayo, salimos de Medellín las hermanas María del Santísimo, Ma. de Betania y Ma. Nazaret. Determinamos que las otras salieran al día siguiente, con el fin de no llamar la atención, por el mucho número.

Antes de salir, dejé una carta que debían mandarle al ilustrísimo señor por el correo de la semana siguiente, en la que le daba cuenta de la resolución tomada y llevada a efecto, advirtiéndole que no le había pedido permiso por no necesitarlo, pues ya que la casa generalicia no estaba erigida en su diócesis, ni en ninguna parte, pero que sí le daba las gracias por la hospitalidad que le había dado en San Pedro, por algún tiempo. Le suplicaba no mirara mal esa medida que sólo obedecía a la necesidad de conservar la Congregación, conforme era la voluntad de Dios. Aun le decía que él mismo, una vez pasada la actual situación, que le permitiera ver claro las cosas, iba a agradecerme la medida que tomaba. En fin, pensé cada palabra de modo que no hubiera nada ni menos respetuoso, ni menos

bondadoso y se la encomendé a mi Dios. Carmelita se encargó de mandarla según se había convenido.

Doloroso sentimiento al salir de Medellín

Salimos pues, en una mañana frigidísima, nublada y con lluvia lenta y que convidaba para llorar... Al salir me parecieron tan tristes las calles de Medellín... Me parecía que todos leían en mi semblante el dolor... Recordé lo que Medellín ha sido conmigo... Salía como prófuga, escondiendo el motivo y aun el viaje, como quien ha cometido un delito. Llevaba el alma tan sola... tan amargada... ¡Dios mío! Medellín tan duro, que no había podido mirar un rostro amigo, una mirada de compasión. ¡Oh incomprendibilidad terrible! ¡Medellín ha creído siempre que soy mortecina de sus calles, en lo cual no anda tan desacertado, si atiende a mí, pero jamás ha entendido la Obra de Dios, ni le ha tendido la mano, sin duda porque está en las mías! Todos estos pensamientos y muchos otros me embargaban a la salida.

Llegamos a la estación, cuando aún faltaban algunos minutos para llegar el tren. La lluvia menuda y el nublado continuaban entristeciendo la naturaleza y mi alma asomada por mis ojos, por decirlo así, miraba hacia la colina del frente, buscando a San Pedro, en donde dejaba mis hijas anegadas en amarguras... La colina estaba tan triste, como mi alma, toda cubierta de nubes negruzcas, que le daban el aspecto de una agonía y tras ella, dejaba mis pobres hijas aisladas, sitiadas, perseguidas... Y tan jóvenes en el servicio del Señor que a cada hora me parecía que se me presentaba una desertora, ya agobiada por la pena.

¿Y qué decir de lo que mi alma sentía respecto a mis enemigos tan amados, a quienes tantos beneficios debía y a quienes veía cargar con tan enorme responsabilidad? ¡Almas tan amadas y por las cuales yo hubiera dado toda mi sangre... y las veía enredadas en las redes de pasiones insanas, engañadas por el demonio, prestándole magnífico servicio y tal vez, creyendo que se lo prestaban a Dios! Un mar de amargura inundaba mi alma...

¡Cuando me despedí de Carmelita y las hermanas, en el semblante de ellas vi reflejarse mi dolor! Un incidente, al parecer insignificante, contribuyó también a amargar mi pena: En la puerta me encontré con Gabriel mi sobrino, a quien Carmelita no podía tener en su casa, y que en su miseria recurría a mí, ignorando cuanto pasaba. Dios mío, ¿cómo lo miré y pude disimularle mi dolor? Solamente le dije que en nada podía aliviarlo por-

que salía para Antioquia en busca de mejor clima. Me miró con honda amargura y salió. ¡Dios mío! ¡Qué horas!

Como dije, en la estación Villa todo era negro y allí debimos esperar un poco el tren, envueltas en el frío del alma más que en el del cuerpo, que tampoco era pequeño, sobre todo, dado el mal estado de mi salud y mis pocas fuerzas físicas, aquello era bastante considerable. Y qué esfuerzo tuve que hacerme cuando se me acercó Luisita Greiff de Echavarría con su acostumbrada sonrisa y alegría a conversarme y preguntarme a dónde me dirigía. Dios, qué esfuerzo para no denunciar mi pena ni desatenderla. Me pareció el ser más inoportuno del mundo, pero me sobrepuse y le sonreí, dejándole comprender, sin mentirle, que iba a San Pedro. Le hice las manifestaciones de amistad que eran del caso y me despedí prometiéndole encomendarla, según su deseo. Parece que no hice mal el papel, porque dice Carmelita que ella le refirió la entrevista, pocos días después y no tuvo impresión de mi dolor. No es pequeña gracia de Dios el ayudarle a uno a coger el corazón y exprimirlo, para no dejarlo contar los hondos arcanos que guarda y que podrían hacer mal en los demás. ¡Gracias Señor de mi alma!

Agonías durante la jornada

¡Llegó el tren y hasta su pitar me pareció gemido! ¡El tras... tras... tras... con que anuncia que va parándose en la estación, era a mi oído como el toque de trompeta de retirada después de un combate sangriento! Y tu amor, Jesús mío, ¿qué se había hecho? Sin duda latía en mi alma inundada en amargura, como el que tenías tan ardiente e incomprensible a tu padre celestial; bullía en tu alma bendita en Getsemaní, pero no me era consuelo. ¡Bendito seas, porque me diste, Señor de mi alma, ese dolor que ni siquiera de lejos se parece al tuyo del Huerto de los Olivos! ¡No es poca cosa beber de tu cáliz, aunque no se sienta fervor y quizás por eso mismo sea mayor fortuna!

Subimos al tren en completo silencio, las hermanas también miraban sin decir palabra, hacia la colina de Medina, entristecidas y con los ojos aguados. Las pobres hijas de San Pedro no conocían mi determinación y por consiguiente no era posible que imaginaran nuestra fuga de Medellín a aquella hora, ¡ni sabían que el oriente aún tenía sol para ellas!

El viaje debía hacerse con absoluto sigilo y como aquella vía, era también la de San Pedro, en cada pasajero creíamos ver un mensajero que

había de llevar la nueva a los reverendos padres eudistas; un sobresalto continuo nos acompañó hasta que llegamos al alto en donde las vías se dividen. Mas como las bestias estaban acostumbradas a seguir la de San Pedro, no fue poco el trabajo que nos dieron para hacerlas tomar la otra vía y mientras tanto nuestro temor de ser sorprendidas creció hasta el punto de hacernos ver esos instantes como interminables. Además, la intervención caritativa de los habitantes de esas casas del alto, nos fue tan enojosa que no hubiéramos podido agradecerseles a no habernos hecho mucha violencia, a la vez que esquivábamos sus preguntas de para dónde íbamos. Señor mío, lo viste, ¡cuánto sobresalto!

Como ya mi humanidad no me permitía montar a bestia sin gran dificultad, sin grande fatiga y aún peligro, pudimos ver la protección de Dios en la facilidad con que subí la loma, pero al llegar a Poleal, ya me fue imposible seguir, y allí en casa del buen señor García, muy conocida y buena, pedimos posada.

La noche toda fue de agonía interior y exterior. El maltrato físico no me permitió ni acostarme sino al amanecer y entre tanto, mi pensamiento recorría todos los dolores de mi vida y los comparaba con la actual tragedia. ¡Y el alma del señor Builes y la crueldad con que nos empujaba hacia la destrucción, de una obra de la cual era él mismo testigo de ser de Dios, y del bien que le había hecho en su diócesis, como lo había proclamado a la faz de todos tantas veces, se me volvía un abismo de pena! Lo arriesgado de la medida salvadora que tomaba, bajo mi responsabilidad, sin que hubiera oído una palabra de aprobación de nadie. Las palabras que ya conocía del mismo señor Builes de "¡las destruiré no dejaré ni una! ¡Las dispersaré! ¡No cederé un punto en destruirlas porque no merecen existir...!" ¡Dios mío! ¡Resonaban en mi alma como anatemas terribles sobre esa pobre alma que tanto amaba!

Me parecía que mis dolores físicos eran indicio de enfermedad mortal y veía aquella jornada como imprudente y me parecía que Dios había de tomarme cuenta de ella. La veía inútil, porque en vista de esa fuga, Roma, a quien se quejaría el señor Builes, desbarataría la Congregación y lo que queríamos evitar, resultaría con mayor escándalo y perjuicio de las almas. De pronto revivía mi esperanza y veía claro que Dios era quien me había inspirado tal medida y que por consiguiente, Él mismo aseguraría el éxito y me reanimaba. ¡Pero luego, como en pesadilla, veía las noches de angustias de mis pobres hijas, sus dudas y perplejidades, las sentía por decirlo así, en mi misma alma y un nuevo mar de angustia me inundaba!

Qué dolor sentía al recordar la salida de Urabá y la inquina de los reverendos padres carmelitas, juntamente con las lágrimas de aquellos primeros hijos en la fe, que nos dio el Señor en Dabeiba y sus comarcas vecinas. Las penas pasadas se unían a las actuales y hasta las ya olvidadas salían a la escena, cual si fueran invitadas a cumplir una misión de purificación incomprensible. El sacrificio de mi madre, cuando ofreció su vida y sus grandes dolores por la salvación de los jaibanaes, las lágrimas y angustias de Carmelita a causa de la Congregación, la dureza de la vida en algunas de nuestras casitas misioneras, acabando con las fuerzas de esas hijitas tan generosas y qué sé yo, cuántas cosas más se presentaban a mi alma y la exprimían por decirlo así.

Pero no era menor mi dolor y el enflaquecimiento de mi alma, si se me permite la expresión, cuando veía claro que todos mis esfuerzos por salvar las almas estaban perdidos y que el amor de Dios, con que yo creía haber obrado, era pura fantasía de mi soberbia, por lo cual, el día de mi castigo se acercaba a pasos de gigante. De pronto veía que todos mis enemigos del presente y del pasado tenían razón en odiarme y que la tierra misma se me abriría para tragarme, porque era indigna de la vida... En fin, cómo alcanzaría yo a decir lo que fue aquella noche. ¡Dios mío, tú estabas allí, y sabes, y pesas, y mides mi vida con sus dolores! ¡Ten misericordia de mi y de mis pobres enemigos. Sálvalos juntamente con esas abandonadas almas de los infieles y salvajes que habéis incrustado en mi alma para que agonice de dolor!

El pobre Juan de Dios Restrepo que fue nuestro conductor, no sólo no acertaba a disponer las cosas del viaje, sino que era necesario arreglarle el de él, ya por lo inexperto en tales asuntos, como por lo excepcional e impresionante de este viaje. Una de las mulas se perdió allí en Poleal y por eso tuvimos grande demora, en la cual no faltaba la zozobra de ser sorprendidas. Por esta causa y lo mucho que debíamos descansar en el camino, para darle aliento a mi pobre y deshecha humanidad, sólo llegamos aquel día a Sopetrán. Pensamos en ir a hospedarnos en las Hermanas de la Presentación, pero reflexionamos que no era posible no inspirarles sospechas acerca de nuestra actitud de derrotadas y nos decidimos a ir a pedirle posada al señor cura. Fuimos muy bien recibidas y con la excusa de mi salud y la necesidad del clima muy ardiente, salimos muy bien, porque el padre no tenía ni idea de lo que pasaba. Al día siguiente salimos para Antioquia, en donde nadie absolutamente nos esperaba, pues el ilustrísimo señor obispo no había creído prudente avisarle a nadie.

Alegría al pisar tierra de misericordia

Explicar la alegría que todas, sin previa advertencia, sentimos al pasar el majestuoso puente del río Cauca, no es cosa fácil. Como instintivamente dijimos: ¡Gracias a mi Dios! ¡Ya pisamos tierra de misericordia! ¡Estamos en jurisdicción del señor Toro! ¡Viva! gritaron las hermanas y entonamos el Magnificat en acción de gracias. ¡Parecía como si hubiéramos estado mucho tiempo en un cuarto oscuro y sin aire y de pronto nos hubieran sacado al aire libre en plena luz! ¡Bien se dice que la libertad, la luz y la alegría se parecen, son hermanas, digo yo!

En el puente nos encontramos con la señorita Tulia Londoño, ¡quien al saber que íbamos para Antioquia, nos puso a las órdenes su familia, como si adivinara nuestra necesidad. ¡Y no deja de ser esto providencial, porque muchas veces habíamos pasado por esa ciudad y habíamos encontrado señoras y jamás habíamos recibido ninguna atención, ni quedaba campo para esperarla, ni para extrañar que no se nos hiciera! ¡Este ofrecimiento tan de cortesía y común, fue a mi alma bálsamo suave, parecía como que con la luz había hallado el bienestar! ¡El trayecto del puente a la ciudad fue de pura alegría, corrían las hermanas y gritaban como pájaros salidos en oportunidad única, de la más espantosa y estrecha jaula! Y como el camino ése era verdaderamente hermoso, todo convidaba para la alegría.

Sueño del padre Sarrazola

Llegamos a la casa de mis primas Montoyas, casita tan pequeña y pobrecita que sería sólo una posada pasajera. Al día siguiente, mandé llamar al reverendo padre Sarrazola, provicario de la diócesis y le referí lo que pasaba, en la convicción de que ya el señor obispo le había comunicado nuestro viaje. Pero como ya he dicho, él nada sabía. Me refirió cómo él había tenido un sueño que sólo se explicaba al oír mi narración. El sueño ocurrió el tres de mayo, precisamente en los momentos precisos en que estaba más reñida la tormenta en San Pedro. Había sido el tres de mayo y yo hablé con él el 17, quince días después.

El reverendo padre Sarrazola había visto en sueños al reverendo padre Martini, su profesor, eudista, muerto hacía varios años, que lloraba inconsolable. El padre le preguntó el motivo de su aflicción y él señalándole a cierto punto, le dijo: Mire ¿cómo no he estar triste? ¡Ay! ¡Mi congregación! y continuaba llorando y repitiendo: ¡Ay! ¡mi congregación! ¡Mi congregación! El reverendo padre Sarrazola miró hacia un lado, precisamente

el mismo que le señalaba el reverendo padre Martini y vio una mujer vestida de blanco y azul, mientras tanto el reverendo padre le repetía: ¿Cómo no he estar triste por mi Congregación? Le dijo el padre Sarrazola: ¿Es que está perseguida su congregación, padre? No, le respondió: Pero vea... vea... vea... Entonces el padre volvió a ver lo que señalaba que no era otra cosa que la mujer vestida de blanco y azul. Viendo las lágrimas del reverendo padre y sumamente impresionado por ellas, despertó el buen padre, sin advertir lo que había significado el sueño, ni mucho menos lo que representaba aquella mujer vestida de blanco y azul.

Naturalmente al conocer nuestra historia y ver nuestro hábito, entendió lo que aquello significaba. Para nosotras este sueño fue beneficio, porque venía en apoyo de nuestra veracidad, toda vez que ya al padre no le daría mucho trabajo ver en la terrible historia que le referíamos, que la razón estaba de nuestra parte, toda vez que hacía llorar al buen padre, la horrible responsabilidad que su congregación se echaba encima.

El buen padre Sarrazola me prometió ayudarnos a ver dónde nos colocábamos y que se pondría de acuerdo, respecto de ello con el señor obispo.

Pero, Dios mío, otra angustia se nos vino encima, con una carta de Carmelita en la que dice que no se ha atrevido a enviar la carta al señor Builes, porque ve cierta duda en el señor Toro y envía una carta de él, a la vez que pone un telegrama a Antioquia en el mismo sentido. Decía que había recibido una carta del señor Builes en que le dice que quizás esté mal informado por la Madre Laura, que espere carta.

Naturalmente, dada la cultura del señor Toro, era más natural esta perplejidad, pero para nosotras esto era como la muerte. Entonces nos propusimos redoblar ruegos y las hermanas, guiadas por Merceditas Montoya, que entonces mostró sabiduría celestial y un talento poco común en sus consejos y valor, emprendieron una novena al Espíritu Santo y mientras llegaron las demás hermanas del Consejo, trayendo la mala impresión de que el señor Toro se volvería atrás. Nuestra confianza no flaqueó sin embargo, y el reverendo padre Sarrazola no desmayaba tampoco.

A los cuatro días de haber llegado nos pasamos a una pequeña casita alquilada por el padre Sarrazola y naturalmente nuestro descanso no fue pequeño, por la estrechura y la pena que sentíamos en casa de nuestros pobres bienhechoras que no sólo nos soportaban sino que nos ayudaban a sufrir.

Encuentro con el doctor José Joaquín Elorza

Después de la primera entrada a la casita, aunque pequeñita y sin un mueble, nos sentimos como reinas, pero el sigilo continuaba y las gentes recibían siempre la respuesta de que se trataba de un tiempo de temperamento para mí. Pronto nos llegó un consuelo especial en el doctor José Joaquín Elorza. Él estaba enfermo, en cama, en aquellos días y nos era del todo desconocido. El reverendo padre Sarrazola en una de sus visitas que eran diarias, porque así lo requería nuestra situación, y a él jamás le faltaba caridad, me dijo que si le permitía confiarle nuestro secreto al padre Elorza, que era muy necesaria su intervención en nuestro asunto de San Pedro, e instalación en Antioquia. Por supuesto que la respuesta fue afirmativa.

Nos visitaba el reverendo padre Ezequiel Pérez, con quien mis relaciones eran viejas, pero el carácter de dicho padre no era aparente para hacerlo depositario del secreto y como todos, quedó convencido que pasaría sólo un tiempo en Antioquia. Con él hablé lo de colocar el Santísimo y me dijo que teniendo la iglesia de Santa Bárbara, era inútil y se me mostró dispuesto a oponerse a cualquier paso que diéramos en este sentido, no por mala voluntad, se entiende, sino por no creerlo ni siquiera útil ni conocía la necesidad de ese consuelo que teníamos. El reverendo padre Sarrazola desde luego dio la licencia y nos proporcionó altar y cuanto necesitábamos y envió al reverendo padre Ángel Herrera a decir la primera misa, en la cual nos dejó la Divina Majestad. Esto sí que fue ya un abrirse el horizonte de mi alma. ¡Dios mío! ¡Cómo eres más amado a medida que se sufre más. Cómo eres el secador de las lágrimas, el endulzador de las amarguras!

Aquel mismo día pusimos a las hermanas un telegrama en estos términos: **Misioneras San Pedro. Familia reintegrada. Aleluya.** Efectivamente que la pobre Congregación en las circunstancias que atravesaba, era un cuerpo mutilado, propio sólo para la disolución. ¡Estaban sin madre, puesto que sin advertirlo, había quedado excastrada en Medellín y así parece que lo comprendían los enemigos y obraban en conformidad con esta condición, pues que para nada contaban con que en la Congregación había una superiora con quien entenderse, ni a quien hacer siquiera responsable de nada! Habían quitado el Santísimo de San Pedro, que era dejarlas ya del todo huérfanas. Y con erigir la casa generalicia, cosa que aunque no se había hecho todavía de modo oficial, sí se tenía ya la palabra del señor Toro y de hecho, se había instalado. Luego tenían padre ya en el sagrario

de su casa generalicia y madre con su consejo bien formado, porque a pesar del sitio en que el señor Builes había tenido la casa de San Pedro, habíamos logrado sacar las hermanas que formaban el consejo sin contravenir sus órdenes, porque dicho sea de paso, se respetaron los castigos y todas sus órdenes como cosa sagrada.

Aquel telegrama naturalmente, cayó como bálsamo en el alma de aquellas pobres prisioneras y las reanimó considerablemente.

El reverendo padre Sarrazola recibió, entre tanto, carta del señor Toro, ya libre de toda timidez y a mí misma me comunicó que, pues no le llegaba ningún aviso de Santa Rosa, obráramos con libertad. El domingo primero, quizás después de estar en la casita, se apareció el reverendo padre Pérez con el doctor Elorza e hizo la presentación del caso. Al ver aquel sacerdote tan joven y expansivo, no pensé que en él tuviera la congregación su mejor apoyo. Pero eso de ser graduado en cánones, sí me sonó como música celestial, como puede suponerse, dada mi necesidad y las perplejidades en que me veía.

Es gracioso oír al doctor Elorza refiriendo la entrevista, haciendo resaltar mi interés por sus estudios en cánones, en lo cual no exagera, puesto que como por estar presente el reverendo padre Pérez, yo no podía hablarle claro y sólo le repetía: ¿Con que está graduado en cánones? ¿Cómo hizo el estudio de los cánones? ¿Con que doctor en derecho? En fin, él a cada pregunta contestaba con cierta malicia como quien adivinaba mi necesidad y quería divertirse con la cosa. Por fin, le dije: ¿De modo que aprendió para pícaro? Aprobó la broma y se continuó en aquella forzada reserva hasta que se acabó el tiempo y salió.

Después nos ha dado mucho que reír aquella primera entrevista. El reverendo padre Pérez no sospechó ni notó, que aquella broma fuera una verdadera cita para cosas importantísimas. Por todo esto, decía el doctor, que no sabía mucho de picardía, pero que esperaba hacer un curso muy completo de ella, conmigo como profesora.

Ya quedamos en buena amistad y era el camino de Dios. Ya el doctor se puso al habla con el señor obispo y sin pensar mucho en nuestra instalación, que era lo de menos, a pesar de que el personal iba creciendo mucho y la estrechura haciéndose cada vez mayor, entramos en el estudio de los acontecimientos, no sólo por lo que había pasado, sino también por lo que sin cesar iba llegando, pues las cosas en San Pedro, no calmaban.

Retiré las hermanas de Santa Rosa

Me siento casi incapaz de escribir por falta de un recuerdo ordenado. Sin embargo, me parece que lo primero fue que recibí un telegrama del señor Builes en que me decía: Urge vuelva a Medellín, avise la llegada. Este telegrama, que después tanto ha hecho reír a las hermanas, por la aparente sinceridad que muestra en él el ilustrísimo señor obispo, fue como una espada para mí. ¡Dios mío, qué angustia! ¡Me parecía que era imposible desatenderlo y era no menos posible atenderlo! Lo que sufrí, Dios lo sabe y mi alma que no ha podido acostumbrarse a disgustar a ningún superior por más que la necesidad lo exigiera y pudiera hacerlo lícitamente. Si no recuerdo mal, a este telegrama no se le dio ninguna contestación, porque como las cosas se sucedían con tal rapidez, las unas le quitaban el lugar a las otras. Parece que en esos mismos instantes, las hermanas de San Pedro, en sus angustias, me mandaron uno de los indiecitos del internado a darme cuenta de cómo iban allí y a comunicarme su contento con la instalación de la casa. De Medellín también comunicaba Carmelita lo que iba pasando en San Pedro y Santa Rosa, en donde aún tenía dos hermanas en el trabajo del seminario y a quienes les tocaba adivinar las cosas tras un velo que las hacía más y más misteriosas por lo cual sufrían más.

Uno de los padres del seminario me comunicó que una de las hermanas estaba enferma, con una disentería crónica, a quien debía sacar pronto por el peligro de contagio en el seminario y como unos seis o más días, cuando aún no había podido hacer nada, en el sentido de cambiar la hermana enferma, me llegó razón de la Madre Clara, superiora de las clarisas de Santa Rosa, que se había manifestado muy bien intencionada en nuestro favor y consolaba a esas dos hermanitas que estaban en el seminario, que debía sacar también a la otra hermana que estaba con fiebres. De modo que me encontré en terrible situación porque no podía reemplazarlas por no tener personal libre, ni me era fácil dejarlas así, enfermas y en aquellas condiciones.

Opté pues por mandar por ellas y al peón le di orden que procurara llegar tarde y que salieran de madrugada de modo que sólo tuvieran tiempo las hermanas de entregarle el oficio a una señora que solía reemplazarlas. Y esto porque yo tenía seguridad que aunque el señor Builes prometía y efectivamente, quería destruirnos, no desistía de tener esas hermanas allí porque precisamente le servían como base para realizar sus planes de cambio de espíritu, una vez que hubiera logrado separarlas moralmente de mí. De donde resulta que si se le hubiera pedido el permiso lo habría negado y

si han tenido tiempo de despedirse, las hubiera detenido. Sacándolas así sin darles tiempo de despedida, mientras que él estaba celebrando la Santa Misa, salían dejándole sólo un recado de despedida y como además, estaban enfermas, decían que las habían llamado por eso mismo. Total, que era la manera menos mala de sacarlas y como además, no tenía modo de reemplazarlas, a lo menos en apariencia, me daba por excusada.

Esta medida causó en el señor Builes una crisis terrible que, unida a la fuga de la casa generalicia, le hizo enfermar hasta el punto de inquietar a los que lo asesoraban. Además, coincidió esto, con la fuga de su vicario que, desesperado por ciertas medidas y anomalías en el gobierno de la diócesis, no se creyó capaz de resistir y se marchó furtivamente. ¡Es necesario considerar que para el corazón del señor Builes, estas cosas resultaban duras y que por eso mismo eran un peso para mi alma! ¡Pero imposible detenerme ante un deber de conciencia respecto a la conservación de la Congregación que pesaba sobre mí! ¡Pero, Dios mío, qué duro es hacer sufrir a un jefe de la Iglesia tan amado!

En estos días me llegó una cartica del señor Toro, en la cual me dice, que persona muy amiga nuestra había escrito que la sacada de las hermanas de Santa Rosa había sido cosa muy incorrecta y que había herido profundamente al señor Builes y que él también estaba apenado porque había creído que las cosas eran de otro modo y que por eso había dado la licencia. Que en consecuencia debía proceder inmediatamente a darle una satisfacción al señor Builes. Inmediatamente comprendí que esa persona amiga era la Madre Clara y el por qué ella informaba de esa manera y le escribí muy detalladamente el señor Toro para que estuviera tranquilo, ya que no se trataba de ningún paso que él no conociera y para el cual yo no hubiera obtenido su licencia. Le ofrecí escribirle al señor Builes explicándole las cosas y cómo había obrado sin atacar en ningún sentido su autoridad. El señor Toro, después de estudiar mis razones se tranquilizó y yo me dirigí al señor Builes diciéndole que había retirado las hermanas porque de allí mismo me habían comunicado que debía sacarlas, la una por súplica de un padre del seminario que temía un contagio en el seminario y la otra por indicación de la reverenda Madre Clara, y que no se las había reemplazado por otras, porque no tenía, toda vez que ni siquiera para atender a una hermana que estaba mal en Donmatías, me quedaba una enfermera.

Esto era verdad porque era imposible sacar ni una de San Pedro, porque todas eran necesarias para sostener la lucha tan formidable que allí se había establecido, pero esto no podía decírselo al señor Builes, pero era de-

lante de Dios, causa que justificaba completamente mi proceder. La salida sin despedirse, le dije, que obedecía a que ellas tenían que salir de mañana para alcanzar a buena hora a llegar a Donmatías y como él y también los padres del seminario estaban celebrando a aquella hora, no les había sido posible despedirse personalmente

Aquí cabe una digresión, porque, verdaderamente, aunque hubiera estas razones verdaderas, siempre en el fondo, hubo algún desacato a la autoridad del señor obispo, esto es clarísimo. Pero ante males tan grandes y peligros tan terribles, aquello se me volvía bastante poca cosa, recordaba aquella excusa dada por nuestro Señor Jesucristo, a los que acusaban a sus discípulos cuando cogían espigas en día de sábado, diciéndoles que la necesidad excusaba del respeto, en ciertas circunstancias y les puso de ejemplo a David cuando acosado por el hambre, había dado a sus soldados los panes de la propiciación. No hay duda que todas estas cosas me hicieron sufrir y que este disimulo no es de mi carácter, pero Dios mío, ¡cuántos males evitó que son más importantes en tu obra! Si se hubiera tratado de irme contra un canon quizás no lo hubiera hecho como no lo he hecho en necesidades muy grandes, pero como en Santa Rosa no había casa religiosa, sino simplemente dos hermanas, prestadas para desempeñar un trabajo transitoriamente, los cánones quedaban en su puesto. ¡Dios mío, cuánto sufrí y cuántas luces le diste al doctor Elorza para dirigirme en estos asuntos!

Continúan las dificultades con monseñor Builes

Pasado esto, hubo necesidad de pedir a Santa Rosa la exploración de unas novicias que debían profesar y la pedí en los mejores términos posibles. Contestó el ilustrísimo señor Builes un telegrama muy serio⁸⁸: En el manifestaba que no quería entenderse conmigo y que le pidiera esa licencia la superiora de San Pedro. Este telegrama hizo que el doctor Elorza rebujara cánones y rebuscara autores, pero fue contestado con tal propiedad que hubo de rendirse el señor obispo y aceptar mi intromisión en los asuntos de San Pedro, pero provocó mayor indignación hasta el punto de ganarme un regaño del reverendo padre Urrea, secretario del obispado y en el telegrama⁸⁹ que me envió decía: Que mientras estaba dando muerte a

⁸⁸ Telegrama fechado el 24 de junio de 1927

⁸⁹ Telegrama del padre Urrea, 27 de junio de 1927

la congregación, viéndola agonizar, me ponía a hacer gastos canónicos. Este inexplicable telegrama causó diversión al doctor Elorza y a mí me sorprendió poco, porque desde que estaba en Medellín ya él me había hecho el cargo de que yo estaba tumbando la Congregación.

Aquí debo hacer alguna explicación: Verdaderamente yo estaba defendiendo la Congregación y ellos, destruyéndola, matándola por decirlo así, pero sólo Dios sabe si en el fondo aquello era una verdad, puesto que mis yerros y pecados deben ser en todo tiempo un peso que la oprime y efectivamente, de todos los que la han perseguido, no ha habido uno solo que la haya atacado si no por causa de mí. Esta consideración no ha dejado de pesar sobre mi alma y aún la he expuesto a mis confesores, con la mayor sinceridad. ¡El Señor tenga misericordia de mí y continúe sosteniendo su obra a pesar de mis pecados y desaciertos!

Cualquier día se apareció a San Pedro el reverendo padre Urrea, quien acompañado de un padre eudista, exigió a las hermanas que firmaran una adhesión al señor Builes, con una promesa de absoluta obediencia.

Las hermanas, naturalmente, dijeron que sin licencia de la superiora general, no lo hacían. Ellos les dijeron que esperaban a que la pidieran por telégrafo y que sólo se trataba de una simple adhesión, con el fin de cesar ya en las hostilidades y nombrarles capellán. De Antioquia les contesté que el reverendo padre debía dirigirse a mí en demanda de esta licencia. Esto lo contesté naturalmente de acuerdo con el doctor Elorza, como lo hacía todo. Mientras llegaban las respuestas, ya de noche, cuando ya se habían acostado las hermanas, volvieron los padres Urrea y Le Magresse y haciendo levantar las hermanas, las reunieron en el refectorio para ver de convencerlas de que debían firmar sin esperar nada puesto que era una cosa que no podía hacerles mal y sí les traería las ventajas de la paz.

Las hermanas, aunque llenas de miedo, al ver el ademán casi furioso del reverendo padre Le Magresse se sostuvieron en negarse a tal firma. Entonces, cansados de arengar inútilmente, entraron y se pasaron al terreno de los insultos; pero el blanco de ellos, era principalmente esta pobre y ruin servidora. Se desataron contra ella y les dijeron que la Congregación estaba podrida desde su origen, porque la Madre Laura la había fundado sobre las bases de la soberbia y sus vicios y que, por consiguiente, ahora había llegado el momento de su destrucción. Tanta fue la indignación de aquellos padres, que ya las hermanas perdieron el miedo y el acto su seriedad: hubo risas y burlas de parte de una postulante poco juiciosa, y en

vista de este desequilibrio, pues la ira de uno de ellos, provocó risa en el otro, salieron.

Muy temprano me pusieron un expreso a Antioquia a darnos cuenta de aquella escena tan dura y vergonzosa. Yo insistí en no permitir las firmas y ellos no se atrevieron a dirigirse a mí pidiéndola, y se volvió el reverendo padre Urrea a Santa Rosa.

Al día siguiente, al entrar la luz a aquella estancia que parecía un purgatorio, parece que hubiera vuelto la vida. Sentí muy mejorado el cuerpo y cierto valor en el alma que me hizo levantar con algún brío. Las hermanas como aturcidas me preguntaban: ¿Madre, qué nos pasa? ¿Es verdad que casi no nos damos cuenta de lo que sucede? Gracias a mi Dios les contesté, porque si nos diéramos cuenta de esta ruina, menos valor tuviéramos para sufrirla. Bendigamos a Dios por todo y sigamos.

En San Pedro las cosas no van bien

En San Pedro, las cosas no iban bien: Quiriendo el señor Builes aflojar un poco, les nombró para capellán, pero sin colocar el Santísimo, a un sacerdote anciano que por vivir ebrio y no poder abstenerse del licor, hacía muchos años que lo tenía arrimado, pero le indicó que nos exigiera sueldo. Por supuesto que aquello no llegó a realizarse, porque si antes de las grandes pérdidas materiales que nos ocasionó esta tormenta, no se tenía sueldo seguro para el capellán, pues aunque se le pagaba uno regular al reverendo padre Tressel, era cosa nueva y no se tenía la seguridad de poder continuar, mucho menos se podía ahora cuando nos habían arruinado. Pero el reverendo padre sí era el nombrado siempre, para las profesiones. Esto lo hacía con tal dificultad que frecuentemente una hermana había de acercarse al altar para ayudarle a tener el ceremonial y aun a irle leyendo, porque él ni esto podía hacer sólo.

Las hermanas iban a la iglesia parroquial a oír la Santa Misa y a comulgar, en donde fueron ultrajadas desde el púlpito varias veces, y tratadas con un desprecio, que aunque en realidad lo merecemos por ser pecadoras y miserables, no convenía en atención al escándalo que se daba al público. Para confesarse lograban de cuando en cuando, a algún sacerdote extraño o iban a la parroquia en donde, naturalmente, quedaban en gran peligro las vocaciones de las novicias, sobre todo. Pero es preciso confesar, que no todos los sacerdotes que confesaban en la parroquia, fueron poco prudentes en el confesionario, algunos las consolaban muy indirectamente.

Salen para Antioquia las postulantes

Después de esto, las postulantes en varias tandas, fueron saliendo para Antioquia, ocultamente por supuesto, porque aunque la casa generalicia tenía todo derecho a las profesas y postulantas, nos pareció mejor sacar el personal así, con prudencia y de modo que no se prestara a una nueva lucha. De las novicias hasta entonces, no sacamos ni una, por respeto a las órdenes y derechos que ignorantemente le concedíamos al excelentísimo señor Builes, y digo, que ignorantemente, porque el noviciado tampoco tenía constancia de erección canónica, sino simplemente una promesa de erigirlo, dada por el excelentísimo señor Builes cuando aún no había tomado posesión de la diócesis. Este documento, por consiguiente, no tenía fuerza canónica, pero la mala y equivocada información que yo misma le di al señor Toro y al reverendo padre Elorza, nos hicieron respetar hasta lo sumo, el noviciado. Cada hermana que iba profesando, iba a Antioquia y como al fin nada nos obligaba a recibir postulantas, este procedimiento haría morir el noviciado, pero moría en manos de su ordinario y sin que nosotras quebrantáramos en lo más mínimo los cánones.

Con motivo de todas estas cosas y permisos para profesiones, me dirigí varias veces al señor Builes, siempre en demanda de paz, pero nunca recibí más respuesta que amenazas.

Pero lo que provocó más la paciencia de él, fue que le puse un telegrama en estos términos a ver si impedía nuevas cosas en el noviciado: "Por las faltas de las novicias le pido humildemente perdón y le suplico quejarse de las mías a mi ordinario". Yo creí que este telegrama sería muy benéfico, pero no, al contrario, le llevó a la convicción de que la casa generalicia ya estaba erigida en Antioquia, cosa que seguramente, el dudaba todavía y lo llamó el telegrama negro.

Después de éste fue precisamente que envió a pedir la firma, según acabo de referir, seguramente porque estando las de San Pedro en sus manos y yo tan definitivamente separada de la diócesis, creyó que obteniendo una firma de obediencia y adhesión, ya ese noviciado quedaba suyo y le serviría a maravilla para su intento de fundación nueva y de mezcolanza. Y esto hubiera salido así, a no haber estado tan unidas moralmente al tronco, esas ramitas. Bendito sea mi Dios que se mostraron admirables en su energía.

CAPÍTULO LXII

- EXIGENCIAS RIDÍCULAS - FUNDACIÓN DE UN NUEVO
NOVICIADO EN ANTIOQUIA - TRASLADO DE INTERNADOS
INDÍGENAS - DIOS SE PONE DE PARTE DE LA COMUNIDAD
- SE LEVANTAN ALGUNAS CASAS DE LA DIÓCESIS DE SANTA
ROSA - LLEGA EL PADRE JOAQUÍN EMILIO GÓMEZ COMO
VISITADOR APOSTÓLICO - NOCHE PROFÉTICA

*En su angustia clamaron al Señor,
y él los salvó de la aflicción. (Sal 107,13)*

Exigencias ridículas

El ilustrísimo señor Builes nos había regalado treinta catres de hierro, regalo que recibí muy a mi pesar, pues era mi anhelo conservar el género de camitas que se tuvieron en Dabeiba, en los principios de la Congregación y que respondían tan bien a mis deseos de sencillez y pobreza. No hice más que exponerle al ilustrísimo señor mi deseo delante del reverendo padre Urrea, su secretario o familiar, no recuerdo bien, cuando tomando la palabra dicho padre dijo: Pues ahí me tiene que hasta merecía elevar una queja a Roma, si no les pone esos catres a las hermanas. Entendió este padre, sin duda, que yo quería que las hermanas no tuvieran cama y no me dio tiempo ya, de decirle que tenía encargadas las camitas, según la costumbre de la congregación y no tuve más que darle al señor Builes las gracias por los catres y como noté que éste último estaba en el mismo plano del padre Urrea, no recalqué sobre mi deseo ni nuestras costumbres.

Usamos en San Pedro los catres y lo vi bien, renunciando en ello a la inclinación de mi alma que no ha dejado de desear que la costumbre de aquellas camitas primeras, sencillas y pobres, fueran las nuestras para siempre.

Naturalmente, al salir para Antioquia los enseres de la casa de San Pedro, empacó la hermana María San Benito unos 20 catres, creyéndolos propiedad de la Congregación, como a ninguna se le hubiera ocurrido que no fuera así.

Como no cesaba, aunque ya con algún disimulo la vigilancia de los padres del Juniorato, parece que éstos le comunicaron al ilustrísimo señor obispo, la salida de estos catres e inmediatamente me reclamó por telégrafo y circuló por doquiera esto, como si se hubiera hecho un robo. Parece

que llegó al señor obispo la noticia de que habían sido sacados de San Pedro, furtivamente y a la media noche o antes de amanecer. Esto era lo que más indignaba al señor Builes. Yo le contesté diciéndole que los había sacado porque los creía propiedad de la Congregación, por regalo hecho por él mismo y que los había sacado de San Pedro, a la clara luz del día y sin ocultarlo a nadie. Esta queja fue enviada a la nunciatura en su carácter de robo.

El reverendo Padre Urrea me escribió asegurándome que los catres no habían sido regalados, sino comprados para las misiones de la Diócesis. Esto era una salida y contesté que pagaría los catres. Los cobraron a \$ 20 pesos cada uno, catres de \$ 12 pesos. Entonces le pasé la cuenta, con el fin de disminuir esa suma que me quedaba muy difícil, de los gastos de viaje de las hermanas de Cáceres y de Santa Rita, con lo cual sólo tuve que mandarles \$50 pesos. No obstante haberle mostrado y consultado al doctor Elorza sobre la carta en que me constituyo deudora, les pareció poco comedia en Santa Rosa y el reverendo padre Urrea me envió un regaño, que le agradecí, naturalmente.

Al fin, todas las postulantas que eran 20 fueron llegando a Antioquia por tanditas. Y era de ver cómo salían de San Pedro: por temor de que los reverendos padres eudistas, colocados en la azotea, como en torre de vigía, las vieran salir de la casa de San Pedro y dieran cuenta al señor Builes, quien, aunque no tenía ningún derecho a impedirlo, según los cánones, sí era muy capaz de hacerlos, se iban desde la víspera para una finiquita que teníamos cerca al monte y allí dormían como podían, para madrugarse por dentro del rastrojo para salir al camino real y llegar a Medellín, a pie, en donde aguardaban las bestias para seguir a Antioquia que era cuestión de tres días de camino, entonces. Carmelita las hospedaba con caridad asombrosa y les arreglaba el viaje con alguno de los indiecitos de San Pedro.

¡Todas, sin haberse puesto de acuerdo, resultaban rezando el Magnificat al pasar el Cauca, límite de las dos diócesis! Cuál era la alegría que allí sentían, sólo podrá decirlo quien la haya sentido. ¡Se veían ya en manos de un ordinario que las acogía y amaba, y lejos de la jurisdicción de uno que quiso despedazarlas y acabar con su Congregación tan amada!

Fundación de un nuevo noviciado en Antioquia

De acuerdo con los sagrados cánones, se determinó fundar un nuevo noviciado con el fin de dejar que el de San Pedro se terminara por consun-

ción, ya que no había sido posible conseguir la licencia para levantarlo. Entonces acababan de ser consagradas las diócesis de Antioquia y Jericó al Inmaculado Corazón de María y nos quedaba muy al colmo dedicarle este nuevo noviciado al corazón de nuestra Reina Inmaculada, si bien no dejamos de sentir que al Sagrado Corazón de Jesús, se le acabara su noviciado, en el cual ya se habían formado las primeras hermanas.

El señor Builes sin duda, conoció nuestra intención de dejarle consumir el noviciado y por su parte, mostró el más absoluto desprecio, sin volver a pensar en darles el Santísimo, ni sacerdote, ni nada. Pero tampoco daba la licencia para levantarlo.

Lo indispensable, como era indicar quién presenciaria los votos, lo cumplía encargando al padre Tamayo, el sacerdote anciano y embotado por el alcohol de que he hablado.

Traslado de internados indígenas

El internado de los niños permanecía en San Pedro. Pero no tardamos en advertir que se pretendía arrebatárnoslo y pensé en traerlo, pero no me había resuelto completamente, cuando un incidente curioso realizó la levantara de él: Julio Domicó, uno de los indiecitos del internado, muchacho de unos catorce años de edad, vino como expreso de las hermanas a traer relación de lo que había ocurrido en San Pedro, y me oyó decir que había peligro de que los entregaran a otras hermanas y sin enterarse de nada, se fue a San Pedro y les dijo a las hermanas: Yo vengo de parte de la Madre a llevar todo muchacho para Antioquia, porque un padrecito va a entregar nosotros a monjas diferentes.

Las hermanas no dudaron de este recado, porque entonces de nada malo se duda, y les arreglaron sus morralitos con algún fiambrecito y en dos días vinieron a Antioquia como en comunidad bajo las órdenes de Julio. ¿Cuál sería mi sorpresa, al verlos allí y sin tener en dónde colocarlos? ¡Dios mío! Por fortuna ya la catedral nos había prestado la casa que se llama de la contaduría y allí en los corredores, como en cuartel, se acomodaron.

Pero no fue éste el único apretón violento. También avisaron de improviso que las niñas del internado de Donmatías estaban en peligro de quedar en manos de las capuchinas, por orden del señor Builes, y cuando me aprestaba a cerciorarme de la verdad del hecho, el mismo reverendo padre López, el bienhechor y capellán de dicho internado, viendo lo verdadero

del peligro, buscó un camión y las hizo salir a Medellín, en marcha forzada, dejando todos los enseres de la casa de cualquier modo para irlos enviando después. Cuando lo supe, ya las niñas estaban en Medellín con Carmelita que les abrió los brazos con delicadeza especial.

Traer aquellas niñas era cosa más difícil que lo que fue el traslado de los niños, pero por barcaditas de dos o tres bestias, fueron viniendo, como derrotadas, con supremo dolor de dejar a Donmatías, en donde habían soñado vivir y en donde se les miró siempre como a hijitas muy queridas del pueblo, al contrario de otras poblaciones menos nobles que miran a los pobres indios como animales raros, dignos de todo el desprecio y el maltrato posible. Pobrecitas las niñas que apenas habían comenzado a disfrutar de ese cariño popular, y entrado en vida social, cuando la injusticia las arrancó, con inusitada crueldad. Después esas pobres niñas sólo gozan cuando hacen reminiscencias de aquella época, pero acaban llorando. No han vuelto a sentirse felices y recuerdan al buen padre López, su confesor, que supo conocer las debilidades y curarlas con paciencia ejemplar, con tal amargura que hacen llorar!

¡Qué suerte la de los pobres salvajes! ¡Aun después de caer en los brazos de Dios, quieren arrancarlos, cual si la felicidad tan relativa y mezquina de esos pobres, estorbara la de otros!

Ya con los dos sexos en la casa fueron las dificultades. Pero no, digo mal, porque Dios a todo provee. Supliqué a la señora Villa del Corral y tuvo la generosidad de permitir que las niñas con una hermana, durmieran en una pieza baja de su casa mientras nos proporcionamos manera de formar los internados que fue algo así como por seis meses. ¡Bendito sea el buen corazón de la señora Villa!

Esta necesidad dio margen a la casa de Guasabra. Era indispensable sacar los niños, no sólo por la estrechura, sino porque no estaba bien que vivieran sin conveniente separación, con las hermanas y novicias. Para ello nos indicaron que en Guasabra, sitio de tierra frío y muy hospitalario, podríamos tener algunas facilidades para colocar y educar los niños. De contado, sin pensar en más, se fueron algunas hermanas a estudiar ese campo y pronto se compró una casa empezada, que ha venido a ser la del internado de niños. Pero como la construcción tardaba, don Juan Evangelista Restrepo y el señor cura, nos prestaron la casa cural, en donde permaneció el internado hasta concluir la casa propia, es decir, por espacio de dos años o más.

Pero es preciso dejar constancia de que no pensé, ni lo pensó el doctor Elorza ni el señor vicario que conocieron la empresa, en solicitar licencia del ordinario, cosa indispensable, porque al ser manejado el internado por religiosas, resultaba casa religiosa. Esto sólo vinimos a advertirlo cuando mucho tiempo después, el mismo señor obispo me dijo que le había abierto ciertas dificultades en Guasabra, con haberle puesto casa religiosa allí. ¡Pero, qué bondad la del señor Toro, no pasó de hacerme ese pequeño reclamo! ¡En manos de otro obispo cualquiera, aquello había valido algún mal rato! Pero Dios que vio mi situación, también me dio al señor Toro tan delicado! ¡Bendito seas por todo, Señor de mi alma!

Así ya quedaron las niñas en la casa con nosotras y los niños en Guasabra. Cuánto descansé entonces, pues llevaba esos niños como atados al cuello, según era el temor de tenerlos en la casa con las hermanas y en el día con las niñas también.

Dios se pone de parte de la comunidad

Después de una reunión tenida por el señor Builes con su clero, cuando el señor obispo ordenó al clero, que le ayudara a la destrucción de la Congregación, estaba presente el reverendo padre Rubén Palacio que no nos conocía y al oír tales conceptos del prelado, entró en su mismo espíritu y salió hablando muy mal de la comunidad, como quien cree prestar un servicio a Dios en ello. Al llegar a Yarumal, que era su tierra, varias señoras lo visitaron y a todas les habló pésimamente de las misioneras de la Madre Laura, como quien cumple un deber. Julia Salazar, una discípula muy adicta a la Congregación, lo supo y se abstuvo de visitarlo por temor de disgustar con él. Pero al día siguiente, otra amiga le dijo que si hablaba con el padre Rubén ese día, saldría muy contenta.

Picada por la curiosidad se fue a visitarlo y desde luego le refirió, cómo aquella noche, después de haber hablado todo el día muy mal de las misioneras, sus amigas, se había retirado a su pieza y se había sentado en una silla a fumarse un grueso cigarro, antes de acostarse, teniendo la luz encendida y que de pronto, vio que por la puerta de su pieza que daba al interior de la casa, entraba una religiosa muy seria con hábito blanco, escapulario azul, con una escofieta como rizadita, un velo blanco y con Santo Cristo, camándula y otra cosita como una botellita colgando de la cintura y que en el pecho llevaba en plata, un monograma y cerca al brazo una imagencita de la Santísima Virgen. Que él se quedó viéndola y esperando

que le hablara, pero que ella muy seria lo había mirado y había pasado por delante para salir por la puerta que daba a la calle. Cuando acababa ésta de salir, miró hacia la puerta interior y venía un grupo de muchas religiosas iguales y pasaron como la primera. De este modo siguieron saliendo grupos y grupos, hasta que ya estaba asustándose y dejaron de pasar.

Entonces observó que el cigarro que se fumaba se le había acabado hasta el punto de quemarle la boca, de donde no lo había movido por lo muy absorto que estaba en las monjitas. Y agregó el reverendo padre que él les había referido eso por la mañana a los de su casa y que le habían dicho que así vestían las misioneras de la Madre Laura, con lo cual él había quedado asustado y resuelto a no hablar ya mal de ellas porque si iban a ser tantas, como las que vio pasar, se iban a extender por todo el mundo y tenían que ser cosa de Dios. Agregó que era necesario pedir por el señor Builes.

En este hecho que vine a conocer muy tarde, se ve cómo Dios al mismo señor Builes le dio buenos avisos, porque, naturalmente que este padre le dio a conocer a su prelado el hecho. Además, para nosotras eso significa que Dios nos defendía de modo sobrenatural. Es necesario también advertir que como la imagencita de la Santísima Virgen que el reverendo padre les vio a las monjitas de su visión, es la insignia de los votos perpetuos, todavía no la llevábamos porque se estaban haciendo apenas y nadie lo sabía. Es pues objeto de mucha estima para nosotras, porque se dignó Dios aprobar la elección haciéndola conocer antes de usarla, como quien da su aprobación a la insignia que tanto nos hizo pensar, sin saber si poner anillo como las demás comunidades o esta imagen. ¡Dejaste comprender, Señora de mi vida, tu buena voluntad de estar al brazo de tus misioneritas! ¡Bendita seas para siempre!

Se levantan algunas casas de la diócesis de Santa Rosa

Pasados varios meses, el noviciado de San Pedro quedó reducido a cuatro novicias y su maestra. Quiso Dios que por este tiempo se le presentara al señor Builes la oportunidad de vender esa casa, la que ocupaba el noviciado y entonces ordenó que sacara las pocas novicias que había y que entregara la llave al señor cura de San Pedro. Fue pues esta una bendición de Dios, porque siempre era de temer que una vez terminado el noviciado, aun nos costara que dejara venir a las superiores de él, según era el carácter del señor Obispo.

La hermana ecónoma se empeñó en desocupar con toda formalidad, pero los Hermanos Cristianos que fueron los dueños de la casa, llegaron antes y aquello hubo que hacerlo rápidamente y terminar las ventas de la finquita y de otras cosas, a la carrera. Así terminaron aquellos días de San Pedro, en los cuales pensamos que iba a florecer la Congregación, por tener un señor obispo tan adicto y de tanto brío y celo, cual no lo habíamos ni soñado. ¡Oh! ¡Las esperanzas de la tierra, cuán poco estables son!

No nos quedaban ya sino algunas casas en la diócesis. Para levantar la del Sinú, no tuve dificultades porque había sido erigida en tierra de la prefectura de Urabá y era natural que el señor Builes no podía ni quejarse, ni tampoco podía fundarla, aunque lo hizo, porque a veces sucede lo que no se espera. Para las de Santa Rita y Peque, dio la licencia con facilidad, porque ya los señores párrocos tenían las gentes en malas condiciones contra las hermanas y ellos mismos no sabían cómo debían tratarlas. Para la de Cáceres no pude obtener permiso del señor Toro nuestro obispo, para pedir la licencia para levantarla, porque allí todo iba bien y nuestro obispo ve más el bien de las almas que cualquier otra cosa.

De donde resulta que después de todo, tenemos una casa en la diócesis, porque después no ha habido medio de sacarle el permiso al señor Builes y no queremos hacer nada que no sea conforme a los cánones, a fin de que él no tenga nada verdadero en que apoyar sus acusaciones a Roma. Jamás se ha portado bien el señor obispo con esa casita y al contrario, en una visita que hizo, no obstante haberlo recibido y servido las hermanas como a un verdadero padre, procuró impedir que les pusieran en la escuela niñas internas, cosa que constituye una ventaja para la casa y que él lo sabía muy bien. Por lo cual se ve que él no cambia y que será nuestro enemigo hasta que el Señor lo permita.

Sin embargo, la casa de Cáceres es siempre una gran dificultad para la Congregación, toda vez que todos los ordinarios han de dar comendaticia para el asunto de conseguir el Decreto Laudatorio y el señor Builes no la dará. ¡Que sea lo que Dios quiera!

Creo haber referido, aunque muy desordenadamente, ya todo lo referente a las luchas con el ilustrísimo señor Builes, pero no cerraré sin dejar constancia de que todo esto ha sido permitido por Dios para cumplir designios de purificación para la Congregación, porque tanto el ilustrísimo señor Builes, como los padres eudistas, son personas de mucha virtud y

que al contrario, nosotras sí merecemos con nuestras muchas infidelidades, que el Señor nos hiciera pasar aquellos malos días. Esto lo sabes, Señor de mi vida, mejor que yo y así te pido que lo hagas comprender a cuantos lean esta historia, que sólo escribo por obediencia y con el deseo de que seas glorificado en todo.

Llega el padre Joaquín Emilio Gómez como visitador apostólico

Desprendidas ya de Santa Rosa y calmadas un poco las cosas, pensamos en ver, cómo nos instalábamos mejor en Antioquia y ya se trataba de conseguir otra casa para separar el noviciado de la casa de profesas, cuando nos anunció monseñor Toro que llegaba un visitador apostólico, enviado por el excelentísimo señor nuncio, a enterarse bien de lo ocurrido en San Pedro y Santa Rosa. Nos aprestamos a recibirlo lo mejor que pudimos y efectivamente, teníamos la casi completa seguridad de que redundaría aquello en favor de la Congregación. Pero, vuelvo a repetir, a veces sale lo que no se espera, como lo dice Marroquín en su "Perrilla"

El visitador era un jesuita insigne ya por sus virtudes y saber, el reverendo padre Joaquín Emilio Gómez, perteneciente entonces a la casa de jesuitas de San Bartolomé, en Bogotá. Este señor visitador, se presentó con mucha amabilidad y habló separadamente con todas las superiores y hermanas, se le dio cuenta de todo lo de San Pedro y cuando le refería lo ocurrido, con toda la verdad, sorprendido me dijo: ¿No es verdad que quizás la historia no registra otro hecho más cruel ni más terrible? ¡Si fuera una persecución liberal, se entiende, pero esto es inusitado y terrible! Llevó para presentarlos al excelentísimo señor nuncio, todos los estudios canónicos que del asunto había hecho el doctor Elorza, con acierto especial. Antes de partir les hizo una plática a las hermanas, magnífica, en la cual les dijo que desde hacía mucho tiempo deseaba tener la dicha de conocer la Congregación y que ahora bendecía a mi Dios porque le había concedido esa gracia tan grande, porque estar en el seno de esta comunidad era tan conveniente, que se sentía celo en el alma de modo especial. En fin, nada dejaba comprender que él no quedara más que satisfecho, si cabe. Se le advirtió que estaban juntas las profesas y novicias, sólo transitoriamente y por la necesidad imperiosa que había habido, pero que pronto se separarían. De todo se le habló con la mayor llaneza y se fue llevando un ejemplar manuscrito de Voces Místicas de la Naturaleza por el cual mostró mucho interés y la hermana María del Rosario pidió permiso para regalárselo.

Pero toda esperanza salió frustrada, porque de allí salió para Santa Rosa en donde estaba comprometido a dar los ejercicios al clero, en donde se puso al habla con los enemigos, se dejó convencer del reverendo padre Tressel, quien le hizo ver hasta qué punto había sido víctima de la malevolencia de las misioneras y volvió a Bogotá ya en malas disposiciones.

Y esto que podría ser explicable sin suponer en el reverendo padre ningún sentimiento desdorado, no lo es, porque aquí ya conocía esos mismos hechos con documentos fidedignos y muy comprobados. Además, si todo lo conoció y vio el motivo que los enemigos tuvieron para turbar la Congregación, que no fue otro que someterla a reformas que no podía hacer sino Roma o todos los obispos que tenían casas en sus respectivas jurisdicciones, unidos y de acuerdo, ¿cómo pudo darle la razón, siendo que ellos no negaron el motivo, sino que simplemente le hablaron de la soberbia y demás irrespetos que ellos fingieron para excusar sus atropellos? Repito, esto es raro y sólo se explica por un querer de Dios para mayor purificarnos.

Fue el visitador a Bogotá y nada sabemos de lo que diría al señor nuncio, pero sí puede asegurarse que no fue bueno, porque un tiempo después se presentó el doctor Elorza en la nunciatura y hablando de la documentación llevada por el visitador, le dijo al excelentísimo señor nuncio que la tenía, pero que voluntariamente había procurado no tener tiempo para leerla. A otra persona le dijo que él no sabía que tenían noviciado con la casa de profesas, de donde se deduce que el reverendo padre Gómez fue cuchillo para la pobre Congregación.

Con esta visita terminó el asunto de Santa Rosa y San Pedro. Quedamos definitivamente con el señor Toro, si bien, con alguna duda de permanecer siempre, porque si la diócesis de Antioquia no queda rehabilitada y separada de la de Jericó no será posible que la casa generalicia y el noviciado perduren aquí.

Noche profética

Olvidé referir, que recién venida a Antioquia, es decir, en julio de 1927 como para mostrarme el Señor cómo asistía a mi alma, volví a tener una de esas noches que llamo proféticas, no sé si con razón o sin ella. Mientras dormía estaba pasando una nueva persecución, tan terrible que me producía opresión física casi espantosa y espiritualmente un desasimiento tal, que me parecía quedar liquidada a su impulso. Este desasimiento de todo

lo creado era tan absoluto, que era como un despojo de todo lo pasado, lo presente y lo porvenir, con nada absolutamente con nada, contaba y parecía que este desasimiento en medio de una persecución que me produciría la última confusión, dejaba a mi alma en tal desnudez que sólo la cubría como una nubecilla vaporosa cuyo sentido me era profundamente grabado en el alma: ¡Creador y Redentor mío!

Esta especie de velo que formaba con estas palabras parece que me confortaba. En este estado de padecimiento y de desasimiento tan penetrante y de conocimiento tan abstracto de esas palabras que jamás podría expresarlo lengua humana, era mi única posesión, pero esa posesión aunque me aniquilaba, era Dios y no de cualquier modo sino mi Dios. De esta misma agonía y desasimiento me venía un conocimiento claro de lo que las Tres Divinas Personas son para el alma y me parecía que nadaba en ellas. ¿Cómo, padre mío, dar una idea de lo que estas Tres Divinas Amigas son para el alma? ¡Ah! ¡Sentirlo se puede cuando Dios lo da a sentir, pero decirlo... Imposible! Lo que es el aire para los cuerpos acá en la tierra, podría ser un punto de comparación, pero es tan soberanamente material, tan bruto, que no me resuelvo a pensarlo siquiera. Estas Tres Divinas Amigas del alma, son todo lo que nadie puede imaginarse para el alma y con eso algo digo. Dios mío que hacéis sentir estas cosas a quien es tan poco apto, que ni sabe agradecer, ni sabe expresar, ni aprovechar.

Comprendí, en esta noche de que hablo, que esta persecución, cuyo sentimiento tuve tan vivo, sería la última de mi vida y que en ella quedaría derrotada de mis enemigos, pero no conocí de modo claro, si esa derrota sería mía solamente o si de la Congregación. Creo que mía solamente. Además el sentimiento y unión con las Tres Divinas Personas, que no me daba consuelo sino bajo el velo formado por las palabras: Creador y Redentor mío y no como consuelo sino como amparo, era completamente independiente del sueño y lo comprendía bien.

Ahora, después de exponer esto, ¿qué debo decir, padre mío? Sólo que no sé cómo quedé viva, según el impulso del dolor y del apretamiento del alma aquella noche y que después, no sé cómo volví a pensar como antes, pues que aquello de que hablo parecía que me cambiaba y perdía de mí y de mi modo de ser, de ver y de sentir.

Conocí también en este hecho, que la tempestad del señor Builes, en cuyo desarrollo estábamos, con la mayor furia, estaba a punto de terminarse. Esto es muy natural porque siempre estas comunicaciones de Dios,

suelen venir llenas de luces acerca de otros asuntos y dejan siempre el alma muy iluminada. Esto lo digo por la experiencia de las cosas que el Señor ha querido hacerme sentir a pesar de mi miseria.

Mas, al volver a sentirme naturalmente, estaba como debilitada, tan desfallecida, que apenas podía mover el cuerpo y tuve una fuerte avenida de lágrimas amorosas y agradecidas. Como aquello era verdaderamente el pronóstico cierto de una tempestad, de dolor y de persecución que se me anticipaba en sus agonías de modo sobrenatural en mi alma, no creí deber callarme y le consulté al doctor Elorza, quien creo que la aprobó y me esforzó para esperar confiada cualquiera cosa que Dios quisiera de mí. Inútil es decir, que con las palabras del padre, se me acabo cierto miedo que me quedó y como pavor al porvenir.

Por lo pronto tuve también temor de que en esa postrera persecución, tuviera parte el señor Toro, pero como nada concreto de la persecución conocí, no hay para que pensarlo, antes al contrario me complazco en creer que persona tan buena y que tiene tan a raya sus pasiones, no le dejará entrada al demonio para que lo meta en un abismo de esos. Si bien hay ocasiones que el hombre obra como inconsciente en algunas cosas, sobre todo cuando se trata de ciertos designios de Dios, pero entonces sólo Dios sabrá cuál es su responsabilidad.

Pero de todo corazón le pido a Dios que libre de este lazo al señor Toro y al doctor Elorza, ya que tan a tiempo han salvado ahora su obra. Pónlos, Señor de mi vida, a cubierto de las asechanzas del demonio y que caminen siempre por lo recto del bien y de la santa caridad.

CAPÍTULO LXIII

- MI VIDA EN ANTIOQUIA - GRACIAS INTERIORES
- AUNQUE DORMÍA DIOS SE ME COMUNICABA - ENCAJAR EL
ALMA EN DIOS - DIOS ME PARTICIPA DE SUS PODERES
- AMOR DELICADO A MARÍA - MI HERMANO JUAN DE LA CRUZ
SALE DEL PURGATORIO - DIOS ME DA ORACIÓN - OTRAS
GRACIAS DURANTE EL SUEÑO - ACTO DE AMOR AL SANTÍSIMO
SACRAMENTO - ME SENTÍ SEPARADA DE DIOS - SE RESIENTE MI
SALUD - CONSENTÍ CON SANTA TERESITA EN SER CURADA

Mi vida en Antioquia

Ya en calma, aunque no libre de recibir nuevos perjuicios, me concreté a la formación de las novicias y postulantas, instalando los internaditos como queda dicho, en una casa que generosamente nos prestó la catedral.

Confíe mi alma al doctor Elorza, pues, aunque no sentía necesidad apremiante, pues sabes Dios mío, que hace mucho tiempo que llevas las riendas y que me has vuelto nada en tus manos, siempre siento necesidad de la palabra del sacerdote, por más que el hacerme entender sea asunto difícil. Sin embargo, este buen padre, muy experimentado sin duda o muy letrado en el asunto, parece que me ha entendido. Y cuánto me ha costado el franquearme, no propiamente por pena, pues de esta carezco hace muchos años, sino porque se trata de cosas no hechas para el lenguaje humano y sin embargo, hay que acomodarlos a él, como quien quisiera medir el grado de talento de una persona, en un litro de metal. ¡Dios mío! ¡Qué cosas!

El mismo año de la instalación de la Congregación en Antioquia, es decir, el mismo de la gran tempestad, se hicieron cinco fundaciones en los siguientes lugares: El Vaupés, entre indios tucanos, Ayapel, Sucre y Majagual.

¡Cómo se ve la protección de Dios y cómo se vale aun de las manos de los enemigos para guiar sus obras! Naturalmente éstos fueron consuelos muy grandes para mi alma, porque una parálisis de la Obra me hubiera parecido natural, pero me hubiera hecho sufrir mucho, porque si se logran fundar misioncitas, ¿qué hemos perdido con sufrir y qué han ganado nuestros enemigos? ¡Nada absolutamente, porque eso y sólo eso buscamos, la salvación del mayor número de almas posible!

Qué recuerdos tan gratos dejan a mi alma estos momentos, por traerme, Señor de mi vida, el de estos bienhechores que aquí nos esperaban para mostrarnos con su generosa caridad, que el Dios de nuestro amor, no ha dejado ni dejará de amarnos. Me refiero a los reverendos padres Sarrazola, Elorza y Urrego. ¡Qué generosidad! La primera casita que ocupamos fue pagada por el mismo padre Sarrazola y aun las banquetas de la capilla me recuerdan la fineza con que no consintió que las hermanas se sentaran en cajoncitos, como comenzamos a hacerlo, sino que nos mandó a hacer banquetas con generosidad única. Y el reverendo padre Urrego que fue nuestro primer capellán, fue también incansable en recomendarnos ante las gentes y en proporcionarnos mil cosas que nos eran necesarias. Dios ha de pagarles a estos santos sacerdotes en la gloria.

Gracias interiores

En cuanto a mi vida interior, bajo la dirección del reverendo padre Elorza, nada sé decir, porque como hace tanto tiempo que ella es una inundación de dolor, de ver a mi Dios ofendido, este bendito padre llega sólo a las orillas de aquel mar, y riéndose, como siempre, me dice que esté tranquila que Dios se ve en la obra de mi interior. Yo como ciega que nada ve y todo lo cree, sigo tranquila, como en mar bonancible, aunque ruja la tempestad. Siempre ha tenido la palabra del Sacerdote ese poder en mi alma. ¡Benditos sean!

En cuanto a gracias interiores de carácter sobrenatural, diré para cumplir con la obediencia, lo que recuerdo y que sea todo para provecho de quien lea, ya que el Señor en sus misericordias, se olvida de mi miseria para visitarme de tiempo en tiempo. Pienso que precisamente Dios, al verme tan anonadada y tan baja y ruin, tan desprovista de amor y generosidad, se complace en verter goticas de su espíritu en mi debilidad. Es que se muestra como quien Es.

Pero al ponerme a recordar las que he recibido en Antioquia, se me atraviesa una recibida en los tiempos buenos del señor Builes, es decir, en los de su amistad con la Congregación y como puede servir, la consigno aunque sea fuera de lugar.

En la visita que nos hizo de quince días, al ver no recuerdo qué cosas muy pobres de la casa, me dijo: "Madrecita, si que están tomadas de esto". Es preciso tener presente que esta palabra, tomadas se ha visto como demasiado vulgar en Antioquia y que ninguna persona de mediana educación siquiera, la dice. No era tampoco la primera vez que esta servidora se

la oía al señor Builes, pero siempre había creído que la decía en broma. En esta vez tuve la confianza de decirle algo como de sorpresa, porque él usaba esa palabra que yo conocía que su significado no tenía nada de malo, era tenida por muy vulgar, pero él me aseguraba que no era mal vista ni vulgar, sino muy castiza y buena. Tanto lo mortificó la idea de que yo le creyera vulgar, que llamó varias hermanas a quienes preguntó cómo la conocían ellas y las hermanas que comprendieron su deseo de que le constataran que no lo era, le aseguraron que no, que jamás habían sabido que fuera tenida como vulgar, ni no usada por las personas de buena educación. Llena de sorpresa por esta afirmación de las hermanas, en las cuales vi la falsía humana retratada, pero se las perdoné precisamente porque le hacían quizás por respeto al señor Builes, terminé por declararme equivocada y continuamos muy bien y él usando su palabra como si fuera muy buena y bien aceptada.

Después las hermanas me confesaron que ellas también la conocían como vulgar, pero que no habían tenido valor para dar la opinión al ilustrísimo señor. Por mi parte también me había acomodado a la opinión del señor obispo, y aún fui al diccionario y encontré: Tomar = invadir una cosa. Ejemplo: El hierro queda tomado por el moho, una persona está invadida por la pobreza, es decir, está tomada por la pobreza. Bien convencida del buen significado de la palabra, dejé la cosa quieta, no sin indicarle a las hermanas que debían, en atención a la costumbre, no decirla.

Pero en la oración de aquel día, le dije al Señor: Tómate Dios mío, invádeme de tal modo que no quede nada en mí que no esté lleno de Ti, con esa propiedad que tienes para comunicarte e invadir a los que amas. Todo fue decirle esto a mi Dios, para sentirme llena de Él que ya no tuve otra oración, por más de veinte días. Y me producía lágrimas al repetirle a mi Dios: Señor, estoy tomada por Ti. ¡Me has invadido, me has tomado y has aumentado mi dolor de verte desconocido! En fin, aquellos veinte días nadé, por decirlo así, en un mar deífico, en una invasión del Ser de Dios, y todo, amado padre, por aquel incidente tan sin importancia, tan independiente de la oración. ¿De qué no se valdrá el Señor para comunicarse con los que ama?

No es verdad, padre mío, que parece mentira que Dios aseche el camino para dársenos de modo tan delicado? Pues así es este Señor de mi vida, aunque se trate de persona vil y traidora como yo! ¡Que los cielos y la tierra le proclamen en sus grandezas y que los hombres le conozcan para que sean felices!

Ya lo dijo el mismo Jesucristo, Señor nuestro: "Y la bienaventuranza consiste en conocerme a mí juntamente con el Padre y el Espíritu Santo".

Después de estos veinte días, mi oración continuó siendo un entregarse, un estado de darse que no sé definir, por más de dos meses. Bendito sea el señor de mi alma y para siempre le alabemos.

Aunque dormía Dios se me comunicaba

Siempre, padre mío, me ha parecido mucha dignación de Dios, el que nos permita comunicarnos con Él en la oración, pero una cosa es de considerar este beneficio así con la luz natural de la razón, y otra muy diversa, es conocerlo de modo sobrenatural. Pocos días después de estar en Antioquia, dormí una noche tan empapada de este beneficio, que aunque dormí toda la noche, el sentimiento sobrenatural que durante el sueño tenía, de esta soberana dignación de Dios, me hizo despertar aquella noche cada diez minutos. Inundada en aquel acontecimiento, es decir, en la magnitud de la condescendencia que Dios tenía en permitirnos orar, el sentimiento y como encendido amor que él producía, me sacaba del sueño y al despertar me sentía oprimida por estas palabras y su significación: ¡Una sola vez que Dios nos permitiera comunicarnos con Él por la oración, durante una larga vida, ya sería un beneficio casi incomprensible! Repetía esas palabras y las lágrimas me anegaban. Volvía a tenderme en la cama, fiel a mi costumbre y obediencia de no dejar de tomar el necesario reposo, y durante el sueño continuaba aquella misma luz y el mismo amoroso, delicioso y duro sentimiento. Así pasé la noche entera.

Después de darle cuenta al doctor Elorza de esta pena, luz y sentimiento, y oír de él la tranquilizadora palabra que siempre busco en el que dirige mi alma, se me ha ocurrido preguntarme si aquel sueño que tanta luz me da y aquellas noches del arreglito con Dios ¿sí serán sueño? No lo sé. Pero me parece que difiere ese estado al del sueño natural, en algo que no alcanzo a definir.

Sea lo que fuere, de este estado se ha valido Dios para comunicarme muchas cosas y librarme de muchos peligros. Aquí mismo en Antioquia, me acosté una noche resuelta a ponerles a las primeras hermanas que tomaron el santo hábito los nombres de nuestros bienhechores de esta ciudad y así se llamarían tres hermanas: Francisco Cristóbal, la una, San Eugenio, la otra en atención a la gratitud con el reverendo padre Sarrazola y María José Joaquín la otra en atención al agradecimiento con el reveren-

do padre Elorza. Pero durante el sueño sentí y este sentimiento duró toda la noche, hasta que al amanecer, le prometí a mi Dios no poner los dos últimos. El sentimiento se reducía a sentir como que aquello habría de excitar ciertos celillos en algunas personas que estimaban mucho a estos padres y que sería un precedente malo para la pobre Congregación que tan necesitada estaba de cierta aceptación entre los habitantes de Antioquia. Como al amanecer le dije a mi Dios que desistía de poner tales nombres y que les manifestaría mi reconocimiento de otro modo, a los padres; seguí durmiendo tranquila y cesó por completo esa luz que mostraba el peligro.

Naturalmente esto también lo confié al reverendo padre Elorza y creo que convino conmigo en que había hecho bien en desistir. ¿No es esto una delicadeza de mi Dios que compromete mi amor, padre de mi alma? Una dirección tan directa y a la cual no retiene ni mi ingratitud y pecados. ¡Ay! ¡Dulce dueño de mi alma, yo voluntariamente volvería a nacer, si se me pusiera a escoger, por volver a probar tus delicadezas en el destierro!

Encajar el alma en Dios

Ahora quisiera pasar por alto un sentimiento sobrenatural que me dio el Señor en otra ocasión, pero el temor de omitir lo que quizás pudiera arrancar siquiera sea un átomo de amor al Dios de mi corazón, al ser sabido por alguien, me detiene y aunque no lo sepa decir de modo muy claro, ensayaré.

Según lo tengo apuntado me pasó en esos momentos en que creo ser invadida por las Tres Divinas Personas, cuando me parece que esas amabilísimas Personas invaden mi alma, dejándome aniquilada con una luz en el alma que me hace como desaparecer de mi misma. Entonces repetí, pero no con los labios, sino de una manera muy alta y que no forma voz humana, en lo más interior del espíritu, sin duda, estas palabras cuya rudeza al expresarlas después sin el sentimiento con que se impusieron a mi alma me hacen dar cierto rubor: ¡Encajar el alma en Dios!

Dios mío, qué palabras tan brutas, por decirlo así son éstas, sin el sentimiento aquel de entonces. ¡Encajar en Dios! Yo sentía que esto es el eterno reposo de los bienaventurados y que no es otra cosa que el alma como que se liquida en Dios que se identifica en alguna manera con ella. ¿Qué estaré diciendo padre mío? ¿Cómo podré dar a entender lo que esa palabra encajar significaba y contenía? ¡Imposible! Lo cierto es que, pasado aquel momento y sus efectos amorosos, todavía muchos días estaba repitiendo yo, con fruición grande, aquella palabra: La bienaventuranza, el reposo

absoluto del alma, es encajar en Dios, el que impropriamente llamamos nuestro ser.

En resumen padre, creo que me inundó entonces, el conocimiento de lo que es la bienaventuranza; pero nunca sabré decir el sentido y el sentimiento de estas palabras que como retratadas en la sustancia de mi alma, se difundían en mi mente y voluntad.

¿Y para qué me daría el Señor este sentimiento y conocimiento? ¡No lo sé, padre, como no sé muchas cosas, ni los caminos por los cuales Dios ha llegado a hacer de mi alma un altar en donde le encuentre siempre! Esto sí que es más hondo, y lo diré, si puedo, después.

Dios me participa de sus poderes

Dos veces en mi vida, sin que pueda determinar las épocas de un modo preciso me ha dado Dios la esperanza a manera de realidad, de ¡que me participará de sus poderes para salvar las almas! ¿Cómo puede ser esto? Tampoco lo sé. Sé, solamente, que ello será en la eternidad. ¡Qué susto siento, padre mío, de decir esas cosas tan claras!

Penetrada mi alma vivamente de lo que es el Padre Eterno, esto es la primera Persona de la Santísima Trinidad, con una luz sobrenatural que jamás yo ni nadie podríamos inventar ni intentar, me vi armada del Poder del Padre y con la libertad de usarlo en la salvación de las almas. Mas, esto todo se producía en mí como procediendo del conocimiento del Padre como primera Persona de la Trinidad Beatísima.

Esto dura poco es verdad, así en la primera forma, pero deja una convicción amorosa y luminosa al mismo tiempo, que dura por varios días y que nada puede turbar mientras Dios no la quite. Lo raro es, que sentí que realmente tenía ya esa participación del poder del Padre y a la vez veía con mucha claridad que eso no se verificaría sino en la eternidad. ¿Cómo podrá ser eso? ¡Es como que le dieran a uno una cosa y teniéndola ya en la mano, no pudiera usarla sino después de la muerte. Es como una prenda anticipada de lo que se va a recibir, pero que vale tanto como lo que se ha de recibir y no digo de lo prometido, porque eso no es promesa sino cosa cumplida!.

Ya ve, padre, como hablo y escribo como insensata, pero tenga entendido que es que todo lenguaje es inadecuado y apenas alcanza uno a comprender que lo que digo no es lo que realmente quiero decir.

Amor delicado a María

En 1927, es decir, antes de estallar la tempestad de la diócesis de Santa Rosa, esperaba la Sagrada Comunión en la cama, cuando instantáneamente me volví hacia una imagencita de la Santísima Virgen y, sin haberlo pensado antes, le dije: ¿Madre mía, te veré al morir? ¡Nada raro sentí, pero me quedó una seguridad muy grande que en el lecho de muerte he de ver a esa celestial Señora de mi corazón! Esto no me hizo la impresión de otras luces sobrenaturales sino que difundió en mi alma un amor delicado que a la vez que amor, es seguridad. Esta gracia me parece que es de especie distinta a las que he referido antes, porque no invadió ninguna parte especial del alma. Es seguridad y nada más, sin ruido de ninguna clase.

Mi hermano Juan de la Cruz sale del purgatorio

Si no recuerdo mal, fue en la noche del 29 o 30 de enero de 1928 que durante la noche, por ahí como de la una de la mañana a las dos, desperté sobresaltada con algo luminoso y muy real que pasó por mí. Inmediatamente comprendí que era el alma de mi hermano Juan de la Cruz que salía del Purgatorio. Y no fue que comprendí solamente, eso es demasiado poco, fue que tuve la noticia sobrenatural y clara de la cosa, de modo que me era imposible dudar de lo que fue. Quedé muy inundada de amor por algún rato y luego volví a dormirme muy agradecida de mi Dios por esta luz y conocimiento, así como por haber llevado alma tan querida a su reino.

Lo particular era que yo creía que él había de haber salido mucho tiempo antes y sin embargo, no me sorprendí. Lo que hice por la mañana al despertar fue propósito de no comunicarle esto a nadie, para si todavía había personas que rogaran por él, continuaran haciéndolo para que les sirvieran esos sufragios a las almas del Purgatorio.

Dios me da oración

En agosto de 1929 estaba en Medellín y hacía mi oración de la mañana después de que me llevaban la Sagrada comunión a la casa y sin haber preparado meditación alguna, ya desde que entré en la santa presencia de Dios en la cual pensaba que estaría el ratico sin meditar en ningún punto especial, pues para nada más sentía unción especial, se reflejaron repentinamente en mi alma esas palabras. "Ninguno te ha condenado, yo tampoco te condeno. Vete en paz y no peques más". Estas frases dichas por nuestro Señor a la adúltera, las había meditado varias veces, pero hacía algu-

nos años y nada particular o especial habían dejado en mi alma. ¡Pero en esta vez me traspasaron y ya no eran palabras sino un ser la cosa en mi alma! Tampoco podré explicar lo que es esto, pero el alma recibe mucho bien en esas cosas así impresas, no como palabras, sino como conceptos, con una rara ampliación de su significado. Comprendí cómo después de todas las absoluciones que uno recibe durante la vida, el comparecer delante de Dios no debe ser sino oír repercutir en el alma esas mismas palabras: Si tantos confesores te absolvieron, yo tampoco te condeno. Y es razón que así sea porque cuentas ya bien revisadas por los sacerdotes, puestos por Dios para jueces de las almas, ¿para qué tienen que ser muy revisadas después? En alguna manera sería mostrarle alguna desconfianza al sacerdote. No hará pues Nuestro Señor más que confirmar las absoluciones recibidas durante la vida y decirnos: Entra en paz en el goce de tu Señor.

Muchas luces y gracias le quedan al alma de estas cosas. Pero no es posible decirlas. De todo se puede resumir un acopio de confianza y de amor muy grande, juntamente con mucha estimación de la absolución sacramental. ¡Oh! ¡Cómo se ve de misericordia a la luz de estas verdades reflejadas sobrenaturalmente en el alma! ¡Bendito seas, Señor de mi alma, porque aún a personas que como yo, sólo merecemos el infierno, te dignas darnos éstas como seguridades de tu misericordia! Ténganla siempre los que contritos reciben la santa absolución y alaban al Señor por siempre. Varios días después de esto, todavía mi oración se imponía sobre estas palabras y sus altísimos sentidos.

Que no teman lo que llevan vida de oración quedarse en el camino, porque este Divino Señor a quien orando queremos servir, nos hace los gastos a poco de andar tras Él, ¡Qué poco se hace esperar! ¡Sea para siempre bendito!

Por esto, siempre que de he dar cuenta al confesor de la oración, le digo que yo no hago oración, ¡sino que Dios me da a mí oración! Esto es la verdad desnuda. La oración es una mesa de invitados en donde sirve el mismo Señor de la casa. ¡Y qué bien lo haces, Bien de mi vida!

No siempre esta clase de oración, es decir, ésta que el Señor le da al alma, es suave y consoladora. A veces, viene en forma muy amarga y que aprieta el corazón, hasta pensar que no resiste y que ha de morir a impulsos de esas agonías. A éstas pertenece la que a continuación voy a procurar referir aunque de nuevo ruego al Señor que esto que tanto me cuesta sea para su gloria.

Otras gracias durante el sueño

En la cartera en que, para poder cumplir esta obediencia anoté estas gracias, dice así: ¡Inundada por el amor! Previsión de larga vida... Imposibilidad de vivir... Ansia de ver a Dios. Esto se refiere a lo siguiente: Una noche de febrero de 1928, si mal no recuerdo, al acostarme me sentí, sin motivo conocido, inundada por un amor amargo y muy hondo. Dios era el objeto de él y cuando más me apretaba, se me vino la idea, de modo muy claro, de que iba a durar aún mi vida y no poco y la amargura se acrecentó inconcebiblemente, ¡porque me sentía tan incapaz de la vida de la tierra, que no concebía cómo iba a vivir! Todo era para mí un imposible: Pensar como los humanos... ver pecar... Sentir a Dios y no gozarlo como en la eternidad... Seguir el tiempo... En fin, todo se me volvía un imposible. ¡Creía y sentía que ya me había vuelto incapaz de la tierra! ¡Como si después de sacarle a uno los ojos, le dijeran que viera un bello horizonte! ¿Cómo verlo, ni siquiera pensar en ello? ¡Así se me volvía la continuación de mi vida en la tierra! El amor me envolvía de tal modo, que ninguna cosa que no fuera encenderme en amor, me parecía que podía hacer y sin embargo, se me mostraba la duración de mi vida terrena, a la vez que me hacía sentir la imposibilidad de vivirla. ¿Quién comprende esto? ¡Dios mío y la manera como encendiste entonces en mi alma el ansia amorosa de verte, parecía que quisieras arrancarme la vida que veía prolongarse en tu amorosa voluntad! Cuán incomprensibles, son Dios mío, las operaciones de tu gracia en el alma que quieres purificar. Después, al día siguiente, no obstante estar ocupada en diversas cosas exteriores, me parecía que si al día siguiente hubiera de morir, no resistiría el martirio de aguardar el día.

Tan ahogada de ansias mi vi, que, no obstante tener mucha repugnancia siempre a molestar al padre, llamándolo, me resolví y al exponerle mi agonía sentí gran calma y aunque el ansia y dolor continuaron algunos días, ya era sin esa opresión terrible que tuviera al principio.

¡Otra gracia debo consignar aquí, padre mío, porque ella contribuyó a la tranquilidad de una familia afligida con una pena muy grande!

Oscar Elorza, hermano del doctor Elorza, nuestro bienhechor insigne y el que dirige mi alma, salió a alguna diligencia de su oficio, o por paseo, no lo recuerdo, hacia la carretera en construcción y una piedra o barranco se le vino encima y lo dejó casi sin vida. A pocos momentos de haberlo llevado a una casita, murió sin que el sacerdote hubiera podido llegar. Naturalmente la familia consternada, temía por su salvación, pues aunque

era un joven bueno, no había por qué suponer que del todo estuviese preparado. Por mi parte, yo tenía honda agonía, porque sabía que había lanzado una expresión que revelaba alguna mala inclinación que me daba mucho qué temer que estuviera en pecado mortal.

Estaba quizás más inquieta por esto que la familia misma. Aquella noche, en la que lo estaban velando, si no recuerdo mal, durante el sueño sentí que alguien decía: "Bien colocaditos están los hijos de don Juan y misiá Teresita: El uno en la Iglesia, muy bien y el otro en el purgatorio". Esto lo sentía no como sueño, sino como conocimiento, muy fijo en el alma. Aunque desperté, aquel conocimiento no me faltó en toda la noche.

Claro que no entiendo el por qué se mezcló allí también el doctor o padre Elorza, quizás porque en la Iglesia está más seguro que los que están en el mundo y casi tanto como el que estaba en el purgatorio, pero lo que viene al caso fue que con esto, la pobre familia dolorida por acontecimiento tan doloroso, tuvo algún consuelo.

Para creer que esto fue de carácter sobrenatural, tengo por razón el estado amoroso en que quedó mi alma y muy agradecida por conocer que estos dos amigos que tanto me interesan, llevan ventaja en seguridad de su salvación. La de Oscar es completa. Además, la insistencia con que aquellas palabras clavaban por decirlo así, el conocimiento, es otra señal.

Acto de amor al Santísimo Sacramento

La gracia que a continuación pongo es de las más señaladas que he recibido del Señor, por cuanto ha hecho crecer mi esperanza.

En la noche del 1º. de marzo de 1929, a eso de las once, al hacer una visita espiritual, al Santísimo Sacramento, me vino un gran deseo de inventar la manera de prestarle a Dios, algún servicio permanente e inmediato y que fuera compatible con el quehacer constante que mantengo y del cual no saldré en toda mi vida; esto, acompañado de pena al ver que mi pequeñito apostolado cada día se hace menor, a lo menos exteriormente. Le pedí pues al Señor que me iluminara ese servicio y que se lo haría con toda mi alma,. Después me dormí. Durante el sueño, pero de modo sobrenatural, sentí que el Señor en respuesta de mi deseo, me concedía el que les hiciera bien a las almas con sólo que me miraran y que ése era el servicio que debía prestarle a su gloria. Es preciso decir, que esto era independiente del sueño, de modo que no entiendo, pero que ya muchas veces lo he sentido.

Entonces se me representó mi ser como un cuerpo de forma ovalada, como una concha de mar grande. Este cuerpo era luminoso y sin cesar despedía, en todas direcciones ciertas como chispitas que eran gracias para ciertas personas que me rodeaban y que de alguna manera estaban relacionadas con mi ser. No veía estas personas. Esas gracias, una vez salidas de mi ser, tomaban forma material y eran como abejitas luminosas que al salir, se les rozaban las alitas de unas contra las de las otras y con eso despedían luz que iba formando como un resplandor fuerte alrededor del cuerpo ése que era mi ser. Comprendía que unas iban a unas personas con el encargo de inspirarle un acto de amor de Dios. Otras a otra persona a inspirarle contrición, etc.

Pero yo, aunque agradecida de esta gracia, aún le pedía a Dios que me concediera la gracia de convertir las almas con sólo verme. (Tiemblo al escribir esto, padre mío, porque aún me parece presunción y al pensarlo se me agolpa toda mi vileza y me avergüenzo). Me parecía que la gracia recibida apenas preparaba con pequeñas gracias la de la conversión y quería la mayor, es decir, que se convirtiera de una vez. Este deseo lo expresaba yo a alguien que ahora creo que era Dios. Pero en medio de la cosa no me daba cuenta de a quién era.

Varias veces desperté, es decir, como que se fue el sueño natural, dejándome la impresión profunda y de la cual no era yo dueña de salir y con el fin de librarme de este sueño del cual había despertado porque así pensaba yo que desecharía la impresión espiritual y como de revelación pues pensaba que era como dependiente del sueño, me levanté, me senté en una silla, me desperecé cuanto pude, pero todo fue inútil: Aquella impresión y conocimiento estaba tan adherido a mí misma que permanecía como parte de mi ser.

Esto pasó varias veces en la noche y a pesar de todo me volví a dormir y la impresión o conocimiento continuó hasta el amanecer... Mi volver fue muy amargo porque veía algo como presunción en todo lo ocurrido y sufrí mucho aunque comprendí que, al fin de la noche ya no había sueño sino unión muy amorosa y dulce. Por fortuna hablé este día con vuestra reverencia y me aseguró que no había presunción y aún me citó un texto de San Pablo por el cual el santo expresa un deseo semejante. Inútil es decir que me tranquilicé.

Después me han venido deseos de saber si esto ha sido real, pero por temor a curiosidad me he detenido, sin embargo, algunas personas sobre todo las hermanas me han dicho que mi presencia ordinariamente les inci-

ta a algo bueno. En lo cual se ve cómo el Señor se vale aún de una pecadora para inspirar las obras de su gracia, con lo cual quedo confundida y como anonadada.

Dios mío, y no sólo que sea ésa tu misericordia, ¿sino que deba escribir esto? Parece como que mi alma no puede con tanta confusión. ¡Recíbela Señor como homenaje de rendimiento ante tu soberana Majestad!

Y como debo apuntar aquí, según orden recibida, al menos el mayor número de las gracias que Dios ha concedido a esta obra de la Congregación por medio del instrumento de que se ha valido para fundarla, referiré otra, aunque sólo servirá para excitar en las misioneras, si es que llegan a ver estos papeles, algún acto de amor al Santísimo Sacramentado. En tal caso me doy por bien servida.

A las once de la noche hacía como de costumbre una visitica espiritual al Santísimo Sacramento cuando me invadió una avenida de ternura muy agradecida y en mi fantasía se dibujó la manera como el sacerdote tapa el copón después de consagrar o dar la Sagrada Comunión, poniendo primero el borde de la tapa en la parte de atrás del copón sagrado y luego cae toda ella como arrojándolo, de manera como las mamás se inclinan sobre sus hijitos que se les han colocado al pie, buscando amparo y con el mismo cuerpo de ellas inclinándolo mucho, los cubren y amparan cuando tienen miedo. Esto se pintaba en mi fantasía con mucho amor y de allí comprendí cómo la tapa ampara a nuestro Señor, del polvo y de otras suculdades y aún insectos que pudieran entrarle.

Comprendo, padre mío, que esto así dicho nada es, pero si se conociera el rayo de luz que trajo a mi alma acerca de la manera como nosotras también podemos ampararlo en el Sacramento de su amor, impidiendo el pecado en otros y sobre todo, las irreverencias en su presencia, entonces se vería el por qué llamo yo esto, una gracia. Desde esa noche siempre que veo cubrir el sagrado copón, siento ternura especial, pero veo que nada tengo que envidiarle a la tapa del santo copón.

Me sentí separada de Dios

De muy distinta clase es la gracia que a continuación pongo y que aún estremece mi alma. Una noche al comunicarme con Dios en el que he llamado arreglito, sentí como que algo me separaba de Dios; mas, no me daba cuenta de dónde podía venir esto, ni estaba en mí detenerlo. Así pasó algún rato hasta que aquello fue tomando proporciones con lo cual se apode-

ró de mí una agonía igual a la que deben sentir los que al morir ven que perdieron para siempre y sin remedio a Dios. Lo que deben sentir en el mismo instante en que se convencen de su desgracia y esto que había sido siempre para mí, inconcebible, lo sentí en toda su intensidad.

Creo que no duraría esta agonía ni cinco minutos, pero fue bastante para casi deshacerme físicamente. Se apoderó de mi cuerpo un desfallecimiento tan cruel que creí que me estaba muriendo y que no podía ya moverme. Intenté levantar un brazo, pero no tuve fuerzas para alzarlo. No pude llorar porque el dolor sumo parece que obstruye las lágrimas, pero sintiéndome en tal estado, llamé a la hermana que me acompañaba y le supliqué que me ayudara a sentar porque me sentía mala. Ella muy alarmada me ayudó y me sentó en la silla que siempre tengo cerca de la cama, en tal estado de desaliento que los brazos al caer de la silla, parecían como de muerto, esto es, completamente desgonzados. La hermana no conocía la causa de tal desmayo y confusa me preguntaba lo que sentía. Yo a nada podía contestarle con acierto por temor de confesarle la verdad, pero le pedí algún alimento. Un poco después de tomarlo, volví a poderme mover. Durante este tiempo sentía terror de lo que sentí, pero ya no lo tenía, sin embargo, me oprimía el recuerdo de dolor tan espantoso, de pena tan honda. ¡Así puede explicarse uno, cómo se muere de sufrir moralmente!

Han pasado más de tres años y todavía el recuerdo de esta pena me asalta y me produce algo parecido a pánico mortal. Creo que media hora que hubiera durando este dolor, me habría arrancado el alma. ¿Dios mío, qué será aquello cuando es realidad? Es de advertir que yo no me sentía perdida eternamente sino que sentía el dolor que siente el que sabe que esta perdido en el mismo momento en que tiene la funesta noticia de su perdición sin remedio. ¿Cómo puede explicarse esto, padre mío? No lo sé, pero lo pasé y su solo recuerdo me hace estremecer.

Ahora, ¿qué quería Dios enseñarme con esta pena, con este espantoso dolor? Tampoco lo sé. Pero sí creo ya entender un poco lo que es el infierno.

Además, era muy natural que después de esta pena, tuviera alguna idea contra mi estado delante de Dios y que pudiera creerla un aviso de Dios. Pero no, la misma paz en el alma y la misma confianza de que el Señor en su misericordia me salvará, sin detenerse en mis pecados y flaqueza.

Al día siguiente, la hermana decía que había pasado yo muy mala noche y las hermanas se impresionaron por las huellas que el dolor había dejado en mi semblante. Nada les dije y sólo les tranquilicé respecto de mi salud.

En fin, padre, de esta clase de dolores no he tenido sino éste. Los demás han sido menores, por más que algunos hayan sido intensísimos.

En estos tiempos de luces durante las noches, suele venir mucho amor y ternura durante el día, unido todo al sentimiento profundo de la propia miseria, con lo cual el alma permanece en profunda humillación delante de Dios y así tiene el mayor consuelo.

Se resiente mi salud

A poco de haber llegado a Antioquia, mi salud se resintió del clima, burlando las previsiones de los médicos que aseguraban que el clima ardiente me adelgazaría, me curaría los riñones. Mas, como el Señor dirige sus criaturas y les da lo que mejor cuadra a los designios de su amor, resultó todo lo contrario. Las hinchazones se hicieron mayores, el volumen del estómago creció hasta hacer ceder a las telas interiores o membranas que lo sostienen y quedé reducida a vivir fajada y a continuar engrosándome con asombro de todos que aguardaran que iba a adelgazarme.

El doctor Ferrer me examinó y declaró que no viviría ni seis meses si no me ponía a régimen de sólo leche y naturalmente se le atendió al médico y mucho más cuando decía que con ese régimen prolongaría la vida hasta por treinta años más. ¡Dios mío, treinta años más de destierro ya es cosita dura, pero el pensar que tu obra podía tener algún bien con mis pobres esfuerzos, me animó a emprender aquel régimen. Poco después ya tuve fiebre continua y declaró el nuevo médico doctor Abundio Posada, que el clima era totalmente opuesto a mi organismo y que en consecuencia debía salir.

Afortunadamente no era posible ir a Medellín porque ya mi humanidad no me permitía montar a caballo y no había sino unos pocos kilómetros de carretera. Sin embargo, me hicieron salir a uno más fresco y las reverendas hermanitas de los Pobres, con mucha generosidad me ofrecieron su casa en el Llano, parte más ventilada de la ciudad. Me fui allí con una hermana y gracias que por lo muy cerca podía estar al tanto de cuanto ocurría en la comunidad e imponerme siquiera de la correspondencia de las casas.

Allí ya en manos del doctor Posada, continuó el régimen de leche y las medicinas para curar la fiebre, mas ésta no desaparecía y cada vez me encontraba en peor estado, más y más soplada, más llena de dolores, más

débil y la fiebre no cedía un punto. Pero que se me permita reverendo padre, decir que la mayor pena que tuve allí no fue lo de la salud, ni la pena de abandonar las hermanas y tantas cosas que aún me faltaban por hacer, no, todo esto era nada. Lo más duro fue la carencia de la Sagrada Comunión, pues aunque en casa de las Hermanitas decían la Santa Misa la mayor parte de los días, jamás me manifestaron ni abrieron camino para comulgar. La Santa Misa era demasiado temprano y el sacerdote debía bajarse inmediatamente porque era capellán de coro de la catedral y debía alcanzar el rezo. Ni a las hijas que me visitaban casi diariamente, ni a las hermanitas, ni a ningún sacerdote se les ocurrió abrirme alguna facilidad y yo... Dios mío, sentía profunda pena por esto, pero no advertía cómo pudiera proporcionárseme aquella consolación.

Lo que es una cabeza muy debilitada, reverendo padre, ¡hoy me confundo al recordar cómo pude pasarme sin la Sagrada Comunión, ni la confesión, ni nada, sin decir una palabra ni quejarme, ni reclamar! No hay remedio, es que estaba tan echada en tus brazos, Providencia amorosa de mi Dios que dejé todo cuidado. ¡No sé lo que esto sería; pero sí recuerdo muy bien que tu presencia soberana, Señor de mi alma, me llenaba y el sufrimiento me daba la paz y el consuelo que necesitaba!

Otras veces pienso, que fue aquello sólo indolencia de mi parte y frialdad por lo cual siento mucho dolor. ¡Pero no llega esto a volverse una certidumbre en mi alma! Sé sí que después he mirado eso con mucha pena y tengo por lo mismo, un recuerdo amargo de esa temporada y algo más que voy a confesarlo a vuestra reverencia, padre mío, porque debo decirlo todo:

Como en aquella época hizo vuestra reverencia un viaje a Bogotá, al venir, yo esperaba que hacía algún reclamo a las hermanitas y que se empeñaba en que comulgara influyendo para que me dieran siquiera en los días que permiten los sagrados cánones comulgar después de haber tomado algún líquido, pero aunque me confesó, no se le ocurrió solicitar ninguna gracia en tal sentido. Después, allá en mi interior siempre ha habido una quejita ligera, contra vuestra reverencia pero no me explico por qué yo tampoco reclamaba nada. Sin embargo, el resentimiento secreto lo he tenido siempre contra vuestra reverencia, quizás porque en otras ocasiones, cuando en el mundo estuve grave, el confesor se afanaba tanto en este sentido que por encima de todo, me hacía comulgar, ¿será eso?

Dios mío, qué cosas tan incomprensibles. Si me convenciera de que fue frialdad y falta de fervor, me parece que era muy explicable la cosa, pero

así... Muchas veces después he pensado en esto y excuso a vuestra reverencia con pensar que no entra en su modo de ser estos cuidados y quedo tranquila.

Mas, si tengo absoluta seguridad de que no me faltó fervor y cierta gracia con la cual pude sostenerme en ayuno tan cruel y soportando las circunstancias duras que me rodeaban, con mucha paz.

Consentí con Santa Teresita en ser curada

Allí, como en todas partes, el Señor de mi alma, me dejaba sentir su presencia y me llenaba de sus luces. Entre otras, voy a referir la que sigue:

Una noche desde las once, me hice pasar a la silla por descansar un poco durante el insomnio que aquella noche era mayor y como había una lámpara en una alcoba vecina, la pieza quedaba iluminada. Miraba yo el paredón del frente, cuando sentí que Santa Teresita imprimía en mi alma deseos que antes no había tenido: En primer lugar, el de curarme. Jamás lo he tenido de un modo resuelto porque no he podido menos de reconocer en mis enfermedades un beneficio de Dios que me da la manera de ayudar con mis dolores e incomodidades, algo a la salvación de las almas y, como por otra parte, tengo muy poca fe en el trabajito que yo hiciera estando sana, creo que las enfermedades me aseguran mejor.

Pues en esa noche consentí con Santa Teresita en ser curada, mas no con milagro ruidoso al cual le he temido siempre. Sentí cierta unión interior con Santa Teresita y como si estuviera en ella me entendía con Dios así: Si es de mayor gloria tuya, Señor, la prolongación de mi vida, te la pido, Señor, incondicionalmente y sólo por tu gloria. Sentí también fuerte deseo de que la confusión y catástrofe que me tiene anunciada me la dejara para un poco más tarde del tiempo fijado y sentí como que Dios aprobaba mi deseo. Le pedí que al curarme no me dejara sin algunos sufrimientos físicos, para así servirle mejor a la vez que con el trabajo, con los dolores y enfermedades.

Cuando sentía que Dios me oía y yo quedaba con mucha suavidad, entendí que la prolongación de la vida que se me concedería debía ser para colocar la Congregación en Bogotá al lado de las autoridades del primado y del excelentísimo señor nuncio del Santo Padre. Vi, de modo muy claro que sólo así adquiriría la Congregación el desarrollo que Dios quiere darle. Todo esto me dejaba mucha paz y suavidad de amor en el alma. Claro

que al recibir esta luz yo me encontraba en uso perfecto de mis sentidos y que ningún fenómeno místico pasaba por mi alma pero acompañado todo esto de mucha paz, amor y como cierta fijeza de las facultades en el objeto, que no es muy común.

Esto duró de las once a la una de la mañana. Después me quedé pensando en cuáles serían los medios de que debía valerme para llevar a la práctica estas cosas y me vi ante dificultades casi insuperables por tener en Bogotá muchos enemigos, la pobre Congregación, pero sí pensé que quizás el señor nuncio que tanto se afana por las misiones, se agradara de la idea y se la propusiera al señor primado. Pensé también que se podía comenzar por fundar una residencia solamente para trabajar con unos indios atrasadísimos que hay en los alrededores de Bogotá. En fin, dejé a Dios que mostrara no sólo los caminos sino también, si lo que acababa de pasarme era de su influjo bendito, lo cual conocería como suelo comprobar estas cosas, por medio de la aprobación de los superiores.

Efectivamente, vino vuestra reverencia y a los pocos días subió donde las hermanitas y al confesarme le dije lo que me había pasado y me sorprendió con decirme que estamos de acuerdo que vuestra reverencia también lo había pensado así paseándose en los corredores del hospicio en Bogotá y que quizás hasta le había dejado escapar la idea a alguna persona. Respecto a la manera de ver y conocer yo las cosas no me dijo vuestra reverencia nada, pero quedé tranquila.

Algún tiempo después quise probar conocer algunas opiniones acerca de esto, a ver si se despejaba algo y le escribí al monseñor Guiot, vicario apostólico de los Llanos de San Martín, con quien tenemos unas casas misioneras en el Vaupés, y me contestó que él no era de esa opinión por ser Antioquia tan fecunda en vocaciones y ser las pocas que resultan en Bogotá muy flojas y poco decididas por el sacrificio. Con esto me aquieté a esperar la voluntad de Dios. Y desde entonces la busco y a veces pienso que se hace luz en el asunto y otras hasta he llegado a creer que con esta luz suceda lo que con otra que recibí acerca de la coincidencia de mi muerte con la de mi madre y que no es este el lugar propio para referirla. Esto no salió porque motivos providenciales sin duda, hicieron cambiar el designio de Dios. Sea como sea, refiero las cosas como las siento.

CAPÍTULO LXIV

- TEMPORADA EN MEDELLÍN - NOVENA A LA INMACULADA
- MEJORA MI SALUD - JESÚS MAESTRO DE LAS ALMAS - VISITA
AL SANTÍSIMO SACRAMENTO - CÓMO ENTIENDO LA CARIDAD
- ANTECEDENTES DE MI VIAJE A ROMA - DIFICULTADES CON LA
ELECCIÓN DE SUPERIORA GENERAL

*"Para que mi lengua te cante y no tenga yo pena, Señor
Dios mío, yo te alabaré eternamente". (Sal. 29,13)*

Temporada en Medellín

Mi salud no mejoró en el nuevo clima del Llano y por consejo y prescripción del médico fui a Medellín. Ya la carretera entre esta ciudad y Antioquia estaba casi terminada y por consiguiente el viaje ya era factible, pues el aumento de grasa, ya desde que llegué a Antioquia, no volvió a permitirme montar a caballo. Salí con la hermana María San Benito y otra hermana que debía acompañarme en Medellín. ¡Qué viaje, Dios mío! ¡Con fiebre y debiendo caminar partes a pie porque aún faltaban puentes y trayectos en la carretera, con trasbordos difíciles y sin poderme mover. Además, no sabía por cuanto tiempo había de dejar las hijas solas, ni siquiera si volvería a estar con ellas, porque la sentencia de los médicos era que definitivamente no debía volver a Antioquia. De modo que el cuerpo completamente inhábil y el alma oprimida, hicieron que este viaje fuera penoso por demás. Sin embargo, no dejé de ver que algún designio se guardaba en este estado de cosas, porque ya en San Pedro y bajo la dirección del ilustrísimo señor Builes, me había pasado cosa semejante, cuando tuve que salir por dos ocasiones para Medellín, dejando la Congregación en peores condiciones que ahora, con lo cual, como se vio después, se proponía Nuestro Señor, preparar la purificación ocasionada por la tempestad del señor Builes.

Aquel día tuve no poca fiebre y como no había carro para tomar, después de pasar la quebrada de La Muñoz, en una de las toldas de los trabajadores pasó la fuerte fiebre y pudimos continuar el viaje ya muy tarde, de modo que llegamos a la casa de Carmelita a las diez de la noche.

Desde aquella mañana tristísima que salí de Medellín furtivamente, para buscar asilo en Antioquia, no había vuelto a ver a Carmelita. ¡Naturalmen-

te nuestro encuentro fue doloroso! ¡Pobre hermana que hubo de apurar todas las agonías que Dios mandó entonces a la Congregación!

¡Qué regocijo el de Carmelita y con cuánto gusto me cuidó y atendió! ¡Dios ha debido pagarle en el cielo! Pronto me puso en manos del doctor Arango Ferrer y como el clima me era favorable no me demoré en poder trabajar un poco. Me ocupaba ya desde hacía mucho tiempo en formar el Manual de la Congregación y allí estaba en mejores condiciones para continuar el trabajo.

Novena a la Inmaculada

Puse manos a la obra y comencé por hacer la novena de María Inmaculada. Había ya hecho otras de santos patronos, pero ésta me infundía un poco de temor para hacerla, el hecho de hablar de cosa tan grande y... debo confesar, hubiera buscado quién la hiciera, si no hubiera visto y oído las instancias de las hermanas para que se las hiciera muy calcada en el espíritu de la Congregación. Es que lo bello, lo grande, lo amabilísimo de María, me infundía algo como decepción, al considerar lo mal que pudiera yo decir de Ella. ¡Verdad que me parecía menos difícil escribir de Dios que de Ella! No me explico el por qué, pero es un hecho que algo de respeto y de pavor me retenía. Pero al fin empecé a hacer algo.

Un día después de escribir un rato llamé a Carmelita y la hermana que me acompañaba que era la de la Sagrada Pasión, para leerles algo a ver cómo lo sentían ellas y como por broma, les dije: ¡Oigan a ver qué tantas herejías habré escrito de mi Madre! Con mucha atención se acercaron ellas a oír y les leí el 5º día. Mas, cuando llegué a leer estas palabras: ¡Por eso María es más Madre de Jesús que todas las madres lo son de sus hijos, noté que ellas se asustaban y oí una voz de admiración o susto largo y como de sorpresa y rechazo! Interrumpí y mirándoles les dije: ¡Eh! ¿Y cómo les parece esto, malo? ¿Les parece herejía? No. Me contestaron muy sorprendidas. ¡No, es que mientras su reverencia leía esas palabras, de aquí de este punto que queda entre las tres, salió esa voz de sorpresa y de susto! De modo que del puro suelo salió aquella voz prolongada que decía: iffffff, más o menos.

¡No nos quedó duda que la voz y el espanto que nos hizo sentir fue cosa sobrenatural. Pero al estudiar la frase que la motivó encontré que era perfectamente teológica y no había otro remedio que suponer que era del diablo ese susto!

Más tarde, cuatro años por lo menos, después de esto, cuando se imprimió el Manual, quedó confirmado el odio de diablo a esta verdad porque aunque las impresoras estaban bien enteradas del hecho, dejaron pasar la frase ésa y se la saltaron sin advertirlo. Cuando ya iba muy adelante la impresión de la novena recordé que en las pruebas no había visto eso y al examinar lo hecho, vimos con sorpresa que nadie había advertido la falta de esta frase, no obstante ser tres o cuatro las personas que corregíamos y quedar mala ilación de la frase, con la supresión de aquella. Por supuesto, que a pesar de tener que perder una tirada no pequeña, la repetimos con el fin de no suprimir aquello que tanta inquina provocaba al enemigo de María. Y aunque en esta ocasión, la máquina de la imprenta tuvo alguna dificultad, para la cual apelamos al agua bendita, y salió la frase que sin duda, algún mal va a hacerle al enemigo en nuestro Manual. Y no es la única manifestación de odio a dicho Manual que da el diablo, sino que también, al comenzar a imprimirlo, por varias veces, se obstinó la máquina en no imprimirlo y si se trataba de tirar otra cosa cualquiera imprimía muy bien y ni la primera página quería imprimir si se trataba del Manual. Hubo necesidad de hacer bendecir la máquina la primera vez y en la segunda, hubo que llamar un sacerdote para que le hiciera un exorcismo, con lo cual quedó imprimiendo cual si nunca hubiera tenido novedad. ¡Qué miserable es el diablo en sus recursos y cuán fácilmente lo espanta la Iglesia, con sus medios tan débiles en apariencia! Cuántos prodigios hemos visto con la sola agua bendita.

Entonces tenía Carmelita muy levantado el culto a Santa Teresita, en la casa. Lo había empezado dando a la pública veneración una reliquia de la santita de Lisieux que sufrió también sus cambios, pues primero fue una enviada de Francia para la misión del Sarare, y mientras se podía enviar, Carmelita le hizo un bonito altar y la santita supo corresponder a su amor concediéndole grandes favores en aquella especie de capillita que ella le dedicó. Pero como el diablo no podía estar muy contento con esto, indujo al reverendo padre Rochereau a pensar que yo quería hurtarme la reliquia y la pidió con verdaderas señales agresivas, pues ya en él comenzaba la turbación que lo obligó después a irse tan despiadadamente contra mí y por ende, contra la pobre congregación, a la cual puso a punto de destrucción. Pero el señor Builes, fastidiado con este proceder del reverendo padre, dio otra reliquia mejor, si se quiere, que la del reverendo padre Enrique y se la entregó a Carmelita para que se continuara en Medellín, el culto de Santa Teresita y con él se obtuvieron algunas limosnas para la Congregación. Efectivamente, el culto de la santica creció mucho y ella cada día nos hacía nuevos favores, algunos de los cuales merecían el nombre de verdaderos milagros. Excusado es decir que, al estallar la tempestad de Santa

Rosa, el ilustrísimo señor Builes, también reclamó su reliquia, pero afortunadamente ya el reverendo padre Tressel había pedido una que me regaló y ésa entró a reemplazar la del señor Builes.

Todo esto era un consuelo muy grande para mí en Medellín, pues veía la protección de Santa Teresita sobre Carmelita que era lo mismo que tenerla sobre la Congregación porque la causa de Carmelita y la de ella llegaron a fundirse, tanto así nos ayudó y fomentó esta querida hermana. Además, era ésta una fuente de limosnas que nos daban mucho la mano para sostener los niños indígenas que teníamos tan desprovistos.

Mejora mi salud

Además, mi salud fue mejorando y pude estar dando vueltecitas a Antioquia. Sólo la sagrada comunión era un problema difícil, porque yo no era ya capaz de ir a la casa de pobres y no había quién me la llevara a la casa. Carmelita en su afán de complacerme de que no me faltara nada, me propuso alquilar la casa en la Avenida Echeverri que ocupábamos y que buscáramos otra cerca de una iglesia. ¡Ay! Llego aquí reverendo padre a un punto que quisiera no recordar más en mi vida, por lo que verá después.

Efectivamente, a las primeras diligencias tomamos una casa en San Benito, frente a la iglesia de San Benito. No estaba mi salud tan bien que pudiera ir todos los días a la santa misa: Pero un reverendo padre franciscano me llevaba todos los días la Sagrada Comunión. Los primeros días después de pasada a esa casa, gozando de la cercanía del Santísimo Sacramento y con la Sagrada Comunión todos los días, estuvo sintiendo mi alma como una nueva atmósfera de la cual no había disfrutado hacía mucho tiempo. Pude organizar mis actos de comunidad, los pocos que entraban en mi propósito entonces, porque el tiempesito de fuercesitas que tenía lo empleaba en escribir algo para el Manual. Fue entonces cuando hice la novena de Santa Teresita.

Gracias pues a esta tregüita, podía hacer mi oración muy bien antes de la Sagrada Comunión y en ella Dios me concedió luces muy especiales, como algunas que voy a referir.

Jesús maestro de las almas

Una de ellas es la que llamo: Jesús maestro de las almas. Este título por demás conocido, me pareció nuevo aquella mañana al sentir que dentro de mi alma el conocimiento o luz clara de este divino magisterio de Jesús, se formaba en mí.

Abarcaba este conocimiento como en uno sólo, todos los conocimientos que Jesús posee. Veía con mucha claridad algo como la inmensa ciencia beatífica que le suministra su divinidad. Mas ésta como en globo indivisible y comprendía que en esta ciencia no hay relaciones de ninguna clase, ni sucesiones, ni nada de lo que en las ciencias de la tierra nos hace trabajar para abarcarla, sino como un todo sin partes, como una luz que ilumina sin obstáculos, ni antecedentes ni consecuentes. No sé decir pues lo que esto es, ni lo que ello hacía en mi alma. Pero a esta ciencia se unía en el alma de Jesús la ciencia infusa que le correspondía como gracia inherente a su encarnación, como gracia correspondiente a su santidad como hombre. Esta ciencia un poco más al alcance de lo humano, me deslumbraba, pero no me producía esa especie de anonadamiento que me producía la primera. A esto se unía el arsenal de ciencia experimental que Jesús tenía como hombre y naturalmente, la figura de Jesús como Maestro de las almas se me volvía cada vez más grande y majestuosa sin que pudiera darme cuenta de esta soberanía sino así como de una luz que pasa y deja una noticia vaga y amorosa de su brillo e intensidad. ¿Qué son estas cosas, amado padre mío? Meras palabras, ¿no es verdad? ¡Pero palabras que no dicen tampoco de lo que se siente! ¡Para expresar estas cosas se necesita tener a la mano algo que no está en estos diccionarios de la tierra, pero digo lo que puedo!

¿Y cuál es la fórmula pedagógica de Jesús como maestro de las almas? No dejó él de hacérmelo conocer en aquella luz que me inundaba y encendía. Se me presentó como un gran lago de aguas podridas, fétidas, y malsanas, grande, rodeado de unos fangos pútridos también y muchas suciedades parecidas a gusanos, reptiles en descomposición, pero sin forma determinada. En mi alma aquella era la humanidad podrida con el pecado original y revuelta y llena de mil pecados actuales y con la posibilidad de mayores fetideces y pecados. Esto rodeado de esas tierras pútridas que eran como algo que servía para sostener la podredumbre del lago, algo que alimentaba las fetideces, de modo que no podían acabarse.

Pero veía sobre aquel lago un airecito suave y delicado que iba como encausando las aguas pútridas hacia arriba y las alzaba y se tornaban perfumadas, burlando al parecer las arremetidas que las fetideces de la tierra pútrida daban a las aguas con el fin de envolverlas en nuevas fetideces.

Comprendí que ese airecillo ligero y suave que así burlaba los miasmas de esa tierra era el Santo Evangelio que con labor al parecer oculta y como quien dice, con cierto disimulo, iba sanificando a la pobre humanidad y encaminándola al cielo y parece que estas palabras: "El Evangelio es la

fórmula pedagógica de Jesús", se formaran también en mi alma como una seguridad de que la labor del Evangelio en el mundo, es eficazísima y que sólo los reacios que se hacen a un lado de su influencia y la estancan, no se encausan por él hacia el cielo.

No sé esta luz y estas representaciones qué tanta vida daban a mi alma y qué tanto la encendían. No sé, repito, si tocaron mucho la imaginación y fueron en mucha parte impresadas en el entendimiento, porque la idea primaba sobre la representación material. Quizás se imprimirían en ambas partes. Por los efectos que dejaron en mi alma, comprendo que fueron de origen sobrenatural y además, aquellas palabras: "El Evangelio es la fórmula pedagógica de Jesús", le dio a mi alma mucha paz y grande amor al magisterio de Jesús en la Sagrada Eucaristía y en la predicación. También hizo crecer en mi alma el amor al Santo Evangelio.

Y quien medita en ese camino que el Evangelio sigue para plantar en el alma su espíritu, a pesar del espíritu rebelde propio de la naturaleza caída del hombre, es admirable. Además, la belleza como obra la gracia que el mismo Evangelio trae consigo, es maravillosa. Mi confianza desde entonces ha crecido y se ha formado en mi alma cierta seguridad de que la acción del Santo Evangelio es mayor en el mundo que lo que nosotros podemos ver y entender. ¡Oh Pedagogía tan sublime y bella! Ella es la que convierte a los pequeños y levanta a los caídos. Es la que purifica al pecador humillado y alza las fuerzas del amor en los justos. Oh Santo Evangelio, fórmula pedagógica de mi gran Maestro, cuánto os amo y cómo quisiera llevarte como antorcha sagrada a los últimos rincones del mundo y... pero Dios mío, cuánta impotencia.

Con estas luces y gracias quería Dios sin duda, prepararme para una de las penas mayores que he tenido en mi vida y que referiré después. En esta época también me dio el Señor a conocer que le agradaría que las misioneras hicieran sus visitas al Santísimo Sacramento uniéndose a Él en las mismas ocupaciones que Él tiene en la Sagrada Eucaristía.

Visita al Santísimo Sacramento

En un momento que pude hurtarme para ir a la iglesia, estando delante del Santísimo me sentí fuertemente impresionada con la presencia real y con la imaginación entré al Sagrario, levanté la tapa del Sagrado Copón y con un ímpetu amoroso muy grande, le estampé un beso a la primera Forma que la imaginación me presentó. Con este beso quise, sin que lo hubie-

ra pensado antes, traspasar todo mi ser al de Jesús y al verme hecha una sola cosa con Él, tuve un dolor profundo de las almas que se pierden y le di un profundo suspiro.

Empapada en este dolor estaba, cuando me pareció como que algo me empujaba pasar un rato haciendo lo que Jesús hace en la santa Eucaristía y como me sentía sacramentada por Él, hice en su unión, actos de amor al Padre, sentí con Él deseos ardientes de su mayor gloria. Me sentí como multiplicada en todos los sagrarios del mundo y a muchos me parecía ver entrar las gentes y sentía que las amaba y las perdonaba como Jesús las ama y perdona. Sentí la complacencia que siente el Sagrado Corazón en las almas santas que se le acercaban en aquel momento y vi y sentí la gran compasión de Jesús hacia las almas que le van con peticiones impertinentes y, con Él se las devolví en gracias de interés espiritual o corporal, según las necesitaran.

En una palabra, amé con Jesús a todos los hombres como con un amor que hasta entonces no se me había ocurrido. Tuve gran deseo del perdón de los pecados de todos los hombres y sentía como si salieran esos perdones del mismo Corazón de Jesús dejándole sentir al mío la misma generosidad. En fin, gasté un espacio bastante de tiempo pensando, amando, hablando, perdonando, y obrando como Jesús y sintiéndome sacramentada con Él. Cómo esto sea no lo sé decir, pero sí saqué la idea fija de que debía escribir esto a las hermanas y que ellas, con la imaginación y el corazón podían hacer lo mismo delante del Santísimo Sacramento y que aunque no tuvieran la moción sobrenatural que creo haber tenido yo, en esta ocasión, el esfuerzo natural del amor tenía bastante mérito y quizás eso sería una enseñanza que modificara sus modos de pensar y sentir tan ruines acerca de Dios y de las almas. Que así aprenderían a mirar al prójimo y a tenerle el amor que Dios quiere que le tengamos.

Salí de allí y como había salido de la casa furtivamente, porque Carmelita no me dejaba salir porque creía que me hacía daño, al volver la encontré muy molesta y me riñó con bastante fuerza, pero mi alma estaba como inundada de la gracia que había recibido y no hice caso del regaño, mas recibí nueva orden de no moverme.

Mi pobre hermana me quería mucho y era verdaderamente exagerada en sus cuidados por mi salud. Dios la haya recompensado en la gloria.

Naturalmente que procedí a escribir a Antioquia algo que inclinara las hermanas a esta manera de visitar al Señor en su Santa Eucaristía y les

mandé la idea en lo que llamamos fruta y que procuro enviarles en las cartas casi siempre. Y como le tocó esto a la Madre San José, que se ha encargado muy espontáneamente de hacer llegar a todas las hijas estas frutas que han ido infiltrándose algún espíritu, ella inmediatamente la trasmitió y pronto las hijitas visitaban así por esta clase de unión, con lo cual se enfervorizaron no poco.

Ahora he introducido ese método de visitas en el Manual a fin de obedecerle a Dios su inspiración, pues ha sido aprobada por mi director de espíritu.

Cómo entiendo la caridad

No encuentro la manera de expresar de modo claro esto que siento acerca de la caridad. Creo entender que la caridad es un amor tal que no exige sacrificio para cumplirla. El no murmurar, el tener un juicio benigno con el prójimo, el no resentirse con él, es caridad. Pero cuando esto se hace por no pecar, por cumplir el precepto de Dios, cuesta a la naturaleza. Esto es lo que se cumple ordinariamente en la caridad y para ello se necesita la gracia de Dios y no pequeña violencia, de nuestra parte. Mas, cuando el prójimo se ve bajo el punto de vista de cosita de Dios, hechura de sus manos, objeto de su ternura, causa de la Pasión de Jesús, dilectísimo hermano de este Señor de nuestra alma. Cuando uno ve lo que es el pecador para el corazón de Dios y cómo le pone acechanzas a fin de ganárselo, cuando uno piensa que cada alma humana es la imagen de Dios, de las tres Personas Divinas, asiento de ellas por la gracia y, si es pecadora, ve allí emborronada esta imagen augustísima de modo que obliga nuestro dolor a exclamar: ¡Mirad cómo le ha puesto! ¡Oh pecado infame!

Cuando así se mira el prójimo y prescindiendo de simpatías y relaciones naturales, le amamos tal este prisma de lo que él es para Dios y respecto de Dios, ¡Oh! ¡Entonces la caridad es dulcísima y no impone sacrificios! ¡El sacrificio está entonces en lo contrario, en ver al pobre pecador menospreciado de todos y caminando a su propia ruina!

Se comprende fácilmente que en esta última clase de caridad no hay inadvertencia dolorosa como las hay cuando sólo nos mueve a ella el temor de pecar o el único deseo de cumplir un precepto. Entonces cualquier cosilla que toque al prójimo en un pelo, nos duele como instintivamente, la bondad con él se eleva a un orden muy alto y sale de nuestras almas espontáneamente. Entonces podremos decir como San Pablo: ¿Quién llorará sin que yo llore con él? Ni quién estará enfermo sin que yo enferme?

Este amor del prójimo que en alguna manera se confunde con el de Dios en el alma, es tierno, es delicado y no sufre intermitencias como la caridad cumplida por la fuerza de una prohibición. No sé si habré dado la idea tal como la tengo, pero es esto tan perfecto y tan digno de Dios que causa pena el ver que exista en tan corto número de almas en el mundo.

Antecedentes de mi viaje a Roma

Desde 1923 viendo que ya la Congregación se comenzaba a extender mucho, pues con el viaje al Sarare ya salía del departamento y quedaba en tres, resolvieron los señores obispos que favorecen la obra y especialmente el reverendo padre prefecto de Urabá, señor José Joaquín Arteaga, quien como en reparación del mucho mal que le había hecho ante el señor Vicentini a la Congregación, me dio una magnífica carta comendaticia y trató de ser él quien debía encabezar el asunto ante Roma. Se habían mandado a Roma los asuntos y documentos necesarios para conseguir el Decreto Laudatorio de la Congregación. Fue recomendado el reverendo padre Maroto, consultor de la sagrada congregación y persona entendidísima en el asunto.

Este padre escribió dos cartas expresando cómo le habían gustado las Constituciones y cómo las haría estudiar de canonistas a fin de presentar el trabajo a la Sagrada Congregación en las mejores condiciones posibles. Este padre nos animaba mucho a trabajar por el progreso de la Congregación para así poder hacer más fuerza a favor del Decreto. En otra carta dice que duda de que lo den, porque somos aún muy pocas las religiosas y que, además no tenemos votos perpetuos.

Al reunirse en Bogotá en 1924 los señores obispos, Crespo, Toro, Afanador y Builes, a dilucidar si se debía sacar o no la Congregación de Urabá, les expuse la opinión del reverendo padre Maroto y a una determinaron que en circular avisara a las hermanas para que hicieran votos perpetuos las que tuvieran ya seis años de profesión. Así se le comunicó al reverendo padre Maroto, creyendo que poníamos una nueva pajita a nuestro asunto en Roma. Pero inútil fue todo, como se verá más adelante.

Pasaron algunos años y quizás en 1929, si no recuerdo mal, se presentó el ilustrísimo señor Toro, ya obispo de nuestra casa generalicia, en Roma, a solicitar lo que había de nuestro asunto y con gran sorpresa oyó del reverendo padre Maroto esto: Yo no sé nada de esa Congregación, tal vez he visto un cuadernito que habla de ella, pero no constituciones, ni nada

serio... Dios mío, qué engaños se da uno en este mundo. Tu Providencia amorosa lleva unos caminos que siempre nos sorprenden y qué sabios resultan. También el señor Lardizábal, prefecto apostólico del San Jorge, con quien tiene la Congregación cuatro casitas misioneras, fue entonces a Roma y solicitó en la Sagrada Congregación por nuestros asuntos, pero ni noticia tenían.

El señor Toro siguió entonces en peregrinación a Tierra Santa y a su regreso volvió a hablar con el reverendo padre Maroto quien le dijo que ya había encontrado en cualquier cajón viejo, los documentos de nuestro decreto, pero que estaban tan acabados y sucios que se hacía preciso hacer unos nuevos. Le dio al señor Toro unas constituciones de unas religiosas Oblatas del Divino Redentor, para que según estaban ésas, se ordenaran las nuestras. El señor Lardizábal vino muy empeñado en que era la época de ir yo a Roma porque había notado buena impresión acerca de la Congregación y que no habiendo allí ningunos documentos, era tiempo de presentarlos. Me animaba también por el afán que vio en la ciudad santa por todo lo que se refiere a misiones.

En vista de esto, a pesar de mis achaques e invalidez, resolvieron mis superiores que fuera a Roma y al efecto el consejo de la casa generalicia me indicó dos compañeras: La Hermana María de Betania por su facilidad para las lenguas y la Hermana María de Lisieux por ser muy lista para todo. Así, llevando dos compañeras el viaje costaría mucho, pero se tendría facilidad para ventilar los asuntos en Roma, con sola la dirección que yo pudiera darles desde mi residencia en la ciudad santa... Todo se arregló y el viaje se emprendió bajo el amparo de la Santísima Virgen en mayo de 1930.

Dejé encargada del gobierno de la Congregación a la reverenda madre María San José que era mi asistenta. No se pensó en pedirle comendaticia al excelentísimo señor nuncio por dos razones: La primera, por no prescribirlo así las normas dadas al efecto por la Santa Sede y la segunda, porque él parecía que estaba mal informado respecto a la Congregación por el excelentísimo señor Builes, y, por los reverendos padres carmelitas que eran favoritos suyos en el palacio de Bogotá.

Elección de superiora general

Quizás no he referido la historia del descontento del excelentísimo señor Paolo Giobbe, nuncio apostólico en Colombia en aquella época.

Comenzó porque durante los acontecimientos de Santa Rosa, con el excelentísimo señor Builes, recibió constantemente informaciones de él y luego de los reverendos padres carmelitas quienes se hicieron muy amigos del señor Builes entonces, con motivo de sus disgustos con la Congregación. Esto hubiera sido contrarrestado por las buenas informaciones de otras tres personas dignas de crédito como por el señor Toro y los demás obispos que nos tienen en sus diócesis, pero él no quiso oírlos ni mostró en absoluto, necesidad de informarse por ambas partes, antes, al contrario, el trabajo canónico que se le mandó acerca de los acontecimientos, dice él mismo que ha procurado voluntariamente no tener tiempo para leerlo.

Así estaban las cosas cuando cumplí los doce años de superiorato en la Congregación y se hizo el Capítulo General para la elección de nueva superiora. Presenté la renuncia del caso y se hizo la nueva elección en la cual, por unanimidad de votos, recayó la elección en mi pobre persona. Las Constituciones decían que la superiora general duraría en el cargo doce años y que podía ser reelegida por otro decenio, pero que la reelección debía ser aprobada por la Santa Sede. Por esto no fui confirmada en el puesto hasta que la Santa Sede aprobara. Quedó pues la reverenda madre asistente, encargada del gobierno y el excelentísimo señor obispo escribió al señor Nuncio pidiéndole el favor de solicitar a Roma la confirmación en el cargo de superiora General. El excelentísimo señor Nuncio, nada contestó y pasados algunos meses el señor Toro repitió la carta con la súplica. Tampoco obtuvo respuesta y llegó el viaje que con motivo de la visita "ad límina" debía hacer a Roma.

Allí se presentó a la sagrada congregación de religiosos y consiguió sin más diligencia que la de pedirla una vez, la confirmación que necesitábamos. Como él seguía para Tierra Santa, me la mandó de Roma con el señor Afanador, obispo de Nueva Pamplona, para que tomara el gobierno de la Congregación cuanto antes. A poco de haberlo asumido llegó el ilustrísimo señor Toro y encontró en Jericó una carta de la Nunciatura en la cual decía que la Santa Sede no había aprobado mi elección porque entre otros inconvenientes, la reverenda Madre Laura tenía el de estar anciana y achacosa; el excelentísimo señor Toro le contestó que ya había tomado posesión del cargo, mediante confirmación de Roma que él había traído y le da excusas o le refiere cómo habían pasado los acontecimientos, esto es que él había pedido la confirmación por no haber recibido respuesta a dos cartas consecutivas y después de haber aguardado mucho tiempo. Entonces el señor nuncio se manifestó muy molesto y creyó y dijo que yo había interceptado su carta al

señor Toro (Dicha carta fue dirigida a Jericó y yo estaba en Antioquia a unas veinte leguas o más de la línea de correo que llevaba la carta, además, tampoco podría yo habérsela hurtado al señor vicario que fue quien la recibió, porque no sabía quién era el vicario de Jericó ni nunca me he comunicado con él, toda vez que tenía en Antioquia el vicario de nuestra diócesis y no tenía necesidad de comunicarme con otro) Agregó el señor nuncio que la resolución dada por Roma a él, era anterior a la dada por el señor Toro y que por consiguiente era la única válida, que en consecuencia dejara el gobierno y se procediera a la elección de otra. De todos modos, él comunicaría a Roma y daría cuenta de todo. Esto lo decía en forma de mucho disgusto.

El señor Toro me comunicó esto, pero me dijo que para él yo era la legítima y que en Roma nada le había objetado al respecto, pero a mí me pareció bastante peligroso seguir en el cargo y arrostrar la indignación del señor nuncio, por lo cual supliqué al señor Toro me permitiera renunciar. El me dejó en perfecta libertad y entonces como vuestra reverencia no era amigo de que renunciara, ni el consejo tampoco, pero como había de estar ausente por motivo de la temperada en Medellín, la reverenda Madre San José, continuó encargada del gobierno. Así estaban las cosas cuando salí para Roma, por consiguiente, la petición del Decreto laudatorio iba firmada por la reverenda Madre San José y yo iba como enviada por ella.

Cuando ya habíamos gestionado los asuntos en Roma, me preguntó el reverendo padre Arcadio Larraona encargado de nuestro negocio como consultor de la Sagrada Congregación, el por qué la petición estaba firmada por otra, entonces le referí las cosas como habían pasado; él me dijo: Así me explico una carta que salió de la sagrada congregación desde Julio (era esto en noviembre) y que el nuncio debió hacer llegar a la casa generalicia de sus reverencias, diciendo que la confirmación dada al señor Toro era la válida. Claro que los consultores no nos hemos podido explicar cómo fue que se hizo eso, cuando según los cánones, lo válido era lo dicho al señor nuncio, en la cual, sin duda se había quejado de las distintas resoluciones dadas por la sagrada congregación.

El hecho es que dicha carta no llegó a la casa generalicia y que el señor nuncio se la guardó porque contradecía su opinión. Yo vine a Antioquia y le referí la cosa al señor Toro quien me dijo: Yo continué creyendo que su reverencia es la superiora legítima. Pero el caso es que el señor nuncio no presenta la carta de Roma y sí cree que su reverencia fue a aquella ciudad a ver que no fueran a quitarle el mando y que también sustrajo la carta

enviada para mí, al vicario de Jericó y estas cosas lo tienen indignadísimo y no lo he visto que reaccione siquiera medianamente con la Congregación sino en el caso de que su caridad renuncie, pero yo lo dejo a su conciencia, porque puede ser que su reverencia todavía deba seguir con el gobierno a fin de cimentar la obra como se debe y no quiero asumir responsabilidades.

En vista de esto hablé con vuestra reverencia, padre mío y vi que opinaba que no debía renunciar, pues aún dudaba que ni por esto se calmaría el ánimo torcido del excelentísimo señor nuncio y que sería inútil mi renuncia.

Hablé también con el consejo y estaba firme en la misma opinión que vuestra reverencia. Sin embargo, continué creyendo que debía renunciar a fin de hacer cuanto estuviera de nuestra parte, para calmar la nunciatura, además, era cosa que contribuiría a acallar a los enemigos, quienes han tenido siempre la idea de que no quería largar el gobierno porque no me someto a nadie y que de todos modos había de estar mandando. Este precisamente era uno de los motivos que hacía a las hermanas repugnante mi renuncia, porque, decían ellas, que era tanto como darles la razón y el triunfo de los enemigos de mi pobre persona.

Entonces la reflexión que les hice de que darles ese triunfo a los enemigos era de mucha conveniencia, porque se calmaban siquiera por algún tiempo y que, además, si en este sexenio no ejercía el gobierno, como era verdad que no lo había ejercido, así, en caso de que en el próximo capítulo general, viera que todavía la Congregación debía recibir mi influencia, como superiora, podrían elegirme y entonces ya quizás, en esos seis años, se habría formado mejor alguna de las hermanas y me dejarían en paz, eligiéndola a ella.

Verdaderamente en mi interior, aunque deseaba dejar el cargo y reposar un poco sin mandar, y ejercitándome en la querida obediencia, antes de morir, siquiera un tiempcito, en mi interior, digo, está clara la idea de que mientras el espíritu no esté perfectamente desarrollado y algunas hermanas lo posean en toda su intensidad y mientras que no tengan los libros todos en los cuales puedan verlo como una realidad, debo ayudar a la obra, así con la autoridad, o por lo menos muy libre para ejercer esa influencia y acabar de darles a mis hijas lo que Dios ha dado para ellas. Así lo he confesado siempre, como bien lo sabe vuestra reverencia, pero también las otras razones son de mucha fuerza. Y verdaderamente la hicieron en el ánimo de vuestra reverencia y de las hermanas del consejo, con lo cual

convinieron en mi renuncia. Recuerdo, padre mío, que aún así no dejaron comprender mucho gusto en ello. Pero por encima de eso pasé yo para ver de calmar al señor nuncio.

Además, se convino en proponer a Roma una hermana que al encargarse del superiorato, me dejara la libertad necesaria para cumplir con la voluntad de Dios en cuanto a darles a las hermanas lo que les pertenece y aún está en mi alma y en el aire, esto es, sin escribirlo, ni aún enseñarlo, a lo menos en mucha parte. Convinimos, por consiguiente, en la reverenda madre María San José en quien concurrían algunas de las condiciones requeridas. Presenté la renuncia y el señor Toro se la comunicó al excelentísimo señor nuncio, dejándole a él el asunto de pedir a Roma el nombramiento de la reverenda Madre San José, pues reunir el capítulo general, era cosa muy costosa en las circunstancias actuales y casi un imposible hacerlo, en atención a la crisis monetaria del país y de la pobre Congregación que acababa de perder cuanto tenía.

El excelentísimo señor se mostró muy complacido y no tardó la respuesta de Roma nombrando a la madre San José, quien se posesionó por los tres años que faltaban para el sexenio, de modo que casi los tres los gobernó como encargada y los otros tres como en propiedad y hasta ahora parece que el señor nuncio está tranquilo.

Apenas puede creerse que haya a quien le guste ejercer la autoridad, aunque sea la menor, siendo una carga de responsabilidades tan terrible y sobre todo, siendo una verdad tan grande la de que el que manda es el que más obedece, porque ha de andar complaciendo y plegándose hasta a los caprichos de otro, con el fin de evitar males mayores y que sin embargo, tiene que llevar las cosas en orden y responder a los fines del Instituto. Dios mío, qué cosas las de la vida. Dentro de mí tengo que si no fuéramos los hombres, y la soberbia, y el deseo de honores, los que nos pusieran tontos, no habría quién voluntariamente asumiera los tales cargos de autoridad. Pero es una verdad, que hay muchos que desean tan terribles cargos y por consiguiente, nada tiene de raro, que se le suponga esa loca ambición a otros. Además, muchas veces no será ambición de mando lo que guía, sino el deseo de hacer el bien y de dar el don que se ha recibido y entonces no tiene por qué vulnerarse el proceder de algunos.

Por lo demás, no veo la hora de llenar este programa que Dios le ha dado a mi alma para mis hijas, para dejarme caer en paz, ya sea en una cama, ya en la tumba. Qué gusto dará al alma Dios cuando ya la vea sin

atenciones exteriores y amándolo a él sólo, esperando la hora de llamada, en un rinconcito entre humillaciones consiguientes a la vejez.

A muchos religiosos les he oído decir que piden a Dios para que los libre de llegar a ser carga para la comunidad por la vejez o por la enfermedad larga, pero jamás me he resuelto a desear evadirme de un estado de tanto rendimiento delante de Dios, porque me parece el más apetecible para morir y caer enseguida en los brazos de Dios, rejuvenecida por el mérito de la vejez y de la enfermedad. Además, el apóstol anciano ejerce o puede ejercer un apostolado valiosísimo con su humillación y sus dolores. Quizás no tendré fuerzas para cumplir la perfección de ese estado, pero confío en que el Señor me la dará, si me deja mucho en la tierra.

CAPÍTULO LXV

- VIAJE A ROMA - SALÍ COMO UNA NIÑA EN BRAZOS DE SU PADRE
- NO DEBEMOS FIARNOS DE LOS HOMBRES - MI AMIGA ANA
RAQUEL ISAZA - REFLEXIONES EN EL TREN - EN PUERTO BERRÍO
- EN EL RÍO MAGDALENA - EN CASA DE LAS HERMANAS DE LA
PRESENTACIÓN - MI CAMINO Y MI DESTINO - POR TIERRAS DEL
QUINDÍO - EN BUGA Y BUENAVENTURA - TRAVESÍA POR EL
OCÉANO - LA PROVIDENCIA DE DIOS - LA MADRE MAURICIO

Señor, Dios mío, yo te alabaré eternamente. (Sal. 29,13)

Viaje a Roma

Este viaje fue determinado por las circunstancias siguientes:

Al venir de Roma el reverendísimo señor Lardizábal, prefecto apostólico del San Jorge, escribió dos cartas hablando de la necesidad de aprovechar las buenas condiciones y cierto entusiasmo que notó por las misiones, para ir a pedir nuestro decreto. Además, dicho señor Lardizábal quiso afanarse por nuestros asuntos en Roma y halló que no se sabía de los documentos presentados desde 1925. A su vez, el ilustrísimo señor Toro, nuestro obispo en la casa generalicia tampoco pudo encontrarlos sino a su vuelta de Palestina y en estado de ruina y de abandono que hacía necesario hacerlos de nuevo.

Por ese mismo tiempo, por medio de Bernardo Ochoa conocí al reverendo padre Alberto, un agustino recoleto de Medellín que se afanaba por la Congregación y al saber que estaba en Medellín, dicho padre me visitó, muy a escondidas del ilustrísimo señor Caycedo y me manifestó ser hora de ir a ver qué se hacía con lo del decreto y que él me daría buenas cartas para Roma y me indicaría cuanto había de hacer.

Sabidas estas buenas intenciones del reverendo padre Alberto por el señor obispo y viéndole mucho agrado en la intervención de dicho padre, determinamos que fuera a Medellín vuestra reverencia, reverendo padre, a entenderse con él, ya que así lo deseaba y así tuvimos la seguridad de que debía emprenderse aquel viaje, muy de acuerdo todos.

Se procedió entonces a pedir las comendaticias a los señores prelados que tenían casas de nuestra misión en sus jurisdicciones, los siguientes:

Excelentísimo señor Crespo, arzobispo de Popayán

Excelentísimo señor arzobispo de Cartagena, quien antes tuvo casa y convenía su recomendación.

Excelentísimo señor Toro, obispo de Jericó y Antioquia.

Excelentísimo señor Guiot, vicario de los Llanos de San Martín.

Excelentísimo señor Afanador, obispo de Nueva Pamplona

Reverendísimo padre Currea, prefecto apostólico del Magdalena

Reverendísimo señor Lardizábal, prefecto apostólico del San Jorge

Ni pensar en pedirle comendaticia al excelentísimo señor Builes por la casa de Cáceres porque no la daría o la daría muy mala. Total que al hacer la relación de la Congregación se puso solamente que había una casa en Cáceres, pero que no se hacía caso de ella porque estaba para levantarse tan pronto como el señor obispo diera la licencia. Verdaderamente, en esa condición ha estado esa casa desde 1928.

Se hizo la relación que fue aprobada por el excelentísimo señor Toro y como las normas no indicaban que no se pidiera nada a la nunciatura, lo cual era muy corriente por tratarse de una comunidad de derecho diocesano y conociendo que él, el señor nuncio no se había prestado a conocer los asuntos de la Congregación, como verbalmente se lo manifestó a vuestra reverencia, doctor Elorza, no se pensó de ningún modo en tocar con él. Total pues, que ni había ley que lo indicara siquiera, ni creímos fácil que diera una buena recomendación por falta de conocimiento exacto de la Congregación, pues lo que conocía lo conocía por los enemigos de ella.

Después de dos meses de un trabajo abrumador, en el arreglo de todas las cosas, en el cual nos ocupábamos de la mañana a la noche, las hermanas María San Juan, novicia aún y la postulante María Escobar como dactilógrafas y esta servidora. Al cabo de los dos meses logramos terminar los trabajos y demás documentos a los cuales agregé el ilustrísimo señor Toro cartas para los eminentísimos cardenales prefectos de las sagradas congregaciones de la propaganda y de la de religiosos.

El consejo designó las hermanas que debían acompañarme y que, a pesar de volverse muy costoso, debían ser dos, debido a lo inhábil de mi pobre humanidad. Designaron a la hermana María de Lisieux por ser pru-

dente y aplomada de carácter, así como muy virtuosa y a la Hermana María de Betania por ser muy hábil para el aprendizaje de las lenguas; ya tenía algunas nociones de italiano. Ambas estaban en el Cauca, por lo cual salí con la reverenda Madre María San José que iba como visitadora a aquellas casas del Cauca. Era la que quedaba encargada del gobierno de la Congregación.

Salí como una niña en brazos de su padre

Salimos el ocho de marzo, aunque el viaje estaba ya arreglado para empezar el seis. Pero supe que el ilustrísimo señor Obispo deseaba que asistiera a la profesión de la Hermana María de la Madre de Dios y el ocho, después de asistir a la ceremonia, salimos.

En cuanto al ánimo con que salí, debo decir ingenuamente aunque iba a dejar la Congregación por bastante tiempo en manos de hermanas muy jóvenes en religión, encargadas de las tres casas de Antioquia, y del generalato a la reverenda Madre San José de muy poca experiencia, no se inquietó ni turbó en lo mínimo, sin duda por este vacío que hace tanto tiempo, se ha hecho en mi alma, de todo absolutamente de todo... Efectivamente me siento como una pluma que recorre el aire en alas del viento, ¡al contrario de lo que pasa con mi pobre humanidad que cada día se hace más difícil y pesada! Sé que Dios, Padre y autor de todo, pesa mide y dirige todas mis cosas con su suavidad profunda, y así, ¿qué ha de inquietarme?

Salí pues como una niña en brazos de su padre. Ni lo que dejo me inquieta, ni el medio enteramente nuevo para mí, en el cual se desarrollará el viaje ni el negocio que me lleva, me intimida, ni lo que encontraré después, me anima. Sólo me mueve el cumplir tu santísima voluntad, Señor de mi vida. Ni el más leve asomo de curiosidad y deseo de conocer ni de cambiar, ni de nada, se mueve en mí. Vos Señor, únicamente, lo movéis y por Vos seguiría mi viaje hasta el polo. ¿Enferma o sana, en casa o fuera de ella, muerta, aquí o allá, qué me importa? Perseguida o laureada, entre los míos o lejos de ellos, siempre estaré en Ti, ¡Oh mi Reposo sempiterno! ¡Oh mi Sábado permanente!

La salida y en general el viaje había de hacerse con sumo sigilo porque hay fundadísimas razones para creer que, si los reverendos padres carmelitas y el señor Builes llegan a saber que salí para Roma, pondrán cuantos obstáculos puedan al negocio que nos lleva a la ciudad eterna.

A veces pienso que ni son muy responsables estos queridos enemigos de la Congregación y de mi persona porque realmente al ver una obra como ésta, en manos de una mujer como la que suscribe, bien pueden creer que hacen un bien en desbaratarla y por eso los culpo muy poco y creo muy disculpable a veces su actitud hostil.

En fin, ayuda a nuestro sigilo el que las cosas se han puesto de tal modo que los que conozcan mi salida pueden creer que voy enviada por carísima Madre San José a trabajar en una de nuestras misioncitas del Cauca, con el fin de cambiar de clima. Dios quiera que así suceda, dijimos, y si no sucede así, habremos puesto lo que está en nuestras manos para evitar perjuicios. Lo dejamos todo en manos de Dios que es el dueño de los corazones y sabe cuándo ha de cambiarlos aún sin que ellos se den cuenta. ¡Ya lo tengo visto! El Señor es mi reposo en las tempestades.

A las dos de la tarde del día ocho salimos, dejando todavía en la casa al reverendo padre Pardo, salesiano, que había venido a predicar en la ceremonia de profesión. De paso por Sopetrán nos despedimos del buen amigo doctor Abundio Posada y hasta él que muy reservadamente conocía el proyecto del viaje a Roma, quedó convencido de que iba al Cauca. Efectivamente, sí iba a pasar por aquel departamento para salir al Pacífico por Buenaventura.

¿Y mi alma? Un lago en calma. Sentía el peso de aquella empresa tan difícil como si fuera de corcho. No me pesaba ni me empeñaba en medir sus dificultades. ¿Y eso para qué, me pregunto. Si no ando sola, si vas conmigo, Señor de mi alma, si la carga es siempre inferior a mi confianza? ¡Era sábado!

En Medellín tomamos un auto para seguir a Belén a casa de Carmelita, en donde debía recibir la muy anunciada visita del reverendo padre Alberto, la representación de tu Providencia, Dios mío, como la veíamos entonces... Allí debía recibir sus órdenes para evitarme dificultades en Roma. ¡Y en general, la experiencia, ciencia y santidad de este padre debían de iluminarme muchas cosas para viaje tan difícil, según me lo ponderaban! ¡Qué estrechas son las miras de los hombres! ¡Cuán fácilmente fallan! ¡Bendito seas Señor de mi vida, porque sólo Tú no faltas y eres fiel en tus promesas!

Era, además, la primera vez que me veía con Carmelita después de que ella vivía independientemente de la Congregación. Creí encontrarla todavía un poco resentida; pero, lejos de eso, parece que hubiera abierto los ojos a la razón y me recibió con suma cordialidad. Con todo, Dios mío, no

quiero fiarme de esto, me dije, para volver a encadenar la Congregación a un yugo de agradecimientos que de ningún modo creo que entre en tus designios, Señor de mi vida. Sostener la caridad y la cordialidad y nada más. Que la santa caridad no se divida; ¡pero lazos que encadenen para el mejor servicio de Dios o hagan difícil la paz no los quiero Señor! Ya sabe vuestra reverencia cuál era el motivo porque al lado de Carmelita era imposible la paz. Si bien es verdad que la tolerancia de parte de las hermanas la sostuvo muchos años; pero el inconveniente que antes he apuntado, existía lo mismo.

No debemos fiarnos de los hombres

Al día siguiente, domingo, la Madre San José, se vino a Medellín a entregar en el Buen Pastor, dos ovejitas descarriadas que había logrado coger en Antioquia y que habíamos llevado. También se presentó este día don Bernardo Ochoa con la noticia de que el reverendo padre Alberto no iría. Grande fue mi sorpresa, pues sus compromisos espontáneamente hechos eran muy serios y yo casi me había formado la idea que sin las instrucciones de aquel padre, todo lo del viaje fracasaría.

- ¿Y por qué no iba el padre?
 - Pues porque estaba muy ocupado, respondió don Bernardo.
- Fría respuesta de la cual no pude sacarlo.
- ¿Y no escribe el padre a su procurador en Roma para que él me indique y patrocine nuestro asunto?
 - Pues no, respondió secamente Bernardo.
 - ¿Pero si ofreció tanto y si cuento con él para todo y por eso no llevo previsto ningún otro agente en Roma, pues que él había ofrecido a su procurador?
 - Pues no escribe, replicó escasamente el emisario.
 - ¿Es que ha cambiado de opinión respecto de nuestra Congregación? le pregunté.
 - No, respondió, es que está muy ocupado.
 - ¿Y si me demoro más de un día, sí podrá venir?
 - No, tampoco, replicó Bernardo.
 - ¿Pero, qué es pues? Pregunto de nuevo.

- Eso no lo sé yo, replicó el pobre Bernardo, apurado ya.

¡Total que no había que contar con aquello que creíamos gran palanca para el asunto! Pero efectivamente sí lo fue en cuanto a la determinación del viaje, pues quizás sin que él lo tomara tan a pecho como lo tomó, el señor Toro no se hubiera resuelto a dejarme ir todavía. Todo lo diriges, Señor mío, con sabiduría.

Además, esto es una nueva lección de lo poco que debemos fiarnos de los hombres. Ellos son los medios de la Divina Providencia y nada más. Además, Dios es tan rico en medios, que no debe dárse nos nada cuando algunos fracasan, en otros tendrá Dios el socorro que nos ha de dar.

Antes de conocerte, Dios mío, como te conozco hoy, la inconstancia de los hombres casi me descorazonaba y me hacía la impresión de una plancha helada sobre el pecho. Pero después que te he conocido mejor, la inconstancia de los hombres, lejos de descorazonarme provoca mi compasión y hace más fuerte mi confianza. Me arroja más seriamente en tus brazos.

Cuando ya salía de Medellín, llegó una mala carta del reverendo padre Alberto para su procurador. La llevaré, me dije, como la llevara el correo y Dios tendrá en Roma quién me ayude. Que no conozcamos ahora ese sujeto por Ti Dios mío, previsto, qué importa si Tú lo conoces y él nos saldrá a su tiempo. ¡Bendito seas! Allí en Belén supimos que no había barco en el Magdalena hasta el miércoles y fue preciso esperar tres días. En ellos estuve dos veces con Ana Raquel Isaza, la amiga que nos acompaña en todas nuestras vicisitudes y nos ha acompañado siempre.

Mi amiga Ana Raquel Isaza

Desde que, después de la persecución del doctor Alfonso Castro me tendió la mano llena de caridad, dedicándose espontáneamente y llena de caridad a darnos a mi mamá y a mí, lecciones de dulces y pastas de modo que pudieran darnos algún rendimiento en época de tanta penuria, como fue aquella para mi pobre familia. Fue Raquel siempre como el árbol destinado por Dios para darme sombra cuando las persecuciones han arreciado. Siempre me acompañó en lo de gestionar la obra que dio origen a la Congregación. Ella contribuía no sólo con su ayuda personal sino que hizo siempre el gasto (que no fue pequeño) de los telegramas que para todas partes dirigía yo en busca de auxilio espiritual y material para emprender la obra de los indios. Ella, en una palabra, ha recogido todas mis lágrimas y participado de todas mis alegrías desde la época que llamo de

"Carta abierta" o sea desde el tiempo de la persecución del doctor Castro.

Por esto, ella era depositaria del secreto del viaje a Roma. Tanto ella como Carmelita en esta vez, tenían sus encargos para hacernos ya a favor de la Congregación, ya en favor de otras obras de la gloria de Dios.

Reflexiones en el tren

Salimos por fin y el viaje de Medellín a Puerto Berrío fue como siempre, un medio día de cansancio físico en el ferrocarril, día de reflexiones y de unión con Nuestro Señor, ya que los adelantos del hombre mueven siempre a pensar en Dios, origen eterno de toda ciencia y la inacción en que uno va en el ferrocarril naturalmente le deja al espíritu libertad y cada uno lo aplica a lo que forma su atractivo. ¡El mío no podía ser otro que el Dios por quien suspiro! ¡El Amor único que satisface las ansias de mi alma! ¡El que hará sentir a mi alma todas las vehemencias y todas las agonías mientras que no le vea en la Patria!

Era la primera vez que pasaba el túnel de La Quiebra y al atravesarlo pensé mucho en aquello de Santa Teresita, cuando pasaba por la oscuridad de una prueba interior, decía que su alma pasaba por un oscuro túnel, porque ni Dios ni el cielo se dejaban sentir en su alma y la negrura de una casi absoluta negación de fe, hacía sombra en su hermoso interior ¡Ay! Me dije entonces, la santita de Lisieux no conoció los horrorosos túneles de mi alma, pero como ella decía, las penas son más o menos grandes según el corazón que las lleva y así como mi alma es menos sensible que la suya, ha necesitado Dios apretarme más la mano.

Eso mismo me lo dijo en pocas palabras un ilustre señor obispo, cuando todavía mi alma no había entrado en el piélago de dolor que la ha inundado, cuando apenas divisaba las orillas de ese vasto mar de la tribulación. Te confieso, me dijo, que tu pena actual es grande sobre toda ponderación, otra persona con ella apostataría. Con esta palabra me quedé helada de espanto porque a pesar de mi pena, mi fe era un faro, un muro inquebrantable. Al hacerle esa reflexión me repitió lo mismo y me dijo cómo debía agradecer a Dios eso que era una gracia muy señalada. Luego me dijo: Como el Señor te ha mandado penas y penas y tú no te inmutas, pasando por ellas cual si nada sintieras, por eso ahora te aprieta la mano. Más tarde he venido a comprender esto muy bien. Los túneles de mi vida han sido antros espantosos, pero en ellos me he sentido contenta de Dios, aunque no lo sienta. ¡Bendito sea Él para siempre!

Mientras se atraviesa el túnel de La Queiebra se siente la escasez de aire de modo molesto. Mi pensamiento me llevó a reflexionar en la asfixia espiritual y material de los que han salido del radio de tus misericordias, oh Señor mío. Pobres de los pecadores que no conocen su estado. ¡No pueden dolerse de su triste suerte! ¡Ah! Con razón se dice que el Espíritu Santo es dulce refrigerio porque Él es el aire del alma justa. ¡Es el viente-cillo suave que la refrigera, es el aliento de las almas amantes! Pero, ¡qué contrastes en mi pensamiento durante el corto trayecto del túnel. ¡El infierno con su eterna asfixia! El cielo con el aire purísimo del Espíritu Santo que produce gozo, descanso y paz.

Al salir del túnel, ¡cuánta animación! ¡Cómo parece más hermosa la luz del día! Así será al otro lado del túnel de la muerte. ¡Cómo lucirá entonces la luz clarísima del cielo, del descanso de aquella carga terrena! ¡Oh los justos sentirán entonces lo que nadie supone siquiera, se sentirán recompensados hasta lo increíble de las fatigas de la tierra, que entonces les parecerán como ligeras aristas que desaparecen en ráfaga de viento!

En Puerto Berrío

A las siete y media de la noche llegamos a Puerto Berrío. El barco anunciado no había llegado y no teníamos a dónde pasar la noche. El Hotel Magdalena para mí inaccesible por sus enormes escalas y no cuadra de ningún modo con mi modo de ser y de sentir, por lo cual hace mucho tiempo que les he dicho a mis hijas que busquen un hospedaje sencillo y más conforme con la humildad de nuestro puesto. Si bien ha habido ocasiones en las cuales no hemos tenido otro recurso que ir a él.

Medio arrastrada, pues el cansancio unido al mal estado de mis piernas y riñones, no lo permitió de otro modo, me llevó la madre San José a un hotelito que tenía recomendación de honradez y moralidad, al menos. Pero resultó que la única pieza que servía para nosotras era alta y había que subirse por una escalera por la cual no cabía mi pobre humanidad, ni mis piernas estiraban tanto que pudieran pasar sus peldaños.

A pesar pues, de un cansancio abrumador fuimos a casa de misia Jesuita Urrea, no obstante la mucha pena que tuvimos en molestar a esta buena amiga. Para llegar tuvimos que recorrer varias cuadras que se me volvieron leguas por el gran cansancio. Esto me produjo una palpitación terrible de modo que cuando me presenté a misía Jesuita creyó que me estaba ahogando y tuvo la impresión más desagradable. Pero no fue esto sólo,

sino que como yo no comprendí por qué se alarmaba ella, creí que era porque no tenía modo de hospedarnos con lo cual se aumentó nuestra pena. Esta señora ha sido finísima con la comunidad, ha venido a quedar en tal pobreza que se siente corrida y en dificultades cuando vamos a su casa, porque ella quisiera atendernos muy bien y no puede.

Pasamos allí la noche muy bien, pero mi cansancio y la dificultad para moverme me hacían ver aquel viaje casi como una pesadilla enorme. Se me ponían delante tantas y tantas dificultades. Sin embargo, cuando estaba más en mí, me entregaba en tus manos, Dios de mi corazón y el alivio acudía a mi alma. Naturalmente que de estas cosas nada le dejaba comprender a la hermana que me acompañaba, porque quizás ella, al ver mi casi absoluta incapacidad, hubiera resuelto por encima de mí misma que volviéramos y entonces... Me estremecía de pensar en que dejaba de hacer algo que fuera de tu gloria Dios mío, aunque fuera con el sacrificio de la vida.

¿Recuerdas, Dios mío, y perdóname Señor la palabra recuerdas, que con quien no tiene memoria no debe usarse, que algunas veces te dije que si me permitías trabajar por los pobrecitos indios, te prometía caminar y caminar y que cuando las piernas y el cuerpo no lo pudieran hacer, caminaría en busca de las almas, con la voluntad? ¡Si, Dios de mi alma! Literalmente con la voluntad, caminaba en aquel viaje y ya muchas veces en excursiones en las misiones, me ha pasado llegar hasta que las piernas pierden el movimiento y seguir arrastrándolas. Cualquiera dirá que no estoy obligada a tanto y que Dios no pide imposibles, pero yo siento dentro de mí que, en virtud de mi santo llamamiento, sí estoy obligada y además, si Dios no pide imposibles a todos, sí los pide a aquellas personas que no han de decirle que no a nada y luego Él hace la obra para la cual la voluntad se ha prestado.

He aquí el por qué no debo retroceder en el punto en donde los demás lícitamente retroceden y la explicación de por qué ha salido esta obra misional de la Congregación. Esta pobre sierva le dice que sí a lo imposible y Él bien servido con esa voluntad que se le ha rendido pone lo demás y las obras han resultado. ¡Bendito sea el Señor! Los hombres han pensado que es vanidad, y audacia, y ambición, el acometer esta obra. Pero yo oigo sin culpar, tales apreciaciones y me repliego en aquel que sabe muy bien lo que hace y cuál es mi interior. ¡Oh! ¡Y quién me diera que estas verdades fueran conocidas por muchos para que alabaran la inmensa sabiduría del Dios de mi corazón!

En el río Magdalena

Habíamos comprado los tiquetes para el barco, llamado El María y no llegó aquella noche, lo cual nos perjudicó, pues de lo contrario hubiéramos salido en un barco que partió de Puerto Berrío pocas horas después de haber llegado nosotras. Tuvimos que esperar mucha parte del día en Puerto Berrío, llenas de pena al ver a Jesusita apenada por no tener manera de atendernos y ya tarde llegó el ansiado barco y como llevábamos recomendación especial del gerente, quedamos muy bien instaladas, con una camarera buena y atenta a las órdenes. Dentro del barco estuvimos en el Puerto todo aquel día, sin que pudiéramos explicarnos el motivo. Por la noche cuando vimos el barco lleno de señoritas y caballeros del puerto, entendimos que esa demora obedecía a que el señor capitán tenía compromiso de divertir amigos allí, con una película de cine por la noche ¡Dios mío, cuánta paciencia hay que tener con los pobres desocupados que desean divertirse! ¡Dios mío! Esto sin duda será nuevo modo de atraer pasajeros, ideada por las compañías de transportes, ya que ha llegado el tiempo en que sin placer y placer ilícito no se quiere viajar. ¡Dios mío, apiadaos de tantos ciegos!

Quisimos excusarnos de la reunión, pero el señor capitán se presentó muy afanado porque también el obsequio era para nosotras y aseguraba que la película era linda y muy moral. Sea nos dijimos, estaremos en ella a fin de que este señor salga con su obsequio y según sea la película nos servirá para algo y si fuere indiferente, nuestro interior será el asilo que busquemos para defendernos de lo inútil y disipador. Por otra parte, se trataba de un barco de la Compañía Antioqueña cuyos dueños son piadosísimos y me pareció bastante garantía para pensar que sería muy buena. El mismo capitán era sobrino del gerente, de pasta y familia piadosísima. Nada pues me parecía que teníamos que temer.

¡Pero Dios mío, el mal lo invade todo! Aquella película resultó inmoralísima, de modo que sin terminarla nos retiramos al camarote con la pena de pensar en aquel grupo de niñas y jóvenes que presenciaban y quizá gustaban la obscenidad de aquella pieza desmoralizadora. Dios mío, ¡quién creyera que hasta los buenos pierden las almas por interés de lucro! ¿Qué es esto, Dios de mi amor? ¡Que los amantes del placer vayan a buscarlo a los teatros y demás centros para ello destinados, vaya; pero que los buenos le propinen el veneno a quien no lo está pidiendo, ni quizás lo quiere y sólo por darle auge a su negocio! ¡Eso, Señor mío, casi no puede uno sufrirlo! Dios mío, Amor de mi alma, ¿qué pudiera hacer para resarcirte de todo esto?

Al día siguiente hablé con varios pasajeros y me manifestaron el mismo descontento con el engaño y por la película. Si los pasajeros buenos no protestan llegará el día en que no podrá viajar sin participar de lo que la conciencia rechaza o sin echarse encima el odioso título con que señala el mundo a los que no le siguen en sus desórdenes.

El barco partió a la madrugada, dejando el puerto con el aviso de la llegada de un barco hermano del que salía y que sin duda, daría el mismo espectáculo. ¿Y quién hubiera creído que ese pobre barco al llegar a la Dorada había de quemarse totalmente y perecer en él el joven capitán? Así lo supimos algunos días después. ¡Dios! ¿Sería acaso un castigo? ¿Y escapó el nuestro tan culpable? ¡Ay Señor, qué inexplicable son tus designios!

Muy temprano del segundo día de navegación llegamos a La Dorada y tomamos el ferrocarril que había de llevarnos a Ibagué. Ya habíamos arreglado con la señora Ana Cárdenas de Molina que viajaba sola para Ibagué, a fin de prestarnos mutuo auxilio en los puertos bien conocidos ya por las dificultades que presentan los innumerables estafadores y negociantes que se presentan a los viajeros fingiendo atención y prestando engañosos servicios. Y no fue en vano aquello porque como a ella salieron a encontrarla a Beltrán, pudimos estar muy amparadas.

Algo muy providencial nos ocurrió en Beltrán: Sacó la madre San José el portamonedas para darle limosna a un pobre y no supo más de la monedera. Después de andar por varios lugares necesitó dinero y, ¿en dónde está la monedera? Inquieta vuelve a buscarla... solicita con el pobre mismo que había recibido la limosna a ver si él había observado en dónde la había guardado. Nada sabe el pobre...

La madre asegura haberla vuelto al bolsillo... vuelve y revuelve aquel bolsillo... lo vacía por si estaba roto... nada! Al fin, la tranquilicé diciéndole que no debe inquietarse ni buscar más, pues la viveza de los rateros sin duda había hecho su agosto. Se tiene ahora tanto arte para robar... Por otra parte, en un sitio tan lleno de gentes que pululan como un hormiguero, era imposible averiguar nada. Tranquilizándola encomendamos a Dios el caso y subimos al auto que debía llevarnos a Ibagué y partimos a gran velocidad. Ya casi llegando a Ibagué nos movimos de los respectivos puestos a fin de colocarme al lado del chofer y descansar un poco, cuando después de volverse a sentar pone la Madre San José las manos sobre las rodillas y siente que caen sobre algo extraño... mira y ... ¡era la monedera con todo su contenido que ascendía a unos seis pesos!

¿Cómo vino a dar aquella monedera allí? ¿Quién lo sabe? Pero es preciso confesar que casos de esta clase le suceden frecuentemente a la Madre San José. Es desmemoriada y descuidada hasta ejercitarme no poco la paciencia, pero jamás le salen mal las cosas. De todos sus descuidos la saca Dios adelante. Todos sus disparates se los hace salir al derecho. Aunque coja brasas en la mano no le quemar. Bendito sea el Señor que así paga la generosidad con que ella quiere servirle y, ¡quién pudiera hacer que ella le fuera siempre y en todo fiel!

El único mal, es que yo no dejo de reñirla por cada disparate, no me puedo acostumbrar a sus descuidos. Claro que al ver cómo Dios le saca siempre, le bendigo y admiro la delicadeza con que recompensa su confianza.

En esto de la monedera no la reñí porque ya he empezado a comprender el método de Dios con las personas de tan buena voluntad, como la madre San José. ¡Ay, Dios mío! ¡Cuándo sabré imitarte en condescendencias tan delicadas! ¡Que sea pronto, Señor! ¡Que sea pronto!

En casa de las hermanas de La Presentación

Llegadas a Ibagué nos fuimos a casa de las Hermanas de la Presentación en donde fuimos recibidas no sólo bien, sino hasta con entusiasmo. Son las hermanas de la Presentación tan buenas y tienen tanto celo de la gloria de Dios que quieren cuidarnos en donde quiera que lo necesitemos, ¡únicamente porque buscamos las almas! Por eso ruego a Dios que sea Él quien les pague y confío en que las colmará de sus gracias.

Allí, en Ibagué, estaba la reverenda Madre Julia, religiosa francesa de un celo excepcional con un grupo de hermanas que han sabido recibir el calor de su corazón y que fervorosas tienen un colegio de mucho nombre.

Pero, Dios mío, excitada por las diferentes preguntas de estas hermanitas, como suelo hacerlo a las hijas, de lo de botar el bulto y de mi anhelo apostolado ultra-terrestre, y, Dios mío, en las que me metí, sin pensarlo. Mis palabras iban llamando la atención, no obstante ser entre mis hijas las más comunes, porque no advertían que eran originales de mi lenguaje y no tuve más remedio que explicarles a las hermanas esas ideas como suelo hacerlo con las hijas. Les hablé de esto que llamamos "Botar el bulto" y de mi anhelo "Apostolado ultra terrestre". ¡Dios mío, cómo me dejé llevar de mis ardores delante de estas hermanitas tan extrañas!

Mi camino y mi destino

A estas dos ideas puedo yo llamar mi camino la primera y mi destino la última. ¿Y cómo no ha de ser mi camino el botar el bulto, cuando me lo pides, Señor de mi vida, desde mi más tierna infancia y aún ahora cuando el bulto sólo se me asoma para ser pesado y feo, me llamas a esa desnudez y abandono del yo tan absoluto? ¡Sí, es mi camino y por él he de llegar a Ti, Único Bien mío!

Y por qué no ha de ser mi destino el apostolado ultraterrestre, cuando aquí en la tierra me habéis llamado, Amor de mi alma, al apostolado y no sois de los que da y quita. Además, lo he cumplido aquí con tan imperfecto modo, tan en pequeño que en la otra vida me dejarás hacer lo que aquí tanto ansío. ¡Esa esperanza reposa en mi corazón!

Mi camino, como queda dicho, el único que me dio perfecta paz, consiste en lo que diré después.

En el afán de ser buena para agradar al Señor pasé muchos años de mi vida. Después de haber ejercitado las virtudes con la mayor rectitud posible, no me resolvía a creer que era buena, aunque las virtudes no me eran ya difíciles y a pesar de que eran ya en sí, hábitos bien formados y que se imponían a mi alma, de modo que parecían ya como nacidas en mi alma algunas de ellas de modo sobrenatural, por decirlo así. Eran como corrientes eléctricas que me impulsaban hacia el bien como sin esfuerzo ninguno.

Cualquier día, me dije: Si llego a creer que soy buena, tengo miedo a la vanidad y además, ¡qué vacío me deja esa palabra ser buena! ¡Ser buena, qué cosa tan insípida! ¡Y aún ser santa, qué cosa tan poquita! Me parecía, como todo lo humano, pesado y poco... Y sin embargo, mi ideal de toda la vida era ser santa. ¡Qué hastío sentía por todo entonces, padre mío! Eso de gastar la vida adornando con virtudes y actos buenos mi pobre bulto, mi miserable personilla, me parecía más vacío que el viento. Así estuve por algunos días y en mi hastío no acertaba a conocer ni a oír tu palabra soberana que en caracteres claros pintaba en mi alma un conocimiento verdadero de mi destino, de mi camino hacia Ti, ¡Luz de mi vida! ¡Embeleso de mi existencia! Entonces comenzaste a alumbrarme mostrándome cómo multitud de almas puestas en el mismo estado en que yo me encontraba se habían perdido porque, o se habían envanecido de lo hecho o se desalentaban al ver el vacío de lo alcanzado y el constante peligro de perderlo. Veía claro aquello de: No guardéis vuestros tesoros donde el orín y la polilla del

cansancio y del desaliento los echan a perder. ¡Es necesario trabajar de otro modo! Pero no lo veía, Jesús amado, aún no era tiempo.

En medio de esa luz se me presentaban tantas almas que, llegadas a cierta altura estaban como estancadas en un no tener por dónde seguir y de otras que en su ansia y desaliento se volvían a pedirle al mundo, al demonio y a la carne, migajas de su mesa para acabar de llenar el vacío de su alma y luego volvían a los afectos de la tierra y a gustar de lo que en un tiempo habían arrojado lejos de sí por seguir el llamamiento a la virtud. Frecuentemente en este estado se vuelven amigas del regalo como en desquite de las privaciones pasadas. Qué claro vi entonces, Señor de mi vida, que Tú llamas de diferente manera y que hay almas cuyo llamamiento necesita un blanco más alto que el de la propia santificación para asestar los tiros de su aljaba.

Entonces me dije a mí misma: Conozco que la mayor gloria de Dios en mí está en mi santificación, pero qué mezquino me parece no darle sino esa gloria, la que le corresponde por mi propia personilla. A la vez que esto pasaba se me grababan en el alma estas palabras: "¿Quién podrá volver puro al que en impura simiente fue concebido? " Necesito buscar algún camino que me lleve a obligar a Dios, por decirlo así, a sacarme de esta bregadera tan inútil y a ponerme de tal modo que ¡ÉL, que sí sabe hacer santos, haga la santa, si le parece, mientras que yo me ocupo en algo que dé resultado!

Así en este estado esperé la luz divina algunos días, absolutamente tranquila, porque mi confianza era ya rebosante. ¡Bien pronto fue formándose dentro de mi alma la respuesta que disteis a mi confianza, Dios de mi corazón!

Sentí profundo fastidio de trabajar por mi propia santificación, sin dejar de ver claro que es mi primer deber el conseguirlo. Hondísima convicción de que sólo Dios puede hacer santos y grandísimo deseo de hacer algo por Dios, por su gloria, pero algo grande y desinteresado. ¡Estos tres sentimientos no definidos sino grabados en mi alma, me iluminaron acerca de mi camino especial, de mi llamamiento, del objeto de mi creación!

Os dije entonces, Amor de mi vida: No quiero ya trabajar más haciendo de la miserable Laura la santa que necesitas. Yo la arrojo lejos de mí, la boto por decirlo así, porque no quiero perder más tiempo. Ya lo sé que mientras más visto el tal bulto, más desnudo está, mientras más lo adorno, más feo me parece; mientras más lo aliño, menos bien me sabe la tal Laura.

¡Es este un trabajo demasiado ingrato! ¡Voy a botarme en tu presencia soberana, a dejarme dentro de tu inmensidad y no volveré a trabajar por rezago tan ingrato! ¡Voy a ponerme a trabajar sólo por darte gloria, porque Tú, Bien mío, eres Todo. ¡Eres digno de gloria y de amor! Laura, por el contrario, es sólo digna de ignominia y de olvido. De hoy en adelante, si ejercito las virtudes no será para que el bulto resulte virtuoso ni para que sea santa, porque al fin de todo, los santos son grandes, los santos valen porque son monumentos de tu gloria, porque te ensalzan sobre todas las criaturas ¡y no son felices por su propia exaltación, sino por tu glorificación! ¡Pues, ejercitaré las virtudes, sólo por agradarte, por glorificarte... ¡Por agregar un jirón de gloria extrínseca a tu Ser! Te recibiré en la Sagrada Comunión, no porque lo desee, sino porque Tú deseas venir a mí. ¡Me confesaré no por tranquilizarme, porque al fin de todo, qué vale la tranquilidad de una pecadora, sino para honrarte con mi confesión, con mi dolor, con esa absolución, brote dulcísimo de tu misericordia. Me alimentaré, dormiré, etc. porque te agradas en ello, no porque mis necesidades deban ser satisfechas, pues bastante poco derecho tiene una pecadora! ¡Todo, en fin, lo haré para el aumento de tu gloria! Por agradarte, por conseguirme amadores... por aumentar el fervor de ellos, etc.

Perdida Laura en su profundo desprecio, ¡ve Tú, Amado mío, qué haces de ella! ¡En cuanto a mí, ya sé lo que debo hacer contigo, Amor Eterno, de todas las vidas! Si amo al prójimo, y lo amaré mucho, será porque es hechura tuya, porque es el elemento que puede glorificarte, porque Tú lo amas hasta el delirio de la cruz. Si trabajo por las almas y trabajaré hasta el último suspiro, será por coronarte con ellas. En fin, ¡sólo tu gloria! ¡Sólo porque te conozcan en la tierra, me importará de hoy en adelante!

¡Ay! Desde aquel día comencé a conocer que sólo tu gloria tiene razón de ser, buscada en la tierra y en los cielos y el hastío huyó de mi alma como si hubiera sido un suspiro que hubiera contenido en mi pecho. Desde entonces el fervor es permanente en mi alma, porque el ideal creció por encima de mi capacidad. Me sentí verdaderamente ajena, ocupada por un interés digno y llena de fuerza.

Desde entonces, el bulto propio, es una cosa de Dios y no un interés mío. Sé que Dios lo mira... lo ama... y si quiere, Él hará la santa, cosa que celebraré, porque es glorioso para Él.

Éste es mi camino, la vía que sigo para realizar el fin de mi existencia. A veces pienso que era mejor no saber que en ello agrado a Dios, ¡aunque quiero con toda mi alma que Él sea agrado! ¡En sólo Él que es mi luz

puedo comprender, sin fórmula externa, estas cosas! ¡Estas cosas al parecer tan incompatibles!

Dije, padre mío, que les había hablado a las hermanas de Ibagué de dos cosas de las que llamo mi destino y mi camino.

Queda indicado el primero, me resta indicar el segundo que llamo el Apostolado Ultraterrestre. Voy a referirlo con duda de si en ello hago una repetición, pero es que como he escrito esto en tantos años, hace nueve que lo comencé, no me es posible recordar bien lo que queda dicho, ni el tiempo me permite ponerme a hojear tantos legajos de papel emborronados con estos recuerdos.

En el año 1924, cuando hacíamos la fundación del Sarare y en el Sarare mismo sentí tal desolación al considerar que con la vida se me acabará el apostolado en que el Señor misericordiosamente me tiene en la tierra, por lo cual, sentí verdadero y profundo dolor y en él pasé varios días, sin ver consuelo alguno.

Pero de pronto me dije, llevada de una convicción grande: ¿Acaso Dios despoja a nadie de las gracias que le ha dado sólo porque entre en el cielo? ¿Y ha de quitarme tan misericordiosa gracia porque dejo la tierra? ¡Eso no puede ser y no será así! ¡Penetrada de esta luminosa idea, rogué al Señor de mi alma que se dejara servir de esta pobre sierva, permitiéndole continuar desde el cielo el apostolado de la salvación de las almas!

¡Ay! ¡Y qué bello apostolado, sin las impotencias de todo género que en esta mortal vida hacen tan mezquino el resultado de nuestro pequeñito esfuerzo!

Llena de las mil facilidades que dan las dotes de los cuerpos gloriosos: ¡Con agilidad, sutileza, ubicuidad, etc. Dios mío! Y armada con tu poder del cual podré disponer como la esposa dispone de lo del Esposo, sin las imposibilidades del espacio, ni de las distancias, ni de nada! ¡Cómo recorreré el mundo de polo a polo poniendo medios de salvación para las almas y rompiéndole redes al mundo y al demonio! ¡Cómo llegaré, me decía, al lecho de los agonizantes, apartando al demonio y excitándoles ideas de conversión y de dolor profundo de sus pecados! Y en las misiones, ¿qué no haré Dios mío? ¿Y cómo teniendo conocimiento de los designios de Dios y sus misericordiosas miras, no les abriré camino? ¿Y cómo visitaré al Santo Padre y a los Obispos para hacerlos arder en celo? ¿Y en fin, qué tramas no les pondré a los designios de los pecadores?

Estos pensamientos que eran verdaderos sentimientos en mi alma, tan luego como nacían en mi entendimiento, me inundaban el alma y ardía mi corazón de tal modo que de allí en adelante no siento pena de dejar el apostolado del sufrimiento al morir. Entonces sí te dije, Amor mío, la palabra aquella: ¡Cuando quieras Señor! ¡Cuando quieras! ¡Cuando quieras alzar con esta pobre criatura, pero no me dejes reposar en el cielo mientras Tú seas desconocido y ofendido en la tierra!

Sí, Dios mío, lo sabes, no quiero reposar en tu regazo y saber que en la tierra te ofenden y te desconocen! Consiento en no sufrir en el cielo, puesto que es incompatible el cielo con el dolor, pero no me dejes en reposo, éntrame en la misericordiosa trama de tus misericordias y envíame muy armada de gracias y poderes a la tierra, a buscar las almas, delicias de tu corazón! Si en el tiempo depositaste en la Iglesia poderes y gracias para las almas, para conquistarte el trigo de tus graneros, ¿por qué no has de vencer a aquellos que inutilizan esas gracias y poderes, por ignorancia, por debilidad y aún por malicia casi inconsciente, valiéndote para ello de un nuevo medio, de este apostolado ultraterrestre que te pido? ¿Acaso los recursos de tu misericordia no son inagotables? ¡Si en el hombre la malicia rebosa, en tu corazón la misericordia se desborda y tu poder que es infinitamente mayor que el demonio, que el de toda la malicia humana, vencerá Dios de mi alma! ¡Tus graneros se verán llenos y entonces sí me entrarás en el delicioso reposo de tu Espíritu Santo!

Si has tenido, Bien mío, la misericordiosa condescendencia de asociar al hombre en la tierra a la grande obra de la salvación de las almas, por qué no has de tenerla en el cielo? Si, como dicen los libros santos, te complaces en hacer la voluntad de los que te temen, de los que te aman, por qué no has de conceder este dichoso apostolado a quienes te lo piden por amor?

Sentí dentro de mi alma, tal consolación, tal certeza de que Dios me ha de conservar la gracia del apostolado, que él recibirá mi ofrenda, que mis angustias de aquella época cesaron por completo.

Mi tranquilidad fue mayor cuando al exponer esto el reverendo padre Le Doussal que dirigía entonces mi alma, aprobó completamente el espíritu de esta oración y por supuesto, confirmó del todo mi esperanza.

Un poco más tarde, un incidente al parecer despreciable, hizo que esta mi amada esperanza adquiriera una forma más amplia.

Salían unas hermanas a hacer una fundación en Santa Rita, en el departamento de Antioquia, y como de costumbre, me pidió la reverenda Madre

San José, superiora de aquella nueva casa, un textito para pensar durante el viaje. Sin haberlo pensado antes ni formado con anticipación, le dije este: ¡Dios mío, no me des reposo, ni aquí en la tierra ni allá en el cielo, mientras Tú seas desconocido aquí en el mundo!

¡Partieron las misioneras muy satisfechas del texto, pero no quedó del mismo modo mi alma! Me sentía asustada de haber exteriorizado mi secreto y quizás en ello haberles dado a las hermanas un texto cuya significación íntima no alcanzaron a comprender. Con esto sufrí algunos días, pero de pronto me sentí iluminada de modo muy claro que Dios había permitido esto, porque quería que el apostolado ultraterrestre fuera, no para una sola persona, sino para una legión de almas generosas. Tuve con esto tranquilidad, pero no quise atenerme a mis propias ideas sino que consulté con el reverendo padre Jaffesó que era mi confesor entonces y aprobó perfectamente y me autorizó para que invitara a las personas que creyera con buen espíritu para el caso. Esta decisión me consoló grandemente porque verdaderamente dicho padre eudista es muy ilustrado y por encima de todo, es muy de Dios.

Desde entonces comencé a confiarles el secreto a aquellas personas que sentía como que no habían de decirle que no a Dios, en los sacrificios que les pidiera. A todas aquellas a quienes hablé de esto me manifestaron el deseo de pertenecer y de contado les indiqué que le hicieran el ofrecimiento al Señor. Ya son bastantes las personas que se han afiliado a tan bella obra.

Pues bien en Ibagué no habían de quedarse atrás las buenas hermanas de la Caridad, la mayor parte de ella pidieron la admisión a Dios Nuestro Señor y seguramente que Él las tiene inscritas en su Corazón. Recibió la buena y fervorosa Madre Julia esas doctrinas como bajadas del cielo y tras ella sus hijas; les parecía como si entraran en una atmósfera celestial. Y no sólo entraron en mi amada legión sino que me suplicaban ardiendo en fervor que no me detuviera en nada para invitar a muchos. Bendito sea el Señor que así señala a sus almas elegidas.

Una pequeña circunstancia debo anotar, porque coincide con algo ocurrido algunos días antes. Después de terminada la enseñanza a las hermanas, la superiora, alma de un celo desbordante, me indicó que debía escribir estas cosas. Le contesté que no tenía tiempo y que a ninguno de mis superiores se le había ocurrido tal cosa y que jamás hacía yo cosas semejantes sin indicación de los superiores, porque temía siempre no conocer la voluntad de Dios. A esto me contestó con mucha seguridad: Cuando

termine las obras de la Congregación, Dios le va a dejar la vida un tiempo para que se consagre a escribir estas cosas que serán bien para muchas almas.

Oí la opinión de esta buena madre, sin darle ninguna importancia, puesto que creo que se deslumbró con lo poco que les dije a las hermanas y por eso juzgó que tengo mucho que escribir. Bastantes libros hay, lo que falta es quien quiera leerlos porque todos andan tan afanados con las bagatelas de esta vida, que para nada bueno queda tiempo, sino es para envenenar más y más el alma con las novelas. ¡Que el Señor tenga misericordia de nosotros!

Allí en Ibagué nos demoramos un día porque no llegó el equipaje. Pudimos saludar aquel día al señor obispo de la diócesis, monseñor Rodríguez y a los reverendos padres Lazaristas. Una fuerte impresión me causó uno de ellos, el rector del seminario, con la costumbre de bendecir a quien le pide la bendición, poniéndose ellos de rodillas. Me han dicho que es costumbre ésta de los reverendos padres Lazaristas. Bendigo su humildad tan edificante, pero qué duro es para la persona bendecida. Por mi parte quizás no volveré a pedírsela.

Por tierras del Quindío

Llenas de atenciones y hasta de obsequios, salimos de Ibagué y muy edificadas con el fervor de las buenas hermanas. Comenzaba la reverenda madre Julia una labor muy semejante a la de nuestra Congregación, visitando los alrededores de la población con el fin de atraer las pobres gentes descuidadas y acercarlas a Dios. En ninguna parte había visto entre las hermanas de la Presentación esta clase de apostolado, por lo cual mi sorpresa fue agradabilísima.

Salimos de Ibagué temprano. Este día debíamos atravesar el Quindío, una de las cadenas montañosas más altas de Colombia, por una carretera nueva y muy hermosa. Selvas al lado y lado, en algunas partes, en otras pequeños poblados y después todo el camino solitario. El día era bellísimo. El ruido del auto en aquellos parajes era muy extraño y convidaba a reflexiones muy serias. Aquel camino que antes era proverbial y que se hacía en mucho tiempo a caballo, daba desde entonces, mucho qué reflexionar por lo agreste de su panorama; me hizo recordar mucho el artículo literario titulado: "La mañana más hermosa de mi vida" que tantas veces enseñé a leer en mis escuelas.

¡Ay! Si la civilización que ya nos arrastra hasta por la cima del Quindío, por donde nuestros antepasados rendían sus fuerzas sobre los lomos de una mula, no trajera aumento de pecados a las tierras donde penetra, la simpatía sería completa. Sin embargo, mis reflexiones al atravesar aquellas montañas no fueron desconsoladoras. El trabajo que suponen estos adelantos es virtuoso y el trabajo hace al hombre mejor. Por eso todo no es mal para la causa de las almas como a primera vista parece. Si por las carreteras entra el contagio de pueblos viciosos, del mismo modo entra el bien y el conocimiento de Dios se difunde más rápidamente. ¡Al menos ésa es mi consoladora esperanza!

De las alturas del Quindío se divisa hermoso el valle del Cauca con sus sabanas y arboledas verdes, sus grandísimos potreros, sus ciudades hermosas y prósperas. Mas, desde aquellas alturas, delante de aquellas torres lejanas mi alma te buscaba, oh Jesús, en los sagrarios y parecía que mi amor caldeado por la belleza del paisaje, encontraba nuevas alas. El largo viaje tan secreto y duro, no se presentaba a mi mente. Parecía como si otra persona desconocida tuviera que hacerlo.

Los miles de almas que cobijaban aquellas ciudades me parecía bien pocas para alabar a mi Dios y para recibir su amor. Tal era mi única preocupación.

Ya muy tarde llegamos a Armenia y nos dirigimos a buscar hospitalidad en las Hijas de la Caridad, las religiosas que reflejan con más propiedad el ardiente corazón de su fundador. Fuimos recibidas con la mayor cordialidad.

Al día siguiente como no había llegado el equipaje tuvimos que pasarlo allí, cosa verdaderamente providencial pues ese descanso me era necesario y no lo hubiera exigido si el equipaje hubiera estado listo.

En Buga y Buenaventura

Al día siguiente, tomamos el ferrocarril del Pacífico y en pocas horas nos puso en Buga, la ciudad señora de aquel valle y que posee un Santo Cristo muy milagroso y de historia muy curiosa en cuanto a su aparición y como además es la tierra natal del ilustrísimo señor Crespo, tenía algún interés para nosotras.

Nos dirigimos a casa de las reverendas madres Marianitas de quienes hacía ya algún tiempo que habíamos recibido recomendaciones del señor Crespo. Benditas Marianitas y qué bien nos recibieron. Le anticipé a la reverenda Madre que nuestra demora allí sería un poco larga porque allí

debíamos esperar al señor Crespo y a las Hermanas que saldrían de Popayán. Se mostró gustosísima de ello y nos dio caritativa y cordial hospitalidad. Sin habernos puesto de acuerdo con las hermanas que habían de salir de Totoró, acerca del día y de la hora, apenas habíamos saludado a las Marianitas, cuando llegaron las hermanas María del Rosario, María de Betania y María de Lisieux.

Esto era el 19 de marzo. El 20 ya tarde, llegé de Popayán el excelentísimo señor Crespo. El día 21 hablamos largamente con el señor arzobispo acerca del viaje a Roma y me fue mucha sorpresa lo que me dijo de no ser amigo de que mi viaje a Roma se hiciera en aquella época y que ya había dirigido un telegrama a Antioquia advirtiéndomelo. Me sorprendí porque lo creí de igual opinión que los demás que determinaron el viaje. Le contesté lo que acabo de decir y él me indicó que era que tenía noticia de que en Roma no se entendían en la actualidad con esos asuntos, sino en el arreglo de las demás comunidades ya viejas, según el nuevo código. Por supuesto que a este respecto pude tranquilizarlo porque le mostré las cartas del señor Lardizábal que decían lo contrario y como él acababa de llegar de Roma, era muy buena fuente. Todo quedó con esto, concluido.

En estos dos o tres días que permanecemos en Buga, se estableció la mayor cordialidad y nos dieron a conocer el heroísmo de su fundadora, la reverenda Madre Mercedes Molina, ejemplar de obediencia perfecta. Nuestra amistad, con las reverendas Madres Marianitas fue muy cordial y muy de caridad y no podía ser de otro modo.

Encomendé muy especialmente nuestros asuntos y demás intereses de mi alma y la vuestra, al santo Cristo milagroso que allí se venera. Fuimos objetos de especiales atenciones de las señoritas Vergara, hijas de una sobrina del señor Crespo, las cuales ya me conocían en Bogotá y que han recibido una excelente educación, son fervorosas por las misiones.

Salimos de Buga a Cali. Allí en casa de las Hijas de la Caridad fuimos recibidas con la mayor cordialidad y la reverenda madre Laborde me dio una recomendación para su venerable madre Mauricio en Roma, indicándonos que podíamos hospedarnos en el pensionado que dirigía dicha madre, por cuenta del Santo Padre, no lejos del Vaticano.

Con esto proveyó Dios a una gran necesidad que no sabíamos cómo remediar, pues es cosa difícilísima y arriesgadísima viajar por Europa sin saber de antemano a dónde ha de hospedarse y llevar alguna recomendación, pero Dios en nada se descuida con sus siervas. Yo ni remotamente

conocía la tal necesidad y me sorprendí cuando vi el susto de la reverenda madre Laborde por mi tranquilidad en asunto de tanta importancia. Verdaderamente el que no va a sitio conocido y con recomendación se expone a vagar por la calle, sobre todo si es religioso, no lo reciben en ninguna parte por no exponerse a uno de los mil engaños que diariamente se registran en esas grandes ciudades. No fue este el primer rasgo de amorosa providencia de Dios en el viaje, pero sí uno de los más oportunos.

También en Cali ocasionalmente encontramos un médico, doctor Antonio Castro, quien entusiasmado por la Congregación cuya existencia conocía apenas a medias, nos dio una recomendación magnífica para el embajador de Colombia ante la Santa Sede, que nos fue muy útil. Esta tampoco fue solicitada sino pura providencia de Dios. Muy sorprendida la madre Laborde porque no llevábamos ninguna provisión de medicinas, nos arregló un paqueto de las más precisas para cualquiera ocurrencia del viaje. Verdaderamente sentí profunda ternura al ver la delicadeza de esta madre que, ¡guiada por la caridad nos mostraba a Jesús mismo en sus finezas!

Salimos de Cali hacia Buenaventura en donde no creímos hallar el hospedaje religioso, pero nos equivocamos porque la madre Laborde había comunicado telegráficamente a las Hijas de la Caridad para que nos abrieran su casa de par en par, justamente con la caridad que esas amadas hijas de San Vicente saben tener. Al llegar vimos con sorpresa agradabilísima que unas blancas cornetas nos esperaban en un auto para llevarnos a su casa y colmadas de atenciones estuvimos en ella ocho o más días, esperando un barco que llevara cupo para llevarnos a Colón en donde debíamos tomar el trasatlántico que debía llevarnos a Europa. Ponderar los buenos ejemplos de sufrimiento alegre y de superar dificultades con magnanimidad que allí vimos, es inútil, porque es necesario palparlas para creerlas.

Llegó al fin un barquito alemán llamado el Cérigo y en él nos echamos al Pacífico que no es tanto como dice, pues estaba bravito de modo que me marié casi desde que comenzó a navegar hasta que al día siguiente tocamos en las costas del Panamá, en las cuales el mar ya naturalmente vive en calma. Entonces pude darme cuenta de esas bellas costas que Dios puso en el Istmo que Colombia perdió en garras de los americanos.

Travesía por el océano

Las hermanas por su parte, gozaron desde el principio del mar y sus encantos. Después de dejar algunos de los pasajeros en el puerto llamado

Balboa, es decir los que se dirigían a la ciudad de Panamá, seguimos en una tarde limpia y hermosa pasando el canal de Panamá. ¡Lástima que la que escribe esto no sea la Hermana María de Betania, para que les hablara con entusiasmo del canal y de sus esclusas! Por mi parte sólo les digo que eso es muy raro y que el buque navega en aguas recogidas en grandes tanques que se abren de modo maravilloso y sumamente despacio, guiado por un auto que se llama funicular porque trepa pendientes como un gato. Seis horas se demora el barco atravesando el canal y esas mismas horas las hermanas María de Lisieux y María de Betania preguntaron cómo es aquello tan peregrino sin conseguir explicación sino muy poca cosa. Llegamos a Colón al anochecer y pasamos la noche por licencia especial concedida por el jefe del barco, en el mismo barquito, oyendo la terrible confusión que alrededor producían los pitos y trabajos de no sé si cien barcos casi inmensos. Por la mañana ya no teníamos orejas, ni sabíamos en dónde estábamos paradas.

Las hermanas se botaron a ver si había algún trasatlántico de éstos que partiera para Europa; pero volvieron con la nueva de que ninguno estaba para salir, que era preciso buscar alojamiento en Colón. Aquello se nos volvió un abismo porque no conocíamos a nadie, ni debíamos ir al hotel, por no ser ellos de confianza para las religiosas. Además, todos alrededor hablaban inglés y era un barullo incomprensible. Las pobres hermanas se tiraron y fueron por las calles preguntando si por fortuna había religiosas allí y al fin supieron que sí había religiosas en un hospital. Con dificultad lograron entenderse con un chofer y fuimos a buscarlas. No sin trabajo las encontramos, y no en el hospital, pues allí todos están en manos de seglares laicos. Era un orfanato dirigido por Hijas de la Caridad. ¡Qué hallazgo Dios mío! Nos recibieron como a Hermanas llenándonos de atenciones, no obstante que no nos conocían sino a través de informaciones enemigas. ¡Pero es que así es la caridad!

Supimos después que alojan a todas las religiosas que por allí pasan y que a eso lo llaman ellas mismas, con palabras tomadas de su santo fundador: Hotel de Dios. Y lo es verdaderamente para sus vírgenes con una caridad digna de tal fin. Allí esperamos barco durante diez días si no recuerdo mal. Una de las mismas Hijas de la Caridad muy acostumbrada a ello, nos consiguió el barco con un buen descuento, nos recomendó y partimos el 17 de abril en el Ballerán, barco francés de mucho nombre que había de llevarnos hasta El Havre.

Comenzó allí mi calvario, porque ya sea que el barco fuera de estilo antiguo o bien porque la travesía fuera dura y el mar estuviera en mal

tiempo, me marié parejito, de modo que viví en el camarote con casi agonía constante. Sin embargo, la travesía fue feliz porque no pasó de eso.

Íbamos con unas hermanas de la Asunción y entre ellas una madre Rodríguez que fue bondadosísima con nosotras. También viajaba en el mismo barco una peregrinación venezolana, de modo que teníamos en el día hasta cinco misas y una bendición con la Divina Majestad que daba gusto. ¡Qué majestuoso es aquello sobre las olas de un mar embravecido! Conmueve hasta las fibras más hondas del alma. Ese manso Señor de la Hostia que se mecía parejo con el buque majestuoso y grande decía a mi alma también muchas cosas y yo, su pobre criatura también le dije muchas de cuantas en el corazón llevo. Vosotras todas en amable cortejo pasasteis por delante de aquella Hostia, con todas vuestras necesidades y por vosotras le presenté el homenaje de rendimiento que le debemos y le pedí por las almas, pero no como se quiera sino todas, todas las de pecadores e infieles; todas y más de las ya creadas, cuantas salgan de su poder soberano para obsequiárselas según la medida de mis deseos.

A pesar de cuanto les digo, los pasajeros del barco me dejaron una agonía interior parecida a un plancha de hielo. Todos o casi todos eran gentes sin Dios, indiferentes a todo lo espiritual. ¡Ay! ¡Pobre Francia, a pesar de lo mucho bueno que tiene! ¡Su pueblo no tiene a Dios y aún lo odia! El pequeño grupo que asistía a las misas y bendiciones era escogido y no era francés; el resto de pasajeros permanecían indolentes y no participaban del calor de aquella Hostia pacífica que lucía sobre el revuelto mar y alrededor de ellos, todos los días.

El ocho de Mayo vimos las ansiadas costas del Francia, después de haber visto de cerca las de Inglaterra. Mucha alegría para todos, sobre todo la buena Madre Rodríguez que veía llegar el fin de su viaje muy largo pues venía de Centro América y como llevaba postulantes sentía bien la carga que llevaba.

En ferrocarril seguimos para París. La impresión de este vehículo fue nueva porque allí están divididos en casillas en donde caben seis personas y queda uno como encajetillado. Magnífico para las épocas de invierno y aún para las de otoño que da tanto frío, pero en las épocas de calor aquello se vuelve sofocante, sobre todo para nosotras que hemos respirado siempre el aire libre de los trópicos.

A las dos de la tarde estábamos en París, guiadas por la Madre Rodríguez; quizás de otro modo no hubiéramos salido de aquella estación en todo el

día. ¡Qué maremágnum de gentes, de vehículos y de agentes y de vías y de cosas y de lenguas desconocidas. ¡Dios mío!

Llevadas por nuestra amable amiga la Madre Rodríguez fuimos a hospedarnos en la Pensión de Damas que el mismo instituto de ella tiene en lo más granado y central de París. Fuimos recibidas con cierto desagrado por la superiora, ¡pero al fin mucho era ser recibidas! La misma madre parece que no se encontraba bien, pues aquella casa parece que es excepcional en su instituto, porque se ha fundado para vivir en ella las damas de la aristocracia europea, de modo que hay condesas, princesas, vizcondesas y cuantas dignidades ha inventado la riqueza y soberbia humanas. Calculen pues cómo nos encontraríamos en aquellas compañías y en aquel lujo y sobre todo, cómo nos vería de chiquiticas la Madre Dolores que también es otra de esas castas y las dirige.

Sólo estuvimos unas veintiséis horas en París y a ninguna parte salimos. Un poco de la ciudad conocimos al atravesarla en auto, en el cual íbamos como avechitas campesinas salidas de la jaula en donde las han aprisionado algunas horas. Tal risa nos atacó de alegría que cualquiera nos hubiera tomado por bobas; por fortuna el chofer no entendía lo que hablábamos pero no dejaría de sorprenderse de americanas tan risueñas. Lo que conocimos de París les pareció a las hermanas muy hermoso; a mí me hizo la impresión de las ruinas de un incendio, salve los bulevares que verdaderamente son amenos y bonitos.

Tomamos el tren que debía conducirnos a Roma, a las tres de la tarde del día nueve de Mayo. Aquel vehículo nos pasó rápidamente ante bellezas naturales que no pudimos admirar por falta de tiempo; los Alpes con sus crestas llenas de nieve, lagos hermosos, campiñas raras con casitas bajitas como casas de ratones y que sin embargo, son moradas humanas construidas precisamente así para no morir de frío. Ciudades grandes cuyos nombres no logramos saber y llegamos a Roma sin haber parado, al día siguiente, a las siete de la noche.

Aquella pasada en los asientos del tren fue horrible, pero suavizada con la idea de la pronta entrada a la ciudad eterna. Además, el aislamiento por la falta de las lenguas era completo. El primer día pasajeros y conductores eran franceses y el segundo todos italianos y nosotras tan netamente españolas, que nadie nos entendía ni entendíamos a nadie, hasta el punto de haber pasado un rato de hambre por no haber sabido comprar qué comer, que ofrecían en abundancia. Además de pronto se nos cambió la moneda: veníamos ya manejando con alguna facilidad el franco francés, cuando ya

no circulaban alrededor de nosotras sino liras italianas y no llevábamos sino dólares americanos. Total que no conociendo la equivalencia de las monedas ni pudiendo preguntarla porque no nos entendíamos con nadie, era como si no lleváramos un cuartillo. Como Dios para todo da el remedio, después de algún rato de fatiga, entró a la camarilla nuestra una señora con un canastillo de almuerzo y al comprendernos el entusiasmo que mostramos al verlo, pensó que deseábamos comprar uno igual y como pudimos, le hicimos comprender que no sabíamos comprarlo e inmediatamente nos hizo el negocio y nos indicó un poco en el valor del dólar respecto de la lira. Por supuesto que ya nos habían robado no poco en lo que habíamos comprado antes, sin que por ello supliéramos la necesidad. ¡Qué cosa tan terrible es uno en tierra extraña sin la lengua, Dios mío! Además, bastante les dimos después a los amigos de Roma de qué reír.

La Providencia de Dios

Nuestra entrada a Roma es cosa regia: Pensábamos que allí en aquella estación sin ninguna Madre Rodríguez nos iban a salir las cosas al revés, pero ¡Oh Señor de mi alma! ¡Cómo saliste adelante en todas nuestras previsiones! Oh Providencia de Dios, llamada en París, Madre Rodríguez y en Roma... Pues oigan: Acercábase ya la noche, llegaban ferrocarriles por todas las vías, las gentes se trababan en diferentes direcciones...aquellas estaciones tan bien trabadas y llenas de oficinas, corredores y vida, eran un maremágnum del cual no hubiéramos salido si Dios no nos sale al paso.

Al bajar del tren, nos sale al paso un agente de policía con estas preguntas: ¿De dónde vienen? ¿A dónde se dirigen? Oídas nuestras respuestas nos dijo: Síganme. Creímos al principio que era algún empleado del gobierno italiano que nos llevaría a hacer algún reconocimiento de los extranjeros que llegaban y que así lo harían con todos; pero no, pidió el comprobante del equipaje y nos condujo a la bodega a donde debía llegar; aseguró la entrega de él al día siguiente porque aquella noche aún no había llegado; luego buscó un auto y nos recomendó diciéndole al chofer dónde debía llevarnos, según lo que le dijimos. Al dejarnos en el auto quise pagarle, pero el rehusó diciendo que al día siguiente iría con el equipaje y ordenó al chofer que partiera. Nuestra extrañeza fue grande tanto como nuestro agradecimiento; pero sin alcanzar a explicarnos qué nos vio este señor para ser así con nosotras, ni qué significaba agente tan oportuno. Llegamos hasta pensar, pero cada una para sí, si sería alguna trampa para al día siguiente quedarse con el equipaje. Esto lo desechábamos como mal pensamiento, porque él al despedirse, nos hizo fijar bien en su fisonomía y

en el número que como agente de policía llevaba en el pecho. ¡No cabía pues duda; era un agente de Dios y uno de los tantos rasgos de su amor! Le bendecíamos a él y muy especialmente a Dios que así cuidaba de nosotras tan ingratas y duras con Él.

Nos condujo nuestro chofer a la vía de la Fundamenta, cerca del Vaticano según se le indicó, pero en el camino fue detenido por dos veces, por unos gendarmes o cosa parecida, lujosamente vestidos y elegantísimos; lo detuvieron y después de mirarnos bien e inquirir de dónde íbamos y a qué sitio queríamos llegar, todo en italiano que apenas adivinábamos, nos dejaron seguir mostrándose muy corteses.

Serían las siete o siete y media de la noche cuando pasamos delante de la Basílica de San Pedro, atravesando la anchurosa plaza. Al mirar a San Pedro, la Hermana María de Betania que es la de los descaches oportunos muy sorprendida dijo: ¡iiiiih! ¿Esto es San Pedro? No volvía del susto. Del mismo modo al ver el océano: ¡iiih! ¿Este es el mar? ¿No dizque era tan grande? ¡iiiih! ¡tan chiquito. Allí no más se acaba! Señalaba con el dedo el horizonte en donde se ve clara la curvatura de la tierra. ¡Ay! dije yo, ¡qué pequeños somos! Cómo ni podemos apreciar lo grande, cómo nos engañan los sentidos y cómo nos sorprende lo desconocido. ¡Pobre criatura la humana! Y pretende después juzgar de las grandezas y de los juicios de Dios. ¡Hormiga miserable que no hace más que engañarse, bien podía siquiera reconocer su pequeñez y guardar el puesto que como criatura le corresponde delante de Dios!

Después, a medida que íbamos atravesando el océano, ella se iba asustando de su grandeza y nos reíamos de sus expresiones; ¡así cuando cada día iba conociendo y midiendo a San Pedro, nos divertíamos recordando su sorpresa! ¡Buena lección para aprender a desconfiar de nuestras primeras impresiones y aún de todas nuestras apreciaciones! ¡Pobre humanidad tan cortica de vista para todo!

La llegada a Santa Marta, a las Hijas de la Caridad fue un momento angustioso y digno de ser referido. Llamamos a la puerta y se presentaron dos hermanas serias, serias, sin entender ni pite de español. Buenas noches dijimos y aquellas sorprendidas fisonomías sin dejar de mirarnos: ¿Qué quieren? Pero en un italiano apenas adivinable. Venimos a hospedarlas aquí les contestamos. ¡iiih! Aquí non si puo. ¿No hay aquí una pensión? ¡Si ha finito! Es decir, que ya no había pensionado. Ellas callan y nosotras nos miramos.

Mi pobre humanidad tan cansada y en una fatiga que parecía a agonía, no estaba para aguantar en pie. Hice además de sentarme y entonces una de las hermanitas dijo: ¡Y de dónde vienen? Desde la América del Sur. A esta frase, la hermanita con una cara de compasión que todavía le agradeció y con una rapidez asombrosa se quitó sus entremangas, las tiró sobre una mesa diciendo: ¡eeh! pobrecitas! Salió y dijo al chofer que esperara; luego entró y por teléfono se comunicó con varias casas religiosas a ver si podían hospedarnos, pero inútilmente porque sin conocerlos ni informe de ninguna clase, no pudiera darles seguridades, era imposible. (Nosotras habíamos cometido el desacato de dejar la recomendación de la Madre Laborde en el equipaje).

Por fin hablaron de otra casa de Hijas de la Caridad y consintieron en hospedarnos sólo por esa noche. Sabe Dios las dudas que les cabrían y que se comunicaban en lengua extraña por teléfono, pero a nosotras sólo nos importaba hallar en dónde tirarnos aquella noche.

La hermana de la compasiva frase y que yo seguí llamando la de las manguitas, salió con nosotras para vía Bresciani en donde nos hospedamos aquella noche. Muchas calles atravesamos sin poder hacernos entender de la hermanita que nos acompañaba; pero al fin su además era de una caridad dulce y resuelta a servirnos, es decir, que su sola compañía nos consoló.

Entramos en la casa de la vía Bresciani y allí si fue terrible. Desde la puerta, al saludar a la hermana portera noté que contestaba tiesa, tiesa y que al querer ponerle la mano en el hombro como saludo de cariño, se echó para atrás con fastidio. Luego nos llevaron a una piecitos que parecía comedor y allí fueron saliendo una por una todas las religiosas cada una con nuevas preguntas y mirándonos con tan marcada desconfianza que cada palabra parecía decir: ¿Por qué andan ustedes engañando? A todo respondimos con la mayor sencillez y sin inmutarnos. Se trataba de un interrogatorio malicioso. Calculen lo agradable que sería. Por fin, dijeron que tenían una niña del Brasil y que como eran el portugués y el español tan parecidos, iban a hacerla salir para que nos entendiéramos con ella y así nos sirviera de intérprete.

Salió la muchacha y no le entendimos ni nos entendió con lo cual se acentuó no poco la desconfianza de las Hijas de la Caridad, pues no quedaba manera de probar que nuestra lengua sí fuera español y nuestra procedencia quedaba ya dudosa: Total que nos hicieron corro alrededor de

una mesa redonda y cada cual hacía sus preguntas en que claramente se vía la sospecha de esas pobres. Por fin, nos trajeron un café y unos huevos cocidos. (A esto se redujo por lo pronto la comida), como quien dice, por salir de esas farsantes; y por todo utensilio nos pusieron cuchillos. Sin embargo, con un poco de pena pero muy agradecidas, comenzamos a comer aquellos huevos con el cuchillo, cosa por demás incómoda, como salta a la vista. De pronto llegó una de más edad y como más avisada e inteligente y como quien dice: Yo si cojo estas tramposas, dirigió preguntas a mandoble y las demás aguardaban ansiosas el fin de la cosa y la luz en tanta desconfianza.

No recuerdo qué palabra de gracia dijimos y ya cesaron de hacernos preguntas y cargos respecto a eso de presentarnos sin recomendación y por no conocer el uso del mantelo negro que fue lo que más las afirmaba en pensar que éramos fingidas religiosas. Entonces advirtieron, al verme comer el huevo con el cuchillo, que debían habernos tratado con más miramientos y una de ellas dijo que nos pusieran cucharitas.

En fin, nos comimos aquel bocado con bastante agradecimiento y pena, y entonces nos subieron a un sexto piso, con lo cual parece que se conmovieron un poco pues mis pasos eran difíciles y dolorosos; pero sin esperanza de poder exigir otra cosa porque mucho era tener un techo para la noche. Las camas eran altísimas y las hermanas pudieron trepar fácilmente a ellas, pero mi pobre humanidad, ¿qué podía hacer? Como un gallo en una estaca amanecí al borde de la cama sin movimiento, para no tumbarla. Tampoco nos sentimos con derecho para exigir un cajón o cosa parecida para ascender a tal lecho.

Al día siguiente fueron los ayes pues como era domingo, debía bajar a la capilla que era baja. ¡Dios mío! Qué duro descenso Pero había una fiesta y era preciso pasar también la Santa Misa incrustada por decirlo así, en una estrechita banca de colegialas, a donde sólo podía sentarme de lado pero sin que las piernas quisieran tomar esa posición. Nuestros hábitos y tocas no estaban tan aseados como debieran, porque el ferrocarril es de carbón y en él habíamos estado como estregadas tantas horas... Total que para salir a comulgar era cosa de pensar en que las gentes pudieran tomarlo a irrespeto; pero en fin, aquel día recibimos al Señor; yo al menos sin saber cuándo, pues por no poder salir del sitio en donde estaba tan apretada y entumecida, pensé en no comulgar, pero una Hija de la Caridad me hizo salir porque, por más que procuré que me entendiera que no comulgaba, no pude conseguirlo. Me resigné a hacer el esfuerzo y aún a pasar

mucha pena con el Señor de mi alma, para recibirlo así por atender a una mujer; sin embargo, Él sabe qué situación me apremió y además que mi amor es siempre para Él. Pude al recibirlo decirle: ¡Ah! ¡Cómo nos hemos encontrado sin saberlo ni pensarlo! Buen encuentro en todo caso. ¡Además, preciso era encontrarse con alguien que fuera amigo en circunstancias tan raras y en medio de tanto desconocimiento! Él bien lo vio y por eso permitió que se combinaran así las cosas. ¡Consoladora combinación que me lo trajo!

Subí después las largas escaleras, pero noté ya algún cambio en nuestras hospedadoras y cierta compasión que me pareció buen indicio. Además ofrecieron subirme el almuerzo.

Mas, lo que sigue sí es fineza especial de Dios: Nos dijeron que nunca había ocurrido el caso de que en la estación despacharan equipajes en día de fiesta y que debíamos conformarnos con esperar el lunes. ¡Terrible cosa porque era necesario cambiar el carbón que traíamos puesto y presentar nuestras cartas de recomendación para respirar un poco; mas, ni esto sabíamos decir y las hospedadoras nos creían muy tranquilas, sin duda!

En éstas estábamos cuando por teléfono dicen de la estación que aunque no era costumbre, fueran por el equipaje de unas religiosas colombianas que lo entregarían, a pesar de todo, ¡Dios mío! ¿Cómo fue esto? Por lo pronto pensamos que nuestro agente de policía del día anterior había intercedido, pero en tal caso no podíamos explicarnos cómo no lo llevaban a Santa Marta, según convenio. Entonces resultó Sor Adelaida, una de las mismas que nos habían recibido con sospechas, hecha un pozo de caridad y tomó a su cargo lo de recoger el equipaje. Fue a la estación con una hermana y no encontraron por ninguna parte a nuestro bienhechor del día anterior, pero trajeron todo sin dificultad.

Aquel día lo pasé sola en un salón en donde de cuando en cuando sufría los interrogatorios un poco menos desconfiados que los del día anterior, hasta que me trajeron una Hija de la Caridad mejicana y ya disponiendo de la misma lengua, me pude hacer entender y quedamos en posesión de la confianza de las buenas hermanas, tanto que para la bendición de las cuatro, me autorizaron para que la asistiera desde el coro para que no tuviera que bajar escalas. Se empeñaron aquel día en conseguirnos hospedaje y lo consiguieron en las Madres Pías, religiosas que se ocupan en la enseñanza y tienen a la vez pensionado para señoras; pero no crean que se fueron comprometiendo así sin precauciones, antes averiguaron mucho y pidieron licencia al vicario por tratarse de gentes de la América.

Por fortuna, a poco de llegar les mostramos una recomendación que nos había dado el señor obispo para el cardenal Van Rossum y aquello sí nos abrió el horizonte. ¡Bendito sea mi Dios!

Ahora, para dejar el tema, es justo que les diga no culpen en nada a las Hijas de la Caridad de la vía Bresciani porque es preciso conocer todas las farsas de que son víctima en Roma, para saber que hicieron bien en inquirir tanto acerca de las recién llegadas y que la imprudencia estuvo en nosotros que dejamos en el equipaje la recomendación que llevábamos de la Madre Laborde. Todo esto para que se vayan dando cuenta de lo trabajoso que es viajar y cojan experiencia para cuando les toque. Además, esas ligeras molestias las pasábamos con mucho gusto para comprarle a Nuestro Señor la gracia del decreto de la Congregación; nada hubo pues perdido.

En las madres Pías, nuestra instalación no fue muy buena porque había bastante estrechez en el edificio y no poca economía en la alimentación; pero nos hicimos cargo de que "para chico pajarillo, chico nidillo" y que más tarde, cuando ya fuéramos prácticas en la ciudad, encontraríamos mejor alojamiento.

La madre Mauricio

Pero aún no les he hablado de nuestra gran bienhechora de Roma: Las hermanas o Hijas de la Caridad de Santa Marta, no nos perdieron de vista; pronto fui a saludar y a conocer a la reverenda madre Mauricio, la madre para quien llevé recomendación de la madre de Cali. Fui recibida no sólo con amabilidad sino hasta con ternura. Aquella madre, una noble dama francesa que había pasado su vida de Hija de la Caridad siempre, siendo fiel imitadora de San Vicente, su fundador y que por varias veces fue superiora General de una comunidad que cuenta en su seno ya, cuarenta mil religiosas y que tienen varias santas, estaba a la sazón en Roma dirigiendo catorce casas que su instituto tiene en Roma y encargada de un pensionado de peregrinos del Santo Padre. Era la buena y santa madre Mauricio tan estimada en el Vaticano que fue apoyo nuestro, no sólo como amiga y directora, sino también por sus influencias ante los monseñores del Vaticano y ante el mismo Santo Padre.

Pues esta querida madre nos cogió por su cuenta y no obstante sus setenta y seis años, se subía a los autos antes que yo, para tener la oportunidad de subirme personalmente, a pesar de las protestas y fuerza que hacían sus hijas, que la acompañaban siempre, así como las mías, que miraban

ese esfuerzo de la anciana como excesivo y penoso para ella. ¿Pero quién le arrancaba ese derecho que reclamaba con todas las veras?

Ella quiso tomar la batuta en nuestro asunto del decreto y de contado le habló a monseñor Pizarro, secretario de negocios extraordinarios extranjeros en el Vaticano y él, aunque no entraba en sus obligaciones aquello, se empeñó en ayudarnos por atender a la buena "Mère Moris", como decía. Y lo más delicado de todo, ella se mostraba tan minuciosa en sus atenciones, que para cada respuesta de carta que yo debía darle a monseñor Pizarro, me mandaba el papel y la cubierta competente; nada olvidaba esta buena Madre.

CAPÍTULO LXVI

- INTRODUJE EL ASUNTO DEL DECRETO - CÓMO DIRIGE DIOS
LAS COSAS - VISITA A MONSEÑOR PIZARDO - AUDIENCIA CON SU
SANTIDAD PÍO XI - CON EL CARDENAL LEPICIER
- LA PROPUESTA QUE DESEABA ENVIAR AL SANTO PADRE
- MI ALMA EN ROMA - TEMORES EN ROMA

"Si se asentare campamento contra mí, no temerá mi corazón. Si se levantara batalla contra mí, entonces esperaré yo". (Sal. 26,3)

Introduje el asunto del decreto

Me fui llevando todo lo necesario para presentar el asunto a la Sagrada Congregación: Constituciones muy bien arregladas, comendaticias, relación histórica, etc. Nada faltaba. Hacía siete años que se habían mandado otros documentos que el reverendo padre Maroto nos había envolado con falsas noticias.

Nos presentamos a los padres Jesuitas. Nos recibieron con la cordialidad más consoladora y entramos en materia. Largo rato les hablé de la congregación y, llevada de sus preguntas, les conté la manera como manejábamos los indios, la manera como Dios ha autorizado con prodigios nuestra humilde labor, etc. De pronto el reverendo padre Vidal exclamó: Ya está todo comprendido y la congregación debe ser muy perseguida; son unas santas mujeres que, llevadas del amor de Dios, han hecho lo que los hombres no han tenido valor de hacer, y, por consiguiente, ya se explica cuál es el motivo de las persecuciones.

Debo confesar, para glorificar a Dios, que de lo más vil hace instrumentos para sus obras, que me sorprendió la definición tan exacta del padre; más todavía, me dio aliento el ser comprendida de persona tan saliente, porque Dios sabe lo que siento cuando algunos se muestran desconfiados y dicen palabras que indican cuán lejos están de comprender lo que valen las almas. Gracias a mi Dios, supieron ver la misericordiosa mano de Dios en la obra y quedé alentada y aún más, iluminada.

Ya para salir les manifesté a los padres que hacía mucho tiempo no me confesaba por falta de un sacerdote de habla española que me confesara sentada y el reverendo padre Vidal fue a San Ignacio a confesarme en la sacristía. ¡Doble consuelo!

Mas, no hablamos de la versión de las constituciones. Eran demasiado ocupados aquellos padres para meterlos en eso. Mas, las instrucciones del padre Vidal nos han sido muy útiles: Desde luego, debe dirigirse, me dijo, al cardenal de la Propagación y mejor es que lo haga por medio de Mons. Marchetti, que es su secretario y habla español.

Al punto solicitamos por la hora de recibo del señor Marchetti y nos la dieron. Al presentarnos nos dijeron que aquélla no era la hora del secretario, pero sí la del cardenal. De los equívocos se vale Dios algunas veces, me dije, y por consiguiente entramos al cardenal. Muy bien recibidas por este santo cardenal Redentorista y prefecto de la sagrada Congregación de la Propaganda; pero la dificultad de la lengua, ¡Dios mío! Sólo pudimos darle alguna pequeña idea de la congregación y del objeto de nuestro viaje. Además, me desengañó de la esperanza que había concebido de que nuestra congregación llegara a depender de la Propaganda para mayor facilidad de las cosas, pero me dijo que eso no podría hacerlo sino el santo Padre, y sólo después de la aprobación definitiva. Por consiguiente me despedí de tal idea, ya que es cosa que no me tocaría.

Muy generosamente nos dio una recomendación y nos enseñó a presentarnos a Monseñor La Puma, secretario de la congregación de Religiosos, indicándonos las nueve del día siguiente. Salimos encantadas de la amabilidad del cardenal Van Rossum y edificadas de su porte y demás.

Por supuesto que a mi alma se le revolviéron los mil proyectos que formaba, de ensanche de las misiones y de su mejoramiento, al verme tan bien acogida; mas hube de contenerme porque no soy más que una pobre mujer y debo medirme mucho para no perderlo todo; pero, Dios mío, ¡Tú que ves mis anhelos, tened compasión de mí!

Apenas entonces nos explicamos la actitud del señor Pizarro: Era un amigo de la reverenda madre Mauricio, imbuido por ella en nuestros asuntos y con cuya magnífica influencia podíamos contar; ¡mas no alguien que por razón de su oficio debiera intervenir en el negocio del decreto que buscamos! Hasta qué punto aísla la falta de hablar en la misma lengua que yo, al conocer el afán de monseñor Pizarro y no obstante conocer al dedillo que la sagrada congregación de religiosos era la que debía despachar nuestro negocio, llegué a pensar, que sería que ya, sin que en Colombia se supiera, habían creado alguna nueva entidad encargada de tales asuntos y que funcionaría en el Vaticano al lado del secretario de estado de Su Santidad. ¡Dios mío! ¡Qué confusiones nos ha acarreado la soberbia humana, origen funesto de la diversidad de lenguas!

En resumen: Comprendimos el camino que debíamos seguir y el doctor Silvio Cárdenas, encargado de la Embajada colombiana, cumplió su promesa de informar a Monseñor Pizarro, con lo cual éste ya podía intervenir sin necesidad de la comendaticia del nuncio. El doctor Silvio no sólo se entendió con monseñor Pizarro sino que también fue al cardenal Lepicier, prefecto de la sagrada congregación. de Religiosos y halló que estaba con el señor La Puma, su secretario; los comprometió allí juntos a hacerle promesa cierta de que antes de noviembre nos despacharía, en caso de tardar mucho. ¡Gracias a mi Dios! Seis meses ya difieren un poco de tres años. Sólo ya nos concretamos en lo de constituciones en lo cual hubo una coincidencia desagradable.

Ya he dicho que el reverendo padre Maroto, hijo del Inmaculado Corazón de María había sido o dicho que era nuestro encargado y que desde el año 23 o 24 había recibido los documentos para conseguir el decreto laudatorio, pues la conducta de este Padre ha sido causa de muchas penas nuestras porque recibió los documentos, nos fue alimentando la esperanza con ilusiones falsas y al fin, les ha dicho a los ilustrísimos señores Toro, Afanador y Lardizábal que en el año de 1928 o 29 quisieron hacer algo en nuestro favor, ¡que él no había recibido ningún documento y que no conocía el Instituto! ¡Dios mío, la falsedad de los hombres! Al fin, cuando ya había regresado a Colombia el señor Afanador, le dijo al señor Toro, quien regresaba de Tierra Santa, que al fin se habían encontrado los documentos en no sé qué estante, pero que estaban en tan mal estado que era mejor que se consiguieran unos nuevos, para entrar en el trabajo y que se los mandaran.

El señor Toro, nuestro obispo de la casa generalicia, me dio el recado y desde entonces pensé que sólo viniendo a Roma tendríamos la tan necesaria aprobación de la Iglesia !Esto pues, fue decisivo!

Cómo dirige Dios las cosas

Al llegar a Roma no quise pedirle al padre Maroto los viejos documentos porque su conducta me hacía temer que él tuviera algún convenio con nuestros enemigos y aún pensé poner todos los medios posibles para evitar que conociera nuestra venida a Roma. Por eso cuando las Hijas de la Caridad nos indicaron la vecindad de unos padres de habla española, religiosos Hijos del Inmaculado Corazón de María, a quienes podíamos acudir para muchas cosas, me hice como quien no entiende la cosa y les dije a las hermanas: Debemos huir de entendernos con tales padres porque llegaríamos a ser conocidas del reverendo padre Maroto y él comunicaría a nuestros enemigos, que sin duda nos crearán dificultades.

En esta actitud estábamos, cuando la superiora de las madres Pías nos dice que ella indicó a una señorita que nos llamara un sacerdote que poseyera las dos lenguas para que lo encargáramos de la versión de las constituciones y que aquella tarde vendría a su locutorio un padre Dominicano, con quien podíamos entendernos porque sabía las dos lenguas. Efectivamente llegó el padre y qué sorpresa cuando al presentarme en el locutorio me encuentro con un padre de sotana negra y sin ninguna señal de ser fraile.

- Aquí estoy a su llamada, madre, me dice el padre.

Tiemblo de pensar que sea alguno de los muchos con quienes temía encontrarme.

- Y ¿con quién tengo el honor de hablar? pregunto.

- Con Arcadio Larraona, Hijo del Inmaculado Corazón de María, me contestó.

No dejé conocer el disgusto y sorpresa, y como relámpago me pasó por la mente esto: ¡Dios lo ha querido! No haré más que dejarme llevar de la dirección que Dios le da al asunto. En él he confiado y esto es lo que hace; pues éste debe ser el camino y lo seguiré. Como si ninguna mala impresión hubiera sentido, le hice conocer al padre el para qué lo había llamado; hice más, porque al decirme él que el asunto era largo, le contesté que el nuestro ya debía salir pronto porque la demora ya nos la había dado el padre Maroto.

El padre, muy asustado, me preguntó mucho y sin darle opinión propia de nada, le referí los hechos, tales como fueron, incluyéndole la recomendación del padre Villarroya, mediante la cual habíamos tenido mucha confianza en que el padre Maroto cumpliría. Un poco apenado, me respondió que iba a averiguar con el mismo padre Maroto para saber qué había sido la cosa. Manifestó el padre Larraona mucho gusto en ayudarnos, anticipando que era consultor de la S. Congregación. No sólo haría traducir las constituciones sino que las revisaría para que le presentaran menos dificultades y trabajo a la sagrada congregación.

¡Cuánta ilusión! Como a los tres días, dice por teléfono que al sábado siguiente estaban ya en italiano porque había distribuido entre muchos el trabajo. Mas, al domingo se apareció el padre muy entusiasmado con nuestra congregación y, después de que le referí varias cosas de los salvajes y la conversión de algunos de ellos, me dijo que iba a darles el vistazo y corrección a las constituciones para traerlas o que, si yo quería, las hacía

imprimir por ahí derecho. Entonces supe que tenían imprenta y naturalmente aprobé.

Entre tanto llamamos, por indicación del mismo padre Vidal, al padre Daniel Delgado, precisamente el mismo para quien traíamos recomendaciones desde Medellín, del padre Alberto para que tuviera cuidado de los documentos que habíamos llevado a la sagrada congregación, porque ya teníamos noticias de que no era difícil que se envoltaran. ¡Qué cosas! El mismo señor Pizarro nos había hablado en ese sentido. Es de advertir que para ocupar al reverendo padre Daniel no le entregamos la carta del reverendo padre Alberto, ni supo siquiera que lo conocíamos. Era inútil decirse lo y la carta más que bien, podría hacernos mal.

El padre Daniel Delgado nos habló de unas asambleas plenarias de que últimamente se ha valido el cardenal Lepicier para poder terminar en menos tiempo algunos asuntos. Nos dijo que había una en junio y otra en julio. Entonces todo nuestro empeño se concretó a ver cómo lograba nuestro asunto una de esas plenarias. ¡Dios mío! rezos, penitencias, e influencias. Viaje diario al padre Arcadio Larraona y el teléfono en función. Nada sacábamos. Muy sereno el padre sólo contestaba que no había afán... que era mejor que nos fuéramos a Colombia y que nos mandarían el Decreto...¡Dios mío!

Al domingo se aparece con que ya están impresas, pero que hay que hacer las correcciones entre los dos y que no podía ir sino los domingos en la tarde y poco tiempo, ¡porque no podía faltar a la a mesa con la comunidad! ¡Se le hablaba de afán y se fastidiaba y el tiempo volando!!! Dos tardes en quince días, nos reunimos y la corrección no acabó ni la primera parte de las Constituciones.

Monseñor Pizarro, mientras nosotras sufríamos a más no poder con las constituciones en tan terrible cárcel, (Es necesario advertir que no podíamos hacerle mucha fuerza al reverendo padre Larraona porque ¿cómo enojar a un consultor?) se dirigió a monseñor La Puma para que aprovechara la plenaria de julio y nos favoreciera; mas éste hubo de contestarle que no estaba completa la documentación. ¡Lo que sentimos, Dios mío, al ver esto!

Por fin, el padre Larraona, como que advirtió, serían nuestros ruegos a Dios, y me preguntó si quería que le entregara las constituciones a otro que hiciera más pronto la corrección, aunque habría de cobrar mil liras... ¡Qué descanso, Dios mío! ¡Salir ya de la tranquilidad y lentitud del padre Larraona! Pasaron a manos del padre Humberto Collantoni.

Mas, ¡cómo diriges Señor mío las cosas! Éste se comprometió a entregarlas a los 15 días; pero un terremoto en aquellos días le sepultó a su padre y toda su familia, de modo que le fue imposible cumplir. De modo que, mes y medio en manos del padre Larraona y uno en manos del padre Collantoni, ya dan el tiempo de que disponíamos para aprovechar algo, antes de las vacaciones. Y aún las constituciones sin imprimir y perdida la primera impresión, porque la corrección del padre Collantoni cambió tanto en cuanto a la forma e introdujo tantas fórmulas de rigor, que resultó que el trabajo había de volverse a hacer.

Pasó el mes de agosto para la segunda impresión, ¡Dios mío, el trabajo que en otras partes se hace en cuatro o seis días! Perdido pues, el tiempo hábil y acabada la esperanza de regresar a Colombia antes del año venidero, o por lo menos antes de diciembre de este año. ¿Y qué remedio? ¡Sufrir y tener paciencia! Mucho es ya tener el trabajo terminado para octubre, cuando vuelvan las congregaciones a sus trabajos. Pero hay que confesar que estamos medias de hacer fuerza. Y mis hijas haciendo fuerza en Colombia y los pocos recursos acabados y... los enemigos dándose cuenta con peligro de que nos echen un impedimento, a lo mejor del tiempo. ¡Mas, esto no lo ven aquí los comprometidos delante de Dios a facilitarnos los medios de salvar las almas!

Visita a monseñor Pizarro

Mientras sufríamos con las Constituciones visitamos a monseñor Pizarro, secretario de la sagrada Congregación de negocios extraordinarios, al Santo Padre y al cardenal Lepicier.

Con la madre Mauricio y sor Emilia como intérprete, visitamos a monseñor Pizarro. Era la primera vez que íbamos al Vaticano. ¡Todo hermoso! Pero no había ánimo para detenerse a admirar. Monseñor Pizarro atentísimo; la visita fue como cosa de familia, con suma confianza. Le supliqué me hiciera una entrevista con el santo Padre para rogarle dijera una palabra con el fin de que se dieran prisa con nuestro asunto.

Muy asustado nuestro favorecedor por nuestra vida en las selvas... nos habló de los elogios que hizo el embajador acerca de nuestra congregación; de las recomendaciones de un señor obispo, muy satisfactorias. Creemos que recibió recomendación de algunas religiosas y nos confundió con ellas porque no es posible que le haya llegado de ningún obispo nuestro. Muy atento nos ofreció su apoyo, que ya sabíamos de antemano que sería eficacísimo.

Audiencia con su Santidad Pío XI

El embajador se encargó de proporcionarnos la audiencia por pura generosidad, porque nada le habíamos dicho. Buena sorpresa tuvimos cuando recibimos del Vaticano la esquila de audiencia especial, para el día siguiente, a las 12,45. Debo confesar que la sorpresa no fue agradable, por más que mi delirio siempre había sido encontrarme a los pies del representante de Cristo y mi amor a la Iglesia me hacía deseable por demás esta audiencia; mas ya nos habían anticipado que no podíamos llevar intérprete y que el Santo Padre no hablaba español. Magnífico recibir su bendición y recibir aunque no fuera sino una mirada de él; pero mi alma quería vaciarle algunas hondas necesidades y ya sabíamos que sistemáticamente Pío XI no atiende lo que no le llegue por medio de los cardenales; pero en fin, nos aprestamos a recibir aquella gracia y aún me ensayé para, si había oportunidad, pedirle que me permitiera escribirle una carta que llegara directamente a él.

Nos presentamos a la hora citada; algún camarero nos anticipó que, como era audiencia especial nos recibiría en una salita pequeña. Después de un rato de espera, nos hicieron pasar a la pequeña sala... grande susto y expectativa de todos. Salían personajes y personajes, que parecía habían tenido audiencia. En la sala una silla y algunos asientos. Un monseñor hizo arrodillar a las hermanas, de modo que le quedara al santo Padre modo de pasar a sentarse en la silla, a cuyos pies debíamos permanecer arrodilladas durante la visita, a menos que él nos autorizara para sentarnos. Todos aseguraban que, al menos a mí, por no poderme arrodillar, me haría sentar.

Llega el momento y... ¡Oh cruel decepción! En pie, entre las hermanas y esta servidora, se estuvo mientras le dije que quería darle a conocer la congregación para que la bendijera. Luego, en puro italiano contestó: Yo bendigo a la congregación, a cada miembro, a cada casa y a todos los misionados. Dio la bendición y siguió sin dar más tiempo que el necesario para besarle el anillo.

Tenía semblante de mucha amargura, lo cual contribuyó a hacerme salir profundamente triste. No que no estuviera amable con nosotras en lo poco que nos habló; al contrario, el semblante y ademán fueron amabilísimos y con todo, ¡la amargura del alma se le transparentaba! Dicen las hermanas que ellas no le notaron nada; sin embargo, a mí me impresionó sobremanera.

Volvimos a la casa como chasqueadas, sin embargo vimos la voluntad de Dios en aquello y nos tranquilizamos. ¡Respecto a lo que quería decirle, lo abandoné con la confianza de que Vos, Dios mío, has de darme otra manera de exponer esas necesidades a quien sí puede remediarlas!.

Aún me queda la idea de que nuestra audiencia sí fue concedida tal como la necesitábamos, pero quizás las audiencias anteriores se extendieron más de lo previsto y el santo Padre vio que no tenía ya tiempo porque era la una de la tarde en punto y no había almorzado. Nuestra hora había sido a las 12,45. Se ve, pues, que nuestro tiempo se lo pasó atendiendo a otros. Dios quiso que así fuera y ¿qué más tenemos que ver?

Poco después supe cuál era la causa de la amargura del Santo Padre: ¡¡Acababa de saber que en Rusia 20.000 niños, reunidos allí de diferentes naciones, habían jurado hacerle la guerra a Dios! ¡Ay! ¡Antes no estaba amargado este Padre común de todas las almas!

¡Señor! ¿Y aún nos toleráis? Vos Señor de mi alma sois pacientísimo, por eso aún podemos esperar...

Puedo pues concluir con asegurar que lo diverso de los sentimientos, hicieron que nuestra anhelada visita al Papa, no hubiera resultado con más expresión que la de unos puntos suspensivos...

Con el cardenal Lepicier

Indispensable entenderme con el cardenal prefecto de la sagrada Congregación de religiosos. Mi asunto lo requería y ya el embajador le había anunciado la visita de las religiosas colombianas.

Escondiéndoselo a la madre Mauricio que me tiene prohibido salir en tranvía, y por evitar el gasto de auto hasta San Juan de Letrán, nos fuimos en tranvía; mas por la aglomeración de gente y mi poca agilidad, no fue posible bajarnos en la plaza de Venecia y el tranvía nos llevó hasta otro paradero. Naturalmente con esto tuvimos que caminar un poco y ya mis piernas quedaron perdidas. Un auto nos acabó de arrimar a San Juan de Letrán; pero para la entrada a las habitaciones del cardenal hay que caminar bastante y a esto se agrega que vive en un cuarto piso y sin ascensor. ¡Dios mío, qué impotencia! ¡Varias veces creí que se me reventaban los huesos! En las escalas me asfixié tanto que tuve que sentarme en una de ellas, y ¿quién creyera que esta circunstancia había de servirnos? Pues se verá:

El portero, al verme tan ahogada, se asustó y sin duda se lo dijo al cardenal porque, al entrar este eminentísimo señor, se paró y, abriendo los brazos como quien va a recibir a su mamá o algo así muy íntimo, dijo: ¡Oh madre, madre! con una simpatía tan extraña que me preguntaba yo interiormente: en dónde me habrá conocido y ¿por qué esta estimación y deferencia tan inesperada?

Él mismo nos acercó los asientos y al sentarnos dijo: ¿Hablan español? Sí, eminencia, le contestamos. Pues yo bendigo a Dios por ello, respondió. Claro que creímos que nos íbamos a dar gusto hablando en español. Pues no, no hablaba sino puro italiano, total que todo parece que fue por el susto. Exponiéndole el motivo de nuestra visita se mostró muy decidido a despacharnos tan pronto como le fuera posible.

Esta sola visita me costó ocho días de inhabilidad casi absoluta, pero gracias a mi Dios fue hecha y no infructuosamente. Tuvimos el gusto de recibir cada una del cardenal, un clavito de especie, bendecido aquel día en la Basílica con motivo del día de San Juan Bautista. Las hermanas en seguida fueron a conocer la Basílica y yo las esperé en un asiento que me prestó una buena señora.

La propuesta que deseaba enviar al Santo Padre

Cerca de quince años hace que le busco solución al asunto de las casitas misioneras de hermanas y la sagrada comunión. ¡Ay, se sufre tanto sin ella! ¡Ay, es tan duro dejar perder las almas pudiendo hacer algo por ellas! ¡El clero tan poco, los salvajes tan diseminados! Es preciso establecer muchos centrícos para el trabajo de las hermanas, con el fin de que el beneficio se extienda al mayor número de almas.

Un mismo sacerdote podría atender varios centros, puesto que la acción de las hermanas les prepara su labor reemplazándolo en muchas cosas; pero esas hermanas no tendrían la sagrada comunión sino cada semana, cada quince días o cada mes. ¡Aquí está el nudo! Además, hay misioncitas en donde el sacerdote, fuera de lo poco que tiene que hacer con las hermanas, ordinariamente no tiene más ocupación porque los indios lo temen y sobre todo mientras ellos lo aceptan, nada tiene que hacer; luego parece injusto que se prive a otro sitio de sacerdote para tenerlo allí.

Hechas estas reflexiones se ve claro que sólo la Iglesia puede desatar el nudo, permitiendo a las religiosas tomar ellas mismas su comunión todos

los días que el sacerdote falte o los que se pueda, según la conservación de las sagradas formas. Esto no parece un imposible porque, además, entre salvajes, no es muy difícil encontrarse frecuentemente cerca al martirio y entonces se tiene el motivo por el cual la Iglesia ha consentido en que la sagrada Eucaristía esté en manos no sacerdotales. Además, es preciso atender a que nuestro Señor tiene vehemente deseo de darse a esas almas que todo lo han dejado y depuesto por su amor. ¿Y por qué no saciar esa vehemencia? ¿Por qué no darle entrada franca a esas almas que con su generosidad lo atraen tanto?

Estos pensamientos y reflexiones han ido dando a mi alma la convicción de que llegará la Iglesia a dar ese paso. ¡Mas, cuántas dificultades! Si sólo por haber dicho en una ocasión a un sacerdote, que fuera bueno eso que para todos se veía como un imposible, se armó un chisme terrible y de boca en boca corrió la noticia de que yo iba a pedir permiso para decir misa y para confesar, ¿qué sería si llegara a hablar en serio de la convicción que de ello hay en mi alma? ¡Dios mío! El clero no me la perdonaría porque, es con mucha razón, celosísimo de estas cosas.

De cuando en cuando he hablado muy reservadamente de esta convicción y necesidad, con sacerdotes de cierto espíritu y les ha parecido muy bien y han resultado de acuerdo conmigo en todo esto.

El doctor José J. Elorza me ha animado mucho con su opinión favorable, pero siempre me ha dicho: Eso debe decírsele al Papa en una audiencia privada; de otro modo no se consigue. Espere que usted vaya a Roma. Ahora, poco antes de venirme, le pregunté a ver si estaba con la misma opinión y me dijo que debía usar de suma prudencia, tanteando antes si era oportuno decirlo, porque él creía que se habían de asustar en Roma. Por esto precisamente deseaba enviar la propuesta en carta al Santo Padre.

Ya se ve, pues, que esto no fue posible. Tampoco me ha sido posible tranquilizarme. Frecuentemente quiero olvidar esto y dejarlo para que una persona más autorizada, al palpar la necesidad, lo pida; pero en seguida tengo las agonías interiores más terribles y me siento responsable de esa idea y llamamiento de Dios a prestarle ese servicio a las almas. Lucho entre la impotencia y el remordimiento con verdadera agonía interior y sólo me calmo cuando tomo seriamente la resolución de exponerlo a la Santa Sede. Durante dos meses largos, después de la audiencia del santo Padre, he estado en esa clase de lucha y tan tenaz ha sido, que a veces siento fuerte debilidad en la cabeza y pierdo noches enteras en tal agonía.

Tengo para mí que cuando Dios le pide alguna cosa ardua a un alma, no le deja paz mientras que no se mueve esta alma a la ejecución de la cosa. Lo mismo me pasó con la obra de las misiones y congregación. Es que Tú, Señor de mi vida, te buscas unos instrumentos tan miserables para tus obras, que ellos mismos se sienten corridos. Claro que adoro ese procedimiento porque es tuyo; pero has de perdonarme que te diga que a fuerza de buscar-te esta clase de instrumentos, te pones en el empeño de tenerlos que empujar hasta derribarlos, porque ellos ni entienden si los estás llamando o no.

Si le hubieras pedido eso al santo Padre, a un cardenal o, aunque fuera a un obispo, qué ligerito te hubieran oído y puesto manos a la obra. Pero llamas para tales y tan desusadas cosas a una mujercita miserable y hasta de tan poca confianza para las gentes que distinguen bien su bajeza y ¿qué te había de resultar? Perdóname, pues, Señor mío, que en esta vez como en la del llamamiento a las misiones entre salvajes, te haya sido tan sorda que te he obligado en cierto modo, a derribarme como a san Pablo en el camino de Damasco. Perdón, Hermosura mía, y gracia para oírte siempre con presteza, en adelante.

Después de una noche pasada en la más cruel agonía a causa del asunto de la comunión en las misiones, vi completamente cerrada la vía para todo y ni me creía capaz ni veía por dónde seguir trabajando por el decreto laudatorio; entonces así ciega en la mente le dije a mi Dios que me presentaría al padre Vidal, a consultarle lo que debía hacer y que haría lo que él me dijera. Inmediatamente me sentí tranquila y vi claro qué había de hacer en los otros asuntos. ¡Bendito seas para siempre, Señor de mi alma!

Al día siguiente fui al padre Vidal, no sin susto y pena, pero resuelta a todo. Este padre me oyó bondadosamente y luego me dijo:

- La cosa es tan justa, tan buena y tan necesaria que, hágame usted a mí Papa por quince días y lo tiene concedido. No le pondría sino dos condiciones: Que a nadie se lo dijeran y que tuvieran al Señor con mucho respeto y en capillita muy cuidada; ¡nada más, porque Jesucristo se quedó precisamente para estas necesidades!!!.

¡Ay, las palabras de este sabio jesuita me cayeron como rocío del cielo! En seguida me dijo que era inútil intentar hacer llegar al Santo Padre directamente la petición; pero que no veía tampoco con quién... El padre pensaba... y yo le dije: He pensado que quizás con el cardenal Van Rossum por ser de la Propaganda. Justo, me respondió; pero es mejor por medio de

su secretario que habla español y por sus buenas condiciones está como cortado para la cosa. ¡Cuánto alivio sentí, Dios mío!

Ese mismo día hice la solicitud por escrito para, después de hacerla verbalmente, dejársela para lo que necesitara. Pero al secretario, monseñor Marchetti, lo harían cardenal en esos ocho días y determiné esperar a que lo fuera para no ir a perderlo todo por importuna, pues era de suponerlo muy ocupado. Por eso diferí esa entrevista hasta ayer, 19 de agosto. El cardenal Marchetti me ha recibido con amabilidad, cosa que no esperaba porque me habían dicho que no gastaba gentileza, no obstante ser muy bueno, en el fondo.

Le había dicho aquella mañana yo al Señor, al recibir la sagrada comunión: ¡estamos en la dura alternativa de, o carecer de Ti, o dejarte perder muchas almas! ¡Dirige mis pasos y que sepa hablarle al cardenal. ¡Y qué bien escuchó Jesús mi petición, porque el cardenal recibió con gusto el encargo y parece que aprueba la idea! Me dijo que por estar el cardenal Van Rossum fuera de la ciudad, debíamos aplazar la cosa para octubre. Que me presentara de nuevo a él y que le daría curso a la cosa. Tal agrado le vi que puedo asegurar que el voto de él es afirmativo.

Mas, ¡Dios mío, la venganza que el diablo tomará, cuando podamos abrir nuevas casitas misioneras a causa de esta ventaja! Mas, no podrás hacer más de lo que Vos, Señor le permitáis y para sufrirlo nos darás fuerzas. ¡Oh confianza! Me abres todas las puertas.

Mi alma en Roma

Pues que lo mandáis, Dios mío, ensayaré a dar alguna idea de lo que es tan oscuro. Parece como que Dios me cobrara en pena interior la gracia del decreto laudatorio. Las hermanas, sin saber nada, me lo han dicho; el decreto viene madre, se ve cómo sufre vuestra reverencia y no puede ser por otra cosa. Estas agonías las causaban en apariencia muchas cosas; en primer lugar los indios abandonados en Dabeiba, Murri y Rioverde. ¡Quién lo creyera! Cuando salimos de Urabá no fue mi pena tan grande como lo es ahora. Esta pena no la trae a mi alma el recuerdo de mis indios sino, a la inversa: ¡La pena me los hace recordar!

¡Siento como una mole inmensa la lejanía de Dios en que están esas pobres almas! Antes, el pensamiento de que, algún justo decreto de Dios nos había alejado de esos infelices, me consolaba; hoy no; ¡pesan sobre mi

alma con peso mortal! ¡Ah, los niños, los ancianitos, todos son carga a mi alma! Ésta es una pena aplastadora y oscura. ¿Qué oficio hará en mi alma? No lo sé. Sólo estoy segura de que no la fomento ni la procuro, y que me hace pasar horas amarguísimas. Entonces pido por ellos y me abandono...

También los kunas y su lejanía de Dios pesan a veces sobre mi alma como fardos insoportables. Pero estas penas no son continuas; tienen avenidas que me postran, pero parece que su intensidad se embota en mi abandono. ¡Qué raza tan desdichada es la de los kunas! ¿En dónde estará su remedio? Pregunta honda que dejo a la misericordia de Dios, pues no hay duda que entre los kunas también ha de tener Él sus almas privilegiadas. ¿Cuándo se descorrerá el velo? ¡Dios mío, apiadaos de esa raza!

He tenido intención de presentarme al cardenal Van Rossum a ver si da alguna sumita de la Propagación de la Fe para ver si podemos trabajar con esa pobre raza. Cuando comenzó a lucirles la fe en Unguía, ellos correspondieron... ¡Ésa es mi esperanza! ¡Lo que sentí al divisar las costas de Panamá donde hay tantos!

Otro motivo de sufrimiento íntimo ha sido Rusia. ¡Ay, Rusia preocupa a la Iglesia profundamente; mas hay obstáculos formidables. En los primeros días de estar en Roma, el augusto misterio de la Trinidad y los atributos de Dios me ocupaban; esto pasó para dar lugar a las avenidas de dolor de que hablo! ¡Éstos son los dolores que forman el estado de mi alma y que llamo interiores y sobrenaturales porque afectan como quien dice la sustancia del alma y no se quitan ni calman con razones, ni es posible procurarlos!

Otros sufrimientos de orden natural he tenido; mas éstos son como rocío que fecunda el alma y que se explican fácilmente y los siente uno cuando los procura y se pasan con reflexiones y abandono. Ésos son los que las hermanas que me acompañan me enumeran cada momento. Las hijas ausentes, cada una con su historia, son las fuentes de los mayores que he tenido, así como el peligro de perecer en que están algunas personas que me son muy caras y por quienes Dios quiere que me interese. Agonías de esta clase no han faltado tampoco por causa del asunto que nos ocupa ante la santa Sede, pues a cada paso nos parece que los enemigos asoman fieros y que trastornan el trabajo; mas, todo esto es inherente al asunto y lo cuento por nada.

El estado ordinario de mi vida aquí es el de siempre: fervor y dolor. ¡Días áridos como las estatuas del Vaticano! Que me perdonen los artistas.

Como ha habido muchas canonizaciones, naturalmente se habla mucho de los santos y dieron las madres Pías en hablar de que a todos los fundadores los canonizan y de que tenían obligación de ser santos y canonizados. Decían así mil cosas en las cuales yo me veía aludida. Al principio no les hacía caso porque al fin sé bien que ando muy lejos de corresponder a las gracias excepcionales que Dios me concede; pero a fuerza de repetirse la cosa, me fui impresionando hasta que aquello constituyó un remordimiento, una pena grandísima. Comprendía que Vos, Señor de mi alma, me habéis tomado como de la mano, sin faltarme con las gracias aún las más extraordinarias que habéis dado a los demás fundadores y a la vez me era claro el abismo negro de mi ser y la negación de todo bien que hay en él. Naturalmente estas dos vistas: Vuestras gracias y mi esterilidad, me mostraban claro que el fracaso de mi alma era irremediable, puesto que al darme tantas gracias dejabais conocer vuestra voluntad dulcísima de que sea santa y el fondo de mi vida me muestra que no lo soy, ni encuentro siquiera manera de serlo y por consiguiente obro abiertamente contra vuestra adorable voluntad. ¡Dios mío, me vi perdida y tampoco hallaba camino por dónde andar mejor!

Me encontraba como quien tiene que volar so pena de la vida y no tiene alas, ni aparatos, ni más que un cuerpo de hierro cada vez más pesado.

No tenía un sacerdote con quien iluminarme porque esta diversidad de lenguas... Envuelta, por decirlo así, en una capa de tinieblas, me entristecía inútilmente porque con ello no hacía más que cansar o agotar las fuerzas. ¡Sola, en una pieza estrecha, pasaba días enteros como abismada en esta oscuridad! ¡Mas Vos, Señor mío, que por dondequiera me cercáis de luz, no me habías de dejar mucho tiempo en agonía tan negra! Y, no sé cómo, en un momento se hizo la luz en mi alma, imprimiéndose en ella, de modo vivísimo, estas palabras: ¡Yo lo haré! Entendía perfectamente que se refería a consolarme y a iluminarme.

¡Bendito seáis, Señor de mi alma, mil y mil veces, porque Vos lo haréis! ¿Y cómo no? ¡Si vuestra gloria lo reclama y yo... qué impotencia! Ni alzar una paja puedo por mí misma, ¿cuánto menos hacer una santa? ¡Sí, lo haréis y os glorificaréis, colmando el anhelo de mi corazón!

Se hizo la luz en mi interior, con una paz que supera a cuanto puede decirse. ¡En esto acabo de conocer que Vos, Dios mío, hollasteis mi alma porque siempre la huella de vuestros pasos es paz! ¡Porque sois el Dios de la paz y la suavidad luminosa acompaña siempre vuestro paso por las al-

mas!. ¡Y si Vos habéis de hacerlo, nada tengo qué hacer sino amaros y amaros, dejándome amar! ¡Qué dulce reposo!!!

En los primeros días de agosto nos pasamos al "Monte Mario", hermoso paraje cercano a Roma, en donde los calores del estío son mitigados por aires muy frescos. Estamos alojadas donde las monjas del Cenáculo, religiosas fundadas en Francia por un padre Termi y que reconocen como fundadora a la madre Teresa Coudert. Estoy leyendo su vida. ¡Estas monjas del Cenáculo nos dan ejemplos admirables: humildad, sencillez, observancia, silencio, recogimiento, caridad! Aunque no hubiéramos venido a otra cosa que a recibir tales ejemplos, todo quedaba pagado.

¡Dicen ellas que en la misma pieza que ocupamos vivió algunos días la ilustre fundadora del Sodalicio de San Pedro Claver, para las misiones del África, hace ya unos siete años!. ¡Cómo nos distingues, Señor, permitiéndonos respirar el mismo ambiente que respiró esa santa y celosa mujer que tanto hizo por vuestra gloria! Cuentan que estaba tan aniquilada y flaca que la religiosa su hija que la acompañaba la llevaba en los brazos, como a un niño, a la capilla, cada día. Poco tiempo después de irse de aquí, murió.

Temores en Roma

Bien convencidas de que los enemigos no duermen, desde que llegamos a ésta, tememos a cada paso que tanto los reverendos padres carmelitas como el señor Builes, nos pongan obstáculos en la Sagrada Congregación. Dios mío, si tras éstas cosas no viéramos tu mano bendita, ¿quién pudiera creerlo? ¡Que personas que por vocación y por profesión se ocupan en salvar las almas, se hagan temer en cosa tan de tu gloria! Mas, Señor de mi alma, la cadena de acontecimientos y redes de hechos que Tú diriges y de las que sabes sacar bienes, son siempre respetables y son quizás estos enemigos el riego fecundante de tu obra; por lo demás, te ruego humildemente que los perdones y no tengas en la cuenta mis pecados para permitir que hagan mal a tu obra.

Pues bien, de los padres carmelitas ya quizás no haya mucho qué temer por que ya sacaron su porción, deteniendo por medio del reverendo padre Maroto nuestros asuntos por cerca de siete años y quitándonos la comendaticia del señor Arteaga. Puede que ya con esto queden tranquilos, pero... ¿y el señor Builes? ¡Dios mío!

Para evitar complicaciones de él, salimos de Colombia furtivamente, como lo dejo dicho, mas la reserva pudo llegar hasta que el reverendo padre Urrea nos vio en Roma. Sin embargo, después de la entrevista con el reverendo padre quedamos un poco tranquilas porque él nos visitó ofreciéndonos la paz, aunque no de un modo directo. En su visita hablamos de los acontecimientos de San Pedro y del enojo del señor Builes tan inexplicable. Luego me dijo el reverendo padre que debía pedirle perdón al señor Builes puesto que yo le había faltado al respeto levantando las casas de Donmatías y Santa Rosa. Le hablé de las muchas veces que le había pedido perdón sin obtenerlo y me respondió que era porque no reconocía la falta. Me explicó entonces con mucha calma y rectitud que no era falta canónica, que en eso estaban ellos de acuerdo conmigo, sino en haberlas levantado sin decirle nada. Le dije que lo había hecho así porque el señor Builes había dicho que no dejaría ni una misionera en su diócesis. El padre me hizo ver que de eso no había por qué hacer caso. Luego me ofrecí a pedirle el perdón y que siendo así las cosas reconocía la falta y me arrepentía de ella. Quedamos en que el mismo padre llevaría la misiva del perdón, que yo se la mandaría a su casa aquella misma tarde.

Nuevas reflexiones me hicieron ver que no convenía ahora esa carta y le escribí al reverendo padre que a mi regreso a Colombia, iría inmediatamente a Santa Rosa a pedir el perdón personalmente.

Me proponía sí, guardarles la reserva de la sagrada congregación de darnos el decreto en noviembre, a ver si cuando llegaran las quejas, ya fuera tarde y en ese sentido le pedíamos a la Santísima Virgen su gracia.

Mas, hablando con el reverendo padre Larraona, le dije algo de mis temores. Entonces me preguntó si teníamos casa en esa diócesis y al saber que sí, me manifestó que era indispensable la comendaticia de él y aunque le manifesté que no la daría o la daría mala, me indicó cómo había de escribirle pidiéndosela. Lo hice, tal como el reverendo padre me lo indicó y estamos esperando la respuesta. También por indicación del mismo padre Larraona le pedí al señor Toro un testimonio de la injusticia de la persecución del señor Builes para en caso de que no se de ni el perdón ni la comendaticia, poderme defender ante la Santa Sede.

CAPÍTULO LXVII

- VIAJE A LOURDES - 22 DE SEPTIEMBRE - MIS IMPRESIONES EN LA CIUDAD DE "LA MADONNA" - LA "CIUDAD DE LA CARIDAD" - LO QUE HICE EN LOURDES - EL REGRESO A ROMA - MI AFÁN POR CONCLUIR MI MISIÓN - UNA MONTAÑA DE AMARGURA EN MI ALMA - MIS ÚLTIMOS DÍAS EN ROMA

*"Viva el Señor y sea bendito mi Dios,
y sea ensalzado el Dios de mi salud". (Sal. 17,47)*

Viaje a Lourdes

Con la intención de bañarme en la santa piscina de Lourdes y conseguir de la Santísima Virgen mi curación, si es la voluntad de Dios, y para cumplir el deseo de la comunidad, saldré mañana, 24 de agosto de 1930, con la hermana María de Betania, enroladas en una peregrinación italiana para Lourdes.

Sabes Dios mío que no tengo voluntad para querer lo que no quieres y que por lo tanto, veré llegar la invalidez absoluta de mi cuerpo sin desear otra cosa que ésa que me dais como porción para terminar la vida aquí en la tierra. Mas dos cosas: el querer de mis superiores y de las hermanas, más el no ver que le hayas dado todavía a la Congregación una hermana que tome las riendas y continúe la obra que me has encomendado, me hacen creer que quizás quieras glorificarte curándome.

¡He aquí el por qué voy a Lourdes y creo que María me cura! Además, ¿cómo disimular el deseo que me habéis dado de trabajar un poco más por tu gloria? Mas este deseo puedo también realizarlo en el cielo. Hágase, pues, tu santísima voluntad. Por lo demás, el sufrimiento es tan ambicionable desde que has dicho: "Bienaventurados los que sufren..." (Mt.5,5) ¡desde que sufrir es seguirte! Desde que sufrir es amarte! En fin, Dios mío, no quiero hacer estériles los deseos de los superiores y de las hermanas; ¡creo que me curaréis por medio de vuestra Madre, oh Jesús, en Lourdes! ¡Seguiré trabajando y sufriendo por tus intereses! Esto compensará.

22 de septiembre

El primero de este mes llegué de nuevo al Cenáculo, después de 10 días de ausencia gastados en el viaje a Lourdes.

Viaje duro para mi condición de enferma. Pero sólo en Lourdes advertimos que he debido hacerme inscribir en la peregrinación como enferma; en ese caso me había evitado casi todas las dificultades y había podido asistir a todas las funciones en Lourdes; pero la advertencia fue demasiado tarde y como el director había prevenido que no se pidieran cambios, hube de resignarme. Está bien claro, Dios mío, que por una causa o por otra, me toca siempre lo difícil, lo arduo. Pero ya sabes, Amor mío, que no estoy descontenta de mi porción en la vida por más que a veces veo asomar el desconsuelo al semblante de mis hijas, al hacer algún recuento de estas dificultades. Ellas, las pobres, no tienen la misma formación que Tú, mi Maestro soberano, has dado a mi alma. He sido fraguada, por decirlo así, en el dolor y el vendaval me encuentra siempre a tu lado. Nada, pues, me turba porque estás conmigo.

La noche del 24, o sea del primer día, la pasamos en Génova, bastante bien halladas, en la casa de las religiosas de la Purificación. Mas, a la mañana siguiente no hubo misa en la casa, no obstante que nunca falta, según decían las religiosas. Bien, ¡parte de mi porción! Sin la sagrada comunión aquel día... La noche siguiente, pasada en la caseta del ferrocarril y como en ella iban dos sacerdotes, no era posible descansar la pobre humanidad, con una posición más cómoda. Todos durmieron como bienaventurados; yo pude reflexionar casi toda la noche en muchas cosas...

A la mañana bajaría la peregrinación en Tolosa a oír una misa en uno de sus templos llamado San Carlos; mas resultó que quedaba bastante distante de la estación y que mis piernas no se movían. Nos quedamos, pues, las dos hermanas en la caseta y un poco pude descansar, mientras la hermana salió a comprar algo que comer. Aquel día, ya tarde, llegamos a Lourdes. ¡Deliciosa impresión! Parece que en cada campiña de los alrededores ve uno el rebaño de Bernardita Subirou. ¡Todo tan sencillo como entonces! ¡Toda aquella naturaleza parece que sonrío místicamente! ¡Qué buen gusto tuvo la Santísima Virgen para elegir aquella naturaleza para mostrar al mundo sus encantadoras sonrisas! Ésa fue la expresión de admiración que se nos escapó a ambas hermanas. Los demás sentirían del mismo modo según lo decían los semblantes; mas como hablaban en distinta lengua, no lo supimos.

Mis impresiones en la ciudad de "La Madonna"

La ciudad que ocupa hoy el lugar de la antigua aldeíta pirenaica de Lourdes, sí es grande, hermosa, elegante y moderna. Sin embargo no cau-

sa la impresión profana de belleza de las demás ciudades de Europa. No. ¡Tiene algún tinte místico que encanta! ¡Quizás ese tinte lo lleve el peregrino en el alma y crea que lo recibe de la ciudad! No lo sé pero sí es aquello raro. En la estación nos dieron la dirección del hotel que los distintos grupos habían de ocupar. Nos tocó el pabellón portugués... Allí todo cómodo, todo simpático... y todo místico. ¡Ay! Lo que es Lourdes, ¿quién lo dirá?

Nuestra peregrinación se componía de 800 personas, entre ellas más de 60 sacerdotes, algunos obispos y un cardenal. ¡Aquello era respetable y hermoso porque no se veía sino fervor y un hablar de la "Madona" que encantaba! Haría sólo una hora que habíamos entrado, cuando llegaron mil peregrinos de Portugal y continuaron entrando de modo que perdimos la cuenta de las peregrinaciones que se reunieron. Nos aseguraron que eran veinte, muy numerosas todas. Todas llegaron con sus carros cargados de enfermos a ponerlos a los pies de la Virgen.

Desde aquella noche empezaron las funciones. La procesión de luces, especial de las peregrinaciones, fue a las nueve de la noche. Dice la hermana que tuvo una impresión incomparable al verse en ella.

A la mañana siguiente fui pero con gran dificultad a la Basílica y comulgé. Después pasé a la gruta. ¡Dios mío! ¡La gruta es el reposo de los desterrados!!! ¡Se siente uno al lado de María! ¡Cree que la oye hablar! ¡Todo, todo allí es pacífico... tierno... dulce... mariano! Al frente de la gruta, del otro lado del Gave, pasa el ferrocarril que atraviesa los Pirineos para ir a España. Pero... se me creará que hasta el ruido de ese ferrocarril que debiera estorbar las plegarias de la gruta y turbar aquella atmósfera de contemplación, es ameno, agradable, suave... y trae no sé qué impresión al alma, inexplicable... Es que a Lourdes no puede ese ferrocarril entrar a otra cosa que a llevar multitudes henchidas de fe, o a sacarlas cargadas de esperanza...

Como no es Lourdes una ciudad comercial ni industrial, ni ninguna vena de oro de la tierra, sólo la fe ha hecho aquellas vías férreas que la cruzan. ¡Qué hermoso! Dios mío, cuánto descanso. Las solas vías férreas son allí voces suficientes para decir al mundo entero: ¡Miren quién es María! ¡Miren lo que hace la fe! ¡Lourdes es un foco o muchos de luz y las líneas férreas que le salen en todas direcciones, son los rayos que esa luz envía al mundo! ¡Son como corrientes de humanos corazones que se dirigen a María en una gruta! ¡Son como venas por donde circula el amor a María que el mundo cristiano guarda!

¡Hasta los ferrocarriles, de los cuales ni uno solo conocería Bernardita, son allí místicos y tanto que la peregrinación de Portugal, no obstante ir compuesta de gentes principales, iba toda en carros de tercera, por espíritu de penitencia!

Las ventas se componen, casi en su totalidad, de objetos místicos y sobre todo relativos a María. Aquello es una verdadera oficina mariana. El arte allí está al servicio de María, al contrario de Roma, en donde lo divino se ha puesto al servicio del arte. María tiene allí su oficina de despacho en la gruta, alrededor de la cual, miles de enfermos esperan la curación o la palabra o inspiración, de fortaleza, que desde la gruta les da la Divina Médica. Tiene cerca y contigua a la gruta su farmacia, consistente en unas piscinas y unas fuentes de agua que Ella, la Señora que le sonrió a Bernardita y en ella al mundo todo, ha hecho brotar de la árida roca, sirviéndose para ello del índice de su predilecta pastora de las orillas del Gave. Y en las piscinas cura almas a quienes da fe y esperanza, y enfermos a los cuales devuelve la salud perdida. Seis son las fuentes y era preciso esperar mucho para llegar a tomar un vaso de agua porque las gentes apiñadas no se saciaban de aquella agua de salud.

¡Tres basílicas superpuestas tiene allí la Reina de los corazones, magníficas, soberbias! En todas las horas de la mañana celebran en ellas treinta o cuarenta sacerdotes a la vez. La misma plaza de la basílica es un templo; allí se ora constantemente; a un lado la plaza tiene el altar dedicado a Bernardita y en él celebran y reparten la comunión sin cesar, durante las mañanas hasta las 12 o más.

Pero... lo que no se me creará... allí es la única parte del mundo en donde no hay respeto humano, ¡oh belleza! ¡Oh ventura inconcebible si no se viera! Allí se reza por las calles como dentro del templo; se saludan las imágenes colocadas en las calles, se va como se puede en materia de indumentaria; se grita si hay fervor y nadie oculta sus lágrimas. Todo lo que un niño, en arrebatos de amor a su madre hace cuando está a solas con ella, se hace en Lourdes delante de la multitud; se le envían besos, se le habla con los brazos, etc.

"La ciudad de la caridad"

¡Es un muestrario de razas, gentes y naciones con sus modos cada cual y circula una fraternidad suma! El agua que el jarrón de un francés saca de la fuente es para griegos, españoles, germanos, malteses, etc. y así es todo.

Nadie usa los autos sino para fuera de Lourdes; dentro, todos a pie, ricos y pobres, por espíritu de sencillez y penitencia. Sólo alguna que otra persona inhábil y que no ha conseguido carrito de manos lo usa, pero apenas se ve aquello.

Los enfermos le dan solemnidad especial a las funciones; aquella playa del Gave, ancha y larga como una plaza, está durante las funciones completamente repleta de camillas y carros con enfermos, algunos de los cuales casi agonizan ya, pues no es raro el caso de que expiren a los pies de la Virgen. ¡Muerte feliz! Otros tan deformes que parece imposible que vivan; en fin, es aquello un muestrario de miserias humanas que se ponen a los pies de María en medio de la multitud de peregrinos que los miran con fraternidad sin igual. Por donde quiera se cruzan caballeros con gruesas correas pendientes al cuello; son señores principales que se han impuesto el deber de cargar a los enfermos. El sudor los inunda, pero ni lo enjugan porque sus brazos están entregados a la dulce tarea. No saben siquiera la nacionalidad a que pertenece el enfermo que llevan; saben sólo que es un hermano que le presentan a su Madre y eso les basta. ¡Oh caridad, Lourdes querida!

Puesto que no he de describirlo todo, sólo diré de las piscinas. ¡Cerca de ellas los enfermos esperan turno; centenares de personas los rodean y uno o varios sacerdotes gritan oraciones de súplica que traspasan el alma! El pueblo responde: ¡María, cura los enfermos! ¡María, salud de nuestras almas, óyenos! etc., pero esto con una unción tal que hace caer las lágrimas de los ojos. Pasado un rato se cambia el sacerdote y el auditorio por el de otra lengua y luego los de otra; así se pasa la mañana, mientras los enfermos entran a las piscinas.

Decir lo que es la procesión con la Divina Majestad por la plaza de la basílica y toda la avenida del Gave, y las plegarias que sacerdotes arrodillados, con los brazos en cruz, gritan y que estremecen moviendo las fibras más delicadas del corazón, en el momento de pasar el Santísimo Sacramento por delante de los diversos grupos de enfermos, ¡será cosa imposible! ¡En fin, es necesario ir a Lourdes para saber lo que es Lourdes! ¡E ir a Lourdes para saber lo que puede el amor a María! ¡Lo que Ella es allí!

Lo que hice en Lourdes

Ahora, concretándome a la obediencia que está en decir lo que hice en Lourdes, diré que entré una vez a la piscina y, como había de tener allí mi

querida porción, una señora me recibió con demasiada prisa y, como no tenía prenda de vestir que me sirviera, me entró a la piscina en la condición menos decente, a pesar de mis protestas y conatos de salirme más bien que permitirlo. Por misericordia de Dios hice las protestas en calma y no hubo ofensa a mi Dios; pero qué rato tan desagradable. Es la única nota mala de Lourdes que un mismo vestido de baño ha de servir para todos y es naturalmente adaptado a la estatura más común, de modo que para la mía, no era posible hacerla alcanzar y... Dios mío, ¡qué rato! Mil veces ofrecí entrar al baño con el mantelo negro que llevaba pero todo fue inútil, me lo quitaron. Quizás ese inconveniente no habrá sido observado. No aceptan tampoco que el enfermo lleve su ropa de baño. En esto parece que tengan razón para evitar demora y confusión, pero creo que debían usar una pieza que les sirva a todos los cuerpos aunque fuera como el mío.

Pude asistir sólo a una procesión y a muy pocas horas a los ejercicios de la gruta porque, como ya he dicho, ni piernas como los sanos, ni carrito como los enfermos tuve. Ahogándome y rendida de cansancio, parte en autos y parte a pie, asistí a algo. La hermana sí hizo las diligencias conducentes a la consecución de carrito alquilado, mas no fue posible.

El baño de la piscina, como no hizo acción curativa, naturalmente me empeoró por lo muy fría del agua; sin embargo, mi alma estuvo consoladísima y la última mañana que la pasé en la gruta me compensó de todas las privaciones que había tenido. ¡Ver aquella fe y aquel amor a María es cosa casi celestial!

¡Oh, si todos pudieran ir a Lourdes, Dios mío! Cuándo veremos realizado el querer de nuestra Reina cuando dijo a Bernardita: "Quiero que todo el mundo venga aquí". ¡Ay, Madre mía, los que llevo como entrañados en mi alma no vienen a Lourdes! ¡Si al menos os amaran! Mira Señora mi amargura...

Hay en Lourdes una costumbre que fuera ni se sospecha; no permiten se conozcan ni que se hable de los milagros que se obran sino después de pasado un tiempo, cuando, examinados por una junta competente y puestos ya a la prueba del tiempo, los publican en el órgano especial que para ello tienen. Sólo supimos que una ciega de nacimiento, al salir de la piscina dijo que veía bultos; pero la hicieron callar. Luego, al recibir la bendición del Santísimo, vio perfectamente y lo dijo llorando de alegría. La llevaron en seguida al hospital, sin duda para examinarla; pero no dejaron que aquello se hiciera público.

Nos dijeron que en la sola peregrinación italiana de Milán, se habían verificado cinco milagros. Durante las funciones todos beben del agua de la fuente que niñas y señoritas pasan repartiendo.

Regreso a Roma

Salir de Lourdes da verdadera tristeza; ¡cree uno dejar para siempre los lares maternos!! ¡Qué miradas las que se le lanzan a la gruta, al salir y perderla de vista... qué nostalgia me acompañó aquel día...!

De muy poco valor fue el ramito de flores y la velita que en nombre de la Congregación dejamos allí a María, pero... el alma se quedó...

El regreso fue un poco más pesado naturalmente: el alma triste... y el cuerpo más enfermo y cansado...

No diré lo que pedí en la gruta porque me será más fácil decir qué cosa no pedí; pero entre tanto los pobres indios de Urabá... los kunas y caribes... los del Chocó... el decreto laudatorio... las vocaciones misioneras... la vocación de mis sobrinas... Carmelita... cada una de las hermanas... y ante todo mis superiores. ¡Oh, para ellos pedí tanto!... En fin, no diré más. Estaba al lado de la gruta como un naufrago que llega a la orilla y allí encuentra a su Madre.

El primero de septiembre llegué de nuevo a Monte Mario, en Roma, más enferma pero gozosa de haber estado Lourdes. ¡Qué amable es la voluntad de Dios! No sé si no se hizo mi curación porque me faltó fe, o porque Dios me quiere enferma; me inclino a creer lo último.

Mi afán por concluir mi misión

Después hemos hecho las tres hermanas unos medio ejercicios espirituales y digo medio porque habíamos de dejar un poco de tiempo para preparar los trabajos del Decreto. La hermana María de Betania en la traducción de las constituciones, yo trabajando en el Directorio de la congregación y la hermana María de Lisieux atendiendo a lo demás que se ocurre.

No sé qué afán has puesto Señor en mi alma por acabar las obras de la congregación. ¿Será que presto, en acabándolas, vas a abrimme el cielo? ¿O que una vez terminado vas a darme la larga purificación que a veces me has hecho desear, en la inacción, la ignominia y el dolor? ¿O será que quieres abrimme otro caminito para hacer algo por tu gloria? ¿O tienes algún afán porque empiece presto el anhelado misionar ultraterrestre?

Nada sé, y en mi oscuridad me basta saber que vas delante, trazándome la ruta luminosa de tu santísima voluntad. ¿Qué otra cosa he de querer? ¿Qué otra cosa he de amar? Sí, Bien mío y todos mis bienes. ¡Seguirte a donde quieras, con sed ardiente de amarte siempre más!

Tengo, pues, afán de concluir esta misión y de antemano, Señor mío, te digo que después, a tus órdenes, ¡para lo que quieras!

Una montaña de amargura en mi alma

Mas, cual si me hubiera cambiado en otra persona, tengo ahora dolores y oscuridades raros; los pobres y desdichados indios de Urabá, que antes había abandonado con verdadero descanso a la misericordia de Dios, ahora son una montaña de amargura en mi alma. ¡Tantos niños que nacen en esas selvas oscuras y mueren sin bautismo, son almas malogradas para siempre! Y los ancianitos que mueren abandonados y sin Dios, llenos de pecados... ¡Señor mío! Y recordar que ayer mismo era un campito nuestro y que tu Nombre se repetía y cantaba en aquellas selvas. ¡Y que las almas salían de esta vida, perdonadas y llenas de esperanza! ¡Señor mío, y que la santa Sede, que puede remediar esto, no lo sepa ni sea posible hacérselo saber, ay, qué amargura! ¡Déjate mi Dios, déjate ablandar con mis lágrimas y vuélveles a conceder tu misericordia como entonces! ¡Mira que el honor de tu gloria lo merece. Mira que el diablo se gloriará de haber vencido al fin, Señor, Señor, apiádate de mi dolor, mira que es muy grande! Tienes en las manos todas las cosas, oh Jesús, como lo dices en tu santo Evangelio; pues, ¿por qué no cambias ésta para que sea gloriosa para tu Padre? Óyeme, Jesús amado ¿te acuerdas cuando esos indios te llamaban, te invocaban y te buscaban? Recuerdas... ¡ay, qué tiempos! ¡Y ahora, por el querer de las pasiones humanas, todo ha cambiado y yo muero de dolor!

¡Y la raza caribe, Dios mío! ¡Acaso no habrá en ella muchas de esas ovejas a las cuales se refería Jesús cuando dijo: Yo tengo otras ovejas que no son de este aprisco. Yo las buscaré y haré con ellas y las de este aprisco un solo rebaño con un solo Pastor! ¡Ay, Señor, mira que perecen esas ovejitas y que tu pobre sierva se muere de dolor! ¡Abre los brazos, Jesús y déjame que yo tiraré con mis hijas esas ovejas entre ellos. Oh Señor, son tantas! Esas mujeres te amarán tanto. Esos niños te invocarán al despuntar el día y al anochecer... ¡Ay! ¡Y todos tienen corazón para amarte! ¿Por qué, pues, Señor, el camino está cerrado? ¡Ay, recibe mi dolor, mi amargura... mi amarguísima amargura... mi dolor tan duro!

Mis últimos días en Roma

16 de octubre de 1930: ¿Y qué he de decir de la desdichada raza Caribe, dulce Amor de mi alma? ¡Cien mil o más hermanos entregados a la idolatría en aquella isla! ¡Y los niños naciendo diariamente y muchos muriendo sin el santo bautismo! Jesús mío, el Padre ha puesto todas las cosas en tu mano. En ella están también los medios para que entre la fe a aquella pobre raza. ¡Dámelos, Jesús, dámelos! ¡Abre esas puertas cerradas por tantos siglos! ¡Ay, Jesús, ya el tiempo termina, no cierres tu misericordia! ¡Cálmese la justicia del Padre con tu sangre y nuestros pequeños sacrificios y mis dolores! ¡Por la sangre de los mártires que, en tiempos pasados, ellos, en su ignorancia, hicieron en los padres Agustinos! ¡Si los mayores son tenaces, recuerda que a Nínive la perdonaste por los niños y entre los Caribes hay niños y hay débiles a quienes tanto amas! ¡Jesús, óyeme! Jesús, salvador de los hombres, ¡mira que esos desdichados: son tus hermanos degenerados; pero aún es tiempo! ¡Mira que María clama por ellos porque son de la porción de sus hijos desdichados!

Dime a mí como dijiste a dos de tus discípulos: "Id a aquella aldea que veis en frente y encontraréis una asna atada; desatadla y traédmela, y, si alguno os dice algo, decid que el Señor la necesita". (LC. 19,30) Decidme a mí: "Id a ese istmo que tenéis en frente" y yo iré y encontraré allí en el crucero de la perdición y la salvación, y a la puerta de la perdición, el asna de la raza caribe, atada por el demonio a la idolatría. Entonces, llena de júbilo, aunque ande entre brasas de sacrificios, con tu gracia la desataré y la Iglesia tenderá sobre ella los pabellones del apostolado y entonces Vos, Señor de mi alma, cabalgaréis en ella y entrareis triunfante en los cielos y los ángeles dirán: ¡Bendito el que viene, honor, hosanna, hosanna! ¡Óyeme, Jesús, tu asna aún está atada. Mándame y dame muchas, muchas hijas! ¡Tuyo, absolutamente tuyo será el triunfo!

19 de octubre: Hoy he venido muy contenta de la segunda o tercera entrevista con el cardenal Marchetti. Me ha dicho que será protector de la Congregación, con mucho gusto y de contado ha mostrado interés. Esto, Dios mío, es una grandísima ventaja. Ya sabes, Señor, de qué espantosa soledad me he visto rodeada en la fundación y dificultades de la Congregación. Debo, sin embargo, mucha gratitud por la asistencia y el apoyo del padre Elías, del señor Toro, la transitoria y engañosa del señor Builes porque al fin y a pesar de todo, sirvió algunos días y la más eficaz y noble del doctor Elorza.

He estado también con el padre Vidal y he quedado muy contenta porque el jueves que viene se verá con el cardenal Marchetti y entre los dos convendrán en la manera cómo presentar la petición relativa a la comunión en las casitas misioneras, en donde no hay sacerdote constantemente. ¡Y la palabra del padre Vidal, tan llena de vida! ¡Ah, eso se impone porque el Señor se ha quedado en la Eucaristía para salvar las almas y ¿cómo por salvarlas han de carecer de Él las misioneritas? ¿Cómo las salvarán pues, sin Él, y quién ha de darles la fuerza que necesitan? Ya sabes, Dios, cómo sonaron a mi oído estas palabras, como una dulce melodía, porque creo ver en ellas como si comenzara a diseñarse tu voluntad santísima.

20 de octubre: ¡Hoy ha muerto la madre Mauricio!. ¡Que descansen en paz la santa madre que nos ha prestado su apoyo tan valioso en esta ciudad. Bendito seas Señor en todas tus disposiciones! ¡En los momentos en que quizás el asunto de nuestro decreto laudatorio comienza a ponerse difícil en la sagrada Congregación, te llevas a la madre Mauricio! Mas, no quiero pensar que la quitas de mi lado y de mi asunto. No, porque si se demora en el purgatorio, allí tenemos puesta la puntería para conseguir ayuda de esas almas amadas, ya tan poderosas y ella entrará en esa protección, como la que más. Y si va derecho al cielo, como lo esperamos, ¡pues allí sí que puede conseguirnos lo que buscamos! Por esto, Señor, miro con calma que me quites lo que acabas de darme y luego me dejes tan sola. Sé que tus designios son misericordiosos ¡y que, para mí y para la obra de la salvación de las almas, son misericordiosísimos!

¡Además, me quieres tan sola... tan sola! que alcanzo a divisar allá a lo lejos... ¡ay! ¿me atreveré a decirlo? ¡Que me quieres tu única! ¡Qué abismo tan misterioso guarda esta palabra! También Dios es solo, absolutamente solo; absolutamente único en la insondable Trinidad de personas. ¡Sí, que la absoluta simplicidad de tu Ser, vaya formándose en el mío, como reflejo de la tuya. Dios mío. Llévatelo todo y déjame tu única: simple, absolutamente simple! ¡Me llevas y por el camino por el que me llevas soy única; pero única de un Único, Dios mío!

2 de noviembre: Que las almas del purgatorio descansen en paz. ¡Ayer estuve triste! ¡no recuerdo haberlo estado alguna otra ocasión, en esta fecha, porque siempre la fiesta de todos los santos ha sido un festín para mi alma! Mas, ¡ay! que esta vez derramé lágrimas al llamar a mis hermanos del cielo y encomendarles el inmenso dolor de mi alma. ¡Ellos, en la eterna paz, en la bahía feliz! ¡Nosotras en medio de olas y borrascas! ¡y la que se alza acá en mi corazón es tan amarga! ¡tan amarga! ¡Tantos hermanos

desgraciados, más dificultades y más tramas del enemigo y más borrascas. Dios mío, si mis pecados son la causa, mira que los lloro y detesto! ¡Apíadate de mi pobre alma que padece torturas de muerte!

Al fin el bulto temido ha salido a oponerse al caso de nuestro asunto de decreto laudatorio. ¡El reverendo padre Larraona, el consultor que hace el primer estudio oficialmente de nuestros documentos, dice que el nuncio de Colombia ha puesto algunas acusaciones! Sin duda son contra mi persona, lo cual es una ventaja si Dios ilumina a los superiores para que aprueben la congregación retirándome yo. Eso será un medio y voy a proponerlo. Yo, Señor de mi vida, en la Congregación o fuera de ella, soy la misma y la Congregación seguirá sin la rémora de mis pecados que sin duda le pesan como mayal de hierro y la privan de volar hacia su fin tan hermoso, de la salvación de las almas.

¡A mí, Señor mío, me importa más tu gloria que el estar en la Congregación; más tu gloria que ser religiosa, más tu gloria que morir en la celda, más tu gloria que mi felicidad! ¡Yo seré, fuera de la Congregación, como dentro de ella, una pecadora envuelta en tu infinita misericordia y la Congregación se librará de mí. Dios mío, atiende a salvar tu obra! ¡Apíadate de ésta que amas! ¡No se pierdan más las almas, Señor mío, no se pierdan más!

¡Qué idea tengo de tanta ternura, Señor de mi alma! Puedo prestarte el mismo servicio que te hace el joven que constantemente te acompaña en la basílica de San Pedro, asociando mi alma a la suya, y lo haré; anticipo la intención tres veces cada día: al despertar, al hacer el examen particular y al dormirme. Y como el amor hace reales obras que van a Dios, ¡éste es mi consuelo! Me refiero a un joven norteamericano que recibió de Dios el encargo de adorar el Santísimo Sacramento constantemente en la basílica de San Pedro y para ello exclusivamente se ha venido a esta ciudad. ¡El Señor le ha dicho que se consagre a ello, porque en San Pedro se adora muy poco, son sus palabras! ¡Y qué cierto es esto! Con ser el templo santo por excelencia y estar lleno de gentes todos los días, se adora muy poco; la curiosidad se lleva toda la atención de los concurrentes y Jesús allí se queda esperando.

Mas, este joven hace tres años que, correspondiendo al sublime llamamiento, ¡está allí todas las horas del día! Nadie le ha visto nunca en pie ni sentado. Siempre de rodillas, con sencillez encantadora, edifica a cuantos le miran. Para seguir este llamamiento se ha desligado de todo: de familia, patria, comodidades, etc. ¡Gracias, Dios mío, gracias por ese llamamiento

tan hermoso! ¡Gracias por el servicio que este joven presta a tu gloria! ¡Gracias por el descanso que da a mi corazón! ¡Búscate, Señor de mi alma, muchos servidores así! ¡Búscate muchas almas fieles en cambio de las tantas que te ofendemos!

Muy extenuado me ha parecido últimamente este joven de la Basílica y ¡cómo no! El amor consume y la vida de constante esfuerzo de rodillas, sin duda mal atendidas sus necesidades físicas, ¡Dios mío, qué holocausto tan bello!

5 de noviembre: Las cartas que he recibido de Antioquia, todas están llenas de consuelos; pero especialmente las del doctor Elorza y del señor Toro. Ellos comprenden mi situación en esta ciudad y me iluminan con cada palabra. ¡Mis largas horas de amargura parece que se desvanecen cuando recibo una palabra de mis superiores. Dios mío, no me faltes jamás con ellos!

En "El Cenáculo", en donde hemos pasado desde el 6 de agosto hasta el 26 de octubre, pasaba casi todos los días en una avenida hermosísima, desde donde, por entre las encinas que la forman, veía la cúpula de San Pedro. Estaba sola de la mañana a la tarde, cuando volvían las hermanas de la ciudad. ¡Todo alrededor, soledad y paz! ¡Dentro de mi alma, agonía! Mi único consuelo era mirar durante largos ratos aquella cúpula que me parecía celestial. ¡Ah, allí el Papa! ¡La Santa Sede! ¡Jesús inmortal viviendo en la tierra. La sede de la verdad: El punto o foco luminoso de la tierra en donde la Augusta Trinidad reside, y obra, y reposa! ¡Dios mío! Y mirando ese Vaticano se calmaba mi amargura porque allí, me decía, está la luz que ha de iluminar a tantos que llevo en mi alma. Entonces parece que me deshacía en amor a la verdad infalible, y tenía una especie de reposo en ella. ¡La Santa Sede, eh, La Santa Sede! ¡Y las almas... tantos infieles! Iba sintiéndome engrandecer como un inmenso globo inflado por un dolor supremo. ¡Me sentía grande a fuerza de lo grande de mi dolor! ¿Cómo podrá explicarse esto? No lo sé, pero es un hecho que mi pequeñita alma abarcaba dolores tan grandes que se engrandecía.

Al ver las hermanas mi predilección por este sitio me dijeron que le pusiera un nombre y para complacerlas, pensé en ponerlo mi altar de holocausto; pero tuve vergüenza de ellas y dije que lo llamaríamos mis pesares; pues engrandecida por el dolor, (qué sinrazón, cuando el dolor aniquila más bien que engrandecer), escribí los últimos "manojitos de mirra" y el Directorio de la Congregación.

8 de noviembre: ¡Dios mío, qué irresolución! Si el decreto ha de demorarse, es urgente mi viaje a Colombia para evitar el invierno que, según parece, perjudicará mi pobre salud o quizás pondrá en peligro mi vida. Pero, ¿quién hará aquí frente a las dificultades que se presenten? ¡Para ponerlas bien le será favorable mi ausencia al enemigo! ¡Dios mío, dignate iluminarme! Esta noche he pensado hasta en un viaje al África; mas será tan inútil y además será igual la necesidad de estar aquí. ¡Sé, Dios mío, mi luz, como lo habéis sido siempre!

11 de noviembre: Hoy estoy resuelta a consultar al cardenal Marchetti sobre lo que debo hacer. Es que una ida a Colombia implica, en caso de una complicación aquí, un regreso costosísimo. He pensado que el viaje a Túnez o Argelia, es relativamente corto y que allí, estudiando un poco los árabes, mahometanos, etc., adquiriré alguna idea de lo que son infieles no salvajes y que tal vez Dios tenga algún designio en ello. De allí es más fácil regresar a fines del invierno, a ver si ya ha adelantado un poco nuestro asunto en la sagrada Congregación. En fin, todo se lo expondré al cardenal y por medio de él, me hablarás, Dios mío.

Ayer 10, escribí para el Vaupés y entre otras cosas les invité para que esas nueve hermanitas que allá tenemos se asocien a la adoración del joven de San Pedro, a fin de que ese sagrario sea como el arsenal de donde tomen lo que deben darle a esos pobrecitos indios. Y si todas mis hijas hacen su nido espiritual en el sagrario de San Pedro, ¡oh! qué simbólico aquello! ¡Sacar la leche de la fe y del amor, de tal fuente para alimentar esas pobres almas perdidas en los mares ignorados de que habla Santa Teresita. ¡Felices misioneras!

15 de noviembre: Hoy fui a Santa Cruz de Jerusalén. ¡Dios mío, qué triste es ver algunos despojos de la sagrada pasión! ¡Un pedazo de cruz, un clavo y dos espinas! Son reliquias sacratísimas. Además, un pedazo de tabla del "INRI" que le pusieron a Jesús, medio deshecha ¡Oh tiempo que todo lo destruyes! Cada vez, te ves vencido más y más, sin embargo, por lo divino. ¡La pasión pasó, los instrumentos de ella, envejecidos, muestran el estrago del tiempo; pero el amor de Jesús que se probó en la Cruz, no pasa, no se gasta, permanece el mismo a despecho del tiempo! ¡Oh amor inquebrantable! ¡La inmensa horda del pecado no ha podido apaciguar las avenidas de tu misericordia!

¡Qué triste me siento hoy, Dios mío! ¡El cardenal me ha dicho algo que quiere decir que la Iglesia no tiene esperanza de la conversión de los mu-

sulmanes! ¡Y son tantos! ¡Ay! ¡Qué frío siento en el alma al pensar en esto! ¡Dios mío, tened misericordia de mi dolor y ábreles un camino de salvación! ¡Sí! ¡por amor de tu mismo nombre, Señor mío!

16 de noviembre: En San Pedro estuve acompañando al Santísimo unas dos horas. Tuve fuerte deseo de tener tres largas vidas: La una para dedicarla, como el joven que allí acompaña permanentemente al Santísimo; la otra para pasarla en las humillaciones de San Benito José Lavre; y la tercera para las misiones; ¡pero al ofrecerle al Señor estos imposibles deseos, me pareció demasiado poco una vida para las misiones y le ofrecí el deseo de tener un millón de vidas para sacrificarlas en las misiones entre infieles! ¡Mas, he quedado muy triste y le he repetido mucho al Señor de mi alma esta saetilla: "¡Ay, que yo me muero al ver que nada soy y que te quiero"!!!

25 de noviembre: Dios mío, qué amargas he pasado estos días. La indecisión acerca del viaje a Colombia, ¡porque abandonar nuestro asunto en la Sagrada Congregación, imposible! Y permanecer aquí en el invierno, también imposible. ¡Dios mío! Luego la duda acerca de la Congregación y de mí, que se le nota últimamente al cardenal Marchetti y quizás yo misma tengo la culpa porque le he hablado con tanta llaneza de cosas que él, sin antecedentes no podrá explicarse. ¡Ay, Dios mío, qué difícil es hacerse entender de los hombres, aunque sea de los mejores! ¡Sobre todo cuando en el alma se obran cosas tan poco comunes y para cuya comprensión no están preparados los que oyen y deben empujarlas y ayudarlas! ¿Qué puede pensar el ilustre cardenal sino que soy muy aventada, metida en lo que no me incumbe, amiga de sobresalir, atrapadora de deberes ajenos, etc.? ¡Sin embargo, Señor, sólo Tú conoces que no es así y que el ardor que siento lo has puesto Tú en mi alma y que debes sacar el rendimiento de gloria que te pertenece! Sácalo también, Señor, de mi dolor y humillación, y cuando sea tu beneplácito que el cardenal quede en la verdad, ilumínalo. ¡Ay, si yo al fin pudiera no ser tan ingenua con los que no han de entenderme!

26 de noviembre: Hoy ya estoy resuelta al viaje a Colombia. Sí, debo confiar a Dios el asunto del Decreto aquí, e ir a Colombia a trabajar en lo de los libros de la Congregación. ¡Esto creo que es la voluntad de Dios! Además, creo que Dios mueve mejor los corazones de los que nos ayudan, que nosotras aquí.

Siento sí un cierto peso en el alma por dejar las cosas sin saber lo que opinan los superiores; pero es tan imposible conocerlo antes de que entre

el invierno y la navegación se dañe, que es lo que juzgo más prudente. Guía, pues, Dios mío, nuestros asuntos. ¡Mira que no quiero sino el cumplimiento de tu santa voluntad y que en nada quiero buscarme!

Ni tampoco soy insensible a salir de Roma, de la cátedra santa de la verdad. ¡Ay, dejar a San Pedro...! ¡Mas, Dios mío, quedaré en su sagrario y te haré guardia constante con el espíritu, para beber tu amor al pie del receptáculo de la verdad! Desde Colombia miraré al Vaticano, ¡Oh! ¡El Vaticano! ¡La jerarquía eclesiástica, cuánto la amo!

No sé qué atmósfera se va formando a mi alrededor, ahora en el término de mi permanencia en esta ciudad. Noto que me visitan muchos y que voy siendo objeto de una curiosidad fastidiosa. Además, cualquier palabra mía se repite entre los amigos con importancia que no tiene. ¿Y por qué todos saben hasta mis menores opiniones? ¿Y por qué le darán tanta importancia a cuanto hago? ¡Dios mío, presiento como si fuera a envolverme una atmósfera o cerco de chisme y pasiones humanas, de esas que, de tiempo en tiempo, he visto desarrollarse a mi alrededor, enredada, procurada y atizada por el diablo! Verdad que no quiero rehuir el sufrimiento que esto me acarreará porque lo sabes, Bien mío, que quiero ir en tu seno bendito en completo abandono y que me dejaré revolver aquí o allá; pero sí temo el perjuicio que esto pueda acarrearle a la Congregación. Así se lo manifesté ayer tarde al padre Arcadio Larraona y aún le referí mi lucha con el demonio y su amenaza de perseguirme siempre. Le propuse además, que me dijera si por eso debía yo retirarme de la Congregación para evitarle dificultades que de rechazo se le creaban por causa de mí. El me respondió que de ningún modo debía pensar tal cosa y con gracia agregó: - No diga herejías porque aquí está muy cerca del santo Oficio. El caso es que este padre me parece conmovido y que tiene magnífica voluntad con la Congregación.

Siento ahora más oportuno el viaje a Colombia porque, en lo posible, quiero, porque creo que Dios lo quiere, evitar que el diablo desarrolle el torbellino que pretende aquí. Que al menos me coja en Antioquia, haciendo algo útil.

28 de noviembre: Hoy he ido a despedirme del cardenal Marchetti y parece menos desconfiado. Se puso muy contento por la resolución de viaje; todos hacen fuerza por nuestra permanencia tan larga en Roma. Le recomendé de nuevo el asunto de la comunión en las misiones y el del auxilio para trabajar por los Caribes. Parece que él no quiere mover nada

hasta que obtengamos el decreto laudatorio, cuando ya él tendría como protector el derecho de inmiscuirse en esos asuntos. Y tiene razón, aunque lo de los Caribes sí debiera presentarse ya, mas él no opina así; y ¿qué he de hacer? Sufrir a ver si Dios abre caminos.

También he encargado a los padres Vidal y Restrepo para que se hagan como madres de nuestro asunto ante la Santa Sede y se manifestaron gustosos. Ya el hecho de quedar interesados los Jesuitas es gran bien porque la influencia de ellos es grandísima y se vale Dios de ellos para la realización de tantas obras, que eso me infunde nueva esperanza.

Al fin, en la última entrevista con el padre Larraona, quedé mejor enterada de las dificultades del asunto. Parece que el nuncio no viene a Roma y que la lucha con él se hará en Colombia y si no cede, habrá que esperar a que sea cambiado e impresionar en la verdad de las cosas al sucesor. Por otra parte, creo entenderle al Padre que no admitirán tropiezos que pongan los enemigos, después de tener la comendaticia del nuncio y no se hará caso de lo del señor Builes. Quiera Dios que así sea.

Ya las madres Pías se han vuelto tan afectuosas y serviciales que ya va a ser una pena el dejarlas. Dios ha de pagarles.

1°. De diciembre de 1930: El día todo recibiendo visitas. Al mediodía audiencia del santo Padre. ¡Qué consuelo volverlo a ver y volver a recibir su santa bendición! ¡Jamás quizás volveré a recibirla!.

A las 11 de la noche, salida de Roma. Ninguna impresión al atravesar sus calles; ¡sólo al pasar por San Pedro me pareció dejar la casa paterna!. La noche en el tren fue de aturdimiento y fuerte calor. Al llegar a Génova, el 2, a las 9 de la mañana, ya nos esperaba la buena madre Grillo, superiora de las madres Pías de Roma y que había venido desde Turín a recibirnos y conducirnos al barco. ¡Cuánta bondad gastó esta buena madre! Como su casa en Génova es en un 6°. Piso, no nos llevó allá, pero consiguió que donde las hermanas Doroteas nos dieran almuerzo y nos trajo al famoso trasatlántico "Orazio", en donde nos dejó muy recomendadas. Pobre madre Grillo, tan debilita como es, debió quedar hasta enferma. ¡Dios ha de pagarle!

CAPÍTULO LXVIII

- REGRESO DE ROMA - ENCUENTRO CON EL SEÑOR BRIOSCHI -
DE BARRANQUILLA A BERRÍO - DESTIERRO Y SÓLO DESTIERRO
ES LA TIERRA - PEDÍ PERDÓN A MONSEÑOR BUILES - SALÍ PARA
SANTA FE DE ANTIOQUIA - EMPRENDÍ LA IMPRESIÓN Y
ARREGLO DE LOS LIBROS DE LA CONGREGACIÓN
- LA PURIFICACIÓN DE ESTAS OBRAS - ACERCA DE MI SOBRINO
RAFAEL - MUERTE DE CARMELITA - LUCES SOBRE LA CARIDAD
- TÉRMINO DE LAS MEMORIAS DE LA MISERICORDIA DE DIOS

"De su boca me hablaba como si fuera leyendo todas estas palabras; y yo las escribía en el libro con tinta". (Jer.36,18)

Regreso de Roma

En la travesía del océano, mi alma permaneció en una especie de insensibilidad dura. ¡Sólo el pensamiento de las tres Divinas Personas me aliviaba de cuando en cuando y el pensamiento de acompañar a Guerrino Benedetti en el sagrario de San Pedro! En el seno del Padre, mi patria amada, me acogía de tiempo en tiempo y allí sentía alivio. ¡Quién pudiera reducir a palabras este sentimiento! El Padre es la primera conciencia, ¡Oh!, cómo nos remonta en su conocimiento esta idea. Y no ha habido tiempo en que comience esta primera conciencia. ¡Su primacía no es de tiempo; es de relación; es sólo de prelación o yo no sé cómo puede explicarse esto; mas, me sentía dentro de esa primera conciencia como engolfada en ese gran YO del único que Es!

¡Recordaba a Roma como se recuerda un campo de batalla, como se mira un dolor que ha dejado herida! ¡Qué indiferencia sentía por Colombia, por el mundo entero!

Sólo en la travesía del océano me di alguna cuenta de la verdadera complicación de nuestro asunto en la Santa Sede, porque el padre Larraona tuvo siempre el talento de convencerme de lo baladí de tal complicación. ¿El lo haría por caridad o porque está acostumbrado a luchar con complicaciones mayores? No lo sé; pero estimo que la complicación ésa, ha inutilizado mucha parte de nuestro esfuerzo. Dios perdone a quienes la introdujeron.

Al llegar, el 20 de diciembre a Puerto Colombia, las madres Salesianas, con quienes veníamos, vieron a dos de sus hermanas que fueron a recibir-las; allí mismo nos ofrecieron hospedaje y aceptamos agradecidas.

Encuentro con el señor Brioschi

En Barranquilla nos hospedamos en casa de las Salesianas, en donde fuimos muy atendidas y en donde demoramos unos cuatro o cinco días, si no recuerdo mal, debido a la espera de barco en el Magdalena.

Allí tuve la fortuna de llegar casi simultáneamente con el señor Brioschi, arzobispo de Cartagena, a quien no había vuelto a ver desde que salí de Turbo, quizás en 1922. Inmediatamente mandé a las hermanas que lo visitaran y le suplicaran que fuera a verme ya que allí estaba tan inválida que me parecía imposible bajar las escalas de la casa y volverlas a subir, en caso de que determinara visitarlo en auto. No hice esto sin pena, porque ya se ve claro que esta exigencia es un poco atrevida tratándose de una mujercita y toda una personalidad cual es el señor Brioschi, pero, en fuerza de mi deseo de hablarle y verlo, me resolví.

Poco tardó en presentarse el santo prelado y no sé explicarme el por qué tan luego como lo vi, me inundé en lágrimas. ¡Qué pena tuve, Dios mío, sobre todo de las hermanas Salesianas que lo vieron! ¡Aquel anciano de celo tan encendido, que en tiempos de tantas angustias me había dado valor! Se me agolpó a la mente el asunto de la fundación de Uré, con todas sus terribles circunstancias y en seguida aquel fruto tan extraordinario que dio origen a la creación de la prefectura del San Jorge y ¡todo debido al celo de este santo arzobispo! Sin poder él darse cuenta del motivo de mi llanto, me preguntaba con un tono muy delicado, como quizás no lo usaba antes y naturalmente mis lágrimas salían con más profusión. Después de serenarme un poco, le dije algo de mi impresión y con viveza me respondió: Y, ¿cómo se duele de unos sacrificios que trajeron tanta gloria a Dios? Nada le repuse porque estaba el padre Garçerán presente, pero hubiera podido dejarle comprender que mi llanto más bien era de fervor que de pena.

Durante la visita hablamos de mi viaje a Roma y me repitió lo que todos, que un decreto laudatorio no sale antes de los seis años de haber introducido el asunto a la Sagrada Congregación, y que tuviera paciencia. Ya sabía yo que había de tenerla grande, pues ya había mostrado Dios su voluntad permitiendo que el excelentísimo señor nuncio le cortara las alas cuando ya iba a salir.

Me quedé después con cierta pena por no haberle hablado claro acerca del motivo de mi llanto y esa noche le escribí una carta. Por la mañana, cuando aún no le había mandado la mía, llegó una de él en la que me animaba, hablándome de los trabajos de los apóstoles y especialmente de San Pablo, valiéndose principalmente de algo relativo a la misa de aquel día. Claro que él creyó que yo venía muy triste de Europa y que me había ido muy mal; pero no pude volver a convencerlo de la verdad.

De Barranquilla a Berrío

Salimos a los dos o tres días de Barranquilla y durante los días de navegación, ninguna cosa notable ocurrió, fuera de la no entrada a Wilches, en donde nos esperaban las hermanas con verdadera ansia; pero como el río se había desviado de ese puerto, no se acercó y hubimos de contentarnos con saludarlas de paso, en un instante que salieron ellas en una canoa.

Mi alma venía en completa calma y paz. Muy desolada me sentí cuando allí mismo en el barco supe que las señoras colombianas tenían un congreso en Bogotá y conocí los imperdonables disparates que para progreso de la mujer colombiana habían propuesto. Eso sí hizo en mi alma un vacío terrible; pero ¿a quién que medianamente se preocupe del bien, no punzan esas cosas? ¡Y sigue el mundo su rumbo hacia el abismo! ¡Oh mundo! ¡hasta tu nombre he de olvidar cuando me encuentre en las mansiones celestiales, a donde la misericordia de Dios me ha de llevar!

Mucha alegría sentimos cuando al llegar a Puerto Berrío encontramos al padre Henao, a algunas hermanas y algunos de los muchachos indios de la casa, que habían ido a encontrarnos. Cómo extrañé a Carmelita, con quien había tenido buena correspondencia desde Roma. Su estado muy malo de salud, no le había permitido ir a encontrarnos. ¡A mí se me ocurre que en algo contribuyó también la decepción que tanto me ha dolido haberle dado, aunque creo que fue el cumplimiento de un deber!

Destierro y sólo destierro es la tierra

A mi alma las demostraciones de cariño e interés de parte de los que me rodean le hacen una impresión muy diferente a la de los demás; ¡quisiera que me dejaran pasar desapercibida! Sin embargo creo que deben ser. Por eso no puedo decir que me satisface en ello. Tampoco experimenté lo que las hermanas experimentaron al pisar tierra colombiana, después de ese tiempo de ausencia. Allí, contemplando la alegría de ellas, sí que me conven-

cí de que no tengo patria y que sólo el dolor reina en mi alma, a pesar de mi constante alegría. ¿Qué fue Europa para mí? ¿Y qué fue llegar a Colombia? ¡Puro destierro! ¡Puro dolor! Tierras grandes y tierras chicas; tierras que llaman bonitas y tierras que nombran feas, ¿qué son para mi alma? ¡Destierro y sólo destierro! ¿Qué más da a mi alma el estar en la tierra en donde nací o en las que no me vieron nacer? ¡Nada, absolutamente nada! ¡En donde quiera reina el pecado y sus estragos se ven en donde quiera! ¡Oh! Si yo encontrara un lugar en donde se amara a Dios y no se le ofendiera, quizás ese sitio se ganaría mi corazón; pero, Señor de mi vida, si este sitio no está sobre la tierra, ¿cómo no he de suspirar por el cielo que guarda a todos tus amadores y en donde nadie te ofende?

No tuve, pues, la más leve alegría al llegar a Colombia ni al encontrar a los míos; me refiero a la alegría del alma, pues eso que llaman gusto, claro que sí lo tuve al ver a los que nos fueron a encontrar. Que me perdonen los que esto lean si les parecen escandalosas mis frases acerca del patriotismo. ¡Ay, padre mío, vuestra reverencia sí me comprende. Mi vida toda no ha sido más que un piélago de dolor por las almas, y el mundo todo se me parece a un anfiteatro en donde se exhuman las almas!

A veces, al hablar con almas muy santas y que aman al Señor mucho, tengo algún consuelo y me siento descansada; ¡pero eso sucede tan pocas veces! ¡Oh Patria mía, mansión celestial! ¡Casa de mi Dios! ¡Triunfo de su causa! ¡Banquete eterno! ¡Te llevas todo mi amor y mi sólo descanso se encuentra en tu Dios a quien sin cesar busco y cuya gloria me arrebató!

Llegamos a Medellín y directamente fuimos a casa de Carmelita, pues las hermanas habían obedecido visitándola mucho y habían logrado calmarla y darle algún consuelo. Ella les había instado para que fueran a su casa y ellas a pesar de quedar distante de Medellín, casi siempre se hospedaban allí. Sobre todo, ya su semblante revelaba cierta apacibilidad que no tenía antes.

Desde que llegué supe que nos cuidaría mucho con un regalo que para el efecto había dado la señorita Ana Raquel Isaza. Esta señorita mi amiga desde muchos años atrás ha sido mi constante ayudadora y desde que la Congregación era solo un proyecto me acompaña en todas las dificultades. Por su poca salud no puede hacer más, pero su alma abarca la obra y la ama mucho. Agradecí mucho este regalo, sobre todo porque le abría a Carmelita el camino para cuidarnos, así descansaría; pero no fue así. Aunque se mostró atenta y cariñosa, se le notaba cierto dolor que con nada podía disimular. Oh, quién pudiera haberle dicho las razones verdaderas

de nuestra conducta y quien hubiera podido hacer que a ella le satisficieran; pero no, todo hubiera sido inútil. Sin embargo de todo, estuvimos allí medianamente tranquilas y ella mostró mucho gusto en recibir los regalitos que en nombre de la Congregación le trajimos.

Allí mismo comencé a tener la pena que ya desde Roma presentía y que quiero dejar descrita aquí, porque será de mucha enseñanza para mis pobres hijas.

Esa noche, en unos momentos en que nos quedamos solas me habló Carmelita de algunas cosas que había notado en las hermanas durante mi permanencia en roma. Me dijo que la madre San José se había pasado por encima de muchas cosas que eran prohibidas en la Congregación y que todas las hermanas que tenían su familia cerca, es decir aunque fuera a día de camino, habían ido a visitarla, sin motivo ninguno y que notaba que el espíritu había cambiado mucho. Que quizás la misma Madre San José me lo diría; que ella lo había sorprendido porque naturalmente a ella no le tenían la confianza suficiente para tal cosa, que la Hermana María San Juan había sido operada en el hospital y que a pesar de ser asistida por las hermanas de la Caridad, sólo por mimo había mandado a la Hermana María del Perpetuo Socorro para que la acompañara y que como no tenía en donde tomar los alimentos en Medellín, la habían sometido a la pena de ir a pedirlos a una casa extraña en donde no era muy bien recibida la hermana y que a pesar de que ella les había observado, no habían puesto remedio, porque no podían prescindir de hacerle el mimo a la hermana operada de apendicitis.

Todo me lo oí con toda atención porque estaba segura de que lo hacía por bien y de que era verdad, puesto que Jesusita no había entrado para nada en las tales observaciones. Además, sin que nadie me dijera nada, yo había sentido la espina hondísima en Roma y por eso más que por cualquiera otra cosa, había arreglado viaje. Por otra parte, el buen estado de nuestro asunto en Roma y ese cambio repentino de la sagrada congregación sin saber por qué, me hacía temer que un castigo de Dios pesaba sobre la Congregación y efectivamente la paz de la casa generalicia y del noviciado se había acabado y por donde quiera reinaba la confusión.

Aquella misma noche me dijo la madre San José llorando: Si su reverencia no hubiera venido, no hubiera encontrado a nadie. No le adelanté porque temía descorrer el velo antes de llegar a Antioquia. La madre San Benito también me dijo algo que me reveló el mal estado en que andaban las cosas. Carmelita me había dicho además, que no todas deseaban mi

regreso con lo cual entendí más o menos que había división en la casa generalicia. Sin descorrer completamente el velo les di palabras de confianza y las envié a Antioquia, pues que yo me proponía ir a Santa Rosa antes de volver a mi residencia.

Pedí perdón a monseñor Builes

Con la hermana María de Lisieux salí para Santa Rosa, después de enterarme sí, de que el paso que daba al ir a pedirle reconciliación al señor Builes era del agrado de vuestra reverencia y mayormente del señor Toro.

En Roma tuve una entrevista con el reverendo padre Urrea, el sacerdote más unido al señor Builes, y este buen padre se mostró con mucho deseo de que se estableciera alguna manera de entendernos el excelentísimo señor y yo, cosa demasiado fácil por mi parte, puesto que siempre lo había deseado y mucho hubiera dado porque la reconciliación se hubiera hecho a raíz de los acontecimientos; pero siempre me habían asegurado que él no aceptaría ningún género de arreglo y que me rechazaría irremediablemente y como, además, ya durante los acontecimientos tantas veces le había yo suplicado un arreglo y reconciliación y jamás obtuve ni siquiera una palabra de esperanza, naturalmente la noticia del padre Urrea, cuando me propuso que dizque había reducido sus quejas a solo la levantada de la casa de Donmatías, me pareció magnífico aprovechar esta oportunidad y avocármele a fin de hacer aquellas amistades o por lo menos ponernos en condiciones de indiferencia, ya que él no perdía oportunidad de mostrarse enemigo irreconciliable, cosa que de verdad era escandalosa.

Fuimos, pues, a Santa Rosa; allí nos hospedamos en las buenas hermanas salesianas y fuimos muy bien recibidas. Al día siguiente, solicité la entrevista con el excelentísimo señor obispo y me presenté. Con atención muy forzada me hizo señal para que me sentara y después de que le pregunté por el estado de su salud, sin que él me hiciera ninguna pregunta ni acerca de mi viaje, ni del objeto de mi visita, ni de nada, le dije que iba única y exclusivamente a pedirle perdón de cuanto tuviera que sentir de mí y que se lo rogaba por amor de Dios y en atención a lo poco edificante que era ese estado de cosas entre los dos, ante las gentes que no entendían. Me dejó hablar largo y cuando le dije la última razón por la cual me debía perdonar, me contestó con la mayor gravedad:

- ¡Eso nunca! ¡Jamás le perdonaré ni olvidaré lo que tengo que sentir de usted!

Le repuse:

- Mire, excelentísimo señor, excuse que no le crea lo que me está diciendo, porque conozco su corazón que es muy bueno y no ha de dejarme volver sin su perdón.

Sólo me contestó:

- ¿Que soy bueno? Pues mucho que lo soy; por esto estas pobres gentes con sólo que me ausente por un rato, por aquí a los alrededores de la población, cuando llego me colman de atenciones y muestran la alegría más grande.
- Sí, lo comprendo, le repuse y en nombre de esa bondad que lo caracteriza, le ruego en nombre de Dios, me perdone y olvide cuanto tiene que sentir de mí. Yo lo hice todo con la mejor intención y jamás tuve voluntad de contrariarlo. Además, todo lo consulté como vuestra excelencia mismo me aconsejó.
- Está bien, pero no le perdono, me repuso.

Dios mío, no volvía yo de la sorpresa de ver aquel ademán tan tieso y le agregué:

- No recuerda que vuestra excelencia me dijo que eso que pasó entre los dos, era cosa del diablo que quería meterse en honduras y que rugía a mi rededor, pero que no tuviera miedo y... que a vuestra excelencia también se le estaba metiendo. ¿Recuerda?
- Sí, lo recuerdo.
- Entonces, si fue por el diablo, le dije, perdóneme todo.
- Sí se me metió, me contestó, pero ya se me salió y no le perdono, ni hoy, ni nunca y no le daré jamás comendaticia ante Roma. Usted ha dicho que no la necesitaba y si no la necesita, ¿para qué se la doy?
- Dije que no la necesitaba si es levantada la casa de Cáceres, de la cual me aseguraron que la había dado por terminada vuestra excelencia y que por eso había hecho nombrar una maestra seglar.
- No, no es cierto eso, me repuso.
- Bueno, le dije, pues en ese caso sí necesito la comendaticia y se la ruego en nombre de Dios, cuya gloria se perjudica con no dárme la y con no perdonarme ahora vuestra excelencia o si quiere, me perdona después de exigirme cualquier cosa.

- ¡No le perdono, me repitió y le aseguro que usted todavía no ha comenzado a experimentar los efectos de mi indignación, espérela porque será inexorable!
- Por amor de Dios, volví a decirle, no me deje ir así...
- ¡No le perdono! ¡No! ¡Me dijo con un acento de verdadero furor!
- Entonces, le dije, ¿me da su bendición? Y frunciendo un poco el ceño, me dijo: Bueno, en el nombre del Padre... Le recibí la bendición y salí.

En el cuarto del zaguán me encontré con los padres Urrea y Velásquez, los dos que lo asesoraban y les recomendé que me lo acabaran de calmar, que nada había conseguido. Ellos sonriendo con bondad, me respondieron un bueno simple que ninguna esperanza me infundió.

Ese mismo día regresé a Medellín, Dios mío, lo que sentí al salir de donde el señor Builes... Y en justicia debo decir, que aunque esto haya pasado, él es bueno y que no puede explicarse más que por una permisión de Dios para castigo de mis pecados o quizás para purificación de mi afecto a los obispos y superiores eclesiásticos, pues verdaderamente los he visto siempre como a semi-dioses, ¡a los labios de Jesús multiplicados por el mundo! Mi afecto a ellos es y ha sido intenso y sus palabras mi norte.

No encuentro, sin embargo, que mi afecto a ellos haya tenido mucho de humano, porque es tan a su carácter sagrado, que no he necesitado jamás verlos, ni conocer sus historias como hombres, para amarlos. Pero Dios mío, tú sí ves polvo en donde los demás no lo vemos y quizás para que mi afecto al señor Builes, se hiciera más y más sobrenatural, permitiste esto y quizás él haya podido justificarlo con algo que yo no alcanzo a descubrir. Lo cierto es que este señor obispo es muy piadoso y muy celoso de la gloria de Dios. Los caminos de Dios son siempre oscuros del lado de la tierra y por eso no nos explicamos muchas cosas. Mi corazón le permanece unido, como que al fin es un ungido de Dios y nada tiene que ver el que me castigue a mí o no me castigue.

Salí para Santa Fe de Antioquia

Ya nada me detenía allí y me fui para Antioquia. Naturalmente las hermanas hicieron una fiestecita muy simpática y después de ella vuestra reverencia hizo una especie de conferencia muy hermosa, en la cual hacía ver la conveniencia de mi viaje a Roma y cómo era eso una cosa que le daba un tinte especial a la Congregación, por cuanto la había hecho cono-

cer en la Santa Sede, centro de todo bien para ella y para las almas. ¿Y cuál fue mi impresión en la conferencia de vuestra reverencia? Pues que la enseñanza de ella fue más para mí que para las hermanas. No me había dado cuenta de la importancia del viaje, bajo ese punto de vista. He de confesar que cuando vi que iba a tomar la palabra, me pareció algo así como lo que en Antioquia llamamos bobada, pero después le vi la sabiduría de la cosa. Dios se lo ha de pagar, mi buen padre.

Creo, sin embargo, que Dios nos dará el decreto laudatorio cuando demos punto en el buen espíritu y no estemos a merced de estas dichosas pasiones humanas o que al menos las pongamos debajo de los pies y las mantengamos en derrota y muy estropeadas con el desprecio propio y la querida humillación.

Empeñé la impresión y arreglo de los libros de la Congregación

Vine de Roma a emprender la impresión y arreglo de los libros de la Congregación, cosa que emprendí con la mayor energía porque cada día me convenzo más de la falta que hacen a las hermanas. ¡Tanta es ésta, que he calculado es una crueldad tenerlas por más tiempo sin a qué atenerse respecto a sus obligaciones, costumbres y espíritu en general. Por eso siempre que tengo algo que corregir en las casas, lo hago con mucha bondad, porque de muchas cosas la causa es la ignorancia de sus reglas y de su espíritu. Pobrecitas mis hijas, obrando así casi a ciegas, porque aunque todo se los he enseñado de viva voz, ya se sabe la fragilidad de la memoria humana y lo muy fácil que confundimos las ideas.

Mientras estuve en Roma, imprimieron las hermanas la obrita titulada "Voces místicas de la naturaleza" y al examinarlo lo hallé tan lleno de errores que hubo que perderlo. Por fortuna vuestra reverencia, padre, me advirtió muy a tiempo que el Manual debía imprimirse bajo mi vigilancia y que por consiguiente no debía dejárselo, porque si no hubiera sido así, lo habríamos perdido también. Las pobres hermanas han aprendido tipografía sin maestro y además tienen poca experiencia en el asunto y así no es de extrañar que hubiéramos perdido ese trabajito.

¿Y qué he de decir de mi tarea de escribir y componer los libros de la Congregación? ¡Ay! Este lado de mi alma quizás no sabré hacerlo conocer, aunque creo que no es del todo inútil para las hermanas. Desde que estaba en el mundo cuando el padre Dueñas, entonces mi confesor, me dijo que era preciso que antes de emprender la obra se escribiera algo

acerca del género de vida que debían llevar las entonces denominadas "Maestras de los indios", me pareció aquello muy superior a mis fuerzas; pero confiada en la promesa que me hizo este buen padre, así como poco después el padre Sierra, con quien me confesé un tiempo después, de que ellos me examinaban el trabajo y me ayudaban, lo emprendí confiada y sin comprender todavía de modo muy claro, el espíritu que había de informar esas reglas. Sólo decía yo a mis confesores: Debe ser de mucha perfección, a fin de que no acabemos en estado de que nos tengan que ir a catequizar a nosotras; pero que esa perfección debía ser escrita y qué género de perfección había de ser no lo veía claro, ni necesitaba verlo; al menos, no sentía la necesidad de conocerlo. ¡Así sabes, Señor mío, Creador dulcísimo, llevar a tus criaturas de la mano; pero que ellas no sepan a dónde van, no sea que te digan que no!

¡Yo debo confesar, sin embargo, que si hubiera visto desde entonces lo terrible y grande de la empresa no te hubiera dicho, Amor mío, que no; pero habría sufrido tanto que no puedo ni suponerlo! ¡Gracias, pues, Señor, por haberme cogido ciegucecita porque así Tú has sido la luz de mi camino y por mirarte a Ti, no he puesto cuidado a las grandes dificultades, ni a los abismos por donde me has pasado!

En fin, confiada como dejo dicho, en los confesores, emprendí la obra de escribir algo, no sin temor por lo cual le supliqué a Ana Raquel Isaza, la amiga de quien antes he hablado, para que me ayudara y efectivamente ella, llena del celo que siempre la caracterizó, iba a trabajar en esas reglitas. Pero una cosa curiosa debo consignar: las dos pensábamos y discutíamos cada punto que escribíamos, cediendo frecuentemente de parte y parte, algo de las propias opiniones, porque pensamos muy diferente acerca de muchos puntos y yo cedía bastante porque reconocía que el celo de ella era muy grande ¿y el mío? ¡Pobre de mí! ¡Era una pobre herida que buscaba remedio y siente chorrear la sangre sin restañarla jamás!

Pues, como digo, juntas pensábamos y resolvíamos; pero ella escribía en borrador y con lápiz. Así avanzamos mucho hasta terminar, si mal no recuerdo, el cuaderno que hemos llamado constituciones después. Pero cuando ya en Dabeiba fui a pasarlo a limpio, para mandarlo al excelentísimo señor obispo, encontré que el tal borrador, en su mayor parte, todo lo escrito por Ana Raquel, estaba absolutamente ilegible y borrado hasta el punto de no distinguir sino una que otra letra. ¡Dios mío! ¡Cuál fue mi trabajo al tener que volver a escribir eso ya sola y sin recordar sino alguna que otra cosita insignificante!

Después he ido conociendo que eso fue dirigido por la Providencia porque quiere que sea yo sola la que dé las reglas que se han de seguir en su obra. Y lo colijo de que posteriormente me ha pasado lo mismo con lo demás: Aunque busque quién me ayude y lo encuentre resulta que la cosa no se realiza o no sirve por cualquier circunstancia. Y delante de mi incapacidad, encuentro que quizás Dios lo ha dispuesto así, para ser Él solo quien lo hace todo y así, siendo la mano que aparece al exterior tan incapaz, todos puedan atribuirlo a Él solo. ¡Bendito sea en esto como en todo!

Después de escrita una parte considerable de este primer cuaderno me presenté al padre Sierra; después de ponerme de acuerdo con él en el confesionario y después de haberme citado la hora que debía presentarle ese trabajo, para corregirlo y juzgarlo, me recibió con suma displicencia y me dijo que no sabía de qué se trataba. Le recordé y me contestó que eso se haría después. De modo que salí convencida de que no entendía la cosa, por más que en el confesionario me resolviera con mucha sabiduría, cuanto se refería a la empresa. ¡Dios mío! ¡Cuánta soledad me rodeaba al parecer! Con el padre Dueñas no fui más afortunada. Tampoco se llegó el día en que me diera oportunidad para mostrarle esos papeles y siempre me lo prometía.

La purificación de estas obras

Desde entonces sentía suma repugnancia al escribir esas cosas y siempre que escribía una idea que me parecía buena y bien clara, sentía tal opresión en el alma que me parecía que estaba en pecado. La razón me decía lo contrario, pero el sentimiento continuaba siendo para mi alma como una carga. Nunca consulté de esto, sino que me resolví a sufrirlo sola. No me atrevía a hablarlo con nadie porque tenía casi seguridad de que no era comprendida.

Después, en Dabeiba, esta misma pena continuó, pero en forma de vergüenza. Toda vez que presentaba algo para que fuera observado por las hermanas, tenía profunda vergüenza de ellas. Y cuando se trató de hacer conocer algo de lo escrito, a los superiores, esta pena creció desproporcionadamente, y venía como envuelta en un deseo profundo de que Dios descargara un castigo sobre mí, tal como que me tragara la tierra.

Me parecía tal delito escribir esas cosas e imponérselas a las hermanas, que el infierno me hubiera parecido apenas justo para mí. ¡Qué agonías, Dios mío! Además, cuando ya se trató de formar las ceremonias y lo que

escribía necesariamente tenía que ir a manos de los sacerdotes, mi dolor crecía. Un poco menos duro era cuando los padres eran los carmelitas, porque la burla que frecuentemente hacían de esas ceremonias y el desprecio con que las miraban, hacía que me calmara un poco la pena. Cuando muy frecuentemente los padres me decían que quién me metía a mí a escribir esas cosas, me parecía que por allí ya se abría alguna manera de que Dios me quitara esa cruz de hacer lo que no sabía. Les rogaba a los padres que ellos hicieran algo, que me ayudaran y que me enseñaran y corrigieran, pero ellos rehusaron, sin dejar por eso, de criticar nuestras prácticas, por supuesto.

En fin, puedo decir, padre mío, que no he escrito una sola regla sin que ella me haya costado una agonía interior terrible. Varias veces supliqué al ilustrísimo señor Crespo que me enseñara y me hiciera algo y ni me contestaba; sólo se reía algunas veces. Y como las cosas han ido saliendo tan lentamente, mi agonía ha durado lo que tiene la Congregación. Cuando aún estando en Medellín enseñando señoritas, dedicaba algunos momentos, mientras que ellas preparaban las tareas, para escribir algo en el cuadernito de reglas, lo hacía escondido, por pena; y un día, sin pensar lo que iba a escribir, me senté y en una plumada, sin meditarlo ni prevenirlo, escribí esto: "Lleven todas en el pecho la quinta palabra de Jesús en la Cruz: "Sitio", sobre un monograma de María, para que este lema les recuerde que deben sacrificarse por la salvación de las almas". ¡Me asusté al ver lo que había escrito sin pensarlo antes y me pareció bueno! ¡Ay! Pero por la noche, cuál fue mi desolación al ver que había escrito eso y que con ello iba a persuadir a las gentes de que tenía yo celo y que, siendo falso, Dios me castigaría. En fin, fue aquello como una espina por muchos días.

Últimamente con el Manual, me ha pasado lo mismo y con el Directorio y con todo. Escribo unas cosas que me parece que denuncian una perfección mayor de la que las hermanas pueden alcanzar y mucho mayor de la que yo misma he tenido, y me aflijo y confundo y siento que Dios debía castigarme. Por fortuna vuestra reverencia padre mío, me tranquiliza con esta palabra: "Así lo necesita el fin de la Congregación" y quedo en perfecta tranquilidad.

A veces pienso que estas agonías sean purificaciones que Dios quiere que sufra mi alma en cambio de la bendición que Él da a lo que escribo. ¿Será presuntuoso tal pensamiento? Que Dios todo lo sella con la cruz y que no se da a luz sin dolores, son dos verdades que me llevan a creer que

esto sea una purificación de Dios. Con mucho gusto lo sufro y si ella llega a dar el apetecido fruto, moriré tranquila después de dar a mis hijas cuanto el Señor me ha dado para ellas.

A tal punto ha querido Dios que todo lo haga esta pobre servidora, que cuando quise fijar muy preciso todo lo relativo a la indumentaria de las hermanas, trabajé unos días con la hermana María Santa Teresita, un poco entendida en corte y costura y luego que le hube dado las ideas necesarias, le dejé para que escribiera el método del corte y la costura. Ella lo hizo con la mejor buena voluntad y hasta se hizo ayudar de la hermana María del Dulce Nombre, con lo cual quedé muy tranquila. Pero frecuentemente veía inconvenientes en los hábitos de las hermanas, que llegaran con el tiempo, hasta a perder la uniformidad. Los corregía y parecía que todo se arreglaban. Mas al tratar de imprimir el Directorio examiné el cuaderno ése y encontré tal confusión, que pude explicarme muy bien los desperfectos que veía en las ropas de las hermanas. Entonces no hubo remedio sino emprender la hechura de un método especial y tan ajustado a reglas que no puedan hacer nada libremente, a fin de conservar la uniformidad constante y para siempre. Dios bendiga esos esfuerzos que hago, a pesar de creer que otra debía hacerlos.

Los borradores para el Manual y para el Directorio y las Consuetas los hice, en su mayor parte en Roma, en esas largas horas de soledad que tenía en los jardines de las madres Pías y del Cenáculo, sin embargo, ahora me dan bastante qué hacer, porque al fin son borradores y porque además se van presentando muchos casos no previstos.

Sólo el adelantar esas obras me da un poco de descanso interior. ¡Todo en mi interior es dolor hondo y amor comprimido que creo que me mata, padre mío, pero que quizás no lo llegará a hacer por lo visto! ¡Cuánta es la resistencia del alma humana para sufrir, Dios mío!

Todo, Señor de mi vida, hasta el pasar de los días es luminoso, porque todo nos trae las lecciones de la experiencia y las magníficas de vuestra Providencia. ¡Y siempre que uno no se apegue a su parecer y tenga todas sus ideas flexibles al soplo de la dirección de Dios, todo, repito, es luz y amor que nos lleva hacia nuestro fin con suavidad!

Ya verá en esto, padre mío, para qué he querido que vuestra reverencia entre como a iniciar la serie de directores de espíritu que quizás tendrá la Congregación.

Acerca de mi sobrino Rafael

En agosto de 1931 vi terminarse la esperanza de que Rafael se ordenara para la Congregación. Si no recuerdo mal, ya hablé antes de esta vocación y de esta esperanza. ¡Todo ha sido muy providencial: Rafael, que desde niño ha querido ser misionero, pero al lado de la Congregación de Misioneras y a quien ha ayudado ésta en sus gastos de estudio, precisamente con la esperanza de tenerlo para su apoyo y... ¿lo diré? Llegamos a pensar que para su dirección. Pero, padre, cuán tontas son estas previsiones y cuán bien ha sabido Dios dirigirlas y salvarnos de un mal cierto que con tanto empeño íbamos buscando. Me refiero a la dirección dada a la Congregación, por un sacerdote. Esto lo creíamos un descanso y un progreso para la barquita de Jesús, pero cuánto nos equivocábamos. A medida que Rafael se iba formando y creciendo en virtud de modo excepcional, iba yo haciendo planes para cuando pudiera ser el director de la Congregación y me parecía que con eso ya podía morir tranquila. ¡Necia de mí! ¿Y cómo llegué a persuadirme de esto? Una sola palabra de Rafael, me dio la clave: Hablaba un día con Carmelita, acerca de ciertas costumbres y procederes de la Congregación ya muy bien implantados y muy aprobados por los superiores eclesiásticos y probados en diversos lugares y en los distintos trabajos, le dijo Rafael: "Cuando yo maneje las Misioneras las cosas han de cambiar, porque yo no voy a permitir ciertas cosas que tienen". Dice Carmelita que calló ella y que se iluminó. Naturalmente, al decírmelo a mí, me iluminó también. Entonces vi lo peligroso que es la dirección de quien no tiene el mismo espíritu o, en general, de un hombre de fuera, aunque sea el más hábil del mundo. Porque es necesario considerar que este joven ha sido formado desde los primeros años, al calor de las ideas de la Congregación y si éste ha de querer cambiar, ¿qué podemos esperar de otros?

Vi entonces, con claridad meridiana, que lo establecido por la Iglesia de la dependencia de los señores obispos y de la sagrada Congregación, en la medida que ella lo dispone, es lo único factible. Después he sabido cuánto sufren las religiosas que tienen religiosos de su misma orden, para dirigirlas y cómo la Iglesia ve con malos ojos que se funden nuevas Congregaciones en tales condiciones.

Verdaderamente creo que sólo será admisible tener temporalmente un sacerdote idóneo para la dirección de espíritu (sólo de espíritu) de las hermanas de toda la Congregación y que éste esté muy enterado de las reglas y bajo la dependencia, naturalmente, del obispo de la casa generalicia y que no sea vitalicio ni gratuito. Que haya libertad para cambiarlo cuando a

la casa generalicia, de acuerdo con su ordinario o con la Sagrada Congregación, lo crean conveniente. Dejo constancia de esto porque como yo misma he dado a las hermanas la idea de un director de todo, entiendan que Dios me ha hecho ver lo contrario.

Pues bien, desde esa época hice interiormente la resolución de que Rafael nos prestara sus servicios en una misión cualquiera o en la casa generalicia; pero sólo como capellán o misionero, sin más atribuciones que las que éstos tienen ordinariamente en sus oficios. Pero ni eso ha querido el Señor porque este pobre joven ha sido probado por Dios con una terrible enfermedad y luego con decepciones terribles y persecuciones que lo han ido alejando de realizar sus deseos de sacerdocio y de misiones. Él sobrelleva esto con bastante fortaleza, pero naturalmente su sistema nervioso, delicado por razón de la familia de su madre, ha decaído mucho y necesitará de varios años de confortarse para rehacerse y entonces: Dios sabrá lo que se puede hacer.

Muerte de Carmelita

A raíz de la decepción del pobre Rafael, enfermó Carmelita, para morir. Ésta es la continuación de la gran pena que he dicho, he tenido por causa de ella. Es verdad que ya parecía muy tranquila respecto a los asuntos de que he hablado y que tanta pena me causan; pero mi alma, sin explicación racional, continuó cargando aquello como un peso enorme. En las varias ocasiones que la visité en su enfermedad, se mostró siempre la misma, formal y como si no hubiera pasado nada entre las dos y le tenía dicho a la madre ecónoma que no la dejara sufrir escasez, porque aunque la Congregación le había retirado el manejo de sus intereses y la disposición de ellos para lo necesario en su casa, nuestra intención era ver por ella siempre. Sin embargo, por temor a lo muy despilfarradora de Jesusita, se le dejaba menos de lo que quizás necesitaba con alguna holgura. Ella, en una palabra parece que se había dulcificado y que había aprendido a ver la obra de Dios en todas las contrariedades de la vida. Pero yo no he podido dejar de sufrir por haberla contristado. Muchas veces he llevado estos asuntos al confesonario con el fin de oír el parecer de vuestra reverencia acerca de mi inquietud, creyéndome delincuente y vuestra reverencia me ha dado palabras de seguridad. Lo mismo me pasa con Ana Raquel, persona que como amiga íntima de Carmelita, conoció los asuntos muy bien. Ella también me dice que Carmelita estaba completamente dulcificada y tranquila y que ella en conciencia me dice que el proceder con ella no tuvo nada de reprehensible. Pero la pena no se me quita.

A veces he pensado si será apego desordenado a Carmelita, pero tampoco encuentro nada de esto, pues que desde tan niña desprendí el corazón de los míos y jamás pude volver a sentir, sino deseo de su bien espiritual.

No sé, padre mío, a qué obedece esta pena. Quizás sea a que jamás pude contristar a nadie sin sentir en el alma dolor muy grande. Muchas veces en mi vida de maestra contristé algunas de mis discípulas por necesidad de corregirlas; pero aunque exteriormente me sostenía en mi deber, en el interior se agitaba un dolor profundo que sólo se calmaba cuando volvía a ver la alumna muy contenta y tranquila. Quizás será por este natural mío y no me lo sé explicar. El hecho es que he sufrido mucho y muy parecido a lo que sufría cuando entre mi madre y Carmelita había alguna diferencia y seguían tristes.

Cuando llegó el momento de la gravedad de Carmelita, vinieron varias hermanas a asistirle y la pasamos a una casita en Medellín para que el médico pudiera asistirle mejor y cuando la gravedad ya se acentuó me llamaron a mí y ella también, en su gravedad, me llamó toda una mañana; pero cuando llegué no me miró y en alguna cosa entendí que se daba cuenta de mi presencia. A las hermanas las conocía y les hablaba de cuando en cuando; ¡a mí no!

¡Ay, Dios mío! ¡Cuánta fue mi pena al pensar que quizás sería por algún resentimiento! Las hermanas se afanaron y varias veces le preguntaron en los momentos lúcidos qué tenía; siempre contestó que no tenía nada y que en el cielo se iba a afanar por mis cosas. Pero a mí ni me miraba ni me contestaba; parecía entrar en un sueño profundo y amargo cuando yo le hablaba. Al fin nos explicamos la cosa por lo que muchas veces dijo ella que le pedía a Dios verme morir y después morirse, porque no quería dejarme en el mundo debido a lo mucho que me perseguían y hacían sufrir y que yo no me defendía; que ella sí servía para eso. Yo misma le oí esas ideas y no hice nunca más que reírme de ello, porque a mí no me parecía que se necesitase quién me defendiera.

En fin, la conducta de Carmelita no tiene más explicación que ésta, pero a mi alma aun no se le ha acabado el peso. Además, su agonía fue dura y amarguísima, dando sí señales de sufrir con gusto y estuvo muy auxiliada, dando palabras también de mucho consuelo como cuando llegaba el Santo Viático, al anunciárselo una hermana, dijo entre confundida y alegre: "Yo no soy digna". En fin, todo contribuía a tranquilizarme; sin embargo yo no me he sentido tranquila y recuerdo la poca luz que tuvo acerca de la caridad y me inunda la tristeza de pensarla en el purgatorio

por mucho tiempo. Las muchas obras buenas que hizo, la bondad que tuvo siempre, la piedad y su vida de sufrimientos muy bien llevados, debieran animarme; pero en cuanto pienso en lo poco que entendió la caridad y cómo era en esto, sin que se le hubiera visto al respecto cosa grave, se entiende, porque ella era timorata y de buena conciencia, me estremezco.

En esto no veo otra cosa que alguna lección de Dios. Desde entonces me he impresionado más con la falta de caridad que a veces, con dolor de mi alma, veo en mis hijas, y luces especiales creo que me iluminan acerca de esta hermosa virtud, obligándome cada día a aumentar los sufrimientos por mi querida hermana y por cuantas almas estén detenidas en los ardores del purgatorio por esas faltas cotidianas a la caridad que tan abundantes son, a pesar de que muchos llevan una vida cristiana tan acentuada. Cosas casi inexplicables en el sentido común.

Vi morir, pues, a Carmelita, sin que me hubiera dicho una palabra, ni dejado una recomendación, no obstante haber dejado cosas que necesitaban de su disposición. Parece que todo lo abandonó y que su purificación terminó en el lecho de muerte. ¡Esa es mi esperanza!

De todos modos, Carmelita es una bienhechora insigne de nuestra Congregación y por eso y atendiendo a su voluntad, expresada algún tiempo antes de su última enfermedad, fue enterrada con nuestro hábito religioso. Quiera Dios que en el cielo esté entre los miembros de la Congregación y que su vida de tantos sufrimientos le haya sido cambiada por la corona eterna.

Luces sobre la caridad

Creo, padre, que debo alguna explicación acerca de estas luces sobre la caridad. Si Carmelita las hubiera tenido como las he tenido yo, después de su muerte, seguramente habría encendido medio mundo, porque ella sí tenía valía para eso. Lo vi muchas veces sobre todo cuando hablaba de las cosas de la fe contra el liberalismo. ¡Ah! ¡Ella enfermaba cada vez que veía un ataque especial a la fe! Cuánto la amó.

Dejando pues esto, padre mío, antes entendía la caridad como precepto en contraposición con nuestras pasiones y repulsiones, y jamás tuve dificultad para practicarla, quizás porque Dios me previno desde muy niña, con especiales gracias, entre otras la de haberme dado una madre que no supo de un resentimiento jamás y la cual supo enseñarnos a amar el asesino de mi padre, desde que estábamos en sus rodillas. A tanto nos lo hizo

amar, que ya grandecito mi hermano, le preguntó en donde vivía su tío Clímaco Uribe. Ella lanzando un suspiro le dijo: ¡No, hijo, no es su tío, sino su bienhechor! ¿Y por qué bienhechor, mamá? Le repuso. ¡Porque es quien nos ha enseñado a sufrir, dándole muerte a su padre y dejándonos en la más espantosa pobreza! Esa fue la respuesta, la cual acabó bañada en lágrimas y haciéndonos arrodillar para rezar por el bienhechor que nos había hecho huérfanos, antes que conociéramos a nuestro padre. Así era ella, ¡por encima de todo veía la acción de Dios en todos los acontecimientos de la vida! ¡Por eso digo que se anticipó Dios a prevenirme con gracias especiales y que por eso, no me pareció nunca difícil el precepto de la caridad!

Pero más tarde conocí esta santa virtud, de modo distinto. Sin duda, ninguna en esa forma ya no será la virtud, puesto que no cuesta trabajo tenerla, sino el Don del Espíritu Santo. ¡Veo de modo claro y fácil a los hombres, sean buenos o malos, amigos o enemigos, amables o déspotas, como cosas muy amadas de Dios ¡¿Y cómo no he de amarlos? Si el Señor de mi alma los ama y vierte en ello su poder y su sabiduría... y su bondad... y su magnificencia toda, ¿cómo no he de amarlos? Si cuestan tanto a Jesús, mi amado y mi Esposo adorado, ¿cómo no hacer algo por ellos? Si los pobres pecadores, son el puro retrato de las tres Divinas Personas que arrebatan mi alma, pero retrato empantanado, emborronado y maltrecho con pecados horribles, ¿cómo no lastimarme de ellos y tenerles el amor más delicado como a miembros enfermos de mi misma alma? Si Jesús dijo que Él era la Vid y nosotros los sarmientos, ¿cómo aborrecer al pobre sarmiento atacado por la peste? Si Jesús es el cuerpo y nosotras somos los miembros, ¿cómo no dolerme del miembro enfermo de Jesús, Dios y mi Señor Soberano? Y si se trata de los justos, ¿cómo no amarlos si son la niña de los ojos de mi Dios, del Dios que me enajena? Y si son los pequeños y los pobres y los desgraciados, ¿cómo no amarlos si forman la porción más amada de Jesús y son los que se llevan la flor y nata de su amor y de sus caricias?

Que son mis enemigos, ¡me dirán! Enemigos no los tengo, porque los que en apariencia lo parecen, son los que me han traído las mejores lecciones de mi Maestro Soberano, son los que me han enseñado la gran ciencia de sufrir por amor, son el cuchillo que me ha operado el amor de este mundo, que cual tumor canceroso, podía llevarme a la muerte del infierno. ¡En fin, no encuentro a quien no amar, porque todos tienen gran derecho a mi amor, y todos los creados son el resultado de una voluntad del Dios de mi alma, que me interesan sobremanera!

Así comprendo aquellas palabras de los santos: ¡No sé, decía San Francisco de Sales, cómo ando por las calles sin abrazar a cuantos encuentro! Y san Pablo: Quiero ser anatema por mis hermanos. Y Moisés: ¡Si estrellas este pueblo en el desierto, bórrame a mí mismo de Libro de la Vida! ¡Oh santa caridad! ¡Oh ardor del cielo! ¡Oh don santo del Espíritu de Amor que es lazo entre el Padre y el Hijo! ¡Oh cadena bendita que unes los corazones como en gargantilla de diamantes para ornar el cuello de Jesús, nuestro Redentor.

Bajo este punto de vista, amado padre de mi alma, qué diabólicos se ven el egoísmo, el odio y todos los de su género. Sí, sólo el diablo pudo sembrarlos en el mundo. ¡Sueño de muerte eterna! ¡Sombra pavorosa del infierno! ¡Odios infames! ¡En mi patria del cielo no se os conoce! ¡Allí todo es amor y luz! Dios mío, ¿qué hiciera yo para que el odio no entrara en los corazones? ¡Dar mi vida no sería nada para tanto bien! Por eso no tendré gozo mi alma mientras en este mundo haya pecados y las delicias de Dios, que son las almas, anden enredadas en las amarras que el diablo ha sembrado en esta creación de Dios! ¡Que lloren mis ojos siempre, Dios de mi alma! ¡Que lloren sin consuelo los que aman a Dios y al prójimo tan amado, para que a fuerza de lágrimas se curen las almas!

No sé si estaré equivocada, padre mío, pero creo que el dolor que sentí en la muerte de Carmelita fue para mi alma, luz de caridad. Pero también se me ocurre que quizás al presentir para ella mucho purgatorio, la juzgo mal y tal vez hiero la santa caridad. ¡Yo no entiendo, pero sí sé que la amo mucho y que no es desamor lo que me infunde este temor de su largo purgatorio. ¡Qué pena me da, Padre mío, escribir esto!

Año y medio ha pasado desde esto que refiero y durante este tiempo mi vida ha sido un ver claro cuanto se refiere a la santa caridad y un apretamiento terrible delante de Dios, como quien está en un cerco de hierro que la aprieta.

Término de las memorias de la misericordia de Dios

Así queda medio definida mi vida actual, padre mío. ¡Un ahogo de dolor! ¡Un insoportable peso en el alma! ¡Un arrepentimiento! Una necesidad de que todos amen a Dios y al prójimo o que este mundo se acabe pronto. Mas, como este deseo no es acto de mi voluntad, sino como un modo de ser que tampoco soy yo, no se lo podré explicar ¡Ay, Dios mío! Qué bien dice Santa Teresa cuando dice que: "sin herir, dolor hacéis y sin

dolor, deshacéis el amor de las criaturas". ¡Y qué bien sale esto, porque después de la dichosa herida, del dichoso dolor, las criaturas no se aman como criaturas, sino que entran a ser como un mismo amor con el del Creador! "Sin herir, dolor hacéis" Qué bien dicho y ¿qué dolor habrá comparable a éste, Dios de mi corazón? ¡Ay!, ¡El mundo no puede entender esta herida, que es, sin embargo, tan honda! ¡La carne nada ve de esto! Sólo el alma a quien hacéis tal dolor, Señor mío, sabe de amores y de dolores hondos... hondos...

Pues en medio de este dolor, de esta herida no hecha, según santa Teresa, fui un día a visitar al Señor de mis amores, en el sagrario y al querer pensar un poco en las inmensas ternuras que el Padre prodiga a su Hijo en el Sagrario, convertido en Hostia, sentía que el raudal de ternura se me volvía misteriosamente como un infinito océano que caía sobre otro igualmente infinito y que era el rendimiento que Jesús como hombre ofrece a su Padre. Colocada mi alma entre estos dos océanos quedé estancada, por decirlo así, sin más que abismo y estupor y amor duro, fuerte y desconocido.

Yo no sé, padre, cómo es esto: La imaginación no entra, ni es un océano lo que se presenta, pero no tengo otra palabra y el concepto no tiene otra para expresarme. Un océano de ternura y otro de rendimiento, ¿qué es eso? Nada comparado con lo que no sé cómo se llamará. Ni siquiera se me parece a oración: es un quedarse el alma como sin nada en medio de lo inmenso. ¡Como tenerlo todo sin tener nada! ¡Como morir de amor y de dolor, sin morir! ¡Dios mío, tu ternura infinita hacia el Hijo que engendras sin cesar y sin sucesión! ¡Jesús, tu rendimiento tan infinito, tan hondo, tan profundo ante tu Padre! ¡Ese ser criatura delante de tu Creador, siendo también Creador! ¡Ese rendirte delante del que te engendra y recibir sus infinitas ternuras... Dios mío! ¡Qué perdimiento de mi alma!

En este estado he pasado, padre de mi alma, desde entonces y ninguna otra cosa hallo en la Santa Eucaristía. ¿Esto será oración? ¿O será amor? ¿O será perderse? ¿O qué será?

Es la única gracia especial que he recibido o que noto en mi alma durante varios meses y de ella creo que me viene todo; ¡y de ella el doloroso amor del prójimo y mi dolor tan hondo! ¡Esto último naturalmente se ha hecho más apretado, más delgado! ¡Qué palabra!

Sólo me resta ya, padre mío, referir que todas las penas exteriores, se me han hecho más exteriores, pues en la muerte de las hijitas, mi pena no ha penetrado a mi interior. Sin embargo, las siento mucho y le digo a Nuestro

Señor que me las pague. Sin duda Él sí lo hará, porque las vocaciones para la Congregación aumentan y resultan mejores, a pesar de las mil circunstancias que militan en contra de ellas en los tiempos que alcanzamos.

Todo lo malo que aquí se encuentre, quítelo, padre mío, y crea que eso es lo de mi cosecha; y lo bueno, lo de luces y gracias de Dios, eso es de Él y me lo ha dado para mis hijas y para los pobres salvajes. De mis pecados que aquí quedan consignados, pido a Dios no permita que escandalicen y que se sirva de mi humillación para su gloria y conversión de los mismos que son pedazos de mi alma, los pobrecitos infieles y salvajes...

Terminado en junio de 1933, en Rionegro (Antioquia)

GLOSARIO

- A gatas: Dificultad grande para resolver algo.
A la oración: Al anochecer.
Algo: Alimento que se toma a media tarde.
Amañada: Estar acomodada, a gusto, contenta.
Antomiá: Espíritu del mal, entre los indios catíos.
Barbacoíta: Cama de palos delgados.
Bizcochuelo: Bizcocho de sabor dulce.
Bohío: Rancho pajizo típico de los indios catíos.
Bregadera: Trabajar afanosamente.
Bubas: Enfermedad tropical parecida al pian o a la sífilis.
Caney: Rancho pajizo de los indios kunas.
Cantarilla: Rifa.
Capote: Tierra abundante en residuos vegetales y musgos.
Caragabí: Nombre que dan los catíos al dios creador.
Catire: Rubio
Chamba: Zanja más o menos profunda.
Claro: Bebida de maíz cocido.
Corotos: Trastos, trebejos.
Dar vueltas: Hacer diligencias.
Después de alzar: Después de elevar la Hostia consagrada.
Entotumamiento: Estado de una persona abrumada de preocupaciones.
Envolatar: Perderse.
Gasolina: Canoa a motor.
Guapa: Valiente, esforzada.
Güinche: Herramienta para desyerbar.
Jaibaná: Curandero.
Jayes: Objetos de madera utilizados por los jaibanaes para curar.
Jolones: Arreos necesarios para montar los bueyes.
Maluco: Que no gusta, fastidioso, desagradable.
Mazamorra: Preparación a base de maíz.
Misiá: Tratamiento que se daba a las señoras.
Ña: Tratamiento dado a las esclavas.
Pajaratico: Albergue pequeño, ocasional.
Pajarear: Espantar los pájaros en la roza.
Parapetar: Organizar alguna cosa, con lo que haya.
Perniciosa: Fiebre mortal.
Pica, pique, piquita: Resentimiento

- Poner el agua: Bautismo administrado sin solemnidad.
Puallá, puallí: Por allá, por ahí, voces campesinas.
Ranchado: Rebelado, no quiere obedecer.
Recoger el guante: Aprovechar la oportunidad.
Sacarle el cuerpo: Esquivar, evitar.
Talego: Saco, bolsa, funda.
Tapada: De escasa inteligencia.
Tope: Encuentro.
Tragadal: Sitio cenagoso cubierto de lodo.
Trastes, trastos: Vajilla.
Triaca: Remedio contra las serpientes.
Tuntún: Enfermedad causada por anemia.
Tupia: Tapón que obstruye la corriente de agua.
Zarzo: Cielorraso hecho con varas, que se utiliza para guardar objetos

ÍNDICE ANALÍTICO

A

Abandono. Acto de: 766,5; 858,6; 315,7; 322,6; 391,4. Conocimiento místico del: 679,5. En Dios: 150,4; 259,3; 275,9; 315,8; 391,2-3; 455,5; 719,2; 766,5; 150,4; 275. Es almohada donde se recuesta: 753,6. Total: 323,3, 520,3; 521,3; 682,2; 746,1; 893,5; 1122,4.

-De lo indios: 548,1.

-De San José: 679,5

Abatimiento: 454,3.

Abnegación. Con doña Marcelina: 128,2. De las hermanas: 446,3; 457,3-4. En el apostolado: 512,1. En el nombre: 481,1.

Abrazo: 403,4.

Abraham: 766,5

Absolución: 838,3; 1084,4

Abuela: 54,3; 57,5; 64,2.

Abuelo: 51,2; 54,3,4; 74,2; 90,6; 92,3; 100,4; 105,4.

Abuelos: 71,1.

Abyección: 142,2

Acción. Amorosa de Dios: 428,2; 594,5.

Aceptación: 183,5; 1159,1.

Actitud. Delante de Dios: 912,3; 914,2.

Acto. Regio: 375,9. Del justo: 944,1

Acusaciones: 574,7; 1026,2; 1168,2.

Adán y Eva. 981,2-3.

Adhesión. A Dios: 205,1-2.

Admiración: 817,2

Adoración. Acto de: 582,7; 583,7; 765,3; 765,7. A los designios de Dios: 915,2. En la oscuridad de la fe: 62,2; 1168,4. Esencia de su: 610,3. Nocturna: 314,8; Vida de: 1171,2.

Adulación: 121,3.

África: 716,2; 719,4; 1171.

Afecto humano. A mi madre: 856,2; 51,2; 51,3; 53,2; 59,1. Cómo son mis: 121,5; 195,4. Consideraciones sobre el: 47,5; 193,5. No se lo permite Dios: 105,3. Sin: 47,2; 52,7; 63,3. Vacunada contra el: 90,3.

Agonía. De muerte: 656,2. De mareo: 816,2. Interior: 951,3; 1152,1. Por causa desconocida: 814,3. Por escribir: 1184,5; Por indios abandonados: 893,1.

Agradecimiento. A Dios: 146,3; 423,4; 442,4; 564,3; 591,6; 730,2; 752,4; 766,3. A las hermanas: 518,5; 966,2. Incapaz de: 527,4.

Aguardiente: 962,1.

Agua bendita. Prodigios del: 1097,1. Uso del: 176,2.

Alabanza. A Dios: 269,3; 440,4. Espíritu de: 454,4; 515,1; 788,1. No busco las: 541,2. No me hieren: 948,5.

Alegría. De hacer la voluntad de Dios: 552,4. En los viajes: 602,4; 705,2. En el sacrificio: 516,5. Gracias a fundadoras: 447,6. La sostiene el espíritu de oración: 547,4. Mar

- de a mística: 587,5. No tuve al llegar a Colombia: 1177,2. Por cesación del pecado: 619,6. Por exploración de campos de apostolado: 547,3. Por la obra: 401,1. Por ofrecimiento del cura de Frontino: 548,4. Por la salvación de las almas: 717,5. Por socorro de Dios: 65,4. Reflexiones sobre la: 146,1; 939,3.
- Alianza:** 403,3; 404,1.
- Alivio.** A pena interior: 599,2.
- Alma.** Abrí mi a al director: 585,3. Amargada: 51,3; 964,4; 976,2; 1053,2; 1184,3. Anemia del: 65,3. De apóstoles: 420,5. Arremetida del: 656,4. Con molde: 243,5. Darles lo que les pertenece: 37,3. Debe conocer las gracias de Dios: 585,5. Deben interesar mi celo: 614,4. De infieles: 62,3; 270,3; 276,2. De Juan de la Cruz: 1084,2. Dios las busca: 624,2; 968,2. Encajarla en Dios: 1082,4. Enloquecida: 65,1. Estado de mi: 467,4; 806,4; 913,3. Incapaz de negarle nada a Dios: 894,5. Me duelen las: 613,6. Los indios advierten que sí la tienen: 494,1. Llegué a lo indecible de mi: 528,3. Médula del: 808,3. Morada permanente de Dios: 966,5; 1083,2. Paz en el: 1090,4. Preferencias de Dios con mi: 586,4. Que se pierden: 62,3; 373,1. Relicario más sagrado: 37,4. Salvar las: 407,2; 457,5; 633,6; 964,4; 1083,4; 1087,6. Se hace luz en mi: 466,3; 586,2; 587,2; 1076,4. Mi a se liquidó en Dios: 955,3; 965,4; 1082,4. Sentimientos de mi: 953,6; 1079,1; 1087,4; 1153,5; 1164,2; 1174,1; 1176,5. Se simplifica: 293,5; 590,2; 808,2. Se verifica en mi a el misterio de la Trinidad: 527,6. Son bellas: 951,3. Suspiros del Corazón de Dios: 270,4. Túneles horriblos de mi: 70,1; 489,2; 1055,3; 1116,4. Unión con la Trinidad: 530,5; 1082,4. Unidas a la mía: 344,5. Vi las a que se salvarán: 717,5.
- Almorzadero.** Páramo del: 943,5.
- Alto del Rayo:** 582,2.
- Álvarez Valvanera:** 428,4; 430,3.
- Ama de casa.** En Puerto César: 812,3.
- Amalfi:** 51,1; 56,5; 57,5; 89,6; 128,1; 130,4; 139,4; 141,2; 142,6.
- Amarguras:** 200,7; 426,2; 450,2; 524,5; 547,3; 615,6; 920,8; 977,4; 1053,4.
- Ambiente de mi época:** 73,2.
- Ambulancia.** En Antadó: 643,4. En el Pital: 640,1. En los montes: 640,2. Entran en las Constituciones: 640,3. Astucia empleada en la: 642,5.
- Amigo:** 85,3; 322,1. Bueno: 511,1. Falso: 510,4.
- Amistad:** 81,3; 119,2; 130,2; 236,5; 281,6. Con Facia: 133,2; 135,2. Con las fieras: 676,2. Con Monseñor Builes: 934,6. Con Personas Divinas: 308,1; 321,7; 529,1. Con el ángel de la guarda: 248,5; 319,7; 325,2.
- Amor.** A Dios: 71,5; 97,6; 104,5; 145,2; 169,4; 170,2; 261,5; 266,2; 312,2; 313,2; 373,5; 374,4; 403,5; 422,7; 512,2; 530,2; 541,1; 552,5; 610,4; 617,2; 646,3; 673,1; 779,5; 947,2; 955,2; 988,2; 989,3; 299,2; 180,3. A la Congregación: 994,1; 1188,3. A la cruz: 231,4; 233,2;

- 292,5; 314,4; 538,3; 898,5. A la Divina voluntad: 936,3. A la Eucaristía: 384,8; 688,6. A la Iglesia: 321,8. A la Jerarquía: 1172,2. A la pobreza: 517,2; 767,5. A la Religión: 151,7. A las hermanas: 518,4. A la Virgen: 593,1; 265,4; 319,5; 388,5; 530,6; 533,2; 593,2. Alabanza a Dios: 505,2. Al dolor: 222,1; 374,5. Al indígena: 425,3; 439,3; 469,3; 489,1; 513,2; 630,7; 635,2. Al Magisterio de Jesús: 110,2. A lo abandonado: 165,4. Al prójimo: 245,6; 324,3; 538,3; 539,3; 913,2; 1017,6; 1102,3; 1124,2. A los amigos: 511,5. A los enemigos: 42,2; 245,6; 290,1; 1056,2. A los instrumentos de Dios: 622,4. A los pecadores: 288,1. A los superiores: 838,1. Al Rey Josafat: 251,6. Al sacerdote: 102,2. Al Santo Evangelio: 1099,4. Amargo: 657,4. Ardoroso: 154,5; 155,1; 156,2; 186,5; 231,4; 455,2; 550,8; 587,2; 990,5. 991,2. A mi madre: 63,3. De mi: 117,5; 965,2. Crecimiento de amor especial: 307,4; 547,1; 673,3; 821,4; 988,1; 838,1. De adoración: 582,4. De Dios: 38,5; 42,6; 43,3; 44,2; 60,3; 125,3; 183,4; 222,1; 244,4; 291,5; 303,3; 316,1; 374,4; 426,2; 465,5; 466,6; 467,3; 474,8; 511,1; 515,5; 529,4; 539,3; 587,6; 615,6; 619,5; 624,2; 658,6; 709,2; 772,3; 807,6; 915,1; 1102,3. De Dios madre: 821,2. De Jesús: 116,3; 435,9; 657,4; 1170,4. Del misionero: 739,2. De predilección: 42,6; 591,5. Desinteresado y generoso: 551,2; 591,6. De mi madre: 63,1. De mis discípulas: 152,2. Disposiciones para el: 674,4. El a va adelante: 6693,4. En brazos del: 316,1. En el dolor: 893,5. Engendra contrición: 154,4. En la oración: 712,3. Escuela donde su aprende: 898,5. Es duro y cruel: 545,4. Formada en el molde del: 619,5. Fuente de santidad: 590,5. Impotencia para: 104,4. Instrumento de: 117,5. Inundada de: 1084,2. La más bella expresión de: 887,6. Lecciones de: 42,2; 429,4. Da fuerzas: 454,4; 517,3. Loco: 164,3. Luminoso: 955,3. Morir de: 545,4; 539,4. Se necesita más a que leer: 694,1. Necesita pudor: 156,1. No manifiesta su: 519,3. No poner tasas al: 51,2. Obras hechas con: 1168,4. Primer beso de: 43,2. Propio: 58,2, 299,7. Purificación del: 806,4. Reclama unión: 956,3. Recogimiento amoroso: 404,3; 1087,4. Reinar por: 375,9. Reposado: 770,3. Se convierte en dolor: 60,5; 95,1; 154,3; 156,4; 599,2. Sed de: 323,4. Se eleva en contacto con Dios: 511,5. Señal característica del: 551,4. Se preocupa sólo por dejarse amar: 107,2; 1155,5. Se transforma en cielo: 377,7. Se vuelve paz: 455,5. Como una sola masa: 288,6. Sin diques a Dios: 96,5; 529,1; 1081,4; 1085,2; 1124,2; 1138,4; 1165,1; 1168,4; 1171,2; 1186,3; 1190,4. Sostén de almas apostólicas: 706,5. Triunfa: 693,5. Utilizar todo para el: 348,3. Va adelante: 530,4; 693,4. Vencida por el: 156,4. Víctima del: 687,10. Vivir sólo del: 394,2.
- Amparo.** En la Trinidad: 1076,3.

- Ananías y Safira:** 887,7.
- Andresito.** Historia de: 531,5.
- Ángel.** Asistencia especial del: 249,2; 651,4. Confianza en el: 319,6. Conseguir devotos del: 319,5. Oración al: 610,4. Meditación sobre los: 766,2.
- Angustias.** Interiores: 390,5. Por los indios: 489,4. Por palabras del P. Elías: 758,6. Terminó mi: 988,2.
- Anécdotas.** Mandado de la Virgen a Roma: 340,3. Los indios advirtieron que tenían alma: 492,3. Andresito: 531,5. Arquitectas, albañiles y peones: 514,5. Estratagema para tener una vaca en el Pital: 642,4. Ambulancia de Antadó: 643,4. Con hábito sin ser frailes: 484,1. Cupertino y el elixir prodigioso: 594,5. La vieja Mónica: 552,3. La virgen de Mochajagua: 734,1. Delirio de amor: 155,1. Diálogo con el indio Juan de Jesús: 456,1. El aguacero cuatro: 577,5. El pacto con las fieras: 675,4. El viejo Hilario: 741,5. En Chontaduro: 623,2. Primeras entrevistas con los indios: 487,7. Ese cielo, ¿qué tierra es?: 635,3. Gregorio el haraposo: 236,6. Indalecio Celis: 633,6. Querían matar a Dios: 497,2. Ingreso a la Normal: 108,3. La mujer que quería suicidarse: 371,10. La vieja Rumualda: 684,4; 754,3. Lección práctica de caridad: 503,1. Viaje a Uré: 719,1. María, Madre mía, ése sí quiere yo: 593,1. Mensajero providencial: 201,6. Noche sobre el peñasco: 610,2. Percance misericordioso: 604,5. Presencia del demonio: 174,2; 214,4. Próspero Jumí, el desveloriado: 455,5. Protección de San José: 142,6. Providencial hallazgo: 628,2. Providencial parentesco: 257,1. Punucenito: 161,3. Sobre el "Muñequero": 553,5. De las mulas: 486,4. Visitas de las ánimas: 247,2. Visita del P. Elías 572,1. Zorrito: 748,3.
- Aniquilamiento:** 281,2; 311,5; 323,3; 352,2; 362,3; 386,7; 442,4; 530,2; 694,3; 761,6; 1082,4.
- Antadó.** 542,4; 539,2; 643,4.
- Anotaciones.** En las Constituciones: 876,6; 881,7. Negué los cargos: 877,6.
- Ansia.** De ver a Dios: 1019,5; 1086,2.
- Antioquia.** 41,1; 427,5; 716,6; 876,5; 985,3. Fiestecita en: 1181,6; 1182,1. Indígenas de: 332,3; 383,1; 394,1; 413,2. Hermanas procedentes de: 730,3; 740,4. Traslado a: 1050,5; 1051,1; 1057,2; 1074,2; 1098,3.
- Antipatía.** 81,2.
- Antomía .** V. Diablo.
- Aplauso.** Puede engrair: 953,4.
- Apostolado.** Armonía con la vida religiosa: 458,3. Con el ejemplo: 513,2. Con los enfermos: 462,7. Desinteresado: 335,2; 708,4. Entre infieles: 271,3; 541,2; 726,6; 804,2. Fructuoso: 647,2. Normas de: 709,4. Recursivo: 508,5. Se ensancha: 547,3. Triunfo del: 506,5. Ultraterrestre: 811,5; 1121,6; 1125,3.
- Apuntes.** Espirituales: 287,2.
- Aprecio.** Por la cuna de la Congre-

gación: 993,4. Por la misión entre infieles: 1015,2.

Ardor. Interior, amoroso: 965,2. Doloroso: 965,4.

Arma. 425,3.

Armenia. 1129,4.

Arreglito con Dios. 956,3; 987,5; 1081,4.

Arrepentimiento. 990,7.

Arrocamiento. 599,5; 600,2.

Arrojadas de la Prefectura: 919,4; 932,3.

Asistencia de Dios: 965,2.

Atraso. De Dabeiba: 459,3.

Atrato. 784,6; 788,2; 917,2.

Atributos de Dios: 312,6; 316,1.

Auxilio. Espiritual: 713,6. Para las misiones: 332,1; 369,6; 412,4; 414,4; 667,4; 715,3.

Austeridades. Cilicio y disciplina: 141,3; Mortificaciones: 165,2; 182,5; 347,5. Necesidad de: 85,2; 141,5; 231,4. No me hacían daño: 170,2.

Autoridad. De Dios en el sacerdote: 988, Enérgica: 449,3.

Avaricia: 167,2.

Aventada: 968,4; 1171,3.

Ayapel: 723,6; 726,2; 1078,3.

B

Bailarín. María Luisa: 624,1.

Barranquilla. 1175,2.

Barrera Úrsula: 71,6-7; 72,3.

Basilica de San Pedro: 1136,3.

Bautismo: 42,5. Adopción divina: 309,2. Alegría por el: 309,3. De adultos: 523,1; 561,4. De niños: 507,3;

639,2. Fecha de mi: 42,5; 43,2. Indios mueren sin: 631,5. Pila del: 43,3.

Bautizados. 735,2.

Beatas: 195,7; 197,2; 327,4.

Bellerán. 1132,3.

Belén: 940,3; 994,2.

Beltrán: 1120,4.

Bendecir. A Dios: 617,3.

Bello. 201,6.

Biblia. V. Sagrada Escritura.

Bienes comunes: 487,3.

Bilocación. 525,9; 977,7.

Bicho. 761,2; 951,2.

Bienhechores. 1079,1.

Bocachica. 817,2.

Bogotá. 696,4; 699,5; 812,4; 853,3; 874,1; 882,3; 883,5; 892,4; 930,4; 932,1-2; 1093,6.

Bolivia. 701,4.

Bondad de Dios: 300,4; 383,6; 949,1.

Boquerón. 422,4; 423,5.

Bruja. 523,2; 729,6.

Bucaramanga. 986,4.

Buenaventura. 1131,3

Buga. 1129,6,

Bulto: 761,6; 763,4; 951,1; 1121,6; 1124,4; 1168,2,

Burla: 81,1; 124,5.

C

Caballos. 425,4; 486,4; 487,5; 45,4.

Cácota. 947,5.

Cáceres. 734,6.

Caimán. Bocas del río: 803,2-3.

Calamar. 820,3.

Cali: 1130,5.

Calumnia. Acepté la: 376,3. Consecuencias de la: 231,1. A la Congregación: 876,6. De las beatas: 200,6; 199,3. En Medellín: 221,2; 226,9; 368,3. La Sagrada Escritura me sostiene: 405,3. Me ordenan defenderme: 240,4; 241,2. No quería defenderme de: 221,6. Pensaba en que sería calumniada: 406,2. Sobre crueldades y crímenes: 221,4.

Caminar con la voluntad: 1118,3.

Camino. De Dios, es ancho: 593,4. Espiritual: 951,1. Mi: 362,3.

Campesinos: 613,6.

Canaria. Sobrenombre de: 81,1.

Canoa: 728,3.

Cánones: 552,5.

Cañasgordas: 428,2; 429,4; 448,2; 459,5; 538,4.

Capitán. De Chontaduro: 623,3; 633,5.

Caprichos. Humanos: 553,3.

Carácter. Alegre: 46,7. Alternativas de mi: 65,1. Amargura del: 49,4. Audaz; 259,5. Contratada con el de Leonor: 172,4. Corregí mi: 69,1. Duro: 49,4. Enérgico: 77,2; 172,2. Extraño a preferencias: 105,4. Irascible: 46,6. Reconcentrado: 48,5; 59,4. Repulsivo: 51,2. Se dulcifica: 59,2. Se le acabó la dureza: 913,4. Serio: 46,7; 48,5; 60,2; 84,3; 172,2.

Caraño: 917,2; 1051,4.

Cárdenas Silvio: 1144,1.

Caribes. Dolor por los: 332,4; 797,4; 797,7; 804,5; 1165,4; 1172,5. Oración por la raza: 1166,1.

Caridad. Con los pobres; 67,4. Con

los que tienen trabajos difíciles: 666,3. Delicadeza de la: 710,1. Cu-raciones: 462,7. Obra de la: 383,3; Perpetua: 43,2; 44,1. Poca: 92,2. Refinada: 492,2. Se puede hacer a cualquiera: 983,5.

Cariño. Hambre de: 48,5; 51,2; 52,3; 53,3; 56,2. De los indígenas: 604,

Carisma. De la Congregación: 614,3.

Carmelitas (Madres). Tía de mi madre: 69,1. Hice resolución de hacerme: 69,1. Pedí admisión a las: 82,2. Fundación del convento de las: 394,4. Deseo de vivir cerca a las: 142,4. Instrumentos de Dios: 355,6. Me llamaron las: 394,5. Llevé los certificados a las: 417,2. Dije no, a las: 417,8. Vocación carmelita: 156,2. No fue vocación la idea de ser: 417,8.

Carmelitas (Padres) 363,2; 555,2; 669,6; 695,1; 702,5; 753,3; 813,2-3; 846,2; 878,3; 911,8; 924,2. Persiguen la obra; 591,3. Se apropian la obra de la Congregación: 931,4; 933,2.

Carta abierta: 241,1. Al Señor Gobernador: 752,2. Del General Ospina: 886,4. Desde Antioquia: 1169,3. Publicada en el Colombia-no: 521,2.

Carrasquilla Tomás: 241,2.

Cartagena: 712,1-4; 738,8; 750,3; 788,2; 815,2; 816,4; 817,2.

Casa: Natal: 43,4. Central: 993,3. Necesidad de una: 513,4. El Conejo nos construyó: 509,6. No acepté: 510,2. Construcción del rancho de Dabeiba:

485,7; 514,5; 518,4. Dificultades en la construcción: 514,3; 515,2. Inauguración del rancho: 518,4.

Construcción del rancho de Uré: 738,8. En Chuzá: 538,6. En el Pital y Antadó: 641,3; 643,4. En Pamplona: 949,4. General: 1052,4; 1059,1. La más pobre: 639,7. Nombres de las primeras: 668,3.

Casita blanca: 626,7; 634,3.

Castidad. 987,3. Desconocida: 436,8; 459,2. Gracias referentes a la: 770,5. Voto de: 293,5.

Castrillón Julia: 418,2; 220,1.

Castro Alfonso: 230,6; 241,1,4; 115,6.

Castro Antonio: 1131,2.

Castro Eva: 222,3; 223,2; 225,2; 225,4; 230,6.

Catedral de Medellín: 278,2; 340,6.

Catequesis: 56,5; 489,3; 493,7; 496,3; 498,8; 724,2.

Catequización. Ardides del demonio: 529,4. Dificultades en la: 470,4. Método de: 636,9.

Catequizar. ¿Qué es? 636,7.

Catíos: 332,4; 538,6; 806,1; 931,2.

Ceiba. Tumbada por el demonio: 215,7.

Celda. 156,2; 396,2.

Celo. 59,2; 514,4; 642,3; 795,5; 977,2; 1183,3. Abarca todas las creaciones: 615,6. Amor a las almas: 348,5; 261,5; 1133,2. Apostolado ultraterrestre: 1125,5. Ardiente: 516,6; 967,3; 987,4; 1125,7; 1171,2. Astucias de mi: 1333,1; 135,4. Buscaba la gloria de Dios: 179,5; 270,4; 275,10; 176,2; 291,6; 360,3; 384,5;

507,2; 520,6; 812,1; 912,4; 1123,3; 1124,1; 1177,4. Trabajaba por buscar sacerdotes misioneros: 212,7. Capítulo del celo: 409,2; 130,2. Con mis discípulas: 130,3. Cuidar de los intereses de Dios: 938,1. Del misionero 740,2. Deseo de abrir nuevos campos: 546,1. Deseos de ver a Dios servido: 281,2; 1166,1. Dolor de las almas: 376,6; 426,2; 538,7; 613,6; 642,3; 739,6; 7751,4; 863,4; 919,5; 178,4; 1117,1; 1165,3. Dolor por la ignorancia religiosa: 726,8. Elogian celo de la Congregación 940,4. En el lema de la Congregación: 409,2; 1185,2. En el magisterio: 130,3. En la cumbre del Portachuelo: 655,2. En Rioverde: 560,2. En Santo Domingo: 160,5; 164,2. En mi oración: 686,4; 1133,2. Espíritu de *c* de la Congregación: 334,5; 389,1; 409,2; 449,4; 450,3; 454,4; 457,5; 458,2; 489,2; 540,5; 541,3; 614,3; 1185,2. Frutos de mi: 178,1. Hacer quedar bien a Dios: 466,6. Herida que no restaña 1183,2. Héroes del celo apostólico: 277,4. Inflamar en celo al Santo Padre: 1125,7. Morir por las almas de infieles: 266,2. Necesidad del apostolado: 599,2. No abandonar a los indios: 846,2. Oraba por mis discípulas: 174,4. Pesár por no hacer más por las almas: 540,2; 747,1. Por conversión de infieles: 275,7; 614,3; 1056,2; 1169,4; 1171,2; Por conversión de los musulmanes: 1170,5. Por conversión de los pecadores: 326,5; 1125,7. Por el pecado del mundo 884,4; 1079,2; 1176,5. Por los indios abandonados: 1153,6. Por infieles: 62,2. Por la fe-

licidad de Dios: 291,3; 291,6. Por la salvación de las almas: 260,4; 264,4; 270,1; 403,1; 404,1; 407,4; 416,5; 416,5; 545,2; 592,3; 603,6; 614,4; 623,5; 707,1; 717,5; 921,5; 959,4; 1169,4. Por muerte de indios sin bautismo: 539,2. Por que Dios sea conocido y amado: 277,2; 277,3; 281,3; 306,4; 373,1; 378,1; 383,6; 404,1; 422,2; 450,2; 454,4; 613,6; 620,1; 803,4; 1020,3; 1129,2; 1176,5. Por Rusia: 1154,4. Por salvar indígenas con oraciones y humillación: 213,7. Práctica del: 468,3; 469,6. Prendía fuego de amor en mis discípulas: 206,2. Primer arranque de: 93,4. Purificación del: 287,6. Reglas para aumentar el: 553,3. Renuncié a todo por la fe de los infieles: 303,1. Sed de calmar la de Jesús 322,3; 615,6.

Cerco. De la divinidad: 313,2. Del demonio: 251,4; 285,3.

Ceremonia. De nuevas fundaciones: 554,10; 556,2; 845,1; 876,8.

Cérigo. 1131,4.

Cerrito: 943,5; 944,3.

Cerro del Águila: 816,2.

Cielo. Ansias del: 150,5; 221,6; 455,2; 812,1; 1177,3; 11176,5.

Ciencia. 166,4.

Cinera: 896,1; 897,1; 900,3.

Civilizados: 479,4.

Cobrdía: 538,7; 539,4.

Cock Carlos: 413,1.

Colón: 1131,3.

Colombia: 110,11; 1146,3; 1170,1; 1174,2.

Cometa: 303,1.

Comida con los indios: 642,2. En el primer año: 448,1. Nos niegan: 445,2. Primer almuerzo: 445,5.

Comendaticias: 1104,4.

Compañeras de viaje: 33,6; 410,3; 423,5; 555,1; 591,6.

Compasión de Dios: 465,5; 466,3; 511,5. La dureza se vuelve: 913,4. No reclamo: 380,1. Por infieles: 277,2.

Comunicación de Dios: 739,1; 954,2.

Comunidad religiosa: 353,3.

Comunión. Acrecienta la amargura: 149,2. Ansias de comulgar: 117,3; 129,3; 299,5; 747,2. Amor a la: 688,6. Celestial: 85,6. Con tranquilidad: 988,2. De amistad: 321,6. Dejé la: 288,5; 356,5. De Jesús en la última Cena: 359,3. De la voluntad de Dios: 322,6. De reparación: 322,1. Distracciones en la: 321,2. En las misiones: 1172,55. En Magangué: 747,2; 748,3. En Medellín: 1098,4. En Mutatá: 612,2. En San Jerónimo: 426,3. C. espiritual: 384,8. Gracia especial en la: 357,4. Intranquilidad en la: 987,5; 988,2. Me conforta: 675,3. Luces en la: 321,6; 323,6; 379,4; 804,4. Luces sobre la: 68,3; 68,5; 356,5. No me decía nada; 81,4. Preparación para la: 299; 299,6. Primera c: 56,4; 76,2; 135,3; 661,5. Prodigios en la: 267,2. Propósito de no omitir ninguna: 356,6. Propuesta al Santo Padre sobre la: 1150,4; 1151,4; 1152,6; 1167,1. ¿Qué es la santa Hostia? 688,5. Sin esperarlo: 1.138,4. Sufrió por falta de la: 673,1; 746,1; 109,6.

Unión de dos sedientos: 322,4.

Condenación: 344,5.

Condescendencia de Dios: 529,5; 519,4; 759,3.

Condiciones para las compañeras de la obra: 338,8.

Conducta de Dios con las almas: 588,1.

Confesión. Acusación en la: 288,4; 528,4. Cómo me arreglaba en la: 764,2. En la Normal: 120,1; 125,5. En Roma: 1142,4. En San Cristóbal: 86,3. General: 149,1; 151,2; 7762,5; 763,2; 887,3. No quise la: 60,1. Primera c buena: 76,2. Con el primer director: 99,1.

Confesores: M. Francisco Cristóbal Toro: 699,5. M. Joaquín Pardo Vergara: 197,3; 200,6; 210,1; 211,8. M. Roberto Vicentini: 887,5; 882,4. M. Luis Javier Muñoz: 197,5; 213,2; 217,5; 218,1. P. Antonio María Peña: 563,2. M. Arcadio Larraona: 1145,5. P. Atehortúa: 211,10; 212,7. P. Angel Dueñas: 275,5; 342,5; 417,3. P. Domingo Antonio Henao: 1.049,1. P. Eladio Jaramillo: 199,7; 212,5; 213,8. P. Elías del Smo. Sacramento: 572,3; 599,3; 602,4; 680,4; 757,7; 760,2; 764,1; 951,3. P. Esteban Le Doussal: 949,6; 951,4; 953,6; 954,3; 1126,5. P. Eugenio Sarrazola: 1057,3. P. Ezequiel Villarroya: 897,4. P. Jaffeso: 1127,2. P. Germán Montoya: 808,5; 846,3. P. José Joaquín Arteaga: 774,2; 805,5; 809,2. P. José Joaquín Elorza: 1059,1; 1078,2; 1079,2. P. Luis Antonio Gamero: 210,1; 210,5; 242,3; 254,2; 275,5. P. Manuel José Sierra: 343,2. P. Matías Cáceres: 119,4. P. Rafael

Toro Upegui: 988,2. P. Ulpiano Ramírez: 120,1; 186,5; 205,4; 207,2; 208,4; 210,1; 211,6; 212,7, 217,6; 227,5; 228,6; 232,4; 235,2; 240,2; 242,3; 243,2; 247,1; 254,2. Párroco de Fredonia: 152,5. Prueban mis propósitos: 305,2. Confianza en los: 1183,3. Consultaba con los c: 169,6; 173,6; 1883,3; 183,5; 190,2; 285,3; 303,6; 371,4; 370,3; 377,2; 388,2; 395,2; 417,2; 529,2; 585,3; 806,3; 807,6; 840,6; 913,4; 973,6; 1081,5. Dureza de los: 199,3; 227,4; 276,3; 316,2. Expresan la voluntad de Dios: 585,2. Me sometieron a examen: 208,5. Me ocultaban el estado de mi alma; 294,4. Me sugirieron entrar en la Enseñanza: 197,4; 198,7. No me entendían: 81,3; 276,3. No me inquietaba tener confesor: 244,4. No quería estar sin: 201,3, 212,2; 327,5; 342,4. No tenía confesor fijo: 93,2. Obediencia a: 141,3; 178,3; 196,3; 243,2; 893,4. Se mostraban indiferentes: 379,8; 186,2. Sostenían mi vocación carmelita: 185,3; 186,2.

Confianza: 113,6; 114,7; 117,5; 132,7; 143,3; 145,3; 203,6; 274,3; 327,1; 336,5; 372,5; 402,1; 405,4; 471,2; 492,3; 507,2; 515,2; 539,2; 552,4; 563,5; 564,5; 579,5; 607,2; 652,3; 654,6; 670,2; 710,4; 718,6; 781,3; 802,4; 803,5; 880,5; 914,4; 932,4; 984,3; 112,3; 115,3; 1145,3; 1153,3; 1171,4. Acopio de: 1085,2. Arranca las gracias de Dios: 146,5. Compañera de la oración: 147,1. Crecía mi: 240,1; 346,4; 391,4. Da serenidad: 402,5; 652,2; 1054,2. En ella descansaba tranquila: 146,5. En la acción remendadora de Dios:

337,2; 540,3. En la misericordia de Dios: 391,3. En la salvación de los indígenas: 466,3 En María: 524,6; 797,4. En que Dios me daría su poder: 767,3. En que no faltaran misioneras: 392,7. En San José: 731,2. En mi salvación: 388,4; 1090,5. Es como un peñasco en medio de las corrientes: 657,1. Es el fondo de mi alma: 466,4. Es la atmósfera que me envuelve: 146,5. Inquebrantable: 115,1; 145,3; 163,2; 234,4; 276,4; 279,1; 333,4; 466,3; 657,1; 147,1. Inundada de: 658,3. Me llenaba de alegría: 144,2. Lazo en que cae el mismo Dios: 147,1. Oleada de: 921,2. Rebosante: 1123,4. Se vuelve realidad: 465,6. Sin consuelo: 200,8; 235,1. Todo lo vence: 33,9; 803,7. Toneladas de: 340,2; 415,8. Triunfa la: 114,2; 114,9; 140,4.

Congregación. Monseñor Crespo y la Congregación: . Entrevista con: 3,53,1; 354,4; 1130,2. Autoriza publicar escritos: 520,6. Fundador: 44,2; 342,3; 485,6, 622,3. La defendió: 933,3; 935,5. Le da el nombre: 481,4. Actitud ante la: 527,4 Acusaciones a la: 876,2. Amor a San José en la: 680,2. Angustiada por la suerte de la: 1054,4. Asuntos dela: 1171,3. Bienhechores de la: 619,2; 1079,1; 1166,3; 1190,4. Buena impresión en Roma: 1104,2; 1172,3. Conservaba a mi madre para la: 857,6. Constituciones de la: 618,4; 876,6; 1103,3; 1105,5. Conversiones de infieles en la: 889,6. Da gloria a Dios: 392,3. Debía conservar y defender la: 574,2; 1050,5; 1052,4.

Debe mantener su independencia: 813,3. Dejar la cuna de la: 980,1. De-seaba que la aprobaran: 1168,2. Dificultades para trabajar en la: 385,9. Elogio de la: 892,6; 1147,5. El Padre Le Doussal y la: 949,6. El P. Rochereau y la: 980,1; El Padre Villarroya y la: 883,2. El Prefecto de Urabá y la: 806,1; 812,4. En Antioquia: 1078,3. Enemigos de la: 546,1; 876,6; 932,1; 934,4; 1034,2; 1026,3; 1050,5. Es de Dios: 529,4; 574,7; 953,2. Es diferente de otras: 646,2; 875,5. Estabilidad de la: Es universal y libre: 994,3. Excursiones de la: 653,5; 840,6. Fin de la: 614,2; 1185,3. Gastaba las fuerzas en pro de los salvajes: 614,5. Gracia peculiar de la: 615,6. Hablé con el señor nuncio sobre la: 874,4. Hablaba de la: 1142,2; 1143,2. Cómo ideaba la obra de la: 334,5. Importancia de la: 806,1. Lema de la: 409,2. Impresión de los libros de la: 1182,3. Libros de la: 853,3; 1169,5; 1171,4; 1182,3,5. Llama la atención: 712,4. Monseñor Builes y la: 934,5. Monseñor Toro se preocupa por la: 935,5. No creía descaminada la: 901,2. No dudaba del éxito: 389,2,3. No estaba en mí: 889,4. Nómada: 994,3. Observaciones sobre la; 876,2. Patronos de la: 173,5; 482,2; 680,3; 1098,4. Pérdidas en Urabá: 917,1. Persecuciones: 390,3. Pedí trabajo en el Sarare: 917,1. Pobreza de la: 767,5. ¿Por qué ha salido la obra? 118,4. Primeros votos: 979,5. Propuse salir de la: 920,1; 1168,2; 1172,3. Puro delirio: 548,3. Quería colocarla en Bogotá: 1093,6. Que-

ría comprar la gracia del decreto: 1140,2. Estaba resuelta a que se acabara la: 887,6. Sacarla de la prefectura: 774,1; 918,2,9; 933,5; 935,2. Se extiende: 1103,2. Sencillez de la: 557,1. Me preparaba para la lucha por la: 757,6. Sin saber dónde colocarla: 932,3. Situación difícil de la: 979,2. Todo me salía con facilidad: 555,1. Viaje a Bogotá, fructuoso para la: 900,7. Vida pública de la: 520,6. Aumentan las vocaciones: 1193,6.

Conferencia: 893,1; 894,4; 895,3; 896,1.

Congreso. Eucarístico: 367,3; Misional: 930,4; 934,3.

Conocer. A Dios: 59,2; 60,5; 571,5; 693,2; 771,3.

Conocimiento. De condenación de infieles: 344,4. De humillaciones futuras: 958,1. De lo que es la bienaventuranza: 1083,2. Del Padre: 955,3; 310,1. Del valor de la oración: 1081,3. De persecución: 1075,5. Propio: 299,7; 214,2; 357,2; 529,2; 1087,2.

Conservatismo. Me adhería: 122,5.

Consejo. General: 1036,5; 1039,4; 1050,4.

Consideración. Creador y criatura: 300,5. Dios madre: 375,6; 821,2. El afecto: 193,5. El amor a los enemigos: 925,4. El apostolado: 805,4. El consuelo: 884,4. El cuerpo humano: 346,6. El cuidado de hacerme santa: 950,3. El método de la catequización: 636,6. El pecado: 310,1; 773,4. El sacerdocio: 102,2. El sacrificio bautistano: 671,7. El seno del Padre: 1174,1. El sufrimien-

to: 843,3. El último lugar: 384,3. El verbo agonizar: 377,7. En la cumbre del Portachuelo: 656,2. La acción de Dios: 428,3. La alegría: 547,4. La calumnia: 972,2. La caridad: 1102,3. La confianza: 146,4. La cuna de la Congregación: 993,4. La gracia de Dios: 888,4; 976,4. La infidelidad: 309,2; 975,4. La libertad: 378,2. La mujer pagana: 733,3. Necesidad de humillación: 361,6; 383,6. La oración: 1085,3. La paternidad de Dios: 308,1. La providencia de Dios: 415,4. La salida de Dabeiba: 921,3. Las almas sencillas: 944,1. La santa Hostia: 366,2; 688,5. Las contrariedades: 570,2. Las gracias místicas: 587,1. Las obras que se hacen por Dios: 939,3. La vida religiosa: 320,3; 358,1. Los amigos: 510,3. Los dolores por la gloria de Dios: 544,3. Los goces del mundo: 383,3. Los pobres: 1017,6. No guardar consideraciones humanas: 37,4. Pérdida eterna de las almas de infieles: 344,5. Sobre el amor al prójimo: 324,4; 1102,3. Sobre el amor y el dolor: 545,4. Mi camino y mi destino: 1122,1. Textos bíblicos: 373,6. Valor de las almas: 348,5.

Consolación. De Dios: 244,2.

Constancia. En el apostolado: 736,1. En la humillación: 514,4.

Constituciones. Base de las: 408,5; 409,2. "El Cuadernito": 552,3; 553,1; 618,4. En manos del P. Larraona: 1145,5; 1146,6. Fijan reglas para ambulancias: 640,2. Gustan al P. Marotto: 1103,3. Abarcan todos los campos: 615,6. Intervención de Dios en las: 364,1; 432,2;

883,3. Las revisa el señor prefecto: 806,2. Método para escribirlas: 553,3. Modifica las: 813,3; 853,4; 883,3. Ordena las: 840,5. Prácticas religiosas al servicio del apostolado: 457,6. Prescripciones de las: 708,2. Prohíben salir de noche: 973,5. Me las pide M. Crespo: 550,8. Son adaptadas al género de trabajo entre los indios: 457,4. Son para santificar: 938,1. Tercera categoría (Oblatas): 806,2; 822,1. Traducción al italiano: 1144,1; 1145,1; 1164,6.

Contenta: De Dios: 649,5.

Contrariedades: Saber inclinarse ante las: 252,4.

Conversión. De las almas: 767,2; 805,4; 970,4. Don para los indios: 303,3; 769,5. Gracias de: 593,5. Pedía la: 453,4. Seguridad en la c de los indios: 770,3.

Convertir. Las almas con solo verlas: 1088,2

Corazón. De Dios: 375,5; 385,7; 476,5. Insaciable: 61,4. No me dejaba amargar: 571,1; 612,2. Tónica: 612,2.

Cordero: Asado: 404,1,2.

Correa Libia: 242,4; 253,1; 401,2. Mercedes: 431,3.

Correrías. 625,5; 624,2.

Creador: 59,3; 402,5; 1075,5.

Criatura. Creada con amor infinito: 43,1; 403,1. Destrucción de la: 403,1. Instrumentos de Dios: 251,2. Posición como: 765,6.

Crueldad. Me hiere: 1055,3.

Cruz. Allí vemos lo que es el pecado: 310,6. Amada por Jesús: 435,8.

Amor a la: 267,4; 292,5; 374,6; 386,3. Ansias de: 404,3. En el pecho: 231,4. Sello de Dios: 1185,4.

Cuaresma: 404,3.

Cualidades. Morales y materiales: 208,4.

Cuerpo: 141,3; 347,2; 765,3. Dios lo ha elegido: 764,5.

Cuidado. Con las hermanas: 650,2.

Culebras. 260,5; 642,6; 785,7.

Cultura. Respeto a la: 636,7.

Cuna. Dejarla es sacrificio inusitado: 935,5; 994,2. De la Congregación: 993,4.

Cunas: 794,2. Primera visita a los: 796,1; 797,2. Supe que iríamos a trabajar con los: 804,4

Cupertino: 594,4.

CH

Chamí. 334,4; 883,3; 1041,3.

Chía. 883,1.

Chicamocha. 941,5.

Chichora; 525,6.

Chitagá: 946,1,3;

Chocó. 261,3; 883,3; 917,2.

Chontaduro: 365,2; 623,2; 624,2; 625,2,5; 639,3; 977,1.

Choromandó: 599,1; 601,2.

D

Dabeiba: 784,3; 878,2; 977,6; 995,1. Amigos en: 512,4. Amor a: 435,3; 435,9; 993,4. Caminos para buscar indios: 340,5. Comida en: 440,2. Comunión en: 442,4. Cura de: 354,5. Escuela de: 448,5. Gravedad de Juan de la Cruz en: 909,1. Her-

manas en malas condiciones en: 448,5; 992,1. Indios de: 432,2; 1153,5. Instalación en: 446,6; 550,6; 613,5; 814,1; 822,2. La obra de conversión en: 593,5. Llegué a: 822,1; 9917,2. Llegada del señor prefecto a: 838,1. Recetaba en: 462,3; 508,3; 707,6. Salida de: 935,5; 984,5. Situación de: 355,3; 413,5; 422,2; 432,2, 441,6; 447,5; 459,2; 505,4; 558,6.

Debilidad. En manos de Dios: 657,5.

Decreto Laudatorio: 1103,2; 1152,3; 1153,5; 1167,2; 1170,1; 1172,5; 1175,5

Delicadeza. De Dios: 899,3.

Dependencia. De Dios: 302,1,4. De la criatura: 303,1.

Desagravio. A Dios: 322,2; 326,4

Descanso. En Dios: 379,7; 1112,4.

Desconfianza: 227,4; 468,5; 562,2.

Deseos. Locos: 967,2. No tener d propios: 325,2. Pobre en: 385,6.

Designios. De Dios: 449,4; 511,1.

Desnudez. De espíritu: 325,2; 998,2.

Desocupez. Absoluta: 167,3. De nosotros mismos: 403,6; 539,4.

Despersonalización. 249,4. No ser: 293,2; 385,7; 1123,6; 1124,3. Oscuridad luminosa: 165,4.

Desprecio: De habitantes de Dabeiba: 448,5. De todo lo de la tierra: 1019,5. Propio: 58,4; 246,2. Único amparo: 52,3.

Desprendimiento: 1075,5; 1076,3. De la vida religiosa: 458,2. Total: 244,3; 622,3,5; 112,4.

Destierro. De un alma: 1176,5.

Destrucción. Ante la soberanía de Dios: 582,3. De la Obra: 572,1.

Demonio. V. Diablo.

Diablo. Acción del: 216,5; 218,2; 588,3; 589,2,; 222,3; 843,3; 955,4; 963,3; 964,2; 1053,4; 1172,3. Amo de los infieles: 488,4; 727,4; 855,5. Cerco del: 200,7; 243,3; 558,3. Conocía sus ardides: 524,4. El pecado hizo al: 766,2. Enemigo vencido: 216,3,5; 1125,7. Es miserable: 1097,1. Furia del: 154,1; 175,2; 176,5; 215,5; 224,1; 227,3; 230,6; 275,4; 279,3; 390,3; 562,1; 625,1; 885,3; 943,2; 1097,1; 1153,3. Huye ante María: 1096,5. No tenía miedo al: 174,4,5; 216,4; 218,5; 540,5. Opinan que tenía el espíritu del: 209,3. Pelea con el: 175,3; 215,4. Poder contra el: 215,5,6; 265,4. Remeda la oración: 588,2; 648,5. Se oculta en la culebra: 260,6. Siembra odio: 971,1. Tentará a las hermanas: 541,3.

Dicha. De sufrir: 984,2.

Dificultades. Con aspirantes a misioneros: 843,4. Con el P. Rochereau: 984,2. En Bogotá: 933,1. En el Sarare: 980,2. En la instalación: 447,3. En la misión: 489,2. En los viajes: 560,3; 602,2; 658,7; 671,3; 705,6. En Puerto Berrío: 1117,3. En Rioverde: 565,5. En Roma: 1136,3. En traducción de las Constituciones: 1145,4. Dan alivio interior: 102,2; 664,6. Para cumplir la obediencia: 975,3. Son precio de las almas: 984,2.

Dinero. Desprecio del: 382,4. Dios lo da para sus obras: 416,1. No da felicidad: 382,6.

Dios. Acción de: 73,3; 83,5; 228,3;

- 316,1; 379,1; 806,3; 1020,3. Actitud delante de: 93,2; 154,2; 178,3; 300,4; 644,2; 647,5; 9914,2. agradecimiento a: 104,4; 107,2; 203,9; 240,1; 288,6; 752,3. Alabar a: 165,5; 256,7. Amor a: 69,3; 78,5; 138,3; 219,2; 301,2; 951,1. Amo de: 104,4; 105,3; 147,2; 150,5; 179,2; 269,4; 292,4; 304,2; 361,3; 374,4; 625,4; 821,2; 915,1; 1124,3. Ansias de: 52,3; 61,2; 69,3; 72,3; 103,2; 155,4; 166,4; 167,3; 168,3; 183,1; 189,6; 206,3; 208,1; 209,3,5; 222,1; 227,5; 249,5; 267,2; 327,5; 286,4; 646,6; 966,5. Arreglito con: 956,3. Asistencia de: 83,3; 241,2; 259,2; 270,1; 288,6; 327,2; 333,3; 405,4; 526,7; 552,4; 942,3. Ausencia de: 49,2; 56,2; 57,5; 65,1; 69,4; 81,3; 149,2; 200,5; 207,8; 214,1; 234,4; 243,3. Bondad de: 300,4; 383,6. Buscaba la gloria de: 178,4; 179,5; 291,5; 540,5; 576,4. Busca a los pequeños: 579,1. Caminos de: 127,3; 209,6; 747,3; 836,4; 1115,2; 1118,3. Caricias de: 149,2; 266,4; 306,5; 731,4; 821,2; 899,3; 970,4. Compasión de: 244,4; 466,3; 505,1; 511,5. Condescendencia de: 160,3. Confianza en: 104,5; 115,1; 113,4; 132,7; 143,33; 145,3; 336,6; 655,1; 932,4. Conocimiento de: 59,2; 60,1,5; 61,4; 62,3; 63,1; 165,5; 166,3; 167,4; 168,3; 209,5; 214,2; 217,2; 216,4; 246,2,3; 277,3; 306,4; 343,5; 546,1; 548,1; 585,1; 693,2,6; 212,4; 976,4. Consultaba con: 328,3. Cuidaba de mis intereses: 82,5; 250,1; 269,3. Da corazón nuevo: 570,2. Dependencia de; 300,4. Designios de: 63,3; 449,5. Dolor por desconocimiento de: 376,6; 277,3; 383,6; 422,2; 726,6; 1079,2. El Dios del monte: 271,5. Es amor: 38,5; 279,4; 316,1; 530,4; 821,2. Es el soberano: 360,4; 115,2. Es el único: 1115,4; 622,3. Es la verdad: 587,5. Es luz: 587,5. Es mi remendador celestial: 540,3. Exigencias de: 72,2; 670,3; 805,5; 979,2; 988,1; 994,2. Felicidad en: 183,4; 192,5; 292,4. Fortaleza en: 217,2; 313,2; 657,5. Fuente de misericordia: 61,4; 104,5; 149,1; 160,4; 252,3; 326,1; 372,3; 359,4; 921,2. Fusión con: 244,4; 283,3; 956,3. Generosidad de: 457,5. Gloria de: 115,6; 179,2; 180,2; 222,1; 275,7; 277,3; 879,4. Gozar de; 139,3; 191,6; 252,2; 455,2; 530,2; 804,5; 951,2; 956,3. Grandeza de: 61,4; 760,3; 766,2; 921,2. Hablar de: 71,5; 157,6; 160,5; 293,2. Hermosura de: 249,5; 530,3. Hija de: 157,5. Hija mimada de: 42,5. Ingratitud con: 160,4; 764,1. Inmutable: 209,5; 510,3; 529,5. Instrumento de: 251,2 286,7; Intereses de: 241,4; 250,3; 313,7; 808,4. Me asistía al escribir las Constituciones: 409,3. Me consumaría en santidad: 973,6. Me dirigía: 42,6, 611,3; 75,1; 83,3; 89,4; 125,3; 165,3; 199,9; 236,4; 343,6; 356,4; 529,4; 540,2; 593,6; 951,1; 974,4; 987,5; 1079,2; 1186,5. Me invadía: 43,3; 52,5; 67,1; 72,3; 85,4; 94,4; 214,1; 955,1; 1020,2; 1079,3; Me basta: 107,2; 673,3; 951,1. Me daba valor: 541,2; Me participa su poder: 326,2; 1083,4. Me pedía el sufrimiento: 241,3; 342,3; 390,3; 417,4; 558,2; 808,5. Ley de: 471,7; 472,7; Marido de hermana: 492,4. No des-

poja de las gracias: 1125,5. No hace las cosas a medias: 306,2. No negarle nada a: 551,4. Nos hace bellas: 249,5. Obra prodigios: 471,2; 474,7; 505,1; 524,5; 577,5; 579,2. Omnipotencia de: 316,1. Oye mi petición: 474,7; 857,7; 970,4; 979,4. Pacto con: 676,2; 708,6. Para dar la fe se sirve del milagro: 527,2; Paternidad de: 246,3; 269,4. Perdida en: 66,4; 170,1; 234,4; 293,2; 439,2; 582,7; 606,3; 807,4; 912,5; 956,2. Primera noción de: 48,5; 60,3. Providencia de: 201,7; 203,7; 260,4; 359,5; 399,4; 564,3; 593,3; 836,4; 1054,5. Purifica la obra: 934,5. Secreto testimonio de: 492,3. Se deja coger el secreto: 268,1. Seguridad en: 145,2; 257,4; 276,3; 428,3. Ser de: 60,5; 300,4; 301,2; 312,2,6; 693,5. Simplicidad de: 312,6; 1167,3. Soberanía de: 150,4. Sólo **D** convierte las almas: 757,3, Supremo bien: 361,5; 863,5; 812,1. Tiene mucho de madre: 375,5; 687,7. Toma posesión de la selva: 266,3. Total reposo en: 104,4; 245,2; 317,2; 455,5, 887,6; 966,5; 1177,3. Ver a **D** en todo: 267,3; 817,2. Ver las cosas con los ojos de: 290,1; 299,5; 806,4. Vida de: 38,6; 168,5; 291,6; 302,2; 675,5. Voluntad de: 38,5; 183,5; 251,8, 422,3; 657,5; 898,5; 1083,2.

Directorio. Lo escribo: 653,6; 1185,3; 1186,3.

Divina Providencia: 820,3.

Divinidad. Cerco de la: 313,2.

Docilidad. A la gracia: 767,3.

Dolor. Agonizaba de: 232,7; 383,6; 1054,3; 1090,2. Al lado de la Igle-

sia: 657,4. Amoroso: 913,4. Avenidas de: 234,1; 1090,6, 455,5; 967,2; 979,5; 1079,2. Cariñoso amigo: 376,4; 766, 3. Compra el cielo: 377,4. De cabeza: 200,6. De los pecados: 151,2; 246,1; 276,3; 403,5; 763,4; 1167,4. De ver Dios desconocido: 344,2; 404,1; 450,2. Dulcifica el alma: 49,2. Esencia del: 276,3. Es la faz del amor: 377,4. Estado de mi alma: 1154,6. Felicidad en el: 912,4. Físico, cuánto vale: 348,1. Fraguada en el: 1159,1. Pureza en el: 292,2. Hace al alma ligera: 893,5. Homenaje a la justicia de Dios: 150,4. Le da madurez al alma: 154,2. Luminoso: 75,1. Noche de: 390,4; 4,17,1. No me abandonaba: 214,2. No rehusaba el: 376,6. No tenía consuelo mi: 977,2. Paga anticipada por las Misioneras: 391,6. Por acabármeme el apostolado: 1125,4. Por escribir: 1184,5. Por incapacidad de darle más a Dios: 190,2; 222,1; 373,5; 582,4; 805,4. Por los indios: 213,7; 538,7; 564,1; 592,3. Por infieles: 59,2; 309,2; 310,3. Por la misericordia de Dios no agradecida: 761,6.. Por la gloria de Dios menoscabada: 384,1; 544,2; 951,3. Por las almas: 344,4; 807,6; 943,3. Por musulmanes: 1170,5. Por Rusia: 1154,4. Profundo: 163,5; 200,5; 205,2; 214,2; 326,3; 344,4; 539,4; 547,3; 656,3; 803,4; 913,1; 920,3; 965,4; 970,3; 976,4; 977,6; 1053,3; 1155,2; 1165,3; 1186,4. Nadie conoce a: 51,3; 379,8. Reposo: 246,2. Se agolpa en el corazón: 976,3. Me aliviaba un poco de mi: 231,4; 454,5. Se estrellaba contra mi confianza:

921,2. Sentía el de todas las almas santas: 376,7. Supremo: 227,5; 277,3; 361,3; 449,3. Único consuelo: 222,1; 383,6; 540,2; 969,5. Único pan: 52,3; De la mujer pagana: 726,6. De mi alma: 101,2. De mi vida: 1055,3.

Donmatías: 70,2; 71,6; 1069,6.

Dormir. Luces durante el sueño: 955,2.

Dueño. Nombre que le daba a Dios: 37,3; 615,1.

Dulzura. Ante Jesús: 375,9. ante la Trinidad: 527,6. Espiritual: 440,1; 930,3; 956,4; 988,1.

E

Echavaría Leonor. Colegio de: 142,5; 171,1. Conversación con: 177,5. Corazón de: 129,4; 192,7; 172,4. Herí su sensibilidad: 193,6. Infundía amor a la Santísima Virgen: 142,3. Respeto de: 182,6; 285,2. Salud de: 193,2. Muerte de: 195,3.

Echavarría Liborio: 106,2; 129,3; 193,8; 194,5.

Efraín. Peón: 705,2.

Egoísmo. Es diabólico:

Ejercicios. A las niñas: 174,3. Anuales: 148,2; 710,5; 760,1; 950,2; 952,4; 1164,7. Del P. Elías: 585,1; 770,5. En Rioverde: 840,5. En mi casa: 276,2; 300,3.

El Caraño: 918,2;

El Pital: 524,1; 641,3; 682,1; 754,2; 772,5. Prodigio en: 836,2.

Embriaguez espiritual: 168,3.

Emoción. En el rezo del Oficio: 976,2.

Encarnación: 940,2; 766,4.

Encíclica en favor de los indios: 341,4.

Enemigos. Amor a los: 125,3; 245,5; 679,2; 1046,4. Calumnias de los: 673,1; 679,2. De la Obra: 506,6; 547,1; 934,5; 1075,2; 113,1. Dios se vale de los: 1078,4. Nos acercan a Dios: 42,2. Rogaba por los: 1056,2.

Enfermedad. En Uré: 746,1. Que asolaban a Dabeiba: 460,2. Regalo de Dios: 766,3; 1017,3; 1093,4.

Enfermo: 60,1; 461,3; 462,2; 463,3; 464,1; 576,,3,6; 707,5.

Engaño. De los Padres Carmelitas: 846,2.

Enseñanza a las Hermanas: Santo abandono: 680,6. Abnegación: 449,4. Aceptación de las calumnias: 972,3. Aceptación de las contradicciones: 514,4; 845,1; 922,2. Amor a los pecadores: 388,1. Amor a María: 593,6. Apostolado: 929,2. Apostolado ultraterrestre: 1125,6; 1127,2. Buscar a Dios en la naturaleza: 647,2. Celo: 489,3. Conocimiento de Dios: 529,2. Cuidar caballos: 486,4. Desafiar peligros: 539,2. Ser almas reales: 449,6. Fraternidad: 665,6. Gloria de Dios: 942,1. Hacer la voluntad de Dios: 622,5. Humildad: 450,3. Ingratitud con Dios: 739,6. Método de catequesis: 454,2. Mirar los acontecimientos con los ojos de Dios: 569,5. No poner tasas al amor: 551,2. Oración: 452,2. Providencia de Dios: 527,1. Recta intención: 479,6; 554,8; 921,6; 953,4. Reparación: 453,1; 768,3. Sacrificio Bautistano: 672,4. Mi camino y mi destino: 1122,1. Valor de la misión: 554,8. Vigor espiritual: 450,3.

Ensillar. Aprenden arte de: 424,5; 486,4.

Entendimiento. No abarca concepto de Dios: 530,2.

Entrega. Acto de: 808,5.

Entregar. Lo entregado: 808,3.

Entrevistas. Con el P. Villarroya: 883,2. Con el señor nuncio: 874,4. Con el señor Arteaga: 774,2; 918,2. Con M. Crespo: 353,1; 484,1. Con M. Crespo, Toro y Afanador: 935,3. Con los indios: 487,7; 490,3.

Envidia. De sus discípulas: 123,2. En corazones nobles: 153,6. No conocía la: 59,4; 123,3.

Erección canónica: 552,3; 618,1; 619,1.

Ermita: 66,4,5; 760,1; 764,4.

Esclava de Dios: 378,2; 379,2.

Esclavitud de la mujer pagana: 733,3.

Escribir: 453,3; 460,5. Cartas: 521,2; 935,5. Comencé a: 519,2. Dirigida por la Providencia: 1184,1. Obras de la Congregación: 1096,2; 1098,4; 1164,7; 1182,3,5. Para gloria de Dios: 974,4. Por obediencia: 316,4. Reglas de perfección muy subidas: 1185,3. Sentimientos ante orden de: 519,4; 974,2; 1184,3. Sin pensar, el lema de la Congregación: 1185,2. Mi tarea de: 1182,5.

Escrúpulos: 206,5; 293,1.

Escudo de la Congregación: 680,3.

Esperanza. Crecía mi: 1087,5. En Dios: 404,1; 392,7. Se pierde e concepto de: 465,6. Sentía refrescante la: 150,5.

Espiritismo. Estudiaba el: 132,3; 133,2.

Espiritista. Alumnas: 131,5; 214,5.

En el San Jorge: 722,7. Facia, la: 133,1. Maestro Leonidas: 131,1; 132,4. Triunfo sobre: 136,2.

Espíritu de la Congregación: Alabanza y deseo: 454,4, Amor a María: 453,4. Amor de compasión: 449,5. Apostolado ultraterrestre: 1122,2. Camino de santidad: 1122,5. Celo: 334,5; 389,7; 409,2; 454,4; 489,2; 540,5; 614,4; 615,6. Desprendimiento: 622,5. Es de Dios: 553,4; 885,3. Espíritu de las hermanas: 591,6. Espíritu de las Constituciones: 1182,5. Generosidad: 454,4. Gloria de Dios: 454,3. Humildad: 450,3. Monograma y lema: 409,2; 1185,2. Negación propia: 447,5; 449,4; 457,3. Novena calcada en el: 1096,3. Oblación: 583,7; 584,4. Oración: 453,4; 454,3; 647,2. Penitencia: 453,4. Perfección cristiana: 408,6; 1182,5; 1185,3. Pobreza: 400,3; 767,5. Prueba del: 590,3. Rectitud de intención: 554,8. Reparación: 453,1. Sacrificio íntimo: 393,1. Se implanta en el noviciado: 684,3. Síntesis del: 583,7. Trabajar por conservar el: 393,3. Vigor espiritual: 450,3.

Espíritu Santo: Acción del: 374,7; 452,2; 574,8; 693,4; 710,1. Acompaña al director: 37,5. De Dios: 583,2. Encuentro con el: 529,1. Es dulce refrigerio: 1080,3; 117,1. Naturaleza del: 312,3. No engañar al: 887,6. Reposo en el: 1126,2.

Espiritualidad. Definida: 243,4. Encarrilada en el maniquí: 120,2. En mi juventud: 117,5. La descubrí: 286,3.

Estancamiento: En santidad: causa: 1123,1.

Estudio. De Dios: 166,2; 167,4.

Eternidad: 540,3; 748,5. Eterno Padre: Encuentro con: 529,1.

Eucaristía. V. Comunión.

Examen. De Monseñor Vicentini: 937,6. En retiros: 316,5. Infunden temor: 587,1. Minucioso: 761,7.

Excursiones. Causas para las: 650,6; 653,2; 841,4. Comienzan las: 640,2. Dudas sobre las: 840,6. En Dabeiba: 512,5; 542,3; 625,5. No entraban el plan primitivo: 650,6; 841,1. Peligrosas: 653,2; 677,3. Precauciones en: 651,8; 653,2,3. Prodigios en las: 653,3; 841,4.

Existencia: 38,2. En Dios: 382,5; 301,2.

Exploración. En el Caraño: 917,3. En Tuguridó: 654,1. Por Riosucio: 508,1.

Exposición Misional: 931,4; 933,2.

Exorcismos. A los indios: 265,4.

F

Facia. Espiritista: 132,7.

Fe. Cambiaba el corazón del salvaje: 637,2. De los campesinos: 423,4. En Dios: 408,7. En el Evangelio: 416,1. En el éxito: 805,4. En la Eucaristía: 68,5; 94,2. En las personas: 250,6. Época de: 70,1. Es lenitivo: 944,1. Es muro inquebrantable: 1116,4. Espíritu de: 783,3. Explosión de: 948,3. Inmortal: 44,1. La pedía para los infieles: 303,5; 416,3; 453,4; 943,5; 944,1. Llevar la: 62,3. Oscuridad de mi: 62,2; 65,1; 94,3;

606,1. Regeneradora de la sociedad: 733,6. Se afirmaba mi: 69,1; 162,5; 163,2. Se propaga por medio del milagro: 527,2. Se renueva: 457,3. Vale más que los sentidos: 37,5.

Fechas. Enero 1. de 1917: Erección Canónica: 619,1. Enero 29 de 1928: Alma de Juan de la Cruz sale del purgatorio: 1084,2. Febrero 10 de 1923: Muere mi madre: 855,4. Febrero 11 de 1912: Primera entrevista con M. Crespo: 353,1. Febrero 26 de 1917: Excursión a Chontaduro: 625,5. Marzo 20, 1918: Fundación en Chontaduro. Abril 16 de 1922: Se coloca el Santísimo en Puerto César: 790,2. Mayo 5 de 1914: Salida para Dabeiba: 416,5. Mayo 15 de 1923: Viaje a Caimán: 797,3. Agosto 14 de 1918: Fundación en Murrí: 670,5. Agosto 24, de 1930: Viaje a Lourdes: 1159,1. Septiembre 9 de 1919: Salimos para Uré: 703,3. Octubre 12 de 1923: Salí para Bogotá: 874,3.

Felicia (india): 633,3.

Felicidad: De Dios: 291,6; 292,4. En Dios: 267,1; 977,2. En el dolor: 912,4. En la humillación: 912,4. Fuente de: 292,4. Lago de: 326,3. Notas de: 327,1. Plena de: 270,2; 292,2. Resolución de ser feliz: 302,4. Mi: 39,1.

Feliz. Por carencia de cosas: 358,1. Vocación: 953,1.

Fervor. Constancia del: 736,1; 921,5; 1124,3. De las hermanas: 561,4. Intensidad en el: 303,5.

Fidelidad. A Dios: 346,5. Al llamamiento: 303,4.

Fiesta. Asistí a: 192,3. Hastío por las: 192,6. Semipaganas. En Ayapel: 724,3.

Filiación divina: 43,3; 246,3; 309,2.

Fin de la Congregación: 614,3; 615,6; 805,2. Del hombre 976,4. De mi existencia: 1124,5.

Flagelación. Meditación sobre la: 769,4.

Formación. De mi alma: 450,2. En Amalfi: 135,5. En el molde del amor: 619,5. Enérgica: 449,3. Exigencias en la: 450,3.

Formación sexual: Conocí pecados insospechados: 232,5; 233,2. Falta de: 137,1; 138,3. No entendía tentaciones: 209,2. Relaciones con los hombres: 229,2.

Fortaleza. Avenidas de: 313,2; 715,4. Confirmada en: 313,5; 529,1. En las dificultades: 514,4.

Fracaso. Absoluto del hombre: 976,4. No me inquietaba: 658,5.

Frontino. 363,2; 364,3-5; 366,3; 386,1; 399,3; 431,3; 841,6; 842,2.

Fruto. De la meditación: 765,6. En la misión: 335,6. En los santos ejercicios: 765,3.

Fuerza. Del alma: 985,2. Viene del amor: 517,3.

Fundación. En Ayapel, Sucre, Majagual y Vaupés: 1078,3. En Chontaduro y Murrí: 623,2; 639,5. En Uré: 719,1. Instrumentos de Dios para la: 286,7. No tenía fuerzas para una: 407,1.

Fundadora. Acepté ser: 315,7. Me tocaron cargos de: 358,1. No pensé ser: 354,2; 759,1. Obligación de ser

santa: 1155,1. Previsión que sería: 315,3. Rechazo a ser: 315,4.

Fundadoras. Sacrificio de las: 993,4.

Fusión. Con Dios: 956,3. Con los intereses de Dios: 914,2.

G

Garrucha. Paso de la: 539,1.

Gaviria (Candelarita). El mono de: 77,4.

Gaviria Rubén: 663,4; 671,4; 678,3.

Generación del Verbo: 528,2.

Generosidad. De las fundadoras: 457,3; 515,5. Nota característica de la misionera: 551,2.

Génova: 1173,6.

Gloria de Dios: Es el esplendor de su Ser: 990,2. Las alabanzas son para: 948,5. Arranque por la: 455,1. Asuntos de la: 342,4. Aumento de la: 912,4. Aumento de la g por la comunión de Jesús: 359,2. Conferencias dan: 894,6. Con la destrucción de mi cuerpo le daré: 765,5. Consagrada a la: 180,2; 335,2; 357,4; 394,2; 521,2; 761,6; 942,1; 950,3; 951,1. Devoción al ángel de la guarda: 249,2. Dios se glorifica enmendando mis yerros: 422,6. El aniquilamiento le da: 442,4. El infierno es menoscabo de la: 291,4, 477,3. Empresas de la: 415,8. En la salvación de las almas: 545,2. Es cosa justa: 180,2. Es motivo para hacer mis v otos: 180,2. Estallido de la: 949,1. Es un deber dar: 361,1. Hambre loca de la: 404,1; 894,6; 1101,2. La buscaban las misioneras:

672,4. Me consumía la: 275,8; 281,2. La g le pertenece a Dios: 1171,3. Me hará feliz: 39,1. La justicia de Dios en el infierno da: 290,4. La santificación da: 329,4; 768,5; 1123,3,6. La verdad da: 360,6. Me arrebató la: 1177,3. Da mucha g a Dios: 808,2. Me importaba más que estar en la Congregación: 1168,3. Lo daba todo por la: 222,1. Lo que le da: 931,3. Manifestar prodigios para la: 527,1. Medio para extender la: 343,4. Mina de oro de la: 250,2. Mirar la: 458,2. Monumentos de la: 480,4. Necesidad de la: 179,2; 222,1; 246,2; 249,3; 272,1; 277,3. No quería impedir la: 520,3. Nota sensible de mi alma: 521,3. Obra grande para la: 255,5. Pedir grandes cosas da: 326,1. Perderse en la: 358,4. Pedía la: 360,2. Pedía mi salud para la: 1093,5. Resulta de la obra de los indios: 392,4; 658,4; 885,3. Los sacrificios traen: 1175,4. Sólo me quedaba el deseo de la: 444,2; 760,3. Soportarlo todo por la: 313,7; 391,7; 118,2. Suba hermosa sobre mis despojos: 384,6. Sufrir y trabajar por la: 323,7; 327,1; 333,7; 388,4; 394,2; 403,4; 552,2; 553,3; 921,5; 988,2; 1123,5; 1124,2; 1158,3. Mi madre da: 756,4. Ultrajada: 115,6; 276,3; 326,4,5; 377,3; 809,3.

Gobernación. Acusaciones ante la: 368,1. Pedí ayuda a la: 412,4; 667,1. Golfo. 790,4; 812,3; 814,3; 822,2; 841,6; 918,3; 907,4.

Golpe del hormiguero: 60,5; 589,4. Del banco: 95,2.

Gozar de Dios: 383,3; 600,1.

Gozo de la Santísima Trinidad: 528,1. Del Ser de Dios: 991,3. Por la vida de Dios: 169,3. Qué es: 939,2.

Gracia. Acrecentamiento de la: 394,3; 1101,4. De cada instante: 250,6. Docilidad a la: 767,3. Eficacia de la: 706,5; 966,3. Místicas: 228,3; 232,7; 587,6. No tiene lógica: 597,2. Peculiar de la Congregación: 615,6. Preparar el corazón para la: 404,3; 408,3. Santificante: 42,6; 586,3. Trabajo de la: 806,3.

Gracias a fundadoras: 448,1. De Dios: 293,2; 346,5; 404,1; 529,4; 585,5; 592,2; 619,5; 762,5; 806,3; 912,3; 954,3. Desprecio de las: 58,5. Necesidad de comunicarlas: 286,4. No se dan de una vez: 442,4. Para infieles: 306,3; 545,2. Para la salvación: 316,6; 805,4. Dios las da a los sencillos: 944,1. Van de paso: 119,4; 966,4.

Gracias extraordinarias. Acción del amor omnipotente de Dios: 316,1; 361,3. Algunas veces no se conocen: 589,3. Aniquilamiento en el ser de Dios: 311,6. En el alto del Rayo: 582,4; 599,5. Arreglito con Dios: 955,1; 987,5. Bilocación: 525,7. Certeza de mi santificación: 769,2. Conocí enfermedad de Carmelita: 979,4. Conocimiento de Dios: 693,3. Conocimiento del santo abandono: 679,6. Conocimiento sobre los kunas: 804,4. Conocimiento sobre salvación de personas: 914,5; 1084,2; 1087,2. Conocimiento vivo de la gloria de Dios: 990,2. De convertir las almas: 1087,6. Dios ama

el bien: 361,3. Dios corona sus gracias: 529,2,4. Dios me comunicaba su poder: 766,4; 1083,4. Pacto con las fieras: 675,5. En el palacio episcopal: 190,2. En la oración: 1080,3. Excepcionales: 526,7; 1155,3. Éxtasis: 965,2. Golpe del hormiguero: 60,5; 589,4. Golpe del banco: 94,2. Gota de sangre: 769,5. Identificada con la infinidad de Dios: 300,6. Inmutabilidad de Dios: 209,5. Inundada de: 600,2; 953,6 1080,3. Jesús Maestro: 1098,6. La Virgen me hizo el mandado a Roma: 341,4. Libro de dolores interiores: 544,2,3. Liquidarse en Dios: 1082,4; 1087,6. Misterio de la Santísima Trinidad (Mi llaga): 246,3; 311,5; 527,6. Perdida en el ser de María: 386,7. Plenitud de la unión: 244,3. Reconocías: 586,4. Sentía la agonía de los condenados: 1089,6. Sentía el dolor de las almas santas: 376,7. Sobre el perdón: 1084,4. Tienen misión especial: 587,6; 589,3. Unión con Santa Teresita: 1093,4. Vestidura angélica: 989,2. Visión: 190,2; 381,2.

Grafófono: 443,3; 456,3; 491,2.

Grandeza de Dios: 326,1; 388,4.

Gratitud con Dios: 953,3.

Gregorio: 237,1.

Guapá. Viaje a: 254,2.

Guasabra: 1070,5.

H

Habitación caribe: 797,7.

Hábito. Ceremonial para toma de: 553,3. Colores del: 367,2; 412,4; 385,7; 959,4. Se fabrica el: 412,3.

Para inspirar respeto: 353,5; 484,2. Nos vestimos el: 440,6.

Hablar. A las gentes: 940,4; 988,1. Con amigos: 574,5. De Dios: 694,1.

Hambre. Vivía con: 77,1; 81,3. Voraz: 515,5; 609,4; 727,7; 738,3; 746,3.

Hastío: Huye del alma: 1124,3.

Hermanas de la Congregación:

H. M. de Betania = Alicia Arango B. H. M. del Niño: Toma de hábito: 620, p.p. Excursión a Chontaduro: 626,3. Exploración a Tuguridó: 654,5. Urge al señor prefecto que me ordene escribir autobiografía: 840,5.

H. M. de la Inmaculada = Eva López. Toma de hábito: 620, p.p. Compañera a Riosucio: 599,1. Pide la absolución: 608,4.

H. M. de la Santísima Trinidad = Carmen Emilia Arango T. Toma de hábito 620, p.p. Me acompaña a Bogotá: 874,1; 887,5. Enferma: 561,2. Va a Rioverde: 555,4.

H. M. del Perpetuo Socorro. Primer nombre de la Madre Laura: 480,2.

H. M. del Sagrado Corazón = Dolores Upegui de Montoya. Toma de hábito: 620, p.p. Adoradora constante: 858,1. Agonía de la: 754,2: En el Pital: 642,5; 682,1. Muerte de: 855,3. Se aplazó su salida a la fundación de Rioverde: 558,5. Se ofrece por la conversión de los jaibanáes: 855,5. Mi madre: 42,3; 507,2. Va a Rioverde: 55,4.

H. M. del Santísimo = Ana Saldarriaga J. Toma de hábito: 620, p.p. Nombre: 480,2. Pide bestias a

- su tío: 487,5. Votos perpetuos: 979,5.
- H. M. Mercedes = Teresa Arango B. Toma de hábito: 620, p.p.
- H. M. de la Sagrada Corona = M. Mercedes Patiño: Construye el noviciado: 682,1.
- H. M. de la Sagrada Pasión = Me acompañó a Uré: 703,3.
- H. M. San Benito = Mercedes Giraldo Z. Toma de hábito: 620, p.p. Nombre: 480,2. Arregla cadáver de mi madre: 857,1,2. Carpintera: 446,6. Decepción de la: 513,5. Dirigió construcción del rancho: 515,2. En fundación de Murri: 670,4. Entrega cuna de la Congregación: 936,4. Excursión a Chontaduro: 626,3. Se defiende de los perros: 629,2; 632,6. Explora Tuguridó: 654,5. Genio: 486,6. Guapa para el hambre: 746,3. Me acompañó en la primera excursión: 363,3; 410,4. Me ayudaba: 784,2; 786,2; 787,3. Maestra en el arte de ensillar: 424,5. Primera compañera: 410,4. Su vocación: 338,6. Viaje a Antioquia: 484,1.
- H. M. San Francisco = Elisa Laverde G. Toma de hábito: 620,pp.
- H. M. San José = Matilde Escobar: La lleva su padre: 410,7. Palabras de su padre: 411,5; 475,4. Toma de hábito: 620, p.p. Nombre: 480,2. Amiga: 482,3,4. Generalato de la: 112,3. Inspira gran amor al Santísimo: 592,4. Paludismo: 58,6. Salida de Dabeiba: 936,4. Trabajo en Uré: 741,4. Trasmite luces a las hermanas: 1102,1.
- H. M. de la Santa Faz = M. Josefa Guerrero P. Toma de hábito: 620,p.p.
- H. M. Santa Zita = María de los Ángeles Hernández Y. Toma de hábito: 620,p.p.
- H. M. del Santo Rosario = M. del Carmen Osorio. Me acompañó a Bogotá: 932,2; 935,3.
- Hermanas** de otras comunidades.
- H. Concepción Ospina (salesiana). Consigue carta informativa: 886,4
- M. Mauricio: 1140,4.
- Bethlemita: Invita a fundar en el Sarare: 916,3.
- De la Presentación: 712,1; 817,3; 933,1; 1121,4.
- De los pobres: En el Llano: 1091,5.
- Misioneras Franciscanas: Les pedí trabajar con los indígenas: 277,4.
- Heroísmo: 339,3; 417,4; 449,6; 738,4; 1118,3.
- Hija** Espiritual (Novela): 226,10; 230,5; 240,4,6; 241,1-5; 511,2.
- Hilario**. Sacerdote de Uré: 741,5.
- Hipnótica**. Me atribuyen cualidad: 1026,3.
- Hogar**. Desecho: 47,5.
- Holocausto**. Completo: 457,3; 765,3.
- Homenaje**. A Dios: 557,2. En la misión: 946,1
- Honra**. No tenía: 360,5.
- Humildad**. Agacharse delante de Dios: 579,1. Al tener que manifestar las gracias de Dios: 121,2. Alto grado de: 303,3; 444,2-5; 450,3. Delante de Dios: 72,4; 392,4. 666,1; 760,3; 925,3; 1079,2; 1123,6; 1155,2. Deseo de pasar inadvertida: 100,3; 459,1; 886,4; 897,2; 962,2,3.

Dios me hace humilde: 180,4; 207,6.
 Ideal de abyección absoluta: 142,2.
 Me humillaban los elogios: 181,2;
 205,3. Lección de: 153,6; 179,5.
 Necesidad de conservarme en:
 942,3. No es dejar de hacer peticio-
 nes grandes: 326,1. Ocupar el pues-
 to de la nada: 289,6; 293,3; 303,4,5.
 Reaparece el rayón negro: 69,2: Re-
 conocía mis miserias: 888,2; 1046,4;
 1091,2. Tener el valor del junco:
 252,4. Voto de: 180,4; 294,3.

Humillación. Bendecía la: 383,6,7;
 384,3-6. Conocimiento de la: 958,1.
 Disfrutar de la: 423,4. En Dabeiba:
 516,4. En el colegio: 81,1. En
 Labateca: 960,2-6. En Medellín:
 226,10; 227,2-6. Era mi propiedad:
 949,1. Hundirme en la: 946,2. Im-
 potente ante Dios: 288,6; 539,4.
 Luces sobre la: 304,4; 362,3; 371,1.
 Motivos de: 272,1; 317,2; 359,4;
 405,4. Necesidad de la: 183,3. No
 me humillaba: 407,7; 913,2; 958,2.
 Preparación para la: 404,1. Sed de:
 66,2; 73,8; 101,2; 157,2,4; 174,1;
 207,8; 286,4; 288,7; 315,7; 406,2;
 407,2. Sentimientos de: 618,2;
 619,4. Son pequeñas: 322,4. Sopor-
 taba con amor: 306,2; 548,4; 898,5;
 949,1.

I

Idea. De los indios: 488,3. Fijas, po-
 nen trabas al amor: 594,4.

Ideaba. La obra: 334,5.

Identificación. Con Dios: 912,4.

Idiota. 81,3.

Iglesia: 64,4; 1166,2. Amor a la:
 69,1; 274,9; 1172,2. Dará permiso

para dar la Eucaristía: 1151,2. Es
 fuente de verdad: 679,3. Esfuerzos
 por salvar las almas: 657,4. Espanta
 al diablo: 1097,1. Bendición de la:
 275,1. No cierra la misericordia a las
 almas: 653,6. Obediencia la: 670,2;
 673,4; 841,3. Obra del Espíritu Santo:
 374,8. Se preocupa por Rusia:
 1154,4. Sin su bendición no seré
 maestra: 275,1. Tienen gracias para
 las almas: 1126,2. Tiene guías:
 648,5.

Ignominia: 360,3.

Ignorancia. De las cosas del mun-
 do: 137,1. De las gracias de Dios:
 954,3. Religiosa y esclavitud: 724,1;
 726,6; 733,3.

Imperfección. No me hacía sufrir:
 249,3.

Impotencia. Abismos de: 967,2.
 Para amar: 104,4. Para desvanecer
 cargos: 877,5. Para escribir: 974,2.
 Para lo que Dios quiera: 551,5. Para
 recibir más amor sin morir: 789,1.
 Para salvar infieles: 465,5. Para te-
 ner voluntad: 808,4. Se me revela
 mi: 939,3. Suprema: 104,5; 546,3;
 761,6; 768,5; 807,4.

Imprimir. Libros de la Congrega-
 ción: 1182,3. Voces Místicas:
 1182,4.

Incendio. En casa de los padres car-
 melitas: 923,4. No tocó la casa de
 las hermanas: 924,5.

Incertidumbre. De mi alma:
 1055,3.

Incomprensión: 81,2,4.

Incredulidad: 65,1; 69,4.

Indiferencia. 343,4,6; 465,5; 948,5.

Indios. Abajarse a los: 642,2; 663,4.

- Abrazaron a los: 533,3. Advierten que tienen alma: 944,5. Alma de los: 348,5. Alegría de verlos: 263,6. Alabanza a Dios con los: 403,4; 404,1. Aman a María: 417,1; 533,3; 593,3. Aman sus tradiciones: 636,5. Amor a los: 469,4; 645,1; 846,2. Amor de Dios a los: 303,3; 428,3; 466,1; 474,6. Anhelos por salvarlos: 407,2,5; 416,5. Arreglé viaje a los: 395,6; 416,5. Asunto de los: 343,5; 457,4. Bruja: 523,2. Buscar almas que amen a Jesús: 364,1; 373,1; 395,3; 548,1; 683,7. Camino de los: 797,4. Capaces de amar a Dios: 389,2. Caribes: 532,3; 844,3. Catecúmenos: 538,2. Catequización de los: 529,4. Comíamos con los: 365,3. Como ovejas sin pastor: 401,5. Compasión de Dios por los: 401,6; 465,5; 505,1. Compasión por los: 457,4. Constituciones sirven para la salvación de los: 457,6. Creencias de los: 364,4; 425,3; 478,5; 496,4; 796,6. Creen en su ciencia médica: 525,6. Dan gusto a los: 554,3. De Antioquia: 413,2. De Chontaduro: 623,3. De Dabeiba: 637,5. Del Caraño: 921,1. Del Pital: 835,6. De Frontino: 364,4; 547,2. De Chuzá: 538,4. Del Jardín: 254,2. Del Sarare: 916,3. De Murri: 667,2. De otros sitios: 546,1. De Pavarandocito: 603,6. Desconfianza de los: 457,2; 468,4,5; 794,44. Desdicha de la infidelidad: 529,4; 976,3. Desprecio por los: 364,4; 366,1; 548,3,4; 667,2; 1070,2; 1153,5. Dios les abre caminos para la fe: 505,2. Disposiciones para la gracia de conversión: 404,3. Docilidad de los: 761,3. Enfermos: 512,5; 543,7; 524,1. Engaños de los: 495,2; 523,1. Enojados con Dios: 497,2. Experiencia de los: 469,2. Gracias de conversión para los: 303,3; 769,5. Gustan de Antomiá: 531,4. Hábito atrayente para los: 412,3. Hablan mal de la M. Laura: 562,4. Hora de salvación para los: 466,1. Ideas de los: 487,7; 488,3. Ilusión de encontrar: 675,3. Imprudencia con los: 538,4. India muere sin bautismo: 539,2. Informes desconsoladores sobre los: 354,6. Internado de San Pedro: 933,2. Irreducibles: 332,3. Kunas: 780,4; 804,4; 805,2; 844,3. La llaga de mi corazón: 213,7. Las delicias de nuestro corazón: 421,3. Me punzaban sus reclamos: 921,4. Leyes en favor de los: 931,1,2. Los sacrificios en favor de los: 457,3. Madre de los: 488,5. Manejo de los: 978,4. Más sensibles que los negros: 805,2. Miedo de los: 488,2. No estorbar los designios de Dios sobre los: 303,3. Obra de los (V. Congregación). Odian el protestantismo: 533,2. Ofrendarlos al Corazón de Jesús: 359,2. Oraba por la conversión de los: 365,5,6; 376,6; 453,4; 516,5,6; 1164,5. Penitencia expiatoria por los: 709,2. Planes para los: 395,2. Primeras entrevistas con: 451,2; 456,1; 487,7. Protección de los: 332,3. Propuesta en contra de los: 470,2. Que se condenan: 968,5; 1165,3. Rarezas de los: 530,5. Ropas para los: 416,5. Se compran con la humillación: 359,4. Se convierten: 389,2; 592,2. Solicité a varias comunidades, trabajar con los: 306,2. Son

huérfanos: 340,4. Sufría por los: 404,1; 920,5; 931,4. Mis discípulas trabajaban en favor de los: 352,4. Suspiros del Corazón de Dios: 474,6. Temor por los hombres: 336,4. Traslado de internados: 1069,4,6. Trato a los: 366,2; 468,4; 479,4. Tunebos: 930,2. Visitas a los: 365,5; 475,1; 542,3; 604,3; 628,2; 677,4.

Indumentaria. 1186,2.

Infidelidad. Desdicha de la: 529,4. Fracaso absoluto del fin del hombre: 976,4.

Infidelidades. Han llenado mi vida: 314,3.

Infieles. Amor a los: 247,1; 303,4; 357,4; 602,2; 1169,4. Aprecio por misión entre: 1014,5. Campos de: 805,4. Conversiones de: 882,7; 967,3. Del río Norosí: 212,5. Deseaba conocer infieles no salvajes: 1170,2. Dios les debe la gracia del milagro: 837,3. No saben para qué han nacido: 59,2. Número de infieles: 281,3. Obsequio a Dios en nombre de los: 429,4; 453,1. Ofrecí el sacrificio de mi ser, por los: 191,5; 303,4. Oración por los: 191,5. Salvación de los: 403,1. Sentía por ellos dolores mortales: 309,2,5; 455,5; 976,2. Sin luz: 61,4. Son dignos de respeto: 638,3. Son ignorantes, no perversos: 638,2. Son los más desdichados: 615,2. Mi llaga: 246,4; 439,1. Suprema ternura de Dios por los: 252,2; 929,2. Todavía no entraban en mi plan: 187,5. Trabajar por los: 546,1; 578,4; 615,2; 678,1; 969,2.

Infierno. Condenados en el: 426,2. No creado por Dios: 310,5. Dolor eterno: 377,5. Entendí lo que es:

290,5; 1090,4. Eterna asfixia: 1117,1. Incompatible con el bautismo: 309,2. Indios caen en el: 344,4; 408,3; 439,1; 968,5; 976,4. Las noches de Murrí: 674,3. Me parece justo: 149,2; 888,4. Me parecía justo para mí: 1184,5. Meditación sobre el: 289,6; 290,4.

Ingratitud. De los padres carmelitas: 753,5. Veía mi negrísima: 42,6; 586,4.

Instrumentos. De la gloria de Dios: 522,6. De la misericordia de Dios: 553,1; 752,3. De la obra de Dios: 343,6. En las manos de Dios: 379,1; 541,3. Miserables: 618,2; 1152,1. Para alianza con los indios: 403,4. Templar los: 449,3.

Intención. Pura, en el obrar: 103,4; 942,2; 953,4; 1123,6.

Intereses. Cuidarlos: 245,4; 912,2. Embargan las fuerzas del alma: 313,7. Fusión con: 914,2.

Interior. Desaparece mi: 912,4. De mi alma: 760,1; 771,6; 1186,4. Estado de mi: 806,4. Patente a mis ojos: 954,2. Se vuelve pura luz: 586,2.

Inmortalidad. 44,1.

Inocencia. 43,2.

Insultos. 181,3; 227,5.

Invasión. De la Trinidad: 1082,4.

Isaac. 767,2.

Isabel (la criada). 46,5; 49,4.

Isaza Ana Raquel. Me ayudó en las Constituciones: 1183,3. Mi amiga fiel: 337, p.p.; 409,4; 874,2; 882,8; 896,3; 115,5.

Ismael. 767,2.

Israel. La Congregación se parece a: 994,3.

Ituango: 707,3.

J

Jaibanáes: 53,4; 855,5.

Jaramillo Ana: 236,5.

Jardín: 228,5; 259,3.

Jayes: 532,4.

Jericó: 41,1; 221,4; 256,4; 1051,3.

Jesucristo: 444,4; 946,2.

Jesús: 812,3. Amigo: 322,1; 406,2; 1139,1. Aseméjarnos a: 360,4. Corazón de: 356,5. Coronado de almas: 389,1. El Santísimo Sacramento: 668,3. Fórmula pedagógica de: 1099,2. Gracias salvadoras de: 805,4. Imagen de: 668,7. Magisterio de: 1098,6. Modo de ser de: 118,1; 401,5,6; 1099,1. Novena del Niño Dios: 69,4. Obediencia: 768,1. Satisfacer el deseo de: 126,4; 299,5; 551,4; 986,1. Sediento de la gloria de Dios: 322,3. Semblante: 49,4. Sentimientos de Jesús en mi alma: 100,4. Soberano refugio: 391,4.

Jonás: 252,2.

Josafat: 251,6.

Júbilo. Del alma: 951,3.

Juntas de Uramita: 703,4.

Justicia: 37,3; 149,2; 150,3; 272,1; 548,1.

L

La Acequia: 706,3.

Labateca: 959,3,4; 960,2.

Lágrimas: 42,1; 43,3; 49,4; 54,2; 44,5; 45,2; 429,2. Al ver el celo de mis compañeras: 433,4; 740,4; 53,3. Amargas: 61,1,3; 77,1,3; 137,1; 1167,4; De agradecimiento: 60,3; 163,4; 235,1. De alegría: 61,1;

135,1; 150,5; 718,2; 976,2. De mi madre: 46,7. De ternura: 139,3; 207,1; 252,2; 389,2; 409,2; 474,7. Dios me miraba compasivo por mis: 753,1. En la confesión: 149,1; 150,3. En la oración: 48,2; 666,4; 95,1; 461,6; 768,2. En las dificultades: 602,3; 718,2. No se acaban mis: 205,3. Por desconocimiento de Dios: 206,3; 227,5. Por Eucaristía: 57,3. Por Gregorio: 240,1. Por indígenas: 191,5; 375,6; 539,2; 1165,3. Por las almas: 614,4. Por lectura de la Biblia: 389,2. Por no poder darle más a Dios: 582,4. Por pecado de los ángeles; 766,2. Por pecadores: 372,5; 886,4. Por posesión de Dios: 95,1; 155,5; 157,3; 164,1; 168,3. Por mis pecados: 148,2. Savia que salpica el alma: 154,4.

Langosta. Prodigio: 472,7.

Laura: Laura de Santa Catalina: 480,3; 125,5. Mi nombre: 43,6. Su significado: 44,1,2.

La Blanquita: 660,,2.

La Ceja. Maestra en: 231,1. Fenómeno en: 770,4. Vacaciones en: 224,6; 230,1. Vivía sola en: 231,1. Volví a: 226,9.

La Enseñanza: 181,3; 197,3,4; 198,4,,7; 200,3; 227,6.

La Época: 752,2.

La Josefina: 572,1.

La Víbora: 69,1; 89,6.

Lectura: 127,2; 328,3. Afectiva: 168,2. Alimento para mi alma: 173,3. El alma de todo apostolado: 706,4. Elección de los dos primeros libros: 173,3. El Mensajero del Corazón de Jesús: 328,5. En el P.

Nieremberg: 530,3. Fundaciones en Santa Teresa: 710,6; 988,4. Imitación de Cristo: 706,3. Da conocimiento de Dios: 169,4. P. Faber: 315,3; 759,2. Perdí el gusto por la: 694,1. Revista Propagación de la Fe: 191,3. Sagrada Biblia: 137,1; 138,3. San Benito José Lavre: 173,3. Santa Catalina de Sena: 173,3. Santo Evangelio: 138,4; 139,2,3; 249,6; 694,1. Vida de Santa Rosa de Lima: 235,2.

Leiva. Villa de: 885,2.

Lema de la Congregación: 1185,2.

Lenguaje Místico de la Naturaleza: 647,2.

Ley de Dios. La sabiduría: 425,1. Salva: 372,5.

Liberalismo: 69,1

Libertad: 37,6; 378,1,2; 622,5; 955,4.

Libros de la Congregación: 1182,3.

Licuefacción del ser: 583,2; 956,3.

Limosna: 67,3; 708,3.

Loca. Alma: 155,2; 444,6; 455,2; 584,5. De amor: 155,2; 967,2. Me creían: 276,6; 337,2; 338,2. Nadie me llamaba: 341,6.

Locas. Buscaba para la obra: 338,4. De amor: 517,7. Hermanas: 517,9.

Loco. Viaje: 345,3.

Locura: Es la obra de los indios: 343,4.

López de Mesa: 342,2.

Los Zambos: 729,6.

Lourdes: 1158,1,3; 1159,3,4; 1160,4,5; 1162,1-5. Salida de Lourdes: 1164,2.

Luces. Sobre amor al prójimo: 324,7. Bondad de Dios: 302,1. Ca-

mino de santidad: 1123,2. Comunión de Jesús en la última cena: 359,2. Corredención de María: 289,4. Elogios y alabanzas: 948,5. El infierno: 289,6. El pecado: 308,2; 310,1. El poder de Dios: 766,4. El señorío de Dios: 764,5. En el día de la Asunción: 383,1. En la comunión: 353,5; 804,4. En los misterios: 529,1. Felicidad de Dios: 291,6. La grandeza de Dios: 348,4. La Ley de Dios: 717,5. La misericordia: 379,4. La oración: 1081,3. La paternidad de Dios: 302,1. La Redención: 389,5. La Sagrada Escritura: 373,6. La Trinidad: 955,3. Magisterio de Jesús: 1098,6. Reinar sobre el Corazón de Jesús: 375,9. Santidad de Dios: 361,2.

Luis. El prometido: 56,2.

Luz. De la Santa Sede: 1069,4. En la confesión: 888,2. En mi alma: 65,4; 66,3; 529,4; 586,2; 587,2; 1155,3. En mi camino: 1183,2. La muestra de la voluntad de Dios: 556,3.

M

Marcelina Robledo de Restrepo. Amor por: 121,3; 128,2. Desea hacer oración: 117,2. Directora de la Normal: 108,3; 112,1,5; 115,1; 116,1. Me manifestó confianza: 113,4,6; 128,2.

Madre. Amor a mi: 49,3; 97,3. Cualidades de mi: 41,3; 63,3; 64,4; 65,1; 91,3; 96,3; 97,3; 143,2; 177,4; 255,6; 290,1; 376,2; 422,2; 425,4; 475,2-4; 754,5; 755,8; 757,4. Dejé a mi: 47,5; 229,5; 232,6; 434,3. De los infieles: 246,4; 344,2; 488,5. Enfer-

- medad de mi: 141,1; 142,6; 475,2; 477,2; 754,2; 754,6. Enseñanzas de mi: 91,3; 103,1; 783,2; 814,3; 914,4. Muerte de mi: 476,5; 855,3; 856,2; 857,5. Necesitaba sostener a mi: 111,1; 142,4. No rehuía el título de; 445,1. No se enteraba de sus sufrimientos: 235,2; 138,2; 177,4; 254,2; 255,6. Ofrecí a mi: 303,6. Penas de mi: 53,4; 54,5; 73,2; 143,3; 144,2; 144,6; 424,2; 428,1; 429,1. Presentía mis austeridades: 141,4. Quería ir a la misión: 400,1; 419,1,2; 421,5. Reclamos de mi: 197,2. Regalos para mi: 126,2. Se encargó de empacar: 419,2. Mi: 45,2; 68,3; 70,2; 106,2; 507,2. Fui con ella a Marinilla: 245,4.
- Madre** general. Quieren que renuncie a: 1036,2; 1035,1.
- Madre** Julia: 1121,5; 1128,4; 1127,4.
- Madre** Laura. Acusaciones a la: 877,1. Frailes de la: 842,3.
- Madre** Mauricio: 1147,4.
- Madre** Poussepin: 817,3.
- Madres** Pías: 1173,6.
- Maestras** de los indios: 408,5; 552,3.
- Magangué**: 718,3,6; 746,3; 748,2; 750,1; 753,1; 1017,6.
- Majagual**: 1078,3.
- Málaga**: 943,4.
- Manicomio**: 108,1; 109,4; 115,1.
- Margarita** (niña enferma): 836,1.
- María**. Amor a: 142,3; 206,2; 278,1; 289,3,5; 404,1; 464,6; 530,6; 531,2; 532,1; 593,1; 657,4; 970,6. Ayuda de: 340,4,6,8. Confianza en: 340,8; 663,3. Corredentora: 289,5; 930,2. Dueña de la obra: 319,5; 481,3. Embeleso de la vida misionera: 532,3. Enseñanzas sobre: 727,1; 532,7. Envuelta en la presencia de: 386,8. Es anzuelo: 532,3. Es la puerta de la fe: 593,4; 597,2. Es mucho más que madre: 481,1. Espanta los demonios: 532,6. Es sonrisa: 189,1; 530,6. Fiestas de: 206,2; 220,2; 272,4; 742,4. Grandezas de: 189,2. Gustar de: 531,1. Hábito de: 412,4. Hace conversiones: 593,1; 597,2; 1166,1. Hace curaciones: 474,3. Hija de: 294,4; hijas de la Inmaculada: 959,4. Imágenes de: 493,3; 531,2; 1160,4. Imploraba a: 278,2,4; 340,3; 346,4; 376,6; 417,1; 453,4; 516,7; 530,6; 565,2; 602,3; 627,3; 645,2; 674,4; 724,2; 743,4; 785,4; 856,5; 961,6; 993,4; 1014,4. Indiferencia por: 69,3,4; 115,6. Inmaculada: 188,3; 1096,3. La veré en el lecho de la muerte: 1084,1. Me daba paz: 278,2. Luces en el día de la Asunción: 283,1. Mandado a Roma: 341,1. Monograma de: 409,2. No pude invocarla: 816,2. Ofrecimiento a: 401,1. Pacto con: 278,1. Perro de Laura: 532,1. Primera lección sobre: 496,3. Primer conocimiento de los indios: 531,2. Recuerdo del altar de: 319,2. Reparadora: 768,4. Salvada por la misericordia de: 387,1. Se forma en mí: 386,8. Se introduce en el nuevo trabajo: 645,5. Soberana caridad de: 387,1. Todas llevan el nombre de: 481,1. Toma posesión de tierra de infieles: 265,4. Triunfo de: 532,5; 948,4. **M** y la Iglesia: 374,8.
- María** Eva (india): 836,1.

- Marinilla:** 245,5; 247,5; 250,4; 253,1.
- Martirio.** Vida de: 84,2; 449,1.
- Medellín:** 74,2; 76,1; 88,1; 107,2,3; 234,1,3; 253,2; 270,5; 363,2,4; 366,3; 421,2; 624,2; 554,1; 753,3; 822,1; 874,3; 1041,3; 1052,3; 1095,1; 1110,2; 1177,4. Aprecio de la sociedad de **M** por la obra: 223,6; 416,4. Clero de **M** dudaba de mí: 208,1; 209,3. Compra casa en: 235,2. Ejercicios en: 148,1. Escribí reglas en: 1185,2. Gracia en. 1084,2: Gravedad de Carmelita en: 979,2. Llegan indios a 1069,6. Maestra en: 176,5; 205,3. No era posible fundar casa en: 1021,1. **M** no ha entendido la obra de Dios: 1053,2. Propósito en: 515,1. Recibí en **M** noticia de la muerte de Juan de la Cruz: 909,1. Saña de: 230,6; 234,1; 236,4.
- Mejía** Justo María: 484,3.
- Método.** De la Congregación: 638,2; 642,2. De examen: 300,1.
- Milagro.** Dios se sirve de él para dar la fe: 527,2. No me sorprendía: 837,3.
- Mi llaga:** Los infieles: 213, 7; 439,1; 246,4,6. Suprema herida: 276,1.
- Miranda:** 942,4.
- Miseria.** Condescendencia de Dios con mí: 529,5. Conocimiento de mí: 375,4; 388,4; 761,6; 888,4. De Uré: 737,4. Peso de mis: 375,4. Suprema: 379,7.
- Misericordia:** 17,1; 62,1; 160,4; 329,5; 306,3; 379,4; 407,5; 425,1; 451,1; 461,1; 462,1; 465,3; 467,2; 474,8; 506,4; 545,2; 538,2; 547,1; 571,7; 619,4; 634,3; 676,3; 686,8; 752,5; 763,3; 764,1; 811,5; 837,3; 888,2; 914,2; 956,1; 1079,3; 1085,2; 1089,2; 1126,2; 1168,3; 1170,4. Abismo de: 393,5. Actitud ante la: 547,1: Agradecer la: 677,3. Caminos misericordiosos: 593,4: Con los que le buscan: 677,3. Conocer los secretos de la: 477,2: De Dios con los infieles: 401,6; 449,5; 505,1; 745,5; 929,2; 976,2. Designios de: 921,3. Desprecio a la: 805,3. Enredo de las m de Dios: 624,1. Empresa de la: 403,4. Espectadora de la: 465,5. Imploraba la: 925,3; 977,3. Instrumentos de su: 553,1; 752,3. Milagros de la: 401,6. Nido del alma: 380,1. No poner obstáculos a la: 449,5. Pisamos tierra de: 1057,1: Seguridad en la: 1085,2.
- Misión:** 413,5; 486,2; 529,4; 945,4.
- Misioneras:** 213,7. Antes que religiosas: 458,1. Buscan la gloria de Dios: 672,4. Condiciones indispensables para la: 449,4. De María Inmaculada: 817,3. Dificultades de las: 390,4. El pan diario de las: 449,2. Es señor Crespo las defiende: 933,3. Exponen vida y salud: 877,3; 944,2. Hijas del Corazón de Dios: 553,4. Llamadas a la desnudez espiritual: 994,2,3. Multiplica las: 401,5. No faltaron: 392,9. Ovaciones a las: 942,2. Primeras: 450,3. Vestido de las: 396,7.
- Misioneros:** Animaba a monseñor Builes a fundar Seminario de Misioneros: 996,3; 1029,9. Cualidades del: 740,2. El diablo persigue la fundación: 843,3; 842,2,3. Misiones: 332,4; 1171,2.

Mochajagua: 734,5.

Modernismo. Lucha contra el: 279,5; 282,3.

Molina Mercedes. Fundadora de las Marianitas: 1130,3.

Monte Mario: 1156,2.

Montoya Carmelita: 48,1; 51,2; 54,2,4; 55,3; 59,4; 63,3; 71,5; 79,2; 90,6; 92,3; 105,4; 107,4; 141,1; 176,3; 235,2,3; 1095,2. Le da apoyo a la misión: 243,4; 368,4; 519,2; 696,3; 841,6; 1050,4,5; 1116,2; 1176,4; 1188,3; 1189,1,3,5; 1190,3-5.

Montoya González Juan de la Cruz (Mi padre): 41,2; 47,1; 110,6; 290,1.

Montoya Upegui Juan de la Cruz (Mi hermano): 63,3; 77,1; 142,4; 909,1. Me ayudaba en mis anhelos de perfección: 95,3; 97,2; 182,6. Muerte de: 909,1; 911,7. Sale del purgatorio: 1084,2.

Morir. De amor: 529,5. 821,3. Deseos de: 812,2; 913,4.

Mortificación. Ejercitaba la: 196,8.

Muerte: 73,8. A mí misma: 957,1. Contacto con la: 101,4. De amor: 545,4. Destrucción después de la muerte: 765,3. De mi madre: 42,3. En peligro de: 262,1; 624,2. ¿Qué es? 169,1; 765,3. Siembra la: 44,2.

Mundo. Asustada del: 132,5. Desprecio por el: 191,8; 90,6; 192,7; 206,4; 964,3. En el m. sin ser de él: 286,3. Todo es pasajero: 327,2.

Muñequero: 553,5; 554,3,6.

Murrí: 649,1; 660,4. Fundación en: 590,6; 667,1; 668,2; 670,3,5. Pacto con las fieras en: 676,1. Prodigios en: 577,5; 678,6.

Musulmanes: 1170,5.

Mutatá: 607,1.

N

Nacimiento de Jesús: 767,5. Fecha de mi: 41,1; 42,5.

Nacionalismo. Partido político: 122,5.

Nada de mi ser: 311,5; 312,2. En las manos de Dios: 1078,2. No pedía nada: 385,7.

Nanclares Francisco: 433,8; 436,6; 446,4,5.

Necoquí: 803,2; 812,3.

Negros de Uré: 719,4; 737,1; 739,3. En Turbo: 805,2.

Nerón: 763,4.

Noche. De agonía: 390,3; 417,1; 886,4; 968,5; 987,3; 1050,5; 1055,3.

Nombre. De Dios: 392,3,5. De hermanas: 445,1; 480,3. De la Congregación: 366,5; 482,1. Mi: 43,6; 368,6; 392,6.

Noreña Martín (médico): 1004,4.

Novena de la Inmaculada: 1096,3.

Noviciado. Necesidad del: 640,1. Primeras novicias: 620,2, p.p. Consideraciones sobre el: 682,2; 683,2-4. El P. Elías construye el: 682,2; 683,5. Pasan las novicias al n. del Pital: 683,6; 684,2,3. Salida del: 993,3. En diócesis de Santa Rosa: 935,5. M. Builes visita el. De San Pedro: 1000,4. Castigo en el: 1041,2; 1046,4. En Antioquia: 1068,5. Formaba las novicias: 1078,2. De mi vida: 116,1; 122,2; 450,2.

Nuncio: 1111,4; 1173,3.

Nutibara: 549,3; 550,3; 563,4.

O

Obdulio (indio): 632,5,6.

Obediencia: 37,1; 64,3; 82,6; 100,5; 119,2; 122,3-5; 123,5; 294,1; 325,6; 343,5; 359,5; 363,1; 408,2; 507,2; 552,2; 583,5-7; 604,6; 653,2; 750,3; 758,6; 759,3; 772,6; 807,4; 879,7; 897,3; 937,8; 975,4; 962,3; 975,3; 1158,2.

Obra. De Dios: 557,2; 938,1; 953,1; 1089,1. De la salvación: 1126,3.

Obra de los indios (V. también Congregación). Buscaba la: 281,1. Compañeras para la: 338,7. Compatible con sexo femenino: 332,4; 364,4. Condiciones para: 353,4. Dificultades en la: 488,4; 489,2. Estaba sola en la: 282,2. Éxito de la: 449,4; 457,5. Gracia de realización de la: 395,3; 400,2; 414,4; 466,6. Me ayudaba Ana Raquel Isaza: 409,4. No pensaba en el porvenir de la: 335,2. No tenía dinero para: 333,7. Nueva Sion: 389,6. Odio a la: 930,3; 983,5. Pedía realizar la: 360,2. Preparaba la: 276,4; 344,2; 363,2; 369,6; 408,3; 416,4. Preparativos de la: 412,2. Primera casa: 436,6. Primer saludo de Dios en la: 442,4; 471,2. Proyecto de: 281,6; 334,6; 355,3; 366,4. Reputación de la: 423,4.

Obra prodigiosa: 889,6. Es homenaje a Dios: 557,2.

Ochoa Bernardo: 843,5; 1110,2; 114,2.

Ofrecimiento. De mi ser: 808,3; 977,3.

Ojos. Buscaban mis: 196,2-8. De Dios: 571,2. Mirada profunda: 195,9; Moderar las miradas: 295,4.

Olvido. Esperaba el: 407,3,4:

Oración. Agradecimiento: 104,5;

160,4; 183,4; 316,3; 321,3; 386,2; 624,1; 946,2; 1081,3. Alabanza: 59,2; 60,1; 168,3; 169,3; 291,6; 300,4; 302,1; 349,2; 392,4; 416,3; 425,1; 552,5; 686,4; 693,4; 712,2. A la Eucaristía: 139,3; 321,1; 322,6; 384,5; 686,5; 688,5; 858,2; 1100,5; 1101,1-3; 1167,1. Al Espíritu Santo: 452,3; 375,3. Alimento de la: 183,1. A María: 53,1; 91,4; 289,3; 340,4; 376,6; 383,4; 386,8; 453,4. Amor a Dios: 155,2; 227,5; 277,3; 306,4; 320,4; 322,6; 327,2; 373,3; 512,2; 530,2; 583,7; 687,9; 757,3; 767,4; 821,3; 884,4; 1080,3; 1123,3; 124,3. Amor a Jesús: 321,6; 374,4. Amor al prójimo: 324,4. Aniquilamiento: 323,6; 386,7; 951,2; 1082,4; 1100,5. Anonadamiento: 358,4. Ansias de Dios: 183,1; 322,3; 689,8; 1086,2. A San José: 520,2. Atendida: 979,2. Confianza: 375,6; 379,4,5; 391,3; 405,2; 616,7; 859,2; 976,2; 1054,3; 1084,4. Corona de espinas: 268,1. Desarma a Dios: 453,4. Deseo de: 86,3; 208,3; 294,6; 284,3; 522,5. Dolorosa: 149,2; 154,4; 201,4; 214,2; 222,1; 227,5; 243,5; 276,3; 326,5; 314,7; 323,4; 376,6; 547,3; 610,4; 674,4; 795,5; 1020,3; 1055,3; 1090,2; 1151,5. En la infancia: 66,2; 77,4; 85,2; 88,1; 93,2; 94,3; 102,3; 115,1; 118,3. En la noche: 141,2; 295,2; 453,4; 610,3; 1089,4; 1089,6.

El maniquí: 120,2. Enseñaba a hacer oración: 93,4; 117,2; 452,2,3. Entrega: 315,3; 370,3; 378,3; 1081,2; 1123,3. Estar contenta de Dios: 115,1. Favorita: 392,7. Fenómenos en la: 155,2; 190,2; 246,3;

248,5; 291,3; 300,6; 308,1-3; 309,2; 310,2; 311,5; 361,3; 386,7; 527,6; 582,4; 675,5; 679,6; 955,1; 975,2; 989,2; 1083,5; 1087,6; 1089,4; 1089,6. Flagelación: 245,6; 769,5. Frente al mar: 712,1. Huida a Egipto: 768,2. Infierno: 289,7. La admiración es: 817,2. La da Dios: 706,4. La hace cada hermana sola: 452,3. Sostiene la alegría: 547,4. Necesidad de la: 116,5. No me hacía falta: 244,2; 293,6; 294,6. Ofrecimiento: 315,3; 346,5; 373,1; 376,4; 378,3; 1167,3. Ofrecimiento como víctima: 150,4; 326,4; 357,4; 361,2; 373,1; 808,1. Pecado de los ángeles; 766,2. Pedí a Santa Teresita: 351,4. Pedí perdón: 925,3. Pedí el poder de Dios: 326,2. Pedí la salud: 1093,4. Plenitud de Dios: 244,2; 245,4; 246,5; 269,4; 308,1; 311,5; 607,2; 656,2; 1098,6. Por las vocaciones: 392,7; 401,5. Por los infieles: 62,3; 191,3; 268,3; 275,8; 303,3; 344,4; 348,6; 352,2; 359,2; 360,3; 407,4; 426,2; 686,7; 1118,3; 1153,6. Por los sacerdotes: 692,2. Prepara las obras: 953,1. Presencia de Dios: 269,3; 295,5; 607,2; 647,3; 717,4;. Reflexiones sobre la: 453,4; 1085,2. Reparación: 373,1. Salmos de media noche: 453,4; 516,6; 787,2; 881,5 Sed de: 207,8; 295,5; 611,4; 816,5. Señorío de Dios: 764,5. Sobre el Nacimiento: 767,5. Sobre la Encarnación: 766,4. Telescopio para mirar a Dios: 571,3. Vida pública: 768,5.

Orfandad. Amargura por la: 46,7; 48,2. Confirmé mi: 49,3,4. En Medellín: 78,2.

Ospina Pedro Nel (General): 279,3; 731,2; 882,5; 883,1.

P

Paciencia: 364,2; 570,2; 728,3.

Pacto con las fieras: 675,5.

Padre (V. Montoya G. Juan de la Cruz). Dejé de llorar por mi: 49,4; 914,5. Muerte de mi: 70,2; 914,4, Pedía por asesino de mi: 290,1.

Padre Eterno: 1083,5; 529,1.

Padrinos. Del bautismo: 43,5.

Paganos: 735,2.

Pamplona: 771,5; 941,4; 947,5; 947,6; 948,4; 957,1; 958,1; 980,1; 986,3.

Panamá: 844,3.

Paramillo: 262,1; 269,2.

Páramo del Almorzadero: 944,4.

Pascua. Con los indios: 404,2. En mi corazón: 403,4; Eterna: 404,1.

Pasión. De Cristo: 154,5; 373,1; 1170,4. Escuela para amar: 899,1. Rica mina para mi alma: 154,3. Unión con Jesús en la: 157,2; 406,2.

Paternidad. De Dios: 246,3; 308,1; 955,3; 1174,1.

Patria. No tengo: 1177,1.

Pavarandocito: 598,1; 603,4,5; 604,5; 814,12; 838,2; 844,6.

Paz. Con el abandono: 859,2. Con las austeridades: 141,4. En el alma: 123,1; 150,4; 371,1; 370,4; 376,4; 379,7; 455,5; 571,5; 590,5; 658,3; 770,3; 951,3; 1079,2; 1090,5; 1155,5. En manos de la misericordia infinita: 379,7. En medio de la infidelidad: 529,5. Fuentes de mi: 118,1. La da la confianza: 403,1; 652,3. Que da sua-

vidad y amor: 1093,6. Se consigue con la pobreza: 382,7.

Pecado. Ausencia de: 69,1; 125,5; 201,6; 762,3; 763,2. Ausencia de toda vida: 310,1, 310,4. Cumplí el propósito de no pecar: 771,3. De los ángeles: 766,2. Dolor por los: 85,2; 92,1; 151,2; 154,2; 246,2; 764,3. Evitaba el: 68,1. Hiere el corazón de Dios: 326,3. La suprema negación: 310,5. Me luce el: 246,2. Me pesaban como montañas: 148,2; 361,6. Odio al: 913,2. Potencia para el: 888,4. Quería destruir el del mundo: 276,1. Reconozco mi: 103,4; 149,3; 290,2; 762,5; 886,4, 887,6; 913,2. Reparaba los: 453,1; 766,2. Repugnancia al: 404,1. Se me quitó la facultad de: 913,5. Ser pecadora: 86,3; 762,1. Siembra muerte: 44,2. Temor al: 81,3.

Pecador. Compañera de los: 388,2. Miraba el p. como lo mira Jesús: 913,4. No despreciar a los: 388,1; 1102,3. Son retrato empantanado de la Trinidad: 1102,3.

Peligros: 539,3; 540,4; 655,2; 784,7; 816,2;

Penas interiores: 292,2; 390,4; 599,2; 746,1; 1154,2; 1155,3. Purifican: 85,5; 806,4.

Penitencia: 66,3; 182,5; 205,2; 404,3; 453,1; 457,3; 708,6.

Perdida en Dios: 245,2; 300,6; 379,7; 558,3; 956,2.

Perdón de Dios: 393,5; 539,4.

Perfección. Con desprecio del cuerpo: 346,6. Dedicarse a la: 303,3; 304,6. La mayor p. posible: 303,3; 335,2; 444,5; 449,6; 615,5; 769,2. La

necesita el fin de la Congregación: 1185,3. Regla de mucha: 1183,1.

Persecución. Da gloria a Dios: 885,3. De algunas personas: 124,1; 214,5; 385,9. En Amalfi: 131,4. En Dabeiba: 546,1. En Fredonia: 153,2. En Santo Domingo: 159,3. En Medellín: 273,2; 376,4. En Rioverde: 562,2. Es testimonio de amor a la cruz: 181,2; 233,3; 272,3. Motivo de la: 1142,2. No me turbaba: 227,5. Por la justicia: 986,1. Preparación para la: 125,3. Purifican la obra: 566,8; 570,1. Se me anuncian: 223,3; 390,3.

Personas. Fe en las: 250,6.

Piedra angular de la Congregación: 389,6.

Pobres. Es necesario preferirlos: 1017,6. Los prefiere Jesús: 118,1.

Pobreza. Efectiva: 46,7; 125,5,6; 352,3; 573,2; 639,7. Espiritual: 325,2; 544,6; 692,2; 767,5. Espíritu de: 400,3. Madre de la paz: 382,7. Voto de: 294,2.

Poder de Dios: 403,1; 464,6; 579,1; 767,4; 1126,2. Para convertir indios: 766,4. Participé del poder de Dios: 812,1083,4.

Política: 152,2.

Pomarrosa: 679,6.

Popayán: 930,1.

Portachuelo: 655,3; 656,4; 658,2.

Posada Abundio (médico): 1091,4.

Predilección de Dios: 44,2; 586,4; 988,3.

Prefectura: De Urabá: 774,1; 807,6; 917,2; 919,4. Del San Jorge: 710,2; 1175,4. Del Chocó: 1041,3.

Presencia de Dios: 214,1; 269,4; 312,2; 461,5; 564,4; 587,5; 599,3; 606,5; 607,2; 647,1; 658,2; 660,1; 800,3; 966,5; 1092,2; 1093,3.

Pretendientes: En la Víbora: 90,6. En mi juventud: 1011,1. No me faltaban: 89,2; 167,3.

Prodigios: Curaciones: 755,8; 773,1. El aguacero: 474,7. De la langosta: 473,1. Con blancos de Dabeiba: 462,5; 507,2. En el Pital: 836,1. En excursiones: 877,7. En Guapá: 266,3. En Rioverde: 578,3; 579,4. Próspero el desveloriado: 523,2.

Prójimo. Cómo mirarlo: 1102,3.

Promoción social: 508,4; 539,1; 667,4.

Próspero Jumí (el desveloriado): 523,1

Protección de Dios: 269,3; 1078,4.

Protector de indígenas: 667,1.

Providencia de Dios: 146,2; 160,2; 162,5; 202,5; 204,1; 270,1; 272,2; 329,3; 380,1; 416,3; 445,6; 512,1; 527,1; 564,3; 606,5; 625,1; 719,1; 727,6; 730,3; 821,3,4; 924,,2; 942,3; 953,1; 1092,2; 1104,1; 1115,1; 1135,2; 1184,1.

Prudencia: 294,5; 539,2.

Puerto Berrío: 345,2; 821,5; 1117,3; 1119,1; 1176,4.

Puerto César: 789,6; 792,2; 790,2; 804,3; 812,3; 814,1; 815,4; 844,4; 919,10.

Puerto Colombia: 1175,1.

Puerto Wilches: 989,5.

Punucenito. Historia de: 161,3.

Pureza de intención: 921,5.

Purgatorio. Simplificación del: 1190,2.

Purificación de la Congregación: 557,2; 570,2; 934,4. De la fe: 65,1; 68,2. Del alma: 228,3; 557,2; 558,3; 571,1, 1055,4; 1185,4. Deseos de: 1164,8. En el cuerpo: 770,6. Querer de Dios: 1026,3. Total: 913,5.

R

Ramírez Teodosio: 236,5; 240,6; 511,2.

Rancho del Pital: 641,5. No necesitaban planos: 343,1. Propuesta de: 355,2.

Rayo amoroso: 965,2; 966,3. De conocimiento de Dios: 61,1; 63,1.

Rayón de luz: 38,5; 39,1; 59,1- 5; 70,1; 89,5; 102,4; 122,4; 146,3; 201,7; 249,2; 293,2; 311,3; 324,7; 512,1; 821,1; 1089,5. Opaca al rayón negro: 201,5; 665,4. Se vuelve hoguera: 293,3.

Rayones. Dos: 38,5,6. Se confundirán: 38,6.

Rayón negro: 38,5; 43,1; 59,3; 69,2; 89,5; 92,2; 103,3; 293,2; 665,4,6; 666,2,3. Deja su puesto al rayón de luz: 125,5; 160,3; 249,3; 293,2,4; 311,3; 546,3. Sólo Dios lo disipa: 666,3.

Redención. Gloria de la: 291,5. Luces sobre la: 289,5. Valor de la: 348,6.

Reflexiones. En el viaje: 1116,3; 1128,5; 1133,3. Sobre la comunión: 1150,6. Sobre la patria: 1177,1.

Regla. Del Carmen: 813,2.

Reglamento. De las fundadoras: 452,2. Me ordenaron escribir el: 408,5.

Reglas. Escribí las: 1183,3. Escrito ilegible: 1183,4. De la mayor perfección: 1182,5; 353,4.

Reinar por amor: 375,8.

Reino de Dios: 306,3.

Religiosa: 357,6; 423,2; 485,2. Como jugando con muñecas: 554,2. Conocía vida: 69,1. Debe ser liviana como pluma: 622,5. No pesaba ser: 422,5; 618,4. Qué es ser: 551,1.

Religiosas. Carmelitas: 206,1. De la Enseñanza: 197,3,4.

Religiosidad. En Uré: 741,1.

Remendador celestial. Nombre que le daba a Dios: 540,3.

Reparación: Ejercicios de: 768,4. Por infieles: 453,1. Por pecados: 373,1.

Repugnancia. A deslumbrar: 895,2. Para escribir: 974,5.

Reputación. Dudan de mí: 221,1. No me interesaba: 221,7.

Respetar. Al indígena: 638,3.

Respeto humano: 88,2; 89,2.

Restrepo Carlos E. (Presidente): 332,1; 337,3.

Restrepo Carolina: 157,6.

Restrepo Doloritas: 71,6; 72,5.

Restrepo Pedro A. 111,4; 114,2; 117,2-4.

Resura: 161,3; 163,1-4.

Resurrección. Gozo por la: 155,3.

Revolución: 69,1; 70,2.

Rey Josafat, el primer misionero: 251,6.

Río Bedó: 784,3. Caimán: 797,5.

Riosucio: 598,1; 784,6; 785,4; 788,2; 794,4.

Rioverde: 364,6; 432,2; 462,7; 547,1; 554,8; 555,2; 562,2; 564,2; 598,1; 840,5; 977,7; 978,1,4; 1153,5.

Rivera Jesús María (capellán): 569,4.

Robar: 368,3; 413,1.

Robledo: 76,2; 77,1; 421,4.

Roma. Escribía en: 1168,3. Mandado de la Virgen a: 341,1,3. Licencia para ir a: 340,5. Pedir decreto laudatorio: 812,4; 1103,2. Mi alma en: 1153,5; 1156,2. Viaje a: 1104,3; 1112,5, 1130,2,5; 1135,2; 1173,6; 1174,2; 1182,3; 1178,2.

Rumualda: 684,5; 754,3.

Rusia. Sufrimiento por: 1154,4.

S

Sabiduría de Dios: 425,2; 539,4; 615,2.

Sacerdotes. Amor a los: 675,3; 1002,2; Conocía lo que es el: 1002,3.

Dolor por sacerdotes malos: 692,2.

Envidia de un: 153,6. Falsedad de un: 1002,5.

Generosidad de un: 973,2.

Huían de mí: 327,4.

Incidente con un: 1033,1.

Indiferencia por un: 1039,2.

No me han faltado enemigos: 1002,5.

No querían trabajar con indios: 336,6.

Palabras del: 1079,2.

Persecución de los: 152,5; 1002,5.

Pedí para un S. red de amor: 972,4.

Privilegios del: 1002,3.

Sencillez con el: 824,4,5; 825,2.

Son jueces del alma: 1085,1.

Vivir en armonía con el: 859,4.

Sacerdotes:

Acosta Alfredo. Me acompañó a Pamplona: 947,5.

Afanador y Cadena Rafael. Obispo de Nueva Pamplona: 917,1; 930,2; 935,3,5; 958,1; 959,2,3; 985,5; 986,1; 1111,1.

Alfredo (Carmelita): 753,3; 822,1; 835,4; 844,6.

Armentía Alberto: 1110,2.

Arteaga José Joaquín. Prefecto de Urabá. 653,1; 656,1,4; 753,3; 774,2-4; 778,5; 783,3; 788,2,5; 791,2; 796,4; 797,2; 798,4; 799,6; 805,4,5; 808,2; 809,2; 811,4; 812,4; 814,4; 822,2; 838,1; 842,1; 844,3; 874,2; 876,2; 877,4; 888,2; 918,2; 919,1; 922,4; 936,4.

Atehortúa: 211,9; 212,6.

Brioschi Pedro Adán. Arzobispo de Cartagena: 241,2; 703,1,2; 712,4; 715,5; 718,5; 751,3; 751,5; 818,1; 1175,3.

Bulies Miguel Ángel. Obispo de Santa Rosa: 455,2; 709,1; 934,4,6; 936,5; 996,3-5; 999,1-3; 1000,4; 1001,4.

Cáceres Nicolas. S.J. 199,4.

Cadavid Ramón. Párroco de Jericó: 257,3; 258,4.

Campoamor José María. S.J. 822,3.

Caycedo José Manuel. Arzobispo de Medellín: 239,2; 240,2; Entrevista con: 273,2; 1051,2. Me creía masona: 414,1,2. Cayó el Colegio: 273,2. Oposición de: 279,3; 280,5; 882,4. Prohíbe limosna para los indios: 275,7.

Collantini Humberto. Revisa las Constituciones: 1146,6.

Correa Antonio de Jesús. Párroco de Ituango: 707,3.

Crespo Maximiliano. Arzobispo de Popayán: 654,4. Autoriza publicar escritos: 520,6. Autoriza trabajo con los indios: 547,2. Consulta con: 345,6. Entrevista que inicia la obra: 353,1; 363,2; 458,1; 484,1; 485,6; 519,5; 538,5; 550,8; 552,1; 651,7; 654,3; 874,1; 876,2,4; 1185,2. Da nombre a la Congregación: 481,4. Entrevista con: 1130,2. Fundadas por: 44,2. Salida: 622,3; 933,3. Defiende la Congregación: 935,2. Regla carmelitana: 813,5. Llamada de: 932,1. Nos sostenía económicamente: 400,3; 547,2; 55,2: Nos trataba como a religiosas: 485,3: Me ayudaba espiritualmente: 354,4,5; 355,5. Le pedí cambio de capellán: 568,4. Le propuse traer Padres Carmelitas: 356,2; 363,2. Obispo de Santa Rosa: 622,3; 929,5. Obsequios de: 486,3. Opinó viaje con mi madre: 400,1; 419,1. Pide el reglamento: 550,8.

Correa Carlos. S.J. Prefecto Apostólico del Magdalena: 1111,1.

Delgado Daniel. S.J. 1146,2.

Dueñas Ángel. S.J. 275,3; 343,2; 417,3; 552,3.

Duque Carlos: 583,4. Capellán de Rioverde: 555,3; 563,3,6; 565,4; 569,2.

Elías del Santísimo Sacramento (Carmelita): 572,2; 573,1; 585,1: 584,7; 585,2; 591,3; 590,3; 670,3; 682,1; 683,7; 885,2,3; 886,3; 1166,3. Carácter del: 590,5. Con los indios de Chontaduro: 639,2. Construye el

- noviciado: 682,1. Encuentro con: 754,2. Enfermedad del: 616,3. Me dirigía espiritualmente: 574,5; 584,8; 585,5; 586,3,4; 590,3; 599,3; 603,3; 680,4; 693,7; 757,5; 760,1; 825,6; 885,2; 921,6; 954,3. Lo muerde un murciélago: 603,4. Me ordena curar a una hermana: 772,4.
- Elorza José Joaquín. (Canonista). 1059,1; 1060,3; 1074,3; 1075,3; 1078,2; 1079,1; 1082,2; 1086,4; 1151,4; 1166,3; 1169,3.
- Pouller: 523,2.
- Franciscanos: 220,2,4; 221,2.
- Gamero Luis Antonio. S.J. 209,4; 210,1,8; 211,4; 242,3; 254,2; 275,3; 353,4; 986,2.
- Gil y García Juan. Prefecto Apostólico del Chocó: 337,3,4; 338,3; 339,8.
- Gómez Hoyos Lubín: 420,5; 423,4.
- Guillermo de la Sagrada Familia (Carmelita): 654,5; 663,1; 753,3; 878,3.
- Guiot José María. Prefecto Apostólico de los Llanos de San Martín: 1094,4; 1111,1.
- Henaó Domingo Antonio (primo): 314,8; 333,6; 521,2; 619,2; 677,2; 1176,4.
- Herrera Ángel José: 1059,2.
- Hijos del Inmaculado Corazón de María: 338,3; 713,5; 1144,4.
- Jaramillo Eladio de Jesús: 199,7,8; 200,1; 207,2,5; 213,8.
- Jesuitas: 713,5; 750,3; 1142,2.
- La Puma. Monseñor: 1143,3; 1146,5.
- Lardizábal Marcelino. Prefecto Apostólico del San Jorge: 1017,5; 1018,5; 1019,2; 1104,1,2; 1111,1; 1130,2.
- Larrañaga S.J. Rector de San Bartolomé: 881,1; 893,4.
- Larraona Arcadio. Cardenal: 1145,3; 1172,3; 1173,3; 1174,3.
- Le Doussal Esteban (Eudista): 948,2; 949,6; 1126,5:
- Lepicier. Cardenal: 1144,1; 1149,6.
- Lopera Clímaco: 433,8; 538,5; 626,3; 649,3; 709,3.
- López (Salesiano): 278,5; 280,2; 1069,6.
- Marchetti: Cardenal: 1143,2; 1153,2; 1166,3; 1171,3; 1172,5.
- Maroto (Claretiano): 1103,2; 1103,5; 1104,2; 1142,1.
- Martini (Eudista): 1058,1.
- Montoya Arbeláez Germán: 808,5; 846,3.
- Montoya José Ignacio. Obispo, tío de mi padre: 110,4.
- Muñoz Luis Javier. S.J. Arzobispo de Guatemala: 276,6. Entrevistas: 197,5; 200,6; 213,3; 304,2; 346,2; 345,4. Me dijo que iba a ser fundadora: 200,6; 198,6; 217,5. Me indicó buscar por Dabeiba: 342,1; 345,4; 346,2.
- Pardo Vergara Joaquín. Arzobispo de Medellín: 181,3; 185,1,3; 197,3; 200,4; 201,3; 205,4; 206,2; 211,7. Recurrí a: 199,6. Palabras proféticas sobre mi vocación: 187,3; 190,5; 418,1. Muerte: 227,4. Salud de: 185,2.
- Patricio (Salvatoriano) Cura de Uré: 745,7.
- Peña Antonio María: 567,6; 563,2;

- 598,1; 604,6; 606,1; 608,1; 619,1.
 Pérez Ezequiel: 228,5; 254,2; 259,3; 263,4; 271,4.
 Pío XI: 1147,4; 1148,1,3; 1149,3; 1151,4; 1173,5;.
 Pizarro. Cardenal: 1144,1; 1146,5; 1147,3,4.
 Ramírez Samuel: 932,2; 940,4; 959,3; 963,5; 964,5; 968,3; 962,1; 966,6.
 Ramírez Ulpiano: Me dirigía: 120,1; 205,4; 207,2,7; 210,1; 211,3,6; 212,7; 213,8; 217,6; 228,6; 229,2,5; 231,2; 232,4; 235,2; 240,2; 242,3; 243,2; 245,5; 246,5; 254,2.
 Rivera: 573,1; 574,3.
 Rochereau Enrique (Eudista): 916,4; 917,1; 942,3; 947,6; 951,4; 963,3; 969,6; 980,2.
 Ruiz Benjamín. S.J. 203.2.6.
 Santo Padre Benedicto XV. Erige canónicamente la Congregación: 618,1.
 Sarrazola Eugenio: 1057,3; 1058,6; 1059,1; 1079,1.
 Scarmeli: 772,1.
 Sierra Manuel José: 343,2; 1183,1; 1184,2.
 Soler y Rayo Atanasio. Vicario Apostólico de la Goajira: 709,3; 752,3.
 Toro Francisco Cristóbal. Obispo de Jericó y Antioquia. Autoriza viaje a Guapá: 260,4: Correspondencia con: 668,5; 669,7; 1169,3. Obispo de Jericó y Antioquia: 622,3; 695,2; 1111,1: Presta apoyo a la Congregación: 667,1; 670,1; 879,7; 917,2; 1051,3; 1052,2, 1060,3; 1103,5. Ve la necesidad de fundar Misioneros: 699,5.
 Toro Upegui Rafael.(primo). Rector de los jesuitas: 986,4; 988,2.
 Tressel José. (Eudista): 914,1.
 Uribe (Canónico): 952,4.
 Uribe Manuel. Cura de Frontino: 364,3,4; 365,1,5; 431,4; 432,1; 433,8; 548,1-4; 550,3; 555,2.
 Van Rossum. Cardenal: 1154,3; 1153,3; 1152,6.
 Vera Marco Antonio. Cura de Toledo: 984,3.
 Vicentini Roberto. Nuncio: 874,4; 1175,5; 1103,2. Dispensa para vivir en Medellín: 1035,1.
 Villarroja Ezequiel. S.J. 882,8; 883,2; 1145,4.
Sacramentada. Con Jesús: 1101,2.
Sacramentos: 335,1; 354,5; 716,5; 876,9; 879,3.
Sacrificio: 445,5. Agotada la capacidad de: 895,2,4. Alimenta el celo: 458,2. Amargura del: 31,2. Amor a: 275,8; 457,3; 492,2; 565,5; 898,5; 921,2. Bautistano: 672,4. De la vida: 457,3; 1118,2. Dios lo recibe: 457,4. Encuentro con el: 327,2. En los viajes: 543,7; 564,2; 664,1; 735,5; 941,4. Heroico: 407,2; 422,3; 449,1,2; 470,3; 515,3; 895,2; 1118,3. Ofrecía mi: 326,4; 327,2; 367,2; 446,3; 558,6; 641,2; 671,6. Por Dios: 306,5; 942,2. Por infieles: 191,4,5; 633,6; 1166,2. Primer impulso de: 48,1. Producto del amor: 516,2. Me resolví a todos los: 49,1.
Sagrada Congregación de Religiosos: 1103,3; 1111,1.

- Sagrada** Escritura: 1099,4; 1100,3; 138,4.
- Sagrada** Familia: 994,2.
- Sagrario**: 646,5; 1170,3; 1172,2.
- Salazar** Julia: 668,4.
- Salud**: 65,2; 154,3; 203,6; 205,3; 208,3; 223,6; 224,2; 231,3; 248,5; 262,4; 448,2; 820,3; 821,5; 871,5; 858,5; 899,2; 984,2; 987,3; 1017,2; 1004,4; 1054,2; 1090,2; 1091,3; 1091,6; 1164,6; 1175,3. Curada: 224,3; 245,3; 1093,4; 1095,1; 1098,3. Nos favoreció la: 448,3; 449,6. Salvación de las almas: 416,1; 466,1; 745,3; 769,2; 919,5; 920,4; 1055,4; 1078,4; 1088,1.
- San** Alfonso María de Ligorio: 1046,4.
- San Antonio: 263,6; 262,4; 746,2.
- San Benito. Barrio de: 281,4; 1098,4. Población de: 720,3; 1014,1-3
- San Benito José Lavre: 157,3; 177,2; 182,5; 206,1; 289,3,6; 306,2; 371,1. Patrono: 790,2.
- San Diego. Iglesia de: 6998,5.
- San Francisco. Comulgaba en: 118,3.
- San Francisco de Sales: 211,8; 212,1; 1192,1.
- San Ignacio: 761,5.
- San Jerónimo: 425,4; 426,1.
- San Jorge. Indios del: 702,3. Prefectura del: 751,3,4; 752,3; 1014,3,5; 1104,1. Río: 711,5; 722,7. Viaje por el: 707,4; 1014,3.
- San José. Abandono de: 679,6. Confianza en: 146,4. Devoción a: 859,2. Gracia de: 520,2; 731,2. Iglesia de: 202,2; 280,6; 910,3.
- San Juan. Río: 264,3. Apóstol: 956,4.
- San Jun Bautista: 672,1-5.
- San Juan de la Cruz: 728,1.
- San Luis: 96,4.
- San Miguel: 668,4.
- San Pablo: 812,3; 1102,5; 1192,1.
- San Pedro. Basílica de: 1136,3; 1168,4; 1169,2. Permanencia en: 874,1; 916,3; 932,2; 936,4; 985,1; 993,3; 104,4; 1053,3; 1069,4.
- San Pedro de Uré: 707,4; 710,1; 711,5; 714,2; 715,7; 717,2,3; 719,4; 737,1; 745,6. Segundo viaje a Uré: 861,3.
- Santa**. Dios la hace: 1155,4. Idea de ser: 84,3; 454,2,3. Muy aburrida de: 987,1. No buscaba ser: 179,2; 244,3; 281,2; 950,3. Reputación de: 205,3. Vacío de ser: 180,2.
- Santa Catalina de Sena: 173,5.
- Santa** Cruz Guillermo: 797,3; 800,6; 802,2; 803,2.
- Santa Librada. Bilocación en: 978,3. Hacienda de: 961,6.
- Santa Marta: 1136,5.
- Santa Misa: 442,3; 602,2; 612,1,3; 627,1; 639,2; 922,5.
- Santa Rita: 1126,7; 998,3.,
- Santa Rosa: 934,4; 933,5; 996,3; 1060,3; 1074,2; 1084,1.
- Santa Rosa de Lima: 234,2; 235,2; 243,4.
- Santa Sede: 695,1; 877,5; 882,1; 1169,4; 1174,3.
- Santa Teresa: 585,5; 710,6; 769,4; 771,5,6.
- Santa Teresita: 351,1; 352,2;

1093,4,5; 1116,4.

Santander del Norte: 916,3.

Santidad: 590,4; 1123,5,6. Consumada en: 973,6. De Dios: 311,1; 361,22,5; 371,1; 372,5; 373,1; 376,7; 450,2; 766,2. En la gracia: 769,2. Lo que significa: 588,1. Ruidosa: 767,1.

Santificación. Dios consume mi: 362,3; 769,2. Es la mayor gloria de Dios: 769,1; 950,3; 1123,3.

Santísima Trinidad. Augusta: 1167,3; 179,4. Me fortalece: 530,5; 1174,1. Posesión del misterio de la: 528,1; 807,3; 1039,1; 1083,5. Retrato de la: 1102,3. Unión con la: 528,1,3; 807,3; 955,2; 990,2; 1082,4.

Santísimo Sacramento. Acto de amor al: 561,4; 1087,6; 1089,3; 1171,2. Amor de los indios a: 592,4. Cultos al: 367,3. Me sostiene en calma: 675,1. Salida del S. del noviciado: 1046,4; 1047,2. Sentimientos delante del: 384,7,8; 674,7; 675,5; 790,2; 791,4; 858,1; 923,5; 924,1,2; 949,4; 1100,5; 1101,6.

Santo Domingo: 159,2; 163,5; 171,2.

Santo Padre: 1169,4.

Santos. Son monumentos de la gloria de Dios: 1169,4; 1124,1.

Santo Tomás de Aquino: 771,1.

Sapia Luis: 559,3.

Sarare: Misión del: 916,3; 918,2; 927,3; 959,2; 983,3. Votos perpetuos en el: 979,5.

Sed. Ardiente de amar: 1165,1. De calmar la sed de Jesús: 62,3. De Dios: 659,7. Devoradora: 440,2;

447,4. Íntima: 615,6; 649,1.

Seguridad. En Dios: 391,2; 679,2,3; 804,5.

Sello. De fábrica de Dios: 585,1.

Semana Santa: 70,1; 86,2; 155,1.

Sentimientos. Ante obediencia heroica: 974,2. De mi alma: 559,5; 611,2; 645,4; 646,5; 893,4; 936,2; 948,5; 967,2; 1053,2; 1081,4; 1123,4; 1172,2; 1176,5; 1184,3; 1190,4. Fragancia espiritual de los: 991,3.

Ser. De Dios: 39,2; 39,1; 59,2; 990,2; 999,3.

Serenidad: 530,5; 913,4.

Servir. A Dios: 348,2; 553,1; 1087,6; 1168,4. A los que sirven a Dios: 812,3.

Sí. A lo imposible: 118,3.

Simeón: 952,4.

Simplicidad. De Dios: 312,6; 1167,3. Del alma: 781,2; 782,1,2. Trabajo divino: 781,4. Qué es: 807,2. Del Purgatorio: 782,2,3. De mi alma: 385,8; 590,2; 781,2; 806,4.

Sitio: Lema de la Congregación: 409,2.

Soberbia. Aparta al hombre de la verdad: 361,1. Me acusan de: 181,2.

Soledad: 48,5; 59,4; 64,1; 65,4; 231,3; 323,3; 649,5; 856,5; 858,1; 1167,2.

Sonsón: 841,1,3.

Sopetrán: 427,3; 1056,3.

Sueños: 955,2,4.

Sufrimiento: 81,4; 245,1; 278,1; 454,5; 455,3; 515,1; 571,1; 651,8; 669,7; 938,2; 1158,3; 1172,3;

1185,4.

Sufrir. Con amor: 571,1. Deseos de: 795,5; 842,4; 912,4; 1017,2. En silencio: 49,2; 81,3. Felicidad en el: 912,4. Necesidad del: 383,6. Por salvajes: 615,6; 795,4; 390,4.

Superiora General: 1036,4; 1037,2.

Superiores: Dios los ilumina: 569,4; 753,6.

T

Temor. De Dios: 290,2. De hablar con los hombres: 989,1.

Ternura. De Dios: 474,7; 624,1.

Tipacoque: 941,4.

Toledo: 967,1.

Tónica. Del corazón: 612,2.

Trabajar. Con campesinos: 613,6; 614,3. En el Sarare: 976,2. Por la gloria de Dios: 951,2.

Trabajo: 92,3; 93,1; 238,3: 515,3; 546,1; 1129,1.

Tuguridó: 649,2; 650,6,7.

Tunebos. Conversión de los: 971,1. Dios prepara la obra de los: 953,2. Misión entre los: 927,3; 930,2; 943,2; 946,2; 952,4. Oración por los: 976,2; 960,3.

Turbo: 780,4; 803,4; 789,5; 788,2; 797,2; 803,2,5; 805,2; 812,3; 918,3; 935,5.

U

Unguía: 844,4.

Unidad. De mi espíritu: 807,3.

Upegui (V. H. M. del Sagrado Corazón)

Upegui Lucio (V. Abuelo)

Upegui María Jesús: 79,3; 107,5.

Urabá: 806,1; 1164,5.

Urama: 842,2.

Uramita: 434,2. Juntas de: 703,4.

Uré: Frutos en: 745,7. Fundación en: 703,1,2; 711,4,5; 718,4; 737,1. Indios de: 748,4. Río: 735,4. Salida de: 747,3. Segundo viaje a: 861,3. Vida en: 865,1.

V

Valor. Lo da Dios: 541,2.

Vanidad. Ausente de mi trabajo: 707,1; 877,2; 921,5. Primer asomo de: 53,2; 57,5; 58,3.

Vaticano. Mirar al: 1172,2.

Velilla Alicia: 436,1.

Velismo (partido político): 122,5.

Vengarme. De mí misma: 761,7; 766,2.

Verbo. Generación del: 528,2.

Verdad. Abismo de: 857,5; 888,3. Da paz: 887,3. Desnuda: 764,1. Glorifica a Dios: 360,6. La buscaba: 887,3; 887,6.

Vergüenza. Dolorosa: 558,3; 1184,4. Purifica el alma: 557,2.

Viaje. A Antioquia: 484,1; 900,7; 1053,2. A Colombia: 1171,3. A Dabeiba: 416,4; 420,6; 430,1; 432,2; 434,2; 436,4; 754,2. A Chontaduro: 623,4. A Guapá: 254,4. A Jericó: 43,3. A Labateca: 959,3,4. A Lourdes: 1158,1. A Medellín: 143,2; 1094,1. A Murrí: 590,6; 654,1. Angustioso: 983,3; 984,2,4. A Pamplona: 948,3. A Puerto Berrío: 344,2; 710,3; 1116,2; 117,3; 1176,4.

A Rioverde: 547,3; 558,5. A Roma: 340,5; 1112,5. A Turbo: 782,2; 803,2. A Uré: 703,3; 860,1. Bajo el cuidado de la Providencia en el: 428,3; 821,4. De mi madre: 419,1. En barco: 1132,4. Percance misericordioso: 605,3. Por el San Jorge: 722,7.

Víctima. Deber de la: 373,1. De la santidad de Dios: 361,2. Voluntaria: 326,4; 688,1; 765,3; 808,1,5.

Vida. Dar la: 1171,2. De Dios: 38,2; 39,1; 169,2. De dolor: 115,6; 277,3. De la Congregación: 520,6. De perfección: 334,5; 452,1. Don de Dios: 44,4; 47,2; 52,5; 58,4. Durante el cerco del demonio: 243,5. En Amalfi: 89,6; 141,2; 142,6. En casa de la tía María Jesús: 79,5. En Dabeiba 446,6. En Dios: 38,3. En el Pital: 641,6. En la infancia: 48,3; 53,2; 59,1; 64,2. En la Normal: 115,7; 119,3. En Medellín: 242,1. En Robledo: 82,6. En Roma: 1153,5. En San Cristóbal: 84,3. Eterna: 44,2. Interior: 141,2; 154,2; 1163,5; 172,6; 310,2; 311,2; 706,5; 1085,3. Larga; 1086,1. Misionera: 334,5; 675,2. Natural; 39,1; 41,1. Negación de: 38,2; 310,1. Nueva: 368,5; 546,3. Pública: 406,6. De mi: 38,2; 327,1; 550,8. Vivirme la: 93,1. Religiosa: 71,1,3; 457,4; 458,2; 550,6. Consideraciones sobre la: 320,3,4. Deseos de V. religiosa: 357,6. Se me presentaba con todas las v ocaciones: 373,1.

Virginidad. Elogios de la: 734,3,6. Maestras de: 71,6. No la conoce el mundo: 70,4. Porción amada: 84,2;

147,2. Veneración por la: 734,3.

Virtud. Defendí mi: 82,6. Ejercicios de: 83,6; 1122,4. No me fijaba en la forma exterior: 590,4. Obra de Dios: 463,1.

Visión beatífica: 782,1.

Visitas: Al cardenal Lepicier: 1149,6. A los indios: 797,2. De los indios: 474,1. A Monseñor Pizarro: 1147,3. Al Santísimo: 1100,5. Al señor nuncio: 874,4.

Visitas. Espíritu para hacerlas: 317,6.

Vocación. Anuncio de mi: 190,6; 186,2. Ardiente: 89,5; 930,2. Extraña: 172,6. Llamamiento a lo heroico: 450,1. Maestras de mi: 71,6. No es gusto: 103,1. Paralelo de mi: 371,3. Sublime: 930,2. Tercera vocación: 73,8; 142,2.

Vocación carmelitana. Fracasa mi: 200,1; 244,2. Miedo a la: 156,2. Pedí la gracia de la celda: 186,7. Sostenía mi: 101,1; 185,3; 188,2. Visitas al Carmen: 191,5. Vivía cerca al Carmen: 171,1. Vocación misionera, complemento de mi: 165,4. Despunta mi vocación apostólica: 103,2; 261,2; 190,2; 212,5; 242,2. Vi la forma para: 236,4; 253,1. Por los infieles: 190,3; 252,2; 306,2; 309,2. Se concreta mi inmensa: 252,1; 271,3. Sombra de mi: 228,5; 289,3.

Vocación religiosa. Abandoné la idea de: 244,2; 270,2; 281,2. Asida a mi alma: 293,1. Desorientada de mi. 242,2. Para comunidad no fundada: 417,7. Primer toque de mi: 69,1; 315,2. Me afirmaba; 72,2; 103,2; 157,1.

Vocaciones. Aumentan: 1194,1; 1166,2.

Voces Místicas: 1074,3; 1182,4; 647,2.

Voluntad. Asida a la de Dios: 808,4. Se me había perdido; 717,4.

Voluntad. De Dios: 37,2; 38,4; 127,3; 255,5; 256,6; 289,3; 315,4; 394,2; 395,3; 551,2; 553,4; 585,2; 728,2; 878,3; 936,3; 950,1; 956,4; 974,3; 1094,4; 1112,4; 1158,2; 1164,6; 1165,1. Aceptarla santifica: 588,1. Adherida a la: 99,3; 302,1; 320,4; 322,6; 323,4; 552,2; 651,7; 937,5. A la religiosa: 623,1. En la enfermedad: 559,1. En la perfección del alma: 99,2. Es roca fija: 899,4. Fuerza secreta: 553,1. Hacerla en lo más perfecto: 615,5. La hacía con alegría: 552,4. La prefería a todo: 404,1; 622,3; 652,4. Me sacrificaba: 37,2. Llegar a Dabeiba era la: 435,2. Perseguía la: 652,4. Revelación de

la: 647,1; 669,6. Temor de no seguirla: 615,2; 841,4.

Votos. Causa de mucha alegría: 178,3; 177,3; 293,7; 318,6; 353,5. De humildad: 180,4; 294,3. De obediencia: 178,3; 294,3; 556,4. De pobreza: 177,4; 294,2; 353,5. Fecha de primeros: 619,4. Gloria que dan a Dios: 178,3. No me daban nada nuevo: 619,6. Para realizar la obra de los indios: 276,2. Perpetuos: 979,5; 1103,4. Por devoción: 293,5. Son medios para conseguir su fin: 294,4.

Y

Yo. Absoluta dependencia de Dios: 300,4. Desaparece: 546,3; 583,2; 912,4. Ésta que no es: 38,2.

Z

Zorrilo: 747,2,3; 748,23.

Zuleta Eduardo: 934,4.

Este libro se terminó de imprimir
en abril de 2008 en los talleres de Cargraphics S.A.
Santander de Quilichao, Cauca
Colombia